PIPIOLOS I PELUCONES

TRADICIONES DE AHORA CUARENTA AÑOS

POR

DANIEL BARROS GREZ

SANTIAGO DE CHILE.

IMPRENTA FRANKLIN, INSTITUTO 26 C.

1876.

JUAN CEPEDA. A. EDITOR

ADVERTENCIA PRELIMINAR

«Fuerza es que seamos orijinales: tenemos dentro de nuestra sociedad todos los elementos para serlo, i para convertir a nuestra literatura en la espresion auténtica de nuestra nacionalidad.»

J. V. Lastarria.—(*Discurso ante una sociedad literaria.*)

Debo una manifestacion de gratitud a las personas que me han hecho la honra de pedirme de viva voz i por escrito la continuacion del Huérfano, novela que, por circunstancias ajenas de mi voluntad, no ha podido publicarse hasta su conclusion. Para corresponder a tan inmerecido favor, he hecho todos los esfuerzos de que soi capaz, a fin de dar a esta obra un remate digno de sus lectores en jeneral, i especialmente de las personas que han querido favorecerla con su benévola aprobacion. No agradezco ménos las oportunas indicaciones que muchos lectores bien intencionados, se han servido hacerme, i merced a las que se ha purgado la obra de algunos de los defectos que adolecia.—Querer depurarla del todo seria una vana pretension, que yo estoi mui léjos de abrigar.

Por otra parte, hai defectos que se derivan de la naturaleza misma del objeto propuesto, hasta el punto de que el quitarlos del todo, seria desfigurar la obra.—Por ejemplo: la historia del Huérfano presenta un gran número de digresiones sobre política, que a veces debilitan la accion, pues quitan a las situaciones su interes dramá-

tico. Esto es evidente; i para no empalidecer la naracion, se la ha despojado de muchas de esas digresiones que la entorpecian, acortando otras que era imposible quitar del todo. Porque, como queda indicado ántes, cada asunto tiene sus inconvenientes propios que no pueden evitarse por completo sin desnaturalizar el asunto mismo, el cual es en el caso presente, las costumbres políticas, a una con las prácticas i usos puramente civíles.

Se ha tratado de pintar las costumbres sociales de una época de transicion en que Chile pugnaba, como pugna todavía por constituirse bajo el sistema republicano, sistema por el cual acababa de pelear en los campos de batalla.

En épocas tales, la política lo invade todo, desde el gabinete del mandatario hasta el cuartel del soldado; desde la plaza pública hasta el hogar doméstico; desde la tribuna del representante del pueblo hasta la cátedra sagrada del Espíritu Santo. Por consiguiente, el cuadro jeneral habria quedado imcompleto sin las disparatadas elucubraciones políticas de un maniático, encarnacion de las ideas i prácticas absurdas, que se oponian al establecimiento definitivo del verdadero sistema republicano.

Para abarcar en un solo conjunto las diversas costumbres de una época tan móvil como aquella, ha sido necesario multiplicar los episódios; i hé aquí otro inconveniente inevitable que nace de la naturaleza misma del asunto.

No es posible conocer una sociedad, sino estudiándola bajo todas sus faces, no olvidando a veces ni aun los pequeños detalles, pues suele acontecer que los detalles ínfimos, son los que mas bien marcan e iluminan la fisonomía social de una época. Esto es lo que se ha tratado de hacer; i a fin de que el interes de la narracion se mantenga, se ha combinado los diversos puntos de vista, de modo que resulte unidad en el cuadro en jeneral.

No dudo de que se puede quitar en éste, muchos de los elementos que lo forman, sin perjudicar grandemente el interes de la narracion. Episódios hai allí que podrian desaparecer, sin que su ausencia entorpeciera o desfigurara por completo al conjunto jeneral. En toda obra de arte se verifica comunmente lo mismo. Talvez se puede embellecer un paisaje, con simplificarlo; ya sea disminuyendo el número de rocas; ya entresacando algunos árboles; ya desnudando otros de los cortinajes de enredaderas con que están vestidos sus troncos; ya dando otro curso al torrente que se despeña de la montaña pára seguir ondulando por entre los arbus-

tos del valle; ya, en fin, haciendo desaparecer muchas de las aves que revolotean sobre las ramas, o los reptiles que se arrastran por debajo de los matorrales; pero si el pintor quiso representar un país especial, su cuadro, no obstante de ganar en claridad i enerjía, podria perder en exactitud, o bien quedar incompleto.

La necesidad de representar todas las faces sociales, ha requerido el empleo de gran número de personajes, cada cual con su carácter propio, segun el rango que ocupa en la narracion. Todos tienen que inspirar el interes correspondiente; pero esa misma multiplicidad de perfiles i de situaciones diversas, se opone a que un personaje descuelle siempre sobre los demas. Así, pues, falta un protagonista único; i confieso que, a pesar de mis esfuerzos, no he podido evitar este defecto, si lo es.

Entre las observaciones que se me ha hecho (i que agradezco de corazon, hasta aquellas que no pareeen del todo justas) está, la de falta de verosimilitud en el carácter de uno de los principales personajes del Huérfano. Este personaje es un maniático, en cuya boca se ha puesto tan gran número de majaderías, que ha hecho decir a algunos:—«No existe en ninguna sociedad un hombre como ese.»—Afortunadamente, así es la verdad; i yo creo tambien que la pintura de don Simpliniano pecaria por lo recargada, si esta figura representara simplemente un tipo social. Pero don Simpliniano, sobre ser un loco (lo que le permite decir los mayores disparates, siempre que éstos conduzcan al fin propuesto) no es ni puede ser el retrato de tal o cual individuo, sino, como se ha indicado ántes, la encarnacion típica de las ideas principales de todo un partido político. Por muchos i grandes que sean los disparates del maniático; por absurdas que parezcan hoi sus preocupaciones, todo cuanto se ha puesto en su boca, no es mas que la espresion de las ideas que allá en lo antiguo dominaban entre aquellas personas tenidas por las mas cuerdas i sesudas. Se ha tenido especial cuidado en que el loco no emita ninguna idea que no tuviera en esa época sus ardientes defensores; i lo que es mas, sus sacerdotes prácticos i propagandistas sistemáticos; por consiguiente, si yo hubiera seguido el consejo de los que me han pedido hacer callar a don Simpliniano, creo que el cuadro jeneral, tal como lo tenia imajinado, habria quedado incompleto.

Ahora por lo que toca a la inverosimilitud de algunas escenas i de diversas situaciones fisiolójicas de los personajes, diré: que unas

i otras no son mas que la imitacion, cuando no la copia, de sucesos realmente acaecidos. Puedo decir que casi todos los hechos narrados son, en cierto modo, históricos; consistiendo la parte novelezca solamente en la combinacion de los sucesos, para dar unidad, verdad e interes, al tejido de la narracion.

Con todo, me parece que no a pocos de los lectores que no estén mui al corriente de las ideas qué en aquella época dominaban, se les hará duro el creer en la verdad relativa de muchas de las escenas que se relata; i creo esto con tanto mayor razón, cuanto que yo mismo que soi el que las narro, necesito hacer un esfuerzo, i trasportarme a aquella época para encontrar en ellas la verosimilitud relativa. Hé aquí, porque he creido necesario imponer al lector de los antecedentes históricos de mi narracion.

Hai hechos fisiolójico-sociales, que, por ciertos que sean, han menester (pasado algun tiempo) de estar suficientemente autorizados para ser creidos con entera fe. Así pues, la novela histórica, Pipiolos i Pelucones, servirá de testificativo a la novela sociolójica del Huérfano. En la primera encontrará el lector los antecedentes, i en consecuencia, la razon i la esplicacion de todos aquellos hechos, que en la segunda le parezcan increibles, o talvez incomprensibles.

Desde que se trataba de una narracion esplicativa, no me era dado elejir la época, pues la eleccion habia de depender de la naturaleza de las cosas . Por consiguiente, la época de la accion de Pipiolos i Pelucones, no puede ser otra que aquella de la reaccion monárquica contra las ideas republicanas, fenómeno de un interes palpitante, verificado poco mas o ménos a un mismo tiempo en várias de las repúblicas nacientes de la América española.

Fuera de los tiempos de la lucha de la Independencia, no hai otra época mas interesante de la historia política de Chile, pues entónces fué cuando el país cayó bajo el peso de un yugo que no conocia: el de las ideas monárquicas disfrazadas bajo el manto de la democracia. El pueblo no conocia otro despotismo que el despotismo real, franco i lójico en medio de su barbarie, i al cual habia vencido en los campos de Chacabuco i de Maipú. Faltábale todavia que vencer al despotismo ilójico, traidor i solapado, tanto mas temible, cuanto que peleaba engañosamente cobijado bajo el tricolor de la libertad.

Poner de manifiesto, fiel i sencillamente esta reaccion de las

ideas del coloniaje, que monarquizaron en el fondo a nuestros gobiernos, no dejándole al país otra cosa que el nombre de república: tal es el objeto de PIPIOLOS I PELUCONES, cuya continuacion será «EL HUÉRFANO.»

Además del fin antedicho, esta novela tiene otros de no ménos utilidad práctica. No puedo negar que un sentimiento íntimo de nacionalidad, me ha movido a escribirla, venciendo en mí el natural temor que debe inspirarme la escasez de mis fuerzas. Por un lado, el deseo de popularizar esta parte, la mas importante de la historia contemporánea de Chile, por las enseñanzas que envuelve; i por otro, la conviccion de que el cultivo de las *Bellas Letras*, es un podrosísimo elemento de morijeracion social; me han empujado de una manera tan enérjica, que no ha estado en mi mano resistirme a emprender una obra que requiere un injenio mejor preparado que el mio.

Estoi íntimamente convencido, no diré de la utilidad de las Bellas Letras, sino aun mas, de la necesidad que todo pueblo tiene de cultivar su literatura; pues de otro modo, no adquirirá jamas la independencia de espíritu que ha menester para adelantar por sí mismo en el camino de la civilizacion. He dicho *su literatura*, porque a ningun país le es dado aspirar a la autonomía intelectual, si no cultiva una literatura propia, hija de su clima; que retrate su cielo; que dé el perfil de sus montañas; que dibuje sus bosques i sus valles, i que ponga de manifiesto todo el esplendor de su naturaleza para despertar en el corazon de los hombres el amor a lo bello. Los esfuerzos hechos por la industria i el arte son poderosísimos ejemplos que, presentados oportuna i convenientemente ante los ojos del pueblo, por la literatura, lo incitan a imitar lo que es bueno.

Para alcanzar el engrandecimiento de la patria, son indispensables la constancia i la enerjía en el bien obrar; i ni la una ni la otra existirán jamas en un pueblo que carezca del sentimiento de sus deberes i de sus derechos, es decir, de la conciencia de su vida intelectual.

Yo no concibo otro elemento mas eficaz para desarrollar aquellos sentimientos, que una literatura propia, fundada en la naturaleza de las cosas; que ilustre i eleve el espíritu del pueblo, creando en su alma la necesidad de pensar; que pinte sus goces i sufrimientos; que traduzca sus justas aspiraciones, i que retrate sus costumbres i su manera de ser; ya cantando sus glorias; ya llorando

sus desaciertos, a fin de que sirvan de leccion para el porvenir. I tan cierto es esto, que hasta la relijion misma, reviste su doctrina i sus consejos de formas literarias para impresionar enérjica i provechosamente el ánimo de los hombres. La Biblia será siempre una fuente inagotable de modelos de elocuencia i de bien decir.

Es indudable que nuestro clima, nuestro suelo, nuestras costumbres sociales i nuestra vida política, presentan un vastísimo campo al cultivo de una literatura propia. Nuestra espléndida naturaleza es digna de ser cantada en lira de oro. La trajedia, la comedia, la novela, etc., no necesitan mendigar asuntos estraños, cuando tenemos en nuestra historia una multitud de hechos interesantísimos, i cuya simple representacion, ya sea plástica, ya narrativa, entraña provechosas lecciones.

I no solo creo que la literatura esté llamada a representar un rol puramente nacional. Esta esfera de accion, por importante que sea, es todavía estrecha para un elemento de tan poderoso alcance como fecundo en resultados. Si me fuera dado espresarme así, diria: que la alta mision de la literatura es *internacional*. Me refiero especialmente a las repúblicas hispano-americanas. Hijas de una misma idea, nacidas en un mismo tiempo, hablando un mismo idioma, i persiguiendo un mismo ideal; es menester que estén animadas siempre de análogos sentimientos. La forma de la espresion social, tiene que ser la misma; i hé aquí, un gran vínculo que la literatura está llamada a fortificar entre nuestras repúblicas. Hermanas jemelas por sus antecedentes, hermanas por sus dolores, hermanas por sus victorias, hermanas por sus propósitos i sus aspiraciones ¿pueden no serlo en literatura, es decir, en la espresion de esos dolores, de esos triunfos i de esas aspiraciones? Creo firmemente que nó.

Por esto me parece, que para que la literatura cumpla con su mision rejeneradora entre nosotros, debe ser eminentemente fraternal, fortificando i estrechando los vínculos de union que han de ligar a nuestras repúblicas. Solamente así, podrá el arte crear espíritus progresistas, i preparar a los pueblos para gozar de la verdadera libertad, que es aquella que garantiza en vez de amenazar la del pueblo vecino.

Una literatura que se encerrara dentro de los límites de su propio país, no haria comprender en toda su estension al ciudadano, sus deberes de hombre libre. Una poesía que solo sabe cantar a la libertad de la patria, i carece de notas para incitar a los demas

pueblos al cumplimiento de su deber, no nos enseña a ser libres. Seria un arte fatal, i solamente conozco otro peor: aquel que cree inspirar el verdadero patriotismo, escitando rivalidades i encendiendo la discordia entre paises, cuya union, es una condicion indispensable para su progreso. Nó: a las Bellas Letras no les es dado hacer jerminar las bajas pasiones sin renunciar a su alta mision de ennoblecer, embelleciendo i enriqueciendo el espíritu; i uno de los principales fines de nuestra literatura, debe ser el enseñarnos, que nuestra libertad no consiste en la esclavitud ajena; que nuestros adelantos no estriban en el atraso del vecino; i que podemos desear, confesar i ensalzar el engrandecimiento de otros paises, sin dejar de ser patriotas.—Peruana, en el Perú; Mejicana, en Méjico; Arjentina, en las Provincias Unidas del Plata; etc., es menester que sea americana en todas partes, porque este carácter de fraternidad, no es ni puede ser un impedimento para que el arte se manifieste aquí, allá i mas allá, con el sello peculiar a cada clima, i a los usos i costumbres de cada nacion.

Léjos de producir discordancias, esa diversidad de maneras para espresar las mismas aspiraciones, constituirán una verdadera armonía, así como los diferentes instrumentos de una orquesta, sin dejar de sonar, cual corresponde a la naturaleza de cada uno, armonizan sus voces para concurrir a un solo fin. I sin embargo, cada instrumento puede entonar aparte, himnos i cantatas con su propia voz. Cuando empieza a asomar la aurora por el oriente, el toro brama en lo escondido del bosque; las ovejas balan en el corral; el perro que las cuida ladra, poniéndose ájilmente de pié; el buei muje i marcha lentamente concluyendo de rumiar su racion, i los pájaros trinan sobre las copas de los árboles, cuyo follaje se va tiñendo de mil colores con la luz del alba. Todos esos bramidos, ladridos, mujidos, trinados i colores, no son mas que un solo saludo al sol que despunta ya sobre el horizonte, una sola aspiracion a gozar de la luz i del calor de sus rayos: así tambien, las diversas secciones americanas, cada cual, con su voz peculiar, i valiéndose de los elementos de su propia naturaleza, deben saludar a la libertad,incitándose mútuamente a gozar en comun de sus beneficios.

CAPITULO I

SANTIAGO POR LA MAÑANA

«Eulojio leyó esta carta,
I mil veces la leyó;
Dando besos repetidos,
A la prenda de su amor.
Sus líneas bálsamo fueron,
Que su angustia mitigó;
Rocío que dió la vida
Al marchito corazon.»

S. SANFUENTES.—*(El Campanario.)*

Era en los primeros dias del mes de abril de 1829, i a la hora en que allá en lo antiguo tenia costumbre nuestra capital de levantarse de la cama, es decir, la hora de asomar el sol sobre la nevada cresta de los Andes; porque es cosa averiguada, que nuestros padres madrugaban mucho mas que nosotros. Santiago comenzaba, pues, a desperezarse: abríanse de par en par los zaguanes de las casas; i por las anchas puertas coronadas de sendos escudos hechos pedazos por la revolucion, se veia salir a las viejas i desgreñadas cocineras con el *canasto de la recova* al brazo, el pañuelo de algodon en la cabeza; un zapato i medio, i a veces dos medios zapatos en los piés, i envueltas en el clásico rebozo de lana.

Bien echará de ver el sagaz lector que, atendida la hora, i en vista de los susodichos canastos, todas aquellas cocineras se encaminaban hácia la Recova con el fin de comprar las provisiones diarias para la casa. Pocas de estas mujeres iban solas, i la mayor parte marchaban seguidas del dueño de casa, quien queria siempre elejir por sus propias manos, la mejor carne para el puchero, la mas gorda gallina para la *cazuela*, i el charque mas bien preparado para el *charquican* o el *valdiviano*. I miéntras caminaban tras de sus fámulas, limpiándose los ojos i concluyendo entre bostezo i bostezo las oraciones de la mañana, solian algunos ver con verdadero sentimiento que otros habian madrugado mas i ganádoles el *quien vive*, pues ya venian de vuelta con sus canastos llenos de todo lo que Dios crió.

A medida que el sol se elevaba sobre el horizonte, íbase animando mas la escena con las jentes de a caballo que trotaban por las calles al son de sus inmensas espuelas. Eran de ver los sombreros guarapones de proverbial anchura, los *chamantos* curiosamente laboreados, las gruesas monturas llenas de adornos de plata i los fabulosos estribos, para cuya construccion se necesitaba, segun es fama, de un buen tronco de sauce. Aumentábase poco a poco, el ruido matinal con los silbos i gritos de las parvadas de muchachos que iban a la escuela, con los desentonados cantos de los vendedores ambulantes, los agudos chillidos de las carretas, los cacareos de las gallinas, los ladridos de los perros, i los rebuznos con que, hasta los asnos saludaban al astro del dia, despues de haber pasado la noche entretenidos en pasearse (a falta de otra localidad mas abundante) en el pedregal del Mapocho, o bien, en aquellos lugares de lodo i de basura que hoi con justo título se llama *Paseo de las Delicias*. ¡Cuánto no han cambiado las cosas desde aquel entónces hasta la fecha!

Ajeno al parecer a cuanto le rodeaba, i puesto el pensamiento en una idea fija, bajaba por la calle de la Compañía, un jóven militar, cuyo uniforme mostraba pertenecer a uno de nuestros cuerpos de infantería de línea.

Era este mozo como de veintidos años de edad; de rostro pálido simpático, ojos, barba i cabellos negros; de cuerpo alto, bien formado, i de andar airoso, i un si es no es resuelto. Esta misma cualidad se manifestaba en la mirada varonil de sus ojos negros, prontos a airarse; pero que en su estado normal revelaban un espíritu tranquilo. Cierto tinte melancólico de que estaba impreg-

nado su semblante, revelaba que su alma no era estraña al dolor; i su tez tostada manifestaba que habia sufrido los rigores de la intemperie, i que no llevaba por simple i puro adorno, la espada que colgaba de su cintura.

Poco ántes de llegar a la calle del Peumo, se paró enfrente de una casa de modesta apariencia, i despues de interrogar con sus miradas a todas las ventanas de aquella casa, que permanecieron cerradas sin contestarle ni con el mas lijero temblor de sus hojas verdes, siguió su camino, no sin volver la vista hácia atras dos o tres veces. Cualquier observador habria echado bien de ver, que el jóven militar esperaba algo de aquellas porfiadas ventanas que no querian abrirse; pues, apénas se hubo separado una cuadra de la casa, cuando cambió de frente, i empezó a subir por la calle, volviendo a pararse en el mismo punto en donde hizo alto la primera vez. Entónces vió que las verdes hojas de una de las ventanas temblaron sobre sus alcayatas, i se entreabrieron.

El oficial fué todo ojos; pero nada vió, porque las puertas volvieron a cerrarse prontamente detras de sus gruesas i tupidas rejas de fierro.

Casi al mismo tiempo sintió que lo abrazaban por detras cubriéndole los ojos con las manos, miéntras qne una voz chillona i contrahecha le preguntaba:

—¿Quién soi? Adivina, Anselmito!

—Un animal! contestó enérjicamente el jóven, sumamente contrariado i dándose vuelta hácia su orijinal interlocutor.

Era éste un hombrecito chico, rechoncho, colorado, ñato, ojos grises vivos, pequeños i penetrantes, i lábios gruesos entreabiertos qué dejaban ver dos filas de dientes blanquísimos. De fisonomia alegre i semi burlona, dejaba ver en sus lijeros movimientos no sé qué mezcla de malignidad i truhanería. Venia vestido de pantalon ancho que le caia sobre unos zapatos mui puntiagudos: chaqueta de paño azul con alamares, un pañuelo a cuadros en torno del cuello, capote de barragan i sombrero de paja. Cuando hubo oido la contestacion de Anselmo, soltó una estrepitosa carcajada, i le preguntó sin dejar de reir:

—¿Con qué no me conociste, hombre de Dios? Já! já! já!!

—Al contrario, le contestó Anselmo con marcado mal humor: mi contestacion es una prueba de que te conocí.

—Já! já! já!! ¿Con qué me conociste, eh?

—Al momento de verme tomado de ese modo por la espalda,

pensé en que no podia ser otro que Catalino Gacetilla, i por esto fué que te contesté: un animal.

—Já! já! já!! já!! Vivo de jenio como siempre. Pero dos amigos no deben reñir por tan poco. Yo soi así...! Me gusta la broma, sobre todo con los amigos a quienes aprecio; ya me conoces... I qué hacias aquí parado?

—Yo? nada hombre: andaba paseándome.

—¿Andabas paseando la leche, sin duda? dijo malignamente don Catalino... Buena manera de pasear tienes, quedándote plantado como una estaca enfrente de la casa de don Marcelino.

—Hasta luego Catalino, le interrumpió Anselmo, tendiendo la mano a su importuno amigo i dando muestras de querer marcharse prontamente de allí.

—No te vayas, hombre. Platiquemos un ratito, replicó Gacetilla..... .Ya que tú no me quieres decir nada, yo te diré la noticia que acabo de saber...

—Estoi mui de prisa: Adios, díjole el militar yéndose.

—Es una noticia mas grande que la casa de Moneda, decia Gacetilla siguiendo a su amigo.

—Bueno, bueno: despues me la contarás.

—Es noticia del Sur, hombre, por todos los santos: se trata de que las tropas de Prieto...

—¿Qué dices? preguntó Anselmo prontamente volviéndose hácia Gacetilla.

—No te decia que la noticia es mayor que la casa de Moneda i la Catedral juntas!.....Yo no me desdigo de lo dicho.....I luego, bajando la voz, dijo con su hablar chillon al oido de Anselmo:

—Se habla de revolucion en los lados del sur!

Quiso Anselmo seguir la conversacion; pero, cambiando evidentemente de parecer, dijo a don Catalino:

—Por ahora no podemos hablar.....Ya ves; estamos aquí en la calle... Espérame dentro de dos horas en el Café de la *Nacion*: allí almorzaremos juntos i hablaremos.

—Sin falta?

—Sin falta.

—Pues, hasta luego.

—Hasta luego.

Dicho esto, Anselmo torció por la calle de Teatinos hácia la alameda, miéntras que don Catalino se quedó allí diciéndose entre dientes; ¿En qué pasos andará el militarcito? Qué haria [illegible] n-

frente de la casa de don Marcelino de Rojas?... Si andará tras de la niña?... Pues a fe de Catalino Gacetilla, quiero que me corten una oreja, si no lo sé ántes de que cierre la noche.

Despues de formulado este juramento, que encerraba un propósito, echó a andar con sus cortos i ajitados pasos hácia la plaza.

Anselmo apénas hubo andado dos cuadras, dobló sobre su derecha, i haciendo un rodeo, volvió al mismo punto del anterior encuentro.

Afortunadamente la calle estaba sola, i con sus ojos de enamorado pudo ver que la ventana habia vuelto a entreabrirse. Al pasar por enfrente de ella, vió caer a sus piés un papelito doblado, arrojado a la calle por una mano tan delicada, que habria hecho adivinar a cualquier hijo de vecino, la belleza del rostro oculto tras de la cortina de la ventana.

En cuanto a Anselmo, no tenia necesidad de ser adivino para saber de qué Deidad le habia caido aquella merced. Caer el papel, i tomarlo el jóven fué todo uno; pero no se vió mas, porque la ventana volvió discretamente a cerrarse, i aunque le vinieron, sin duda, al militar, grandes tentaciones de dirijir la palabra a la niña, (cuya debia ser aquella mano) no tuvo mas que conformarse, i haciendo de necesidad virtud, se alejó de la casa a largos pasos, i se encaminó hácia la plaza de *Armas*.

No pudiendo resistir al deseo de ver el billete, sacólo del bolsillo adonde precipitadamente lo habia metido, i se puso a leerlo miéntras andaba.

Tan embebido iba en su lectura, que al atravesar la calle de la Bandera, no vió al curioso Gacetilla que, en dicha calle se habia quedado en observacion, i que, viéndolo pasar con un papel en la mano, hizo un jesto con cierto meneito de cabeza que significaba bien claro; «Ya sé de lo que se trata!»

El billete decia así:

«Mi querido Anselmo:

«Perdóname que te escriba para darte una mala noticia. Tu Lucinda solamente querria decirte cosas capaces de darte contento; pero el cielo lo quiere de otro modo. Te escribo con las lágrimas en los ojos. ¿Qué podrá hacer una pobre mujer sino llorar su cruel desdicha? Nuestra desgracia es cierta, i mi corazon me lo estaba diciendo. Mi *tatita* se opone a nuestra union; i para mayor desdicha mia, quiere que dé mi corazon a otro hombre, cuando es tuyo! Perdona Anselmo mio, a mi padre: perdónalo por Dios, como yo lo perdono,

porque no sabe el dolor que me ha causado. Ah! si él supiera lo que sufro, estoi segura de que se apiadaria de su hija. El secreto de nuestro amor no cabia en mi pecho, i lo he tenido que comunicar a mi mamita. Ella te estima, Anselmo: ella te acepta por hijo, i desde que me lo ha dicho, la amo mas. Yo no creia poder querer mas a mi mamita de lo que la queria; pero desde que sé que ella te ama, yo siento en mi corazon que la adoro.

Todavia no conozco el marido que se me destina; pero cualquiera que sea ¿qué podrá valer para mí, comparado con tigo que llenas todo mi corazon? Me preguntas si te amo? Si te prefiero a otro? I cómo puedes tú preguntar esto a tu Lucinda que solo piensa en tí, que vive muriendo desde que no te ve, i que si no fuera por que tú vives, quisiera morir?.

A fuerza de rogar a mi mamita, ha consentido en que tendremos una entrevista esta noche a las ocho en esta ventana. Mi corazon me dice que vendrás.

Mi mamita estará conmigo. No puedo escribir mas porque mi *tatita* me llama...»

CAPÍTULO II

EN LA PLAZA DE ARMAS

> «Puede carecer de ideas..... pero de palabras, jamas..... Su locucion es inagotable; causa vértigo..... Aquello no es facilidad de hablar, sino dificultad de guardar silencio.»
>
> F. Velasco.

La antigua plaza de Armas, hoi de la Independencia í una de las mas bellas de Sud-América, rodeada de ricos edificios i jardines, veredas e hileras de árboles por entre cuyos follajes se ve saltar los brillantes chorros de los surtidores, no era en la época de nuestra historia, mas que un cuadrado desprovisto de toda comodidad i adorno, i destinado al parecer, a las paradas militares, segun lo indica aquel nombre, sinónimo de Campo de Marte. No quedan allí de aquel tiempo otros edificios que la Catedral i los del costado norte, en donde se encontraba el palacio del Gobierno, llamado las *Cajas*, por contenerse dentro de él el tesoro de la nacion.

Pero ninguno de estos mencionados edificios tiene tan estrecha relacion con nuestra verdadera historia, como el llamado entónces *Café de la Nacion*, situado en el centro del costado oriente de la plaza; es decir, en el lugar que hoi ocupa la entrada del pasaje

Mac-Clure. Allí era donde se reunia lo mas escojido de la capital: allí era donde se charlaba de riñas de gallos, de política, de carreras, de matrimonios, de procesiones i de cofradías.

Cuando Anselmo, despues de haber hecho un gran rodeo para saborear mejor el billete de su amada, llegó a la plaza, daban las nueve i tres cuartos en el reloj de la torre de las *Cajas*. A esa hora ya los *baratillos* del portal estaban animadísimos con esa alegre vida del menudo comercio, miéntras que mil grupos diseminados por la plaza, representaban variadas escenas.

Aquí se hacia un contrato de frutos del país; allá conversaban dos jóvenes al traves de las rejas de una ventana; mas allá, un grupo de bulliciosos muchachos jugaba al *tejo* o a la *rayuela;* acá, una alegre moza se entretenia en lanzar dichos agudos a los conocidos que pasaban por la calle, o en arrojar sobre la vereda cáscaras de fruta para ver resbalarse a los transeuntes; acullá, varios aficionados rodeaban a un chalan que probaba ante todos, el caballo que queria vender, miéntras que otros grupos de viejos mas pacíficos, mataban el tiempo con mayor gravedad, hablando de las últimas carreras o peleas de gallos.

En estos diversos grupos, llamaba especialmente la atencion uno situado al frente del Cafecito de la Nacion, i compuesto de diez o doce jóvenes reunidos en torno de un hombre que parecia estar haciendo algun interesante relato, tal era la atencion con que todos lo miraban.

Allí fué donde Anselmo dirijió sus pasos, i desde léjos pudo mui bien conocer, que el hombre a quien escuchaban con tan marcado interes, era el mismo don Catalino Gacetilla en persona, cuyos ojitos grises i gruesos lábios, se animaban estraordinariamente a medida que hablaba. I hablaba el hombre con ojos, boca, narices, piés i manos, accionando i jesticulando apasionadamente, pero sin escapársele nada de lo que pasaba entre los demas. En cuanto columbró a Anselmo, hízole sin cesar de hablar, una seña para que se acercara.

—Es la pura verdad, decia don Catalino. La revolucion del sur está pintada: lo sé de buena tinta, i me lo han contado con mucho sijilo... Por esto encargo a Uds. que guarden el secreto, pues seria peligroso...

En aquel momento se oyó sonar una campanilla. Era que salia de la Catedral el coche del Santísimo Sacramento. Todos los gritos, conversaciones i cuchicheos cesaron como por encanto, i en un

instante se vió la plaza cubierta de jente arrodillada que rezaba un Padre-nuestro por el alma del que iban a auxiliar, miéntras la comitiva del Sacramento pasaba por en medio de todos, arrastrado el coche por dos mulas negras que un caballero de nota conducia de la rienda, i acompañado por un cortejo de esclavos de la Cofradía, con sendos faroles en las manos. La guardia de la cárcel le hizo los honores á tambor batiente, i las campanas de la iglesia no cesaron de repicar hasta que la procesion se perdió de vista.

Entónces todo el mundo se puso de pié, i el movimiento i las conversacioses principiaron de nuevo.

—Seria mui peligroso, prosiguió Gacetilla enhebrando su discurso, esto de que nos oyeran decir que teníamos noticias de tales acontecimientos. Es menester guardar un profundo secreto, porque ya saben Uds. que en boca cerrada... están Uds?... Anselmo, hijo mio: te estaba esperando para almorzar.... Ya tengo pedido un pollito en aceite, con su cebollita: unos huevos pasados por agua; un *charquican* frito; un...

—Basta, basta hombre, le interrumpió Anselmo entrando en el Café miéntras se deshacia el grupo de la calle.

—Todo, todo esto será remojado con una botella de mosto de Concepcion, decia Gacetilla sobándose las manos de contento. ¡He trabajado tanto toda la mañana! No he parado, amigo mio... Como ya sabes que tengo entrada en el ministerio; he sabido cosas... cosasas... de las cuales no he hablado una palabra, porque las noticias gordas las reservo para los buenos amigos... Mozo! mozo: tráenos el almuerzo que te encargué!

Sentados a la mesa, comenzaron a despachar ambos las suculentas raciones que el criado traia. Don Catalino comia sin dejar de hablar, i hablaba sin dejar de comer; cuando parándose de repente del asiento, se acercó a una de las ventanas que daba al patio de entrada i esclamó:

—Ah! señor don Pablo! tanto bueno por aquí... Venga acá que tengo hambre de platicar con Ud... Aquí estoi con un amigo.

—Ya voi! contestó una voz de afuera.

—¿No es el italiano Motiloni? preguntó Anselmo... Creo que esa es su voz.

—El mismo, contestó don Catalino, engullendo uno tras otro los huevos pasados por agua. Lo ví al pasar por enfrente de la ventana, i como este gringo es tan...

—No es gringo sino italiano, le interrumpió riendo el jóven.

—Tanto vale lo uno como lo otro. Para mí todos los estranjeros son gringos...

—Pues como te iba a decir, este don Pablo, me gusta por lo sabido i noticioso que es. Bebe, pues, hombre: el mostito está de chuparse los bigotes. Es un pozo de ciencia el hombre; i qué memorion tiene! Sabe como un libro, i habla latin como el Papa... Cierto es que tiene sus puntas de hereje; pero herejía mas o ménos... a mí me gusta mucho platicar con él...

Anselmo, hacia al parecer poco caso de la palabrería de su amigo, quien segun su costumbre, prosiguió hablándoselo todo, sin dejar por ello de mascar.

—Hacia bastante tiempo que yo no lo veia, porque has de saber hombre, que este don Pablo es mas raro que un cuartillo de cruz. A veces se pierde sin que nadie sepa dónde ha ido; i ni aun yo mismo he podido averiguar este misterio... Sin embargo, ya sabes que a mí se me escapan pocas... Lo he *aguaitado;* pero ni por esas he dado en el *quid*... Este hombre tiene para mí ciertos misterios que... Pero aquí viene... Cállate boquita...

I como para taparse la boca e impedirse a sí mismo el seguir hablando, don Catalino ahogó las últimas palabras con un vaso de mosto, que se bebió de un sorbo.

En aquel momento entraba a la sala don Pablo Motiloni. Era éste un hombre como de cincuenta i cinco años de edad, alto, seco, mirada penetrante, nariz aguileña, lábios delgados i frente espaciosa, coronada por los rubios cabellos de una peluca primorosamente alisada. Apénas se podia distinguir el color de sus ojitos centellantes, detras de los anteojos verdes que llevaba sobre sus enormes narices. En cuanto a lo demas, sus maneras eran francas e insinuantes; i a primera vista se echaba de ver en ellos ese aire distinguido que caracteriza a las personas que han frecuentado una escojida sociedad.

Motiloni saludó cordialmente a Gacetilla, quien lo presentó a Anselmo.

Hiciéronse los saludos i mútuos cumplimientos de regla, los que don Catalino interrumpió con su acostumbrada locuacidad.

—Cumplimientos a un lado, dijo: vamos a lo que importa. ¿Quiere almorzar, señor don Pablo?

—Nó, amigo mio: yo almuerzo mas temprano.

—Entónces, siéntese i cuéntenos algo... ¿Qué ha oido de nuevo?

—Eso mismo le iba a preguntar a Ud. Yo me encuentro mui atrasado de noticias, pues como he estado cerca de quince dias en cama, apénas sé lo que pasa en la calle.

—Entónces ¿no sabe nada de los acontecimientos del sur?

—Ni una jota.

—Es que dicen que Prieto ha traicionado...

—¿Cómo?

—Nó: no digo eso, porque Prieto es demasiado caballero para haber traicionado ya Solo creo, que piensa traicionar al Gobierno, pues, segun los díceres...

—I quién puede creer en esos díceres, interrumpió don Pablo sonriéndose imperceptiblemente.

—I en caso de que así sea, dijo Anselmo, la lei tiene bastantes defensores para castigar al traidor.

—Eso mismo digo yo, agregó Gacetilla. Yo cuento la cosa como la oigo; i la sé de buena tinta.

—¿I con qué elementos cuenta para hacer la revolucion? preguntó Motiloni.

—Con el ejército de la frontera. Tiene mas de tres mil soldados.

—Pero aquí en Santiago ¿cree Ud. que tendrá apoyo entre la jente de valer?

—Yo creo que sí, porque segun lo que he oido hablar, los hombres de pro están descontentos con el Gobierno.

—Los serviles enemigos de la libertad i de la República debiera Ud. decir, esclamó con calor Anselmo.

Un lijero temblor ajitó la afilada barba de Motiloni, quien miró al jóven de un modo particular.

—Eso es: los serviles, dijo Gacetilla, soltando una estrepitosa carcajada. Yo cuento las cosas al pié de la letra, i las doi como me las dan.

—En cuanto a serviles i pipiolos, allá se las campaneen, dijo Motiloni con un marcado acento italiano. Yo soi estranjero i no debo meterme en estos asuntos.

En este momento entró al comedor el patron del Café con una carta en la mano, i dirijiéndose a Motiloni, le dijo:

—Señor don Pablo; un caballero que acaba de llegar de Valparaiso, me ha entregado esta carta para Ud.

—¿Ya llegó? dijo prontamente Motiloni. Déme la carta... uste-

des me dispensarán caballeros ; pero el mal es para mí, pues me veo en la necesidad de dejar tan grata conversacion. Adios señor don Anselmo: cuente con un servidor mas, en Pablo Motiloni... Hasta luego, amigo Gacetilla.

Dicho esto, salió a largos pasos de la sala.

CAPÍTULO III

UN ESPAÑOL ILUSTRE.

"Tanto es lo que valia i lo que vale,
Ser hijo de un marques...!"

S. SANFUENTES. (*El campanario.*)

—¿De quién será esa carta? refunfuñó sordamente don Catalino, miéntras se bebia los últimos tragos del chocolate que se hizo servir al fin del almuerzo. Lo he de averiguar por que me ha picado la curiosidad... Mira Anselmo, prosiguió asomándose por una ventana, mira al gringo como se dirije al cuarto del rincon, en donde sin duda se ha alojado el caballero de la carta... I la va leyendo!... Qué caballero será ese? Algun asunto que este gringo tiene entre manos; i no me habia dicho nada, cuando yo se lo cuento todo... I mucho que se tiene por amigo mio! Pero ya veremos sino lo descubro al fin.

Aburrido Anselmo de la cháchara de Gacetilla, llamó al mozo, pagó el almuerzo, encendió un cigarro se despidió de su amigo i salió del Café; probablemente para ir a leer por la trijésima vez el billete de Lucinda.

Don Catalino se quedó allí sentado en una silla, con los codos sobre la mesa i la cara apoyada en ambas manos. Este hombre lijéro, versátil, novelero, truhan, amigo de saberlo i de hablarlo

todo, no se daba jamas un instante de reposo. Era el movimiento perpétuo de la curiosidad, i aguijoneado por su pasion, jamas se daba por vencido. En ese momento pensaba en el modo cómo descubrir aquel asunto de don Pablo, que tan preocupado lo tenia; pero tan profundo meditar, lo hizo quedarse dormido en ménos de diez minutos, cosa que le solia pasar a menudo, como sucede con todo espíritu lijero.

En cuanto a Motiloni, tan luego como recibió la carta, preguntó por el cuarto del recien llegado i se dirijió allí.

—*¡Deo gracias!* dijo, golpeando suavemente la puerta del cuarto.

—Por siempre! contestó de adentro una voz hueca i cascada.

I luego apareció en la puerta un hombrecito chico, flaco, de rostro amarillento, de piernas torcidas, cuya edad debia frisar en los sesenta años.

—¿Es el señor don Meliton Canales de la Cerda a quien tengo el honor de hablar? preguntó Motiloni.

—Sí señor: Canales de la Cerda, Sandoval i Rojas, Oyarzun i Pozo Hondo, caballero de Santiago i socio corresponsal en Barcelona de...

—La Compañía de Jesus, concluyó don Pablo, viendo que le faltaba el aliento al señor Canales de la Cerda.

—Eso es: un servidor de Ud.,dijo éste, quitándose de la cabeza una especie de bicoca negra con que tenia cubierto el pelado cráneo.

—Yo lo soi de usted, contestó Motiloni. Encargado por el padre Hipocreitía para esperar a usted en este Café, voi al momento a participarle su llegada. ¿Qué le digo de su importante salud?

—Que estoi bien, fuera de un poco de tos que me molesta i del constante achaque de mis ojos. ¿I cómo pasa su Reverencia?

—Mui bien por ahora, gracias a Dios.

—¿Siempre ocupado, eh?

—Oh! en cuanto a eso es un modelo: no vive para otra cosa que para trabajar en la Viña del Señor!

—¡Pobre apóstol de mi alma! Dígale usted que no se moleste en venir a verme; que yo estaré luego en su celda. ¿Todavía vive en el convento de San Francisco?

—Sí señor. Marche Ud. por esta calle hácia el Sud, i luego en saliendo a la cañada...

—Descuide usted. Há mas de dos años que conozco las señas... I aun cuando no las supiera; quien boca tiene a Roma llega.

Dentro de dos horas estaré en el convento.

—Mui bien, señor: con el permiso de usted, voi a ver a su reverencia.

—Vaya usted con Dios, amigo, dijo el señor de la Cerda dando la mano a Motiloni con aire de superioridad.

Salió éste del Café, i se dirijió por la calle del Estado hácia la alameda. Ya don Catalino habia despertado, i saliendo al patio, vió a don Meliton de pié en la puerta de su cuarto.

—Este viejecito debe ser el recien llegado de Valparaiso, se dijo para sí. Qué facha tiene! Parece sacristan de parroquia pobre. Vamos a ver si se puede sacar algo de él.

Dicho esto, se fué acercando poco a poco al viejo, como cazador que marcha con cautela para que el ave no se le escape; i cuando lo hubo tenido a tiro de palabra, se la dirijió, haciéndole al mismo tiempo una cortesía.

—Dígame, señor, i perdone: ¿mui malo está ahora el camino de Valparaiso? Segun creo ¿usted viene del puerto?

—Así es, dijo don Meliton, contestando al saludo con cierta gravedad que chocó a Gacetilla.

—Por su acento se nota bien que usted es estranjero, agregó éste acercándose mas.

—Soi español, contestó con un movimiento de orgullo el señor de la Cerda, i no hace aun diez dias que he llegado a estos reinos.

—Yo tambien soi español... esto es, quiero decir: que soi hijo de un español neto... Mi madre tambien era hija de españoles: de modo que no tengo un rasguño de sangre india i podemos mui bien llamarnos paisanos... Se podria preguntar sin indiscrecion de qué familia es usted?

Don Meliton hizo un marcado jesto de disgusto, al notar la importuna familiaridad con que aquel hombre principiaba a tratarlo. Sin embargo, el orgullo de dar a luz en Chile su letanía de nombres, le hizo contestar:

—Soi Canales de la Cerda, etc.

—Qué casualidad! esclamó Gacetilla sobándose las manos: yo tambien soi Oyarzun por parte de madre... Lo que son las cosas! Quién le habia de decir a usted, que aquí se iba a encontrar a las pocas horas de llegar a Santiago con un pariente?

—Pariente! esclamó don Meliton (quien por todo habria pasado ménos porque la pura sangre de su familia se hubiese mezclado con sangre americana) Pariente! Sepa usted amigo, que ningun Oyar-

zun de mi familia ha venido a América, i que yo soi el primero que pisa estas playas.

Despues de dichas estas palabras con todo el orgullo de raza que caracterizaba a los españoles de la época, el señor Sandoval i Rojas cortó bruscamente la conversacion, i entró a su cuarto despidiendo a su interlocutor con una seca inclinacion de cabeza, i diciéndole al mismo tiempo:

—Vaya Ud. con Dios.

—I quédate tú con el diablo, viejo cara de pescado seco, refunfuñó desde afuera Gacetilla. Miren no mas hasta en qué mómia se encuentra el orgullo! agregó retirándose del cuarto i saliendo a la calle. Pues te ha de costar bien caro tu descortesía... No sabes lo que has perdido! Siendo cortés i discreto, yo te habria dado a conocer por toda la ciudad como un cumplido caballero; miéntras que ahora no te has de escapar de mi lengua a pesar de tu docena i media de apellidos... Já, já, já já! esclamó, encontrando en ese momento en la calle a uno de sus compinches. ¿Sabes lo que hai, hombre de Dios?

—Qué cosa? preguntó el otro.

—Que acaba de llegar al Café, un viejo godo que se llama el señor don Meliton Canales de la Cerda, Sandoval i Rojas, Oyarzun del Pozo Hondo...

—¿Nada mas?

—Todavía mas, pero no me acuerdo. Dice que por la prisa con que salió de España, solo pudo traer la cuarta parte de los apellidos que tiene... Si vieras tú al vejete! Merece ponerlo en la Catedral debajo de una mesa del altar enfrente del esqueleto de Santa Feliciana.

CAPÍTULO IV

EL PASEO DE LA CAÑADA

«En el hoyo está la bola,
Crúzanse todas las chuecas;
I enfrente los unos de otros,
Se aprontan a la pelea.
Ya la bolita salió,
I por esos aires vuela
Zumbando como una bala
Y amenazando cabezas.
Todos corren i se apiñan,
I se agarran i se enredan;
I por pegarle a la bola,
Unos en otros tropiezan.
Las marcornas por el suelo
Caen i se cachetean;
Miéntras otros con la bola,
Allá ván que se las pelan.
Mas si en tanto ir i venir,
La bola atascada queda;
En el momento *aro! aro!*
Grita toda la caterva.»

(*Corrido del juego de chueca*)

Si el benévolo i discreto lector, tiene la complacencia de seguirnos con la imajinacion al convento de San Francisco, conocerá allí a uno de los héroes mas importantes de nuestra historia.

Pero váyase con tiento : no tropiece en el camino, pues las calles pavimentadas i bordadas de bellos edificios que hoi conducen a la alameda, estaban en aquel tiempo tan cubiertas de hoyos i *malos*

pasos, que para no quebrarse un tobillo en ellos, era menester ser *baqueano*.

La falta de alumbrado, i la sobra de basuras i escombros que obstruian el paso, hacian por de mas difícil aquel camino. Cuando se tenia que atravesar de noche esta parte de la ciudad, era menester reunir las cualidades de valiente i de baqueano; pues ademas de los inconvenientes apuntados, aquel era el lugar elejido por los ladrones de menor cuantía para ejercer su oficio, protejidos por la oscuridad que allí reinaba. Esto sucedia en la noche: a la luz del sol era otra cosa. *En cuanto el Señor* echaba sus luces, veíase invadida la alameda por una multitud de muchachos de todas edades i condiciones que amenizaban la localidad con sus juegos de *chueca* o de *volantin*, o bien, corrian montados en los viejos burros que pillaban, servidores inválidos, abandonados a la ventura en aquella especie de tierra neutral.

Cerca de dos horas despues de las escenas narradas en el capítulo anterior, empeñábase en la alameda una séria partida de *chueca* entre una multitud de muchachos harapientos que pululaban como un enjambre de abejas. Los jugadores divididos en dos bandos, pugnaban por echar a la respectiva raya la bola de madera que iba i venia como una pelota impulsada por los golpes de los sendos palos corvos que cada cual llevaba. Los gritos, insultos, juramentos i palabras soeces se dejaban oir por todas partes, i miéntras unos se entretenian aquí en quitarse la bola, otros allá peleaban a brazo partido, i mas allá mil otros mas la esperaban con su *chueca* en la mano para hacerla rodar hácia su raya, o bien para recibirla en el aire parándola con el corvo instrumento, cuando la vieren venir zumbando como una bala sobre sus cabezas.

De repente los jugadores gritaron ¡*aro!* i se pararon. Las *chuecas* se alzaron como los fusiles de un ejército que presenta las armas, i los gritos cesaron en ambas líneas. Era que, en aquel momento atravesaba el campo de la refriega un fraile de grave andar, que marchaba con su cabeza descubierta, i con su sombrero en la mano. Casi todos los circunstantes que tenian sombrero se lo quitaron saludando a su paternidad con cierta devota cortesía, i esperaron que éste hubiese pasado para comenzar de nuveo su diversion.

Dirijióse el fraile hácia la portería de San Francisco, que estaba cerrada, i golpeó con una gruesa llave que sacó de su manga.

Abrió el lego portero, i entró su reverencia, volviéndose a cerrar otra vez la puerta del convento.

Era el fraile un hombre como de sesenta años de edad, alto, seco, i al parecer ájil i vigoroso todavía: de mirada severa i escrutadora; pero cuyo rostro simpático i un aire un tanto distinguido, predisponia en su favor.

CAPÍTULO V

EL PADRE HIPOCREITIA

«Quiero ver de los vientos,
La furia desatada;
I del volcan horrendo,
Correr la ardiente lava.
Quiero de un cocodrilo
Ver la enorme garganta,
O sentir los halagos,
De algun tigre de Hircánia.
.....
Todo lo sufro, ménos,
El asco i crueles ánsias;
Que estúpidos serviles,
Causan en mis entrañas.»

(El Liberal, num. 2.)

La primera cosa que se presentó a los ojos del reverendo tan luego como pisó el claustro fué, dos frailes jóvenes que daban muestra de estar por demas empeñados en una séria discusion. Distraidos por la cuestion que los entretenia, enardeciéndolos, no acertaron a ver al recien venido, quien pasó cerca de ellos sin obtener un saludo, en cambio de la vénia que él les hizo al pasar. No debia tener mui buen jénio su Reverencia, porque volviéndose

bruscamente a los disputantes que ya se habian apercibido de su llegada, les preguntó con un tono entre meloso i sarcástico:

—Díganme sus paternidades:—¿Prohibe por acaso la regla de San Francisco el ser cortéses?

—Nó, reverendísimo, contestó uno de los otros frailes; lo que me prohibe a mí la regla, es que reciba lecciones de otro que no sea mi prelado.

—Chúpate esa, dijo el otro fraile entre dientes, i bajando los ojos miéntras pasaba por entre los dedos las llagas de la cuerda azul que ceñia su cintura.

—Edificante humildad es esa con que recibe las caritativas advertencias un esclavo del seráfico i glorioso Padre! dijo el viejo dirijiéndose al que le habia contestado. Acuérdese, frai Eustaquio, prosiguió; de que aunque no soi su prelado ni pretendo serlo, tengo encargo del padre Provincial para velar por el órden de la casa. En esta virtud le ruego que, considere, si las respuestas de scomedidas, si ese tono de orgullo i falta de respeto a sus superiores en edad, dignidad i gobierno, sientan bien a un sacerdote que ha hecho voto de humildad.

Dicho esto, saludó con una inclinacion de cabeza a ambos frailes, i se retiró diciéndoles con una falsa sonrisa que tenia mucho de punzante:

—Beso a sus paternidades la mano.

Frai Eustaquio se quedó ardiendo, i al ver a su compañero que aun no acertaba a alzar los ojos, como si aun estuviera bajo la influencia de la poderosa mirada del viejo, esclamó:

—Ya te mató el padre Hipocreitía con una palabra! Alma de mosca! Por eso es que este fraile intruso hace cera i pabilo de todo el convento... Como encuentra con hombres de lana, tiene a toda la casa dominada...

—No es eso hombre! sino que...

—Calla la boca, Antonio: si en cuanto víste al padre te pusiste a tiritar! Se conoce que tú no sabes lo que es este fraile.

—Ya sé que es un jesuita, dijo frai Antonio. Eso se conoce hasta en el modo de mirar.

—Sí; pero como hace poco tiempo que has llegado a la Casa Grande, no lo sabes todo, como yo que no he cesado de observar al padre Vizcaino.

—¿Es Vascuense?

—Sí; i aun he descubierto por medio de un paisano suyo, que

ha sido jefe de los jesuitas de Valencia, despues de haber pretendido serlo de los de Madrid. Mira el tono de autoridad que gasta.

—Parece que nos mirara como a súbditos.

—Es que nosotros tenemos la culpa, porque nos doblegamos ante él como si fuera nuestro prelado. Este hombre tiene sin duda la pasion del mando. De Valencia se fué a Roma, en donde obtuvo no sé qué prerogativas del Santo Padre. A él le parece que tiene las llaves del cielo, segun es lo que cacarea sus prerogativas.

—¿I por qué no se quedó en Roma, si tan bien le fué con el Papa?

—Porque no perdia la esperanza de ser el jefe del convento de la Sociedad establecida en Madrid, a donde se volvió tan pronto como obtuvo la dignidad de parte del jeneral de la Orden. Pero vino la espulsion, i entónces tuvo que echar a correr para América, i llegó a Chile como si de aquí no los hubiesen tambien lanzado a todos ellos.

—Sin embargo, a pesar de la espulsion, tenemos bastantes en el país.

—Sí; los hai de corazon, aunque no iniciados en la Orden, como sucede con nuestro prelado actual.

—Es verdad que no tiene San Ignacio de Loyola un discípulo mejor.

—I sin embargo, no es de la Orden, dijo frai Eustaquio.

—Pero se dejaria quemar por servirla, repuso frai Antonio.

—I por eso encontró tan buena acojida en el convento el padre Hipocreitía. Es el consejero mas atendido del prelado, i hasta los padres graves del honorable Definitorio están debajo de él, pues basta que él diga una cosa para que se le crea contra toda la Casa Grande. ¿Te parece justo esto?

—De ningun modo.

—Por eso me da rabia que este fraile intruso se lleve las atenciones de los reverendos mismos que trata de avasallar. Yo no soi así, i creo que la humildad tiene sus límites. Yo tengo bien *aguaitado* a este fraile. A él le tocan los sermones mas lucidos, i se ha hecho predicador de moda .. Lo que son aquí!... i... Sin embargo te aseguro que no me gusta lo que predica.

—Tiene mucho sonsonete...

—Pero, dale con que predica bien; i hasta las beatas le hacen la corte i lo elevan a las nubes... Sí! no habré oido lo que dicen en

la calle... Todas ellas desean tenerlo por confesor, i su confesonario es el mas concurrido, como si las absoluciones del fraile godo fueran las únicas que borraran los pecados.

—Cosas de mujeres! esclamó riendo, frai Antonio.

—I tambien son cosas de hombres, amigo mio.. ¿Te parece que este fraile posee pocos amigos entre los caballeros principales? Pues sabe que tiene bastantes protectores... Ayer no mas, vino un ricacho a pagarle cien pesos por unas misas de San Gregorio. Lo sé por la esposa misma del dicho caballero... I atiende a que ella es mi confesada.

—De modo que no se le escapan ni los maridos de las confesadas ajenas? dijo sonriendo frai Antonio.

—Qué se le han de escapar!

—Debe ser hábil.

—Sí, para hacer su negocio. A fuerza de artimañas ha conseguido hacerse amigo del presidente de la república; i como su deseo de mando es inmenso ¿quién sabe si se le pasea por el cerebro que puede llegar a ser Ministro de Estado?

—No seas loco, hombre de Dios!

—Qué loco, ni qué calabaza! El padre Hipocreitía, amigo mio, no dejará jamas de ambicionar el mando; i ya que le es imposible obtener un provincialato, desea siquiera alcanzar un ministerio. Es como si le estuviera viendo el corazon. El se cree nacido para dominar, i a pesar del velo de humildad con que suele cubrir sus aspiraciones i del tono meloso con que habla, yo no le ayunaré jamas las vijilias.

—Sin embargo, yo creo que es malo para enemigo.

—I yo tambien.

—La prudencia aconseja conocer al hombre sin mostrarle mala cara.

—No es ese mi sistema, esclamó el ardiente frai Eustaquio. Yo cuando conozco a un hombre malo, le hago la guerra. Yo veré a este hipócrita de cien dobleces, cuando...

—Pues por lo mismo que es hipócrita, es preciso jugarle con las mismas armas, i aparentar delante de él lo contrario de lo que se piensa.

—Eso es como robar para perseguir al ladron. No es así el hijo de mi madre, i donde lo encuentro se las canto clarito.

—Pero yo creo...

—Clarito hombre, clarito como el agua! Por eso el fraile me

aborrece, i no pierde ocasion para ponerme mal con el prelado. Ya sabes que por su influencia me han quitado los sermones del convento para dárselos a su hechura, a frai Nicolas, que no sabe donde tiene los ojos, i a quien trata de hacer hasta Lector de Teolojía...

—I lo conseguirá, porque como tiene de su cuenta al padre Provincial...

—Eso es: miéntras tenga de la oreja al provincial, ha de hacer lo que se le antoje... Ni los conventos de monjas se le escapan... Ayer supe que andaba haciendo porque se cambiara el capellan de las Claras.

—¿No digo yo? esclamó frai Antonio, a quien esta noticia hirió en lo vivo, porque el dicho capellan era su amigo íntimo. ¿Con qué tambien anda intrigando por ese lado? Yo se lo advertiré al clérigo.

—Para que veas si el hombre deja de meterse en algo: en el convento, en las monjas, en el ministerio, en la Curia eclesiástica, no hai parte donde no meta la mano.

—I talvez para sacarla *untada*, dijo frai Antonio riendo.

—Ahora anda mui solícito para obtener partidarios para su candidato en el capítulo que viene; porque con todas las cualidades que lo adornan ¿cómo no ha de ser capitulero? Ya le tiene el tal candidato metido en la cabeza al padre provincial.

—Si nos gana el capítulo, nos *friega*, dijo el padre Antonio.

—Ya lo creo! esclamó frai Eustaquio. Por esto es preciso trabajar i sudar la *gota gorda* por que no lo gane. Ya yo tengo hecho algo con la mayor parte de los definidores... El capítulo será reñído, i nos veremos las caras.

En esto estaban de la conversacion, cuando vieron aparecer en el claustro a un viejo que no era otro que don Meliton Canales de la Cerda, guiado por un hermano lego.

—Venga usted por aquí, señor, decia el lego: la celda del reverendo Hipocreitía está en el segundo claustro.

—¿Quién será este pajarraco que lo busca? dijo entónces frai Eustaquio mirando de hito en hito a don Meliton. Talvez será algun viejo usurero, porque he sabido que para todas sus maniobras gasta mucha plata.

—Con la plata todo se alcanza, interrumpió suspirando el otro padre.

CAPÍTULO VI

LA ENTREVISTA

> «A las monarquías se les ha pasado su tiempo. La monarquía ha sido i será siempre en América la conjuracion, la persecucion implacable, la insurreccion, la proscripcion, la guerra civil»
>
> M. L. Amunátegui.—*(Dictadura de O'Higgins. Int.)*

Miéntras ambos frailes proseguian su caritativa tarea de comentar la vida del padre Hipocreitía, éste, de pié en la puerta de su celda, esperaba a don Meliton, quien desde que divisó a su reverencia, apuró el paso para abrazar cuanto ántes a su amigo. Saludáronse ambos con marcadas muestras de regocijo; i despues de pasados los primeros trasportes, que el lego miraba con asombro, pues, segun dijo despues al pòrtero, jamas habia visto tan contento, risueño i espansivo a su reverencia, entraron a la celda. El padre entónces sentó a don Meliton en la silla de honor; despidió al lego; cerró discretamente la puerta, i dijo a su amigo:

—Estamos solos i podemos hablar con entera confianza.

—¿I esa ventana? observó don Meliton, indicando con el dedo una ventana entreabierta.

—Cae a un pequeño patio cerrado que me pertenece, contestó el padre.

—Sin embargo, no seria malo cerrarla, porque...

—Tiene Ud. razon, amigo mio, pues nunca están demas las precauciones tratándose de asuntos que pueden comprometer. No crea Ud. agregó, cerrando la ventana i abriendo un pequeño postigo superior para alumbrar la celda; no crea Ud. que a mí no se me habia ocurrido cerrarla, al contrario, la he dejado abierta de propósito.

—Comprendo: su paternidad queria saber si con la vejez me habia vuelto niño.

—Cabal! Pero veo con alegría que la prudencia ha echado hondas raices en Ud., amigo mio, i que los años no enriquecen solamente de canas, sino tambien de cordura, la cabeza de los varones virtuosos i eminentes.

—Oh! mi reverendo amigo, dejémonos de vanidades i vamos a lo que importa.

—Tiene Ud. razon: vamos al grano, dijo el padre sentándose en otra silla puesta enfrente de la del señor Canales de la Cerda. Desde que por sus últimas cartas supe que, a la desgracia de perder su digna esposa...

—Ai! amigo mio: Dios me la dió, i Dios me la quitó! cúmplase su voluntad!

—Habia seguido la de ver desaparecer sus riquezas...

—Oh! arruinado! completamente arruinado! esclamó don Meliton tomándose la cabeza con ambas manos. He tenido necesidad de toda mi filosofía para no caer anonadado por este golpe... No sé cómo he podido resistir a tal desgracia... Yo, el dueño de una gran fortuna; i verme...

—Dios la da i Dios la quita! cúmplase su voluntad, dijo el padre.

—Pero a mi edad; esto es fatal, padre mio. Verme de la noche a la mañana abandonado de mis amigos, i sin poder sostener el rango de mi alcurnia! Vaya, no hablemos de eso.

—Al contrario, hablemos, dijo el padre. Es preciso tener fe... i creer que quien quita los bienes de fortuna, puede darlos.

—Amen! dijo don Meliton, con un tono de amargo desconsuelo, que sin embargo dejaba entrever cierto rayo de lijera esperanza.

—Yo tengo fe, continuó el padre, en que Dios lo volverá a Ud. a su antiguo estado. Talvez Ud. no empleaba sus riquezas en el

divino servicio, i hé aquí por que fué desposeido de ellas cuando Ud. ménos lo pensaba.

—Quién sabe! esclamó don Meliton mirando al cielo con una espresion indefinible.

—No bien supe su última desgracia, cuando formé el proyecto de llamarlo.

—I yo he venido; yo he salido de España porque no podia vivir pobre entre las mismas jentes que me habian visto poderoso. Me he venido de vergüenza! Apénas he podido concebir la esperanza de que podria cambiar de suerte.

—I sin embargo, yo le digo a Ud., que Dios nos ha venido a ver.

—Hable Ud. padre: hable su paternidad.

—Antes de todo, dígame ¿trae con sigo lo que le encargué tan encarecidamente?

—Vea Ud., si me he olvidado de algo, dijo don Meliton sacando de la faltriquera un paquete de papeles i pasándoselos al padre. Tan luego como recibí su carta, me fuí a Madrid, i valiéndome de mis relaciones en la corte, conseguí que el Gobierno de S. M. me nombrase encargado secreto en estos reinos de América, a fin de estudiar los medios de hacer que estas rejiones reconocieran su error, i volvieran los ojos al seno de la Metrópoli, de donde se han separado como la rama que se troncha del tronco para caer al suelo i secarse.

Sonrióse el padre sin contestar; i miéntras tanto, examinaba los papeles que habia recibido del señor Sandoval i Rojas.

—Ahí verá, prosiguió éste, las cartas de recomendacion que he traido de varios grandes de España, dirijidas a otros de estos reinos del Perú i Chile.

—Aquí las veo, contestó el padre. Son buenas; pero ninguna vale lo que ésta.

—¿Cuál?

—Esta que viene dirijida al señor don Marcelino de Rojas.

—¿Es algun hombre importante?

—Importantísimo, sobre todo para nosotros, por la relacion que tiene con el proyecto que he formado.

—¿Es noble?

—Vaya si lo es! ¿No ve Ud. que su apellido es Rojas?

—Sí; pero...

—Posee inmensas riquezas i una hija única, dechado de belleza,

virtud i honestidad, que a mi juicio, es mui buen partido... Ya he hablado con el señor don Marcelino a favor de Ud., i ha aceptado mi indicacion.

—Oh! en cuanto a eso sí; pero... dígame Ud. ¿está seguro de que es noble?

—Nobilísimo: palabra de honor. He visto los títulos.

—Pero yo creo que los títulos de estos caballeros de ultramar, no deben estar mui en regla.

—Dígole a Ud. que es de los mismos Rojas de España.

—Sin embargo, yo sé que ninguno de estos ha venido a las Américas.

—I aun cuando así no fuera, agregó el padre, no debe Ud. perder la oportunidad que se le presenta para hacerse de un capital de mas de doscientos mil duros, con el cual quedaria Ud. en disposicion de hacer muchos bienes.

—Oh! sí, muchos bienes!

—Miéntras que ahora, ¿qué saca Ud. con tener buena voluntad para hacer una obra buena, si le falta el poder para ello?

—Es verdad, padre mio; pero miéntras no sepa que esta familia es noble...

—Déjese de esos escrúpulos! esclamó el padre; i atienda a que, si pierde esta oportunidad, se hace no solo indigno de las mercedes divnas, sino que tambien en cierto modo, responsable de lo que por falta de medios, deje de hacer para la honra de Dios i provecho del prójimo!

—No me es posible, padre mio, resistir a su sabiduría, dijo don Meliton. Prometo a su paternidad casarme con esa rica niña, aun cuando no corra sangre ilustre por sus venas. Seré un instrumento de los ocultos fines del cielo, i espero que Dios tomará en cuenta el agravio que hago a mi sangre: Cúmplase su santa voluntad!

Al decir esto, don Meliton bajó los ojos con un aire de inimitable gazmoñería: así fué, que no pudo ver la fina sonrisa que se dibujó en los lábios del reverendo. Por otra parte, aunque la hubiese visto, no habria sido comprendida por la estupidez del mojigato viejo.

—Admiro su cristiana disposicion, dijo el padre, para resignarse a los decretos del cielo. El hombre no es mas que un instrumento de que el Altísimo se vale para alcanzar sus santos fines. En Ud. mismo tiene la esperiencia de lo que digo. Ayer no mas se encontraba Ud. pobre i desamparado, i hoi se le abre un porvenir. Es-

toi seguro que Ud. sabrá aprovecharse de la suerte, a fin de llegar a ponerse en disposicion de poder servir a nuestra perseguida Orden, como lo hacia en otro tiempo.

—Oh! en cuanto a eso, no dude su paternidad que lo haré! Cuanto yo tenga estará siempre a disposicion de la Compañía.... ¡Quién sabe, agregó don Meliton, con un candor admirable: quién sabe, si Dios me quitó mis riquezas de ayer para enseñarme a hacer mejor uso de las que hoi me da.

—No va Ud. fuera de camino en lo que piensa, dijo el padre; i puede mui bien suceder, que Ud. no haya hecho los anteriores beneficios con entera abnegacion i desprendimiento.

—Puede ser que así haya sido; pero bastante castigado estoi. Desde ahora prometo no considerarme sino como un depositario de los bienes que reciba... No importa que la niña no sea noble, porque, ¿quién la conoce en Valencia? Una vez que yo establezca allí nuevamente mi casa como corresponde a mi alcurnia...

—¿Qué? le interrumpió el padre: ¿piensa Ud. volver a Valencia?

—Yo creia que...

—Lo que Ud. debe creer es que hai necesidad de sus servicios en este reino. Ud. debe establecerse aquí, porque así conviene a los santos intereses de la Orden...

—Cuyo esclavo soi, concluyó don Meliton inclinándose ante su reverencia.

—Si yo le he hecho pedir en España esas cartas de recomendacion, es para que se establezca aquí. En este reino podrá servir a los intereses de S. M. mucho mejor que en España, en donde no puede recojer mas que la vergüenza de su bancarrota, miéntras que aquí... Pero Ud. debe estar un poco fatigado: hagamos un paréntesis para tomar un traguito que le vendrá bien, segun creo. Aquí tengo, prosiguió el padre levantándose de su asiento, una botellita de *Pisco* que me ha enviado de regalo la Madre Abadesa de las monjas Agustinas. Bueno es, prosiguió sonriendo, que Ud. principie a gustar de los productos de estas bellas rejiones americanas.

Diciendo esto, se acercó el padre a un armario; abriólo, sacó de allí una botella i una bandejita colmada de biscochos que puso sobre la mesa. Llenó dos copas, e invitó a beber a don Meliton, quien tomó maquinalmente la suya, enfrascado como estaba en sus reflecciones. Pero no bien hubo bebido un trago, cuando se sintió otro hombre.

—Esa es la verdad, dijo: desde estos reinos podré servir mejor a los intereses de S. M... i en atencion a mis leales servicios, bien puedo esperar que, andando el tiempo, sean prèmiados por nuestro rei i Señor.

—Mui cristiana i mui noble es esa esperanza, dijo el padre. Ahora hablemos de la manera cómo debe ser presentado a la casa del Señor de Rojas. Ya le he dicho a éste que Ud. es su pariente, i lo cree a pié juntillas, pues él se cree tambien Sandoval i Rojas.

—Es una equivocacion, padre; ningun Sandoval ha venido a las Américas.

—Aunque así lo crea Ud., no debe contradecir a don Marcelino, porque...

—Pero...

—¿Quiere Ud. mismo ser un inconveniente a su propio establecimiento en estos reinos? Olvídese de alcurnias por ahora, que todo eso es vanidad. Lo importante es adquirir los elementos necesarios para servir a la honra de Dios.

—Estoi dispuesto a obrar como su reverencia me indique.

—Despues tendrá tiempo de pensar en noblezas. Créame por que tengo esperiencia de estos mundos. La nobleza por acá va decayendo cuando no está apuntalada por el dinero; i llegará un tiempo, agregó el padre con tono profético, en que el dinero será el principal elemento de nobleza en estas tierras!

—Oh! qué tierras! esclamó don Meliton horrorizado ¿qué hombre cristiano i honrado podrá vivir en un mundo en donde se desprecian los sagrados títulos de la sangre, i se mira como nada el honor i el lustre de la ascendencia?

—Cada país tiene sus usos, amigo mio; i país por país: acuérdese Ud. que acaba de salir de España porque le faltaba dinero. I a propósito de dinero, creo que Ud. no estará mui abundante.

—Demasiado cierto es eso por desgracia.

—I como es preciso que Ud. se presente en la casa de su futura con la mayor decencia posible, yo trataré de buscar lo necesario...

—¡Cuánto agradezco sus buenos oficios, padre mio! En mí encontrará un hijo obediente, un esclavo sumiso.

—Solo Dios tiene esclavos! interrumpió sentenciosamente el fraile levantándose de su asiento, i ai! del que resista su voluntad cuando a El le place darla a conocer! Ahora es preciso no perder tiempo, porque el tiempo es plata, como dicen por estos nuevos mundos; i yo digo: el tiempo es el árbol del bien i del mal. Quien

lo aprovecha sube al cielo; quien lo pierde, baja al abismo... Ah! esclamó paseándose a largos trancos por la celda; si el gobierno español no hubiera perdido miserablemente su tiempo, todavía seria dueño de estos bellos paises, miéntras que ahora...

—I ahora, preguntó don Meliton. ¿Cree su paternidad imposible el restablecimiento en estas Américas del gobierno paternal de S. M?

—Tanto por lo ménos, como sacar una alma del infierno, contestó el padre admirado de la candidez de la pregunta.

—Sin embargo, yo he hablado con el ministro i con varios personajes de la corte, i todos, hasta el mismo rei en persona, quien me hizo el honor de darme una audiencia de despedida, me manifestaron la esperanza que tenian de llegar a sujetar estas rejiones a su dominio i vasallaje. La España tiene armas i soldados todavía...

El padre no contestó, i solo hizo un jesto de profundo desprecio.

—Imbéciles! refunfuñó entre dientes. ¡Creer que podrán subyugar por medio de las armas a unos paises enorgullecidos con victorias recientes!

Luego prosiguió en voz alta, dirijiéndose a don Meliton:

—Oigame, amigo mio: las armas españolas no podrán hacer nada en América. Las verdaderas armas aquí son la diplomacia, a fin de conseguir algo siquiera. Tratar a estos paises como enemigos declarados es una locura. De estos pueblos con mas atrevimiento que ciencia, de estos gobiernos inestables i ciegos, no se podrá obtener jamas ningun acomodo, sino por medio de esa lenta accion de la diplomacia, porque es mas fácil engañarlos en el gabinete, que vencerlos en el campo de batalla. Ud. comunicará estas ideas a S. M. por medio del señor Ministro.

—Sí, le escribiré i se lo diré todo.

—Dirále Ud. que el oficio de la espada ha concluido, i que no nos queda otra influencia que la de la palabra. No debemos hacer la guerra de enemigos, sino la de amigos. ¿Entiende Ud?

—Perfectamente.

—Mui bien. Valor i constancia para merecer el premio, dijo el padre.

—Amen, contestó don Meliton.

—Vámonos ahora; Ud. me esperará en su alojamiento miéntras yo voi a casa de un amigo a pedirle el dinerillo que necesi-

tamos.

—Dios guie sus pasos, dijo el señor de Sandoval levantándose i tomando su sombrero.

Ambos amigos salieren del convento i se dirijieron al *Café de la Nacion*. Miéntras seguian su camino, el padre dijo a don Meliton:

—Se me habia olvidado advertir a Ud. una cosa, amigo mio.

—¿Qué cosa? Su paternidad sabe que estoi dispuesto a seguir sus consejos.

—Es que la persona que lo espera a Ud. en el Café...

—El señor Motiloni?

—Sí; es un amigo íntimo mio, i al cual debe usted creer cuanto le diga, porque es la misma virtud en persona. Es un digno italiano.

—Todo eso lo he conocido al ver a ese cumplido caballero.

—Aunque parezca a primera vista un hombre relajado, en el fondo es un siervo de Dios. Lo conozco como a mí mismo; es mi confesado. Muchas veces, al notar su devocion, su relijiosidad, su modestia i su decision por la honra de Dios, me he dicho a mí mismo: ¿cómo es posible que pueda un hombre conservar estas bellas prendas viviendo en el siglo? Hai hombres privilejiados!

—Sí! hai hombres privilejiados! esclamó como un eco don Meliton.

Llegados al Café, el señor de la Cerda entró a su cuarto, i el padre se dirijió hácia el rio por la calle del Puente. Al llegar a la calle de San Pablo, dobló hácia su izquierda i prosiguió su marcha, correspondiendo a los saludos que le hacian las jentes que encontraba al paso.

CAPÍTULO VII

LA CASA VIEJA.

«¿Te enfadas i haces mal jesto?
Perdóname, dueño mio,
Yo quiero tu conversion,
I que quedemos amigos.
Si mudares de conducta,
De lo dicho me desdigo;
(Aunque soi hombre formal)
Pues veo que hablé mui mal.»

(El Padre C. Henríquez.)

Ociosa dilijencia seria el tratar de dar a conocer a nuestros lectores la calle de San Pablo; esa calle célebre en la historia de nuestras revueltas políticas, campo de batallas allá en lo antiguo, de las interesantes escenas de poncho i cuchillo, que es como si dijéramos de *capa i espada*, lugar de reunion de la jente de cáscara amarga, de esa que mira a todo el mundo como suyo, precisamente porque no tiene nada; calle, repetimos, donde se andaba con garbo; se hablaba recio; se miraba de soslayo, i se escupia por el colmillo; donde se entremezclaban los gritos de los muchachos con el cantar de las chinganas i con el vocear de los amigos del alegre dios de los pámpanos i de las vendímias; i donde, en fin, sus habitantes

parecian haber resuelto el problema social de la propiedad, segun era la confianza con que cada cual tomaba lo que pertenecia a otro.

Pues bien, por esa calle fué por donde nuestro buen padre Hipocreitía, que ya va conociendo el lector, echó a andar a pasos rápidos con el sombrero en la mano i la calva al aire, segun tenia de costumbre. Despues de haber andado un buen trecho, paróse enfrente de una casa de miserable aspecto, situada a una o dos cuadras de distancia de la plazuela de San Pablo: porque el cronista que recojió las noticias que han servido de base a esta historia, no dice precisamente cuál era dicha distancia, contentándose con advertirnos que la casa, conocida en el barrio con el nombre de *Casa Vieja*, ocupaba una esquina de la manzana, i era a su vez ocupada por varios arrendatarios pobres. I a fe, que si es cierta la descripcion que de ella hace el curiosísimo cronista, el tal edificio merecia mui bien su nombre de *Casa Vieja*.

La puerta de calle, desnivelada hácia el oriente, era un gran boquete casi cuadrado, que se cerraba con dos hojas compuestas de tablones de roble mal acepillados, sujetos con clavos de enormes i laboreadas cabezas de cobre, i por entre cuyas junturas se divisaba todo cuanto pasaba en el patio. A la izquierda se veia unos cuartos sucios ocupados por un bodegon, i la derecha, una enorme puerta cochera, que era lo único que allí quedaba en pié, pues todo lo demas habia caido a impulsos del tiempo que, así atierra la torre de granito como la humilde habitacion de adobe. Coronaba la puerta principal, i por consiguiente, lo que en otro tiempo fué edificio, un fronton triangular adornado con un escudo hecho pedazos, que estaba manifestando a las claras la nobleza e hidalguía del primitivo dueño.

Allí fué donde el padre llegó: sacó su pañuelo, se limpió el sudor de la frente, tosió i entró al patio con cierta hesitacion, que el lector disculpará cuando le digamos que el tal patio, no era mas que un basural rodeado por un lado de edificios al caerse, i por el otro, de las paredes de edificios caidos. El olor que allí se dejaba sentir, no era tampoco para recrear a nadie. Por manera que el padre, con toda la lijereza que sus años le permitian, atravesó el patio i se dirijió a los cuartuchos situados a la izquierda. Golpeó una puerta de color indefinible, la cual se abrió como por encanto, apareciendo en el dintel un hombre de mezquino aspecto, que al ver al padre esclamó'

—Oh! qué dicha la mia! al ver en mi pobre morada al honor de nuestra iglesia, a la columna de nuestro sacerdocio, al heredero de las virtudes apostólicas, al...

—Basta, don Policarpo, le interrumpió sécamente el padre. No estoi ahora para perder tiempo: vengo a un asunto que urje.

—Aquí tiene su reverencia mi inutilidad para servirle en lo que me considere útil... Pero, pase para adentro, prosiguió con melosa afabilidad don Policarpo: siéntese su reverencia... En esa silla nó, porque está en tres piés... *aquí, aquí en la mia que es blandita.* La he hecho empajar no há muchos dias.

Estas dos sillas, una mesa de madera blanca, un escaño de lo mismo, i sobre una tarima, un armario de gruesos tablones con una gran chapa de fierro i un candado por añadidura, eran los muebles de aquel cuarto, en cuyas paredes blanqueadas con cal, así como en las vigas del techo, tejian pacíficamente sus telas, un gran número de arañas.

Don Policarpo Tragantilla, era un digno habitante de aquella lúgubre morada. Aunque no era viejo, parecíalo así. Su andar tembloroso, su jibado cuerpo, sus manos huesudas i flacas, su rostro amarillento, seco i afilado, sus carrillos hundidos, i las hondas arrugas de su frente, evidenciaban las fatigas que aquel hombre sufria cotidianamente. Al notar el modesto, el manso i casi apagado mirar de este hombre, cualquiera inesperto podria haberse equivocado, i tomádolo por un ser perseguido por la pobreza, o entregado a los rigores de una dura penitencia.

Nada de esto: el personaje que tenemos el honor de presentar al lector, no tenia nada de pobre ni de penitente. Si ayunaba, si vivia siempre en perpetua cuaresma, era por no menoscabar su riqueza; i si miraba i hablaba compunjidamente, era porque así se lo aconsejaba su hipocresía, con la cual hacia su lucrativo negocio de *prendero.*

Don Policarpo, no era, pues, otra cosa que la personificacion de la avaricia.

—Estoi ansioso de saber en qué puedo ser útil a su reverencia, dijo Tragantilla mirando al padre con su carita de garduña.

—Va Ud. luego a saberlo, amigo mio... Ha llegado la época en que Ud. puede pagarme mis buenos oficios para con Ud.

—Estoi pronto a hacerlo, padre mio. A su paternidad, despues de Dios, debo la pequeña holgura en que me encuentro; i digo holgura, nó porque posea riquezas, sino por...

—Necesito un poco de dinero, le interrumpió el padre, i me he acordado de Ud.

—Ah! Dinero... sí... yo creia... Dígame ¿cómo cuánto será lo que su paternidad necesita?

—Poca cosa: unos seiscientos pesos, i como Ud. es mi mejor amigo, he acudido aquí.

—Seiscientos pesos! Padre por Dios, su reverencia está soñando! esclamó con un repentino temblor don Policarpo. ¿Cómo ha podido creerme poseedor de tan tamaña suma?

—No perdamos el tiempo, don Policarpo: necesito esa suma, i no me voi de aquí sin llevarla.

—Pero acuérdese padre, de que no hace un mes que le entregué los últimos doscientos pesos que tenia... ¡Si su paternidad supiera cómo están los tiempos! Para ver cien pesos reunidos es preciso hablar con la Vírjen.

—No se trata ahora de hablar con los santos, mi buen amigo, sino de cumplir con esta obra de caridad. Ud. sabe que yo no pido nada para mí.

—Oh! sí ya sé que su paternidad no pide sino para hacer el bien.

—I como tiene Ud. buen corazon...

—Buen corazon; pero...

—Un corazon de oro...

—Si pudiera darle mi corazon!... Dios es testigo... yo se lo diera; pero plata!

—Por eso he venido a verlo...

—Ha hecho mui bien... digo mal; no ha hecho bien... Nó: no es esto tampoco sino que, quiero decir; que su reverencia habria hecho mejor viniendo en otras circunstancias,

—¿Quiere Ud. que venga a pedirle dinero cuando yo no lo necesite?

—Nó es eso, mi padre... Vaya! no acierto a esplicarme... Dígame, ¿no se podria remediar la necesidad con cien pesos? Puede ser que trajinando por aquellos cajones se alcanzasen a reunir... Cien pesos fuertes ¿qué le parece?

—Nó, amigo mio.

—Ni con ciento cincuenta?

—Tampoco: ya lo he dicho...

—Vaya padre, no hablemos mas, dijo el avaro haciendo un esfuerzo: voi a darle cuatrocientos pesos, aun cuando tenga que sa-

car de un dinero ajeno que me han mandado guardar; pero por su paternidad...

—Hombre! le interrumpió el padre: ya le he dicho a Ud. que son seiscientos pesos los que he menester por ahora.

—Por ahora! esclamó el avaro tomándose la cabeza entre las manos con una angustia indecible.

—Sí, por ahora, dijo inexorablemente el fraile, porque despues, creo necesitar mas.

Don Policarpo no contestó, i se dejó caer sobre el escaño de madera como un hombre a quien le faltan las fuerzas: sacó su despedazado pañuelo de algodon; limpióse el sudor que corria en gruesas gotas por su arrugada frente, i contestó con una especie de quejido:

—Eso es imposible!

—Pues nada hai mas hacedero, replicó tranquilamente el fraile.

El avaro miró fijamente a su interlocutor, cuya firmeza lo tenia dominado. Habia en aquella mirada una mezcla de odio, de dolor, i de impotente despecho. No parecia sino que con ella hubiese querido don Policarpo traspasar el alma de su frio interlocutor; pero no hizo mas que resbalar por sobre la coraza de hielo de que éste parecia estar vestido.

—Le he dicho, prosiguió el padre, que lo que Ud. llama un imposible, es la cosa mas hacedera del mundo, i para ello tengo mis razones. En primer lugar, el dinero que Ud. tiene me lo debe a mí.

Don Policarpo hizo un jesto que significaba: «es verdad».

—¿Podria Ud. negar esto? Por mis empeños ha adquirido Ud. los sindicatos de tres monasterios de monjas... Ya sabe cuánto hubo que trabajar contra el capellan de las Claras para que lo nombrasen a Ud. de síndico... Yo sé que este negocio le deja anualmente a Ud. algunos miles de patacones... I qué diremos de la recaudacion de los diezmos? ¿A quién le debe Ud. eso, sino al padre Hipocreitía? Acuérdese ademas, de que lo he librado mas de una vez de persecusiones por contrabando. Mala memoria tiene Ud.

—Oh! estoi, estoi mui reconocido a sus favores, padre mio! dijo con la voz mas tranquila, el miserable: me acuerdo de todo; no sé cómo pagar tantos beneficios... Aquí está mi persona... Pídame la vida; pero...

—Pero no dinero, agregó el padre entre dientes. Sin embargo, no es su vida lo que necesito.

I luego pensó para sí:

—Al contrario, he menester que viva para que me reuna dinero, que es para lo único que sirve este miserable.

—Con qué ¿en qué quedamos, mi buen amigo? prosiguió en voz alta el reverendo ¿Me da los seiscientos pesos, o busco otra persona ménos ingrata que Ud. a quien favorecer.

—Oh! mi santo amigo i benefactor! esclamó don Policarpo apresuradameute: ¿puede su paternidad creer que hallará otro que estime como yo sus beneficios?

—Como veo que Ud, no tiene buena memoria, i es preciso recordárselo todo cada vez que vengo a pedirle algo...

—Yo! mala memoria! Le aseguro que sus visitas no se me borran jamas de la imajinacion, dijo injénuamente el avaro.

—Ya lo creo; sobre todo cuando las visitas son como la presente, eh?

—Nó; no es por eso: no es por el dinero... Yo no tengo apego a la plata. I aun cuando lo tuviera; me parece que soi bastante cristiano para considerar que los que tenemos algo, no somos mas que unos depositarios de los pobres!

—Bien pensado; evanjélicamente pensado, dijo el fraile, disimulando una lijera sonrisa que asomó a sus lábios. Si los ricos no dan, no deben pensar en su salvacion.

—Oh! padre mio! no por que yo procure lograr algo para subsistir, dejo de trabajar por mi salud eterna.

—Por eso dice la Escritura, que mas fácil es que un camello pase por el ojo de una aguja, que un rico se salve.

—Condéneme Dios, si no es verdad cuanto le he dicho. Yo vivo en el siglo como si no perteneciese a él. Me voi poco a poco despegando de todo lo terreno, i la vida solitaria es ya para mí una pasion.

—Cada dia está mas necio este pobre diablo, dijo para sí el fraile. Ahora tiene la pretension de engañar a un jesuita!

Luego agregó en voz alta:

—Advierto a Ud. don Policarpo, que ya tengo cinco empeños para los sindicatos que, como Ud. sabe, no son dignos de desprecio.

—Vaya si lo sé! Pero creo que su paternidad no se habrá enfadado conmigo porque no tengo el completo del dinero en este momento...

—En cuanto a las capellanías, de cuyos beneficios goza Ud., pertenecen de derecho a un amigo mio, segun la opinion de un abogado.

—Padre mio! no porque carezca de dinero por ahora, deje de tener amigos. Le prometo que mañana estará toda la cantidad a su disposicion, aun cuando para ello tuviera que venderme yo mismo.

—I quién habia de comprar un avaro que ya le pertence al diablo? pensó el jesuita... Pero ya le he dicho, continuó con voz firme, que la necesidad es urjente.

—Urjente! tan urjente!

—I tanto, que si Ud. no me da pronto esa suma, voi a sacarla a interes, i como me pueden cobrar un interes subido, Ud. saldria perjudicado.

—Ya lo veo: yo tendria que pagarlo todo despues.

—Cabal. Si lo ha de hacer mañana, mejor es hacerlo hoi, dijo el padre poniéndose de pié.

Alzóse tambien de su asiento don Policarpo, i haciendo un esfuezo soberano, dijo a su interlocutor:

—Está bien, padre mio. Le daré del dinero ajeno que tengo en caja. Sígame su paternidad.

CAPÍTULO VIII

EL ALMACEN DE PRENDAS

> «Todas estas divisiones estaban llenas de objetos tan diversos, que daban a aquellas piezas el aspecto de un verdadero bazar.»
>
> M. PALMA.—(*Secretos del Pueblo.*)

Diciendo esto, pasaron ambos a un cañon de piezas inmediatas, que era el almacen del avaro. Figúrese el lector una gran sala sucia, de paredes ennegrecidas, colgada de telarañas, i llena de un sinnúmero de objetos que revelaban el oficio de prendero que don Policarpo ejercia. Era aquello una especie de arca de Noé, en donde mas corto es decir lo que faltaba, que lo que allí habia encerrado en confuso desórden. El suelo estaba cubierto de esteras, mesas, catres, colchones arrollados, canastos de ropa usada, sillas viejas, alfombras, pailas rotas, instrumentos de labranza, i rumas de suecos i zapatos usados. Pendientes de la pared, se veia miles de de atados dispuestos en hileras, todos numerados i rotulados, i que contenian ropa hecha, sombreros, capas, ponchos, lazos espuelas, correas, i muchos otros artículos que seria cansado enumerar. Suponga el lector que a todos los ladrones de la ciudad se les ocurriera un dia reunir sus robos en un gran salon, i que, a esto se agre-

gase todas las mercaderías que los comerciantes llaman *hueso*. Suponga en seguida, que una mano intelijente i pacienzuda, arregla i clasifica por familias aquella multitud de objetos, i luego les interpola muebles viejos i trastos inútiles, cubriendo por fin todo aquello con una capa de polvo. Pues bien, aun así, no resultaria una coleccion tan variada i completa como la que el almacen del avaro presentaba.

Pero entre esta multitud de desordenados objetos cubiertos de tierra, i por los cuales se oia andar verdaderas lejiones de ratas, siguió el padre a don Policarpo, quien marchaba como de mala gana i suspirando. En realidad, el hombre era llevado al suplício por su mismo verdugo, porque ¿cabe mayor suplício para un avaro, que ir a contar por sus propias manos el dinero que va a salir de su caja para no producir nada, ni volver a entrar jamas a ella? ¿I qué otra cosa es para él, sino un verdugo, la persona que lo oblige a hacer tan duro sacrificio? De esta sala pasaron a otra que daba a la calle, i que servia de despacho al avaro. Allí era adonde estaban las prendas de venta; es decir, aquellas cuyos dueños se habian olvidado de pagar el valor del empeño.

Dirijióse don Policarpo al cajon de una mesa: metió con temblorosa mano la llave en la cerradura; i tirando del cajon, miró al padre, que, de pié enfrente de él, no desplegaba los lábios. Era aquella mirada una verdadera i última súplica; pero un jesto del inexorable fraile lo hizo apresurarse a consumar el sacrificio; i metiendo como por un movimiento nervioso la mano dentro del cajon, empezó a contar apresuradamente el dinero, que dispuso en pilas de a cien pesos sobre la mesa. Concluida la operacion, dijo al padre con un jesto imposible de describir:

—Ya está.

—Haga al servicio por completo, mi don Poli, dijo el padre con voz melosa, i meta la plata en un saquito

—Ah! dice bien su paternidad! me habia olvidado... Como tengo ahora mi cabeza tan... Pero aquí está el saco. ¿Quiere su paternidad contar?

—Eso nó: tengo bastante confianza en Ud., i, como ademas, si es que falta puedo venir a buscar el resto...

—Es verdad, dijo don Policarpo con rabia concentrada; puede venir a buscar el resto... En ese caso, agregó entre dientes: mejor es ahorrar la visita. Vea, mi padre, prosiguió en voz mas alta: voi

a echar otros veinticinco pesos mas, por si me hubiera equivocado en la cuenta.

Diciendo esto, contó los veinticinco pesos, i los metió con el otro dinero en el saco.

Miserable avaro! refunfuñó éste, tomando el saco debajo de su manteo i disponiéndose a salir, i luego agrego:

—Ya sabe Ud. que yo no puedo dar recibo, dijo a don Policarpo; pero lo hará por mí nuestro amigo, don Pablo Motiloni.

—Don Pablo Motiloni, repitió el avaro sin despegar sus ojos del bulto que el saquito hacia debajo del manto del fraile.

—Adios don Poli, dijo éste. Hasta mas ver. Doi a Ud. las gracias.

—Adios mi padre, contestó el avaro con angustiosa voz.

Salió el padre a la calle, i se dirijió al punto de donde habia venido, miéntras don Policarpo, de pié en la puerta de su despacho veia alejarse su alma metida en un saco de brin.

—Adios, dinero mio! esclamó: hasta el valle de Josafat! Pensar en que esta plata vuelva a mi caja, es como pensar en la venida del Mesias.

Cerró en seguida la puerta, i dirijióse a su habitacion con los puños cerrados de rábia.

—Malditas sean tus artimañas, fraile sin entrañas i sin conciencia! esclamó paseándose por su cuarto i amenazando al aire con los puños cerrados. I yo, necio de mí, que me he dejado dominar! Pero ¿qué hacer? Estoi entre sus garras!... ¡Seiscientos pesos caidos al agua en un rato! Como si no costara nada ganarlos... A estos frailes les parece que ganar la plata es como decir misa! I este demonio que no se llena nunca!... Nunca! nunca! nunca!... ¿Para qué querrá dinero? El mismo dice que con su pié de altar tiene lo suficiente... I miéntras tanto ya me lleva pedidos mil i trescientos pesos en lo que va corrido del año... ¡No es vida la que me hace pasar este demonio, Ave Maria!... En cuanto adquiera unos cincuenta o sesenta mil pesos, me separo de él... Cierto es que me da a ganar, i que con su apoyo me ha hecho rico; pero el placer de ver llegar a mis manos un millon de duros, no es comparable con el dolor que me causa el separarme de cincuenta! Esto es horroroso!

Tan embebido estaba don Policarpo en sus reflecciones, que no vió parada en la puerta que daba al patio interior, a una niña como de doce años, cuya fisonomía la denunciaba por hija del avaro.

Despues de un corto rato, dijo la niña a su padre:

—Tatita, dice mi mamita que ya es hora de ir a tomar mate.

—Con qué estabas ahí, picaronaza, i no me habias dicho nada! esclamó colérico el viejo: no digo yo! Hasta en mi misma casa me espian. Véte de ahí!

Retiróse la niña medio llorando, miéntras el cruel avaro siguió paseándose por el cuarto con la rábia elevada a la quinta potencia. Cinco minutos despues, se oia la clara e imperiosa voz de doña Estefanía, su mujer, que gritaba desde adentro:

—Don Policarpo! Don Policarpo! Hombre orejas de paila rota! que se enfria el mate.

CAPÍTULO IX

ANSELMO

> «Era siempre el jóven pensativo i melancólico que conocimos entónces; solo sí, que han arrojado una nueva sombra sobre su frente, los recuerdos de una juventud prematura i desgraciada. Su palidez se ha hecho mas notable, i sus grandes i hermosos ojos parecen velados por una lijera capa de tristeza que, si en algo disminuye su fuego i viveza naturales, le da ese tinte simpático, que tanto interesa al alma ansiosa de conocer el drama interno que se revela a médias en las miradas profundas.»
>
> GUILLERMO BLEST GANA.—(*El Número trece, Capítulo I*)

El benévolo lector conoce ya de vista al oficial que hemos llamado Anselmo, i de oidas a don Marcelino de Rojas, i a su hija Lucinda.

Habiendo muerto los padres de Anselmo, seguía éste su carrera militar en Santiago, en donde se consolaba de la pérdida de sus padres con la vista de su querida hermana, Anjelina, monja profesa en el convento de las Capuchinas.

El noble corazon de Anselmo, su valor i discrecion, junto con su puntualidad en el cumplimiento de sus deberes, le habian granjeado el cariño de sus superiores, así como el de sus compañeros, entre los cuales era mirado con cierto respeto, a pesar de su juventud. El jóven habia sabido captarse la estimacion de que gozaba, siendo respetuoso, sin humillacion; digno i pundonoroso, sin altanería; i franco, sin que jamas llegase a rayar en una familiaridad peligrosa. La severidad de sus costumbres que podian servir de modelo, i las desgracias que en su familia habia sufrido, daban a su carácter cierto tinte de melancolía, que nada tenia de rechazante. Al contrario, sus compañeros lo buscaban por la franqueza de su trato i la amenidad de su conversacion. Sobre todo, tenia ese raro valor para espresar con entera franqueza sus opiniones, cualesquiera que fuesen las circunstancias en que se hallara. Nacido en los tiempos de la guerra de la independencia americana, habia abierto los ojos oyendo el ruido del tambor de alarma. Actor él mismo en los combates que su patria habia tenido que sostener contra la España, su alma se habia fortificado con ese vigor que solo en los campos de batalla se adquiere, cuando se pelea por defender una causa justa, ántes que por espíritu de partido o de granjería; siendo notable que el mismo valor que habia manifestado siempre con la espada en la mano, seguia mostrándolo en sus acciones i palabras. Jamas se desdecia; i como era amigo verdadero de la libertad i de la justicia, las buenas ideas encontraban siempre en él un constante defensor. De aquí nacia esa especie de respeto con que lo miraban sus compañeros, aun aquellos de mas edad que él. Escuchaban sus palabras con marcada atencion, i no era estraño ver que hasta sus mismos jefes seguian sus consejos. Por otra parte, sus convicciones en política eran tan profundas, que por nada en el mundo dejaba de espresarlas con ese tono firme del que, creyendo amar la justicia i la verdad, se cree tambien con el derecho i el deber de defenderlas.

El carácter i los principios liberales de Anselmo, lo habian hecho afiliarse en ese partido que nacia con la aurora de nuestra libertad política. Enemigo de los vicios i prácticas del coloniaje que se oponian al establecimiento del gobierno verdaderamente republicano, no cesaba Anselmo de combatirlos con su palabra i con su ejemplo. Severo en sus costumbres privadas, lo era tambien en la manera como atacaba los males de que queria ver despojarse a su querida patria, siendo de notar que sus palabras, bruscas i duras a veces,

no le concitasen enemigos. La mayor parte de sus compañeros se contentaba con llamarle el *Censor*, i en algunos círculos de pelucones decian de él: «es un pipiolito irreducible.» Pero no iban mas allá.

A la época en que comienza esta parte de nuestra historia, tenia Anselmo el grado de alferez de infantería, i servia a las órdenes del coronel don Guillermo De Vic-Tupper, en el batallon «Pudeto.» Una caida de a caballo le habia obligado a pedir una corta licencia para restablecerse del golpe, licencia que, como ha visto el lector, sabia aprovechar nuestro enamorado militar.

Anselmo era jeneralmente poco comunicativo, i como no visitaba mucho, algunos de sus amigos se empeñaban por descubrir la causa de su retraimiento, sin echar de ver que la habrian encontrado, estudiando el carácter del jóven.

—¿Estará enamorado? se preguntaban.

—¿De quién lo estará?

—Pero no visita en ninguna parte.

—Es mui escéntrico.

—Sí, hombre: yo sé dónde tiene su *rompe cabeza*.

—Anselmo es incapaz de eso: nació viejo. Yo creo que ninguna niña....

—Qué sabes tú! Anselmo es como todo hijo de vecino! Véngan-me con vejeces!

—Yo digo lo mismo.

De esta manera solian platicar los amigos del jóven; porque ha hombres que no se empeñan tanto en buscar lo que les conviene o desean, como en saber si los demas lo han encontrado.

Uno de estos espíritus veleidosos i noveleros, era don Catalino Gacetilla, que parecia un duende, en cuanto a lo de estar en todas partes, inquirirlo todo, saberlo todo i publicarlo todo. Creemos no tener necesidad de hacer el retrato moral de este divulgador de noticias, porque los hombres como Gacetilla piensan en alta voz, se retratan a sí mismo, poniéndose de relieve en cuanto dicen.

—Qué me han de decir a mí, decia esa misma tarde ante algunos amigos que hablaban del jóven, entre los cuales se hallaba por casualidad, don Pablo Motiloni: soi amigo íntimo de Anselmo...

—I, ¿crees conocerlo por esa razon?

—Pues nó! soi un tonto por acaso?

—Pero, ¿se te ha manifestado abiertamente?

—Yo no tengo necesidad de eso para saber la vida i milagros de

las personas con quien me junto... Anselmo! lo tengo *retanteado*, hombre.

—Pero despues de todo, ¿qué es lo que sabe Ud? preguntó Motiloni mirando fijamente a Gacetilla al traves de sus anteojos verdes.

—Ah! don Pablo! estaba Ud. aquí? Este don Pablo es perrito de todas bodas; i si no fuera una herejía, diria que se asemejaba a Dios en esto de estar en todas partes... Por eso me gusta... Alléguese para acá, don Pablo, i le contaré, porque lo que tengo que decirles es un secreto.

Diciendo esto el eterno parlanchin prosiguió en voz mas baja; pero que fué gradualmente elevando, sin reparar que estaba contando un *secreto* a sus amigos.

—Si es un secreto que he sorprendido; i como Anselmo es mi amigo, i yo sé que no le gusta que hablen de él, habiendo amores de por medio... Ya lo conocen Uds... Es una dama que de todo el mundo se oculta; pero no de mí, porque he descubierto que está enamorado.

—I, ¿qué nos importa eso? dijo Motiloni... Yo creia que se trataba de otra cosa.

—¿I le parece a Ud. poco, don Pablo?... Este hombre no se contenta con ninguna noticia por gorda que sea. Anselmo está enamorado al remate.

—¿De quién está enamorado? preguntó uno.

—De la hija de don Marcelino de Rojas.

—Lucinda?

—La misma. Yo he visto a Anselmo frecuentar mucho la casa.

—Bonita razon! esclamó otro.

—¿I no sabes mas que eso?

—Vaya si sé mas! Yo lo sé todo, hombre... es señalada la que a mí se me escapa... He visto billetitos...

—¡Anselmo con billetes de amor! ¿Estás loco?

—Sí, hombre... Mi lavandera lava tambien en casa de don Marcelino, i un dia me llevó un papelito doblado que habia encontrado, segun me dijo, en el bolsillo de uno de los vestidos de Lucinda...

—Qué hombre este!

—¿No te digo, que yo tengo suerte para descubrir noticias? Era una esquelita de amor, i la letra se parecia mucho a la de Anselmo. Por último, les diré, que ésta mañana ví que Anselmo venia de aquel lado por la calle de las Monjitas, leyendo otro billete...

—Entónces es un hecho.

—¿Pues no ha de ser? Ademas, hai otras cosas que yo sé, i que dejo en el tintero porque yo tambien sé callar cuando conviene.

Don Catalino mentia evidentemente, porque si algo mas hubiese sabido, lo habria dicho.

—Si eso es cierto, me alegro, porque la niña vale lo que pesa, dijo uno.

—Caramba! si vale, agregó otro: puede esperar una dote magnífica. El negocio es bellísimo.

—Yo hablo del mérito personal de Lucinda.

—I yo del mérito rentístico, que para mí es lo que vale.

—Sí: cada cual mira las cosas a su manera, dijo Motiloni sentenciosamente.

—Cabal! En cuanto a mí, te habré de decir que me casaria hasta con el mismo don Marcelino con tal de atrapar la dote.

Una estrepitosa carcajada iniciada por don Catalino, fué la contestacion que obtuvo esta necia i chabacana ocurrencia.

CAPÍTULO X

DON MARCELINO DE ROJAS.

«Ves aquel señor magnate,
De mole mui esponjada,
Que jamas se le da nada
Aunque el diablo se desate?»

(El Nuevo Maquiavelo, Núm. 1)

En efecto, mas de la mitad de lo que Gacetilla habia dicho era cierto. Anselmo i Lucinda se amaban como ya lo sabe el curioso lector. Don Marcelino de Rojas era un antiguo i rico comerciante que se habia retirado a la vida privada a gozar pacíficamente de sus rentas, i vivia metido en su casa en compañía de su mujer doña Trinidad Serrano, i de su hija Lucinda, niña adornada de todas las dotes naturales que constituyen el encanto de una mujer, i a la cual su madre habia educado con esmero. Era ésta una buena señora, cuya única pasion, fuera del amor de su familia, consistia en los ejercicios devotos a que se entregaba cotidianamente. Huérfana desde la mas tierna edad, habia quedado a cargo de un tio materno, quien, enamorado de la capacidad que don Marcelino manifestaba para hacer dinero, se valió de toda la autoridad de que entónces se revestia a un tutor, para darle a su pupila en matrimonio: i todo a pesar

de la repugnancia que la niña manifestaba por aquella union, pues su corazon estaba interesado en favor de un jóven primo de ella. I, como el jóven amante no tenia mas que su amor, venció el viejo con el poderoso elemento de la riqueza. Con las bendiciones, principió la pobre niña una vida de martirio: la memoria de su amante no se separaba un solo momento de su imajinacion, a lo cual contribuian no poco las brutales maneras del esposo, i vivia en medio de la abundancia como si todo le faltase. Sin embargo, la desgraciada esposa no dió que hablar, ni aun a sus amigas mas íntimas, pues no solo era verderamente virtuosa hasta el sacrificio de sus mas tiernos afectos, sino que tambien parecia serlo; i si conservó siempre la memoria del antiguo elejido por su corazon, es porque el completo olvido de lo que verdaderamente se ama, es superior a las fuerzas humanas. Bastaba mirar a doña Trinidad, para notar las profundas huellas que el martirio habia impreso en su fisonomía, dulcificada por la resignacion, ese último refujio del dolor impotente.

La pobre señora, con el corazon hecho pedazos, se habia echado en brazos de la relijion i entregada a los ejercicios piadosos, trataba de hacerse creer a sí misma que merecia su fatal suerte; o bien hacia por engañarse, teniéndose por feliz con la posesion de las riquezas i de las comodidades físicas de que estaba rodeada. Pero bien pronto caia en la realidad, porque sentia el inmenso vacío de su corazon que nada podia llenar; i solo le quedaba la dicha de refujiarse en la relijion i elevar su pensamiento a Dios, diciendo: «Cúmplase, Señor, tu santa voluntad.»

Su primera i única hija, Lucinda; si bien no le hizo olvidar, a lo ménos mitigó un tanto su contínua pesadumbre. Desde que fué madre comprendió lo importante de esta santa mision; i dedicóse con una tierna solicitud al cuidado i educacion de su hija. Las gracias de la niña pagaban con usura los cuidados de la amorosa madre, quien dia i noche pedia a Dios bendijese a su querida hija, e hiciese caer sobre aquel ánjel la felicidad de que ella no habia gozado ni gozaria ya en este mundo.

En cuanto a don Marcelino, jamas se habia preocupado por la educacion de su hija, ni por otra cosa, fuera de hacer producir a sus capitales.

Aunque testigo de la guerra de la independencia, nunca tomó parte en ella por encontrar el negocio poco lucrativo, como él decia i porque ademas, sus principios lo inclinaban al realismo. Al veri-

ficarse la independencia, se unió al partido retrógrado como mas análogo a su monárquico modo de pensar, i miraba a los liberales como jentes díscolas i revoltosas, enemigas del comercio, de la industria i de la relijon. Don Marcelino creia como misterio de fe, que no habia liberal honrado, i cuando doña Trinidad solia recordarle que los liberales eran tambien sus prójimos, i que era prohibido hablar de ellos con tan poca caridad, él contestaba enojadísimo, tocándose la frente:

—Qué me claven aquí al liberal o el pipíolo que se salve!

Cuando don Marcelino hubo reunido una buena renta i construido su casa, quiso coronar tambien su puerta de calle con un escudo, segun era la usanza en Chile de la nueva nobleza de entónces. A este efecto, solicitó i obtuvo, a fuerza de enviar patacones a España, un título que el sable republicano hizo caducar despues, como tantos otros. El escudo de su casa fué demolido como todos los demas ¿Cómo habia de mirar con buenos ojos, don Marcelino, a la república, ni a todo cuanto oliese a liberalismo?

Si Anselmo visitaba la casa por algun tiempo, fué porque el jóven habia sido recomendado a la señora, por el jeneral don Ramon Freire, del cual ella era pariente.

En un principio, don Marcelino no hizo caso de las visitas del mozo, i como él juzgaba de los demas por lo que pasaba dentro de sí mismo, no pudo jamas imajinarse, que una niña bien nacida se llegase a enamorar de un pobre diablo que, sobre no tener donde caerse muerto, era pipiolo por añadidura. Tampoco creia que cupiese en el alma de Anselmo tanto atrevimiento para elevarse hasta pensar en la hija de un noble. Pero cuando, a pesar de la cortedad de sus alcances, se apercibió de que la niña no era de su mismo parecer, i que ya habia dispuesto de su corazon en favor del jóven militar, no tuvo límites su cólera, i al momento prohibió a Anselmo qué siguiera visitando a su familia, echando ademas, un largo sermon a doña Trinidad i a su hija, sobre lo poco en que miraban el lustre de su noble apellido.

Don Marcelino no habria llegado a tanto, si no hubiese sido impulsado por otra persona a quien él trataba con mas respeto i consideracion que a su padre. Era el padre Hipocreitía, su amigo íntimo, su consejero, el confesor de la señora, i una especie de jefe de la casa. El padre, cuyas miras entorpecia el amor de los jóvenes, fué el que decidió a don Marcelino a arrojar al pretendiente de la casa a pesar de la voluntad de la señora, que sin decir nada

a su hija, habia ya consentido interiormente en su union con Anselmo.

Guiada por su amor de madre, i sin mas norte que la felicidad de Lucinda, habia estudiado al jóven, i encontrado en él las cualidades que podia apetecer para su yerno. De lo que ménos se acordó, fué de la pobreza de su recomendado.

CAPÍTULO XI

MADRE E HIJA

«Lágrimas del dolor! ofrenda santa
Que cual místico incienso en nube pura
Desde el ara hasta el cielo se levanta!
Al peso de su cruz, la criatura
A veces siente resbalar su planta
I cae i llora»...

E. Bello.

No pasaron muchos dias sin que Lucinda abriese su corazon a su madre.

—Amo a Anselmo, le dijo llorosa i echándose en los brazos de ésta.

—Ya lo habia adivinado, hija mia, contestóle tambien llorando la bondadosa doña Trinidad. ¿Qué podrá ocultarse al corazon de una madre que solo desea la felicidad de su hija? Pero tu padre se opondrá a tal union, i aun ya me ha significado que te tiene elejido el marido que te conviene.

—El marido que me conviene! esclamó Lucinda con una exaltacion que jamas se habia notado en ella. Nó mamita, por Dios! Jamas me casaré con otro que con Anselmo. Ruéguele su merced a mi tatita... Nó, nó: le rogaré yo de rodillas, i si no accede...

—No accederá... lo conozco demasiado, le interrumpió la señora.

—Pues bien; si no accede, me meteré en un convento para siempre! dijo enérjicamentè la niña, enderezándose con una arrogancia que hizo bajar los ojos a su madre.

Lucinda estaba bellísima en aquella posicion. De pié junto a una mesa, sobre la cual tenia medio apoyada la mano izquierda, elevaba la derecha casi a la altura de su linda cabeza que tenia echada atras. Estaba pálida como el mármol, i su palidez era realzada por sus sedosas pestañas i ojos negros, i por sus cabellos del mismo color, que en ondulantes trenzas, le caian sobre su espalda. Su mirada clavada en el espacio era brillante; i en sus lábios medio crispados por la emocion, se veia pintada la sonrisa del dolor. Fija, i sin movimiento como una estatua, parecia desafiar todos los inconvenientes que se opusieran a su felicidad. No lloraba, pero aun conservaba en sus mejillas las huellas de las lágrimas que acababa de verter.

Por un momento la miró su madre con una amarga congoja, producida por las palabras que la niña acababa de proferir sobre su determinacion de asilarse en un monasterio, si no podia vencer la voluntad de su padre. Luego con una voz que salia de lo íntimo de su alma, dijo a su hija:

—¿Qué es lo que has dicho Lucinda, hija mia? ¡Cuán fácil te es formar la resolucion de meterte en un convento estando viva tu madre! Ah! te atreverias a dejar sola en el mundo a esta pobre vieja que te dió el ser, que te crió en sus faldas, que te prodigó siempre todos sus cuidados, que solo ha vivido i vive para tí, i que no desea en el mundo otra cosa que tu felicidad, porque tu felicidad es la suya?...

—Mamita! mamita! ¿He dicho yo eso? contestó la niña echándose a los piés de su madre i abrazando sus rodillas. Perdóneme por Dios! Yo no he dicho; yo no he querido decir eso... Soi mui loca; el dolor me ha hecho hablar de ese modo... Perdóneme su merced! Moriré a su lado, decia llorando la pobre niña.

—¡Que te perdone, ánjel de mis entrañas! esclamó abrazándola doña Trinidad: me pides que te perdone, cuando me haces la mas feliz de las madres!

I luego agregó, sentando a su hija sobre sus rodillas i besándola con efusion:

—Al contrario, alma mia! tú tienes que perdonarme ahora el que te haya dicho que soi feliz, cuando te veo sufrir de ese modo.

—No crea, su merced, que yo sufra ahora: he vuelto sobre mí misma, dijo Lucinda acariciando a su madre.

—Ah! tú no me engañas: *yo sé lo que es eso,* contestó doña Trinidad con un acento tan doloroso, que Lucinda no pudo ménos de mirarla fijamente.

—¿Cómo puede su merced saberlo? dijo la niña. ¡Si yo concibiera que su merced habia podido sufrir un dolor tan cruel como el de...!

—No te digo que lo sé por esperiencia propia, balbuceó doña Trinidad ahogando un profundo suspiro. Lo he oido contar a personas que se han encontrado en tus mismas circunstancias.

Ambas callaron; i durante algunos momentos permanecieron abrazadas de tal manera, que sus lágrimas se confundian. Lucinda se despegó al fin de los brazos de su madre, i se retiró a su cuarto, porque tenia necesidad de llorar, i veia que su llanto entristecia a su madre. Esta se quedó durante algunos minutos abismada en sus propios pensamientos.

—Siempre *él,* esclamó al fin: siempre he de tener a mi vista su imájen que me persigue por todas partes, cuando un insondable abismo nos separa! Perdon, perdon, Dios mio!...

I despues de refleccionar un momento, prosiguió con angustia:

—¡Pobre niña! qué vida podrá esperar al lado de un hombre a quien no ama!

Esta vez el suspiro que lanzó doña Trinidad, fué un verdadero quejido de dolor.

—Nó! esclamó de repente con la enerjía de su amor materno: Nó! mil veces nó! No se casará contra su voluntad... Prefiero verla morir!

I luego, acordándose de la inflexible voluntad de su marido, al cual estaba atada con una cadena de fierro, sintió que sus fuerzas la abandonaban, i cayó de rodillas sobre el suelo, balbuceando palabras entrecortadas por sollozos.

La pobre madre oraba pidiendo a Dios la felicidad de su hija, en premio de la vida de martirio que ella misma habia sufrido sobre la tierra. Aquella oracion, fruto del santo amor materno, debió subir en alas de un ángel hasta el trono de Dios.

CAPÍTULO XII

LA CITA

«Cuando la aurora pinta
El cielo azul, con sonrosada tinta,
I esparce suave lumbre
De oro, bordando la elevada cumbre.
¡Cómo se ensancha el corazon doliente
Del triste que ha velado
Por la zaña inclemente
De nocturna tormenta amedrentado!
Así, mis males deshacerse miro;
Así, mis penas disiparse veo
Cuando tu aliento virjinal respiro,
I dulce amor en tu mirada leo!»

EDUARDO DE LA BARRA.

Tal era el estado de las cosas, cuando Anselmo tuvo el placer de recibir el billete de su querida Lucinda. El discreto lector no creerá ni por un momento siquera que el jóven faltase a la cita que la niña le habia dado en las ventanas de su casa. «A las ocho en punto» decia el papel; pero Anselmo llegó al lugar ántes de las siete, admirándose de que en la Compañia i Santa Ana, se les hubiese olvidado tocar las ocho aquella noche. Para entretener el tiempo, empezó a pasearse a lo largo de la calle, entónces fué cuando el po-

bre Anselmo comprendió prácticamente la verdad del proverbio que asegura que «quien espera, desespera.» Ya pensaba el jóven que no llegarian jamas las ocho de la noche, cuando sintió los primeros campanazos en la torre de la Compañía. Dirijióse a la ventana, i tan embebido iba en su pensamiento, que no reparó en un hombre que como una sombra lo seguía a lo léjos protejido por la oscuridad de la noche. Sin duda iba aquel hombre con zapatos de silencio, porque no se oía el ruido de sus pasos; i como la noche estaba mui oscura, i el alumbrado público de aquellos tiempos consistía solamente en velas de sebo colgadas en faroles en frente de cada zaguan, las cuales se estinguían por lo comun al poco rato de ponerse, no pudo el mozo notar que era objeto de la observacion de alguno.

En cuanto él se paró en la ventana, paróse tambien el otro junto a una de las cerradas puertas de calle.

Lucinda no se hizo esperar, porque la ventana se abrió a la primera campanada.

—Eres tú Anselmo? preguntaron desde adentro.

—Yo, alma mia, contestó éste, que a pesar de la oscuridad de la calle i del interior de la pieza,habia conocido a su amada Sí, yo soi que vengo a oirte repetir por tus lindos lábios, lo que hoi me has escrito. ¿Es verdad que me amas?

—¿Y me lo preguntas despues de ver que por tu amor hago...?

—Qué cosa?

—Lo que me ves hacer, contestó la niña. ¿Si no te amara, te habria esperado aquí esponiéndome a que...

—Nada temas: la calle está sola i oscura.

—Pero no podré ocultar de mí misma este paso que doi contra la voluntad de mi padre.

—Tu padre es un tirano!...

—Pero es mi padre! interrumpió Lucinda con una enerjía que hizo callar al jóven. Es mi padre, prosiguió con mas dulzura, i le debo obediencia i respeto a pesar de todo cuanto pueda hacer en contra mia. Conozco que hago mal en este momento, por que estoi desobedeciendo su mandato espreso de olvidartê...

—¿Te lo ha dicho ya, Lucinda?

—Aguarda un momento. Despues te lo contaré todo... Antes necesito probarte que comprendo lo que hago; que conozco mi falta, i que me avergüenzo del paso que doi, porque engañando a mi padre, que quiero que tambien sea el tuyo, Anselmo, hago caer el

ridículo sobre sus canas que tengo obligacion de honrar... Pero, a pesar de estas consideraciones, a pesar de lo que mi conciencia me dice, una fuerza superior a mi voluntad, me ha hecho consentir en venir aquí, porque tú me lo pedias...

—Lucinda! Le interrumpió Anselmo: eres un ánjel...!

—Despues de lo que te he dicho ¿podrás dudar de mi amor?

—Yo no he dudado jamas de tí, alma mia, sino de mi mala estrella... I como queden variar las circunstancias...

—Las circunstancias podrán cambiar, pero mi corazon... Si no soi tuya, no seré jamas de otro...

Gracias, querida mia. ¿Cómo podré pagarte la felicidad que me dan tus dulces palabras?

—Amándome, como te amo, Anselmo. Mira: ántes de que tú llegases, aunque estaba acompañada de mi mamita, que está aquí, tenia miedo ...

—A quién?

—No lo sé; pero tenia miedo... Ahora que te veo, que te oigo hablar, no temo nada... Desafiaria hasta la cólera misma de mi padre... Perdóname: soi una loca en hablar así ¿no es cierto?

—Nó, Lucinda, nó: habla, habla, porque cuando te oigo hablar, me parece oir una celestial armonía... Habla con tu voz de ánjel, querida mia, para que por un momento olvide el dolor de no poder verte con libertad.

—Sí, soi una loca, prosiguió la niña; pero me parece tan justo nuestro amor, que no concibo cómo puede haber persona que lo desapruebe, especialmente mi padre, cuyo empeño, segun me ha dicho, es procurar mi felicidad.

—Pero me decias que don Marcelino te habia prohibido espresamente...

—Ah! se me olvidaba el principal objeto de nuestra entrevista. Ayer me llamó a su cuarto, i despues de pedirme; digo mal, de ordenarme que te olvidara...

—¿I tú puedes decir que ese hombre...?

—Es mi padre, le interrumpió Lucinda. Pero aunque es mi padre, he visto en mi conciencia que no debo obedecerle en esto. No tengo fuerzas para olvidarlo, padre mio, le contesté.—«Pues la tendras!» me interrumpió ásperamente.—«Ya te tengo elejido el esposo que te conviene».---Mi querido padre, le repliqué: «así como no puedo dejar de amar a Anselmo, tampoco podría querer al marido que su merced me destina. Mi corazon es suyo.»---«¿I quién te

ha mandado desvergonzada, me pregutó, disponer de tu corazon sin mi consentimiento?—«Crées que tu corazon te pertenece?» «—Juro por mi honor que te casarás con don»...No me acuerdo del nombre de ese hombre a quien no conozco todavía.

Anselmo no dijo nada: un sudor frio corrió por su frente. Las rejas de la ventana que él tenia tomadas con ambas manos, se estremecieron como si se hubiese tratado de arrancarlas de su lugar.

En aquel momento pasó por la mente del jóven el pensamiento de robarse a Lucinda.

—¿Qué tienes, Anselmo? Sufres...? Callaré entónces, dijo esta.

—Nó, nó, Lucinda; no es nada: quiero que me lo digas todo! esclamó el mozo.

—Pero...

—Si me amas, no me ocultes nada. Dime ¿qué le contestaste?

—Le contesté diciéndole: que no podia engañar a mi padre, i que lo engañaria, si le prometia olvidarte. Díjele que creía faltar a mi deber, admitiendo por esposo a un hombre que no poseia mi corazon, i que mi conciencia me mandaba no jurar amor a quien ya aborrecia, por mirarlo como un inconveniente para mi felicidad.

—Gracias, Lucinda mia; me haces el mas feliz de los hombres. Todo cuanto he sufrido es nada comparado con lo que me hacen gozar tus palabras.

—Mi padre se puso enojadísimo, prosiguió Lucinda, i viendo que no podia conseguir que yo mintiese i le prometiese aborrecerte, me amenazó con desheredarme si no pasaba por el matrimonio que me proponia

—Padre desnaturalizado! esclamó Anselmo.

—Es efecto de su preocupacion, dijo la niña, quien trataba de disculpar a todo trance la conducta de don Marcelino. Talvez yo no le contesté con el respeto que debia... Pero he creido que no debia decirle nada que alimentara sus esperanzas.

En aquel momento, los ojos de Lucinda descubrieron una sombra humana, que sin hacer ruido se deslizaba por la acera del frente. Era un hombre que al parecer queria atravesar la calle dirijiéndose hácia la ventana. Venia medio envuelto en un capote i su vaga figura se dibujaba en el espacio medio desvanecida por las tinieblas en que la calle estaba envuelta, pues las luces de los faroles, se habian apagado casi todas

—Anselmo! ¿Ves ese hombre? dijo ella.

Miró el jóven, i viendo que álguien se acercaba, echó mano a la

espada. En aquel tiempo era un poco peligroso andar tarde de la noche por las calles de nuestra capital, i el jóven queria estar prevenido para evitar una sorpresa. I, adivinando la niña el peligro, por el movimiento que hizo su amante, quiso lanzar un grito, que ahogó en su pecho. Pero el hombre torciendo otra vez hácia su derecha, siguió sus pasos por la misma vereda.

—No es nada: nos estamos asustando del viento que pasa, dijo Anselmo sonriendo i volviendo a meter su espada en la vaina, de donde la habia ya medio sacado.

—Pero ese hombre no parece tener buena intencion, dijo Lucinda. El corazon me dice que corres peligro.

—I ¿puedes creer que me suceda algo con un hombre solo, cuando tengo aquí mi espada? Tranquilízate, Lucinda: talvez será un pobre que ha bebido mas de lo necesario... Tratemos ahora del partido que debemos tomar para...

—Nó, Anselmo: será otro dia, contestó Lucinda. Retírate pronto, que ya es tarde, i no es prudente que permanezcamos mas aquí.

—Nó, es preciso que hablemos.

—Pero ese hombre! Anselmo; ese hombre cuyos pasos no se sentian, debe ser un traidor... Retírate por Dios! Estoi temblando... Mira: él marcha para abajo, ¿no és verdad?

—Así es, contestó el jóven...Ya se perdió de vista.

—Pues bien; te ruego que tú te dirijas entónces hácia el lado opuesto, ¿Me lo prometes?

—Sí; pero es preciso qne tú me prometas otra entrevista para que hablemos sobre lo que debemos hacer a cerca de la realizacion de nuestras esperanzas.

—Aquí no nos debemos ver mas... Mi mamita me ha permitido tener aquí esta entrevista contigo en fuerza de mi dolor... Pero no es bien esponerla a que sufra de parte de mi padre... Te repito, que esta es la última vez que nos debemos ver en este lugar

—I ¿adónde hemos de hablar entónces? dijo el jóven.

—Cierto es que no tenemos otro punto en donde poder comunicarnos.

—Pues entónces, vendré aquí; i peor para él que nos pone en la necesidad de...

—Anselmo!

—Perdona, querida mia. El dolor me hace hablar... Se me ocurre en este momento un proyecto que deseo comunicarlo contigo.

—Escríbeme entónces.

—En una carta no se puede decir lo que de viva voz. Es menester que hablemos ... Conque, ¿quedamos convenidos en que vendré?

—Pasado mañana, dijo la niña ahogando un sollozo.

—Bien: hasta pasado mañana, dijo Anselmo. Adios querida mia.

—Adios, respondió Lucinda cerrando la puerta i acercándose a su madre, quien la recibió llorando en sus brazos.

Anselmo se quedó un momento mirando aquella ventana tras de la cual estaba el ánjel de sus esperanzas. I haciendo un esfuerdo para separarse de aquel lugar, dijo a tiempo de ponerse en marcha:

—Está bien: volveré pasado mañana.

I embozándose hasta los ojos en su capote, emprendió su marcha hácia la plaza de Armas, sin ver a un hombre, que de pié i pegado a una puerta cercana, con la cual queria confundirse, habia estado, sin duda alguna, espiando al jóven. Mientras éste marchaba hácia abajo, haciendo resonar sobre la vereda los tacones de sus botas, la sombra aquella, que al parecer era la misma que ántes habia interrumpido la conversacion de los amantes, emprendió su marcha hácia arriba, i torció a la primera boca calle, sin que sus pasos hicieran ruido alguno. Aquella sombra misteriosa era, sin duda, un hombre de carne i hueso, porque, dando un tropezon en una piedra del desigual pavimento de la calle, echó una maldicion que resonó en la oscuridad. ¿Quién era aquel hombre i cuál era el objeto de su espionaje? No lo sabemos. Lo único que el curioso lector sabrá por ahora es, que aquel hombre iba refunfuñando entre dientes:

—Sí; tiene un proyecto eh? Veremos si pasado mañana acude a la cita.

Aquella voz, así como la sonrisa falsa que la acompañaba, se parecian mucho a la voz i a la sonrisa de don Pablo Motiloni.

CAPÍTULO XIII

EL DIRECTOR DE CONCIENCIA.

«Los hombres del engaño,
Los viles intrigantes,
Se arrastran imitando
Las vueltas del reptil.
La risa, el rayo interno,
Jestos en sus semblantes
I es rótulo de mengua
La frente varonil.»

G. Matta.

Las siete de la mañana siguiente serian, cuando el padre Hipocreitía entrando a casa de don Marcelino de Rojas, se dirijió al cuarto de éste. Estaba el viejo tomando mate sentado en su ancha silla de dos brazos, forrada de vaqueta i salpicada de clavos amarillos. Una cama dentro de una alcoba desarreglada, una mesa llena de papeles, cuadernos i algunas botellas vacías, i un escaño, acompañado de cuatro o seis taburetes de madera forrados de vaqueta, completaban, con la silla de honor, el menaje de aquella habitacion, miéntras que de las paredes desnudas pendian tres o cuatro estámpas de santos pintados en Quito, que era por entónces la ciudad de los pintores, así como la del Cuzco, era la de los escul-

tores. Sin embargo, don Marcelino sentado en su silla, i chupando la bombilla de su mate, no se habria trocado por el *Gran turco*, tal era la conciencia que tenia de su propio valimiento. Cuando vió al padre, se alzó de su silla i fué a recibirlo con muestras de la mas profunda cortesía i veneracion. Ofrecióle el sitio de honor para que se sentara su paternidad, i sentándose él mismo en el escaño miéntras daba al mate los últimos chupetones, le dijo:

—Buena cosa! ¿I qué vientos lo han echado por acá tan temprano, mi reverendo padre?

—Primeramente el tener el placer de saludar a Ud...

—Muchas gracias... ¿le *cebo* un matecito?

—Nó, gracias... En segundo lugar, queria hablar sobre el asunto...

—Ya, ya! el matrimonio de la niña!

—Eso es... Venia a decir que el señor Sandoval i Rojas ha llegado.

—Santa palabra! I cómo ha llegado el buen señor?

—Sin novedad, gracias a Dios. Me ha encargado que presente a Ud. sus respetos.

—Tanta es su bondad i cortesía! Pues a mí me toca ir a cumplimentarlo. ¿Dónde está alojado?

—En el Café de la Nacion. Viene un poco fatigado del viaje.

—Oh! es natural; una persona de su calidad no acostumbrada a hacer viajes tan largos...

—Pero a pesar de esto, ayer mismo queria venir a conocer a Ud....

—Cuánto estimo su atencion! Yo mismo iré a visitarlo en persona.

—Puedo asegurarle que arde en deseos de conocer a la niña, porque, aun cuando es hombre un poco entrado en edad, conserva siempre el fuego de la primera juventud....

—Oh! se conoce que pertenece a la nobleza española.

—En cuanto a eso, se echa de ver a la primera ojeada; i como yo me intereso por Ud. i por el engrandecimiento de su familia...

—Tantas gracias, mi padre.

—No he escaseado las alabanzas a la niña. Se la he pintado como un ánjel.

—Así era ántes, pero ahora se ha vuelto un diablo, refunfuñó don Marcelino.

—¿Qué decia Ud?

—Decia que todas las mujeres tienen reves i derecho.

—No entiendo.

—Qué ha de entender de estas cosas, su paternidad, cuando tiene la dicha de vivir sin ellas! Sí, padre: todas tienen reves i derecho, i a Ud. le parecen un ánjel, porque no las ha visto como yo, por el reves.

—Ya, ya!

—Ya va entendiendo, eh?

—¿Ha encontrado Ud. alguna oposicion de parte de la niña?

—Algo hai de eso; pero no me da cuidado, porque yo seré obedecido.

—Santo i justo, fuera de que seria obrar contra sí mismo, perdiendo esta oportunidad que Dios le presenta a su familia de ennoblecerse, relacionándose con los Sandovales i Rojas.

—En eso estoi yo tambien; i créame que haré lo posible por no dejar escapar la conyuntura.

—Despreciar al jefe de una de las primeras casas de la nobleza española, seria una locura!

—Locura que yo no cometeré, por cierto.

—Un hombre emparentado con las primeras familias del reino...

—Oh!

—Caballero de Santiago i que no ha querido ser ministro...

—¿Conque todo eso hai? Ha estado a pique de ser ministro?

—¿Cómo a pique? No ha querido serlo, i mas de una vez ha sido llamado por Fernando VII.

—El rei nuestro señor, dijo respetuosamente don Marcelino.

—Sí, por el mismo rei en persona, con el cual conversa mano a mano cuando se le antoja... Ya todo esto se lo he repetido a Ud. mil veces.

—Sí, sí! Seria grande honra para mi familia! esclamó el viejo

—Yo le he dicho que usted pertenece a la misma familia de los Sandovales.

—Ha hecho bien, su paternidad. Mui bien.

—I seria bueno no desengañarlo.

—Por supuesto! fuera de que yo creo en conciencia, que los Rojas de mi familia, son de los nobles.

—Pero hai lugar a duda, miéntras que casando a la niña con don Meliton, ya nadie podrá decir que su descendencia no es noble.

—Eso es. ¡I esta muchacha que ha dado en enamorarse de ese mozuelo que...

—Es una lástima, interrumpió el padre dando un suspiro, porque el mocito es de los herejes.

—I luego, padre, que no tiene donde caerse muerto... Si fuese noble, ya seria perdonable su pobreza; pero sin tener otra cosa que su espada...

—I espada que no está siquiera al servicio de la relijion, observó el jesuita.

—Qué relijion ha de tener un pipiolo! Yo creo que todos ellos han perdido el agua del bautismo, Ave María!

—*Gratia plena*, contestó el padre.

—Pero es el caso, prosiguió don Marcelino, que se le ha puesto a esta muchacha quedarse soltera si no se casa con él. Ya Ud. sabe que lo he lanzado de mi casa; pero ni por esas lo ha olvidado esta maldita, Dios le perdone su capricho... Anteayer la llamé i le dije lo que habia en el caso; pero si Ud. hubiera visto, padre, cómo me contestó!

—Conque no acepta?

—Ni al mismo rei, fuera de su Anselmo, porque le parece que es el único hombre que hai en el mundo... I luego me encajó unas *algaravías de amores i de corazon, que yo no sé cómo no agarré* esa tranca i le rompí la cabeza.

—Es preciso ser prudente, amigo mio.

—Pero se necesita paciencia de santo, padre mio... Por supuesto que he andado mui prudente, porque le dije que de todos modos tenia que olvidar a su Anselmo, i que si persistía en su capricho, la desheredaba.

—I ella ¿qué contestó?

—No se dió por vencida, pero se dará.

—Para que persista tan tenazmente, es preciso que cuente con el apoyo de su madre, dijo el jesuita.

—La Trinidad? Ella hará lo que yo le mande... Yo soi el dueño de casa, padre.

—Ya lo creo, señor.

—I no le entrego los calzones a la mujer...

—La autoridad del matrimonio la dió Dios al hombre, para que gobernando la familia con prudencia, viva en paz.

—Ya le digo que he sido i seré prudente.

—Estoi resuelto a desheredar a la muchacha... i en cuanto a la Trinidad, si apoya los perversos pensamientos de aquella, me veré

en la necesidad de separarla de su hija, metiendo a ésta en un convento... Es proyecto que he formado anoche... ¿Qué le parece?

—Puede tomarse esa en medida en último caso; pero...

—Pero qué? padre. La prudencia aconseja principiar por ahí, porque le diré a Ud. que ya he conocido que la mujer se me pone de frente en el negocio.

—De veras?

—Como se lo cuento. Yo no habia querido decírselo ántes; pero es menester que su paternidad lo sepa todo, porque como es su confesor...

—Es verdad; pero en esta materia la he encontrado siempre mui razonable. La virtud que he tratado de cultivar en ella, ha sido la ciega obediencia a su esposo.

—Pero de pocos dias a esta parte se ha vuelto otra. No parece sino que hubiera pisado alguna mala yerba. Se lo digo con vergüenza, mi padre; tanto la madre como la hija, han principiado a desconocer mi autoridad, i aunque la Trinidad no se me opone todavía directamente, sino haciéndome observaciones a lo que yo le digo, sin embargo, temo que al fin lleguemos a pelear.

—No llegará ese caso, espero en Dios.

—Ud. no conoce a mi mujer sino por el derecho, mi padre; pero yo la conozco por el derecho i el reves.

—Trabajaremos, amigo mio, por que vuelva al camino del órden.

—Así lo espero de su paternidad. Creo que hace bastante tiempo que no se confiesa, observó don Marcelino.

—Sí; he estrañado esto, porque ya van dos meses sin que me haya llamado al confesonario, a pesar de las indirectas que yo le he echado para llamarla suavemente a su deber.

—Qué barbaridad! Pasarse dos meses sin llegar al altar de la comunion! Jamas le habia sucedido esto a esta mujer... Por eso está tan resabiosa... Es preciso que la confiese pronto, mi padre.

—Yo no puedo obligarla.

—Pero yo le hablaré sériamente... Dos meses! Bueno el ejemplo que le está dando a la chiquilla! Cómo no han de estar ambas en contra mia? Pero nos han de oir los sordos! I no me llamo don Marcelino de Rojas, si ántes de una semana no se han dado a la razon!

—Pero despues de todo, dijo el padre; por lo que le he oido, caigo en cuenta que Ud. no ha hablado sériamente con doña Trinidad sobre el asunto.

—He tenido solo una media conferencia, dijo don Marcelino.

—Estas cosas no deben tratarse a médias, don Marcelino. Seria bueno que llamase a la señora i le hablase.

—Sí, le hablaré, padre mio.

—Pero pronto, porque veo que el mal toma cuerpo, dijo firmemente el fraile.

—Sí, sí; pero, a pesar del cuerpo que ha tomado, verá su paternidad si sé hacerme obedecer en mi casa.

—Yo quisiera saber lo que dice la señora a este respecto, amigo mio.

—Su paternidad puede preguntarle lo que quiera en la primera confesion.

—Temo que eso sea tarde... Lo importante es no perder tiempo, porque le aseguro a Ud., que puede llegar a arrepentirse de no haber tomado oportunas medidas.

—I ¿qué me aconseja sn paternidad que haga?

—El consejo depende de lo que la señora piense a este respecto; i como yo no he podido ver en su conciencia, por su olvido en acercarse a mí...

—Sí, su culpable olvido en no asistir al santo tribunal de la penitencia, agregó con severo tono don Marcelino.

—Por eso es que quisiera oirla hablar ahora mismo, dijo el otro.

—Pues voi a llamarla entónces.

—Vamos despacio, don Marcelino: por lo que he hablado con la señora, no solo en el confesonario sino fuera de él, he comprendido que algun rencor me guarda sobre este asunto. Estoi persuadido de que ella no se espresará delante de mí con la franqueza necesaria... Para tomar un partido, la prudencia manda que examinemos hasta el fondo de sus pensamientos.

—Pues yo no sé qué hacer en tal caso.

—Dígame ¿no podria usted ocultarme en alguna parte desde donde yo oyese la conferencia entre ambos?

—Magnífica idea, esclamó el imbécil don Marcelino. ¡I qué no se me hubiera ocurrido ántes, cuando pocas cosas de estas se me escapan! Vea, su paternidad, prosiguió: puede ponerse detras de esta cortina, i oir de *pe a pa* todo cuanto ella diga.

Diciendo esto, don Marcelino encantado con la vil idea, se levantó de su asiento i se fué a un rincon del cuarto, en donde habia una percha con ropa, clavada en la pared, i cubierta con una gran cortina que caia hasta cerca del suelo.

—Se pone aquí, su paternidad, dijo; i para que no se le vean los piés, tapamos con este baul lo que queda sin cubrir por la cortina.

Levantóse el padre de su asiento, i se escondió en el lugar indicado por don Marcelino, quien despues de arrastrar el baul i de cerciorarse de que el espía no podia ser descubierto, salió del cuarto, riendo i alabándose de su miserable accion.

—Oye, muchacha! le gritó imperiosamente a una criada: dile a tu señora que venga para acá, porque la necesito!

I luego preguntó al padre:

—¿Dígame, su paternidad, si está enteramente cómodo i a sus anchas detras de la cortina?

—No puedo estar mejor, dijo el padre: desde aquí puedo observar por un agujerillo abierto a la altura de mis ojos, hasta los jestos de la señora. Haga que ella se siente en su misma silla.

—Así lo haré, mi padre.

—Sobre todo le aconsejo la prudencia.

—Ya verá su paternidad, si soi prudente i si sé conservar mi dignidad de padre de familia.

—Amen, dijo el padre desde su escondite.

CAPÍTULO XIV

MARIDO I MUJER.

DON MATEO

«Oigan! Bravísimo! Bravo!
Oh! La rabia me sofoca...
Silencio!... Calla esa boca!»

A. TORRES.—(*Una promesa de amor*, acto I.)

No se hizo esperar mucho rato doña Trinidad, i en pocos minutos mas, estuvo en presencia de su marido, quien la aguardaba paseándose en su cuarto i pensando en el modo cómo abordaria la cuestion. Bien echaba de ver ella el objeto del llamado ,i aun hacia algunos dias que esperaba que don Marcelino la hablase sobre este asunto, para manifestarle abiertamente su opinion, pues tenia ya tomado su partido. Don Marcelino que creia desdorar su autoridad poniéndose a discutir con su mujer sobre el establecimiento de su hija, apénas habia hecho otra cosa que manifestar bruscamente a la señora su determinacion de no dejar casar a la niña con Anselmo, diciéndole que ya le tenia elejido el esposo que le convenia. I aunque doña Trinidad no se opuso abiertamente a tal determinacion, no por esto habia dejado de observar a su marido que, en un asunto tan sério, era menester no forzar la voluntad

de la niña, a lo cual, don Marcelino, habia contestado groseramente: «que en su casa no habia mas voluntad que la suya, i que, tuerto o derecho, se habia de hacer lo que él mandase.» No creyendo conveniente insistir, la buena señora se habia contentado con callar, esperanzada en vencer, a fuerza de paciencia i mansedumbre, la terquedad del brutal esposo. Pero éste no era de los que se dejan dominar por la dulzura de una mujer, pues llevaba a punto de honor el que nadie en su casa se opusiese a sus caprichos, i, como todo necio, *en esto era lo que hacia consistir su dignidad de jefe de la familia.*

Venia la pobre señora con el susto pintado en la cara, i a pesar de su resolucion, tuvo que bajar la vista ante la dura mirada de don Marcelino, cuyas brutalidades estaba acostumbrada a temer. Pero, sostenida por el amor de su hija, volvió luego en sí; trató de rehacerse; i con todo su corazon pidió a Dios la enerjía necesaria para portarse como debia, es decir, para obrar como una buena esposa i como una amorosa madre.

—Aquí estoi, don Marcelino, dijo a su marido; ¿para qué me llamaba Ud?

—Tenemos que tratar un asunto mui importante, contestó éste secamente.

—Está bien, dijo la señora, sentándose en el escaño.

—Asunto del cual ya hemos hablado algo, prosiguió don Marcelino; pero todavía no lo bastante.

—¿Del matrimonio de Lucinda? preguntó con timidez doña Trinidad.

—De eso mismo... Pero no te sientes en ese escaño... Aquí en mi silla estarás mejor, dijo don Marcelino con cierta sonrisa, que su esposa tomó como manifestacion de benevolencia.

—Gracias, don Marcelino, dijo ella sentándose en la silla de cuero.

Es verdad que aquí estaré mejor, agregó, agradeciendo aquella inusitada amabilidad de su esposo, amabilidad que la hizo mirar a éste con cierto interes.

—Escucho a Ud., repitió.

—I haces bien en escucharme, porque debes saber que la obligacion de una mujer bien nacida, es atender a lo que su marido dice, para obrar en conformidad con sus opiniones, pues lo contrario seria volver el mundo al reves, i lo de arriba para abajo, i lo de atras para adelante, como sucede con esos matrimonios desorgani-

zados de estos tiempos que corren, en los cuales las mujeres mandan, i los maridos callan... Pero yo no soi así; no soi de los hombres a los cuales es preciso que la mujer les enseñe la cartilla, porque sé donde me *aprieta el zapato*.

—Pero, dígame don Marcelino, preguntó la señora: ¿a qué viene ese sermon?

—Ese sermon viene, a que yo quiero ser obedecido como siempre.

—Pero, ¿quién se opone a lo que Ud. dice? preguntó con dulzura doña Trinidad.

—Yo no digo que álguien se oponga, contestó don Marcelino, quien no queria confesar ni aun a su mujer el que hubiese alguna persona capaz de oponerse a su suprema voluntad. ¿Quién será capaz de contradecirme aquí en mi casa? prosiguio néciamente. Hablo por lo que pudiera suceder... Es verdad que ya debes saber cómo se ha portado Lucinda... pero yo me rio de su tenacidad... Veremos quién vence... Si no se da por bien, se dará por mal... Ya sabes como soi.

—Pero, don Marcelino, atienda a que...

—Tambien me vienes tú con contradicciones? Yo esperaba de tí mas sumision, i que me ayudaras a quitarle de la cabeza a esta muchacha sus amoríos.

—Siempre he vivido sumisa a su voluntad, don Marcelino, pero le ruego de que se acuerde de que Lucinda es su hija.

—Bonita hija! i se pone de punta con su padre, sin hacer caso de lo que le digo, i viniéndome con que ya tiene elejido el esposo de su corazon, i qué sé yo con qué otras algaravías. ¿Esa es la manera como has enseñado a tu hija a ser obediente i respetuosa?

—He tratado de educarla lo mejor que he podido, i creo que ha correspondido a mi solicitud, porque es una buena hija.

—Ya te digo que no vengas a defenderla! esclamó furioso, don Marcelino. Si la defiendes, es porque tú piensas como ella... ¿De manera que ustedes se han confabulado contra mí, que soi la cabeza que Dios les ha dado. Bonita cosa!

—Pero, don Marcelino, le observó la señora ¿cómo puede decir que yo venga a contrariar su voluntad, cuando todavía no me la ha dado a conocer claramente?

—Vaya pues: seré claro como el agua. Lo que quiero es que Lucinda olvide al tal Anselmo, con el cual no se casará miéntras yo viva, i que acepte el marido que le tengo destinado, como te lo

dije el otro dia... Quiero ademas que tú no le apoyes sus locuras, i que te valgas de toda tu influencia para lograr lo que deseo, porque si así no lo haces, tomaré sérias medidas... Por último, quiero que no me repliques una palabra, porque ya sabes que cuando digo una cosa, ha de ser así, i nada mas... Esto es lo que quiero.

—Para decirme esto, no valia la pena de haberme llamado, contestó la señora mirando fijamente a su marido.

—Por qué? preguntó éste.

—Porque si se llama a una persona, debe ser para saber su opinion, cualquiera que sea el negocio de que se trate, i mal se podrá saber la opinion de álguien, si se le prohibe que hable una palabra.

—I te prohibo yo que hables? Habla hasta cuando te dé la gana, mujer, con tal que seas de mi opinion.

—Eso es, ¿me prohibe Ud. que le contradiga? es decir, no admite Ud. la discusion?... ¿A qué me llama entónces? ¿No encuentra Ud. demasiado importante esto del establecimiento de la niña?

—Es verdad; muchísimo: es asunto de conciencia.

—Se trata de la futura felicidad de nuestra hija.

—Digo lo contrario? De eso se trata, mujer. De eso!

—I cómo quiere Ud. que discutamos entrambos este negocio, si principia por quitarme la libertad de hablar?

—Estás loca, Trinidad? No parece sino que yo te pusiera una mordaza en la boca. ¿Quién te ha quitado, mujer, la libertad de hablar? Al contrario, te dejo entera libertad para que discutamos este importantísimo asunto. Lo que solamente quiero es que no me contradigas.

—Graciosa libertad! esclamó riendo la señora.

—Sí! sí! no quiero que me contradigas, porque no es bien visto que una mujer le falte, en tan grave punto, el respeto a su marido; i porque ademas, tengo formado mi plan para establecer a la muchacha como conviene a mi posicion... Por lo demas ¿quién te pone candado en la boca?

—Conque, dice Ud., le preguntó la señora; que ya ha tomado su partido?

—Irrevocablemente, contestó don Marcelino.

—Pues le diré a Ud., replicó ella con enerjía, que yo tambien he tomado el mio.

Dicho esto, se levantó de la silla i manifestó querer salir del

cuarto. Don Marcelino no podia creer lo que estaba oyendo, porque aquella era la primera vez que su mujer le hablaba con tal enerjía. Temblando de cólera i mirando de piés a cabeza a su mujer, cuya mirada parecia desafiarlo, apénas podia el irritado viejo articular una palabra; i aun habria llegado a cometer algun desacato, si la presencia del padre no lo hubiese sujetado. Tratando, pues, de dominarse, i con la voz entrecortada por la cólera, dijo:

—¿Es verdad lo que veo? ¿Conque te atreves a amenazarme a mí?... Siéntate ahí... yo te mando que te quedes aquí. No quiero que te vayas todavía, porque tengo que decirte muchas cosas... Sí! muchas cosas!

—Oiré de pié, contestó la señora con firmeza. ¿Qué cosas me tiene Ud. que decir?

—Antes de todo, dime ¿cuánto tiempo há que no te confiesas?

No pudo ménos de reirse doña Trinidad, al oir la necia pregunta de su marido, quien cuando entraba en cólera, se ponia aun mas necio que de costumbre.

—No sé qué objeto tenga esa pregunta, dijo ella.

—No hai necesidad de que tú lo sepas: basta que lo sepa yo, dijo don Marcelino apretando los puños... Aunque por otra parte, no necesito que me digas que hace mucho tiempo que no frecuentas los sacramentos, porque eso se echa de ver por encima... El mal te sale a la cara, i lo veo ahí pintado... A mí no me engañas, hijita! ¿Crees que yo soi un tonto de amarra?

—No diré eso jamas de mi marido, contestó la señora con dignidad.

—I no tendrias razon para decirlo, porque ya me conoces que no soi de los que se chupan el dedo. ¡Caramba! En lo *gallita* que estás, conozco el pecado, i aun podria decirte cuánto tiempo há que faltas al confesonario. Te he penetrado hasta el fondo.

—Mui bien puede ser, don Marcelino; pero...

—Dale con tus peros! Contéstame francamente: ¿A que hace mas de dos meses que no te confiesas?

—Ya lo va a echar todo a perder este imbécil! refunfuñó el padre allá en su escondite.

La señora no contestó una palabra, sino que bajó los ojos confusa. Se avergonzaba por su marido.

—He dado en el *quid*, eh? prosiguió éste con marcada satisfaccion... Para que veas si tengo penetracion o nó...

—Pero esta vez se ha engañado Ud., contestó doña Trinidad,

porque no hace una semana que me confesé... Sin embargo, no comprendo todavia por qué...

—¿No hace una semana? Entónces miente el padre Hipocreitía?

La cortina se ajitó suavemente.

—No es eso, nó; sino que queria decir, que como tu confesor no ha estado este tiempo aquí...

—No tengo nada que ver con el padre Hipocreitía, dijo la señora.

—¿Con que nada tienes que ver con tu confesor?

—No es ya mi confesor... He tomado otro.

—Esta sí que es buena! I, ¿cómo te has atrevido a mudar de confesonario sin mi permiso? No sabes que la conciencia de una mujer es lo que mas interesa a un marido? Con quién te confiesas ahora?

—No creo necesario decírselo, don Marcelino: es cosa que mi mismo confesor me ha dicho.

—Pero ¿por qué has dejado al padre Hipocreitía?

—Se lo diré francamente: porque no me gustaba.

—I te gusta ese otro que talvez será mas liberal! Ya se ve! cómo el santo padre Hipocreitía te aconsejaba para tu bien...!!

—A pesar de su santidad, estoi mui contenta con haberlo dejado...

—Buenos serán los consejos que te da tu nuevo confesor! Se echa de ver en el aprovechamiento!... Pero volvamos a la cuestion. Has consultado el asunto con tu nuevo director? Te ha mandado, por acaso, que me desobedezcas?

—Sí, don Marcelino; lo he consultado detenidamente, respondió ella.

—I qué te ha dicho?

—Que es una iniquidad casar a la niña con un hombre a quien no quiere. Eso me ha dicho.

—Me gusta el confesorcito! Pues te prohibo espresamente que sigas confesándote con él. ¡Caramba con el confesorcito!

—Tambien me ha dicho, que si hacemos fuerza a nuestra hija para que tome estado contra su voluntad, somos ambos responsables de los males que puedan sobrevenir por esta causa.

—Ya, ya, ya! Ese sí que es confesorcito! No te confesarás mas con él, o yo no me llamo don Marcelino de Rojas!

—En fin, me ha aconsejado el cómo debo portarme en este delicado asunto, i estoi resuelta a...

—Estás resuelta, eh? Buena alhaja de confesor! Veremos lo que te vale estar resuelta!

—Estoi resuelta a obrar segun sus sábias prescripciones, porque todo cuanto me ha dicho, es la pura verdad, dijo con firmeza la señora.

—Conque, ¿estás decidida a seguir esos consejos i rebelarte contra mi autoridad, cuando debes tener entendido que nadie puede contradecirme en mi casa, sin faltar a lo que la relijion ordena i manda? Sabe, prosiguió con calor don Marcelino, que si obras de ese modo vas a ser el verdugo de tu hija.

—Yo?

—Si, tú; porque el marido que quiero darle, no es un cualquiera de esta tierra...

—I quién es entónces?

—Es un noble! dijo don Marcelino, acentuando sus palabras. Un noble, caballero de Santiago, de la encumbrada familia de los Sandovales i Rojas, Oyarzun del Pozo-Hondo, i qué sé yo cuántos otros apellidos, que nos hace la honra de venir de España a emparentarse con nosotros... Mira si tendré razon para preferírlo a ese otro mozalvete de Anselmo Guzman... ¿Sabes tú lo que son estos Guzmanes de Chile? Ellos se creen parientes de Santo Domingo; pero, qué engañados están! A estas Américas no han venido sino mui pocas familias nobles... Bastantes veces me lo ha repetido el padre Hipocreitía... Fuera de que el mocito pertenece en cuerpo i alma a los malditos pipiolos... Es de los pelajianos que hiede a azufre desde léjos... Miéntras que el señor don Meliton Canales de la Cerda, Sandoval i Rojas, es un caballero, cristiano a las derechas, que ha merecido la confianza de la Santa Compañía de Jesus, emparentado con las primeras familias de la corte i que habla con S. M. el rei en persona, cada i cuando se le antoja... Con el mismo rei ¿entiendes? Atrévete ahora a oponerte a la felicidad de nuestra hija i al engrandecimiento de nuestra familia, mujer sin conciencia ni temor de Dios!

Calló don Marcelino, creyendo haber dado el golpe de gracia a su mujer. En cuanto a ésta, que no tenia otra mira que la verdadera felicidad de Lucinda, contestó tranquilamente:

—Aun cuando mi hija fuese pretendida por un príncipe, no daria buenamente mi consentimiento para que la casaran contra su voluntad.

—Por la Vírjen del Pilar! Qué mujer tan *empecinada!* esclamó con nueva cólera don Marcelino, apretando los puños.

—Oigame Ud., prosiguió doña Trinidad: si se tratara de mí, me sacrificaria de buena gana por alcanzar la paz del matrimonio. Ah! Ud. no debe echar en olvido que toda mi vida ha sido un constante sacrificio, ni tendrá jamas nada que echarme en cara a este respecto. Pero se trata del porvenir de Lucinda, i le prometo a Ud. (porque yo no puedo mentir) que haré cuanto de mí dependa por verla establecida con el hombre a quien ama.

—Calla esa boca! le interrumpió furioso el marido, alzando sus puños en actitud de amenaza, porque si no...

—Ya esto es demasiado, don Marcelino. No abuse Ud. de mi mansedumbre. Hasta aquí he sufrido con rasignacion, prosiguió la señora; pero si Ud. se propasa a cometer un desacato, me veré en la dura necesidad de poner esta circunstancia en conocimiento de mi primo don Ramon, que es aquí mi único apoyo.

La señora hacia alusion al jeneral don Ramon Freire, su pariente cercano.

—I ¿qué importa don Ramon, ni cien Ramones de su laya? dijo mas i mas furioso, don Marcelino. Basta que sea de los herejes para que lo aborrezca!... Verás tú, si el tal don Ramon tiene mas poder que yo sobre mi hija.

—Ya que a nada se puede arribar, me retiro, dijo la señora saliendo de la pieza.

—Véte a donde se te antoje, le contestó don Marcelino, con un ademán tan grosero como las palabras que empleaba.

En seguida empezó a pasearse por el cuarto, tan ensimismado en su pensamiento, que se olvidó enteramente del padre Hipocreitía. Este, viendo que habian vuelto a quedar solos, salió de su escondite, i acercándose a don Marcelino, le tocó en el hombro como para despestarlo de su preocupacion que lo tenia medio fuera de sí.

CAPÍTULO XV

DAR CONSEJO AL QUE LO HA MENESTER

«Las niñas en la ventana,
Son niñas que están en venta,
Que, sin decir nada, dicen:
¿Quién compra? Aquí está la tienda!»

(ZAMACUECA.)

—¿Qué le parece? preguntó al padre... ¿Ha visto mujer mas irreducible? Ha visto...

—Chit! chit! le interrumpió el jesuita poniéndose el dedo en la boca. No conviene hablar tan recio, amigo mio.

—Tiene razon su paternidad; pero no soi dueño de mí... Esta mujer tiene el diablo dentro del cuerpo.

—Veremos modo de sacárselo, contestó el fraile; pero conviene obrar con prudencia. Ahora sé lo que queria saber... Ya presumia que ella habria cambiado de confesor, porque no es mujer que pueda permanecer sin confesarse por mas de una semana. Lo importante es saber cuál es su director, i lo sabré.

—Ya ve que no ha querido decirlo.

—Pero a mí me costará poco saberlo.

—Indáguelo su paternidad... ¿Qué clase de confesor será ese? Debe ser un... Dios me perdone. Pero, qué consejos! Nó, nó! no debe seguir dirijiendo a mi mujer, porque me la ha puesto tan díscola, que yo mismo no la conozco. No es nada! se ha negado de

redondo a obedecerme... Ya la ha oido su paternidad, prosiguió don Marcelino, meneando la cabeza... ¿No le decia que no hai mujer que no tenga reves i derecho? Ahora soi el portero de mi familia... Soi como el chiquillo de la cocinera... Soi como...

—Cálmese, amigo mio, le dijo el padre: acuérdese de que con la paciencia se gana el cielo.

—Pero, padre, por Dios! ¿Cómo quiere que tenga paciencia cuando esta maldita mujer ha dado al traste con la poca que me quedaba?

—Son pruebas con que Dios se manifiesta a los que lo aman, don Marcelino. Tranquilícese Ud., no pierda el mérito...

—Dice bien, su paternidad: estas son pruebas, dijo el viejo, cuyo amor propio habia sido halagado por las artificiosas palabras del fraile.

I como nada hai que modifique con mas presteza los pensamientos humanos, ni que haga variar mas repentinamente nuestro modo de ser actual, que las insinuaciones hechas con destreza al amor propio, el necio don Marcelino se calmó como por encanto, porque se creyó en aquel momento el objeto especial de la atencion de Dios.

—Es cierto, padre mio, dijo mirando al cielo: estas son pruebas que me envia su Divina Majestad, para probarme...!

—A las cuales es preciso resignarse.

—Sí, ya estoi resignado; pero si la muchacha me desobedece, la meto en un convento, i si sigue con su porfía, la desheredo, como tres i dos son cinco. ¿No le parece, padre mio, que esto es obrar cristianamente?

—Cabal, dijo el padre dando un suspiro, aunque la cosa es dura de hacer.

—Para mí no hai nada duro, con tal de conseguir que las cosas anden derecho.

—Santo i justo: ¿i si la lei le prohibe a Ud. el desheredar a su hija?

—Es verdad, no habia pensado en esto, dijo el cruel viejo poniéndose el dedo en la frente, como reflexionando sobre el modo de vengarse de su propia hija, hasta despues de su muerte.

Estuvo así por algunos momentos miéntras el padre lo miraba de un modo particular.

—Yo creo que hai un medio, dijo éste, de salvar esta dificultad

—¿Cuál es ese medio?

—No quisiera decírselo a Ud porque yo no tengo interes ninguno en que la niña se empobrezca. Le decia solamente porque es un deber, dar consejo al que lo necesita.

—Oh! padre mio: yo he menester de sus consejos. Su paternidad sabe cuánto los estimo!

—I ademas, de que recibiendo la niña su herencia legal, como al fin i al cabo puede llegar a casarse con Anselmo...

—Sí: i el pipiolillo se reiría de mí despues que me echen la tierra encima, i gastará mis capitales, que me han costado mi sudor i trabajo... Vaya, padre de mi alma, dígame ese medio que a Ud. se le ha ocurrido, porque no puedo pensar a sangre fria que mi dinero pase a poder de un pipiolo hereje, que sabe Dios, el mal uso que hará de él!

—Miéntras que en un buen poder, podria servir en bien del prójimo i a la mayor honra i gloria de Dios, dijo el padre con cierto entusiasmo.

—Así es, por eso me habia encantado la idea de casar a la heredera de mis riquezas con ese santo hombre de don Meliton.

—Oh! en poder del señor Sandoval, sus riquezas quedarian ganando un crecido interes para bien del alma de Ud.... Esto es, amigo mio, como si Ud. hubiera trabajado para fomentar la relijion

—Ah! mi padre! Es la pura verdad!

—Para multiplicar el número de los que adoran al Crucificado.

—Padre mio!

—I cada infiel, convertido con su dinero, seria una nueva obra debida al trabajo de Ud., porque, en verdad, que esto es como si Ud. trabajase despues de muerto por la propagacion de la fe i por la honra i gloria de Dios!

—Ah! no me hable de ese modo, padre de mi alma, dijo don Marcelino, porque eso es para que sufra mas al ver el peligro que corre el fruto de mi sudor i mi trabajo, de ser mal empleado por manos profanas... Oh! prosiguió con exhaltacion: estoi por hacer mi testamento a favor de don Meliton.

—Pero ¿qué dirian las jentes? observó el padre, aparentando un falso escrúpulo.

—Que digan lo que quieran ¿Nó soi dueño de lo mio?

—Ademas, la lei se lo prohibe, como le dije ántes... Si se tratara de una donacion inter vivos, ya sería otra cosa, i Ud. estaria en su derecho.

—Cómo dice, su paternidad?

—Talvez he dicho demasiado, dijo el padre, como temiendo hablar... No quiero que se diga que yo he tratado de inducirlo a vengarse de su hijita.

—Hable no mas padre mio: a mí, nada se me ocurre. Estas mujeres me tienen la cabeza echada a perder.

—Hablo solamente por cumplir con la obra de misericordia, de «aconsejar al que lo ha menester»... Su dolor paternal me interesa sobre manera... Ud. puede donar lo que quiera ántes de morirse.

—¿Ese es el medio de que me iba a hablar ántes?

—Ese mismo, pero ya le digo a Ud. se ha menester de calma para estas cosas, porque mui bien puede arrepentirse despues.

—Nó, nó! yo soi hombre de carácter, i nunca me arrepiento de lo que hago. ¡Nunca!

—¿Decia su paternidad que...?

—Decia yo; que mui bien puede Ud. hacer donacion de una parte de sus bienes en favor de quien quiera.

—Es decir ¿dar desde luego mis haciendas? padre mio! Eso es para pensado, i bien pensado... Despues de muerto, ya es diferente; pero deshacerse así no mas de una renta, es algo duro, padre de mi alma.

—Yo no digo que Ud. se deshaga de todas sus rentas, porque esto seria un suicidio... Hablaba solamente de la donacion de una haciendita, por ejemplo... Sin embargo, como esto no pasa de ser una simple conversacion, pues no tengo voluntad de hacer ningun mal a Lucinda ni a doña Trinidad, a quienes estimo verdaderamente...

—Despues hablaremos de eso, padre. Yo lo pensaré i lo consultaré con la almohada, como decia mi abuelo.

—Entónces, me retiro... Ah! i se me olvidaba una cosa que tenia que prevenir a Ud.

—Qué cosa? Hable, padre.

—Es una advertencia que en conciencia debo hacerle...¿Me promete Ud. no exaltarse i obrar con toda cordura?

—Como si se tratara de una confesion, padre mio. Hable, su paternidad.

—Dígame ántes de todo ¿cree Ud. positivamente que Anselmo no visita a Lucinda?

—Qué la ha de visitar! Lo he echado de mi casa con cajas destempladas!

—Sí, pero...

—Estoi seguro de que el pipiolillo no ve a la niña sino desde léjos, en la iglesia, porque yo siempre la acompaño a misa.

—Nó: le hablo de las visitas aquí, en su casa.

—Visitas aquí! Estaríamos en bien que viniera, despues de haberlo arrojado ignominiosamente... Se pasaba de sinvergüenza.

—Ya Ud. sabe que los pipiolos son porfiados.

—Sí, padre; son como una mula, dijo don Marcelino. Pero, a porfiado no me gana nadie. I yo le prometo, que no verá mas a Lucinda en mi casa.

—Pues es el caso de que la ve, dijo el padre.

—No lo crea, su paternidad.

—Lo sé de buena tinta, amigo mio, i por esto he creido deber advertírselo. Es un deber de conciencia.

—Cómo, i por quién lo sabe su paternidad?

—Eso es cosa séria. Se cuenta el milagro, pero no se dice el santo, contestó el fraile sentenciosamente. Es cosa que he averiguado en una confesion.

—Pero ¿cómo puede ser eso?

—No solo se ven, sino que se hablan casi todas las noches, por las ventanas de la calle.

—Ah! picaronaza! esclamó don Marcelino; i talvez la Trinidad proteje esas entrevistas! Permitir a su hija que hable por las ventanas! O talvez que... Vaya! Mujer en ventana, mujer en venta, decia mi abuelo.

—No hai que dudar eso, dijo el padre, sorbiendo una narigada de rapé.

—Yo no lo dudo! esclamó el irritado viejo. ¡Permitir que una hija hable con su galan por las ventanas! I quién sabe si de palabrita en palabrita, de mirada en mirada, i de suspiro en suspiro, se pasan a cosas mayores.

—No digo eso yo, interrumpió el padre, guardando su caja en el bolsillo.

—¿Entónces su paternidad cree, que solo las miradas, los suspiros i las palabras, pueden pasar por entre las rejas de una ventana? Ah! padre mio! prosiguió don Marcelino, cuya exaltacion iba en aumento con las diestras insinuaciones i contradicciones del jesuita; en esto sé yo mas que su paternidad. ¿No ve que soi lego, i he pasado mi vida en el siglo?

Sonrióse el padre, i dijo:

—No ignoro, amigo mio, que siendo el honor de una niña, una

cosa tan delicada, nunca están de sobra las mayores precauciones; pero yo decia, que conociendo como conozco a doña Trinidad, no creo que...

—Yo sí que lo creo todo! interrumpió don Marcelino dando un puñetazo sobre la mesa. Pero, dígame su paternidad ¿está seguro de que ha habido esas entrevistas?

—Como que me he de morir.

—Yo me cercioraré!

—Nada mas fácil: mañana mismo puede Ud. cerciorarse, pasando a eso de las diez de la noche por enfrente de las ventanas.

—Ah! mujeres! ¡ah mujeres ventaneras! Pero ya se ve! como yo me acuesto tan temprano, hacen lo que quieren estas *empecinadas!* Mas yo averiguaré la verdad; i si el caso es cierto, le prometo hacer la donacion. ¡Se lo juro!

—Amen, dijo el padre levantándose para retirarse.

—Habráse visto mayor desvergüenza, decia don Marcelino paseándose a largos trancos por el cuarto. ¡Haberme burlado aquí, en mis barbas! Pero yo les preguntaré cuántas son cinco... Veremos.

—En todo caso, es preciso obrar con prudencia, amigo mio.

—No tenga cuidado su paternidad. Ya me conoce que soi prudente.

—Entónces, adios, dijo el jesuita.

—Adios, padre mio, contestó don Marcelino besando la mano del fraile. Encomiéndeme en sus oraciones.

—Así lo haré; pero no eche Ud. en olvido, que todo cuanto le he dicho, no nace de otra cosa que del interes que me inspira Ud.

—Agradezco sus bondades. Dios le pagará... Miéntras tanto, salude a mi nombre al señor don Meliton.

—Lo haré como lo ordena, contestó el padre, saliendo a la calle por una puerta escusada que don Marcelino abrió con una llave de su uso esclusivo.

CAPÍTULO XVI

DONDE EL CURIOSO LECTOR HARA CONOCIMIENTO CON DON CANDIDO DE LA RUEDA I DOÑA ESTRELLA CLAVIJO

"En pago de mis amores,
Flor de gracias peregrinas,
Tocan otros tus primores,
I yo solo tus espinas"

LUIS BLANCO.—(*Cantares.*)

En cuanto el reverendo se encontró en la calle, cambió repentinamente de aspecto; i dejando dentro del cuarto de don Marcelino, el aire preponderante con que dominaba a éste, se caló una fisonomía meditabunda, con cierto barniz de compuncion, que era la que solia usar en público. Arreglóse el hábito; enderezóse la capilla; contrapesóse la cuerda; requirió el baston que nunca le hacia falta, i con grave continente, echó a andar por la calle de la Compañía. Al pasar por enfrente de esta iglesia, cuyos antiguos claustros estaban sirviendo de colejio principal de la república, el padre hizo un jesto de notable desagrado; pero luego su cara volvió a su normal i pacífica actitud. ¿Por qué le sucedió esto al padre? No lo dice espresamente la historia. Lo único que hemos podido averiguar en las antiguas crónicas, es que jamas pasaba por allí, su reverencia sin que se le contrajese el semblante.

Atravesando iba la plazuela, cuando se encontró en medio de ella con un caballero. Iba éste acompañando a una señora, i ambos debian ser mui amigos del padre, pues en cuanto lo vieron, se fueron derechamente a él, i lo saludaron con muestras del mayor respeto i cariño, saludo que fué cumplidamente devuelto por el padre.

Era el caballero un hombre como de cuarenta i cinco años, alto, gordo, un poco barrigon, de cara bonachona, rechoncha, colorada, mirada sin espresion, i de esas fisonomías vagas que, aunque mui móviles, nada significan a primera vista, porque fuera de la vaciedad, nada mas tienen que significar. Iba vestido de pantalones de brin, zapatos gruesos, una polaca de casimir a cuadros, chaleco de seda, camisa con valonillas mui ajadas, corbata lacre i sombrero de pita guarapon.

En cuanto a la señora que lo acompañaba, aunque no era bella, tenia sin embargo un semblante simpático, i en sus ojos, así como en toda su espresiva fisonomía, demostraba el carácter resuelto, i un si es no es atrevido de que estaba dotada. Su vestido era mucho mas rico que el de su marido. El camison de seda a bastones de arriba abajo, era estrechísimo, de manera que apénas tenia poco mas de la anchura necesaria para dar el paso, i estaba redondeado por la *varilla* interior que rodeaba las caderas, desde donde bajaba casi sin pliegues a besar discretamente el empeine de un lindo pié, cubierto con zapatos recortados, adornados de hebillas de acero i terminados en punta. La cortedad del camison permitia que al andar se viese, no solo las médias caladas i el blanquísimo fustan interior, sino las cintas azules de los atacados, que serpenteando simétricamente en torno de la bien formada pierna, se ocultaban debajo del vestido. El corpiño de éste era estrecho, así como las mangas que llegaban hasta la muñeca, todo lo cual se adivinaba solamente debajo de la gran *punta* o pañolon de terciopelo. Por último, el tocado de la señora que hoi pareceria estraño a nuestras elegantes, consistia en tres grandes crespos llamados castañas, sobre la frente, i en una gruesa trenza negra envuelta en forma de moño, sobre el cual descollaban las primorosas caladuras de una gran peineta de carei, medio cubierta con un velillo negro que caia graciosamente sobre el hombro izquierdo.

Despues de esta lijera descripcion, solo nos falta advertir, que todos los crespos, trenzas i ensortijados de la matrona, eran hechos de sus propios cabellos, i sin que ningun habitante del ce-

menterio tuviese que echarle en cara la menor profanacion de sus mortales restos. Pero como nuestro carácter de historiador nos, obliga a decir la verdad en todo i por todo, debemos advertir, que las *chapas* de colores de que los carrillos de la señora estaban cubiertos, provenian del sumo lacre de cierta planta que crecia en su jardin, llamada *penacho*.

Tal era la pareja con quien se habia encontrado el padre.

—Dichosos los ojos que ven a su paternidad! esclamó el caballero sacudiendo las manos del fraile.

—Por Ud. se puede decir, mi señor don Cándido, respondió el jesuita correspondiendo al saludo con aparente cordialidad. I no solo por Ud. lo digo, sino tambien por mi señora doña Estrella cuya luz deseamos siempre ver sus verdaderos amigos.

Iba a contestar la señora, cuando don Cándido interrumpió:

—Piano, piano, mi padre: ya su paternidad sabe que yo soi celoso i no permito que en mis propias barbas...

—¿Quieres callarte? dijo doña Estrella a media voz.

—Tiene Ud. razon para estar celoso, en atencion a la importancia del tesoro que posee, agregó el padre, pues sabia que nada estimaba tanto don Cándido, como el que le encontrasen bonita a su mujer.

—I sin embargo, replicó don Cándido, esta mujer encuentra estraños mis celos como si un hombre como yo, pudiera ver a sangre fria el que todo el mundo se quede mirándola cuando salimos de paseo.

—¿Estás en tu juicio, hombre de Dios? volvió a decir la señora entre enojada i risueña. ¿No ves que estás molestando con tu charla al reverendo padre? Dispénselo su paternidad.

—Yo lo absuelvo del pecado de los celos, repuso el padre sonriendo maliciosamente; pero no creo que tenga razon para temerle a esas miradas de que habla.

—¿Tambien, su gravísima paternidad, gusta de la broma? preguntó doña Estrella con un tono seco que contrastaba con la sonrisa de sus lábios de coral.

—Es que no solo son miradas, sino palabras, volvió a decir el porfiado caballero.

—Pero esas miradas i esas palabras son dardos que se rompen en la impenetrable coraza de la virtud, dijo el padre.

—Oh! en cuanto a eso no digo nada, repuso don Cándido. I ademas, agregó bajando la voz; como yo sé hacerme respetar i me

sostengo dignamente en mi puesto de jefe de la familia, nadie se atreve a mayores... fuera de que Estela me adora... Pero ya le digo, mi padre: esas palabras zalameras dirijidas a ella, me hacen salir de mis casillas; porque en puridad de verdad ¿será bien que un hombre como yo se case con una mujer linda para que otros se recreen con su belleza, i cosechen sus miradas i sonrisas, no quedándole al marido sino los rastrojos? Esto no es decir que Estelita me trate mal: eso si que nó! Pero... Figúrese su paternidad...

—Marchemos, Cándido, que ya es tarde, interrumpió bruscamente la señora.

—Dígame su paternidad, prosiguió don Cándido sin atender a las insinuaciones de su esposa, dígame si un marido de mi delicadeza podrá oir a sangre fria, espresiones como éstas, dichas a media voz: «¡Qué estrella tan luminosa!» «Es una estrella que lleva dos estrellas en la cara!!» i otras espresiones mas quemantes todavía... Oh! padre! Estoi por cambiarle el nombre a mi mujer!

—Apruebo su determinacion, dijo el padre, pero con una condicion...

—¿Cuál es? dijo prontamente el señor de la Rueda.

—La de cambiarle el nombre de Estrella por el de Sol, que le cae mejor.

—Ah! padre Hipocreitía! padre Hipocreitía! esclamó don Cándido riendo con la mas feliz bonhomía del mundo, miéntras que la señora trataba de arrastrarlo del brazo para proseguir la interrumpida marcha. Ah! padre! Sabe que su paternidad ha errado la vocacion!

—Adios, mi reverendo padre, dijo a esta sazon la señora asiéndose del brazo a su marido, el cual tuvo que seguirla a su pesar.

—Beso a usted la mano, mi señora, respondió el padre.

Don Cándido habia dado uno o dos pasos compelido por su esposa, cuando la dijo con cierto aire de afectada autoridad:

—Vamos, Estelita, vamos: es preciso que lleguemos pronto a casa de mi compadre Marcelino.

—De allá vengo yo ahora, agregó el padre.

—I nosotros vamos para allá, porque Estelita recibió esta mañana un recado de mi comadre Trinidad, pidiéndola que la fuera a ver, prévia mi vénia marital, se entiende... Ya voi mujer: mira que me desencajas este brazo... Adios, mi reverendísimo amigo: no se pierda su paternidad de mi casa.

I miéntras el padre le sacudia la mano, prometiéndole hacerle una visita cuantos ántes pudiese, don Cándido le decia al oido:

—Mire su paternidad si yo sé tener a raya a la mujer. He prolongado la conversacion de propósito para probarle que debemos marchar cuando yo, su jefe, dé la voz de mando, pues de otro modo...

No alcanzó a concluir don Cándido, pues tuvo que obedecer a la última i mas enérjica insinuacion de doña Estrella, que se lo llevaba a remolque, miéntras el padre se alejaba paso a paso murmurando entre dientes:

—¿Para qué habrá enviado a llamar, doña Trinidad a doña Estrella? Talvez para pedirle consejo sobre el asunto del matrimonio. El imbécil de don Cándido me lo dirá todo... Es preciso seguir cultivando su amistad.

Al mismo tiempo doña Estrella decia a su marido:

—Si no te separo de allí a la fuerza, habrias seguido ensartando disparates.

—Tú tienes la culpa, respondió secamente don Cándido.

—¿Yo?

—Sí, tú la tienes, porque nunca esperas a que yo, como cabeza que soi tuya, dé la voz de mando, sino que te metes a decir: vamos! cuando soi yo quien debe dar la órden de marcha.

—Es que tú no sabes nunca cuando estás demas en una parte.

—Te doi de barato que así sea; pero en tales casos, un apretoncito de brazo, una señita cualquiera bastan para que yo me acuerde de dar la órden. De otro modo, no se conoce quién tiene los calzones; i ya tú sabes que soi mui delicado en esta materia!

—Déjate de tonterías i apresura el paso.

—Sí! prosiguió don Cándido apurando el paso sin quererlo. A tí te parece que es cosa hacedera esto de llevar como de *reata* a un hombre de mi temple! Nó, Estela, nó! Ya te lo he dicho mil veces: Yo me conservaré siempre en mi puesto de marido.

—I ¿pretendo yo por acaso convertirte en mujer? preguntó la señora riendo.

—Eso es lo que pretendes; i si no, acuérdate de lo que hiciste esta mañana. Mi comadre Trinidad te envió a llamar, i tú le contestaste con la criada que irias. En seguida te pusiste a hacerte los crespos i te calaste tu peineta alta: todo ello sin consultarme una palabra, como si yo no fuera el jefe de la familia.

—I ¿cómo no me hiciste ninguna observacion cuando te dije que debíamos venir a casa de mi comadre?

—Porque me pillaste en mi hora de condescendencia. Yo soi así.

—Pues si te parece mal esta visita, volvámonos a casa, dijo la señora con acento de disgusto.

—Dígote por acaso que me parece mal? Nó, hijita, nó. ¿Crees que yo soi un niño para permitirte volver a casa despues de haber salido de allí? Eso sí que nó, Estelita. Vamos andando, prosiguió con acento resuelto i autoritario. Es preciso tener carácter, hija mia. ¿Piensas tú que yo me he casado para que mi mujer me gobierne?

I don Cándido lanzó sobre su esposa una mirada tan ridículamente autoritaria, que la señora no pudo contener una estrepitosa carcajada.

—Sí! prosiguió el caballero: tú lo quieres componer todo con echarlo a la risa, como si la descompuesta risa de una mujer se pudiera avenir con la dignidad de un marido que sabe hacerse respetar!

—¿Conque se opone a la dignidad el que yo me ria? le preguntó la señora sin poder contener su hilaridad.

—Dios me libre de las mujeres que andan mostrándoles los dientes a todos cuantos ven! esclamó con dolorida voz don Cándido, al mismo tiempo que se apretaba la cabeza con ambas manos sin acordarse de que estaba en la calle.

—Vaya, pues! dijo la señora formalizándose de repente; no me reiré mas, ya que mi risa te desagrada.

—¿Te digo eso por acaso? Al contrario, tu risa me agrada, cuando es *para mí;* pero no cuando es *de mí.*

—No te entiendo, respondió ella con tono brusco i poniéndose mas formal todavía.

—Ah! Las mujeres no entienden nunca a sus maridos! Mira, Estelita, prosiguió don Cándido dulcificando su voz; oyéme: hai risas de risas, i miradas de miradas. Cuando una mujer prodiga a todo el mundo sus dulces sonrisas, i guarda las carcajadas para su marido; entónces éste salta como un alacran; i así debe ser, mayormente si él es un hombre que sabe mirar por su dignidad.

—No seas tonto, hombre de Dios!

—Qué no sea tonto! Precisamente porque no lo soi, trato de conservar incólume la dignidad de jefe del hogar doméstico. Ya te he dicho una i otra vez que yo no me he casado para que los demas cosechen las sonrisas, las miraditas, los buenos modos i las

palabritas sabrosas de mi mujer, quedándome a mí nada mas que las carcajadas, las formalidades, las *murrias*, i sobre todo, la responsabilidad social con que tiene que cargar el jefe del hogar doméstico. ¡Bonito negocio es este en que el socio responsable se queda al fin con la pala i la horqueta! *¿Es caridad* que se haga esto con hombres de pro?

—Mira, Cándido, no sigas hablando mas disparates, porque eso sí que no es caridad.

—Mejor que mejor! No há mucho que me aconsejabas *que no fuera tonto:* son los consejos que las mujeres dan a sus maridos. Ahora has remachado el clavo, advirtiéndome que no siga hablando disparates. Las mujeres se lo valen para remachar el clavo. Conque te parece disparatado el evanjelio que te canto? ¿I he de ver a sangre fria, el que los barbilampiños te requiebren por la calle?

—¿I tengo yo la culpa de esos nécios requiebros? preguntó la señora sonriéndose a su pesar.

—Esta es otra! repuso don Cándido. Ustedes no tienen nunca la culpa de nada. Las miran, las remiran; les dirijen palabritas coloradas, que las hacen ponerse coloradas, pero no de sonrojo... I sin embargo, ellas no tienen nunca la culpa, como si los requiebritos no nacieran siempre de algo!

—Entónces yo he de ser responsable de...

—Eso si que nó! interrumpió don Cándido vivamente. El socio responsable soi yo! Tengo hipotecados a favor de la sociedad conyugal, no solamente mis estancias sino tambien mi honor. Mira, Estelita ¿quieres que te diga una cosa?

—Qué cosa?

—Oye, dijo el caballero tocándose la frente con la mano derecha: ¡clávame aquí a la mujer que no tenga la culpa!

—¿I no escepcionas a ninguna?

—Toda regla tiene escepciones, i tú eres madre de ellas, respondió don Cándido dulcificando el tono de su voz (que era por donde concluia siempre) para desenojar a su cara mitad. Yo hablo en jeneral, i no lo decia por tí, pues te conozco bien. Por eso fué que no le puse mala cara al padre Hipocreitía, cuando empezó con sus zalamerías a decirte que eras el sol, la luna i qué sé yo que mas.

—Pero, Cándido, por Dios ¿i puedes creer que un sacerdote diga esas cosas con mala intencion?

—Tambien los sacerdotes saben jugar *a dos intenciones*, respon-

dió don Cándido, moviendo la cabeza. I advierte, esposa mia, prosiguió bajando la voz, que nunca es mas terrible el diablo que cuando está disfrazado de santo, para lo cual se suele meter dentro de una sotana... Pero dejemos esta conversacion... Hasta ahora, tú no me has dicho para qué te ha menester mi comadre Trinidad?

—No lo sé, respondió doña Estrella; pero presumo que será para hablarme sobre algunas de las tonterías que su marido hace diariamente.

—Tonterías! ¿Cómo te atreves a decir eso de mi compadre?

—Confieso que dije mal al decir «tonterías.» Deberia haber dicho «brutalidades.»

—Mejor que mejor! Miren no mas las mujercitas de estos tiempos! Se juntan para hablar de las tonterías i brutalidades de los maridos.

—La culpa es de los que cometen esas brutalidades.

—Pero mujer: ¿está puesto en razon que te pongas a hablar contra un marido que es la cabeza de la familia, cuando debieras enseñar a mi comadre a respetar la santa autoridad marital?

—La autoridad de un necio no es autoridad, respondió secamente la señora.

—Pero no sabes que el mismo Dios por boca del apóstol San Pablo, les dice a ustedes: «mujeres, estad sujetas a la potestad de vuestros maridos.»

—¿Acaso mi comadre no es un modelo de mansedumbre?

—Ya lo sé, respondió don Cándido mirando a su esposa de una manera particular, que queria decir: Ojalá tú te le parecieras!

—I si sabes eso ¿por qué apoyas siempre a don Marcelino?

—Para defender el principio de autoridad marital. Nosotros somos los jefes de la casa, i Uds. no tienen mas que agachar la cerviz como dice el apóstol...

—No hables mas disparates, le interrumpió la señora, i camina mas aprisa porque quiero hablar luego con mi comadre.

Los dos esposos, don Cándido de la Rueda i doña Estrella Clavijo, prosiguieron de este modo su plática i su marcha hasta la casa de don Marcelino de Rojas, en donde los dejaremos para seguir al reverendo Hipocreitía, por pedirlo así el buen órden i claridad de la historia.

Marchaba el santo relijioso por la calle de la Compañia, haciendo i devolviendo cortesías a los innumerables amigos que encontraba. Pasando por la plaza de Armas, entró en la calle de la Mer-

ced, i llegando a la de las Claras, dobló hácia su derecha i se dirijió a este convento de monjas. Desayunó allí con una taza de chocolate, que la madre abadesa le hizo servir, i se dirijió a la iglesia; para confesar a dos o tres monjas i resolver las dificultades de otras que en las rejas del confesonario le esperaban. Dos horas pasó allí perdonando pecados, resolviendo dudas, i deshaciendo escrúpulos i cuando hubo terminado se levantó, i con paso firme i grave, salió del templo para dirijirse a su convento. El padre estaba en aquel dia de suerte, porque no bien hubo llegado a la alameda, cuando vió que iba por la vereda una mujer que creyó conocer.

Era ésta una vieja que iba acompañada de un muchacho como de catoorce años de edad, i ambos llevaban sendos azafates llenos de dulces i de mil golozinas confitadas, i cubiertos con papeles calados.

—Creo que esta vieja es de casa de don Marcelino, se dijo el padre. ¿Adonde irá? Es seguro qnə ese regalo es para el confesor de la señora!

Dicho esto, acortó el paso i dejó que el par de criados pasara adelante. La vieja marchaba mas que de prisa, i el muchacho la seguía como de mala gana, nada contento con el peso que llevaba, por lo cual ella lo incitaba a marchar mas de prisa. Pero viendo, que su ayudante se quedaba atras, volvió de repente la cabeza, i le dijo con aire de autoridad:

—Marcha *dominguejo*! porque si nó, ya verás cómo te vá con mi *sia* Trinidad! le diré que te has ido *mañereando*.

I luego, viendo la vieja al padre que iba detras, arrepentida de su exaltacion esclamó medio entre dientes:

—Virjen de Dios! No habia visto a su paternidad... Lo que la hacen decir estos chiquillos a una!

Mientras tanto el jesuita se sonreia imperceptiblemente, i haciéndose como que nada veia decia para su coleto:

—Ya dí en el *quid*. El regalo es de casa de don Marcelino i se conoce que es para confesor... Mui tonto debo ser si no lo descubro ahora.

Marcharon los dulces delante, i el padre que los seguia desde léjos, tuvo la satisfaccion de ver que se dirijian a San Francisco. Entónces apuró el paso i llegó a la portería a tiempo que la vieja repetía una i cien veces al muchacho el recado que debia de dar junto con el regalo, diciéndole en seguida;

—Cuenta con olvidar nada de lo que te digo! No seas boquiabier-

to! Mira que casi se te ha caido la torta... ¡Válgame Dios! Ya descompusiste el papel picado... Eso es; agarra de ahí el azafate, i ten cuidado de que no se te caiga, como el otro dia al subir la escalera... Camina repitiendo el recado como quien reza, para que no se te olvide, i quítate el sombrero ántes de entrar a la celda... Vaya! Es tan *apajarado* este chiquillo!

Todavía se quedó refunfuñando mil otras cosas la buena vieja; pero el muchacho no la oia porque habia entrado en el cluastro guiado por un hermano lego que llevaba la otra bandeja. El padre Hipocreitía entró de atrás, sin mirar a la vieja i sin demostrar cuánto le interesaba saber a qué celda iban a llegar los azafates, i siguiendo a los conductores, vió que éstos subian al segundo piso del claustro i entraban en la celda del reverendo frai Prudencio Alvarez, uno de los padres mas respetables de la comunidad. Al pasar por enfrente de la celda, oyó que el muchacho decia como quien reza una oracion en voz alta:

—Dice mi señorita Trinidad: que cómo ha amanecido... que tenga su merced mui buenos dias... que aquí le envia esta friolerita para que la tome a su nombre, i para que vea que lo tiene presente... i que dispense la cortedad... i que siente mucho que no sea como la persona lo merece.

No oyó mas el padre, i siguiendo el corredor sin darse por entendido de nada, bajó al patio.

—¿Conque me ha dejado por el padre Alvarez? decia miéntras tanto el reverendo... Ya verá doña Trinidad si su padre de espíritu le dura mucho tiempo... Yo haré por que se premien los servicios del virtuoso frai Prudencio enviándolo a algun convento de provincia.

CAPÍTULO XVII

LA CARTA DEL PADRE HIPOCREITIA

"La América no quiere mas armiño,
Que el que admira en su blanca cordillera;
Ni mas corona que su sol ardiente:
Ni mas púrpura espera
Que el vespertino manto de Occidente
Que ondeando flota en su azulada esfera;
Ni obedece a mas reyes
Que el Dios de sus abuelos i sus leyes."

(E. de la Barra.)

No bien hubo llegado a su celda el reverendo, cuando pidió su comida, la que le fué servida al momento, pues el padre gozaba del privilejio de no asistir al refectorio, i de comer en su habitacion o fuera del convento cuando quisiera. Muchos definidores i padres graves de la comunidad, no habian podido obtener este privilejio de parte del prelado.

Habiendo concluido su comida, cuyo desengraso se sirvió él mismo de varios azafates de dulces que sobre su mesa se veia, regalados por las monjas i otras confesadas; el padre cerró la puerta de la celda, sacó una llave de su bolsillo i abrió un armario que esta-

ba embutido en la pared, en una esquina de la habitacion. Dentro del armario habia una caja, la cual tambien abrió con otra llave mas pequeña; i despues de sacar todos los papeles que la caja contenia, tocó un resorte secreto colocado en el interior. El fondo de la caja se alzó como por encanto i de allí sacó su reverencia un gran cuaderno con tapas de becerro. Hecho esto, volvió a dejar la caja i los otros papeles como estaban, i se sentó en su silla de honor abriendo el cuaderno sobre sus rodillas.

Aquello era un manuscrito que solo estaba comenzado, pues quedaba en blanco mas de las cuatro quintas partes del libro. El padre se puso a hojearlo como para correjir lo escrito, pues al mismo tiempo tomó una pluma i empezó a reteñir algunas letras. No es posible decir si aquello era una carta, memoria o diario, porque de todo tenia; i como para la intelijencia de esta historia, es preciso saber lo que el tal cuaderno contenia, nos permitirá el curioso lector que lo tomemos de la mano i lo coloquemos junto a nosotros, detras del reverendo, por sobre cuyos hombros podremos leer las misteriosas pájinas.

El padre tenia abierto el libro en la primera: allí se leia el siguiente encabezamiento:

"En el nombre del Padre, del Hijo i del Espíritu Santo.

"Reverendo padre: voi a cumplir con el sagrado deber de dar "cuenta a su paternidad de la mision con que he sido honrado; i "aunque solo estoi principiando la obra, quiero tambien dar princi- "pio a esta carta, la cual se irá escribiendo a medida que los acon- "tecimientos vayan desarrollándose, i en la que manifestaré a su "reverencia todas mis impresiones, el estado de este reino junto "con las ventajas de que pueda sacar partido, los inconvenientes "que se presenten i la manera de zanjarlos.

"Cuando lo crea necesario i encuentre una oportunidad segura, "enviaré a su reverencia este escrito...

"Permítame decir a S. P. R. que en Madrid se sufre gran enga- "ño en creer que se podrá con facilidad restablecer en estas Amé- "ricas el gobierno monárquico. Cada dia estoi mas convencido de "que esto es imposible; i tanto en el Perú como en Buenos-Aires, "he palpado esta verdad. Estas jentes están orgullosas con las vic- "torias obtenidas contra los soldados de S. M., i no podrán jamas "sufrir nada que huela a rei, estando todavía recientes los hechos "de que se enorgullecen.

"No son pues las espadas, fusiles i bayonetas, las armas a propó-

"sito para vencer en estas tierras, en donde todavía humea la san-
"gre caliente de mil combates.

"Mucho mejores que esas armas, son las de la diplomacia. Estos
"republicanos de nuevo cuño, no saben aun qué hacer de la liber-
"tad que les ha caido de lo alto como llovida, i para la cual no es-
"tán preparados. Empapados de orgullo, gritan por todas partes
"Viva la libertad!" "Viva la República!" "Abajo los tiranos!" Pero
"son tan libres i republicanos, como yo soi turco. Enteramente fal-
"tos de esperiencia en los negocios, se parecen a niños en cuyas
"manos se hubiere puesto navajas de afeitar. Lo importante es
"volver contra ellos mismos los elementos de que se vanaglorian.
"Miéntras mas cortante sea la navaja, mayor será el peligro que
"de herirse tendrá el niño. Miéntras mayor sea la libertad de que
"gozan, mayor será tambien su peligro de caer en la anarquía.
"Porque es la pura verdad que estos muchachos están a ciegas; i
"sin el menor trabajo, se puede encaminarlos a que hagan mal uso
"de esa misma libertad de que hoi se ensoberbecen. Con mas va-
"nidad que saber, con mas presuncion que prudencia, con mas
"amor propio i ambicion que abnegacion i amor a su nueva patria,
"i llenos como están del viento de su gloria, ¿qué trabajo costará
"dominarlos por medio del arte de la diplomacia? Yo sé por espe-
"riencia que no se necesita de grandes esfuerzos para engañar al
"mas encumbrado político de esta tierra, i ya he visto la facilidad
"con que se les puede empujar al precipicio haciéndolos cometer
"disparates a destajo. ¡Ojalá el rei nuestro señor se hubiera aper-
"cibido ántes de esta circunstancia!

"El no necesitaba enviar soldados para tener en constante alar-
"ma a estas rejiones. Bastan las guerras civiles entre los partidos,
"que no parece sino que se hubiesen propuesto vengar los ultrajes
"hechos a las armas reales.

"La mas simple combinacion política, la mas sencilla intriga
"bien manejada, son suficientes para que estos imbéciles se echen
"los unos sobre los otros, i se despedacen como perros rabiosos,
"gracias a su libertad. Pretenden ser hombres libres, i no pasan
"de niños esclavos de sus pasiones, de las cuales se puede servir
"cualquiera en favor de nuestra causa. Quiero decir a su reve-
"rencia, que si la España quisiera seguir dominando socialmente
"a estas rejiones, podria hacerlo con suma facilidad, i para ello
"deberia principiar por reconocer su independencia i darse por
"amiga de estas repúblicas, que como no tienen esperiencia del

"mundo, aceptarian gustosos el vínculo que las unia a la madre "patria.

"En cada república hai un partido reaccionario i realista hasta los "huesos, que seria sumamente útil a los intereses del gobierno es- "pañol. Apoyado éste en dicho partido, i dividiendo a los locos li- "berales por medio de emisarios *ad hoc*, no se encontraria ninguna "dificultad para poner las riendas de todos estos estados en manos "de los monarquistas; i entónces ¿qué no podria hacer el gabinete "español con las repúblicas, una vez que estos gabinetillos de ul- "tramar estuviesen llenos de sus amigos i partidarios? Con dos re- "públicas que nos tomásemos de esta manera, nos bastaria para "mantener nuestra influencia sobre las demas, influencia que, a la "larga, seria rica en sabrosos frutos. I si en algunos estados se "desarrollaba la guerra civil, este mismo mal, hecho crónico, nos "podria servir de plausible pretesto para *protejer* la revuelta na- "cion, trayendo un Borbon a estas playas, i coronándolo rei para "la tranquilidad de estos pueblos. Esto no es una paradoja: ahora "mismo nos está presentando un ejemplo la República Arjentina, "en donde no parece sino que Dios hubiese puesto de presidente "a don Juan M. Rosas para desprestijiar el sistema republicano. "Aquel estado pide a gritos un rei, i por librarse de Rosas, lo re- cibiria de mil amores...

"Todo cuanto he tenido el honor de esponer a su reverencia, es "tan hacedero, que me admira el que no haya sido puesto en prác- "tica oportunamente. Volviendo a Chile, diré a su reverencia, que "las ideas dominantes de este país, están en pugna abierta con su "sistema de gobierno, lo cual hará, por muchos años, que las leyes "republicanas solo estén consignadas en el papel, quedando para la "práctica la política monárquica, que es lo que nos conviene a no- "sotros. Están vivas todavía entre estas jentes las ideas de noble- "za, las pretenciones aristocráticas i los hábitos del coloniaje, todo "lo cual asegura nuestro triunfo.

"Nos han vencido en el campo de batalla, pero el campo social "es nuestro, i trabajo les costará despojarse de sus costumbres mo- "nárquicas, costumbres que, sin que ellos lo echen de ver, los po- "nen en nuestras manos. Lo importante es saber sacar partido de "tan preciosos elementos!

"Otro de los engaños (i esto atañe directamente a nuestra Or- "den) consiste en tener por mui difícil el establecimiento de la "Compañía de Jesus en estas repúblicas. Sin embargo, nada es

"mas hacedero; i no parecce sino que Su Divina Majestad hubiese "encaminado los acontecimientos a dicho fin... Verdad es que los "Jesuitas han sido arrojados de aquí, como de todas las Españas, "por la debilidad de un papa, que no quiero calificar, i por la estu- "pidez de un rei imbécil; ¿pero qué han sacado con esto? Hacer mas "palpable la necesidad de nuestros institutos. Nosotros hacíamos "limosnas con el dinero que recojíamos, i el rei nos lanzó de aquí "sin crear ningun establecimiento de beneficencia. Nosotros edu- "cábamos a los niños, i un nécio rei nos echó sin establecer escue- "las. Nosotros prestábamos siquiera algunos libros a los señores "de estas tierras, i el rei prohibia la entrada de libros. En nosotros "encontraban apoyo i proteccion estas jentes, i de parte del rei de "España solo han hallado persecucion ¿cómo no habrian de echar- "nos ménos? el mismo rei se ha encargado de vengarnos."

Al llegar aquí, el jesuita hizo un movimiento: apretó el cuaderno entre sus manos; frunció las cejas; i sus ojos, despues de chispear un instante, quedaron abiertos sin mirar hácia ninguna parte.

CAPÍTULO XVIII

PROSIGUE LA CARTA DEL PADRE.

> «A las alternativas i caprichos de la suerte en la guerra con los sostenedores de la dominacion española, se habian mezclado las rencillas i parcialidades entre los mismos patricios que ensayaban la organizacion de la república independiente.»
>
> R. Sotomayor Valdes.—(*El ministro Portales*).

Volviéndo despues en sí, continuó:

"Todo esto me ha convencido de la facilidad que hai en Chile "i en cualquier otro punto de esta América para establecer un "convento de la Orden, a pesar de la lei que a ello se opone ¿qué "es la lei, cuando se oponen a ella los usos, las costumbres, la ma"nera de ser i aun las creencias de los hombres? Poco ménos que "nada. Lo importante es apoyar esas costumbres; fomentar esos "usos; avivar esas creencias, i despertar en todos los rangos socia"les las pequeñas pasiones que nos favorecen.

"Voi a decir a su paternidad los medios de que he tratado de va"lerme para preparar el campo i provocar los acontecimientos favo"rables. No sé si me habré sabido valer de las circunstancias; pero "mis intenciones han sido rectas, i en todo i por todo, no he tenido

"otra mira que la mayor honra i gloria de Dios i de la Orden, "procurando su acrecentamiento por todos los medios posibles. No "dudo de que habrá algunos 'nécios, cuya estrecha intelijencia no "alcance a comprender la necesidad de valerse a veces de ciertos "procedimientos, que en las circunstancias ordinarias deben ser "reprobados, i aceptados solo en las estraordinarias.

"Afortunadamente no es a uno de esos ciegos asustadizos a "quien escribo, sino a su paternidad que es capaz de comprender "las escepciones en política, que a mi juicio, es la ciencia de los "resultados sociales. Dígole esto para que su paternidad perdone "lo que podria talvez llamarse *ilegalidad en los medios*, en virtud "de la santidad de los fines.

"Vuelvo a mi tema. Estos reinos está divididos en una multitud "de bandos, que en su última espresion pueden reducirse a dos: el "uno dominado por las perniciosas ideas del siglo XVIII; i el otro "en el cual no han prendido estas ideas desorganizadoras. El pri- "mero que se llama a si mismo *liberal*, hace por introducir toda "clase de innovaciones; i el segundo, pugna por sostener las insti- "tuciones antiguas, de donde le viene el calificativo de *retrógrado*, "que sus enemigos le dan.

"Ambos luchan por hacerse dueños del poder para dirijir a su "modo la marcha social. Yo he creido deber apoyar mi accion aquí "en Chile en este último partido, i esto mismo he aconsejado a "mis hermanos de los demas estados americanos. Este bando es "llamado aquí en Chile el partido *pelucon*, o de los viejos; por con- "siguiente, yo soi pelucon hasta los huesos, aunque por encima "parezca un liberal, por razones que diré despues. Por ahora quiero "seguir hablándole de los medios que he puesto en práctica para "asegurar nuestro futuro imperio en estas comarcas, que son los "mismos que a mi juicio, conviene emplear en los demas paises "de oríjen español.

"Uno de los principales medios consiste en trabajar por que "estos gobiernos sigan el sistema restrictivo, i persigan esas "ideas llamadas liberales, que desvirtuan el espíritu de obediencia "ciega i de entera i santa confianza en los superiores, todo lo cual "es tan necesario al progreso de nuestra causa. Su reverencia sa- "be mui bien, que un gobierno *fuerte*, pone al pueblo a nuestra "disposicion, especialmente cuando aquel se apoya en el clero, que "es lo que por lo comun sucede en estas Américas. Tengo muchos "amigos en el clero chileno, i todos son de mi misma opinion. Tene-

"mos por norma el solicitar el apoyo del gobierno i del partido do-
"minante, aun cuando este sea el partido liberal. Si el gobierno es de
"jentes sosegadas, tranquilas, relijiosas, i sostenedoras de los fue-
"ros i derechos de los sacerdotes, les prestamos de veras nuestro
"apoyo, ya sea en el confesionario, en el púlpito, en la plaza públi-
"ca, en el estrado, etc.

"Para esto, es menester que estas repúblicas se den constitu-
"ciones semi-monárquicas, como ya lo ha indicado el célebre polí-
"tico, el cristiano sin par, el piadoso autor del *Jénio del Cristianis-*
"*mo*. Este nuevo Tertuliano, ha demostrado evidentemente que la
"mejor manera de mantener la influencia del gobierno europeo en
"estas Américas, es hacer por que estas repúblicas no imiten a los
"Estados-Unidos del Norte, cuyas constituciones se oponen a las
"sagradas prácticas i costumbres de la tradicion europea, i al des-
"arrollo de las verdades Católicas. Conforme con este pensamiento
"trabajamos aquí los amigos del buen órden i de la relijion. Me
"he hecho político, i cuento con un buen número de amigos en
"todos los rangos de la sociedad, amigos que trabajan sin cesar
"en la santa obra de contener a los exaltados i de tener a raya
"las pasiones políticas, atisando por otro lado las que convienen a
"la realizacion de nuestros justos deseos. Con constituciones res-
"trictivas, estos estados serán sombras de repúblicas, i pueblos
"i gobiernos serán, con el tiempo, nuestros súbditos.

"Porque conviene advertir que no porque nos unámos con el go-
"bierno, hemos abandonado al pueblo. Al contrario, trabajamos
"constantemente en la viña del Señor, para encontrar ahí un só-
"lido apoyo, por si un cambio de circunstancias nos pusiera mal
"con las autoridades. En estos paises, el pueblo i el gobierno, son
"dos resortes que conviene templar i contra-poner cuerdamente.

"Su Reverencia debe suponer que nos oponemos con todas nues-
"tras fuerzas a la introduccion de los libros heréticos, a la propa-
"ganda de ideas subversivas i contrarias al santo principio de
"autoridad, i a todo cuanto tienda a traer con el tiempo la mal-
"dita libertad de cultos, que seria la ruina de nuestras esperanzas
"si es que un verdadero hijo de San Ignacio sea capaz de perder-
"las alguna vez.

"He conseguido que se establezca, a imitacion de lo que se ha
"hecho en España, una rigurosa censura, tanto para los libros que se
"introducen al pais, como para los mui pocos escritos que aquí se
"publican. Contra los escritos políticos, que son los mas, oponemos

"el confesionario, el consejo privado, las prohibiciones bajo pecado "mortal, las escomuniones i el púlpito. Varios señores curas trabajan "en esta santa obra, que, andando el tiempo, producirá sabrosos fru- "tos, i en la cual nos ayudan los gobernantes mismos, cuyas creen- "cias a este respecto tratamos de mantener en toda su viveza.

"Tampoco ignora su reverencia, que para dominar con el tiempo "a una sociedad, debe principiarse por inocular en el niño el santo "amor al órden i el espíritu de sumision. A este fin, nos empeña- "mos los amigos para conseguir la direccion de la instruccion pri- "maria. Las mas acreditadas escuelas de Santiago están en los con- "ventos; i en cuanto a los maestros de esta ciudad i de las comarcas "mas lejanas, puedo decir que me pertenecen. Hagámonos dueño "del niño en la escuela, i nos pertenecerá cuando sea hombre. Casti- "guémosle allí con el azote, i cuando sea hombre nos temerá. "Estos castigos corporales son ademas de gran provecho, porque "matarán en su jérmen el espíritu de insubordinacion, i docilitarán "poco a poco a las jentes. Yo he conseguido várias plazas de maes- "tro de escuela para sarjentos españoles, que hoi las ocupan, i, a fe "que andan listos en cumplir mis órdenes. Puedo decir a su reve- "rencia, que merced a nuestros esfuerzos, se ha conseguido que los "españoles sigan golpeando a estas jentes, aun despues de llamarse "republicanos.

"En cuanto a la instruccion superior, hacemos por que se siga el "mismo sistema. Los azotes no solo sirven de estímulo para el es- "tudio, sino de correctivo para las pasiones tumultuosas, que es "menester curar entre los jóvenes, que con los años influirán en "los destinos de estos paises. Cuando ellos sean mandantes, se "acordarán que han estado bajo nuestra férula, i este recuerdo do- "blegará la cerviz de los mas orgullosos, i conservará en su docili- "dad a los espíritus tranquilos. De todos modos, los seguiremos "manejando como niños de escuela, pues el uso del látigo, de la "barra, de la prision i demas penitencias corporales, impuestas al "tiempo de desarrollarse el niño, conservan en su espíritu una salu- "dable influencia. Su reverencia no ignora, que el carácter i todos "los actos de la vida de un hombre, conservan el sello impreso en "la primera vida; por esto digo yo siempre: *criemos a los ni- "ños, si queremos ser despues dueños de los hombres, sin que ellos "mismos lo echen de ver.*

"Miéntras no consigamos establecernos de firme, otra vez en estas "comarcas, no podemos pretender la creacion de escuelas i colejios

"jesuitas. Esto seria esponerse a malas consecuencias por ahora; "pero, obrando con paciencia, podrá arribarse a un buen resultado. "Encaminemos los acontecimientos, i los hechos se sucederán a "medida de nuestros deseos. Yo, en cuanto a mí, creo que no está "mui distante la época que se establezca en Chile colejios de jesui- "tas; i cuando esto suceda, se habrá dado un gran paso, porque, "educada la juventud de la aristocracia, segun conviene al bien de "la relijion, obtendrá luego la Compañía, sólidos apoyos entre "las familias principales de estas repúblicas; apoyos que no solo le "darán fuerza moral i crédito, sino tambien el dinero que tan nece- "sario suele ser siempre para la prosecucion de nuestras apostólicas "faenas. Al mismo tiempo, salgo de cuando en cuando a dar mi- "siones por los campos. Es incalculable lo mucho que se gana con "esto. Puedo decir, que en un año recojo la cosecha de buenas ideas "que se sembraron en el anterior... Por todas partes nos reciben "con los brazos abiertos, i las palabras de "*Santos Padrecitos* "*Jesuitas*" están en boca de todos... Verdad es tambien que no "solo les llevamos los remedios del alma sino los del cuerpo, pues "se despacha un regular botiquin en cada mision.

"Creo inútil decir a su reverencia, que recetas i drogas se dan "siempre gratis por nosotros, i ya sé por esperiencia cuán buenos "resultados produce lo que se despacha gratuítamente".

CAPÍTULO XIX

CONCLUYE POR AHORA LA CARTA DE SU REVERENCIA

> "Si se hiciera estracto de la crónica estranjera, de los diarios clericales de Chile, se veria con toda claridad, que existe entre nosotros esa propaganda tan siniestra como insensata contra el corazon de nuestras instituciones republicanas"
>
> (EDITORIAL DE "EL FERROCARRIL" *Setiembre* 17 *de* 1871)

Despues de haber puntuado, correjido i numerado atentamente los párrrafos escritos, el padre tomó un cortaplumas, limpió i compuso con cuidado una de las plumas de ganzo que habia sobre su mesa, i prosiguió su carta en estos términos:

"Hoi el gobierno de este país es un atado de imbéciles; (perdóne-"me la espresion). Los liberales se han adueñado de los destinos "públicos, i creen poder rejir estos pueblos, sin caer en los preci-"picios que ellos mismos se labran por sus propias manos. Pero yo "no creo que pasará un año sin que abandonen el mando, porque "estos locos saben tanto de achaque de gobernar como por los ce-"rros de Ubeda.

"Figúrese su reverencia, que se han atrevido a molestar al clero! "No contentos con haberlo desposeido de sus temporalidades para

"atender a los gastos de la guerra contra la madre paria, tienen las "mas absurdas pretensiones respecto de las relaciones entre la Igle- "sia i el Estado. Para ellos, la Iglesia no es madre cariñosa que de- "be dirijir todos los asuntos de la nacion sino, una especie de instru- "mento que debe obrar bajo la mano del poder civil. Mire qué ideas! "Quieren poner a los ministros del Señor bajo la misma férula que "a los demas ciudadanos de la república, porque hai jentes tan sin "cabeza, que en su exaltacion política, afirman que todos los habi- "tantes del Estado deben ser iguales ante la lei, sin esceptuar ni al "señor Obispo. Para ellos no hai mas lei que la civil, i no se acuer- "dan para nada de las leyes eclesiásticas.

"Niegan la obligacion que el poder civil tiene de hacer obedecer "a todo trance las leyes divinas, i desconocer la autoridad de nues- "tra santa Madre, la Iglesia, en los asuntos públicos, diciendo que "sus sagrados ministros no deben inmiscuirse en los negocios del "gobierno. ¡Como si hubiese gobierno que pudiese marchar con "acierto sin esa sábia direccion que solo la Iglesia Santa sabe dar "a los asuntos políticos! Como si hubiese alguna potestad civil mas "digna de gobernar a los hombres que la potestad de los encarga- "dos por Dios para conservar el órden en este mundo, i encaminar "a la humanidad hácia la mansion eterna!

"Lo importante es arrancar de manos de estos liberales (o pipio- "los como los llaman) la direccion suprema del país, para lo cual "nos valdremos de la reaccion monárquica en que actualmente se "empeña el partido pelucon, que es el bando de la jente rica i bien "nacida del país, con cuyo favor contamos los amigos del órden i "de la relijion. El triunfo de este partido es nuestro triunfo, i por "esto le ayudamos con todas nuestras fuerzas. La lucha será en- "carnizada, pero la victoria será nuestra; porque, a pesar de las "ideas Volterianas que dominan en algunos círculos, la jenerali- "dad del país está con nosotros. La educacion que España dió a "estas colonias, nos favorece grandemente, i esto es una prueba de "cuanto vale educar al niño para hacerse dueño del hombre. No "dudo, pues, que los pelucones subirán al mando, i entónces... Pero "prosigamos la esposicion.

"He dicho a su Reverencia poco há, que aunque soi pelucon, "parezco pipiolo. No estrañe esto, porque como necesitamos tras- "tornar este gobierno de herejes, es natural que me haya hecho "uno de sus amigos mas íntimos. Esta es la mas acertada de las "oposiciones, porque se hace sin ruido i sin mal ejemplo. Pinto es

"un hombre de lana; me estima sobremanera, i oye mis consejos "con entera docilidad. Por consiguiente, no me es difícil hacerle "obrar segun nuestras miras, introduciendo en su círculo ideas que "nos favorezcan, i empujando a todos esos maniquíes a cometer "desaciertos para que sobre ellos caiga el ridículo i el desprestijio. "Por otra parte, atizamos el descontento del país, descontento que "en estos pueblos se convertirá en rábia feroz, siendo bien mane- "jado. De esta manera pondremos de relieve ante estas jentes la "ineptitud de sus mandantes, con lo cual encontrarán despues, mas "de la mitad hecho, las armas de los pelucones... Sin embargo, "¡qué dicha seria para mí, hacer que este necio gobierno cayese "sin que hubiese para qué derramar una sola gota de sangre! Con "dolor de mi corazon, i solo por la conservacion del imperio del ór- "den, puedo aceptar los medios estremos. Pero ¡que la sangre caiga "sobre los que nos obligan a redimir de este modo nuestros fueros "i derechos hollados!

"Ahora, se dirá su Reverencia.—«¿I de dónde saca el padre "Hipocreitía el dinero necesario para estos gastos?—Voi a decír- "selo:—Para las misiones, da el gobierno eclesiástico: para otros "gastos, me valgo del fruto de mi industria. En primer lugar, aquí "hai monjas ricas, i tengo a mi disposicion dos sindicatos que pro- "ducen no poco. En segundo, ahí están esos señores cuyos abolengos "hemos descubierto, que nos protejen. En tercero, las confesadas "de donde sacamos algo... Para gastos mayores, hai esperanzas de "conseguir algunos legados, que hoi serian nulos, pues la lei no "admite a los jesuitas en Chile, aunque los chilenos no los aborre- "cen. La lei caducará al fin! Sí, reverendo padre, caducará esta "impía lei."

El padre se quedó pensando con la vista clavada en el techo. En seguida se puso a escribir.

"En estos momentos trabajo por arreglar un matrimonio que nos "producirá una buena renta. Se trata de casar a don Meliton "Sandoval, a quien su reverencia conoce, con una rica heredera, a "cuyo padre le hemos encontrado nobles ascendientes en España. "El bueno de don Marcelino de Rojas (que asi se llama el padre "de la niña) dará sus haciendas a don Meliton. Su reverencia sabe "lo que es este caballero: así, no tengo para qué decirle, que su riqueza será como nuestra.

"El pobre don Meliton está como ha sido toda su vida. ¡Ben- "ditos sean todos los hombres como él! Es uno de nuestros mas

"valientes *afiliados* (pues como su paternidad sabe, él pertenece a "los humanos de *ropa corta*): quiero decir, que nuestro don Meli- "ton es de los mas atrevidos en esto de dejar que con él se haga "todo cuanto sea menester para la mayor honra i gloria de Jesus i de la Compañía."

Cuando el padre hubo llegado aquí, cerró el cuaderno; i metiéndolo otra vez en el fondo de la caja, cerró ésta con la llavecita que guardó cuidadosamente en su bolsillo. Hecho esto, tomó su sombrero i su baston i salió a la calle.

El infatigable espíritu de aquel hombre que lo hacia obrar sin descanso en el logro de sus miras, daba a su fisonomía cierto aire de profunda meditacion, que la jeneralidad traducia por ascetismo Nadie que lo hubiera encontrado a su paso, se habria figurado el modo cómo este sacerdote empleaba sus horas. Todo el mundo admiraba su mansedumbre i su bondad, su rectitud i su decision por la propaganda de las ideas evanjélicas entre la multitud ignorante. Su desinteres era proverbial, i jamas recibia las limosnas que por sus misas solian enviarle. Nunca negaba un consejo a quien lo pedia, i en todos los círculos se hablaba de la solicitud con que el buen relijioso servia al menesteroso. Sus sermones eran escuchados con avidez, i todos los dias se publicaba en los periódicos las obras de caridad en que habia tomado parte. Por último, se hablaba de sus trabajos apostólicos; de los felices resultados de sus misiones en las provincias del sur, i de lo útil que seria al país la adquisicion de otros padres como éste.

CAPÍTULO XX

DON MARCELINO I DON CANDIDO

«Piensa usté que soi de lana?
Nó, amigo, soi de roble,
Mas duro que piedra azul;
I cuando algo se me pone
Entre las orejas, nadie
Me lo arranca a dos tirones;
Yo no pierdo el pleito nunca,
I mi mujer bien conoce
Que no debe decir pares,
Cuando yo le digo nones,
Pues la tengo enseñadita
A que ria, cante o llore,
Cuando a mí me da la gana.
Todo está en que se me antoje;
I se lo dije bien claro,
Desde la primera noche:
Métase usté en sus polleras
I déjeme en mis calzones,
Que yo, hijita, me he casado
Con mujer, i no con hombre.»

Corrida del Guapo.

Bien recordará el memorioso lector, que al fin de uno de los capítulos anteriores, hemos dejado al señor don Cándido de la Rueda, en compañía de su esposa, doña Estrella Clavijo, pisando los umbrales de la casa del señor Rojas. Apénas hubo entrado al gran patio esterior, cuando don Cándido llenó toda la casa con su poderosa voz:

—Qué es de mi compadre Marcelino! gritó. ¿Se levantó de la cama, compadre?

—Aquí estoi! respondió don Marcelino, saliendo de su cuarto con un mate en la mano. ¿Cómo puede Ud. creer que a estas horas me halle yo en la cama?

—Hemos venido a visitarlo con Estelita, dijo don Cándido volviéndose hácia donde creia que estaba su esposa; pero no viéndola allí,(pues la señora habia entrado a las piezas de doña Trinidad) prosiguió:—Quiero decir, compadre, que esta mañana ordené a mi mujer que viniera a visitar a mi comadre Trinidad, pues yo tenia verdaderos deseos de hablar con usted.

—A tiempo llega compadre. Pase para mi cuarto. Tomaremos mate.

—I como mi mujer me obedece en todo, al momento se caló su faldellin i su peineta alta, continuó don Cándido.

—Ojalá la mia me obedeciera lo mismo, refunfuñó don Marcelino.

—Pero no crea Ud.. prosiguió aquél, chupando el mate que don Marcelino le habia pasado: no vaya a creer que yo permito que Estelita se componga demasiado, porque esto no deja de tener sus peligros, mayormente cuando uno a cada paso se encuentra con mozalvetes que andan a caza de mujeres bonitas, como si un hombre de mi temple se casase para que sus mercedes .. Nó, amigo, nó; con sus castañitas i su peineta alta, basta i sobra para andar con susto por esas calles... Ah! compadre Marcelino! es mucho trabajo esto de tener una mujer que...!

—Ahora considere Ud., interrumpió el otro, cuál será el trabajo de tener dos mujeres, como yo tengo.

—Usted! esclamó abriendo tamaños ojos, don Cándido. ¿Se ha vuelto cacique, compadre? Dos mujeres!

—Hablo de mi mujer i de mi hija.

—Ah! eso ya es otra cosa. Já! já! jáa! Yo habia creido que usted... Pero, yo me refiero al sobresalto de tener una mujer bonita... I despues de todo, ¿cómo están, mi comadre i mi ahijada?

—Cómo están? Siempre en contra mia...

—Ellas? Pues juraria que eran unas palomas sin hiel, como mi Estrella; qué, no lo habia de decir yo...

—Ah! compadre, parece que Ud. ignora que las mujeres tienen reves i derecho, i que solo sabe mirarlas por el lado bonito; pero yo que sé verlas tambien por el reves, pienso mui de otro modo.

—Ya entiendo, dijo don Cándido poniéndose un dedo en la frente; ¿mi comadre suele desconocer la autoridad marital? He adivinado, eh?

—¿Cómo es eso de suele? dijo don Marcelino. Lo hace a cada rato! esclamó con reconcentrada cólera, dando un puñetazo sobre el brazo de su silla.

—Malo es eso compadre! es preciso poner un pronto remedio a tamaño desórden. Acuérdese Ud. de que es el jefe de la familia... Yo soi mui delicado en este punto!

—I ¿qué saco con acordarme, cuando estas mujeres me desobedecen en lo principal?

—Tambien mi ahijada? ¡Lo que es el mal ejemplo! Qué cosas estarán ahora hablando de nosotros? se preguntó don Cándido moviendo la cabeza. Pero dejémoslas decir lo que quieran, allá léjos de nosotros. Lo importante es que no alcen la voz en nuestras barbas.

—El caso es que la Trinidad me contradice de frente, dijo don Marcelino con voz sorda.

Al oir esto don, Cándido se alzó de su asiento, i con aire indignado dijo:

—Eso no se le puede permitir a la mujer!

—Pero, compadre, si ella me contradice sin que yo se lo permita!

—Pues entónces, usted tiene la culpa.

—Yo? Yo la tengo?

—Usted: porque se ha dejado dominar por la mujer, las cuales, como Ud. debiera saberlo, una vez que se han puesto los calzones, no se los quitan jamas, i visten al pobre marido con su propio faldellin. Por esto es, que desde un principio debe el hombre portarse firmecito con ellas, i enseñarlas a mantenerse siempre a raya, como yo tengo enseñada a la mia. Estrella suele tener a veces arrancadas mujeriles; pero al fin se ve obligada a doblar la cerviz ante mi inflexible voluntad. Ud. es talvez demasiado suave con mi comadre.

—Confieso que no soi tan severo como debiera, respondió el grosero viejo, porque lo mas que he hecho, ha sido amenazarla un dia con esa tranca que está detras de la puerta.

—Oh! Eso es ya algo, dijo don Cándido mirando la gruesa tranca; pero hai mujeres que no se componen sino por las vias de hecho. Yo no he necesitado de eso para con Estelita; pero ¡ya se ve! le canté la cartilla el mismo dia que nos casamos, i desde entónces

la he tenido en un brete; por eso es, que no hai pleito que ella me gane ahora; i la pobrecita está cada dia mas sumisa i querendona.

—Pues lo que es a mí, dijo don Marcelino, la Trinidad pretende ganarme este último pleito.

—Es preciso, compadre, no darse por vencido jamas para conservar intacto el honor de jefe de la familia. Los hombres casados debemos manifestar que tenemos carácter. Aquí me tiene Ud. pronto a secundar sus miras, cualesquiera que sean; i miéntras ellas allá en la recámara, hablan mal de sus maridos, nosotros discutiremos aquí lo que debemos hacer para que no se salgan nunca con la suya, que es la principal obligacion de todo marido celoso de su dignidad. Dígame ahora ¿de qué se trata?

—El caso es que la Trinidad se opone a que yo establezca convenientemente a mi hija.

—Mi ahijada?

—Su ahijadita, compadre, a la cual se le ha antojado enamorarse de un mozalvete que no tiene donde caerse muerto.

—Pues no hai mas remedio que poner al pretendiente de patitas en la calle, i decirle: «amiguito, Ud. está demas en esta casa.» Si Ud., compadre, no se atreve, yo se lo diré clarito: para eso, la niña es mi ahijada i no tengo pelos en la lengua.

—¿Cree Ud. que no soi capaz de eso? interrumpió don Marcelino. Pues sepa que ya lo he arrojado de mi casa.

—¿I persiste siempre en su propósito?

—Como de primeras.

—Pero está Ud. seguro?

—Sé que platica con Lucinda por la ventana.

—Ah! compadre! ¿conque el asunto es ya de ventanas? dijo sonriendo don Cándido. Entónces mi ahijada ha pasado el Rubicon, i es mas difícil ganarle el pleito. Ah! niñitas ventaneras! Yo, casi prefiero verlas arrancarse por la misma puerta, a que estén siempre asomadas a la ventana. Pero es preciso no desmayar.

—Yo no desmayo, i he estado por *aguaitar* al mocito i decirle de otro modo que con la boca...

—Ya entiendo, dijo don Cándido, al ver el grosero ademan con que su interlocutor acompañó sus palabras. Pero es el caso que Ud. no debe esponerse.

—Tiene Ud. razon, porque ha de saber que él es hombre de espada.

—Entónces, es mejor buscar a otro que haga entrar en su deber al mocito. ¿Cómo se llama?

—Anselmo Guzman.

—¿El hijo de don Antonio, el pipiolo?

—El mismo.

—Con que Ud. me hubiera dicho que era pipiolo de sangre, ya yo habria echado de ver la dificultad para hacerlo desistir de sus pretensiones. No ceden ni a fuego; pero yo tengo un amigo, el cual posee un buen servidor, que es como mandado hacer para estos casos. La cosa está hecha. Voi en el momento a ver a mi amigo; él me presta su hombre, al cual pondremos en acecho cerca de aquella ventana, i en cuanto pille al pipiolito, me le da tres o cuatro porrazos bien dados, i santas pascuas; advirtiéndole que si él persiste en sus visitas, se persistirá tambien en los porrazos. ¿Qué le parece?

—Me gusta la idea, compadre, i la acepto.

—Entónces, manos a la obra, pues lo que ha de hacerse tarde, vale mas que sea temprano.

Diciendo esto, don Cándido, tomó su sombrero i se dispuso a salir, cuando, habiéndosele ocurrido una idea de repente, dijo a don Marcelino:

—¿Sabe lo que se me ocurre, compadre?

—Hable, amigo mio, porque a mí no se me ocurre nada, dijo el otro.

—Ah! esclamó riendo con satisfaccion don Cándido i como diciendo para su capote: «claro es que las ideas se me han de ocurrir mas bien a mí que a él.»

—Pero dígame usted, qué idea es esa? repuso don Marcelino alzándose de su asiento.

—Héla aquí: sin perjuicio de castigar el atrevimiento del mocito, le buscamos un buen marido a mi ahijada, i verá si no se corrije al momento.

—No prosiga, compadre, i sepa que yo no he tenido necesidad de que se me ocurra idea alguna para hacer todo eso.

—Conque ya tiene!...

—Le tengo a Lucinda un marido a pedir de boca.

—¿Es buen mozo?

—Mas que eso compadre. ¿Para qué sirve un marido bonito?

—¿Es rico?

—Mas todavía. Es un noble español, por cuyas venas corre la

ilustre sangre de los Sandovales, de los Rojas, de los Pozo Hondos, de los Oyarzunes, de los...

—Basta! basta, compadre, i ahora dígame...

—Un caballero a las derechas, de la real i distinguida Orden de Cárlos III proseguia diciendo el señor de Rojas.

—Bueno, bueno; pero dígame, ¿cómo es qué...

—Que casi ha sido ministro en España; que no se quita el sombrero ni delante del mismo rei, nuestro señor; que habla mano a mano con sus majestades...

—¿Acabó, compadre? preguntó don Cándido que reventaba por hablar.

—Las cualidades del señor don Meliton, no son para dichas en un minuto, respondió don Marcelino; i segun lo que me ha dicho el padre Hipocreitía, que es el que lo conoce...

—Entónces ¿usted no ha visto todavía a su futuro yerno?

—No lo conozco sino de oidas.

—I mi ahijada?

—No lo conoce ni de nombre.

—Ah! Entónces ¿estará en España todavía?

—Está en Santiago. Ha llegado ahora pocos dias.

—¿De veras? Me han dado ganas de conocer a un personaje tan encumbrado como éste. Ahora veo mas claro la necesidad que hai de deshacerse del mocito.

En aquel momento se oyó en el patio la voz de doña Estrella que gritaba:

—Cándido! Cándido! Ya es hora de que nos retiremos.

—Ah! es Estelita, dijo don Cándido bajando la voz. Voi a decirle que se vaya sola, para tener yo lugar de ir a... Pero nó... mejor es que Ud. le diga, compadre, «que yo le ordeno...» nó, no le diga así, sino «que le doi permiso para que se quede aquí, miéntras yo voi a hacer ciertas dilijencias importantes.»

—Cándido! Estás sordo? decia la señora acercándose a la puerta del cuarto de don Marcelino.

—Oh! estas mujeres abusan de su posicion, dijo don Cándido saliendo a la calle por la puertecita escusada que conoce el lector, a tiempo que doña Estrella entraba al cuarto por la otra puerta.

—Buenos dias, compadre don Marcelino, dijo doña Estrella. ¿I Cándido? Qué se ha hecho este hombre?

—Acaba de salir, comadre.

—¿I sin decirme una palabra?

—Pero me dijo a mí: «que le daba a Ud. permiso para que hiciera medio dia con nosotros.»

—Yo no necesito permiso de nadie para esto, respondió con acento disgustado la señora.

—No lo decia por tanto, comadrita. Mi compadre ha salido a hacer una dilijencia urjente.

—Entónces, tendré el placer de comer con Uds., dijo doña Estrella volviéndose hácia doña Trinidad i su hija, que habian venido acompañándola hasta la puerta del cuarto.

—El placer será para nosotras, amiga mia, respondió con acento de reconocimiento doña Trinidad.

I miéntras las tres señoras se dirijian hácia las piezas interiores, don Marcelino quedó paseándose a lo largo de su cuarto, pensando en cómo llevaria a cabo su proyecto.

CAPÍTULO XXI

MIGUEL TURRA ENTRE BASTIDORES.

«El pobre mata peleando,
I el rico mata roncando.»

(Refran del pueblo.)

Cuentan las crónicas de aquel tiempo que, en llegando don Cándido a su casa, envió a llamar a un hombre que le servia en su chacra del Tajamar, el cual hombre era el mismo que habia ofrecido a su compadre don Marcelino; i si le habia dicho a éste que el tal servidor pertenecia a un amigo suyo, era porque no siempre se atrevia a confesar que tenia de tales hombres a su servicio. Por aquí echará de ver el sagaz lector, las prendas del digno servidor de don Cándido, quien despues de haber despachado el propio para la chacra, pidió la comida i se sentó a la mesa con tan notable apetito, que no parecia sino que estuviese animado por el natural placer que producen los nobles pensamientos i las loables acciones. I como no tenia con quién conversar, (pues, se nos habia olvidado decirlo, don Cándido carecia de hijos, i toda su familia se reducia a él i su consorte) contentábase el buen señor con murmurar entre bocado i bocado:

—Yo veré si el pipiolito se atreve a seguir enamorando a mi

ahijada por la ventana!... En cuanto Miguel le dé un par de planazos bien dados, se le *espantará* el amor, como se espanta el sueño a un chiquillo con un buen latigazo... Sí; le diré a Turra que le dé de plano, porque de lo contrario, podria suceder una desgracia. Aunque este Miguel es tan imprudente que puede comprometerlo a uno... Pero ya está hecha la oferta i debo cumplir... El hombre por su palabra, i el buei por el asta... I ademas, se trata nada ménos que de protejer a un honorable marido, insultado i herido en su dignidad de jefe de la familia... Sí, señor; Miguel aporreará al mocito atrevido... Já! já! já! Cómo no vamos a reirnos a solas con mi compadre, cuando se sepa el lance!

I don Cándido se reia, como si ya hubiese obtenido el éxito que deseaba. Una vez concluida la comida, rezó devotamente un Padre Nuestro a las ánimas, dijo el alabado; i echándose sobre su cama, que estaba en el cuarto siguiente, empezó a roncar como un bendito.

Despues de haber roncado dos horas i media, de un tiron, despertó al oir ruido de espuelas en el patio. Levantóse; i pidiendo que le sivieran mate, salió bostezando hácia el corredor del patio, donde Miguel Turra lo esperaba.

—Aquí estoi, mi señor, dijo éste con el sombrero en la mano.

—Te he enviado a llamar, dijo el patron, para darte una comisioncita que demanda mucho secreto.

—En cuanto a eso, ya su merced sabe que soi ciego, sordo i mudo, respondió Miguel con cierta sonricilla falsa que velaba su móvil semblante, siempre que no se hallaba dominado por las pasiones brutales i sangrientas, que formaban el fondo de su carácter. Ahora, prosiguió, dígame señor mio, ¿de qué se trata?

—Se trata de castigar a un mocito que tiene el atrevimiento de ir a hablar con cierta niña, por entre las rejas de una ventana, contra la voluntad de su señor padre.

—Ah! señor, ya entiendo, interrumpió Turra, cuyos ojos centelleaban de una manera particular. No es la primera comision de estas, que recibo; i soi capaz de despacharlas en un santiamen.

—Pero sin ruido alguno ¡eso sí!

—Por supuesto, sin ruido. Es cosa sencilla. Lo espero cerca de la ventana, en donde el mocito tiene la querencia; i en cuanto llegue...Dígame ¿no es en la noche cuando él se deja caer por allí?

—En la noche, respondió don Cándido.

—Entónces, la cosa es hecha; i como una cuchilladita hace tan poco ruido...

—I ¿quién te ha dicho, bribon, le interrumpió don Cándido, que le dés de cuchilladas?

—Ah! yo creia que se trataba de castigarlo.

—Sí; pero de una manera correccional ¿entiendes?

—Si, señor, correccional.

—Unos dos, o tres porrazos bien dados, bastan; pero sin que haya derramamiento de sangre.

—¿I si el mocito resiste?

—Entónces, repites los porrazos, pero...

—Pero de plano ¿no es esto?

—Sí, de plano, porque si derramas una gota de sangre, yo seré el primero en acusarte a la justicia. Acuérdate de que a mí me debes el estar fuera de la cárcel.

—Si, Señor, i por esto le estoi mui agradecido, i haré cuanto su merced me mande; aunque, si he decirle la verdad, yo soi de parecer que...¿Me da licencia su merced?

—Habla sin rebozo.

—Me parece que conviene hacerle siquiera una pequeña advertencia de filo, pues yo sé por esperiencia, que un cristiano enamorado no obedece así no mas a los planazos, por bien dados que sean.

Rióse don Cándido, i luego repuso.

—A pesar de eso, obra como te digo. Nada de sangre, porque no se quiere la muerte del pecador, sino que se arrepienta i viva. I ahora dime, entre paréntesis ¿han dado con los ladrones de los caballos?

—Todavía nó, señor, pero tengo esperanzas de encontrarlos.

—Es preciso que dés con ellos, repuso vivamente don Cándido. Acuérdate qne he pagado todas tus deudas civíles i criminales; i que a mí me debes el estar bien con los jueces.

— Sí, patron, sí; me acuerdo de esto todos los dias que amanecen.

—Pues bien; si te protejo, es a condicion de que cambies de vida i me cuides la chacra, persiguiendo a todos los ladrones que me roban, pues que tú conoces sus guaridas.

—Sí, señor: le juro que hallaré los caballos robados, o no me llamen Miguel Turra. En adelante, respondo con mi cabeza de que no le robarán ni un solo animal a su merced, como tampoco a ninguno de los otros caballeros que me hacen bien i buena obra, dijo el bandido.

—Si obras honradamente, obtendrás proteccion; pero de lo con-

trario, volverás a caer en manos de los jueces. Ya sabes que se te ha seguido procesos i ...

—Pero como no se me ha probado nada...

—Estan probados, badulaque, los tres salteos en que te has metido, fuera del asesinato aquél de los Cerrillos; pero merced a nuestros empeños se ha sobreseido en esas causas i se te ha dejado en libertad, no para que sigas robando i asesinando, sino para que cuides nuestros intereses i persigas a los ladrones.

—Eso es lo que hago, señor, respondió el asesino con cierto aire de bonhomía. Ya sabe su merced que he puesto algunos ladrones en manos de la justicia.

—Pero ellos te han acusado de que protejes a otros de mas importancia.

—Ah! señor, lo hacen de puro picados conmigo.

—Quiero creerlo así, porque si así no fuera, merecerias la horca bribon.

—Pues que me ahorquen, si me prueban algo (aunque sea como lo negro de la uña), a cerca de los intereses de su merced i de los de otros caballeros que su merced sabe.

—Está bien: ya te he dicho que te irá bien si te conduces con honradez.

—Pero no puedo responder de las otras chacras, señor, porque como hai tantos ladrones... ¿Quién le pone puertas al mar?

—A mí no me importa que roben o nó en las otras chacras, sino que haya órden en la mia. ¿Entiendes?

—Sí señor, entiendo bien.

—Ahora, volviendo al otro asunto. ¿Sabes dónde vive don Marcelino de Rojas?

—Sí, señor. Lo conozco de vista al caballero, i por mas señas he sabido que anoche le robaron tres yuntas de bueyes.

—Sabe que don Marcelino es amigo mio.

—Entónces, le prometo que no seguirán robándole una sola pata de buei.

—Ahora es preciso que le lleves a ese caballero un papelito que voi a darte. El te dirá cómo debes obrar para obtener un éxito seguro.

Dicho esto, entró don Cándido a su cuarto, i luego salió con un papel doblado, que puso en manos del bandido diciéndole:

—Esta es la esquelita que entregarás en propia mano a don Mar-

celino. Dile que va sin firma, porque no es prudente firmar estas cartitas.

—Sí, señor; así se lo diré.

—Ahora véte con Dios, hijo, i ten cuidado de cumplir fielmente con las órdenes que te he dado i las que te dará don Marcelino.

En diciendo esto, se puso el buen señor a tomar mate, con la mas patriarcal tranquilidad de espíritu, tranquilidad que formaba el fondo de su carácter, i que no era perturbada sino por los robos que solian hacerle en la chacra, i por las vivezas de jenio de su esposa.

CAPÍTULO XXII

MUJER I MARIDO.

«El buen señor los sesos se devana,
I no ve cómo salga del apuro:
A una mujer tan terca i casquivana,
Hacer la guerra cara a cara, es duro...»

ANDRES BELLO.—*(El Proscripto.)*

Fuera de estas cortas, aunque repetidas escepciones, la paz de que gozaba don Cándido de la Rueda era inalterable (paz que, segun toda probabilidad, debia al estado del matrimonio). Porque si se ha de creer a los cronistas de aquel tiempo, la juventud del pacífico caballero habia sido algo borrascosa, de cuyas mocedades le quedaban algunas señales; como por ejemplo: una cicatriz sobre el ojo izquierdo, vestijio notable de una pedrada que recibió años atras, en cierta noche que andaba en malos pasos, amen de tres o cuatro roturas (ya soldadas) en el calvo cráneo, por haber barajado, segun lo decia él mismo, con la cabeza, unos feroces garrotazos aplicados correctivamente por un *guaso* del sur mui celoso, i de otros chichones i cardenales producidos por los estribazos i vueltas de a caballo. Apesar de todo esto, apénas se hubo casado don Cándido, cuando se acabaron como por encanto las *remoliendas*, paseos

nocturnos i francachelas *con amigos en la chacra*. Cambió de vida con el cambio de estado, i su buen padre tuvo la satisfaccion de irse al sepulcro, dejando mui bien asentada la reputacion del heredero de su nombre. Desde entónces, en lugar de andarse divirtiendo i *gustando* por esos mundos, tomó por predilecta ocupacion el asistir a las iglesias. Su padre le habia dicho: «que aun cuando no fuera cristiano católico, tenia obligacion de parecerlo, porque en tan importante materia, no debia ir en contra de los demas, mayormente cuando sus aspiraciones eran alcanzar a ocupar un destino en el gobierno.» Así lo hacia don Cándido, i oia diariamente su misa; ayunaba los viérnes; asistía a todos los sermones; no faltaba a ninguna procesion; pagaba relijiosamente todas las cuotas correspondientes a las hermandades de los conventos en que era asentado, i era siempre el mas devoto acompañante del Santísimo Sacramento, de cuya esclavonía era el tesorero nato.

El cuarto o quinto mate se habia ya tomado el señor don Cándido, cuando oyó en el patio la sonora voz de su esposa.

—Jesus María! venia diciendo la señora: estoi cocida de calor (por donde se colije que doña Estrella era gorda). Muchacha! esclamó al entrar a la pieza, i sin contestar al saludo que su marido le dirijió al entrar: toma mi pañolon, dóblalo bien, i mételo en la caja. Ten cuidado con no equivocar los dobleces!

—¿Cmoó te ha ido Estelita? le preguntó don Cándido ¿te hicieron cariño hijita?

—Antes de contestarte, te diré una cosa Cándido, ¿Sabes que me has dejado muerta de vergüenza?

—Por qué? preguntó estupefacto el buen señor.

—¿I me lo preguntas? Tú no aprenderás jamas a ser jente, hombre de Dios!

—Pero, hijita, por la Vírjen ¿vienes con deseos de pelear? Yo por ahora estoi con mui pacíficos pensamientos.

—Ya se ve! despues de lo que has hecho. ¡Enviarme a decir con don Marcelino «*que me dabas permiso* para que comiera en su casa»! como si para quedarme aquí o allá, necesitase yo de tu permiso.

—No quise decir eso, hijita. Pasa para acá; ven a sentarte, porque estarás mui fatigada.

—No estoi cansada, nó, dijo doña Estrella sentándose: lo que tengo es incomodidad, vergüenza... ¿Qué habrán dicho Lucinda i su madre? Talvez pensarán que yo me dejo tratar por mi marido

del mismo modo que ellas son tratadas por aquel macho de don Marcelino... ¡Que hombre tan antipático!

—Pero hijita, cálmate... Refréscate.

—¡I tan pesado, i tan ruin, i tan soez! esclamó doña Estrella acentuando sus palabras con sendas patadas en el suelo.

—Es cosa decidida, viene de pelea, refunfuñó don Cándido.

—Pero, hombre, por Dios! te advierto que no lo vuelvas a hacer otra vez, porque esa no es la manera de portarse con una señora.

—Te juro que no lo haré mas, Estelita.

—Siempre estás jurando lo mismo; pero al otro dia se te olvidan tus propósitos... Ya se ve! la cabra tira al monte.

—Eso mismo digo yo, esposa mia.

—Eso mismo dices, hombre sin cabeza; pero obras al reves. En lugar de enviarme ese grosero recado, debiste haberle dicho a don Marcelino: "dígale a Estelita, que es mi hijita; que me dispense el no poder acompañarla a casa, porque tengo mucho que hacer, pero que pronto volveré a buscarla.» Así debieras haberte espresado; pero nó, sino que en cuanto me vió el marrano de don Marcelino, me dijo: "mi compadre Cándido, le da permiso para quedarse con nosotros"... Permiso! permiso! decia la señora encolerizándose mas i mas... Estuve tentada por decirle una barbaridad.

—I habrias hecho bien, le contestó don Cándido finjiendo un gran enojo contra su compadre, al cual pensó que debia echar la culpa de lo sucedido, a fin de librarse de la cólera de su buena esposa.

—¿Por qué dices eso? preguntó ésta.

—Porque este mi compadre es un estúpido que no tiene memoria ni para jurar en falso... ¿Conque así te ha ido a decir?

—Ni mas ni ménos.

—Que hombre! Le he dado para tí el recado mas cortés del mundo, i se ha puesto a inventar otro de su majin!

—Nada tiene eso de estraño, contestò doña Estrella mas refrescada, porque el tal don Marcelino es incapaz de portarse como es debido con una señora, i hasta las mismas cortesías se convierten en groseras necedades, al pasar por su boca.

—Has dado en el *quid*, Estelita, dijo don Cándido, viendo con placer que su esposa se iba desenojando. Mi compadre no nació para hacerle la corte a las damas. Pero todavía no has contestado a mi pregunta. ¿Te hicieron cariño, hijita?

—Muchísimo, Cándido, muchísimo. La Trinidad i su hija son unas alhajas para amigas. ¡Qué carácter! qué dulzura!

—Tengo buena mano, eh? ya sabes que soi el padrino de Lucinda

—Lucinda es un ánjel!

—Soi de tu mismo parecer; i si no fuera porque te estoi viendo a cada rato, diria que no habia visto cara mas perfecta que la de esa niña.

—Cálla la boca! Te pegan mui mal las zalamerias! contestó doña Estrella mirando a su marido con el enojo mas risueño del mundo.

—Me alegro muchísimo de que te hayan cuidado, prosiguió éste. Ya estaba pensando en irte a buscar.

—Eso es; me gusta que vayas aprendiendo. Así es como debe portarse un marido... Al fin he de lograr que aprendas de memoria la cartilla del matrimonio, porque ¿no te acuerdas? Cuando nos casamos, no sabias ni el *Cristus*, dijo doña Estrella riendo a carcajadas.

—Gracias a Dios que te veo contenta, esclamó don Cándido, participando de la alegria de su cara mitad.

—Lo que es don Marcelino, prosiguió la señora, no pasará del *Cristus*, porque los hombres como él nacieron para la vida monástica. ¿Qué pecado habrá cometido la Trinidad para que Dios la haya castigado con ese hombre? Te aseguro, Cándido de mi alma, que cada vez que lo veo, quedo empachada para un año... I luego ¡qué aquél ánjel de Lucinda tenga que sufrir los caprichos i jenialidades de ese lobo marino!... Porque da pena ver lo que está pasando en aquella casa!... ¿Sabes lo que hai?

—No sé nada, hijita, contestó don Cándido.

—Pues es el caso; de que Lucinda se ha enamorado de Anselmo Guzman, i éste de Lucinda; de modo que no parece sino que Dios los hubiese unido, segun es lo precioso que encuentro ese matrimonio.

—*Maluntur!* Cuestion tenemos, murmuró don Cándido. Esta mujer viene de pelea. ¡Ya digo!

—Qué dices!

—Que a mi juicio, ese matrimonio de mi ahijada con el tal Anselmito es...

—Mui lindo; i sobre todo mui lójico. Pero don Marcelino, que es el ser mas contrario a la lójica que conozco, se opone tenazmente a la felicidad de su hija.

—Creo que ya le tiene elejido el esposo que le conviene, dijo don Cándido.

—Así se lo ha dicho a ellas mismas. ¿Qué sabrá él de amor para que se meta a elejír... Temo que haya buscado para su hija algun marido como él... Pero trabajo le ha de costar para decidirla, porque la muchacha está firme en que será de Anselmo o de nadie; i a mí me gusta la niña porque es de carácter; i como está apoyada por la madre...

—¿Tambien mi comadre Trinidad está de oposicion? preguntó don Cándido, porque queria aparecer estraño a la cuestion.

—¿Qué llamas tú de oposicion? Está en su derecho; yo haria lo mismo en su lugar.

—Ya lo creo, hijita; pero...

—I aun me les he ofrecido para ayudarlas en lo que pueda...

—*Maluntur!* volvió a refunfuñar don Cándido. Está de Dios que hemos de pelear ahora.

—I como yo te tengo por hombre de razon i amigo de la justicia...

—Dices bien; pero advierte que...

—No he dudado en prometerles, que tú tomarás a pecho la causa de tu ahijada, i que entre los dos trabajaremos por la realizacion de ese bello matrimonio.

—Si esta mujer supiera lo que acabo de hacer, me crucificaria, pensó don Cándido.

—¿Qué te parece?

—Lo que me parece, hijita, es que no podemos meternos en ese asunto.

—¿Cómo no podemos? ¿Con que, te atreverás a dejar que sacrifiquen a tu ahijada?

—Pero Estelita, atiende...

—I sobre todo ¿cómo te atreves a dejar mal a tu esposa? ¿No te he dicho que he dado mi palabra? Ah! i pretendes haber pasado del *Cristus*, en la cartilla matrimonial, cuando dudas en acceder a lo que con tanta justicia te pide tu esposa?

—Pero, hijita de mi alma! esclamó don Cándido juntando las manos en actitud de suplicar. ¿Te parece prudente que nos metamos en asuntos ajenos?

—Este no es negocio ajeno: a tí te toca, en conciencia, salvar a tu ahijada i protejerla, sí Cándido!

—Eso será cuando su padre muera i la muchacha quede huér-

fana... Pero estando vivo mi compadre Marcelino, que es el jefe de la familia...

—Es que este viejo no es padre, sino verdugo.

—Estando vivo mi compadre, te decia, no me atrevo a injerirme en asunto tan delicado... Por otra parte, agregó don Cándido, ya sabes que yo soi un hombre de órden i amigo de la paz i de la autoridad. Si la mujer i la hija se le han sublevado a mi compadre ¿cómo quieres que yo proteja esa sublevacion? Ello seria atacar la autoridad paterna.

—Desgraciada de mí, esclamó doña Estrella con las lágrimas en los ojos... tonta de mí que creí encontrar en tí buena voluntad! Pero debo conocerte, Cándido, tú eres incapaz de elevarte a la altura de un regular, no digo de un buen marido!

I la señora se aplicó el pañuelo a los ojos.

—Válgame Dios! esclamó don Cándido acudiendo a consolar a su consorte. No llores; tranquilízate, Estelita! Antes prefiero verte enojada que llorando.

—Oh! déjame llorar mi desgracia. Yo creia que solo la Trinidad tenia mala suerte, dijo sollozando la señora.

—Vaya pues, hijita, te prometo pasarme al partido femenino; pero a condicion de que no llores ni te enojes.

—Pero tú, hombre sin corazon, eres la causa de mi llanto i de mis enojos.

—Lo dicho, dicho, i pelillos a la mar. Ya sabes que tengo carácter i sé cumplir lo que prometo, aun cuando ello sea el abandonar nuestro partido para pasarme al de Uds. Mira el sacrificio que hago por tí! Yo, un hombre de mi temple, jefe de familia i piedra angular de esta casa, me resuelvo por tu amor a traicionar los sagrados intereses del partido masculino!

—Despues me agradecerás el que te haya empujado a hacer esta buena accion, observó la señora.

—Oh! esclamó don Cándido tomándose la cabeza con ambas manos, ¡buena accion llama esta mujer, el que un hombre de mi carácter, de mi temple, de mi condicion i de mis circunstancias, proteja la rebelion femenina contra el jefe i cabeza del hogar doméstico!

—Pues bien, si estás arrepentido de haber cedido a lo que te dice tu mujer, haz cuenta de que no has dicho nada, i adios, dijo doña Estrella dando muestras de retirarse.

—¡Qué mujer tan viva de jenio! esclamó don Cándido. ¿Te he

dicho por acaso que estoi arrepentido?... Nó: yo soi hombre de carácter, i sé cumplir lo que prometo!

—Si obras en conformidad de mis deseos, te tendré por un buen marido; pero de lo contrario, veré en tí una mala copia del antipático don Marcelino, dijo la señora con un tono entre enojado i zalamero.

I haciendo una cortesía a su esposo que la miraba de hito en hito, se retiró majestuosamente hácia las piezas interiores. El pobre caballero, que se habia alzado de su asiento, quedó con un palmo de narices i como plantado en el suelo. Tan cómico era el aspecto que presentaba, que merecia ser retratado a lo vivo por el mismo Molière. Miéntras veia retirarse a su esposa con un aire que no carecia de distincion i de cierta coquetería, el pobre hombre, de pié enfrente de la puerta, con sus piernas vacilantes, los brazos caidos a lo largo del medio encorvado cuerpo, la mirada vaga, la boca entreabierta, una sonrisa muerta sobre sus lábios, i meneando la cabeza, parecia la estatua de la estupidez indecisa.

Cuando su esposa se hubo perdido de vista, volvió de su alelamiento i esclamó:

—Ahora sí que estamos frescos! En bonito estado ha dejado esta mujer al jefe de la casa! Yo mismo no me entiendo ahora, ni sé a qué partido pertenezco. ¿Soi masculino? Soi femenino? Quiero decir. ¿Soi del partido nuestro o del de èllas? Cuando acababa de ofrecer mis servicios a la autoridad paterna, viene el diablo en forma de mi mujer, i con sus tentaciones me arrastra al bando de la oposicion, i me deja aquí empantanado i comprometido hasta los huesos, en dos bandos opuestos, sin saber a quién pertenezco; sin saber si debo en conciencia sostenerlos a ellos o ayudarlas a ellas! Ah! mujeres! esclamó al fin con exaltacion i dándose una palmada en la frente: estas mujeres con sus artimañas son capaces de hacer que un hombre de mi temple no sepa al fin si es macho o hembra!

CAPÍTULO XXIII

EL CUARTO DEL PADRE HIPOCREITIA

«El clero se unia a los monarquistas i los pelucones para combatir de consuno al partido liberal.»

(F. Errazuriz.—*Chile bajo el imperio de la Constitucion de* 1828.)

Algo de lo que el discreto lector ha podido ver en la *carta-diario* del reverendo Hipocreitía, era verdad, especialmente lo que se referia a la lenidad del gobierno para castigar los atentados contra las nuevas instituciones de que se estaba dotando al país. Esta lenidad de un gobierno que no perseguia a sus enemigos políticos, era mirada por el partido pelucon como una prueba de debilidad, de la cual sacaba mucho partido. Pinto era un hombre de buena fe, candoroso i animado del mas benévolo espíritu hácia sus conciudadanos. En los dos años que duró su administracion, no cesó de dar pruebas de su amor al país, i esa misma benignidad que los pelucones le echaban en cara, no es sino un timbre de gloria para el bondadoso patriota, que, sacrificando su tranquilidad i su vida en aras del bien público, se abstuvo de perseguir a sus enemigos políticos, i supo en circunstancias tan azarosas como las de aquella época, conservar su moderacion a fin de economizar la sangre de

sus hermanos. A pesar de la efervescencia de las pasiones, atizadas constantemente por el partido pelucon; a pesar de los enemigos que este partido trataba de concitar cada dia contra el gobierno, Pinto, despues de cerradas las sesiones del congreso constitucional, indultó, el 17 de Febrero de 1829, a todos los perseguidos políticos, sin escepcion alguna.

Era natural que se riese de hechos semejantes, un partido cuya política ha consistido siempre en no dar cuartel al contrario, i en valerse hasta de la traicion para lograr sus fines. ¿Cómo habian de estimar la jenerosidad los mismos que no la conocian, i los mismos a quienes hacia obrar el odio? ¿Cómo habian de comprender esta liberal accion los mismos que, animados por bastardas pasiones, fraguaban planes liberticidas? Por esto los pelucones calificaban de candor infantil la franqueza i la buena fe del partido pipiolo; i de debilidad, el olvido de las faltas políticas i de la benevolencia para con los vencidos. No podian los reaccionarios comprender (así como tampoco comprendieron despues) que era posible mandar un país sin esterminar a los contrarios; i que la ciencia de gobernar no se opone a la buena fe, a la veracidad, a la honradez, a la jenerosidad e hidalguía. Hai jentes que no comprenden otro sistema de rejir a los pueblos, que el del terror; ni conciben otro órden, que el *Statu-quo*; ni otra política que la de los capítulos, cubiletes, intrigas i maniobras.

Consecuentes con estos principios, i animados por su odio a las liberales instituciones, no cesaban de maquinar contra el gobierno, obrando en las tinieblas, miéntras se presentaba la ocasion de hacerlo a la luz del dia. Los presos políticos salidos recientemente de las cárceles, los desterrados que el indulto acababa de permitir la vuelta a sus respectivos hogares, fueron un nuevo elemento que el partido retrógrado aprovechó para soplar el espíritu de la discordia. El teatro de sus maquinaciones era Santiago, i la ocasion no podia ser por entónces mas propicia, desde que el gobierno, con el fin de estudiar el modo de incrementar las entradas fiscales, se habia trasladado a Valparaiso, al otro dia precisamente de promulgado el indulto jeneral.

El padre Hipocreitía que era como la personificacion del partido pelucon, tenia un amigo íntimo, llamado el presbítero Cardoso, con el cual solia conferenciar menudamente sobre sus planes; pero sin darlos a conocer sino a médias, porque el jesuita no se manifestaba por entero a nadie, i seguia el sistema de ocultar siempre

algo, *por si acaso*, i de no decir jamas la verdad desnuda, aun cuando le conviniera. Era el tipo del estadista pelucon, cuyo sistema político puede definirse así: «el uso de lo malo para llegar a lo bueno.»

Vivia Cardoso en la calle de Santa Rosa, a poca distancia del convento de San Francisco, i habia puesto a disposicion del jesuita un cuarto interior de la casa, que éste habia hecho amueblar a su gusto, i que muchas noches le solia servir de alojamiento cuando encontraba cerradas las puertas del claustro. Medía el cuarto seis varas en cuadro; su pavimento estaba cubierto con un petate de paja; su cielo de tela pintado de azul oscuro, i sus desnudas paredes blanqueadas con cal. Enfrente de la entrada se veia un gran cuadro que representaba el triunfo de San Ignacio de Loyola; en uno de sus rincones habia una cama, i junto a ésta un armario, dentro del cual podia mui bien caber un hombre. En el cuarto habia una mesa cuadrada de nogal, sobre la cual se veia un gran crucifijo, dos candeleros de cobre con sendas velas de sebo, un reloj de arena, un gran tintero de estaño con su salvadera de lo mismo, un manojo de plumas de ganzo i una media resma de papel blanco. Por último, doce taburetes de madera blanca, forrados de vaqueta i claveteados con tachuelas amarillas, completaban este amueblado. En el respaldo de cada taburete se veia puesto un signo sobre tres letras, en esta forma:



H. S. V.

Algunos dias ántes de los sucesos ya narrados, encontrábase cierta noche en el mismo cuarto, el reverendo padre Hipocreitía hablando confidencialmente con su amigo, el presbítero Cardoso.

—Tenia hambre de ver a Ud. dijo éste, i sobre todo, de hablar a solas para que me contase sus últimos trabajos. Por esto he apresurado mi vuelta de San Fernando. En aquellos mundos solo se sabe las cosas a médias... Vaya, pues, dígame padre, ¿cómo va el negocio?

—No va mal, gracias a Dios, contestó el padre, poniendo en ór-

den unos papeles que sacó de una cartera de cuero que llevaba en el bolsillo.

—Pero ¿es verdad, preguntó el otro, que podemos contar con el ministro de hacienda?

—Don Francisco Ruiz Tagle es nuestro en cuerpo i alma, contestó el fraile con cierto orgullo. Ud. sabe, amigo mio, que yo soi el confesor de su señora... ¿Está Ud.?

—Ya comprendo; pero...

—No nos debe quedar duda, desde que se ha prestado a nuestras exijencias. Yo estaba convencido de que miéntras no hiciéramos nacer la revolucion en el Sur, nada obtendríamos con estos motines de cuartel, aquí en Santiago.

—Bien pensado, padre.

—Mas para lo primero, era preciso contar con el ejército del Sur, es decir, ponerlo bajo la direccion de un hombre que nos perteneciese.

—Es evidente. Ya tenemos allí de jeneral en jefe a don Joaquin Prieto... Pero, ¿como es que no siendo amado Prieto por los liberales, lo ha puesto el gobierno al mando de esas fuerzas?

—Todo lo hace la política i Dios, que encamina las cosas a su mejor servicio, contestó sonriendo el jesuita. Pinto no quiere a Prieto; pero le hemos hecho acceder a su nombramiento. Por una parte trabajaba yo, que me tiene por amigo, i por la otra, el ministro Ruiz Tagle, amigo íntimo de Prieto... Por aquí verá Ud. si Tagle nos pertenecerá o no.

—Ya lo veo, dijo Cardoso,

—Ademas, no podia Pinto sospechar segunda intencion en su ministro, desde que no ignora las relaciones de amistad que médian entre éste i el jeneral Prieto.

—Perfectamente. Pinto ha creido sin duda que el interes de Ruiz Tagle nacia de su amistad.

—Eso es. A Pinto se le puede hacer tragar una torre con campanas i todo. ¡I se dicen políticos estos hombres, cuando se les puede engañar con solo mentir a médias!

—I ¿en cuanto a los otros ministros?

—Los demas ministros de Pintó, son de esos hombres inmanejables que no entran por partido. Pinto mismo está tan lleno de escrúpulos, que me ha costado trabajo conseguir que obre. Es un hombre bastante relijioso, pero que se perderá por su liberalismo, dijo suspirando el jesuita. Luego agregó: sin embargo, lo quiero;

i haré lo posible por salvarlo, poniéndolo mal con su partido.

—Eso es imposible.

—No tanto como le parece a Ud. Yo tengo bastante influencia sobre él; i como deseo su bien, lo empujaré a hacer cosas que disgusten a los liberales. ¡Ojalá fuera tan fácil establecer la armonía como lo es introducir la discordia entre los hombres!

El padre Hipocreitía estaba inspirado en aquel momento. Su compañero lo miraba con cierta admiracion respetuosa.

—Ademas, agregó el jesuita: he hecho por que se ponga en práctica otro medio, que con el favor de Dios, nos será de mucha utilidad.

—¿Cuál es ese medio?

—El que no se les pague sus sueldos a los soldados de la capital, a fin de introducir entre ellos el descontento, i poder en tiempo oportuno aprovecharnos de su falta de recursos.

—Ah! ya caigo!

—El ministro de hacienda nos ayuda: solo da dinero mui de tarde en tarde. Mientras tanto se envia dinero a Prieto, quien lo da muchas veces a sus soldados como sacado de su bolsillo, o del de nuestros amigos, haciéndoles creer que no deben esperar de este mal gobierno remuneracion de sus fatigas. De esto, nada sabe Ruiz Tagle.

—Es Ud. un político consumado! esclamó Cardoso con admiracion.

—Soi lo que Dios quiere, contestó el jesuita. Nada hai por que enorgullecerse. El hombre no es mas que un simple instrumento de Dios, aun en aquellos casos en que nos solemos servir de los demas hombres como instrumentos necesarios...

—Por manera, que una vez preparado el campo....

—Se pone en movimiento la máquina, agregó sordamente el fraile: Ahora dígame Ud. ¿cómo le fué en San Fernando?

—Mui bien. Nuestros amigos están firmes en lo prometido, i todos ellos desean de corazon que caiga este gobierno de herejes.

—Loado sea Dios! ¿Se vió con los curas de Rengo i de Rancagua?

—Hablé largamente con ellos i los he visto trabajar en la santa causa con un entusiasmo digno de alabanza.

—Dios premie sus esfuerzos!

—Sobre todo, el santo cura de Rancagua predicó antenoche un bellísimo sermon sobre la hidra de la herejía, que dejó entusiasmado a los concurrentes. Yo mismo fuí testigo de los votos que

hombres respetables hacian por el afianzamiento de la relijion i por que acabara por fin este impío desórden que los pipiolos fomentan en el país.

—El cura cumplé con mis instrucciones, refunfuñó el jesuita. Todo marcha a las mil maravillas, i hasta aquí mismo, en la capital, se nota el dedo de Dios. Esta noche veremos si se puede arreglar el golpe.

—¿Cuántos son los que han prometido venir? preguntó Cardoso bajando la voz.

—Aquí tiene Ud. la lista, contestó el jesuita, pasando a su amigo un papel que sacó de la cartera.

Tomó Cardoso la lista, i se puso a examinarla miéntras el padre daba vuelta a la ampolleta que habia sobre la mesa, diciendo al mismo tiempo:

—Han prometido estar aquí ántes de las diez, i no faltarán.

—Don Felipe La Rosa, dijo Cardoso leyendo el primer nombre de la lista.

—Sí: es el que ha hecho entrar a los demas en el complot. Siga Ud.

—Don Enrique Campino...

—No es mal instrumento, refunfuñó el fraile.

—Don Pablo Silva...

—El nos promete sublevar uno de los cuerpos de infantería.

—Don Pedro Urriola...

—Aunque un tronera, puede servirnos, porque como es revolucionario de profesion... Pero siento ruido: creo que ya vienen.

—Sí; ellos son, dijo Cardoso poniendo el oido.

CAPÍTULO XXIV

EL CONCILIABULO

«Pero despues de la contienda fiera,
El hermano se armó contra el hermano,
Tornando el gozo de la patria en llanto,
I en ambicion el patriotismo santo.»

(Guillermo Blest Gana.)

En aquel momento sonaron tres golpecitos dados discretamente en la puerta del cuarto.

—¿Quién es? preguntó Cardoso.

—Patria, relijion i honor! respondieron desde afuera.

—Ellos son, dijo en voz baja el jesuita.

Levantóse el clérigo; abrió la puerta, i entraron a la pieza las personas que se acaba de nombrar en el capítulo anterior, con escepcion de don Enrique Campino, que no venia con ellos.

—¿Qué es de don Enrique? preguntó el jesuita en voz baja, cerrando la puerta i echándole la llave, que guardó maquinalmente en el bolsillo.

—Vendrá pronto, contestó La Rosa.

—I don Diego?

—Campino me ha prometido que don Diego será tambien de

nuestra conferencia. Miéntras vienen, podemos hablar nosotros i tener algo adelantado.

Diciendo esto, sentáronse todos al rededor de la mesa, miéntras Cardoso cortaba con las despabiladeras i atizaba las mechas de las velas de sebo.

—Los Coraceros que ocupan el cuartel de San Pablo, son nuestros, dijo La Rosa dirijiéndose a Hipocreitía.

—I nosotros podemos asegurar que mañana lo serán los Inválidos, agregaron casi a un mismo tiempo Urriola i Silva.

—Está bien, dijo el fraile; pero ¿bastarán estos elementos para la obra?

—Cómo no han de bastar! interrumpió Urriola, cuando con la mitad de estos hombres podemos hacer cera i pabilo de este gobierno de muñecos!

—Tronera, i siempre tronera! murmuró el jesuita.

—¿Lo duda su paternidad? preguntó don Pedro: dénseme solo los Coraceros, i yo les prometo que mañana estarán en nuestras manos, Pinto i sus ministros. ¡Palabra de honor!

—Poco a poco, amigo mio, le interrumpió La Rosa. La cosa no es tan hacedera como parece.

—El capitan tiene razon, dijo el fraile.

—¿Qué no es hacedera? Yo encuentro la cosa hecha, repuso Urriola, que tratándose de una revuelta estaba en su elemento. Sí, prosiguió: la cosa es hecha: en diez minutos tomamos el cuartel de San Pablo; ponemos presos a los oficiales que no sean con nosotros; armamos la tropa, distribuyendo al mismo tiempo dinero i aguardiente entre los soldados. La mitad del batallon se reparte por las calles, llamando al pueblo i castigando a los que resistan, miéntras una compañía se dirije a casa del ministro, i con el resto del cuerpo nos vamos derecho a la plaza de Armas, que será el punto de reunion. Asegurado el ministro, sitiamos el palacio del Presidente, i ántes de la diez del dia, tenemos al Gobierno en nuestras manos... Yo, hasta aquí los ayudaré, porque soi hombre miéntras se trata de echar abajo a un gobierno... En lo de arreglar despues las cosas, no entiendo ni jota.

Riéronse todos de la palabrería de Urriola, ménos el jesuita, que parecia no oir lo que aquél decia.

—Es la verdad, prosiguió don Pedro: yo me conozco; no sirvo palabra para esto de organizar un gobierno despues de dado el

golpe. Así es, que en cuanto lo dé, dejo el naipe i diré:—«que talle otro.»

Tan embebido estaban en la conversacion, que no oyeron los golpes que otros recien llegados daban a la puerta del cuarto. Viendo éstos que nadie contestaba, sin embargo de que oian mui bien el ruido de la conversacion, dieron a la puerta dos o tres empujones, cuyo ruido introdujo la alarma entre los conjurados.

—Nos han espiado! esclamó La Rosa.

—Sí; eso es, estamos vendidos, dijo Urriola alzándose de su asiento; pero afortunadamente tenemos nuestras espadas. A la defensa, amigos!

—¿Qué piensan hacer? preguntó el fraile que participaba del temor jeneral.

—Defendernos, contestó Urriola.

—No sean locos! interrumpió el jesuita.

Miéntras tanto se repetian los golpes; i el padre que queria ganar tiempo, contestó desde adentro:

—Ya se va a abrir! Déjenme quitar la tranca!

En seguida corrió apresuradamente hácia el armario; quitó una cuña de madera que fijaba sobre el pavimento una de sus esquinas, i haciéndolo jirar en torno de la esquina opuesta, se vió que detras del mueble habia una cavidad en la pared, capaz de contener cuatro o cinco personas. Luego hizo señas a los conjurados para que entrasen allí prontamente, lo cual hicieron todos, dominados por la enérjica actitud del fraile; i haciendo de nuevo jirar el armario, quedó él solo en el cuarto.

Todo esto fué ejecutado en ménos tiempo del que se necesita para contarlo. El fraile entónces abrió la puerta, i no pudo contener una esclamacion de sorpresa al ver a los dos amigos que esperaban.

Uno de ellos entró al cuarto con cierto desenfado natural, mui ajeno del porte de un conjurado; el otro lo siguió de atras con aire de reserva; i en cuanto pisó el umbral de la puerta, paseó su mirada inquisidora por los cuatro ángulos de la despoblada pieza. Era el que habia entrado primero, un hombre de treinta i ocho a cuarenta años de edad, alto de cuerpo, esbelto de talle, de andar arrogante i desembarazado, i de móvil i espresiva fisonomía. Su sombrero un poco echado atras, descubria una frente ancha, alta i despejada, coronada de cabellos de color castaño oscuro. La mirada de este hombre, penetrante i maligna de ordinario, solia to-

mar, ya el tinte de aguda malicia, ya el tono de la severidad, por cierta contraccion natural de las cejas lijeramente arqueadas. Su nariz larga i recta, daba a entender la persistencia de que parecia estar dotado; i en sus delgados lábios vagaba una sonrisa burlona, que a veces se convertia en una espontánea carcajada, dejando ver dos filas de dientes blancos i parejos.

—¿Qué significa esto, padre? preguntó al jesuita, al mismo tiempo que le sacudia cordialmente la mano. ¿Tanta reserva gasta Ud. con sus amigos?

—Yo se lo esplicaré todo, mi señor don Diego, respondió el padre entre risueño i avergonzado.

I miéntras cerraba la puerta i daba sus dos vueltas a la llave, poniendo por añadidura una tranca, el prudente jesuita relató en cuatro palabras todo el caso a don Diego Portales, que no era otro el que acababa de llegar acompañado de don Enrique Campino.

—Padre; sáquelos pronto de la ratonera, dijo Portales riéndose del chasco.

El estante volvió a jirar sobre sus goznes, i los conjurados salieron de su escondite, risueños unos i confundidos otros por el ridículo.

—Parecen ratones saliendo de un agujero de la pared, dijo don Diego sin poder contener la risa. ¡Buena cosa de revolucionarios!

Sentáronse en seguida a la mesa, i comenzó de nuevo la interrumpida plática. Esta vez, si bien fué la conversacion ménos animada, se hizo al ménos mucho mas séria, dominando en ella el padre Hipocreitía, que al principio habia parecido no interesarse tanto en el asunto. Cada cual propuso su plan. La Rosa era d opinion de reunir mas elementos, i Urriola creia que habia de sobra con los ya reunidos para dar el golpe. Los otros querian esperar un poco mas tiempo, i ver si podian comprometer a varios jefes del partido liberal; pero el impaciente Urriola no cesaba de decir que cuanto mas temprano se diera el golpe, era tanto mejor, porque el que pegaba primero, pegaba dos veces, i que si lo querian, él estaba dispuesto a obrar desde el dia siguiente.

—Yo participo de todas las opiniones, dijo el padre Hipocreitía, que queria estar bien con todos. Yo busco siempre los términos medios: ni mui adentro que te quemes, ni mui afuera que te hieles.

—Al grano, al grano, padre, le dijo Urriola.... ¿Qué es lo que Ud. piensa?

—Eso es, dijo Portales, vamos al grano.

—Pienso que debemos aprovechar el tiempo; pero tambien creo que no debemos precipitar el golpe por falta de cordura. Ya las elecciones de diputados se acercan, i en esos dias ántes de la eleccion, está para mí la época mas oportuna; pues si por desgracia no logramos el todo de nuestro objeto, conseguiremos siquiera desprestijiar al gobierno introduciendo el desórden en sus trabajos electorales. Obtener algunos diputados de nuestras opiniones es, como ganar una batalla. Repito pues, que si se llegase a frustrar el golpe, quedará la discordia, de la cual podemos sacar mucho partido. Nuestro deber es desprestijiar por todos los medios que estén a nuestro alcance, al partido pipiolo en esta provincia, para que éste desprestijio se refleje en todo el país .Yo puedo decir a ustedes que ya el campo se está cultivando con esmero en los alrededores de Santiago segun las comunicaciones que he recibido de muchos párrocos amigos.

Portales no decia una palabra; pero miraba al jesuita de una manera particular.

—Ahora, prosiguió aquél; si salimos triunfantes, mi parecer es que se castigue a los culpables, principiando por el vice-Presidente Pinto, su ministro i el intendente de Santiago...

—¿I qué habremos de hacer con ellos si los tomamos? preguntó Urriola.

—Pasarlos por las armas, contestó tranquilamente el jesuita.

Al oir esto, Urriola miró fijamente al fraile; Campino hizo un jesto de disgusto; La Rosa permaneció impasible, i Cardoso i Silva se ajitaron visiblemente sobre sus asientos. En cuanto a Portales no hizo mas que pisar por debajo de la mesa el pié a Campino, i refunfuñar entre dientes:

—Este fraile es el mismo diablo.

—Yo creia que esto era lo convenido, agregó el jesuita al notar el mal efecto que hicieron sus palabras. I miró a La Rosa de una manera interrogativa.

—Así es, contestó éste.

—Pero hasta aquí no nos dice nada de su plan, dijo Urriola.

—Ruiz Tagle es nuestro, prosiguió el fraile; i por su medio, podemos seguir negando el sueldo a las tropas, las cuales están ya bien descontentas con el gobierno. Freire tiene mucho prestijio entre los soldados: opongamos su prestijio al del gobierno...

—Pero Freire está en Rancagua.

—Tanto mejor, porque si estuviera aquí, no podriamos hacer lo que he pensado.

—¿Qué cosa? preguntó Portales?

—Escribir varias cartas firmadas por Freire, i dirijidas a varios oficiales de esta ciudad, diciéndole, que coadyuvará a la revolucion, i prometiéndole estar aquí para un dia fijo con tropas reclutadas en Aconcagua. Al mismo tiempo se repartirá proclamas firmadas tambien por el jeneral, a quien de nada le servirá despues de dado el golpe, el decir, que ni las cartas ni las proclamas son suyas.

—Bueno está todo esto, interrunpió Campino; pero nos hemo olvidado de lo principal, que es el dinero.

—Así es, agregó Silva: no se puede sublevar un cuerpo con las manos vacías.

—A mí me han prometido mil tres cientos pesos, dijo La Rosas

—Pero con esa suma no hai ni para principiar, observó el otro. Yo tambien puedo juntar unos ochocientos pesos entre las personas que me han hablado sobre el particular.

—Yo no me habia fijado en esto, dijo el jesuita: no me imajinaba que faltase dinero para una revolucion fraguada por el partido de los ricos.

—Ah! mi padre, le observó Portales: sepa Ud. que los ricos de este país tienen mui sensible el bolsillo. Quieren la breva pelada.

—Pero se trata de la conservacion del país, de la reljion!...

—Entre la relijion i la bolsa, yo creo que mas bien defenderán lo último, observó Portales; i temeria que nuestro proyecto fracasase por falta de fondos, si yo no hubiese ya tomado ciertas medidas sobre el particular. Puedo decir a los señores jefes que me oyen, que cuenten con seis mil pesos por mi parte.

—Está bien, dijo el fraile; i sino basta esa suma, yo prometo duplicarla.

—¿Usted? le preguntó Cardoso con un jesto que queria decir: «¿De dònde ha de sacar lo que ofrece?»

Compredíolo el jesuita; pero solo contestó:

—Yo tambien tengo amigos.

En seguida agregó:

—Ahora que los señores están dispuestos a ayudarnos en esta empresa, es preciso que suspendamos la conferencia. Despues volveremos a unirnos oportunamente para acordar los detalles. Pero ántes de separarnos es menester que juremos aquí delante del Cristo Crucificado, no divulgar nada de cuanto se ha hablado en este recinto.

Diciendo esto, el fraile se puso de pié, haciendo la señal de la cruz i mostrando el Cristo que estaba sobre la mesa. Algunos de los circunstantes, dominados por el enérjico movimiento del jesuita, imitaron máquinalmente su accion; pero Urriola permaneció en su asiento i dijo:

—Entre militares de honor, no hai para qué hacer esa clase de juramentos.

—Yo no soi militar, dijo friamente el fraile: ignoro esas leyes, i no quiero seguirlas. Lo único que diré a Udes., es, que si no juran, mañana mismo contaré a Pinto toda esta conversacion. Ya saben que soi su amigo íntimo.

Los circunstantes se pusieron entónces de pié, i dijeron:

—Lo juramos!

Pero Urriola se quedó en su asiento, sin hacer caso de la amenaza del jesuita, quien no notó, o aparentó no notar esta circunstancia, porque no volvió a exijir mas, contentándose con decir:

—¡Que Dios castigue al que falte!

En seguida se separaron, saliendo de uno en uno de la casa. Portales fué el último que se despidió del fraile; i cuando los demas hubieron salido del cuarto, le preguntó:

—Dígame padre, francamente, ¿crée que acertaremos el golpe?

—Distingo, contestó el jesuita. Si Ud. llama *acertar* el mejorar la condicion de nuestro partido, le diré que sí; pero si cree que el acierto consiste en derrocar con esta sola intentona al Gobierno, le contesto que nó, porque esto no es tan fácil, ni seria oportuno tampoco, estando tan distante nuestros amigos del sur. El golpe decisivo debe darse cuando Prieto haya traido su ejército de este lado del Cachapoal, porque entónces podemos ser protejidos por él en caso de una reaccion.

—I ¿por qué no esperar entónces que llegue ese tiempo? preguntó Cardoso, miéntras Portales contestaba con un jesto de aprobacion a las palabras del jesuita.

—Porque nada se pierde con principiar desde luego, contestó éste. Al contrario, nuestro partido mejorará notablemente de condicion, que es lo que ha sucedido con las últimas revueltas. Es preciso tener al país en una constante alarma, i probarle prácticamente que este gobierno carece de prestijio i es impotente para conservar la tranquilidad pública. Los tales liberales caerán a fuerza de suscitarles inconvenientes por todos lados. Si salimos vencidos, yo empujaré a Pinto por el camino de las ejecuciones militares, i esto

desacreditará su administracion. Si así no lo hace, verá el ejército la debilidad del gobierno, i esto nos dará mayor facilidad para sublevarlo en tiempo oportuno. De todos modos, esta revuelta enjendrará la discordia, de la cual nos debemos aprovechar en favor de la causa de nuestra relijion ultrajada, i del sostenimiento de nuestros fueros ajados por el bando de la impiedad.

—Tiene Ud. razon, dijo Portales despidiéndose i saliendo a la calle.

Al llegar a la Alameda, se juntó éste con Campino, quien lo esperaba paseándose cerca de la boca-calle.

—Este fraile es mandado hacer para el caso! esclamó don Diego. Pero nada nos importa su fanatismo, con tal que nos ayude en nuestra empresa.

—Es un hombre decidido, agregó Campino; pero a mí me repugna alternar con él.

—Por qué?

—Porque es un traidor... Yo sé que visita a Pinto.

—Oh! interrumpió riendo malignamente Portales: traiciona a Pinto porque no ha jurado ante el Cristo Crucificado guardarle fidelidad. Pero como quiera que sea, prosiguió; nos valdremos de su furor relijioso para obtener nuestros fines políticos.

Miéntras tanto el reverendo padre decia a su amigo Cardoso:

—Es preciso hacer creer a estos imbéciles, que nosotros tomamos gran interes por sus ambiciones políticas, a fin de poder valernos de sus odios en provecho i honra de la relijion i de sus ministros.

CAPÍTULO XXV

DE COMO A UN VALIENTE LE ES PERMITIDO A VECES TENER MIEDO

«Do quiera el hombre vive
Do quier trabaja, sueña, ama o concibe,
Buscando dichas i tocando males,
Allí siempre se escucha
El eco de mil sones funerales.
.....
Ah! vivir es luchar; infatigable
Atleta de la vida el ser humano
I el universo la espaciosa arena,
Sentado sobre trono incontrastable
El Dolor, taciturno soberano,
Preside por do quier la gran escena.»

D. Arteaga Alemparte.

Anselmo Guzman vivia en casa de un antiguo amigo i compañero de armas, llamado Andres Muñoz.

Andres era casado i tenia tres hijos; un niño i dos niñas menores. La esposa de Muñoz, Cecilia Villarreal, era un modelo de virtud, i tenia el arte de hacerse amar, no solo por su bondad natural, sino por su discrecion; todo lo cual la hacia ser adorada de los amigos de Andres que tenian el placer de visitar su casa.

Uno de los mas íntimos amigos de estos felices esposos, era An-

selmo, a quien miraban casi como de la familia, dispensándole ambos todo el cariño que el jóven merecia. Andres especialmente conservaba una especie de entusiasmo por su amigo Anselmo, quien le correspondia con toda aquella franqueza i lealtad de que es capaz un corazon honrado.

Ambos amigos habian peleado juntos en los últimos años de la guerra de la independencia, i Anselmo habia encontrado siempre en su amigo (que era de mucho mas edad que él) una especie de director i de apoyo, tan necesarios para un jóven en la azarosa carrera militar. Jamas hubo consejos dados con mayor franqueza i sinceridad, ni seguidos con mayor puntualidad i discrecion; i puede decirse que nunca hubo entre ambos amigos ninguna circunstancia que menoscabase su mútua estimacion. En la amistad, el mérito busca al mérito: Andres i Anselmo eran valientes, leales, jenerosos i discretos, i al conocerse i estimarse mútuamente en lo que valian, no podian dejar de ligarse con un afecto verdadero i profundo. I careciendo el jóven de familia en cuyo seno residir, accedió a las instancias de Andres i de su señora, i se fué a vivir con ellos.

Veinticuatro horas despues de la entrevista de don Cándido con su señora, que tan preocupado habia dejado al primero por no saber ya a qué partido pertenecia; ambos amigos conversaban confidencialmente en el cuarto de Anselmo.

Este habia contado a Andres todo lo ocurrido en las ventanas de la casa de don Marcelino, diciéndole al mismo tiempo, que estaba comprometido para ir aquella noche misma a hablar con Lucinda.

Andres estaba pensativo. La felicidad de su amigo le tenia preocupado como si se tratase de la suya propia. Al fin dijo a éste:

—Yo no sé por qué se me ha puesto en la cabeza que ese hombre que pasó por la calle, cuando tú estabas en la ventana, era un espía.

—¿I por qué? preguntó Anselmo. ¿A quién i por qué causa espiaba?

—No lo podemos saber nosotros; pero me da qué pensar el que... ¿No dices que no se sentia sus pasos?

—Así era: parecia una sombra andando; pero yo no doi importancia a este hecho.

—No, amigo mio: yo tengo bastante mas edad que tú, i sé por

esperiencia que la traicion es mas comun de lo que se cree. No podemos saber a quién espiaba ese hombre; pero bien puede ser que fuese a tí. ¡Quién sabe si algun interesado en descubrir el misterio de tu amor!...

—En ese caso interrumpió Anselmo, creeria queel espía era Gacetilla por su gran aficion a descubrir cosas ocultas; pero ¿quién otro...

—Vamos con tiento, le observó Andres: tú puedes creer lo que quieras; pero yo tengo metida en la cabeza esta sospecha, i he formado el proyecto de acompañarte esta noche.

—¿Me tienes por un cobarde, Andres? preguntó el jóven. ¿Crees que me puede inspirar temor un hombre ruin que se atreve a servir de espía? Te aseguro que si no estuviera mi pensamiento lleno de la dulce idea de ir a hablar con Lucinda, me acordaria de ir allí solamente con el fin de castigar al bellaco.

Miéntras Anselmo hablaba, miraba de hito en hito a su amigo, quien contestó al fin:

—Me preguntas ¿si te tengo por cobarde, a mí, que te he visto pelear a mi lado? Pero, amigo mio, advierte que el valor nada vale contra la traicion. Guarda tu valentía para defenderte de la valentía de otro; i emplea toda tu astucia i maña, para librarte de los que quieran atacarte por la espalda.

—Esas palabras en tu boca, Andres?

—Es que tengo mas años que tú, Anselmo, i ademas, me acuerdo de las últimas palabras de aquel viejo sarjento que, a costa de su vida, me libró de ser asesinado en los Cerrillos de Teno. No sé si te he contado el caso. Miéntras impedia él solo que los asesinos llegasen hasta mí, que no podia defenderlo, me gritaba: «mi capitan! huya pronto, que alternando con asesinos i traidores, a cualquier valiente le es permitido tener miedo.» Estas fueron sus últimas palabras, prosiguió Andres dando un suspiro, pues cayó bajo los golpes de los miserables, de quienes efectivamente tuve que huir saltando por una ventana. Te aseguro, amigo mio, que para huir de aquella manera delante de los malvados que se reian de mi cobardía, tuve que hacer un supremo esfuerzo de valor. Mi primera intencion fué echarme sobre ellos; pero luego me acordé de la mision que mi jefe me habia encomendado, i cerré los ojos i escapé...

—No sé por qué encuentro algo de paradoja en todo eso, dijo Anselmo.

—Es que tu sangre bulle demasiado, amigo mio: pero óyeme i dime: ¿si tu jeneral te mandase a una empresa difícil i arriesgada, qué pensarias?

—Lo estimaria como un honra.

—Bien dicho. Por consiguiente, miéntras mayor fuera el peligro, mayor seria tu satisfaccion i tu ardor por afrontarlo.

—Es evidente.

—Pues, amigo; ser valiente de esa manera no es difícil, porque para dar una carga al enemigo, para escalar una muralla, o para ir a clavar un cañon que diezma a nuestros soldados, no se ha menester mas que de un poco de calor en la sangre. Tú debes saber por esperiencia, que esto lo hace uno con cierto placer i empujado por el amor a la gloria; o bien, por el temor de que lo tengan por medroso. Pero hai otra clase de valor mucho mas raro i de mas positivos resultados, el cual consiste en cumplir con un deber, aun a riesgo de parecer cobarde.

—Segun eso, dijo sonriendo Anselmo, ¿crees tú, que si somos valientes, es de puro miedo?

—Eso es, con raras escepciones.

—I ¿en qué se diferencia el cobarde del valiente si ambos obran a impulsos del miedo?

—En que el cobarde teme al dolor físico i a la muerte, i el valiente teme a la deshonra. El miedo del uno es vil i estéril; el del otro es rico en buenos frutos. Es preciso, pues, saber tener miedo para merecer el calificativo de valiente.

—¿I en qué rango pones entónces al que ejecuta una accion valerosa, sin que sea incitado por la seductora esperanza de adquirir fama?

—Ah! El que es capaz de ser valiente sin que lo estén mirando, es un héroe, dijo Andres. Pero no se trata de estas escepciones de hombres que presentan el mas alto tipo de la valentía verdadera. Te hablaba del valor comun de las jentes... Pero estamos filosofando demasiado: nos hemos olvidado de nuestro asunto principal. Ya te digo que he resuelto acompañarte, i te acompañaré.

—En cuanto a eso, dijo Anselmo, suponiendo como presumes que hubiese algun peligro, (que yo no creo) no puedo consentir en que te espongas por mi causa.

—Dime, le preguntó Andres ¿no obrarias tú como yo lo hago?

El jóven solo contestó con un jesto que significaba: «¿quién lo duda?»

—Pues bien, prosiguió el otro, ¿por qué me quieres quitar que haga lo que tú harias en mi lugar? Esto es injusto, amigo mio... Me dices que no quieres verme espuesto al peligro, en caso de haberlo; i si no lo hubiese, Anselmo, ¿habria yo de insistir en acompañarte? ¿Crees que yo haya de interrumpir tus coloquios? prosiguió riendo. Nó, amigo; miéntras tú hablas con Lucinda, yo me quedaré detras de la esquina.

—Pues bien, le interrumpió el jóven con buen humor, acepto tu compañía con tal que no me interrumpas.

—Es mui justo. Ahora solo te advierto que lleves tu mejor espada... Aquella que te regaló don Ramon en «San Cárlos» ¿te acuerdas?

—Como si lo estuviera viendo! esclamó Anselmo con los ojos centelleantes. Es la misma espada que el jeneral llevaba cuando dimos la última carga que decidió nuestra victoria en Pudeto... Hai momentos, prosiguió alzándose de su asiento el jóven i mostrando la marcial gallardía de su persona, hai momentos Andres, qne no se olvidan jamas!

Andres habia traido diestramente a la conversacion aquellos recuerdos que podian exaltar el entusiasmo belicoso del jóven.

—Así me gusta verte, dijo aquél golpeando con su mano el hombro de su amigo; así me gusta verte de cuando en cuando, porque si bien es verdad que hemos de ser siempre pacíficos, tambien hai casos en que conviene acordarse de que uno es militar, i ha tenido el honor i la dicha de encontrarse en esa carga a la bayoneta de que has hecho mencion. Godos traidores! Todavía me acuerdo de cómo fueron rechazados por nuestra infantería.

—Qué dia aquel! esclamó Anselmo paseándose por el cuarto.

—I ¡qué bien mereciste esa buena espada que ganaste entónces! agregó Andres.

—Es mi mas rica alhaja, dijo el jóven: no tengo mas que mi espada i mi honor... La llevaré ahora que voi a ver a mi Lucinda. ¿Con qué otra cosa de mayor mérito podria yo adornarme para ir a visitarla?

CAPÍTULO XXVI

EN EL PARRAL DE GOMEZ

«Viva el festin! la música recrea;
Sonrisas de mujer buscan la tuya,
El Champaña en las copas espumea:
Hurra! Tregua al dolor! Que aquí concluya!»

(Isidoro Errazuriz.)

En aquel momento sonaron tres golpes en la puerta; i sin esperar la invitacion, se abrió ésta i entró al cuarto nuestro risueño i curioso Gacetilla, que andaba como siempre hambriento de noticias.

—Señor don Andres, dijo; ¿cómo está Ud.? Anselmo, amigo mio te vengo a convidar para que merendemos juntos, porque hoi es mi dia, quiero decir: hoi es mi noche. I mi señora doña Cecilia ¿cómo está? señor Muñoz. Es una señora cumplida; i bien haya el gusto de Ud... Con que, Anselmito ¿puedo contar contigo? Ya te digo que es mi noche. Otros se celebran en los dias de sus respectivos santos; pero já! já! já! jáá! mi santo es nocturno, o mas bien dicho, "mis santos," pues me gusta celebrarme así, de noche en noche, las mas veces que pueda en el año para que no se enoje San Catalino. I ha de ser mi buen santo mui descontentadizo, si

esta noche no me echa su bendicion, porque, já! já! já! te aseguro que aquello estará de chuparse los dedos. Vaya, pues, dime si puedo contar contigo? La cosa será en el parral de Gomez, que ya tú conoces... Pero ahora me acuerdo (i es por donde debí haber principiado): talvez estaban Uds. tratando algun asunto reservado... Si es así, me retiro... La prudencia ántes de todo.

—Nó, señor Gacetilla, contestó Andres: Ud. no está de mas en ninguna parte. Hágame el favor de sentarse.

—Gracias, señor, dijo don Catalino sentándose i sacando su pañuelo de algodon para hacerse aire en la cara, porque siempre andaba mui acalorado.

En cuanto a Anselmo, estaba mui preocupado con los recuerdos de su amor, razon por la cual habia recibido con frialdad la inoportuna visita de don Catalino. Despues de contestar al saludo de éste, le dijo:

—Siento mucho, amigo mio, no poder asistir a la merienda.

—¿Estás enfermo?

—Nó, hombre.

—¿Te has confesado i piensas comulgar mañana?

—Tampoco es eso, contestó riendo Anselmo.

—O talvez tienes algun compromiso?...

—Es una dilijencia que tengo que hacer esta noche.

—Qué dilijencia será esa? pensó Gacetilla. Eso es ya diferente, prosiguió en voz alta: si tienes que hacer, capítulo de otra cosa. ¿Qué saben Uds. de noticias?

—Nada sabemos, contestó Andres. Yo vivo mui retirado en mi casa...

—En cuanto a Ud., tiene razon, porque debe estar encantado en esta casa, siendo la señora de ella una persona como mi *sia* Cecilia. Pero tú, Anselmo ¿tampoco sabes nada?

—Nada sé de nuevo, contestó el jóven con sequedad.

—Es increible que hombres como Uds. estén a oscuras de lo que pasa... A dónde se ha ido el patriotismo! No saben nada i estamos al borde de una revolucion!

—Revolucion?

—Espantosa, segun las premisas que se dejan ver.

—Déjate de malos agüeros, dijo Anselmo.

—No son agüeros ni agüeras sino revolucion clarita, que segun dicen, andan haciendo los *estanqueros*. Yo sé que han repartido plata como mote. I lo peor es que los de esta revuelta están de

concierto con la que estallará en el sur... Yo creia que siendo Uds. militares sabrian algo.

—Ni una palabra, dijo Anselmo.

Andres no decia nada. Era evidente que la conversacion de Gacetilla le molestaba sobremanera.

—Yo no sé nada acerca de esos rumores, continuó Anselmo, porque estos últimos dias lo he pasado todo el tiempo en casa.

—Tú no tienes perdon, amigo mio, ¿cómo puedes vivir entre cuatro paredes, sin salir a saber lo que pasa? Mui taciturno te veo desde algunos dias a esta parte; i como me intereso tanto por tí i deseo verte alegre i contento, he venido ahora a pedirte que nos acompañes. Estará allí Motiloni, aquel italiano que conociste no sé qué dia. Qué hombre tan de historias i noticias es ese! Vale lo que pesa.

—Pero ya te digo que no me es posible por ahora.

—Sí, ya estoi; otro dia será, contestó maquinalmente el parlanchin, empeñado en saber la razon por qué Anselmo se negaba a aceptar el convite.

En seguida, tomando su sombrero como para retirarse, volvió de nuevo a la carga i lanzó sobre Anselmo estas palabras a quema ropa.

—Apuesto, hijo mio, a que estás enamorado! Já! já! já! No lo digo por descubrir secretos, pues ya sabes que soi enemigo de saber vidas ajenas; mas como te veo desde algun tiempo a esta parte así tan retirado i taciturno, se me ha puesto en la cabeza que estás enamorado de veras. Pero aun cuando así fuera, prosiguió insistiendo ¿es esto una razon para *echarse a muerto?* Bastantes penas se nos atraviesan en este mundo para que un cristiano las aumente haciéndole caso a una desdeñosa. Si hubieras de seguir mi consejo, yo volveria a rogarte que me acompañases al Café, en donde el olor de la merienda te abrirá el apetito. Porque te advierto, que aquello no es un pavo a secas, sino acompañado de buena chicha de Aconcagua, mosto de Concepcion i otras agüitas como éstas, que te trasportarian al quinto cielo, sin faltarle al dicho cielo sus ánjeles, pues hemos convidado a varias niñas, cuyas miraditas te harán soñar dispierto, i las harpistas de Renca que te harán olvidar los desdenes de tu ingrata. Pero dejémoslo aquí, pues conozco que te disgusta mi propuesta, i tu jesto me dice que no estás hoi de humor. Allá te las hayas si estás enamorado de veras, i Dios te dé paciencia; que en cuanto a mí, no soi tan

tonto para que me enamore tan estrictamente, i haya de entristecerme ántes de tiempo. Gozaré del sol miéntras dure, i en llegando a viejo, me enamoraré de veras; me casaré i santas pascuas.

Riéronse los dos amigos al oir los disparates de Gacetilla.

—Este es el propósito que tengo hecho, prosiguió don Catalino con su interminable verbosidad. Casarse ántes de tiempo es perderse; i todo el mundo sabe que quien se guarda bien se logra. Yo a este refran me atengo, que a fe que seria un Salomon el que lo descubrió... I adios por ahora; hasta mañana, Anselmo. Yo me voi: siento dejarlos; pero tengo mucho que hacer. Motiloni i otros amigos me esperan en el Café para entretenernos en un partido de básiga que hemos formado. Es la mejor manera de hacer hora. El que pierda, pagará la merienda. Adios, señor Muñoz: muchos recados a la señora doña Cecilia. Cuenta con la revolucion, pues!

—Servidor de Ud, dijo Andres dando la mano a don Catalino. Deseóle mucha suerte en la básiga.

—Gracias, contestó Gacetilla saliendo con apresurados pasos, como si algun asunto urjente lo llamara.

—¿Qué dilijencia será esa de Anselmo? se preguntaba miéntras se dirijia al Café. Yo no sé por qué tengo tantos deseos de averiguarlo... ¡Como este Anselmo es tan reservado, que es preciso tirabuzon para sacarle alguna noticia, le aviva la curiosidad a cualquier cristiano!

Pronto llegó al Café i se puso a jugar con sus amigos; pero sin desamparar la idea de saber por qué razon no habria querido asistir Anselmo a la merienda.

—¿No viene Anselmo? le preguntaron.

—Me ha sido imposible decidirlo: tiene que hacer cierta dilijencia indispensable esta noche.

—Pues que la haga, dijo uno: nosotros nos comeremos el pavo.

Motiloni que estaba presente, nada decia; pero se sonrió imperceptiblemente. Apénas hubo concluido la partida, se despidió de los demas, diciendo que le habia venido con el juego un fuerte dolor de cabeza i necesitaba irse a acostar, que era el único remedio que tenia contra la jaqueca; i aunque los demas insistieron en que los acompañase en la merienda, les fué imposible detenerlo.

En seguida salieron todos del Café; i dirijiéndose hácia la Cañada, arrastraron consigo a todos cuantos amigos encontraron al paso: por manera que cuando la comitiva llegó a la Alameda, ya iba considerablemente aumentada. Gacetilla iba contentísimo, pues

como no gastaba jamas el fruto de sus sudores, tampoco se paraba en chicas para convidar a todo el mundo. Marchaba a la cabeza de la alegre tropa, riéndose de la misma persona que poco ántes le ofreciera el dinero para el convite, en caso de tener que pagarlo él.

—Amigos mios, decia a sus confidentes (i solia serlo el primero que pasaba por la calle) es preciso gozar del sol miéntras dura, i darse gusto hoi, porque nadie ha visto a mañana. ¡Esta es la vida! I les advierto que miéntras me dure la vieja a quien estoi arruinando ahora, tendrán ustedes con que remojar la palabra, pues en esta vida no hai mayor desdicha que la de pasarlo un cristiano a boca seca, como caballo de vijilante, sobre estos malditos empedrados de Santiago.

—I ¿cuánto tiempo nos durará la vieja? preguntó uno riendo.

—Creo que tendremos para mas de un año, respondió el bribon en el mismo tono; i si gano el pleito, tendremos para diez años.

—¿Qué pleito es ese?

—Es uno que he puesto, como apoderado de la buena señora, contra un caballero que le tiene usurpada una gran estancia. En cuanto gane la hacienda, me caso con ella.

—¿Con la hacienda?

—Nó; con la señora, que es lo mismo... Pero ahora que me acuerdo! Es preciso que pasemos aquí a casa de las *Guañacas* para que las llevemos a la merienda.

Diciendo esto, apuraron el paso i se dirijieron hácia una casita de la Alameda, que, a pesar de su miserable aspecto, servia de morada a cuatro o cinco niñas alegres i mui condescendientes, a quienes llamaban las *Guañacas*, sin que hayamos podido averiguar cuál era su verdadero apellido. Las niñas aceptaron al momento la proposicion de Gacetilla, i acompañadas de la señora madre (que segun cuentan, era tan alegre i condescendiente como sus hijas), siguieron a los convidados con la mejor voluntad del mundo.

Llegados a la calle de Duarte, entraron en ella, i a poco andar, dieron con el lugar del convite. Era éste un espacioso patio cubierto por un gran parral, o mejor dicho un precioso *parron*, bajo cuyas verdes hojas tenian lugar, no solamente los *picholeos* de la juventud, sino tambien las meriendas de las personas mas graves, cuya edad puberta i encumbrada posicion social no les impedia, en aquella época de sencillez, el ir a solazarse amigablemente, ya debajo de los parrales de Gomez o de Cáceres, ya a la sombra de las higueras del tuerto Trujillo.

No bien hubieron llegado los hambrientos convidados, cuando el patron de la casa se puso en movimiento. Sintióse el olor del pavo asado, el cual, tomando posesion del centro de la mesa, se vió al momento rodeado de guachalomos salpresos, lenguas *compuestas*, fuentes colmadas de aceitunas, cebollas escabechadas i otras menudencias mas o ménos apetitosas, sin que faltase una *ensaladita de patas*, bien cargada de ají, para los aficionados, i gran llamadora de la *sed noble*.

No necesitaron los convidados de invitacion alguna para sentarse a la mesa, ni tampoco para atacar sin misericordia a las olorosas i no ménos sabrosas viandas. Las niñas que Gacetilla habia convidado, se hallaban entremezcladas artísticamente con los jóvenes; i matizaban la mesa, como las flores que alzan su risueña corola por entre los robustos troncos i ramas de los árboles. Una franca alegría reinaba en todos los semblantes, desde el de los que pagaban la merienda hasta el de la patrona de la casa que ya habia recibido su valor, i que no por eso dejaba de servir dilijentemente a sus parroquianos, para que no se dijera de ella: «a obra pagada, manos quebradas.»

El advertido Gacetilla habia hecho colocar en un estremo del parron, dos harpistas acompañadas de un *rabelista*, de mas fama que el mismo Paganini. Las harpistas i una tercera cantatriz, *que llevaba el alto*, cantaban hasta ensordecer, apagando el ruido de la mesa. Pero bien pronto creció este ruido, i los gritos se elevaron hasta apagar las harpas i las voces. Era que la chicha de Aconcagua habia comenzado ya a hacer su efecto. Al principio algunos notaron con estrañeza que don Catalino bebia mui poco; pero despues ya ninguno de ellos estaba en actitud de poder observar nada, i lo único que notaban todos a cada rato, era que faltaban botellas llenas i sobraban vacías, razon por la cual pedian que llevasen las unas i trajesen de las otras.

CAPÍTULO XXVII

DON CATALINO BUSCANDO UNO SE ENCUENTRA CON OTRO

> «Atras! dice..... acompañando este grito con la mas enérjica de las interjecciones españolas, i cubriendo su espalda, lo mejor posible, con la muralla próxima.»
>
> JOTABECHE.—*(Un Chasco.)*

Serian las nueve i media, cuando don Catalino, que sin saber por qué, estaba no de mui buen humor, se levantó de la mesa i salió casi sin ser notado por sus ya demasiado alegres compañeros.

Habiendo atravesado la Alameda, le vino la idea de ir a casa de Anselmo, para ver si podia descubrir algo de lo que escitaba su curiosidad.

—Pero ¿con qué pretesto llegaré allá? se preguntaba miéntras proseguia su camino por la calle de Teatinos. Si no se me ocurre ningun pretesto, agregó, no entro a preguntar por él; pero de todos modos veré si hai luz en su cuarto.

Una persona que vió a lo léjos, a tiempo de pasar por enfrente del farol de una puerta de calle, lo distrajo de su pensamiento.

Gacetilla habia llegado a la calle de los Huérfanos; i por esa misma calle vió que marchaba hácia abajo, un hombre embozado en un capote.

—¿No es don Pablo? se preguntó. Sí, sí: es el mismo; no puedo equivocarme. ¿Qué diablos andará haciendo ahora por la calle, despues de habernos embaucado con su jaqueca? I yo, *tan Juan de buena alma que le fuí a creer!* Este don Pablo es de empresa; pero no me engañará otra vez. No! no! Voi a ver a dónde se dirije. I lo he de saber! ¡Qué descubrimiento tan importante es este!

I don Catalino, olvidando el asunto de Anselmo i dándose el parabien de su descubrimiento, siguió a Motiloni, quien, no viendo que lo observaban a cierta distancia, proseguia su marcha sin hacer el menor ruido con sus pasos.

—Debe estar mui molestado de los callos, dijo sonriéndose entre dientes Gacetilla, pensando en que el italiano iria con zapatos de lana. ¡Vean no mas cómo se le ha bajado a los piés la enfermedad de la cabeza! Pero esta vez no te me has de escapar. ¡Piensas engañarme a mí! Me he de reir a mi gusto mañana cuando le haga mis preguntas!

Tan pronto como don Pablo llegó a la calle del Peumo, torció hácia el norte hasta llegar a la de la Compañía, por donde prosiguió su marcha. Gacetilla lo seguia a lo léjos, marchando con las puntas de los piés, a fin de hacer el menor ruido posible. A esa hora, ya casi todas las puertas de las casas se habian cerrado, i la calle estaba oscura i silenciosa. Llegando Motiloni al frente de la casa de don Marcelino, volvió sobre sus pasos; i Gacetilla que notó este cambio de frente, torció sobre su izquierda i se metió en la calle atravesada porque no queria ser visto por don Pablo. Este llegó a la misma esquina i atravesó la boca-calle, sin ver a don Catalino perdido en la oscuridad. En seguida se paró; púsose a escuchar i luego empezó a pasearse en la vereda, como si esperara a alguien.

—¿Qué hará aquí este diablo? pensó el curioso Gacetilla. ¿Por qué habrá elejido este lugar para pasearse? Aquí hai gato encerrado, i es preciso que yo descubra este pastel... ¿Si estará el italiano enamorado de Lucinda? Ah! eso es! Ya dí en el *quid!* Está enamorado, i por eso recibió el otro dia con un jesto tan agrio, la noticia de los amores de Anselmo con la muchacha... Eso es... ¿Cómo se me habia escapado esta? Mañana me he de reir cuando le empiece a echar indirectas. Já! já! Pero si esto es una cita, prosiguió

don Catalino ¿por qué no sale la muchacha? Visita no puede ser, porque la hora es avanzada... ¿O se usará allá en la tierra del italiano el visitar las paredes de la casa de su querida? Se lo he de preguntar mañana.

Don Catalino siguió cavilando como si se tratara del mas importante negocio. De repente se dijo para sí:

—¡Tonto de mí! Esto no puede ser asunto de matrimonio... ¿No dicen que Motiloni es un fraile italiano dado de baja? Así se susurra, i yo lo creo porque este diablo huele a fraile desde léjos... Hasta en las sentencias que dice se le conoce... Sí señor; no son amoríos. No señor: pero ¿qué será? Si será alguna cita política? A mí se me ha puesto que el italiano es de los pelucones... I siempre paseándose... Pero él está con el gobierno, sin embargo de que suele echarle sus pullas de cuando en cuando. ¡Como es tan gracioso! No señor, yo he de saber luego de lo que se trata... Voi a hacerme el encontradizo con él.

Don Catalino puso al momento por obra su pensamiento; i escondiéndose detras de la esquina, esperó allí a Motiloni i le salió al encuentro.

—¿Quién es usted? esclamó don Pablo, viendo delante i cerca de sí, a un hombre cuya presencia no esperaba.

—Yo, contestó don Catalino riendo por boca i narices: yo soi que vengo a preguntarle cómo le va de su dolor de cabeza.

Motiloni no respondió; pero se contrajo su semblante de modo que si Gacetilla lo hubiese visto, habria temblado. El italiano estuvo tentado por descargar un bastonazo sobre la cabeza de don Catalino; pero se contuvo, diciendo entre dientes:

—A este pobre diablo lo salva su misma necedad.

Luego prosiguió con voz tranquila:

—He venido a pasearme i a tomar el fresco de la noche, porque el vino que bebí en la merienda me dió un poco de fiebre.

—Yo tambien, le interrumpió don Catalino, i al verlo a Ud. por casualidad, quise cerciorarme de si en efecto era Ud. o su ánima.

—Ahora me voi a acostar, prosiguió don Pablo dando muestras de querer volverse a su casa.

—Pues nos iremos juntos, porque yo tambien me voi por esta misma calle.

Pero en el momento de querer ponerse en camino, sintieron un golpe sordo dado en la puerta de la casa que estaba enfrente de la de don Marcelino. Al mismo tiempo, la luz que habia colgada en

el dintel de la puerta se apagó, i el farol cayó sobre la vereda haciéndose pedazos.

—¿Qué es eso? Ladrones! esclamó don Catalino tratando de huir.

Pero fuese por miedo o por curiosidad, volvió sobre sus pasos.

—¿No ha oido Ud? preguntó acercándose al italiano cuanto mas podia.

—Sí, contestó éste. Yo creo que conviene tocar retirada.

—Soi de su mismo parecer. Pero ¿por qué calle nos dirijiremos para no dar con el enemigo?

Motiloni pareció dudar por un corto rato; i luego dijo a Gacetilla señalando la calle de Teatinos hácia el norte:

—Yo me voi por aquí, i tuerzo en la esquina.

—Soi de su opinion, agregó Gacetilla acercándose mas i mas a su compañero de susto.

Sin embargo, don Pablo, léjos de apurar el paso, parecia no querer marcharse tan pronto, a diferencia de Gacetilla que deseaba tener alas para volar.

—Marche, pues, don Pablo! esclamó: ¿no ve Ud. que pueden... Pero, ¿oye Ud?

—Qué? preguntó el italiano aplicando el oido.

—¿No oye pasos?

—Creo que sí.

—Yo sí que lo aseguro... Parecen dos. Corra, hombre, por Dios!

—Eso si que nó, dijo Motiloni parándose de repente. Ahora sí que oigo los pasos; pero no me moveré de aquí, miéntras no sepa de qué lado vienen.

—Tiene Ud. razon, amigo mio, dijo don Catalino tiritando de susto i tomándose del brazo de don Pablo.

—¿Estamos con miedo ahora? le preguntó éste con voz burlona.

—Tirito de frio, contestó Gacetilla tartamudeando de emocion

Las pasos se acercaban mas i mas. En lo mesurado de aquellos pasos se dejaba ver que quien los daba era jente honrada. Sin duda lo pensó así don Pablo, porque no quiso moverse, i detuvo a Gacetilla, como gozándose en el miedo que éste manifestaba.

—¿Cree Ud. que serán ladrones? preguntó éste.

—Todo puede ser, contestó el otro: pero sean ladrones o no, yo no me muevo de aquí hasta que no pasen por la boca-calle.

—¿I si tuercen por ésta, i nos encuentran?

—Nos veremos las caras... ¿No me dice que Ud. no tiene miedo?

—Sí; pero lo mejor es no esponerse, i *Juan de Segura* vivió muchos años. Yo me voi, porque...

—No se irá, interrumpió Motiloni deteniendo del brazo a Gacetilla. ¿Como quiere abandonar al amigo en el peligro?

Era evidente que Motiloni nada temia i que no trataba sino de vengarse de Gacetilla. Ambos estaban como a veinte pasos de la esquina, i en aquel momento vieron pasar dos hombres por la bocacalle. Don Catalino, puesto entre su curiosidad i su miedo i dejándose vencer por la primera, miró fijamente a los transeuntes, i vió con sus ojos de lince que uno de ellos se quedó afirmado en el guardacanton, miéntras que el otro se perdió detras de la esquina.

—¿No ve Ud. cómo se separan? Algo espera el que se ha quedado ahí, dijo Gacetilla al oido de don Pablo. Aquí hai algo. Veamos en qué pára todo esto. En caso de algun siniestro tomaremos la huida por este otro lado.

Don Pablo nada contestó: parecia que algun pensamiento lo preocupaba. Pasados algunos momentos se oyó un agudo silbido, i el hombre de la esquina desapareció. Este hombre iba sin duda armado, porque al moverse se oyó el choque de un sable contra la piedra de la esquina, ruido que dejó estático a don Catalino.

—Vámonos! dijo Motiloni arrastrando a su compañero.

—Vámonos, contestó maquinalmente éste, siguiendo los pasos del otro; pero no sin volver varias veces la cara hácia atras, impulsado por una mezcla de miedo i de curiosidad.

Ambos marchaban sin hacer ruido, i solo don Pablo refunfuñó entre dientes:

—El golpe está dado.

Llegados al fin de la cuadra, ambos se pararon como movidos por el deseo de saber lo que aquello significaba.

CAPÍTULO XXVIII

MIGUEL I DON MARCELINO

«Marcha amigo con cuidado,
I afila bien tu catana;
Porque puedes ir por lana
I volverte trasquilado.»

(VERSOS POPULARES.)

Turra habia salido de casa de su patron i llevado a don Marcelino la esquelita que aquel le escribió.

—Aquí me tiene su merced a su disposicion, señor, dijo el bandido, con ese aplomo del hombre que se cree necesario.

—¿Qué queria Ud., amigo? preguntó el señor de Rojas tomando el papel que le pasaban.

—Yo soi, señor, el hombre que su merced necesita para el asunto del mocito de las ventanas.

—Ah! ya caigo, esclamó don Marcelino, quien aun no habia leido el papel, porque no tenia sus antiparras a la mano. I ¿estás dispuesto?

—Sí, señor.

—Pero ¿tienes un compañero?

—Estas cosas se hacen mejor sin compañero, señor mio.

—Es que el tal Anselmo es un pipiolo, un desalmado, capaz de matarte.

—Capaz de matarme a mí? Su merced no me conoce, dijo Turra sonriendo.

—Allá te las hayas. Si quieres ir solo i te sucede algo con ese desalmado, mia no es la culpa.

—No tenga cuidado, señor: mi catana está afilada, i yo soi hombre que he visto mas de una vez relampaguear una espada sobre mi cabeza.

—Mui bien: ahora te digo que debes estar aquí en cuanto principie a teñir la noche, advirtiéndote que no has de entrar por la puerta de calle sino por esta otra.

Miéntras decia esto, don Marcelino mostraba a Turra la puertecita escusada por donde habia salido el dia anterior el padre Hipocreitía.

—Así lo haré, señor, contestó Miguel marchándose.

Quedóse solo don Marcelino, i miéntras se paseaba por su cuarto pensaba en los resultados de la accion que iba a poner por obra. De lo que ménos se acordaba era de la inmoralidad del hecho, pues sus justas intenciones no eran otras que castigar, con unos cuantos golpes, el atrevimiento de un mozo enemigo de la relijion, de la paz i de las conveniencias sociales.

—Está bien, decia él; pero si el pipiolo trata de defenderse, i este hombre lo ataca con su cuchillo ¿no puede suceder que los golpes se pasen a tajos i puñaladas, i resulte después una muerte, i venga en seguida uu proceso, i luego... Vaya, yo le encargaré a este hombre que haga lo posible por evitar una desgracia, porque si corre sangre, puedo comprometermeen una causa ruidosa en la cual sufrirá el honor de mi nombre... Oh! seria fatal, ahora precisamente que trabajo porque ese caballero se empariente con mi familia. Por otra parte no hai para qué verter sangre, pues unos golpecillos serán suficiente correccion... Yo tengo un horror al asesinato! Oh! nó por Dios! El Señor me libre de que se cometa una iniquidad semejante aquí en las puertas de mi casa. Nada de muerte, pues yo no quiero la muerte del pecador, sino que se arrepienta i viva, como Dios manda.

En tan evanjélicas reflecciones se le pasó la tarde al buen señor, i en llegando las oraciones, pidió un pollo asado i una taza de chocolate para merendar, i se encerró en su cuarto diciendo que estaba resfriado i queria acostarse temprano. Doña Trinidad i su hija

quisieron hacerle los acostumbrados remedios en casos semejantes; i ya tenian preparada el agua caliente para los baños *de medio cuerpo*, la sudorífica bebida de borraja con raspadura de palqui, i el ladrillo enterrado en el rescoldo de la cocina, para aplicarlo a los piés envuelto en una bayeta de lana a fin de *tirar el calor para abajo*, en caso de no calentarse los piés. Pero don Marcelino, que jamas habia andado rehacio para admitir en otras ocasiones análogas estos mismos medicamentos, dió i porfió aquella noche en que no los habia menester; i dijo que con su *gloriadito* que le trajesen para tomárselo al meterse en la cama, era bastante. Trajéronle el *ponchecito*, bebida que solo por remedio solia tomar don Marcelino i cerró la puerta de su cuarto.

Con tales preparativos, toda la familia creyó que el enfermo estaria durmiendo, en poco rato mas. Pero en lo que ménos pensó don Marcelino fué en acostarse. Púsose unos zapatos de lana, de los que entónces se llamaban de *silencio*, i empezó a pasearse a lo largo del cuarto pensando en el asunto que lo preocupaba, i entremezclando sus profundas cavilaciones con traguitos del *gloriado* que tenia sobre su mesa

—Esto conforta, decia, despues de cada trago: entretengamos el tiempo miéntras viene este muchacho que parece de empresa... Yo no sé cómo tiene tanta habilidad mi compadre Cándido para encontrar hombres a propósito para todo. Ya se ve! Gasta tanta plata en estas cosas de pólitica, como él dice... Por ahora ha prometido ayudarme, i creo que lo hará con todas sus fuerzas, porque es un buen compadre, i hombre de relijion i de lei.

No se hizo esperar mucho tiempo el intelijente servidor de don Cándido. Serian las nueve de la noche, cuando don Marcelino oyó dos golpecitos dados a la puerta esterior de su cuarto.

—El es, dijo: este muchacho sabe cumplir con su palabra; es un hombre de bien.

Diciendo esto, abrió la puerta, i Miguel Turra entró. Venía el bandido en traje de a caballo: pero por precaucion, se habia quitado sus grandes espuelas de fierro que llevaba en la mano. Cubria su robusto cuerpo un poncho grueso, que no dejaba ver de su vestido otra cosa, que las botas azules de barragan atadas en las corvas con *guinchas* rojas.

Llevaba sobre la cabeza un gran sombrero de lana de falda ancha i tiesa, que al mismo tiempo le podia servir de quitasol i de paraguas, i en los piés unos zapatos claveteados, de suela gruesa,

que, mas que zapatos parecian ser casco de un animal en dos piés segun el ruido que hacian.

—Buenas noches, señor, dijo saludando a su patron accidental. ¿He llegado a tiempo?

—Sí, amigo, contestó don Marcalino cerrando la puerta. Se conoce que eres hombre de palabra.

—Cómo no, señor! Yo no falto a lo que prometo, porque a toda lei, el que cumple... i ya sabe su merced que el hombre por la palabra i el buey por la asta...

—Sí, eso es... ¿I vienes preparado?

—Como bola i pinta, contestó Turra haciendo un jesto significativo. Yo estoi preparado siempre, porque, hombre prevenido nunca fué vencido, i mi catanita viene de *atentar Pechoña*...

Turra acompañó estas últimas palabras con un jesto de marcada seguridad,

—Pero hombre! le interrumpió don Marcelino; ya te he dicho que no se trata de asesinar a nadie ¿qué no tienes relijion?

—Soi cristiano a las derechas, contestó Turra; i si no lo fuera ¿andaria en estas andanzas por arreglarle las cuentas al pipiolito?

—Sí; pero...

—Mi patron, don Cándido, me ha dicho que es uno de los herejes.

—Es verdad; pero ya te digo que no se trata de eso, sino de darle unos planazos para castigar su atrevimiento. ¡Cosas mayores nos comprometerian!

—Lo haré como su merced dice; pero yo sé que los pipiolos tienen el diablo dentro del cuerpo, i no entienden a planazos. Es preciso darles de filo, señor.

—¡Ave María! esclamó don Marcelino. Este muchacho es oficioso por demas. ¿I has venido a caballo?

—Sí, señor; pero me apeé en casa de un compadre que tengo en la plaza del Basural, i allí dejé mi bestia. Estas cosas deben hacerse de a pié; i ya que ni su merced ni el señor don Cándido quieren que haya un tajito siquiera...

—Nó; de ningun modo: eso seria comprometer mi casa.

—Llevaré mi catanita *por si acaso;* porque en cuanto a esto, lo que abunda no daña, agregó el bandido.

—Está bien: dale fuerte, pero con lástima. Nada de sangre, porque eso seria homicidio; i el homicidio es cosa grave, hijo! Ya se acerca la hora.

—Pues entónces, al negocio, dijo Miguel sacándose su poncho que dobló i ató al rededor de su cintura con su faja de lana, en la cual encajó su puñal.

En seguida se ató la cabeza con su gran pañuelo de algodon, i se encasquetó el sombrero hasta los ojos.

—Ya estoi pronto, dijo: ¿Dónde me he de poner a *aguaitar la laucha*?

—Ven: yo te diré... Pero ántes, es preciso que observe si las criadas duermen.

Dicho esto, salió don Marcelino al patio, i despues de unos tres minutos volvió diciendo:

—Está todo en silencio, i la noche como boca de lobo.

—Tanto mejor, señor... I ahora me acuerdo... ¿Tiene por ahí algun pañuelo que no le sirva?

—Aquí tienes uno ¿para qué quieres esto?

—Ahora necesito una piedra, porque es preciso apagar la vela del farol de enfrente, que está prendida todavía, dijo Turra en voz baja.

—Ah! ya comprendo: eres un prodijio. Allí tienes esa piedra que sirve de cuña a la puerta.

—Está mui buena, dijo Miguel, envolviendo la piedra en el pañuelo i disponiéndose a salir. Es preciso darle al farol sin hacer mucho ruido.

—Antes de salir toma un traguito, dijo don Marcelino pasando el vaso a Turra, quien se bebió de un sorbo todo el contenido de éste.

—Dios se lo pague, señor, dijo Miguel devolviendo el vaso. No perdamos tiempo.

—Pues, en el nombre sea de Dios! dijo entónces el viejo. Sígueme, hombre, sin hacer ruido.

Salió al patio de la casa, don Marcelino seguido de Turra, quien marchaba en puntillas. Dirijiéronse ambos a la puerta de la calle que estaba entreabierta; i una vez cerciorados de que no habia una alma en la calle, Miguel lanzó su piedra envuelta sobre el farol de enfrente. La luz se apagó, cayendo sobre la vereda el farol hecho pedazos, i todo quedó hundido en la mas completa oscuridad. Hé ahí la causa del ruido que, como queda dicho en el capítulo anterior, habia asustado tanto a don Catalino Gacetilla.

Este i Motiloni, pegados el uno contra el otro, esperaban detras de la esquina, en lo que habia de parar todo aquello. Miéntras

tanto, don Marcelino i Miguel aguardaban ansiosamente a su víctima.

Veinte minutos habian pasado, i aun no se oia ruido alguno. El asesino estaba desesperado, creyendo que por esta vez podria quedar burlada su esperanza. En seguida se echó sobre el suelo, i aplicando el oido al pavimento del zaguan, permaneció allí un buen rato, hasta que, alzándose de repente, dijo con una espresion marcada de contento, que hizo temblar hasta al mismo don Marcelino:

—Ya viene!

—¿Has oido pasos?

—Sí, señor; viene por el lado de la plaza.

Luego se dejaron oir los pasos de dos hombres que venian por la misma calle.

—¿Si será él? Vienen dos, dijo Turra.

—Talvez traiga compañero, i entónces hemos perdido el tiempo, observó don Marcelino.

—Nada me importa que sean dos, replicó el bandido. Mas vale así, porque para Miguel Turra es mui poca cosa un pipiolito solo. Le prometo *merendarme* a los dos!

—Pero ya te tengo dicho, que no quiero que suceda una *desgracia*, le dijo con imperio don Marcelino.

—Ya lo sé: digo que emplearé mi catana, solo en el último caso i si me veo apurado.

—Si te atacan, ya es otra cosa. La defensa es permitida, observó sentenciosamente el viejo.

En aquel momento se oyeron mui cerca de la puerta los pasos de un solo individuo.

—Este viene solo, dijo Miguel; i si es él...

—Es el mismo! esclamó don Marcelino, notando que la persona que acababa de pasar se habia parado enfrente de las ventanas.

En efecto, el que acababa de pasar no era otro que Anselmo, quien, habiendo dejado en la esquina a su amigo Andres, venia dándose el parabien de encontrar oscura la calle. Pero muchas veces sucede que el hombre se da el parabien de haber encontrado lo que le daña, creyendo dar con lo que le aprovecha. Apénas Anselmo tocó la reja de la ventana con una llave que sacó de su bolsillo, cuando las puertas de aquella se abrieron cautelosamente, i el jóven aspiró el aromático ambiente que envolvia a su amada. La pieza estaba a oscuras, i Anselmo solo pudo oir el tímido saludo de Lucinda. Lo demas lo adivinaba su amor.

—Lucinda! esclamó el jóven.

—Ah! dijo la niña: un año hacia que te estaba esperando.

No tuvo tiempo Anselmo de contestar a estas palabras de dulce i amoroso reproche, porque en aquel mismo instante se vió estrechado, como en una prensa, por un par de musculosos brazos que rodearon su pecho.

—Ah! traidor! esclamó, tratando de desacirse del bandido.

—Qué hai! por Dios! esclamaron dentro las mujeres.

—Ya no se me escapa! dijo Turra con alegría feroz, pugnando por echar al jóven a tierra.

Lucinda se habia desmayado, i su madre no atendia sino a dar auxilio a su hija.

En cuanto a don Marcelino, luego que vió segura la víctima, atrancó la puerta de calle i se fué a su cuarto diciendo:

—Si sucede alguna desgracia, no es por mi culpa. Bastante le he dicho a éste que no le dé de filo.

Miéntras tanto, viendo Anselmo que no podia desacirse del bandido, i que ya estaba a punto de caer; llevó como pudo a la boca la llave que tenia en la mano i dió un silbido.

—En balde *chifla*, amigo, dijo Turra, próximo a dar con su víctima en tierra, porque...

Pero no pudo proseguir, porque sintió sobre sus espaldas un par de golpes dados con una mano firme. Lanzó entónces el bandido una feroz maldicion; i soltando impensadamente su presa, echó mano a su puñal i se volvió hácia el que lo atacaba por la espalda. Pero habiendo sentido la aguda punta de una espada, saltó hácia atras i se puso en guardia contra la pared de la casa.

—Aquí los espero a los dos juntos: *métanle* no mas! esclamó.

Anselmo habia sacado su espada; pero solo con la intencion de defenderse del asesino; i aunque se habia puesto al lado de Andres, tenia su pensamiento dentro del cuarto donde estaba Lucinda.

—Dejémoslo escaparse: no demos un escándalo que seria fatal, dijo el jóven a su amigo.

—Nó! nó! contestó Andres: ha de ir derecho a la cárcel.

I luego dirijiéndose al bandido, le dijo:

—Dáte a preso!

—¿Yo rendirme? contestó Turra con una risa feroz. Yo no me doi a preso ni a diez de su laya. *Métanle* no mas con sus espadas, i verán qué tripas son las que primero caen al suelo!

—Bellaco! esclamó Andres lanzándose sobre Turra, quien paró diestramente el golpe de su adversario; pero no pudo impedir que una segunda estocada le hiriese en un brazo.

—Andres! amigo mio! gritó Anselmo: te ruego que lo dejemos huir. Tengo para ello mis razones.

—Pues bien, que se vaya ahora, dijo Andres volviendo a su puesto. Ya está castigado, i por otra parte, me da vergüenza matar a este hombre, cuando tengo la ventaja de...

—Ya le digo que Ud. no es capaz para mí, dijo Turra... No crea que me ha herido, prosiguió, porque su espada ha traspasado solo a mi poncho.

—Sea como sea, le interrumpió Anselmo. Vete: te dejamos libre.

—Me voi; pero no porque Uds. me lo manden. dijo con arrogancia el asesino.

Andres i Anselmo dieron paso al bandido, quien al verse libre, dió un salto como gato montés sobre el primero, pretendiendo hundirle su puñal en el pecho i diciéndole:

—Adios!

Pero la puñalada fué solo en el vacío, porque Andres dió en aquel mismo instante un paso atras.

El bandido huyó por la vereda; i cuando se vió a unos diez o doce pasos de distancia, se volvió i dijo:

—Ahora no he acertado; pero otra vez acertaré. Esta me la han de pagar: ¡ya los conozco!

Diciendo esto, se perdió en la oscuridad.

CAPÍTULO XXIX

UNA PUÑALADA POR SI ACASO

«Quien anda por mal camino,
Cuando no cae, resbala.»

(Dicho Popular.)

Luego que el bandido hubo llegado a la primera boca-calle, tomó sobre su izquierda; i rodeando la manzana, trató de llegar cuanto ántes al lugar en donde habia quedado su caballo. Con su puñal en la mano, sediento de venganza, i lanzando al aire horribles maldiciones, corria aquel hombre como un perro rabioso dispuesto a morder al primero que encontrase. Parecia una fiera escapada de su jaula de hierro. Pronto rodeó la manzana i llegó a la esquina en donde se habian parado Motiloni i Gacetilla.

Entónces trató de seguir la calle de Teatinos; pero viendo moverse dos sombras en medio de la oscuridad, i creyendo que aquellos hombres podrian ser los jóvenes que acababa de dejar, saltó sobre ellos como un tigre sobre su presa, i lanzándoles una puñalada, les dijo al mismo tiempo;

—Allá va esa, por si acaso son Uds.!

I echó a correr hácia el rio, guardando su puñal, el cual notó con satisfaccion que estaba húmedo. La fiera estaba satisfecha: habia herido, aunque no sabia a quién.

—Me han herido! esclamó Motiloni tomándose el brazo izquierdo que fué en donde recibió la puñalada, i tratando de restañar con su camisa la sangre que manaba de ella.

Don Catalino estaba petrificado; i al volver en sí, no hizo mas que poner piés en polvorosa, i no paró hasta llegar a su casa. De lo que ménos se acordó, fué de prestar auxilio a su compañero.

—¡I me abandona el miserable! esclamó don Pablo con rabia concentrada.

En seguida, despues de liarse el brazo como mejor pudo, echó a andar hácia el oriente, no sin maldecir la cobardía e inhumanidad de Gacetilla. Pero éste no podia oir las maldiciones, i metido en su cama, se tocaba una i otra vez su cuerpo, como para cerciorarse de que no estaba herido.

—¡De buena me he escapado por curioso! decia... ¿Qué habrá sido de Motiloni? Mañana lo iré a ver temprano.

Dicho esto se quedó dormido.

Mui diferente era la escena que en aquellos momentos pasaba en casa de don Marcelino. Este, que aun no se habia acostado, salió de su cuarto para ver lo que pasaba en la calle.

En cuanto a Lucinda, una vez vuelta en sí, quiso abrir la ventana; pero su madre se lo impidió, diciendo que seria mejor salir al patio i recordar a don Marcelino para que tomara alguna medida. Ambas salieron i se encontraron con el viejo que echaba chispas de cólera por los ojos.

—¿Conque todavía no se habian acostado Uds.? preguntó don Marcelino. ¿Con que es verdad que estaban esperando la visita? ¡Por los clavos de Cristo! No sé qué hacer con Uds.!

—I ¿qué querria Ud. hacer? preguntó con resolucion doña Trinidad.

—Malvada! la interrumpió don Marcelino apretando los puños... Tú i esta mocosa han llevado la desvergüenza hasta recibir a ese mozalvete por la ventana.

—Ya que Ud. le cierra la puerta sin motivo alguno a un jóven honrado i que ademas es mi pariente, me he visto obligada...

—Maldito sea tu pariente i toda su casta! Le he prohibido que visite mi casa porque no merece lo que pretende... ¡Así pagan Uds. mis bondades!

—Padre, por Dios! Perdóneme su merced, esclamó Lucinda arrodillándose a los piés de don Marcelino... Vea si le ha sucedido algo... Yo le prometo no verlo mas.

—Es verdad que no lo verás, contestó el cruel padre, porque no se atreverá ya a volver despues de haber recibido su merecido.

Oyendo estas palabras, Lucinda cayó desfallecida sobre el suelo, pues el tono con que fueron pronunciadas, le reveló así como a doña Trinidad, que don Marcelino tenia parte en el hecho. Pero reaccionada bien pronto la pobre niña, se alzó de repente gritando como una loca;

—Anselmo! Anselmo! Dios mio! Talvez lo han muerto!

I trataba de abrir la puerta que estaba atrancada i con llave.

Doña Trinidad i don Marcelino siguieron a su hija hasta el zaguan.

Anselmo i Andres, que estaban para retirarse, oyeron los gritos i se acercaron a la puerta de calle.

—Aquí estoi, Lucinda! contestó el jóven: nada me ha sucedido.

—¡Gracias a Dios! esclamó Lucinda.

—Lucinda, hija mia ¿qué haces? le dijo la señora sosteniendo a la niña.

—Atrevida! esclamó don Marcelino; solo faltaba que me perdieses el respeto hasta este estremo... No sé cómo no agarro la tranca i la mato!

—Don Marcelino, le interrumpió la pobre madre: acuérdese de que es su hija...

—No es mi hija, contestó el miserable: la desheredo desde ahora.

—Si puede quitarle su herencia, no podrá quitarle mi amor contestó Anselmo desde afuera.

—¡Qué no te haya muerto Miguel! esclamó colérico don Marcelino, sin saber lo que decia.

—Esas palabras me lo hacen comprender todo! dijo Andres desde la calle. Pero acuérdese Ud. de que Dios castiga a los asesinos!

En ese momento atravesaba Motiloni la calle donde pasaba la escena. La frase de Andres: «Dios castiga a los asesinos» pronunciada gravemente en el silencio de la noche, parecia salir de entre las sombras, i encontraron un eco en el alma del italiano.

—«¡Dios castiga a los asesinos!» refunfuñó éste, siguiendo apresuradamente su marcha.

Luego dijo:

—Viejo necio! ¿Quién le iria a decir que se necesitaba de un hombre armado de puñal? Bien claro se le dijo que bastaba con algunos palos bien dados.

Doña Trinidad i su hija se retiraron a sus habitaciones, i don

Marcelino entró a su cuarto, pesaroso de haber hablado mas de lo que convenia. Desde que oyó las palabras de Andres, casi se olvidó de su mujer i de su hija para pensar en el peligro que él mismo habia corrido.

—¿Si me habrá vendido este muchacho? se preguntaba. Por eso yo era de opinion que no llevase cuchillo... ¿En qué compromiso me habria visto si hubiese sucedido una *desgracia*?

Por lo que toca a Anselmo i a Andres, se dirijieron inmediatamena su casa. Ambos amigos marchaban silenciosos i embebidos en mui diversos pensamientos.

—Es un hecho, dijo Andres, que este maldito viejo es el autor de todo.

—Así parece, contestó Anselmo tristemente.

—Pues seria bueno dar cuenta a la autoridad mañana temprano para que hiciera parecer al asesino.

—¿Estas loco? preguntó Anselmo, mirando fijamente a su amigo.

—¿Por qué dices eso? ¿No te parece que seri auna barbaridad dejar este hecho impune?

—Pero mas bien dejar impune al bandido que hacer caer con nuestra acusacion una mancha en la familia de Lucinda...¿Te olvidas de que don Marcelino es su padre?... Miéntras mas me convenzo de que él es el autor de lo que nos acaba de suceder, mas bien veo la necesidad de ocultar el hecho. Bastante castigado queda.

Andres no contestó. Ambos amigos prosiguieron sin hablar una sola palabra; i llegados a su casa, se acostaron sin que Cecilia hubiese sospechado siquiera en dónde habian estado su esposo i su amigo.

CAPÍTULO XXX

DON MARCELNO TRABA AMISTAD CON DON MELITON

"La casualidad los junta
I el diablo los hace amigos"

(Dicho popular)

Al siguiente dia mui temprano los vecinos del barrio notaron una novedad en la casa de don Marcelino, a saber; que el maestro mayor de los carpinteros, señor Juan Labra, estaba clavando por dentro i por fuera todas las ventanas que caian a la calle. El mismo don Marcelino en persona presenciaba la operacion, no sin encargar repetidas veces al carpintero que remachase bien los clavos, multiplicándolos allí donde era necesario, porque decia; "en estas cosas lo que abunda no daña" Cerróse tambien la puerta del zaguan i solo quedó abierto un postigo para el servicio; por manera que la casa parecia estar de duelo, lo cual no dejaba de ser en cierto modo, mui verdadero, atendiendo a la dolorosa impresion que las escenas anteriores habian hecho en doña Trinidad i en Lucinda.

Madre e hija tuvieron que resignarse a vivir así encerradas durante mas de seis semanas; tiempo que don Marcelino, convertido en en carcelero de su familia, pasó no del todo tranquilo. Bien poco le importaban a él las mil preguntas que sus amigos le hacian sobre

la inaudita determinacion de convertir su casa en cárcel; pero no podia recordar a sangre fria aquellas palabras de: "¡Dios castiga a los asesinos!" pronunciadas solemnemente por Andres Muñoz. Aflijíale. nó el temor de Dios, con el cual pensaba arre glarse en la confesion próxima, acusándose de aquel pecado (por si acaso lo fuera); sino el miedo a los resultados de una causa criminal. Su intranquilidad subió de punto cuando vió corrido mas de un mes, sin que pareciese por su casa el padre Hipocreitía, su consejero predilecto. Nadie sabia donde se hallaba el santo relijioso i solamente se susurraba que habia salido a predicar la palabra de Dios en las provincias del Sur.

Un dia que don Marcelino se hallaba con el humor tan negro como de costumbre, aparecióseles como llovido don Pablo Motiloni, a quien guardaba grandes consideraciones, porque sabia cuan estrecha era la amistad del italiano con el reverendo Hipocreitía. Venia don Pablo con un brazo atado i colgado al cuello con un pañuelo; i su pálido rostro manifestaba el mal estado de su salud.

—¿Qué tiene Ud. señor Motiloni? ¿Ha estado Ud. enfermo? preguntó don Marcelino, haciéndolo sentar en su silla de honor.

—No es mas que una caida que dí de a caballo...Como yo no soi mui jinete... He tenido un poco de fiebre...

—¿En qué puedo servirlo? ¿Qué me dice usted de nuestro digno amigo, el reverendo Hipocreitía?

—Se encuentra mui bueno de salud, contestó Motiloni. Hace algun tiempo que no lo veo; pero acabo de recibir un propio, con el cual me escribe desde Colchagua, en donde se halla dando misiones. Con el mismo propio me ha enviado esta carta para Ud.

—¡Santo relijioso! esclamó don Marcelino tomando la carta que Motiloni le pasaba. Siempre ocupado en sus tareas apostólicas. ¿Me da Ud. permiso?

—Lea Ud., señor don Marcelino, sin cumplimiento alguno, dijo el italiano.

El señor de Rojas leyó:

«Amigo mio: Siento mucho que mis obligaciones me impi-«dan estar ahora con Ud., pues habria querido llevarlo a ver «al señor don Meliton. Mi amigo Motiloni cumplirá por mí, i «con él puede consultarse sobre cualquier accidente que ocurra «como lo haria conmigo mismo, pues que don Pablo (a quien le «ruego mire Ud. como un amigo íntimo) es como si fuese mi «propio hermano, i con él no tenga asunto reservado. Desde

«la mision a donde voi escribiré a Ud. mas largo: miéntras tanto lo saluda

«Su afectísimo capellan Q. B. S. M.

—*Fr. N. Hipocreitía.*»

En acabando de leer la carta, don Marcelino dijo a Motiloni:

—Basta que Ud. sea amigo del padre para que lo sea mio como si nos conociéramos desde muchos años atras.

—Será para mí una honra, señor, contestó el italiano inclinándose, a la cual trataré de corresponder sirviendo a Ud. como el mas humilde criado.

—El criado seré yo, le interrumpió don Marcelino, encantado con las palabras lisonjeras del otro. ¿Conque tambien conoce Ud. al señor don Meliton?

—Yo fuí el primero que habló con él cuando llegó a Santiago, pues lo esperaba en el Café por órden del padre.

—Ya, ya... ¿Sin duda tiene Ud. entónces noticia de las relaciones que ligan, quiero decir, que ligarán a mi familia con ese personaje?

—De todo me ha impuesto el padre; i a fe que don Meliton es un hallazgo para la niña, la cual por otra parte lo merece.

—Gracias por la lisonja, señor mio.

—No es lisonja. La verdad ántes de todo.

—Sin embargo, esta muchacha como es una loca que no sabe apreciar la suerte que se nos deja caer encima, se ha *empecinado* en no querer dar el sí.

—¿Para casarse con don Meliton? ¡Un hombre de encumbrada familia, de noble alcurnia, de honorables antecedentes!...

—I que se tutea con el mismo rei...

—Qne segun creo, viene aquí con una mision importante, agregó el italiano.

—Pues a pesar de todo eso, dijo don Marcelino paseándose ajitadamente por el cuarto, la muchacha no quiere. Ahora pocas noches, tuvimos una... Pero despues sabrá Ud. todo esto... Por ahora no le verá mas la cara al otro, porque he hecho clavar las ventanas.

—Conque, le interrumpió Motiloni, si Ud. quiere podemos ir ahora mismo a ver al señor don Meliton. Ya le tengo anunciada su visita.

—Al instante, amigo mio; déjeme Ud. ponerme de parada.

Dicho esto, arreglóse don Marcelino lo mejor que pudo, i echándole llave a la puerta de la calle, por temor de que durante su ausencia viniese Anselmo, a quien aborrecia cada vez mas, se dirijió al *Café de la Nacion* acompañado del italiano.

Recibiólo don Meliton con muestras de la mayor cortesía; i como éste era un hombre de regular educacion i finura, consiguió, a pesar de su nulidad, captarse la amistad de don Marcelino. Habló de su alcurnia, del rango de su casa, de sus amigos entre la nobleza, de sus triunfos en la corte, i de otras mil cosas que dejaron embobado al padre de Lucinda. Dijo que si no habia sido ministro, habia estado a pique de serlo; i que en volviendo a España, lo seria de fijo, pues estaba en el candelero.

Don Marcelino lo miraba con la boca abierta, i apénas podia creer que se dignase hablar con cualquiera, un personaje que habia tenido entrada en el palacio real, i que habia alternado con S. M. en persona; por manera que cada rato que pasaba, mas se afianzaba el buen hombre en la idea de hacerlo su yerno, formando él mismo interiormente el proyecto de acompañarlo despues a España con el fin de hacer papel en la corte.

—Oh! decia para su capote: ¡no es posible dejar escapar esta oportunidad de elevar la familia!... ¡I qué esta deschavetada muchacha se oponga a su propia felicidad! Pero otra cosa será cuando lo conozca... Es preciso que nos visite este caballero.

Miéntras tanto, el señor Oyarzun del Pozo-Hondo, etc., seguia haciendo la apolojía de su persona, ayudado de Motiloni que no le iba en zaga en lo de ponderar la elevada posicion social del viejo español. Cuando fué hora de retirarse, don Marcelino se despidió encantado de su futuro yerno, i le rogó que lo honrara con sus visitas, ofreciéndole su casa i todos sus posibles. Aceptó don Meliton con muestras de gratitud el ofrecimiento i prometió visitar mui a menudo a su amigo.

—Lo que mas me ha gustado en él, decia don Marcelino a Motiloni cuando salieron a la calle, es la llaneza con que habla, como si fuera un cualquiera.

—Oh! contestó el italiano; no crea Ud. que es de esos nobles estirados, llenos de viento...

—Su humildad me encanta, i bastaria esto para que deseara hacerlo mi yerno. Sí señor! ¡Qué educacion de hombre! I sobre todo ¡qué cristiandad! Bien se echa de ver que no es de esos no-

bles de a cuartillo el atado, o de los que bota la ola, como decia mi abuela, que sabia mucho en esto de la nobleza.

—Eso se conoce por encima, observó don Pablo.

—Pues nó! I luego aquella cruz con piedras brillantes que se va la vista mirándola.

—Es caballero de la Orden de Cárlos III.

—Caballero que en nada se parece a los que se usan en estas tierras de Dios, que solo saben ser orgullosos i estirados como el conde de las Animas, el otro del Maule, i tantos otros de los cuales Dios me libre, que no parece sino que todo se lo merecen, segun lo estirados que los veo por esas calles sin saludar a alma nacida; derechos, i puntiparados i tiesos como si se hubieran tragado un estoque. ¿Qué me diran a mí que los conozco como a mis manos? Señalado es el que sabe a donde le aprieta el zapato; miéntras que éste, apénas parece acordarse de su altitud i soberanía, segun lo llano que es. ¡Ya se ve! Es español i bien nacido, i con españoles me entierren a mí, que no con estos nobles mostrencos de por acá. ¡Vale mucho tener educacion i cristiandad!

Don Marcelino con su copiosa palabrería, parecia haber olvidado sus disgustos domésticos; i marchaba con paso seguro, i lleno de la esperanza de ennoblecer a su familia i hacer papel en la corte de Madrid.

Distraido por su pensamiento favorito, no observaba la burlona sonrisa de Motiloni, que no hacia mas que apoyar sus ideas. En la plazuela de la Compañía se separó del italiano; i se dirijió a su casa a largos pasos, porque ya se acercaba la hora de hacer medio dia.

—Sí, decia entre dientes, volviendo a su idea favorita: mui porfiada ha de ser la muchacha para que me siga resistiendo. No le he de aflojar ni un pelo i lo mismo a la Trinidad. Una vez que él nos visite i lo conozcan, se apearán de su macho estas malditas mujeres, porque es imposible hablar con este caballero sin aficionársele. El sabrá conquistarlas con sus palabras i con todo lo que sabe hacer, que es encanto verlo i oirlo al hombre! Una vez hecho el matrimonio me redondéo; vendo todo i me voi a España derechito... No me han de ver el polvo en esta triste tierra.

Al llegar a su casa, encontrò a *señá* Marta, vieja criada de confianza de doña Trinidad, que ya conoce el lector. Admirado de verla afuera cuando se acordaba de haber dejado con llave la puerta, le preguntó con arrugado ceño:

—¿Qué es esto, Marta? ¿Por dónde ha salido usted? Ya están saltando las paredes de mi casa?

—Nó, señor, contestó la vieja: he salido por esta puerta...

—Pero si la he dejado con llave, mujer! ¿Es por acaso Ud. alguna ánima para que pueda salir i entrar por una puerta cerrada?

—Por lo mismo que no soi ánima, he esperado que se abra la puerta para entrar.

—Pero...

—Pero, señor, si salí esta mañana para la plaza, i...

—Acabáramos! I cómo no decia eso la vieja tonta! esclamó don Marcelino abriendo la puerta. Diga Ud., prosiguió, que pongan la mesa porque traigo una hambre de todos los diablos... La conversacion con ese caballero me ha vuelto el apetito. ¡Lo que es tener educacion i cristiandad!

La *seña* Marta hizo lo que se le mandaba, despues de haber entregado a doña Trinidad una carta "en su propia mano" como venia puesto en el sobre.

Un cuarto de hora despues, fué llamado a comer don Marcelino. Antes de salir de su cuarto se preparó, frunciendo el entrecejo i dando a su cara un tinte acre i duro «para que las mujeres no lo vencieran», como decia él. Pero llegando a la mesa, encontró a su mujer i a su hija de mui diversa manera de como creia hallarlas. Aunque doña Trinidad tenia pintado el sobresalto en la cara, recibió a don Marcelino con muestras del mayor cariño. Lucinda estaba pálida; pero una graciosa sonrisa animaba su linda fisonomía. Cualquiera otro mas observador habria notado los esfuerzos de la madre i de la hija por parecer tranquilas; pero don Marcelino se dejó engañar por las apariencias, i pensó que aquello era efecto de las medidas severas que habia tomado. Su frente se desarrugó como por encanto; i como la visita anterior lo habia puesto alegre, se sentó a la mesa con la cara mas risueña del mundo.

—Vaya lo que son estas! pensó: la cerradura de la casa ha producido al fin su efecto. ¡Vale mucho tener encerrada a la mujer!

Pero no porque así pensaba, dejaba de comer. Tragaba i bebia como un Eleogábalo. Doña Trinidad i su hija se admiraban de verlo tan alegre despues de lo sucedido; i redoblaban por su parte sus agazajos, lo cual contribuia tambien a que don Marcelino creyese mas i mas en la virtud de la clausura para trasformar a las mujeres reacias.

—Ya dí en el *quid*, pensaba el buen hombre miéntras comia.

Teniéndolas encerraditas se han de componer, porque, en perdiendo la esperanza de que yo les afloje... Mira, niña, prosiguiò en voz alta, pásame el ají.

A la mitad de la comida, i cuando ya habia bebido algunos tragos de vino, dijo a doña Trinidad:

—Me agrada mucho verlas a Uds. tan razonables; i para probarles que no es tan bravo el toro como lo ponderan, voi a darles una buena noticia.

—¿Qué noticia es esa? preguntó la señora.

—Que acabo de hacer amistad con un personaje, un grande de España.

—¿Grande de España?

—Sí, mujer: caballero de Cárlos III: de alta alcurnia i de muchas campanillas... Me ha hecho el honor de llamarme su amigo... Echame otro poquito de *charquican* porque como le puse ají, me ha abierto la gana... Eso es: i cuenta con que el hombre ha sido casi ministro favorito de Su Majestad!

—¿Es algun viajero? preguntó tímidamente Lucinda.

—Nó, niña: pero creo que a la fecha ha recorrido muchas córtes... Si Uds. lo oyeran hablar! Encanta el hombre con sus palabras. ¡Qué educacion tan cristiana parece haber recibido! Ya se ve! un hombre que ha estado a pique de agarrar el mando en España... pásame el jarro con vino... i que habla a Su Majestad así como yo estoi hablando con Uds... No es nada; caramba!

I don Marcelino se echó al coleto un vaso lleno. Luego prosiguió:

—Me ha prometido venir a casa, i es preciso que lo reciban Uds. con todas aquellas atenciones que merece...

—No tiene Ud. necesidad de encargar eso a su mujer, don Marcelino, le interrumpió doña Trinidad.

—Basta que sea amigo de su merced, para que lo apreciemos, agregó Lucinda.

—¿No lo decia yo? pensó el viejo sonriendo: el remedio las ha puesto como una manteca. Esto es en el principio ¿qué será despues? Eso está mui puesto en órden, prosiguió en voz alta: mis amigos deben ser tratados por Uds. como yo mismo, especialmente éste que tanto honor nos hace con venir a nuestra morada. Uds. lo conocerán i verán bueno... ¡Caballero como aquel! Vamos al último traguito... Con su cruz en el pecho que da gusto, i luego tan decidor i bien hablado que encanta oirle... Uds. lo conocerán!

Don Marcelino estaba alegrísimo; i como habia comido i bebido bien, no dejó hablar a nadie: por manera que doña Trinidad i su hija no sabian a qué atribuir aquella inusitada amabilidad. Concluida la comida, quitaron los manteles, se rezó el alabado, i don Marcelino se fué a dormir la siesta mas satisfecho que nunca del buen resultado que a su juicio habia dado el espediente de hacer clavar las ventanas i echarle llave a la puerta de calle.

—Lo que son las mujeres! esclamaba acostándose en su cama: son como la lana que se esponja cuando se la apalea. No hai mas que sujetarles un poco la rienda para verlas contentas. ¡Las conozco tanto!

Pero el buen hombre se engañaba. La verdadera causa de la conducta de la señora la sabrá el discreto lector, si en vez de juzgar por las apariencias, como don Marcelino, se da el trabajo de leer el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XXXI

EL CLÉRIGO I EL FRAILE DE AQUELLOS TIEMPOS

> "Es preciso que la mujer no se deje ultrajar por un hombre torpe i grosero... Sepa sostener sus derechos, que tambien son sagrados; i sin negar obediencia al esposo, sepa conciliar su libertad con sus deberes."
>
> (J. A. TORRES.—*Educacion de la mujer.*)

A consecuencia de los últimos acontecimientos ocurridos en casa de don Marcelino de Rojas, la señora doña Trinidad formó la resolucion de escribir a su primo don Ramon Freire, con el fin de revelarle las diferencias entre ella i su marido, i pedirle al mismo tiempo la intervencion de su influencia para que no se obligase a Lucinda a tomar estado con un hombre a quien no podia amar. Solo el amor a su hija i el temor de verla infeliz, podia compeler a la buena señora a dar este paso, i así se lo decia a su primo, pues de otro modo no se habria nunca atrevido a hablar contra su esposo; lo cual debia creérsele desde que habia sabido sufrir en silencio toda una vida de martirio. Pero el jeneral estaba en aquellos dias en la provincia de Aconcagua; i como la pobre señora necesi-

taba un pronto apoyo, escribió a su confesor, frai Prudencio Alvarez, pidiéndole consejo sobre lo que habia de hacer.

Era el padre Alvarez un hombre instruido, de mucha conciencia i de irreprochable conducta, que por largo tiempo habia ejercido una soberana influencia en el convento de San Francisco. Pero desde que el padre Hipocreitía pisó los umbrales de la Casa Grande, notóse que el reverendo Alvarez habia decaido de su antigua preeminencia. Desnudo de toda ambicion, fuera de la de instruirse i ser útil a su comunidad, el padre Alvarez habia desechado várias veces el provincialato que sus amigos le ofrecian. Estos no habian podido conseguir otra cosa que hacerlo Definidor; i tanto este grado como el de Lector, le daban grande influencia entre los padres graves de la órden; influencia que el padre Hipocreitía no podia soportar, porque odiaba i temia al mismo tiempo a frai Prudencio Alvarez, en razon a sus aventajadas ideas i su talento para sostenerlas. Jamas discutia con éste, pues una vez que habia pretendido vencerlo en una reyerta teolójica, se habia visto avergonzado ante la comunidad, no pudiendo contrarrestar con sus sofismas los sólidos argumentos del sabio Lector. I en tal manera creció con esto el odio del jesuita, que desde entónces no cesó de insinuarse i de trabajar contra él en el ánimo del padre Provincial. Pero éste, que estaba acostumbrado a respetar la virtud i la ciencia del padre Alvarez, se oponia siempre a hacer nada que pudiera agraviar a un hombre que habia sido su maestro. Sin embargo, no se desanimó el constante jesuita; i tantos pasos dió, que al fin consiguió introducir la discordia entre su enemigo i el Provincial del convento. Una gran parte de la comunidad siguió el partido del padre Alvarez, entre los que se contaban sus buenos discípulos en filosofía; pero otros, animados por el jesuita que supo despertar entre ellos ciertas ambiciones, se revelaron i empezaron a hablar mal de su antiguo Lector.

Pero lo que mas molestaba al monárquico jesuita, eran las ideas republicanas de frai Prudencio, quien se manifestaba siempre liberal, no solo por su carácter bondadoso i abierto, sino por sus convicciones. Como miembro de la comunidad franciscana i como Lector de filosofía, habia tratado siempre de fomentar entre los padres i entre sus discípulos, las mas puras ideas que poseia sobre la libertad i dignidad del hombre. Por esta razon era mirado por muchos individuos del clero secular como un sacerdote refractario, cuyo ejemplo no se debia seguir. El hábil jesuita esplotó esta cir-

cunstancia en perjuicio de su enemigo, i aun se atrevió a insinuar entre los mas fanáticos, que las ideas del padre Alvarez eran mui poco cristianas, i que no sabia cómo seguia siendo Lector de filosofía en el convento, un hombre que creia como un dogma la soberanía popular.

No estrañe el lector que en un fraile de aquellos tiempos se encontrasen ideas republicanas. Verdad es que el clero chileno, i en jeneral todo el clero hispano-americano, era monárquico; pero habia una gran diferencia entre el clero regular i el secular. Miéntras que éste se manifestaba acérrimo enemigo de la causa de la independencia americana, era mui fácil encontrar en aquél, frailes amigos de la libertad. No parecia sino que las ideas democráticas se hubiesen refujiado en los conventos, i talvez ello era porque allí vivia el fraile como en una república. Miéntras que el clérigo estaba acostumbrado al sistema opresor, no solo del réjimen civil, sino del eclesiástico que le imponian sus jefes i prelados, el fraile gozaba de la libertad de elejir los suyos: por manera que siglos ántes de que el país fuese libre, los conventos presentaban una especie de ejemplo del gobierno republicano, con sus definitorios, sus elecciones i capítulos. Por otra parte, los individuos del clero secular pertenecian por lo comun a familias encumbradas; miéntras que en las comunidades veíase sacerdotes de los mas comunes apellidos; no siendo difícil que un muchacho de la mas humilde condicion llegase a ordenarse, i lograse subir con su trabajo i su talento a dignidades de que solo el nacimiento era merecedor entre los clérigos. Hé aquí por qué jeneralmente el fraile cumplia mejor con su mision de sacerdote i de apóstol. Para él estaban reservados los trabajos mas duros; al paso que el clérigo se llevaba casi siempre los honores i distinciones. Si habia que auxiliar a un moribundo a deshora de la noche, el pobre corria a las puertas del convento buscando confesor. Si era preciso dar una mision en lugares desamparados, ahí estaba el fraile siempre dispuesto a la obra. Al clérigo le quedaba el servicio de los monasterios, los oratorios de las grandes casas, las confesadas de la alta nobleza, las prebendas, los ascensos, las distinciones i las capellanías que las familias ricas instituian en su favor. Vestido de ricas telas, viviendo bien, comiendo mejor, el clérigo con mui honrosas escepciones, no se hombreaba casi nunca con el pueblo, a quien despreciaba; al paso que el fraile, con su hábito burdo, estaba siempre entremezclado con

las últimas clases, a quien servia i de cuyas limosnas vivia las mas veces en sus conventos de campo.

El democrático fraile, despreciando el agua i el sol, recorria la campaña, iba a consolar al pobre en su rancho, i a fuerza de hombrearse con los hombres de todas las condiciones i de entremezclarse con la miseria, podia comprender mas bien las lágrimas de los oprimidos; lágrimas que no llegaban al endurecido corazon del clérigo aristocrático, poderoso, altivo, amigo del lujo i de la buena vida, regalado i mimado por las mas encumbradas familias del país.

Perdónesenos esta digresion, i tomemos el hilo de la historia.

Frai Prudencio contestó inmediatamente la carta de doña Trinidad, i entre otras cosas le decia:

"Ud. señora, no ha hecho bien en contrariar abiertamente la "voluntad de su marido, recibiendo contra su órden al jóven por "las ventanas de la casa. No quiero decir por esto que don Mar- "celino tenga razon en oponerse al matrimonio de Lucinda con "Anselmo, ni mucho ménos que Ud. haya de obedecerle en cuanto "a lo de imponer a su hija un marido que ella rechaza. Por sagra- "da que sea la autoridad de un padre, no alcanza a tanto. La niña "está en su derecho al no aceptar el marido que su padre le pro- "pone, i aun en admitir en su corazon al jóven que cree en su "conciencia digno de darle su mano. Ud. misma está en el deber "de fortificar el alma de su hija, i de hacer por todos los medios "cristianos que Lucinda no se case con quien no ama, porque de "este modo no podrá adquirir en este mundo la tranquilidad que "ha menester para servir a Dios, único fin de nuestras aspiracio- "nes, cualquiera que sea el acto que practicamos en la vida. El "matrimonio es una fuente de bendicion cuando une dos corazones "que se corresponden, i es talvez la raiz de los males sociales cuan- "do se contrae entre dos personas que no pueden vivir unidas. "¿Cómo podrán formar un solo cuerpo dos entidades que se repe- "len? Dígole esto para manifestarle mi aprobacion por los fines "que la han impulsado a obrar. Pero así tambien le diré, que no "puedo ni debo aprobar los medios de que Ud. se ha valido. Una "mujer bien nacida no debe contrariar abiertamente a su esposo, ni "aun cuando ella tenga razon, sino tratar de hacerlo marchar por "el buen camino, valiéndose de la dulzura que tan bien sienta en "las personas de su sexo.

"Miéntras mas contrario a la razon se muestre su marido, mayor

"debe ser la paciencia de Ud. para sobrellevarlo, i mas grande su "dulzura para suavizar su jenio, a lo cual está obligada toda mujer "cristiana. Porque, señora mia, si debemos amar i mirar con cari- "dad a todos nuestros prójimos, aunque nos hagan daño ¿qué no "deberá hacer una mujer con su esposo, por malo que sea?

"El marido es la cabeza de la mujer. Dios le ha dado la direc- "cion en el matrimonio, i la sociedad lo hace responsable de los "descarríos de la familia. Justo es, pues, que conserve siempre, "aunque a veces no sea mas que la apariencia del mando, "porque tal es el órden de la naturaleza. Gran desgracia es dar "con un marido caprichoso; pero es todavía mayor en una mujer, "no saber ceder cuando conviene guardar las apariencias siquiera, "a fin de obtener poco a poco lo que no es bien querer arrancar por "la fuerza. El arte de toda mujer prudente consiste en saber callar "i en no irritar jamas a su esposo con palabras inconvenientes, por "razonables que sean; i todos sus conatos deben dirijirse a poner "de manifiesto que su marido tiene razon siempre, porque la honra "de la mujer es la dignidad del marido, i el descrédito de éste se "refleja en ella i en toda su familia...

"Acuérdese Ud. de que ahora que se trata del establecimiento "de su hija, está en el deber de darle el mejor ejemplo de sumision, "obediencia i respeto a su esposo. Por justos que sean los motivos "que Ud. haya tenido i tenga para desobedecer a don Marcelino, "su deber de madre le manda obedecer en todo lo que no sea peca- "do, para que la niña aprenda prácticamente a portarse cristiana- "mente con el esposo que Dios le dé. No se puede decir delante de una "niña sin esperiencia del mundo, que hai casos en que debe impo- "ner su voluntad a su cónyuje, porque mui bien puede ser que, "andando el tiempo, ella crea en cualquiera de sus caprichos, llega- "do ese caso. Ha de saber Ud., que somos mui inclinados a mirar "como estraordinario todo lo que nos sucede; i miéntras aplicamos "la regla jeneral para los demas, nos persuadimos de que somos la "escepcion... No le digo esto porque la crea capaz de obrar de otro "modo: conozco la bondad de su carácter, i sé mui bien que obrará "segun los dictados de la relijion i de la prudencia.

"Háblole así para fortificar su corazon, que, aunque lleno de "caridad i de un amor abnegado, necesita de apoyo en las tribula- "ciones. ¿Quién no ha menester de apoyo en este mundo? No le "habla Ud. el director de su conciencia, sino el amigo que siente "sus penas i que llora con Ud. Dios no desatiende jamas al que le

"ruega. Ofrézcale sus padecimientos: eleve su corazon a sus lábios "i hable con él. Tenga fe en que existe la justicia, a pesar de cuan-, "to se obre en el mundo contra ella; tenga esperanza en que Dios "atenderá las justas aspiraciones de un corazon sano, i mire con "caridad a quien se oponga a esas aspiraciones, mayormente si ese "estorbo es su propio esposo. Considere que nada puede haber "cumplido en este valle de lágrimas, i que todos los males que "nuestro Señor nos envia, no deben ser mirados sino como medios "para hacernos dignos de otro mundo mejor. El, que cargó pacien- "temente con su cruz, exije con justicia que los mortales tengamos "tambien paciencia para llevar la nuestra. Ah! señora mia! I ¿quién "será el que pueda decir que no la tiene?".....

.....

Tal era, poco mas o ménos, lo que el buen sacerdote decia en su carta.

En una posdata agregaba:

"Celebro que Ud. haya impuesto al señor don Ramon de todo "lo ocurrido, i siento mucho que él no esté en Santiago para que "ponga algun remedio. Yo tambien le escribiré por mi parte; i en "llegando aquí, iré a verlo sin tardanza. Miéntras tanto, Dios le "dé a Ud. paciencia i resignacion.".....

.....

A esta carta debió, sin duda, en gran parte don Marcelino, el buen recibimiento que su mujer i su hija le hicieron aquel dia.

CAPÍTULO XXXII

MOTILONI EN CASA DE DON POLICARPO

«Al que ata mucho la plata
El diablo se la desata.»

(Refran del pueblo.)

Apénas el italiano se hubo separado de don Marcelino, cuando se volvió al Café; i despues de hacer medio dia suculentamente, se dirijió al cuartito en donde vivia, situado en casa de una señora de la calle del Puente. Curóse la herida con los remedios que la curandera del barrio le habia recetado, i echó a andar por la calle de San Pablo en direccion de la ya conocida "Casa Vieja." Algun móvil poderoso impulsaba a aquel hombre, cuya actividad era de causar asombro a cualquiera; i no parecia sino que una idea fija le hiciera olvidar su enfermedad. En poco rato estuvo en casa de don Policarpo. Golpeó, i el avaro en persona salió a recibirlo.

—Oh! mi señor Motiloni! esclamó Tragantilla disimulando su intranquilidad, porque nada de bueno esperaba cuando veia al padre Hipocreitía o al italiano.

—Seré breve, señor don Policarpo, dijo éste presentándole una carta, porque no quiero abusar de su bondad quitándole el preciosísimo tiempo que Ud. dedica a sus laudables tareas. El reveren-

do, nuestro comun amigo, prosiguió con voz almivarada, me ha entregado ayer esta esquelita para Ud.

Abrió don Policarpo aquel papel i lo leyó temblando como un reo que leyera su sentencia de muerte.

—Aquí me habla el padre, dijo, de unos setecientos pesos.

—Se equivoca Ud.; son ochocientos pesos los que el reverendo me debe, i los mismos que espero me pague Ud. con sus respectivos intereses.

—¿Con sus intereses ademas? De veras que el santo relijioso parece querer burlarse de mí! ¿Soi acaso su cajero para...? Pero nó: quiero decir, que esto es ya demasiado... En estos últimos meses ha llevado ya mas de dos mil pesos largos. ¿Qué hace el padre con tanta plata?

—Lo ignoro. Lo que sé es que me debe. Ya sabe Ud. que quien debe paga.

—Pero ¿debo yo algo a nadie?

—Yo no sé nada. Repito que quien debe paga. El padre me debe i me ha dicho que Ud. me pagará... Si Ud. protesta....

—Yo protesto de... quiero decir: no es que proteste sino que... lo que digo es... ¿de dónde sacaré yo tanto dinero como reza este papel?

—Pues entónces, no pague Ud., i santas pascuas, dijo el italiano riendo.

—I Ud. se contentaria con eso?

—Pues no me he de contentar? Mi dinero gana un regular interes; i tanto me da que se me cubra hoi como mañana, porque como al fin se me ha de pagar...

—Sí, se le ha de pagar... es decir que yo se lo he de pagar, porque esta es la verdad! esclamó furioso el avaro.

—Entónces, tanto mejor para mí: veo qne mi plata está en buenas manos i la dejo al mismo interes...

—Eso no es dejarla sino arrancarme el alma a pedazos, dijo el avaro con voz compunjida.

—Ya le digo que yo me avengo a todo: por mí no hai dificultad. Si Ud. quiere seguir pagando intereses, no seré yo el que moleste a mi señor don Policarpo. Me voi por donde he venido, i tan amigos como ántes, señor mio.

—Amigos! refunfuñó el avaro: si te viera freir en aceite, yo atizaria el fuego, gringo hereje!

—Ya ve Ud. que yo no soi exijente. Devuélvame la carta, i asunto concluido.

—Pero dígame como si fuera a confesarse: ¿está Ud. seguro de que el padre le debe una suma tan grande?

—Pues no he de estarlo, hombre de Dios! ¿No ve Ud. que él mismo lo confiesa bajo su firma?

—Es que su reverencia es capaz de confesar...

—Hasta a las beatas, ya lo sé, le interrumpió Motiloni soltando una carcajada.

—I se rie, refunfuñó el avaro, a quien se le hacia duro creer que álguien pudiera estar alegre en aquel momento. ¡Habrá suerte como la mia! Yo junto plata para que él se la coma!

—¿Se ha decidido Ud?

—Estoi decidido.

—A qué?

—A entregarle a Ud. la mitad... En este momento no tengo en caja...

—Pero, hombre! ¿No le digo que si lo quiere, no me dé nada? Prefiero seguir ganando intereses por el todo. Le aseguro que yo no he menester de ese dinero...

—¡Seguir cobrando intereses!... Ya entiendo. I ¿qué interes es el que cobra Ud. por esta suma?

—El uno i medio: yo soi cristiano.

—¡El uno i medio! ¡Qué herejía! ¿No sabe Ud. que la usura es una cosa digna de reprobacion?

—Pues yo sé que Ud. cobra el dos por ciento, mi señor don Policarpo.

—Pero, hombre!...

—Fuera de los negocillos que hace por ahí de pescar un real por cada peso a los pobres que vienen a pedirle sobre prendas...

—I eso ¿qué le importa a Ud? esclamó colérico don Policarpo... Cada cual gana la vida como Dios le ayuda.

—Dígole eso para probarle que no es un exceso el interes del uno i medio por ciento.

—Pues yo sostengo que es cosa inaudita; ese es interes de judio...

—En fin, don Policarpo, no hablemos mas, le interrumpió Motiloni. ¿Me paga o me llevo la carta?

—Pues llévese Ud. la carta, ya que no quiere bajar en los intereses.

—Tanto mejor, porque despues la encontraré mas gorda, contestó el italiano tomando el papel.

—Traiga Ud. la carta i sígame, dijo entónces el avaro, haciendo un esfuerzo i echando a andar seguido de don Pablo.

Entraron a la tienda de Tragantilla, i éste, con mano convulsiva sacó el dinero de su caja, lo contó i dijo:

—Ahí tiene Ud. su plata. Fírmeme el recibo... Voi a hacerlo.

—Nada mas justo, dijo flemáticamente el italiano, firmando despues de leer el recibo que habia hecho Tragantilla.

Dicho esto, tomó el dinero i salió diciendo:

—Adios, amigo mio. ¡Vaya que es trabajo grande esto que lo reciban mal a uno cuando viene a cobrar lo que es suyo!

—¡Lo que es suyo! repitió entre dientes don Policarpo: a estos condenados les parece que es de ellos cuanto yo atesoro... Pero en cuanto me pueda safar de su tutela, los echo a mil diablos i me voi de aquí... ¡Por nuestra Señora de Andacollo! No es vida la que me hacen pasar!... Nó, no señor; no es vida! esclamaba sudando el avaro i dando dos vueltas a la llave de su caja: «me voi de Santiago!»

Miéntras tanto Motiloni iba acariciando el talego debajo de su capote de barragan. Al enfrentar a una taberna cercana a la plazuela, llamada El bodegon de Juan Diablo, entró i preguntó por el dueño, quien sin duda lo esperaba, pues al momento salió con la cara llena de risa a recibirlo i lo llevò a su cuarto interior, miéntras su digna esposa quedaba sirviendo a los parroquianos de que la taberna estaba llena.

Poco rato despues, se vió salir a Motiloni que parecia venir sin el saco debajo del capote. Al despedirse del tabernero, le dijo al oido: «prométales que se les dará otro tanto si el negocio se acierta.»

El otro no contestó mas que con cierta sonrisa i guiñando el ojo maliciosamente.

CAPÍTULO XXXIII

LA MERIENDA POLITICA

«Chicos, apretad los puños,
Porque en cualquiera eleccion,
El que la gana es un héroe,
I el que la pierde un bribon.»

El Ermitaño.

Sin duda que Juan Diablo era hombre de altas relaciones sociales, pues que no bien hubo salido Motiloni del bodegon, cuando entró allí un caballero embozado hasta los ojos en su capote.

—Amigo Juan, dijo en voz baja ¿cómo vá la compra de votitos?

—A las mil maravillas, señor, respondió el bodegonero, aunque ahora se ha puesto un poco *matrera* la jente, i es preciso *manguearlos* como quien caza perdices.

—Pues entónces, *manguéelos* Ud., i cace votos, porque de ahí depende el afianzamiento de la relijion, la honra de Dios i el provecho...

—De los nuestros... sí, señor; ya se me ocurre, interrumpió el bodegonero.

—Nó, hombre, replicó el caballero del capote: quiero decir, el provecho i felicidad de la patria.

—Ah! Sí, señor, de la patria: pero le diré a Ud. que ya el dinero se me ha concluido.

—¿Cuántos votos tiene?

—Creo que han de alcanzar a ochenta, pero he tenido que comprar por aguardiente mas de la mitad.

—Aquí tiene Ud. mas dinero, dijo el del capote, pasando a Juan Diablo un bolsillo que parecia pesado.

—A tiempo llega, respondió el bodegonero tomando prontamente la bolsa, porque pienso armarles un *guahí*...

—¿Cómo es eso?

—Ha de saber señor, que hai algunos que no largan el voto ni a fuego, por mas que se les predique. Otros tienen miedo de votar contra el gobierno, i no venden su voto por ninguna plata; pero emborrachándolos, aflojan al momento. Por esto, he pensado armarles esta noche una merienda, en la que caerán como moscas, porque se les dará de beber hasta ponerlos en el punto conveniente, que es cuando aflojan la pepa. Casi todos son buena jente, es decir, abasteros i recoveros...

—Pero es preciso hacerlo todo eso con órden.

—Sí, señor, con órden.

—Que no haya pendencias.

—Nada, nada de eso: yo soi hombre pacífico. Van a venir muchos caballeros a la merienda, i tendremos tambien niñas cantoras, i...

—I sobre todo, interrumpió el encapotado, acuérdese Ud. de que ya se le ha pagado su trabajo, fuera de lo que se le pagará despues, Por consiguiente, todo el dinero que le dejó ayer Pedro José i el que yo le dejo ahora, es para que Ud. compre votos de una manera honrada... ya Ud. me entiende.

—Sí; comprendo, señor. Yo soi hombre que tengo relijion i temor de Dios; i sé mui bien lo que es mio i lo que es ajeno; no lo habia de decir yo...

—Creemos que Ud. es hombre de bien, interrumpió el del capote i por eso es que le hemos dado esta comision de confianza.

—Muchas gracias, señor don Antonio.

—Por lo mismo, es menester que Ud. la cumpla cristiana i honradamente.

—Eso mismo digo yo; porque ¡gracias a Dios! no soi un judio para mermarles la medida. ¡Si Ud. viera las *largonas* que les doi

cuando les mido el licor, sobre todo cuando ellos truecan el voto por aguardiente o chicha! Ya verá Ud. esta noche si viene a la merienda.

—Yo no puedo venir, porque...

—Estará el cuarto lleno de caballeros; i don Pedro José me encargó que le dijera...

—Dile a Pedro José que con mucho gusto vendria, pero no puedo faltar esta noche a la novena que estamos siguiendo al Niño Dios de las Capuchinas, observó el otro.

—Ah! ese es otro cuento! pero yo decia...

—Nó, nó; basta que les dé mi dinero, dijo con firmeza el caballero del capote. Tenga Ud. mucho cuidado con la policía, porque las jentes del gobierno...

—Ya sé que los vijilantes i serenos andan *ojo al charqui*; pero no se le dé nada, porque yo los tengo mui *tanteados*; i sé que, en dándoles un par de tragos, se les cierran los ojos. El vizco me ayuda en esto que es maravilla... I a propósito del vizco, este muchacho trabaja del dia a la noche por la causa de la relijion: así es que si me diera permiso para *untarle la mano*...

—Puede Ud. gratificarlo con el dinero que se le ha dado.

—Muchas gracias, señor, por mi parte, dijo el bodegonero con la mas encantadora bonhomía; porque si Ud. no me diera licencia para sacar plata de esta bolsa, yo tendria que pagarle al vizco con mi propio dinero; i no es caridad que un pobre como yo...

—Dele Ud. lo que crea justo.

—Por supuesto! Ni un cuartillo mas... aunque quiero al muchacho como si fuera mi propio hijo; i muchas veces le he dicho a mi mujer: mira, Nicolasa....

—Bueno, pues: lo que ahora importa es trabajar con actividad i constancia, para que no gane las votaciones este gobierno de estranjeros.

—Así se los digo a todos: si el gobierno gana, vale mas ser gringo que chileno.

—I han de saber que lo que el Presidente Pinto quiere es llevar el Congreso diputados herejes para hacer leyes contra la relijion i los sacerdotes.

—¡Jesus, María i José! esclamó Juan Diablo haciéndose cruces sobre el pecho. ¡Dios nos tenga de su mano!

—Amen! respondió el caballero del capote, retirándose.

El bodegonero acarició el bolsillo de dinero que tenia debajo del

poncho; i, llamando a su mujer hácia un rincon del despacho, se lo entregó cautelosamente.

—Toma, Nicolasa, le dijo en voz baja. Guarda esta platita junto con la otra que te entregué ántes de ayer.

—Vengan aguaceros como éste, respondió la digna consorte de Juan Diablo, yéndose a guardar la bolsa miéntras el bodegonero se quedaba en el mostrador despachando a algunos parroquianos.

En seguida llamó a su amanuense para dejarlo en su lugar; i él se fué a preparar, acompañado de la buena Nicolasa, todo lo necesario para la merienda, que tan buena cosecha prometia.

—Ya sean los pelucones o los liberales los que ganen, decia Juan a su mujer, lo que a nosotros nos importa es vender todo nuestro aguardiente.

—Así es, respondió ella, sin dejar de trabajar ¿qué nos importa que ganen ellos, si nosotros no ganamos?

—Has hablado como un libro, mujer; i Dios te me guarde muchos años, porque no tienes un pelo de tonta. Dime ¿te acordaste de ponerle agua a la cuba del rincon?

—Encargarme a mí esas cosas! esclamó riendo la injeniosa Nicolasa. ¡Con decirte que a la tercera vez que bauticé el aguardiente de esa cuba, se me llegó a hacer escrúpulo!

CAPÍTULO XXXIV

DON CATALINO CAE EN LA TRAMPA.

«Aquí me las pagarás
Todas juntas, basilisco,
Pues yo te preguntaré
Ahora, cuántas son cinco!
Que esta vez no te me has de ir,
Sin darte tu merecido;
Para que otra vez no seas
Mal hablado i mal amigo!

(Corrido antiguo.)

Motiloni se habia dirijido a su cuarto; i entrando en él, echó llave por dentro i se sentó a leer unos papeles que sacó del bolsillo. Aquel hombre de fierro, a pesar de no haber parado en todo el dia, parecia no estar fatigado. Despues de haber leido varias cartas i hecho algunas apuntaciones, se quitó la peluca, dejando ver una venerable calva, i dando un suspiro que no es posible saber si era de satisfaccion o de cansancio, dijo:

—¡No se ha perdido el dia!

En esto sintió que golpeaban la puerta de su cuarto, i entónces se puso apresuradamente su peluca. Los golpes se repitieron con mas fuerza, i Motiloni oyó la voz de Gacetilla que decia:

—Soi yo, amigo mio, que vengo a saber de su salud: abra Ud!

En aquel instante pasó por la mente del italiano una idea que quiso sin duda poner en práctica; i levantándose de su asiento, abrió la puerta.

¿Cómo está Ud., mi buen amigo? ¡Gracias a Dios que lo veo fuera de peligro! esclamó don Cátalino.

Motiloni, sin contestar una palabra volvió a cerrar la puerta i guardó la llave en su bolsillo.

—¿Qué significa esto? preguntó asustado Gacetilla.

—Pronto va Ud. a saberlo, contestóle don Pablo con voz hueca.

I sacando del cajon de la mesa, una pistola agregó:

—Voi a matarlo a Ud.

—¡Socorro! gritó don Cátalino poniéndose de mil colores ¡Este hombre está loco! ¡I la puerta con llave, i yo..!

—No grite Ud. en balde, porque nadie le oirá, le interrumpió pon Pablo gravemente.

—Desde los sucesos de aquella noche, me he convencido de que el asesino que me hirió, venia mandado por Ud. Por eso fué que Ud. me sujetó cuando yo queria venirme...

—Santo Dios! I ¿puede creer Ud. eso?

— Tengo mil razones para creer que Ud. ha querido asesinar m por otra mano.

—¡Hombre! si no soi capaz de matar una mosca! esclamó don Catalino.

—Digo que por ajena mano. Me lo han dicho.

—I ademas, dijo Gacetilla, Ud. es un amigo a quien aprecio tanto!...tanto!

—Se echa de ver en eso de haberme abandonado cuando el asesino me hirió.

—Vaya! si no estuvo en mí, decia jimiendo don Cátalino... Yo huí sin saber lo que hacia, porque como soi así... tan nervioso... Es cosa que a veces me sucede... Pero le juro a Ud., que cuando lle gué a casa i me rehice, lo primero que pensé fué en el peligro en que Ud. quedó... Calle la boca! un hombre como Ud. a quien quiero como a las niñas de mis ojos!... ¡Presumir que yo haya tratado de atentar a sus dias.

—Pues estoi en lo dicho... Al principio formé el proyecto de matarlo a Ud. como un perro; pero para que vea que soi hombre de honor, aquí tiene Ud. dos pistolas... Elija Ud.!

Diciendo esto, Motiloni sacó otra pistola del cajon, i presentó las dos por la culata a Gacetilla.

—I ¿para qué he de elejir? dijo éste.

—Para que nos batamos, contestó sepulcralmente Motiloni...

—¡Pero si yo soi hombre de paz!

—¡I ha de ser a muerte!

—Pero señor! si yo lo quiero mucho a Ud.

—Eso es una mentira. Elija pronto o si no...

—Válgame Dios. ¿No sabe Ud. que la relijion prohibe el duelo? Yo estoi pronto a darle a Ud. todas las esplicaciones que quiera, amigo mio!

—Vaya pues: si Ud. no quiere batirse, voi a matarlo como habia pensado... No es culpa mia!...

Motiloni parecia estar furioso: Gacetilla temblando se arrojó a sus piés; i al sentir lo frio del cañon de la pistola sobre su frente, esclamó;

—Don Pablo por el amor de Dios! no mate a un hombre en pecado mortal! I luego prosiguió maquinalmente:—"En tus manos señor, encomiendo mi alma, mi espíritu, mi..."

Motiloni hizo entónces como que reflexionaba, i alzando la pistola, dijo a Gacetilla:

—Levántese, amigo don Catalino, i no eche en olvido lo que acaba de ver. Se ha librado Ud. de una i buena. Ud es mui hablador; pero tenga entendido que si pronuncia una sola palabra acerca de lo ocurrido anoche...

—Oh! pierda Ud. cuidado, le interrumpió Gacetilla: ántes hablará un muerto que yo.

—Ya que Ud. no es el asesino, agregó don Pablo gravemente, lo será otro: i es preciso descubrirlo.

—Yo le ayudaré, señor don Pablo.

—El modo de ayudarme es quedarse en silencio... Yo trabajaré por descubrirlo.

—¡Dios quiera que lo consiga!

—Pero si Ud. habla i hecha a perder mis planes, le prometo matarlo, como tres i dos son cinco.

—Máteme diez veces si hablo, dijo Gacetilla.

—Con una vez me basta, le contestó el otro.

—I a mí tambien, agregó don Catalino, volviendo a sú natural buen humor. Pero ¿cómo puede Vd. haber creido que yo...?

No hablemos mas de esto, le interrumpió el italiano poniendo las pistolas sobre la mesa.

—Bueno, pues, no hablemos mas... Pero lo que yo estraño es... Me quedaré callado... Sin embargo, no era regular que Ud. creyese que yo... Eso es: no hablemos mas... Es lo mejor; porque esto es para volverse loco... ¡Querer yo matarlo a Ud. mi buen amigo, mi!...

—Ya le he rogado que no quiero oirlo hablar ni aun a solas sobre este asunto, le interrumpió Motiloni con voz áspera.

Calló Gacetilla, pero las palabras le reventaban en los lábios. La tortura en que aquel hombre se hallaba por no poder hablar sobre lo que tanto le afectada, era casi mayor que la del temor de la muerte. De repente esclamó como para distraerse a sí mismo:

—I habia olvidado la noticia que traia en la punta de la lengua!

—¿Que noticia?

—La revolucion que se está fraguando, pues hombre!

—No me importan esas noticias, yo no soi de este país, dijo Motiloni haciendo un jesto de disgusto.

—Pero es el caso que la cosa está hecha, segun se dice... Han repartido plata que es un horror!

—Sí? I a mí ¿qué me importa eso?

—¿De veras? Dicen que han comprado tres batallones con oficiales i todo. Yo no puedo creerlo; pero cuando uno ve las cosas...

—I ¿qué cosas ha visto Ud.?

—No es nada lo del ojo! Esta mañana andaban en pandilla los soldados borrachos por esa calle de San Pablo, renegando del gobierno, porque dicen que no se les paga su sueldo... En la Cañadilla acaba de haber una pelotera *de las de no te muevas*... I ahora acabo de ver por mis propios ojos, que el bodegon de "Juan Diablo" está llenito... Dicen que Juan Diablo anda metido en esto, i que lo han visto repartir plata i dar de beber a los revoltosos... Pero si lo pillan, yo no le arriendo las ganancias.

Mientras Gacetilla hablaba de este modo, el italiano sentado en una silla de vaqueta, con la cabeza echada sobre el respaldo i los ojos medios cerrados, parecia no oirle. Cualquiera al verle en aquella abandonada posicion, habria creido naturalmente que no tenia ningun interes en saber nada de lo que don Catalino decia. Este proseguia su charla como para distraerse a sí mismo de la fuerte impresion que acababa de recibir, cuando fué interrumpido por el italiano, quien dijo secamente:

—Ya le he dicho a Ud. que a mí nada me importa todo eso, puesto que soi estranjero.

—Yo creia que Ud. tenia interes en saber noticias, dijo don Catalino, dudando si proseguiria su pesada cháchara.

—En otras circunstancias podria ser mui bien que me entretuviesen esas mentiras, replicó Motiloni levantándose de su asiento; pero ahora me duele algo mi herida i quisiera echarme a la cama algunas horas.

Dicho esto, abrió la puerta del cuarto. Don Catalino entendió la indirecta; i tomando su sombrero, se despidió del italiano i salió a la calle. Como no tenia con quien hablar, iba refunfuñando entre dientes:

—Caramba! De buena me he escapado hoi! ¡Qué italiano tan arrebatado! Casi me mata...! I talvez me habria muerto este hereje, sino fuera por el escapulario que llevo al cuello... Sí señor!... ¡Ha sido un milagro patente! Soi tan devoto de mi señora del Cármen!

Diciendo esto, apretó contra su pecho una medalla de la antedicha advocacion de la Vírjen, que llevaba colgada al cuello junto con el escapulario.

—I lo peor es, proseguia, que si digo alguna palabra, este diablo puede vengarse de mí... Vaya! Estoi verdaderamente en una posicion bien difícil... ¡Tener que quedarme callado!... ¡Tener que tragarme mis propias palabras!

CAPÍTULO XXXV

EL BODEGON DE JUAN DIABLO

«No eras tú, libertad, la que rejias
Pueblo tan cruel, en tan siniestras horas!
Tú, de su suelo criminal huias,
De sus luchas de muerte asoladoras;
I él contaba sus crímenes por dias,
Sus escenas de sangre aterradoras:
I el pueblo era el verdugo de sí mismo
I del error se hundia en el abismo.»

(C. W. Martinez.)

Gacetilla habia dicho la verdad al aseverar a Motiloni que el populacho de los suburbios de Santiago estaba revuelto. Algun móvil oculto dirijia la accion de la máquina popular, pues la efervescencia que se notaba carecia del carácter de espontaneidad. Bandadas de muchachos capitaneados por hombres de ruin aspecto se entretenian en recorrer el Tajamar i la caja del Mapocho, gritando de vez en cuando: "¡Mueran los herejes!" "Viva la relijion!" Separábanse i volvíanse a reunir los diversos grupos, ya para alentarse con sus gritos descompuestos, ya para enviarse mutuamente granizadas de piedras. A veces parecian enemigos que se buscaban para combatir; otras veces se asemejaban a partidarios que buscaban un

enemigo comun. Nada faltaba en estos diversos grupos para hacerlos repugnantes: hombres harapientos, muchachos medio desnudos i mujeres sucias i desgreñadas. De vez en cuando se solian introducir por las calles de la ciudad, partidas de cinco o seis, formadas de los mas atrevidos. Casi todos llevaban dinero, porque entraban al primer bodegon que encontraban i pedian aguardiente. ¿De dónde habia salido ese dinero que aparecia como esparramado de repente en tales manos? Tal era la pregunta que muchos se hacian. Otros no se cuidaban de averiguar el oríjen de la plata, i se contentaban con beber el aguardiente con que los regalaban los mas afortunados.

A medida que se iba acercando la noche, se iba tambien aumentando aquella especie de irrupcion de bárbaros venidos de la Chimba. Las libaciones continuadas producian su efecto: oíase aquí, allá i mas allá, juramentos, vivas a la relijion, palabras obscenas i amenazadoras. Aquella feroz alegría, que tanto se parecia al sordo ruido que anuncia una tempestad, iba siendo mas i mas comunicativa. De los grupos de los bebedores ambulantes, pasó a los moradores de las calles que aquellos recorrian; i en muchas partes, los vecinos prudentes creyeron que debian cerrar i atrancar bien sus puertas de calle, tan pronto como vino la noche.

Pero donde la ajitacion tomó un carácter sério, fué en la calle de San Pablo. El bodegon de Juan Diablo parecia ser el punto de cita de la multitud, segun estaba lleno de jente alegre. El cuarto del despacho se encontraba tan repleto, que le habria sido imposible a cualquiera abrirse paso hasta el mostrador. Pero lo que mas admiraba a todos, era que Juan Diablo, tan poco complaciente de ordinario, lucia aquella noche una jenerosidad inusitada. Solo a uno que otro exijía de contado la paga del licor que consumia. La mayor parte bebia al fiado. ¿Cómo no habian de estar todos contentos? "¡No Diablo se ha vuelto santo!" gritaba la multitud, pronta siempre a canonizar al que da, i sobre todo al que da de beber.

El amanuense del bodegonero era un muchacho de catorce a quince años de edad, de mirada maligna, a quien llamaban el Vizco (por tener un ojo al traves) de jenio travieso e intenciones no ménos torcidas que la mirada del ojo malo. Era, como suele decirse, el alma del despacho; i con sus palabras maliciosas i sus truhanerías, tenia entretenidos a todos. No estaba sosegado un momento: iba i venia, ya diciéndole una chuscada a una mujer; ya trayendo i llevando chismes entre dos que queria poner mal, a fin de tener

el gusto de verlos darse de puñadas; ya haciendo beber a uno aguardiente con ají; ya dejando a otro de espaldas por quitarle el banquillo en que iba a sentarse, etc. I las jentes reian i gozaban; por lo cual Juan Diablo decia rascándole la cabeza:

—Este vizquito es mui llamadero de jente.

En un cuarto contiguo al despacho se oia el ruido i la vocería de una chingana. A este *sancta, santorum*, solamente los iniciados podian ser admitidos. En cuanto a la jente profana, contentábase con oir de vez en cuando las tonadas a rabel i guitarra entremezcladas de risotadas, gritos i aplausos estrepitosos.

Hundíase el bodegon de Juan Diablo al ruido de la aguardientosa vocería, cuando un tumulto, que se dejó sentir en la calle, llamó la atencion de los concurrentes.

—¿Qué es eso? preguntó el bodegonero.

—Son unas cuchilladas, *ño* Juan, contestó uno apurando su vaso.

—Cuchilladas? Eso si que no lo permito!... Aquí en mi bodegon se bebe con órden... Voi a ver qué es eso!

Diciendo esto, el bodegonero se dispuso a salir con el fin de averiguar la causa del ruido; pero no le fué posible conseguirlo, en atencion a encontrarse la puerta verdaderamente obstruida.

—No salga, *ño* Juan, le observó otro de los ménos borrachos: mire que creo que es Miguel Turra que esta tarde andaba con el alma atravesada, i...

—I ¿qué me importa a mí que sea Miguel o el demonio? le interrumpió Juan, pugnando por salir.

En aquel momento se dejaron oir en la calle algunas voces de mujer:

—¡Jesus María!

—¡Ya lo mató!

—¡Se desgració el pobrecito!

—¡Si estaria en pecado mortal!

—¡Que vayan a buscar a la médica!

—Nó, niña: la confesion es lo primero!...

A la noticia de muerte, cada cual quiso saber lo que pasaba. Otros mas temerosos, se retiraron; por manera que en poco rato la puerta del bodegon quedó espedita. Juan entónces pudo encaminarse a la calle; pero al salir de la puerta se encontró con Miguel Turra que le dijo:

—No salga, *ño* Diablo... Déme un trago de aguardiente que vengo muerto de sed.

—Es preciso que vea quién es el que se atreve a desacreditar mi casa...

—¿No le digo que no es nada? Yo tenia ganas de entrar; pero no pudiendo llegar al mostrador por lo apretado que estaba el peloton de la puerta, le armé camorra a uno de los de afuera; *me cruzó;* sacamos cuchillo i nos tiramos un *filito,* con lo cual yo sabia que el peloton se habia de deshacer. ¡No ha sido mas!

—Pero...

—Pero no le pegué mas que de plano, porque no era cosa formal...

—Vaya, Miguel, que siempre has de hacer de las tuyas, dijo el bodegonero. Aquí tienes un trago... Pero acuérdate de que es preciso beber con órden, como cristianos de relijion que somos.

En aquel momento, vió el bodegoñero que el grupo de jente volvia a invadir su despacho. Envueltos en el grupo venian dos o tres hombres trayendo a cuestas el cuerpo de un individuo que parecia estar borracho o muerto.

—Aquí viene el del asunto, dijo Miguel con una sonrisa feroz.

—Pero ¿no decias que solo le habias pegado de plano? le preguntó el bodegonero.

—Así fué... Eso no debe ser mas que *aturdidura*...

—Sí! bonita *aturdidura,* le interrumpió una mujer. Ya a la hora presente, el pobrecito debe haber dado cuenta a Dios.

—O al diablo, dijo Turra dando una feroz carcajada... Mujer tonta: ¿no ve Ud. que solo es sangre de narices?

—Así es, dijo uno de los que venian cargando al enfermo. Está tan vivo como yo... porque me acaba de morder un dedo.

Una carcajada acompañó a estas últimas palabras como si hubiesen sido graciosas.

—Pues, señor! si muerde, claro es que está vivo, observó sentenciosamente otro.

—¿No les he dicho, que aquí no hai otra cosa que curar sino la borrachera? interrumpió un tercero.

Así era la verdad: examinando al enfermo, se convencieron todos de que no tenia ninguna herida de peligro.

En cuanto a Miguel, confiado en el respeto que el vigor de su brazo imponia, no se acordaba mas que de comer unas aceitunas que se le habia servido, bebiendo un vaso de chicha por cada una.

Pocos momentos despues, llegó la mujer del enfermo con la médica del barrio.

—¿Dónde está mi marido? preguntó aquella sollozando.

—Aquí está, *ña* Juana, dijeron algunos.

—Pobrecito, dijo la mujer, siempre le están pasando estas cosas!

—No le dé cuidado, *ña* Juanita, le dijo el bodegonero. No es cosa de peligro.

—Gracias a mi Señora del Cármen!

—Esto no es mas que calor elevado, dijo gravemente la médica examinando al enfermo.

En seguida recetó lo siguiente:

"Lleven entre cuatro al pobrecito al rio: denle tres zabullidas en 'la corriente; acuéstenlo despues en su cama; arrópenlo bien i cár- "guenle el cuerpo hasta que sude, i verán bueno: métanle en la "boca una pluma de ala de pavo negro para que se desocupe el estó- "mago, i santas pascuas."

Seis u ocho hombres oficiosos partieron a cumplir las prescripciones de la Galena, miéntras los demas proseguian bebiendo con el mayor órden, segun las recomendaciones de Juan Diablo.

—Dígame, *ño* Juan, esclamó Turra de repente, oyendo los gritos que daban en el otro cuarto: ¿quiénes son los que se están divirtiendo allá adentro?

—Son unos caballeros...

—Ahora no hai caballeros... Ya se acabaron los tiempos de las caballerías, porque, gracias a Dios, todos somos iguales, observó uno de los circunstantes.

—I ¿no se podria entrar? Yo quiero divertirme con las cantoras, dijo Turra.

—Es imposible, hombre, respondió el bodegonero.

—¿Por qué?

—Porque tienen la puerta atrancada por dentro.

—I ¿qué cuesta echar la puerta abajo?

—Hombre! eso no lo permito! esclamó Juan Diablo alzando los puños.

—Con su permiso o nó, yo he de entrar, dijo Miguel acercándose a la puerta, al traves de la cual se oia entre la vocería el rasguido de la guitarra i el monótono acompañamiento del rabel.

—¡Cuidado conmigo, Miguel! esclamó el bodegonero interponiéndose. Te he dicho que no se puede entrar... Ya me conoces!

—Pues no he de conocerte! Por lo mismo voi a entrar, dijo Turra empujando la puerta.

El bodegonero se dirijió hácia Miguel con una tranca en la mano.

La lucha iba a principiar; i como los dos atletas eran bien conocidos de todos, cada cual esperó el resultado con interes.

Miguel sacó su cuchillo i se puso en guardia.

—Aquí lo espero, *ño* Diablo, dijo.

Pero al tiempo de acometer a Turra, Juan Diablo fué distraido por varias voces que gritaron:

—¡Aquí está tio Ruco!

—¡Viva tio Ruco! Buena la vamos a pasar con él! dijeron varios.

—Denle entrada.

—Que pase a tomar un traguito.

Juan Diablo i Miguel Turra eran bravos; pero se respetaban mutuamente: así fué que ambos agradecieron a la casualidad que les daba un pretesto para no atacarse. Ambos parecieron prestar atencion a lo que oian: el uno cerca de la puerta, pero sin pretender abrirla, i el otro a dos pasos de distancia con su tranca en la mano.

—Entre pues, tio Ruco, gritaban algunos desde adentro.

—I ¿cómo entro si la puerta está mas atacada que un cañon con bala i todo, dijo una voz cascada desde afuera.

—Tiene razon el tio! Abran cancha!

—Abranse con mil diablos!

—Ya está!

—Ya se ve luz!

—Pues allá voi. Venga un trago, i verán bueno! dijo el tio Ruco entrando al bodegon.

CAPÍTULO XXXVI

DE COMO PREDICABAN EL EVANJELIO ALGUNOS SACERDOTES DE AQUEL TIEMPO.

> «A todos universalmente ordenamos, bajo pena a nuestro arbitrio, a mas de las que dispone el derecho, que hagan ante Nos o ante nuestros convisitadores, la denuncia de los que por hecho o palabra sean sospechosos de herejía, escomulgados o que de alguna manera perviertan las costumbres; exhortando i rogando en el Señor a todo aquel que tuviese que comunicarnos cualquier asunto, se desnude de toda pasion, i mire en lo que hace únicamente a la gloria de Dios.»
>
> (Pastoral de 21 de noviembre de 1853.)

Era el llamado tio Ruco un viejito pequeño de cuerpo, macilento, i de mirada brillante. Venia vestido de soldado, i decia pertenecer al cuerpo de Inválidos. Captábase, con su viveza, la simpatía de todos. Tenia una memoria sorprendente; i como ensartaba en sus conversaciones trozos de sermones o de los discursos profanos que solia oir, todo el mundo buscaba su compañía, lo escuchaba con atencion, i en todas partes encontraba que comer i que beber gra-

tuitamente. Era una especie de industria que el viejo cultivaba para vivir, o mejor dicho, para beber, que parecia ser el principal objeto de su existencia.

Hé aquí por qué los circunstantes celebraron a una su llegada, esperando pasar un rato entretenidos.

—¡Qué hable el tio Ruco! vociferaron algunos.

—He oido un sermon bonito como un diablo, dijo éste; pero nada puedo decir, porque tengo la boca seca.

—Vengan cuatro vasos, que yo soi el que pago! dijo un hombre de estos de rompe i raja, acercándose con el viejo al mostrador.

—Tio Ruco no necesita pagar, dijo el bodegonero, poniendo sobre el mostrador una bandejita de lata con cuatro vasos llenos.

—Aquí está el aguardiente, dijo el Vizco.

—I chicha tambien, dijo el viejo bebiendo.

—A mí me gusta, prosiguió, beber por copas, para que no haga daño... Una copa de aguardiente para pasar el frio, i otra copa de chicha para *la calor*...

En seguida prosiguió:

—¡Buena cosa de hombre santo i bueno i sabio! es el cura de la Recoleta! Venga ahora la chicha para refrescar... No se me ha escapado nadita del sermon... Bien haya lo que Dios cria para apagar la sed!... El hombre le pegó fuerte i feo a los herejes i a los descomulgados... ¡Dios me libre! Llene otra vez los vasos, *ño* Diablo, porque me voi calentando ya!

—Pero despues de todo, nada nos dice tio Ruco del sermon, observó una mujer.

—¿Cómo quiere, mujer de Dios, que uno predique, sin estar preparado? déjeme echar unos cuatro vasitos mas i oirá maravillas! esclamó el viejo.

—Aquí están los vasos, dijo el bodegonero.

—Pues a la buena de Dios, que es grande!

—Beba sin miedo, tio Ruco, decia entretanto el Vizco, que parecia empeñado en embriagar cuanto ántes al viejo.

Este no se hacia de rogar; i en pos de unos vasos, se bebia otros i otros; por manera que, en ménos de diez minutos, ya estaba *preparado*, como él decia.

—¡Al sermon! esclamaron los mas impacientes.

—Sí; pero que suba al mostrador para que lo veamos todos, gritó una mujer.

—Tienen razon, dijo el vizco... Yo subiré con Ud. al púlpito, tio Ruco.

Subieron ambos sobre el mostrador, i el viejo se dispuso a pronunciar su discurso, como de costumbre.

—Hermanos mios! dijo el orador: los estranjeros tienen contaminados estos reinos con sus herejías heréticas, que son el dragon que amenaza tragarse estas Américas, que se están llenando de gringos como moscas!

—Es cierto! dijeron muchas voces.

—No interrumpan, pues!

—Los gringos herejes, como las moscas, todo lo pican i se lo comen .. ¿Qué nos quedará a nosotros, los buenos cristianos? El hueso pelado, porque ellos vienen a llevarnos la carne... Quiero decir, que la relijion está en peligro, porque vemos venir a estas culminantes playas tantos brutos no bautizados con el bautismo, que es la relijion de nuestros padres, desde que... desde que... quiero decir, desde que... no me acuerdo bien... Dame la chicha, Vizquito.

—¡Qué remoje la palabra! ya se le atascó la lengua! gritaron algunos.

El Vizco pasó el vaso al orador, el cual despues de beber, prosiguió.

—I ¿cómo habia de suceder de otro modo, cuando tenemos un gobierno que proteje a los herejes, que persigue a los sacerdotes i a los buenos cristianos hijos de Dios?

—¡Muera el Gobierno! Viva la relijion! esclamaron muchos.

—¡Los tiempos se acercan! prosiguió el orador, repitiendo tal como le venia a la memoria las palabras del sermon que acababa de oir ¡Los tiempos se acercan, hermanos mios! i Satanas hará su plato, porque se merendará a los que hayan escuchado a los herejes... El Gobierno tiene la culpa de todo, porque proteje a los estranjeros i descomulgado... El que hable con el gobierno está escomulgado.

—Ave María!

—Callen la boca!

—Por esta razon, Dios nos va dejando de su mano i Satanas hará su plato, porque está solito... I así como cayó el fuego de Dios sobre las ciudades de Sodoma, así lloverán las pestes sobre estos reinos contaminados con la herética ponzoña de la herejía de los herejes i de los estranjeros intrusos, que vienen a estos reinos a regalarse con lo mejor parado que tenemos!—¿Qué les importa

a ellos que vivamos como se nos antoje? ¿Qué les va, ni qué les viene en nuestras cosas a esos gringos entrometidos, que, sin mas acá ni mas allá, se nos dejan caer encima como langostas? I sin decir: *aquí me entro, que llueve,* se cuelan en este país de cristianos; i lo trajinan i revuelven todo para hacer su plato como lo hacen, llegando hasta hacerse gobierno, para cortaminarnos con la herejía de los gringos!

—Muera el gobierno de herejes! esclamó una voz. ¡Mueran los gringos!

—Muera!!! respondieron otras.

—Eso sí que nó! interrumpieron varios. El Jeneral Pinto es un cristiano a las derechas!

—Qué saben Udes. de cristiandades, badulaques! esclamó Miguel Turra amenazando con el puño a los que habian hablado a favor de Pinto. Prosiga el sermon, tio Ruco, i echemos un trago miéntras llega el punto en que nos hemos de poner a llorar.

I acompañando sus palabras con la accion, el bandido tomó un vaso de aguardiente i lo bebió de un sorbo, miéntras el orador proseguia con nuevo ardor:

—Por eso es que cuando los descomulgados llegan a esta patria de Chile, vienen muertos de hambre i mas flacos i huesudos que caballo de vijilante; pero en cuanto prueban de nuestros pastos, quiero decir, en cuanto beben nuestro aguardiente i comen un par de *caldudas* picantes, se vuelven unos quirquinchos...

—I si no, interrumpió un matasiete, echándose el poncho al hombro; i si no, dígalo el Mister Pita de la esquina, que yo me acuerdo de que llegó aquí el año pasado mas flaco que quiltro de rancho pobre, i hoi dia se le ve que no cabe en el pellejo.

—I no solo él, agregó una mujer desgreñada, sino que hasta a la misma Chepa, su mujer, se le ha pegado el *estranjerismo,* i habla a lo gringo, que me da rabia verla lo hinchada que anda por esas calles con su pañolon i su peineta alta, como si no supiéramos lo que es: que harto conocí a su madre, la Ña Nicolasa, locera de las Lomas.

—En fin, prosiguió el tio Ruco, si vinieran a aprender nuestra santa relijion, ya seria otro cantar. Nosotros les enseñaríamos a confesarse i a ayunar la cuaresma. Pero en lugar de esto, vienen a casarse con nuestras mujeres para enseñarles la herejía i criar chiquillos herejes para el diablo. De donde resulta que los buenos cristianos estamos obligados a denunciar ante el señor cura de la

parroquia a todos los que hablan i hacen estas herejías; no permitiendo que nuestras hijas se casen con estos primos hermanos de Satanas, porque esto es emparentarse con el mismo Lucifer. Bien claro lo dijo el señor cura en el sermon de hoi, que acabo de escuchar con estas orejas que se han de comer la tierra... I denme otro trago, porque tengo la garganta como una yesca!

En diciendo esto, tomó el vaso de aguardiente que el Vizco le pasó, i prosiguió en el último grado de exaltacion alcohólica.

—Los tiempos se acercan! Sí, hermanos mios! ¡muera el gobierno! porque el tiene ensoberbecidos a estos malditos de Dios. Ya no es caridad la que está haciendo este gobierno. Ya la patria se acabó, i solo quedan los herejes que se llevarán patria i todo, dejándonos a los buenos cristianos con la boca abierta... ?I porqué? Esto está claro como el agua. El gobierno emplea a los herejes, en lugar de emplearnos a nosotros... Los cuerpos del ejército están mandados por estranjeros... ¿cómo no ha de cundir la irrelijion? A ellos se les paga sus sueldos, i a los soldados no se les da ni para beber un trago. ¡Los tiempos se acercan!

—Así es; interrumpió una mujer. Hace mas de medio año que mi marido no recibe ni un cuartillo.

—Ni el mio tampoco, gritaron muchas otras.

—¡Muera el gobierno hereje i sin caridad con los pobres!

—¿Cómo querrán tener soldados si no pagan?

—Esa sí que es irrelijion, compadre!

—No pagan, prosiguió el orador, porque no quieren defender la relijion, porque quieren entregarnos a los estranjeros, porque...

Una circunstancia imprevista cortó la palabra en la boca del tio Ruco. Es a saber, que, harto ya de licor, a cada vaso que se bebia, derramaba mas de la mitad del aguardiente sobre sus vestidos. Viendo esto el maligno Vizco, acercó la vela que estaba sobre el mostrador, a las piernas del soldado, cuyos pantalones, impregnados de alcohol, ardieron repentinamente, subiendo el fuego hasta la camisa, mas impregnada aun que los pantalones.

—¡Qué se arde el predicador! gritaron muchas voces.

Miéntras tanto, Juan Diablo i muchos otros se empeñaban en apagar al incendiado orador, lo cual consiguieron cubriéndolo prontamente con algunos ponchos.

El tio Rueo se encontraba en el momento de la crísis; por manera que cuando le quitaron las envolturas, estaba dormido.

Bajósele del mostrador i se le acostó en un rincon del despacho. La jarana prosiguió como ántes, entremezclade de gritos;

—¡Mueran los herejes pipiolos!

—¡Abajo el gobierno de los estranjeros!

—¡Viva la relijion!

.....

.....

Esa misma noche, una escena bien distinta pasaba en casa del clérigo Cardoso, el cual se encontraba en el cuarto del padre Hipocreitía con las personas de la entrevista a que el lector ha asistido en aquel mismo lugar.

—Su paternidad me ha escrito, decia Cardoso, manifestándome la imposibilidad de venir esta noche. Aprueba el plan concertado, i me encarga poner en poder de Uds. la suma que prometió entregar.

Diciendo esto Cardoso, puso sobre la mesa dos sacos con dinero.

—Este padre es una alhaja, dijo uno de los asistentes.

Los demas quedaron callados. Cardoso prosiguió:

—El padre me incluye una carta de Freire.

—¿Carta del jeneral Freire?

—Es una carta supuesta que, segun él, convendrá leer a la tropa en el momento crítico.

—Ah! Ya nos habia hablado de eso!

—Es preciso valerse del influjo que el jeneral tiene sobre los soldados. En esta carta se hace decir a Freire que no solo aprueba sino que secundará la revolucion. ¿Están Uds.? El padre los absuelve de antemano, dijo sonriéndose Cardoso, porque esta es una mentira necesaria para el logro de nuestros fines.

Despues de esto, los conjurados empezaron a a retirarse de dos en dos; i llegados a la Alameda se internaron en la ciudad por diversas calles.—Era el 5 de Junio de 1829.—La noche estaba oscura i fria, i los negros nubarrones de la atmósfera presajiaban una tempestad.

CAPÍTULO XXXVII

LA REVUELTA DE CUARTEL

> «En seguida se le distribuyó dinero a los soldados, dándoles desde cuatro a diez pesos a cada uno, i se les alentó a la rebelion, prometiéndoles que serian auxiliados por poderosas fuerzas venidas de Aconcagua, al mando del Jeneral Freire; a cuyo fin se les leyó una carta finjida, en la que se tomaba el nombre de este ilustre militar."
>
> F. Errazuriz.—(*Chile bajo el imperio de la Constitucion de* 1828. *Capítulo II.*)

Las seis i media de la mañana siguiente serian, cuando Anselmo despertó a los golpes que daban en la puerta de su cuarto, que caia a la calle.

—Quién vive! gritó.

—Soi yo, mi capitan, contestaron de afuera. Le traigo una carta de mi mayor Amunátegui.

El jóven comprendió que era a Andres a quien buscaban: vistióse apresuradamente i abrió la puerta.

—¿Qué hai? preguntò al soldado que se le presentó.

—Revolucion, contestó el veterano, cuadrándose. Oiga Ud. el vocerío.

En efecto, se dejaba oir en diversos puntos, el ruido de voces confusas, tropel de jentes que iban i venian, i algunos tiros, de vez en cuando.

No quiso el jóven preguntar mas al soldado, sino que, con la carta en la mano, se fué al dormitorio de Andrés, tomando las precauciones necesarias para no alarmar demasiado a Cecilia. Pero ya el capitan habia despertado; i oyendo el tumulto, se habia vestido apresuradamente. Al salir de su cuarto, se encontró con Anselmo.

—Revuelta tenemos, dijo éste. El mayor te manda llamar. Aquí tienes una carta suya.

—Dámela, le interrumpió Andres.

I abriendo apresuradamente la carta, leyó:

«Mi querido capitan:»

"Los Coraceros acuartelados en San Pablo se han revoluciona-"do. Urriola está a su cabeza. Me dicen que su plan, es asegurarse "de la persona del ministro Rodriguez i del Presidente. No sé lo "que hayan hecho hasta esta hora. Yo estaré luego en la plaza de "Armas' con el cuerpo de mi mando. Venga pronto a reunirse con "su Aftmo.

AMUNATEGUI."

—Siempre el loco de Urriola! esclamó Andres... ¿Cuándo dejará de ser tronera?

Luego, dirijiéndose al soldado, le dijo:

—Dígale al mayor que luego estaré en el cuartel.

El soldado partió.

La carta traia una posdata escrita con lápiz, que decia:

"En este momento me dicen que el Jeneral Freire apoya la re-"volucion; pero yo tengo mis motivos para creer que esto no es "verdad. De todos modos, el cuerpo de mi mando estará por el "mantenimiento del órden." VALE.

—Eso no puede ser, dijo Anselmo. ¿Cómo creer que el Jeneral Freire apoye un movimiento encabezado por Urriola?

—Lo mismo digo yo, contestó Andres concluyendo de vestirse. I tú ¿qué piensas hacer?

—Acompañarte, dijo sencillamente el jóven.

—Pero tú estás con licencia.

—¿Crées que toda tu elocuencia seria capaz de hacerme abandonar mi deber?

—No pretendo eso, amigo mio, dijo Andres sériamente. Sin embargo, agregó, no puedo negar que mi egoismo era lo que me hacia hablar. Me acordaba de que Cecilia quedaba sola, i... Pero nó: vamos, amigo mio. La patria ántes que todo.

En seguida, despues de haber despertado a los criados de la casa i tomado las medidas de seguridad, aconsejadas por la prudencia, se dirijieron al cuartel de artillería, llevando sus espadas debajo de sus capotes, i sendos pares de pistolas en la cintura.

Por las jentes que encontraron en las calles, supieron que la revuelta era mayor que lo que se habian figurado; pues al batallon de Coraceros se le habia unido el de Inválidos.

Por todas partes iban i venían partidas de soldados guiadas por paisanos, entre los cuales podia reconocerse a los ajitadores del dia anterior. Anselmo i Andres hacian lo posible por evitar el encuentro de aquellas partidas que podia serles fatal; i aunque al principio lo consiguieron, sucedióles al fin lo que tanto temian. Habiendo llegado a la alameda, debian tomar hácia el cuartel de artillería; pero en frente de la boca-calle de la del Estado, se encontraron con una gran partida de soldados que marchaban como a discrecion i entremezclados con jente de la última clase. Capitaneaba la partida un paisano, que en el momento fué reconocido por Andres.

—Anselmo, dijo éste a su amigo, mostrando al improvisado capitan, ¿no es éste el hombre de antenoche?

—El mismo, contestó el jóven.

En efecto, el capitan no era otro que Miguel Turra, quien, prevalido del ascendiente de que gozaba, no solo entre los paisanos sino entre los soldados mismos, habia quitado el mando del piquete al sarjento que lo llevaba, poniendo a éste bajo sus órdenes. Con su vista de lince, conoció tambien a Andres i a Anselmo; i haciendo alto, quiso tomarlos presos, con el fin de no perder la oportunidad de vengarse de ellos.

—Estos son de los enemigos! esclamó, dirijiéndose a los soldados: es preciso que no se escapen.—A ellos!

I diciendo esto, rodeó con su jente a los dos militares.

—Sí! gritó toda la turba: que se den a preso los herejes!

Turra, por gozar cuanto ántes de la satisfaccion de su venganza se dirijió hácia los jóvenes, con la catana desenvainada; pero éstos dieron al instante alguuos pasos atras, i desnudaron sus espadas.

El bandido, ciego de cólera, se echó sobre Andres, quién, parando el machetazo con los rollos de su capote, envuelto en el brazo izquierdo, hirió al bandido en el pecho. Miéntras tanto, Anselmo se defendia valerosamente de cuatro o seis bayonetas i de otros tantos garrotes que lo atacaban.

—Me has herido, pícaro; pero luego llevarás tu merecido, esclamó Turra, echando espuma por la boca.

Pero su mismo ardimiento lo perdió, pues, procurando dar golpes sin curarse de parar los que se le dirijia, recibió uno tan recio en la muñeca derecha, que le hizo soltar su arma.

—Bravo! gritó la turba, al ver rodar por el suelo la catana del bandido.

Con esta accion, Andres se habia captado gran parte del sufrajio de aquella jente. El sarjento que no miraba bien a Turra, desde que lo habia suplantado como por fuerza, trató de valerse de esta circunstancia, para quitarle el mando; recojió inmediatamente el arma del suelo, i mandó parar a sus soldados. Obedecieron éstos, como por instinto, la voz que estaban acostumbrados a respetar. Entónces, Andres se dirijió a los soldados.

—¿Es posible, les dijo, que los soldados de la patria se rebajen hasta ponerse a las órdenes de un paisano?

—No me ha sido posible evitarlo, señor, dijo respetuosamente el sarjento, que habia ya conocido el carácter militar de los agredidos.

Esta muestra de deferencia de parte del sarjento, ayudó a reaccionar a los soldados.

—Oigan ustedes, prosiguió Andres, señalando a Turra con el dedo: ese hombre es un malvado, un asesino.

—I ustedes son unos malditos pipiolos! le interrumpió Turra.

—¡Mueran los pipiolos! Abajo los herejes! gritó la turba, que ya se iba aumentando considerablemente.

—Eso es! agregó Miguel. Matemos a estos dos pipiolos, i haremos una buena obra.

Los soldados habian rodeado al sarjento, i parecian dispuestos a obedecer sus órdenes ántes que atacar a los dos oficiales: pero el número de la turba era mui considerable para que se pudiera contrariar sin peligro; tanto mas cuanto que el populacho parecia inclinado a creerle al bandido, que repetia sin cesar:

—Estos son de los enemigos: los conozco bien!

—Ese hombre os engaña, les gritó Andres. Nosotros somos de los vuestros. El sí que es vuestro enemigo, puesto que os aleja del punto en donde debeis estar... ¿A dónde os dirijiais?

—Nos llevaba Turra a dar un *malon* a casa de un rico, contestó uno.

—Porque habiamos errado el golpe en casa del ministro, agregó otro.

—El ministro se voló como pájaro, dijo un tercero.

—Esto es porque este hombre os queria separar de la plaza, les dijo Andres. ¿No quereis echar abajo al gobierno?

—Sí! sí! gritaron muchos.

—¡Muera el gobierno!

—Pues bien; si quereis esto, vámonos a la plaza; allí ayudaremos a atacar al palacio que talvez haya caido en manos de los revolucionarios... Yo os dirijiré... Ya veis que somos militares.

Diciendo esto, Andres mostraba su casaca.

—Estamos a sus órdenes, mi capitan, dijo el sarjento, ordenando al mismo tiempo a sus soldados se formasen. Obedecieron éstos, diciendo:

—Tiene razon nuestro jefe: vámonos a la plaza.

—¡A la plaza! al palacio! gritaron todos.

Andres dió entónces la voz de mando; i acompañado de Anselmo, se puso a la cabeza de la compañía, seguida por la multitud.

En cuanto a Turra, marchaba tambien entre la turba; pero ideando el modo cómo debia matar a Andres o a Anselmo.

—Cuando nos encontremos en medio de la refriega, veremos si se me escapan, dijo, apretando el mango de su puñal que el sarjento le habia entregado cuando vió que nada tenia que temer de él.

Dirijíase la columna por la calle del Estado, i se iba engrosando mas i mas, a medida que se acercaba a la plaza. Andres i Anselmo, sabian bien, que éste era el centro del motin, i lo que querian era llegar allí, ya que no les era posible alcanzar al cuartel.

Los tiros que se dejaban oir, indicaban que la lucha se habia

empeñado en el palacio de las Cajas; i esto comunicaba nuevo ardor a los amotinados. Pero al llegar a la plazuela de San Agustin, fueron detenidos por un verdadero cuerpo de tropas que desembocaba en la calle del Estado. Era el batallon Núm. 7 al mando del coronel Rondizzoni. Andres, sin desamparar el mando de su columna, envió a decir a este jefe lo que pasaba. Rondizzoni entónces dispuso que dos compañías barriesen con el populacho hácia la Alameda i se dirijió con el resto del batallon hácia la plaza.

En cuanto el populacho vió que se le atacaba sériamente, se retiró hácia la Alameda, desbandándose en diversas direcciones.

Andres, arengó entónces a los soldados amotinados escitándolos a reunirse a los defensores de la lei; i tanto los unos como los otros marcharon despues formando un solo cuerpo hácia la plaza.

Cuando llegaron allí, ya se habia trabado la refriega entre las fuerzas de Rondizzoni por una parte, i los Coraceros e Inválidos por la otra. Lo que éstos pretendian, era nada ménos que tomarse en persona al vice-presidente Pinto; para lo cual, habian dispuesto atacar el palacio, lo que pusieron en ejecucion, sin el menor éxito. Tanto la guardia del palacio, al mando del capitan Jofré, como la de la cárcel, se pusieron sobre las armas: pero, mui inferiores en número al de sus enemigos, no tenian mas esperanzas que en el auxilio, que de un momento a otro, debia llegarles. Despues de haber cambiado algunos tiros con los Inválidos, vieron entrar a la plaza uno en pos de otro, dos destacamentos del batallon Núm. 7 que contestaron al fuego de los sublevados. Pronto tuvieron éstos que medirse con todo el grueso del batallon que los atacó con enerjía. Cuando Andres i Anselmo entraron en la plaza, ya Rondizzoni habia hecho replegarse a los contrarios hácia el ángulo Nóroeste, i pocos momentos despues, empezaron los sublevados a batirse en retirada, con el fin de ganar su cuartel, hácia donde se dirijieron sin ser grandemente perseguidos por las tropas del gobierno.

CAPÍTULO XXXVIII

DE COMO DON CATALINO, I SIN SABERLO, SE ENCU ENTRA COMPROMETIDO EN LA REVOLUCION.

> «Es mui sensible (dice el pueblo celoso de la justicia i del verdadero mérito) ver al español Ovejero i otros que vinieron a hacer la guerra a Chile, cuando trataba por sacudir el yugo peninsular, figurando en primera línea, con buenas rentas; miéntras que el teniente coronel don Santiago Blayer se halla en la miseria... Blayer tan patriota... morirá desesperado; los Ovejeros i Garridos, acabarán su vida en la opulencia.".
>
> (J. N. Alvares.—*Diablo político num.* 23.)

Retirado el enemigo, volvió a restablecerse poco a poco el órden alterado en las calles por las turbas que aquí, allá i mas allá, amenazaban la propiedad de los pacíficos moradores. I como aquella inconsiderada revuelta, estaba mui léjos de contar con las simpatías del pueblo, la alegría volvió a todos los semblantes, una vez que los amotinados hubieron tocado retirada. Las puertas de las casas se abrieron, i las calles se cubieron de jentes hambrientas de noticias.

Por otra parte, aquel dia era la víspera de las elecciones de diputados al Congreso; i hé aquí, la principal causa de la animacion que se notaba por las calles. En aquellos tiempos, los partidos políticos trabajaban con el ardor de las ilusiones aun intactas de los pueblos nuevos, tanto mas vehementes en sus aspiraciones, cuanto mayor es su inexperiencia de la vida social i política. A medida que los grupos de ociosos, vagabundos i malhechores evacuaban las calles i se metian en sus guaridas, se aumentaba el tráfico de la jente honrada i pacífica. Los ajentes eleccionarios de los diversos bandos, no habian podido trabajar en aquella mañana; i trataban de recuperar el tiempo perdido, corriendo sin descanso, a fin de preparar a sus sufragantes para el dia siguiente. Los compradores i vendedores de votos se buscaban, cambiándose calificaciones por dinero contante o por promesas de dinero. Otros ofrecian su sufrajio en cambio de servicios cerca del gobierno, o prometian votar en favor de tal o cual partido, por quedar bien con un patron poderoso de quien esperaban futuros beneficios. Habia, pues, de todo: compradores,vendedores, cambistas, convencedores, suplicantes, i hasta amenazadores de profesion; no faltando quienes trocasen sus calificaciones por un vaso de aguardiente; quienes vendiesen a diversos partidos la promesa de votar, recibiendo de cada uno de ellos, algo a cuenta, i quienes jurasen votar por la relijion, a fin de labrarse méritos para el cielo.

El Gobierno de Pinto, prescindiendo por completo de tales manejos, habia dejado a los partidos en entera libertad para que trabajasen. Verdad es que los partidos abusaron de tal libertad, i aun los amigos del Presidente cometieron fraudes, que naturalmente debian comprometer al Gobierno mismo, bajo cuya sombra se cobijaban: mas, para ser justos, es preciso decir que el Ejecutivo no manchó sus manos con ninguna operacion fraudulenta, ni se valió de la autoridad para ejercer sobre los sufragantes, la menor presion. El procedimiento de ganar elecciones a la fuerza, imponiendo representantes contra la voluntad de los pueblos, fué descubierto i practicado despues, por el partido reaccionario, que tachaba a los liberales de herejes, impíos e infractores de la lei; que se tituló él mismo defensor de las instituciones de la República, i que, siendo el verdadero autor i causa de las guerras civiles, bautizó a los pipiolos con el nombre de revoltosos.

Don Catalino Gacetilla era uno de los principales ajentes electorales de los amigos del Gobierno; pues, como el parlanchin cono-

cia a todo el mundo i abordaba a los que no conocia, como si desde muchos años há, los conociera, no podia negarse que el noticiero de profesion, era uno de los hombres mas a propósito para aquel desvergonzado oficio. Don Pablo Motiloni, que trabajaba por la oposicion, convencido de que no podia atraerse a Gacetilla, concibió el proyecto de neutralizarlo. La revolucion de aquel dia le suministró el pretesto, como vá a verlo el lector.

Hallábase don Catalino convenciendo a seis u ocho ciudadanos de los muchos que pululaban por la plaza.

—Segun estas razones, les decia: Udes. no deben pensar en dar su voto a los promotores de desórdenes, que en realidad, son los verdaderos herejes: pues, por mas que ellos digan, nunca conseguirán probar que nuestro gobierno es irrelijioso. Ahí tienen Udes., al Presidente Pinto, que ayuna la cuaresma, i no se le escapa témpora ni vijilia del año i se confiesa cada mes. Precisamente tiene por padre de espíritu al mismo padre de la Recoleta Domínica, coquien yo me confieso. Pero vengan para acá; entremos al Café, prosiguió don Catalino, llevando a sus catequizados al comedor, i han ciéndoles servir diversos licores,miéntras murmuraba entre dientes: «hé aquí la razon que los acabará de convencer.»

Miéntras bebian alegremente, don Catalino creyó oir una conversacion en la pieza vecina, separada solo del comedor por un delgado tabique de tocuyo, empapelado; i como no perdia oportunidad de meterse en vidas ajenas, se puso a escuchar con los dos oidos, miéntras que con la boca, dirijia palabras halagüeñas a sus convidados.

—Ya ven ustedes (decia una voz gruesa en la pieza vecina) ya ven como bambolea este fatal gobierno. Las revoluciones lo tienen a mal traer, porque no cuenta con el voto de la Nacion. I no puede ser de otro modo, amigos mios, pues un país católico como el nuestro, no puede estar contento con un gobierno herético que persigue a la relijion, quitándole sus rentas a los conventos, i que ha puesto nuestro ejército a cargo de estranjeros. ¡Qué será de nosotros, si cunde esta plaga de gringos escomulgados!

Sin duda no le convenia a Gacetilla que sus convidados oyeran esta conversacion, porque empezó a charlar con una voz tan alta, que apagó por completo la vecina conversacion.

—Sí, amigos mios! les gritaba a los bebedores: brindemos por la victoria de Pinto, que ha fomentado la instruccion pública, estableciendo escuelas en los campos, dictando medidas oportunas en

favor de nuestro Instituto Nacional, creando la Academia para los abogados practicantes, i haciendo porque los ciudadanos pobres puedan educar sus hijos en el Instituto, sin necesidad de pagar; que ha compuesto caminos; que ha perseguido a los malhechores; que ha organizado la administracion; que nos ha dado paz i prosperidad con las sábias leyes, ordenanzas i reglamentos dictados bajo su poderosa influencia; que no se ha desdeñado de visitar personalmente nuestras cárceles i hospitales para mejorar su servicio: en una palabra (i para decirlo todo de una vez); que nos ha enseñado prácticamente las costumbres democráticas, gobernando liberalmente el país, i dotándolo de una sabia i bien pensada Constitucion, que es como si dijéramos, la coronacion de tan bella obra.

Todos los circunstantes entusiasmados, aplaudieron con estrépito, apurando en seguida sus vasos.

—Bravo! bravo! mi querido Gacetilla! esclamó un caballero entrando en el comedor seguido de varios otros.

—Oh! mi elocuente Orjera! respondió don Catalino: tu aprobacion me da brios. Aquí teneis, prosiguió, dirijiéndose a sus amigos, que se alzaron respetuosamente al oir el popular nombre de Orjera; aquí teneis a nuestro querido tribuno que os dirá lo mismo que yo.

—Yo repito, dijo Orjera, todo cuanto Catalino ha dicho, i agrego: ¿Serán capaces de hacer otro tanto los señores pelucones, que en puridad de verdad, no son mas que godos disfrazados de patriotas? Ellos aspiran a tomar las riendas del poder, no para proseguir la santa obra de los autores de nuestra independencia, emancipándonos de los vicios, costumbres i malas prácticas monárquicas; sino para oponerse a la marcha pacífica del país por la vía democrática, i hacernos retroceder a los tiempos del coloniaje. Lo que os digo, prosiguió Orjera, con acento mas i mas ardoroso, no tiene nada de antojadizo: os digo la verdad, deducida lójicamente de los mismos hechos que vosotros estais palpando. Mirad hácia el pasado i vereis quiénes son los enemigos del gobierno liberal. Ahí teneis a Franco, Dorriga, Arabaño, Gizana i mil otros antiguos servidores del poder español contra la República. ¿Esperais, no digo que amen, sino que comprendan la libertad, esos miserables liberticidas que ayer no mas persiguieron a sangre i fuego a nuestros mas esclarecidos patriotas? ¿Quién podrá creer que los Hipocreitías amen las instituciones republicanas, cuando todavía resuenan en nuestros oidos sus prédicas a favor del santo rei de España, i sus escomuniones

lanzadas contra los malditos insurjentes? I ¿contra quiénes hablan estos señores godos, aliñados a la republicana? Hablan contra Pinto, Freire, Lastra; contra los chilenos, que han derramado su sangre en cien batallas, para que nosotros podamos decir con orgullo de ciudadanos libres: ¡tenemos una patria!

Los aplausos apagaron la poderosa voz del orador. El comedor se habia llenado de jente, i todos tenian sus ojos fijos sobre el tribuno, a quien habian hecho subir sobre la mesa. De pié, en la puerta que comunicaba con el cuartito en donde Gacetilla habia escuchado la antedicha conversacion, se veia un hombre que, por debajo de las anchas alas de su sombrero, lanzaba sobre Orjera miradas chispeantes. Era Motiloni.

—I ¿hemos de poner en manos de sus antiguos verdugos, prosiguió el tribuno, esta patria que tantos sacrificios ha costado a nuestros héroes? Estos nos la dieron con sus esfuerzos: a nosotros nos toca defenderla...

—¡Estos pipiolos son mui orijinales! esclamó una voz detras del tabique. ¡Siempre declamando contra las visiones de su fantasía! ¿Quién pensará en arrebatarles su patria?

Miéntras algunos circunstantes enfurecidos entraban en el cuarto vecino para castigar la osadía del interruptor, Gacetilla dijo:

—Ese hombre ha dicho una verdad mas grande que el puente de Cal i canto, porque es mui positivo que los señores godos, pelucones i apeluconados, no piensan en quitarnos la patria. ¿Para que quieren patria ellos, que han sabido pasar tan bien su vida de esclavos? No es, pues, la patria el objeto de sus aspiraciones: son los destinos públicos i las rentas.

Aplausos i carcajadas estrepitosas, respondieron al discurso de Gacetilla, al mismo tiempo que volvian los que habian entrado al cuarto vecino, diciendo que el atrevido interruptor se les habia escapado por otra puerta.

—I para que veais que lo que acaba de deciros el señor Gacetilla es la verdad (prosiguió Orjera), voi a haceros una observacion. Estos patriotas de nuevo cuño no tienen vergüenza de hablar a nombre de un país que ellos han ayudado a asesinar. Son los lobos hambrientos que quieren quitar del medio a los pastores para comerse despues todo el rebaño. Han elejido por jefe, nó a un patriota de esclarecidos hechos, sino a don Diego Portales, cuya hoja de servicios está en blanco. Esto prueba la ninguna estimacion que les debe la patria, i el desden con que miran a sus leales

servidores. Nada ha hecho Portales en beneficio de Chile; la lucha de nuestra independencia no ha podido despertar su patriotismo; i la primera vez que se le ve aparecer en nuestra vida pública, es para soplar la guerra civil que aun no conocíamos los chilenos. Ai! de nuestras republicanas instituciones, si ellos vencen en esta fratricida lucha que su egoismo i su rábia contra la libertad están preparando sordamente! ¡Rios de sangre chilena regarán nuestros campos, i veremos caer por tierra nuestras mas queridas instituciones! Tendremos una monarquía con el nombre de república. En vez de dirijirnos por la vía del progreso, el gobierno será siempre el principal inconveniente para toda mejora social, para toda innovacion útil, para toda lei liberal, para todo pensamiento que pugne contra el espíritu monárquico. I no puede ser de otro modo, porque este espíritu es el que domina a nuestros enemigos. El país abrirá al fin los ojos, i querrá reconquistar lo que ellos le habrán quitado; pero ellos, en posesion del poder, abusarán de la fuerza i gobernarán haciendo la guerra a la Nacion; perseguirán a sangre i fuego a los buenos patriotas; harán leyes especiales para tener al país en jaque; leyes acomodaticias, que ellos interpretarán siempre a su favor; leyes contrárias a la libertad; leyes traidoras que les servirán de pretesto para ejercer sus venganzas contra los ciudadanos indefensos. Ah! señores! Si ellos llegasen a dominar, no habria acto que no cometiesen por mantenerse en el poder; elevarian el fraude, el dolo i la mentira, al rango de elementos de buen gobierno; i el espionaje i la delacion serian premiados como virtudes cívicas. Ser opositor, llegaría a ser el mayor de los crímenes; así como no habria cualidad mas recomendable, que la de gobiernista. Porque la aspiracion de esos malvados es la de posesionarse del país para gobernarlo por ellos i para ellos. I sin embargo de no haber hecho nada en servicio de la patria, no dudeis que se decretarian la corona cívica, i pondrian sobre su jefe la corona de laurel; escribirian historias, dando a Portales el nombre de jenio protector de Chile, i quién sabe si elevarian estatuas con los dineros del Estado! I miéntras tanto, ¿qué seria de los héroes de nuestra independencia? ¿Qué de los honorables ciudadanos que han defendido valerosa i noblemente las ideas democráticas? Unos serian estrañados del país; otros moririan en lejanos destierros; otros tendrian que vivir ocultos, sufriendo en silencio las desgracias de su patria; i otros en fin, serian vejados, ultrajados i asesinados en nombre del órden público. Las sentencias serian firmadas por los Francos, los

Arabaños, los Dorrigas, los Aldeanos, etc., haciendo caer sobre los sentenciados el anatema de enemigos de la patria i perturbadores del órden público, que estos malditos godos merecen!

—Por esto he dicho yo siempre, apuntó Gacetilla, entre los bravos i palmoteos que el discurso de Orjera produjo, por esta razon digo: que en política, es preciso vencer a todo trance para llegar a ser un hombre de bien.

Orjera fué llevado en triunfo hasta la plaza por los entusiasmados oyentes; don Catalino lanzaba *vivas* desaforadamente, i ajitaba su sombrero en el aire, cuando sintió que álguien lo sujetaba de la ropa. Volvióse prontamente, i vió a don Pablo Motiloni, quien le dijo:

—Oiga Ud. don Catalino.

—Aquí me tiene Ud., contestó éste prontamente.

El italiano se acercó a Gacetilla, i le dijo misteriosamente al oido:

—Acuérdese, amigo, del encargo que le tengo hecho, de no hablar sobre el asunto *que ya usted sabe.*

—Ya, ya comprendo, amigo mio. En boca cerrada no entran moscas.

—Porque si sale una palabra de su boca...

—No tiene Ud. nada que encargarme. Yo tambien sé guardar un secreto como cualquier otro.

—Está bien, dijo Motiloni. Adios!

Al tiempo de dar la mano a don Catalino, el italiano le puso (sin que el otro lo advirtiera) un paquetito de papeles dentro de la cartera del chaqueton. Cualquiera que hubiera visto esta operacion habria admirado la lijereza de manos de don Pablo. Hecho esto, se retiró a largos pasos, dejando a Gacetilla parado en la vereda, como esperando algun transeunte con quien hablar sobre los acontecimientos del dia.

Don Pablo se dirijió por la calle de las Monjitas, como buscando alguna cosa; luego torció hácia su derecha por la de San Antonio, hasta que, en la calle de los Huérfanos, encontró una patrulla encargada de mantener el órden. Al momento se dirijió al jefe i le dijo:

—Voi a hacerle a Ud. un denuncio, señor mio.

—Hable Ud., contestó el jefe.

—¿Conoce Ud. a don Catalino Gacetilla?

—Lo conozco de oidas.

—Es un hombre pequeño, rechoncho, de aladares negros recortados; que anda con un chaqueton plomo i una gorra de paño color chocolate.

—Ah! lo acabo de ver en la plaza. Estaba en medio de un corro, hablando como un predicador.

—Es el mismo entónces, dijo Motiloni.

—I ¿qué clase de hombre es ese?

—Es uno de los ajitadores; uno de los enemigos de la administracion.

—Sí? Por eso hablaba tanto el hombre! Voi a atraparlo.

—Hará Ud. bien. Creo que anda repartiendo proclamas...

—Proclamas! Eso es cosa séria... Le doi a Ud. las gracias por el aviso.

—No hai de qué, señor. Pero como podria comprometerme si él supiera que yo...

—No tenga Ud. cuidado alguno, le interrumpió el militar. El no sabrá nada. Voi a darle caza.

Diciendo esto, se dirijió el jefe con su patrulla a la plaza, en donde encontró a Gacetilla hablando por boca i narices en el centro de un corrillo. En seguida, dejando su patrulla junto a los *baratillos*, se encaminó con un soldado hácia el grupo, i preguntó:

—¿Es alguno de ustedes la persona de don Catalino Gacetilla?

—Aquí lo tiene Ud., dijo éste. ¿En qué puede serle útil su servidor?

—Por ahora, solo en que me acompañe a la cárcel...

—¿I para qué?

—Tengo órden de llevarlo preso.

—¿A mí? esclamó temblando don Catalino... Yo creo que está Ud. equivocado...

—No tengo costumbre de equivocarme, replicó el otro ¿Piensa Ud. hacer resistencia?

—Ni remotamente, señor... Pero yo quisiera saber...

—No perdamos el tiempo; marche Ud...

—Pero, ¿qué crímen he cometido para...

—¿Qué crímen? I ¿le parece poco andar exaltando los ánimos con discursos subversivos?

—Pero, señor... ¡Si soi el hombre mas pacífico del mundo!

—I luego repartir proclamas incendiarias!...

—Oh! esto es ya demasiado! Si eso es así, que me ahorquen, esclamó fuera de sí Gacetilla. En lo de hablar, seré franco, señor:

quién sabe si he dicho algo que pueda ofender los oidos... Pero en eso de las proclamas, le juro a Ud. que yo estoi tan inocente como San Juan Bautista.

—Veamos, dijo el otro, haciendo una seña al soldado. Entregue Ud. todo lo que tenga en los bolsillos!

El soldado se acercó a don Catalino, quien temblando, empezó a sacar su pañuelo, su tabaquera, el mechero i demas utensilios de fumar. Entre los objetos que encontró en sus bolsillos, habia un pequeño paquete de papelillos impresos, que sin saber él mismo lo que era, entregó al jefe de la patrulla. Tomó éste el paquete, i sacando una de las hojas, la abrió i leyó en voz alta:

"¡A las armas, ciudadanos!...

"El infame gobierno que rije la República..."

—Jesus María! esclamó Gacetilla fuera de sí: dígame Ud. señor: ¿cómo es que esos malditos papeles estaban en mis bolsillos?

—Eso lo sabrá Ud. mejor que yo, contestó el otro, miéntras los demas se reian de la pregunta de don Catalino. Por ahora, no tengo necesidad de saber mas... Vamos a la cárcel.

Viendo don Catalino, que pretender probar su inocencia, era tiempo perdido, se resignó a su suerte, i despidiéndose de las personas con quienes estaba hablando ántes, se dirijió con la cabeza gacha a la cárcel.

—¿Cómo habrán venido a mi bolsillo esos papeles? se decia entre dientes. Parece cosa de encanto... Pero eso me pasa por *novedoso*... ¿Por qué, en vez de levantarme tan temprano para venir a ver lo que pasaba, no me quedaria en mi cama?... en vez de que ahora... con una causa criminal encima!... I en los tiempos que corren!... Oh! fatalidad! Esto me acontece por entrometido!

Diciendo esto, Gacetilla entró a la cárcel, i la pesada reja de fierro se cerró tras de él.

CAPÍTULO XXXIX

¿EN QUÉ SE EMPLEABA EL DINERO DON POLICARPO?

> «Atacaban a su vez a los pelucones de haber sido los encubiertos promotores de aquella revuelta para la cual habian dado los fondos.»
>
> F. Errazuriz.—(*Chile bajo el imperio de la Constitucion de* 1828. *Capítulo II.)*

Aunque rechazados los enemigos del órden i de la lei, no se daban aun por vencidos; i metidos en su cuartel de San Pablo, desafiaban desde allí el poder del gobierno. Sin embargo, este motin, parecia tan estéril como todos los que anteriormente habian ajitado al gobierno de Pinto. Nacida de las malas pasiones i fomentada con el dinero de los enemigos de la república, sin encontrar eco en el corazon del pueblo, i habiendo frasacado desde su principio, esta revuelta debia tener un fin próximo. Pero a pesar de su falta de éxito los sublevados celebraban, bebiendo a discrecion en su cuartel, convertido en ciudadela, la derrota que acababan de sufrir.

Miéntras tanto, un consejo de guerra, compuesto de los jefes principales, reunido en el palacio presidencial, discutia sobre las medidas mas acertadas para apagar la sublevacion. Estaba visto

que ésta no pasaba de ser un motin de cuartel, en el cual, el pueblo no parecia querer tomar parte. Los habitantes de Santiago permanecian tranquilos sin corresponder al llamamiento de los pelucones. A pesar de esto, no faltaban ajitadores, que en las conversaciones trataban de introducir entre las jentes, el odio, de que estaban animados contra el gobierno.

Si el centro de la ciudad permanecia tranquilo, no sucedia lo mismo con los suburbios. Pandillas de vagos entremezclados con soldados, recorrian los barrios del puente, la plaza del Basural i el Tajamar hasta la cancha de gallos, introduciendo la alarma entre los vecinos de estos barrios, quienes, con sus puertas atrancadas, apénas se atrevian a asomarse a ver lo que pasaba en la calle. Entónces, falta de policía de seguridad, como estaba la ciudad de Santiago, cada cual tenia que cuidar de sí mismo.

Bien se echará de ver, que siendo el cuartel de San Pablo, el foco de la revuelta, no estaria la calle aquella en el mayor órden. De allí era de donde se veia salir la mayor parte de las pandillas, que, haciendo escala en cada bodegon que encontraban al paso, se ocupaban en gritar aquí, allá i mas allá:

—«¡Mueran los herejes»!

—«¡Abajo el gobierno de estranjeros!»

El bodegon de Juan Diablo estaba lleno de jente. Allí entraban i salian individuos de diversas cataduras; unos a sacrificar al dios Baco, i otros que parecian dispuestos a entregarse a Marte, segun era el aspecto belicoso que presentaban. Ambos dioses tenian allí sus dignos representantes; el de las vendímias, en tio Ruco; i el de la guerra, en Miguel Turra. Esto no es decir que las demas deidades del Olimpo, dejaran de tener sus devotos en aquella reunion multiforme, en donde se veia de relieve todas las bajas pasiones, con una franqueza verdaderamente mitolójica.

—Maldita suerte, esclamaba Turra dando un puñetazo sobre el mostrador: no haber tenido tiempo de *merendarme* a uno de los pipiolitos!... Son ellos, los conozco bien...

—Tome un trago, amigo; le dijo tio Ruco, para que se le pase la *murria*... Ahóguela en aguardiente, que es santo remedio.

—Pero otra vez, andaré mas despierto, refunfuñaba el bandido, quien se creia infeliz por no haber tenido el placer de derramar la sangre de un hombre.

Aunque Juan Diablo no estaba en el despacho, nadie echaba de ménos su falta, pues su digno amanuense, el Vizco, servia a los pa-

rroquianos del modo mas cariñoso del mundo. ¿Dónde se hallaba entónces el bodegonero? Si el curioso lector quiere saberlo, tenga la bondad de seguirnos, i marche con cuidado por entre la multitud de grupos de vagos, borrachos, mal entretenidos, soldados, muchachos i mujeres que van i vienen, i se cruzan en diversos direcsecio.

Dando vuelta la esquina de la *Casa vieja*, que el lector conocer se encontraba un cuartito redondo, de mezquina apariencia, po, cuya puerta entreabierta entraban i salian hombres de diversas condiciones. Dentro de aquel cuarto, estaba el bodegonero ocupado en distribuir dinero i algunas armas al populacho. Como conocia a todo el mnndo, Juan sabía mui bien entre quiénes debia repartir la plata i los sables, pistolas, tercerolas i fusiles viejos que habia recibido del cuartel.

Cada individuo recibia algo adelantado, con la promesa de que se le daria despues el doble, si se obtenia la victoria. Al mismo tiempo les indicaba el buen Juan, que se encaminasen a su bodegon, en donde encontrarian aguar diente, mejor que en ninguna otra parte encargándoles (eso sí) que bebiesen con órden, pues no queria que su establecimiento se desacreditase.

Cuando se concluyó de distribuir el armamento i el dinero, Juan cerró la puerta i la atrancó bien, dejado solo entreabierta una tronera que la puerta tenia, por donde entraba un rayo de luz al miserable cuarto. Entónces salió de un rincon un hombre que allí estaba oculto detras de una puerta vieja afirmada en la pared. Era Motiloni: estaba pálido, i su mirada brillaba siniestramente en la oscuridad.

—Se ha portado Ud. bien, amigo mio, dijo al bodegonero. Me gustan los hombres intelijentes i de corazon.

—Es que conozco las *uvas de mi majuelo*, le contestó Juan. Cada uno de estos cree que va a hacer su fortuna en cuanto venzamos. He dado el dinero solo a jente de *pelo en pecho*.

—Mui bien: ahora es preciso que sepamos lo que piensa el enemigo.

—Nada mas fácil. Yo me voi albodegon, i de allí enviaré al Vizco, que es un zorro para las noticias.

Diciendo esto, salió el bodegonero, i se fué en derechura a su despacho.

La calle estaba ajitadísima: las noticias falsas o verdaderas, corrian de boca en boca i se cruzaban en todas direcciones; infun-

diendo el miedo en unos, la alarma en otros, i el entusiasmo en los mas exaltados.

Los encontrados pareceres, enjendraban aquí, allá i mas allá mil disputas que concluian jeneralmente en puñetazos o cuchilladas. Unos creian que los Coraceros debian hacer otra salida; otros pensaban que lo mejor era permanecer dentro del cuartel, esperando que el gobierno enviara a hacerles propuestas de convenio. La puerta del cuartel estaba esteriormente rodeada de jentes hambrientas de desórden, que no pudiendo penetrar dentro, se contentaban al ménos con escuchar desde afuera el ruido de la bacanal de los soldados.

Habíase colocado arriba de la torre de la iglesia un piquete de fusileros, que, al mismo tiempo que sirviera de vijía para observar los movimientos del enemigo, pudiera valerse de aquella ventajosa posicion, en caso necesario. Entre los soldados del cuartel i las jentes de afuera, así como entre éstos i los que se hallaban en la atalaya de la torre, se cambiaban voces de intelijencia, como para animarse mútuamente.

Rodeaban el cuartel, i desembocaban a cada rato en la plazuela partidas de campesinos montados en briosos caballos. Muchos de ellos parecian dispuestos a tomar parte en el motin: otros no eran sino simples curiosos *que venian a ver la rovolucion,* como irian a presenciar una carrera de caballos. Estos recorrian las calles con esa ¡mpavidez característica del guaso chileno, a quien nada le intimida cuando se ve montado en un caballo brioso, *atento i de buena rienda.* Por otra parte, en aquellos tiempos, una sublevacion o revuelta eran miradas por el pueblo como un espectáculo interesante.

CAPÍTULO XL

LA COSA SE ENCRESPA

«Ah! no es la muerte en la feroz contienda
La conviccion de la verdad grandiosa;
Un cadáver tampoco es digna ofrenda
En tus altares, libertad gloriosa!
Para encontrar la verdadera senda,
La razon es la antorcha luminosa;
Las armas, la palabra, la conciencia,
I el himno de victoria, la clemencia.»

G. Matta.

Mas de una hora habia trascurrido desde que Juan Diablo se separó de Motiloni, cuando aquel llegó de nuevo al cuarto en donde éste le esperaba.

—¿Qué hai de nuevo? preguntó el italiano.

—La cosa se encrespa, contestó el bodegonero, segun lo que me ha dicho el Vizco, a quien mandé *aguaitar* lo que pasaba. El muchacho oyó decir a unos caballeros que los del gobierno estaban resueltos a atacar el cuartel.

—I...?

—La plaza está llena de jente: han llevado artillería i todo...

—Bueno! murmuró el italiano: si vencemos, peor para Pinto i sus secuaces; i si él vence, haciendo uso de sus cañones, peor tam-

bien para él, porque estas victorias producen siempre dsecontentos.

Luego agregó en voz alta:

—Dígame ahora: ¿ha hablado Ud. con algunos campesinos de a caballo?

—Por supuesto! Hai hombres resueltos i capaces de todo. Les he repartido dinero, i prometídoles el doble para despues. Ya le digo; yo conozco buena jente, i los tengo *afiladitos como una navaja de barba*. ¡Si Ud. supiera la clase de hombres que Miguel Turra tiene a sus órdenes! Son de los de cáscara amarga; i yo creo que esta vez *han de hacer de rayas*... Pero es preciso que vaya a cerrar mi bodegon, porque si es cierto lo que el Vizco me dijo, no tardarán en venir; i en estos casos, el que pestañea, pierde.

Dicho esto, iba a salir Juan, para ir a poner por obra su acertado pensamiento; pero Motiloni lo detuvo:

—Espere un momento, le dijo: voi a escribir unas cuantas letras a Urriola.

—Escriba la carta que yo se la enviaré a don Pedro, contestó Juan.

Motiloni escribió con lápiz en un pedazo de papel:

"Hoi 6 de junio de 1829.

"Mi don Pedro:—El gobierno tiene miedo: lo sé de buena tinta. "No hai que desmayar! Nosotros trabajaremos por fuera.—Háble-"les a los soldados a nombre de la relijion i de los ministros del "Señor; i sobre todo, no escasee el aguardiente, porque el tiempo "está frio.

"Un amigo de la patria."

—Es preciso entregar la esquela en mano propia, dijo Motiloni, doblando el papel, i dándoselo a Juan.

—Descuide Ud., contestó éste. Tengo hombres que harán lo que yo les mande.

I saliendo del cuarto, se metió entre la multitud.

La calle estaba llena i la efervescencia habia llegado a su colmo.

—¡Caramba! decia uno de los de la partida de Turra, echándose el poncho al hombro: ¿qué harán estos soldados metidos entre cuatro paredes?

—Es cierto, compadre; así no se hace una revolucion. ¿Cómo querrán desde aquí echar abajo al gobierno?

—Yo creo que el gobierno tiene miedo, decia un tercero. ¿Por qué no se presenta, pues?

—Calle la boca, compadre; ¡si las revoluciones de ahora no son como las de otros tiempos!

—Ya yo estoi aburrido de tanto esperar, agregaba otro. Esto está mui tibio. Me voi para mi casa.

—I yo tambien: ¡qué cristianos tan cobardes los de estos tiempos!

—Vaya! yo creia que nos íbamos a divertir! pero... apénas tres o cuatro tiros!

—Aguarden! Aguarden! los de la torre hacen señas! gritó uno.

—Ya vienen!

—Qué han de venir!

—¿No sienten el ruido de los tambores?

—Es cierto: ¡gracias a Dios que nos vamos a ver las caras!

—¿Por dónde vienen?

—Por la calle del Puente.

—Prepárense hijitos!

—Pocas palabras i al moño. ¿Entienden?

—No hai que recularle a los herejes!

Estas o parecidas eran las palabras que se cruzaban por entre la multitud, cuando vieron desfilar a lo léjos las tropas del gobierno. La calle empezó a despejarse; las puertas se cerraron apresuradamente, i una gran parte de curiosos tomó las de Villadiego. Sin embargo, las boca-calles permanecieron obstruidas de jente de a pié i de a caballo.

Las fuerzas del gobierno eran mandadas por el coronel don Francisco Elizalde; i se componian del batallon Núm. 7, a las órdenes de Rondizzoni; un escuadron de caballería, mandado por el teniente coronel don Guillermo Tupper; i tres cañones de artillería a las órdenes del mayor Amunátegui. Uno de estos cañones, estaba al mando de Andres, quien no habia tenido lugar de contar a su jefe lo que le habia sucedido en la mañana cuando se dirijía al cuartel. En cuanto a Anselmo, iba sirviendo de ayudante a Elizalde.

¿Qué objeto tenia este lujo de fuerzas para atacar a un cuerpo de tropas inferiores en número, desmoralizadas por el desórden, sin una cabeza capaz de dirijirlas con éxito, medio vencidas i metidas en un cuartel, en donde la resistencia era una locura mayor que el mismo levantamiento?

El objeto era palpable: se queria probar con el número a los

amotinados la imposibilidad de resistir, a fin de obligarlos a rendirse sin combatir.

El jeneral Pinto, animado de los sentimientos humanitarios que constituian el fondo de su carácter, queria evitar a todo trance la efusion de sangre. Presidiendo el anterior consejo de guerra, en el cual se habia decidido el ataque al cuartel de los amotinados, el vice-presidente Pinto habia manifestado sus deseos de conciliacion contra el parecer de algunos miembros del consejo, que opinaban por el castigo de los culpables. Esta era la segunda vez que el cuerpo de Coraceros se sublevaba, i era preciso tratarlos ejemplarmente, a fin de introducir en el ejército la disciplina, que el mal ejemplo de contínuos motines militares menoscababa de dia en dia. A esto contestaba el vice-presidente que en los soldados sublevados, debia verse mas bien hombres mal aconsejados, que verdaderos enemigos de la patria; i que tratándose de enemigos que eran nuestros compatriotas, debia el gobierno hacer por convertirlos en amigos, por medio de la clemencia i la jenerosidad, ántes que vencerlos por la fuerza de las armas.

Habiendo prevalecido tales ideas en el consejo, se dispuso no atacar al cuartel sino despues de haber agotado los medios que la dignidad del gobierno aconsejaba emplear, para volver a los amotinados a la senda del deber.

Miéntras tanto las tropas formadas en la plaza, esperaban a sus jefes para ponerse en marcha contra los rebeldes.

—Amigo mio, dijo el jeneral Pinto, despidiéndose del coronel Elizalde, encargado de mandar el ataque: mui triste es el deber que le ha tocado a Ud. cumplir por esta vez.

—Es verdad, señor, contestó Elizalde. Cuesta trabajo decidirse mandar hacer fuego contra los mismos soldados que han peleado en nuestras filas.

—I tanto mas, agregó Tupper, terciando en la conversacion, i tanto mas, señor jeneral, cuanto que, castigando a los amotinados, quedará siempre impune el crímen.

Pinto miró a Tupper como preguntándole el significado de aquellas palabras.

—Sí, señor, prosiguió éste con noble franqueza. No creo que los promotores de motin, es decir, los verdaderos culpables, estén entre las pobres jentes que vamos a atacar.

—Es un hecho, dijo Elizalde: este motin, como otros muchos, no

es mas que el efecto de las instigaciones peluconas. Aquí anda el dinero de los reacionarios enemigos de la República.

En aquel momento salian los tres de la sala del consejo, seguidos de los demas jefes. Don Francisco Ruiz Tagle, Ministro de hacienda, que esperaba al vice-presidente en el corredor, oyó las últimas palabras de Elizalde i miró a éste de un modo particular.

—Por esto he dicho, repitió Tupper (mirando alternativamente a Tagle i a Elizalde), por esto he dicho: que no es dentro del cuartel donde deben buscarse los enemigos del órden.

Esta vez la mirada del Ministro fué escudriñadora, como si hubiese querido adivinar el verdadero significado de aquellas espresiones. En seguida, sin hablar una palabra, llamó hácia a un lado al vice-presidente i quedó hablando con él, miéntras los jefes salian a tomar sus puestos.

CAPÍTULO XLI

MOTILONI CRÉE QUE, VENCEDOR O VENCIDO, EL GOBIERNO PERDERA TERRENO.

> «Recorred nuestra historia contemporánea, i vereis que casi todos esos desórdenes han sido orijinados por la ambicion de los caudillos; por sus rivalidades entre sí, por el empeño de los unos en conservar el poder, como si fuera su patrimonio, i por la impaciencia de otros en atraparlo, como si fuera una propiedad que se les hubiera arrebatado.»
>
> M. L. Amunategui.—(*Introduccion a la Dictadura de O'Higgins.*)

Como a las dos de la tarde se dirijieron las tropas del gobierno hácia el cuartel de los amotinados. Seguíalas una multitud del populacho, que casi sin darse cuenta de lo que pasaba, observaba todos aquellos movimientos, no viendo en ellos otra cosa que motivos de un placer tumultuoso i esperanzas de robo i de pillaje. Miéntras la tropa desfilaba por la calle del Puente, con la artillería a vanguardia i la caballería a retaguardia, tres compañías a las órdenes del capitan Pozo, se dirijian por la calle

de la Catedral hácia la de Teatinos. De este modo se lograba tomar al enemigo entre dos fuegos, en caso de séria resistencia. La marcha de la tropa iba deshaciendo las pandillas de jentes que encontraba a su paso. Algunos entraban apresuradamente a sus casas; otros se desbandaban en diversas direcciones; i otros iban a reunirse a la plazuela de San Pablo, centro de los amotinados.

Llegados a la plaza del Basural, Elizalde mandó alzar una bandera blanca i dividiendo la infantería en dos alas, apoyadas en las veredas, marchó hácia los amotinados. Las calles que desembocaban en la plazuela. estaban obstruidas por jentes de a pié i de a caballo, dispuestas en confusos pelotones i entremezclados de soldados armados. Cuando estos distinguieron la bandera blanca, saludaron con una rechifla este signo de paz. Se les habia dicho que el gobierno tenia miedo, i veian confirmarse esta alentadora circunstancia.

Motiloni que lo observaba todo detras de la esquina de la *casa vieja*, dijo a los que le rodeaban:

—Ya os lo habia dicho, amigos mios. El gobierno tiene miedo. Esa bandera blanca significa que quiere capitular.

—¡No hai capítulo con los herejes! esclamó un guaso, que montado en un buen caballo, revolvia a derecha e izquierda.

—Los hemos de *hacer volver cara a fuerza de bala fria*, contestaron otros armándose de piedras (arma arrojadiza que tan bien sabia manejar el pueblo de Santiago).

En esto vieron que venia hácia ellos un oficial seguido de un soldado ambos de a caballo. Era Anselmo, ayudante de Elizalde, que venia encargado de rogar, mas bien que de proponer, la rendicion a los rebeldes, a quienes el jefe les prometia impetrar del gobierno su perdon.

—¿Quién es aquel que se adelanta?

—¿Qué esperan para acercarse?

—¿A qué vendrá el oficialito?

—¡Los pipiolos quieren hacer propuestas!

—Que se vayan al infierno a hacerlas!

—¡No hai propuestas que valgan!

—Es que tienen miedo! compadre.

—Se conoce de a leguas!

Tales eran las palabras que se cruzaban entre los grupos de los sublevados.

Miéntras tanto, varios soldados de éstos se empeñaban en mantener vivo el odio contra el enemigo.

Juan Diablo, que era de los que mas hablaba, dijo:

—Saben ¿en qué estaba pensando?

—Diga, ño Diablo.

—En que recibiéramos al pipiolito con una buena nubada de piedras.

—Tan luego como oyó esto el Vizco, que estaba a su lado, tomó una piedra, la puso en su honda de cuero i la lanzó hácia Anselmo. El ejempo fué seguido por veinticinco o treinta mas, i otras tantas piedras pasaron zumbando sobre los grupos que estaban mas adelante. Anselmo que venia a como cuadra i media de distancia, puso un pañuelo blanco en la punta de su espada, para indicar a la turba que era un emisario de paz. Pero apénas se acercó unos pasos mas, cuando vió que varios soldados le apuntaban con sus fusiles desde las ventanas de la torre. En el mismo momento sintió silbar dos balas junto a su cabeza.

—Mi capitan! le dijo el soldado que le acompañaba, me parece prudente volver. Estos condenados nos van a cazar como si fuéramos tórtolas.

Dejóse oir una segunda descarga; i luego siguió la rechifla de la turba, que entre risotadas, silbos i gritos decia:

—¡Qué pájaros tan duros para caer!

—¡Bala fria sobre ellos!

Anselmo creyó prudente volver; pero cuando torcía con prontitud la rienda, vió que venia hácia él a todo correr, un hombre de a caballo. Apénas tuvo tiempo de prepararse para recibir la recia topada de su enemigo, quien al mismo tiempo que le dió el encontron, le lanzó una puñalada diciéndole:

—Toma, pipiolo del diablo. Esta vez no te escaparás de la catana de Miguel Turra.

El jóven, herido en el brazo izquierdo, se defendia de los repetidos golpes del bandido, a quien al mismo tiempo, atacó el soldado por la espalda. Pronto se desprendieron de la turba varios otros compañeros de Turra, i luego un piquete de caballería corrió a auxiliar a los emisarios, quienes se defendian en retirada. Esto fué lo que libró a Anselmo de una muerte segura, pues los fusileros de la torre no se atrevian a seguir tirando por no herir a los suyos.

Cuando Miguel i sus compañeros se vieron atacados por fuerzas mas respetables, huyeron a escape por la primera boca-calle que encontraron.

Anselmo i el soldado se habian salvado, pero la herida del pri-

mero, parecia grave, por lo cual recibió órden de retirarse a una casa inmediata para atender a su curacion.

Este acontecimiento produjo la mayor indignacion, i no sirvió sino para preparar a los soldados al ataque. Ya Andres habia apuntado su cañon a la ventana de la torre, i en cuanto recibió la órden, salió el tiro. Dos soldados cayeron al suelo abrazados de sus fusiles. Un segundo cañonazo rompió uno de los ángulos de la torre, i una lluvia de escombros cayó sobre la cabeza de los amotinados. Miéntras tanto, Rondizzoni marchaba con su batallon de frente; i Pozo recibia en la calle de Teatinos la órden de atacar por el flanco derecho al enemigo, que replegado en la plaza, se vió entónces entre dos fuegos.

En ménos de quince minutos, ya la confusion se habia introducido entre sus filas, desordenadas por la indisciplina i falta de jefes. Los fuegos de la torre se habian apagado: las descargas de las compañías de Pozo, habian hecho huir a la multitud de guasos que cubrian la boca-calle de Teatinos; i el populacho, perseguido por algunos soldados de caballería, se batia en retirada con su arma favorita, la piedra. Pronto se vió que no quedaban mas que los Inválidos cubriendo la puerta del cuartel, miéntras los Coraceros salian por la puerta del norte. Entónces Rondizzoni mandando cargar a la bayoneta, arrolló la infantería enemiga, miéntras la caballería pasaba apresuradamente el rio i huia a todo escape.

Un cuarto de hora despues, todo estaba concluido, i solo se veia recorrer las calles algunas patrullas de caballería, persiguiendo a los que, favorecidos por el desórden, pretendian introducirse en algunas casas para robar.

I Motiloni ¿qué era de él? En cuanto conoció que habia algun peligro en estar fuera, se metió como una rata dentro del miserable cuartejo, i allí estuvo oyendo el ruido de la refriega.

—Vencidos o vencedores (decia sobándose las manos con satisfaccion) el hecho es que la revuelta desprestijia al gobierno. Si castiga a sus enemigos, se crea animosidades i si no los castiga, los alienta para que se le echen encima. Allá lo veredes, dijo Agrájes!

CAPÍTULO XLII

AMOR I RESIGNACION.

«Solo Dios sabe el valor de esos murmullos del alma que suben de la tierra al cielo. Solo El puede apreciar el sacrificio del labio que bendice, cuando pudiera execrar.»

M. Vargas.—*(Adios a la vida.)*

Al otro dia mui de mañana, la esposa de don Cándido hablaba con doña Trinidad i su hija en casa de don Marcelino, miéntras éste se hallaba de visita en la posada de don Meliton.

—Te he mandado llamar, amiga mia, decia doña Trinidad, para pedirte consejo sobre lo que debo hacer.

—Estoi dispuesta a servirte, contestó doña Estrella. ¿De qué se trata?

—Anselmo está herido, interrumpió Lucinda con voz balbuciente, miéntras un vivo encarnado reemplazaba la palidez de su bello semblante.

—¿Herido? esclamó doña Estrella; pobre jóven! ¿Acaso en el motin...?

—Ayer, en medio de la refriega, recibió una puñalada, con

testó Lucinda dolorosamente, i el corazon me dice que la herida es grave.

Doña Trinidad miró a su hija con singular ternura, i apretando una mano de doña Estrella, le dijo al oido:

—¡Pobre niña!

Luego agregó en voz alta:—Aunque hemos tenido malas noticias, como se abulta tanto lo que se cuenta, puede ser que la herida no sea grave.

—De todos modos, la interrumpió doña Estrella, es preciso cerciorarse...

—Esa fué mi intencion en cuanto supe la desgracia; pero don Marcelino... Es preciso que te lo diga, hijita, agregó la señora bajando la voz: don Marcelino me ha prohibido que preste a Anselmo ninguna clase de socorro.

—Viejo estúpido! esclamó doña Estrella, con su natural exaltacion.

—Mi querida madrina ¡es mi padre! le interrumpió Lucinda, acercándose cariñosamente a doña Estrella, a quien daba a veces el título de madrina, solo por ser la esposa de su padrino, don Cándido.

Miéntras tanto ,los ojos de la pobre niña, preñados de lágrimas, miraban a su interlocutora como diciéndole lo que no se atrevia a espresar con sus labios:

—¡No hable Ud. así de mi padre!

—Perdóname, hijita, le contestó doña Estrella: son arranques de mi jenio.

—¡Qué la perdone a Ud. porque nos ama!

—¡I las amo tanto mas, cuanto que comprendo su desgracia! Respeto los sentimientos de la hija i de la esposa; pero mi sangre se subleva a vista de la injusticia i de la crueldad. ¿Qué derecho tiene don Marcelino para prohibir a su mujer que muestre interes por un pariente...?

—Que me ha sido recomendado por su propia madre, agregó doña Trinidad.

—I tan bueno, tan noble i valiente que es, agregó Lucinda con cándido atrevimiento.

—I ¿estás resuelta a obedecer a tu marido? preguntó doña Estrella, mirando fijamente a doña Trinidad.

—Mi confesor me lo ha mandado, contestó ésta, bajando los ojos.

—Pero el confesor no podia prever esta circunstancia, interrum-

pió Lucinda. Su mandato habrá sido en jeneral. Yo estoi segura de ello. Una herida por pequeña que sea, puede ser peligrosa si no se la cura bien: mi mamita es intelijente en remedios de todas clases. ¿No le parece, que su deber es atender personalmente a la salud de su recomendado?

—Tienes razon, contestó doña Trinidad; pero tu padre...

—Ah! yo le lloraré tanto a mi tatita, que la perdonará cuando lo sepa, le interrumpió la pobre niña abrazando a su madre.

—Oh! ¡qué duro es encontrarse entre sus afecciones i su conciencia! murmuró doña Trinidad.

—La conciencia manda obedecer los nobles impulsos de la sangre i de la humanidad, observó doña Estrella.

Luego agregó mas tranquila:

—No sé si te digo esto, porque mi sangre se revela contra toda opresion. Yo no podria sufrir el que mi marido me tratase de esta suerte.

Doña Trinidad no contestó, sino dando un suspiro tan tierno i lastimoso que hizo prorrumpir en llanto a Lucinda. Habia tanto dolor, i al mismo tiempo tanta resignacion en aquel quejido de una alma, constantemente contrariada en sus mas tiernas afecciones, que doña Estrella se quedó mirando de hito en hito a la pobre madre. Lucinda misma, adivinando en su corazon el oculto tormento, se avergonzó de su propio llanto ante la sagrada tribulacion de su madre i abrazándola la dijo:

—Mamita! míreme Ud; estoi tranquila: tengo esperanzas de que no habrá peligro.

Las lágrimas se habian secado en los ojos de la niña; pero su corazon latia con fuerza.

—Cúmplase, Señor, tu voluntad! murmuró doña Trinidad abrazando a su hija.

Doña Estrella no hablaba i solo pensaba interiormente, mirando a la madre i a la hija:

—¡I qué exista un hombre bastante vil i cobarde, para hacer sufrir a dos ánjeles como estos!... Oiganme ustedes, prosiguió en voz alta: he reflexionado sobre el negocio. Cierto que es duro esto de tener que dejar en otras manos el cuidado de una persona enferma que se ama; pero... es preciso avenirse a la necesidad. Yo me encargaré de visitar en persona a Anselmo, i de hacer que no le falte nada.

—Gracias! amiga mia, contestó doña Trinidad con emocion.

Lucinda no dijo nada, sino que tomando una mano de doña Estrella, la cubrió de besos ardientes.

—No tienen nada que agradecerme, prosiguió con bondad la esposa de don Cándido. No hago mas que cumplir con un deber de amistad. A ustedes les será imposible obtener no solo el permiso, sino tambien los fondos necesarios para atender al enfermo.

—Así es la verdad, respondió la esposa de don Marcelino.

—Yo no me hallo en tal situacion. Tengo libertad i dinero. Poseo ademas una criada vieja mui diestra en el cuidado de enfermos, que será de suma utilidad.

—¿Con qué te pagaremos?...

—No hablemos mas de eso. Ustedes harian lo mismo en mi lugar. Ahora necesito saber dónde vive el jóven.

—En casa de don Andres Muñoz...

—Andres Muñoz!... Aguarda... ¿No es el marido de Cecilia...?

—Cecilia Villarreal.

—¡Qué casualidad! Yo conocí a Cecilia cuando niña, i hacia muchos años que no la veia. Ultimamente me encontré con ella; trabamos conversacion, i me contó que se habia casado con un tal Andres Muñoz. Por eso, en cuanto oí nombrar a éste, me acordé de Cecilia, que es una buena niña.

—Pero desgraciadamente son pobres, contestó doña Trinidad.

—Nada importa: Anselmo tendrá todo lo necesario, i yo misma me encargo de noticiar a ustedes lo que ocurra diariamente.

—Gracias, madrina mia, le interrumpió Lucinda abrazándola cariñosamente.

—¿Tanto lo quieres? le preguntó doña Estrella sonriendo.

—Oh! esclamó la pobre niña, ruborizándose. I ¿me pregunta si lo amo?

I luego, colgándose del cuello de doña Estrella, prosiguió diciéndole al oido:

—Ahora que sé que Ud. se va a encargar de él, principio a mirarla como a mi madre.

—Adios, adios, dijo doña Estrella con las lágrimas en los ojos. Voi a desempeñar cuanto ántes mi cometido.

Diciendo esto, salió la buena señora, no sin engujarse las lágrimas, una vez que hubo llegado al zaguan de la casa. Dirijióse a la de ella, con la firme resolucion de obligar a su marido a que protejiese a Anselmo. Su intencion era, no solo obtener de don Cándido el permiso de gastar lo necesario para la curacion del jóven, sino

conseguir que su marido protejiese la union en que su femenino corazon estaba ya interesado.

Los benévolos deseos de la señora eran ademas fomentados por la mujeril inclinacion a hacer un casamiento, i por su espíritu de oposicion contra don Marcelino, a quien odiaba mui cordialmente.

CAPÍTULO XLIII

NUEVOS APUROS DE DON CANDIDO

> ..... «estaba loco
> (Decia) o de mí mismo no era dueño?
> ¿Cómo yo el concertado plan revoco?
> ¡Maldita dejadez! Fatal beleño,
> Que a todos los caprichos me sujeta
> De ajena voluntad! Soi un trompeta.»
>
> A. Bello.—*(El proscrito, XXVIII.)*

Apénas hubo la señora pisado el umbral de su casa, cuando don Cándido salió a recibirla con sus acostumbradas zalamerías.

—Te estaba esperando, Estelita, la dijo afectuosamente.

—I yo tambien deseaba verte cuanto ántes.

—Gracias, paloma mia. ¡Cuántas cosas tengo que contarte!

—I yo vengo a pedirte un favor.

—Concedido. Tus peticiones son órdenes para mí... Voi a contarte: acabo de hacer amistad con un sujeto...

—En el camino me contarás.

—¿En el camino? Qué quieres decir?

—Es que te venia a pedir que hiciéramos juntos una visita.

—Haremos cuantas visitas quieras; pero siéntate i te contaré...

—Ya te digo que no debemos perder tiempo... Se trata de un amigo enfermo.

—Un amigo! I ¿quién es el enfermo?

—En el camino lo sabrás. Vamos andando.

—Vamos andando, repitió maquinalmente don Cándido.

Tomó éste su sombrero i su baston adornado de un par de borlas, i salió a la calle siguiendo a su esposa, que marchaba con ánimo resuelto.

—Pero díme, hijita, ¿qué amigo es ese que se ha enfermado tan de repente?

—¿No me ibas a hablar de una nueva amistad? le interrumpió la señora, con el objeto de distraer a su marido.

—Asi es la verdad, contestó éste, olvidando al enfermo de la visita. Mi compadre Marcelino me envió a llamar esta mañana de alba, para darme a conocer a un señor español recien llegado a este reino de Chile. Es un hombre de muchas campanillas, títulos i honores.

—I ¿a qué ha venido?

—A no sé qué mision secreta. Pero vamos al caso: me vestí de parada como me ves, i acompañé a mi compadre al Café de la Nacion, que es donde vive el caballero de que te hablo... I de veras, hijita, que no mienten los que dicen que éste es un grande de la corte...

—Grande de la corte!... ¿Estás loco?

—Grande i de los de copete! Qué finura, qué educacion de hombre! Corta el pelo, como dicen... Hicímonos amigos en un santiamen, porque es tan franco como instruido... Sabe latin como el agua, i mas de una vez, me reí por lo bajo, al ver que mi compadre Marcelino se quedaba con la boca abierta oyéndolo recitar versos de Ovidio... Oh! es un sabio a las derechas!

La señora no contestó: pensaba en el modo cómo diria a su marido el objeto de su visita. Don Cándido prosiguió con su natural verbosidad:

—I luego, hijita, que ademas de ser un gran latino, es hombre de mucho valimiento en la corte, que habla mano a mano con el rei en persona.

Doña Estrella soltó una carcajada, oyendo la candidez de su marido.

—¿ Te ries? prosiguió éste. Pues te aseguro que es así. Don

Meliton es noble hasta las uñas, i está emparentado con toda la nobleza de Madrid.

—I ¿a qué ha venido por acá un hombre tan encumbrado?

—No te digo, mujer, que a una mision secreta? Se conoce que el hombre es un verdadero político... ¡Si lo hubiéras oido hablar sobre la revuelta de ayer!... ¡Qué tino! que sagacidad! Nos dió su opinion; i te aseguro que me dejó encantado. Mi compadre lo convidó a comer a su casa, i me dijo ademas, que nosotros dos teníamos que asistir al convite. Yo acepté, i pienso convidarlo por mi parte... ¿He heho mal?

—De ningun modo, contestó la señora. Ahora es preciso que sepas a donde vamos, porque ya estamos cerca de la casa.

—Dices bien: a dónde me llevas??

—A casa de don Andres Muñoz...

—Ah! lo conozco: es un capitancito de artillería; i por mas señas, un pipiolo intratable. Pero ¿a qué vamos allí?

—A ver a Anselmo Guzman.

—A Anselmo Guzman! esclamó don Cándido dando un paso atras. ¿Qué tienes que ver con él? ¿No sabes que es un desalmado piopiolo como el otro?

—Nada sé de eso, contestó la señora con enerjía. Lo que sé es que Guzman es un mozo honrado, juicioso, valiente, i que ayer espuso su vida por defender el órden.

—Sí: me dicen que salió herido.

—I de gravedad, segun creo. Como él carece de hacienda, i no tiene aquí parientes que lo atiendan...

—¿I mi comadre Trinidad?

—Don Marcelino le ha prohibido que lo vea.

—Ah! ya me acuerdo: es el amante de mi ahijada... Ahora veo peor la cosa, dijo don Cándido meneando la cabeza.

—Pues precisamente, porque es el hombre a quien tu ahijada quiere, debes manifestarle interes.

—¿Contra la voluntad de mi compadre? Mira, mujer, lo que dices!

—I ¿qué nos importa don Marcelino? Tu obligacion es atender a la felicidad de Lucinda... ya me lo has prometido... ¿no te acuerdas?

—Ah! yo... ¿te lo he prometido?

—I ademas, yo he dado a Lucinda mi palabra de venir a verlo, i aun asistirlo en su enfermedad, si fuere necesario.

—Oh! eso es demasiado, Estelita! Si quieres, puedes proporcionarle dinero por bajo de cuerda; pero venir a verlo! Eso es mas que demasiado!

—I ¿por qué no hemos de verlo?

—Porque esto es hacerme romper con mi compadre, que aborrece a Anselmo como a sus pecados... Ademas, es preciso que sepas prosiguió, bajando la voz, que Lucinda está destinada...

—Lo sé...

—Destinada a ser la esposa de don Meliton, ese señor español de quien te venia hablando.

—Un viejo que...

—No tan viejo, mujer, no tan viejo que digamos... Tendrá unos doce años mas que yo... Ya ves, dijo don Cándido echando sobre sí una mirada de satisfaccion, que no es edad...

—Pero Lucinda ama a Anselmo i esto basta para que lo protejas.

—¿Protejerlo yo? Mira, Estelita: debo decirte que acabo de dar mi opinion a mi compadre Marcelino sobre este negocio.

—I¿ cuál fué esa opinion?

—Que debia preferir a don Meliton.

—Pues siendo así, has olvidado lo que el otro dia me prometiste.

—Pero, mi vida, escucha...

—Yo no soi tu vida... Volvámonos a casa... Me habia engañado creyéndote un hombre de honor... ¿No te acuerdas que me empeñaste tu palabra sobre que trabajarias a favor de Anselmo, es decir, a favor de tu ahijada?

—Dices ¿qué te he prometido eso? Pues así debe ser... Eso i mucho mas es capaz que tú me hagas prometer, querida mia!

—I luego venir a decirme en mi cara que has dado tu opinion favorable a ese viejo godo! ¡Asi faltas a tu mujer!

Doña Estrella hizo ademan de volverse; sacó su pañuelo i se lo acercó a los ojos. Estaba don Cándido perplejo, sin saber qué hacerse; pero no pudiendo soportar el enojo de su señora, la dijo:

—Eso no es faltar a mi palabra. Aunque te haya prometido trabajar por el uno ¿no puedo dar mi opinion por el otro?

—Pero en fin, ¿en qué quedamos? le preguntó con enerjía la señora. Ya te he dicho, que he empeñado mi palabra en virtud de lo tú mismo me dijiste.

—Vaya pues, Estelita, irémos, dijo don Cándido, cediendo des-

pues de un momento de hesitacion. Pero te encargo, prosiguió, que trates el asunto con prudencia... No debemos comprometernos demasiado.

En pocos momentos mas, estuvieron los esposos en casa de Andres. Estaba éste conversando con su mujer en un saloncito regularmente amueblado. Apénas hubo visto Cecilia a doña Estrella, cuando salió a recibirla, con muestras de la mayor cordialidad.

—¿A qué debo el placer de ver en mi casa a mi antigua i buena amiga? le dijo.

—A los deseos que tenia de hablar contigo, le contestó doña Estrella, abrazando a su amiga.

—Ven, que quiero que conozcas a mi esposo, le dijo Cecilia.

Despues de los mutuos saludos i reverencias de estilo, sentáronse a conversar las cuatro personas. La franqueza i cortesía de Andres sedujo a doña Estrella, de cuyo despejo i maneras distinguidas, no quedó ménos prendado el capitan.

—No tenia el placer de conocer personalmente a su señora, dijo éste a media voz a don Cándido; pero ahora veo que son mui justas las alabanzas que le habia oido prodigar.

—Oh! dijo don Cándido, arreglándose el corbatin con notable satisfaccion.—Estelita... es así, tal cual!

Miéntras tanto, ya doña Estrella habia preguntado por Anselmo.

—¿Lo conoces? le interrogó Cecilia.

—Solo de vista, contestó la otra; pero lo aprecio porque es amigo i pariente de una señora a quien estimo como a mí misma.

—¿Doña Trinidad Serrano?

—La Trinidad. No pudiendo ella venir por impedírselo inconvenientes insuperables, me rogó que yo lo hiciera a su nombre.

—¡Cuánto lo va a agradecer! esclamó la buena Cecilia, mirando a Andres maliciosamente.

Luego agregó con seriedad.

—El pobre Anselmo necesitaba de este consuelo, i siento no poderle dar al momento esta noticia, porque está durmiendo.

—¿Se ha examinado su herida? es de gravedad?

—Ayer se la tenia por alarmante; pero hoi ha amenecido mejor, segun la opinion del médico. Sin embargo, siempre tiene fiebre.

Aunque Cecilia no sabia el verdadero motivo de la visita, con su penetracion de mujer lo habia adivinado, i deseaba hablar

de él. Pero la presencia de don Cándido la contenia, así como la de Andres embarazaba a doña Estrella.

—Tiene razon Cecilia, dijo el capitan a media voz. Anselmo va a sanar en cuanto sepa el interes que una amiga de mi *sia* Trinidad manifiesta por su salud.

—Ese interes es mui natural, contestó doña Estrella. Yo soi amiga íntima de la Trinidad, i Cándido es el padrino de Lucinda.

Este nombre hizo sonreir a Andres i a Cecilia, miéntras don Cándido se movia en su silla como si estuviese sentado sobre espinas.

—Esto te esplicará, prosiguió doña Estrella dirijiéndose a Cecilia, los deseos que, tanto Cándido como yo, tenemos de ver restablecido a ese jóven; ¿no es verdad, Cándido?

—¿Quién lo duda? contestó éste a media voz.

—I si no estuviera en esta casa donde creemos que será atendido como merece, nos atreveríamos a proporcionarle un cuarto en la nuestra, dijo doña Estrella.

—Le doi a Ud. las gracias en nombre de Anselmo, contestó Andres inclinándose ante la señora.

— Siempre con tu buen corazon! esclamó Cecilia mirando a su amiga con enternecimiento.

—No me eches a mí la culpa, dijo ésta riendo. Mi marido es el mas empeñado en protejer a este valiente mozo.

—Lo creo ¿no me has dicho que es padrino de Lucinda? dijo Cecilia a media voz. Te aseguro que el pobre enfermo se va a morir de gusto, porque ya sabrás que...

—Sabemos todos los secretos de la casa, hijita; i como Cándido quiere tanto a su ahijada...

—Oh! la quiero mucho, esclamó convulsivamente don Cándido, dominado por la mirada de su esposa. ¡Mucho!

—Ya comprendo, señor, agregó Andres al oido de don Cándido. El pobre mozo ama como un loco a Lucinda, i está desesperado por la resistencia que encuentra en don Marcelino.

—En cuanto a eso, es lo de ménos, interrumpió doña Estrella. Lucinda está cada vez mas firme en su amor i ya Cándido sabe que...

—Oh! es verdad que yo sé!... interrumpió temblando don Cándido. ¡Ya lo sé!

I luego dijo para sí:

—¡En qué pantano me está metiendo esta mujer, por Cristo vivo!

—¿Quién tendrá valor para impedir que se unan dos personas que se quieren? dijo sencillamente Cecilia.

—En todo caso, agregó Andres, quien remueva los inconvenientes que se oponen a esta union, salvará la vida a un jóven valiente i leal.

—¿No es verdad, Cándido? preguntó doña Estrella.

—Esa es mi opinion, contestó el pobre hombre sofocado. ¡Qué calor ha hecho en toda la mañana!

—Por eso me has dicho que harás lo posible por protejer este matrimonio...

—Oh! sí! este matrimonio! esclamó don Cándido maquinalmente i haciéndose aire con su gran pañuelo de seda lacre. Ha hecho un calor insoportable!

En seguida sacó su gran reloj con tapas de carei; mirólo i dijo:

—Son las once i cuarto.

I metiéndose en el bolsillo el pañuelo hecho ovillo que tenia en una mano, llevó el reloj a la cara como para limpiarse el sudor que le corria por las mejillas. Afortunadamente para él, no lo vió su señora; quien al oir que eran las once i cuarto, levantóse de su asiento i dijo:

—Jesus! qué tarde! Ya se acerca la hora!

—Mucho te agradezco la visita, dijo Cecilia abrazando a su amiga, tanto por mí, como por Anselmo.

—Hazle presente nuestros sentimientos, contestó doña Estrella. I ahora que me acuerdo, agregó ésta: ¿tienes enfermera?

—La enfermera soi yo, contestó la esposa de Andres.

—Pues entónces te voi a enviar, para que te ayude, a la vieja Rosalia que es mi brazo derecho en casos semejantes. Es un verdadero médico con polleras.

—Gracias, amiga mia, mil gracias!

Miéntras tanto, Andres conduciendo a don Cándido hasta el zaguan, le decia:

—Dios quiera que algun dia pueda probar a Ud. mi gratitud por lo que hace en favor de mi amigo Anselmo; i espero que por medio de su influencia, se conseguirá que don Marcelino acceda a la felicidad de estos jóvenes.

—I no dude Ud. que lo conseguirá, porque Cándido es persistente, contestó la señora despidiéndose de Andres.

Ambos esposos tomaron entónces el camino de su casa. Doña Estrella haciéndose ilusiones sobre la realizacion del matrimonio, miéntras don Cándido marchaba como arrastrado por su cara mitad i enteramente embebido en sus pensamientos.

—¡Si no lo estuviera viendo, no lo creeria! pensaba i medio refunfuñaba el condescendiente caballero. ¡Yo, tener que ayudar a la realizacion de este casamiento!... i esto, despues de haberle prometido a mi compadre que... Nó, no puede ser... Yo soi hombre de lei... Pero esta mujer a veces me.....

—¿Qué dices? le interrumpió de repente la señora.

—Ah! esclamó don Cándido, como despertando de un sueño. ¿Sabes, Estelita, que casi me has hecho contradecir mis principios?

—No te entiendo.

—Mis principios! pues, mujer de Dios; mis principios! ¿Entiendes? Has tratado de hacerme aparecer como un hombre enemigo de la tranquilidad doméstica i de la autoridad paterna: como un revoltoso del hogar...!

—¿I persistes en llamar autoridad paterna, el capricho de un viejo grosero e imbécil?

—Calla la boca. ¡Yo, convertido en un revoltoso, en un desordenador!

—¡Pero, hombre, por Dios!...

—¡Creer que un hombre de mis principios pueda aconsejar a una niña que desobedezca al jefe de la familia!

—Óyeme, esposo mio: ¿crees que el padre de Lucinda tenga razon para...

—Pero, aunque no la tenga: ¿qué palabras podrán convencer a mi compadre Marcelino, un hombre que no sabe latin?

—Por lo mismo que es un tonto, le interrumpió la señora, halagando el amor propio de su marido: por lo mismo que tú sabes mas que él, espero que serás capaz de convencerlo...

—¡Pues no he de saber mas que él!

—Es natural que el que tenga mas talento convenza al que tiene ménos.

—Es verdad, contestó don Cándido, lisonjeado. No es posible que un hombre basto como mi compadre se me sostenga por mucho tiempo... Pero, ya hemos llegado, prosiguió: hagamos medio dia porque tengo hambre; durmamos la siesta, i despues veremos lo que conviene hacer. Uff! qué acalorado estoi. ¿No seria bueno tomar

un poco de canchalagua ántes de hacer medio dia? ¿Qué te parece Estelita?

I miéntras la señora, sin contestar una palabra, se dirijia al interior de la casa con el fin de mandar preparar la bebida refrescante, don Cándido se golpeaba la frente, i paseándose a lo largo de la sala, decia:

—Cualquiera diria que soi un... Porque al fin i al cabo, yo le he prometido a mi mujer que iré a empeñarme con mi compadre. I sin embargo, no me gusta el tal matrimonio ni como lo negro de la uña. Pero esta mujer tiene una labia, que a pesar de ser yo el jefe de la casa... Allá voi, Estelita! esclamó, oyendo los gritos de su esposa que lo llamaba desde la puerta del comedor con un gran vaso de limonada en la mano. Allá voi! La canchalagua me refrescará, que bastante lo he menester!

CAPITULO XLIV.

EN DONDE EL LECTOR HARÁ CONOCIMIENTO CON OTROS PERSONAJES DE ESTA HISTORIA.

> «La revolucion se presentaba bajo un aspecto formidable, i no se podia dudar de que era el resultado de un plan préviamente concebido i puesto en ejercicio con destreza i arrojo.»
>
> R. Sotomayor Valdes—(*El Ministro Portales.*)

No cesaban los pelucones de suscitar nuevos tropiezos a la marcha de la administracion; i como si no fuesen bastante los inconvenientes que el Gobierno encontraba en el atraso jeneral del país i en la falta de ideas i de costumbres republicanas, el partido de los reaccionarios se esforzaba en socavar sordamente las bases del poder. Ya se ha visto cómo fracasaron los planes en la última revuelta; pero no por esto desmayaron los enemigos de la república. Antes bien, multiplicaron sus esfuerzos, obrando en diversos sentidos. Las tramas ocultas, las sublevaciones de cuartel, las asonadas, el espionaje, los chismes indecorosos i la calumnia, eran

otros tantos medios puestos en práctica para alcanzar los fines bastardos de la reaccion. Halagábase la ambicion de los militares por medio de promesas; comprábase el sufrajio de otros con el dinero de los ricos; alentábase el natural descontento de un pueblo ciego, por medio de publicaciones calumniosas; producíase el desconcierto en la administracion, ya introduciendo la discordia entre los poderes del Estado, ya influyendo para que los altos puestos fuesen ocupados por los enemigos de las ideas liberales; i no se perdonaba medio alguno, a fin de que el Gobierno cometiese los desaciertos que debian desacreditarlo ante la nacion. Hasta la relijion misma llegó a ser un elemento de accion en contra de los principios liberales, i no era estraño ver a los ministros del altar valerse, ya de la sagrada cátedra, ya del confesonario o de su influencia en el estrado para fanatizar a las jentes contra *el gobierno de los estranjeros i herejes*, como se llamaba a los partidarios del sistema republicano.

Por consiguiente, era mui desigual esta lucha entre un puñado de patriotas, que de buena fe se entregaban a las prácticas del derecho i de la libertad, i un partido reaccionario, numeroso i rico, animado de las pasiones absorbentes, i cuyo principal apoyo era la ignorancia i las preocupaciones populares. Este partido veia escapársele de las manos su antiguo predominio; i era natural que cada uno de sus miembros temblase ante la idea de la nulidad en que iba a hundirse, por la consolidacion de las prácticas republicanas. De aquí su enerjía para oponerse al desarrollo de las ideas democráticas.

Pero no todo el partido retrógrado estaba compuesto de ambiciosos. Habia en él, una multitud de jentes que obraban de buena fe, si es que tal puede llamarse la tenacidad para oponerse al progreso, la pereza para hacer el bien, o el miedo para decir la verdad. Una gran parte de los reaccionarios lo eran solo por amor a las antiguas preocupaciones que la educacion colonial habia enjendrado entre nosotros. En otros dominaba el odio contra toda idea nueva i atrevida; i en los mas, el miedo enjendrado por la falta de fe en la libertad, que solo de nombre conocian.

Bien se echa de ver la diverjencia en las ideas de los enemigos de la democracia. Los unos, dominados por el espíritu de partido, trataban de hacer todo el mal posible a sus enemigos políticos; otros, siéndoles imposible despojarse de las costumbres monárquicas, permanecian de corazon fieles a su rei i señor; otros en fin,

creyendo que la república consistia en cambiar al amo rei por el amo aristocracia, negaban sus derechos al pueblo i rechazaban en la práctica la participacion de éste en los negocios públicos. En unos círculos se estimaba la *santa ignorancia* como un precioso elemento de órden, i se negaba al pueblo el derecho de instruirse; en otros se creia que nada habia mas recomendable en un ciudadano, que su indiferencia. Se elevaba la fuerza moral al rango de virtud. Aquí, se tenia por mui meritorio el ser fiel a los mismos absurdos que la república venia a echar por tierra; allá era considerado como un gran patriota al que se oponia a una idea nueva o a una *verdad peligrosa;* acá, era mirado como irrelijioso al que se atrevia a criticar los abusos de un sacerdote; i mas allá, se oia predicar en el púlpito contra *las impías ideas de libertad, igualdad i fraternidad.* Cada círculo pensaba, pues, a su modo, segun su ambicion, sus preocupaciones, o su ignorancia. No habia otro elemento de union, fuera del odio al espíritu de progreso i a la libertad.

Todo cuanto acabamos de decir, lo habrá conocido el lector viendo obrar a nuestro amigo, el reverendo Hipocreitía, que era como el alma del partido retrógrado. Ademas de los que ántes hemos nombrado, tenia el infatigable jesuita otros amigos que, impulsados por móviles bien diversos, le ayudaban a luchar con un denuedo digno de mejor causa.

El lector nos permitirá que se los presentemos, pues dentro de poco tendremos que establecer con todos ellos las mas íntimas relaciones.

Era el primero de todos, don Víctor Dorriga, español de nacimiento, i de quien el padre Hipocreitía hablaba siempre maravillas, diciendo que era *su hombre.* I no iba el jesuita fuera de camino, pues, a decir verdad, era don Víctor un hombre superior a la mayor parte de los prohombres del partido pelucon. Dotado de un carácter enérjico, i de un espíritu infatigable, poseia Dorriga tres virtudes mui recomendables para el jesuita, a saber: sagácidad para descubrir el camino curvo que lo habia de conducir mas derechamente a su objeto; valor i audacia para emprender dicho camino sin pararse en escrúpulos pueriles; i la prudencia i tino necesarios para acortar o alargar oportunamente el paso, o bien para cambiar de rumbo, sin cambiar de propósitos. El hombre sabia obrar siempre a tiempo, cualidad indispensable para el que aspira, mayormente en épocas azarosas; i aunque no era grande-

mente instruido; aunque su espíritu estaba lleno de preocupaciones monárquicas, tenia el talento de adivinar muchas veces lo que no sabia; i en mas de una ocasion logró que las jentes sencillas lo tuviesen por un amigo de la república. I como era fino de modales i afable de trato, sin que la atrayente cordialidad que solia gastar, menoscabase en nada su natural reserva, el buen padre le decia a veces sonriendo:

—¿Sabe Ud., paisano, que con su carta de ciudadano chileno, era como pintado para ministro plenipotenciario?

I Dorriga se sonreia, miéntras se acomodaba el corbatin, alzando en seguida las espaldas de una manera particular i haciendo con el labio inferior un jesto, que, a fuer de historiadores exactos, debemos decir que no era un jesto gracioso en la cara del buen caballero.

Pero no lo decia todo el padre, porque a sus solas solia esclamar en prudente tono:

—Si! En Dios i en mi ánima, que este Dorriga es lo mejor de toda la tropa! Solamente le quitaria un defecto que le sobra para ser completo político. ¡Ah! si él no pareciera tan amigo de sus amigos; i sobre todo, tan enemigo de sus enemigos!

El segundo era el presbítero chileno, don Nemecio Franco, quien se habia salvado de los percances políticos metiéndose dentro de una sotana.

El clérigo Franco habia principiado su carrera política sirviendo a Marcó contra sus compatriotas, i la proseguia ahora haciéndose pasar por el patriota mas decidido en favor de la república; pero reservándose, sin duda, el derecho de prestar sus servicios a la monarquía, dado el caso que, con el favor de Dios, Chile volviese a tener la honra i la dicha de poderse llamar reino. Era altanero, terco, caprichoso, ardiente, tenaz, pagado de sí mismo; carácter que formaba un notable contraste con el del insinuante i reservado Dorriga. El padre Hipocreitía lo aborrecia; pero lo trataba con la sonrisa en los labios; i a cada momento le estaba pidiendo su parecer sobre las cosas mas sencillas, con lo cual, el otro clérigo creia de buena fe ser el maestro de quien podia darle lecciones.

Por último, el tercero era un abogado llamado don Rodrigo Aldeano, que, a sus conocimientos de jurisprudencia, reunia las aptitudes de eso que algunos llaman política, i otros apellidan falsía. Tan elocuente en el foro como diestro en las intrigas de partido, era el señor Aldeano uno de los hombres mas finos, sagaces, estratéji-

cos, flexibles i *arbitristas* de su tiempo. Su habilidad para sacar partido de las circunstancias llegó a ser proverbial; i el venerable Hipocreitía solia decir entre dientes:

—Yo me valdré de la prudencia de Dorriga, de la impetuosidad de Franco i de los rejistros de Aldeano.

Tales eran los individuos con quienes el padre Hipocreitía hablaba en su cuarto de la calle de Santa Rosa, uno o dos dias despues de los acontecimientos políticos que acabamos de relatar.

Hipocreitía estaba recien llegado de las provincias del sur, a donde habia ido a ejercer su apostólico ministerio de *predicar la palabra divina* entre los incultos habitantes de aquellas apartadas rejiones. Escuchaba con marcada atencion el relato que, de los sucesos pasados, le hacian don Víctor Dorriga i el clérigo Franco, sin permitirse sino de vez en cuando, estas u otras parecidas espresiones:

—Ah!... Es cierto... Ya me lo figuraba... Mui bien! Siento no haberme encontrado aquí.

Dorriga hablaba con la gravedad i aplomo que le eran carecterísticos; Franco solia entremezclar sus relatos, o interrumpir los de don Víctor con calorosas interjecciones que demostraban la exaltacion de su espíritu; i Aldeano no decia una palabra, pues parecia ocupado en reflexionar; i solo una que otra vez se distraia de sus meditaciones al oir las interjecciones de Franco i las patadas en el suelo o los puñetazos sobre la mesa con que el irascible clérigo acentuaba sus palabras.

Cuando don Víctor llegó a contar la huida a todo escape de los revolucionarios, el clérigo esclamó dando una palmada en el breviario del padre Hipocreitía, puesto sobre la mesa:

—¡Yo se lo habia dicho a Uds. una i otra vez! Urriola era el ménos a propósito para dirijir el motin.

—Sin embargo, observó Dorriga, es el jefe mas atrevido del ejército.

—Pero carece de cabeza, interrumpió Aldeano.

—Sí, dijo Hipocreitía: es un jefe que necesita de tutor. I ¿ qué ha sido de La Rosa?

—Está en la cárcel con otros mas.

—Ya el mal está hecho, dijo Aldeano: ahora es menester sacar de la derrota el mejor partido posible, i eso es lo que ya se ha principiado a hacer.

—¿De qué manera? preguntó Dorriga.

—Haciendo creer al pueblo que la revolucion ha sido una trampa

armada por el Gobierno con el fin de tener un pretesto para perseguir a ciertos enemigos i hacer un ejemplar con los soldados.

—Mui bien, dijo el padre.

—Ya se ha publicado en los periódicos varios artículos en este sentido; pero para darles mas valor i fuerza, debemos hacer por que ni La Rosa ni los demas jefes sean castigados.

—Eso corre de mi cuenta, contestó Hipocreitía. Yo hablaré con Pinto. Lo conozco: he sido su confesor.

—Pero yo sé bien, observó Dorriga, que Pinto está resuelto a hacer castigar a los culpables. Ayer hablé sobre esto con el ministro Ruiz Tagle.

—Eso nos favorece en nuestros propósitos, contestó Aldeano, con tal que se castigue solo a los soldados i se deje impune a los jefes. Ademas, agregó, dirijiéndose al padre ¿no le parece a Su Paternidad, que convendria hacer abandonar el mando al vice-Presidente?

—Ya he pensado en ello, i tengo algo trabajado sobre el particular, respondió el jesuita.

—Pues bien: si Pinto deja el mando despues de algunas ejecuciones, la sangre que derrame al bajar del puesto, borrará las simpatías que se haya creado con su gobierno.

—Es verdad!

—I la antipatía que las ejecuciones hagan nacer, será tanto mas enérjica, cuanto mas injustos parezcan los castigos; lo cual sucederá precisamente, si se consigue que se perdone a los cabecillas i se aplique el marco de la lei a los soldados. Es preciso probarles a éstos i al pueblo entero que su principal enemigo es el actual Gobierno.

Hipocreitía miró a Aldeano, haciendo un jesto aprobatorio. Este prosiguió:

—Miéntras tanto, aprovechemos la influencia que nuestro partido ejerce sobre los tribunales de justicia, suscitando rivalidades i competencias entre las Cortes i el Gobierno...

—Oh! interrumpió Franco impetuosamente: todo eso no es mas que paños tibios que nos hace perder un tiempo precioso!

—¿Paños tibios? I le parece a Ud. poco lo que se ha conseguido?

—Yo no veo mas que una derrota.

—Pues yo veo una victoria, desde que tenemos en desintelijencia al Gobierno con los Tribunales superiores. ¡Ya aquél ha sido denunciado por la Corte de Apelaciones ante la Suprema de haber infrinjido la Constitucion!

—Yo me atengo a lo que he dicho i preferiria seguir obrando...

—¿Es decir qué...?

—Que es preciso otro motin

—Pero ya ve Ud. que...

—I despues otro, otro i otro, decia el clérigo acentuando sus palabras con repetidos puñetazos sobre la mesa.

—No por mucho madrugar amanece mas temprano, observó Dorriga.

—Eso mismo digo yo, agregó Hipocreitía.

—Por eso soi de parecer, prosiguió Aldeano, que esperemos a que la revolucion madure... Tenemos buenas noticias del sur, segun me lo ha dicho el reverendo Hipocreitía.

El padre, sin hablar una palabra, se dirijió al gran armario; lo abrió; i sacando un paquete de cartas, las puso ante los ojos de los circunstantes.

—Todas estas cartas, dijo, aseguran que la revolucion ha tomado ya cuerpo en las provincias del sur. Miéntras no tengamos a Prieto con sus tropas cerca de Santiago, los motines parciales no nos serán de gran provecho.

—Conque ¿en qué quedamos? preguntó Aldeano.

—En que yo trabajaré por que Pinto se retire del mando, contestó Hipocreitía. Ud. sostendrá con sus consejos a los señores Ministros de la Corte. El señor presbítero advertirá a los curas cómo deben portarse en el púlpito i en el confesonario para sostener la causa de la relijion; i en cuanto a Ud, amigo Dorriga, aquí tiene una listita que seria mui bueno presentar al ministro Ruiz Tagle...

—Lista de qué?

—Son los nombres de varias personas de Concepcion, Talca, Curicó, San Fernando i otros pueblos del sur, que es preciso perseguir i molestar de todas maneras.

Don Víctor pasó la vista por el papel i dijo:

—Pero aquí veo algunos de nuestros amigos del sur.

—Es verdad, contestó el padre; pero son solo amigos a médias, que están a la capa i sin tomar una parte activa en la revolucion. En cuanto vean que el Gobierno los persigue, serán con nosotros en cuerpo i alma.

—Ah! ya comprendo, dijo don Víctor guardando el papel.

—I advierta Ud. que a muchos de ellos los necesitamos, porque son jentes ricas.....

.....

Era ya tarde de la noche, cuando los maquinadores se retiraron. El padre se quedó todavía en vela, sacando varios apuntes de las cartas que tenia sobre la mesa. Despues, poniendo éstas en órden, las guardó en el gran armario diciendo:

—Tiene razon Aldeano: este hombre no es tonto. Es preciso dejar madurar las cosas... i sembrar miéntras tanto la semilla de la discordia entre los enemigos de la justa causa.

Dicho esto, abrió su breviario i rezó devotamente delante del crucifijo que tenia sobre la mesa. En seguida se acostó i se quedó dormido con envidiable tranquilidad.

CAPITULO XLV.

LA SOLICITUD.

«En la triste prision, en la desnuda
Morada del mortal desventurado,
Allí donde el dolor con saña ruda,
Tenaz hundia el diente envenenado;
Tu mano bienhechora se estendia;
Tu fecunda palabra daba aliento,
I la bella esperanza aparecía,
Como nuncio feliz, tras el tormento.»

(Eusebio Lillo.—*José Romero.*)

En el dia siguiente al del conciliábulo narrado en el capítulo anterior, el padre Hipocreitía fué a visitar al vice-Presidente; pero no pudo conseguir verse con él, porque el jeneral se hallaba conferenciando con sus Ministros sobre los sucesos anteriores, que tan preocupado tenian al Gobierno. Habíase ya reunido el consejo de guerra que debia juzgar a los sublevados; i despues de largas discusiones habian salido condenados a muerte un sarjento, un cabo de Inválidos i tres soldados de Coraceros.

Todas estas circunstancias le fueron contadas al padre Hipocreitía por el oficial de guardia, al cual escuchaba el jesuita con interes verdadero, aunque oculto bajo el velo de una aparente indiferencia. Díjole ademas el oficial, que el consejo de guerra se habia dividido en dos partidos; uno por la condenacion, i el otro por la absolucion de los culpables; que ambos partidos eran apoyados por el Gobierno; el primero por el ministro Ruiz Tagle: i el segundo, por el ministro Rodriguez, i que el vice-presidente parecia inclinarse al partido de la clemencia.

—Ahora mismo, prosiguió aquel, se encuentra el señor jeneral conferenciando con los señores Ruiz Tagle i Rodriguez; i la discusion debe haber sido acalorada, porque no há mucho que, pasando cerca de la puerta del gabinete, donde se encuentran ahora, oí que las voces se alzaban mas de lo necesario.

—Ya entiendo, dijo el padre: i ¿no se sabe el objeto de esta conferencia?

—No del todo; pero se presume que sea con el fin de tratar qué contestacion se les dará a las señoras.....

—¿Qué señoras?

—Ah! entónces no sabe Ud.....?

—Yo no sé nada, pues paso mi vida entre las cuatro paredes de mi celda, dijo el padre bajando los ojos.

—Es el caso, continuó el oficial, que esta mañana tuvo noticia el señor vice-presidente de que hoi habia de venir a palacio una diputacion de señoras, con el fin de solicitar el indulto de los reos condenados por el consejo de guerra.

—Ah! ¿I sabe Ud. qué señoras vendrán?

—He oido nombrar a dos o tres de las principales; pero no recuerdo ahora quiénes son.

Al oir esto, el padre sacó su caja de rapé, sorbió una narigada, i tras ésta otra i otra, como si estuviera distraido. El oficial habia salido de la pieza; i miéntras tanto, el jesuita reflexionaba sobre lo que acababa de oir. El necesitaba ver caer algunas víctimas con el fin de obtener el logro de sus miras; i aun la visita que venia a hacer ese dia al jeneral Pinto, no tenia otro objeto que inducirlo a que hiciera aplicar el marco de la lei a los revoltosos. Pero él conocia el carácter del jeneral, i temia que la caritativa solicitud de las señoras encontrase eco en el bondadoso corazon del vice-presidente. En esto se pasó cerca de una hora, i ya el padre habia, sin duda, modificado su plan de operaciones, de una manera

satisfactoria, pues se sonrió; i haciendo un jesto de aprobacion, sacó su breviario i se puso a leer devotamente miéntras llegaba el tiempo de obrar.

Distrájolo al fin de su lectura el oficial que entró a la pieza, con ese aire placentero i satisfecho del que trae una noticia que cree interesante.

—Señor, dijo éste, acérquese su paternidad a la ventana, i verá venir por la plaza la diputacion de señoras.

No habia concluido de hablar el oficial, cuando ya el padre estaba inclinado sobre el alféizar de la ventana, contando hasta quince o veinte señoras, que, solas unas, i acompañadas otras de sus esposos, se dirijian al palacio.

—Ellas son, sin duda, murmuró el jesuita. A la cabeza de la diputacion viene doña Estrella.....Doña Trinidad la acompaña.... Traen en medio de las dos al necio de don Cándido.....¿Si será el encargado de dirijir la palabra al jeneral? Ojalá fuera así, pues con tal abogado, el proyecto fracasaria. Sin embargo, aunque la necedad de los enemigos nos da muchas ventajas, es preciso ayudarnos con nuestra prudente astucia. Hai peligros que no se evitan sino es afrontándolos cara a cara.....Vamos allá.....Es llegado el caso de salir al encuentro de la dificultad.

Diciendo esto, se arregló el hábito; i con semblante risueño se fué a pasear en un corredor por donde sabia que habia de pasar la diputacion femenina. Esta no se hizo esperar. Venia a la cabeza don Cándido, con la cara llena de risueña satisfaccion, sirviendo de apoyo, con uno i otro brazo, a su espòsa i a su comadre doña Trinidad.

El padre saludó a todos con la mas exquisita cortesía; i al sacudir la mano de don Cándido, le dijo éste:

—Aquí nos tiene, su paternidad, empeñados en obtener el indulto de esos reos politicos. ¡Pobres hombres!

—Ese es un empeño digno de corazones nobles i jenerosos, dijo el jesuita; i me complazco en creer que esta idea ha nacido del caritativo espíritu de las señoras.

—Así es, respondió doña Estrella. Nosotras nos hemos propuestos venir a solicitar.....

—Aunque así sea, Estelita, le interrumpió don Cándido, no es bien visto que una mujer hable así, como si no tuviera marido a quien pedir la vénia. Mire, padre, prosiguió marchando con todos los demas hácia el salon en donde el vice-presidente, ya avisado,

los aguardaba acompañado de los ministros Ruiz Tagle, i Rodriguez. Sírvanos su paternidad de juez, como entidad neutra que es i debe ser entre la mujer i el hombre. Verdad es que ellas fueron las de la idea, i al momento quisieron ponerla en ejecucion sin pedir la vénia marital. Yo, que no consiento jamas que mi esposa se meta, sin mi vénia, en asuntos tan hondos, comencé por darle permiso a Estelita.....pero en cuanto a lo de dejarla venir sola, ni por pienso. Al mismo tiempo, me fuí a casa de otros maridos i les até su conducta, hasta que conseguí que acompañasen a sus respectivas mujeres para darle importancia i significado al acto. Ahora estamos en otra, i es, que a Estelita se le ha puesto en la cabeza, que ella u otra de las señoras ha de ser la que dirija la palabra al señor jeneral a nombre de las demas.

—Por supuesto! interrumpió doña Estrella ¿No ves que es una solicitud de señoras?

—Si lo veo; pero ustedes las mujeres no pueden hacer estas cosas, sino por apoderado; i el apoderado neto de la mujer, es el marido, que es su jefe i cabeza. Así es que, por el bien parecer, debes dejar que yo, u otro de los maridos que nos acompañan, rompa el fuego con el señor vice-presidente; i una vez cumplida esta formalidad, puedes tú cojer el hilo del discurso i no cortarlo en todo el dia, si te parece, para lo cual yo te doi la vénia.....

—No te la he pedido; i en cuanto al permiso de que hablaste denantes, es una majadería que.....

—Pero, Estelita, por Dios! esclamó a media voz don Cándido. ¡Si te doi uno i otro sin que tú me los pidas!

—Yo creo que hai un medio de arreglarlo todo, dijo el jesuita.

—¿Cuál es? preguntó don Cándido, miéntras doña Estrella i doña Trinidad miraban al padre con ojos interrogativos.

—Ese medio consiste en que me hagan ustedes el honor de servirles de órgano para con el señor vice-presidente: lo cual haré con tanto mayor placer, cuanto que yo mismo he venido a hablar con mi respetable amigo, el señor jeneral, a fin de inclinarlo al perdonde los reos, mas desgraciados que culpables.

Todas las personas que habian oido las últimas palabras del jesuita, manifestaron su aprobacion, i don Cándido dijo:

—Ese medio salva toda dificultad dejando incólume la dignidad marital. ¡Me gusta!

Ya a ese tiempo habian llegado a la sala de audiencia, en donde

el vice-presidente recibió a la diputacion con las mayores muestras de fina i respetuosa cortesía. El padre, despues de saludar cordialmente al jeneral, le dirijió la palabra en estos términos:

—Señor vice-presidente: una feliz casualidad me ha hecho ser el órgano de las respetables señoras aquí presentes, para manifestar a Vuecencia el humanitario i caritativo objeto que las trae ante la presencia del primer majistrado de la República. Como ministro de un Dios de paz, que no quiere la muerte del pecador, sino que se arrepienta i viva, me complazco en solicitar, a nombre de las jenerosas personas aquí presentes, el perdon de unos desgraciados, que, si bien han hecho armas contra las autoridades constituidas, dando a los pueblos el mal ejemplo de la guerra civil, no por esto dejan de merecer el perdon de un Gobierno que nada tiene que temer de sus enemigos, atendida, por otra parte, la ignorancia de esos infelices mas ciegos que culpables. Vuestra clemencia les abrirá los ojos para ver en el Gobierno un padre que sabe perdonar sus estravíos; i si bien es cierto, que un tribunal competente los ha condenado a muerte, con la lei en la mano, nosotros, acatando como debemos la justa decision de ese tribunal, esperamos que nuestros deseos encontrarán eco en el magnánimo espíritu de nuestro paternal gobierno. He dicho.

El jeneral contestó con voz conmovida:

—Reverendo padre: tanto vuestra paternidad como las honorables i graciosas personas, cuyos nobles sentimientos habeis interpretado, podeis estar seguros de que vuestros deseos corresponden a los que en este momento abriga mi corazon. Antes que soldado, soi hombre;i talvez porque soi soldado,sé apreciar en lo que vale la vida de un hombre. No me anima ni el rencor político ni el odio de partido, pues solo sé amar a mi país. Soi chileno, i siento como vosotros que se derrame la sangre de un hermano, ya sea en la lucha fratricida, ya en el odioso patíbulo: porque os juro por mi honor de soldado, que en mis enemigos políticos no veo mas que hermanos estraviados, por cuya felicidad me intereso, como por la de todos mis compatriotas. Os repito, que soi chileno, i me enorgullezco de pertenecer a un país cuyas dignas matronas presentan ejemplos de caridad i amor a sus semejantes, como el presente. A la sombra de ese caritativo amor, se formarán buenos hijos para la patria; es decir, hijos virtuosos, sensibles i capaces de interesarse por el bien de sus hermanos. Podeis, pues, señoras mias, estar seguras de que haré por salvar la vida de esos desgraciados, todo cuanto me lo permitan los

sagrados deberes que me impone el alto cargo con que me han honrado mis queridos conciudadanos.

El tono franco i persuasivo con que fueron pronunciadas estas palabras, cautivó a las señoras, las cuales como movidas por un resorte, se levantaron de sus asientos i se acercaron al jeneral para saludarlo mas cordialmente, darle las gracias i manifestarle su adhesion. El vice-presidente las conocia casi a todas, i era amigo íntimo de muchas de ellas. Despues de corresponder a los sentimientos que cada una de ellas le manifestó, las condujo hasta la antesala, desde donde el ministro, don Cárlos Rodriguez, acompañó a la comitiva hasta la plaza de Armas. En seguida se dirijieron a sus respectivas casas, llevando todas ellas la conviccion de que los reos serian indultados

CAPITULO XLVI.

EL JENERAL I EL JESUITA.

> «Los hechos revelan en primer lugar, que jamas hubo en Chile un bando mas fanático en sus odios, ni mas injusto en sus apreciaciones, que el de los reaccionarios: ellos revelan, en segundo lugar, que la reaccion no ha tenido mas mira que la muerte, ni mas medio que la difamacion de sus adversarios: ellos revelan, en tercer lugar, que la reaccion i sus hombres han sido, i son hoi mismo, los únicos esplotadores de negros fantasmas; los únicos eternos visionarios, que, a favor de sus evocaciones, suelen medrar en el campo político.»
>
> El Progreso—(*Editorial de Junio* 20 *de* 1870.)

Solamente dos personas habian quedado en el salon con el vicepresidente: la una era el ministro Ruiz Tagle, i la otra el padre Hipocreitía, que delante de Pinto, aparentaba desconfiar del ministro Tagle.

—Señor jeneral, dijo el jesuita mirando de reojo a Ruiz Tagle:

mi primer pensamiento, al llegar ayer del sur, fué venir a ver a Vuecencia.

—Mil gracias, padre, respondió Pinto, creyendo de buena fe en las melosas palabras del jesuita. I ¿cómo le ha ido a su paternidad en sus trabajos apostólicos?

—No tan bien como deseara, pues solo pude dar tres misiones en la costa de Colchagua..... Esta salud, señor! Estos reumatismos me hacen ver que ya soi un viejo!

En seguida, bajando la voz, dijo al jeneral:

—Quisiera comunicarle a Vuecencia, a solas, un secreto importante.

I luego miró a Ruiz Tagle con un aire tan desconfiado, que Pinto no tuvo necesidad de rogar a su ministro que los dejase solos, pues éste salió del salon pretestando una ocurrencia urjente.

—Hable, padre, le dijo el jeneral con aire inquieto:

—Pues, señor, respondió el jesuita en voz baja, pero con palabras claras i acentuadas: sepa que ayer confesé a un individuo, el cual lleno de arrepentimiento, me comunicó que el verdadero objeto de la revolucion de los Inválidos, era asesinar a Vuecencia i.....

—Ah! esclamó Pinto: ya habia oido esa especie; pero ¿cómo dar crédito a un proyecto tan criminal?

—I sin embargo, el proyecto ha existido i talvez existe entre los mismos que lo han inventado, agregó con voz sorda el jesuita. No es mi ánimo intranquilizar a Vuecencia, pues sabe bien, cuánto me interesa su salud i bienestar; pero debo decirle toda la verdad por terrible que sea.

—¿Aun hai mas?

—Segun mi penitente me confesó, tenian resuelto asesinar a Vuecencia, sin esperar a que se le suministrase los auxilios de la relijion, pues los ejecutores habian recibido la cruel e impía órden de dar el golpe en cuanto lo tuviesen a mano.

—I ¿qué les hecho yo, esclamó el jeneral, para que me aborrezcan de ese modo? ¿Es por acaso algun crímen ante ciertas jentes, el sacrificar su reposo i su salud en aras del bien público?

—Ah! Exelentísimo señor! Los odios políticos borran hasta la memoria de los servicios hechos por un hombre de bien.

—Pero, padre ¿cómo puede ser eso, cuando yo tengo tantos amigos entre los pelucones?

—I ¿crée Vuecencia que esta revuelta de cuartel es obra de los

pelucones? preguntó el padre, mirando a su interlocutor con el aire mas cándido del mundo.

—Así lo creen todos, amigo mio.

—Pues, a mí me parece que todos se equivocan en creer que hombres serios habian de fraguar un motin que ningun resultado práctico podria dar, desde que se contaba con tan pocas fuerzas, miéntras el Gobierno tenia dobles elementos, segun lo han probado los hechos. Puede ser, agregó, que algunos enemigos de la administracion hayan entrado en la revuelta con fines verdaderamente políticos; pero a mi juicio, este movimiento presenta mas bien un carácter de venganza personal que lo hace mas odioso todavía..... Porque, bien puede perdonarse a revoltosos que, impulsados por el amor, mal o bien entendido de su patria, se echan en la guerra civil; pero jamas perdonaré yo, a los asesinos que, por satisfacer odios particulares, no dudan en derramar la sangre de mil inocentes que ningun mal les han hecho.

El jesuita pronunció estas palabras con cierta exaltacion nunca vista en él. Pinto lo miró sorprendido, i en seguida le dijo:

—Permítame, padre, decirle que hallo cierta contradiccion entre las palabras que acabo de escuchar i el discurso que su reverencia pronunció ahora poco delante de las señoras.

—No niego que me haya contradicho, repuso el padre; pero esta contradiccion nace del interes que la preciosa vida de Vuecencia me inspira. Verdad es que, no há mucho, abogué por el indulto de esos reos; pero lo hice, impulsado por los sentimientos de caridad cristiana, i delante de esas santas señoras, cuyos sentimientos tan nobles como piadosos, no podia herir: mas ahora que me hallo a solas en presencia de Vuecencia, cuya vida sé que está amenazada por el aleve puñal del asesino, no puedo dejar de inclinarme al castigo de los culpables. I ya que no es posible haber a las manos a los verdaderos asesinos, creo, en conciencia, que el gobierno debe dar un ejemplo de virilidad para tener a raya las malas pasiones. Ah! señor, ¿cree Vuecencia que si se deja hoi impune tan horrendo crímen, no tratarán de intentarlo mañana? I a la verdad, que no concibo un crímen mas horrendo que el de trastornar el órden público por satisfacer una venganza miserable.

Calló Hipocreitía, i el jeneral, sin decir una palabra, se levantó de su asiento i dió algunos pasos hácia el medio de la sala. En seguida se volvió hácia el padre, i dando un suspiro le dijo:

—Ruiz Tagle es del mismo parecer de su paternidad; pero Ro-

driguez cree que no conviene, políticamente hablando, la ejecucion de esos hombres.....Ah! padre mio! no veo las horas de salir de este infierno!

—Pues, con el derecho que mi cariño hácia Vuecencia me da, yo le aconsejaria que dejase el puesto, si el país no necesitase de sus servicios; pero en las circunstancias actuales.....

—Oh! he servido ya bastante! He hecho el sacrificio de mi salud i de mi reposo en el último tercio de mi vida! dijo el jeneral.

—Todo eso es verdad, repuso el jesuita; i en conciencia, no se puede exijir mas de un patriota. Ud. ha cumplido su mision.

—I todo ¿para qué? prosiguió el jeneral con voz dolorosa: ¡para cojer por fruto la ingratitud i el odio!

—Pero, quédele a Vuecencia la satisfaccion de haber hecho el bien, dijo el padre.

—Oh! en cuanto a eso, siento aquí esa satisfaccion! esclamó Pinto, poniéndose la mano sobre el corazon. Podrán quitarme la vida, prosiguió; pero jamas me quitarán el dulcísimo placer de haber cumplido con mis deberes de ciudadano. Les dejaré el mando que tanto ambicionan i me retiraré al seno de mi familia.

—En donde gozará Vuecencia de la estimacion de todos los hombres de bien, agregó el padre. Pero ántes de dejar el mando, acuérdese de que tiene que cumplir con un deber, que la justicia pide, por mas que a su bondadoso corazon le parezca duro i cruel!

—Lo pensaremos, padre mio, dijo el jeneral apretando la mano que el jesuita le presentaba al despedirse.

—¡Qué el Dios de la justicia dé fuerzas a Vuecencia para satisfacer la vindicta pública, castigando a los asesinos i ejemplarizando al país! dijo el padre con voz sorda al salir de la sala.

El jeneral se dejó caer fatigado sobre la silla.

—Ah! esclamó, malditas contiendas civiles! ¿Cuándo dejarán de despedazarse mutuamente los que pelearon en una misma fila contra el comun enemigo de la patria?

CAPITULO XLVII.

EN LA PLAZA DEL BASURAL.

«Aparta, aparta, muchedumbre imbécil!
Retírate de este antro tenebroso;
La sangre del patíbulo afrentoso
Te mancha a tí tambien!
Sofocad, por piedad, esos clamores,
Que en lo mas hondo, el corazon laceran;
No hagais desesperar a los que esperan,
Los que piden el bien!»

(L. Rodriguez Velasco.)

Las sucesivas trasformaciones porque ha ido pasando la ciudad de Santiago, ocasionadas por ese trabajador incansable que llaman tiempo, i que ayudado del arte moderno, va quitando a nuestra capital su primitivo sello de modesta sencillez, nos obligan a rogar al complaciente lector que se traslade con la imajinacion a aquellos tiempos en que tuvieron lugar las escenas que vamos relatando. I como para completar la narracion de los hechos, es muchas veces indispensable la descripcion de las localidades en que tuvieron lugar, a fin de grabarlos indeleblemente en la memoria, para que el entendimiento, ayudado de la imajinacion, comprenda hasta en

sus menores detalles las acciones humanas; rogamos al lector que, al trasladarse a aquellos tiempos, haga un esfuerzo de imajinacion para que vea el teatro donde pasaron las escenas que vamos a presentar ante sus ojos. Este teatro no es otro que el espacio limitado por el Tajamar hácia el norte, i por las calles de la Nevería, San Pablo i el Puente a los otros vientos.

En consecuencia, le pedimos que borre, como se borran las líneas de una pizarra, todas las casas, almacenes, tiendas i tendales que rodean el espacio antedicho; que arranque de raiz el monumental edificio del Mercado Central; que olvide por completo la antigua plaza de Abasto; i una vez limpio aquel gran cuadrilátero, rodeelo por las tres calles ya nombradas, de casas bajas, de amenazantes aleros, coronadas de agudos frontones, de cobachas a medio tejar, de bodegones de arpa i guitarra, i de chiribitiles de poncho i cuchillo. Interpole entre casa i casa algunos corrales, caballerizas i posadas de carretas; coloque hácia el costado poniente algunos grupos de ranchos, i cierre una parte del costado norte con una hilera de ramadas, que cuando no estaban convertidas en bulliciosas chinganas, eran las barberías donde las jentes del pueblo encontraban, no solo quien las afeitase, sino quien les vendiese el picante *charquican* i la sabrosa empanada. Hecho esto, disemine por todo aquel espacio, grandes i pequeños montones de basura (los cuales habian dado a aquel sitio el nombre de «Basural»); coloque en uno de esos montones, un (pedimos perdon) perro o gato muerto; (o mas si al benigno lector le place; que con ello se acercará mas a la verdad) i por último, plante en el centro de aquel espacio el poste tradicional que por tanto tiempo adornó nuestras plazas públicas con el nombre de *Rollo*.

Ahora, para dar animacion a aquel lugar, figúrese el lector un grupo de hombres jugando a los naipes sobre un poncho tendido en el suelo; varios ociosos matando el tiempo sentados al sol, aquí, allá i mas allá; muchachos jugando a las *chapitas* o al *volantin;* cuadrillas de perros que se solazan; asnos que se pasean gravemente, o apuran el paso aguijoneados por una o dos docenas de chiquillos traviesos; mujeres desgreñadas que barren sus cuartos i el frente de sus puertas, llenando el aire de nubes de ceniciento polvo; otras que llevan sobre sus cabezas canastos de basura para arrojarlos sobre los montones; i otras mas pobres i desgreñadas (si cabe) recojiendo trapos viejos i demas desperdicios de entre la basura.

La *plaza del Basural* era, pues, concurrida por toda clase de jente; pero desde cierta hora de la noche para adelante, no pasaban por ella sino las jentes alentadas, o los que deseaban asentar su reputacion de valientes. Otra circunstancia que la hacia temible, era su vecindad al Ojo Seco del Puente de cal i canto, sitio renombrado por el abrigo que presentaba contra la policía a la jente de la *cáscara amarga*, i en donde solia irse a dirimir mil cuestiones a fuerza de puños o a punta de cuchillo, i hasta a *punta de piedra*.

En frente de esta célebre plaza estaba el conocido bodegon del no ménos conocido Juan Diablo; i bien se echa de ver si, ocupando aquel privilejiado lugar, dejarian de verificarse todos los dias acontecimientos mas o ménos siniestros en el ya mencionado establecimiento. Once dias despues de la revolucion de los Inválidos, es decir, el dia diezisiete de junio por la mañana, hallábase el bodegon nombrado tan lleno de jente, que Juan i su primer ministro, el Vizco, no tenian manos para dar de beber a tanto parroquiano. Corria el aguardiente como el agua por los arcaduces de una noria; i las cubas parecian haber sido abundantemente provistas para ese dia, pues la enerjía de los chorros indicaba cuán léjos estaban de agotarse, a pesar de que ya empezaban a caer por el suelo muchos de los numerosos i sedientos consumidores. Solo era de notar, que Juan Diablo, i el no ménos diablo, Vizco, tan ríjidos i severos en todo lo concerniente al pago de las bebidas, se mostraban ese dia por demas complacientes i jenerosos. No cobraban sino a uno que otro de los bebedores: la mayor parte bebia como si tuviere cuenta abierta en el bodegon; i Juan Diablo se reía como si aquella vez estuviera haciendo el mejor negocio de su vida.

Entre los bebedores estaba Miguel Turra, que parecia capitanear a diez o doce de los concurrentes, segun era el aire de autoridad con que les hablaba.

—Oiga, *ño* Diablo, dijo Miguel. ¿Sabe Ud para qué están armando aquel banco junto al Tajamar?

—No sé, ni quiero saberlo, respondió Juan, guiñando el ojo como si supiera mui bien lo que Turra preguntaba.

—Pues yo quiero saberlo, repuso éste, i aun se me ha puesto en la cabeza que es para fusilar a los reos.

—Eso es, sin duda, interrumpió uno de los que se habia asomado a la puerta, porque allí veo a don Pedro Catana con dos soldados.

Don Pedro Catana era un sobrenombre con que el pueblo dis-

tinguia al verdugo de Santiago. Otros lo llamaban don Pedro Látigo, pues su oficio principal consistia en azotar ladrones atados al *Rollo* o sobre la escalera.

—Yo no me meto en eso, dijo el bodegonero, mayormente ahora que estoi tan ocupado en espender mi aguardiente.

—¿I es bueno el negocio que ha hecho? preguntóle Turra en tono confidencial. ¿No es verdad que don Motiloni es caballero que paga bien?

Juan Diablo no contestó, i siguió pasando vasos llenos i recibiendo los vacios.

Miéntras tanto, la plaza se iba llenando de jente de todas clases i condiciones. En cada puerta habia un grupo de curiosos; el Tajamar se divisaba coronado de niñas i caballeros, como si se esperase ver allí una de las mas agradables escenas, i todos los concurrentes iban i venian tratando de ganar los mejores puntos de vista, impulsados por una cruel i vergonzosa curiosidad.

El dia presentaba un aspecto triste i aterrador. Gruesos nubarrones encapotaban la atmósfera; i no parecia sino que la tempestad que se desarrollara en los aires, hubiera tocado eléctricamente al alma de aquella multitud. Solamente se oia ese ruido sordo ocasionado por el anhelo i la impaciencia; i el tétrico silencio que reinaba en la mayor parte de los grupos, solo era interrumpido por los silbidos de los muchachos i por las espresiones que se cruzaban, iguales o parecidas a las siguientes:

—¿A qué hora llegarán?

—Jesus! yo no tengo valor para ver estas cosas! A qué vendria yo!

—Yo he venido porque no he visto nunca fusilar a un cristiano.

—I al fin no sabemos cuántos son lo que van a ajusticiar, comadre!

—Dicen que son los cinco condenados por el consejo de guerra.

—Pero ¿no habian indultado a tres de ellos?

—¡Qué los habian de indultar! Se indulta a los ladrones i a los asesinos, pero no a los reos políticos.

—Mira, niña, vente a poner aquí, porque me han dicho que por aquí han de pasar.

—Pobrecitos! Cómo vendrán de asustados! Tengo unas ganas de verlos que... vaya, no está en mí... Pobrecitos! Se me parte el corazon!

—¡Quién estuviera en aquella ventana! Desde allí sí que se verá bien.

—Pues a mí me gusta, compadre, que el Gobierno se mantenga firme, porque de otro modo no acaban nunca estas revueltas.

—Sin embargo, yo creo que estos pobres diablos no merecen la muerte.

—¿Qué dice Ud?

—Que los verdaderos culpables no son ellos.

—Ya! ya! Pero esos culpables verdaderos están a mucha altura para que un gobierno débil se les atreva. ¿No es así?

—I ¿es justo castigar a los soldados i dejar impune la rebelion de los jefes?

—No es mui justo, lo confieso; pero ¿qué quiere Ud? en política se sacrifica siempre a los débiles; i en las circunstancias actuales, es preciso ejemplarizar al pueblo.

—Imbécil! murmuró un caballero embozado en su capa hasta los ojos. ¡Buena manera de ejemplarizar al pueblo es esta de hacerlo gozar con espectáculos inhumanos!

A ese tiempo el grupo que obstruia la puerta del bodegon de Juan Diablo se abrió para dar paso a un hombre, que por el tono de predicador con que hablaba, se echaba de ver quién era. El tio Ruco, segun él lo aseguraba, venia en *sana salud*; pero con una sed devoradora. Al llegar a la puerta del bodegon, interpeló de este modo a los bebedores:

—¿Cómo os atreveis a beber i a regocijaros en este dia en que ese gobierno de herejes va a matar a cinco de nuestros hermanos? Páseme un vasito de aguardiente, don Diablo, porque tengo la lengua seca i no he remojado la palabra en toda la mañana.

—Conque ¿es verdad, tio Ruco, que van a *balear* a los cinco? preguntó una mujer.

—Ya os digo, prosiguió el viejo despues de haber apurado su vaso, ya os digo que los tiempos se acercan!... El Gobierno quiere meter miedo al pueblo con estas ejecuciones, i por eso inventó esa revolucion que toda ella es pura mentira i engañifa para tener un pretesto con que asesinar a cinco veteranos que han derramado su sangre por la patria... Mira, Vizquito; oye, hijo mio! Dame otro vasito i que sea de la cuba chica, porque este que me ha dado don Diablo, no es aguardiente sino agua clara... I vosotros, miserables! prosiguió dirijiéndose a tres o cuatro borrachos que yacian tendidos en el suelo. ¿Qué haceis ahí tendidos como animales, miéntras

vuestros compatriotas son perseguidos, encarcelados i muertos a balazos por este gobierno de estranjeros i herejes? ¿No habeis oido que los tiempos se acercan?

—Tiene razon el tio Ruco, dijo Turra: el jeneral Prieto se acerca i ya veremos si los pipiolos son capaces de hacerle frente.

—Miguel! gritó desde el medio del grupo, un hombre de aspecto feroz.

—¿Qué se te ofrece, Barragan? preguntó Miguel.

—Que se me ha ocurrido una cosa.

—Será alguna bellacada ¿cuál es?

—Que montemos en nuestros caballos i esperemos a los reos en la esquina.

—Ah! ya te entiendo, interrumpió Turra echándose el poncho al hombro. ¿Cuántos somos?

—Dieziocho; pero aquí encontraremos otros mas que nos ayuden i espaldéen. Los esperamos en la esquina con las catanas desenvainadas bajo el poncho, i en cuanto los tengamos a tiro, nos echamos sobre los soldados... Cada uno mata al suyo..... Es cuestion de tres minutos.

—Me gusta la idea, dijo Miguel. Cuando vuelvan de la sorpresa los que queden vivos, ya estaremos léjos. ¡Me gusta!

—I ademas, no se atreverán a hacer fuego sobre nosotros, pues escaparemos por entre toda la jente.

—Pues, manos a la obra! esclamaron algunos, entusiasmados con la bebida. ¡Así verá este gobierno que hai a quien le duela!

—Oh! esclamó Juan Diablo: tengan modo i hablen mejor del Gobierno; i el que quisiera decir algo contra el señor Jeneral Pinto, salga a la plaza i hable hasta mañana, porque yo soi hombre de paz i no quiero que mi bodegon se desacredite.

—Es verdad, agregó tio Ruco bebiendo el duodécimo vaso. Dejad de pensar en lo que habeis dicho i afilad vuestras catanas para cuando lleguen los tiempos. Miéntras tanto, salid a la plaza i decidles a cuantos encontreis ¡que los tiempos se acercan! i que la revolucion no ha sido mas que un pretesto del Gobierno para mandar asesinar a nuestros hermanos.

En esto se dejó sentir en la plaza un movimiento jeneral acompañado de gritos i silbidos de muchachos, que desde los tejados de las casas decian:

—Ya vienen! ya vienen!

—Gracias a Dios que al fin llegaron! esclamó una mujer empi-

nándose para ver mejor. Estaba ya cansada de esperar, i he dejado mi casita sola con mis tres chiquillos.

Turra i sus compañeros salieron del bodegon i se metieron por entre de la multitud que se ajitaba como las olas del mar. Bien pronto se vió aparecer por la calle de la Nevería un piquete de caballería que marchaba abriendo paso hácia el Tajamar.

Seguian despues los reos, entre dos filas de soldados, i cerraba la marcha otro piquete. Cada reo iba acompañado de un sacerdote que lo exhortaba a morir como cristiano. Los reos eran cinco, i todos marchaban con los ojos hácia el suelo, pero con paso firme. A la cabeza iba el sarjento de Inválidos, Victoriano Espinoza, con el padre Hipocreitía al lado izquierdo, el cual, dándole a besar un crucifijo que llevaba en la mano, le decia:

—Despojaos, hijo mio, de todo rencor; perdonad a todos vuestros enemigos, en nombre de este Dios de paz, para que El os perdone vuestras culpas. Bendecid la sentencia que os envia al cadalso, i haced intencion de besar la mano de los jueces mismos que la han firmado en nombre de un Dios justiciero...

—Es decir, interrumpió el sarjento, mirando fijamente al padre, es decir, que el Dios de los que están arriba, es un Dios justiciero que manda firmar sentencias de muerte, miéntras que el Dios de los que estamos debajo, es un Dios de paz que manda perdonar el mal que nos hacen?... Vaya, padre, le ruego que no me hable de estas cosas que no puedo entender porque se me va la cabeza. Lo que yo veo bien claro es, que si la hubiéramos acertado, nosotros seriamos los que hubiéramos firmado sentencias de muerte, i a ellos les hubiera tocado marchar al banco; pero nos hemos equivocado; i ya que es preciso morir, déjeme morir como un valiente.

Diciendo esto, el sarjento prosiguió la marcha con aire de estóica indiferencia; i viendo que un individuo le hacia señas con un pañuelo, lo miró i lanzó un grito de dolor.

—Adios, hermano mio! esclamó, con los ojos fijos en el hombre del pañuelo. Adios! Abraza a nuestra madre en mi nombre i dile que voi a morir pensando en ella! Vamos andando! prosiguió en seguida, apurando el paso con cierto movimiento nervioso.

El padre Hipocreitía no se atrevió a dirijirle de nuevo la palabra, i siguió al lado de su penitente, con la vista fija en el suelo.

CAPITULO XLVIII.

LA EJECUCION.

«Nadie pone en duda el derecho de la sociedad para castigar los delitos. Pero ¿el derecho de castigar supone el de matar?»

«*No matarás*, dice el precepto moral confirmado por la lei. *Matad*, dice la ciencia de algunos publicistas, para producir el buen ejemplo.»

J. M. Balmaceda---*Mocion sobre la abolicion de la pena de muerte* 1871.

Llegado el convoi al punto en donde debia tener lugar la ejecucion, el oficial que mandaba la tropa ordenó que se despejara el frente del Tajamar, cuyo anden estaba lleno de curiosos. Retiráronse éstos hácia uno i otro lado, i solo quedaron algunos a cierta distancia, entre los cuales se hallaba el Vizco, cuya malignidad parecia buscar un objeto en que cebarse. Un silbido particular que oyó cerca de las ramadas, lo hizo correr hácia aquel punto abriéndose paso como una serpiente por entre los curiosos. En seguida saltó sobre el anden i buscó con la vista al que lo habia llamado. Como todos los ojos estaban fijos sobre los reos, a quienes vendaban la vista en aquel momento, nadie ponia su atencion en el Vizco, el cual, echado

sobre uno de los estribos del Tajamar, escuchaba con atencion lo que le decian tres o cuatro hombres de a caballo, colocados en el callejon formado por el Tajamar i las ramadas. Estos hombres eran Miguel Turra, Manuel Barragan i dos o tres de sus compañeros. Barragan tenia debajo del poncho un lazo, que ojaló por su estremo al fuerte *pehual* de su montura, dando el otro estremo al Vizco.

El maligno muchacho saltó con lijereza sobre el pavimento de la calle, i pegándose a las quinchas de las ramadas, se fué arrastrando como un gato hasta colocarse a dos o tres pasos de distancia de un hombre que miraba con gran interes los preparativos de la ejecucion, por entre los agujeros de una quincha. En seguida, dejando los últimos rollos del lazo debajo de las ramas secas de la quincha, se acercó al hombre, el cual estaba tan preocupado, que no sintió al muchacho sino cuando éste tocó sus piernas.

—¿Qué haces aquí, basilisco? preguntó Pedro Catana (pues aquel hombre no era otro que el verdugo, ocupado allí en aprender a maltratar i exterminar hombres)

—Ah! *ño* Pedrito, por Dios! esclamó el Vizco llorando i atracándose cuanto mas pudo al hombre: ¡tengo mucho miedo *ño* Pedrito!

—Miedo, tú? dijo Pedro, cuando eres capaz de jugársela al mismo diablo?

—Sí, *ño* Pedrito, tengo mucho miedo, repitió el Vizco, haciendo como que lloraba i abrazándose de las piernas del verdugo.

—Déjate de *lloriqueos*, dijo éste, i asómate por entre las ramas de la quincha, para que aprendas a portarte bien cuando te veas en este caso.

—¿Qué dice Ud?

—Que tarde o temprano has de venir a parar en el banco... Ya has probado mis manos una vez... ¿Te acuerdas?

—Si me acuerdo, respondió el Vizco, separándose de Pedro para tomar la punta del lazo. Si me acuerdo, *ño* Pedrito, repitió, echándose de nuevo sobre el suelo. Ah! para qué iria yo a venir, sabiendoque soi tan miedoso!

—Asómate, asómate, cojuelo, decia Pedro entusiasmado con el espectáculo. Mira, ya están sentados en el banco... Los sacerdotes les están dando los últimos consejos... Ahora se separan los padres, i el oficial manda a los diez tiradores que apunten... ¡¡Fuego!!

En ese momento se oyó la detonacion de los fusiles, seguida de un grito lanzado por la multitud.

El Vizco, al oir que ya se acercaba el momento oportuno, se habia abrazado de las piernas de su compañero, gritando: «-Tengo miedo» ; i enlazándolo de ambos piés, con increible prontitud, hizo a Manuel Barragan la seña convenida. El bandido echó a correr como un rayo, Tajamar abajo, arrastrando al verdugo, quién lanzó un grito espantoso al sentirse arrebatar como por encanto. El muchacho saltó al instante sobre el Tajamar, i de allí sobre la grupa de uno de los compañeros de Barragan, el cual, cuando creyó que su víctima era un cadáver, desojaló el lazo i echó a correr con sus amigos por la vía de la Cañadilla. Cuando la noticia del suceso llegó a oidos del oficial, ya los bandidos se habian perdido de vista; i como nadie se daba cuenta exacta del hecho, cada cual lo contaba a su manera, no faltando quien dijera que el diablo en persona habia venido a buscar al verdugo. El cadáver de éste, fué encontrado hecho pedazos sobre la rampa sur del puente. El oficial envió a buscarlo con sus soldados para juntarlo con los de los ajusticiados. Miéntras tanto, se hacia mil i mil comentarios en la plaza sobre aquel desacato cometido a vista de la justicia misma.

Por entre los grupos se paseaba el caballero embozado de que ya el lector ha oido hablar. No hablaba una palabra i solo escuchaba las encontradas opiniones de la multitud.

—¿Habráse visto atrevimiento mayor? esclamaban unos con exaltacion.

—¡I esto en presencia de la autoridad misma! agregaban otros.

—Oh! es preciso buscar a esos bandidos, i encontrarlos...

—¿Para qué? preguntó el de la capa.

—Para castigar su alevoso crímen.

—Ah! Esos hombres derramando sangre humana, no han hecho mas que seguir el ejemplo que la autoridad les presenta.

—¿Qué quiere Ud. decir?

—Lo que digo. Una sociedad que prohibe matar, no debe matar.

—Palabras de pipiolo, compadre! esclamó a media voz un caballero gordo, haciendo un jesto de marcado desprecio.

—Si estas son palabras de pipiolo, le respondió el de la capa mirando de frente, es evidente que los pipiolos saben decir la verdad.

—Pero, señor, por el amor de Dios, replicó el hombre gordo dando un resoplido de importancia: ¿no es verdad que el que hace una muerte, debe una vida?

—Así es, respondió el otro.

—Por consiguiente, el asesino debe pagar la vida que quita con la única que él tiene.

—Graciosa manera de hacer pagar una deuda es esa de empobrecer al deudor sin enriquecer al acreedor. ¿Acaso porque se ahorca al asesino, resucita la víctima? I la sociedad, ¿qué otra cosa gana, deshaciéndose del matador, sino es tener dos hombres de ménos en lugar de uno? Nó, señores, desengañémonos: una vida no se paga haciendo una muerte; un crímen particular no se lava por medio de un crímen social. Yo convengo con Uds. en que el asesino es un deudor: cometiendo una mala accion, ha contraido una deuda que debe pagar...

—I ¿cómo la pagará si no es con la vida? Por eso la lei se la quita.....

—Eso no es mas que imposibilitar al malhechor para que pague su deuda, interrumpió el de la capa. Es como meter en la cárcel al deudor de una suma cualquiera. Si se le quita la libertad, no podrá pagar a su acreedor ni los intereses. Entónces es precisamente cuando mas necesita tener sus manos libres para trabajar, pues solo así podrá cancelar su deuda. Lo mismo sucede con el que ha cometido una mala accion: esta clase de deudas no se pagan sino por medio de acciones buenas, para lo cual el criminal necesita vivir. Por consiguiente, la sociedad que le quita la vida, léjos de cancelar el crédito, imposibilita al deudor para pagarlo.

—Teorías! puras teorías! volvió a replicar el caballero gordo: pero yo me atengo a la práctica; i la esperiencia nos enseña que dejando a los criminales con vida, léjos de cancelar sus créditos pendientes, los acrecientan con nuevos crímenes.

—Eso sucede cuando la sociedad no cumple con su deber, i ella debe responder ante Dios de...

—I¿ qué culpa tiene la sociedad de los crímenes cometidos por Pedro, Juan o Diego?

—La misma culpa que cuando Pedro, Juan o Diego se enferman de lepra u otro achaque epidémico cualquiera. ¿No le parece a Ud. que una sociedad indolente, que no hiciese por curar a los enfermos i por que los sanos no se contaminasen, seria responsable de los daños causados por la epidemia?

—Eso es evidente, respondió el viejo de barba blanca, (que si no era cabildante, aspiraba a parecerlo, segun lo indicaba su grueso baston adornado de un par de borlas) Eso es evidente, señores mios; i si no, dígalo el año de 8, cuando todo el ilustre Cabildo de Santia-

go, se reunió con el fin de conjurar aquella maldita sarna, que desde los suburbios amenazaba invadir el centro de la capital. Aunque bien me acuerdo yo, que algunos señores cabildantes fueron de parecer de que no debia gastarse un cuartillo partido por la mitad, en la curacion de los sarnosos, alegando que la caja estaba exhausta de dinero; i hasta llegó uno de ellos a decir en el calor de la discusion: «*que cada cual debia rascarse con sus uñas;*» palabras que se han convertido en proverbio, cual sucede muchas veces con multitud de espresiones, que a pesar de ser contrarias a toda razon, suelen tener la suerte de convertirse en evanjelio pequeño, segun son las jentes en donde caen. Pero nosotros los combatimos a brazo partido i les probamos, como tres i dos son cinco, que no era bien que cada cual se rascara con sus uñas, mayormente cuando la parte noble de la ciudad, estaba espuesta a tener que rascarse sin quererlo. Dijímosles (me acuerdo como si fuera ahora) que así como el ilustre Cabildo tenia uñas para arrancarle a los vecinos una parte del fruto de sus sudores, tambien debia tenerlas para rascarlos i curarlos de la comezon. En fin, tanto le hablamos, que conseguimos se hiciese una especie de lazareto para los enfermos, i allí los atendió un médico pagado por la ciudad.

—Mui bien hecho, dijo el de la capa; i aquí era donde yo queria venir a parar. El crímen es una enfermedad social, una epidemia moral que la sociedad tiene el deber de combatir, no exterminando a los enfermos, sino curándolos; es decir, ilustrando su entendimiento i enseñándolos a ser hombres de bien, i amigos del trabajo. Si la sociedad no obra de este modo, será mas o ménos responsable de los crímenes que se cometa, así como lo es de las epidemias que nacen i se desarrollan a causa de la indolencia pública.

Al llegar aquí, el hombre gordo se encaró con el que hablaba; i poniendo los brazos en jarra, con un pié adelante i el otro atras, la gruesa barriga adelantada hácia su interlocutor, el pecho cuajado de valonillas, la cabeza erguida i el sombrero casi sobre la nuca, le pregunto:

—¿Quiere que le diga una cosa?

—¿Qué cosa?

—Que no he comprendido una palabra de toda esa algarabía.

—No es extraño, respondió el otro con la mayor calma.

Miéntras tanto, el señor barrigon dècia a media voz al que tenia a su derecha:

—¡Cosas del tribuno! No he visto una cabeza mas deschavetada

que la de este don Martin. Mentiria, si dijera que he entendido una jota de todo lo que ha dicho.

I lanzó una estrepitosa carcajada. En seguida, volvió a la carga diciendo:

—Parece, señor don Martin, que Ud. quisiera privar al Gobierno del derecho que tiene, quiero decir, del deber de castigar al crímen.

—No pretendo tal cosa.

—I entónces ¿por qué habla como echándole en cara a la autoridad estas ejecuciones que han de servir de escarmiento a los malvados?

—Escarmiento! esclamó don Martin con acento de sarcasmo. Fijaos en los semblantes de esas jentes que han venido a gozar con la vista del sangriento espectáculo, i decidme si esto, ántes que escarmentar a las masas, no es despertar en ellas los feroces instintos! ¡No es derramando la sangre humana como se enseña a respetar la vida del hombre! Escarmiento! Mirad, prosiguió, mostrando con el dedo el cadáver del verdugo, que cuatro soldados traian sobre sus hombros. ¡Hé ahí los efectos de ese escarmiento!

CAPITULO XLIX.

DON MELITON PRINCIPIA A HACER FORTUNA

«Uno planta las higueras,
I otro se come las brevas.»

(Refran popular.)

Cada dia se alegraba mas don Marcelino de la resolucion que habia tomado de clavar las ventanas de su casa i de mantener cerrada su puerta de calle, pues a esto atribuia principalmente la mansedumbre i docilidad que desde los últimos sucesos domésticos observaba en su mujer i su hija. En cuanto a éstas, aparentaban mas tranquilidad de ánimo, (que estaban bien léjos de sentir) por su parte se engañaban tambien, tomando por buen lado el cambio de don Marcelino, desde que creyó poder vencer la resistencia de su hija.

Doña Estrella visitaba diariamente a sus amigas, quienes obtenian así noticias sobre la salud de Anselmo. Ya el jóven se habia levantado de la cama i estaba casi completamente restablecido; pero no podia vivir contento estándole prohibido el ver a su amada. Al principio tuvo el placer de verla dos o tres veces en la iglesia de la Compañía a la hora de misa; pero habiendo notado su presencia el celoso don Marcelino, que no se separaba de su hija, determinó lle-

varla en lo sucesivo a otra iglesia. Entónces, el pobre Anselmo no tuvo mas que contentarse con las noticias que le traia doña Estrella, de la cual se hizo tan amigo como un amante puede serlo del confidente de sus amores.

En cuanto a nuestro buen amigo, don Meliton Sandoval etc. seguia estrechando sus relaciones con don Marcelino i don Cándido, a quienes habia hecho varias visitas. Posteriormente habia sido presentado por el padre Hipocreitía a otros amigos, quienes lo miraban de diverso modo. Dorriga, Franco i otros, lo trataban con gran consideracion, atendiendo a su calidad de español noble. Don Cándido no cesaba de proclamar su sabiduría, en razon a los profundos conocimientos que don Meliton poseia de la lengua latina. Aldeano i otros lo despreciaban, i Portales parecia mirarlo con notable predileccion; pero todo era porque el señor Sandoval le proporcionaba un objeto de quien burlarse. Desde que lo conoció, lo tomó por su cuenta, como dicen; i no cesaba de preguntarle por sus dignidades, apellidos, antiguas riquezas i el valimiento de que gozaba en España.

Don Meliton no era un tonto de capirote para que no conociera las pullas de Portales; pero las mas veces, éstas las dirijia de una manera tan fina, que habria sido peor darse por ofendido. Ademas, por un capricho de la suerte o de la desgracia, habia acontecido que desde que don Meliton vió a Lucinda, se enamoró perdidamente de ella, i esto habia trasformado su carácter altanero en suave e insinuante. De taciturno i severo, se hizo vivaracho, fácil i flexible como un niño. Lucinda le habia hecho amar esta nueva sociedad colonial que habia principiado por despreciar. Aunque comprendia la nulidad de don Cándido, ¿cómo no apreciar al padrino de la linda niña? Por mas que le digustaba la grosería de don Marcelino, se empeñó en hacerle la corte; i como estaba acostumbrado al lenguaje insinuante i cortés de la sociedad madrileña, no tardó en captarse toda la estimacion i el cariño de su futuro suegro, en cuya casa comia tres o cuatro veces por semana. Los obsequios de doña Trinidad i la amabilidad de Lucinda, tenian engañdos a los dos viejos. Por último, el deber de formales historiadores nos obliga a decir, que no es posible afirmar si el amor a Lucinda, o la esperanza de cambiar su estado rentístico, era lo que mas habia influido para mejorar la manera de ser del candidato a yerno.

Ya don Marcelino habia impuesto a su esposa de sus proyectos, diciéndole que debia mirar al noble don Meliton como el futuro

esposo de Lucinda. La pobre señora, conociendo que toda observacion seria inútil, no hizo mas que callar i ahogar sus suspiros. Sin embargo, se atrevió a hacer presente a su marido que seria una imprudencia querer que la niña olvidase de un dia para otro su antiguo amor, i que lo mas puesto en razon, seria esperar un poco de tiempo a fin de que se fuese poco a poco acostumbrando a la idea del nuevo esposo.

—Está bien, contestó el terco don Marcelino: pero adviértele a esa muchacha, que yo no estoi para aguardar mucho, i que ya don Meliton me ha hechado sus indirectas sobre el particular. Por último, es preciso que se convenza de que si persiste en su capricho, la desheredo de redondo.

Lo que doña Trinidad queria, era solo ganar tiempo. Habia escrito a su primo, el Jeneral Freire, que entónces se hallaba en San Felipe, i esperaba que éste vendria a sacarla de tan embarazosa situacion. Ni aun podia pedir consejo al padre Alvarez, porque hacia muchos dias que éste no se hallaba en el convento. Nadie daba noticias de su paradero; i solo uno que otro fraile sabia que el padre provincial, despues de una disputa acalorada con el padre Hipocreitía, habia ordenado la traslacion del reverendo Alvarez al convento de la Recoleta Francisca.

Algunos dias despues, el padre Hipocreitía decia a don Marcelino:

—El pobre don Meliton está loco de amor por Lucinda: no me habla sino de la linda i virtuosa niña, i tiene el proyecto de llevársela a España para hacerla condesa.

—Oh! contestó don Marcelino, paseándose por su cuarto: en ese caso, iria yo tambien i es claro que.....

—Haria Ud. bien.

—Es claro que si mi hija puede ser condesa, yo podria llegar a ser..... ¿Qué título me corresponderia a mí, como padre de la muchacha?

—El de suegro del señor conde, contestó sonriendo el jesuita. Pero en cuanto a títulos, prosiguió, no es difícil obtenerlos, habiendo con qué. Lo que por ahora importa es realizar la union.

—Ya he hablado sobre esto a la Trinidad.

—I ¿qué ha contestado la señora?

—Parece que se resigna; pero la muchacha no ha dado el sí todavía.

—Al fin lo dará.

—¡Pues no lo ha de dar! He prometido desheredarla, si se me resiste.

—Oh! dijo el buen padre: ¡duro es eso de desheredar a una hija!

—Digo, si se encapricha. ¡Ya lo verá!

—No obstante, hai casos en que la prudencia aconseja tomar medidas sérias cuando se trata de la felicidad de los hijos. ¡Son mui sagrados los deberes que impone el porvenir de la familia, mi don Marcelino!

—¿Qué quiere decir, su paternidad?

—Digo, que con el fin de obligar a la niña, podria Ud. hacer una donacion a su futuro yerno. De esta manera haria Ud. ver a la señora i a su hija, cuán dispuesto estaba Ud. a dejar de heredero a don Meliton.

—Ah! mi padre, eso seria para que me criticaran las jentes!

—Por otra parte, agregó el jesuita, sin atender a la observacion de don Marcelino; Ud. sabe que don Meliton carece ahora de recursos; i miéntras le vienen los que ha pedido a España, bueno es que cuente con algo.....Lucinda no podrá quererlo, viéndolo pobre..... Yo conozco a las mujeres. Otra cosa será cuando lo vea en su casa propia. A propósito ¿no tiene Ud. una casita en la calle de Santo Domingo?

—Sí; i ahora no está arrendada..... Su paternidad dice bien: puedo prestársela a don Meliton.

—Tiene Ud. razon, contestó el padre: Ud. podria donársela.

—Digo, prestársela.

—Mejor seria una donacion de por vida. Es una especie de préstamo. Esto mismo puede Ud. hacer con la chacrita de Colina, que nada le produce..... Don Meliton es loco por la agricultura, i despues de su muerte recibiria Ud. la chacra convertida en un paraiso.

Nada contestó don Marcelino. El padre prosiguió con voz melosa:

—Ademas, como el hombre ha de ser su yerno ¿qué tiene de particular que reciba esas donas de parte de Ud? Vuelvo a repetirle, que estas donaciones no podrian ser sino durante la vida del caballero. A Ud. no le hace falta alguna ni la chacra ni la casa; i puede ser que Lucinda mire con mejores ojos al buen caballero, una vez que lo vea regularmente establecido.

Don Marcelino, por única contestacion, dijo al jesuita:

—Lo veremos despacio, padre mio: ¡otra cosa es con guitarra!

—Ud. sabe lo que hace, contestó éste.

No nos ha sido posible averiguar si solo fué este consejo u otros muchos que el padre pudo darle, lo que influyó en el ánimo de don Marcelino para ceder a don Meliton las propiedades antedichas. Lo único que se sabe de positivo es, que unos veinte dias despues de la conversacion anterior, ya el señor de Sandoval vivia en su casita de la calle de Santo Domingo, i decia enfáticamente: «mi chacra de Colina»..... En mui poco tiempo, la casa i la chacra cambiaron de aspecto. ¿De dónde se sacó el dinero necesario para los trabajos? Nadie lo sabia, con escepcion del padre Hipocreitía i el avaro don Policarpo Tragantilla.

CAPITULO L.

LOS PROYECTOS DE DON MARCELINO.

«Habia paz, habia prosperidad, habia libertad; pero todos aquellos hombres a quienes favorecia el privilejio destruido; todos aquellos hombres de la educacion antigua; todos aquellos hombres que caen en la nulidad despues que ha caido el órden que los engrandecia; todos los ignorantes, el elemento español, que no puede resistir en su orgullo a la innovacion de creencias, de formas de gobierno, de costumbres liberales en la esfera pública i privada, mordian el freno en el silencio de su rabia.»

Francisco Bilbao.— (*Sociabilidad Chilena.*)

Pocos dias despues, i a la hora en que nuestros padres solian hacer algunas visitas de confianza, es decir, ántes de que quemase el sol de la mañana, el héroe don Cándido de la Rueda, golpeó la puerta del heróico don Marcelino de Rojas, a quien encontró en el quinto o sesto mate de su desayuno.

—Siéntese, compadre; a tiempo ha llegado, dijo don Marcelino contestando al saludo de don Cándido.

—Mas vale llegar a tiempo que no ser convidado, respondio éste,

sentándose i tomando el mate que acababa de *cebar* don Marcelino.

—I¿ qué lo trae por acá tan temprano?

—Vengo encargado por mi mujer para hacerle un convite. Ud sabe que mañana es el dia de mi cumpleaños, i Estelita ha querido que Uds. nos acompañen a la mesa.

—Dios se le pague, compadre; pero.....

—No hai pero que valga..... Estelita ha de venir a convidar en persona a mi comadre..... Comeremos un pavito, i nos acordaremos de nuestros antiguos tiempos.

—Acepto, contestó don Marcelino; pero me permitirá Ud. llevar a don Meliton.

—Don Meliton va a su casa, contestó el otro con aire de cordialidad. Yo miro al caballero como a uno de mis mejores amigos.

—Dios se lo pague, por lo que me toca, compadre.

—Yo creo que en cuanto los hombres del Gobierno le tomen el pulso a don Meliton, habrán de ocuparlo en el ministerio.

—¿I crée Ud. que don Meliton aceptaria?

—¿I por qué no?

—¿Un hombre que ha sido casi ministro en España?

—Pues aquí lo seria *sin casi*, compadre! Eso vale mas.

—Ademas, repuso don Marcelino, sepa Ud. que tenemos intencion de irnos de estos reinos.

—¿Para adonde?

—Para España.

—I ¿a qué bueno, compadre?

—A vivir a lo titulado, a lo conde! respondió don Marcelino, *recontoneándose* en su silla de vaqueta.

—Pero, compadre! esclamó don Cándido, entre admirado i risueño ¿no tiene Ud. bastante dinero para poder vivir aquí en Chile, a lo conde, a lo marques, a lo rei si se le antoja!

—Si tengo; pero me faltta el título, i como con este embolismo de república en que el diablo tiene metidas a todas estas Américas, ya no puede un cristiano enviar a comprar un titulillo con que ennoblecer a sus descendientes, preciso es salir a buscarlo allá en aquellas tierras en donde saben apreciar la nobleza i el honor, por que.....

—¿Por qué lo venden? interrumpió don Cándido sin saber lo que decia.

—Así es, compadre, respondió don Marcelino, chupando la bombilla. En aquellas cristianas monarquías se vende i se compra bien

caro a veces la nobleza i el honor de las familias, porque se sabe apreciar en lo que vale la honra de una familia, el lustre de un apellido, i la hereditaria higalguía de un encumbrado título; i no que aquí, que ya no es cristiandad lo que han hecho estos herejes, pues, no contentos con desposeer de sus títulos a todos aquellos a quienes les habia costado su plata, han hecho pedazos los escudos de armas que adornaban nuestras nobles puertas de calle. ¡Jentes sin relijion! ¿I así quiere Ud. que me quede en estos reinos? Nó, compadre, nó: me voi! Me voi a España!

—Mui bien, dijo don Cándido; pero se me ocurre una cosa, i es que, yéndose Ud. a España, no por esto dejará de ser el mismo don Marcelino de Rojas, a ménos que no cambie de nombre.

—No hai necesidad de eso, repuso don Marcelino, sino que haré declarar en el mismo título, que mi apellido de Rojas, no es de los Rojas comunes sino de los Sandovales i Rojas, que es de donde desciende don Meliton; i segun el padre Hipocreitía, son los nobles. ¿Entiende Ud. ahora?

—Así debe ser, pues que el padre lo dice; i ahora caigo en que esto de los Rojas nobles i Rojas innobles, debe ser cosa cierta; no porque yo, cuando era niño, me divertia mucho con las disputas que solian tener el vaquero de mi padre, llamado *ño Coché* Rojas, i la ama que me crió, la cual pretendia ser de los Rojas nobles, por lo cual nunca se quiso casar con *ño Coché* (que daba un palmo de lengua por ella) a pesar de que mi madre le ofrecia pagar todos los gastos. ¡Vea Ud!

—Pues esa mujer estaba en un error, repuso sériamente don Marcelino, porque el mismo don Meliton me ha asegurado que él es el único Rojas de los Sandovales que ha venido a estas Américas.

—Así será, compadre; i por esto creo yo que *ño Coché* i mi *máma* no eran sino de los Rojas de Ud.....

—¿Está Ud. loco? interrumpió don Marcelino ¿Crée que yo tengo parientes entre los peones i vaqueros?

Pero ¿en qué quedamos al fin, esclamó don Cándido, como si le importara mucho la cuestion. Ni Ud. ni don Meliton quieren ser pariente de mi *máma*, que era una mujer mui española: ¿de cuáles Rojas era ella entónces?

—Seria de otros ¿qué me importa a mí? dijo de mal humor el Sor de Rojas.

—Pues esto es cosa de nunca acabar, compadre; i a mí me parece mayor embolismo que el embolismo de la república de que Ud. ha-

blaba ahora poco rato ¿Quiere que le digá una cosa? Yo encuentro mui bien hecho esto de romper i arrancar los escudos de las puertas de calle, borrando títulos i pergaminos, que es como si los patriotas hubiesen dicho: «ya estos nombres son sobrenombres; ya todo esto es un embolismo que no lo entiende el diablo; borremos, borremos; comencemos de nuevo el juego; *¡azules va quién tira!*»

Rióse don Marcelino i dijo:

—Pues yo, para comenzar una vida de noble, me voi a España, compadre; me voi.

—Pues yo prefiero acabarla aquí, dijo don Cándido, en esta tierra, en donde cada cual es, no solamente conde, sino rei de su casa, con tal que sea hombre de pelo en pecho i capaz de rejir varonilmente su hogar. Dígalo yo, que de puertas adentro, no me trocara con el mismo Fernando VII.

—¡Que Dios guarde! interrumpió don Marcelino, tocándose respetuosamente el sombrero.

—Pero despues de todo, no le habia preguntado a Ud. si mi ahijadita acepta a don Meliton.

—Todavía no lo sé de positivo; pero tendrá que aceptar, porque ha de saber Ud., compadre, que ya se van dando a la razon aquellas mujeres.

—¿De veras?

—Con solo cerrar la puerta i clavar las ventanas, van rindiendo las armas poco a poco.

—I ojalá logre sus deseos para que llegue al fin a ser.....¿qué título es el que Ud. piensa obtener?

—Aun cuando no obtenga otro qué el de padre de la señora condesa, me daré por satisfecho, respondió don Marcelino medio amostasado, pues al traves de la bonhomía de don Cándido, creyó ver cierta malicia en la pregunta anterior.

—Eso es ya mucho, repuso don Cándido; i cuando mas no fuera, el solo emparentarse con un señor como don Meliton, es ya poner una pica en Flandes; aun cuando Estelita dice..... pero yo diré siempre que.....

—¿Qué dice doña Estrella? preguntó don Marcelino, quien jamas esperaba nada bueno de parte de la señora Clavijo.

—Oh! esclamó don Cándido, recojiendo el hilo de sus palabras medio escapadas. Estelita sabe apreciar a don Meliton en lo que vale.....

—¿Lo conoce?

—Nó, compadre; pero yo se lo he pintado a lo vivo; i como aquella mujer tiene tanto injenio como belleza, ha comprendido al momento los méritos de nuestro caballero.

—Sin embargo, yo sé que ella se ha espresado de una manera poco decorosa a cerca del señor don Meliton.

—¡Oh, eso no puede ser!

—Pues es así! Me lo ha dicho una persona que lo ha oido.

—Le repito que eso es imposible, al ménos delante de mí! replicó don Cándido, irguiéndose en su silla. ¿Crée Ud. que yo habia de permitir a mi mujer el que me contradijera en mis barbas? ¡Eso si que nó! Yo no soi hombre capaz de abdicar en mi esposa, por linda que sea, el mando del hogar. No digo yo que ella no hable a mis espaldas. ¿Quién puede ponerle puertas al mar? ¿Dónde está la mujer que no dice ni hace nada contra su marido, cuando él no la ve? Yo que no soi tonto, aunque suelo echar de ver esas arrancadillas de Estelita, me hago el desentendido por conservar la paz del matrimonio. Pero en mi presencia, es otra cosa. No hai mujer mas humilde i sumisa, fuera de sus vivezas de jenio, que se las perdono por la gracia con que sabe acompañrlas. Ya se ve! Yo la he tenido siempre en un brete, con sus largoncitas de cuando en cuando, segun aconseja la prudencia, porque ya Ud. sabe, que a la mujer i a la cabra, soga larga.....compadre.

—Pero no tan larga que se pierda soga i cabra, interrumpió sonriendo don Marcelino.

—Así digo yo, repuso don Cándido, tomando nuevos alientos; i por esto es que suelo recojer la soga, i doi mis tiranteadas con mano firme, apretando el nudo cuando conviene, pues, en saber manejar bien el tira i afloja, es en lo que estriba todo el negocio del matrimonio. De aquí es que, sin mi voluntad no se mueve una sola paja dentro de los límites de mi hogar; lo cual es bien que Ud. tenga entendido para que cesen sus escrúpulos respecto de don Meliton. Quiero decir, que Ud. debe llevarlo con confianza a mi casa, que allí llegará i mandará como si estuviera en la suya.

—Muchas gracias, compadre.

—No hai de qué. En cuanto a Estelita, aun cuando no estime como debe al buen señor (lo que no pienso) ella sabrá manejarse como mujer sumisa i obediente. ¿Está Ud?

—Ya entiendo, amigo mio, respondió don Marcelino, apretando la mano que don Cándido le presentaba al despedirse.

—Con que; lo dicho, dicho, concluyó éste, tomando su baston i su

sombrero. Voi a anunciar al caballero. No se olvide de decirles a mi comadre i a mi ahijada que he venido espresamente a convidarlas i que he hablado con Ud, que es el jefe del hogar doméstico.

—Mui bien, compadre, así lo haré.

—Por mandato de Estelita... quiero decir, por órden... nó, sino por encargo... es decir, porque aquella mujer me rogó que viniera a hacer los convites, miéntras ella quedaba arreglando las cosas... Adios, compadre, que la hora se pasa i tengo que convidar a muchos amigos. Hasta mañana!

—Queriendo Dios, compadre.

CAPITULO LI.

EL CUMPLEAÑOS DE DON CANDIDO.

«Despues de una larga ausencia,
Nos volvimos a encontrar,
I de nuevo al contemplarnos,
Solo supimos callar.
Dulce suspiro del alma
Vagar en sus labios ví,
I sin querer, al mirarla,
Otro en los mios sentí.
¿Se hallaron esos suspiros?
¿Qué se dijeron? No sé:
Mas suspiramos de nuevo,
I me miró i la miré.»

(Emilio Bello.)

No bien amaneció el dia siguiente, cuando toda la casa de don Cándido de la Rueda se puso en movimiento. Mataron los pavos i los corderos gordos traidos de la chacra; i prepararon los peje-reyes de Aculeo; las enormes lizas de la laguna Peldegua, i las perdices que su paternidad reverenda, el prior de la Recoleta Domínica, habia enviado de regalo a la señora doña Estrella. La cocina estaba llena de otras provisiones menores, traidas de la recova; i las criadas, con su característico desgreño i abandono, entraban i salian, saltaban i tropezaban en los montones de papas, cebollas, aves, carnes, baldes de agua, i otros objetos de que el pavimento de la cocina estaba cubierto.

Presidíalas la *señuá* Tristan ¡agran maestra en el arte culinario! i con su desgreño mayor que el de todas las criadas juntas, daba vueltas en torno del gran fogon colocado en el suelo en medio de la cocina, i revisaba una por una las hirvientes ollas de barro negro; probando de todas ellas con el gran cucharon de palo, que no dejaba nunca de la mano, pues cuando no tenia que probar caldos, le servia de arma para espantar las gallinas que solian revolotear sobre el fogon (llenando de ceniza las ollas a medio tapar con las callanas de greda) para apalear los perros que tambien solian acercarse al olor de las carnes; o bien para aplicar cucharonazos correccionales sobre las espaldas de sus peresosas ayudantes.

Acercábase la hora del medio dia, con lo cual crecia el empeño de la infatigable *señuá* Tristana, que esgrimiendo su gran cucharon daba a gritos sus órdenes de jenerala:

—Marica! atízale el fuego al pavo, que se enfria!—Mira *vos*, boquiabierta! ¿No *vís* que se está quemando *la color*?—Espanta la gata!—¡Cuidado con los pasteles, Nicolasa!—Ah! perro Barcino! *pa juera!*—Dale vuelta lijerito al asado *pa* que se dore—¿Han traido las lenguas?—Pica, muchacha, la cebolla para aliñarlas—Por la Vírjen Santa! ya va siendo hora porque la sombra está cerca de los pilares—¿Estará ya el horno en el punto? Ah! sí, si está: vamos poniendo las empanadas!—Dame la escoba, Peta, porque yo no permito que *naide* barra el horno... Apronten la pala i apuntalen con una teja la paila fritanguera porque ya se *quée*.....

No ménos animacion que en la cocina, habia en la cuadra, la cual se iba llenando de convidados de uno i otro sexo. La casa de don Cándido era de las mas visitadas de Santiago, pues doña Estrella atraia las jentes con su amabilidad. No necesitamos decir que allí se charlaba de todo: de política, de riñas de gallos, a las que tan aficionados eran nuestros padres; de *zorreadas*, matanzas i carreras de caballos, sin faltar quien platicara de amoríos nacientes i menguantes, de matrimonios rotos o al efectuarse, i de calabazas dadas o por dar. Las viejas hablaban del último sermon, de la escasez de confesores, i de los trabajos hechos para ganar el capítulo de tal o cual convento, entreverando su plática de largas quejas contra las criadas i su mal servicio; concluyendo al fin con decir, que aquellas jentes debian ser sin duda de *otra casta* diversa de la de las señoras; en lo cual muchos caballeros eran del mismo parecer, en razon a que lo mismo habian observado ellos con los inquilinos i peones de sus haciendas.

Entre los circunstantes se hallaban muchos de nuestros amigos i conocidos, como Dorriga, Portales, el clérigo Franco i Aldeano. Veíase tambien entre ellos a don José Jifreno, que gozaba de gran reputacion entre los ya nombrados, i a dos ricos hacendados de la provincia de Colchagua, amigos del padre Hipocreitía, i a quienes, segun éste, era preciso conquistar a fuerza de halagos i convites, pues, atendida su riqueza i la situacion de sus estancias, podrian ser de gran utilidad para la revolucion que proyectaban.

El padre Hipocreitía i don Meliton habian venido acompañando a la familia de don Marcelino, quien hizo pasar a Lucinda i a doña Trinidad por el duro sacrificio de presentarse ante aquella concurrencia, acompañados del viejo pretendiente, por el cual sentian ambas tan profunda aversion.

El testarudo padre, traduciendo el descontento de su hija, por natural timidez, i creyendo que aquellos caprichos de muchacha se convertirian en ardiente amor una vez puestas las bendiciones, se afirmaba mas i mas en su idea.

Despues de los saludos de estilo, no estuvo contento sino cuando logró sentar a don Meliton junto a la niña, a quienes dijo en seguida:

—Platiquen aquí como buenos amigos, que yo me voi a dar una vuelta por ahí.

I don Marcelino, altamente satisfecho, se acercó a un grupo de caballeros que hablaba sobre la próxima eleccion de presidente.

Lucinda estaba bellísima; i el dolor de su alma que se traslucia en su semblante, conmovió a cuantos la vieron. I como todos los jóvenes tenian noticias de las pretensiones de don Meliton, empezaron bien pronto a cruzarse las miradas maliciosas i las sonrisas malignas, hasta llegar a los cuchicheos i a las interjecciones en secreto.

Miéntras tanto, don Meliton se deshacia en cumplimientos con Lucinda, i casi no atendió al saludo de don Cándido, que en aquel momento entraba a la cuadra. El señor de la Rueda venia del comedor; i despues de saludar a algunos caballeros i señoras que no habia visto todavía, se acercó a su esposa i le dijo al oido:

—Estelita, ya la mesa está pronta.

Doña Estrella contestó con un jesto de aprobacion; pero en vez de alzarse de su asiento, miró una i mas veces hácia el patio esterior por entre las rejas de las ventanas, como si esperara a algunos convidados. Bien pronto los ojos de la señora espresaron cierta sa-

tisfaccion, a tiempo que por la puerta de calle entraba un grupo de tres personas. Alzóse entónces de su asiento i se encaminó a la puerta de la sala a recibir a los recien venidos, manifestándoles las pruebas mas inequívocas de cordialidad. Eran éstos, Andres Muñoz, su esposa Cecilia i Anselmo Guzman, a quienes doña Estrella habia convidado, sin decir una palabra a su marido. Lucinda, al ver a Anselmo, estuvo a punto de desmayarse de emocion, i se olvidó del disgusto que los galanteos de don Meliton le habian causado. Pero, el que mas se sorprendió, fué don Marcelino, que, arrastrando a don Cándido hácia un rincon de la pieza, le dijo con los ojos centelleantes por la cólera:

—¡Esto es una traicion, compadre!

—No le entiendo, respondió don Cándido, abriendo tamaños ojos.

—Ud sabe, repuso don Marcelino tartamudeando de rabia, que mi hija no debe estar junto a ese mozo.

—Si lo sé, compadre; pero.....

—Pero Ud lo ha convidado para que se junten i platiquen, i.....

—¡Compadre de mi alma! Le juro que estoi tan inocente como Ud.

—I ¿quién lo ha convidado, entónces?

—Le juro por mi honor que yo no he sido... Talvez lo ha convidado Estelita.

—Pero ¿habrá sido con permiso de Ud?

—Nó, compadre.

—Por Cristo! I ¿qué clase de casa es ésta en que la mujer hace i deshace sin que el marido lo sepa?

—Eso si que nó, compadre, interrumpió don Cándido, herido en lo mas sensible de su amor propio. ¡Yo mando en mi casa, i sin mi voluntad no se mueve una paja!

—Se conoce! esclamó don Marcelino con sarcástica sonrisa.

I al ver que Anselmo saludaba cordialmente a doña Trinidad i sacudia la linda mano de Lucinda, su enojo no reconoció límites.

—Esto ya pasa de raya! esclamó, tomando maquinalmente su sombrero i su baston como si pensara alejarse de allí.

—Compadre, compadre! le decia don Cándido, oiga Ud! Le repito que yo soi el jefe de mi familia i que Estelita no hace nada sin mi consentimiento. Si yo hubiera sabido que ella pensaba convidar a este mozo, se lo habria prohibido; pero a lo hecho, pecho, compadre!

Don Marcelino sin escuchar a su amigo, reflexionó que yéndose

él, quedaban Lucinda i Anselmo con mas libertad para hablar entre sí; i volviendo a colocar su sombrero i su baston en donde estaban, dijo:

—Me quedo! Si señor: me quedo!

En ese momento se acercaba doña Estrella a doña Trinidad llevando de la mano a su amiga Cecilia.

—Les presento a Uds esta antigua amiga, dijo a Lucinda i a su madre.

Miéntras se hacian los cumplimientos amistosos, que aquella vez eran de corazon, Anselmo se habia quedado mirando de hito en hito a Lucinda; mas fué despertado de su éxtasis por la presencia de don Marcelino, el cual no contestó al saludo que el jóven le hizo.

—Vamos a la mesa, dijo la dueño de casa, tomando a Lucinda de la mano i colocándola junto a Anselmo.

Los caballeros se alzaron de sus asientos, diciendo:

—Santa palabra!

—Señor don Meliton, dijo doña Estrella, mostrando con el dedo a doña Trinidad: sírvase conducir a esta señora al comedor.

—Con el mayor placer, respondió el viejo, presentando el brazo a su pretendida suegra.

En seguida, doña Estrella empujó suavemente a Lucinda hácia Anselmo; pero don Marcelino que comprendió las intenciones de su comadre i el comun deseo de los jóvenes, se colocó entre ellos diciendo:

—Las muchachas deben ir acompañadas por su padre.

—Don Marcelino! le interrumpió doña Estrella, entre enojada i risueña ¿cómo se atreve Ud a despreciarme? ¿No echa de ver que deseo ser conducida por Ud?

—Ah! esclamó el viejo, sumamente contrariado. ¿Yo, despreciarla a Ud, comadre? Nó, nunca; pero.....

—Deme Ud el brazo, i deje a los niños con los niños.

—Pero es el caso que.....

—I los viejos con los viejos!

—Sí, comadre; pero.....

—Cada oveja con su pareja, compadre! interrumpió la señora, arrebatando mas bien que tomando el brazo de don Marcelino, cuyos dientes rechinaron de rabia al ver que Lucinda se apoyaba lánguidamente en el brazo que Anselmo le presentaba.

Ya las demas jentes, conducidas por don Cándido, habian invadido el comedor.

Las parejas de que acabamos de hablar siguieron el mismo derrotero, acompañadas de algunos curiosos que se habian quedado a ver el resultado de aquella lucha entre el odio i el amor.

En llegando al comedor, Anselmo sentó a Lucinda en una silla, i retiró hácia atras la que estaba al lado como para tomar posesion de ella; pero en ese momento llegó don Marcelino conduciendo a su don Meliton; i empujando descortésmente al jóven, colocó al viejo al lado de su hija.

Doña Estrella, que a hurtadillas habia observado todos estos movimientos, llamó a su marido i le dijo con voz imperiosa aunque baja:

—Conduce a don Meliton hácia los asientos de preferencia.

—Dices bien, Estelita, respondió el obediente marido.

—Señor don Meliton, esclamó dirijiéndose a éste: venga usted a honrar la cabecera de mi mesa.

Levantóse el viejo de mala gana; i ya iba a sentarse en el asiento el mismo don Marcelino, cuando Portales, que estaba al cabo de todo, se acercó al viejo diciéndole:

—Señor don Marcelino, a Ud. le toca la otra cabecera como la persona mas respetable de esta respetabilísima concurrencia.

Fuése el viejo refunfuñando hácia el lugar que don Diego le indicaba, i separó la vista de su hija por no ver a Anselmo, que en el momento ocupó el lugar que habia quedado vacío. El pobre jóven no habia tenido fuerzas para separarse de su amada.

Todos estos pequeños incidentes que se sucedieron con mayor rapidez de la necesaria para contarlos, tenian entretenidísimas a las niñas, que a falta de palabras se hablaban codeándose mutuamente. A ninguna de ellas se le habia escapado la verdadera significacion de aquel pequeño drama, en el cual, todos los corazones habian principiado a interesarse.

En efecto, era imposible ver aquellos dos jóvenes cuyo mutuo amor se reflejaba en sus ojos, aun cuando no se mirasen, sin desear su union, sin hacer votos por su felicidad. Estaba el uno junto al otro, gustando de los mismos manjares, respirando el mismo aire i sin embargo ¡cuán profundo no era el abismo que los separaba! Pero en aquel momento no pensaban en otra cosa que en la dicha de verse juntos. No se hablaban, es verdad, i apénas cambiaban algunas furtivas miradas que los hacia suspirar profundamente; pero sin necesidad de mirarse, se veian el uno al otro en su imajinacion; i ese cambio de suspiros era una especie de diálogo enta-

blado entre aquellas almas creadas para vivir unidas en un solo i único pensamiento.

La encantadora niña, que apénas se atrevia a alzar la vista, tenia su corazon elevado a Dios para darle gracias por tanta dicha.

Anselmo estaba cerca de su amada como si hablara con ella por la primera vez, i la misma mano que habia sabido con noble ardimiento esgrimir la espada en mas de un combate, temblaba al hacer uso del cubierto.

Poco a poco, el ruido de los platos i el vaciar de los vasos produjo una simpática animacion que alegró los semblantes, escitando el apetito. Declaróse la guerra sin cuartel a los pavos rellenos, pasteles i empanadas; i cada uno trataba de cumplir con su deber. Los dichos agudos, las palabras maliciosas i las miradas significativas, se sucedian sin descanso.

El único que no gozaba con aquel espectáculo era el pobre don Marcelino, que lanzando miradas de fuego sobre su hija i Anselmo, se prometia en su interior no dejarla salir de casa miéntras no estuviese casada con don Meliton. Este se hallaba sentado cerca de don Diego Portales, cuyas pullas tenia que sufrir de cuando en cuando.

—Dígame Ud., señor de Sandoval, le dijo: ¿a qué edad acostumbran casarse los hombres ilustres en España?

—No comprendo el objeto de la pregunta, respondió don Meliton, poniéndose de mil colores. ¿Es acaso para introducir la misma costumbre en este país?

—Mui bien podria ser, respondió riendo Portales.

—En tal caso, agregó el otro, deben principiar Uds. por traer hombres ilustres acá.

—Bien dicho! murmuró Dorriga, poniéndose en la boca un trozo de pescado.

—Dejen las conversaciones de edades! esclamó don Cándido de buen humor. A mí no me gustan, porque soi del partido de las señoras de respeto.

—Apuesto a que ninguna de las señoras presentes, se atreve a darle las gracias a don Cándido, dijo Portales: aunque a decir verdad, no hai nada que engañe mas que esto de las edades. ¿No es cierto señor de Sandoval? ¿No ha visto Ud. muchos jóvenes que a la vista parecen viejos?

—Si he visto, respondió don Meliton, mirando fijamente a don

Diego; i tambien he visto a hombres grandes que parecen muchachos.... así, a primera vista.

Bien pronto comenzaron los brindis i las felicitaciones. Ya los pavos estaban convertidos en esqueletos; los castillos de dulce comenzaban a desplomarse, i las tortas a desmoronarse i socavarse, como los terrenos que la corriente de un caudaloso rio corta, deshace i se lleva.

Pasaban de mano en mano las banderillas de esmalte, las flores de pasta i los papeles primorosamente picados i calados, en donde las niñas leian versos como los siguientes:

«Toda llena de vergüenza,
«Le remite esta tortita
«Sor María de las Nieves,
«A don Cándido en su dia.»

Entretenidos estaban en leer los versos, cuando apareció en la puerta del comedor don Catalino Gacetilla.

—Felices dias! mi señor don Cándido, i buen provecho señores mios, dijo con voz sonora i faz risueña.

—Don Catalino! esclamó don Cándido, alzándose de su asiento i corriendo a recibir al infatigable Gacetilla (que cuando ménos se pensaba, caia como llovido en las reuniones). Ud. no mas faltaba, amigo mio, para completar mi mesa.... Pero, a propósito de mesa, ¿no estaba usted en la cárcel?

—Tiene usted razon en decir, a propósito de mesa, dijo don Catalino riéndose. Estuve en la cárcel, en donde casi me he muerto de hambre.....!

—¡Qué inhumanidad! esclamó don Cándido. Venga usted a la mesa.

—Allá voi. Despues le contaré cómo salí de la cárcel.

—Acérquese con franqueza, dijo el señor de la Rueda: estamos en el capítulo de los pasteles.

—Sabroso capítulo! dijo don Catalino, sentándose enfrente de un gran pastel hecho en una soberana fuente de barro, que nadie habia tocado aun. Siento mucho, prosiguió, no haber llegado al intróito; pero me entretuve con la bulla que ha producido la llegada del jeneral Freire....

—¿Freire ha llegado? preguntaron tres o cuatros personas a un mismo tiempo.

—Vengo de su casa, respondió el novelero don Catalino, en donde lo he dejado acompañado de todas las personas que salieron a recibirlo. El frente de la casa está lleno de *rotos* de vereda a vereda.

Oyendo esto el padre Hipocreitía i Aldeano, se miraron i se alzaron de sus asientos como movidos por un solo resorte. Como todos estaban pendientes de la verbosidad de Gacetilla, pudieron escurrirse del comedor sin ser notados, i dirijirse a la cuadra en donde tomaron sus sombreros i salieron a la calle.

Miéntras Gacetilla se disponia (cuchillo en mano) a atacar el gran pastel, una de las niñas dijo:

—Que don Catalino le diga algo al pastel ántes de tocarlo!

—Sí! sí, agregó doña Estrella. Ya sabemos que don Catalino es poeta.

—Ah! esclamó Gacetilla, mirando a doña Estrella: i ¿quién deja de ser poeta, señora mia, cuando se encuentra en un cielo como este, rodeado de ánjeles e iluminado por los rayos de tan graciosa Estrella?

—Don Catalino! don Catalino! esclamó don Cándido lleno de satisfaccion. Déjese de requiebros, i dígale algo al pastel.

Don Catalino dijo entónces enfáticamente;

—«Oh! pastel tierno i sabroso
En tí pongo mis sentidos;
Te oigo hervir con mis oidos;
Mi nariz te halla oloroso!
Mis ojos te ven hermoso;
I con entusiasmo ardiente,
Te palpo i te hallo caliente:
Así, no tomes a mengua
Que te guste con mi lengua,
I te masque con mi diente!

Riéronse todos de la décima de Gacetilla, miéntras éste cortaba un gran trozo que puso en su plato i empezó a engullir como un Eleogábalo.

Los convidados se fueron levantando poco a poco de sus asientos, i al fin quedaron solamente algunos mozos i niñas entretenidos con los cuentos i dichos del novelero.

Don Marcelino habia sido uno de los primeros en levantarse; i llamando a su mujer i a su hija, les notificó bruscamente la órden de retirarse.

—Compadre, le dijo doña Estrella ¿por qué se retira tan pronto?

—Porque así me conviene, comadre, respondió secamente el viejo.

—Entónces, le ruego que deje aquí conmigo a mi comadre Trinidad i a Lucinda. Yo las iré a dejar esta tarde.

—Eso sí que nó! respondió vivamente don Marcelino. No lo consentiré aunque se caiga el cielo a pedazos.

I acercándose al oido de doña Estrella, le dijo con grosero jesto:

— Basta de bromas, comadrita. Ensille a su marido cuantas veces quiera; pero yo no soi de los que *aguantan pellejo en el lomo.* Vamos, vamos! prosiguió, dirijiéndose a su esposa. Adios, comadre, i dígale a mi compadre que viva mil años, o mas todavía, si puede, para que siga siendo el..... jefe de su hogar, como él dice.

CAPITULO LII.

LA PONCHADA.

> «Hablábase de lojias secretas,
> «de reuniones políticas... Dícese
> «de conciliábulos, de orjías, de
> «ponchadas, en las cuales se con-
> «quistaba siempre algun proséli-
> «to i se brindaba con calor por la
> «ruina de los pipiolos i peluco-
> «nes.»
>
> (J. V. Lastarria.—*Juicio sobre Portales.*)

Cuando don Catalino se hubo desquitado con los papeles, pavos i tortas, de su tardanza en llegar a la comida, se fué con los que lo acompañaban a la cuadra, en donde al son del clave, se bailaba un *cuando en cuarto.* Concluido el *cuando*, dijo:

—Yo he nacido para esto de dirijir bailes; i el cetro de bastonero me toca a mí por derecho de familia, porque los Gacetillas hemos sido i seremos siempre los reyes natos de todos los bailes, *picholeos* i jaranas en donde nos encontremos.

—I por eso es que Ud trata de encontrarse en el mayor número

de jaranas que puede, le dijo uno riendo.

No contestó don Catalino, sino que arrogándose de hecho, el cargo de bastonero, gritó:

—Contradanza! Despues del *cuando*, la contradanza! Esta es la regla segun la opinion de los mas célebres autores i publicistas.

En seguida dispuso i ordenó las parejas, prosiguiendo despues con el *Londú*, la *Zajuriana*, la *Resbaloza*, etc, porque decia que era menester comenzar por dar un repaso jeneral a todos los bailes, para saber a qué baile quedarse. Mas no porque desempeñaba el oficio de bastonero, dejaba el parlanchin de meterse; ya en la conversacion de dos amigos que se habian retirado a hablar a solas; ya en el coloquio de dos jóvenes amantes que aprovechaban de la animacion jeneral para comunicarse; ya en la plática de tres o cuatro viejas que criticaban la deshonestidad de los bailes modernos, i la falta de temor de Dios que se notaba en las costumbres del dia.

En una de sus idas i venidas, Gacetilla se encontró con Anselmo.

—Amigo mio, le dijo tomándolo del brazo. Te veo triste: ¿qué tienes? Por qué no has bailado? Voi a ponerte al momento en baile con aquella de las tres castañas.

—No bailo ahora, le interrumpió Anselmo.

—Pero mira, hombre, ¡qué ojos verdes tan relampagueadores tiene la pícara!... Ya! ya! Ya sé por que estás así. La separacion de don Marcelino te ha contrariado; te ha puesto taciturno. No se te dé nada, hijo, que ahí pillaremos a Lucinda, pues cuando ménos se piensa, salta la liebre; i miéntras tanto, es preciso matar el tiempo, pues de otro modo el tiempo lo mata a uno. ¿Te pongo en baile con la de los ojos verdes?

—Te ruego que me dejes en paz, amigo mio.

—Vaya, pues, te dejaré porque tengo que atender a mis sagrados deberes de bastonero. Pero te advierto una cosa, i es que tengas cuidado con Motiloni porque lo he visto rondar cerca de las ventanas de don Marcelino... Ah! ah! cállate boquita!

—¿Qué dices? preguntó vivamente Anselmo.

Pero Gacetilla no contestó, pues se habia separado con rapidez para ordenar otro baile.

—¡Qué lengua la mia! murmuraba el chismoso novelero. Si me quedo un ratito mas con Anselmo, le descubro todo el secreto. Decididamente creo que guadar un secreto es para mí, cosa mas difícil que guardar dinero; i es cuanto puedo decir.

En esto sintió que álguien le tocaba el hombro. Volvióse prontamente i vió a don Cándido.

—Amigo mio, le dijo éste: como sé que Vd es hombre intelijente en esto de preparar un ponche.....

—Intelijente! Sapientísimo! interrumpió Gacetilla. Este es el capítulo que he aprendido mas bien en toda la ciencia social.

Pues entónces, le diré que he convidado a unos diez o doce amigos para una *ponchadita* que tendremos esta tarde a puertas cerradas.

—Esto es lo que se llama remojar el santo. ¿En dónde están los materiales?

—Sígame Ud, dijo don Cándido, echando a andar hácia las piezas interiores. He elejido para el caso, un cuarto retirado, porque quieren hablar a sus anchas.....

—Ya entiendo! Es una gran idea!!

—I se tratará de política, agregó don Cándido bajando la voz.

—Mui bien! Para hablar de política, no hai como un ponche en leche.

—Ademas, vendrán dos caballeros que hoi han hecho medio dia en mi mesa.....

—¿Aquellos dos guasos grandes que.....

—Son dos ricos hacendados *que andamos conquistando.* Este es el cuento. Aquí están los materiales.

Abrió don Cándido la puerta i entró con su compañero, quien lanzó un grito de agradable sorpresa al ver una gran mesa poblada de botellas, vasos i jarros, un pan de azúcar i dos inmensos lebrillos de leche.

—Oh! esclamó; le prometo hacer un ponche digno de una reunion de padres provinciales! Váyase a la cuadra, i dígale al ñato Vargas i a Pepe Tronera que vengan al momento. Son mui buenos para ayudantes.

Salió don Cándido a cumplir con su cometido, i pocos minutos despues volvió con los ya nombrados.

Gacetilla i sus dos compañeros, ayudados de las criadas de la casa, prepararon en media hora *el reverendo ponche,* como ellos decian. En seguida, cubrieron la mesa con los restos que habian quedado de los fiambres, dulces i tortas; i concluyeron por arreglar en el cuarto vecino, dos o tres mesitas para que se entretuviesen los aficionados a la malilla i al monte.

—Pero hasta el presente no nos has dicho cómo pudiste salir de

la cárcel, dijo Tronera a don Catalino sin dejar de trabajar.

—Ah! esclamó Gacetilla. Se me habia olvidado que estuve preso por revolucionario. ¡Yo no sé cómo diablos fueron a parar aquellas proclamas a mis bolsillos! Daria mi mejor tabaquera por descubrirlo. Alcancé a estar en un infernal calabozo veinticuatro horas mortales; i habria permanecido quién sabe cuánto tiempo, si un amigo no se hubiera ido a empeñar por mí.

—¿Qué amigo fué ese?

—Don Pablo Motiloni.

—¿El italiano?

—Sí, hombre. Es un buen amigo. En cuanto supo que me habian metido a la *capacha*, me fué a ver; se condolió mucho de mi desgracia, i me prometió hablar con el padre Hipotecreitía, que es confesor del Presidente, para que se empeñase con éste, a fin de que corrijieran el error de haberme puesto preso. El buen padre habló con Pinto, i ya me ves aquí gozando de mi libertad, de ese don de Dios, tan precioso para los que están debajo como mirando en poco por los que están encima.

—Por lo visto, tú tienes amigos entre los pelucones i entre los pipiolos, dijo el ñato Vargas, pues dicen que el jesuita es apeluconado, i el italiano un liberal hecho i derecho.

—Motiloni no es ni carne ni pescado, observó Tronera.

—Yo no he podido averiguar a qué partido pertenece este diablo, dijo Gacetilla. Habla como si no se metiera en nada; pero se mete... ¡Cállate boquita!... Es mi amigo i me ha sacado de la cárcel, i de mi boca nadie sabrá nada, aunque lo tengo bien cateado i conozco ciertos secretos que podrian comprometerlo: pero ¡cállate Catalino! que en boca cerrada no entran moscas, i yo no soi hombre capaz de echar a la calle un secreto, mayormente cuando un amigo me encarga que lo guarde i hai de por medio el honor de una familia respetable. No digo porque mi amigo Motiloni ande en malos pasos. Pero ¿quién diablos seria el que me encajó aquellas proclamas en el bolsillo? Lo he de descubrir!

Las tres de la tarde serian cuando el cuarto del ponche empezó a poblarse de caballeros. Franco, Jifreno i otros amigos se instalaron en una de las mesas de malilla, haciendo sentar entre ellos a uno de los ricos colchagüinos que se trataba de conquistar. El otro hacendado se habia retirado a conversar confidencialmente con don Víctor Dorriga.

—Dígame, señor, preguntaba éste ¿es verdad lo que se cuenta de Prieto?

—Yo creo que el hombre quiere ser Presidente, respondió el otro.

—I ¿qué sabe Ud. sobre su ejército? Crée que tendrá las fuerzas suficientes para lograr sus aspiraciones?

—Ah! señor; tiene mucha jente, segun lo hemos sabido por los compradores de bueyes que van al sur. Sí! mucha jente! Yo pienso que si el hombre pasa el Maule, no deja títere con cabeza en todo el partido de Colchagua.

—¿I las jentes de este lado del Maule, están a favor o en contra de Prieto?

—De todo hai, señor. Pero aunque estén en contra ¿quién podrá resistir a tanta soldadesca? Todos los hacendados le estamos temblando a las *proratas*.

—Pues yo he oido que Prieto no permite que sus soldados cometan tropelías.

—Pero las *proratas*, señor! las *proratas!* No le dejan a uno *que ensillar*.

—I a Ud. ¿qué le parece? será bueno para presidente el jeneral Prieto?

—Yo no sé qué decirle, respondió el *guaso*, porque como todavía no lo conocemos bien, nadie le ayunará las vijilias.

—Dicen que es un hombre cumplido, un liberal neto.

—A mí me gustan los liberales, porque hemos peleado contra los godos solo por la libertad.

—Bien dicho, dijo mordiéndose los labios el español Dorriga. Por eso me acordaba ahora del liberalismo de Prieto. Durante todo el tiempo que estuvo en Santiago, no cesó de hablar públicamente como el mas denodado liberal.

—Eso mismo se dice por mi tierra, en donde Prieto es tenido por algunas jentes como un hombre de pro.

Miéntras don Víctor se entretenia con su interlocutor, Gacetilla iba i venia, llevando i trayendo vasos de ponche. Los demas jugaban i bebian entremezclando los tragos con interjecciones de despecho o de alegría.

Una hora habia pasado cuando Gacetilla vió entrar a la primera pieza a don Pablo Motiloni. Verlo i correr hácia él con un vaso de ponche en la mano, fué todo uno. Venia el italiano acompañado de un caballero que a primera vista revelaba llegar de provincia.

En aquellos tiempos, las escasas i tardías relaciones entre las

provincias i la capital, hacian que un provinciano fuese conocido desde léjos. Hoi dia, los ferrocarriles i demas medios de locomocion, han estendido por todo el país los usos, costumbres i maneras sociales, que allá en lo antiguo ostentaba solo la capital, único centro importante de la sociedad chilena.

—A tiempo llega, mi señor don Pablo! dijo Gacetilla pasándole el vaso.

—Gracias, amigo: mas tarde beberé, respondió el italiano siguiendo adelante i encaminándose hácia el rincon en donde divisó a don Víctor.

Saludó éste cordialmente a don Pablo, i le presentó al caballero con quien hablaba. El italiano por su parte presentó a su compañero bajo el nombre de don Agustin Quinteros, de la ciudad de los Andes.

—Ah! esclamó Dorriga; entónces el señor nos puede dar noticias ciertas sobre la suerte de los Coraceros. Pero ántes de todo: ¿es verdad que ha llegado Freire?

—Es verdad, respondió Quinteros. Yo mismo lo he acompañado desde Quillota hasta aquí.

—Entónces ¿es cierto que no ha apoyado a los Coraceros?

—Así es, señor; i al contrario, los mandó amenazar cuando ellos se resistieron a rendirse en San Felipe.

—Cuéntenos cómo fué eso, porque aquí han llegado noticias contradictorias. Solo sabemos de positivo que, habiendo huido del cuartel de San Pablo, tomaron los Coraceros el camino de San Felipe; i perseguidos por el coronel Tupper, tuvieron un encuentro en Colina. Tupper ha llegado aquí con dos prisioneros i algunas armas tomadas al enemigo.

—En seguida, prosiguió don Agustin, llegó el escuadron a los Andes, amenazándonos si no nos rendiamos a discrecion: pero viendo que nosotros nos preparábamos para resistir, torcieron riendas hácia a San Felipe, a donde no alcanzaron a entrar porque les salió al encuentro un caballero enviado por la asamblea provincial, para preguntarles el motivo i el objeto de aquella invasion a mano armada. Los soldados iban sin su jefe.

—Sí: el capitan La Rosa habia sido tomado prisionero i enviado a Santiago. Actualmente está en la cárcel.

—Pues, señor, parece que el escuadron iba sin jefe, continuó Quinteros, porque un sarjento tuvo que contestar por él, diciendo al enviado de la asamblea, que los Coraceros no tenian que dar cuen-

ta de su conducta sino al jeneral Freire, en cuyo nombre se habian sublevado contra el Gobierno, i que solo depondrian las armas en manos de dicho jefe. Al saber esto, el jeneral les envió a decir, que si no se rendian al momento a la autoridad, él mismo saldria a batirlos en persona.....

—¿Conque eso fué lo que dijo Freire?

—Sí, señor; i aun él mismo me ha dicho que no pudo contener su indignacion, cuando supo que se habia tomado su nombre para esta sublevacion. Segun creo, el principal objeto de su venida a Santiago, es manifestar al Gobierno la ninguna participacion que ha tenido en los últimos sucesos.

—Mui bien, dijo Dorriga sin alterarse.

En seguida lo convidó cortésmente a pasar a la otra pieza, con el fin de presentarlo a sus amigos i que tomara parte en la tertulia. Miéntras tanto, Motiloni se habia acercado a Aldeano, diciéndole:

—Señor don Rodrigo, traigo un recado para Ud. de parte del reverendo Hipocreitía.

—¿Qué me envia a decir su paternidad? preguntó Aldeano.

—Que un fuerte dolor de cabeza le impide salir de su cuarto, razon por la cual me ha encargado traer aquí a un caballero amigo suyo, que él pensaba presentar hoi a ustedes. ¿No ve a aquel señor que está hablando con don Víctor Dorriga?

—Si lo veo. ¿Quién es?

—Un amigo íntimo de Freire; es el *totum potens* de los Andes, i ustedes deben halagarlo hasta la seduccion: tales son las palabras del reverendo.

—Ya comprendo, respondió don Rodrigo, haciendo un jesto de intelijencia.

Merced a esta recomendacion, el señor Quinteros así como los hacendados de Colchagua encontraron allí amigos jenerosos, de cuya cortesía i amabilidad quedaron encantados. Gacetilla por su parte, los imponia de la clase i condicion de todos los asistentes; i repartiendo ponche en todas direcciones, logró hacer salir de sus casillas a aquella grave concurrencia. Por manera, que, entrada la noche, ya todos tenian mas gana de dormir que de cenar.

—¿Qué te parece esta jente de Santiago? preguntó a su compañero uno de los colchagüinos a tiempo de recojerse a su posada de la calle de las Ramadas.

—Yo nunca la habia encontrado tan cariñosa, respondió el otro.

—Es que tú eres tan retirado, hombre, i solo vienes a Santiago a vender tus cecinas para ir en seguida a meterte como un zorro en su cueva, allá en tu estancia de las Palmas. Es preciso tratar i amistarse con la jente de alcurnia i de nota, que es donde se halla la cortesía i la franqueza santiaguinas. ¿Te fijaste en don Diego Portales? ¡Qué caballero tan franco i de buenas partidas parece ser!

—A mí me parece un poco burlon, observó el otro.

—Es hombre de buen humor. Si tú hubieras hablado mano a mano con don Víctor Dorriga, te habria encantado. Parece una dama ese caballero!

——:o:——

CAPITULO LIII.

LA SITUACION SE COMPLICA PARA DON MARCELINO.

«Don Mateo.
«¿No puedes? Dices que nó?
«¿Qué contestacion es esa?
«Maria.
«Pero, señor, mi promesa....
«Don Mateo.
«Aquí quien manda soi yo»

(A. Torres.—*Una promesa de amor*...Acto I.)

Cuando don Marcelino salió de casa de don Cándido para dirijirse a la suya seguido de su mujer i de su hija, iba sin saber lo que le pasaba. La tenacidad del orgullo nos suele poner una venda en los ojos para ocultarnos la realidad de las cosas i enfrascarnos mas i mas en nuestro pensamiento. Nos creemos superiores a ciertos sucesos, porque pensamos que nada puede a veces verificarse contra nuestra voluntad. La tenacidad ignorante cree poder mandar a la naturaleza misma i es inflexible en sus pretensiones. Nada perdona por alcanzar sus miras; i cuando se encuentra de repente con un hecho contrario, se admira de que las cosas no se verifiquen como él lo deseaba, porque para el testarudo nada hai mas justo que su deseo;

i esta admiracion produce en su entendimiento una especie de marasmo que lo embrutece mas i mas. Tal era el estado del padre de Lucinda cuando llegó a su casa.

Don Marcelino iba (permítasenos la espresion) que reventaba por amenazar, insultar i reprender a su esposa i a su hija. Ambas recibieron la lluvia de denuestos, sin hablar una palabra, porque sabian que el tenaz viejo no escuchaba ninguna clase de observaciones.

Por fin, despues de haber agotado su repertorio de dicterios; que repartió entre su mujer, su hija, su compadre Cándido i doña Estrella, jurando que se la habian de pagar, concluyó en estos términos:

—Creia, pues, que ustedes se habian dado a la razon; pero veo que estaba equivocado. ¡Ya se ve! ¡Darse a la razon las mujeres! Já! já! já! cuando la rana crie pelos.....Pero se las tendrán conmigo! Ya saben que a mí no me hacen aflojar a dos tirones. Yo soi porfiado i veremos quién vence. Ya verás mocosa atrevida, si tu padre te puede obligar a casarte con el marido que te conviene.....

—Padre mio! le interrumpió la niña llorando i abrazando las rodillas de éste: ¡le prometo a *su merced* no casarme con el hombre que amo; pero no me obligue a hacerlo con el que aborrezco!

—¡Habráse visto mayor desvergüenza! esclamó el viejo:! con el hombre que amo! prosiguió, parodiando el tono de Lucinda: ¡con el que aborrezco!! Quién te mete a tí, mocosa desvergonzada, amar i aborrecer, como si fueses dueña de tu voluntad? ¡Si las cosas que uno ve en estos tiempos son para volver loco a un cristiano!..... ¡Vean no mas lo que hemos ganado con la tal república! Que los chiquillos se metan a mayores i les pisen las canas a sus padres. Nó! nó! Me voi de aquí. A España! a España!

—Don Marcelino, le dijo la señora; refrésquese por Dios! mire que pueden oir los gritos en la calle.

—¿I qué me importa que los oigan? ¿Tambien tú me contradices? ¿No estoi en mi casa? ¡Grito i gritaré hasta que se me antoje! ¡Venirme a decir que no grite!..... ¡Bueno soi yo para tragarme las palabras despues de lo que han hecho en mis barbas! ¿Esa es la educacion que das a tu hija?..... ¡Por Cristo padre! ¡Si yo no fuera prudente como soi, habria agarrado una silla para partirle la cabeza al mocito! I quieren que no grite!..... Si! si! quédese Ud. despues de esto tragando saliva!!.....

Esta desagradable escena pasaba en el patio exterior de la casa. La puerta de calle estaba cerrada; pero la gruesa voz de don Marcelino se oia a media cuadra de distancia, i ya todo el barrio te-

nia conocimiento de lo que allí pasaba. Las palabras del irritable viejo las solian tomar i comentar los vecinos de mil i mil diversos modos, no siendo raro que algunos de los comentarios fuesen en perjuicio del honor de Lucinda i de su madre.

Estas quisieron retirarse a sus piezas interiores; pero don Marcelino, que se paseaba a largos trancos debajo del corredor, les dijo:

—No se vayan todavía porque quiero decirles la última palabra. Sepan que dentro de un mes, a mas tardar, Lucinda ha de ser esposa de don Meliton, segun el órden de nuestrra Santa Madre Iglesia.

Era aquella la primera vez que don Marcelino daba terminantemente la sentencia contra la felicidad de su hija; i como doña Trinidad conocia el carácter de su marido, a quien era imposible ablandar con ruegos ni desencaprichar con razones, sacó fuerzas de su amor materno para contestar:

—Pues yo le digo a Ud., don Marcelino, que no será!

—¿Qué es lo que oigo?

—¡Que Lucinda no será esposa de ese hombre! contestó enérjicamente la señora. Nó! i mil veces nó!

Don Marcelino, embargado por la sorpresa, se quedó mirando de hito en hito a su mujer. Con los brazos cruzados sobre el pecho, el cuerpo echado atras, los puños crispados; la sonrisa de la rabia en los labios i meneando la cabeza de arriba abajo, estuvo algunos segundos sin hablar una palabra. Luego soltando una seca carcajada esclamó:

—¡A buen tiempo hemos llegado! ¿Conque has resuelto quitarme mis calzones, eh? No lo conseguirás, por mas que hagas, pues yo no soi mi compadre Cándido, que es la mujer de su mujer..... Gracias a Dios! yo sé a donde me aprieta el zapato, i no consentiré que en m casa mande otro que yo: ¿me has entendido?

—No pretendo tener mando alguno, contestó por fin la señora; pero tratándose de la felicidad de mi hija, le digo a Ud. que no consentiré en que se la haga eternamente infeliz.

—¿No consentiré?.....¿I quién eres tú para consentir o no consentir?

—Reclamaré al apoyo de la lei; pediré el de mis amigos; trabajaré por todos los medios posibles para evitar.....

—¡Calla esa boca, malvada! gritó lleno de furia el viejo, levantantando un grueso baston sobre la cabeza de su esposa.

—Padre! padre mio! ¿qué hace *su merced*? esclamó Lucinda interponiéndose.

—Pues entónces, recibirás tú el castigo que tu madre merece, gritó don Marcelino, alzando el baston sobre la cabeza de Lucinda.

—Don Marcelino! esclamó la angustiada madre: Dios nos está mirando!

En aquel momento, tres fuertes golpes resonaron en la puerta de calle, i al mismo tiempo una voz enérjica gritó desde afuera:

—Don Marcelino! Si no se abre esta puerta al momento, la echo abajo.!

Corrió el viejo temblando de furor hácia la puerta i la abrió, mas bien con el objeto de castigar por su mano al insolente, que por obedecer a la intimacion que se le hacia.

—¿Quién se atreve a venirme a mandar en mi casa? dijo con voz de trueno.

—Yo! le contestó entrando, un caballero vestido de militar.

—¡El Jeneral Freire! esclamó don Marcelino, dando un paso atras.

—Sí, señor: Ramon Freire que viene a hacerle a Ud. una visita i que encontrando la puerta cerrada, casi se ha visto en la necesidad de echarla abajo.

—Oh! señor don Ramon! le interrumpió el viejo: no habia para qué hacer eso; éntre Ud!

—Entremos, dijo Freire, despues de ordenar al soldado que lo acompañaba, se quedara esperando en la puerta, i de rogar que se dispersara la jente que se habia parado al oir la bulla en el interior de la casa.

—Esta visita se parece a la toma de un castillo por asalto (prosiguió, riéndose el jeneral, miéntras atravesaba el patio acompañado del dueño de casa); i no puedo negar a Ud, señor don Marcelino, que esta manera de hacer visitas es un poco inusitada.

—Es verdad, contestó don Marcelino, a quien le hacia cosquillas en el ánimo, la arrogancia con que Freire le habia mandado abrir.

—Pero ¿qué quiere Ud, señor de Rojas? Las circunstancias lo obligan a uno a veces el ser un poco brusco; i debe Ud perdonarle su rudeza a un viejo soldado como yo.

—Oh! señor jeneral! no diga Ud eso. Solo quisiera saber en qué puedo servirlo.

—Al contrario, soi yo quien vengo a hacerle a Ud un buen servicio, contestó Freire, sentándose sin ceremonia una vez llegados al cuarto de don Marcelino.

Doña Trinidad i su hija habian visto pasar a don Ramon, lo cual

las habia alentado grandemente; i aguardaban en sus piezas el resultado de aquella visita inesperada.

—Antes de todo, amigo mio, dijo el Jeneral. ¿Cómo está la Trinidad i mi sobrina Lucinda, a quienes no veo desde algun tiempo a la fecha?

—Buenas, mui buenas de salud, gracias a Dios.

—Antes de verlas a ellas, he querido hablar con Ud.

—Me tiene Ud *al su mandar*, señor.

—Gracias: seré franco. Ud sabe que a mí no me gusta andarme por las ramas.

—Yo tambien lo seré: a mí me agrada la franqueza, repuso don Marcelino, cuyo jénio bilioso se iba encrespando con esta introduccion, pues ya maliciaba el objeto de aquella entrevista.

—Pues entónces, al grano, dijo el jeneral. Dígame ¿es verdad que Ud piensa casar a Lucinda con un hombre a quien ella detesta?

—Yo no acostumbro dar cuenta a nadie de lo que pienso hacer, contestó secamente don Marcelino.

—Pues yo acostumbro pedir cuenta de lo que otro piensa hacer cuando.....

—¿De cuándo acá un padre está obligado a contestar tales preguntas?

—Cuando eso que se piensa hacer es en contra mia, prosiguió Freire.

—¿En contra suya? I ¿qué derecho.....

—¿Quiere Ud decir, que yo no tengo derecho para pedir cuenta a Ud de sus proyectos a este respecto? interrumpió Freire con la cólera pintada en los ojos.

Luego, moderándose prosiguió:

—Voi a probarle a Ud mi derecho, señor don Marcelino. ¿Ha olvidado Ud que su esposa es mi prima hermana?

—Nó, señor.

—Luego su hija, es mi sobrina. I ¿puede Ud creer que un tio no tiene derecho para velar por la felicidad de su sobrina?

—Eso será cuando las niñas carezcan de padre.

—O cuando tengan un padre que.....

Don Ramon no concluyó la frase; pero el jesto que hizo, aumentó considerablemente el mal humor del viejo.

—El hecho es, prosiguió el jeneral, reprimiéndose: que Ud quiere obligar a Lucinda a que dé un consentimiento que repugna

a su corazon, i para ello ha hecho Ud. uso de la presion i de otros medios indecorosos. Lo he sabido por varias cartas que de aquí se me ha escrito sobre el particular...

—Supongamos que eso sea así...

—No hai para qué suponer una cosa que acabo de ver por mí mismo. Al llegar a la puerta de su casa, he oido las palabras de Ud., como las han escuchado varias personas del barrio, que se admiraban ahí en la calle del escándalo dado por un hombre tan respetable como el señor don Marcelino de Rojas.

—Pues bien, contestó el viejo con grosería: si Ud. lo sabia todo, no habia para qué venírmelo a preguntar.

—Entónces iré a hablar con mi prima, quien sabrá imponerme de todo, dijo el jeneral. Hasta luego, don Marcelino.

Don Ramon se dirijió a las piezas de doña Trinidad murmurando entre dientes:

—Este hombre es i será lo que siempre ha sido: un bárbaro.

Don Marcelino se quedó paseando en su cuarto i hablando consigo mismo:

—Pues me gusta la ocurrencia! Venir a injerirse en negocios ajenos, como si yo tuviera necesidad de sus consejos... ¡Caramba! No sé cómo he podido aguantar sus insultos...! Por la Vírjen! decia don Marcelino, aumentándose por grados su enojo, (que era lo que le sucedia cuando estaba solo o delante de personas débiles); por la Vírjen Santísima¡ !Si yo no tuviera tan buen jenio como tengo, le habria contestado con una docena de silletazos, pero... Por mas Jeneral que sea, ¿quién le ha dado derecho para meterse en mi casa i venir de buenas a primeras a echarme en cara mi proceder como si yo fuera un niño de teta?... Oh! mi buen jenio me perjudica..... Pero luego se las cantaré claro; sí señor: bien claro! Yo le diré:—«mi señor don Ramon: le prohibo a Ud. venir a mi casa.— Por qué?—porque se me antoja! ¿qué mejor razon?

Miéntras el señor de Rojas espresaba su furor en un interminable soliloquio, la señora imponia a su ilustre primo de todo lo sucedido referente al proyecto de casar a Lucinda con don Meliton i a la tenaz oposicion que Anselmo encontraba de parte de don Marcelino.

Por mucha que fuera la prudencia de doña Trinidad, no podia ocultar sus sufrimientos personales, cuyas causas se traslucian en sus palabras.

Don Ramon conocia el carácter brutal de don Marcelino; pero la

relacion de su prima lo dejó abismado.

—Nada de lo que Ud ha oido, dijo la señora llorando, habria salido de mi boca, si no estuviera de por medio la felicidad de esta pobre niña.

—Consuélese Ud. prima m'a, le dijo el jeneral con su natural bondad. Tengo conciencia de que Lucinda será la esposa de Anselmo. Por mi parte, apruebo su eleccion: es un muchacho de corazon i valiente; lo he visto pelear a mi lado.-Yo creo que Lucinda es de mi opinion, agregó sonriendo.

Un vivo encarnado coloreó las mejillas de la linda niña, cuyo corazon palpitó de emocion al oir el elojio de su amante.

—Adios: mañana volveré, dijo don Ramon despidiéndose. Es necesario que yo vuelva al cuarto de don Marcelino. Lucinda ¿me querras mucho si yo consigo que Anselmo siga visitándolas?

—Oh! esclamó la niña, limpiando una lágrima que brillaba en sus ojos negros, como una gota de rocio en los delicados pétalos de una flor ¿cómo podria dejar de querer a Ud con toda mi alma despues de haber oido de su boca los elojios que ha hecho de *él*?

—Vaya, pues: no hai que llorar. Tengan confianza. Esta es una batalla, i para obtener la victoria, es préciso ser valiente. Hasta luego.

En seguida se dirijió al cuarto de don Marcelino, cuyos zuecos de madera hacian resonar sobre el pavimento de ladrillos, sus pasos desiguales.

Hallábase el viejo tan ensimismado en su pensamiento, que no se apercibió de la presencia del Jeneral sino cuando éste le dijo al entrar:

—I aun hai mas, don Marcelino.

—¿Qué es lo que hai? preguntó éste, como despertando de un ajitado sueño.

—Que no solo quiere Ud. casar a Lucinda con un viejo repugnante.....

—Oh! señor Jeneral! no hable Ud así de un hombre noble!

—Que es indigno de la mano de mi sobrina.....

—¡Un hombre ilustre que se ha tuteado con el rei!

—Sino, que se opone Ud a su union con el hombre que ella ama.

—Oh! señor jeneral; si Ud ha venido a insultarme en mi propia casa, yo.....

—No he venido a eso, señor don Marcelino. Lo que quiero es que

Ud no se oponga a la felicidad de su hija.

—Ingrata! hija desnaturalizada! Apuesto a que ella i su madre se han desencadenado en contra mia.

—Se equivoca Ud.

—I esto despues de haber trabajado por que ella sea la esposa de un hombre lleno de distinciones i honores que elevará a la familia!

—¡Calle la boca, hombre de Dios, i abra los ojos! ¿Por qué se opone Ud a la union de dos muchachos que se quieren?

—I ¿quién le mete a esa mocosa, esclamó fuera de sí don Marcelino, ponerse a querer sin mi permiso?

—No hable Ud. desatinos, señor de Rojas. Yo por mi parte apruebo ese amor

—I yo lo desapruebo porque tengo razones para ello, observó don Marcelino.

—No tiene Ud razon alguna, porque Anselmo es un mozo cumplido.

—Señor don Ramon: no me hable Ud. de ese muchacho sin vergüenza i descarado, que, a pesar de mi oposicion, se atreve a rondar mi casa.

—Anselmo Guzman es un jóven de las mas bellas cualidades que haria honor a cualquiera de las señoritas de Santiago.

—Que se vaya a los infiernos con sus cualidades i todo. Yo no lo quiero para yerno, i basta. Conque, mi señor don Ramon, agregó don Marcelino: le ruego que no se meta en mis asuntos porque yo soi hombre mayor de edad, i sé adonde me aprieta el zapato. Ademas, he dado mi palabra i yo no soi de los que reculan como cualquier pelagato.

—Ya lo sé; pero le advierto que yo tambien he dado mi palabra.

—¿De qué?

—De que Lucinda se casará con Anselmo, contestó el jeneral con una espresion tal de convencimiento, que don Marcelino tembló de coraje sin hallar qué decir a su interlocutor, el cual despidiéndose se dirijió a la calle.

—Con doscientos mil de a caballo! esclamó lleno de cólera don Marcelino cuando Freire habia salido de la casa. Yo debí haberle prohibido a este hombre que hablase del asunto en mi presencia... Yo debí haberle impedido que viese a mi mujer... Yo debí haberle dicho, que no pisase jamas los umbrales de mi casa... Ha abusado de mi prudencia... ¡Caramba! Mi buen jenio me pierde!... Otra vez no será así. Si, señor! No será! Lo prometo!

CAPITULO LIV.

ALGUNAS PALABRAS ANTES DE PROSEGUIR.

«En los tristes sucesos de 1829 se vió Freire combatido i trabajado por las influencias mas diversas i encontradas. Todos los partidos hacian los esfuerzos posibles para ganárselo i darle el alto puesto de jefe.

F. Errázuriz.—*(Chile bajo el imperio de la Constitucion de 1828.—Cap. IV, II.)*

Preciso es decir en honor de la verdad, que la venida de Freire a Santiago, no tenia por único i esclusivo objeto el ocuparse de los asuntos amorosos de Lucinda, pues la política reclamaba su presencia en la capital. Freire era un hombre que despues de haber servido con gloria a la causa de nuestra independencia, se habia retirado a la vida privada, lleno de honores i distinciones. El recuerdo de su valor se mantenia vivo en el ejército, i sus compañeros de armas lo aclamaban como el soldado mas intrépido i valiente. Su afable carácter i su falta de ambicion, hacian porque la envidia le perdonase sus demas cualidades. Habia servido al país con un desinteres que constituia uno de sus mejores títulos de gloria; i ajeno a las cuestiones de actualidad, sucedíale lo que a todo hom-

bre de reconocido mérito que no toma una parte demasiado activa en las ardientes cuestiones que ajitan a un pueblo: amigos i enemigos hablaban bien de él. Todos los partidos querian tenerlo por jefe; unos porque veian en él una de las mas esclarecidas glorias del país; otros porque lo esperaban todo de su amor a la libertad; i otros porque querian valerse de su prestijio para hacer triunfar sus opiniones.

Esta posicion escepcional de Freire ponia, puede decirse así, en sus manos los destinos del país. Hé aquí por que desde mucho tiempo atras estaba recibiendo todos los dias cartas de los jefes de los diversos bandos políticos que lo lisonjeaban i halagaban con alabanzas i promesas, tratando de atraérselo por todos los medios imajinables.

El 17 de julio, es decir, un mes despues de las ejecuciones del Basural, entregó Pinto el mando supremo a don Francisco Ramon Vicuña, que era el designado por la lei para subrogarle, i se retiró al campo, con el fin de atender al mal estado de su salud. Acompañólo en su viaje el padre Hipocreitía, cuyos buenos oficios empeñaron la gratitud de toda la familia del jeneral.

Al mismo tiempo dejaron tambien sus carteras, don José M. Borgoño, Ministro de la Guerra i don Cárlos Rodriguez del Interior; pero no así el Ministro de Hacienda, Ruiz Tagle, quien se abstuvo de hacer su renuncia, i pretendió conservarse en el puesto, aun despues de habérsele nombrado un sucesor.

Los primeros actos del gobierno provisorio de Vicuña, habian hecho ver al partido retrógrado, lo que podian esperar de la rectitud de este mandatario.

Don Francisco Ramon Vicuña era un honrado patriota, amaba la libertad, i tenia fe en las instituciones republicanas; i a pesar de las azarosas circunstancias en que gobernó el país, dió pruebas de su respeto a la lei i de su amor a la república. No obstante lo avanzado de su edad i de la mansedumbre de su carácter, tuvieron mas de una vez que estrellarse las pretensiones de sus enemigos políticos, en esa firmeza pasiva que supone la fe en los principios que se abriga.

Uno de los primeros actos de Vicuña, fué dar sucesor al ministro Ruiz Tagle, a quien todos señalaban con el dedo como un principal punto de apoyo que los reaccionarios tenian en el Gobierno. Esto los desconcertó algun tanto; pero no por eso desmayaron en su proyecto, trabajando por crear inconvenientes a la administracion.

Las sordas maquinaciones del partido conservador, el mas revol-

toso que ha tenido Chile, porque lo ha sido contra el derecho i la libertad, habia enjendrado la division entre el Gobierno i una parte del ejército, i la desintelijencia entre los poderes administrativo i judicial, pues muchos miembros de las Cortes, pertenecian al partido pelucon.

En cuanto al clero, puede decirse que, con escepcion de un cortísimo número de sacerdotes ilustrados, los demas eran enemigos natos de la república bien entendida. Muchos eran realistas, i bien se echa de ver que a la sombra de este último elemento, el espíritu reaccionario debia invadirlo todo. Por manera que se sucedian las cabalas e intrigas en esa lucha entre el bien i el mal, entre la idea de progreso que pugna por establecerse, i la de atraso que obra enérjicamente por conservar su imperio. ¡No se arranca un árbol sin remover la tierra en que está plantado!

Acabábanse de verificar las primeras elecciones constitucionales, segun lo dispuesto por el código dictado el año anterior; pero una gran parte del Congreso que debia hacer el escrutinio de la eleccion, parecia haberse revelado contra el Gobierno.

Los pelucones, en su empeño por aislar completamente al Presidente, habian conseguido introducir el desacuerdo hasta dentro de la Representacion Nacional por medio de los diputados que habian podido elejir. Las sesiones del Congreso se hacian cada vez mas necesarias en un país que principiaba a dictar sus instituciones fundamentales; pero por lo mismo que eran necesarias, debian no tener lugar, segun se decidió en un conciliábulo, al cual no habia faltado el padre Hipocreitía i muchos de nuestros demas amigos reaccionarios. En tal estado de cosas la minoría asistente, procediendo conforme a la Constitucion, compelió con multas a los inasistentes.

Los diputados pelucones no tardaron en protestar contra este acuerdo, que calificaron de inconstitucional, i que fué uno de los pretestos de que se valieron entónces para exacerbar los ánimos. I, convencido el Gobierno de que no le seria posible contrarestar tan perniciosas influencias si permanecia en Santiago, decretó su traslacion temporal al puerto de Valparaiso, traslacion que se verificó a fines de agosto de 1829, a pesar de la oposicion que los pelucones hicieron al ver que se les escapaba su presa.

Preciso es advertir, sin embargo, que esta oposicion no nacia de ver hacer al Gobierno una retirada que tanto se asemejaba a una huida, sino de que el Congreso convocado para reunirse tambien en Valparaiso, se iba a separar del centro de las influencias reac-

cionarias. En cuanto a lo primero, hubo muchos que se dieron el parabien, diciendo:

—¡Gracias a Dios que se nos deja el campo libre!

—¡Si huyen, es porque nos temen!

—¡Nuestra fuerza es, pues, positiva!

Mientras tanto decian otros;

—¿No veis cómo este Gobierno no cuenta con los sufrajios del país?

—¡Mirad cómo deja a Santiago, centro del saber i de la aristocracia!

—¿Qué va a hacer a Valparaiso?

—¿Cuál es su objeto?

—Es evidente que su fin es halagar esa ciudad compuesta de comerciantes, de mercachifles.

—¡I de estranjeros i herejes!

—Bien se echan de ver las tendencias de los pipiolos. Su adhesion a las ideas de los herejes no pueden ser mas patentes.....

—Así como su desprecio por las familias honorables del reino; quiero decir, de la República.

—Yo no sé a dónde vamos a parar con una administracion como ésta, sin paradero fijo.

—I sin cabeza..... ¡Claro es que a la anarquía!

—¡La Vírjen del Pilar nos libre!.....

—Sí! aténgase Ud. a la Vírjen i no corra!

—Lo importante es que nosotros observemos lo que Dios dice: «ayúdate que yo te ayudaré.»

Tal era el estado de las cosas, cuando Freire llegó a Santiago. Al momento se vió rodeado de los cabecillas de los diversos bandos. Pero aunque los pelucones trabajaron mucho por conseguir que el jeneral prestase oidos a sus insidiosas indicaciones, nada consiguieron en un principio. Ajeno a las cabalas políticas, i enemigo por carácter de la intriga, Freire pudo en un principio resistir, apoyado en su patriotismo i en la fe de sus convicciones.

—Es preciso vencer la resistencia de Freire, decia el clérigo Franco.

—Con maña lo conseguiremos, contestó Aldeano.

—Váyansele por el lado de la hidalguía i caballerosidad, agregó Hipocreitía.

—Así conseguiremos que don Quijote ataque a los molinos de viento, contestó Portales.

—Tiene razon don Diego, dijo Dorriga al oido del reverendo Hipocreitía. Los pipiolos i los molinos de viento..... ya su paternidad me entiende.

——:o:——

CAPITULO LV.

ANSELMO VISITA A FREIRE.

«I es ésta aquella patria que algun dia
El brazo de mil héroes rescatara
De la antigua, ominosa tiranía?»

(Señora Marin de Solar.)

Pagado el tributo que debia a la política, i desocupado de las visitas de sus amigos, volvió don Ramon a ocuparse asíduamente de los asuntos de su sobrina Lucinda. Pero, por mas que pensaba, no encontraba en su mente medio alguno de qué valerse para vencer la tenaz resistencia de don Marcelino, a quien conocia mui bien. Por último, persuadido de que los medios pacíficos eran los peores, resolvió tomar otro camino.

—Yo sé que es cobarde como una gallina, dijo el jeneral; i todo se podrá conseguir metiéndole miedo i tratándolo a la vaqueta. Gastar consideraciones con este hombre es perder tiempo, i a mí no me gustan los asuntos largos. Los muchachos se quieren; son dignos el uno del otro, i se casarán con el favor de Dios!

Paseábase el jeneral dentro de su cuarto, miéntras tenia consigo mismo el soliloquio anterior, cuando oyó dar a la puerta tres discretos golpes.

—Adelante! dijo.

La puerta se abrió i apareció Anselmo Guzman, quien saludó a su antiguo jefe i protector con muestras del mas cariñoso respeto.

—Anselmo, hijo mio, dijo don Ramon haciendo sentar al jóven. En este momento me estaba acordando de tí.

—Gracias, señor, contestó Anselmo. Si no habia venido ántes a verlo, ha sido porque lo creia a Ud. demasiado ocupado con otras visitas.

—Es verdad, dijo Freire: no he tenido tiempo para nada....Pero tú estás pálido, prosiguió bondadosamente ¿Has estado enfermo?

—Sí, señor: un rasguño en este brazo.

—Ah! se me olvidaba que habias salido herido en la última revuelta. ¡Por la Vírjen del Cármen! ¿cuándo terminarán estas malditas rencillas de partido?

—Esa misma pregunta nos hacemos con dolor todos los que amamos nuestra patria, respondió Anselmo.

—Parece que aun no creyesen bastante la sangre derramada, prosiguió el jeneral, paseándose por el cuarto.....Es un engaño creer que hemos vencido a los españoles; que los hemos echado del país.....Nó: los españoles entán todavía aquí con nosotros; somos nosotros.....Tenemos el enemigo dentro de nuestro hogar..... ¿Cuándo i cómo terminará todo esto? ¡I yo, necio de mí, que habia colgado mi espada creyendo que ya no habia enemigos que vencer!

—Lo mas triste es pensar que esos enemigos son chilenos, dijo Anselmo.

—Tienes razon, respondió Freire.....Despues de la batalla de Maipú, yo no puedo mirar como enemigo a ningun chileno, por mas contrario que me sea en política. ¿Por qué hemos de emplear en despedazarnos mutuamente el tiempo que debíamos ocupar en cultivar nuestros campos, en desarrollar nuestra industria i comercio, i en fin, en dar estabilidad a la república por medio del trabajo? ¡Maldita sea la mezquina ambicion, que solo sabe produçir atraso, sangre i lágrimas! Pero dejemos esto.....Me han dicho que en la última refriega te portaste bien, i no lo he estrañado.

—Señor.....

—Déjate de cortesías, hijo. ¿No te he visto pelear a mi lado? Lo que siento es, que el valor i la fuerza de los hijos de Chile se hayan de

emplear en exterminarse mutuamente.....¡Desleales! aquí he venido a saber que se han valido de mi nombre para sublevar a los Coraceros.

—Así es la verdad, señor.....

—Miserables! Son capaces de especular con los vicios, con la ignorancia, i hasta con la gloria de los demas.....

Sonrióse Anselmo al oir estas palabras del jeneral.

—Aun ayer mismo, prosiguió éste, han tratado de engañarme como a un chiquillo.....Pero doblemos esta hoja, i tratemos de tus asuntos, hijo mio...

—¿De qué asuntos, señor?

—Demasiado reservado eres, Anselmo; i eso no es bueno entre compañeros de armas, dijo Freire, acercando su silla a la del jóven.

Anselmo tenia ya noticia de la visita que el jeneral habia hecho en casa de don Marcelino, i del interes que habia manifestado a favor de su causa. Por otra parte, veia en su antiguo jefe a un decidido protector; así fué, que alentado por la franqueza de éste, le dijo:

—Señor jeneral: Ud. me anima a decirle que amo a la señorita doña Lucinda de Rojas; i como no tengo otro asunto que me preocupe mas, he creido que Ud. se referia a éste.

—Así es, amigo mio: ya he principiado a trabajar por tí.

—Gracias, señor.....No olvidaré jamas el interes que Ud. ha manifestado por mí en la entrevista que tuvo con el señor de Rojas...

—¿Conque ya sabias?

—Sí, señor.

—¿Luego estás en correspondencia con el interior de la plaza?

—Casi todos los dias tengo noticias de Lucinda por conducto de la señora de don Cándido de la Rueda, de quien me he hecho mui amigo.

—¿Conque doña Estrella está a tu favor, eh?

—Sí, señor; i aun me ha ofrecido los buenos oficios de su marido.

—Don Cándido no sabe mas que hablar necedades: sin embargo, puede servirnos de algo.

—Yo creo que será mui difícil vencer la resistensia de don Marcelino.

—Difícil, convengo; pero no imposible...El hombre es testarudo.

—Tiene la peor de las tenacidades, que es la de que no escucha.

—No por esto debes desanimarte: Lucinda vale la pena de trabajar por ella.

—Oh! señor! es un ánjel! esclamó Anselmo con pasion.

—Pues entónces, valor i constancia!

—Creo tener uno i otra; pero no sé por qué a veces siento desfallecer mi ánimo al considerar la resistencia de don Marcelino..... ¡Oh, señor! prosiguió el jóven con doloroso acento: es mui duro el ver a su mayor enemigo en el mismo padre del mas querido sér de nuestro corazon. ¿Por qué me desprecia? Qué he hecho para merecer su odio? En balde busco en mi conciencia algo que pudiera servir de base o de pretesto a su repugnancia. Yo me he conducido siempre con honradez, i tengo la dicha de contar con el aprecio de mis compañeros. ¡Jamas podrá ese hombre encontrar en mí otro crímen que el de haberme atrevido amar a su hija, siendo como soi, pobre!

Pronunció Anselmo esta última palabra con un tono que manifestaba dolor, desprecio i orgullo ofendido a un mismo tiempo. El jeneral no contestó; solo miró al jóven bondadosa i compasivamente, diciéndose en su interior:

—¡Pobre mozo! Se casará a pesar de diez Marcelinos juntos.

—Dispénseme Ud. señor, que me esprese así, prosiguió Anselmo. Su bondad i las distinciones con que me ha honrado siempre, me dan derecho para abrirle mi corazon. Estoi ahora, que ni yo mismo me conozco. Yo nunca habia conocido el odio, ahora suelo sorprender a mi corazon odiando; i odiando a quién? Al padre de mi Lucinda! ¡Oh!, no sabe ese hombre el mal que me ha hecho! Si sufriera yo solo, nada seria; pero hacer sufrir a aquel ánjel! No tengo fuerzas para perdonárselo! Su injusticia ha maleado mi carácter; i digo su injusticia, porque mi calidad de pobre no le da derecho para oponerse a nuestra union. Yo conozco a Lucinda, i sé que podríamos vivir mui felices con solo el fruto de mi trabajo, para lo cual, estaba dispuesto a abandonar mi carrera i ocuparme de cualquiera industria.

—Oh! le interrumpió don Ramon. ¡Abandonar tu carrera! No te lo permito, Anselmo.....Ahora mas que nunca necesita Chile de oficiales honrados en su ejército.

—Yo tambien lo creo así, señor, pero.....

—No necesitas colgar tu espada para ocuparte de alguna industria, aunque sea indirectamente.....Despues hablaremos de esto.....Por ahora es preciso tratar cómo tomar la fortaleza.....Ya

tengo mi plan; i te aseguro que la tomaremos, aunque sea a sangre i fuego ¿Cuáles son tus determinaciones?

—En mi posicion, no me queda otro medio que esperar con paciencia a que Lucinda sea mayor de edad. Puede ser que intertanto, don Marcelino éntre en razon i....

—¿Entrar en razon ese viejo? es pedirle peras al olmo. No en balde me opuse yo tanto a que se casara con la Trinidad. Me parece, amigo, que es peligroso el empleo de la paciencia, porque puede ser que durante este tiempo, Lucinda, obligada por su padre se case con otro.

—Ya sé el proyecto de don Marcelino; pero a cerca de eso no tengo temor alguno, señor. Mi rival es un ser mas que ridículo i aunque no lo fuera, confio en el juicio de Lucinda.

—Mi plan es otro, hombre. Yo soi porque empleemos la fuerza desde luego.

—¿Cómo?

—Despues lo sabrás. Antes de todo, ¿dónde vives?

—En casa del capitan Andres Muñoz.

—Lo conozco. Es preciso que hoi mismo te vengas a vivir aquí a mi casa. No hai que replicar.

—Mil gracias, señor.

—Entónces, hasta luego. Prepárate, porque mañana hemos de hacer juntos una visita en casa de don Marcelino.

—Oh! señor jeneral! Ud. no sabe el odio que me profesa.

—Sí lo sé: me lo ha dicho él mismo, sabiendo lo que te aprecio; i es preciso que castigue su desatencion llevándote allá.....Con un hombre racional, obraríamos de otro modo; pero don Marcelino está fuera de la lei comun.

.....

En la tarde de ese mismo dia, Anselmo estaba instalado en casa de don Ramon Freire

——:o:——

CAPITULO LVI.

A DESCORTESÍA, DESCORTESÍA I MEDIA.

«La educacion invadia las creencias «españolas: la autoridad favorecia la «invasion: luego, destruyamos esa au«toridad»

(Francisco Bilbao.—*Sociabilidad Chilena.*)

Habian pasado algunos dias: don Marcelino se hallaba en su cuarto platicando sobre el asunto que mas le preocupaba con su consejero, el padre Hipocreitía, a quien habia llamado para preguntarle el partido que seria conveniente tomar.

—Es por demas estraña la conducta del jeneral, dijo el padre, despues de haber oido la relacion de su amigo.

—Se ha portado como un verdadero loco, i yo creo que le falta algo de aquí, contestó don Marcelino tocándose la cabeza.

—Jamas ha tenido de sobra, murmuró el jesuita. Yo creo, prosiguió en tono mas alto, que el objeto de don Ramon es oponerse al proyecto de Ud.

—Está de manifiesto: me lo ha dicho en mis barbas, el hombre!

—Quiero decir; al proyecto que Ud. se propone realizar, agregó el fraile, recalcando las últimas palabras.

—Eso es, padre mio ¡que yo me he propuesto realizar! repitió el necio de don Marcelino, halagado con la idea de ser él la persona activa en el proyecto.

—I siendo Ud., prosiguió el padre, el verdadero autor de la idea, comprendo su disgusto al ver la dificultad para realizarla.

—La incomodidad que he tenido con ese hombre, no puede ser mayor. ¡Dios me perdone...!

—Eso es mui natural i justo.....Porque no se puede faltar al respeto debido a un padre de familia....

—¿No digo yo? Su paternidad adivina mi pensamiento. Es lo que ha hecho ese hombre; i no se lo perdono por mas jeneral que sea.

—I ¿por qué no le prohibió Ud. la entrada?

—Pero, señor! si no me dió tiempo! Entró sin mi permiso.

—¿Llevándoselo por delante?

—Como si yo fuera basura: ¡sí, señor! ni mas ni ménos.

—¿Sin respetar sus canas?

—Sin el menor miramiento, contestó don Marcelino, furioso ya con las insinuaciones del diestro fraile. Ese hombre ha abusado de mi paciencia, de mi mansedumbre, de mi buen jenio, de mi..... de mi.....de todo lo que yo puedo tener de bueno. Le aseguro a su paternidad, que cada vez que me pongo a considerar en esto, casi me vuelvo loco. Es mucha cosa!

Esto lo sabia mui bien el jesuita; i hé aquí, por qué habia empleado sus escitantes palabras. Despues de un corto silencio, esclamó:

—¡Es un atrevimiento inaudito! Aquí tiene Ud. una prueba de lo que otras veces le he dicho: ¿qué otra cosa ha de suceder con el gobierno que tenemos?

Mucho tiempo hacia que trabajaba el padre por convertir en opositor a Don Marcelino; pero a pesar de la influencia que sobre él ejercia, no habia podido conseguirlo, pues el viejo era de los hombres que jamas se esponen a nada i siempre están con el que manda. I como el jesuita sabia que no se puede influir sobre los caractéres egoistas i testarudos sino halagando sus pasiones favoritas, no quiso perder la oportunidad que la suerte le presentaba aquel dia, a fin de atraerse a un hombre tan rico como el señor de Rojas. Al oir éste las últimas palabras de su amigo, le preguntó:

—I ¿qué tiene que ver el gobierno con la mala crianza del jeneral?

—Mucho, amigo mio, muchísimo: ¿no sabe Ud. que el Gobierno está compuesto de esa jente sin principios, sin relijion ni temor de Dios, a quien se llama pipiolos? El jeneral Freire es uno de ellos i como cuenta con el apoyo de la autoridad, cree poder hacer lo que se le antoja.

—Ah! ya entiendo: por eso está tan gallito. ¡Lo entiendo mui bien!

—Pero, ponga Ud. a los pipiolos debajo, i la jente de órden i timorata de Dios encima, i verá si un cualquiera viene a perderle el respeto a un honrado padre de familia.

—Tiene razon su paternidad. No habia pensado en ello; pero ahora caigo: ¡es la pura verdad!

—Por eso es que los hombres de bien deben trabajar por que se verifique este saludable cambio.

Don Marcelino bajó la cabeza sin contestar. El jesuita, cuya divisa era no ser porfiado con los testarudos, tomó otro camino a fin de tocar otra cuerda en el alma de su interlocutor.

—Pero volviendo a nuestro asunto principal, dijo: ¿cuál puede ser el interes de Freire, fuera del de casar a su primito Anselmo con Lucinda?

—Tambien ha tenido el atrevimiento de decírmelo; pero no lo conseguirá, sino cuando me echen la tierra encima.

—Como la niña es rica; quiero decir, como ella espera una buena dote.....

—Por eso es el empeño.....Pero ¡por los clavos de Cristo....! Yo no permitiré que un cualquiera venga aquí con sus manos límpias a aprovecharse de mi sudor i trabajo. ¡Nó, señor!

—En fin, dijo el reverendo, si Ud estuviera seguro de que el verdadero móvil de ese pretendiente era un amor honesto, vaya con Dios; pero la mayor parte de los mocitos del dia no miran otra cosa que el dinero: ¡nada mas!

No contestó don Marcelino, porque en aquel momento llamó su atencion la entrada de dos personas por la puerta de calle que estaba enfrente de su asiento. Eran estos el jeneral i Anselmo que entraron al patio conversando mui naturalmente. Don Marcelino se quedó como clavado en su silla, por la emocion. En seguida, mostrando con el dedo índice a sus enemigos que atravesaban tranquilamente el estenso patio de la casa, dijo con voz convulsiva:

—Mire, su paternidad! ¿Será creible tanto atrevimiento?

—Si no lo viera, no lo creeria, dijo el fraile con secreta satisfaccion. I lo peor es, que nada puede Ud. hacer contra ellos.....Es-

tán con el gobierno. Resígnese a ser pisoteado por los pipiolos.

—Yo no me resigno! esclamó don Marcelino indignado, levantándose de su asiento·

I saliendo apresuradamente de su cuarto, se dirijió hácia los recien llegados.

—Señor jeneral! ¿qué se le ofrece a Ud.? preguntó con voz seca.

—Oh! señor don Marcelino: dispense Ud. que haya pasado adelante sin saludarlo, contestó Freire tendiendo la mano al viejo.

Este, dominado por la presencia de don Ramon, le tendió la mano balbuceando un saludo.

—No lo digo por Ud., señor jeneral, sino por su compañero que.... Dígame, prosiguió, dirijiéndose a Anselmo, cuyo saludo no contestó; ¿qué se le ofrece a Ud. aquí en mi casa?

—Viene acompañándome, contestó Freire tranquilamente... No olvide, señor don Marcelino, que Anselmo es uno de los amigos a quienes mas estimo.

—Así será; pero el tal Anselmo debe acordarse de que lo he arrojado de mi casa.

—¿Por qué?

—Porque así me convenia: a mí no me gusta dar cuenta a nadie de lo que hago.

—Pues yo lo traigo aquí porque así me conviene, contestó Freire..... I lo traigo, a pesar suyo.....Por último, en dias pasados me aconsjó Ud, que no me metiera en sus asuntos: ahora le doi yo un consejo análogo. ¡Déjeme en paz,! señor de Rojas.

—¡I se hace dueño de mi casa! esclamó don Marcelino, temblando de cólera.....Eso no lo permitiré.....Nó! Por mas jeneral que sea, i por mucho mas capitan jeneral del rei que Ud. haya sido, no pasará por sobre mí!

—Don Marcelino, le dijo don Ramon, tomando al viejo de la mano i retirándolo a un lado: oiga Ud:

—Oigo. Vamos a ver: ¿qué tiene usted que decirme?

—Si Ud fuera capaz de escuchar razones como hacen los hombres de juicio, me conduciria de otro modo; pero la experiencia de muchos años me ha enseñado a tratarlo a Ud como merece... Ya Ud me conoce demasiado para que me crea capaz de ver impasible el sacrificio de mi sobrina. Basta, don Marcelino, prosiguió el jeneral bajando mas la voz: basta con que le haya perdonado a Ud. la tortura constante en que ha vivido mi prima Trinidad.

—Señor!

—Pues bien, amigo mio: estoi pronto a respetar sus derechos de dueño de casa: me voi; pero es para entablar desde hoi un juicio contra Ud.

—¿Contra mí?

—En representacion de mi prima.

—¿Contra mí?

—Juicio de divorcio.

—Oh!

—Tengo pruebas fehacientes de su mala comportacion para con su mujer... Veremos quién vence... Vámonos Anselmo: el señor don Marcelino nos prohibe el placer de visitar a su familia.

—Pero ¿quién le ha dicho que le prohibo a Ud el venir a visitarnos cada i cuando quiera? Entre Ud; pero.....

—Es que si entro ha de ser acompañado de mi amigo: ¿qué dice Ud.?

Don Marcelino no contestó.

—Quien calla otorga, dijo don Ramon, abriendo la puerta.

I empujando a Anselmo para que entrase, entró él mismo, diciendo entre dientes:

—A descortesía, descortesía i media.

I cerrando la puerta se dirijió con su jóven compañero hácia las piezas de la señora, quien con su hija, habian visto la desagradable escena por entre las rejas de una ventana entreabierta.

——:o:——

CAPÍTULO LVII.

DON MARCELINO SE ENTERNECE, I LUEGO SE ARREPIENTE DE SU DEBILIDAD.

«No hai quien, llegando al mal paso,
No se apée del Picazo.»

(Refran del pueblo)

La pobre Lucinda no sabia lo que le pasaba. Aunque ya tenia noticia de la visita, no se atrevia a creerlo, pensando que nadie seria capaz de contrariar las órdenes de su padre.

Doña Trinidad recibió llorando a su primo, i abrazó a Anselmo con el cariño de una madre que ha estado por mucho tiempo privada de la vista de un hijo querido. En cuanto a don Marcelino, estuvo tentado por entrar a castigar, por su propia mano, la audacia del jóven; pero se contuvo, i volviendo a su cuarto, dijo al padre que allí lo esperaba con impaciencia:

—¡Padre mio! no solo me quiere quitar a mi hija, sino tambien a mi mujer!

—¿Qué es lo que dice Ud?

—Lo que oye. Me ha hablado de causa de divorcio ante la Curia eclesiástica si no consiento en entregarle a mi hija para que él se

la dé al primero que pase por la calle... Oh! esto es atroz!... ¡Al primero que pase por la calle! Sí, señor!

I don Marcelino se cubrió la cabeza con ambas manos. Luego rehaciéndose, dijo:

—Mire, padre: lo que su paternidad ha dicho es la verdad. Ambos dos son pipiolos... Si no fuera por el gobierno que tenemos ¿estarian tan ensoberbecidos?

—Claro es que nó, respondió el jesuita.

—Pues ahora soi con Uds. ¿En qué quieren que los ayude? Necesitan dinero?... Ah! daria el arriendo de mi estancia de los Peumos, durante diez años, por bajarle el orgullo al jeneral!

—Ahora lo que importa es arrancar la tórtola de las garras de los gavilanes, dijo el fraile en voz baja.

—Pero cómo? Se le ocurre a Ud algun medio?

—Hai uno; pero no tengo tiempo para esplicarlo.

—Me pongo a sus órdenes, padre mio: dígame ¿qué es lo que conviene hacer? Acepto desde luego su plan.

—¿Me promete Ud obrar como yo le indique?

—Prometido! prometido!

—Pues entónces; vaya mañana con Lucinda a misa al convento de las Capuchinas.

—Convenido.

—A las ocho i media sin falta.

—Mui bien.

—Ahora es preciso que Ud vaya a hacerle la corte a don Ramon.

—Yo?

—Sí, señor. Sea complaciente con Anselmo.

—Imposible!

—Usted me ha prometido obrar segun mis indicaciones.

—Pero...

—Quiebre de su jenio, don Marcelino, porque de otro modo, nada conseguiremos.

—Lo haré así, ya que es necesario.

—Es preciso que Ud. trate bien a doña Trinidad i a Lucinda desde hoi hasta mañana. Sea amable con ellas, i ofrézcale a Dios el sacrificio.....!

—Oh! mi padre, así lo haré...

—Adios!

—Hasta mañana, dijo don Marcelino, encaminándose hácia las piezas interiores.

Cuando doña Trinidad vió entrar a su marido, tembló involuntariamente; pero se tranquilizó algun tanto al verlo dirijirse de un modo apacible hácia el jeneral i entablar conversacion con él. Miéntras hablaban, decia interiormente el viejo:

—Dios mio! te ofrezco este sacrificio que hago por la felicidad de mi ingrata hija!

En seguida, viendo que la niña no estaba en la sala, le preguntó a doña Trinidad por ella.

—Se acaba de retirar, contestó la señora: está indispuesta.

—Enferma! dijo don Marcelino. ¡Dispense Ud. señor jeneral: voi a ver qué tiene esa pobre muchacha!

En seguida se fué al cuarto de su hija, murmurando:

—¡Dios mio! Te ofrezco el sacrificio de tener que aparentar otra cosa de lo que siento por lograr el bien de mi familia. Yo creo que al santo Hipocreitía se le debe haber ocurrido un buen plan.

Llegado al cuarto de su hija, preguntóle qué tenia. La pobre niña, creyendo que su padre iba a reprenderla, no entendió la pregunta i bajó la cabeza como tenia de costumbre.

—Te pregunto si estás enferma? dijo secamente don Marcelino.

—Nó, padre, contestó ella.

—I entónces ¿por qué te has venido de..... de allá adentro?

—Por no hacer una cosa contra la voluntad de *su merced*, contestó sencillamente la niña.

—¡Pobre muchacha! esclamó don Marcelino, conmoviéndose involuntariamente.

En seguida se acercó a su hija; i poniéndole la mano sobre el hombro, le dijo con una voz que tenia algo de cariñosa:

—¡No llores, hija mia!

Al sentir el contacto de aquella mano; al oir las palabras de su padre, que espresaban cierta ternura, Lucinda echó los brazos al cuello de don Marcelino, i esclamó llorando:

—¿Me perdona *su merced*? Ah! si su merced supiera cuánto lo quiero, padre mio!

Estrechado el viejo por el dulce abrazo, no pudo resistir las tiernas palabras de su hija e inclinó la cabeza sobre los hombros de la niña. Dos gruesas lágrimas brotaron de sus ojos, i un hondo suspiro se escapó de su pecho. Su dureza estaba vencida. El que ha-

bia ido allí por representar un papel, concluia por hablar i obrar con verdad.

—¡Esto me ha hecho bien! murmuró el pobre hombre despues de hacer sentar a su hija en la cama. Acuéstate, hijita, le dijo: tú no estás buena.

En seguida llamó a una criada; le encargó el cuidado de Lucinda, i se fué a la cuadra.

—Conque ¿en qué quedamos, señor don Marcelino? preguntó el jeneral despidiéndose. ¿Puedo proseguir visitando esta casa con mi querido amigo Anselmo?

—Sí, señor; contestó don Marcelino, dándole la mano.

En seguida saludó al jóven de una manera que admiró a éste i a don Ramon. Doña Trinidad llegó a mirar con interes a su marido.

—Gracias, don Marcelino, dijo la señora cuando se hubieron retirado las visitas.

—Ve a ver a Lucinda, dijo éste, i avísame si será preciso ver médico:¡ Pobre muchacha! prosiguió, dirijiéndose a su cuarto. Ahora conozco cuánto la quiero.....!

Pero fué interrumpido por una voz que le preguntó desde el interior del cuarto:

—¿Cómo ha ido, señor?

—Ah! mi padre! esclamó sorprendido don Marcelino..... Yo creia que.....

—¿Usted no creia encontrarme aquí, eh? Es verdad; pero he preferido saber el resultado de estos incidentes ántes de irme..... Ademas, queria hacer a Ud una advertencia.

—¿Cuál es esa?

—Que cuando hayan oido misa, mañana, se vayan Ud i Lucinda al locutorio.

—Pero, dígame padre ¿cuál es su plan?

—Mañana lo sabrá Ud.

—Es que yo quisiera saberlo, mi padre; porque..... ya sabe su paternidad, que soi hombre de secreto. ¿No habrá algun peligro de.....?

—Si Ud no tiene confianza en mí, no hablemos mas.

—Yo! no tener confianza en su paternidad!

—No hablemos mas. Le diré a don Meliton que pierda la esperanza....

—Ah! mi padre!

—Porque hai otro pretendiente.

—Oh! padre mio!

—I el señor jeneral obtendrá la mano de la niña para su protejido... I Anselmo se enriquecerá a costa de Ud...

—Uff! padre, por Dios!... calle su paternidad, esclamó el viejo.

—Adios, amigo mio. ¿en qué quedamos al fin?

—Mañana estaré sin falta en la iglesia de las Capuchinas a las ocho i media. ¿No es esto?

—Cabal: esa es la hora

—I luego despues de misa nos vamos al locutorio.

—Eso es: pero es preciso que Ud vaya solo con la niña. Adios!

—Beso a su paternidad la mano.

Miéntras salia el jesuita, don Marcelino decia meneando la cabeza:

—Lo que son las tentaciones del demonio! Ya me habia principiado a enternecer al oir los *lloriqueos* de la muchacha... Pero las palabras de este santo hombre me han fortificado. ¡Querer adueñarse de mi dinero! Picaronazos! Antes se lo daria a los Pincheiras que a los pipiolos. Ah! no lograrán su intento por mas que trabaje el señor jeneral! I yo, tonto de mí, que casi, casi..... Si no es por este santo padre... Oh! vale mucho tener un hábil director de conciencia.!

——:o:——

CAPITULO LVIII.

LA TRAMPA.

«Quedó la víctima oculta
Como débil navecilla,
Que, hecha pedazos la quilla,
En las olas se sepulta.
La puerta volvió a cerrarse.»

.....

S. SANFUENTES.—(*El Campanario.*)

Al otro dia, mui de mañana, invitó don Marcelino a su hija para ir a misa. Obedeció la niña; i queriendo acompañarla doña Trinidad, se opuso el viejo con los mas frívolos pretestos. La buena señora, acostumbrada a una obediencia pasiva, no hizo mas que callarse por creer que aquello no pasaria de ser uno de los comunes caprichos de su marido, i aun llegó ella misma a agradecer la invitacion hecha a su hija, cosa que no siempre hacia don Marcelino.

Miéntras la pobre madre cavilaba sobre el objeto de aquella nueva rareza de su esposo, éste oía devotamente la misa que el padre Hipocreitía rezaba en el altar del Niño Dios, una de las imájenes mas milagrosas de la ciudad de Santiago, cuyos habitantes tenian

a dicho Niño Dios como el mas divino de todos los de la capital. La devocion, llena de movimientos, cortesías, besos a los ladrillos, golpes de pecho i *per signum crucis* de don Marcelino, contrastaba notablemente con la verdadera piedad que se reflejaba en la anjelical espresion del rostro de su hija.

Acabada la misa, quedáronse rezando las últimas oraciones, o la *yapa*, como solia decir don Marcelino, i luego se levantaron para retirarse. Pero al salir de la iglesia, dijo éste a Lucinda:

—Oye, hija mia: me ha sucedido ahora lo que jamas me sucede. Ya se ve! me estoi poniendo viejo.

—¿Qué tiene su merced, padre mio? preguntó la niña con interes.

—No es mas que una fatiguita que.....No te asustes, pasará...

—Dios mio! esclamó alarmada la niña. Apóyese su merced en mi brazo, i acerquémonos a alguno de esos cuartos del frente para pedir un poco de agua.

—Me parece preferible irnos al locutorio: allí estaremos mejor i pediremos una bebidita a las monjas.....Tú sabes que tenemos amigas en el convento.

Diciendo esto, ambos se habian encaminado hácia el lugar del locutorio, a cuya antesala entraron, sentándose en uno de los largos escaños de madera que rodeaban la pieza.

—Uff! esclamó don Marcelino, limpiándose la cara con su gran pañuelo de algodon a cuadros: estoi un poco mejor con haberme sentado...Mira, niña, prosiguió: ruégale a la tornera que nos pase un poquito de agua.

Cualquiera otro habria notado que el habla, demasiado entera de don Marcelino, no acusaba la fatiga de estómago de que él se quejaba; pero Lucinda estaba tan preocupada que no podia hacer esta refleccion, i solo pensó en satisfacer cuánto ántes la necesidad de su padre.

Miéntras pedia el agua, se abrió en un estremo de la reja que dividia en dos partes la gran sala del locutorio, una puertecilla por donde se vió salir al padre Hipocreitía.

—Ah! señor don Marcelino! esclamó; ¡qué feliz encuentro! Mui buen dia, Lucinda. ¿cómo está su mamita?

—Mui buena, señor, contestó la niña dando las gracias al padre por el interes que manifestaba.

—Yo no lo estoi, dijo don Marcelino, porque me ha atacado una fatiga que.....

—¡Una fatiga!...voi a hacerle dar una toma milagrosa para estos casos, respondió el padre.

—He pedido un poco de agua, dijo Lucinda.

—El agua sola no sirve, agregó aquél, tomando el pulso a don Marcelino, quien tuvo ocasion de indicar al reverendo que la fatiga era un pretesto.

—Lucinda! dijo el fraile, como animado por una idea repentina: éntre en ese gabinete; abra con esta llave una puertecita verde que hai a la derecha, i dentro del segundo gabinete hallará sobre la mesa un frasco. Traígalo pronto.

La pobre niña asustada por el terror que veia pintado en los ojos del fraile, tomó la llave i entró al primer gabinete por la misma puerta que dió salida al reverendo. En seguida abrió la segunda puerta i entró en una especie de pasadizo oscuro, en donde, no encontrando la mesa i el frasco de que le habian hablado, quiso volver a salir; pero en ese mismo instante sintió que la puerta verde se cerraba de golpe i la llave daba vuelta como por encanto. La pobre niña quedó en tinieblas, i llena de miedo corrió hácia la puerta. No pudiendo abrirla, empezó a gritar:

—Padre mio! padre mio! ¡me ahogo!

Entónces se abrió otra puerta fronteriza a la primera, i entraron por ella tres mujeres que recibieron en sus brazos a Lucinda, casi desmayada de terror.

Todo esto se habia ejecutado en cortísimos instantes. No bien hubo Lucinda abierto la puerta verde, cuando el fraile saltando al primer gabinete, la cerró de golpe i torció la llave.

—Padre! padre! ¿qué ha hecho su paternidad? le preguntó don Marcelino viéndolo salir triunfante.

—Está el pajarillo en la trampa, contestó el fraile. ¡Cúmplase la voluntad de Dios!

—Pero oiga, su paternidad, como llora i grita la pobre muchacha! Yo no puedo oir eso! esclamó el viejo.

I luego, movido por el lastimoso llamamiento de su hija, don Marcelino contestó:

—Allá voi, hija mia!

—Si se mueve Ud. todo es perdido, le interrumpió el padre, sujetando sobre el escaño a don Marcelino que queria ir a favorecer a su hija.

—Pero esplíqueme, su paternidad, por Dios, lo que sucede, esclamó el viejo verdaderamente sobresaltado.

—Voi a hacerlo: tranquílicese, porque le juro por la sangre de Nuestro Señor Jesucristo, que nada tiene que temer por parte de la niña.

—I entónces ¿qué significa ese llanto, esos gritos?

—Son causados por la sorpresa, contestó el jesuita. Oiga Ud: tres monjas la esperaban allí adentro para llevar la niña al monasterio!

—Al monasterio!

—Sí, señor: es indispensable. Ese era mi plan, que no he tenido tiempo de comunicar a Ud. Yo habia pensado llevarlo a efecto de otro modo; pero la casualidad, o mas bien, la Divina Providencia lo ha dispuesto mejor. En fin, le aseguro que nada tiene que temer; i para que se cerciore de ello, Ud. mismo hablará con la madre abadesa..... Portera, prosiguió, golpeando en el torno. Llame Ud. a la venerable hermana, Sor Agueda.

En seguida, dirijiéndose a don Marcelino, dijo:

—No lo impuse ayer de mi plan, porque (es cosa ya probada) para que un proyecto tenga efecto, es preciso saberlo guardar hasta su ejecucion. Habia pensado decírselo hoi aquí; pero ya ve Ud. que no ha habido tiempo. Se han presentado las circunstancias de un modo, que no era posible dejar de obrar. Mi plan de ataque se ha inutilizado; pero ojalá se inutilizasen así todos los planes. Gracias a Dios, hemos pasado el Rubicon. Ahora es preciso no perder, por una imprudencia, las ventajas que Ud. ha adquirido con este paso.

—Yo no veo qué ventajas sean esas.

—No las ve Ud. porque está cegado por el amor de padre; amor del cual muchass veces se vale el diablo para cojer las almas entre sus garras.

—¡Ave Maria!

—Sí, sí! diga Ud. ¡Ave Maria! Ave Maria! i se verá libre de diabólicas instigaciones. Ud. se encuentra herido en sus sentimientos naturales..... Yo no desapruebo esto; pero es preciso ahogar esos mezquinos movimientos de nuestra pobre naturaleza si queremos adquirir la fuerza necesaria para cumplir con un gran deber..... Lucinda está ya en el convento; aquí lo pasará mejor que en casa de Ud. La compañía de estas santas esposas del Señor, influirá sobre su ánimo demasiado exaltado por las mundanas pasiones i tranquilizará su espíritu. En poco tiempo mas, tendrá Ud. una hija tan sumisa que...

—Oh! padre mio! le interrumpió don Marcelino dominado por

la palabrería del fraile: talvez tenga Ud. razon.

—¿I duda Ud. de los buenos i saludables efectos de la relijion?

—Yo no dudo.

—Sí, sí; Ud. duda porque el demonio aun no ha abandonado su presa. Satanas no se da por vencido sin un serio combate... Pero aquí tenemos a Sor Agueda.

—¡Ave Maria Purísima! dijo desde adentro una voz entera, cuyo tono hacia sospechar un carácter resuelto.

—¡Sin pecado concebida! respondió el padre desde afuera.

—¿Quién llama? preguntó la misma voz.

—Soi yo, madre mia! ¿Cómo está la salud de su reverencia?

—Ah! nuestro buen capellan! ¿En qué puede serle útil su sierva? Yo estoi buena, gracias a Dios.

—Estoi con el señor don Marcelino de Rojas, padre de la niña que.....

—Que acaba de entrar al convento! interrumpió la monja.

—¿Cómo está Lucinda, madre mia? preguntó el viejo padre con voz temblorosa.

—Buena, mui buena, señor, gracias a Dios, contestaron desde adentro. Al principio la hizo llorar la sorpresa; pero a los cinco minutos, ya la santa paz moraba en su alma..... La acabo de dejar en su celda acompañada de dos hermanas, cuya santidad es el ejemplo constante de la órden..... Descuide Ud., señor, prosiguió con tono meloso: descuide Ud. en nosotras: yo sabré cumplir con el encargo que Ud. me ha hecho por conducto del reverendo Hipocreitía.

—Yo?..... cuándo?

—Calle Ud., le interrumpió el fraile; calle i oiga. Despues hablaremos.

—Sí, señor mio: su humilde servidora cuidará en persona de que nada falte a la niña: basta que se haya empeñado por ella nuestro santo capellan.

—Amen, dijo el padre, despidiéndose de la monja.

I arrastrando a don Marcelino hasta un escaño, le dijo:

—Mire Ud. don Marcelino: tenga valor para cumplir con un serio deber.

—Es que como ha sido hecho todo así... tan de repente...

—Confieso que Ud. tiene razon para estar intranquilo, porque la tranquilidad de este mundo no estriba sino en la costumbre de los acontecimientos. ¿Soi acaso de bronce para no comprender el

dolor de un padre que se ve repentinamente separado de su hija? Pero considere que esta separacion no es eterna. La puerta del claustro no es la losa del sepulcro!..... Pronto verá salir de aquí a Lucinda mas bella i sumisa que nunca... La niña es un ánjel; pero necesita vivir algunas semanas entre estas santas mujeres... Por otra parte, añadió con intencion el jesuita: miéntras su hija permanezca aquí ¿qué tendrá Ud. que temer de las visitas del jeneral...?

—Es verdad, padre mio, contestó el viejo rehaciéndose.

—Déjelo que lleve a Anselmo dos veces al dia, si quiere, a casa de Ud. ¿qué sacará con eso?

—Tiene Ud. razon: no habia pensado en ello... Bajo este punto de vista, me parece bien la clausura.

—Ya está vencido el demonio, murmuró sonriendo el fraile. Yo lo acompañaré a Ud. a su casa, prosiguió en tono mas alto.

—Vámonos, contestó don Marcelino, dando un suspiro i encaminándose hácia su casa acompañado del jesuita.

No es posible traducir en palabras la sorpresa i luego el dolor de la pobre madre al saber por boca de su marido que su hija quedaba encerrada en un convento.

—I ¿en qué convento ha quedado? preguntó la señora.

—Eso no lo sabrás, contestó don Marcelino, miéntras seas contraria a mis intentos i a la felicidad de nuestra hija.

—¿A su felicidad? ¡Bien sabe Dios, don Marcelino, que daria mi vida por verla feliz!

En balde rogó i lloró la señora por saber en dónde habia ocultado a Lucinda. Don Marcelino fué inexorable.

—Bástete saber, dijo éste a su esposa, que la muchacha no tendrá nada que sufrir entre aquellas santas mujeres. He hablado con la madre abadesa i me ha prometido cuidarla como si fuera su hija.

—Esto será cuando ella comprenda el amor de una madre; contestó llorando doña Trinidad..... Pero ¿con qué objeto ha hecho Ud. esto, don Marcelino?

—Con el objeto de que la muchacha aprenda a obedecer. No saldrá de allí sino para ser la esposa de don Meliton. Tú puedes escribirle. Yo llevaré las cartas i te traeré su contestacion.

La pobre mujer no contestó una palabra. Estaba absorta en su dolor i apénas podia creer lo que ya hacia un cuarto de hora que se le habia dicho.

En cuanto a don Marcelino, no diremos mas sino que aquel dia

comió con el apetito de costumbre, i luego se acostó a dormir la siesta, murmurando como si fuera una jaculatoria:

—Que venga ahora el jeneral con su pipiolito! Veremos qué cara pone cuando no encuentre el pájaro en el nido!..... Já! já! já! Si tiene este padre Hipocreitía unas ocurrencias...! Ahora sí que me convenzo de que este fraile es un portento de habilidad!

I luego empezó a roncar gutural i sonoramente.

——:o:——

CAPITULO LIX.

DENTRO DEL CLAUSTRO.

«¿Por qué la paz tranquila de este sitio
No está en mi corazon.....?»

(G. Blest Gana.)

Al volver Lucinda de su desmayo, se encontró acostada en una cama i rodeada de tres o cuatro mujeres que le prodigaban los mas solícitos cuidados. Parecióle a la pobre niña que despertaba de un sueño para volver a caer en otro mas espantoso aun, pues la vista del cuarto, así como la de las personas que rodeaban su lecho, no era para tranquilizar su ánimo inquieto.

—¿Dónde estoi? fué lo primero que dijo.

—Aquí, hijita, con nosotras, en este convento a donde su señor padre ha querido enviarla, le contestó una monja de edad que estaba a su cabecera.

Esta contestacion, las tocas de las monjas, las estampas que adornaban las paredes blanqueadas con cal, i un gran Santo Cristo puesto enfrente de su cama, hicieron recordar a Lucinda la última escena del locutorio.

—¿Conque es verdad que estoi aquí presa? dijo con voz lastimera.

La monja mas vieja hizo entónces una seña a las otras para que salieran de la celda, i quedando a solas con Lucinda, le dijo:

—Tranquilízate, por Dios, hijita, i sabe que no estás aquí en una cárcel sino entre amigas que te querrán como a hermana.

—I entónces ¿por qué han empleado la fuerza i el engaño para encerrarme? preguntó la niña incorporándose en la cama.

—No puedo contestar a esa pregunta, respondió la monja. Lo cierto es que te hemos traido aquí por mandato de la madre superiora, quien tenia encargo de parte del señor don Marcelino para tenerte en el convento.

—Mi padre? por encargo de él?

—Sí, hija mia.

—Es imposible! Jamas me ha dicho mi padre que fuera su intencion encerrarme en un convento. Nó; no puedo creer eso!.....

—Nosotras no tenemos costumbre de mentir, hija mia, dijo la monja con tan severa humildad, que hizo arrepentirse a Lucinda de haber pronunciado las últimas palabras.

—Perdóneme Ud. le dijo a la monja, si es que la he ofendido.

—No tengo de qué perdonarte, hija mia: solo te ruego que no hables tan alto, porque es prohibido por nuestra regla.

—Yo quisiera hablar con la madre abadesa.

—Acaba de ser llamada al locutorio. Vendrá pronto.

La monja salió de la pieza despues de haber aconsejado a Lucinda que permaneciese allí miéntras la abadesa venia.

La pobre niña, habiéndose bajado de la cama i puesto en órden su vestido i peinado, salió a la puerta. Aquel cuarto tenia para Lucinda el aspecto de un sepulcro. Presentósele a la vista un gran patio cuadrado, rodeado de seldas, cuyas puertas entreabiertas permanecian sin moverse. El patio estaba plantado de árboles; pero no se veia ninguna persona ni se oia el mas lijero ruido. No habia allí señales de vida. Hasta el aire mismo, pasando mansamente por entre las ramas de los naranjos i limoneros, parecia no querer turbar el silencio de aquella mansion. Lucinda sentia sobre sí un peso, una emocion de que no sabia darse cuenta. Su pecho oprimido, apénas la dejaba respirar. Queria llorar i no podia. Un temblor involuntario ajitaba su cuerpo; i luego aquel tétrico silencio, aquel reposo sepulcral, le inspiraba miedo.

—Ah! decia Lucinda: ¿qué clase de tranquilidad es la que reina en este lugar, que en vez de traer la paz a mi espíritu subleva todos mis sentimientos i me excita a la desesperacion? ¡Creo que el bullicio i los mayores desórdenes del mundo no inspirarian el horror

que este silencio me causa!!... La paz! I ¡quién podria encontrarla en este cementerio de vivos!

Agobiada por tan siniestras ideas, volvió la cabeza i vió venir a una monja, de las mui pocas que tenian el privilejio de salir de su celda en ciertas horas del dia. Venia ésta sin hacer ruido alguno con sus pasos, cubierta con un velo; i al pasar por enfrente de Lucinda, i sin mirarla, dejó caer en forma de saludo estas palabras:

—Hermana! que morir tenemos!

I la monja pasó adelante andando silenciosa i pausadamente como si fuera un cadáver movido por un oculto resorte. Lucinda volvió involuntariamente la cara i entróse en la celda; pero dando sus ojos con el gran santo Cristo i un par de calaveras que estaban sobre la mesa, saltó fuera de la celda i echó a correr como una loca por el claustro. En aquel momento salia la abadesa del locutorio seguida de dos monjas.

—Oh! dijo la madre, meneando la cabeza al ver a Lucinda: bien me habia dicho nuestro santo padre, que esta niña tenia raptos de locura.

En seguida se encaminó hácia a ella con su par de ayudantes.

—Hija mia! la dijo, con un tono que no carecia de dulzura i firmeza a la vez: ¿no le ha dicho a Ud. una de nuestras hermanas que es prohibido salir de la celda?

—Dígame madre, le preguntó Lucinda entónces: ¿es usted la abadesa?

—Yo soi, i por esto debe usted obedecerme. ¿Por qué ha hecho esto?

—Antes debe Ud. decirme: ¿por qué estoi aquí? preguntó la niña.

—Se lo diré en la celda: vamos allá, dijo la abadesa imperiosamente.

—Yo no entraré jamas a ese cuarto! esclamó Lucinda, mostrando la celda con el índice de su mano derecha.

—Está en uno de sus accesos, murmuró la abadesa. Pobre niña!

En seguida, volviéndose a Lucinda le dijo:

—Advierta Ud, hija mia; que miéntras more en este claustro debe obedecerme como a su propia madre.

—¡Es que yo no quiero estar en este claustro ni en ningun otro! contestó Lucinda con enerjía.

—Pues, a mi pesar, me veré obligada a emplear la fuerza, dijo

la madre haciendo una seña a sus ayudantes para que tomaran a la desobediente de ambos brazos.

Al verse ésta amenazada por la fuerza, irguió su linda cabeza i dirijiéndose a la abadesa, la dijo con una voz que resonó en los cuatro ángulos del claustro:

—Señora! Si Ud. se atreve a ajar mi dignidad, le diré, que no respondo de mí misma. He sido víctima de una traicion, de un engaño atroz ¿quién me asegura que dentro de aquella pieza no volveré a sufrir nuevos ultrajes? Quiero salir al momento de esta casa, porque miéntras permanezca en ella no me creo libre de desacatos contra mi persona! Sí! quiero salir de aquí!

——:o:——

CAPITULO LX.

CARIDAD.

«Mucho hai, niña, de falso;
Mucho la vista engaña:
Jamas en apariencias
Te aduermas confiada.
Si ves sobre mis sienes
Mi cabellera cana,
No pienses que se ha helado
Como mi frente, el alma.»

(H. de Irizarri.)

Diciendo esto, Lucinda echó andar hácia el locutorio. La abadesa estaba estupefacta, i a pesar de su entereza se consideraba medio vencida. Pero no era posible dejar ajar su autoridad delante de la comunidad entera, que al traves de las puertas entreabiertas de sus celdas, presenciaba la desagradable escena. ¿Qué hacer? Las ayudantes, no atreviéndose a poner sus manos sobre la desobediente, la seguian a cierta distancia, admiradas de que hubiese una mujer en el mundo capaz de revelarse contra la autoridad de la Superiora.

Entónces salió de una de las celdas una monja, que encaminándose hácia la madre, le dijo:

—¿Me permite, su reverencia, hablar?

—Diga hermana, contestó la abadesa secamente.

—Prometo hacer que esta señorita obedezca, si su reverencia me permite *a mí* llevarla a su celda.

Lucinda se quedó admirada viendo la oficiosidad de la nueva monja.

—Si no consigo mi objeto, me obligo a cumplir la penitencia que ella merezca por su desobediencia.

—Está bien, dijo la abadesa impacientada: llévenla entre las tres.

—Yo no necesito de las hermanas, dijo la otra monja: ruego a su reverencia las mande retirarse.

Hízose así; i entónces la buena monja acercándose a Lucinda, le dijo con un acento lleno de dulzura.

—Ud. acaba de oir la promesa que he hecho a la madre abadesa. La dejo a Ud. en entera libertad para irse o nó a su celda. En el primer caso, la acompañaré como una amiga; en el segundo, iré a sufrir con gusto la penitencia por Ud.

—Vamos, amiga mia: lléveme adonde Ud. quiera! esclamó Lucinda llorando i echándose en brazos de la monja.

—¡Qué locura tan rara, murmuró la madre abadesa, visiblemente contrariada. ¡Hai locuras mui raras!

I luego, llamando ésta a la monja, le dijo al oido:

—No olvide, Sor Maria, que la niña tiene continuamente estos arranques.

—No tenga cuidado, su reverencia, contestó la otra: solo le ruego que me permita trasladarme a la celda contígua para cuidarla.

—Está bien, contestó en voz alta: Ud. queda encargada de esta niña miéntras ordeno otra cosa.

En seguida volvió la espalda diciendo entre dientes:

—Hai locuras raras!..... Sí, señor, mui raras!

En cuanto Lucinda se vió en su celda, preguntó a su compañera:

—¿Cuál es el nombre de Ud?

—No quiero recordar el nombre que tenia en el mundo, contestó tristemente la relijiosa: desde que estoi en este claustro, me llamo *Sor María de los Dolores.*

La monja pronunció estas palabras con un profundo acento de tristeza. Tenia los brazos cruzados sobre el pecho: su mirada era dulce i resignada, i miéntras hablaba, dos lágrimas rodaron por sus descarnadas mejillas.

—Amiga mia! la dijo Lucinda abrazándola: Ud. sufre: Ud. es capaz de comprender mi dolor.

—Tranquilícese Ud., contestó la otra reprimiendo un suspiro. Dios lo ve todo, i todo lo juzga. ¡No se mueve la hoja del árbol sin su santa voluntad, que nosotros debemos acatar con humildad, resignacion i amor!

Sor María era una mujer de talento, animada por el mas puro espíritu de la caridad cristiana. En lo poco que ella habia podido observar, aunque no en todos sus pormenores, habia columbrado la verdad del caso; i miéntras mas observaba a la niña, mas claro veia dibujarse en su fisonomía los efectos de una pasion contrariada. Ademas, casos semejantes se sucedian cotidianamente en aquellos tiempos en que un padre no tenia escrúpulo para meter a una hija desobediente en un convento, sobre todo, si la desobediencia tenia por oríjen el amor inspirado por un hombre de baja condicion, o la falta de amor a un novio elejido por el interes. I como la monja sabia que en tales casos nada vale el raciocinio; i que para curar las llagas del corazon, es preciso hablarle a éste ántes que a la cabeza, se contentó con prodigar a su protejida las mas cariñosas espresiones de afecto.

—Aquel que nos manda reir con los que rien i llorar con los que lloran, dijo Sor María abrazando a Lucinda, me induce ahora a sufrir por tí sin inquirir la causa de tu dolor... Perdóname, hija mia, que te dé un tratamiento al cual mi edad me da derecho.

—¡Qué la perdone! ¡a Ud. que es la única amiga que tengo en esta casa! le interrumpió Lucinda..... Hable Ud., madre, que sus palabras me hacen mucho bien.

No tengo otra cosa que darte, fuera de mi amor, dijo la monja con una espresion de inefable bondad: apóyate aquí cerca de este corazon que pongo en mis labios para hablarte. No porque veas mi cabeza encanecida, prosiguió con ardoroso acento, debes pensar que mi corazon ha muerto, o es incapaz de comprender los tiernos sentimientos. Sabe que debajo de este sayal, late con ardor i se regocija cuando puede calmar un tanto el dolor de otro corazon lacerado, ayudándole a llorar su desgracia, o bien escitando en él la alegría con la que Dios mismo quiere que nos fortiquemos en medio de la tribulacion... Por otra parte, desconozco las causas que te han traido aquí...

—No es porque haya hecho ningun mal, le interrumpió Lucinda, queriendo no perder la estimacion de su protectora.

—I aun cuando lo hubieras hecho, contestó ésta; no por eso dejaria de amarte. Te amo, no porque eres buena, no porque hayas dejado de hacer el mal; te amo, hija mia, porque sufres; i basta que te vea llorar para que yo tambien llore contigo.

—Gracias, amiga mia, dijo la niña besando con reconocimiento las manos de la monja. ¡Gracias, mi noble amiga! Dios le pagará a Ud. el bien que me hace. En cuanto a mí, solo puedo decirle que he sido víctima de un engaño, de una traicion, cuyo autor no sé quién pueda ser.... ¡Pobre madre mia! cuánto no va a sufrir cuando sepa mi prision! cuando no me encuentre a su lado! ¡cuando me llame i su hija no le conteste!... Oh! madre mia! ¿quién la consolará en su dolor?...

—Dios! le contestó la monja, acariciando a Lucinda. Dios! mi querida hija, que no abandona jamas a los que tienen fe en su Providencia. Oye, prosiguió, abrazándola con ternura: tú has encontrado aquí una madre.... Está segura de que tu madre encontrará una hija que la consuele miéntras carece de tí!...

No hai almas mas discretas que las verdaderamente caritativas. Como Lucinda no hablaba sobre los antecedentes del suceso, Sor Maria se abstuvo de hacerle preguntas indiscretas. Despues de haberla rogado que tomase un poco de alimento, la hizo acostarse en la cama; i quitando de la mesa los despojos humanos que la adornaban, echó un gran velo negro sobre el crucifijo, i salió con el fin de trasladar su cama a la pieza vecina para estar mas cerca de su protejida. En seguida se fué a pedir órdenes a la madre abadesa, la cual la impuso de los antecedentes relativos a la niña, entregándole una carta para ésta, que plegó despues de haberla leido.

Inútil es decir que todo lo que hizo la abadesa, no fué mas que repetir a Sor Maria lo mismo de que aquella tenia conocimiento por boca del jesuita.

——:o:——

CAPITULO LXI

LA CARTA DE DON MARCELINO.

«Por quién ora? Ella es tan pura
Como un ánjel de los cielos,
¿Llora acaso un desengaño?
¿La aflije un remordimiento?
Ah! nó! vive en su memoria
Un tierno i dulce recuerdo,
Dulce como una armonía
Solitaria del desierto.»

(C. Walker Martinez.)

Tres horas despues, habiendo dormido Lucinda algunos instantes, se encontró un poco recobrada de sus emociones i se puso a reflexionar.

—Es indudable (se dijo a sí misma) que todo ha sido dispuesto de antemano para sorprenderme. Mi padre nunca acostumbra venir aquí a misa.....Luego, la fatiga inesperada, i el encuentro con el padre Hipocreitía... Pero mi madre no puede haber entrado en el complot... Esto ha sido hecho sin su consentimiento... ¡Pobre

madre mia! Yo le escribiré hoi mismo... Pero ¿qué sacaria con escribirle? prosiguió: yo sé bien que a un monasterio no entra ni sale una carta sin ser leida por la superiora... I estando ésta, como parece, mezclada en el complot, debo perder la esperanza de hacer llegar mis quejas a mi pobre madre!

Diciendo esto, Lucinda inclinó tristemente su linda cabeza; i al volverla a alzar, fijó sus ojos llenos de lágrimas en el Cristo, cuyos contornos se dibujaban a traves del velo que lo cubria.

—Dios mio! esclamó arrodillándose ante la imájen del Salvador:¡por las lágrimas que derramó vuestra madre Santísima, enviad, Señor, a la mia, el consuelo que necesita!.. ¡Perdonad a mi padre, como yo lo perdono, por la parte que puede haber tenido..... como perdono a todos los que puedan haber influido para encerrarme aquí!.....

Hecha esta oracion, se levantó mas aliviada; i al volver la cara, vió a Sor María, que de pié cerca de ella i con los brazos cruzados sobre el pecho, la miraba diciendo:

—Es un ánjel!

—Madre mia! le dijo Lucinda: soi mui culpable... En toda mi afliccion, a pesar de sus piadosas palabras, no me habia podido dirijir a Dios...Tenia el alma como espantada, por la injusticia... Pero ahora que acabo de hacer oracion, mire Ud como tengo fuerzas para sonreirme.

I una anjelical sonrisa se dibujó en los cándidos labios de la niña.

—No puedo espresar el placer que me causa el verte mas tranquila, le dijo la monja con dulzura. Prepárate, prosiguió, a recibir noticias de tu familia...

—¿Qué hai?: qué ha sucedido a mi madre?

—Nada de malo segun sabemos. Aquí tienes una carta...

—Démela, amiga mia, le interrumpió Lucinda, tomando la carta i abriéndola convulsivamente... Es letra de mi padre: voi a tener esplicado el misterio!

Leyó rápidamente la carta, i a medida que iba leyendo, su rostro iba tambien espresando la angustia de su alma. Cuando concluyó la lectura, dijo a la monja que se habia quedado de pié enfrente de ella:

—Madre mia: esta carta es de mi padre i la posdata de mi misma madre. ¡Quién lo hubiera creido! Reconozco ambas firmas..... Como para Ud. no puedo tener secretos, le ruego que la lea, a fin

de que pueda hacerse cargo de mi desgracia... Pero ¡qué se cumpla la voluntad de Dios!

La monja tomó la carta i leyó a media voz:

Querida Lucinda: Estas líneas te escribe tu desgraciado padre que se ha visto en la necesidad de tomar respecto de tí, una determinacion reclamada por tu felicidad i aun por mi honor, que es el de mi familia. La causa de esta determinacion es un secreto de conciencia que no puedo revelarte, pero que talvez me será dado decirte despues. Miéntras tanto, debes permanecer dentro del convento por convenir así, no solo a nuestros intereses, sino tambien a nuestro honor. Espero, pues, mi tranquilidad de tu prudencia i del amor que me profesas, con el cual solo podrás corresponder en parte al que yo te tengo. Tu misma madre es tambien de mi opinion, como lo verás por la posdata que sigue a esta carta; i por mi conducto te ruega permanezcas entre esas santas vírjenes, miéntras Dios mejora sus horas i podemos traerte otra vez a nuestro lado, de donde solo una grave razon ha podido separarte.

Tu padre que te abraza...

MARCELINO DE ROJAS.

P. D. Mi Lucinda: todo lo que tu padre te dice en la carta anterior, es la pura verdad; i sin este gran motivo, ¿habria podido yo consentir en separarme de mi querida hija? Ten paciencia, mi vida, que ello será por pocos dias, i pronto te veré, con el favor de Dios, en mis brazos. Ruega al cielo por tu madre que te ama.

Trinidad Serrano de Rojas.

—¡Pobre de mí! esclamó Lucinda llorando. ¿Qué crímen he cometido para merecer este castigo?

—¡Cálmate, por Dios, hija de mi alma, i acuérdate de que la virtud misma tiene que sufrir sus pruebas en este mundo! Tú crees, en tu inesperiencia, que tu virtud te habia de eximir del dolor; pero advierte, que ningun mortal puede ser una escepcion a las leyes de nuestra miserable naturaleza. Querer evitar de todo punto el sufrimiento, es una verdadera locura, tanto mas cuanto que nadie, por grandes que sean sus méritos, puede considerarse digno de ser esa escepcion. Miéntras vivamos en el mundo, tendremos que sufrir los efectos de nuestras pasiones o de las pasiones ajenas; i en este caso, debe servir de consuelo a la virtud, la consideracion de que no su-

frimos por nuestra causa, i de que cuanto mayor sea nuestro dolor, mayor será tambien el amor con que nos mira Aquél que dice: «venid a mí los que sufris dolores.»

Serenóse un tanto Lucinda, manifestando que su alma no era insensible a aquellas palabras de consuelo.

—Díme, hija mia; preguntó la relijiosa ¿Conoces bien las letras de esta carta?

—Las conozco perfectamente, i puedo asegurar que la primera es de mi padre i la última de mi madre... Esto es lo que causa mi mayor confusion. En cuanto al primero, aunque nunca me habia hablado de hacerme entrar a monasterio alguno, concibo que de un dia a otro podia ocurrírsele esta idea; pero en cuanto a mi madre, esto es imposible.

—¿Por qué?

—Soi su hija única i me quiere entrañablemente. Nunca me he separado de ella; i estoi segura que sufre horriblemente con estar léjos de mí... Estoi cierta de que por todo el oro del mundo, no habria consentido en separarse de su idolatrada hija.

—Pero advierte, hija, observó la monja; que a veces se hace ciertas cosas, nó por los bienes materiales, sino por otras razones de mayor peso... Aquí hai un secreto que debes respetar, desde que tus padres te lo mandan.

—Es cierto; pero se me ocurre una cosa.

—¿Cuál? Dila.

—Ademas de mil otras razones que tengo para creer casi imposible el que mi madre haya dado su consentimiento, veo que el lenguaje de la posdata no es de ella.

—Pero esta es su misma letra...

—Es verdad, dijo Lucinda, volviendo a examinar la carta i repitiendo maquinalmente: «esta es su misma letra.»

—I advierte, hija, que está escrita con una mano firme; lo cual prueba que no ha sido forzada a escribirla, sino que esta posdata es el resultado de sus convicciones.

—Sin embargo ¿quiere que le haga una observacion?

—Habla.

—No sé si me equivoque, dijo Lucinda; pero, del hecho mismo de la observacion de Ud, deduzco yo que la posdata no es de mi madre. Le repito a Ud que mi mamita no ha podido nunca soportar la idea de nuestra separacion; i yo misma la he visto temblar al suponer solamente la realizacion de esta idea. Ahora bien: por

profunda que sea su conviccion respecto de la necesidad de tenerme léjos de ella ¿ no es natural que su mano haya temblado al escribirme?

—Tienes razon, contestó la monja, admirada de la penetracion i juicio de Lucinda.

—I sin embargo, mire Ud., madre mia: la letra de la posdata está mejor hecha que la de la carta.

—A pesar de todo; soi de parecer que sigas el consejo de tu padre, por algunos dias siquiera. Dios que todo lo ve, descubrirá al fin la verdad. Nada se pierde con esto, miéntras que obrando de otro modo, te espondrias a contrariar en un todo los espresos deseos de tu padre.

—Dice Ud. bien, amiga mia. Estoi resuelta a esperar, i que se cumpla la voluntad de Dios!

—En cuanto a mí; te diré francamente que no veo quién pueda tener interes en engañarte; porque como no conozco los antecedentes que...

—Voi a decir a Ud, sí me lo permite, todos los precedentes que se relacionan conmigo, i que a mi juicio, pueden referirse a este suceso, dijo Lucinda.

—Te escucho, contestó la otra sentándose en la cama.

Entónces Lucinda contó a Sor María sus sencillos amores con Anselmo, a quien no nombró. Luego despues las dificultades puestas por su padre, así como el proyecto de éste de casar a la niña con el viejo español.

Escuchaba Sor María con marcado interes el sencillo relato de Lucinda; i cuando ésta hubo terminado, la dijo:

—En todo cuanto me has dicho, no veo razon alguna para que se te obligue a entrar a un claustro. Son otras las razones, Lucinda, que tus padres tienen para tomar esta penosa determinacion. De todos modos, sea largo o corto el tiempo que vas a permanecer aquí, te prometo por mi parte hacer lo posible por que estés contenta... digo, tan contenta como aquí puede estarlo una niña no nacida para el claustro. Con este fin, prosiguió Sor María, he conseguido que la superiora me permita dormir en la celda vecina. Así estaré mas cerca de tí i podré servirte mejor.

—Me tiene Ud confundida con sus bondades, respondió Lucinda; pero yo trataré de merecerlas con mi cariño.

La monja sacó entónces de la manga de su hábito un libro de oraciones que entregó a Lucinda; i oyendo tocar la campana del

convento, salió a cumplir con sus deberes relijiosos.

En el momento de salir, pasó por enfrente de la puerta otra monja que saludó a Sor María diciendo:

—¡Que morir tenemos.!

—Ya lo sabemos, hermana, contestó ésta con voz grave.

Al oir estas palabras, tembló Lucinda con el recuerdo de las escenas de la mañana.

—:o:—

CAPITULO LXII.

EL JESUITA PROSIGUE SU OBRA

«Los hombres del engaño,
Los viles intrigantes,
Se arrastran, imitando
Las vueltas del reptil.»

(G. Matta.)

Muchas veces habrá visto el lector sobre nuestras graníticas costas, alguna alta roca combatida por las olas del mar. Hai veces en que las olas enfurecidas, azotan los flancos de la roca cubriéndola casi hasta la cúspide con un velo blanco que se rasga i se une alternativamente, o bien enroscándose en torno de ella como una jigantesca serpiente de plata, que brama, silba i ondula por entre las sinuosidades. El monstruo cambia de forma i de voz a cada instante; i sin cesar, vuelve a la carga con sus escamas vaporosas, al parecer encrespadas por la rabia. Pero la roca vence, i sentada en su base de granito, eleva sin conmoverse sus puntiagudos prismas sobre el cinturon de espuma que la rodea. Otras veces la ola es baja, pero no ménos poderosa. No sube hasta los altos flancos de la roca, i se contenta con azotar su base. Los golpes son constantes i aplicados al mismo punto como los del martinete. La roca permanece tranquila dando abrigo en sus grietas a mil mariscos e insectos de mar. ¿Quién no diria que esta segunda es mas firme que la primera? Pero si

observais, vereis que la base ha principiado a socavarse. El mar es mas humilde i no parece sino que se inclinase ante la roca para que ella pusiese el pié sobre la líquida i móvil espalda: pero esa humildad es una traicion del mar; esa calma es la perseverancia de su trabajo, i no parece sino que temiera cansarse ántes de concluir su obra. No se ajita con grandes bramidos; pero tampoco cesa de trabajar con esa paciencia de siglos que el mar tiene. I sigue trabajando sin descanso hasta que principian a dibujarse las grietas sobre la base de la roca. Todo el terreno i los arbustos que allí crecian, han desaparecido. Pasan años i las cavidades se hacen mayores: luego trascurren siglos, i las cavidades se convierten en grutas debajo de la roca. El mar parece que quisiera levantarla sobre su espalda... Todavía no es tiempo, i sigue minando i socavando hasta que la roca cae por su propio peso, i se hunde en las olas que se elevan entónces en neblina como para espresar el placer de la victoria.

No a la primera ola que ataca la roca de frente, sino a la segunda, que cual incansable ariete, mina i socava la base, esperando que la roca caiga de suyo, se asemejaba el padre Hipocreitía.

El jesuita trabajaba con la humilde paciencia de la hipocresía i con la incansable perseverancia del tiempo, en alcanzar los fines que se habia propuesto. I minando poco a poco el ánimo de don Marcelino, abrigaba la firme conviccion de hacerlo servir a sus miras.

Conocia el carácter del viejo i sabia que un ataque abierto, era inútil para vencer su avaricia; i como sabia que una pasion solo se puede vencer por medio de otras, ponia en juego toda su maña para hacer jerminar en el corazon de su hombre, la ambicion, el orgullo i el odio. Sus repetidas intigaciones eran tambien mas certeras, cuanto mas bien sabia aparentar el desinteres: i así como una gota de agua hace hoyo en la piedra, así tambien él, con sus consejos e indicaciones cotidianas, taladraba, socavando en sus cimientos, aquella roca que al fin caeria por su propio peso.

Cuando Anselmo i sus amigos tuvieron noticia de la desaparicion de Lucinda, creyeron naturalmente que debia ser el efecto de alguna caprichosa determinacion de don Marcelino. Anselmo desesperado, impuso a Freire de lo que sucedia, i éste juró que habia de descubrir el paradero de la niña.

Doña Estrella, despues de hablar con doña Trinidad (de quien no pudo saber otra cosa sino el hecho de que Lucinda estaba encerrada en un convento) se fué a ver a Cecilia, i con ella recorrió en un dia los siete monasterios que poseia Santiago, sin encontrar la

menor noticia que pudiera consolarla. Volviendo al fin a su casa, dijo a su marido:

—Cándido: es preciso que sepamos cuanto ántes el paradero de tu ahijada. A tí te corresponde el velar por su conservacion.

—Pero ¿no dicen, hija mia, que Lucinda se ha metido en un convento?

—Yo acabo de recorrer todos los monasterios; pero me he molestado en balde, pues en ninguno he obtenido noticia de Lucinda. Yo no sé a dónde la habrá metido el monstruo de su padre..... ¡Ah! si yo fuera la Trinidad, no se portaría él de ese modo!.....

—No hables así, Estelita!

—Déjame hablar... No puedo contener dentro de mí la indignacion que siento al ver cómo ese hombre trata a su familia... No merece ser ni el esposo de su mujer, ni el padre de su hija.

—Pero, hijita de mi alma! ¿si Lucinda ha querido dejar el mundo, qué nos va a nosotros en ello?

—De todos modos, dijo doña Estrella, creo que si la niña ha entrado a algun convento, no ha sido por su voluntad sino forzada por su bárbaro padre.

—Estelita, observó don Cándido: estás atacando la autoridad paterna... ¡Toda autoridad viene de Dios!...

—Calla la boca. El hecho mismo de no haber encontrado noticia alguna en los monasterios, me prueba que Lucinda es víctima de un nuevo capricho de don Marcelino.

—Ya te digo que ella ha entrado con entera voluntad.

—I si es así ¿por qué ocultar su paradero?

—Eso debe ser porque la muchacha no ha querido dejar rastro por donde se la encuentre... ¡Se conoce que la vocacion es verdadera!.....

—¡Verdadera vocacion! esclamó la señora. ¿Sabes lo que dices? ¿Crées que el amor empuja a las muchachas al monasterio? Por último, prosiguió imperiosamente: es menester que te veas hoi mismo con don Marcelino a fin de que descubras el secreto. En cuanto a mí, me voi a ver con el jeneral Freire.

—¿Con Freire?

—Sí, hombre de Dios!; para acordar con él las medidas que conviene tomar.

—Mujer, por Dios!: ¿piensas meterte a la carrera militar?

—Talvez lo haria mejor que muchos hombres, esclamó riendo la

señora... Pero no temas que tome la espada: se trata de otro asunto... Ya te he dicho que el jeneral se interesa por Anselmo.

—Tan pipiolo es el uno como el otro.

—No quiero meterme en eso, le interrumpió la señora... Miéntras voi a casa del jeneral, tú hablas con don Marcelino... Tú tienes sagacidad natural i.....

—¿Quién lo duda?

—I él es un viejo imbécil.....

—Que nunca pasó del *quis vel quid*.....

—Sin ninguna instruccion.

—Hizo pedazos siete Nebrijas sin provecho alguno.

—Pues bien: será incapaz de ocultar a tu penetracion ese secreto.

—¡Pues no ha de ser incapaz!

—Entónces, tengo razon en confiar en tu talento.

—Sí, sí, respondió encantado don Cándido: tienes mucha razon, Estelita.

—Acuérdate de aconsejar a don Marcelino que éntre en razon i que no se esponga a sufrir las consecuencias de su tenacidad. En este mundo el que sabe mas, debe dirijir al que sabe ménos.

—Eres un prodijio de sabiduría, dijo don Cándido estremadamente lisonjeado; i si supieras latin, no te trocaria por el mas encumbrado doctor de la Universidad de Córdoba... Pero no pierdo la esperanza de que aprendas.....

—Aprenderé lo que quieras; pero es preciso que me des gusto... Recuérdale a tu compadre que Freire proteje a Anselmo.

—Mui bien. Así se lo diré.

—Pues entónces, Adios, dijo doña Estrella, dando tres o cuatro palmaditas sobre el hombro de su marido.

Cuando éste hubo quedado solo, dijo meneando la cabeza con aire de importancia:

—Esta mujer sabe mas que un libro. Es cierto que el que sabe mas, debe dirijir al que sabe ménos... Voi a ver al tonto de mi compadre, i le esplicaré las cosas en buen castellano para que me comprenda.

Miéntras tanto, el jesuita hablando con don Marcelino en casa de éste, le decia:

—Desengáñese Ud: no crea que el empeño de ese mozo, nazca del amor por Lucinda... Aquí hai otra cosa que amor.....

—¿I qué puede haber?

—Ambicion! señor don Marcelino... Ud. que posee una alma bien puesta, no puede comprender hasta dónde llega esa pasion por obtener riquezas i distinciones; pero nosotros los confesores que escudriñamos hasta los últimos pliegues del corazon, adquirímos al fin la conciencia de lo que es la miseria humana.

—Ah! esclamó el viejo con un acento indefinible.

—Lucinda es la heredera mas rica de este reino, prosiguió el fraile: Anselmo apénas tiene para pasar el dia... Sepa ademas, que los negocios del jeneral no andan mui bien... Si él consigue hacer este matrimonio, sale de *capa rota*.

—Caramba! Me moriría si viera pasar a manos indignas el fruto de mis sudores!.

—¿I puede ser otro el fin que se propone? ¿Por qué tanto empeño en que Anselmo se case? Pobre niña! esclamó el fraile con el acento de un profundo dolor: ¡pobre Lucinda si llega a ser la esposa de un hombre que no la quiere sino por sus capitales!

—No llegará a serlo! I aun cuando el mismo Dios... Vaya, padre; iba a decir una herejía!

—Sin embargo, dijo el jesuita, el jeneral es malo para enemigo; i cuando a él se le pone una cosa en la cabeza.....

—No ha de ser mas porfiado que yo, le interrumpió don Marcelino con orgullo.

—Ya lo creo, murmuró el fraile sonriendo. De todos modos, prosiguió en voz alta; bueno es prevenir los males que pudieran ocurrir... Por ahora los hemos hecho perder la pista; pero tanto harán que al fin descubrirán el paradero de la niña.

—Qué lo descubran! los desafio.

—Vamos con tiento: Freire tiene amigos poderosos; i moviendo mil resortes, podrá sacar a Lucinda del convento... Aun mas: yo sé lo que son la ambicion i la codicia, señor don Marcelino! El jeneral será capaz de conseguir que Lucinda cambie de domicilio i.....

—¿Quitármela?

—Ud lo ha dicho; i depositarla en otra casa en donde recibirá libremente las visitas de ese peligroso jóven; i !qué sé yo de lo que serán capaces unas jentes animadas por la codicia!

—¿Pero, este es un mal sin remedio? Cómo podremos curalos de su ambicion?

—Quitando el objeto de esa ambicion.

—Yo no veo cómo, padre mio.

—Oiga Ud. Un antiguo proverbio dice: «que nunca debemos po-

nernos entre una pasion fuerte i el objeto que ella se propone, si no queremos ser aplastados.»

—Entónces ¿debemos dejar que ellos hagan lo que quieran?

—No digo yo eso, objetó el jesuita, sino que entónces hemos de buscar otro camino: voi a poner un ejemplo.

—Veamos el ejemplo.

—Supongamos que un hombre al ver esos sellos i dijes que cuelgan de su reloj, se enamorase de ellos hasta el punto de querer quitarle el reloj a la fuerza.

—Está bien. Ya me lo imajino.

—Supongamos que Ud. se opone tenazmente ¿no es claro que se espondrá a que ese hombre lo mate, a fin de obtener los objetos que han encendido su codicia?

—Entónces ¿le entrego mi reloj que me hace falta i me quedo a ciegas respecto de la hora?

—Nó, señor mio: Ud. debe fijarse en que ese mal hombre no codicia su reloj sino los preciosos dijes i piedras que de él penden. Pues bien: ¿qué hará Ud?: quitar de ahí esos dijes i echarlos en un pozo si no puede de otra manera ocultarlos de la vista de su enemigo. Pues lo mismo es el caso de Lucinda, prosiguió el jesuita, pasando su caja de rapé a don Marcelino. La niña es codiciada; pero el objeto de la codicia es la herencia que pende de ella como los dijes de su reloj.

—Ah! ya comprendo! ¿Cómo quiere su paternidad que arroje mis casas i mis haciendas con vacas i todo dentro de un pozo?

—No nos precipitemos. Siendo su herencia el verdadero fin que esos hombres persiguen, disminúyala Ud.

—¿Desheredando en parte a la muchacha? Lo he pensado.

—Eso de desheredar a una hija, es cosa dura; i no seré yo quien se lo aconseje a Ud. Pero otra cosa seria quitar la espectativa de esa gran herencia, pues entónces....

—¿Cómo?

—Disponiendo Ud. en vida de una de sus tres haciendas a favor de un tercero.....

—Pero.....

—Yo no le digo que Ud. se deshaga de todo su haber: eso seria una iniquidad... Solo me refiero a una de sus estancias, la del Molle, por ejemplo.....

—Es la mejor, padre mio!

—Me he acordado de esa, porque sé bien que Anselmo la mira ya

como si fuera suya; tal es la codicia con que la desea... Quite Ud. este precioso dije que cuelga de la muchacha, i verá como disminuye en gran parte el empeño por obtenerla en matrimonio. Ademas, Ud. puede hacer la donacion a favor de don Meliton de Sandoval, i no digo tampoco que le dé esta hacienda para él i sus descendientes. Eso nó, porque hasta mal visto seria.

—Así lo creo, dijo suspirando el viejo.

—La dona seria solo de los usufructos, es decir, durante la vida de don Militon, quien es mui probable llegue a ser su yerno... Despues de la muerte de Ud., la estancia pasaria a manos de Lucinda, a condicion de que ésta no se case con Anselmo.

—¿I si llega a casarse?

—Entónces, podria Ud. ordenar en su testamento que pasase a poder de... la compañía de Jesus, por ejemplo. ¿En qué otra cosa podria Ud. emplear su riqueza con mas honra de Dios, bien del prójimo i provecho de su alma?

No alcanzó a responder don Marcelino, porque oyéndose la voz de don Cándido en el patio de la casa, se levantó el jesuita de su asiento i saludó al viejo diciéndole:

—Piénselo bien, amigo mio... En estos casos es preciso tomar una resolucion pronta.... Adios.

——:o:——

CAPITULO LXIII.

DON MARCELINO ROMPE CON DON CÁNDIDO.

«El cree que lleva la rienda,
I lo que lleva es el freno.»

(Dicho popular.)

A tiempo que el padre salia del cuarto, por la puerta de la calle, entraba don Cándido por la del patio.

Don Marcelino oyendo la voz de su compadre, se acordó de las últimas escenas que habia tenido que soportar en casa de éste; i en consecuencia, se puso de malísimo humor. Don Cándido, creyendo que ese mal humor dibujado en el semblante de su compadre, era producido por la repentina determinacion de Lucinda, le dijo al saludarlo:

—Mi querido compadre! cuánto siento lo sucedido! ¿Quién lo habia de pensar? No parecia que la muchacha tuviese vocacion para el monasterio; pero en fin, es preciso consolarse.

—Ud. tiene la culpa de todo, compadre, le contestó don Marcelino.

—Yo! ¿está Ud. en su juicio?

—Ud. Porque a no haber mediado aquellas desagradables escenas del dia de su santo, nada habria sucedido.

—Ya caigo! Pero ¿qué culpa tengo yo en todo eso?

—No es nada! ¡I me convida para que me vaya a juntar en su casa con ese mozuelo que persigue a mi hija!

—Pero ya le digo que no fuí yo quien lo convidó sino Estelita.

—¿I por qué no se lo impidió?

—Es verdad, dijo don Cándido, que si yo se lo hubiera prohibido a Estelita, ella no se habria atrevido a convidar a ese mozo; pero como ella hizo el convite sin que yo lo supiera....

—Eso es lo que yo digo! interrumpió don Marcelino. En su casa se hacen las cosas sin que Ud. sepa nada. ¡Mui bien irá aquella danza!

—¿Qué quiere Ud. decir?

—I mucho que se jacta de mandar en jefe a su familia!

—I me jacto con razon.

—Sí! se jacta con razon; i no sabe palabra del juego de *chueca* ni de quién lo armó! I luego viene aquí a darme consejos sobre el modo de tratar a la mujer, diciéndome que él tiene a la suya en un brete, cuando si abre la boca para papar moscas, es porque le manda la mujer que la abra!

—A mí! esclamó don Cándido, alzándose de su asiento i cuadrándose con arrogancia enfrente de don Marcelino. ¿Crée Ud. que... Pero dejemos este asunto i vamos al que me traia a esta casa.... Quisiera saber ¿en qué convento está Lucinda?

—¿I con qué derecho me viene Ud. a preguntar una cosa que yo no quiero decir?

—Con el derecho de padrino de mi ahijada.

—Já! já! jáa! Ya todo el mundo va teniendo derecho para meterse en mis asuntos de familia! interrumpió don Marcelino. Viene el uno i me dice que tiene derecho para casar a mi hija con el que se le antoja a *su merced*, i luego me amenaza con un pleito para quitarme a mi mujer. En seguida viene el otro a pedirme cuenta sobre lo que he hecho con su ahijada.

—Pero, compadre, oígame por la Vírjen Santa! esclamó don Cándido. Mire que el que sabe mas, debe dirijir al que sabe ménos...

—Bien andarian mis asuntos, si yo me dirijiera por los consejos de un hombre como Ud. que no es capaz de dirijirse a sí mismo.

—Compadre!

—I que, como dice el refran, cree llevar en las manos las riendas del matrimonio, i lo que lleva es el freno en la boca.

—Compadre! dijo don Cándido, tenga modo, i hable con mas respeto de Estelita.

—Si yo no hablo de ella, hombre, sino de Ud.

—Pero en eso que dice tan sin razon, insulta Ud. a Estelita, que es un dechado de humildad, mansedumbre i obediencia. Ud. no comprende esto porque su rusticidad natural le tiene una venda en los ojos: así como tampoco comprende el interes que me inspira la suerte de mi ahijada.

—Se conoce que Ud. se interesa por ella, interrumpió don Marcelino. ¿Quiere Ud. saber en qué monasterio está para llevarle el galan?

—Pero, hombre! Si ya le he dicho que en cuanto a eso, estoi mas inocente que San Juan Bautista! ¿Puede Ud. dudar de mi palabra?

—De lo que no dudo, respondió don Marcelino, es de que Ud. i su mujer se han querido burlar de mí. Ahora mismo ha venido Ud. a arrancarme mi secreto; pero no lo conseguirá, porque sé en donde tengo los ojos.

—Este hombre es irreducible, murmuró don Cándido. ¡Toda mi sagacidad ha caido al agua; toda mi elocuencia se ha estrellado en esta mollera de cal i canto!

—Ademas, prosiguió don Marcelino, le encargo que se lo cuente todo a mi comadre, diciéndole de mi parte; que no se meta en vidas ajenas; que haga de su marido lo que se le antoje; pero que en cuanto a mí....

—Compadre! le interrumpió don Cándido, levantándose prontamente de su asiento; a mí no me gusta que se hable de mi esposa en tales términos!

—¿En castellano claro? Pero advierta, compadre, que yo no sé latin. Cada cual habla en la lengua que puede, i santas pascuas, dijo don Marcelino con satisfaccion, viendo que al fin habia conseguido exaltar a su compadre.

—Lo que quiero decir es, replicó éste, tomando su sombrero i su baston; que Ud. ni nadie debe espresarse de Estelita sino con el debido respeto que ella merece.

—Estelita! repitió don Marcelino, parodiando el tono de don Cándido i haciendo un jesto grosero. ¿I quién es doña Estelita para que se meta a donde no le va ni le viene? Si le gusta tanto hacer matrimonios. ¿por qué no tuvo hijas para que las hubiera casado i recasado una i mil veces? Ah! por los clavos de Cristo! que si yo fuera su marido, otro gallo le cantara a la tal Estelita!

—¡Qué hombre tan inculto e incivil, murmuró don Cándido, dando muestras de querer retirarse.

—Esto es lo que hemos ganado con la tal república, prosiguió don Marcelino, paseándose por su cuarto como si estuviera solo. En tiempos del rei, nuestro Señor, no andaban las mujeres metiéndose en las cosas ajenas.... Oh! ya un cristiano no puede vivir en este país! En cuanto concluya este asunto i pueda redondear mis negocios, me largo para España.

—Adios, compadre, dijo don Cándido, dirijiéndose a la puerta. Ud. está por hoi intratable, i la prudencia me manda retirarme.

—Ojalá sea para no volver, dijo don Marcelino, acompañando a don Cándido hasta la puerta.

—Ud., dijo éste, ha sido, es, i será un hombre rústico *per secula seculorum*.

—Amen, contestó don Marcelino, cerrando de golpe la puerta por donde salió su compadre.

Cuando don Cándido llegó a su casa, ya doña Estrella estaba de vuelta, i apénas vió a su marido, le dijo:

—He hablado con Freire: estaba enojadísimo con don Marcelino.

—Es un *logogriphus*, contestó don Cándido, sin comprender él mismo la palabra que empleaba.

—Pero quedó mas calmado, prosiguió doña Estrella, i ya nos hemos convenido en lo que debemos hacer.... ¿I a tí cómo te fué? pudiste descubrirle el secreto?

—¿No te digo, mujer, que ese hombre es un *logogriphus*? Quién lo entiende? Ni él tampoco entiende a nadie. Toda mi astucia, toda mi sagacidad, toda mi elocuencia, han sido perdidas.

—Pero en fin ¡alguna noticia debes haber obtenido!

—Lo único que he sacado en limpio es que yo soi la causa del encierro de Lucinda.

—¿Por qué?

—Porque los convidé a comer el dia de mi santo.

—Tú sí que te has vuelto *griphus*, contestó la señora impacientándose. No te entiendo.

—Pues lo mismo me pasó a mí con él. Nos separamos medio pelcados.

—¿Por qué causa?

—Si tú supieras lo que ese bárbaro dijo en mi presencia....

—Pero si no me lo dices ¿cómo lo he de saber?

—Es que yo no quisiera molestarte, Estelita.

—Habla! hombre de Dios, que me tienes sobre ascuas!

—Díjome que te aconsejara que no te metieras en negocios ajenos.

—¿I tú lo pudiste aguantar?

—¿Yo? Buenas correas tengo para aguantar esos desmanes! Al momento tomé mi baston i....

—¿I despues?

—Mi sombrero para venirme. Pero él se desencadenó de nuevo en contra tuya, de tal modo, que no me fué posible permanecer allí.

—Ah! si yo fuera hombre, o por lo ménos, si yo fuera su mujer, ya sabria él cómo debia portarse! La culpa la tiene la Trinidad.

—¡Qué casualidad! esclamó riendo néciamente don Cándido.

—¿De qué te ries?

Lo mismo dijo él respecto de tí: «Si yo fuera su marido, otro gallo le cantara a la tal Estelita!»

—Miserable! ¿I no castigaste su osadía? Pudiste permanecer indiferente al oir tamaño insulto?

—Nó, nó! contestó con enerjía don Cándido ¿Yo, permanecer indiferente, viendo que ese rústico te insultaba? Nó; me separé de él al momento!

—¿I tuviste ánimo para venirte sin castigar su atrevimiento?

—Estelita, respondió don Cándido. Ya te digo que yo me conozco. Me vine pronto, porque no quise esponerme a hacer alguna fechoría.... Tenia la cabeza ardiendo de indignacion i de coraje.... No podia permanecer ante aquel bárbaro. Yo me conozco!

—Pues desde hoi trabajaré con mas empeño en contrariar sus planes, dijo doña Estrella, arreglándose la mantilla como para salir.

—¿A dónde vas?

—A casa de don Marcelino. Se me ocurre en este momento hacerle una advertencia a la Trinidad....

—Pero Estelita. ¿no ves que ya es hora de comer?

—Comeré con mi amiga, contestó la señora poniéndose en camino. Yo veré si ese rinoceronte es capaz de ultrajarme en mi presencia, como lo ha hecho delante de mi marido.

—¡Qué fuí a decir! murmuró don Cándido con la mayor consternacion. Permíteme que te acompañe, entónces, prosiguió en tono mas elevado.

—Nó. Quédate aquí: esto es mas prudente. ¡Como tú te conoces!

Iba a contestar don Cándido; pero su mujer ya habia salido a la calle.

—¡En lo que han venido a parar todas estas andanzas! esclamó el buen hombre. Mi padre me decia que yo habia nacido para el foro; i en efecto, no me falta sagacidad, penetracion i elocuencia; pero no parece sino que estuviera de Dios el que yo haya de salir mal en todas las negociaciones que emprendo.... ¡Qué mujer tan viva de jenio! ¿Si tendrá razon mi compadre en decir que Estelita ha principiado ya como a dominarme?

—:o:—

CAPITULO LXIV.

EL CONFESOR DE LUCINDA

«Ven, dulce sueño,
Calma un instante
De un pecho amante
La ánsia crüel;
Con tus prestijios
Engañadores
Ven mis dolores
A adormecer!»

(Mercedes M. de Solar).

Volvamos al convento de las monjas Capuchinas, en donde Lucinda seguia sufriendo su inmerecido cautiverio. Dos o tres veces habia escrito a su madre, rogándola que viniese a consolarla en la triste situacion en que se encontraba, i al mismo tiempo a esplicarle la causa de su encierro. Prometíale conformarse con el suplicio de permanecer allí, a condicion de que ella viniese a espresarle de viva voz sus deseos de que se quedara en el convento. Pero las cartas de la pobre niña no habian tenido otra contestacion que una esquelita de letra de doña Trinidad, en la cual ésta no decia a su hija otra cosa sino que le era imposible dar por ahora esplicaciones sobre el particular; que se sometiera a los consejos de la madre

abadesa, i sobre todo, a los mandatos del confesor, el padre O,* de reconocida santidad, con el cual, le pedia encarecidamente se confesara; i por último, que ella, su madre, iria a verla cuando don Marcelino lo permitiese.

Cuando Lucinda hubo leido esta esquela, dijo meneando la cabeza.

—Nó: no es de mi madre... Pero la letra es de ella... ¿i cómo puede ser esto, Dios mio?... Estoi segura de que las palabras no son de mi pobre madre!

En seguida se le apareció la abadesa, quien le dijo melosamente:

—Hija mia: seria bueno que usted tratara de tranquilizar su conciencia.

—Madre, no estoi en estado de confesarme, contestó la niña. Se me ha quitado mi libertad sin saber yo la causa, i esto me tiene mui intranquila.

— Pues precisamente por eso, hija, es preciso que usted llegue al santo tribunal. Allí encontrará esa tranquilidad que le falta.

—Mañana veré si puedo...

—¿Cómo se atreve usted a vivir un solo dia sin acercarse a la santa mesa? dijo severamente Sor Agueda. ¿No sabe usted que de un momento a otro podemos ser llamadas ante el Supremo Juez? Piense que nadie tiene seguro un dia, i que tan pronto va el viejo como el jóven... Tiemble usted, prosiguió con ardor; tiemble usted, al considerar que el pecado de la neglijencia, es el mayor de los pecados i el que echa mas almas en el infierno... Ah! las muchachas creen que han comprado la vida, i sin embargo ¿quién tiene seguro el dia de mañana?

Diciendo esto, le volvió la espalda; pero fué para venir al otro dia a hacerle las mismas amonestaciones.

—Ahí está el reverendo padre O.* dijo: aproveche usted la ocasion, hija de mi alma... Hágalo por la preciosa sangre de Nuestro Señor Jesucristo; por las lágrimas de su Santísima madre! Aproveche la oportunidad con que la misma Providencia la llama a acercarse al misericordioso tribunal.

La niña no habia aun formado la resolucion de confesarse; pero, vencida por las instancias de la monja, i llevada de aquella natural inclinacion nacida de la costumbre en el ejercicio de este acto relijioso, se decidió a seguir el consejo de la abadesa.

Dos horas despues estaba a los piés del confesor, el venerable

padre O*, del cual no nos es dado decir otra cosa, sino que era amigo íntimo del reverendo Hipocreitía. Sin embargo, a juzgar por el estado en que quedó Lucinda despues de su primera confesion en el convento, podia asegurarse que el padre O* habia encontrado el secreto de minorar el dolor de aquella alma. ¡Tal es el poder que en una alma piadosa i llena de fe, ejerce la palabra de quien habla en nombre de Dios.

Aun considerada la institucion de la confesion bajo el punto de vista puramente humano, son incalculables los beneficios que produce con la confianza que enjendra, con la doctrina que propaga, con los consuelos que derrama en el corazon herido, i con el amor, la fe, i la esperanza que hace jerminar en el alma estraviada por las pasiones. Pero desgraciadamente, el abuso puede convertir este elemento de vida en un instrumento de muerte intelectual, tanto mas nocivo a las sociedades, cuanto mas santo es el objeto de la institucion.

Hemos dichó que Lucinda se levantó mucho mas consolada de los piés del confesor, quien supo fortificar el abatido espíritu de la pobre niña, despertando en ella una saludable confianza en la Providencia Divina.

Pasados algunos dias, volvió Lucinda a confesarse; pero esta vez no logró la tranquilidad que deseaba: ántes bien, la amargura de su corazon se reflejaba notablemente en su semblante.

—¿Qué tienes, amiga mia? le preguntó Sor María de los Dolores, quien con el cariño de una madre no la desamparaba un momento.

—Ah! madre mia, le contestó Lucinda: no sé si con lo que voi a decir ofendo a Dios; pero me es imposible ocultar a Ud. que mi confesor ha aumentado hoi mi suplicio... ¿No era bastante aun, prosiguió la pobre niña, llorando, tenerme aquí encerrada? ¿No era aun bastante que hiciera el sacrificio de mis afecciones? ¿Por qué pedirme que mi corazon ame a otro?

—¿Qué hai de nuevo? Habla, hija mia, le enterrumpió la monja.

—El confesor me ha dicho formalmente que no debo desobedecer a mi padre... que debo aceptar el marido que él me propone. ¿Cómo podré aceptar lo que mi corazon rechaza tan imperiosamente? Dígame Ud. madre, amiga mia, ¿qué debo hacer?

—Pobre niña! murmuró la monja con un acento de dolor tan profundo, que Lucinda, olvidando su propio dolor, se quedó espan-

tada al ver la palidez de que se cubrió de repente el rostro de su amiga.

—Madre mia: mis palabras la hacen sufrir a usted, le dijo la niña. Perdóneme, por Dios, el daño que le causo!

I al abrazarla sintió Lucinda que el corazon de Sor María latia con violencia debajo del hábito.

—No es nada, hija mia, dijo ésta rehaciéndose de su emocion.

En seguida, prosiguió en voz baja:

—No sabria qué decirte en este momento: talvez te daria un mal consejo. Espérame hasta mañana i sabrás mi contestacion. Espero que Dios despejará mi mente!

Lucinda no pudo dormir aquella noche, atormentada por la idea de tener que optar entre desobedecer a su padre i al confesor, o casarse con un hombre cuyo solo recuerdo la hacia temblar. Combatido su espíritu por mil diversos pensamientos, permanecia en la cama sin poder conciliar el sueño, cuando creyó oir en la pieza vecina que ocupaba Sor Maria, un ruido estraño que la sobresaltó. Todo el convento dormia, al parecer, profundamente: en el claustro reinaba un completo silencio, i solo se oía de vez en cuando silbar el viento sobre los tejados. Lucinda creyó al principio que el ruido que acababa de oir en la otra celda no provenia sino de su exaltada imajinacion; pero bien pronto volvió a oir el mismo ruido i se puso a escuchar llena de sobresalto.

—¿Si se habrá enfermado Sor Maria? se preguntó a sí misma. Es preciso que yo me levante para socorrerla.

Preocupada con esta idea, se vistió prontamente i salió de la celda. El claustro estaba hundido en un silencio sepulcral i medio alumbrado por la luz de la luna que se dejaba ver por entre las rasgaduras de los negros nubarrones que entoldaban la atmósfera. El viento silbaba de una manera lúgubre, i Lucinda tuvo miedo al oir la pequeña campana del reloj de la sacristía que tocaba la hora de la media noche. Pero distrájola bien pronto de esta emocion, el acrecentamiento del ruido en la otra celda.

La pobre niña sintió herizársele los cabellos al escuchar los golpes dados acompasadamente, acompañados de jemidos temblorosos. Quiso entónces entrarse en su celda; pero un sentimiento inesplicable la hizo permanecer como clavada debajo del corredor, no léjos de la puerta de Sor María de los Dolores, que permanecia entreabierta aun. Miéntras tanto, los golpes siguieron entremezclados de

suspiros i de ayes apagados, i Lucinda comprendió al fin, la cruel penitencia que la monja estaba haciendo sufrir a su débil cuerpo.

—¿Por qué este castigo, (dijo entre sí la niña mirando al cielo) siendo como es ella una santa?

En seguida, viendo que por aquella vez la prudencia le ordenaba retirarse, quiso volver a su cama, mas no pudo dejar de oir estas palabras:

—Dios mio! ¿Hasta cuándo durará mi martirio? ¿Cuándo dejaré de ver su imájen aquí, aquí en este corazon miserable que no tiene fuerzas para dejar de amarlo? Gran Dios! merezco mil i mil veces vuestra cólera...

No se oyó mas. Las palabras se apagaron bajo el ruido de los azotes que revelaban una ajitacion febril. Lucinda apénas creia lo que estaba oyendo. Poseida de miedo, de horror, de compasion, de curiosidad i de mil sentimientos opuestos, vacilaba entre quedarse i huir de aquella espantosa escena. Pero como el dolor atrae al dolor, la compasiva niña se sintió arrastrada hácia aquella oscuridad de donde salian los ayes de su única amiga. De repente lanzó ésta un jemido de mortal angustia. El ruido cesó, i Lucinda oyó distintamente caer en tierra un cuerpo pesado. La niña no dudó entónces i corrió hácia la celda, en donde, por un secreto instinto de su corazon, encontró el cuerpo de Sor María, mitad sobre la estera que le servia de cama, i mitad sobre los ladrillos del pavimento.

La monja estaba desmayada i no contestó a las cariñosas palabras de Lucinda. Esta, entónces, acostándola lo mejor que pudo en su camilla, cubrióla con la burda frazada que le servia de cobertor. En seguida se fué prontamente a su celda, i volvió con una vela encendida i un vaso de agua, que era el único recurso de que podia disponer.

La asustada niña lanzó un grito de horror, al ver el suelo salpicado de sangre, i en las descarnadas manos de la monja, una disciplina armada de agudos clavos de fierro: pero bien pronto se rehizo, i pudo acercarse a su amiga para prestarle el socorro que podia.

CAPITULO LXV.

SOR MARÍA DE LOS DOLORES.

«Su imájen adorada me persigue;
Borrarla de mi mente, es vano intento:
Háblame en el silencio del convento,
I hasta al altar del mismo Dios me sigue»

(Eduardo de la Barra).—Sueño i delirio.

Bajo la impresion de la luz i de las gotas de agua que Lucinda arrojó sobre el rostro de Sor María, despertó ésta de su letargo i mirando espantada en torno de sí, llorando, se abrazó del cuello de Lucinda

—Yo misma me he vendido! murmuró la monja, a quien un momento solo le bastó para comprenderlo todo.

En seguida ocultó rápidamente debajo de las ropas de la cama, el feroz instrumento de su martirio.

—Espero que usted no tomará a mal lo que he hecho, le dijo Lucinda.

Sor María estaba confusa: mas, haciendo un esfuerzo sobre sí misma, dijo a su amiga:

—Sin duda, Lucinda, que tú lo has oido todo!...

—Sí, contestó ésta; pero ha sido por casualidad. No crea usted que una curiosidad reprensible me haya traido aquí.

—Ah! ¿Cómo habia yo de presumirlo?

—Oyendo el ruido, creí que usted estaba enferma, i...

—No te has engañado, hija mia: estoi enferma; mui enferma, contestó la monja, poniendo sobre su corazon la mano de Lucinda.

—¿Quiere usted que vaya a despertar a álguien?

—Nó, mi querida. Nadie puede curarme de lo que sufro.

En seguida prosiguió con mas calma:

—He tenido una especie de sueño; he visto que un ánjel me socorria, i ese ánjel eras tú, mi querida Lucinda. No creas que sufro; ya estoi buena, prosiguió la monja, incorporándose en la cama... Vete a tu celda; recójete, que puede hacerte mal el frio de la noche.

—No me iré hasta no verla bien tranquila, contestó Lucinda. Aun mas: si no la molesto a usted, permaneceré aquí velando miéntras usted duerme.

—Nó: no puedo permitirlo...

—Me ha sido imposible dormir. Voi a buscar mi cama para tenderla aquí cerca de la suya.

Diciendo esto, la niña fué i trajo su colchon, que estendió sobre el pavimento de la celda.

—Ya que has sido testigo de la penitencia; quiero que sepas su causa, dijo Sor María.

—Mi buena amiga, la interrumpió Lucinda: respeto sus secretos, i no quisiera.....

—Tengo mis razones para hablar, dijo la monja. En primer lugar: tú has hecho confianza en mí, i ésta no se paga sino en la misma moneda. En segundo lugar, no quiero que me tengas por una santa penitente... Nó, no; amiga mia, soi...

I Sor María se detuvo. En seguida tomando una de las manos de Lucinda, le dijo con aire solemne:

—Creo que lo que voi a revelarte, hija mía, podrá fortificar tu espíritu, porque nuestra debilidad contra la desgracia se deriva casi siempre de la falta de mundo; es decir, del poco conocimiento de la desgracia ajena... Tú, prosiguió la monja, acentuando sus palabras: tú, que has sido encerrada en esta casa porque no puedes olvidar un amante, i que te crees por esto tan infeliz cuando es verdad que de un dia a otro puede Dios unirte a él, sabe que la monja que tienes a tu vista se encuentra tambien en este convento porque supo amar a un hombre...!

Lucinda no contestó i miró a Sor María con muestras de la mayor admiracion. Esta continuó:

—Es preciso que te lo diga todo, hija mia, porque no quiero usurpar inmerecidamente tu estimacion haciéndome pasar a tus ojos por una mujer mejor de lo que soi... Despues de haber castigado mi cuerpo, prosiguió sórdamente, bueno es que castigue mi espíritu, humillándolo con esta revelacion.

Miéntras tanto, Lucinda, cuya sensibilidad adivinaba hasta el fondo el dolor de la monja, se creia dichosa ella misma. El dichoso puede hacer abstraccion de los demas: el infeliz gusta siempre com parar su estado con el de los seres que le rodea.

—Seré breve, dijo la monja con una calma aparente que engañó a Lucinda. Yo no nací para el claustro. Mis padres me amaban con locura, i consecuentes con este amor, trataron de darme una buena educacion. Con el fin de poner en el colejio a mi hermano, que era mucho menor que yo, fuimos a vivir a Concepcion. Allí encontré mi desgracia. Ví a un jóven; conocí que me amaba, i lo amé... Perdon oh! Dios mio! por tales recuerdos!...

—¿I murió? preguntó Lucinda, creyendo adivinar la causa del dolor de la monja.

—Peor que eso! contestó ésta con triste acento; mil veces peor! Mi padre tuvo malas noticias sobre la conducta del jóven, i me prohibió que le correspondiese, i aun le impidió a él mismo el visitarnos.

—Ah!

—Pero en poco tiempo vimos que él cambiaba de conducta... Se convirtió en el jóven mas honrado i laborioso de Concepcion. Tuve el orgullo de creer que yo era la causa de aquel cambio; i cuanto mas pensaba en esto, mas lo amaba, porque creia que sus buenas cualidades eran obra mia; i que por amor a mí, habia logrado vencerse; i cuando oía alabarlo, me parecia que las alabanzas se dirijian a mí. ¡Yo habia formado un hombre! Bien pronto habia Dios de castigar este orgullo; ¡cúmplase su santa i adorable voluntad! Un dia, (dia espantoso en que casi toda la ciudad de Concepcion estuvo en peligro de arruinarse por un terrible sacudon de tierra) en ese dia, amiga mia, él espuso su vida por salvar la mia. I lo consiguió sacándome sin sentidos de la casa que poco despues cayó.. El salió herido... Una fiebre terrible lo tuvo en cama durante mas de un mes... Yo velaba cerca de él noche a noche, acompañando a su madre... Cuando (todavía me acuerdo como si acabara de suce-

der) una tarde confesó en su delirio que me amaba... Yo lo sabia, i sin embargo ¡cuánto no fué lo que gocé oyéndoselo repetir! Yo, entónces abracé a su madre preguntándole si me queria admitir por hija... ¡Cuál fué mi dolor cuando la buena señora me hizo ver, llorando, que esto era imposible!

—¿I por qué? preguntó Lucinda con interes.

—Porque él estaba destinado a la iglesia... Su madre, a tiempo de darlo a luz, habia hecho un voto de consagrar al altar el fruto de sus entrañas

—¡Jesus! esclamó Lucinda, cubriéndose la cara con ambas manos.

—Entónces fué cuando yo prometí consagrar mi vida al servicio de Dios, si él libraba de la muerte... Veinte dias despues estaba sano; i yo, cambiando mi nombre de Anjelina por el de María de los Dolores, entré en este convento, creyendo encontrar aquí el olvido de mi desgracia!!... Pero cuánto me engañaba!...

—Amiga mia! cuánto mas no la amo ahora! esclamó Lucinda.

—Te lo confieso para mi propia vergüenza, prosiguió Sor María de los Dolores: en balde he querido desterrar de mi pecho esos ilícitos recuerdos; en balde he querido apagar en mi corazon la llama que lo consume, sin estinguirse jamas. Si hablo con mis compañeras, es pensando en *él;* si me retiro a solas, me persigue tambien su recuerdo, i si elevo mi corazon a Dios, me sorprende a mí misma, orando por *él*, por su felicidad... La luz del sol, la vista de los árboles i el canto de las aves me recuerdan la dicha de aquel tiempo en que mi felicidad estaba en mi imajinacion;... i hasta en el ruido del viento que suele resonar sordamente por el claustro, me parece oir el eco de su voz. Oh! Dios mio! ¿por qué no ha de morir jamas en mí este recuerdo, que cuánto mas grato es, mas infeliz me hace? Te he dicho esto, Lucinda, para que veas cuán justa es la penitencia que me impongo.

Lucinda no hallaba qué decir, i se contentaba con besar cariñosamente las manos de la pobre mártir.

—Por consiguiente, prosiguió ésta; no debes mirarme sino como una gran pecadora, que lucha todavía sin conseguir otra cosa que la conviccion de la esterilidad de sus sacrificios.

—Madre mia, le dijo al fin Lucinda; yo no puedo mirarla a Ud. sino como una de las personas a quienes mas amo en la vida. Antes de saber sus desgracias, la respetaba a Ud. por instinto; pero ahora la respeto por conviccion.

—Gracias, hija mia; pero aun cuando me hables de ese modo, no se aumentará en lo mas mínimo el cariño que te tengo...Tú me has hecho acordar del mundo... Al oir tus cariñosas palabras, al ver pintarse en tus ojos los sentimientos de tu buen corazon, he visto renacer en mi pecho afectos que dormian, pero que no estaban estinguidos...Dios mio! Yo no sé por qué esta consideracion que me aflije, hace nacer al mismo tiempo en mi alma no sé qué secreto contento que anima mi espíritu aun contra mi misma voluntad. He querido i quiero morir en mis afectos, i ahora veo que estos afectos viven i me llaman a la vida! He querido anonadar mi corazon, i ahora veo que todo ha sido en vano! Hasta de mi familia me he separado completamente: no me quedaba mas que un hermano i dos tias; pero a pesar de lo mucho que los amaba, tuve fuerzas para rogarles que me olvidasen i que no me viesen jamas. Mas, no necesita el corazon de que los ojos vean para tener presente los objetos de su cariño. ¡Pobre hermano mio! pobre Anselmo, tan bueno i jeneroso!...

—Anselmo! esclamó Lucinda, a quien este solo nombre hizo palidecer de emocion.

—¿Qué tienes? preguntó Sor María ¿conoces a Anselmo Guzman?

—¿Anselmo Guzman es hermano de Ud? esclamó Lucinda, poniéndose de pié como por un movimiento galvánico.

—Sí, hija mia; pero ¿por qué...

—¡Hermana de mi corazon! le interrumpió la niña, abrazando a la monja cuya sorpresa iba en aumento. ¡Hermana de mi alma! Sabe que Anselmo es el dueño de mi voluntad...

—¿Será posible?

—¿Qué ha tenido mi corazon que no lo ha adivinado ántes? se preguntó Lucinda.

La monja no parecia escucharla. Hincándose en la cama, esclamó con las manos elevadas al cielo:

—¡Bendito i alabado sea el nombre de Dios! Gracias, ¡gracias Dios mio! que me pones en estado de ser feliz contribuyendo a la felicidad de mi hermano!

I dirijiéndose a Lucinda, le dijo estas breves palabras pronunciadas con tal tono de conviccion, que hicieron renacer la esperanza en el alma de la pobre niña:

—Serás la esposa de Anselmo!

Lucinda miró a la monja con indescriptible mezcla de amor, de respeto, de compasion i de agradecimiento.

—Sí, Lucinda, prosiguió la monja: Siento en mí la conviccion de que serás mi hermana. Como tal te amo. Roguemos a Dios por que esta union se verifique...Dios permitirá que os vea unidos ántes de morir. Si lo consigo creeré que el cielo ha perdonado mis faltas.

—Pero si mi padre se opone a esta union, dijó Lucinda; si no encuentro apoyo en mi madre misma ¿qué otro refujio me queda fuera del claustro? A pesar de mi repugnancia, habia prometido buscar la paz en un convento, si.....

—Ah! hermana querida, le interrumpió la monja con el acento de la mas triste conviccion: para encontrar la paz en el convento, es preciso entrar en él con el espíritu tranquilo. El hábito es incapaz de tranquilizar al corazon que fué una vez sacudido profundamente. Aquí no se aprende sino a conservar la calma que se trae de fuera...Por esto soi de parecer, prosiguió, que conserves intacto tu santo afecto. Pon tu confianza en Dios, i él favorecerá tus rectas intenciones si tienes fe en su divina Providencia!!!.....

.....

En esto se oyó la campana que tocaba a maitínes. Un susurro jeneral se dejó oir en el monasterio, que todo entero despertaba para ir a rendir al Señor de todo lo creado, el tributo de los primeros pensamientos del dia.

—Ya amanece, dijo Sor María. Tocan a coro i es preciso que me levante.

—Pero, hermana de mi alma, Ud. no ha dormido, le interrumpió Lucinda ¿no podria dejar de ir al coro?

—Hace algunos años, le contestó sonriendo dulcemente la monja miéntras arreglaba su hábito, que no sé lo que es darme gusto. Es preciso que cumpla con mi obligacion, i que ademas mortifique a este cuerpo rebelde...Voi a orar a Dios por tí, prosiguió, acariciando a Lucinda con inefable bondad. Miéntras tanto, te ruego que trates de conciliar el sueño.

Diciendo esto, salió Sor María i se incorporó en la fila de monjas que se dirijia hácia la iglesia. Diéronse i devolviéronse los saludos de costumbre:

—Hermana! qué nuevas tenemos?

—Agradezcamos a Dios este nuevo dia que amanece para nosotras!

—Pidámosle su gracia para poderlo emplear en su servicio!

Bien pronto quedó el patio sumido en el mas profundo silencio.

El viento seguía ajitando los naranjos del claustro i silbando sobre los techos. De cuando en cuando oía Lucinda el eco de la oracion de la mañana, que semejante al aroma de mil flores, se elevaba hácia el cielo. La niña unió su corazon al de las puras vírjenes, i cuando la oracion cesó, rendida de fatiga, dobló su bella cabeza sobre la burda almohada, i vestida como estaba, se quedó profundamente dormida.

—:o:—

CAPITULO LXVI.

LA CORRESPONDENCIA SECRETA DE LOS REVOLUCIONARIOS.

> «En breve tiempo fué Portales un potentado que tenia a sus órdenes i escalonada en todo el país una falanje de guardias i de espías que perseguian a los sembradores i comerciantes de tabaco a sangre i fuego.»
>
> J. V. Lastarria.—(*Juicio histórico sobre Portales, II.*)

En ese mismo dia marchaban juntos por la calle de Santa Rosa en direccion de la casa del clérigo Cardoso, los señores Víctor Dorriga i don Diego Portales. Despues de haber marchado largo rato en silencio, dijo el primero:

—¿Para qué nos habrá enviado a llamar su reverencia?

—No sé, contestó lacónicamente el segundo: solo me dice en su esquela que se trata de una noticia importante.

—Lo mismo me dice a mí, agregando que es preciso tomar una pronta medida.

Llegados a la casa, se fueron al cuarto del reverendo, a quien encontraron arreglando, una sobre otras, varias cartas abiertas que tenia sobre la mesa.

—Bienvenidos sean Uds., dijo, saludando a los recien llegados. Acabo de recibir estas cartas que me hablan del estado en que se encuentra la República. Vamos a leerlas por órden, a fin de determinar con acierto sobre lo que conviene hacer.

—Está bien, contestó Portales, sentándose. Yo tengo buenas noticias del sur. Tambien traigo aquí mi correspondecia.

—Veremos si las noticias que nos dan estas cartas coinciden con las que nos han llegado por otros conductos, dijo Dorriga.

—Vamos a ver, dijo el padre, tomando una de las cartas. Daremos principio por la del presbítero Franco que me impone de los últimos sucesos de Valparaiso. Dice así:

«*Valparaiso, Setiembre* 21 *de* 1829.

«Reverendo padre: La paz de Dios sea con su paternidad reverenda.»

Un lijero movimiento que Portales hizo sobre su silla, interrumpió la lectura del fraile, quien mirando por debajo de sus negras pestañas a don Diego, vió dibujarse en los labios de éste una sarcástica sonrisa. Sin embargo, afectó no apercibirse de ello i prosiguió su lectura con voz firme i clara:

«Con fecha dieziseis del presente, ha verificado el Congreso el escrutinio en la eleccion del Presidente i vice-Presidente de la República. El primer cargo ha recaido en la persona del jeneral Pinto, que aun cuando sea nuestro enemigo, poco tenemos que temer de él....»

—Tiene razon, es una momia que la tierra reclama, dijo Portales.

—¿I quién es el vice? preguntó con voz temblorosa Dorriga.

«Para el segundo cargo (prosiguió leyendo el padre) resultaron 98 votos por don Francisco Ruiz Tagle; 61 por el jeneral Prieto, i 48 por don Joaquin Vicuña. Ud. comprenderá que los amigos hemos hecho soberanos esfuerzos a fin de que se diese por electo al primero, en cuyas manos esperábamos que Pinto depositaria el mando supremo una vez que se viese agobiado por los achaques de su edad, i por los inconvenientes que sabríamos suscitarle; pero el diablo ha metido su cola, i estos malditos pipiolos que están en mayoría, han repetido la votacion entre los tres nombrados, declarando electo a Vicuña, quien sacó cinco votos mas que Tagle. Hemos protestado una i otra vez; pero ellos creen estar en su derecho

interpretando antojadizamente el artículo 72 de su infernal Constitucion.

«Por último yo reiteré mi protesta i pedí certificado de ella. Vean Uds. lo que conviene hacer allí.

«En consecuencia, el Congreso ha dispuesto hoi, que Pinto venga a este puerto a recibirse del mando.

«Miéntras tanto, nosotros influimos sobre el ánimo de las jentes, i ya hai muchas que creen inconstitucional la eleccion de Vicuña.»

Salude a los amigos de esa etc.»

—Yo creo que es preciso ganar tiempo retardando el viaje de Pinto, dijo don Víctor.

—Así me parece, contestó el padre, i ya he trabajado sobre esto.

—¿De qué manera? preguntó don Diego.

—Dando algunos consejos a Pinto: Uds. saben que el jeneral me cree: he sido su confesor; conozco sus tendencias, que son por la libertad; pero tambien conozco sus debilidades....

Portales se sonreia meneando la cabeza, i haciendo circulitos en el suelo con el grueso baston que tenia en la mano.

—Por esto me he ocupado durante este último tiempo en meter miedo al jeneral con la grave responsabilidad del mando supremo. Está dispuesto a renunciar.

—De poco nos servirá su renuncia si el mando ha de caer en manos de Vicuña, observó don Diego.

—Sin embargo, la infraccion puede servir de pretesto a los nuestros, dijo Dorriga. No hai mal que por bien no venga.

—Con todo, agregó Portales, yo estoi porque Pinto quede en el mando. Su debilidad nos favorece. En consecuencia, conteste Ud., padre, al clérigo Franco, diciéndole que trabaje por que el Congreso no admita la renuncia.

—Veremos lo que dicen los demas amigos, contestó su reverencia. Ahora vamos a otro capítulo: ¿que noticias tiene del sur?

—Ahí es donde está lo principal del negocio, dijo don Diego.... Ayer recibí cartas de varios amigos del Maule. La ajitacion crece por momentos, i espero que Prieto se hará pronto dueño de esas rejiones.

—Amen, contestó el fraile. En cuanto a las noticias de Concepcion prosiguió, sonriéndose; no pueden ser mas satisfactorias. El cura de aquella ciudad, que es un santo hombre, me escribe una car-

ta modelo de laconismo, que haria honor a un espartano. Héla aquí.

«Amigo mio: Todo Concepcion es nuestro!»

—A mí tambien me han escrito lo mismo, contestó Portales: i es preciso creer que Prieto cuenta allí con un buen número de prosélitos.

—Pero lo importante es que los tengamos por acá, contestó Dorriga.

—Esta otra epístola es del Maule, interrumpió Hipocreitía:

«Venerado amigo: De un momento a otro esperamos que pase para el norte el invicto Prieto con su gran ejército, aunque, a decir verdad, este nuevo Gedeon no necesita de tanta jente para vencer a esos Filisteos, verdaderos enemigos del Arca Santa de nuestros derechos. Todo el mundo se apresta para acompañar al ejército libertador hácia esa tierra de promision que....

—Pare, padre, por Dios! le interrumpió Portales. Permítame que no le crea a ese bíblico corresponsal; pues parece no vivir en Chile.... No nos metamos con judíos....

—Esta otra misiva es de un cristiano, dijo sonriendo Hipocreitía.

—Veamos lo que dice.

«De este partido del Maule, a 23 de Agosto de 1829.

«Reverendo Señor: Celebraré que al recibo de ésta, se encuentre su paternidad gozando de la mas perfecta salud como mi fino afecto se lo desea. Yo estoi *güeno pa* lo que me mande i fuere de su mayor agrado. Señor: esta se reduce a *ecirle* que respecto del encargo que me hizo sobre *ecirle* el *estao* de las cosas de la *pulítica* de este *partío*, le diré a su *paternidá* que el negocio no puede ir mejor que lo que va, porque es bendicion de Dios lo que pasa, que no parece sino cosa de milagro, *sigun* es la gana que la jente tiene de que llegue Prieto con revolucion i *too* a estos lugares El señor cura da hasta cuarenta dias de *indulujencia* al que ayude a la causa santa, como él dice en las pláticas *dotrinales* de los domingos, con la iglesia llena hasta los *topes* que da gusto. En fin, se hacen apuestas de uno i otro *lao*. Unos apuestan a que el gobierno cae, i otros a que no cae; i si mi cosechita no hubiese sido tan mala este año, yo habria *podio* apostar hasta doscientos pesos, porque la cosa está de ocho a cuatro, *sigun* lo afirma el señor cura, que lo ha leido i releido en su libro que se llama Biblia del tiempo de los señores je-

suitas. Por último, i al fin del cuento; yo creo que con el favor de Dios, los herejes no *meniarán pata*. A dos gringos que hai en este pueblo, los *tenimos acholaos*, i no se atreven a salir de sus casas ¿quién les metió en la cabeza venirse a esta tierra de cristianos a dar mal ejemplo, que es un horror? ¿Por qué no se van para su Francia? I con esto se despide S. S. S. Q. B. S. R.

—Su paternidad lo entiende, dijo Portales; pues busca sus corresponsales entre toda clase de jente.

—Es guaso que me debe todo lo que tiene, contestó el fraile. Algo se puede sacar en limpio de todo el fárrago de su carta. Oigan ahora lo que me escribe mi corresponsal de Curicó.

«Reverendo padre: como mi carácter de sacerdote me impide hasta cierto punto meterme mui adentro en los negocios de la política revolucionaria, me he contentado con hablarles a varios amigos sobre la necesidad que el país tiene de cambiar de gobernantes, i aun de sistema. I puedo asegurar a su paternidad, que mis palabras han encontrado eco entre los amigos de la relijion. ¿Cómo habia de trepidar en poner mis influencias al servicio de una causa tan santa? Pero aunque obro con mucha prudencia, porque no hago mas que predicarles en el púlpito su deber i aconsejárselo en el confesonario, creo que se ha conseguido bastante. Al ménos, yo puedo responder de la actitud de mis feligreses. Ayer hablé con un cierto individuo sobre un proyecto, que aunque peligroso, no deja de presentar sus ventajas. Se trata de la formacion de una partida ambulante que recorrerá la parte del país comprendida entre este pueblo i la capital....

—Ah! ya sé quién es ese individuo, interrumpió Portales.... Me ha escrito él mismo....

—¿Quién es?

—Don Anjel Calvo.

—Un antiguo realista.

—Sí, lo conozco; es de los nuestros, i no nos engañará, dijo Dorriga.

—Pues don Anjel, prosiguió Portales, ha formado el proyecto de reunir una partida de guasos para tomarse la villa de Curicó i preparar por medio de correrías, el campo a Prieto.

—Es lo mismo que esta carta dice, contestó el fraile. Voi a leerles en seguida lo que me dice otro señor cura de San Fernando.

«Mi querido i santo amigo:

«En mi curato no hai muchos pipiolos; pero los tres o cuatro que existen bastan para revolverlo todo: tienen, pues, a toda esta felegresía como una madeja sin cuenta. ¡Es un horror! Ayer no mas se atrevieron a decir en presencia de los concurrentes a la misa, que yo no cumplia con mis deberes porque predicaba a mi rebaño sobre política. ¡Herejazos! ¿I qué sabrán ellos de relijion? Pero yo no me he chupado el dedo, porque a renglon seguido los escomulgué, i santas pascuas. Ya muchos fieles timoratos no se atreven a hablar con ellos.... ¡Para que vean lo que es difamar a su cura! Como aquí la autoridad está en manos de boquiabiertos que no saben lo que es tomar una medida contra tales desmanes, no hai mas que emplear contra los malvados los rayos del Espíritu Santo. Si siguen con las mismas, los escomulgo a velas apagadas, i veremos quién pierde. Miéntras tanto, écheme su parternidad la bendicion i encomiende en sus santas oraciones a su humilde capellan para que no sea presa de estos fariseos.»

Concluida esta carta, que hizo sonreir a los que la oyeron leer, dijo el padre:

—Tengo ademas otras de varios curas del campo que dicen mas o ménos lo mismo. Cada cura persigue las ideas pipiolas, i las espone a la vergüenza pública, ya en el púlpito, ya en las conversaciones doctrinales del estrado. Acerca de esto, estoi contento porque tenemos en este país un clero celoso por el sosten del órden i de las ideas relijiosas. Tal es lo que Uds. pueden poner en conocimiento de los demas amigos, encargándoles que no desmayen, que influyan por todos los medios posibles para preparar los ánimos a favor de la revolucion del sur.

—Pero Prieto no ha escrito, dijo don Víctor: nos tiene a cicgas.

—Espero recibir bien pronto cartas de Prieto, dijo Portales. Miéntras tanto pueden Uds. hacerse cargo del estado de nuestros asuntos en el sur, leyendo estas cartas, muchas de las cuales me han llegado esta mañana.

Diciendo esto, sacó don Diego de sus bolsillos varios paquetes de cartas que echó sobre la mesa, i que los circunstantes empezaron a abrir i a leer con avidez.

—Ahí verán Uds., prosiguió Portales, sonriéndose, que yo tengo tambien mis corresponsales, así como nuestro reverendo Hipocrei-

tía. Casi todas estas firmas son de administradores de estanco, estanquilleros, i hasta cigarreros, que me sirven con celo i fidelidad.

El padre hizo un jesto de aprobacion, i acercándose a don Diego le dijo:

—No se olvide de Freire, señor. El crédito del jeneral nos puede ser mui útil cuando llegue el caso de obrar.

—Aldeano está encargado de ese papanatas, dijo Portales. Lo maniatará como a un carnero.

—Que no olvide el señor don Rodrigo de recordar a Freire las causas de su enemistad con Pinto, dijo Hipocreitía. Es preciso que Freire haya tenido i tenga razon siempre, porque a los hombres impresionables se les maneja halagando su pasion favorita.

Despues de esto, Portales i Dorriga se retiraron. El padre tomó entónces la carta que estaba debajo de las demas, i leyó con estrema satisfaccion.

X.* Setiembre 1.° de 1829.

«Reverendísimo señor:»

«A su paternidad debo cuanto tengo: por sus empeños me veo a cargo de esta escuela que me da para mantener a mi mujer i mis hijos; por consiguiente, no hago nada con obedecer sus órdenes, i no se dirá, Dios mediante, que Hilarion de la Cachiporra es un desagradecido.

«Sigo, como no puedo ménos de dejar de seguir, en todo i por todo sus consejos. Cada dia soi mas duro con mis muchachos, quienes me respetan mas que a sus propios padres, i aun éstos muchas veces me envian sus hijos para que los castigue, en lo cual he adquirido portentosa fama en este pueblo, mucho mas que la que tiene mi compañero de Cauquenes, protejido tambien por su paternidad. He escrito en las paredes de la escuela *la letra con sangre entra*, i hasta los mocitos de media barba tienen que inclinarse ante el látigo i la palmeta; por manera que no hai quien no respete al español Cachiporra. Aun despues de haber salido de la escuela me conservan cierto temor que como su paternidad me dijo la última vez que nos vimos, era necesario para abatir el orgullo a éstos enemigos de la madre patria.

«Le aseguro, sin mentir, que muchas veces les he aplicado el correctivo solo por humillar a los mas orgullosos. Si es que este sis-

tema se sigue en todo este reino, producirá al fin mui buenos efectos.

Besa los piés de su paternidad reverenda, su humilde criado.»

H. de la Cachiporra.

No parecia sino que aquel fuera el dia de las cartas para el reverendo padre, porque apénas concluyó de leer la anterior, cuando entró al cuarto una vieja, quien entregando al fraile un papel doblado, dijo:

—Sor Agueda me encargó dar a su paternidad esta carta *en mano propia.*

Desplegó Hipocreitía el papel i leyó:

«Reverendo padre:

«La niña, despues de haberme hecho concebir esperanzas, ha vuelto a su terquedad primitiva. Parece que algo de nuevo le ha pasado en el convento. No oye mis consejos, i el confesor mismo se queja de su tenacidad. Ya se ve! quien lo hereda no lo hurta, pues, (no lo digo por mal) el pobre don Marcelino ha sido siempre porfiado.

«Deme consejo, i Dios me lo guarde—Su humilde servidora que se arroja a besarle los piés, pidiéndole su bendicion en el nombre del Padre, del Hijo i del Espíritu Santo. Amen.»

Sor Agueda, Indigna abadesa de este convento.

El padre tomó la pluma i contestó:

«Respetable madre:»

«Ponga a la niña en una celda sola, i quítele toda clase de compañía. Yo hablaré con el confesor. Su humildísimo capellan.»

Hipocreitía.

En seguida dió la contestacion a la misma vieja i se dispuso a salir.

—Talvez ha echado a perder el negocio ese imbécil clérigo O*, dijo, tomando su baston i sombrero. Es preciso que hable con él: ¡qué triste cosa es esto de no encontrar un hombre que sucunde un plan bien combinado!

CAPITULO LXVII.

EL GOLPE MAESTRO DE LA PERFIDIA.

«El jeneral Pinto, asustado de su obra misma, retrocedió en el conflicto; i con su propia mano entregó a los adversarios de la unidad liberal, la tea con que debian devorar sus inmortales preceptos.»

B. V. Mackenna.—(*Portales I*, 3.)

Entrevistas análogas a la que relata el capítulo anterior, se sucedian cotidianamente entre los enemigos del gobierno. Se daba, se recibia i se comentaba las noticias, ya orijinadas del gabinete i de los círculos sociales de Santiago, ya traidas de las provincias. Las cartas escritas en las mas apartadas rejiones i dirijidas a los prosélitos de la capital, eran leidas ya en reuniones secretas, ya en la plaza pública, cuando se creia conveniente su publicacion. Cruzábanse las desconsoladoras noticias por todas partes: los unos las oian temblando de miedo, otros las deseaban mas amenazadoras aun, i muchos las recibian i las daban sin creerlas. La intranquilidad llegó a ser una enfermedad crónica de la sociedad: estado tanto mas alarmante, cuanto que era orijinado de las especies propaladas por un partido tan autorizado ante el vulgo, como eran los pelucones. Vivíase en una época de transicion, en que la duda i el temor que

ella produce, tenian a las jentes en un contínuo sobresalto. Marchábase como a ciegas por un terreno desconocido, i en esa marcha no era difícil esplotar el candor de los que obraban de buena fe. La mutua desconfianza producida por la sistemática hostilidad del partido reaccionario contra los principios liberales, habia llegado a constituir un elemento social, que desunia aquí para unir allá, o para soldar amistades más allá. Porque, no es estraño que quien desconfia de un vecino, busque un apoyo sólido en la union de un tercero a quién teme u odia ménos.

Las causas de ese fenómeno político-social, que nuestra sociedad presentaba entónces, han llegado últimamente a evidenciarse de una manera tal, que de su estudio se deriva una severa leccion para nosotros. ¡Quiera Dios que sepamos aprovecharla!

¿Por qué la administracion de los liberales se habia creado tantos enemigos con la práctica misma del bien? Hé aquí lo que decia, algunos años despues, el ilustre autor de las palabras escritas a la cabeza de este capítulo:

«El gobierno destruia los privilejios comerciales e industriales: luego nosotros, privilejiados, destruyamos ese gobierno.

«El poder político examinaba i tocaba la posesion de los sostenedores del órden antiguo: luego nosotros, frailes i clérigos privilejiados, destruyamos ese poder político!

«El gobierno es hereje; quiere renovar las creencias antiguas de la plebe; quiere ilustrar: luego exaltemos a la plebe católica, antigua, contra la ilustracion, la herejía.»

Los pelucones supieron aprovechar ese estado de febril intranquilidad que ajitaba la república, esas colisiones producidas por el ardor patriótico de unos, al estrellarse contra la frialdad egoista o la temerosa esquivez de otros; así como tambien la desintelijencia de los diversos grupos que formaba el partido liberal, grupos que, sin embargo de mirar hácia un mismo fin, marchaban como a discrecion. Esta falta de union, i talvez una exajerada confianza en sus propias fuerzas, fué lo que los perdió. Miéntras ellos creian poder marchar sin miedo, con el estandarte de la libertad en la mano, sus enemigos no perdian la menor ocasion en minar las bases del sistema republicano que principiaba a entreverse. Las ventajas de su posicion social, sus riquezas, la ignorancia del pueblo, las antiguas preocupaciones, los vicios de la sociedad, i hasta los mismos errores del partido liberal, fueron otros tantos elementos de reaccion que los retrógrados supieron utilizar.

El punto de apoyo de las insidiosas operaciones de los reaccionarios, era el sur de la república. Concepcion, cuyas aspiraciones de influencias provinciales no cesaban de fomentar los pelucones, habíase hecho el centro de la revuelta que Prieto, valiéndose de los mismos elementos que el poder supremo puso en sus manos, habia logrado estender hasta las riberas del Maule. Hé aquí cómo la reaccion pelucona principió por una traicion: i, traicion ella misma en la esencia de sus aspiraciones contra la libertad i los derechos de los pueblos, habia de llegar al fin a consolidarse por otra gran traicion.

Con fecha 4 de octubre de 1829, se reunió la Asamblea provincial de Concepcion, i levantó una acta, por la cual se declaraba en abierta rebelion contra los poderes constituidos, fundándose en las «infracciones cometidas por el gobierno contra la Constitucion» que acababa de dictarse i que ellos mismos querian echar por tierra.

La noticia consternó a Santiago, i los pelucones se empeñaron en estenderla por toda la ciudad, derramando por las calles i plazas gran cantidad de hojas sueltas, en las cuales se agregaba ademas, que el ejército de Prieto no tardaria en atravesar el Maule para dirijirse hácia la capital.

Los liberales, cuyas esperanzas se fundaban en el jeneral Pinto, se empeñaban en que éste asumiese cuanto ántes el mando. Con la pronta organizacion de la administracion suprema se podia cruzar las operaciones de los traidores. Pero a éstos les importaba mucho ganar tiempo, i consiguieron que el Presidente elejido renunciase. Desechada la renuncia por el Congreso, volvió el jeneral a elevarla de nuevo; i fué desechada por segunda i tercera vez. Entónces, Pinto asumió el mando; pero fué para darle un golpe de muerte al Cuerpo Lejislativo, que era la salvaguardia de la República.

Entraba por mucho en los planes reaccionarios, el introducir la discordia entre el Poder Ejecutivo i el Lejislativo, así como la habian introducido ya entre aquél i el Judicial. «Dividámoslos i los debilitaremos,» era la jaculatoria constante del padre Hipocreitía, quien miraba de reojo al clérigo Franco cuando éste decia en sus arrebatos:

—Es preciso que obremos de una vez contra estos facinerosos!

—Nó! contestaba el fraile, «esperemos a que la pera esté madura para recibirla en la mano cuando caiga».

En el mismo dia en que el jeneral Pinto se hacia cargo de la presidencia; esto es, el 19 de octubre de 1829, se hallaba el infatiga-

ble jesuita hablando con sus principales amigos en casa del ex-ministro Ruiz Tagle. Despues de haber tratado largamente sobre el estado de los asuntos del sur, dijo con impetuosidad el clérigo Franco:

—Pues, señores, ¿si Prieto cuenta con un ejército de mas de dos mil hombres, por qué no se viene sobre la capital? Santiago es nuestro ¿qué esperamos para dar el grito?

—Piés de plomo, amigo mio, le interrumpió Hipocreitía sonriendo. Ninguna cosa sale buena si no se hace *in debito tempore*.

—Para mí la verdadera oportunidad está en la rapidez con que se obre, replicó Franco.

—Sin embargo, observó Dorriga, la prudencia aconseja...

—¿Qué dejemos escapar el pájaro? interrumpió el otro.

—Nó, mi buen amigo, respondió Hipocreitía. Es preciso no tratar de tomar el pájaro con demasiada precipitacion, porque nos podríamos quedar con las plumas en la mano.

—Tiene razon, su paternidad, dijo Tagle: yo siempre he seguido su parecer.

—Yo puedo estar mui equivocado, prosiguió el jesuita con tono humilde i mirando por entre sus negras pestañas a don Diego Portales, que se sonreia al observar los jestos que hacia el clérigo Franco: yo puedo equivocarme; pero creo necesario concluir de prepararnos. Los tontos han caido en el garlito. Mui pocos son los que creen en el formal levantamiento de Prieto, i todos ellos piensan encontrar en Pinto un sólido apoyo del sistema actual. El mismo Pinto lo cree, i no es éste su mejor engaño; pero ya ustedes saben que hemos conseguido de él la clausura del Congreso. Mañana se reunirá éste para principiar de nuevo sus sesiones en esta ciudad; pero tambien mañana mismo recibirá del nuevo Presidente la proposicion de cesar en sus funciones.

—Pero; ¿es un hecho que Pinto ha accedido? preguntó Dorriga.

—Tengo aquí una copia de la nota, contestó el fraile, presentando a la concurrencia un papel doblado.

Portales tomó la nota; la leyó rápidamente, i dijo.

—Está en regla. Este golpe es maestro!

—Don José Joaquin de Mora, que es quien la ha redactado, dijo Hipocreitía, ha tenido la bondad de hacer en ella algunas alteraciones que yo le he indicado.

—Don José Joaquin es un buen español, observó Dorriga.

—El señor Tagle es testigo, prosiguió el fraile, de lo que ha ha-

bido que trabajar para hacer consentir a Pinto en que la salvacion de la República estriba en la disolucion del Congreso i en la nueva eleccion de mandatarios para el año venidero. El buen jeneral cree a estas horas que solo así se conseguirá hacer desaparecer las rivalidades, los odios de partido, las ambiciones i el descontento que divide al país. Es preciso, señor jeneral, le he dicho yo, «quitar todo pretesto a la sedicion i todo pábulo a las miras personales.» El lo cree así i obra con la conciencia de que tal proceder pacificará al país. Pero una vez disuelto el Congreso, el país es nuestro, como un rebaño al cual se le ha quitado el pastor.

Cuando Hipocreitía hubo terminado, todas las miradas se fijaron en él. El fraile hablaba con la elocuencia de un hombre inspirado, i el tono solemne de su discurso, dominó a los concurrentes, algunos de los cuales esclamaron:

—Sí ¡sí: es verdad! Entónces será el momento de obrar.

Portales nada decia: solo se contentaba con mirar de hito en hito al fraile miéntras hablaba; i concluyo al fin por aprobar el discurso con un jesto en que se revelaba cierto grado de admiracion.

Esa misma tarde se hablaba en los diferentes círculos de Santiago de la dimision del jeneral Pinto, i de la manera enérjica con que una i otra vez, habia sido rechazada por la Representacion Nacional.

Habiase descubierto que estas renuncias no eran mas que un juego de *coquetería* aconsejado por los pelucones al jeneral, cuya debilidad esplotaban. Ellos sabian mui bien que la mayoría del Congreso no aceptaba la renuncia, i esperaban sacar partido de la desintelijencia entre el cuerpo lejislativo i el presidente electo.

Esta desintelijencia comenzaba a verse bien claro en los motivos mismos que servian de base a la renuncia de Pinto. Este escribia al Congreso con fecha 18 de octubre que «entre los principios que dirijian al Congreso i los suyos, no existia aquella armonía, sin la cual, ninguna administracion podia ser útil.» I luego concluia diciendo: «que no solo era lícito sino *obligatorio*, el renunciar la presidencia, a causa de *la imposibilidad de aceptarla, sin aparecer partícipe en actos que no juzgaba conformes a la lei*; i que ademas, eran de *una tendencia perniciosa*.»

—¿No ven ustedes? decian los mas exaltados. ¿No ven ustedes cómo ya se ha sembrado la zizaña entre los poderes Lejislativo i Ejecutivo?...¡Aquí está de manifiesto la mano de los pelucones! Por subir al mando serán capaces de empujar al país a la guerra civil.

Hablábase ademas en los numerosos corrillos de cierta entrevis-

ta habida entre Pinto i los principales pelucones, en la cual, habia quedado convenido que la revolucion que amenazaba al país, se desarmaria por sí misma, a condicion de que se disolviese el Congreso.

Los noticieros referian mil anécdotas que revelaban la maléfica influencia del partido reaccionario sobre el ánimo del Presidente, i aun aseguraban que ya éste habia firmado la nota que debia enviar al Congreso proponiendo su separacion.

Esta vez decian verdad los noticieros: sin embargo, habia muchos que tenian fe en el patriotismo i buen sentido del jeneral Pinto, i no podian creer que él se prestase a servir de apoyo a los reaccionarios. Otros, sin hacer agravio a la lealtad del ilustre jeneral, temian que éste no fuera a ser víctima de las instigaciones peluconas, i se decidieron a hacerle presente que, en caso de haber acojido tan fatal idea, desistiese de ella.

A este fin comisionaron a don Cárlos Rodríguez, para que, acercándose al Presidente, le manifestase cuán peligroso era en las actuales circunstancias, el deshacerse de un apoyo tan importante como el Congreso; mayormente cuando la medida en cuestion pugnaba abiertamente contra la lei i era en un todo contraria a las conveniencias políticas. Rodríguez juró cumplir fielmente con la comision que sus amigos políticos le daban.

—:o:—

CAPITULO LXVIII.

RODRIGUEZ I PINTO.

> La separacion espontanea del Congreso; la convocacion de los cuerpos electorales; i la renovacion de las elecciones constitucionales para el año venidero en las épocas que la lei fundamental señala: tales son en la opinion del Gobierno las solas medidas que pueden salvar de un naufrajio inminente el bajel del Estado»

(Nota del presidente Pinto al Congreso, proponiendo su disolucion.—Octubre 20 de 1829.)

Rodríguez era un patriota ardiente i entusiasta por la causa de la libertad; i habia servido con decidida constancia el *Ministerio del Interior* durante el gobierno de Pinto. ¿Quién otro mejor que él para influir ventajosamente en el ánimo del jeneral?

El dia 20 se presentó don Cárlos en el palacio. Al dirijirse hácia la sala del despacho, vió en una de las oficinas a Ruiz Tagle, Mora i el padre Hipocreitía que conferenciaban entre sí. Rodríguez no miraba bien a ninguno de los tres, i concibió entónces graves sospechas contra ellos. Así preparado, se dirijió a hablar con Pinto:

—Dígame VE. preguntó: ¿es verdad lo que se dice?

—¿Qué se dice?

—Que el Gobierno piensa pedir, o mas bien dicho, piensa ordenar al Congreso su disolucion.

Pinto no contestó sino con un suspiro.

—Perdóneme VE. prosiguió Rodríguez con calor. Mi atrevimiento nace del amor que tengo a mi país.

—¿I crée Ud. pue yo lo amo ménos? le interrumpió Pinto, levantándose de su asiento. Solo el deseo de la tranquilidad pública ha podido obligarme a dar este paso.

—¿Luego es verdad?

—Verdad.

—Señor jeneral! dijo don Cárlos con ese tono de reproche que solo a la amistad le es permitido tomar. Calcule Vuecelencia las consecuencias de este acto.

—Están consideradas, amigo mio. La República se halla dividi da. Las instituciones amenazadas por la revuelta; i yo no veo otra solucion, fuera de hacer esta concesion a los enemigos del órden para quitar todo pretesto.....

—Para envalentonarlos, debiera V E. decir, pues en cuánto le quiten al Gobierno el apoyo del Congreso, la victoria será de los traidores, dijo don Cárlos con ardimiento.

—Pero si bien es verdad, replicó Pinto, que hai en ese partido traidores a la causa de la libertad, no me podrá Ud. negar que tambien hai hombres honrados.

—De ningun modo podria yo negar eso, contestó Rodríguez. Hai en el partido reaccionario muchos hombres de bien, que aman al país; pero lo aman a su manera; personas distinguidas por su saber, pero cuyas preocupaciones borran en su entendimiento las sanas ideas de la ilustracion para dar cabida a las malas prácticas en que se han envejecido.

—Sin embargo.....

—Esas jentes, prosiguió don Cárlos, tienen miedo a la libertad, porque nunca la han practicado; aman el viejo sistema, porque están acostumbrados a él; i serán capaces de oponerse a la rejeneracion política i social del país, porque su conciencia, falsamente alarmada, así se los ordena. Nó, señor: yo no creo que todo el partido reaccionario esté compuesto de malvados. ¡Pobre de Chile entónces! Seria preciso emigrar de aquí...Lo que yo creo es que la falta de ideas, i la ignorancia de la mayor parte de esos hombres, pervier-

ten su voluntad, que de otro modo se dirijiria al bien de la patria.

—Creo que Ud. exajera las circunstancias, amigo, contestó el jeneral. Es preciso que nos acordemos de que tambien ellos son chilenos como nosotros para hacerlos participantes de los negocios públicos.

—¿Digo yo lo contrario? Confieso que la equidad manda llamar a todos los hombres buenos, cualquiera que sea su partido, a formar parte de la direccion de la República. Yo no miro a mis enemigos políticos sino como a verdaderos compatriotas. ¿Ha hecho otra cosa el Gobierno sino darles destinos públicos?

—Es verdad; pero.....

—Muchos de sus prohombres ocupan puestos elevados en el ejército, en la administracion, en la majistratura judicial...Ahí están Prieto, Ruiz Tagle.....

—Sí; pero yo me referia al campo de las ideas.....

—Ah! eso es otra cosa, señor jeneral. En ese terreno no cederé jamas un pelo a los contrarios.

—¿Por qué?

—Porque hemos peleado por las ideas republicanas, i es preciso que sostengamos su imperio. Nuestros padres vencieron al enemigo en el campo de batalla, i nosotros debemos proseguir la noble lucha en el campo social. Yo creo que la prudencia manda ser tolerante con los hombres; pero en cuanto a la entronizacion de los malos principios, ya es otra cosa.

—Comprendo su idea; yo mismo abundo en ella, dijo el jeneral. Pero, ai! amigo mio; cuando uno se ve entre la necesidad de sostener los principios i la de hacer concesiones...

—Concesiones? Yo no veo la necesidad de que habla VE.

—No hablo de concesiones que puedan rebajar la dignidad de la República.....

—¿I entónces?

—Me refiero a la necesidad que hai mil veces de dejar en la sociedad un resquicio por donde se escape esa fuerza enjendrada por las malas pasiones...

—Pero eso suele perder a una administracion, cuando la puerta que VE. abra es la de la injusticia.

—¿La injusticia?

—Sí, señor: porque es injusto abandonar a su suerte i dejar sin apoyo esas instituciones por las cuales tantos patriotas se han sacrificado.

—No quedarán abandonadas. Al contrario, amigo mio: yo creo que el amor a esas instituciones es lo que obliga a muchos hombres de bien, del partido enemigo, a hacer la guerra al Gobierno.

—No lo crea VE... Si mañana toman ellos las riendas del Estado, la Constitucion que aparentan defender será la primera víctima de su furia contra las ideas democráticas.

—De todos modos, dijo el jeneral; mis fines son buenos. Creo deber hacer el sacrificio de.....

—¿De qué?

—De renunciar, si el Congreso no aprueba el plan que propongo.

—Pero, Señor...por Dios!.....

—Estoi decidido a ello en beneficio de la paz.

—I ¿cree VE. que se obtendrá jamas la paz en una república sin el establecimiento del réjimen democrático?

—Pero acordémonos de que la defensa de esos principios nos ha de traer la guerra civil, la lucha entre hermanos. Ah! don Cárlos! tiemblo solo al considerar que yo podria llegar a ser causa de un derramamiento de sangre entre mis compatriotas.!

—Dígame VE., preguntó Rodríguez con mas calma ¿Se acordaron ayer nuestros padres de que tenian que luchar con sus propios compatriotas para deshacerse del poder español? No se puede negar que la sangre de los chilenos debió ser preciosa para los autores de nuestra Independencia; i sin embargo ¿dudaron ellos un momento en derramar aquélla a fin de obtener ésta. Lo que ayer hicieron nuestros padres ¿no podemos proseguirlo hoi nosotros? Porque, considere VE. que ellos no hicieron mas que iniciar la obra, dejando a sus hijos el cuidado de concluirla. Nuestra independencia no será un hecho consumado, hasta que no hayamos establecido fuertemente entre nosotros el réjimen republicano.

—Estoi en ello, contestó Pinto; pero le diré a Ud. ademas, que no encuentro desprovistas de toda justicia las razones que ellos alegan para la disolucion del Congreso.

—Ah! Señor! esclamó Rodríguez, dudando aun de lo que oía. No entraré en esta discusion porque seria demasiado larga, penosa i talvez inútil, desde que tal conviccion lo ha hecho a VE. tomar este partido. Yo creo lo contrario; i me parece que el mejor medio de evitar la guerra civil, es sostener al Congreso, único apoyo que el Gobierno tiene, por ahora, entre los poderes constituidos.

Hubo un momento de silencio, durante el cual, Rodríguez habia

tomado su sombrero, dando muestras de querer retirarse, miéntras el jeneral se paseaba, sumamente contrariado, a lo largo de la sala.

—Pues yo he querido probar al país entero, dijo éste, que no me anima la menor ambicion; i estoi dispuesto a hacer el sacrificio del mando, a fin de obtener la paz que tanto deseo.

—Me parece que seria mas patriótico el sacrificio de conservarse en el puesto miéntras la reaccion amenaza la República, contestó Rodríguez.

—Me es imposible: no tengo fuerzas, contestó el jeneral. Bien sabe Dios, que daria mi achacosa existencia por la felicidad de mi país; pero creo firmemente que mi permanencia en este puesto, puede ser fatal a la tranquilidad pública. Mi resolucion es irrevocable porque no encuentro otro medio de conjurar la tempestad que nos amenaza.

Rodríguez salió desesperado. En la puerta del palacio se encontró con don Melchor Ramos, oficial mayor del Ministerio del Interior, a quien don Cárlos profesaba la estimacion de que el jóven era digno. Ambos amigos se saludaron con cordial franqueza, i empezaron a hablar sobre el acontecimiento en cuestion.

—Casi no puedo creerlo todavía, dijo Rodríguez, apretándose la cabeza con ambas manos.

—Desgraciadamente es verdad, dijo Ramos. Yo mismo he leido la nota, i acabo de tener con el Presidente un disgusto que no he podido evitar.

—¿Cómo así?

—Encontrándome hoi interinamente a cargo del despacho, se ha querido que yo autorice con mi firma una nota contraria a mis principios.

—¿I qué sucedió entónces.?

—Me negué a firmarla. «Nó, señor Presidente, le dije al jeneral; no creo que VE. quiera obligarme a traicionar mi conciencia. Yo no puedo firmar esto.»

—Ah!

—Pinto pareció conmoverse al ver mi resolucion, i me dejó en libertad. Yo no sabia aun lo que él haria en seguida, cuando en aquel momento entró a la sala el padre Hipocreitía.....

—Maldito fraile! Creo que es un traidor.

—Yo creo lo mismo, a pesar de la amistad que parece profesar a toda la familia del jeneral. Impuesto el fraile de lo sucedido, dijo:—«¿qué dificultad hai para que firme el oficial primero? No hai

mas que poner:» *por ausencia del oficial mayor encargado del despacho.* De esta manera, prosiguió diciendo el fraile i mirándome de un modo particular, *quedará tranquila la conciencia del señor Ramos.* En seguida salió de la sala a llamar al oficial primero, refunfuñando entre dientes: ¡*la conciencia*!...Es preciso no contrariarla jamas, i yo respeto hasta los menores escrúpulos de un hombre. Cinco minutos despues, ponia don Alejandro Mardones su firma al pié de la indigna nota.

—Ha obrado Ud. noblemente, dijo Rodríguez, cuyo jesto manifestaba la indignacion de su alma.

En seguida apretó la mano de su amigo, quien pronto habia de pagar con la persecucion i el destierro, su lealtad a los principios del honor i de la justicia.

—:o:—

CAPITULO LXIX.

ANSELMO RECIBE NOTICIAS DE LUCINDA.

«Sí! yo espero: al pesar las dichas siguen.....
¿Quién una vez en el oscuro cielo
No vió brillar el íris del consuelo,
Tras la tempestad?

(E. del Solar.)

Dos o tres dias despues, el capitan Muñoz i su esposa vieron entrar en su casa a su amigo Anselmo que venia con un papel en la mano. Traia el jóven, pintada en el semblante la ajitacion que sentia; i al saludar a sus amigos, les presentó el papel, diciéndoles al mismo tiempo:

—La hemos encontrado!

—¿Qué hai? qué te sucede? preguntó el capitan Muñoz.

—Que acabo de saber que Lucinda está en el convento de las Capuchinas, contestó el jóven.

—Gracias a Dios! esclamó Cecilia.

—Vean ustedes por qué circunstancias lo he sabido. Ustedes tienen conocimiento de que tengo en ese convento una desgraciada hermana.

—Te he oido hablar de ella, le interrumpió Andres.

—Anjelina me escribe esta carta. Voi a leérselas a ustedes;

Mi querido hermano:

Hace pocos dias que han puesto contra su voluntad en este convento, a una niña llamada Lucinda de Rojas. La casualidad, o mas bien Dios, que dirije los acontecimientos de la vida, nos ha unido con la mas sincera amistad. Me ha hecho la confianza de su vida entera, imponiéndome del amor que los une a utedes dos. Considera, hermano mio, cómo la habré abrazado! La quiero con todo mi corazon: puedo asegurarte que ella merece todo el cariño que me ha inspirado. Es un ánjel; i tú, mi querido Anselmo, no podias haber hecho mejor eleccion.

—Pobre hermana! esclamó el jóven interrumpiendo la lectura de la carta i limpiándose con el reves de su mano las lágrimas que aparecieron en sus ojos. ¡Ella, tan desgracia, solo se acuerda hoi de mi felicidad!

En segnida prosiguió:

En varias cartas que Lucinda ha recibido de sus padres, le hablan éstos de la necesidad de que ella permanezca en el convento; pero sin decirle las razones que haya para haber tomado esta resolucion tan cruel. La pobre niña se desespera cada dia mas, i me asegura que su madre no puede haber escrito ninguna de las cartas que aquí han llegado con su firma. Miéntras tanto, se la estrecha por medio del confesor, para que dé su consentimiento a no sé qué proyecto de matrimonio con otro caballero.....

—Infames! esclamó Anselmo, prosiguiendo en seguida:

Te escribo esta carta, no solo por el interes que tú i Lucinda me inspiran, sino porque creo un deber de conciencia el dar a conocer lo que yo llamo un complot contra esta desgraciada niña.

Para colmo de desdicha, la han separado últimamente de mí, i la tienen encerrada en una celda, porque, segun creo, se ha temido que ella encuentre algun apoyo en mis consejos.....

Anselmo volvió a interrumpirse. No dijo una palabra; pero el papel crujió entre sus manos temblorosas. Luego prosiguió:

Creo, hermano mio, no tener necesidad de pedirte que obres con la mayor prudencia. Si el padre de Lucinda hace llegar las cosas al estremo, no tomes una resolucion desesperada, porque la desesperacion es mala consejera. Confía en Dios, i no conviertas en odio el amor de tu corazon. Si hai en la tierra quienes se opongan a tu dicha,

acuérdate de que hai tambien en el cielo una Providencia que puede mas que todos los poderes del mundo. Yo espero que al fin ha de abrir Dios los ojos al padre de Lucinda, porque aquí abajo, ni aun la desgracia es eterna, hermano mio. No des cabida en tu pecho al desaliento, i busca el apoyo de algunas personas de valia, que influyan en el ánimo de don Marcelino, confiando siempre en que Dios ayuda los esfuerzos honrados.

Adios—Recibe un abrazo de tu hermana que ruega por ti.

Concluida de leer la carta, los tres amigos se quedaron unos pocos instantes mirándose en silencio. Luego dijo Andres:

—Es indudable que las cartas de doña Trinidad son supuestas.

—Yo tambien lo creo, contestó Anselmo.

—Pobre niña! murmuró Cecilia.

—¿Qué has pensado hacer? preguntó el capitan.

—Llevar esta carta a don Ramon, contestó el jóven, para tomar consejo de él.

—Me parece bien. Miéntras tanto, yo iré a ver a doña Estrella, dijo Andres.... A propósito ¿sabes lo que se me ocurre?

—¿Qué cosa?

—Que don Ramon visite a don Cándido, el cual tiene mucha influencia sobre el padre de Lucinda.

—Te engañas: don Marcelino se rie de don Cándido; i segun he sabido, ahora no se encuentran mui bien.

—Tanto mejor, replicó Andres.

—¿Qué quieres decir?

—Que si don Cándido nos podia prestar algun servicio, estando bien con su compadre Marcelino, ahora que están mal, podemos contar con que nos servirá con la mejor voluntad.

—De doña Estrella espero mucho; pero de don Cándido.....

—Tambien debes creer que nos ayudará siquiera con su nombre; así como doña Estrella lo hará con su intelijencia i su buen corazon. Te repito que conviene mucho el que Freire le haga una visita como para solicitar su cooperacion en este negocio. Don Cándido es vanidoso i aspira a figurar; por consiguiente, la visita de una persona de la importancia i de las relaciones del jeneral, lo llenarán de satisfaccion i de esperanzas, poniéndolo de nuestra parte.

—I aun cuando mas no fuera, agregó Cecilia, si con eso se consigue que don Cándido no sea un estorbo para Estrella, se habrá puesto una pica en Flándes.

—Pues voi a verme con el jeneral, dijo Anselmo, poniéndose en el bolsillo la carta de su hermana.

—I yo voi a casa de don Cándido, dijo Andres, para imponer a doña Estrella de todo lo que pasa.

Cecilia, viendo salir a su marido i a su amigo, se quedó rogando a Dios por que obtuvieran el logro de lo que deseaban.

Media hora despues, ya Andres habia impuesto a doña Estrella de todo lo que sabia. Don Cándido oía la relacion con cierto aire distraido, como si no le importara gran cosa aquel asunto en que veia interesarse tanto a su esposa, i en el cual iba nada ménos que la felicidad o desgracia de su ahijada Lucinda; pero no bien hubo hablado el capitan de la probable visita de Freire, cuando el señor de la Rueda esclamó:

—¿Qué dice usted, capitan?

—Que segun todas las probabilidades, tendrá usted aquí esta tarde de visita a la mejor espada de Chile.....

—Ah! señor capitan!

—A uno de los jefes mas beneméritos del ejército.....

—Oh! señor capitan Muñoz!

—A una de las personas mas bienquistas en el gobierno.....

—¿Pero está Ud. seguro? Porque ha de saber Ud. que yo no tengo la honra de conocer personal i amistosamente al jeneral Freire.

—No estoi seguro, respondió Andres; pero tengo motivos justos para creer que vendrá hoi.

—Bienvenido sea, dijo don Cándido; i en cuanto a Ud., señor capitan, le agradezco en el alma la advertencia que me ha hecho. Voi a.....

—¿Adonde vas? le preguntó doña Estrella, viendo que su marido queria salir de la pieza.

—Voi a mudarme botas, Estelita, respondió en voz baja don Cándido. ¿Cómo quieres que espere al señor jeneral con estas botas rotas?

Dicho esto, salió; i despues de un buen cuarto de hora, volvió a entrar, no solo con botas nuevas, sino vestido de *punta en blanco*, como él decia.

—Señor capitan, dijo, acercándose familiarmente a Andres. ¿Está Ud. seguro de que el objeto de Freire sea el hablar sobre los asuntos de mi ahijada?

—No es otro, señor, fuera del de saludarlo cordialmente....

—Mucho le agradezco el saludo, i estoi pronto a correspondérselo con la misma cordialidad, siempre que sus fines sean rectos.

—¿I puede Ud. dudarlo?

—Ah! mi amigo! esclamó don Cándido bajando mas la voz; cuando un hombre como yo tiene la desgraciada felicidad de estar casado con una mujer linda, está tambien en su derecho para temer que no todas las visitas tengan fines rectos..... Pero dejemos esto que, si no me engaño, es el mismo Freire el viene entrando por el zaguan.

Así era en realidad. Don Ramon venia acompañado de Anselmo, a quien hizo la señora la mas favorable acojida, miéntras don Cándido se deshacia en cumplimientos con el jeneral.

—Aunque no tenia el placer de conocerlo a Ud. personalmente, dijo éste, me he tomado la libertad de venir a pedirle un servicio.

—Ya tengo conocimiento de todo, por el señor capitan Muñoz, interrumpió don Cándido; i agradezco a Ud., señor jeneral, el que me proporcione la dicha de verlo, para lo cual pongo a su disposicion todos mis posibles.

—Mil gracias, señor: ¿por manera que.... puedo contar con su apoyo?

—Ademas de que tengo tambien que cumplir con las obligaciones que el carácter de padrino de Lucinda, me imponen.....

—Pues, fundado en eso he venido a empeñarme con usted...

—Razon por la cual le he dicho a Estelita, que no es caridad permitir que esa pobre niña sea martirizada por el logogrifo de su padre, que aunque sea mi compadre, no dejo de conocer que es un bárbaro incivil.....

—Es decir, interrumpió vivamente Freire, que puedo contar con que Ud.....

—Nó, hija mia, le dije a Estelita, (sin atender a lo que su interlocutor le decia, i viendo que la señora habia salido de la pieza): nó, mi vida, es preciso cortar los planes de mi compadre. Ella aceptó al momento mi idea, i como es incapaz de contradecirme..... Porque ha de saber, señor jeneral, que yo, aunque trato mui bien a mi esposa i la quiero como a las niñas de mis ojos, no permito que ella me contraríe en lo mas mínimo.....

—Mui bien hecho, señor de la Rueda, interrumpió Freire, ya fatigado de la charla de su interlocutor; mui bien hecho: pero volvamos a nuestro asunto.....

—Así fué, prosiguió don Cándido, que Estelita se puso a trabajar en el sentido que yo le indicaba.....

—Mucho agradezco a Ud. i a la señora.....

—La tengo bien enseñada, señor jeneral, a que siga sin chistar ni *mistar* el camino que yo le trazo. Yo mismo fuí a preguntar a mi compadre en qué convento estaba su hija; pero él nada quiso decirme.....

—Ya sabemos que Lucinda está en.....

—En las Capuchinas.... I ahora que me acuerdo: ¿sabe Ud. que se la tenemos ganada a mi compadre?

—¿Cómo así? preguntó Freire.

—Mire Ud., señor jeneral. Sepa que la abadesa de las Capuchinas, Sor Agueda de.... no me acuerdo ahora, es hermana carnal de la primera mujer de un amigo íntimo de mi difunto hermano, que murió cuando la peste grande, el año de.....

—Vea, señor de la Rueda, interrumpió el jeneral, alzándose de su asiento: el objeto que aquí me ha traido es saber si puedo contar con usted para.....

—Para todo, señor; para todo, interrumpió don Cándido.

—Porque puede suceder que haya necesidad de emplear la fuerza contra don Marcelino; i como si llega el caso de sacar del monasterio a Lucinda, yo no podria ponerla en mi casa, pues las azarosas circunstancias en que el país se halla, nos tienen a todos los soldados sin paradero fijo.....

—Ya entiendo, señor, sin paradero.

—Quisiera saber: ¿si podríamos contar con su casa de Ud?

—La tiene Ud. a su disposicion, señor jeneral, respondió con voz entera doña Estrella, que en aquel momento entraba en la sala.

—Estelita se ha apresurado a contestar por mí, dijo don Cándido, porque sabe mui bien que nada me gustaria tanto como tener aquí a mi ahijada.

—Gracias, gracias señores, dijo Freire. Ahora me permitirán ustedes que me retire. Voi a verme con don Marcelino.

—No necesito ofrecerle a usted mi casa, señor jeneral, dijo don Cándido, porque mui bien puede echar usted de ver el placer que me daria considerando como suyo cuanto me pertenece. Yo mismo lo acompañaria a casa de mi compadre; pero me es imposible, porque yo me conozco, i no soi dueño de mí mismo, cuando mi compadre suelta las barbaridades que suele..... Sí, señor jeneral, decia don Cándido, sacudiendo amistosamente la mano de Freire. ¡Yo

me conozco! Qué Dios lo haga lograr a Ud. lo que desea! I tú Estelita ¿dónde piensas ir, que te veo tan compuesta?

—He pensado que conviene imponer a mi comadre Trinidad del lugar en donde está su hija, i voi yo misma a decírselo.

—Pues ya que Ud. se dirije al mismo punto que yo, quisiera tener la honra de acompañarla, dijo Freire, ofreciendo su brazo a la señora.

—La honrada seré yo, que no Ud., respondió doña Estrella, tomando el brazo del jeneral i diciendo graciosamente a los que quedaban:

—Con su permiso, amigos mios: quedan ustedes en su casa.

—:o:—

CAPITULO LXX.

DE COMO DON CÁNDIDO LE TENIA MIEDO A LAS CASUALIDADES.

«Para las casualidades, el diablo se lo vale!»

(DICHO POPULAR.)

—¿No ve usted lo que yo le decia? esclamó don Cándido acercándose a Andres i mostrando con el dedo por entre las rejas de las ventanas que caian al patio exterior, la pareja que acababa de salir de la pieza.

—¿Qué quiere usted decir? preguntó Andres.

—¡I no entiende usted todavía, señor capitan! ¿No se lo decia yo?

—Pero ¿qué me decia?

—Que estas visitas... Ah! Lo que es el diablo!

—Ah! Pero ¿puede usted creer.....?

—Si yo no creo nada, señor! interrumpió don Cándido. Pero qué casualidad tan... casual! Mire usted: el jeneral viene a visitarme sin conocerme; i esto despues de haber estado Estelita en casa de él (con mi permiso, se entiende) En seguida, el señor jeneral proyecta ir a casa de mi compadre; i al mismo tiempo proyecta mi mujer el ir a hablar con mi comadre. Entra Estelita; me pide permiso con una guiñada de ojo; yo le permito ir con otra guiñada; i la pareja se for-

ma por una casualidad del diablo. Ah! mis amigos, prosiguió: creanme a mí, porque tengo mucha experiencia! El diablo hace de estas casualidades a cada rato; i si yo no estuviera seguro de mi esposa, a pesar de su belleza... Sin embargo, en estos negocios es menester conservar las apariencias... Ah! las mujeres bonitas causan las mas deliciosas intranquilidades de la vida! I usted, amigo Anselmo, prosiguió, dirijiéndose al jóven: usted que se va a casar (porque cuéntelo como cosa segura, desde que yo i Estelita hemos tomado a pecho este negocio), usted que va a casarse con mi linda ahijada, Dios lo libre de las casualidades del diablo, porque de los demas peligros la librará la virtud de mi ahijada; i tenga entendido que en esto del matrimonio, valen a veces mas las apariencias que la realidad. ¿No es así, señor capitan? preguntó lanzando una gran carcajada.

—Usted tiene razon en todo cuanto dice, respondió Muñoz despidiéndose.

—Ya lo oye usted, prosiguió don Cándido, sacudiendo la mano de Anselmo que tambien se despedia; ya lo oye usted, mi querido ahijado: no eche en saco roto cuanto acabo de decirle.

—Agradezco a usted sus instructivas advertencias, mi respetable padrino, respondió Anselmo riendo de buen humor.

Cuando los dos amigos hubieron salido, don Cándido empezó a reflecionar, paseándose a lo largo de la sala.

—Pero despues de todo, decia: el hecho es que yo me he comprometido a obrar contra la autoridad paterna de mi compadre, el cual por grosero i torpe que sea, no deja de ser el jefe de su familia! I lo peor es que Estelita, viendo como yo ataco la sagrada autoridad de mi tonto compadre, puede perder mucho de su espíritu de obediencia i llegar hasta... Pero ¿quién es capaz de decir hasta a dónde puede llegar una mujer que comienza por no obedecer al marido?

Miéntras tanto, Andres i Anselmo habian llegado a la plaza de Armas. Iba el mozo tan ajitado con las repetidas lecturas de la carta de Anjelina, que casi no escuchaba a Andres, el cual, como sucede siempre en casos semejantes, le aconsejaba tener paciencia.

—Pero, amigo mio, interrumpióle el jóven ¿quién puede permanecer tranquilo en vista de tanta infamia?

—Sin embargo, nunca es mas necesaria la tranquilidad que cuando es preciso oponerse a esa infamia, contestó Muñoz.

—Tienes razon: soi un niño, dijo al fin Anselmo.

—Pues entónces, déjate llevar i atiende a los consejos de la amis-

tad. Vamos al café, prosiguió Andres: allí aguardaremos el resultado de la entrevista.

Ambos amigos entraron al *Café de la Nacion*, endonde encontraron varios grupos de curiosos charlando sobre política, asunto predilecto de las conversaciones de la época. Siendo como era el objeto de Andres, distraer a su amigo, se dirijió con él a uno de los grupos, en cuyo centro se encontraba nuestro conocido don Catalino Gacetilla. Hablaba éste hasta por los codos, como suele decirse, miéntras que el círculo que lo rodeaba permanecia mas o ménos callado i pendiente de la verbosidad del orador.

—Ya yo sé los habia pronosticado, decia Gacetilla. En esto habia de venir a parar la conducta del gobierno. Yo no hablo a humo de paja; i cuando les platicaba de la revolucion, era porque lo sabia de buena tinta. Esta administracion bambolea... Ya ven ustedes, Pinto ha rehusado por tercera vez el mando, porque el Congreso ha rechazado su proyecto.

—Pues ¿no lo habia de rechazar, interrumpió uno, cuando se le pedia su disolucion al Congreso?

—¿I para qué queremos Congreso ahora? preguntó otro.

—Para que dicte las medidas necesarias contra los enemigos de la libertad, contestó con valor el primero. Lo que los pelucones quieren es aislar al Gobierno, introduciendo la discordia entre él i el Congreso, que es el poder en que por ahora puede encontrar apoyo.

—Para dictar medidas, tenemos de sobra con el gabinete, observó un viejo español.

—Eso será allá en su tierra, en donde impera un tirano, contestó el tribuno; pero no aquí, que queremos ser rejidos por nuestra Constitucion i por poderes elejidos por el pueblo.

—Pueblo! pueblo! refunfuñó el viejo separándose del círculo. ¡Llenan la boca con esa palabra! ¿Qué sabrá el pueblo de achaques de gobierno?

—Lo mas singular, decia Gacetilla, es que el vice-presidente Vicuña que debia ocupar el puesto en lugar de Pinto, tambien quiere renunciar, segun dicen. No parece sino que el mando fuese una brasa de fuego, segun es el miedo que le tienen! I miéntras tanto, Prieto se encamina a Santiago... La cosa es hecha; sí señores, hecha; lo sé positivamente.

—Gacetilla se ha hecho opositor desde el carcelazo que sufrió últimamente, dijo entre dientes uno.

—¿Crées tú que hablo de picado, interrumpió don Catalino que habia oido las últimas palabras. Te equivocas, hijo mio. Yo soi hombre de ideas, i cuando el gobierno bambolea.....

—Debemos hacernos a un lado, respondió el otro en tono burlon.

—Nó; no es eso, sino que yo digo que tengo mis ideas. Yo soi hombre de principios.

—I de fines tambien, agregó el primero.

Una risa jeneral apagó estas palabras.

——:o:——

CAPITULO LXXI.

NUEVOS RECURSOS DE SU REVERENCIA.

«Desprecio a esos infames
Que arrojan su conciencia
Al pérfido comercio
De pérfida ambicion!»

(Guillermo Matta.)

Miéntras el jeneral Freire, Andres i don Cándido conferenciaban con éste en su casa, otra conferencia tenia lugar en la de don Marcelino, quien hablaba confidencialmente en se cuarto con el padre Hipocreitía.

—Cosas graves suceden, amigo mio, dijo éste en cuanto vió a don Marcelino: cosas graves que piden una resolucion pronta.

—Hable su paternidad. ¿Qué es de Lucinda?

—Acabo de conferenciar con Sor Agueda. La niña no ha creido en las cartas de doña Trinidad.

—Pues lo mismo le ha pasado a ésta con las esquelas que le hemos finjido de parte de la muchacha, dijo don Marcelino. El diablo debe andar en todo esto. Dígame padre ¿no estaba bien imitada la letra?

—No es eso sino que allí en el convento, dió con una amiga que la ha aconsejado....

—Oh! las malas amistades! esclamó don Marcelino en tono sentencioso. Las malas amistades pierden a las muchachas. Pero ¿cómo se ha sabido eso?

— Debido sin duda a esos consejos, Lucinda se ha manifestado mas tenaz que nunca. La elocuencia del confesor que le dejé, el padre O*, ha sido impotente.

—Gran Dios!

—El recuerdo del enojo de Ud.; las amenazas de Sor Agueda; la pintura de las penas del infierno, nada, nada ha podido hacer mella en su ánimo.

—Corazon empedernido!

—Hemos venido a descubrir la causa de su resistencia en una carta que se le interceptó a Sor María de los Dolores.

—¿Qué monja es esa?

—La de los consejos, sin duda, porque en la carta interceptada se hace referencia a otra que debe haber recibido Anselmo.

—Vírjen de los desamparados! ¿I no se ha tomado presa a esa monja?

—Ya están separadas. Lucinda nó ve ahora mas que a una monja de nuestra confianza que le lleva la comida. I lo peor, que Sor María es hermana de Anselmo.

—Ah! ya, ya! Aquella muchacha que por amoríos se entró al convento? Buena alhaja!

—Por consiguiente, ya a esta hora, Anselmo i el jeneral tienen noticias del paradero de Lucinda, dijo Hipocreitía.

—Que las tengan! esclamó don Marcelino. Yo me rio de ellos! ¿No soi su padre?

—Es cierto; pero ellos podrian pedir auxilio a la justicia...

—Pero yo soi su padre!

—Sin embargo, no está demas asegurarse. Ud. sabe que Freire es *totum potens* ahora; i puede hacernos mucho mal, Anselmo es mui querido del gobierno....

—Dice, bien su paternidad. Pero, ¿qué hacer en este caso?

—Ya está hecho. Por ahora solo he venido a darle cuenta de lo obrado para ver si Ud. lo aprueba. Voi a decírselo.

—Escucho, dijo don Marcelino, i lo apruebo de antemano.

—En cuanto supe lo ocurrido, hice que Sor Agueda encerrase estrechamente a Lucinda. Allí solo recibirá sanas amonestaciones de la monja que nos sirve. Pero no basta esto, i para concluir la obra, es preciso hacer otra cosa.

—¿Qué es preciso hacer, padre mio?

—Obligar a Lucinda a que escriba de su puño i letra una carta de desengaño a Anselmo.

—¿I si éste tampoco cree?

—Hacemos que la misma niña lo desahucie por su boca en el locutorio.

—Pero si es tan emperrada! Aun cuando la mate, no lo conseguiremos jamas!

—Eso será por mal. Mas por ahora, la tratará Ud. por bien. La muchacha ha tomado su partido; pero si conseguimos hacer jerminar en su pecho la compasion por Ud., no crea que se niegue.

—¿Pero cómo?

—Finjiendo Ud., por ejemplo, que su suerte depende de don Meliton, i que no se puede salvar, miéntras no lo haga su yerno. Lucinda, compadecida, se sacrificará por su padre. Yo conozco algo las mujeres. Cuando no se consigue algo de ellas por mal, se suele conseguir por bien.

—Me resigno, dijo don Marcelino. ¡Qué cosa no es capaz de hacer un padre por el bien de su hija! Pero es el caso que nada se me ocurre.

—Pues, entónces, voi a hacerle ver mi idea, contestó el fraile acomodándose en el asiento.

En ese momento resonaron tres golpecitos en la puerta del cuarto que caia a la calle.

—Es el jeneral, sin duda, dijo el padre. ¡Mire Ud. el empeño que toma en atrapar la herencia! Talvez viene con Anselmo i...

Los golpes se repitieron con mas fuerza.

—¿Quién es? preguntó con mal humor, don Marcelino.

—Yo soi! respondió Freire con voz entera i clara.

—El es! dijo el jesuita. Yo me ocultaré aquí en su alcoba, miéntras Ud. lo despacha, i en seguida proseguiremos nuestra conversacion.

Entró el padre en la alcoba: don Marcelino abrió la puerta, i se encontró con el jeneral que traia del brazo a doña Estrella.

—¡Ud. tambien, comadre! esclamó don Marcelino.

—¡A buen tiempo hemos llegado! dijo riendo la señora Clavijo... ¡Ya mis amigos se asustan de verme!

—No es eso, comadre, sino que...

—Ah! ya caigo! Es el placer que le causa mi vista. Tanto mejor, compadre. Como la puerta de esta casa permanece cerrada, hemos

tenido que venir a golpear aquí, porque deseaba mucho ver a mi comadre Trinidad. Con su permiso, compadre.

I doña Estrella atravesó el cuarto; i saliendo de allí por la puerta que caia al patio, se dirijió a las piezas de doña Trinidad. Miéntras tanto, don Marcelino habiendo saludado secamente a Freire i ofrecídole asiento, aun con mayor sequedad, le dijo con acento brusco:

—Presumo, señor jeneral, el objeto de su visita; pero le ruego que no gaste palabras en balde, si ha de venir a abogar por ese mozo sin vergüenza...

—Advierta Ud., don Marcelino, que Anselmo es amigo mio, interrumpió Freire.

—Aunque sea amigo de la Santísima Trinidad! esclamó furioso el viejo ¿qué me importa a mí?

—Don Marcelino, replicó el jeneral con calma: sea Ud. razonable: se lo digo por la última vez. No sacrifique Ud. a su hija, i no me obligue Ud. a hacer un escándalo presentándome a la justicia.

—¿I qué juez puede obligarme a que dé yo mi hija al hombre que detesto?

—Ningun juez puede obligarlo, señor, miéntras ella esté bajo la patria potestad; pero en cuanto ella tenga la edad, es mui diferente.

—Pues ántes de que llegue a la mayor edad, la caso con el hombre que a mí me gusta, i santas pascuas.

—Es que el juez le puede impedir eso, siempre que Ud. quiera casar a la niña contra su voluntad.

—¿I quién puede probarme que yo forzo la voluntad de mi hija.

—Yo! respondió Freire. Yo puedo probárselo a Ud.; i lo haré, si es que Ud. no oye la voz de la razon.

—Puede Ud. hacer i deshacer, probar i reprobar lo qué le diere la gana, respondió descortésmente el viejo; pero no crea que yo soi hombre a quien se atemoriza con ese cuco.

—Veo que con Ud. no se puede arribar a nada, dijo Freire disponiéndose a salir.

—Repítole que Ud. puede obrar como le parezca; pero le advierto que ya conozco sus miras.

—Mis miras no son otras que la felicidad de esa pobre niña.

—Sí! a mí me engaña Ud.!

—¿I qué puede Ud. creer?

—Lo que creo es que Ud. se interesa por ese mozuelo para atrapar la herencia que mi hija espera.

—¿Está Ud. loco?

—Loco estaria, si accediera a sus pretensiones. Pero se engañan, prosiguió con mayor enojo. Ya he tomado mis medidas. En ese armario tengo mi testamento, por el cual dejo de heredero de todos mis bienes a una cierta persona, en caso de que Lucinda desoiga mis mandatos... Ya verá Ud. si podrá atrapar las haciendas...

—Esto es demasiado, dijo Freire. Adios, don Marcelino. En adelante no me acordaré ya de que Ud. es el esposo de Trinidad, sino de que es el verdugo de Lucinda.

No bien el jesuita se vió a solas con don Marcelino, cuando saliendo de su escondite, dijo a éste:

—Es preciso no perder tiempo; póngase su sombrero i tome su baston.

—¿Adónde vamos?

—Al convento. En el camino le esplicaré mi proyecto.

——:o:——

CAPITULO LXXII.

EN EL LOCUTORIO DE LAS CAPUCHINAS.

«Pájinas bellas de ventura i gloria,
Que en el libro leí de mi esperanza;
¿Dónde la realidad de tantos sueños
Avaro, el tiempo a mi entusiasmo guarda?»

(A. Blest Gana.—*El primer amor.*)

Veinte minutos despues, ambos amigos estaban en el locutorio de las Capuchinas. El padre habia tenido cuidado de hacer estudiar a don Marcelino el rol que iba a desempeñar.

Llegado al torno, golpeó i llamó a Sor Agueda.

—Madre mia, la dijo el fraile en cuanto la abadesa se dejó oir del otro lado del torno; ¿estamos solos?

—Solo Dios nos oye, padre mio!

—I tambien don Marcelino, dijo el capellan. Este caballero quiere hablar con su hija. ¿Cómo se encuentra?

—Mui triste, contestó la monja; parte el corazon.

—Es menester templar su alma en el sentimiento del deber, dijo sentenciosamente el padre. Nada de debilidad!

—Hágame, madre mia, el favor de hacer llamar a Luçinda, dijo don Marcelino.

—Voi yo misma a buscarla, respondió la monja.

En seguida volvió con Lucinda. Don Marcelino, por duro que fuera su corazon, no pudo dejar de estremecerse al oir los entrecortados sollozos de su hija.

—¿Cómo estás, mi querida Lucinda? preguntó éste con emocion.

—Ah! ¡Es *su merced*, padre mio! respondió la niña. ¿Por qué me niega el gusto de verlo?

—Al contrario, hija mia, dijo el jesuita con voz melosa. Don Marcelino quiere verla a usted.

En seguida hizo que Sor Agueda llevase a Lucinda al cuartito que servia de comunicacion entre la antesala del locutorio i el claustro; i él mismo condujo allí a don Marcelino, diciéndole:

—Si usted no trata de vencerse, todo es perdido. Anselmo será su yerno, i el jeneral será dueño de sus haciendas.

—Jamas! esclamó el viejo, con cólera concentrada.

En cuanto la pobre niña vió a su padre, le echó los brazos al cuello:

—Padre mio! le dijo llorando, con un acento que llegó hasta las duras entrañas del viejo: ¿por qué me desampara *su merced*? Qué es de mi madre? Qué les he hecho, por Dios, para que me separen de su vista?

Don Marcelino, turbado, no contestaba de otro modo, sino correspondiendo con demostraciones de cariño los que Lucinda le prodigaba. Este hombre amaba a su hija; pero la amaba a su modo, es decir, anteponiendo a ese amor, su salvaje i rústico orgullo: por manera que no era imposible el que manifestase toda la ternura de un padre, siempre que no ardiese en su pecho la pasion que lo dominaba.

Jamas lo habia visto Lucinda tan tierno i cariñoso con ella; i en cuanto a él (juzgando por sus acciones) podíase decir que nunca habia encontrado a su hija tan digna de ser amada.

La naturaleza vencia, i el jesuita estuvo al darse por derrotado; pero su ambicion lo hizo duplicar sus esfuerzos i afinar su arte, en tales términos, que pocas veces se ha visto un combate mas sostenido entre la hipocresía codiciosa i los sentimientos del corazon.

Viendo el jesuita que por el estado en que se encontraba el pobre don Marcelino, le seria a éste imposible desempeñar con buen éxito el rol que poco há creia fácil, tomó la palabra i dijo a Lucinda:

—Hija mia; el estado en que se encuentra su padre de usted, me obliga a tomar la palabra. Mire usted; su padre es mui desgraciado, i usted es la causa inocente de su desgracia.

—Yo! esclamó Lucinda, mirando a su padre, en cuyo semblante vió pintado un verdadero dolor. Yo! padre mio! I sin embargo, ¡Dios sabe que daria mi vida por hacer la suya feliz!

La niña pronunció estas palabras con una espontaneidad tan sencilla; habia tal ternura en la espresion de sus ojos, que hasta el mismo jesuita casi se conmovió. En cuanto a don Marcelino, apretó entre su manos las manos de su hija; i al llevarlas a sus labios para estampar en ellas un beso, sintió la niña el contacto de una lágrima.

—Gracias a Dios! no sabia que me amaba tanto, murmuró Lucinda.

El fraile viendo en los ojos de don Marcelino pintado el deseo de volver atras, comprendió que habia principiado mal, i tomó otro camino.

—Está bien, pensó: es menester fortalecerlo con el recuerdo de su orgullo ajado.

Luego prosiguió en alta voz:

—Le he dicho a usted, Lucinda, que su padre sufre, i es la verdad: él querria verla a usted feliz, unida al hombre que usted ama; porque, a pesar de lo que se dice de Anselmo, ¿quién sabe si no podria llegar a ser este jóven un hombre de provecho?

Lucinda miró fijamente al jesuita.

—Quiero decir, prosiguió éste con intencion: un hombre de bien, amigo del órden, relijioso.....

—¿I puede dudar su paternidad de que Anselmo tenga esas cualidades? preguntó la niña con la cara encendida.

—Ah! esclamó don Marcelino, separando sus manos de las de su hija.

El padre que conocia el carácter de ambos, esperaba esta interrupcion de la niña, así como el efecto que ella debia producir en el viejo.

—No me meteré yo a analizar las cualidades buenas o malas del jóven Guzman, prosiguió el fraile, mirando a don Marcelino con una sonrisa sarcástica que le traspasaba el alma... Fuera de mí tal pensamiento, desde que con ello talvez heriría sus justas susceptibilidades. Mi ánimo solo es decir a usted que, a pesar de la repugnancia de mi amigo, habria dado su consentimiento para esta union, i el protejido de don Ramon Freire, habria llegado a ser esposo de usted, i el mismo don Ramon habria logrado al fin sus intentos... Pero esto es imposible.....

—Imposible! respondió enérjicamente don Marcelino, con una voz que traspasó el corazon de Lucinda.

Esta se volvió hácia su padre, como para preguntarle la causa de aquella imposibilidad; pero notó con dolor que la mirada del viejo habia vuelto a tomar su dureza ordinaria.

—Voi a decir ahora la razon por qué su padre se ve en la necesidad de casarla con otro, dijo el jesuita.

—Casarme con otro! esclamó Lucinda. Padre mio! Le he dicho a *su merced* i le prometo ahora, no casarme con Anselmo; pero, por Dios! no me obligue a dar mi mano a otro hombre, porque me moriria.....

—Calla la boca, le interrumpió don Marcelino. Deja que nuestro reverendo amigo concluya de hablar... Yo no tendria fuerzas para decírtelo.....

—Renunciar al matrimonio con Anselmo, es solo obedecer a médias. Para que su sacrificio tenga mérito verdadero a los ojos de Dios, es preciso que usted se decida a casarse con esa otra persona. Yo no ignoro, prosiguió el astuto fraile, que esto será un gran sacrificio para usted; pero si usted es una hija amante, creo que se decidirá al momento, cuando sepa que de tal matrimonio depende la vida de su buen padre.....

—¿Qué es lo que dice su paternidad? preguntó Lucinda con voz alterada i casi sin darse cuenta de lo que oía.

—I aun mas que la vida, prosiguió el fraile, el honor de toda su familia, agregó, bajando la voz.

—Dios mio! esclamó la pobre niña, aterrorizada con el tono solemne de las palabras del sacerdote.

—¿Recuerda usted, prosiguió éste, de aquel cadáver que ahora dos meses se encontró junto al Tajamar, i cuyo asesino persiguió tanto la justicia? Sepa usted, que en los bolsillos del muerto se encontraron unos papeles que comprometen a.....

—Mi padre! dijo la niña horrorizada al ver que el reverendo mostraba con el dedo índice a don Marcelino, miéntras éste se cubria la cara con las manos.

La vergüenza que el viejo sufria al verse convertido en el vil instrumento de una miserable impostura, la creyó Lucinda producida por el recuerdo del hecho. Don Marcelino casi estuvo a punto de declarar a su hija que aquello era una farsa; pero una punzante mirada del fraile lo contuvo. Este prosiguió:

—No debe usted creer que su padre es el asesino; pero lo cierto es, que esas cartas lo acusan... Es una verdadera desgracia.

—I ¿en qué poder se encuentran esos papeles? preguntó la niña.

—En el de un individuo que promete entregarlos, si consigue la mano de usted... De lo contrario será el acusador de su padre.

—¿I con el miserable que es capaz de imponer tal condicion quiere *su merced* que me una? preguntó Lucinda a su padre con voz resuelta. Nó! mil veces nó! prefiero morir!.....

Este ataque fué tan brusco, que don Marcelino tembló.

—Morir no es nada, dijo el fraile, en comparacion de sufrir la vergüenza de ver al jefe de su familia envuelto en una acusacion criminal.....

—Por piedad! padre mio, no prosiga, interrumpió la niña con suplicante voz.

—Con dolor de mi corazon lo hago, continuó el fraile; pero mi deber es pintar a usted los efectos de su resistencia... ¿Quiere usted esponer a su padre al peligro de ser talvez arrastrado a un cadalzo?.....

—Jesus! Pobre madre mia!

—De ver a su buena madre sufrir tan horrible vergüenza, i de tener usted misma que soportar por toda su vida el que la llamen la hija de.....

—De un asesino! agregó Lucinda. Dígalo su paternidad claro, prosiguió con voz temblorosa.

I abrazando a don Marcelino, esclamó vivamente:

—Padre! padre mio! dígame la verdad! *su merced* no ha sido;... nó;... no puede haber sido... ¿Pero por qué calla?

—Tienes razon, hija mia: yo no he sido ni soi ese asesino, respondió el viejo.

—Yo no lo creo tampoco, Lucinda, interrumpió el fraile; pero es el caso que las cartas lo acusan de una manera que parece no quedar duda. Es una desgracia que es preciso conjurar.....

Lucinda pareció no oir estas últimas palabras. Tenia la vista elevada, i sus labios se movian como pronunciando una oracion. Así permaneció un rato, hasta que exhalando un agudísimo quejido i estendiendo las manos como si demandara gracia, esclamó:

—¡Dios mio! ¡I he de renunciar para siempre a la única esperanza que me quedaba!

En seguida se levantó i quiso andar; pero volvió a caer desfallecida sobre el taburete de madera en que estaba sentada.

—Tal es lo que su padre no se atrevió a decirle, prosiguió el reverendo. Pero ahora que usted lo sabe todo, decida de la suerte de su familia.

—¿I mi madre lo sabe? preguntó Lucinda.

—No hai para qué amargar sus últimos dias con esta fatal noticia. Aun de usted misma queria ocultarlo don Marcelino.

—¿Qué dices, hija mia? preguntó éste, que ya deseaba poner término a tan cruel escena.

—Me casaré con ese hombre, contestó ella con voz lúgubre.

—El cielo te bendiga, hija mia! le dijo el cruel viejo, estrechando entre sus brazos a su hija.

Lucinda trató de corresponder a las demostraciones de su padre; pero no pudo, i cayó desmayada en los brazos de éste. Pocos minutos despues, tres monjas la conducian a su celda en una silla de manos.

Miéntras tanto, el padre Hipocreitía encargaba asíduamente a Sor Agueda, el cuidado *de esa pobre niña*, i rogaba a la monja que la tratase *con todo el amor de una madre*.

——:o:——

CAPITULO LXXIII.

LA POLÍTICA HACE OLVIDAR A FREIRE LOS AMORES DE ANSELMO.

El pueblo agradecido
Recuerda tus hazañas;
Tu nombre en el olvido
Jamas se esconderá!
Tu imájen la memoria
Nos trae, de heróicos hechos;
I dignos de esa gloria
Por siempre nos verá.

E. Lillo.

Grande fué el dolor que tuvo Anselmo cuando supo de boca del jeneral la ninguna esperanza de arreglo que habia que aguardar de parte de don Marcelino.

—Ese hombre es incapaz de comprender el mérito de Lucinda, dijo el jóven: ¡Creerme animado por el interes! No puedo perdonarle este insulto que hace a su hija i a mí.

—No queda otro recurso sino es recurrir a los tribunales. Hoi mismo iré con un escribano a casa de Trinidad para que firme un poder a favor de don Cándido. Es lástima que este hombre sea un necio; pero no tenemos otro de quien valernos.

—Por fortuna la señora no se parece a su marido, i se interesa mucho por nosotros, dijo Anselmo.

—En ella debemos cifrar nuestras esperanzas; en ella i en Dios, amigo mio, dijo el jeneral con su bondad habitual.

Pero la desgracia de Anselmo no habia llegado aun a su colmo; i su mal parecia haber dispuesto hacerlo sufrir aquel dia hasta la desesperacion. Antes de las oraciones, recibió una esquelita que una vieja le entregó, separándose de él en seguida sin esperar la contestacion. La esquela decia así:

«Anselmo: Una circunstancia que me seria mui doloroso comuni-«carte, me obliga a tomar la indestructible resolucion de dar mi «mano al esposo que mi padre me ha elejido. En consecuencia, ol-«vida que ántes te amé, pues desde hoi pertenezco ante Dios a otro «hombre. !Lo he jurado!

«No trates de inquirir la causa de mi determinacion; i si es que «estimas en algo mi memoria, te ruego por lo mas sagrado, que «trates de desterrar de tu corazon hasta los vestijios de toda pasion, «pues en él no debe quedar lugar sino para la amistad que siempre «te profesará.—Lucinda de Rojas.

Indecible fué el dolor con que la lectura de este papel traspasó el pecho del jóven. Al principio no creia que la carta pudiera ser de Lucinda; pero examinando la letra, se convenció de que era la misma de otras cartas que tanto placer le habian dado.

Pasaron por su mente mil proyectos, que luego desechaba como aconsejados por la locura: mas al fin, se afirmó en la idea de ir a casa de don Meliton e imponerlo de la estricta verdad de los hechos.

—Por infame que sea ese hombre, se dijo Anselmo, es imposible que quiera casarse con una mujer que ama a otro. En cuanto a Lucinda, bien veo que esta carta es de su puño i letra; pero es seguro que ha sido obligada a escribirme en este sentido.

Con el fin de consultar este proyecto i pedir consejo, quiso hablar con Freire, a quien entregó el papel de Lucinda. Leyólo con detencion el jeneral, i dijo entre dientes:

—Aquí anda metida la cogulla. Es necesario deshacer este maldito complot.

Poco ántes de que pudiera convenirse con Anselmo en cómo debian obrar, entró en la pieza un caballero que interrumpió la conversacion en que estaban.

Era éste, don Cárlos Rodríguez, quien, sin reparar en Anselmo i sin saludar a Freire, le dijo:

—Jeneral! salve usted la República!

—¿Qué hai, don Cárlos? preguntó don Ramon sobresaltado.

—Que los enemigos de la República han acertado sus planes, contestó Rodríguez. Usted no ignora las intrígas de que se han valido i se valen para introducir la discordia entre los liberales. No han perdonado medio alguno, a fin de debilitar la accion del Ejecutivo, separándolo de los demas poderes, que hoi mas que nunca debieran servirle de apoyo. Sus cábalas han logrado arrancar del puesto supremo al que la nacion habia elejido por su presidente, esperanzados en hacer despues su víctima del anciano Vicuña que habia de ocupar el puesto de Pinto.

—¿I qué?: renuncia tambien el vice--presidente?

—Don Francisco no quiere hacerse cargo del mando, miéntras Ud. no le preste su cooperacion.--«Yo estoi viejo, me ha dicho: las circunstancias son mui difíciles, i depositaria el mando en mano de otra persona mas capaz de dominar estas circunstancias.»

—Pero Vicuña es el Presidente constitucional en defecto de Pinto.

—Así le he dicho yo, agregándole al mismo tiempo que su renuncia creaba nuevas dificultades: pero él tiembla, a vista de las azarosas circunstancias porque atraviesa el país. Estoi seguro de que si no lo ayudamos decididamente, abandonará el timon del Estado, prosiguió el ardiente Rodríguez, i los enemigos de la libertad se adueñarán de los destinos públicos que ambicionan. Por eso no he dudado en venir a pedir su patriótica cooperacion. Salve usted a la patria, Jeneral! El pueblo ve en usted una de sus glorias: haga, pues, valer esa gloria en beneficio de la libertad amenazada por la reaccion, i ponga todo ese prestijio de que goza al servicio de la idea republicana, que Ud. ha sabido defender con su espada.

Miéntras Rodríguez hablaba con el ardor que le era característico, Freire de pié, enfrente de él, lo miraba de hito en hito. Cuando aquél hubo concluido, el jeneral dijo:

—Amigo don Cárlos: mi vida pertenece a la República. Voi con Ud. al momento a ponerme a disposicion de Vicuña.

—Gracias, jeneral, en nombre del país, dijo Rodríguez. ¡Gracias!

—Lo que yo siento, repuso Freire con tristeza, es que haya de derramarse sangre...¡Cómo si no fuera ya bastante la derramada en mil combates!

I al colgarse su espada para disponerse a salir, esclamó con vehemencia:

—Maldita sea la guerra civil! Los que la desean no han visto un

campo cubierto de cadáveres de hermanos traspasados por las bayonetas i sembrado de piernas i de brazos separados de sus troncos...Prieto es doblemente culpable, porque sabe por experiencia los males que la guerra causa...

—Es un miserable traidor, que en vez de servir a la causa del pueblo, se convierte en instrumento de las pasiones reaccionarias, interrumpió Rodríguez.

—I esto que no há mucho que vociferaba en público anatemas contra los pelucones. Pero, poco tenemos que temer de parte de él. El ejército me pertenece. Vamos!

Salieron en seguida de la casa i se dirijieron ambos al palacio del Presidente. Marchaban el uno al lado del otro, sin hablar una sola palabra. Al cabo de algunos minutos, Rodríguez dijo:

—¡Quién habia de creer que Pinto viniera a perder la República! ¡Un hombre tan patriota, tan liberal i desinteresado!

Freire no respondió.

—Sí; prosiguió Rodriguez como hablando consigo mismo, la negativa de Pinto ha perdido al noble partido liberal, que miraba en este jeneral a un jefe decidido a sostener sus ideas... I sin embargo, su contestacion última al Congreso, debia ya habernos desengañado.

—¿Cree Ud qué...?.

—Lo que creo es que sobre la conciencia de este hombre pesa una gran influencia de parte de los pelucones. Se ha entregado a los reaccionarios i se ha dejado dominar por ellos. Si ha engañado nuestras esperanzas, es obrando de buena fe...¡Fatalidad para el sistema democrático!

——:o:——

CAPITULO LXXIV.

ANSELMO, DON MELITON I EL PADRE HIPOCREITÍA.

«No puede ser: yo lo arreglaré todo ¡Hacerle caso a una muchacha deschavetada!»

A. Blest Gana.—(*Martin Rivas. cap. XLIII.*)

Nada habia oido Anselmo de la conversacion anterior, porque desde el principio habia salido de la pieza sin ser notado i esperaba que don Ramon se desocupase. Pero al verlo salir con Rodríguez, se resolvió a poner cuánto ántes en práctica su idea. Con este fin se dirijió a casa de don Meliton, a quien encontró hablando con el reverendo Hipocreitía.

—¿Qué se le ofrece a Ud., señor? preguntó don Meliton con tono brusco i descortes.

—Deseo hablar con Ud. a solas, contestó Anselmo. Solo son cuatro palabras.

—Puede Ud. hablar delante de mí, dijo el padre, porque ni yo tengo secretos para él, ni él los tiene para mí.

—Esto es como decirme que me retire, replicó el jóven. Solo tengo que hablar con don Meliton, i nó con su paternidad.

—Yo repito lo que ha dicho mi reverendo amigo, dijo don Meliton.

—Pues entónces hablaré, ya que no me queda otra cosa que hacer, dijo Anselmo sentándose en la silla que le habia ofrecido don Meliton. Sepa Ud. prosiguió, que yo me llamo Anselmo Guzman.

—Sí; Anselmo Guzman.

—Primo de la señora doña Trinidad Serrano, con cuya hija me ligan no solo los lazos del parentesco....

—Sino los de la amistad, eh?

—I los del mas puro amor.

—¿Conque es decir que...?

—Que yo me habria casado con Lucinda, si el capricho de su padre no se hubiese puesto de por medio.

—¿Qué significa esto, padre mio? preguntó el viejo con voz temblorosa.

—Que este mozo ha perdido la cabeza, contestó con mal fingida flema el padre. Amigo mio, prosiguió, dirijiéndose a Anselmo: Ud. hará bien en dejarnos solos.

—Yo le diré lo que esto significa, replicó Anselmo sin atender a las palabras del fraile. Esto significa que lo han engañado a Ud., diciéndole que Lucinda es libre; pero sepa que nos amamos desde que tenemos uso de razon.

—Si Ud. no sale de aquí, dijo Hipocreitía, pido auxilio!

—Sepa, señor, que Lucinda no olvidará jamas su primero i único amor, i que aun cuando dé a Ud. su mano, ¿quién la podrá obligar a darle su corazon?

El padre salió a largos pasos para la calle.

—Piénselo Ud. bien, señor, prosiguió Anselmo, miéntras que don Meliton lo miraba con una especie de estupor. Piénselo bien: Ud. debe tener bastante experiencia para comprender la desdicha del marido de una mujer que ama a otro, como Lucinda me ama a mí.

—¡Cómo lo ama a Ud!

—Sí, señor. Lea Ud. esta carta: es letra de su mano i escrita en tiempos mas felices. Léala Ud. i verá!

Pasó el viejo la vista por aquel papel, i sus dientes rechinaron de furor al ver estampadas por la misma mano de la que él amaba, las cariñosas palabras dirijidas al afortunado rival. Luego, arrojando el papel a los piés de Anselmo, le dijo con todo el orgullo de un español:

—¿I piensa un criollo miserable que yo le habia de abandonar el campo? Atrevido!

—Si no viese que Ud. es un pobre viejo, le contestó Anselmo, le habria escupido la cara. Pero le advierto que si conserva sus necias pretensiones, tendrá bien pronto que arrepentirse!

—Yo!

—Don Meliton! se lo digo por la última vez: no trate Ud. de luchar con la desesperacion! esclamó el jóven, haciendo una cortesía a don Meliton i saliendo de la pieza.

En el zaguan de la casa se encontró con el reverendo, que venia seguido de un par de ganapanes. Estos, al ver que se trataba de un oficial, se miraron las caras encojiéndose de hombros.

—Sabe, jóven insensato, le dijo el padre, que Lucinda será en pocos dias mas, la esposa de don Meliton! La prudencia te aconseja no abrigar esperanzas locas.

—El insensato es aquel que se vale del sagrado carácter que inviste para hacer prevalecer sus miras torcidas, respondió el jóven. La prudencia, padre, le debe aconsejar no meterse en caminos tan peligrosos!

Quiso contestar el jesuita; pero Anselmo iba ya léjos para que pudiera oirle; así fué que hubo de contentarse con despedir a los ganapanes i entrar al cuarto de su amigo.

—¿Qué debo pensar de lo que he oido, padre Hipocreitía? le preguntó don Meliton con tono de reproche.

—Me admira que un hombre como Ud. tome tan a pecho las palabras de un mozo con los cascos a la jineta, respondió el fraile, sentándose con una calma glacial.

—Pero el hecho es que esa muchacha ha tenido sus amoríos. ¡I su paternidad que me la pintaba como un ánjel de inocencia!

—Amoríos de niños! ¿Qué muchacha no ha tenido sus sueños i locuras? ¡Pero, fijarse en esto un hombre como Ud.! Bien parece que no tuviera experiencia. Anselmo i Lucinda pueden haberse dicho sus requiebros: no pasará de ahí... ¿I es esto una razon para que Ud. no aproveche la oportunidad de adquirir una posicion respetable en esta sociedad...?

—Sí; pero esa carta que he leido....

—I los recursos con que poder servir a la grande obra de Dios!

—Pero la cosa tiene sus inconvenientes, le interrumpió el viejo, frunciendo el entrecejo i meneando la cabeza.

—Ya entiendo; pero en cuanto a eso, supongamos el caso que haya quedado rastros de la memoria del mozo en el corazon de Lucinda. ¿Qué mas tiene Ud. que hacer, sino es llevarse su mujer a

España, hacerla recorrer cortes, entretenerla con aquellos espectáculos, etc.?

—Sí, sí: todo eso se puede hacer, refunfuñó don Meliton, acordándose de las riquezas de su futuro suegro. Me resigno, padre mio!

—En tres meses, Lucinda habrá olvidado al muchacho, tanto mas cuanto que... Ya he leido la carta que ella misma ha escrito a su madre.

—Esto me consuela, respondió el viejecillo, enteramente convencido, nó por la fuerza de los raciocinios del fraile, sino por los elocuentes recuerdos de las riquezas de don Marcelino.

—:o:—

CAPITULO LXXV.

NUEVAS INTRIGAS.

> «El señor Vicuña, que veia en aquellos planes la ruina de la Constitucion i un agravio hecho a la lejislatura, talvez la mas libremente elejida, los desechó desde luego, diciendo que todos los honores del mundo no bastarian a hacerle faltar a su deber».
>
> Pedro F. Vicuña.—*(Biografía de don F. R. Vicuña).*

En esto iba de la conversacion, cuando vieron entrar a Dorriga i a Aldeano. La casa de don Meliton solia ser el punto de reunion de los enemigos del Gobierno, i don Meliton mismo era admitido a veces en las discusiones.

—¿Saben lo que sucede? dijo don Víctor.

—¿Qué cosa?

—Que Freire ha prometido su cooperacion a Vicuña.

—Me lo figuraba, contestó el fraile.

—Así, es de creer que el gobierno tome ahora nuevas medidas, (agregó Aldeano) a fin de esperar las fuerzas de Prieto... A propósito: ha llegado Alemparte, enviado de Prieto.

—I ¿qué dice Alemparte del ejército del sur?

—Dice que las tropas de Prieto vienen mui entusiasmadas. Todo el país comprendido entre el Maule i la capital, está inclinado a nuestro favor; por manera que el ejército libertador no encontrará estorbo en su marcha. El mismo Alemparte sublevó un escuadron de cazadores en San Fernando.

—Es un hombre activo, dijo el jesuita, haciendo con la cabeza un signo de aprobacion. Lo que por ahora importa, prosiguió, es convencer a Freire de la necesidad de disolver al Congreso, para que se lo proponga al vice-presidente Vicuña.

—Pero este viejo es testarudo i se sabe bien que no aceptará, observó Dorriga.

—Por eso mismo conviene hacerle la propuesta por conducto de Freire. De este modo chocarán, i ya Ud. me entiende, agregó el jesuita, haciendo un jesto espresivo.

—Ya entiendo, contestó Aldeano, que hasta entónces habia estado callado. Yo tengo amistad con el jeneral. Esta noche iré a su casa con dos amigos.

—Freire es de los políticos inocentes, i cualquiera es capaz de hacerlo comulgar con ruedas de molino, dijo Hipocreitía. Si se consigue introducir la desavenencia entre él i el gobierno, el pobre Vicuña cae redondo, i Prieto encuentra la cosa hecha. Manos a la obra, señor Aldeano.

Este salió a tratar con sus amigos de la manera de cumplir cuanto ántes su comision, en la cual no anduvo perezoso, porque aquella misma noche se fué a casa del jeneral, acompañado de otras dos personas del partido reaccionario que ejercian gran influencia sobre el ánimo de Freire.

—Un mismo objeto nos trae aquí, amigo mio, le dijo Aldeano: el de la paz del país.

—Esa es tambien mi aspiracion, contestó Freire, recibiéndolos con amable franqueza.

—Lo creemos i tenemos confianza en que Ud. pesará nuestras razones nacidas del mas sincero patriotismo. Tenemos seguridad de que la noble alma de Ud. considerará con horror los elementos de conflagracion que se preparan; i por esto, los buenos chilenos hemos alabado la eleccion que en Ud. ha hecho el Gobierno. Su apoyo es ya una garantía para la administracion. Ud. podrá vencer a Prieto, no lo dudamos; pero ¿no es mejor ahorrar el derramamiento de sangre entre hermanos?

—Oh! dijo el jeneral: mucho estimo la gloria de una victoria (no puedo negarlo); pero prefiero evitar con honor un encuentro, siempre que en las filas enemigas haya chilenos.

—Entónces, hagamos por evitar los sangrientos efectos de una batalla.

—Pero ya ven Uds. que eso es imposible. Prieto se acerca con su

ejército, i es preciso prepararse a castigar el traidor que vuelve contra las instituciones de su patria las mismas armas que ésta puso en sus manos para su defensa.

—Tiene Ud. razon. En esto obra Ud. como conviene a un militar honrado i valiente; pero el ejército de Prieto cree igualmente por su parte, que obra a favor de nuestras instituciones. No me meto a averiguar si tiene o nó razon. Yo quisiera que ellos i nosotros la tuviéramos a un mismo tiempo, i que nos diéramos un abrazo de hermanos.

—I ¿cree Ud. posible que podamos llegar a un avenimiento?

—Tan lo creo; que eso era precisamente lo que iba a decir a Ud. He hablado con algunas personas recien llegadas del sur: hemos leido varias cartas escritas desde aquel ejército, i todo me induce a creer que el verdadero motivo de la revolucion es un celo, talvez exajerado, pero de buena fe, por el sosten de nuestra Constitucion. Ellos la creen violada por el Congreso; i como ven que el Gobierno nada hace por su disolucion, les parece que éste es responsable de los males que aquél ha causado, quiero decir, a juicio de ellos.

—Pero si el Gobierno hiciera por la disolucion del Congreso ¿no obraria inconstitucionalmente?

—No he pensado aun detenidamente en esta cuestion; pero aunque los revolucionarios no tengan razon, yo creo que debemos hacer a un lado esa piedra de escándalo, i quitar a la revolucion todo pretesto. Esta es la única manera que el Gobierno tiene de sostenerse, sin derramar sangre de hermanos. ¿No le parece así, señor jeneral?

Freire era incapaz de creer que se abrigase la doblez en el pecho de quien le hablaba en nombre de la patria, i tendióle su mano de amigo. Creyó, pues, que no habia otro medio de conjurar la fratricida lucha, fuera de la disolucion del Congreso; i lleno de fe, propuso al dia siguiente a Vicuña la separacion del Cuerpo Lejislativo, quedando aquél de presidente interino miéntras se dictaban nuevas instituciones. Pero Vicuña, con una enerjía que no era de esperar de su edad i de la mansedumbre de su carácter, rechazó con indignacion aquel plan, i dijo a su amigo, que no podia traicionar la confianza que el país habia puesto en él. Esto bastó para que la desintelijencia dividiese a estos dos patriotas.

Los pelucones habian conseguido su objeto quitando al Gobierno su mas poderoso apoyo.

CAPITULO LXXVI.

ANSELMO SE AUSENTA DE SANTIAGO.

«Los montes i las fértiles llanuras
Quedan atras, mui léjos!
Miéntras en mi frente azotan auras puras:
I del sol me acarician los reflejos
Vuela, corcel!.....
.....

(B. Vicuña Solar.)

Antes que tuviera lugar la conversacion narrada en el capítulo anterior, Anselmo habia impuesto a Freire de la visita, que, sin el menor fruto, habia hecho a don Meliton.

—¿I cuál fué tu objeto? preguntó Freire.

—Atemorizar al viejo, pintándole el peligro a que se espone de ser desgraciado si se casa.

—Has hecho mal, porque con esto se pondrán en guardia. Tú no conoces las pasiones de los viejos. No creas que la ambicion de don Meliton sea menor que tu amor a Lucinda. El ama la herencia de la niña ¿qué le importa que ésta ame a otro? se casará con ella, porque así obtiene los medios de elevarse. Afortunadamente, prosiguió, he aprovechado mi ida al palacio. Allí encontré al señor Obispo, i le hablé sobre el asunto.

—Gracias, señor.

—Hízome ver Su Ilustrísima que ya se le habia hablado de este negocio, diciéndole que un *cierto personaje* de esta capital se empeñaba en casar a la niña con un mozo *a la estranjera* i hereje, miéntras que su padre deseaba unirla a un caballero de calidad, cristiano a las derechas, i de mui buenas costumbres.

—Debe ser el padre Hipocreitía quien sopla todo eso allá en la Curia, observó Anselmo. No habia dado en ello.

—Pero así parece, contestó don Ramon. De todos modos ya el señor Obispo está advertido. Esta noche ha quedado de venir a hablar conmigo el abogado para conferenciar sobre el asunto. Dicen que el juicio es difícil; que se ha menester de pruebas; pero tengo confianza en la justicia de nuestras pretensiones. Mañana mismo se hará la solicitud ante la Curia.

—¿I don Cándido? cree Ud. que preste de buena gana su cooperacion? preguntó el jóven.

—Don Cándido es como el año que no hubo que segar; pero halagando su amor propio, se sacará algo de él. Nos ha ofrecido su casa para Lucinda; i como es primo hermano del secretario de la Curia, nuestras solicitudes llegarán sin tardanza a manos del señor Obispo.... Pero volviendo a otra cosa ¿estás listo para marchar?

—¿Adónde?

—A Tango, en donde se halla acampado el ejército constitucional. Tupper pide que te incorpores a tu cuerpo.... ¿Ha terminado el tiempo de tu licencia?

—Aun nó, contestó Anselmo; pero si mis servicios son necesarios, me iré hoi mismo.

—Está bien: prepárate para las cinco i media de esta tarde. Tienes que llevar unos pliegos a Viel.

—Mui bien, señor.

—I no te alarmes por tu asunto, que queda en mis manos: yo haré aquí lo posible por sacar a Lucinda de su encierro i librarla de las garras de esos gavilanes.

—Gracias, señor jeneral.

Cerca de dos horas despues, marchaba Anselmo a todo escape para el campamento de Tango, llevando al coronel don Benjamin Viel, comandante jeneral de las fuerzas del gobierno, la noticia de que Freire se habia hecho cargo del mando del ejército, i habia puesto su influjo i su espadá al servicio de las instituciones repu-

blicanas. Ansioso de llegar cuánto ántes al término de su viaje, apuraba el jóven su caballo, sin atender a las prudentes observaciones de Pedro, su fiel asistente, que galopaba detras de su patron. Una nube de polvo envolvia a los viajeros: el camino estaba malísimo, i a cada rato tenian que andar al trote o hacer rodeo para evitar los pasos peligrosos. Mas no por esto dejaba Anselmo de marchar con la misma rapidez; i animando a su lijero alazan, mas bien con la voz que con el látigo i la espuela, corria como si tratara de alejarse de un lugar detestable.

En efecto, el ajitado mozo huía de su propia intranquilidad de espíritu. Su alma combatida por tantas contrariedades en sus mas vehementes deseos, necesitaba de aquella ajitacion corporal para distraerse un tanto.

Ya el sol se habia ocultado detras de las montañas de la costa, i sus últimos rayos de despedida teñian de arrebol i nacar, la cresta de los Andes, cuando avistaron a San Bernardo.

El gran valle de Maipo, teatro de la batalla que selló la Independencia de Chile, no era mas que una sábana seca, árida, despoblada i sin cultivo alguno. Hoi dia, encontrándose la estensa llanura cubierta de haciendas cultivadas, cruzadas de canales, carreteras i ferrocarriles, i entrecortadas por frondosas plantaciones; la vista i el oido apénas alcanzan a estenderse á un reducido trecho; pero en aquel entónces, una mirada bastaba para dominar gran parte del valle. Merced a esta circunstancia, pudieron los viajeros ver una gran fogata que se divisaba como a una legua de distancia hácia el oriente, i cuyas llamas se iban enrojeciendo mas i mas a medida que entraba la noche. Luego aparecieron en la misma direccion otras fogatas menores; i poco despues se dejaron oir gritos, alaridos i un gran tropel como de caballos que se acercaban. Paráronse los viajeros i se pusieron a escuchar. El ruido iba aumentando por grados, i poco despues se vió desembocar en el camino, por una senda que venia del oriente, a varios hombres de a pié i de a caballo.

Algunos traian mujeres a las ancas i niños por delante. Era evidente que aquellas jentes venian huyendo.

—¿Qué hai? qué sucede? preguntó Anselmo al primer fujitivo que encontró.

—Que ha de haber, señor, contestaron, sino que venimos huyendo de *La Partida del Alba*..... Mire Ud. como arden las casas de don Aguilar, el rico.

—¿Don Juan José Aguilar? preguntó Anselmo sobresaltado.

—Sí, señor. Esos malditos, despues de haber saqueado i robado todo, les han puesto fuego a las casas.

—¿I don Juan José?

—Ha escapado por milagro. Lo buscaba don Calvo para matarlo; porque segun dicen, ha jurado perseguir a todos los herejes i estranjeros.

—Malvados! esclamó Anselmo.

—I ¿qué tiene de estranjero ni de hereje don Aguilar? preguntó Pedro.

—Es que el rico, segun dicen, es amigo de muchos ingleses i habla en lengua estranjera con ellos como si fuera de los mismos herejes.

—I ¿sabe Ud. si el señor Aguilar está en salvo? volvió a preguntar Anselmo, pues le interesaba grandemente saber la suerte de una persona adicta a su causa.

—Dicen que se ha dirijido a la ciudad con su hijo, respondió el hombre.

—I ustedes hácia dónde se dirijian?

—Veníamos a refujiarnos aquí a la Villa; pero habiendo sabido que don Calvo tenia intencion de saquear algunas casas de San Bernardo, hemos cambiado de rumbo.

—Mire Ud. señor! esclamó Pedro, mostrando con el dedo hácia la pequeña ciudad cuyas luces se alcanzaban a divisar merced a la oscuridad de la noche. ¡Otra quemazon!

Miraron los circunstantes i pudieron ver cómo sobre las casas de San Bernardo se elevaba una columna de humo medio iluminada por las llamas del incendio.

—Vamos! vamos! gritaron algunos que se habian detenido al ver a Anselmo: *La Partida del Alba* está en la Villa! Vamos!

—Oiga, amigo, dijo Anselmo a su interlocutor: ¿pudiera usted llevarnos por un camino escusado hasta la parroquia de Tango?

—Pero dicen que allí está el ejército del Gobierno.

—Eso quiere decir que usted estará allí mas seguro que en ninguna otra parte. Yo pertenezco a ese ejército.

—I yo me obligo a servirle de baqueano, dijo el hombre. Conozco mui bien todos los caminos. La dificultad está en el rio.

—¿I el puente?

—Don Calvo ha puesto guardias en el puente, segun me han dicho.

—Ah! entónces pasaremos a nado.

—Afortunadamente yo voi en buen caballo. ¿I usted?

—Los nuestros tambien son buenos. Vamos andando. Yo le pagaré bien.

—Vamos pues, respondió el hombre, picando su caballo.

En seguida prosiguió:

—No lo hago por el pago, señor, sino por librarlo de don Calvo.

—Sin embargo, interrumpió Anselmo, es preciso que yo le remunere el sacrificio que hace por mí. Aquí tiene usted una onza. Si llegamos con felicidad a Tango, prometo darle otra.

—Dios se lo pague, señor, respondió el hombre, guardando el dinero que le daban. Crea Ud. que yo no le recibiria nada sino fuese porque esos pícaros me han dejado a brazos cruzados, quemándome tambien mi rancho, pues yo soi el vaquero de don Aguilar. ¡Qué habria sido de nosotros si mi mujer hubiese estado en casa! Pero por permision de Dios, ella habia ido con todos los chiquillos al velorio de un anjelito a casa de un compadre ricon que tenemos, endonde está segura, porque este compadre es *prietista*.

No porque hablaba el guia dejaba de cumplir con su deber.

Despues de hacer un gran rodeo para evitar un encuentro peligroso, llegaron a orillas del rio Maipo. La noche estaba oscurísima, a pesar de lo cual, vadearon con felicidad el rio, i un cuarto de hora despues se apearon en Tango.

——:o:——

CAPITULO LXXVII.

ANSELMO I TUPPER.

«¿Qué importa del camino la aspereza,
»Qué armadas la violencia i la vileza,
»Nos prohiban, amigos, el entrar?
»La fuerza con la fuerza repelamos!»

PIO VARAS.

Indecible fué el júbilo con que Viel, Tupper, Rondizoni i demas jefes liberales recibieron una noticia que alentaba sus esperanzas. Todos los oficiales i hasta los soldados (entre quienes se hizo correr la feliz nueva) se entregaron al mas espontáneo regocijo. Desde que Freire tomaba a su cargo la defensa de la buena causa, ya nadie temia al ejército de Prieto. El prestijio de este jeneral daria la victoria a la razon i al derecho.

No obstante las noticias traidas por Anselmo sobre los saqueos i fechorías perpetradas por la turba de facinerosos que capitaneaba don Anjel Calvo, consternó al ejército liberal, incitando a todos a la venganza. Tal atrevimiento parecia increible; i esto mismo daba que pensar a los principales jefes, pues, para que la *Partida del Alba* mostrase tanta audacia, era menester que esperase cercana proteccion del ejército revolucionario. Viel reunió su estado mayor,

i allí se decidió mandar cuanto ántes la fuerza necesaria para protejer a San Bernardo i sus alrededores.

Casi hasta el amanecer se ocupó Anselmo en imponer a Viel i a Tupper de los últimos sucesos de Santiago. Viel oía con atencion, i Tupper escuchaba con interes la relacion de Anselmo. Este último jefe amaba a su jóven subalterno como ama un valiente al que ha visto portarse con leal bizarría en los campos de batalla.

Habiéndose retirado Viel a descansar, quedó Tupper a solas con el jóven.

—Anselmo, le dijo, ¿te has restablecido completamente de tu herida?

—Sí, coronel: no me queda mas que la cicatriz.

—Pero ¿por qué está tu rostro tan pálido i descarnado? A juzgar por tu semblante, se conoce que sufres algo.

—Físicamente, nada sufro, señor.

—¿Luego sufres moralmente? Dime, amigo, lo que te ha pasado, le preguntó el coronel con marcado interes.

En seguida, como si temiera haber cometido una indiscrecion, agregó:

—Hai veces que la amistad nos hace ser indiscretos; pero de todos modos, te pregunto solo aquello que buenamente puedas decirme, porque debes creer que no me mueve una vana curiosidad sino el deseo de serte útil.

—Gracias, señor coronel, respondió Guzman. La causa de mis sufrimientos no es un secreto, i aun cuando lo fuera para los demas, no lo seria para Ud. de quien tantas pruebas de amistad tengo recibidas.

Dicho esto, refirió Anselmo todos los sucesos que tenian relacion con sus amores.

—Patente se ve en todo eso la influencia del fanatismo i de la ambicion monacal, dijo Tupper. Ese fraile Hipocreitía es un mal enemigo: yo lo conozco demasiado. Es uno de los principales i mas activos ajentes del espíritu reaccionario que trabaja por trastornarlo todo para sentarse sobre las ruinas de la democracia. ¡Qué seria de este bello país, si se le dejase abandonado a la influencia de tales pretensiones!

—Con esos hombres no arraigarán jamás las ideas republicanas, dijo Anselmo.

—Tienes razon. Ellos pelean a brazo partido por los privilejios que se les escapan, por el fanatismo, por los vicios i prácticas en

que se han criado, i aun por la ignorancia misma en que viven acostumbrados i dedonde no quieren dejar salir al pueblo.

—Porque el pueblo, una vez ilustrado, se escapará de su tutela.

—Así es. Por eso hacen al espíritu democrático una cruel guerra en los campos de batalla, en el púlpito, en el confesonario, en la plaza pública i hasta en el interior del hogar doméstico. Es una guerra sorda, tenaz, encarnizada, en que llevan la mejor parte porque se apoyan en las costumbres i en la ignorancia de la sociedad.

—Nuestro deber es resistir con todas fuerzas a su maléfica influencia, observó Anselmo.

—I resistiremos, amigo mio, aunque nos cueste la vida. ¡Dichosos los que puedan darla en provecho de la verdad i del establecimiento de las sanas ideas! Mucho tiempo há, prosiguió, que he ofrecido en mi conciencia el sacrificio de mi vida a este bello país que miro como a mi segunda patria i que será la patria de mis hijos.... Pero volviendo a tu asunto, se me ocurre una idea.

—¿Cuál?

—Que no me parece bien la eleccion que ustedes han hecho de la casa de don Cándido para colocar allí a Lucinda, en caso de que consigan sacarla del monasterio.

—Sin embargo, es lo que el jeneral ha encontrado mas a propósito.

—Don Cándido es un necio que mui bien puede servir de instrumento a tus enemigos. Acuérdate de que hai que luchar con un Hipocreitía!

—Comprendo; pero ¿en qué otra parte podria colocar a Lucinda?

—Yo creo que la niña estaria mejor en casa del cónsul francés, es decir, protejida por una bandera respetable. Yo tengo estrecha amistad con M. La Forest, i te daré una carta de recomendacion para él.

—Gracias, señor coronel.

—Ademas lo tendré prevenido por medio de otra carta para cuando llegue el caso, si es que ántes no puedo hablar con él. Es todo un caballero, i Mme La Forest una señora que merece una ilimitada confianza. Mañana hablaremos mas despacio. Por ahora es preciso irnos a recojer.

CAPITULO LXXVIII.

EN LA PLAZUELA DE LAS POSTRIMERÍAS.

«Que mundo tan miserable
»Lleno de maldad i engaños,
»Que buscando patriotismo,
»Tan solo ambicion hallamos!»

(El Mundo.—*N.*° 1.)

La claridad del relato de esta historia pide que nos traslademos con la imajinacion a la capital.

Era el 7 de noviembre de 1829. A las ocho i media de la mañana se hallaba don Cándido de la Rueda en su casa, platicando amigablemente con su esposa i tomando chocolate con biscochos hechos por mano de las monjas. Entre sorbo i sorbo, decia:

—Este mi compadre es un hombre redondo. ¡No ceder a nada de cuanto le hemos dicho! ¿Cómo encontraste, Estelita, a mi comadre?

—La pobre Trinidad está enferma i mui desanimada. Ya se ve! con la presencia de aquel tigre! No poderle dar yo mi jenio a esta mujer!

—Entónces no estaria tan gallo mi compadre, murmuró don Cándido, echándose a pechos el último trago de la jícara.

—¿Qué dices?

—Digo que si mi comadre tuviera tu jenio.... quiero decir.... si ella....

—Entónces otro gallo le cantara.... I no que ahora está la pobre que da compasion! Como está tan corta de vista, le han inventado cartas de Lucinda que ella ha medio creido. Pero yo le he dicho la verdad de lo que pasa, i me ha encargado darte las gracias por el interes que tomas por su hija.

—¿Pues no he de tomarlo? es mi ahijada....Aunque te diré la verdad, aquí para entre los dos. Yo no quisiera que Lucinda se casase con Anselmo.

—¿Por qué?

—Es un pipiolo: tiene malas ideas el muchacho. ¡Malas ideas!

—¿Vuelves a las mismas? Acuérdate de que está bajo la proteccion de Freire, i éste es ahora uña i carne con el gobierno.

—Sí! Parece que el jeneral ha principiado a adivinar mis aptitudes. Le he ofrecido mi casa para Lucinda, i mi bolsillo, influencias i todo.

—Confio en que te portarás como corresponde, dijo la señora, suplicando con el tono de voz i mandando con su mirada.

—Me he comprometido, i ya sabes que el hombre por la palabra i el buei por el asta, Estelita, respondió el caballero.

—Veremos cómo cumples. Por ahora es preciso que vayamos a tomar noticias de Lucinda.

—¿Al momento?

—Sí. Hablaremos con tu pariente, Sor Ines de la Consolacion de Jesus.

—Bueno. Vamos, dijo don Cándido, disponiéndose a salir.

Pusiéronse ambos esposos en camino para el monasterio; pero en la calle fueron detenidos por un grupo de personas que parecia dirijirse a la Alameda. Varios muchachos venian repartiendo a los transeuntes papelillos impresos, uno de los cuales tomó don Cándido i vió que decia:

«¡A los amigos del órden i de la relijion!»

«Hoi 7 de noviembre en la plaza de las Postrimerías, sin falta!»

—¿Qué significa esto? preguntó la señora.

—Que van a ahorcar el gobierno de los herejes en la plaza de las Postrimerías, contestó un hombre que pasaba corriendo a todo escape.

—Vamos a ver qué ruido es éste, dijo la señora, aguijoneada por la curiosidad.

—Vamos, contestó don Cándido, dejándose llevar maquinalmente.

I marcharon hácia la plaza, hoi ensanchada i denominada «de O'Higgins», i a la que en aquel tiempo el pueblo llamaba *de las Postrimerías* aludiendo a los cuatro edificios públicos que la rodeaban. Estos eran: la Aduana, al oriente; el Consulado, al sur; el Teatro, al poniente, i la Iglesia al norte, sendos símbolos de la Muerte, el Juicio, el Infierno i la Gloria; a propósito de lo cual los muchachos de aquel tiempo cantaban:

«*En la Aduana está la MUERTE;*
El JUICIO en el Consulado;
La GLORIA en la Compañía,
I el INFIERNO en el Teatro.»

Hácia este punto se dirijia doña Estrella llevando a duras penas a don Cándido, quien no iba mui contento, porque jamas le gustaba acercarse a donde podia correr el menor peligro. Así fué, que habiendo notado que la bulla i los gritos se aumentaban, dijo a su esposa:

—Me parece mejor que nos volvamos, Estelita.

—Yo creo lo contrario, replicó la señora, para quien la misma animacion i bulla eran un incentivo mas.

Llegados como a media cuadra de distancia de la plazuela, i cuando don Cándido oyó distintamente los *vivas* i los *mueras* lanzados por el populacho, se paró i dijo formalmente:

—No prosigamos. Es preciso tocar retirada, mi alma!

—¿Tienes miedo, alma de lana?

—No por mí, dijo don Cándido temblando, sino por tí... Vámonos a casa i yo volveré a buscar noticias.

—¿Qué hace Ud. aquí, señor don Cándido? dijo una voz por detrás, ¿qué hace que no marcha para las Postrimerías?

—Ah! ¿Es Ud. Gacetilla? Ayúdeme a convencer a Estelita de que es preciso volverse, dijo don Cándido.

—Nó, señor! vamos a la plaza, que se trata de un asunto importantísimo! esclamó Gacetilla.

I tomando al pobre hombre de un brazo, entre éste i doña Estrella lo arrastraron a la plazuela.

—Voi sudando, decia don Cándido: voi hecho una agua, Estelita!

La plazuela contenia algunos grupos de ajitadores que lanzaban

gritos descompasados. De cuando en cuando asomaban otros grupos por las bocacalles. El edificio del Consulado parecia estar lleno de jente.

Don Catalino se dirijió allí en busca de noticias, i se introdujo como un raton por entre la multitud que obstruia el patio.

—¿Qué hai de nuevo? preguntó al primer conocido que encontró.

—Es una reunion de caballeros principales, contestó el interrogado, que está discutiendo en la sala sobre nombrar una junta de gobierno.

—Entónces vamos a tener dos gobiernos, esclamó riendo Gacetilla. ¡Lo que son las cosas, compadre! Ayer no mas, nadie queria gobernar el país, i hoi trabajan por hacerse del mando que otro tiene entre las manos.

—Es que ese otro no debe estar en el puesto que ocupa.... Pero bueno será que callemos porque es peligroso hablar... Ya Ud. me entiende.

—Pero no será peligroso ver: i yo quiero ver el interior de la sala: voi a entrar.

—Es imposible!

—Para mí no hai imposibles... Ud. verá si soi capaz de abrirme paso, dijo Gacetilla dirijiéndose hácia la puerta del salon, endonde, a pesar de la jente que obstruia la entrada, logró penetrar.

Encontrábase en la sala la flor i nata del partido reaccionario en número de ciento cincuenta a doscientas personas, entre las cuales no dejaban de figurar nuestros conocidos Hipocreitía, Franco, Aldeano i Dorriga. Tambien se divisaba allí a don Meliton a quien su reverendo amigo habia arrastrado, a pesar de su repugnancia por estos tumultos. Pero Hipocreitía le habia dicho:

—Es preciso, amigo mio, irse acostumbrando a estas cosas si Ud. quiere figurar en la política de estos mundos, porque aquí debemos gritar para medrar, i el niño que no llora no mama.

I como don Meliton, aunque no era niño, queria mamar, habia accedido como otros muchos de los circunstantes.

Uno de los amigos que don Catalino encontró en el salon le dijo que se acababa de leer el acta, la cual se estaba sacando en limpio para enviarla al vice-Presidente.

—I ¿qué dice el acta? preguntó Gacetilla. ¿No me hará Ud. la gracia de decírmelo?

—Dice que las infracciones de la Constitucion cometidas en las

elecciones, por el gobierno, han obligado al pueblo de Santiago a reunirse aquí.....

—I cómo? este es el pueblo de Santiago? interrumpió un tercero. Yo creia que habia mas jente en la capital!

—Es que los pipiolos no son pueblo, quiero decir, pueblo decente i capaz de deliberar, replicó otro.

—¿I qué mas? preguntó Gacetilla.

—En esta virtud, acuerdan: «Desconocer la autoridad del Cabildo, del Congreso, de todos los funcionarios públicos i por consiguiente, del gobierno....

—No es nada! ¿I el gobierno no ha mandado fuerza?

—Sí, pero ha tenido que volverse como vino. Yo creo que el gobierno no escapa de esta.

—Es un enfermo desahusiado.

—Un hereje dejado de la mano de Dios, dijo otro.

—Pero cómo quitar el gobierno sin inventar otro? preguntó el incansable Gacetilla. Vamos a quedar como moros sin señor!

—Se ha nombrado, para miéntras, una junta compuesta del jeneral Freire, don Erancisco Ruiz Tagle i don Agustin Alcalde.

En esto ya se habia concluido de escribir la nota, que una comision compuesta de cuatro personas (en la cual entraba el clérigo Franco) se encargó de llevar al palacio, i entregarla al que *se decia Presidente interino.*

Media hora despues estuvo de vuelta la comision. Todos ansiaban por saber la contestacion del gobierno.

—Vicuña es un viejo chocho que habrá accedido a todo, decia uno.

—O se habrá escondido para no recibir a la comision, agregaba otro.

Por manera que todos quedaron admirados cuando oyeron al clérigo Franco, que, de pié sobre una silla i con el manteo terciado, dijo en alta voz:

—El Presidente ilegal dice: que no reconoce el derecho que el noble pueblo de Santiago tiene para nombrar la junta que ha de ocupar su puesto, usurpado por escandalosas infracciones. El se llama así mismo Presidente legal, i nos califica a nosotros de tumultuosos. El i los suyos han infrinjido escandalosamente la Constitucion recien dictada, i luego se nos echa en cara que perturbamos el órden público porque pedimos justicia para el pueblo i respeto para la lei fundamental del Estado. No quiero decir las injuriosas espresiones que el que, se dice Presidente de la República,

ha vertido en contra de esta respetable asamblea, porque mi dignidad no lo permite; pero es menester que le probemos que no en balde nos hemos reunido aquí, i que los que han principiado esta obra, son capaces de darle la última mano. Vámonos al palacio i veremos si no ceden!

—Al palacio, nó! interrumpieron algunas voces.

—Al palacio, sí, sí! mil veces sí! gritó Franco con voz de trueno i esgrimiendo en el aire su hercúleo brazo. Sí, señores, prosiguió: vamos todos, que en la calle nos espera el pueblo para acompañarnos. El pueblo entero simpatiza con nuestra idea, porque ve que trabajamos por su bien. No hagamos las cosas a médias; i ya que hemos comenzado, concluyamos de una vez con este cúmulo de infracciones i de deslealtades que son una vergüenza para el país. Lo que tenemos no es gobierno: démonos un gobierno. Estamos pisando un terreno inseguro que amenaza hurdirse bajo nuestros piés. Un paso mas, i habremos salvado el precipicio!

—Al palacio! Al palacio! gritaron en coro los circunstantes.

I este grito, repetido de boca en boca, corrió como una chispa eléctrica hasta los últimos grupos que se encontraban en la plazuela.

—Al palacio! Es una revolucion en forma, dijo don Cándido.... Vámonos a casa Estelita.

—Aguárdate, hombre de Dios! dijo la señora, i veamos en lo que para todo esto. ¿No ves que no son mas que gritos?

—Por gritos se comienza, replicó don Cándido tiritando, i no de frio; pero se suele concluir por... Tú no comprendes estas cosas, porque eres mujer; pero yo que soi hombre... Cáspita! Ya salen.... ¡I qué jente tan granada, hijita! Cedámoles el paso: lo cortés no quita lo valiente.

——:o:——

CAPITULO LXXIX.

ES LLEGADO EL TIEMPO DE OBRAR.

Nó, torpe grei, estúpida,
Seamos ciudadanos!
Con fe en el pueblo amémonos;
Llamándonos hermanos,
I a nuestra patria démosle
Justicia i libertad!»

GUILLERMO MATTA.—*(Himno a la Democracia)*

Pronto se vió desfilar por la calle de la Compañía la columna de los amotinados, a cuya cabeza se veía al clérigo Franco con el sombrero de teja medio terciado, alzada la sotana con la mano izquierda para dar libertad al paso, el manteo echado a la bolina, i esgrimiendo al aire la suelta diestra, como para acentuar las palabras de su ardoroso discurso.

—Adelante! decia: ha llegado el tiempo de obrar, i con estarnos quietos daríamos un paso atras. Vicuña bambolea; démosle el empujon de gracia!

Llegados a la plaza, se dirijieron al palacio, enfrente de cuya puerta encontraron formada la guardia cívica que lo custodiaba. Aunque esta guardia constaba de un número mucho menor que el de los amotinados, se preparó, sin embargo, a negar la entrada. Pero adelantándose el clérigo capitan, dijo a los soldados:

—¡Deponed las armas, impíos! ¿Os atreveriais a acometer contra un ministro del Señor? La cólera del cielo caeria sobre vosotros! Si creis en Dios; si teneis relijion, dejadnos libre el paso. Compañeros! adelante!

Los soldados temblaron ante aquel demagago con sotana; i en su turbacion se dejaron desarmar por la multitud, pues toda resistencia habria merecido escomunion. La entrada quedó libre, i el palacio se vió en un momento lleno de toda clase de jentes. Los amotinados se dirijieron a las salas del gobierno en busca del Presidente, a quien encontraron en su puesto.

Vicuña comprendió desde un principio que los amotinados estaban dispuestos a todo; pero resolvió en su conciencia no cederles el campo sino en el último caso.

Uno de los oficiales del ministerio habia salido corriendo a llamar a don Cárlos Rodríguez, ministro, entónces, de la Corte Suprema, i uno de los mas ardientes defensores de las ideas democráticas.

No bien hubieron penetrado los revoltosos en la sala donde el Presidente se encontraba, cuando se oyó en el patio el grito de:

—¡Viva la relijion! Abajo los herejes! Mueran los estranjeros!

Entónces, el clérigo Franco acompañado de Dorriga i otros, se dirijió hácia el Presidente, diciendo:

—Oiga Ud: Esos gritos lanzados por mil i mil bocas le están diciendo claramente con cuánta justicia pretendemos que Ud abandone un puesto que ocupa contra la voluntad de la nacion.

—Señor, le interrumpió el Presidente con enerjía: No son los perturbadores del órden; los enemigos de la paz, aquellos que tienen derecho para hablar en nombre de la justicia i de la voluntad nacional.

—¿I se atreve Ud. a llamar perturbadores del órden a la parte mas respetable de la sociedad de Santiago, que, impulsada por el amor a las instituciones viene a.....?

—Impulsados por el amor a los puestos públicos, debiera Ud. decir, señor presbítero, esclamó enérjicamente un caballero que en aquel momento llegaba a la sala.

Era éste, don Cárlos Rodríguez, quien atravesando apresuradamente por en medio de la multitud, corrió a ponerse al lado del Presidente.

—Sí, señor Franco, prosiguió Rodríguez con esa enerjía nacida del amor a la justicia que constituia su carácter: sí, señor: no es el amor a las instituciones liberales lo que los trae a Uds. aquí, sino

el amor a las antiguas prácticas monárquicas, a que no les es posible renunciar; es el odio al sistema republicano que Uds. miran con el horror con que los murcielagos miran la luz...¡Amor a las instituciones de la República, los mismos que ayer servian a la monarquía!...Si este fuera un lugar para reirse, soltaria la carcajada!

En aquel momento la conmocion fué jeneral, i el orador se vió acribillado de miradas de odio. El clérigo Franco, cuya exaltacion llegó al último grado, se adelantó algunos pasos i formuló con sus robustos puños una muda pero atroz amenaza, miéntras que Dorriga, sacando de entre su ropa una pistola, la dirijió al pecho de Rodríguez, diciendo flemáticamente:

—Eso se contesta así...

—Para esa contestacion tengo esta réplica, le interrumpió don Cárlos, sacando prontamente otra pistola que amartilló con rapidez apuntando hácia don Víctor.

Los circunstantes pensaron en cuál de los dos tiros saldria primero.

—¡Quereis agregar el título de asesinos al de perturbadores del órden público! gritó Rodríguez ¿Son estas las razones que veniais a alegar en vuestro favor? ¡Es verdad que no teneis otras!

—¿Qué haceis? Qué haceis por Dios! esclamó Vicuña, dirijiéndose a los que se amenazaban mutuamente... ¡Acordaos de que sois hijos de una misma patria!

Dorriga bajó el cañon de su arma, i Rodríguez hizo lo mismo.

—No debemos mirar como a nuestros compatriotas a los enemigos del pueblo! esclamó con voz de trueno el clérigo Franco. Sí, señores, prosiguió con furioso ademan: los enemigos del pueblo son los que contra la voluntad popular se mantienen en el poder. Es preciso quitarles ese poder a estirones, ya que no lo quieren entregar de buen grado.

Señores, dijo Vicuña: bien podeis atentar contra nuestras vidas; pero no obtendréis de mí la dimision de un cargo que debo al sufrajio del pueblo.

—Nosotros venimos a nombre del pueblo, dijo Franco, a pediros que depositeis la autoridad en manos de la junta nombrada por nosotros.

—¿De cuándo acá, le interrumpió Rodríguez, habeis recibido esa autorizacion.?

—El pueblo entero de Santiago nos la ha dado.

—Todo Santiago reunido no tiene derecho para anular la volun-

tad del país, ni para echar por tierra el órden de cosas establecidas en virtud de esa misma voluntad... ¿Tambien el pueblo de Santiago os ha encargado convertir esta mansion del Jefe supremo en una encrucijada de asesinos?

—Si no cedeis, estamos dispuestos a emplear la fuerza.

En aquel momento se dejó oir en la plaza un inmenso vocerío, aumentado por la ajitacion de las jentes que llenaban el patio i las salas del palacio.

—Me retiro, dijo el Presidente; pero nó por esto creais que cedo a vuestras desacordadas pretensiones: lo hago para evitar un desacato a la autoridad.

En seguida, dirijiéndose a don Cárlos, le dijo con calma:

—Sígame Ud, don Cárlos.

—Señor,... replicó Rodríguez

—Se lo ordeno, agregó el Presidente con voz firme.

Ambos se retiraron a las piezas interiores, miéntras los amotinados quedaron ocupando las demas salas.

——:o:——

PAJ.

CAP. XLVII.—En la Plaza del Basural..... 279
CAP. XLVIII.—La Ejecucion..... 286
CAP. XLIX.—Don Meliton principia a hacer fortuna..... 292
CAP. L.—Los Proyectos de don Marcelino..... 297
CAP. LI.—El cumpleaños de don Cándido..... 303
CAP. LII.—La Ponchada..... 313
CAP. LIII.—La situacion se complica para don Marcelino.... 321
CAP. LIV.—Algunas palabras ántes de proseguir..... 329
CAP. LV.—Anselmo visita a Freire..... 333
CAP. LVI.—A Descortesía, descortesía i media..... 338
CAP. LVII.—Don Marcelino se enternece i luego se arrepiente de su debilidad..... 343
CAP. LVIII.—La Trampa..... 348
CAP. LIX.—Dentro del Claustro..... 355
CAP. LX.—Caridad..... 359
CAP. LXI.—La carta de don Marcelino..... 363
CAP. LXII.—El Jesuita prosigue su obra..... 369
CAP. LXIII.—Don Marcelino rompe con don Cándido..... 376
CAP. LXIV.—El confesor de Lucinda..... 382
CAP. LXV.—Sor María de los Dolores..... 387
CAP. LXVI.—La Correspondencia secreta de los revolucionarios..... 394
CAP. LXVII.—El Golpe maestro de la perfidia..... 402
CAP. LXVIII.—Rodríguez i Pinto..... 408
CAP. LXIX.—Anselmo recibe noticias de Lucinda..... 414
CAP. LXX.—De cómo don Cándido le tenia miedo a las casualidades..... 421
CAP. LXXI.—Nuevos Recursos de Su Reverencia..... 425
CAP. LXXII.—En el Locutorio de las Capuchinas..... 430
CAP. LXXIII.—La política hace olvidar a Freire los amores de Anselmo..... 436
CAP. LXXIV.—Anselmo, don Meliton i el padre Hipocreitía. 440
CAP. LXXV.—Nuevas Intrigas..... 444
CAP. LXXVI.—Anselmo se ausenta de Santiago..... 447
CAP. LXXVII.—Anselmo i Tupper..... 452
CAP. LXXVIII.—En la Plazuela de las Postrimerías..... 455
CAP. LXXIX.—Es llegado el tiempo de obrar..... 461

FIN DEL ÍNDICE.

PIPIOLOS I PELUCONES.

ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO

	PAJ.
ADVERTENCIA PRELIMINAR	5
CAP. I.—Santiago por la mañana	13
CAP. II.—En la Plaza de Armas	19
CAP. III.—Un Español Ilustre	25
CAP. IV.—El Paseo de la Cañada	29
CAP. V.—El Padre Hipocreitía	32
CAP. VI.—La Entrevista	37
CAP. VII.—La Casa Vieja	45
CAP. VIII.—El Almacen de prendas	52
CAP. IX.—Anselmo	56
CAP. X.—Don Marcelino de Rójas	61
CAP. XI.—Madre e Hija	65
CAP. XII.—La Cita	68
CAP. XIII.—El Director de conciencia	74
CAP. XIV.—Marido i Mujer	81
CAP. XV.—Dar consejo al que lo ha menester	89

PAJ.

Cap. xvi.—Donde el curioso lector hará conocimiento con don Cándido de la Rueda i doña Estrella Clavijo..... 95
Cap. xvii.—La Carta del padre Hipocreitía..... 105
Cap. xviii.—Prosigue la carta del padre..... 110
Cap. xix.—Concluye por ahora la carta de Su Reverencia.. 116
Cap. xx.—Don Marcelino i don Cándido..... 120
Cap. xxi.—Miguel Turra entre bastidores..... 127
Cap. xxii.—Mujer i Marido..... 132
Cap. xxiii.—El cuarto del padre Hipocreitía..... 139
Cap. xxiv.—El Conciliábulo..... 145
Cap. xxv.—De cómo a un valiente le es permitido a veces tener miedo..... 153
Cap. xxvi.—En el Parral de Gómez..... 158
Cap. xxvii.—Don Catalino buscando uno, se encuentra con otro..... 164
Cap. xxviii.—Miguel i don Marcelino..... 169
Cap. xxix.—Una puñalada por si acaso..... 177
Cap. xxx.—Don Marcelino traba amistad con don Meliton. 181
Cap. xxxi.—El Clérigo i el Fraile de aquellos tiempos..... 189
Cap. xxxii.—Motilini en casa de don Policarpo..... 195
Cap. xxxiii.—La Merienda Política..... 199
Cap. xxxiv.—Don Catalino cae en la trampa..... 203
Cap. xxxv.—El Bodegon de Juan Diablo..... 208
Cap. xxxvi.—De cómo predicaban el evanjelio algunos sacerdotes de aquel tiempo..... 214
Cap. xxxvii.—La Revuelta de cuartel..... 220
Cap. xxxviii.—De cómo don Catalino, i sin saberlo, se encuentra comprometido en la revolucion..... 226
Cap. xxxix.—¿En qué se empleaba el dinero de don Policarpo?..... 235
Cap. xl.—La cosa se encrespa..... 239
Cap. xli.—Motiloni cree que vencedor o vencido, el Gobierno perderá terreno..... 244
Cap. xlii.—Amor i Resignacion..... 248
Cap. xliii.—Nuevos apuros de don Cándido..... 253
Cap. xliv.—En donde el lector hará conocimiento con otros personajes de esta historia..... 261
Cap. xlv.—La Solicitud..... 269
Cap. xlvi.—El Jeneral i el Jesuita..... 275

PIPIOLOS I PELUCONES

PIPIOLOS I PELUCONES

TRADICIONES

DE AHORA CUARENTA AÑOS

POR

DANIEL BARROS GREZ

Segundo i último tomo.

SANTIAGO DE CHILE.

Imprenta de la Esperanza, calle de Lira, num. 11.

1876

JUAN CEPEDA A. EDITOR

PIPIOLOS I PELUCONES.

CAPITULO I.

MANERA ESPEDITA I GRACIOSA DE ELEJIR UN PRESIDENTE,

DESCUBIERTA I PUESTA EN PRÁCTICA POR EL PARTIDO PELUCON.

> «Mi presencia en aquel sitio invadido i profanado por los satélites de una faccion conspiradora, les pareció un favorable pretesto para consumar el crímen que habian meditado.»
>
> MANIFIESTO DE FREIRE. (1830.)

Al mismo tiempo que la poblada invadia el palacio, una comision se habia dirijido a casa de Freire. Este, huyendo de las influencias que lo acediaban, habia tratado de ocultarse en casa de un amigo; pero perseguido hasta allí mismo, fué rogado i estrechado para que autorizase con su presencia el desórden que acabamos de ver. Freire supo resistir, sin embargo, a los ruegos de la amistad i a las insinuaciones de la perfidia; hasta que viendo que nada podian conseguir, fueron a decirle que la seguridad de la patria recla-

maba su presencia; que el mismo Presidente Vicuña la deseaba, i que no pusiese a la seguridad pública en peligro de sufrir mayores contrastes con su obstinacion.

Fatalmente persuadido de la necesidad de aquel paso, vistióse con su uniforme i se presentó en la plaza. Su presencia hizo el efecto que se deseaba, i fué recibido con una jeneral aclamacion. Hé aquí la causa de la conmocion que se habia dejado sentir.

El jeneral se dirijió entónces a la sala de gobierno «dispuesto a prestar sus servicios a las autoridades legales i a la conservacion del órden.» Pero el Presidente habia salido, i se encontró solo en medio de sus fatales amigos. Su posicion no podia ser mas embarazosa. Rodeado i acediado de propuestas i ruegos para que tomara el timon del Estado, espuso ante los amotinados que esto no podria ser, miéntras la República tuviese el Presidente que ella misma habia nombrado.

—Pero ese Presidente es cero, dijo Dorriga. Ya ve Ud. cómo ha abandonado el campo porque su conciencia lo acusa i su impotencia se lo ordena.

—Señor, le dijo el clérigo Franco: venga Ud. a ocupar el asiento a que sus virtudes i sus glorias lo hacen tan acreedor.

Diciendo esto, entre él i otro caballero lo tomaron en brazos; i al modo como se coloca a un niño en la cuna, lo llevaron a la silla i allí lo sentaron, sin que el jeneral hubiese podido evadirse de representar aquel ridículo papel. En seguida, sin darle tiempo a que manifestase su desagrado, Franco, haciéndose el intérprete de la concurrencia, le dijo:

—Jamas olvidaré, señor jeneral, la dicha que me ha cabido en coadyuvar a vuestra elevacion al mando supremo del Estado. Permaneced en él para la felicidad de la patria: tal es la espresion de mis mas ardientes deseos i de los de esta noble reunion, así como los de la República entera.

—Agradezco, señor presbítero, esas demostraciones de afecto i deferencia, contestó Freire alzándose del asiento, en el cual se le habia arrojado mas bien que colocado; pero no me podrá Ud. negar que «es mui inusitada esta manera de conferirme la autoridad.»

—Tiene razon, murmuró Gacetilla, quien colocado en un ricon de la sala todo lo miraba, escudriñaba i escuchaba con la mas decidida i activa curiosidad. Eso no es elevar a un hombre a la silla presidencial, sino dejarlo caer en ella. En seguida, dirijiéndose Freire a la concurrencia, le dijo del modo mas formal:

—No puedo aceptar un puesto para el cual no he sido elejido por la nacion. Solo a los pueblos pertenece la facultad de elejir a sus mandatarios, i miéntras ellos usan de este sagrado derecho, yo trataré de corresponder a vuestra confianza, trabajando por la conservacion del órden público.

—Pero miéntras tanto, dijo Hipocreitía; es preciso que se lleve a cabo el acuerdo del Consulado sobre la instalacion de la Junta.

—Sí, sí, agregaron Dorriga i Franco ¿cómo hemos de salir de aquí sin dejar concluido este asunto?

Entónces, aquellos mismos hombres que poco rato ántes tachaban de atentatorios e irregulares los actos del gobierno de Vicuña, decidieron de comun acuerdo, la instalacion de la Junta en el mismo lugar que debia ocupar el Presidente nombrado por la nacion.

Freire se engañó creyendo que el único medio de apagar aquella conflagracion, era acceder en parte a las exijencias de los amotinados, cuando esto no era otra cosa que alentarlos en sus pretensiones, escitándolos a nuevas intrigas i maquinaciones contra el réjimen democrático que comenzaba a plantearse. En consecuencia, aprobó el nombramiento de la Junta de gobierno; i miéntras se firmaba la sentencia de muerte contra la República, el Presidente Vicuña salia por la puerta falsa del palacio, i cubierto de las insignias del mando supremo, se dirijia a su casa por en medio de la turba del pueblo, que sin saber aun de lo que se trataba, le cedió el paso, con muestra de consideracion i respeto.

Dado este paso, los pelucones creyeron que nada tenian que temer, i comenzaron a obrar audaz i abiertamente contra el gobierno que se desmoronaba.

——:o:——

CAPITULO II.

MIGUEL TURRA SE RETIRA DEL MUNDO I DON POLICARPO DE SANTIAGO.

«La famosa *Partida del Alba* fué el terror de la capital por los meses de noviembre i diciembre del año de 1829.

(F. Errázuriz.)

Al salir a la plaza, fueron los amotinados saludados con estrepitosos vivas a la relijion, al órden i a la patria. Se habia tenido cuidado de preparar a la multitud por medios de dádivas i promesas, a fin de que manifestara su adhesion a los de la poblada.

Varios comisionados, entre los cuales un ojo observador habria podido descubrir a Juan Diablo, recorrian los diversos grupos que llenaban la plaza, i el pobre pueblo entonaba un cántico de triunfo al borde del precipicio en que bien pronto debia hundirse.

Acompañaba a Juan Diablo un hombre a quien no era fácil reconocer, por llevar sobre el ojo izquierdo un gran parche verde que le cubria casi la mitad de la cara.

—Compadre, dijo a Juan ¿qué clase de revoluciones son las de estos tiempos?

—¿Qué quieres decir, Miguel?

—Que yo no sé cómo los ricos entienden las cosas: estas revoluciones son mas desabridas que la agua clara... Ni un saqueito siquiera para despuntar el vicio.

—Calla la boca, hombre. No se trata de eso por ahora, dijo Juan Diablo.

—I ¿cómo nos habian dicho que íbamos a tener saqueo jeneral?... Nos han engañado; pero no les creeré otra vez. Mire Ud. cómo se van todos para su casa, mano sobre mano... ¿Es esto saber hacer revoluciones? Pero otra vez no me pillarán!

—Vámonos al bodegon, le dijo el otro. Allí se te quitará el sentimiento con un traguito que te daré.

—Vamos, contestó el del parche, en quien habrá reconocido el lector a Miguel Turra.

Ambos amigos se dirijieron al bodegon de Juan Diablo, i allí empezaron a beber amigablemente.

—¿Sabe en lo que estoi pensando, *ño* Diablo? dijo Miguel.

—En hacer alguno de tus milagros, contestó el otro riendo.

—No se ria Ud., *ño* Diablo, porque ¿quién sabe si llego a hacer milagros? Con el tiempo todo se alcanza, i ya sabe Ud. que de ménos nos hizo Dios... Estaba pensando en dejar el mundo i retirarme de estos bullicios!

—¿A algun convento? ¡Seria gracioso verte vestido de *mocho*, porque de fraile no es fácil! Ya estás viejo para el latin.

—No me gustan los latines, contestó Turra, aunque si tuviera aficion, bien pudiera haberlo aprendido en todo el tiempo que le sirvo a mi patron don Cándido... Sabe el latin al derecho i al reves... Pero no es al convento donde pienso retirarme... Venga otro trago.

—¿I a donde?

—Al partido de Colchagua. Hoi hablé con Manuel Barragan, que ha llegado de San Fernando, i me dice que don Anjelito Calvo ha levantado del humo de la vela un escuadroncito que llaman la *Partida del Alba*, con el fin de perseguir a los enemigos de la relijion.

—He oido hablar de la *Partida del Alba*; pero no sé si será verdad lo que se cuenta del tal don Calvo.

—Es un cuerpo compuesto de jente escojida entre los de la *carda*; i Barragan que no es tan *rastra* que digamos, me ha asegurado

que todos son hombres de pelo en pecho. Han pillado pipiolos como moscas, i no dejan hacienda de hereje que no visiten i *beneficien*... Comen vacas gordas; beben de lo rico, i cabalgan siempre en *cosa buena*, sin que les haga falta sus cuatro reales en el bolsillo, que es bendicion de Dios, como me dice Barragan que lo pasan esos hombres. Esto es lo que se llama saber hacer revolucion, compadre, i nó como las que se están acostumbrando en la capital, que ni alegran siquiera, ni le dejan a uno para echar un trago...!

—Pero no te puedes quejar, Miguel, pues en la otra revolucion te chupaste tus veinte pesitos fuertes.

—Los cuales quedaron aquí en su bodegon... Nó, *ño* Diablo: yo no soi para vivir así a medio morir saltando... Me voi a reunir con los de la *Partida del Alba*; i en ménos de dos meses me verá Ud. otro. Estoi aburrido en esta *ciudá de Chile*... Otro vasito... Ya van cuatro revoluciones, i ni un solo saqueo siquiera; como si un pobre na sudara el quilo por esas calles, gritando *vivas* i *mueras*... i todo para ¿qué...? para volver a su casa con el bolsillo lleno de viento... Estos ricos no saben hacer mas que revoluciones de títeres... Dígame, *ño* Diablo ¿le ha puesto agua a este aguardiente?

—Ni una gota, hombre!

—I sin embargo, está tan simple como la revolucion de hoi... ¡Si nos hubieran dado siquiera unas dos horas de *uñas libres*!... Ya le estaba echando el ojo a un par de candelabros de plata que divisaba en uno de los cuartos del palacio.

Aquel mismo dia Miguel arregló sus trevejos; ensilló su caballo; elijió para su uso los objetos que pudo llevarse de la chacra que don Cándido tenia a su cargo; vendió algunos animalitos para *abrigar su bolsillo*, como él decia, i sin decir a su patron *aquí quedan las llaves*, se dirijió acompañado de Manuel Barragan, su digno amigo, hácia el lugar endondé, por entónces, se hallaba la célebre *Partida del Alba*.

No era Miguel Turra el único de nuestros conocidos que habia formado el proyecto de dejar la capital. Don Policarpo Tragantilla, importunado por las contínuas exijencias del padre Hipocreitía, habia resuelto irse a establecer en un pueblo de provincia. A la fecha ya habia realizado sus negocios i acomodado sus petacas. Solo le faltaba despedirse de su amigo Hipocreitía, con el cual no queria romper, cuando éste mismo le ahorró el viaje al convento apareciéndose en persona.

El padre i don Marcelino habian ya ajustado con don Meliton

el dia del matrimonio de Lucinda; i teniendo necesidad de dinero para hacer los arreglos necesarios en la casa del novio, (que era donde la boda debia celebrarse segun el convenio, a fin de evitar los llantos de doña Trinidad) no habia mas remedio que recurrir a la inagotable bolsa de don Policarpo.

—¿Qué es esto, amigo mio? dijo el fraile, viendo desmantelado el almacen del avaro, i a doña Estefanía i Pepita ocupadas en el arreglo del equipaje.

—Que me voi al campo! padre mio. No puedo ya vivir en la ciudad. Aquí no se gana ni para mantener a la familia.

—Pues ántes de irse, me hará Ud. el favor de....

—¿Dinero? le interrumpió don Policarpo; apénas tengo para el viaje... No sé si me alcance para llegar a X*, que es adonde me dirijo.

—¿Al pueblo de X* se va Ud?

—Sí, mi padre. ¿En qué puedo servirlo?

—Servirme a mí, nó: al contrario, se me ocurre la idea de hacerle a Ud. un servicio.

—¿Cuál? Estoi a su disposicion.

—¿No le convendria a Ud. ser gobernador de X*?

—¡Pues no me ha de convenir! respondió don Policarpo abriendo tamaños ojos.

—La gubernatura es un buen elemento para ganar plata en los campos.

—Lo creo!

—Da respetabilidad, i al señor gobernador nadie se le pone por delante en los negocios.

—Así es ¿cómo podria su paternidad conseguir esa gubernaturita?

—No es difícil... Ya ve Ud. que nuestro partido va subiendo.

—Ah! mi padre! ¡I qué obra de caridad haria su reverencia en conseguirme el destinito!

—Ya le digo que no será difícil conseguirlo; pero...

—Pero qué?

—Ud., no podrá servirlo.

—¿Cree su paternidad que yo no sabré servir una gubernatura como otro cualquiera?

—No es eso, amigo mio, sino que como el puesto requiere cierto brillo para conservar el respeto a la....

—Habrá brillo: yo me haré respetar. Si álguien me falta en un contrato, prometo qué irá a la cárcel derechito.

—Quiero decir, del respeto a la autoridad...

—Eso es: en estando con la vara de la justicia en la mano ¿quién se quedará con un cuartillo que me pertenezca?

—No me entiende Ud.

—Vaya, si entiendo!

—Ya le digo...

—Esplíquese entónces, mi padre.

—En una palabra: para ser gobernador necesita Ud. gastar, vestirse bien, vivir en una casa correspondiente a su posicion.

—Eso será segun el sueldecito.

—El sueldo será bueno... Pero ántes, es preciso hacer ciertos desembolsos...

—Se hará, padre; se hará.

—I como Ud. me dice que apénas tiene para llegar a X*....

—Sin embargo, estoi dispuesto a...

—Debemos renunciar a este prôyecto.

—No lo crea, padre mio: yo no renuncio: acepto la gubernatura... No crea que me falta para presentarme con decencia. Tengo algo.

—¿Cómo cuánto tendrá en caja?

—Puedo tener unos... unos quinientos pesos.

—Es poco. Hablemos de otra cosa.

—Pero trajinando por ahí, podemos juntar hasta mil...

—I ¿qué podrá Ud. hacer con mil ni con dos mil pesos?

—Buena cosa! ¿Conque de tanta plata se necesita para principiar a ser gobernador?

—Se echa de ver que Ud. no conoce el mundo, don Policarpo.... Con ménos de cuatro mil pesos, no crea que hará nada en la carrera de la política.

—Vaya, pues, supongamos que yo tenga esos cuatro mil pesos!

—Proyectar sobre suposiciones, es edificar castillos en el aire.

—Pues le digo de veras. Los cuatro mil pesos están prontos.

—Entónces me da Ud. dos mil pesos... i los otros dos mil pesos los lleva para sus necesidades. Cuente con el destino i no hablemos mas. Puede creer que la cosa es hecha porque nuestro partido sube como la espuma.

Reflexionó un momento don Policarpo; i como sabia que era tiempo perdido tratar de que el jesuita rebajase algo de la cantidad que demandaba, le entregó, suspirando, los dos mil pesos.

—Son prestados, decia el fraile, miéntras los recibia de las temblorosas manos de don Policarpo... No le doi recibo porque la regla

de la Orden no me lo permite; pero cuente con que este dinero será reembolsado, si nó de mi peculio, al ménos con las pingües ganancias del destino. Adios ¡que el cielo lo proteja en su viaje! i no se olvide de escribirme. Yo cumpliré mi palabra.

---Amen! respondió don Policarpo.

——:o:——

CAPITULO III.

DETRAS DEL PLACER ESTÁ EL DOLOR.

> «La fuerza armada pertenece a la nacion entera, i no puede, sin hacer traicion a un deber el mas sagrado, apoyar las deliberaciones de un pueblo o pueblos en particular.»

(Acta del Consejo de guerra verificado en Tango, el 9 de noviembre de 1829.)

Fuerza es que el condescendiente lector se trasporte al campamento de Tango, endonde Anselmo seguia recibiendo de sus camaradas las mas inequívocas muestras de aprecio.

Uno de los que mas se empeñaba en obsequiarle, era un antiguo camarada llamado José Tronera, que aunque de mucho mas edad que la mayor parte de los oficiales, parecia el mas niño segun la manera como se conducia. Por una parte, vivo, travieso, decidor, amigo de las jugarretas i de los lances chistosos; i por la otra, franco, jeneroso, valiente i decidido por sus amigos. Era Pepe Tronera un carácter verdaderamente orijinal. Mas de una vez le habia su-

cedido lances desagradables con las víctimas de sus jugarretas i truhanerías; pero habia sabido sostener siempre el honor del pabellon, como él decia. Nadie podia aplicarle el apodo de cobarde; i aunque era hablador hasta la crueldad, no se conocia ejemplo de que hubiese descubierto un secreto importante. Su bolsillo era de todos, i miraba el de los demas como su propia caja. Cierto dia, enojado con un compañero porque le cobraba con instancias cierta cantidad, le dijo: «yo me vengaré de tí, no valiéndome jamas en lo sucesivo de tu bolsillo.» Hijo de padres ricos, habíase apresurado a gastar toda su herencia materna con el fin de asimilarse mas a los liberales, como él decia, i de que nadie lo tuviese por pelucon. Su dinero habia pasado a manos de los usureros, de las mujeres de mala vida, de las viudas pobres, de las familias sin recursos, de los bodegoneros, de las comisiones de beneficencia etc... i no era estraño verlo en un mismo dia dotar a la cantora de una chingana i asentarse en la cofradía de Nuestra Señora del Socorro... Por la mañana acompañaba con semblante devoto al Santísimo Sacramento, i en la tarde se afiliaba en una partida de tunos para ir a dar un *malon* en una chacra de campo a las mas lindas muchachas de los contornos. En una palabra, este hombre orijinal presentaba los fenómenos mas extraños i contradictorios, i un fisiólogo sagaz, habria tenido mucho que estudiar en su multiforme carácter. Sin embargo, sus mutaciones eran verdaderas i naturales, i jamas hubo uno de sus compañeros que lo llamara hipócrita.

Al segundo dia del arribo de Anselmo, dijo Pepe a sus camaradas:

—Es preciso solemnizar la llegada de nuestro amigo a estas filas patrióticas.

—Pero cómo? preguntáronle.

—Con una merienda, por ejemplo.

—Eso seria si se nos hubiese dado nuestros sueldos, replicó un oficial.

—Ya se ve! la patria se olvida de pagarnos... Pase por lo mucho que nos solemos olvidar de ella. Pero ¿el no tener dinero es una razon para no festejar a Anselmo? Que me traspasen las bayonetas peluconas si esta misma noche no tenemos la mesa puesta. Tengo un proyecto... ¿quién se atreve a ayudarme?

—¿Cuál es el proyecto?

—¿Qué gracia harias en entrar en él si yo te lo dijera? Esa pre-

gunta me manifiesta que no tienes fe en mí. Por consiguiente, no mereces ayudarme.

—Aquí estoi yo, Pepe! dijo un mozo, cuyo carácter se avenia mui bien con el de Tronera.

—Acepto tu cooperacion, Tristan, dijo Pepe. Ven acá, hijo mio; tomarás parte en la empresa así como has tenido fe en mi talento.

En seguida, tomando del brazo a Tristan se fué con él a la caballeriza; ensillaron i salieron del cuartel a trote largo. Dos horas despues estuvieron de vuelta.

—¿Cómo te ha ido, Pepe? le preguntaron.

—Mui bien. Hemos cumplido la comision con que ustedes nos han honrado.

—¿Nosotros? qué comision?

—La de ir a convidar para la merienda de mañana a don Pedro Contreras.

—Ese viejo rico, padre de las niñas.....

—El mismo. Ha agradecido mucho la atencion, i me aseguró que no faltaria a la merienda.

—Pero, hombre, nos has ido a comprometer! ¿Cómo pondremos una mesa digna de ese caballero si no tenemos con qué?

—Si no es mas que una ternera asada con un poco de chicha! Yo le dije que era solo una cosa así a la rústica para festejar a un amigo.

—¿No es mas que una ternera, dices?

—Nada mas, nada ménos.

—No nos falta mas que la ternera.

—Así se lo dije a don Pedro; i él me la prometió con la patriótica jenerosidad que lo carácteriza.

—Acabáramos! Pero este cuartel no presenta ninguna pieza decente para el convite.

—Don Pedro sabe esto mejor que nosotros i nos ofreció su casa... Nos comeremos la ternera debajo de los parrones de la huerta, i como la bodega de don Pedro está mui aperada, beberemos a la salud de sus hijas.

—Já! já! já! Vaya con este Pepe! ¿Conque has ido a convidar a don Pedro para comernos una de sus terneras i beber de su vino en su propia casa?

—Con sus propias niñas i todo, agregó Pepe, encendiendo un cigarro. El hombre es una alhaja. No hai mas remedio... Es preciso que nadie falte, porque el convite fué hecho a nombre de todos los

oficiales i aceptado de la manera mas formal por don Pedro i sus preciosas hijas.

—Nos resignaremos a cumplir con este compromiso, contestaron riendo algunos oficiales, miéntras otros, ménos acostumbrados al carácter de Pepe, recibian la noticia un si es no es disgustados.

Don Pedro era un vecino acomodado, jeneroso i amigo de la vida alegre. El mismo vino esa tarde en persona a convidar a Viel i a sus oficiales para la merienda del siguiente dia, a la cual asistieron todos, ménos el coronel Tupper que se quedó en el cuartel.

El convite fué animado; la mesa abundante i regularmente servida, i los convidados encontraron la mas cordial franqueza en la familia de Contreras. Miéntras tanto, Tronera que iba i venia de un estremo a otro de la mesa charlando con todos i revolviéndolo todo, decia de cuando en cuando a sus compañeros:

—Ya ven ustedes que sé cumplir mi palabra!

Pero el contento jeneral fué turbado repentinamente por la llegada de Tupper, quien, con unos papeles en la mano se presentó a Viel i le dijo al oido:

—Comandante, todo está perdido!

—¿Qué hai? preguntó Viel, alzándose de su asiento.

Tupper, sin contestar una palabra, puso las comunicaciones en manos del comandante jeneral. Este, retirándose a un lado, pasó rápidamente la vista por los papeles, i miéntras leia, su cara se iba poniendo mas i mas pálida. En seguida, dirijiéndose a los oficiales les dijo:

—Caballeros, al cuartel!

—¿Qué sucedé, señor comandante?

—La patria está en peligro. ¡Al cuartel en diez minutos!

I despues de pedir a los dueños de casa lo disculpasen por aquella brusca retirada, salió seguido de todos sus oficiales.

—Señorita, decia Tronera a una de las niñas al tiempo de retirarse: no he tenido tiempo de concluir mi brindis; pero volveré, si las balas de los pelucones me lo permiten. ¡Esto huele a peluconada!

Un cuarto de hora despues se encontraban los de la merienda reunidos en consejo de guerra.

Era el 9 de noviembre. Habiendo tomado Viel la palabra para imponer a los circunstantes del objeto del consejo, narró todos los hechos acaecidos el dia 7, i concluyó diciendo:

—La Junta de gobierno nombrada por los enemigos del órden, carece de autoridad, nó solo de dereho sino de hecho, porque ni aun

ha podido ser su nombramiento publicado por bando. Se le ha negado la obediencia por los comandantes de los cuerpos que existen en Santiago, i la Asamblea de la capital la ha declarado nula. Dictaminemos ahora sobre lo que le corresponde hacer a este ejército de mi mando.

—Defender hasta el último trance nuestras instituciones amenazadas, respondieron muchos.

—Ser fiel a la Constitucion hasta la muerte, dijeron otros.

En consecuencia decidieron:

«Obedecer las órdenes del Poder Ejecutivo constitucional, pro-«testando a la faz de la nacion, que jamas harian uso de las armas «para hostilizar a los ciudadanos, cuyos derechos defenderian hasta «derramar la última gota de sangre, con lo cual creian obrar con-«forme al voto de la jeneralidad de la República.»

El noble ejército, despues de esperar en balde órdenes del poder supremo, mal alimentado i mal equipado como estaba, se dirijió a Santiago, adonde llegó el mismo dia en que esta capital era abandonada por el Gobierno i entregada a las intrigas reaccionarias. El Gobierno se trasladó a Valparaiso; pero si no habia podido dominar las circunstancias estando en Santiago, es decir, en el centro mismo de las influencias peluconas ¿cómo podria hacerlo desde aquel puerto? Sin embargo, no estaba todo perdido todavía: el ejército permanecia fiel a sus banderas i juraba morir por la causa de la libertad. Solo habia menester de un jefe de prestijio, i al mismo tiempo leal a los principios de la Constitucion.

Ese jefe no podia ser otro que Freire; i en consecuencia, un consejo verificado el dia trece de noviembre, acordó poner al ejército bajo las órdenes de dicho jeneral, «nó como a jefe de la Junta de Gobierno, sino como a jefe de mayor graduacion.»

Freire no comprendió toda la nobleza de este acto; i creyéndose herido, ordenó al ejército la sumision ante la autoridad de la misma Junta, que, pocos dias ántes habian jurado no reconocer. Tenia confianza en su prestijio; pero aquella vez se equivocó, porque al dia siguiente el ejército puso a su cabeza al coronel Viel. Este segundo acto i las instigaciones del partido reaccionario, concluyeron por exasperar hasta lo sumo al jeneral Freire, haciéndole concebir el proyecto de presentarse él en persona ante los soldados.

CAPITULO IV.

ANSELMO I ANJELINA

«Mujer! oh gota pura
Del cálice divino!
Calmar con tu dulzura
Al hombre, es tu destino,
El amargoso líquido
Del vaso del dolor:
Tú eres, mujer, la urna
Que encierra su consuelo;
La antorcha eres nocturna
Que le platea el cielo;
I en fin, en turbio piélago
Su estrella eres de amor.»

(J. Chacon---*La mujer*)

En cuanto Anselmo estuvo libre de las ocupaciones de su puesto, quiso verse con Andres; pero éste se encontraba en Valparaiso a las órdenes del teniente coronel de artillería, don Gregorio Amunátegui.

De doña Estrella no pudo sacar otra cosa, sino que esperaba contestacion a cierta carta que habia escrito a una de las *madres*

mas graves del convento, parienta de don Cándido.

Doña Trinidad seguia enferma; pero no por eso habia podido conseguir de su marido el que le permitiese ver a su hija. Don Marcelino habia jurado que Lucinda no saldria del monasterio sino para casarse con su amigo don Meliton «o con la sepultura.»

Tales eran las palabras del cruel viejo. En cuanto a la solicitud elevada a la Curia eclesiástica, aun no habia obtenido providencia, en razon a los inconvenientes que se habian presentado i que, a no dudarlo, provenian de las maquinaciones del reverendo Hipocreitía, uno de los hombres de mas influencia en el tribunal eclesiástico, segun la espresion del señor secretario con el cual habia hablado doña Estrella.

Las noticias que el jóven obtuvo de su protector, don Ramon, no fueron mas felices. A pesar de haber conferenciado varias veces sobre el asunto con Su Ilustrísima, el señor Obispo de Ceran, no habia podido obtener otra contestacion sino que «el negocio era mui delicado i debia pensarse maduramente.»

El pobre jóven no hallando qué hacer, quiso hablar con su hermana i se dirijió al convento. Llamó en el torno i solicitó hablar con Anjelina, como lo solia hacer, aunque de tarde en tarde, segun encargo de su misma hermana. Vino ésta al torno i apénas saludó a Anselmo cuando le dijo sollozando:

—Ya concibo cuál es el objeto de tu venida, pero nada puedo decirte.

—¿Por qué?

—Me es prohibido, hermano mio!

—Pero.....

—La *escucha* nos oye, dijo a media voz Anjelina.

Anselmo se acordó entónces de que una monja no podia hablar ni aun con su hermano, sin que su conversacion fuese fiscalizada por ese testigo llamado la *escucha*.

—Ah! esclamó el jóven: pero cómo podré conformarme con tener que separarme de aquí sin saber noticias de ella?

—Vamos, hermana! dijo con voz seca i dura la monja que acompañaba a Anjelina: «Retírese de la reja porque esta conversacion toma un carácter prohibido.»

—Hermana, amiga mia! esclamó Anjelina con voz suplicante ¿no ve que la persona que ahí habla es mi pobre hermano que sufre tan cruelmente?

—¡Qué Dios le dé paciencia! respondió la *escucha*; pero yo no

puedo faltar a lo que se me ha ordenado. Retirémonos de aquí!

La órden era imperiosa i Anjelina debia obedecer al momento, so pena de sufrir un castigo correccional. Pero ántes de retirarse dijo a Anselmo:

—Adios, hermano mio! Voi a rezar por tí. ¡Ten esperanza!

El jóven no contestó sino que lanzó un doloroso jemido al mismo tiempo que la *escucha* decia a Anjelina:

—Hermana! Ud ha pecado gravemente con no obedecer al instante!

Pero Sor María de los Dolores no oyó estas palabras, i preocupada del quejido de su hermano, que repercutió en su sensible corazon, corrió nuevamente hácia el torno.

—Anselmo! hermano mio! esclamó con voz entrecortada por la emocion. Ten esperanza, te he dicho: confia en Dios! Lucinda está buena, i yo sé que te ama cada dia mas! En cuanto a esa carta que le han obligado a escribirte...

Anselmo no oyó mas. La voz de su hermana habia sido cortada de repente como si le hubieran puesto la mano en la boca. Al mismo tiempo se oyó gritar a la *escucha*:

—Socorro! socorro!

Bien pronto concurrieron tres o cuatro monjas que esclamaron:

—¡Ave Maria Purísima!

—¿Qué es lo que sucede?

—Que Sor María de los Dolores ha desobedecido formalmente...!

—¡Jesus, María i José! Materia grave!

—Ha hablado contra la prohibicion espresa...

—¡Qué escándalo!

—Aquí viene la madre abadesa!

—Madre mia! esclamó Anjelina dirijiéndose a Sor Agueda: he pecado gravemente! Estoi pronta a recibir con humildad el castigo que su reverencia tenga a bien imponerme.

—Anjelina de mi corazon! esclamó Anselmo ¡Vas a sufrir por mí!

—¿Quién habla en el torno? preguntó la madre Agueda despues de haber ordenado a dos monjas que llevaran a Sor María de los Dolores al lugar endonde debia sufrir la penitencia de su pecado... ¿Quién es Ud?

—Madre mia! respondió el jóven: soi Anselmo Guzman, el hermano de Anjelina.....

—Aquí no hai ninguna persona de ese nombre, señor. Retírese Ud!

—Anjelina Guzman, señora, que con el nombre de Sor María de los Dolores.....

—Sor María de los Dolores no saldrá mas al locutorio! interrumpió la abadesa...Olvide Ud. para siempre que tiene aquí una hermana!

En seguida ordenó a la hermana portera que cerrase todas las puertas, i en breve rato se encontró Anselmo solo i sin tener quién le contestase. Retiróse de allí con el corazon traspasado de dolor, i sostenido su espíritu solamente por esa forzada esperanza de los últimos momentos. Sus ilusiones habian ido cayendo una a una como caen de los árboles las hojas que el huracan arrastra en tumultuosos remolinos. Miéntras mas pensaba en su destino, mayor era su angustia. Echando una mirada a la sociedad, temblaba al considerar en ella una reunion de elementos para sacrificar a su querida, i ninguno para salvarla.

Un sacerdote en quien la niña debió encontrar el consuelo que necesitaba, habia pronunciado la sentencia, i su propio padre era el verdugo. En seguida, echaba otra mirada sobre sí mismo i lo afligía su debilidad ¿Qué podia hacer él, pobre i sin ningun prestijio contra sus poderosos enemigos que encontraban en las preocupaciones sociales su principal apoyo? El tenia conciencia de la justicia de su causa i de los derechos de su amor; pero esto era precisamente lo que lo martirizaba hasta la desesperacion, pues, miéntras mas reflexionaba, mas claramente veía su impotencia.

—:o:—

CAPITULO V.

LA INTENTONA FRUSTRADA.

> «Yo llego en aquellos momentos; penetro en el medio del patio, i con una pistola en una mano i la espada en la otra, me presento al jeneral Freire.....
>
> (Carta del coronel Tupper.)

Tales eran poco mas o ménos las reflexiones de Anselmo al dirijirse a su cuartel, que entónces ocupaba el convento de San Agustin, cuando al llegar a la plaza de Armas, fué distraido de sus meditaciones por una voz mui conocida:

—Anselmo! pobre amigo mio! ¡qué flaco i pálido te encuentro!

—Tan flaco i pálido como gordo i colorado estás tú, Catalino, respondió Anselmo dando la mano a Gacetilla.

—I ¿qué hai de nuevo?

—No sé nada, hombre.

—Nada! Yo no sé qué clase de jóvenes son los de estos tiempos:

parece que no se interesan por el porvenir de la República. Nunca sabes nada!

—I ¿qué he de saber yo, cuando acabo de llegar del campo?

—Ya lo sé; pero hace mas de veinticuatro horas que llegaste a la capital i debes saber muchas cosas. ¿Te parece poco veinticuatro horas?.... Pues yo te diré entónces lo que sé. He oido que Freire está *como un quique* contra los pipiolos.....

—¿Por qué?

—Porque el ejército le ha negado la obediencia, i él dice que todo esto se hace por instigaciones del pipiolaje.... Tú debes saberlo. ¿No eres amigo del jeneral?

—Sí; pero no tratamos sino mui poco de estos asuntos.

—Mal hecho, hombre; mal hecho, dijo don Catalino con cierta gravedad cómica. Tu posicion cerca del jeneral te pone en un serio compromiso.

—¿Cuál?

—El de inquirir por medio de él las mejores noticias para contestar a los amigos. Ahora me acuerdo, prosiguió Gacetilla; se dice ademas, que Freire piensa presentarse al ejército en persona. Su objeto es sin duda influir sobre el ánimo de los soldados a fin de hacerlos respetar la autoridad de la Junta de los pelucones.

—No creo que el jeneral tenga ese pensamiento, dijo Anselmo.

—Digo lo que se cuenta.... Como las cosas estan así así, tan revueltas.... ¡No es nada! tenemos a la fecha una multitud de gobiernos i no es posible saber a qué autoridad atenerse.... Autoridad del Presidente Vicuña, autoridad de la Junta, autoridad de Prieto i ahora, autoridad del ejército del sur.... Pero ¿qué jente es aquella?

Ambos amigos habian llegado a la esquina oriente del Portal de los Baratillos, (hoi conocido con el nombre de Sierra-Bella) i pudieron ver cómo un grupo de jente de a caballo i de a pié se dirijia por la calle del Estado hácia la portería del convento de San Agustin.

—¿Qué podrá ser eso? preguntó Gacetilla.... ¡Ai, Anselmo! se me ocurre que será Freire.... Sí! él es! Viene acompañado de otro jeneral i entran en el convento!

Anselmo no contestó sino que se fué corriendo hácia el cuartel endonde entró seguido de Gacetilla. Freire habia hecho formar la tropa de los dos batallones allí acuartelados, i en ese momento dirijia la palabra a los oficiales. Anselmo se colocó prontamente en su puesto. Los soldados atónitos i sin saber de lo que se trataba,

habian obedecido por no encontrarse allí sus principales jefes. Entónces, el capitan don Gregorio Barril contestó a Freire diciendo:

—No podemos recibir órdenes mas que de nuestro comandante, señor jeneral.

Irritado éste, volvió a ordenar a los oficiales que saliesen de sus filas; pero ninguno se movió de su puesto.

—Tú tambien, Anselmo! gritó Freire fuera de sí: tú tambien desconoces mi autoridad!

Anselmo no contestó una palabra i solo inclinó la cabeza, manifestando en su actitud el dolor que sentia al verse en la necesidad de desobedecer a un hombre que estaba acostumbrado a amar i respetar como a su propio padre.

En aquel momento un oficial a caballo, con su espada desnuda, se abrió paso por entre la jente que obstruia la puerta del cuartel. Era Tupper, que, sabedor de lo que pasaba, iba a librar de una sorpresa a las tropas de su mando.

—Señor jeneral, dijo, encarándose a Freire: yo no puedo recibir vuestras órdenes, ni consiento que mi batallon las reciba sino de la suprema autoridad!

Freire no escuchaba, i dirijiéndose a los soldados, les dijo:

—¿Qué se hizo el amor por vuestro antiguo jeneral? No puedo creer lo que veo. ¿Cómo es posible que prefirais obedecer a un estranjero ántes que a vuestro antiguo compatriota que mil veces os ha llevado a la victoria?

Tupper mandó entónces a los oficiales dar un paso adelante: los oficiales obedecen, i él les pregunta:

—Decid ¿a quién reconoceis por vuestro jefe?.... si a mí, con quien ayer no mas jurasteis defender las instituciones de la República, o a un jeneral que traiciona al Gobierno lejítimo?

—Moriremos con vos, coronel! contestaron todos, i no obedeceremos sino las órdenes del poder constitucional!

Al oir estas palabras, todos los soldados gritaron a una:

—Viva la Constitucion! Viva el coronel Tupper!

—¿Os convenceis ahora, dijo éste a Freire, de que mis tropas no reconocen otro jefe que yo?

—Vos daréis cuenta a la nacion de vuestra conducta, respondió el jeneral.

—Sí, señor, replicó el coronel: yo responderé ante la nacion de mi deber i de mi batallon. Conozco mi responsabilidad, agregó, i no seréis vos quien me haga olvidar mis deberes.

—Es tiempo de retirarnos, dijo a esta sazon el jeneral Blanco que acompañaba a Freire.

Ambos salieron del cuartel i se dirijieron hácia la plaza de Armas. Tupper envió entónces a buscar a Rondizzoni, jefe del *Concepcion*, tambien acuartelado allí; i miéntras tanto, se quedó tomando las medidas necesarias para evitar otra intentona.

En aquel mismo dia fué nombrado jeneral en jefe del ejército constitucional, don Francisco de la Lastra, a cuya valentía i arrojo se unia un carácter de proverbial integridad.

Lastra habia encanecido en la guerra de la Independencia i amaba a su país con un corazon verdaderamente republicano. El nombramiento no podia ser mas oportuno, i el ejército entero lo recibió con muestras de la mayor satisfaccion.

——:o:——

CAPITULO VI.

ANSELNO SE ENCUENTRA ENTRE LA ESPADA I LA PARED.

«Jamas el odio insano mi mente ha conturbado.»
«Ni la venganza impía manchó mi corazon!»

(Señora O. de Uribe.)

Media hora despues de los últimos acontecimientos bosquejados en el capítulo anterior, llegó Rondizzoni al cuartel de San Agustin.

---Compañero, le dijo a Tupper, debemos salir pronto de Santiago.

---¿Por qué órden?

---Por órden del señor jeneral Lastra.

---¿Con qué objeto?

---Con el objeto de protejer la llegada a la capital de dos compañías de artillería que vienen de Valparaiso a las órdenes del teniente coronel Amunátegui. Se presume que haya pasado para el norte la vanguardia de Prieto.

---¿No dicen que el ejército de Prieto se halla a estas horas en Codegua?

---Sí; pero una gran parte de su caballería, es decir, mas de seiscientos hombres, al mando del coronel Búlnes, se ha adelantado

i espera a Amunátegui en el camino de Valparaiso. Lastra ha mandado ir en su defensa, i hoi mismo deben partir de aquí las fuerzas constitucionales.....

—Así sea, dijo Tupper, i nos iremos preparando miéntras nos llega la órden.

En seguida llamó a sus oficiales i les advirtió de que era preciso estar listos cuanto ántes. Anselmo recibió con gran disgusto esta noticia, pues lo obligaba a separarse del lugar endonde sufria su amada. Pero era preciso obedecer al imperio de las circunstancias, i se fué a su casa con el fin de arreglar su lijero equipaje de soldado, i sobre todo, a buscar el querido paquete de las cartas de Lucinda que tenia guardado en su cuarto.

Esas cartas eran para él tanto mas preciosas, cuanto mayores eran las dificultades que se presentaban para unirse a su amada. Iba a separarse de Santiago; talvez tendria que entrar en el combate, i mui bien podria ser que una bala atravesase su pecho. El jóven no queria morir sin llevar sobre su corazon el inapreciable tesoro.

Encontrábase en su cuarto cuando oyó la voz de Freire que entraba a la casa. Venia el jeneral sumamente ajitado, i en cuanto vió al jóven, le dijo en tono de agrio reproche:

—Anselmo! Si no lo hubiera visto, no lo habria creido: ¿qué has hecho?

—Mi deber, contestó respetuosamente el jóven, cruzándose de brazos delante del jeneral.

—¿I te mandaba tu deber, replicó éste con un jesto de marcado disgusto; te mandaba tu deber, el ser desleal a tu antiguo jefe?...

—Señor! le interrumpió Anselmo ¿yo desleal?

—Sí! gritó Freire, coléricamente; sí, desleal con tu amigo, con el íntimo amigo de tu padre.

Habia en estas últimas palabras de don Ramon una mezcla de indignacion i de dolor que traspasó el pecho del pobre jóven.

—Señor jeneral! contestó éste: mi corazon me recuerda todos los dias cuánto debo a Ud., i mis labios no han cesado jamas de publicarlo, pues ésta es la única manera como puedo pagar tan santa deuda. Ud. ha dirijido mi vida con sus consejos; i con su noble ejemplo, me ha hecho seguir siempre en los combates el camino del honor. Débole, pues, lo que soi! Suyo es mi corazon, mi respeto, mi vida; pero.....

—Pero, qué?

—Mis convicciones, mi conciencia, mi honor, son de mi patria, respondió el jóven en voz mas baja.

El jeneral que se habia ido acercando poco a poco a Anselmo, dió un paso atras, i lo miró de arriba abajo como preguntándole lo que significaban sus palabras.

—Recuerda Ud., prosiguió con calor el mozo, cuando despues de la batalla de Pudeto, se apeó Ud. repentinamente de su caballo, i abrazándome me dijo: «Anselmo, quisiera que tu padre estuviese aquí para que gozase con tu conducta.»

—Ah! entónces! esclamó el jeneral acercándose al jóven.

—Esas palabras resuenan aun en mis oidos, prosiguió éste: Ud. se sacó entónces su propia espada; esta espada, señor, que llevo aquí, i que nadie me arrebatará sino con la vida, i poniéndola en mis manos, me dijo:

—Aun cuando tuviera el puño cubierto de diamantes, no alcanzaria a premiar tu valor.

Freire enmudecido, miraba a Anselmo como trasportado a aquellos sitios de gloriosos recuerdos.

—Pero yo no habria estimado ese puño de diamantes: i si besé con reconocimiento esta arma, fué porque estaba consagrada por Ud. en mil combates gloriosos en defensa de Chile. Ahora bien, ¿querria Ud. que yo hubiese empañado el brillo de esta espada traicionando mi propia conciencia, i ultrajando las instituciones que hemos jurado defender?

—Entónces, crees, prosiguió Freire, que mi conducta de hoi....

—No debo calificarla, le interrumpió Anselmo.

—Pues yo te pido que lo hagas!

—Señor!...

—Es un amigo que te ruega, dijo el jeneral, tomando la mano de Anselmo.

—Creo que su buen corazon ha sido sorprendido, contestó éste.

Freire soltó bruscamente la mano del jóven, quien prosiguió con acento triste i firme a la vez:

—No sé si he hablado demasiado, señor jeneral: de todos modos le ruego perdone la franqueza de mi corazon. Ud. me ha enseñado a decir la verdad. Despues de lo que ha pasado, creo que no debo permanecer mas en esta casa. Mi mala suerte me condena a vivir separado de las personas que mas amo. Bien pronto partiremos; nos han dicho que nos vamos a batir, i ¡quién sabe!... Le ruego que

diga a Lucinda que mis últimos pensamientos le pertenecen.... ¡Adios: sea Ud. feliz, señor!

La voz del jóven era lúgubre: su último encargo se asemejaba al de un moribundo. Cuando tendió la mano a su protector, le dijo éste con mal reprimida ternura:

—Ingrato! llevas el presentimiento de la muerte, i te separas de mí sin abrazarme!

Anselmo se precipitó en los brazos de su bondadoso amigo, miéntras éste murmuraba:

—¿Cómo te has atrevido a creer que yo podia guardarte rencor por lo que has dicho?... yo que no lo he tenido ni aun contra los enemigos de Chile?

Diciendo esto, separóse precipitadamente del jóven i entró en su cuarto.

—Ah! esclamó ¡si mi pobre amigo viviera, cuál no seria su satisfaccion i su orgullo al ver a su hijo!

En seguida empezó a pasearse por el cuarto diciendo:

—Bien puede ser... ¡Si me habré equivocado! Este jóven es de una razon clara... ¡Quién sabe si he sido el juguete de estos malvados! ¡Quién sabe si creyendo hacer un servicio a mi querida patria, me he convertido, sin saberlo, en el enemigo de sus instituciones!... En todo caso, mi conciencia está tranquila; pero esto seria para mí como caer en un horrible precipicio!

Llegado al cuartel, Anselmo recibió de manos de un sarjento la carta siguiente traida por una mujer.

Estimado amigo:

Me causa un verdadero dolor tener que dar a Ud. una mala noticia; pero no puedo dejar de hacerlo, tanto por haberle prometido a Ud. hoi que le diria lo que la monja me contestase sobre su asunto, como porque es preciso que Ud. esté al corriente de lo que sucede.

La monja me dice que han resuelto casar a Lucinda. Ella lo sabe todo por ser mui amiga de la abadesa. El matrimonio será en casa de don Meliton.

La funcion no podrá tener lugar en casa de don Marcelino, porque la Trinidad está bastante enferma. Ya están mandados hacer los dulces i las tortas de biscochuelo. Me dicen que no habrá muchas personas.

A mí no se me ocurre qué inventar para que esta maldita union

fracase. En todo caso, estoi a su disposicion para servirle en lo que pueda serle útil.

S. S. S. Q. B. S. M.

Estrella C. de la Rueda.

P. D. Como tengo la cabeza tan mala, se me habia olvidado decirle que el matrimonio será pasado mañana a las nueve de la noche, hora en que se traerá a Lucinda del monasterio.

A nosotros nos tienen convidados para la cena, i, segun creo, es con el objeto de quebrarnos los ojos. Nada hemos contestado sobre esto.

Vale.

CAPITULO VII.

A DESESPERADO MAL, DESESPERADO REMEDIO.

«Núblase mi esperanza;
La noche es ai! oscura,
I la borrasca ajita
El mar de mi fortuna!»

(E. del Solar.)

Anselmo leyó dos veces la carta, pues la primera lectura no le hizo posesionarse bien de su contenido. Hai desgracias a las cuales es preciso acostumbrárnos para que aceptemos su existencia. La de Anselmo era ya casi un hecho consumado; pero la última esperanza, esa esperanza de la desesperacion, luchaba aún en su interior contra la fria realidad que tendia a paralizar la accion de su espíritu. En medio del abatimiento que en él producia la conviccion de su impotencia, solia sufrir por algunos instantes los efectos de la reaccion, i entónces, cual sucede siempre a los jóvenes de constitucion robusta i de caráter severo i reservado, sentia ajitarse su espíritu con una fuerza desconocida. ¡Ai, del que en aquellos momentos hubiese osado decirle que la realizacion de sus esperanzas era un imposible! ¿Cómo habia de ser imposible ser feliz? ¿Cómo no habia de prevalecer la justicia? I la justicia consistia para él en la realizacion de sus deseos, cuyo objeto doraba su imajinacion de los mas

bellos colores. Pero bien pronto volvia a caer en ese anonadamiento que sigue a toda exitacion. La realidad aplastaba sus esperanzas, como el granizo que cayendo sobre la sementera i los árboles del prado, eshoja las flores i deshace el delicado fruto que comenzaba a jerminar. Cuando mas bello se le presentaba el arco íris de sus deseos, al irlo a tocar, veíalo desvanecer i perder sus vivos colores, allá en el azul de la atmósfera.

Presa de tan encontrados i dolorosos pensamientos, paseábase Anselmo a lo largo del cuarto de la Mayoría, cuando oyó la voz de Pepe Tronera que lo saludaba cordialmente.

—¿Qué tienes, amigo mio? Estás pálido i triste, cuando dentro de poco rato talvez nos vamos a ver enfrente del enemigo? Si no te conociera tanto, diria que tienes miedo.

—Miedo! le interrumpió Anselmo, sonriendo: sí, amigo mio, prosiguió: tengo miedo a la vida!

El tono de profunda melancolía con que Anselmo pronunció las últimas palabras, hizo recordar a Tronera los motivos de sufrimiento que su amigo tenia.

Este le habia contado una gran parte de los sucesos que se referian a sus amores, i Pepe, aunque lijero i atolondrado, era demasiado sensible para permanecer indiferente a las penas de un camarada como Anselmo.

—Entónces ¿has recibido malas noticias? preguntó a éste.

Anselmo por toda contestacion, puso en manos de Pepe la carta que acababa de leer. Habiéndola éste leido, dijo:

—Pobre, amigo mio! dispénsame que te haya hablado con tanta lijereza... Ya ves: yo soi así; pero ¿no podria tocarse algun recurso para quitársela al viejo?

—Yo casi he perdido toda esperanza, contestó el otro, apretándose la cabeza entre sus manos.

—Perder la esperanza es hacerse indigno del premio, replicó Tronera, volviendo poco a poco a su natural, pues en él las mas fuertes impresiones tenian mui corta duracion. ¿Perder la esperanza?... No digas eso, amigo mio!

—Pero ¿qué quieres tú cuando un imposible se me pone por delante?

—No hai cosas imposibles sino para el que no tiene voluntad de hacerlas, replicó Tronera. Dime ¿no está Lucinda en el monasterio de las Capuchinas?

—Sí.

—I la casa de don Meliton...?

—En la calle de Santo Domingo, cuatro cuadras al poniente de la iglesia.

—Bueno, bueno, respondió Tronera, haciendo al mismo tiempo unas rayas en la blanqueada pared de la celda de la Mayoría con una llave que sacó de su bolsillo.

Anselmo miraba a Pepe sin saber lo que aquello significaba.

—Sí, sí, decia éste hablando consigo mismo, con una flema singular i apuntando con la llave sobre las diversas intersecciones de las líneas que habia trazado. Sí, esto es... De aquí acá tenemos dos cuadras... luego darán vuelta la esquina... I por si siguen la calle derecho, pondremos aquí dos hombres... Un silbido bastará para estar prontos en esta otra esquina... Vaya! es un hecho.....

—Qué dices? preguntó Anselmo.

—Estoi combinando un plan de ataque, a la pelucona.

—¿Cómo?

—Te diré en dos palabras: sacan del convento a Lucinda para traerla a casa de don Meliton... La salida será de noche... Se vienen por esta calle... Cuatro o seis amigos los esperamos en esta esquina... Uno arrebata a la niña; la entrega a un hombre de a caballo que irá preparado al efecto.....

—¿Estás loco?

—Entre tanto, los otros les ponen a los conductores sus pañuelos en la boca a modo de.....

—Pero, hombre!

—Te aseguro que ninguno podrá gritar... Tenemos aquí muchachos de puños.

—Pero yo no permitiré que.....

—Sí, hombre, de puños, i arrojados como el mismo diablo. Te aseguro que mi proyecto es digno de San Martin. Por fortuna, agregó, puedo ponerlo en práctica porque el comandante me ha encargado cierta comision que viene ahora como de molde con mis deseos, pues así tendremos dos cosas que hacer a un mismo tiempo, i ¡viva la patria! Já! já! já! Al momento voi a hablar con Tristan que es muchacho de empresa.

—Dejémonos de locuras, amigo mio, dijo Anselmo. Mi fatal destino quiere que padezca!

—Pero nosotros debemos pelear contra ese caballero *don Destino Fatal*. Te repito que mi proyecto es bueno. A gran mal gran re-

medio, amigo mio. ¿Piensas guardar consideraciones cuando te arrebatan a tu Lucinda?

—No me tientes, Pepe!

—I te la arrebatan no solamente contra tu voluntad, sino contra la voluntad de ella misma... lo cual significa que ella va a sufrir tanto como tú, i para siempre! entiendes? para siempre!... Miéntras que con un buen golpe de mano... Pero veo que te disgusta este proyecto... Pues bien: voi a proponerte otro para que veas que tengo recursos en mi caletre, i no soi como esos jenerales cuyo amor propio los hace apegarse tanto a los proyectos que una vez conciben... Pero ¡ah, se me habia olvidado decirte que es preciso obtener pronto una carta de recomendacion del coronel Tupper, por ejemplo, o de otro cualquiera.

—Carta ¿para quién?

—Para el cónsul francés, M. La Forest... Esto entra en el proyecto que voi a esplicarte... Porque es mui probable que Lucinda tenga que refujiarse bajo la bandera francesa... Pero voi a decirte mi segundo proyecto.

En ese momento entró Tristan que venia a llamar a Anselmo de parte del coronel Tupper.

—Vete, dijo Pepe, i pídele a tu jefe esa carta para el gabacho de que te he hablado. Aquí trataremos el negocio con Tristan.

Anselmo salió casi sin atender a las palabras de Pepe.

—Tristan, dijo éste, nuestro amigo Anselmo es mui desgraciado.

—Lo sé todo, contestó Tristan.

—Pero no sabes lo que dice esta esquela.

I en seguida leyó la carta de doña Estrella.

—Caramba! esclamó Tristan, la cosa es séria. ¡Ya don Meliton se llevó la muchacha! ¡Qué suerte de viejo! Si no hai mas que atraerse a un clérigo para ganar la lotería!

—Pues no ha de ser así! Yo me he propuesto arrancarle la presa de las manos. Es preciso que hagamos esto por Anselmo. ¿Estás dispuesto a ayudarme?

—De mil amores, pero no encuentro el medio de...

—Yo habia concebido un proyecto para robar a Lucinda.

—Robarla.!

—Pero tiene sus pelos i lo abandono. Se me ocurre otra cosa... ¿No tienes amistad con las cómicas?

—Muchísima.

—Entre ellas hai cantoras...Tú les hablas de un *esquinazo* que debemos dar una noche de desposorios en casa de un rico...

—Sí; hai buenas cantoras.

—Miéntras ellas dan el *esquinazo,* nosotros llegamos con otras muchachas en una carreta de paseo. ¿Comprendes? Las niñas se apean; entran a la casa como de visita; las cantoras se desgañitan gritando miéntras nosotros damos el golpe. Uno toma a Lucinda i la saca; los demas se quedan dentro, evitando que salgan a pedir auxilio, i al mismo tiempo varias de nuestras compañeras estarán en la puerta protejiéndonos con sus habladurías i risotadas...

—A tí te parece todo fácil.

—Los que pasan por la calle creen que todo aquello es gusto i gresca: por último, amarramos a los convidados i los dejamos bien amordazaditos...¿Entiendes?

—Entiendo, pero hai peligro...

—I si no lo hubiera ¿mereceria este proyecto ser ejecutado por nosotros?

—Esta razon me convence, contestó Tristan, riéndose. Te acompañaria si me quedase aquí.

—Ya lo habia pensado. Voi a hablar con el comandante para que te ponga a mi disposicion.

—¿A tu disposicion?

—Sí: me ha dado una comision importante, i le diré que tengo necesidad de tí.

—Está bien. Pero ¿no seria bueno ponernos en relacion con doña Estrella?

—Le diremos lo que convenga...En cuanto a las cómicas, punto en boca...no deben saber nada. Diles que solo se trata de un *malon* en una casa rica. Por ahora no tenemos tiempo para hablar mas, porque voi a verme con el comandante. Nos quedan cerca de cuarenta horas para masticar i poner en práctica el proyecto...Tú debes irte al momento a preparar a las cantoras. Yo hablaré pronto con doña Estrella a quien indicaré solo lo necesario.

—Cuenta con el marido!

—Don Cándido es lo que su nombre dice....No sabrá una palabra i se quedará tan en ayunas de lo que se va a hacer como yo me suelo quedar con su conversacion. En seguida, me iré a ver con tres amigos de los de la cáscara amarga. Ellos me proporcionarán las muchachas para la carreta...Como hace tanto tiempo que estoi fuera de la capital, no me será fácil a mí, encontrar las niñas para el

caso... Pero, ¿i la carreta? De dónde la sacamos? Ah! ya estoi: no hai mas que rogarle a doña Estrella que nos preste una de las entoldaditas que tiene en su chacra para los paseos a la pampa... La cosa es hecha!... ¡I luego dirás tú que yo no sirvo para jeneral! Já! já! já!! ¡cómo nos vamos a reir despues!

I Tronera salió de la pieza sobándose las manos de satisfaccion i entonando a toda voz una *zamacueca*, cuyo compas seguia con los golpes de sus tacones sobre los ladrillos del corredor.

Poco rato despues, toda la division se puso en marcha por el camino de Valparaiso.

——:o:——

CAPITULO VIII.

VIVAN NOVIOS I PADRINOS.

«¡Ai, de quien al comenzar
De esta vida la jornada,
Siente el alma lacerada,
Siente un inmenso dolor!

¡Ai, de aquel cuyo destino
Decretó para su daño
Que su primer desengaño
Fuese su primer amor!»

(Abel Villamil.)

En la noche de ese mismo dia, Andres hablaba con Tronera.

—Veníamos de Valparaiso, dijo el capitan; pero dimos con las fuerzas de Búlnes, que eran el triple de las nuestras. El coronel Amunátegui no pudo hacer otra cosa que capitular... Yo me he venido a escape para traer a Lastra esta mala noticia... He hablado con Anselmo, prosiguió: este pobre amigo ha quedado enfermo en una chacra no léjos de aquí. Está mui triste i temo que la fiebre se lo lleve.

—¡Pobre compañero! esclamó Tronera, pasando de la risa a la seriedad, tal como la flexibilidad de su carácter se lo permitia. Siempre ha sido Anselmo, prosiguió, un compañero fiel i amigo de servirnos; ahora es preciso que le paguemos...¿Te habló de mi proyecto?

—Sí, pero me rogó que te hiciese desistir de toda accion que pudiera comprometer el honor de Lucinda. «Mas bien quiero perderla para siempre, me dijo, que esponerla a sufrir las consecuencias de un acto impremeditado. ¿Qué diria mañana la sociedad de Santiago, al saber que ella habia sido arrebatada entre las sombras de la noche por unos hombres que todo el mundo tendria por bandidos?»

—¿I qué piensas tú de todo esto?

—Casi estoi por decirte que Anselmo tiene razon.

—Te engañas, hijo mio, replicó Tronera chanceándose. Tú i Anselmo son mejores para frailes capachitos que para soldados. Pero, a pesar de tu repugnancia, creo que no me negarás el favor de entregar esta carta al señor La Forest.

—¿Al cónsul francés?... I de parte de quién?

—Léela.

Andres leyó la carta de Tupper, i preguntó:

—¿Tambien está el coronel Tupper metido en esta tramoya?

—Tal vez, contestó Tronera sin querer decir la verdad. ¿Te haces cargo de entregar esa carta en mano propia?

—No tengo inconveniente: conozco algo al cónsul i aun podré imponerlo de este asunto; pero yo no sé si acepte.

—Mañana vendré a las doce en punto a saber de tí qué jesto le ha puesto el gabacho a la carta. Por ahora, buenas noches, hijo mio, porque es hora de irse a dormir.

Tronera salió, miéntras Andres decia sonriéndose i meneando de arriba abajo la cabeza:

—¡No he visto un loco mas rematado!

Al dia siguiente decia don Cándido a su mujer:

—Es un hecho, hijita!...Van a casar a mi ahijada esta noche.... ¡Es un hecho!

—Tanto mejor, contestó la señora.

—¿Cómo es eso? Apruebas?

—¿Pues no he de aprobar que un padre como don Marcelino establezca a su hija con el hombre que mas aprecia?

—No te entiendo, Estelita, repuso don Cándido. Ayer te oponias a este matrimonio, i hoi lo apruebas... ¡Lo que es la mujer! esclamó, volviéndo los ojos hácia el cielo.

—Eso quiere decir que yo me avengo a todo, le interrumpió la señora, jugando distraidamente con su abanico.

—I no es esto solo, prosiguió don Cándido. Mi compadre me ha vuelto hoi a pedir que nosotros seamos los padrinos... pero siem-

pre con sus guiñaditas de ojo que me hacen cosquillas en el orgullo. Parecia como que se burlaba de mí, pues me hablaba con cierto retintin que me calentó... ¿Piensa él que yo no entiendo sus retintínes?

—Pues a pesar del retintin, es preciso que seamos los padrinos.

—¿Qué oigo?... Tambien aceptas?

—No podemos hacer un agravio a don Marcelino.

—¡Lo que son las mujeres! ¿I qué dirá Freire, Estelita, cuando sepa que yo he autorizado este matrimonio con mi asistencia?

—Freire está ahora de capa caida, dijo la señora. ¿Qué nos importa que diga lo que quiera?

Esta razon convenció a don Cándido, quien dijo:

—Iremos, Estelita... iremos... ¡Lo que son las mujeres!... Vaya! ¡Cómo ellas son tan variables, hacen variar al hombre a cada rato!

Admirado se quedó don Marcelino de la buena voluntad con que su compadre i doña Estrella aceptaban el padrinazgo. Hallábase el viejo en casa de su futuro yerno acompañado de éste i del padre Hipocreitía, i no cesaba de admirar el lujo con que don Meliton habia arreglado su vivienda.

—¡Qué talento tienen estos españoles para hacerse ricos! decíase don Marcelino. Ayer no mas llegó éste, i ya está gastando a troche i moche. Yo le dí esta casita toda desmantelada, i ¡vean cómo la tiene! Parece un relicario.... ¡Hija mia! cuando abras los ojos, me agradecerás la buena vida que vas a pasar aquí, i verás la diferencia que hai entre un *pelajiano* sin relijion i un español neto, sin mezcla de indio, timorato a Dios i cristiano a las derechas!

El padre Hipocreitía, al notar la admiracion de don Marcelino, se sonreia i murmuraba:

—Mucho te queda que ver, viejo inocente!

Llegada la hora en que Lucinda debia salir del monasterio, se fué allí don Marcelino con don Cándido, que quiso acompañar a su compadre.

Habíase arreglado la vieja calesa del señor de Rójas para traer a la niña. Un par de mulas, negras como el azabache, arrastraba la máquina, miéntras un lacayo con galones se pavoneaba en la zaga con todo el orgullo de un servidor de *casa grande*.

La abadesa condujo a Lucinda al locutorio, endonde se encontraba el padre Hipocreitía. La niña estaba pálida como un cadáver; i a la viveza de su mirada, habia sucedido una expresion de enajenacion mental que no llamó la atencion de don Marcelino.

En cuanto la niña vió a su padre, rompió en llanto; pero pronto volvió a su constante indiferencia. Cuando le dijeron que era preciso ponerse en marcha, se levantó del escaño en que su debilidad la habia obligado a sentarse i siguió a sus conductores. Al llegar a la calesa, preguntó:

—¿I mi mamita?

—No ha podido venir, contestó don Marcelino.

—Oh! dígame *su merced*... ¿Ha muerto? preguntó la niña con voz lúgubre.

—Nó, hija mia: no lo permita Dios!... Pronto verás a la Trinidad.

La pobre niña, sin hacer resistencia ni manifestar deseos de llegar pronto a ver a su madre, se dejó tomar en brazos por don Cándido, quien la puso dentro de la calesa como quien pone un cadáver en su ataud.

La calesa rodó pesadamente sobre el desigual pavimento de la calle; i despues de un cuarto de hora de marcha, llegó a la casa de don Meliton. Lucinda fué entregada a dos señoras viejas, quienes tenian el encargo de arreglar el traje i tocado de la novia. En cuanto a don Marcelino con su compadre i don Meliton, se fueron a las piezas principales a recibir a los convidados, que ya habian empezado a llegar. Mientras tanto, una multitud de muchachos atraida por la esperanza de que se *botaría plata*, gritaba en la puerta de la calle:

—¡Vivan novios i padrinos!

Ya era completamente de noche. Las velas de cera, puestas en candelabros de plata, ardian en la cuadra reflejando sus luces en las piedras de los tocados de las señoras cuyos maridos conversaban en voz baja.

Sobre una mesa colocada en medio de la habitacion, estaba un gran Cristo de marfil, a cuyo pié ardia un par de luces. Un gran rosario pendia de la cruz, i cerca de ella se veia un atril soportando un libro abierto. Por último, don Meliton, vestido de *punta en blanco*, se paseaba por la cuadra entreteniendo a las señoras con las mas finas galanterías.

—Parece un mocito de veinte años, decia una vieja almibarada meneando la cabeza para lucir los brillantes de sus tembleques.

—Solo la novia falta para que todo esté completo, agregaba otra, arreglándose la gran peineta de carei que se elevaba sobre el descomunal moño.

—Ya es hora de que Lucinda se presente, dijo el padre a don Marcelino.

Este salió a buscar a su hija; i bien pronto volvió trayéndola de un brazo, miéntras doña Estrella la sostenia del otro. Despues de los saludos, abrazos i adelantados parabienes, se arrojó la pobre niña, muerta de fatiga, sobre la silla que se le habia preparado.

——:o:——

CAPITULO IX.

LA SORPRESA.

«La honda a la piedra le dijo:
Usted fué quien lo mató;
I le respondió la piedra:
Usted fué quien me tiró.»

(Versos populares.)

—Comencemos, dijo el padre acercándose a la mesa... ¡En el nombre de Dios!...

Doña Estrella condujo a Lucinda, i don Cándido a don Meliton, hácia la mesa del Santocristo.

—Pueden sentarse, dijo el padre, miéntras leo en este libro las sagradas obligaciones del matrimonio.

—Escuchemos, dijo una vieja a su amiga del lado. Ye no me acuerdo una palabra de lo que leyó el padre cuando me casé... ¡Estaba tan turbada!

—Lo mismo está Lucinda.

—Pero no don Meliton... Míralo cómo se sonrie de gusto!... A estos hombres no se les da nada, niña, miéntras que a una....

Un ruido que se sintió en el patio interrumpió el coloquio de las viejas i las primeras palabras del padre.

—¿Qué es eso? preguntó don Marcelino.

—*Esquinazo* tenemos! dijo don Cándido, oyendo puntear las cuerdas de una guitarra.

—Hágalos callar, don Marcelino, dijo el padre con severidad.

—Nó, señor, observó doña Estrella... ¿I si el *esquinazo* es de alguna de nuestras amigas?

—Dice bien Estelita, agregó don Cándido: no es bueno agraviar a nadie; i ya que quieren ayudarnos a festejar este casorio, dejémolos que canten!

Entónces se dejaron oir dos guitarras, una harpa i un rabel; i poco despues las entonadas voces de tres cantoras. Don Cándido sacó al momento una gran bolsa llena de dinero, i vaciándola en la mano, empezó a escojer la moneda menuda.

—A mí me toca botar la plata, decia. ¡Cómo me gustan los *esquinazos!* A mí me toca! Soi el padrino.

En aquel momento se abrió la puerta esterior, i cuatro hombres enmascarados se presentaron en ella, armados de pistolas i sables. Un grito de horror salió de todas las bocas. Los concurrentes quisieron salir por otra puerta, pero encontraron en ella otros cuatro asaltantes. Entónces, mujeres i hombres se dirijieron al patio interior pidiendo socorro a grandes voces.

—Por aquí! vénganse por aquí, decia doña Estrella...Yo conozco la casa!

I llevando a la atemorizada concurrencia hácia a una pieza interior, entró con todos i torció la llave de la puerta, despues de cerciorarse de que don Cándido estaba con ella. En cuanto a los demas, no habian sido tan felices: los asaltantes no habian perdido el tiempo. Lo primero que hicieron fué atrapar a don Marcelino, al fraile i a don Meliton, a quienes, poniéndoles sendas mordazas en la boca, ataron juntos en un solo lio con un cordel que llevaban al efecto.

Dos caballeros viejos que habian querido hacer resistencia, fueron encerrados en una pieza interior. Lucinda, medio desmayada, se dejó llevar como un niño por Tronera i Tristan que la sostenian casi en el aire. Miéntras tanto, el *esquinazo* proseguia como de primeras; i cuando hubieron concluido la tonada, gritaron dos de los asaltantes como si fueran los dueños de casa:

—¡Otra i otra, hijitas!

Las cantoras comenzaron de nuevo. Lucinda fué puesta en la carreta, miéntras tres o cuatro mujeres platicaban i reian a toda boca en la puerta de calle.

Eran las cómicas que representaban su papel.

—Mucho siento que te vayas tan temprano, hijita.

—Yo tambien quisiera quedarme; pero tengo al niño enfermo..

—Anjelito de Dios!

—Le tengo hecha una manda a la Vírjen del Cármen!

—Adios, pues!

—Adios... Ten mucho cuidado con el niño: mira que estos granitos que andan... *Si yo fuera que tú* le daria el QUIMAGOGO: es santo remedio.

—Así lo haré, contestó la otra subiendo a la carreta con su compañera i Lucinda.

Los hombres tambien subieron, diciendo:

—Tira, carretero! Pica lijerito a los bueyes!

La carreta crujió haciendo rechinar sus altas ruedas, i toda la mole se puso en movimiento, tirada por la poderosa yunta. El carretero silbaba una tonada sentado en el pértigo. En seguida la cómica que habia quedado en la puerta, dijo a las cantoras:

—Ya es tiempo de que callen i de que se vayan.

I habiéndoles pagado su trabajo, se dirijió a la esquina de la calle, i allí se juntó con sus otras compañeras, las cuales se habian bajado de la carreta sin que lo notase el conductor. En seguida se dirijieron prontamente hácia su alojamiento, acariciando el dinero que Tristan i Tronera les habian dado, dinero que, es preciso decirlo, habia salido de la caja de don Cándido, sin que éste tuviera la menor noticia.

No bien quedó solo el patio, cuando los muchachos de la calle entraron gritando:

—¡Vivan novios i padrinos!

—Viva!

I se pusieron a buscar el dinero que ellos habian oido caer; pero no encontraron mas que pedazos de vidrios i hojas de lata. Entónces, oyendo gritos en el interior de la casa, salieron a dar parte a una patrulla que en aquel momento pasaba por la calle. La patrulla entró, i guiada por los gritos, se fué al cuarto en que estaba doña Estrella con las señoras i varios de los convidados.

—Abran la puerta! gritó el jefe de la patrulla.

Bien conoció doña Estrella que se llamaba en nombre de la lei; pero queriendo dar tiempo a los raptores, dijo a los demas:

—Son ladrones! no abran!

—Nó, por Dios! ¡no abran! esclamaron algunas viejas.

—Atrincherémonos, dijo don Cándido. Yo sigo el consejo de Estelita. Estos pícaros nos descuartizan si nos pillan!

—I si nos pillan a nosotras, harán otra cosa peor! esclamaba la relamida vieja de los tembleques.

—Pues, a la obra! dijeron los hombres, arrimando a la puerta todos los muebles que habia en la pieza.

Miéntras tanto, el oficial seguia golpeando; i viendo que nadie contestaba, mandó echar la puerta abajo. Esta se hizo astillas a los golpes de las carabinas, viniendo al suelo el encastillado de mesas, taburetes i bancos que se habia hecho por dentro.

—¿Por qué no abrian? preguntó el oficial.

—Porque creíamos que eran los ladrones.

—¿Qué ladrones? Qué significa esto?

Entónces doña Estrella contó minuciosamente el hecho, parándose en cada circunstancia con el fin de ganar tiempo.

—Vamos a la cuadra, señor oficial, dijo don Cándido. Allí está el verdadero campo de batalla, endonde nos hemos batido con esos infames. Ah! señor! Yo creo que no encontraremos mas que cadáveres! Pobre compadre de mi alma! Pobre don Meliton! i sobre todo, pobre padre Hipocreitía! sobre el cual deben haber descargado esos herejes todo el peso de su furor!

Llegados al salon quedaron pasmados, pues encontraron todo en su lugar i no se echaba de ménos ningun objeto.

—Aquí no han estado ladrones, dijo el oficial. ¿Quién es el dueño de casa?

—¿Dónde está don Meliton? ¡Compadre, compadre! gritó don Cándido, llamando. ¡Nadie responde!

En esto el oficial acertó a ver en un ricon de la pieza, una especie de envoltorio arrojado en el suelo. Parecia un cuerpo montruoso con las convulsiones de la muerte.

—¿Qué es esto? dijo.

Acercóse una luz i todos retrocedieron horrorizados.

—Su reverencia! mi compadre! don Meliton! esclamó don Cándido.

—Parecen un mazo de tabaco, dijo uno de los soldados.

En efecto, aquellos tres hombres atados como estaban, no habian podido hacer otra cosa que jirar por el suelo en torno de sí mismo. El semblante de aquellos infelices era terrible; los ojos fuera de sus órbitas amenazaban furiosos a los ojos de enfrente. San-

gre i espuma les salia por las bocas amordazadas, i se conocia los esfuerzos que habian hecho por deshacerse de sus ligaduras.

Desatáronlos; pero apénas se vieron libres, cuando se lanzaron como perros rabiosos los unos sobre los otros, diciendo:

—Ud. tiene la culpa de lo que ha sucedido.

—Nó; que es Ud!

—Son Uds. dos! Pícaros!

Tales eran las palabras que se dirijian al mismo tiempo que trataban de herirse mutuamente. Separáronlos, i cuando se hubo restablecido un tanto la calma, salió la patrulla en persecucion de los malhechores.

—¿I Lucinda? gritaba fuera de sí, don Marcelino.

Pero Lucinda no se encontró en ninguna parte.

——:o:——

CAPITULO X.

TRONERA.

«La cancion que éste entonaba era a propósito para el caso, i terminaba con el verso: «TIRA, TIRA, CARRETERO.»

(A BLEST GANA—*Martin Rivas*)

Pronto se convenció el jefe de la patrulla de que era preciso seguir la carreta, de cuya direccion fué informado por los muchachos i demas jente que habia en la calle. Habiánle dicho al carretero que se dirijiera hácia una chacra situada en los suburbios del costado occidental de la ciudad. Luego que la carreta se hubo retirado unas dos cuadras de la casa de don Meliton, torció hácia el sur i despues hácia el poniente, por la calle de la Catedral. Lucinda habia vuelto en sí, i no viendo a Anselmo ni oyendo su voz, tuvo miedo i quiso pedir socorro. Pero Tronera se lo impidió, poniéndole un pañuelo en la boca, miéntras le esplicaba en voz baja todo el hecho. En seguida se puso a cantar:

Bien dicen que el mundo no es
Mas que una mala comedia,
En la que cada uno sabe
El papel que representa,
Hacerlo del mejor modo;

Pero con la diferencia
Que si allá el cómico trata
De engañar la concurrencia,
Aquí, en engañar, tan solo,
Un cómico al otro, piensa.

En seguida entonó, variando la voz e imitando el sonsonete del mas cumplido borracho:

—Tira, carretero,
Que *pa* Renca vamos;
I en habiendo niñas,
Allá nos quedamos!
Tira, carretero!...

A lo cual los demas respondieron en coro:

—Tira, tira, carretero.!

Tristan, afectando mal humor esclamó:

—Calla tu boca, Tarabilla; déjame dormir.

—Yo tambien voi que me caigo de sueño, esclamó otro con voz ronca.

—Aquí no hemos venido a dormir sino a divertirnos! replicó Tronera. Conmigo no hai sueño que valga. Vamos niñas! *Denle guasca* a la guitarra i siga la jarana que para esto hemos nacido. ¿No es así, amigazo? le preguntó al carretero.

—Así no mas es, pues, señor, respondió el hombre del pértigo, acentuando sus palabras con picanazos dados a los bueyes.

—Me gusta el amigo! esclamó Tronera, golpeando el hombro del carretero. Se conoce que usted es hombre que lo entiende. Vaya!... Tómese ese vasito a la salud de la mejor niña que va aquí.

El carretero bebió el vaso de aguardiente que le pasaban. En seguida se tomó otro i otros, hasta que empezó a bostezar de una manera nada equívoca. Tronera que lo observaba por una abertura del toldo, dijo en voz baja a Tristan:

—Ya el hombre va abriendo mucho la boca, lo cual indica que luego comenzará a cerrar los ojos.

I así fué; porque no bien hubo apurado el quinto o sesto vaso, cuando el pobre conductor apénas podia ya sostenerse en su lugar i solo abria los ojos i alzaba la cabeza esgrimiendo furiosamente su larga picana al oir los recios gritos del incansable Tronera:

—Tira, carreterito!

—Hombre! dijo Tristan a Tronera. Ya el carretero va que se cae: es preciso apearnos.

—¿I los caballos?

—Están en la bocacalle que sigue.

—Salta a tierra i prepárate a recibir a Lucinda, dijo Tronera.

Hízolo así Tristan: bajáronse los demas, poco a poco, sin que el conductor lo echase de ver, i en cuanto enfrentaron a la calle atravesada en que habian dejado sus caballos, se dirijieron todos por ella. La calle estaba oscura; pero pronto dieron con sus caballos. Tronera sentó a Lucinda sobre la delantera de la silla; i seguido de sus compañeros, se dirijió a la Chimba por el puente de cal i canto.

Miéntras tanto, el carretero seguia cantando con aguardientosa voz sus tonadas favoritas, cuando oyó que le gritaban de atras:

—Pára, carretero.!

—¿Quién manda? preguntó éste.

—Yo; contestó el jefe de una patrulla, que les venia siguiendo la pista ¿A dónde va esta carreta?

—Llevo a unos caballeros i unas señoritas.

—Hóla! gritó el oficial mirando dentro del toldo: ¿Quiénes son ustedes?

Ninguna voz contestó.

—¿Conque pensabas engañarme a mí? dijo entónces el oficial dirijiéndose al carretero. Aquí no viene nadie!

—Nadie! esclamó el conductor entrando dentro del toldo. Entónces son ustedes los que venian en la carreta...i...Sí! prosiguió: me acuerdo de que venian a caballo...Ustedes son..Se han apeado i por no pagarme lo que me han ofrecido, me vienen ahora con esas!

—¡Calla la boca, imbécil.

—Si no me pagan mis seis pesos los demando.

—Ya te digo que no me muelas la paciencia. ¿No vés que somos la patrulla de seguridad?

—Ya caigo, señor oficial! dijo el carretero temblando. Perdónenme *sus mercedes*... Yo creia que *sus mercedes* eran caballeros... quiero decir, los caballeros que esta tarde me vieron para que los llevara en esta carreta al llanito de Portales... ¿quién me pagará mis seis pesos?

—Contéstame, i no mientas, le dijo el oficial, porque puede costarte caro.

—Les diré la verdad, señor *Usía*, como si me fuera a confesar.

—¿Qué personas eran esas?

—Eran unas personas... sí, señor, unas personas que se han ido, llevándome mis seis pesos.

—Te pregunto qué clase de hombres eran.

—Eran a modo de militares, contestó el carretero, dominado siempre por la idea de su pérdida. ¡Me han llevado mi plata!

—¿No conoces a ninguno?

—A ninguno, señor... Ya no me juntaré jamas con mis seis pesos!

—¿Venian a pié o a caballo cuando te contrataron?

—A caballo, señor... Se apearon por aquí *por estos medios*, i montaron en la carreta. Despues los llevé a la casa de un rico, endonde habia un casamiento, i despues me dijeron que tirara para abajo. *Buen dar!* No haber pedido adelantado mis seis pesos!

—I ¿dónde se apearon de la carreta?

—Si los hubiera visto apearse, no se habrian ido con mi plata, respondió el carretero.

—De este hombre no sacamos nada, dijo el oficial.

En seguida dió órden para que dos hombres llevaran al carretero al cuartel; i a fuerza de preguntar a los vecinos, encontró la pista de los fujitivos.

Al pasar éstos por el puente de cal i canto, la guardia del vivac gritó:

—¡Quién vive!

—La patria, contestó Tronera con entonada voz.

I luego preguntó:

—¿Ha visto usted pasar por aquí una partida de jente de a caballo con mujeres a la grupa?

—Nó, señor! contestó el centinela.

—Pues entónces, vamos adelante, dijo Pepe, dirijiéndose a sus hombres.

Al bajar la rampa que conduce al barrio de la Recoleta, oyeron el ruido de jente de a caballo.

—Alguna patrulla nos persigue, dijo Tronera. ¡Alerta! Tú, Tristan, toma a Lucinda i marcha adelante. ¿No conoces la casa del cónsul?

—Como a mis manos.

—Pues adelante. Nosotros te cuidaremos la retaguardia... Para que te den alcance, será preciso que pasen por sobre nosotros. ¿No es verdad, amigos mios?

—Sí! contestaron a una los demas compañeros.

El tropel de caballos se acercaba.

—Son muchos, dijo Tronera, i no es prudente que les hagamos

cara sino en el último caso.... Cábula quiere la guerra..... Antes de todo, veamos si podemos engañarlos.... Salgámosles al encuentro!

Diciendo esto, corrieron todos en peloton hácia la patrulla.

—Dense a presos! gritó Pepe con voz de trueno.

—¿Quiénes son ustedes? preguntó el jefe de la patrulla.

—Somos sus perseguidores, contestó Tronera. Ustedes traen una niña robada, hija de mi tio, don Marcelino Rójas.

—Se engaña usted, señor, dijo el jefe de la patrulla. Nosotros tambien venimos persiguiéndolos.

—¿I no han encontrado noticia?

—Ninguna.

—Yo habia creido que eran ustedes porque acabo de saber que estaban del otro lado del rio... Talvez se han ido Tajamar arriba... Vaya usted por allá, que nosotros los perseguiremos por este otro lado.

—Está bien, señor!

—Bueno pues! vivo, i sin perder tiempo.... ¡Pobre prima de mi alma! Nuestro punto de reunion será en la plaza del Reñidero. El que llegue primero espera... ¿Está usted?

—Convenido, dijo el otro, haciendo volver grupa a su cuadrilla.

Tronera se dirijió entónces con los suyos hácia adonde se hallaba Tristan, quien no podia marchar sino mui al paso. Apuraron la marcha, i en ménos de veinte minutos estuvieron en casa del cónsul francés, Mr. La Forest.

Ya Andres habia hablado con éste, i tanto él como Mme La Forest se prestaron gustosos a protejer a Lucinda.

Puesta la niña en seguridad, dijo Andres a Tronera:

—Lo estoi viendo, i no lo creo!

—Otro dia lo creerás, dijo éste. Por ahora es preciso que me des alojamiento en tu casa.

—Con mucho gusto.

—¿Tienes caballo aquí?

—Sí: está listo.

—Pues, entónces, en dispersion! dijo a su jente. ¡A la casa del capitan Muñoz!

Separáronse todos como una bandada de pájaros, introduciéndose por diversas callejuelas. Media hora despues estaban en casa de Andres, riéndose del chasco que habian dado a don Marcelino i comparsa.

CAPITULO XI.

EL ULTIMO PENSAMIENTO DE UNA MADRE.

«Madre infeliz! esposa sin ventura
¿Qué nuevo golpe de dolor ha herido
Tu corazon, cual hórrido estampido
De un rayo que despide nube oscura?
¿Por qué lloras sin fin, por qué tu pecho
Henchido de afliccion, doble palpita
I sentido clamor el aire ajita
Como en el mar, el huracan deshecho?
Ah! la hija de tu amor! Tu compañera!...»

(M. M. de Solar).

Al dia siguiente se supo todo lo sucedido en casa de don Meliton. Cada uno apreciaba el hecho segun su propio carácter, sus creencias o preocupaciones, i sobre todo, segun el conocimiento que del caso mismo tenia. Hai en toda sociedad nueva cierto apresuramiento para juzgar de las cosas, i éste es uno de los principales motivos de nuestros estravíos. Los hechos mas sencillos i fáciles de esplicar se convierten en intrincados laberintos o en historias fantásticas, a fuerza de comentaciones i suposiciones gratuitas.

Esto era lo que sucedia respecto de la desgracia de don Marcelino. Cada cual veia en el hecho lo que queria. Para los padres de familia, era aquello un crímen digno del fuego de la inquisicion. ¡Atre-

verse a ultrajar de esa manera la autoridad paterna! Para los ricos, no era menor el desacato. La casa de don Marcelino era una casa rica, poderosa: no podia, pues, ser mayor el atrevimiento de los raptores... Merecian un castigo ejemplar. Los mozos no encontraban tan malo el hecho, i aun habia solterones, de buena edad, que lo perdonaban. La niña es mui linda! esclamaban unos. ¡Cosas de muchachos! decian otros suspirando. Las niñas cuchicheaban entre sí sin que las oyeran sus madres, i decian:

—Don Marcelino tiene la culpa.

—¿Por qué habian de obligar a Lucinda a tomar un marido contra su voluntad?

—Eso es injusto!

—Bien hecho que se haya dejado robar!

—Yo tambien habria hecho lo mismo! agregaba, riendo, una de las mas vivarachas.

En cuanto a las beatas, hablaban del caso i lo comentaban en voz baja con su acomodaticia caridad, porque decian: «no es bueno echar a la calle la honra de nadie.» Pobre Lucinda! i parecia una santa! quién lo habria de creer? Ella se ha dejado robar... Por supuesto! quién será capaz de eso... si una no quiere? Pero de todos modos, es preciso callar... Sí: no hai que echar a los cuatro vientos lo que pasa... La caridad con el prójimo, niñas... I sobre todo con las pobres mujeres, que cuando empiezan a manosearle su honor... Dios nos libre!

Otras beatas, mas beatas todavía, le echaban la culpa al diablo, de todo lo sucedido. Satanas era el ladron... Muchas de ellas habian tenido sueños i apariciones... A otras se les habia revelado el hecho cuando estaban en la oracion mental... Por último, las señoras que habian asistido a la funcion, se veian a cada rato estrechadas en un círculo de preguntas.

—¿Cuántos eran?

—¿Parecian jóvenes decentes?

—¿Eran buenos mozos?

—¿Estaria Anselmo entre ellos?

—¿Se prestó Lucinda a seguirlos con buena voluntad?

—O talvez se hizo que no queria para hacer la deshecha!

Algunas de las señoras aseguraban que los jóvenes aquellos parecian ser mui buenos mozos, a pesar de que venian enmascarados. Otras decian que el susto no les habia dejado ver nada, i una vieja agregaba:

—Es cierto, niñas: jamas he tenido un susto igual desde que me pusieron bendiciones. Cuando ví entrar aquellos desalmados, me creí perdida, i solo me acordé de poner en salvo mi honor. ¿Qué no habrian sido capaces de hacer con nosotras si nos hubiésemos quedado en la cuadra? Me descoyunto toda de solo pensarlo: así se lo digo siempre a mi marido, que como ustedes saben, es mui ríjido en estas materias!

El padre Hipocreitía no decia una palabra, sino que dejaba hablar i escuchaba. Pero por mas que ponia la oreja, no daba con el *quid*, como decia don Cándido. Sin embargo, el jesuita no era hombre de los que se dan por vencidos. Al fin pareció como que daba en el *quid*, porque hai quien lo vió mover satisfactoriamente la cabeza de arriba abajo; sacar su caja; tomar una narigada i sonreirse, como acostumbraba sonreirse a veces el reverendo. Era indudable que éste masticaba su idea. El padre era hombre de ideas, i tenia el hábito de llevar siempre una entre manos, o mejor dicho, entre mientes.

—No se me ocurre, decia, quién podrá ser el autor del rapto; pero es preciso descubrirlo. Anselmo está enfermo i un amigo me lo vijila de cerca. ¿Habrá llegado Andres de Valparaiso? Es indudable que han sido personas decentes; talvez oficiales mandados por el jeneral Freire... La muchacha debe estar en alguna *casa grande*, puesto que aun no han dado con ella nuestros hombres... ¿Cómo descubrir su paradero?... Ah! qué idea! Gacetilla nos puede ayudar... pero es amigo de Andres i de Anselmo. Nada sacaremos de él... si no se le mete miedo ántes.

El padre se puso a reflexionar. Tomó otra narigada i prosiguió su interrumpido soliloquio:

—Pero por leal que don Catalino quiera ser con sus amigos, no lo será si lo ponemos en apuro...Es un hecho: lo acusamos de ser el autor del rapto...Como es tan hablador, nada nos costará hacerlo decir palabras que lo comprometan. Se le echa a la cárcel; en seguida se le deja libre, pero con la espada de la justicia suspendida sobre su cabeza. Entónces veré yo si no se empeña en buscar a los verdaderos culpables...El es un verdadero buzo; no hai rincon que se le escape...Si él no los encuentra, es preciso creer que los raptores están protejidos por los espíritus infernales.

El arte del reverendo consistia en hacer servir a sus propósitos las pasiones ajenas. Animado de tales ideas, se encaminó a casa don Marcelino.

Al llegar notó que toda la casa estaba conmovida. La intranquilidad reinaba allí, i hasta don Marcelino parecia haber derramado algunas lágrimas.

—¿Qué sucede? preguntó el padre.

—La Trinidad se muere! Lucinda ha desaparecido! contestó el viejo con ajitado ademan.

—Cómo? qué tiene la señora?

—Acaba de entrar el Viático...Es asunto concluido...El médico dice que ella muere de sentimiento... yo no creo esto, pero.....

Ese *pero* de don Marcelino salia de lo mas profundo de su conciencia.

—Rehágase usted, le dijo el padre, i prepárese a sufrir los golpes con que Dios prueba a sus criaturas.

—La pobre mujer ha estado delirando, prosiguió don Marcelino sin atender a lo que decia el padre. Acabo de estar junto a su cama...Da lástima verla...Llama a su hija, llorando; otras veces se sonrie como si la viera enfrente de ella i trata de abrazarla... Pero bien pronto lanza quejidos dolorosos al encontrarse con el desengaño...Sí, padre mio! da lástima! pobre mujer! Le aseguro, prosiguió el viejo, bajando la voz; le aseguro a su paternidad, que yo no quisiera que hubieran sucedido estos hechos.

—Pero dígame, por Dios ¿quiénes son los autores del rapto? preguntó el padre ¿se han capturado?

—¡Qué mas quiere que le diga! esclamó don Marcelino... Ella misma me ha llamado a su cabecera...Me besó la mano; se despidió de mí, i.....

—¿I qué?

—I me pidió perdon, dijo don Marcelino, limpiándose el sudor de la frente... Oh! era una buena mujer...! Talvez yo he sido demasiado.....

No alcanzó a concluir don Marcelino, pues fué interrumpido por una voz que se oyó en el interior de las piezas.

—¡La señora se muere!

—Se muere! voi allá, dijo el viejo, lanzándose hácia el interior.

Siguióle el padre poco a poco hasta el cuarto de la enferma. Estaba ésta tendida de espaldas en su cama, i parecia no tener fuerza ni aun para mover los párpados de los ojos. Sin embargo, su voz era clara i sonora, i al oirla, creíase escuchar a un cadáver en cuya boca tuviera puesto un ventrílocuo la voz humana. En cuanto vió a su marido, se estremeció como por un movimiento galvánico.

—Venga usted, don Marcelino, dijo: quiero hacerle el último encargo ¡Ame a nuestra hija como yo lo he amado a usted! Adios! yo me muero...Recen por mí!

Todos los circunstantes cayeron de rodillas sobre el suelo. Solo se oyó el murmullo de la oracion, que envuelta en sollozos, se elevaba hasta el trono de Dios por el alma de aquella mujer mártir. El sacerdote a la cabecera de la cama con un crucifijo en las manos, oraba acompañado de los demas; i doña Estrella, teniendo entre sus manos una de las de su amiga, le decia llorando:

—Amiga mia! te prometo ser la madre de tu hija!

Doña Trinidad oyó la promesa: apretó la mano de su amiga, i lanzó el último suspiro.

—Está muerta! dijo el sacerdote que la auxiliaba, tocándole la frente! Qué Dios premie su alma anjelical! Su último pensamiento ha sido la felicidad de su hija!

—Ah! esclamó don Marcelino, mirando como alelado el cadáver de su esposa ¡La felicidad de su hija! de mi hija!

I se puso a llorar como un niño sin atender a las palabras del jesuita que trataba como de consolarlo.

Pocos instantes despues, salia de la casa el santo Viático llevado bajo de palio por el sacerdote. Al ruido de la campanilla, los circunstantes del patio se pusieron de rodillas i luego los de la calle i demas puntos por donde pasaba el acompañamiento. Don Marcelino se fué a un cuarto i no quiso hablar con nadie ni aún con el padre Hipocreitía. Este se dirijió entónces a doña Estrella i le preguntó:

—¿Es verdad que se han encontrado a los raptores?

—Todavía nó, contestó la señora; pero se sabe que Lucinda está en una casa de respeto.

—¿Dónde?

—En casa del cónsul francés...Al momento de saberlo vine para avisárselo a su pobre madre, creyendo que esto le daria ánimos; pero segun creo, no he hecho mas que acelerar su muerte...Lo que mas siento, prosiguió doña Estrella, es que Lucinda no haya podido venir a ver a su madre.

—Oh! esclamó el padre, es preciso que venga aun cuando no sea sino para que ayude a velarla ¡Los últimos deberes de la relijion son mui sagrados! Oh! la relijion! sí! mui sagrados!...

—Es imposible, la niña está enferma.

—Pero para huir con sus raptores estuvo sana, eh?

Doña Estrella no contestó, sino que dió vuelta las espaldas i dejó al padre admirado de tanto atrevimiento en una mujer que se decia cristiana.

——:o:——

CAPITULO XII.

EL PADRE SIGUE RASTREANDO.

«Aunque está inundado el mundo
De primorosos papeles,
La virtud está en menguante
I la maldad en creciente.
La ambicion i el egoismo
Alzando su odiosa frente
Anuncian la destruccion:
¡Raro monstruo! Buen primor!»

(Camilo Henríques.)

Viendo el padre que le era imposible obtener mayores noticias, se encaminó hácia la Curia ecleciástica con el fin de hablar con el señor Obispo i manifestarle la gravedad del caso.

Era de todo punto necesario volver a meter a la niña en el convento, a fin de evitar un matrimonio casi misto, pues Anselmo era casi hereje, (i esto sino era hereje del todo.)

Estaba a la cabeza de la Iglesia Chilena, el Iltmo. señor don M. Vicuña, Obispo de Ceran, hombre de una alma anjelical, de un espíritu sumamente bondadoso i timorato, i de cuya debilidad se prometía el reverendo sacar un gran partido.

Habiendo encontrado en el camino a uno de los oficiales encar-

gados para hacer dilijencias del paradero de la niña, le preguntó si se habia dado con los culpables.

—Nó, padre mio, contestó el oficial. La niña está en casa del señor cónsul de Francia, quien se niega a decir el nombre de las personas que allí la han depositado. Ademas, Lucinda está enferma i nadie puede hablar con ella.

—¿Se niega? interrumpió el padre frunciendo las cejas. El *gabacho* no conoce la tierra que pisa. Veremos si se niega a contestar una nota de la autoridad!

—La ha contestado ya, negándose redondamente. Se le ha escrito de parte del juez, pidiéndole el nombre de los hechores; pero ha contestado formalmente: —que no lo sabe: que la niña acompañada de un caballero, a quien él no conoce, ha ido allí a pedir auxilio; que el caballero salió dejando allí a Lucinda, i que ésta se encuentra al presente en territorio francés, dedonde no se le hará salir sin su consentimiento.

—Bueno! bueno! dijo el padre encaminándose a la Curia.

Allí se encontró con Freire. El jeneral, en cuanto supo el caso, corrió a verse con Mr. La Forest, i en seguida se vino a hablar con el señor Obispo. Este se encontró, pues, bien pronto, entre la espada i la pared, es decir, entre la negativa del cónsul con las razones de Freire por un lado, i los escrúpulos que los razonamientos del jesuita hicieron jerminar en su espíritu, por el otro. Casi no sabia qué hacer.

En cuanto a Anselmo, habia sido impuesto de todo por Tronera, i esto le hizo concebir nuevas esperanzas de felicidad.

—Ya ves, pues, hombre, que no está todo perdido, le dijo Pepe.

Esa misma noche sucedió en el comedor del *Café de la Nacion* una escena que debe saber el lector.

Varios grupos en el patio del *Café*, se entretenian en charlar; otros estaban en el comedor ocupados en tomar chocolate o en jugar a los dados i a la primera. Don Catalino Gacetilla iba i venia i charlaba con todos. Hablábase de política i de riñas de gallos. etc.

—Dicen que el ejército de Prieto ha pasado la Angostura.

—I el Gobierno en qué piensa?

—Pero ¿qué gobierno tenemos ahora que el Presidente i los Ministros se han ido a Valparaiso? Estamos como moros sin Señor.

—¡Dejar sola la capital! ¿Habráse visto mayor locura?

—Tanto mejor para los...

—¿Para quiénes?

—Para los amigos de la relijion... Este gobierno de los pipiolos está dejado de la mano de Dios.

—Agoniza... Solo falta echarle la tierra encima.

—*Requiescant in pace!*

—*Amen!*

En ese momento entró al *Café*, don Pablo Motiloni. En cuanto Gacetilla lo vió, corrió hacia él con los brazos abiertos.

—¿Cómo está, don Pablo? le preguntó, tendiéndole la mano ¿Dónde ha estado todos estos dias? Ud. se pierde i aparece como los duendes.

—He andado en el campo, contestó Motiloni.

—Luego ¿no sabe Ud. lo que pasa...? Venga acá, prosiguió, tomemos... ¿qué quiere que pida?

—Tomaré un poco de ponche, contestó el italiano.

—Yo tambien: mozo!... Dos vasos i un frasco de ponche!

Miéntras ambos amigos se instalaban en una mesa, dos individuos entraban al comedor i se sentaban en otra mesa de enfrente, disponiéndose a jugar a los dados.

—Vaya, amigo mio, dijo Gacetilla llenando los vasos... Bebamos a la salud de... ¿De qué bando es Ud. partidario?

—De ninguno. Yo soi estranjero i no meto en política.

—¡Pues a la salud del gobierno de los estranjeros! dijo don Catalino, bebiendo la mitad de un vaso. En seguida prosiguió.

—No se puede hablar de política porque están así las cosas que... no sabe uno a qué atenerse... Vea no mas... Gobierno en Valparaiso, que parece no tomar parte en nada... Gobierno en Santiago, quiero decir, a lo militar, que ha tomado las riendas, mandado no sé por quién, i luego... Gobierno del Sur... Hablo del ejército de Prieto, que tambien quiere ser gobierno... ¿Cabe embolismo mayor? Es una madeja sin cuenda. Por eso es que yo no hablo de política ni de nada... Me lo paso los dias enteritos con la boca seca, i si alguna vez vengo a echar mis cucharadas aquí, es solo *por despuntar el vicio*... Están los tiempos revueltos!... Mui revueltos!

Hablaba Gacetilla con tanto calor que no notó las miradas de intelijencia cambiadas entre el italiano i los dos individuos que acaban de entrar i que parecian mui entretenidos en su partida de dados. Uno de los jugadores iba vestido de paisano; pero el otro dejaba ver a veces por debajo del capote que lo cubria, su casaca de militar.

—Así es la verdad, prosiguió Gacetilla, repitiendo los tragos: el

mundo está de no conocerlo; no parece sino que se hubiera acabado la patria i todo ¿qué se hizo, (pregunto yo) aquella patria vieja de que los chilenos estábamos tan orgullosos? Ahí está esa infinidad de papeles que hablan de virtudes cívicas, pero el patriotismo anda por las nubes. Otro vasito, amigo mio!

Motiloni bebia callado i dejaba hablar a Gacetilla. Este continuó como de primera.

—Afortunadamente ha sucedido anoche una cosa que ha dado que hablar..... En fin, así no se pega la lengua al cristiano...

—¿Qué es lo que ha sucedido? preguntó Motiloni con distraccion.

—¿No sabe usted nada? Vaya que está en el limbo!... Ah! ya se ve que viene del campo!... El caso es que se han robado a la hija de don Marcelino de Rójas...

—Sí?

—I no pueden encontrar a los ladrones... Es estraño que usted no sepa nada, siendo tan amigo de don Meliton.

—Hace mas de un mes que no sé de don Meliton. Acabo de llegar i no me he visto con él, dijo Motiloni.

—Pues la cosa fué en la misma noche del matrimonio... Ud. sabrá que don Meliton estaba para casarse con Lucinda de Rójas.

—Algo he oido.

—Pues, amigo: la boda estaba arreglada, cuando a tiempo de ponerles las bendiciones, entran seis u ocho hombres, arrebatan la niña, encierran a los circunstantes, i... no es nada esto.

—¿I todavía mas? dijo riendo Motiloni.

—Vaya, si hubo mas! Los pícaros tuvieron tiempo para tomar a don Meliton, a don Marcelino i al padre Hipocreitía, i hacer de los tres un atado que echaron a rodar por el suelo... Já, já, já! qué figura hacian!

La risa de don Catalino produjo un efecto estraño en su interlocutor, cuyo semblante se puso pálido por un momento.

—Pues nada sabia de eso, dijo Motiloni con un lijero temblor en la barba, i estoi por creer que todo es mentira.

—Mentira! ¿cree usted que yo...?

—No digo que usted mienta, sino que lo han engañado.

—A mí no se me engaña: el hecho es cierto, amigo mio.

—Puede serlo en el fondo, pero las circunstancias...

—Es cierto el hecho hasta en sus menores detalles.

—Sin embargo, se me hace duro creer que hayan podido hacer todo eso.

—Cuando yo se lo digo! ¿Por quién me tiene usted a mí? Lo sé de buena tinta!

—No obstante, yo lo dudo.

—Yo no permito que se dude de lo que digo, replicó don Catalino, que, como todo hablador, no podia sufrir que nadie pusiera en duda su veracidad.

—Pero yo me permito dudar tanto mas, cuanto que usted solo habla de oidas.

—I si yo le dijera que hé visto...

—¿Ha presenciado usted la escena?

—No tanto; pero es como si la hubiese presenciado porque he hablado con...

—¿Con alguno de los raptores?

—Sí, contestó Gacetilla bajando la voz, pues queria ser creido a todo trance.

:o:

CAPITULO XIII.

GACETILLA SE ENREDA DE LA LENGUA I CAE A LA CÁRCEL.

«En esta casa, señor,
Nos castigan al reves:
Los yerros de la cabeza
Nos los ponen en los piés!»

(El padre López.)

En aquel momento sintió que álguien le tocaba el hombro por detras. Volvióse i vió a un oficial. Era éste uno de los dos individuos que estaban jugando a los dados en la mesa de enfrente i que se habia acercado poco a poco a los interlocutores.

—¿Qué quiere usted, señor? preguntó Gacetilla.

—Que me siga, contestó el oficial.

—¿Adónde?

—Al cuartel; quiero decir, a la cárcel.

—¿Yo al cuartel? Talvez no es a mí quien usted busca, señor mio.

—Es a usted, señor.

—Permítame que le diga que yo no tengo nada que hacer allí, replicó Gacetilla. Estoi hablando con este caballero....

—Puede ser, pero talvez otro tendrá allí que hacer con usted.

Gacetilla se habia vuelto hácia la mesa, i no viendo a Motilon i en su asiento, esclamó:

—¡I me abandona el cobarde al verme en el peligro!....

—Señor, repitió el oficial, decídase usted a seguirme pronto porque no puedo perder tiempo.

—Entónces ¿esta es una prision?

—Cabalmente.

—¿I por qué?

—Porque tengo órden de tomar presos a todos los que entraron en el rapto de la señorita de Rójas. Aquí tiene usted la órden del señor Juez del crímen.

Vió la órden don Catalino i dijo:

—Yo no soi de esos, señor mio!

—Pero a mí me parece que si no es de ellos, está por lo ménos comprometido en el asunto, segun se deja ver por las últimas palabras que dijo usted a ese caballero que acaba de salir de aquí.

—Ah! eso me pasa por hablar demasiado.... ¡Si aquí no puede uno mover la lengua! Sin embargo le juro a usted que yo no sé nada!

—Eso se lo dirá usted al juez. Por ahora debo cumplir con la órden. Vamos pronto.

Gacetilla vió que no habia qué replicar, i siguió al oficial hácia la cárcel.

—Caramba! murmuraba: si uno habla de política, malo; si de relijion, peor; si de chismes que pasan, *repeor*.... ¿En qué querran que un hombre honrado se entretenga en unos tiempos tan calamitosos como estos?

Aquella noche durmió en la cárcel, o mas bien dicho, no durmió, porque pasó toda la noche sentado sobre las tablas desnudas que habian de haberle servido de cama. Como no podia hablar sino con las paredes de su calabozo, tomó el partido de agachar la cabeza i ponerse a reflexionar. ¡Reflexionar don Catalino! Vano empeño! pero hacia como quien reflexiona, es decir, agachaba la cabeza por algunos momentos. En seguida empezaba a pasearse, i luego volvia a sentarse. Su mayor martirio era estar sin tener a quién dirijirle la palabra.

—¡Qué suerte la mia! esclamaba. Apénas salgo de un aprieto político i doi con otro aprieto....Ah! i qué aprieto es este de estar entre cuatro paredes como las sardinas en su caja!.... I luego, luego, este Motiloni ¡qué mal compañero es! Ya se ve: yo tambien lo abandoné una noche.... Sí, es verdad; pero ¿es acaso esto una razon para que él me abandone a mí? ¿Acaso un mal puede autorizar a otro? Nó, señor: él ha hecho mal.... I yo! yo no hice mal!... Cierto es que huí, pero ello fué porque soi nervioso.... I arranqué sin pen-

sar en lo que hacia.... Cosas de nervios!... Pero él, un hombre tan sanguíneo i tan así así.... ¿no es verdad que si se ha ido es por su poca lei?.... No se puede dudar.... Ademas, mi retirada fué de noche, a oscuras; tuve razon.... La suya ha sido a la luz, delante de todos ¿ha podido irse dejándome en mano de ese diablo de oficial?... Siempre me ha cargado este Motiloni.... No lo puedo pasar.... I luego otra.... ¿no parece cosa de milagro? Casi estoi por creer que él me trae los carcelazos.... Sí, señor, en el del otro dia acababa de retirarse él de mí, cuando se me vino el de la patrulla encima.... I aquellas malditas proclamas ¿no pudo él habérmelas echado en el bolsillo cuando se despidió?.... Me acuerdo que estuvo tan cariñoso conmigo.... Sí! cariñoso! No lo conoceré yo al bribon! Me parece que lo estoi viendo cuando queria matarme con la pistola.... Es un hecho; él me puso las proclamas en el bolsillo.... I ahora! Acababa él de entrar cuando tambien entraron los oficiales... ¿no podian ser traidos por él? El es amigo de don Meliton, i ese señor no me quiere bien....Pícaro italiano! él es quien trajo los oficiales. ¿Por qué se fué sin decirme palabra?..... Ello es que él se parece tanto a un traidor como un huevo a otro... ¡Pero yo no escarmiento jamás!... Siempre lo sigo i platico con él como si fuera hombre de provecho!... El es un hombre inútil!... No sabe jamás una noticia!... Sí, señor! inútil, inservible en toda la extension de la palabra!

Al dia siguiente fué conducido Gacetilla al juzgado para que prestase su declaracion. Apénas podia andar, pues la gruesa barra de grillos que le habian puesto por instigaciones de Motiloni, no le dejaba marchar tan rápidamente como él quisiera para llegar cuanto ántes al juzgado i decirle al juez la injusticia con que se le tenia preso. Pero el embarazo de sus piés no le impedia mover la lengua con la verbosidad de costumbre; i en cuanto vió al oficial que habia de conducirlo, empezó a probarle su inocencia. I como notara que el referido oficial no hacia el menor caso de sus palabras, se dirijió a los soldados que iban custodiándolo, sin cesar de hablarles a pesar de la órden de marchar en silencio que el oficial le habia repetido varias veces.

—¡Qué permanezca callado! (esclamó al oir la órden) ¡Qué permanezca en silencio! despues de haberme tenido veinticuatro horas mortales entre cuatro paredes sin hablar con cristiano viviente!

Al fin llegó al juzgado, i no bien hubo visto al juez, cuando sin esperar a que éste lo interrogara, le dijo:

—Señor juez! se me ha tomado preso porque se me ha supuesto comprometido en el rapto de una niña...

—Calle Ud! le interrumpió severamente el juez, i espere que se le interrogue para contestar.

—Sí, señor, callaré; pero es bueno que Usía sepa que yo no sé nada de ese rapto, ni he visto nunca a la niña, ni conozco a los raptores, ní...

—Le repito a Ud. que calle, porque si no...

—Pero, señor, por Dios! ¿Es caridad mandarme callar la boca, despues de hacerme pasar veinticuatro horas mortales con la leni gua pegada al paladar? Usía no me conoce! Yo soi mui nervioso, i no puedo sujetar mi lengua cuando me veo bajo el peso de una injusticia... quiero decir, de un error cometido por la justicia. Entónces es preciso que hable, hable i hable; i si así no lo hiciera, me caeria muerto. Verdad es que dije ayer que conocia a los raptores; pero ello fué para dar gusto a esta lengua, causa de mi actual desgracia. I ¿será justo que se me engrille i se me emparede por una sola palabra que el viento se lleva? Hasta un juez de palo veria que esto es un rigor inmerecido! I por último: si esto es un pecado, la culpa es de mi mala cabeza i de mi soltura de lengua, mas nó de mi mal corazon, porque yo jamas le he hecho mal a nadie, nó digo haber ayudado a robarse a una niña principal....

—Lleven a ese hombre al calabozo, dijo el juez. Despues prestará su declaracion.

—Ah! señor! señor juez! esclamó Gacetilla, juntando sus manos en ademan de suplicar. ¡Tenga compasion de mí! Prefiero dar mi declaracion al momento.

—Pero, hombre! si Ud. no calla i se dispone a responder ¿cómo quiere que se le interrogue?

—Señor: yo quisiera callar porque encuentro mui justo lo que Usía dice; pero ya le digo que me hallo bajo el influjo de una escitacion nerviosa que me impele a hablar como el sediento trata de beber cuando se le presenta el agua que desea! Sin embargo, ya he satisfecho algun tanto la sed que me devoraba i estoi dispuesto a contestar lo que se me pregunte.

En seguida se procedió al interrogatorio, concluido el cual, fué trasladado nuevamente al calabozo despues de haber ordenado el juez que se le quitase los grillos.

Dos horas despues vino a visitarlo su amigo Motiloni, a quien salió a recibir con los brazos abiertos:

—¿Qué se hizo anoche? le preguntó con tono de reproche.

—Me separé de Ud. para volverle la mano, respondió Motiloni... Así aprenderá Ud. a ser leal.

—Ah! ya me acuerdo; pero...

—Dejemos esto, i vamos a lo que importa. Acabo de verme con el juez; he abogado por la inocencia de Ud....

—Gracias! don Pablo... Siempre he dicho que Ud. es un buen amigo. Anoche me he acordado mucho de Ud... ¿I qué dice el juez?

—Lo creo, respondió Motiloni, sonriendo. El juez dice que no puede ponerlo a Ud. en libertad sino bajo una fianza segura, i le he ofrecido la mia.

—Gracias! gracias! I aceptó el juez?

—Acepta... Luego se le hará saber a Ud. la órden de escarcelacion.

Poco rato despues, salia de la cárcel don Catalino acompañado de su fiador, don Pablo Motiloni.

—Esta prision, decia Gacetilla, es enteramente injusta, porque hablando en plata, yo no solo no he acompañado a los raptores, sino que ni aun sé sus nombres.

—I ¿cómo me aseguró Ud. que sabia.....?

—Fué en un rato de calor; pero ahora que me importa descubrirlos, trabajaré con empeño para conseguirlo.

—I hará Ud. bien, contestó don Pablo, porque ese es el mejor medio de probar su inocencia. Acuérdese Ud. de que yo soi el fiador, i no me debe dejar mal puesto.

—Confie Ud. en mí: Duplicaré mi lengua, mis ojos i mis orejas, contestó Gacetilla, despidiéndose de su amigo don Pablo.

Este se quedó mirándolo; i cuando se hubo perdido de vista detras de la primera esquina, dijo:

—¿Piensas duplicar tu lengua? Dios tenga compasion de los infelices que encuentres! Pero estoi seguro de que me servirás, i esto me basta. Ahora dejemos este capítulo i pensemos en otra cosa, que el pandero queda en manos que sabrán tenerlo.

——:o:——

CAPITULO XIV.

ESFUERZOS DEL GOBIERNO PARA OBTENER LA PAZ.

> «El ejército insurrecto se apellidaba *libertador*, en tanto que los fautores de la revolucion no tenian otro propósito que reaccionar contra la única Administracion liberal que ha tenido la República, destrozando la Constitucion democrática de 1828.»
>
> (J. V. Lastarria—*Juicio histórico sobre Portales.*)

El padre Hipocreitía dejó a cargo de Gacetilla el descubrimiento de los raptores porque le faltaba el tiempo para ocuparse de este negocio, pues otros asuntos mas importantes ocupaban su atencion. Puesto entre su venganza i su ambicion, no dudó en olvidar por un momento aquella, i entregarse con todas sus fuerzas al servicio de ésta. Habia entrado de lleno en la política, i ya no le era posible volver atras. Por último, una vez satisfecho el logro de sus miras ambiciosas, podia contar con elementos suficientes para satisfacer su venganza. El diestro jesuita era lójico en su proceder, i no tiraba la piedra sino al punto que convenia. Sabia emplear solo la fuerza necesaria, i sabia, aún mucho mejor, esconder la mano cuando la piedra habia partido hácia el punto de mira. Dotado de una vista prespicaz, despejaba los hechos de las circunstancias inútiles para

no ver en ellos sino lo que podia aprovechar. No perdia ni su tiempo ni sus fuerzas en combinaciones inconducentes; era avaro de sus palabras, i tenia una paciencia a toda prueba. «Quien sabe esperar, sabe obrar:» tal era su divisa. No se precipitaba jamas, porque decia: es preciso dar tiempo a la naturaleza, tanto en lo físico como en lo moral, para que los acontecimientos se realicen. *Solo dando huelga* a los acontecimientos, se evita las colisiones que hacen fracasar toda combinacion, por sábia que sea. El tiempo es una especie de caja en la cual deben caber los sucesos de la vida: esta caja debe tener la capacidad suficiente para que quepan los objetos que se quiere encerrar en ella. Si se estrecha el tiempo, como éste no puede romperse para aumentar de capacidad, tendrán que dislocarse los acontecimientos. De aquí resultan los trastornos, los inconvenientes, i aun la imposibilidad de los hechos mismos que se desea.

Otras veces solia decir: ¿«no veis cómo las jentes del campo engrasan los ejes de sus carros para que las ruedas no rechinen? Así tambien es preciso engrasar los elementos i resortes de la máquina social para que los sucesos no rechinen miéntras están verificándose. De lo contrario, se quebrará el eje en torno del cual jiran, i la sábia combinacion vendrá al suelo como carreta quebrada»

Hé aquí por que el jesuita miraba la paciencia como un poderoso elemento de accion. Esta era la grasa de que hablaba.

Esta vez el reverendo estaba contento i las cosas iban a pedir de boca, i él se frotaba las manos debajo de su manteo. Las últimas noticias del sur eran alarmantes, i él gozaba con la intranquilidad que se habia derramado en toda la capital. Cada dia llegaban chasques trayendo desconsoladoras noticias. Prieto adelantaba con su ejército, atravesando un campo preparado por las maquinaciones peluconas. En todos los puntos por donde aquél pasaba, encontraba guardias avanzadas del partido reaccionario. Aquí era un cura que predicaba abiertamente a sus feligreces contra ese gobierno estranjero, hereje, pelajiano etc; allá un padre de espíritu, director de una familia influyente, que se valia del confesonario para preparar los ánimos de sus hijos en el Señor; mas allá un fanático que se creía tanto mas amigo de la relijion cuanto mas enemigo de la libertad se mostraba; acullá mujeres devotas, (nó de Dios i sus santos, sino de los clérigos) que rezaban rosarios i novenas cantadas, por la victoria de la relijion i del órden. En balde pugnaban algunos amigos de la democracia por contrarestar el fanatismo de unos, por aplacar la ambicion i el odio de otros, i por deshacer las ca-

lumnias que muchos difundian contra la liberal administracion. ¿Cómo se les habia de creer si los defensores eran tan herejes como los defendidos?...I el pueblo miraba esta lucha casi sin apercibirse de ello ¡fatal ignorancia que lo entregó maniatado al partido monárquico!

No es posible recordar, sin un profundo agradecimiento, los esfuerzos que los liberales de Santiago hicieron por evitar la fratricida lucha. Ofreciéronse a sacrificarlo todo en aras de la paz: todo, todo; sus afecciones, los puestos públicos que ocupaban, i hasta sus odios personales. Solo querian conservar las instituciones democráticas. Pero sus enemigos desoyeron todas las propuestas, porque esas instituciones eran precisamente la principal causa de su odio liberticida.

Un dia ántes de trasladarse el gobierno a Valparaiso, el Presidente Vicuña habia despachado un emisario al jeneral Prieto, prometiéndole por medio de una nota, que si abandonaba su actitud hostil, «oiria gustoso las quejas que se le dirijiesen i atenderia a toda solicitud que tuviese por base esa Constitucion, objeto de la adoracion de todos los chilenos, i en cuya gloriosa obra tuvo el mismo jeneral Prieto tanta parte, como uno de los representantes en el último Congreso»

Pero el jeneral revolucionario, incapaz de comprender tanta nobleza de proceder, no solamente desoyó estas conciliadoras palabras, sino que cometió la torpe indignidad de poner preso al comisionado, el valiente coronel Godoi.

Esta indigna accion no desanimó a los amigos de la paz i de las instituciones democráticas. El intendente de Santiago, don Rafael Bilbao, i el jefe de las fuerzas constitucionales, don Francisco de la Lastra, enviaron a Prieto una segunda comision compuesta de cinco personas respetables con el fin de proponerle medios de conciliacion. Prieto convino en permanecer a cierta distancia de Santiago, miéntras se verificaba un arreglo por medio de otras personas que el Gobierno mandaria suficientemente autorizadas para *transijir de una manera estable i con arreglo a la Constitucion, las diferencias políticas de los pueblos.* Pero el jeneral revolucionario principió por faltar a este pacto, trayendo sus tropas a una legua de la capital.

Prieto estableció su cuartel jeneral en las casas de la chacra de Ochagavía, adonde fueron luego a reunírsele nuestros conocidos Aldeano, Dorriga i otros. El clérigo Franco iba i venia. En cuan-

to al reverendo padre, nadie supo de él: se decia que andaba en sus misiones. Cualquiera que tuviera que hacer con su reverencia, debia hablar con don Pablo Motiloni, quien tenia poder ámplio para representar al jesuita en todos sus asuntos.

El cinco de diciembre hubo un nuevo convenio entre Prieto i las autoridades constitucionales. Acordaron reunirse al dia siguiente para concluir un tratado de paz, i ademas un armisticio hasta la ratificacion de dicho tratado, en caso que tuviese lugar.

El dia seis se reunieron los comisionados por una i otra parte; pero los de Prieto traian instrucciones de no proceder a un tratado definitivo de paz sino en caso de ser ratificado en el término *de dos horas*, cosa imposible, desde que el gobierno que debia ratificarlo se hallaba en Valparaiso. Se buscaba un pretesto para romper las hostilidades. A pesar de esto, los comisionados convinieron en algunas operaciones de detalle, i en varios cambios que debia hacerse en el personal de los poderes públicos, i en reunirse esa misma noche con el fin de tratar sobre la ratificacion. Pero Prieto, en vez de esperar i ver el modo de cortar las diferencias, declaró rotas las hostilidades «por no querer (el jeneral Lastra) consentir en «ratificar por *sí mismo a las dos horas* de firmado, el tratado que se «celebrase.»

Hé aquí cómo obraba un jeneral que decia haber tomado las armas para defender la Constitucion. Declaraba rotas las hostilidades porque el jeneral enemigo no violaba esa misma Constitucion que él venia a defender. La lucha parecia ya inevitable. El llano intermedio entre los dos campamentos, principió desde entónces a ser el teatro de pequeños encuentros que no podian tener ningun resultado serio. Los habitantes inmediatos dejaron sus casas i se refujiaron en el interior de la ciudad, pues los suburbios estaban continuamente amenazados por las partidas de caballería de Prieto que los recorria en todas direcciones, i sobre todo, por la célebre *Partida del Alba* al mando del tristemente célebre, don Alejo Calvo, que se ocupaba en saquear las chacras i haciendas de los vecinos, supuestos o verdaderos partidarios de los liberales. La falta de caballería del ejército constitucional, hacía imposible el evitar los daños causados por el mas brutal vandalaje.

Miéntras tanto, los ejércitos acantonados el uno enfrente del otro, no venian a las manos. Lastra esperaba que Prieto saliera del atrincheramiento de tapias i fosos de Ochagavía; pero Prieto no salió... La alarma de los habitantes de Santiago crecia por momentos.

Entónces el Señor Obispo, don Manuel Vicuña, animado de los mas evanjélicos sentimientos, quiso tocar los últimos medios de conciliacion, i escribió a Lastra i a Prieto, diciéndoles: *que estaba dispuesto a no omitir sacrificio alguno por buscar la paz, valiéndose de todos los medios que fuesen permitidos.*

Hé aquí las

COMUNICACIONES ENTRE EL SEÑOR OBISPO VICUÑA I LOS JENERALES LASTRA I PRIETO

☞«Señor jeneral don Francisco de la Lastra.

Santiago, diciembre 10 de 1829.

«Ya presumo que estará US. enterado de la reunion que he tenido hoi, para ver si se adoptaban medidas de conciliacion. El señor jeneral don José Manuel Borgoño, uno de los concurrentes, ha quedado encargado de hacerlo presente a US., como asimismo cuáles son los sentimientos que me animan. Mi carácter de pastor no pide mas que paz i tranquilidad: debo procurarla sin omitir sacrificio i buscarla por cuántos medios me sean permitidos. No creo que US. dista de lo mismo, i por lo tanto, espero que no se negará a una transaccion que vuelva la paz a mi aflijida grei. Para ello será necesario una entrevista con el señor jeneral don Joaquin Prieto, i al efecto le suplico me indique el lugar i hora a fin anunciarlo oportunamente a US. Luego, pues, que tenga el aviso lo daré a US., previniéndole desde ahora, se sirva estar pronto por su parte i sacrificarse nuevamente en obsequio de una paz tan deseada.—Dios guarde a US. muchos años. Su afectísimo capellan Q. S. M. B.—*Manuel*, obispo de Ceran.»☜

Lastra contestó:

☞«Ilustrísimo señor Obispo de C ran.

«Campamento en la cañada de Santiago: 10 de diciembre de 1829.

«Estimado Señor de toda mi veneracion:

«Desde el momento que me hice cargo del mando de este ejército,

tuve por objeto evitar la efusion de sangre i cortar las desavenencias que desgraciadamente aflijen nuestro país, por medio de una amistosa transaccion. Desde aquel mismo instante no he cesado de trabajar por procurarla; i ciertamente ya se hubiera conseguido, si por la otra parte no se hubiese encontrado oposicion en proposiciones ya transadas de antemano i mutuamente convenidas. En esta virtud acepto gustoso la entrevista que U. S. I. se sirve proponerme, señalándole al efecto la quinta del señor jeneral Blanco, endonde, a las once o doce de este dia, podrá terminarse asunto tan importante. Esta ocasion me proporciona la satisfaccion de ofrecer a V. S. I. mi mayor respeto i consideracion. B. L. M. de V. S. I. su atento servidor».

«Francisco de la Lastra.»

La contestacion de Prieto forma notable contraste con la anterior. Héla aquí:

«Si de buena fe se quiere la paz, yo estoi pronto a ella en «estos términos: demuélanse las trincheras de la plaza; salga la di«vision del jeneral Lastra, i todo hombre armado a distancia de «cuatro leguas de la capital, a la misma me pondré con este «ejército, mediando solo dos leguas de uno a otro: reúnase el vecin«dario, i elija éste una autoridad provisional, i un plenipotenciario, «quien en union con los que ya tienen nombrados Concepcion, el «Maule i Colchagua, i viniendo otro por Aconcagua, elijirán un go«bierno jeneral provisorio, con el cual se conformarán seguramente «las otras tres provincias, luego que vean que esta es una transaccion «en que han entrado cinco provincias hermanas a propuesta de ambos «ejércitos i por la mediacion de S. I. No hai, pues, otro medio legal i «decente para terminar las diferencias, que el dejo propuesto. Elejir «en Santiago un plenipotenciario del modo dicho, o concurriendo «un elector nombrado por cada cabildo de la provincia, cuyo pleni«potenciario en union con los otros cuatro, nombrarán el ejecutivo «nacional provisorio, para que gobierne miéntras se elije conforme a «la Constitucion.»

«Joaquin Prieto»

Esta carta prueba las intenciones del partido cuyo instrumento fué Prieto. La sequedad con que está escrita, raya en descortesía, i es notable en el jeneral de un ejército del partido *relijioso*, así como del respetuoso tono de la de Lastra, admira en el jefe de las fuerzas del partido tenido por hereje.

CAPITULO XV.

HIPOCREITÍA I FRANGO.

«Pero los liberales querian «evitar a toda costa la efusion «de sangre... Imajináronse que «todo podia concluirse dejando «los puestos que ocupaban para «que los revolucionarios los reem- «plazaran i organizaran el go- «bierno, respetando i conservan- «do la Constitucion.»

(J. V. Lastarria—*Juicio histórico sobre don Diego Portales, IV.*)

En cuanto el ejército de Prieto acampó en Ochagavía, el reverendo jesuita fué de opinion que algunos hombres de palabra i de pluma del partido, se trasladasen al campamento para servir de consejeros al jeneral revolucionario. «*Prieto sin direccion, es como un cuchillo sin mango.*» (decia el padre). En consecuencia, se decidió que Aldeano, Dorriga i el clérigo Franco marchasen al campamento. Pero Dorriga tuvo que encargarse bien pronto de una comision en Valparaiso; i en cuanto al prebístero Franco, no le fué posible separarse de los círculos del interior de la capital, que encontraban en él su principal ajitador. Convirtióse, pues, en el correveidi-

le del partido, quedando Aldeano encargado de la direccion cotidiana de Prieto.

El padre Hipocreitía se habia perdido de repente. ¿Adónde estaba? Unos decian que se hallaba enfermo i lo encomendaban a Dios; otros aseguraban que andaba predicando en las costas de Colchagua, i admiraban su contraccion al cultivo de la viña del Señor, en unos tiempos en que los ánimos estaban tan exitados; i por último, no faltaba quien jurase que se habia ido a pasar unos dias de retiro a la Recoleta Domínica (segun era su costumbre todos los años) huyendo del tumulto de la sociedad.

—Oh! ustedes no conocen a este siervo de Dios, agregaban los amigos oficiosos del padre. Aborrece la bulla i huye de mezclarse en los asuntos mundanos!

—Cierto! es un hombre entregado al cultivo de la viña del Señor!

—Un apóstol!

—Un verdadero apóstol!

Una tarde de esos dias, al oscurecerse, marchaba por la alameda un clérigo, que no era otro que el *verdadero apóstol*. Parecia recien llegado del campo, pues iba con las sotanas arremangadas i seguido de un mozo que llevaba de las riendas un caballo ensillado. Cubria un gran poncho sus hombros, i un sombrero de pita su cabeza, e iba platicando mano a mano con otro clérigo, el cual contestaba a lo que su compañero le decia solo con esta palabra:

—*Intosidle!* Eso *es intosidle!*

La pronunciacion de esta palabra hacia ver que el interlocutor del jesuita, era el clérigo Franco, quien, faltándole el labio superior a consecuencia de una enfermedad que habia sufrido, convertia siempre la *p* en *t* i la *b* en *d*.

—A mí tambien me parece imposible (decia el jesuita en voz baja) que pueda haber arreglo despues de lo sucedido; pero es preciso no mostrarse terco. Bueno es no hacer ninguna concesion que pueda perjudicarnos; pero ello debe hacerse con ese señor modo que aparenta dar, haciéndose dueño de todo. Si ellos solicitan una entrevista, concedámosela.

Franco hizo un jesto de marcado disgusto i dijo:

—Lo que yo encuentro vergonzoso es que seamos nosotros los que, en cierto modo, hemos provocado esta entrevista. Don Francisco Ruiz Tagle es de nuestro partido, i él es quien mas ardientemente la desea.

—El caso es que Ruiz Tagle está medio arrepentido porque como tiene amigos entre ellos.....

—Sí, ya sé que es una especie de *anfibio* en política, interrumpió Franco.

—Por lo mismo nos conviene, pues podemos servirnos de él en cualquier reves de fortuna. Ademas, prosiguió, puede suceder que los liberales cedan.

—¿No conoce usted lo que son?

—Antes creeria yo que se convirtiese Satanas.

—Sin embargo, yo sé que están dispuestos a hacer las mayores concesiones. Les he oido hablar de sacrificios personales.

—Lo dudo.

—No dude usted: son unos inocentes, unos aquijotados, a quienes se les maneja por medio de esa palabra hueca del *patriotismo*. Si conseguimos lo que deseamos, sin necesidad de esponer nuestra suerte al azar de las armas, no debemos perder esta oportunidad que Dios nos presenta.

—Todo esto es perder tiempo, replicó el caprichoso Franco, i mañana le preguntaré yo si se ha conseguido algo!

—Pero no será porque no hayamos nosotros hecho todo lo posible por nuestra parte.

—Pero este Ruiz Tagle, este don Francisco ¿quién lo habia de creer? Despues de los serios compromisos que ha contraido, se nos viene ahora con sus arrepentimientos. ¡Cómo si no perteneciera a una familia que siempre fué enemiga de todos estos diablos! En tiempo de la guerra de la Independencia eran realistas, i ya sabe Ud. que de un honrado realista no puede salir un maldito pipiolo!

—Ya le he dicho que Tagle tiene sus escrúpulos, dijo el padre pasando la caja de rapé a su interlocutor, i es preciso respetar los escrúpulos de los hombres.

—No me gustan los hombres escrupulosos, i por esto es que....

—No levante tanto la voz: mire que las paredes oyen.

—Es que cuando me caliento, hablo *tzuerte!* gritó Franco.

—No hai que calentarse. ¡Piés de plomo, amigo mio! Cierto es, prosiguió el padre en voz baja, que los escrúpulos de Tagle son una verdadera necedad... Ahora está medio arrepentido despues de habernos ayudado; pero ¿de qué le servirá su arrepentimiento? Palabra dicha i piedra arrojada no vuelven atras.

—¿I en dónde será la reunion?

—No lo sé; pero nos lo dirá Aldeano que debe estarme esperando en casa.

Ambos interlocutores apuraron el paso; i doblando por la calle de Santa Rosa, en breve rato llegaron al cuarto del padre. Don Rodrigo Aldeano esperaba en la puerta.

—La entrevista tendrá lugar esta noche a las doce, dijo al padre.

—¿En dónde?

—En la casa de don Joaquin Echeverría. ¿No sabe su paternidad dónde está?

—Ah! lo conozco: en la calle de las Monjitas.

—Eso es!

—¿I tendremos allí a Portales?

—Nó. Me ha encargado a mí que lo represente. Tengo sus instrucciones.

—¿I por qué se niega Portales a ir? preguntó Franco. Yo no sé por qué este don Diego anda siempre reculando la carta!

—Me parece bien que no vaya, observó el padre.

—A mí no me gusta esa conducta. ¿Tiene miedo? que se retire.... ¿Le gusta el partido? marche de frente.

—Oiga Ud., amigo mio....

—Es mi manera de ver las cosas. De frente! de frente! Todo el partido mira ya a don Diego como a su jefe.

—I lo merece, contestó Aldeano.

—Por lo mismo debiera aparecer a su cabeza; pero siempre se está a la capa. I esto que ahora estamos fuertes!

—En estas tierras, le interrumpió el padre, conviene no echar al trajin a los jefes... Dejémoslo guardadito miéntras nos llegue el caso de proclamarlo.

—Por otra parte, agregó Aldeano: desde que estamos dispuestos a no ceder en nada ¿para qué sirve allí la presencia de don Diego?

En aquel momento entró al cuarto una vieja, criada de la casa, que dijo al padre presentándole una carta:

—Acaba de llegar un mozo de Valparaiso trayendo este papel para su paternidad.

Tomó el padre la carta; la abrió i la leyó a la lijera.

—Magnífico! esclamó.

—¿Qué le escriben? preguntó Franco.

—Es Dorriga. Oigan ustedes lo que me dice:

Valparaiso, diciembre 9 de 1829.

A las 2 de la mañana.

«Mi reverendo amigo:

«Despáchole un propio para avisarle que anoche hemos atacado «este puerto con don Pablo Silva. No teníamos mas que ciento cin- «cuenta hombres, pero hemos hecho fuego sobre la ciudad endonde «introdujimos la alarma a poca costa. La oscuridad de la noche nos «protejia, i sobre todo, el encontrarse la ciudad casi abandonada po «el gobierno. Hoi ya somos dueños de los castillos, i creo que el viejo «Presidente Vicuña tendrá que emplumar pronto. Me acaban de «decir que se piensa embarcar hoi o mañana para dirijirse a Co- «quimbo. Buen viaje...Desgraciadamente ha fracasado una sublева- «cion que yo habia hecho prender en la marina. Con algunos sa- «crificios, se logró poner de nuestra parte al teniente Ruedas i a un «oficial del bergantin «AQUILES.» Ya el bergantin era nuestro cuan- «do el hereje capitan Bingham, de la marina británica, se prestó a «auxiliar al gobierno. No pudiendo contestar a los cañonazos de la «THETIS» que nos atacaba, hubo que arriar bandera. Es lástima que «se haya perdido este golpe, pues de este modo habríamos podido en- «viar auxilios a nuestros amigos del sur. Pero como quiera que sea, «de poco le servirán a Vicuña sus buques, sino es para huir, i en «este caso diré: *a enemigo que huye, puente de plata.* Écheme su «paternidad su bendicion.»

«*V. Dorriga.*»

—Soi de la opinion de don Víctor, dijo Aldeano.

—Ahora es mas difícil el arreglo, observó el padre.

—*Intosidle!* agregó Franco.

Púsose éste en seguida a conversar con don Rodrigo, miéntras el jesuita escribia en su cartera de memorias las siguientes notas:

☞ Encargo al cura T*, que prosiga en sus plátícas doctrinales contra los pipiolos, i que lance anatemas especiales contra los que mantegan relaciones con los *pelajianos.*

☞ Hacer que el padre N*, mantenga abierta la confesion de doña A*, o la absuelva bajo la condicion de obligar a su hijo, el oficial, a que abondone las banderas de Lastra.

☞Doña Pilar M*. está enferma de gravedad: Su testamento a favor de la Compañía··· Escribir a su padre de espíritu...

☞En la estancia del Quillai se fundó unas capellanías el año 1783, a favor de P*. R*. que murió en 1813... Goza la hacienda don N*. O*.... Consultar a un abogado sobre el particular...

☞Doña R*. S*. ofrece terrenos para una iglesia i colejio de la Compañía... Escribir a Roma sobre la dispensa que la señora pretende...

☞El sindicato de las Capuchinas, vacante por la separacion de don Policarpo... le conviene a don Meliton...

☞ Idem, idem, respecto del puesto de tesorero de la esclavonía del Santísimo...

Al llegar aquí, preguntó a sus amigos:

—¿Qué horas són?

Las nueve i media, contestó don Rodrigo.

El padre prosiguió sus apuntaciones, murmurando:

—Es preciso aprovechar el tiempo: la memoria es frájil.

☞Don Catalino dice que el autor del rapto es un oficial llamado Pepe Tronera. Sirve a las órdenes de Viel. Es un mozo de mala conducta. Buscar informes...

☞Lucinda sigue enferma... Es preciso que se confiese... Hablar con el médico... El padre O*. llegará pasado mañana...

☞El médico da esperanzas sobre la salud de don Marcelino. Consultar al facultativo sobre su monomanía... ¿Se convertirá en verdadera locura?...Hacer que firme ántes la escritura de donacion. .Idem de compra-venta... La otra está firmada...

☞Escribir a don Alejo Calvo, pidiéndole que. dé un *malon* al *gabacho* con su *Partida del Alba*...

En seguida el padre se puso a reflexionar:

—Creo, dijo, que convendrá hacer insertar en «La Clave» las noticias de Valparaiso.

—¿Abultándolas un poquito? preguntó Franco.

—No está demas. Lo que abunda no daña en estos casos.

—¿I lo podremos conseguir? dijo Aldeano. ¡Como «La Clave» es de ellos!...

—No importa, contestó Franco. Yo me encargo de esto. El rejente de la imprenta es mi amigo.

—Mui bien, dijo el jesuita mostrando con el dedo el recado de escribir... Voi a dictarle, amigo Franco.

Este se sentó a la mesa i escribió lo que le dictó el jesuita.

Habiendo concluido de escribir, dijo el clérigo:

—Ya son las once: si han de ir, vayan *pronto!*

Los tres amigos salieron con direccion a la Alameda, endonde se separó el presbítero Franco, prosiguiendo los otros dos su camino sin hablar una palabra.

Las calles estaban solas i silenciosas; las puertas de las casas cerradas, i sus habitantes temiendo un asalto del dia a la noche. Dirijiéronse por la calle de San Antonio, pues la del Estado estaba cortada por una de las trincheras que rodeaban la plaza de Armas.

Al llegar a la plazuela de la Universidad (hoi del Teatro) fueron detenidos por una patrulla de la guardia urbana.

—¿Quién vive? preguntó el oficial.

—Jente de paz, contestó el padre... Soi un sacerdote.

—¿Adónde se dirije su paternidad?

—Voi a casa de este caballero (i mostró a Aldeano) a confesar una enferma. Hai peligro de muerte i no puedo demorarme, agregó el jesuita pasando adelante.

El oficial no preguntó mas i siguió su ronda.

——:o:——

CAPITULO XVI.

A NUEVOS ESFUERZOS, NUEVAS RESISTENCIAS.

> «Largamente se disputó en aquel conciliábulo sobre esa proposicion, que los pelucones no admitian, sin querer comprender la abnegacion de sus adversarios. Ellos exijian un sacrificio imposible porque era deshonroso: querian que los liberales disolvieran el Congreso.»
>
> (J. V. Lastarria.—*Juicio histórico sobre Portales.*)

Llegados nuestros amigos a la calle de las Monjitas, torcieron sobre su derecha, i al entrar en el zaguan de la casa de la cita, se encontraron con un hombre de a caballo, que pareció sorprenderse.

—Perdónenme *sus mercedes:* yo no soi de aquí, dijo el hombre titubeando. ¿Es ésta la casa del señor don Joaquin Echeverría?

—Sí, amigo, contestó el padre ¿qué se le ofrece a Ud.?

—Vengo a dejarle una carta al caballero, contestó el hombre, entrando al patio.

El padre i su compañero lo siguieron.

—Me parece que conozco esta voz, dijo Aldeano al oido de su amigo.

—Puede ser, contestó éste.

En seguida se dirijieron a un cuarto endonde se veia una luz, i dieron algunos golpes en la puerta. Abrióse ésta i entraron a la pieza en la cual se hallaba el dueño de casa con otros caballeros.

El hombre del caballo habia entrado tras de ellos sin la menor ceremonia. Llevaba un gran poncho, botas de lana i bulliciosas espuelas. Cubríale el rostro un pañuelo de algodon atado debajo de la barba, i la cabeza un bonete maulino que no se quitó al entrar sino despues de haber cerrado tras de sí la puerta del cuarto.

—Buenas noches, señores, dijo con voz clara i echándose el pañuelo atras.

—Señor jeneral! esclamó Aldeano: vaya que no lo habia conocido!

—Está Ud. mui bien disfrazado, agregó el padre, dándole la mano.

—He creido que debia disfrazarme de este modo, contestó Prieto, para evitar cualquier encuentro peligroso.

—Por supuesto! La prudencia ántes de todo, dijo el jesuita.

—¿Todavía no han llegado los otros? preguntó Prieto. A la verdad que no son mui exactos porque ya han dado las once i media.

En aquel momento sonaron tres golpecitos en la puerta.

—Ellos son! dijo Echeverría, quitando la tranca.

La puerta se abrió dando paso a dos caballeros que fueron saludados cortésmente por los circunstantes. Era el uno don Melchor de Santiago Concha, antiguo patriota, que habia formado parte del Congreso Constituyente; i el otro, don Rafael Bilbao, Intendente de Santiago, quien habia hecho poderosos esfuerzos para evitar la fratricida lucha. Ambos pertenecian al partido liberal, i venian autorizados por dicho partido para tentar todos los medios de conciliacion que estuviesen acórdes con la dignidad del país i la conservacion de las instituciones democráticas.

—Creíamos habernos atrasado, dijo don Melchor sentándose; pero observo, que aun no han llegado los señores Ruiz Tagle i Portales.

—Yo estoi encargado por don Diego para representarlo en esta entrevista, contestó Aldeano.

—En cuanto a don Francisco, agregó el padre Hipocreitía, tampoco vendrá porque ha creido innecesaria su presencia aquí. Todos

los presentes saben que soi su íntimo amigo; no necesito otro justificativo para probar que vengo autorizado por él mismo para hablar en su nombre. Desde luego, repito lo que el mismo don Francisco dijo ayer al señor don Melchor, a saber: que deseaba ardientemente el que se encontrase un medio como cortar estas dificultades que aflijen al país.

—Para mí ha sido una gran satisfaccion dar este paso, contestó Concha. He hablado con casi todos los de mi partido, i puedo asegurar que todo él desea la paz.

—Si se desea la paz de buena fe, dijo Prieto a media voz, nada mas fácil....

—El partido liberal no ha dado derecho a nadie para que se dude de su buena fe, interrumpió Bilbao con un movimiento de espontánea enerjía.

En seguida añadió con tono mas suave:

—Al contrario, la sanidad de conciencia con que obramos, nos hace creer, como creemos, en la buena fe i patriotismo de los que siendo nuestros enemigos políticos, no por esto dejan de ser nuestros compatriotas, a quienes deseamos dar el abrazo de hermano ántes que la estocada del enemigo.

—Palabras huecas i sin sentido! murmuró el padre al oido de Aldeano. Estos liberales son así; sueñan como las campanas, segun sean las manos que las tocan.

—El señor intendente nos hace justicia, contestó don Rodrigo, i debemos felicitarnos de tener que tratar este delicado asunto con personas dignas de nuestra estimacion.

—Esperamos obrar como tales, dijo Concha, i estamos dispuestos a sacrificar todos nuestros intereses personales en aras de la felicidad pública. ¡Os hablo con mi corazon en la mano i a nombre de mis amigos! ¿Cuáles son los motivos de la sublevacion?

—La ilegalidad de las elecciones, contestó Aldeano.

—Eso es contestable. Sin embargo, estamos dispuestos, en beneficio de la paz, a que se repita la eleccion de Senadores en las dos provincias de Concepcion i del Maule. Fernandez i Novoa renunciarán, i en su lugar serán elejidos los señores Prieto i Tagle, o los que designeis vosotros. Ademas, os damos la eleccion del Presidente del Senado, quien se hará cargo interinamente de la presidencia de la República, para que, bajo vuestro mismo amparo se haga la eleccion de Presidente.

—No es mucho conceder eso, observó uno de los circunstantes,

desde que los hombres de vuestro partido quedarán siempre ocupando los mismos puestos, ejerciendo las mismas influencias.....

—Es verdad, agregó el jesuita. Aun cuando el mismo señor Prieto llegase a ser nuestro Presidente interino, su voluntad tendria que estrellarse ante la oposicion sistemática de sus subalternos.

—¿Qué quiere decir su paternidad?

—Que los mandatarios de provincia, (hoi ministeriales porque sirven a un Ejecutivo de su devocion) pasarán mañana a ser opositores cuando el personal del Ejecutivo cambie.

—Es evidente, respondieron algunos.

—I sin embargo, observó Bilbao, no es posible que desconozcais la equidad con que nuestro Gobierno ha repartido los puestos públicos. ¿No veis en ellos todos los colores políticos? Uno de vuestros candidatos, el señor Ruiz Tagle ¿no era ayer Ministro de Hacienda?

—Sí, ayer! dijo el jesuita, haciendo un jesto acompañado de una sonrisita falsa. I hoi ¿qué es?

—¿No se le ha lanzado injustamente del ministerio? preguntó uno.

—Vamos a la cuestion, dijo Echeverría, i no agriemos una discusion cuyo objeto debe ser uniformar las opiniones.

—Si ello es posible, murmuró el fraile. I luego agregó para sí mismo:

—No parece sino que estos hombres creyeran que las palabras sirven para quedar de acuerdo en algo.

—Tiene razon nuestro amigo don Joaquin, dijo gravemente Concha: es preciso que pospongamos nuestra personalidad al bien jeneral. De otro modo no llegaremos nunca a convenir en nada que sea útil a la patria. Acordémonos de que somos hijos de una misma tierra i que hemos combatido juntos contra un mismo enemigo. Acordémonos de que esta misma tierra será mañana la patria de nuestros hijos, a los cuales tenemos el deber de legar buenos ejemplos de honradez i cordura. Ahorremos la sangre de nuestros compatriotas; ahoguemos la discordia i no presentemos ante los enemigos de la democracia, el triste espectáculo de un país libre que se desgarra las entrañas con sus propias manos: no les demos el placer de ver desacreditada la república por nosotros mismos que nos decimos republicanos.

—Palabras! murmuró a media voz el padre Hipocreitía, bellas palabras que sirven para ocultar otra cosa diversa de lo que significan.

En seguida agregó en voz alta:

—Nosotros tambien podríamos pronunciar un discurso análogo, señor don Melchor; pero en lugar de bellas palabras, quisiéramos ver ejemplos de abnegacion. Hablais de hacer sacrificios; pero esas jeneralidades nada dicen. Ya os hemos indicado que miéntras permanezcais en los puestos públicos.....

—Pues bien, interrumpió Concha con vehemencia. Voi a probaros que cuanto acabo de deciros no son vanas palabras. ¿Decis que la ocupacion de los puestos públicos por los liberales será un estorbo para el Ejecutivo? Oid la última espresion de nuestro pensamiento, prosiguió, poniéndose de pié: «Os prometemos aquí, a nombre de nuestro partido, que los liberales se separarán de los destinos públicos que creais conveniente ocupar por hombres de vuestra adhesion; os prometemos que saldrán del país todos aquellos individuos que designeis como contrarios al órden público, a trueque de evitar esta lucha atroz entre hermanos.

—Yo ratifico todo cuanto ha dicho el señor don Melchor, agregó Bilbao.

Hubo un momento de silencio, durante el cual nadie se atrevió a pronunciar una palabra. Muchos de los circunstantes parecian haber comprendido la abnegacion de los liberales; i ya iban a manifestar sus sentimientos, cuando el padre jesuita se adelantó i dijo:

—Hablais de desocupar los destinos administrativos: pero ¿teneis administracion? La mayor parte de los jefes de provincia nos pertenecen.

—I entónces ¿cómo decíais que nosotros ocupábamos los destinos?

—Dejadme concluir. Eso no obsta, replicó el padre, para que vuestros jefes administrativos i militares estén minados. Acabo de recibir una carta en la cual me dan noticia de la toma de Valparaiso por Dorriga. Tambien me dice éste que hoi o mañana el gobierno evacuará aquel puerto.

—¿Será posible? se dijeron todos.

—Es un hecho. Aquí está la carta, prosiguió el jesuita, sacándola de entre los pliegues de su sotana. Ya no teneis administracion ¿qué es lo que ofreceis, pues? Nada... Vuestro pretendido sacrificio es nulo... Por otra parte, agregó, no es en el órden administrativo endonde nuestro presidente provisorio encontrará los principales estorbos.....

—¿I endónde ha de ser? preguntó Bilbao.

—En el lejislativo, contestó Aldeano.

—Entónces ¿qué es lo que pretendeis?

—Yo no pretendo nada por mi parte; hablo a nombre de mi mandante. Don Diego es de opinion que se disuelva el Congreso.

—¿El Congreso?

—Sí, i que en seguida se declare nulos todos sus actos.

—¿I nuestras queridas instituciones democráticas?

—Claro es que esas queridas instituciones tendrán que correr la misma suerte que los demás actos del ilegal Congreso, contestó el jesuita abriendo su caja de tabaco.

—Oh! eso es demasiado! dijo Bilbao tomando su sombrero i su baston. ¡Nos falta el valor para ser traidores a la República!

—Es admirable, agregó don Melchor disponiéndose a retirarse, que un partido que se arma para defender nuestra Constitucion, exija la disolucion del Congreso que la ha dictado.

—Sin embargo, dijo Prieto, la condicion espresada por Aldeano, es la única que puede evitar la guerra civil. Yo no puedo aceptar otra porque mis compromisos son mui fuertes.

—I yo carezco del poder necesario para desligar al jeneral de esos compromisos, agregó don Rodrigo.

—¿Es decir, preguntó Bilbao, dirijiéndose a Prieto, es decir, señor jeneral, que os habeis comprometido a echar por tierra nuestras instituciones republicanas? Pero sabed, prosiguió, que tambien nosotros nos hemos comprometido a defenderlas, sacrificando nuestro reposo i nuestra vida, si necesario fuera!

—Pues las armas decidirán la cuestion, ya que os empeñais en que así sea, murmuró Prieto saludando a los circunstantes i saliendo de la pieza.

—Que sea! esclamó Bilbao, i que la sangre que se derrame caiga sobre la cabeza de los culpables!

—Amen! contestó el fraile, doblando la carta que habia sido leida por algunos de los de la concurrencia i guardándola en el bolsillo de su sotana.

—Por nuestra parte aceptamos la responsabilidad que nos toque, dijo Aldeano.

Deshízose en seguida el conciliábulo, i cada cual se dirijió a su casa, tratando de evitar el encuentro con las patrullas que custodiaban las calles de la consternada ciudad.

——:o:——

CAPITULO XVII.

EN VÍSPERAS DE LA BATALLA.

«Por qué, pues, siento retemblar el suelo,
Al eco de la guerra;
I en cambio de la oliva i los laureles,
De los suaves cantares
De ciudadanos fieles,
Escucho de aguerridos batallones,
Los belicosos sones;
I miro solo sables, bayonetas.»

(M. Blanco Cuartin.)

Las cuatro de la mañana serian, del 10 de diciembre de 1829, cuando se deshizo aquel conciliábulo que no sirvió para otra cosa sino para hacer perder a los liberales toda esperanza de honrosa conciliacion En ese mismo dia leíase por las calles de la ciudad, en una hoja suelta firmada por el jeneral Lastra, lo siguiente:

«¡Pueblos de Chile! ¡Hombres imparciales que no estais afecta-«dos de intereses particulares! ¡Habitantes inocentes de la campaña «que vais a ser la víctima de la mas injusta guerra! Pronunciad vues-«tro juicio sobre el cuadro que os presento de mi conducta i la del «gobierno supremo. Comparadla i examinadla detenidamente. El «jeneral Prieto no quiere la paz, que le ha sido propuesta infinitas «veces. Tampoco quiere decidir las cuestiones en una batalla que «le ha sido presentada. Preguntadle qué quiere, i a qué viene. El «ha hecho sus proposiciones i le han sido admitidas, buscando «luego pretestos para eludir una paz acordada casi, i que segun «los comisionados estaba en sus intereses. El pretende que los tra-«tratados sean ratificados por mí solo, por el jeneral de un ejército, «i en el término preciso de dos horas para que no pueda dar cuenta «al gobierno que reconocemos, i contraviniendo espresamente la «constitucion en el artículo 83 del capítulo 7.° sobre las atribucio-«nes del poder ejecutivo. Pretende que un jeneral de una República «constituida suscriba a la renuncia de su presidente, que solo pue-«de ser voluntaria, i que sin embargo se le ha prometido a su nom-«bre; que suscriba a la reunion del senado para hacer la eleccion «de un nuevo presidente, facultad que solo al gobierno le está re-«servada en casos extraordinarios segun esa misma constitucion «que ha tomado por pretesto. No hai ya medios que proponerle para «el restablecimiento de la paz que él mismo ha perturbado. Ya no «queda otro recurso que el de la fuerza, i talvez será preciso em-«plearla contra los sentimientos de mi corazon. El responderá a «vosotros de los males que orijina a la nacion!—Cuartel jeneral en «la cañada de Santiago, diciembre 8 de 1829.»

«Francisco de la Lastra.»

La proclama de Lastra decia la verdad. Prieto atrincherado en su cuartel de Ochagavía, parecia no estar dispuesto a trabar el combate a que el jefe constitucional lo desafiaba. Los hechos prueban que no eran ni el horror al derramamiento de sangre, ni el amor a la tranquilidad pública, los motivos de aquella inaccion del ejército reaccionario. Despues de haberse negado obstinadamente a todo medio de conciliacion, se empeñaba Prieto en ahondar mas i mas

el abismo que separaba a los dos partidos, haciendo que sus soldados saqueasen algunas casas de sus enemigos políticos, despues de haber robado los animales de sus potreros. Miéntras los pelucones eran no solamente respetados sino ocupados en los destinos públicos por el gobierno, los pipiolos se veian diariamente espuestos a sufrir los efectos de la rabia reaccionaria que no despreciaba jamas la ocasion de hacer una presa. Los vecinos de los alrededores de Santiago que algo tenian que temer a este respecto, se refujiaron dentro de la ciudad; mas nó por esto encontraron allí la seguridad que buscaban, pues la ciudad misma fué varias veces invadida por los soldados enemigos, sin otro resultado práctico que aumentar la consternacion i el terror de los pacíficos habitantes.

La ciudad estaba poco ménos que indefensa. Custodiaban su interior unas tres compañías de infantería, la mayor parte reclutas al mando de un teniente. Toda la fuerza constitucional se encontraba en el campamento de Lastra, situado en los terrenos que se estendian al poniente de la Alameda. La ciudad no tenia nada que temer por ese viento; pero no sucedia así respecto de los otros costados, pues los revolucionarios, cuyo cuartel de Ochagavía estaba situado unas dos millas hácia el Sudoeste, podian, haciendo un rodeo, atacar la ciudad por el sur i por el oriente.

Las fuerzas de Lastra, compuestas de poco mas de mil infantes i de solo cien hombres de caballería, eran insuficientes para rodear a Santiago de una línea de defensa. Prieto tenia mil doscientos hombres de infantería i seiscientos de caballería, lo que le proporcionaba una verdadera ventaja sobre el ejército constitucional, especialmente para las escaramuzas que tuvieron lugar entre los dos ejércitos, i mui principalmente para alarmar i aflijir a los consternados habitantes de la capital espuesta, hora por hora, a aquellos salvajes *malones* que en nada podian aprovechar al ejército pelucon. La ciudad, pues, vivia temblando como si a sus puertas hubiese las amenazadoras tríbus de Arauco para las cuales el arte, de la guerra consiste en hacer todo el daño posible, por innecesario que sea; i no parece sino que un ejército que pretendia ser *protector de los intereses del pueblo,* creyese cumplir con su mision, haciéndole la guerra al pueblo indefenso. Pero era menester que ese ejército obrase siempre en conformidad con sus antecedentes: una traicion lo habia formado, volviendo contra la patria las armas que ésta habia puesto en sus manos para su defensa. Traiciones, mentiras i calumnias lo habian sostenido i hecho llegar hasta las

puertas de Santiago: así pues, era lójico que siguiese marchando por el camino de las mentiras i traiciones; que se titulase *defensor* del pueblo, cuando venia a hacerle la guerra al pueblo; i que se apellidase *libertador*, cuando venia a hundir a los pueblos en la esclavitud; que se llamase *defensor de la Constitucion*, cuando venia a echar por tierra esa misma Constitucion arrancando de raiz nuestras nacientes instituciones liberales.

La plaza de Armas era el centro adonde concurrian los habitantes, ya buscando noticias de lo que diariamente pasaba, ya creyendo encontrar allí un asilo contra los insultos salvajes de un enemigo que nada sabia respetar.

Los dos principales puntos de reunion eran los conocidos Cafés de la *Nacion* i de *Hevia*. En el primero se reunian comunmente los pipiolos, miéntras que el *Café de Hevia*, célebre por la abundancia de los comestibles, así como la riqueza de su vajilla de plata, servia de punto de cita a los pelucones. Sin embargo, habia en uno i otro Café cuartos que podemos llamar *neutrales*, en atencion a que se veian indistintamente llenos de pelucones i pipiolos en torno de las mesas de malilla i de *monte*, las que, no solo tienen el poder de enemistar a los amigos sino que poseen tambien la virtud de unir, siquiera por un momento, hasta a los enemigos políticos.

Una de estas piezas neutrales, en el *Café de Hevia*, se encontraba, en la noche del 12 de octubre, llena de individuos que jugaban, bebian o charlaban. La voz de don Catalino Gacetilla sobresalia por encima de las demas, así como se veia descollar la talla de don Pablo Motiloni sobre las cabezas de todos.

En los cuartos vecinos, otros grupos se quejaban en voz baja, de la conducta del ejército revolucionario. Como las quejas se remojaban con ponche en leche, los dolientes iban alzando la voz poco a poco, con tanta mayor razon cuanto mayor era la concordancia de opiniones a este respecto.

Las quejas prosiguieron; i aunque algunos pelucones o apeluconados trataron de acallarlas, nadie pudo hacer callar a don Catalino, el cual hablaba como si recientemente le hubieran dado cuerda.

—¿No es cierto, pues, amigo Motiloni (decia) que esto ya pasa de raya? Si Prieto ha venido a pelear i quiere guerra ¿por qué no le presenta el cuerpo a Lastra? Pero nó, señor! ahí está metido en su cueva de Ochagavía como zorro que oye ladrar a los perros i solo sabe venir de vez en cuando a cazar gallinas aquí a la ciudad.

Dígolo porque él parece mirar a nuestra capital como a un gallinero abierto, segun es la poca cortesía con que nos trata!

—Al cabo habia de hablar en razon este Gacetilla, dijo uno.

Motiloni miró de reojo al que habia hablado, i parecia querer contestar, cuando viendo que una gran parte de los circunstantes dió muestras de aprobacion, tomó el partido de callarse. Gacetilla, alentado por la aprobacion jeneral, o talvez animado por los vapores del ponche, continuó:

—Porque, una de dos; o quiere la guerra, o desea la paz. Si quiere la guerra ¿por qué no se la hace luego al gobierno para que los hombres honrados i pacíficos sepamos pronto a qué atenernos? ¿Ha venido por acaso el señor *Jeneral Libertador i Protector de los pueblos* a hacerle la guerra al pueblo de Santiago? Muchas gracias, señor jeneral, por esa proteccion que nos tiene aquí como en capilla i con el credo en la boca. Ah! si yo me metiera en estos asuntos, quiero decir, si yo fuera el jeneral....

El orador se paró de repente al oir un ruido de caballos en la plaza.

—¿Qué haria usted, si fuera el jeneral? le preguntó Motiloni, sonriendo.

—Oiga usted, don Pablo! esclamó Gacetilla asustado ¿quién sabe si son de la caballería de Prieto?

—Así parece, respondió otro, poniendo el oido.

El rüido creció de repente, i luego se dejaron sentir algunos tiros que metieron la alarma en el *Café*. Unos salieron a la calle i otros quisieron atrancar las puertas, mas no pudieron conseguirlo porque en aquel mismo instante entró al patio una partida de mas de diez hombres.

Al oir esto, Gacetilla esclamó:

—¡Invasion tenemos! No hai que tener miedo! Vámonos al último patio. Yo sé el camino, síganme! No hai que turbarse! gritaba: al último patio!

—Pero, hombre! volvió a preguntarle don Pablo, sujetándolo de un brazo, ¿qué haria usted si fuera el jeneral?

—Despues se lo diré, mi don Pablo. Por ahora, importa corrrer pronto! ¿qué es lo que sucede, amigo? preguntó al primero que encontró en el corredor.

—Que Baquedano acaba de invadir la plaza con mas de cien jinetes i se está tiroteando con el teniente Banderas, respondió el otro.

Don Catalino no oyó el resto porque echó a correr hácia el interior de la casa. Pero viendo que el comedor (por el cual tenia que pasar para llegar a los otros patios) estaba lleno de los asaltantes, volvió atras seguido de los que lo acompañaban, en lo cual hicieron mui bien, pues la catadura de los que habian asaltado el comedor no era para inspirar confianza. Miéntras unos recojian los objetos del servicio que habia sobre la mesa, otros forzaban la cerradura de un gran escaparate que habia en el testero de la pieza.

—Manuel Barragan! gritaba Miguel Turra, forcejando con la gruesa puerta de roble i con el cerrojo del escaparate: tráeme tu catana que la mia se ha quebrado en esta chapa de todos los diablos! Déjate de arrollar manteles, hombre de Dios! Esos no son mas que trapos. Aquí están las cucharas i platos de plata, que es lo que importa! Pégale, Chato, por ese lado!

—Ya está!

—Ya se abrió!

—Esto sí que vale la pena de trabajar para agarrarlo! esclamó Turra, mirando con satisfaccion la brillante vajilla.

I miéntras cada cual agarraba lo que mejor le parecia, el bandido decia riendo:

—Eso es, hijos mios! Hagamos la obra de caridad de quitar de aquí esta maldita plata, que segun dice el cura de la Estampa, es la causa de las riñas i de las disputas.

—Busquemos bien, decia Barragan: que no quede nada!

—Sí! sí! agregaba otro: hagamos la obra de caridad por completo!

En tanto que los bandidos se burlaban de las mismas personas a quienes estaban despojando, el hotelero habia salido a pedir auxilio. Algunos parroquianos habian abandonado el Café; otros se habian ocultado en los cuartos, i mas de uno de los criados ayudaban a los salteadores en su caritativa tarea.

——:o:——

CAPITULO XVIII.

DON CATALINO VISITA, SIN QUERERLO, EL CAMPAMENTO ENEMIGO.

«En América no han faltado «caudillos que, levantando la «voz hayan dicho *¡Queremos el «bien de los pueblos!* Con este «pretesto han reunido proséli- «tos; i por mas que no se les ha- «ya admitido su bien, ellos han «dicho *¡Aquí lo teneis!* i para «darlo les ha sido necesario re- «gar con sangre infructuosa el «suelo de los países que elejian «por campo de sus especula- «ciones ambiciosas.»

(J. Villarino—*Revoluciones en América. Páj.* 1281.)

Don Catalino i sus medrosos compañeros habian corrido hácia la plaza, i huyendo de un peligro dieron con otro no menor, pues la plaza era el teatro de una verdadera refriega entre la caballería

del coronel Baquedano i la infantería inesperta del teniente Banderas que custodiaba la ciudad.

No viendo Gacetilla abierta otra puerta que la del *Café de la Nacion*, corrió allá con dos o tres de los fujitivos.

—Amigos mios! esclamó al entrar. ¿Hasta cuándo se abusará de la paciencia de esta canonizable ciudad? Ya no es vida la que este Prieto nos hace pasar!

—¿De dónde vienes? le preguntó un amigo.

—Del *Café de Hevia* endonde he dejado una partida de peluconnes araucanos que han ido allí a dar un *malon* por encargo, sin duda, de su digno jefe *el Libertador*, el *Protector de los pueblos de Chile, el defensor de nuestra Constitucion*.....

—Calla la boca, por Dios! le dijo uno de los mas prudentes. ¿No ves que pueden oirte?

—¡Qué me calle la boca! interrumpió el sempiterno hablador, cuando vengo respirando venganza! Si tú hubieras pasado por lo que yo acabo pasar!

—Ah! entónces ¿tuviste que sufrir algo de parte de los asaltantes?

—He sufrido el mayor de los miedos! I luego quieres que calle!:... Ah! esos vándalos me la pagarán!

—Entónces, baja un poco la voz.

—Nó! nó! Digo i diré en alta voz que el jeneral Prieto tiene una manera rara de protejer a los pueblos enviándonos sus soldados al mando de un caball.....

—¿Quién dice que mi coronel es un caballo? interrumpió un soldado entrando. Ah! es usted? prosiguió, echándose sobre don Catalino, quien mas muerto que vivo, decia:

—¡Yo, señor mio! Yo he dicho tal cosa!

—Sí! usted! contestó el soldado, arrastrando hácia afuera a Gacetilla.

—A este Catalino lo ha de perder su lengua, decian los que quedaron en la pieza.

Don Catalino al verse arrastrado sin consideracion alguna, protestaba, diciendo:

—Oiga usted, señor soldado, señor sarjento, señor... ¿cuál es su graduacion? Oiga usted, por el amor de Dios! Usted se ha equivocado porque no me dejó concluir. Yo iba a decir que el señor Baquedano era un caballero.

—Esa no cuela! dijo el soldado.

—Es como se lo digo, repuso Gacetilla. Yo iba a decir que era un caballero; pero cortándome la palabra en la mitad, le ha parecido a usted que yo... Señor don Pablo! gritó divisando a Motiloni, que a cuarenta pasos de distancia conversaba en la plaza con un hombre de a caballo: amigo don Pablo! venga usted a socorrerme!

Pero Motiloni no contestó, e internándose en los grupos que pululaban por la plaza, se perdió de vista.

El combate habia cesado i los asaltantes se habian retirado llevándose consigo algunas armas. El mismo Bandera, hombre de una talla extraordinaria i de fuerzas hercúleas, habiendo querido echarse sobre Baquedano para luchar cuerpo a cuerpo con el jefe enemigo, logró desarmar a dos de los soldados que rodeaban al coronel, arrojando caballo abajo a uno de los oficiales. Pero rendido al fin de fatiga i acosado por el número, tuvo que entregarse prisionero, i, en calidad de tal, fué conducido al campamento enemigo.

Como dejamos dicho, la vanguardia de los vencedores habia partido con direccion a la Cañada, llevándose el botin de la victoria. Luego siguió el grueso del cuerpo, en grupos mas o ménos desordenados, llenando de terror a los vecinos con sus gritos descompasados i los groseros insultos que lanzaban al pasar por enfrente de las casas tenidas por pipiolas.

Solo quedaba en la ciudad la parte mas indisciplinada de la retaguardia, compuesta de soldados de línea desbandados, de guasos acompañantes i de bandidos de la *Partida del Alba*. Uno de dichos soldados era el que habia tomado preso a Gacetilla, i ya iba a soltarlo, no se sabe si por haber quedado satisfecho con las esplicaciones de don Catalino, o porque deseaba reunirse cuanto ántes con sus compañeros, cuando se le acercó el hombre que poco rato ántes habia hablado con Motiloni, i le dijo:

—No suelte a ese caballero, amigo, porque es una buena presa!

—¿I quién es usted? preguntó el soldado, tomando la rienda de su caballo que otro soldado le tenia.

—Soi Manuel Barragan, respondió el interpelado; i yo le aseguro, como que me he de morir, que este caballero Gacetilla es una buena alhaja.

—Me conoce usted, señor mio? preguntó don Catalino.

—Sí, señor, respondió Barragan, i sé ademas que usted es uno de los que mas hablan contra nuestro ejército.

—¿Yo hablar contra el gran ejército restaurador de nuestras libertades?...

—Sí, mi señor, i contra nuestro jeneral.

—Ah! señor de Barraganes, o como es su gracia: Ud. se equivoca, al creer que yo puedo motejar en una tilde al defensor de nuestra Constitucion. Yo siempre he dicho i sostendré que ni el mismo Bolívar merece tan bien el nombre de *gran Libertador* como el benemérito en grado eminente, jeneral de division, don Joaquin Prieto.

—I no solo habla mal de nuestro jeneral, agregó el soldado que aun tenia de la mano a don Catalino, sino que acaba de decir que nuestro coronel Baquedano es un caballo.

—Ah! conque eso ha dicho? preguntó Barragan.

—Entónces no hai que soltarlo, dijeron cuatro o seis compañeros de éste.

—Ah! esclamó Gacetilla, ¡cuánto no es lo que las jentes se equivocan en tiempo de revueltas! Yo no he dicho tal cosa!

—Sí, lo ha dicho! replicó Barragan, i estoi pronto a jurar que lo he oido.

—Yo tambien lo he oido con estas orejas que se ha de comer la tierra, agregó otro que venia llegando.

—I nosotros juramos lo *mesmo*! esclamaron ocho o diez mas.

—Pues entónces, al caballo con él! ordenó Barragan. Allá contestará al señor jeneral.

—Por los clavos de Cristo! interrumpió Gacetilla, viendo que los bandidos se disponian a ponerlo a la grupa de un soldado. ¡No me pierdan! Miren que soi un honrado padre de familia, cargado de hijos, con la pobre mujer enferma, i ademas mi suegra...

Por este estilo prosiguió don Catalino enumerando los motivos para que se le diera libertad, miéntras los bandidos lo montaban en ancas, atándole los piés por debajo de la barriga del caballo para que no tratase de escaparse.

—Ah! murmuraba entre dientes el desolado prisionero, bien me decia el Ñato que mi lengua me habia de perder! Si de esta escapo (que lo dudo) prometo mandarme hacer una buena modarza i llevarla siempre en los bolsillos para cuando me venga la tentacion de hablar a destiempo. Pero, señores, prosiguió en voz alta ¿cómo pueden ustedes figurarse que yo haya dicho que el coronel Baquedano es un caballo, cuando todo el mundo habla del esclarecido talento de este dignísimo jefe?... Ah! no me aprieten tanto, por Dios;

miren que soi un honrado padre de familia, un ciudadano pacífico que vive sin meterse en nada; un hombre, en fin, incapaz de desplegar sus labios...

El resto de la palabrería de don Catalino se perdió en el ruido que los caballos hicieron al partir a todo galope hácia el campamento.

Cuando éstos llegaron al cuartel jeneral de Prieto, ya Baquedano habia hecho desensillar a su tropa i puesto en su cuarto con centinela de vista al teniente Banderas. El coronel era de cortos alcances, i no pudo contener su cólera cuando supo que Gacetilla habia dicho a gritos, en el *Café de la Nacion*, que élera *un caballo*. Al momento mandó poner al pobre prisionero en cepo de campaña, ordenando que se le aplicase a la boca una mordaza para que no hablase. Así pasó el resto de la noche el desdichado parlanchin; por manera que cuando vino el dia, se hallaba casi exánime de fatiga i de ganas de charlar. Quitáronle la mordaza i las ligaduras; i aunque apénas podia tenerse en pié, no por esto dejaba de hablar i jurar que su intencion no habia sido otra que decir *caballero*, i que su aparente culpabilidad nacia de haberle cortado la palabra en la boca. Pero viendo que mas de diez hombres juraban por su parte haberle oido decir *caballo*, pensó defenderse de otro modo.

—¿Conque usted ha tenido la desvergüenza de decir que yo soi un caballo? le preguntó Baquedano con airado ceño.

—Nó, señor, replicó Gacetilla con aplomo; lo que he dicho es que Ud. *es un buen caballo!*

—¿Está usted loco? Quiere que lo mande fusilar?

—¿Mandarme fusilar porque lo alabo a Ud., señor Baquedano?

—Bonita la alabanza!

—Cuando debiera usted estimar el coraje que he necesitado para ensalzarlo a Ud. delante de sus propios enemigos!

—Buen modo de ensalzar tiene Ud.; mas le advierto que yo no entiendo de burlas.

—Ni yo me atreveria a burlarme de un jefe tan digno como el señor coronel que me hace el honor de escucharme. Pero le ruego que no me juzgue Ud. sin oirme. He dicho eso, pero es en sentido figurado. Ud. no ignora lo que es un tropo.

—Tropa, querrá usted decir, interrumpió el coronel. Hable Ud. claro si quiere que le entienda. ¿Pues no he de saber lo que es una tropa?

—Demasiado bien sabe usted eso, señor coronel; pero yo no le hablo de tropas, sino de tropos.

—I no me dirá usted, con mil diablos, ¿qué cosa es un tropo? preguntó Baquedano mirando de hito en hito a Gacetilla.

—Es una figura de retórica, señor, que yo he empleado para....

—No le entiendo palabra, interrumpió el coronel ya amostazado. Venga Ud. a esplicarse ante nuestro jeneral, que desea interrogarlo. Veremos si él entiende sus tropos i figuras.

—Pues no me ha de entender! esclamó Gacetilla, cuando el señor jeneral es de reconocida capacidad! Sí, señor, prosiguió, como que él ha sido capaz de comprender lo que muchos que se tienen por sabios no entienden, a saber: las violaciones de nuestra Constitucion cometidas por los pipiolos, i la necesidad que el país tenia de que se nos libertara de los liberales!

En esto llegaron a la pieza, endonde el jeneral Prieto estaba hablando con don Manuel Jifreno i don Rodrigo Aldeano.

—Oh! señor Aldeano, señor Jifreno! dijo Gacetilla en cuanto los vió: ruego a ustedes que intercedan ante el ilustrísimo jeneral del ejército libertador de los pueblos, en favor de un honrado ciudadano que jamas le ha hecho mal a nadie....

—I sin embargo, le interrumpió Prieto, usted se ha atrevido a espresarse de una manera indecorosa en contra mia i de los jefes que me acompañan.

—Lo han engañado a Usía, respondió don Catalino, i pongo por testigo al cielo de que jamas he dicho una palabra en contra del leal, del noble, del desinteresado jeneral que, poniendo su invicta espada al servicio de la mas justa de las causas, viene a vengar nuestra naciente Constitucion. En ese sentido hablaba en el Café de la Nacion cuando....

—Déjese de esas engañifas i farsas, interrumpió Baquedano. Lo cierto es que Ud. ha dicho que yo soi....

—Un buen caballo? Así lo dije; pero fué en sentido figurado. Si esto merece castigo, tambien deberá castigárseme porque dije a gritos que el ilustre jefe del ejército del sur era la mejor espada de Chile. ¿Quiere por acaso decir esto, que el invicto jeneral que tiene la complacencia de escuchar mi defensa, sea un cuchillo de Chile, un pedazo de fierro, o cosa parecida? Nó, señor; ser una buena espada, un buen florete, es manejar diestro i valientemente estas armas. Así pues, al referirme al señor Baquedano, uno de los mas apuestos jefes (sin agraviar a lo presente) de nuestras milicias

ecuestres, he podido decir con justicia que es un *exelente caballo*, en sentido figurado, se entiende.

Aldeano i Jifreno no pudieron contener la risa, i aun el mismo Prieto los acompañó en su hilaridad. Amostazado Baquedano, se acercó a don Rodrigo i le preguntó en voz baja, pero ruda:

—¿Qué significa esa risa, señor Aldeano?

—Que este hombre tiene razon, respondió don Rodrigo, tratando de cohonestar su proceder. Si nos hemos reido, prosiguió, es por las circunstancias que él ha agregado.

—Por manera que esos tropos que él dice....

—Esos tropos, amigo mio, son figuras de retórica, es decir, maneras de hablar elegantemente, por las cuales no se debe entender las palabras como suenan.

—Ya, ya!

—¿No ha solido usted esclamar al hacer una chambonada en la malilla? ¡soi un bruto! ¡Qué bestia soi!...

—Muchas veces!

—Pues ahí tiene usted un tropo, puesto que nadie debe entender esas espresiones al pié de la letra; así como tambien, cuando de un hombre valiente dicen que es un tigre, un leon; o de un cobarde, que es una gallina, etc.

—Acabáramos! esclamó Baquedano. Ahora sí que entiendo eso de los tropos; i muchas veces los he echado de a pares sin pensarlo yo mismo, como por ejemplo, anoche cuando ví pelear tan bien al teniente Banderas, eché un reniego i dije: me gusta este hombre! Es como perro de bravo!

Miéntras Aldeano daba lecciones de retórica al coronel, Prieto i Jifreno seguian interrogando a Gacetilla; i así por las contestaciones de éste como por el conocimiento que Jifreno tenia de su carácter, se encontró prudente i ademas mui político, el hacer sufrir al parlanchin un castigo correccional. Pero la fatal órden no alcanzó a darse, pues en aquel momento entró un oficial que, saludando militarmente a Prieto, le dijo:

—Señor jeneral: uno de nuestros espías acaba de llegar de la ciudad trayendo esta carta.

Tomó Prieto la carta i leyó el sobre:

«Al señor jeneral Prieto, para entregar al señor Aldeano.»

—Veamos: qué dice la epístola, dijo éste recibiendo el papel de mano de Prieto.

Rompió el sobre i leyó lo siguiente:

Estimado señor i amigo:

A estas horas debe encontrarse en ese campamento don Catalino Gacetilla, preso anoche en esta ciudad por un error de concepto. Don Catalino es amigo mio, i puedo asegurar a Ud. que en él tendremos siempre un ardiente partidario. Yo garantizo su conducta con mi propia persona; i en esta virtud, si de algo valen mis servicios a la justa causa, le ruego que interponga su influjo para con el señor jeneral a fin de que ponga prontamente en libertad a este amigo. Lo saluda afectuosamente.

S. S. Q. B. S. M.

MOTILONI.

En otro pedazo de papel aparte, habia una posdata que decia:

El parlachin nos conviene aquí: necesitamos de hombres que hablen a nuestro favor; trátenlo bien i muéstrele usted la carta para que vea que me debe a mí su libertad, a fin de que se preste a mis indicaciones.

Leida esta posdata, Aldeano le mostró a Prieto todo lo escrito.

—Está bien, dijo el jeneral a media voz: haga usted lo que le parezca de ese hombre.

Aldeano se acercó entónces a Gacetilla i le dijo al oido:

—Sígame Ud.!

—Me van a mandar fusilar sin duda alguna, pensó en su interior don Catalino miéntras salia detras de don Rodrigo. Por lo ménos, son azotes o una carrera de baqueta.... Ah! yo me contentaria con veinticinco, con cincuenta.... Vaya! me contentaria con tres veces veinticinco azotes! Pero carrera de baqueta!....

Llegados al corredor, le dijo Aldeano:

—Amigo mio: se ha escapado usted de una i buena!

—Me he escapado, señor Aldeano! esclamó Gacetilla... ¿Es decir que estoi libre?

—Sí; lo está, merced a esta carta que acabo de recibir. Léala Ud.

—Ah! es de mi amigo Motiloni! dijo don Catalino al ver la firma.

—Mi digno amigo! tiene muchísima razon: siempre he sido partidario de la *santa causa* que ustedes defienden!

—Está bien, le dijo don Rodrigo. Ud puede quedarse aquí o volverse a Santiago.

—Prefiero lo segundo, señor, porque deseo testificar mi reconocimiento a mi amigo don Pablo, i luego publicar a gritos la jenerosidad e hidalguía de nuestro jeneral Prieto.

Un cuarto de hora despues, nuestro incorrejible hablador atravesaba el campamento, custodiado por cuatro soldados, los cuales haciendo un gran rodeo por el lado del oriente, lo llevaron hasta cerca del convento de San Francisco, desde donde se dirijió solo hácia la plaza, montado en el buen caballo que le habian proporcionado.

—Catalino! esclamaron sus amigos al verlo entrar al Café de la Nacion. ¡Te creiamos muerto!

—Ah! mis amigos! respondió Gacetilla ¡yo mismo me palpo i me admiro de encontrarme sano i salvo!

—Pero ¿cómo has podido escapar?

—I no solo he escapado sino que he salido ganando este magnífico caballo con su silla de granadero. Todo ello me cuesta algunas horas de cepo de campaña, fuera del miedo i del galope que me hicieron dar de aquí al campamento ¡Qué galope aquel, amigos mios! Iba ya como ánima que se lleva el diablo! i hubo momentos en que deseaba que se abriera la tierra i nos tragase a todos juntos! I luego la noche que pasé! Ah! me rio de los calabozos de la Inquisicion!

—Pero cuéntanos cómo.....

—Oh! es mui largo de contar, hombre! Por ahora no tengo tiempo sino para cumplir con los compromisos que he contraido.

—¿Qué compromiso es ese?

—El de alabar la hidalguía, grandeza, honradez i talentos del jeneral Prieto. Ja! ja! jáá á!! ¡Qué de cosas no le pasan a uno en las guerras!

——:o:——

CAPITULO XIX.

LA BATALLA.

«Despues de inútiles negociacio-
«nes de paz, durante las cuales las
«divisiones de Lastra i Prieto no de-
«jaron de prepararse para el combate,
«ambas fuerzas vinieron a las manos,
«en el campo de Ochagavía donde la
«victoria se inclinó al ejército de los
«liberales.»

(R. Sotomayor V.—*El Ministro Portales.*)

«En efecto, la victoria fué de la justicia.»

(F. Bilbao.—*Sociabilidad chilena III.*)

Los dos ejércitos vinieron por fin a las manos el dia 14 de diciembre por la mañana, i el llano endonde se verificó esta accion (memorable bajo mas de un concepto) es el mismo en donde hoi se halla el *Campo de Marte.* Las fuerzas liberales estaban acampadas al oeste de la línea que hoi recorre la calle del *Dieziocho;* i pocas cuadras hácia el sur se divisaba el campamento enemigo, cuya ventajosísima posicion no queria abandonar.

El jeneral Prieto habia desarrollado su ejército formando un ar-

co abierto, cuya cuerda estaba en direccion de oriente a poniente, poco mas o ménos. La artillería ocupaba el punto medio de este arco, a cargo del sarjento mayor don Justo Arteaga; la infantería, el estremo poniente, i la caballería al mando del coronel Búlnes, formaba sus escuadrones en el estremo oriente. Esta posicion, si bien no mui estratéjica para el ataque, estaba admirablemente elejida para la defensa, porque la infantería con su flanco izquierdo apoyado en las casas de la chacra de Ochagavía que le servian de defensa por el poniente, tenia su flanco derecho protejido por la artillería, la cual era a su vez defendida por los escuadrones de Búlnes, que con toda facilidad podian atacar el flanco izquierdo del enemigo con solo describir un pequeño arco de círculo en el campo parejo i sin estorbos que se estendia hácia el oriente. Por desgracia, el ejército constitucional carecia de esta arma, pues solo contaba con cien carabineros i cincuenta Húzares.

Para que el lector se haga cargo por completo de la topografía del campo, solo nos falta decir que de las mencionadas casas de Ochagavía, partia hácia el norte la tapia de un potrero que completaba la defensa del flanco izquierdo de la infantería pelucona. Esta tenia a su retaguardia una gran viña, i hácia el sudeste una serie de potreros cerrados con tapias de adobon.

Bien comprendia el jeneral Lastra la dificultad del ataque; pero tambien veia la necesidad de atacar para dar término al estado de intranquilidad i zozobra que aflijia dia i noche a toda la poblacion.

La accion comenzó por una pequeña escaramuza iniciada por el jeneral de los liberales, la cual no podia tener otro objeto que llamar la atencion del ejército reaccionario hácia su flanco derecho, a fin de comenzar el verdadero ataque contra la izquierda del enemigo, que, como queda dicho, era el lugar ocupado por la infantería de Prieto. El valiente coronel don Francisco Porras, con solo setenta carabineros reclutas, se echó sobre la veterana i bien equipada caballería de Búlnes, hasta llegar a incorporarse con ella, i al mismo tiempo empezó a cruzar sus fuegos, la artillería de uno i otro bando. El ataque de Porras no podia llamarse una carga: solo era un acto de arrojo en el cual los soldados patriotas se vieron envueltos por los escuadrones enemigos. Peleaban uno contra nueve: así es que el éxito no podia ser dudoso. Porras fué rechazado; i perseguido por cuatrocientos cazadores i granaderos, llegó a la alameda cerca del lugar endonde ahora se eleva la estatua de San Martin. Aquel sitio estaba lleno de hoyos, zanjas i matorrales que impedian

maniobrar rápidamente a una gran caballería; i tanto por esto como porque una buena parte del enemigo se habia vuelto al lugar de la batalla, el jefe patriota hizo volver cara a su diminuta tropa. La lucha se trabó allí de nuevo, cuerpo a cuerpo, maniobrando al mismo tiempo con el sable, el machete i el puñal. La victoria estuvo indecisa un cuarto de hora, pero a ese tiempo se vió aparecer por el poniente una partida como de doscientos hombres que, a todo el correr de sus caballos, venia por el centro de la cañada gritando desaforadamente: *¡Mueran los pipiolos!.. ¡Viva la relijion!*

Era la *partida del Alba* entremezclada de jinetes de poncho i machete. Los liberales, viéndose atacados de frente i por su flanco derecho por fuerzas cuádruples, torcieron riendas sobre su izquierda, i echaron a correr por la Alameda hácia el oriente, perseguidos por la Partida del Alba, que venia de refresca, i por algunos soldados de los escuadrones enemigos, que prefirieron entremezclarse con los bandidos de don Alejo Calvo, ántes que volver al campo de batalla con sus demas compañeros. Los perseguidos, entrando por varias bocacalles, atravesaron el centro de la ciudad i se dirijieron al puente de cal i canto, endonde no tuvieron que hacer resistencia sino a mui pocos de sus perseguidores, pues la mayor parte se habia desbandado por las calles de la consternada ciudad, con el objeto de asaltar las casas de los pipiolos ricos. Porras entónces no pensó sino en volver con los pocos soldados que le quedadan al campo de batalla, endonde encontró la accion fuertemente empeñada.

Al mismo tiempo que los carabineros de Porras eran perseguidos, como acabamos de decir, el coronel Búlnes, describiendo un gran arco de círculo, se echó sobre la izquierda de los liberales, miéntras el ala derecha i el centro contestaban los fuegos de la infantería i de los cañones enemigos. Búlnes fué rechazado dos veces; pero la ventajosa posicion del ejército revolucionario lo hacia, como queda dicho, inatacable por su flanco izquierdo. Viendo Lastra que no podria avanzar sin grandes pérdidas, miéntras la infantería de Prieto ocupase el ángulo formado por las líneas de las casas de Ochagavía i la tapia de la viña, ántes mencionada, mandó que una compañía de cien hombres del Chacabuco, a las órdenes del arrojado teniente Concha, se fuese por entre las casas i el ejército enemigo hasta tomarle su retaguardia. La comision era difícil i por demas peligrosa; pero tambien era digna del valiente jóven a quien se la encargaba. Sin disparar un solo tiro, i recibiendo un nutrido fuego de fusilería, condujo Concha a sus soldados, arras-

trándose por entre los matorrales como una culebra, hasta llegar a una distancia en que podian oir las palabras de los soldados enemigos. Estos no podian creer en tanta audacia; i alzando sus fusiles, muchos de ellos gritaron:

—Son pasados!

—No tiren!

—Vienen pasados!

Concha i sus soldados pasaron, pero no a las filas enemigas, sino mas allá de las filas; i con toda la lijereza que sus piernas le permitian, corrieron hácia la tapia de la viña i la salvaron bajo el fuego graneado del enemigo, que ya habia comprendido el verdadero objeto de aquel atrevidísimo movimiento.

Entónces fué cuando el batallon Pudeto recibió la órden de avanzar rápidamente. El coronel Tupper iba a su cabeza, i llevaba de ayudante a Anselmo, quien poco ántes queria morir peleando, pero ahora deseaba sobrevivir aun a la derrota misma. La infantería pelucona se vió, pues, entre los fuegos del Pudeto i de Concha que la acribillaba por la espalda, lo cual le hizo cambiar de posicion hácia el sudeste, inutilizando su propia artillería.

A ese tiempo, la caballería de Búlnes habia sido rechazada por tercera vez; i Lastra pudo marchar a paso de trote con el Concepcion i el resto de Chacabuco hasta envolver por completo la infantería enemiga, a la cual le era imposible salvar la tapia de la viña, porque de cada parra salia un tiro. La caballería de los patriotas, que no habia podido seguir en su rápida marcha a la infantería, se vió entónces amenazada de muerte por una cuarta carga de los escuadrones de Búlnes; i habria sucumbido irremediablemente, si a ese tiempo no hubiera llegado la mitad del batallon Pudeto a las órdenes del mayor Varela, que atacándola enérjicamente la puso en completo desórden. Porras, que en aquellos momentos entraba en el campo con poco mas de la mitad de sus soldados, se unió a los Húzares, mandados por el sarjento mayor Jofré, i entre ambos dieron a la caballería enemiga (puesta en desórden por Va-Varela) la última carga que la dispersó completamente.

Miéntras tanto, verificábase en medio de la refriega de la infantería, un hecho notable que apresuró la victoria de los liberales. El mejor de los batallones de Prieto era el Carampangue. Hubo un momento en que éste se vió entre dos fuegos, con el Chacabuco a vanguardia i parte del Pudeto a retaguardia. Solo unos pocos pasos de distancia separaban los tres cuerpos i ningun tiro salia

de las filas. Entónces el coronel Godoi, por cuya órden se habia ejecutado el movimiento que tenia envuelto al Carampangue, dirijió la palabra a este cuerpo: «Bajad a tierra la boca de vuestros fusiles (les dijo); ¡ved que teneis enfrente a vuestros compañeros de armas!»

Los soldados del Carampangue titubean; entónces un sarjento de este cuerpo manda hacer fuego sobre el Chacabuco i apunta él mismo con su fusil; pero cae muerto de un pistoletazo. Los soldados bajaron sus fusiles i ambos batallonos se confundieron en un fraternal abrazo.

Diez minutos despues, ya no se oía en el campo un solo tiro. La infantería de los pelucones estaba rendida, i su caballería dispersa.

——:o:——

CAPITULO XX.

LA TRAICION.

.....«Pero la victoria fué entre chilenos; i la nobleza de alma del vencedor se apoyó en la fe del enemigo. El desprendimiento, la confianza, fueron burlados por el misterio, por la mentira, por el engaño, por la traicion.»

(F. Bilbao.—*Sociabilidad chilena III.*)

«Los vencedores.... en medio de su asombro, no podian creer en semejante infamia.»

(F. Errázuriz.)

Prieto, viendo deshecho su ejército, se habia dirijido hácia las casas que formaban el centro de su cuartel jeneral. Iba acompañado de algunos oficiales, i allí se encontró con don Rodrigo Aldeano que le servia de consejero. El jeneral era valiente; pero se ha menester mas que el valor de un soldado para resistir a la evidencia de una derrota.

—Todo es perdido! esclamó. ¡Hasta la caballería se ha dispersado!

—Aun quedan esperanzas, contestó Aldeano. Salga usted al en-

çuentro del enemigo, solicite una entrevista, i convide a los oficiales a tener un arreglo en las casas de la chacra....

—¿I he de esponerme a ser vejado por....?

—Ya no se oye un solo tiro: Lastra es un alma sin hiel, i Viel es un don Quijote, que, en hablándole de honor, patria, fraternidad etc., se vuelve loco. Si conseguimos que vengan a las casas, son nuestros!

No pudieron proseguir esta conversacion sostenida a media voz i segun lo permitia el trote de los caballos, porque fueron deteni dos por una compañía del batallon Concepcion, que con el Pudeto se ocupaba en juntar los prisioneros dispersos.

—Jeneral, dice el oficial: ríndase Ud.!

—Lo haré ante Rondizzoni, contestó Prieto, sin entregar su espada.

Un momento despues llegó el jefe del Concepcion, quien trató a su ilustre prisionero con todos los miramientos debidos a su clase i a su desgracia.

—Deseo hablar con Lastra, dijo Prieto a Rondizzoni; lléveme Ud. a su presencia.

Lastra, que con varios oficiales venia ya a su encuentro, se acercó al jeneral enemigo, i le apretó cordialmente la mano. En aquel momento los oficiales prisioneros recibian de los vencedores las mas inequívocas manifestaciones de fraternal cortesía.

—Todo es concluido: ahora somos hermanos! decia el coronel Viel abrazando con efusion a los oficiales contrarios.

—Jeneral, dijo entónces Prieto dirijiéndose a Lastra: conozco demasiado su hidalguía para esperar de usted un trato indigno. Creo que Ud. usará conmigo de la misma jenerosidad que yo habria usado con usted en iguales circunstancias.

—No debe usted dudarlo, contestó Lastra, desde que le he tendido la mano de amigo. Ahora no hai aquí ni vencedores ni vencidos; todos somos chilenos.

—Por otra parte, prosiguió Prieto, aunque me queda poca infantería, Ud. sabe que mi caballería ha quedado intacta. Pronto estará reunida; tengo confianza en Búlnes. Así es que todavía no se ha decidido la víctoria. Pero no quiero que se derrame mas sangre, i estoi dispuesto a que tengamos un arreglo amigable.

—Acepto, contestó Lastra.

—Lo que deseo, principalmente, es salvar el honor de las tropas de mi mando i obtener las garantías necesarias.

—Tendré un placer en ello, jeneral.

—Pues, entónces, vamos a tratar el asunto a las casas: el calor que aquí hace es sofocante; allí encontrarémos algun refrijerio, del cual han menester nuestros oficiales.

Aceptó Lastra el convite; i despues de encargar a Tupper que quedase custodiando a los prisioneros, se dirijió con Viel, Godoi i otros oficiales, al cuartel de Prieto. Al entrar éste en la casa, un soldado puso en sus manos un papelito escrito con lápiz, que leyó rápidamente. Los oficiales de uno i otro bando entraron a la casa entremezclados como si nada hubiera sucedido entre ellos; pero apénas estuvieron dentro, cuando vieron que las puertas se cerraban i que las piezas eran invadidas por los soldados.

—¿Qué significa esto? preguntó Viel.

—Esto significa, contestó Prieto, que Ud, sus compañeros i su jeneral, son mis prisioneros! Entreguen al momento sus espadas.

—Esto es una infamia atroz! esclamó Lastra, tratando de resistir.

—Usted es un traidor! agregó Viel, dirijiéndose a Prieto; un miserable a quien le hago el honor de desafiarlo!...

—Coronel! le interrumpió Búlnes: cálmese Ud.

—¿Me cree usted bastante vil para mirar a sangre fria tanta infamia?

—Hágame el favor de darme su espada, señor, dijo Búlnes.

—¿Para que no la manche en la sangre de ese miserable? preguntó Viel...Siendo así, tiene Ud. razon; esa garganta merece un cordel.

En seguida arrojó a un lado la espada que Búlnes le pedia.

—Seria locura resistir, observó Lastra con calma; quien ha sido capaz de engañarnos de esto modo está dispuesto a llegar hasta al asesinato.

—¡Buena manera de estipular convenios tienen los pelucones! dijo a media voz el coronel Godoi. Pero aquí debe andar la mano de don Rodrigo. A Prieto no le da el palo para tanto.

—¿Qué decia Ud? preguntó Baquedano a Godoi.

—Decia ¡que don Rodrigo Aldeano es un gran político práctico!

Prieto habia salido de la pieza, dejando encargada la custodia de los prisioneros a los coroneles Búlnes i Baquedano.

—¿Por qué nos deja solos el jeneral? preguntó Godoi...Ah! prosiguió con una carcajada que puso mui de mal humor a Baquedano: el jeneral va a pedir órdenes.

—Ordenes ¿a quién? preguntó Baquedano.

—Al maestro de ceremonias. Pero ya vuelve!

En efecto, Prieto entraba en aquel instante, trayendo un papel en la mano.

—Amigos mios, dijo a sus prisioneros: ya veis que la rueda de la fortuna da vuelta rápidamente. Es preciso que os convenzais de que toda resistencia es inútil para que oigais lo que os voi a proponer. Ya no soi el vencido de hace poco. Se ha tomado medidas oportunas para rehacer nuestro ejército. Mi infantería se está reuniendo aquí; los soldados llegan en dispersion, pero llegan a su cuartel. Mi caballería está rehecha; i sé que, a la hora presente, han entrado a la ciudad algunas compañías como vencedoras. En vuestras manos está el evitar los males que es fácil preveer...

—¿Pero no me ha dicho Ud, jeneral, que queria celebrar un tratado de paz? preguntó Lastra.

—Pero para eso necesitamos de reunirnos aquí en consejo, contestó Prieto. Aquí traigo una órden que Ud debe firmar para que sus oficiales vengan al momento a reunirse con nosotros.

—Esa es una nueva traicion! esclamó Viel. Jeneral, prosiguió, dirijiéndose a Prieto: mandadnos fusilar; pero no nos obligueis a servir de reclamo para hacer caer en un lazo a nuestros compañeros!

En aquel momento fué contenido por Godoi, quien dijo a Lastra:

—Firme Ud la órdon, señor jeneral.

—Pero.....

Por toda contestacion, Godoi tomó solapadamente la mano de Lastra i se la apretó, sacudiéndola lijeramente.

Este movimiento fué comprendido. Lastra tomó el papel i firmó; pero nunca habia hecho una rúbrica mas mal formada ni una letra con mas temblorosa mano. Sin embargo, el semblante del jeneral no era el de un hombre a quien le tiembla el pulso.

—¿No será preciso que esta órden vaya autorizada por el secretario? preguntó Godoi tomando el papel.

—Lo que abunda no daña, contestó Franco que entraba en aquel momento a la pieza.

Godoi estampó su firma, i agregó a la rúbrica unos nuevos rasgos que jamas usaba. Al poner la arenilla anduvo tan torpe, que medio borró la entintada rúbrica con la manga de su casaca.

—Cualquiera diria que tengo miedo al ver temblequear mi mano, murmuró, entregando el papel.

—¿I firma usted, coronel? preguntó Viel.

—Es el único medio de que podamos arribar a algo, contestó Godoi.

La órden fué entregada a uno de los oficiales de Cazadores a caballo, de Prieto, el cual la condujo a escape a donde se hallaba Tupper.

——:o:——

CAPITULO XXI.

SOSPECHAS REALIZADAS.

«De este modo el ejército vencido, destrozado, imponia una capitulacion mediante el abuso que su jefe habia cometido de la confianza i jenerosidad de los vencedores.»

(J. V. Lastarria—*Juicio histórico sobre Portales.*)

Hallábase el coronel Tupper reunido con sus compañeros, no léjos de las casas de Ochagavía, custodiando los prisioneros que los soldados constitucionales iban trayendo allí, poco a poco, cuando tuvo noticias de que la ciudad habia sido invadida por algunas compañías de la dispersa caballería de Prieto. Agregábase que los soldados, secundados por la *Partida del Alba*, cometian las mayores fechorías en las casas de los indefensos habitantes de Santiago. Con este motivo habia comisionado a Anselmo para que, al mando de dos compañías de Granaderos, se trasladase sin pérdida de tiempo a la ciudad, a fin de prestar auxilio a los invadidos.

Media hora despues, llegó el comisionado de Prieto, con la órden firmada por Lastra para que Tupper, Rondizzoni i varios oficiales se trasladasen al momento a las casas de Ochagavía. Tupper leyó la órden i notó que las firmas parecian contrahechas. En seguida llamó a sus compañeros i conferenció con ellos.

—¿No es estraño, les dijo, que Lastra haya enviado esta órden con un oficial contrario?

—Debiera haber venido Godoi o Viel, dijo Rondizzoni.

—Ademas, agregó Varela, hemos notado que las puertas de las casas están cerradas ¿qué significa esto?

—Hai motivos para sospechar una traicion, dijo Tupper.

—Todo se puede esperar de estos infames, agregó Varela.

—Esta no es la firma de Godoi! esclamó Rondizzoni, examinando el papel detenidamente.

—¿Qué os parece que hagamos? preguntó Tupper. Yo creo que no debemos obedecer esta órden sospechosa.

—Yo tambien. Podemos resistir porque somos dueños del campo, dijo Rondizzoni.

—Nosotros somos del mismo parecer, contestaron los demas oficiales.

Entónces Tupper tomó el papel, i dirijiéndose al oficial portador, le dijo enérjicamente:

—Esta órden es falsa o arrancada por la fuerza. De todos modos, estamos convencidos de que esto no es mas que un lazo que se nos tiende. Dígale Ud. a Prieto, que si no pone en libertad a nuestros jefes en el momento, el ejército constitucional sabrá castigar su felonía.

—Señor, dijo el oficial, nuestro jeneral no...

—Voi a preparar el ataque a las casas, le interrumpió Tupper, i prometo arrazarlas en un cuarto de hora i quemar Uds. como a ratas en su guarida!

El oficial saludó i partió a escape.

La contestacion de los oficiales del ejército liberal desilusionó a los traidores, acerca de las esperanzas que la credulidad de los liberales les habia hecho concebir.

—El diablo proteje a los suyos! esclamó Franco.

—Dejemos al diablo a un lado, le interrumpió Aldeano, i vamos a lo que importa. Cuando no es posible obtenerlo todo, debemos contentarnos con algo siquiera.

En seguida, llamando aparte a don M. Jifreno, le dió sus instrucciones para que advirtiese a Prieto sobre lo que debia hacer en tales circunstancias. Jifreno se dirijió entónces al cuarto donde se encontraba Prieto con sus prisionoros; i poniendo en sus manos un papel plegado en forma de carta, sobre el cual habia escrito estas palabras: «Se niegan a venir» dijo al jeneral:

—Acaba de llegar el oficial comisionado, diciendo que el señor Tupper estará pronto aquí con sus compañeros. Pero como no llega

todavía i las circunstancias piden una pronta determinacion, talvez convendria firmar un armisticio.

—Soi por el armisticio, contestó Prieto, viendo que las palabras de Jifreno eran una verdadera órden de Aldeano. ¿Qué dice Ud. jeneral? prosiguió, dirijiéndose a Lastra.

—Yo nada puedo determinar desde que me encuentro en poder de Uds. contestó el viejo soldado con marcado disgusto.

—¿En nuestro poder? replicó Jifreno... ¿I puede Ud., señor jeneral, creer que nosotros hayamos querido valernos de esta circunstancia para obligarlos a nada que no sea honroso entre militares? Los hemos llamado para llevar a cabo un convenio amigable. Uds. están en libertad para aceptar o nó.

Estas palabras hicieron comprender a Prieto toda la verdad de lo sucedido; i en consecuencia, se decidió a tratar con muestras de cordialidad a los mismos que poco rato ántes habia tratado como a cautivos enemigos. El jeneral era un digno discípulo de Aldeano.

—Aquí tienen Uds. sus espadas, dijo, devolviéndoselas. Están Uds. en libertad; pero creo que como amigos de la tranquilidad pública, aceptarán el armisticio propuesto, durante el cual se firmará un convenio definitivo de paz.

—No crean ustedes, agregó Jifreno, que nuestras intenciones hayan sido otras que las de arribar a un convenio honroso para ambas partes. Al principio se creyó necesario usar de esta estratajema para sacar mas partido; pero hemos pensado que no habia necesidad de esto, tratando con militares de honor.

—Los traidores se han enredado en sus propios lazos, murmuró Godoi al oido de Lastra.

El armisticio fué firmado en seguida. Duraria cuarenta i ocho horas, i dentro de este término debia celebrarse un tratado de paz por medio de plenipotenciarios nombrados por uno i otro bando.

Ya era tiempo porque aun no se habia concluido de firmar el armisticio, cuando llegaron a las casas las noticias de que el ejército liberal se preparaba al ataque. Al momento se puso una bandera blanca sobre los tejados, i los jefes liberales, puestos en libertad, fueron conducidos por los oficiales revolucionarios hasta fuera de las puertas de su cuartel.

Tal fué el desenlace de una batalla en la cual los liberales tuvieron los honores del triunfo, i los pelucones el provecho de la traicion, como se verá mas adelante.

CAPITULO XXII.

¡VIVA LA RELIJION! ¡MUERAN LOS HEREJES!

«Os acordais de aquellos dias en que «Santiago tenia cerradas las puertas de «sus casas i en que el terror revestia el «rostro de sus habitantes?»

(F. Bilbao.—*Sociabilidad chilena.*)

La credulidad con que los liberales se dejaron engañar por sus contrarios, dió en aquel entónces oríjen a mil sátiras i recriminaciones que no hacen gran honor al partido reaccionario. Comentóse los hechos de diversos modos, i se reía en los círculos pelucones a espensas de los *cándidos pipiolos* que habian sido víctima de su necia credulidad. Hé aquí cómo los que se decian amigos del órden i de la relijion echaban en cara su lealtad a los nobles amigos de la república. Por muchos años despues se ha seguido defendiendo de esta manera el partido dominante, sin echar de ver que nada lo denigra mas que esa defensa, porque nadie puede ser víctima de su propia credulidad sin serlo al mismo tiempo de la perfidia de sus contrarios, o bien, de lo que un historiador moderno llama *política ardidosa i arbitrista.* Dicho historiador rescata estos ejemplos, de gran sabiduría, ante los ojos de la juventud chilena, sin duda para que, aprendiendo por principios los arbitristas ardides i los ardi-

dosos arbítrios, se formen los ciudadanos, patriotas, francos, desinteresados i leales, de que tanto ha menester el país.

Pero dejando al autor de la *Historia de los cuarenta años* la tarea de elevar la perfidia i la traicion al rango de patriotismo (que lo demás es querer ponerle puertas al mar) proseguiremos la ingrata relacion de aquellos desastres.

Miéntras se decidia, en los campos de Ochagavía, la suerte de la democracia chilena, verificábanse en la ciudad las escenas mas escandalosas.

Recordará el lector que la *Partida del Alba*, persiguiendo al coronel Pórras hasta cerca del puente de cal i canto, se habia desbandado en diversas direcciones con los soldados de Búlnes que la siguieron, adueñándose por completo de la capital.

Nada les fué entónces mas fácil i hacedero que atacar i robar las casas de los pipiolos ricos, (i aun las de muchos pelucones de poca importancia) pues la ciudad carecia de una formal custodia. Los pocos vijilantes que recorrian las solitarias calles, huyeron despavoridos o se enrolaron en aquellos salvajes grupos, que, al grito de ¡*Viva la relijion*! ¡*Mueran los pipiolos*! echaban abajo las puertas i desmantelaban las casas de los indefensos ciudadanos. Elejíase naturalmente aquellas casas cuyos dueños eran tildados de liberales, pipiolos o herejes, que para los pelucones todo esto era igual. Poco a poco fueron llegando del campo de batalla nuevas partidas de la caballería de línea, mandadas por sarjentos i aun por soldados que venian a ayudar en aquella obra de atroz vandalismo. Un cortejo formado por la última hez del populacho, ansioso siempre de disturbios i de trastornos, seguia aquí, allá i mas allá, a los soldados de ese ejército que se titulaba *libertador i protector de las garantías sociales*. Las principales avenidas estaban verdaderamente inundadas, i ese grito de: ¡*Abajo los estranjeros! Mueran los herejes!* repetido por mil i mil bocas, llenaba de pavor a los habitantes, detras de sus puertas atrancadas. Las granizadas de piedras acribillaban los balcones i las ventanas, o bien, zumbando por sobre los techos, iban a caer dentro de los patios. Una lijera indicacion bastaba para que una puerta de calle cayese en astillas o fuese arrancada de sus quicios, al son del murmullo o de la algazara i la rechifla de la desenfrenada multitud. Los muebles eran lanzados a la calle, cortadas en retazos las alfombras, i repartidas las piezas de bajilla así como los pedazos de espejos i porcelanas. Rompian, por el gusto de romper, i se hacia el daño sin mirar el provecho propio. Era aquello el

ataque del que no tiene contra el que posee, el odio del que sufre contra el que goza, la guerra del salvaje contra la civilizacion.

Entre todas las casas de la calle del Puente, con sus puertas cerradas, hacíase notable la habitacion de don Pablo Motiloni, cuyas ventanas estaban abiertas. La puerta del zaguan se veía a medio cerrar, i allí se hallaba el italiano hablando con nuestro amigo don Catalino Gacetilla, quien, muerto de miedo, rogaba a don Pablo que atrancase la puerta de calle.

—He concurrido a su llamamiento, decia Gacetilla, para probarle a Ud, mi señor don Pablo, cuánto es el cariño que le profeso. Yo no sé cómo he atravesado esas calles! Gritos aquí, pedradas allá, cuchilladas i puñetazos mas allá!...Vaya! Yo no soi cobarde, pero a cualquiera se la doi!...Le aseguro a Ud que casi he tenido miedo...

I don Catalino daba diente con diente, revelando el pavor que pretendia disimular.

—Como sé que usted no es hombre que tiene miedo, le dijo don Pablo, he enviado a buscarlo para pedirle un favor.

—Hable usted; estoi dispuesto a todo, con tal que no sea salir a la calle...digo, miéntras ruja la tormenta.

—Pero es el caso que lo necesito a Ud. en la calle, i al momento.

—Imposible! amigo mio...Oiga Ud esas vociferaciones...Caramba! mire Ud cómo caen las piedras en el patio!...¿No seria bueno cerrar la puerta? En boca cerrada no entran moscas.

—Ya le digo que tenemos que salir pronto de aquí...Necesito que usted me ayude a cumplir con una comision que se me ha encargado.

—¿I no podríamos dejar ese negocio para otro dia?

—Ha de ser hoi, hombre de Dios!

—Pero un dia mas o ménos...

—Si no se hace hoi, todo es perdido; i como confio en su lealtad...

—En cuanto a eso, no debe Ud. dudar.

—I en su valor...

—En cuanto a eso otro...Pero salir ahora...seria una temeridad, mi señor don Pablo! Yo no soi cobarde, pero...

—Pues bien, si no me ayuda, puede Ud irse a su casa.

—Pues estamos bien! Es decir ¿que si no salgo a cumplir con su comision, he de salir para irme a mi casa?...El caso es que yo no quisiera salir de ninguna manera... Pero despues de todo ¿qué comision es esa? quiero saberla.

—Se trata de arrebatar a Lucinda...

—¿De casa del cónsul?

—I llevarla a la de su padre, aprovechando el movimiento de hoi...

—¿I quién se ha de atrever...?

—Soi amigo de don Meliton, i le he prometido sacar de allí a Lucinda, prosiguió el italiano.

—¿Ir Ud, mi señor don Pablo?

—Nó. Yo no sirvo para estos negocios.

—Pero ¿quién será capaz de tanto arrojo?

—Me he acordado de Ud, amigo Gacetilla...

—No comprendo...No le entiendo a Ud.

—Para que arrebate a la muchacha.

—¿Está Ud. fuera de su juicio? ¡Robarla de casa del cónsul, i en este dia!...No es nada, señor don Pablo!

—No habrá peligro alguno; yo le daré jente que le sirva de custodia...Es jente de *pelo en pecho*.

—Oh! Ud. se chancea, don Pablo.

—No me chanceo. El caso es que usted cumplirá con la comision, mal que le pese, replicó Motiloni, con una seguridad que dejó confundido a don Catalino. Pronto llegará la jente: Ud irá con ellos; i como Lucinda sabe que usted es amigo de Anselmo, hará ménos resistencia i se dejará llevar creyendo que irá a dar a los brazos de su amante: Usted le hablará en este sentido.

—Oh! Jamas! esclamó Gacetilla temblando ¿Es conciencia hacer eso con una niña principal?

—Pero, hombre de lana! ¿Le pido yo acaso que vaya a esponer su vida? Nó: irá usted bien acompañado...Solo le pido que hable a Lucinda en sentido conveniente, porque en estos casos las resistencias suelen ser peligrosas...Pero en cuanto a su persona, no habrá peligro alguno...La casa del cónsul está sola, i la jente que va a dar el asalto es de la *cáscara amarga*...

—Pero, don Pablo, por Dios! usted me pide que cometa una iniquidad! ¿No sabe usted que Anselmo es mi amigo?

—I sin embargo, usted ha vendido su secreto.

—Por mi seguridad personal; pero ir yo en persona a arrebatar a su querida de la respetable casa endondè se encuentra? ¡Traicionar tan atrozmente a la amistad! ¡No señor!

—Mas es para llevar la niña a casa de su padre.

—Atacar al cónsul! a la Francia!....

—Si es un pobre *gabacho* que...

—Representante del pueblo francés, sobre cuyos tejados ondea el tricolor de...tres colores!

—Eso no es mas que tres tiras de trapo atados a un palo, hombre!

—¿Qué yo vaya a atacarlo? ¡Yo habia de esponerme a que mañana u otro dia viniera el rei de los franceses i me hiciera cargos!... Vaya don Pablo, que si no lo viera tan formal, creeria que Ud se chanceaba.

—Pronto verá usted que no me chanceo, contestó Motiloni, atisbando por las aberturas del postigo. ¡Allí viene, esclamó, la jente que lo ha de acompañar!

—¿Entónces usted insiste todavía? Pero ¿qué ruido de caballos..? Dios santo!

——:o:——

CAPITULO XXIII.

GACETILLA ASCIENDE A COMANDANTE SIN PRETENDERLO.

> «¿No visteis en esos dias de silencio pavoroso a una multitud de hombres que marchaban a escape por las calles? que llevaban la cabeza atada, la bota del campo, i el poncho del guaso? que blandian el hacha en una mano, i en la otra el puñal i las riendas? que llevaban el vandalaje en los ojos i la espuma de la rabia en la boca? que arrastraban alfombras, muebles despedazados i vestidos de habitantes? que pasaban en grupos gritando i formando un estrépito de demonios?.....»
>
> (F. Bilbao.—*Sociabilidad chilena.*)

En aquel momento, una partida como de doce hombres llegó a escape a la puerta de don Pablo; i el capitan, que no era otro que Miguel Turra, habiéndose apeado, entró al zaguan de la casa, dijo a Motiloni:

—Ya estamos, señor.

—¿Cuántos son?

—Aquí venimos unos doce; pero del otro lado del puente me esperan mas de treinta.

—Bueno es eso!

—I como mi compadre Juan Diablo está advertido, debe venir con su partida del cerro Blanco.

—Está bien; lo que abunda no daña.

—Ademas hemos prevenido a muchos amigos de la Recoleta para que cada cual traiga su jente i nos ayude a despachar al hereje.

—Pero debe usted acordarse de que su principal objeto es traer a la niña.

—Sí, sí... Yo dejaré mis hombres encargados a Manuel Barragan... Agarro la chiquilla, la pongo por delante, i *patitas para que te quiero*. No necesito mas que de cuatro o seis hombres que me espaldeen... A los que encuentre por delante no les tengo miedo. Ayer afilé mi catana, i acabo de hacer la prueba. Está de atentar pechoña.

—Vea usted si habria peligro yendo con tales hombres, dijo don Pablo a Gacetilla, quien, parado en un rincon del zaguan, casi no creia lo que estaba oyendo.

—¿Conque todavía persiste usted, don Pablo, en que yo vaya? preguntó el sempiterno parlanchin.

—Su presencia es de absoluta necesidad para que convenza a la niña i la decida a no hacer una resistencia que la perjudicaria a ella misma.

—¿Tambien es de la partida este caballero? preguntó Miguel sonriendo.

—Sí, contestó Motiloni.

—Jamas! Prefiero que me ahorquen, esclamó Gacetilla.

—¿Hai algun buen caballo desocupado? preguntó el italiano.

—Nuestros caballos son a cual mejor, contestó Turra saliendo a la calle i llamando a uno de sus soldados, a quien le ordenó desmontarse.

Hízolo así el soldado, i Turra dijo:

—Ya está el caballo prontito. No hai mas que montar i apretar las piernas, porque es lo que hai que ver de bueno. Sí, señor; de lo que poco se enfrena.

—Pues, a caballo! dijo Motiloni, tomando del brazo a Gacetilla.

—Jamas, jamas! esclamó éste resistiéndose.

Entónces Motiloni habló algunas palabras al oído de Turra, i éste hizo apearse a cuatro soldados, los cuales tomando a don Catalino en el aire, lo subieron mas muerto que vivo sobre un fogoso caballo. Quiso Gacetilla arrojarse al suelo; pero dos soldados lo sostuvieron de las piernas i le obligaron a tomar la rienda en sus temblorosas manos. En seguida, acercándose Turra al soldado *por fuerza*, le dijo:

—Si no se porta como hombre de lei, lo traspaso de una cuchillada!

Estas palabras dichas a media voz i con un tono brutal, hicieron tiritar a don Catalino, quién ya no pensó en arrojarse a tierra, sino en tratar de sostenerse sobre el caballo, que ansioso por correr, tascaba el freno i saltaba lleno de fuego.

—Pero ya que he de ir a esta expedicion, dijo Gacetilla con voz lastimera, querria otro caballo ménos vivo.

—Es el mejor de todos, señor comandante! le gritó uno de los soldados con socarronería.

Esta palabra *comandante* escitó la hilaridad de todos, que esclamaron:

—¡Viva nuestro nuevo comandante!

—Pero ¿dónde se ha visto un jefe vestido de paisano? preguntó uno de los soldados.

—Cierto! dijeron otros: que se saque la blusa! fuera ese sombrero de paja! Aquí hai una casaca i un quepis!

Esto diciendo, uno de los circunstantes sacó de un atado los antedichos objetos, robados poco ántes; i *vellis nollis*, se los pusieron a don Catalino. En seguida, rodeando a éste de modo que no pudiera escaparse, partieron al galope con direccion al puente de cal i canto, endonde los demas compañeros los esperaban.

Iba el pobre don Catalino como encajonado en una gruesa montura de pellones, i metidos los piés en sendos estribos de madera, que no le dejaban mover las piernas como él lo habria deseado.

El vestido en desórden i el quepis echado atras, hacian de él una figura tan grotezca, que movia a risa a los soldados. Su caballo iba a saltos mas bien que al galope, i parecia dispuesto a aprovechar la menor oportunidad para escaparse, pues el jinete, atendiendo ántes a sostenerse con ambas manos que a dirijirlo, habia soltado la rienda.

Pasado el puente i llegados a la ribera norte del rio, se les incorporó el grueso de la partida, i el formidable peloton se dirijió en-

tónces a la calle de la Recoleta, endonde estaba la habitacion de Mr. La Forest. Ya el cónsul tenia noticias del asalto, i habia tomado algunas providencias con su familia, haciéndola ocupar las piezas del fondo de la casa. Estaba en aquellos momentos arreglando i poniendo en seguridad algunos papeles, cuando oyendo la griteria i el tropel de los asaltantes que se acercaban, mandó cerrar la puerta de la calle, sobre cuyo mojinete ondeaba el tricolor francés. Apénas estuvo Turra a media cuadra de la casa, cuando gritó a los suyos con voz estentórea:

—A la carga, muchachos!

I el peloton, formando un solo cuerpo, se lanzó como un rayo arrastrando tras de sí una inmensa cola de populacho que lo seguia sin saber de que se trataba, pero ansiosos de rapiña i descalabros.

En cuanto a don Catalino, no tuvo mas tiemo que para agarrarse con ambas manos de la cabeza de la enjalma. Su caballo iba como una fúria por los azotes que recibia de los de atras i por los furiosos gritos con que los bárbaros se animaban mutuamente. No sabia lo que le pasaba i corria como llevado por una lejion de demonios. El fogoso animal, espantado i no sintiendo el gobierno de la rienda, habia mordido el freno; i adelantándose a los demas, habia llegado el primero a la puerta que en aquel momento atrancaban los criados del cónsul.

El encontron dado a la puerta mencionada fué tan recio, que ésta se entreabrió, rompiéndose algunas trancas; i a pesar de ir don Catalino como clavado en su montura, saltó de ella i pasó hácia adelante como una bala, yendo a caer en cuatro piés al medio del zaguan. Los criados asustados redoblaron sus esfuerzos para afirmar de nuevo las trancas.

En aquel instante se acercaba el cónsul con un rifle en la mano, apuntando a Gacetilla, le dijo:

—¿Qué significa esto, señor?

—Ah! *Musiú*, esclamó don Catalino, alzándose medio aturdido: no me mate; yo soi amigo... A la puerta! Carguen las trancas, muchachos! dijo maquinalmente Gacetilla.

Diciendo esto, se fué él mismo a ayudar a los criados a sostener la puerta, cuyas hojas crujian a los recios empellones de afuera.

—Entréguesenos a nuestro comandante! gritaban los soldados de Turra.

—¿Es usted el comandante de la partida? preguntó Mr. La Forest

a Gacetilla ¿qué objeto tiene este desórden?

—Soi comandante a la fuerza, contestó don Catalino, i hemos venido... nó... quiero decir que ellos vienen a robar a Lucinda. Me han obligado a esto, i mi caballo me ha traido hasta aquí, sin querer-lo yo.

—¿Cómo?

—Como se lo digo, *Musiu!* Si estoi aquí, es solo porque no pude conseguir que mi caballo corriera para otra parte por mas que le torcia la rienda... Aunque tambien es verdad que yo no podia agarrar bien la rienda porque traia las manos tan ocupadas en sujetarme... Pero no hai que perder tiempo! prosiguió: la puerta cede..... Vamos a librar a esa pobre niña! Vamos pronto!

—Vamos, contestó el cónsul, espantado al ver que ya principiaba a caer la puerta hecha astillas.

Ambos se dirijieron al patio interior a fin de huir con las señoras por una puerta falsa. Pero ésta habia caido; i miéntras la desenfrenada turba invadia las piezas de la casa, Turra, guiado por la sagacidad del mal, se internaba en los patios con ocho o diez de sus compañeros.

—En estos casos, decia el bandido, debe buscarse a las mujeres en el fondo de las casas.... Siempre está lo mejor en el concho del baul.

En cuanto a don Catalino, tan pronto como vió invadida la casa, aprovechándose de un momento en que el cónsul se habia adelantado, entró en un cuartito cuya puertecilla entreabierta parecia convidarlo. Era la leñera, i allí se quedó oculto cubriéndose lo mejor que pudo con una pila de carbon que habia en un ángulo del cuarto.

Turra entró llamando a gritos al pícaro *gabacho* hereje, descomulgado. Sus compañeros rejistraban las piezas que iban encontrando, i pasaban adelante. Miéntras tanto, los demas bandidos se ocupaban de robar i destrozar los objetos de las piezas principales, las cuales en un momento estuvieron desmanteladas. Rompian lo que no podian llevarse; sacaban a la calle los muebles para entregarlos a la turba que en seguida los hacia trizas. Nada se respetó. Los libros, la correspondencia oficial i demas papeles del consulado, fueron hechos pedazos i lanzados por las ventanas a la calle endonde los recibia la multitud que no cabia en el interior de la casa.

Miéntras tanto un hombre observaba desde un lugar seguro cuanto pasaba. Era don Pablo Motiloni, quien montando a caballo,

habia seguido la partida de Turra, de la cual se separó enfrente de la iglesia de la Recoleta Francisca. Allí entregó su caballo al sacristan i subió al pequeño campanario de la iglesia desde donde miraba, con diabólica satisfaccion, las escandalosas escenas.

—Yo veré, decia Motiloni; yo veré, gabacho pícaro, si otra vez te metes a servir de apoyo a las malas ideas que van perdiendo a estas Américas!

I luego se puso a cantar.

«Mala la hubiste franceses
«En esa de Ronsesvalles!»

Tanto fué lo que Turra i sus amigos revolvieron i trajinaron, que al fin dieron con la pieza que servia de escondite a la familia del cónsul. Este no habia podido llegar hasta su familia por haber sido detenido por tres o cuatro de los asaltantes, de los cuales logró deshacerse apelando a su rifle. Viéndose interceptado por Turra que se hallaba entre él i el cuarto donde estaban las señoras, rompió los balaustres de una ventana que caia a una huerta, i saliendo por allí, rodeó la casa con el fin de defender la pieza, haciendo fuego por el postigo de una puerta. Pero al acercarse notó que el ruido habia cesado; i escalando otra ventana que caia a la misma huerta, entró a la habitacion. Allí encontró a su mujer acompañada de dos o tres criados.

—¿I Lucinda? preguntó.

—La han arrebatado esos bárbaros! contestó llorando la señora.

Viendo M. de la Forest, que no habia tiempo que perder, hizo salir del cuarto a toda su familia con el fin de ocultarse entre los matorrales i zarzas de la huerta, endonde permanecieron hasta que se restableció la calma.

——:o:——

CAPITULO XXIV.

EL MATRIMONIO INESPERADO.

«Oh! estrecharte entre mis brazos,
Con tu aliento respirar
Un instante! de tus ecos,
Que interrumpe la ansiedad.
Sentir vagar por mi oido
El concierto celestial;
Como un viento de ventura,
Venir mi frente a enjugar
La seda de tus cabellos.»

(Salvador Sanfuentes.—*Tendo, parte* 1.ª *XXXI.)*

Hé aquí lo que le habia sucedido a Lucinda.

Habiendo oido llantos dentro de uno de los cuartos, Turra dijo a sus compañeros:

—Aquí lloran! Aquí está lo que buscamos!

I despues de echar abajo la puerta, a puntapiés, entraron a la pieza con una alegría feroz.

—Son cuatro! esclamó Barragan.

—No es mas que una la que venimos a buscar! le interrumpió Miguel. No hai que entretenerse con las otras, pues no debemos perder tiempo, hijos mios!

Las pobres mujeres estaban desoladas creyendo que aquel era el último dia de su vida.

—¿Quién de ustedes se llama Lucinda Rójas? preguntó Turra con brusca voz. Si me contestan pronto, prometo no hacer ningun daño a las otras!

Ninguna de ellas contestó una palabra.

—¿Es Ud.? prosiguió Miguel, dirijiéndose a la señora del cónsul.

—Ah! no hagais ningun mal a mi amiga! esclamó Lucinda.

—Entónces ¿por qué no contestan?

—La que buscais soi yo, respondió la niña, mirando de frente a Turra.

—Lucinda! ¿qué haces? preguntó la señora en tono de amistoso reproche.

—Evitar que insulten a una amiga, contestó Lucinda. ¿Venis a asesinarme? prosiguió, dirijiéndose al bandido. Aquí estoi; concluid pronto!

Miguel titubeó ante el digno aspecto de aquella niña cuya palidez realzaba su extraordinaria belleza.

—No es eso, nó, contestó el bandido; solo vengo a buscarla para llevarla a casa de don Marcelino.

—¿De mi padre?

—Sí, señorita, i si no se decide a seguirme, me veré en la necesidad de emplear la fuerza.

—Me dejaré matar ántes qne seguir a usted, respondió Lucinda con firmeza.

Apénas hubo dicho esto, cuando Miguel dió dos pasos hácia la jóven; i levantándola en el aire a pesar de la resistencia que ella oponia, se lanzó fuera de la pieza.

—Síganme todos! gritó el bandido.

I viendo en un estremo del corredor una puerta escusada que daba a una callejuela, se dirijió a ella i gritó a sus amigos:

—Por aquí! Por aquí vamos mas derecho! Yo conozco el camino....I tú, Barragan (prosiguió) corre a la calle i dile a Juaco i a Ñico que den vuelta los caballos por la esquina.... Aquí los esperamos....Pronto, pues, hombre del diablo!.... Ya te quedaste encantado mirando a esas mujeres!

Barragan salió a cumplir la órden de su jefe. Miéntras tanto, éste se dirijia a la puerta llevando en brazos a la niña, que se encomendaba a Dios, sin tener fuerza ni aun para pedir auxilio. Al llegar a la puerta falsa, el bandido la depositó en tierra, pero teniéndola

dola siempre tomada de una mano. Lucinda, con el desórden de su traje que tan bien se aunaba con la melancólica espresion de su semblante, parecia aun mas bella. Era imposible mirarla sin conmoverse; i Turra tuvo ocasion de contemplarla algunos momentos. El alma del asesino tembló de emocion; su hercúlea mano apretó con fuerza el brazo delicado de la niña, i casi se olvidó de que tenia que huir pronto. So pretesto de asegurar mas a Lucinda, rodeó su talle con el brazo derecho, i atrayéndola hácia sí, quedóse estático mirándola. La mirada del bandido se habia dulcificado, el movimiento de su brazo alrededor de la cintura de Lucinda, habia sido suave i casi tímido. A Lucinda le aconteció lo que a toda mujer (cualesquiera que sean las circunstancias en que se encuentre) conoció la impresion que habia hecho en aquel hombre, i le dijo con una voz tan dulce que hizo saltar el corazon del tigre:

—Es imposible, amigo, que usted quiera hacer mal a una mujer que jamas lo ha ofendido!

—¿Yo hacerle mal a usted, señorita? contestó Miguel. De ningun modo. No es otro mi objeto sino llevarla a casa de su señor padre, porque así me lo han mandado.

—¿I quién se lo ha mandado a usted?

—No puedo decirlo; pero si usted quiere permanecer aquí o que la lleve a otra parte, no tiene mas que decírmelo a condicion de...

—¿A condicion de qué? le preguntó la niña entre el temor i la esperanza.

Miguel se calló i la miró de un modo particular.

—No me haga usted ningun daño; déjeme aquí endonde estoi, i le daré cuanto usted me pida... Soi rica, mui rica, le dijo Lucinda. Prometo darle a usted un fundo con el dinero necesario para cultivarlo, si me deja en libertad.

—No le pido a usted plata, señorita, le interrumpió Turra... Prometo hacer lo que usted me diga con tal de que usted se comprometa a...

—¿A qué?

—A casarse conmigo, contestó Miguel, estrechándola nuevamente con su brazo.

—Dios mio! esclamó Lucinda, cubriéndose la cara con la mano que tenia libre i tratando de deshacerse de aquel brazo que rodeaba su cintura como un círculo de fierro.

—Tonto de mí! dijo Turra, lanzando una carcajada de despecho. He sido un tonto al creer que una señorita quisiera casarse con un

pobre como yo... Los pobres causan repugnancia a los ricos... Ya vienen los caballos, prosiguió, dirijiéndose a sus hombres que esperaban en el patio. Vamos pronto, muchachos!

En efecto, sintióse en aquel momento un gran tropel en la avenida de la Recoleta; pero cuando Turra creyó ver a sus hombres, observó que entraba por la callejuela una compañía de Granaderos a caballo. Eran los soldados que Tupper enviaba a las órdenes de Anselmo. Sabedor éste del meditado ataque contra el cónsul, habia venido a todo escape; pero llegó cuando la casa estaba ya desmantelada.

Miéntras que una de las compañías pugnaba por obligar a los asaltantes a evacuar la casa, se dirijió con la otra por la callejuela a fin de entrar por la puerta falsa. Turra estaba parado en la vereda junto a la dicha puerta; así fué que Anselmo, en cuanto entró en la callejuela, conoció a su querida, i batiendo los hijares de su caballo, cayó como un rayo sobre Turra i sus compañeros, que a pesar de su corto número, se atrevieron a resistir. Cinco minutos despues, Turra i siete de sus compañeros estaban atados a los pilares del corredor.

Lucinda creia soñar viéndose sostenida por Anselmo, quien le juraba que nada tenia que temer. Miéntras tanto los bandidos, atacados por los Granaderos, retrocedieron hasta el último patio de la casa; i viendo a sus compañeros presos, los desataron sin que pudieran impedirlo los soldados de Anselmo, ocupados en resjistrar todas las piezas para ver si encontraban la familia del cónsul. Turra entónces tomó el mando de los suyos, i dividiéndolos en dos partidas hizo resistencia a un mismo tiempo hácia las dos calles. La casa se convirtió en un verdadero campo de batalla, por manera que Anselmo no pensó sino en sacar de allí a Lucinda. Montando inmediatamente a caballo, puso la niña por delante i partió a escape por la callejuela. La retirada era protejida por Pepe Tronera, que se batia como un leon.

—Atajen al pipiolo, al hereje que se escapa, gritaba Turra a sus compañeros de la gran avenida miéntras él los acosaba por la retaguardia. Al desembocar la callejuela, vió Anselmo un mar de jente que era preciso atrevesar; i volviéndose a los suyos les gritó:

—Al convento, al convento!

Diez Granaderos marcharon adelante, i veinte mas tomaron al jóven en el centro miéntras Tronera sostenia el combate por la retaguardia.

Anselmo no se acordaba sino de llegar cuanto ántes a la portería del convento, i escudando a Lucinda, a quien sostenia entre sus brazos, enterraba sus espuelas en los hijares de su fatigado caballo. Una lluvia de piedras i de balas zumbaba por sobre su cabeza. Habíale tocado una bala en una pierna, i una pedrada en la frente, de cuya herida salia un chorro de sangre que caía sobre los vestidos de Lucinda. Esta, reanimada con esa escitacion nerviosa producida por la presencia de un gran peligro, olvidando el que ella corria, se empeñaba en restañar con su pañuelo la sangre de su amante.

—Alma mia! esclamaba el jóven sin sentir el dolor de su herida. Casi no me atrevo a creer en tanta dicha! Verte aquí entre mis brazos, habiendo tenido la suerte de librarte de tantos peligros, servirte de escudo i defensa, respirar el aroma de tu perfumado aliento, i sentir que tu mano toca i refresca con su dulce contacto mi acalorada frente; ¡oh, Lucinda! dime que todo esto es cierto! Dime que no estoi soñando al escuchar la melodía de tu encantadora voz!

Oyendo estas palabras, Lucinda lanzó un grito: rodeó con sus brazos el cuello de su amante; i reclinando la cabeza sobre su hombro, pronunció cerca de su oido estas palabras:

—Anselmo! Anselmo mio! ¡Quién pudiera amarte aun mas de lo que te amo!

El jóven se estremeció de dicha, olvidando completamente el peligro que por todos lados los amenazaba. El caballo corria en la misma direccion, como por instinto, i las balas i las piedras se cruzaban por sobre aquel veloz grupo. Al llegar a la portería del convento, ésta se abrió como por encanto; i entrando al claustro Anselmo con una parte de sus soldados, volvió la puerta a cerrarse. El padre que salió a recibir a los refujiados, era frai Prudencio Alvarez, que, como recordará el lector, estaba confinado a la Recoleta por el padre provincial de la Casa Grande.

—Desde una ventana de las celdas del oriente he visto lo que pasaba i he venido a abriros la puerta, dijo frai Prudencio al jóven... Pero ¿qué es esto? prosiguió ¡Lucinda aquí!

—Vengo a pedirle a su paternidad refujio para ella, le dijo Anselmo.

—Perdóneme, padre mio, el que me haya atrevido a entrar al claustro, dijo Lucinda.

—Al contrario, hijos mios, contestó el padre: os agradezco el que

me proporcioneis la ocasion de serviros.

—Pues entónces, dijo Anselmo, dejo a Lucinda en manos de su paternidad.

—¿I tú, preguntó la niña, qué piensas hacer?

—Voi a cumplir con mi deber.

—Oh! por Dios! ¡Mire su paternidad como viene herido, i así quiere volver a la lucha!...

—Es necesario, dijo Anselmo.

—¿I si no nos volvemos a ver? Ah! quiero ser tu esposa ántes de separarnos... Si vuelves herido de gravedad, quiero tener el derecho de cuidarte i... i si mueres, quiero conservar tu nombre hasta el fin de mis dias!... Padre mio, prosiguió Lucinda dirijiéndose a frai Prudencio. ¡Bendecidnos!

Anselmo lanzó a Lucinda una mirada llena de amor, i dijo al padre:

—Oh! si pudierais hacerlo!

El padre hizo una seña afirmativa; i abriendo una puertecita que comunicaba con la nave de la iglesia, condujo allí a los jóvenes.

Todo el mundo miraba aquella escena con un profundo silencio, el cual contrastaba con los gritos i el estruendo del combate esterior.

—Aquí, en presencia de Dios os pregunto, dijo el padre con voz sonora dirijiéndose a los jóvenes que, apoyados el uno en el otro, formaban un grupo lleno de gracia i de dulzura: os pregunto a vos, Anselmo ¿quereis a Lucinda por esposa? A vos Lucinda ¿aceptais a Anselmo por esposo?

—Sí! contestó la niña inclinando su cabeza, debilitada por la emocion, sobre el hombro del jóven.

—Sí! respondió éste, rodeando con su brazo la cintura de Lucinda, que parecia desfallecer.

El padre prosiguió con voz grave:

—¡Que el cielo bendiga vuestra union como yo lo hago en el nombre del Padre, del Hijo i del Espíritu Santo!

——:o:——

CAPITULO XXV.

DE COMO DON CATALINO ESTUVO EN PELIGRO DE PASAR POR HEREJE.

«Es verdad que se encontraban doblemente expuestas a esperimentar estos exesos las personas i propiedades de los estranjeros, a quienes el partido pelucon profesaba un odio ciego, dirijido mui especialmente contra ingleses i franceses.»

(F. Errázuriz.)

—Este matrimonio es nulo! gritó una voz que salia de la nave de la iglesia.

Los circunstantes volvieron la cara i vieron a don Pablo Motiloni, quien dirijiéndose a frai Prudencio, dijo:

—Padre Alvarez! ¿Cómo se ha atrevido usted a casar estos jóvenes sin cumplir con las formalidades?

—Tengo permiso para ello cuando median imperiosas circunstancias, contestó el padre....I por otra parte, añadió, frunciendo el ceño ¿con qué derecho viene usted, señor, a pedirme cuenta de mis acciones?

—Tengo mas derecho del que usted piensa: vengo a hacerle ver

un impedimento para este matrimonio.... Esta señorita ha estado con las informaciones hechas para casarse con un amigo mio, i yo exijo....

—Es tarde, contestó el padre: están casados.

—Casados! esclamó Motiloni con mal reprimida rabia. Yo daré cuenta al padre provincial de lo que usted ha hecho, i si es necesario me presentaré al señor Obispo.

—El padre provincial podrá hacer lo que quiera de mí, porque soi su humilde súbdito, contestó frai Prudencio; pero carece de poder para deshacer una union ratificada por Dios i bendecida en su santo nombre.

—Una union realizada sin las formalidades debidas!

—Ya he dicho que yo puedo dispensarlas.

—Pero....

—Dios ratifica i bendice la union de dos jóvenes que se aman lícitamente, le interrumpió el padre; i ¡ai del que se oponga a su voluntad! Lo que no puede bendecir un Dios justo, prosiguió, son esas uniones hijas de la ambicion i de la codicia, i en las cuales lo único que hai de formal son las fórmulas i las exterioridades.

Notará el lector que sabiendo el padre Alvarez la amistad que ligaba a Motiloni con el reverendo Hipocreitía, todo cuanto acababa de decir al primero, eran golpes asestados a la conducta del segundo....I volviéndose a los soldados que estaban pendientes de sus palabras, les dijo:

—Id, amigos mios, a cumplir con vuestro penoso deber, i dad gracias al cielo por haberos hecho los guardianes de la lei. Dios ha puesto la espada en vuestras manos para que defendais la misma causa por la que Jesucristo murió en una cruz: la causa de la libertad! Pero acordaos de que vais a luchar con vuestros hermanos; sabed que el uso de la fuerza solo es justo hasta allí donde es necesario, i que Dios os pedirá cuenta de la última gota de sangre que derrameis sin necesidad!

Dicho esto se dirijió con Lucinda a la celda del padre guardian, quien, sabedor de lo que pasaba, venia a ofrecer sus buenos oficios a la niña.

Anselmo salió con sus soldados a la plazuela endonde encontró a Tronera acosado todavía por la partida de Turra. Pepe habia sido rechazado por los *del Alba* hasta apoyarse en el costado oriente de la iglesia.

Viendo Anselmo el peligro en que su amigo se encontraba, des

cribió con su jente un cuarto de círculo, i atacó a Turra por la espalda.

Las fuerzas de éste, ya fatigadas al verse entre dos fuegos, se replegaron hácia el norte i permitieron que Anselmo se pusiera al lado de Tronera. Por último, una carga entre ambos, hizo volver grupas a los bandidos quienes se dispersaron a las dos cuadras de persecucion.

Mientras tanto, tenian lugar otras escenas en la casa del consulado francés. Don Catalino habia tenido la suerte de que nadie hubiese entrado a la carbonera endonde todavía permanecia oculto. Cuando cesó el ruido interior i creyó él que la casa estaba desocupada, pensó en salir de su escondite, i empezó por asomarse poco a poco, a ver lo que pasaba. Daba algunos pasos fuera de su encierro i al menor ruido que sentia en la calle, volvia a meterse entre el carbon, diciendo:

—Una de las cosas mas necesarias en la guerra es la prudencia!

En efecto, no podria encontrarse un jefe mas prudente que Gacetilla. Lo único que no cuidaba era su vestido, pues se metia una i otra vez en la pila de carbon, sin gastar miramiento alguno con la galoneada casaca. Considere el lector cómo se pondria el señor comandante con su contínuas escaramuzas en la carbonera. Parecia un espantajo. Cuando se cercioró de que podia salir sin peligro, se dirijió al zaguan, pero tomando sus medidas para no caer en una emboscada. La puerta de calle estaba en el suelo, i el patio lleno de escombros i de muebles hechos pedazos.

—Hé aquí nuestra obra! esclamó. ¡I que yo haya sido por un momento el comandante de estos demonios! Maldito Motiloni! Tú has de ser siempre mi mal jenio; pero ya me la pagarás!

En esto se oyó en la calle un ruido que lo hizo meterse apresuradamente dentro de una de las piezas que comunicaban con el zaguan. El tropel, que crecia por momentos, era formado por partidas de guasos de a caballo que habian llegado apuradísimos *para ver descuartizar* al *gringo hereje* i *escomulgado*. Pero encontrándose con que ya estaba todo concluido, se lamentaban de su retardo i revolvian sus caballos con notable despecho.

—¿I el gringo? preguntaban.

—¿Mataron al hereje?

—Es preciso acabar con la casta!

—Imposible, compadre! El señor cura dice que los herejes brotan por virtud del diablo.

—Se ha escapado ese maldito: no lo hemos podido encontrar, dijeron algunos que se habian hallado en la refriega.

Gacetilla oía estas palabras metido debajo de unos pedazos de alfombra que habian quedado dentro de la pieza. En seguida oyó que entraban dentro del zaguan i revolvian los trastos despedazados.

—Nada! nada de provecho! esclamaban algunos que buscaban entre los escombros algo que llevarse como por vía de memoria de aquella jornada.

En seguida invadieron las piezas, i Gacetilla empezó a temblar como un perlático.

—Aquí hai algo que se mueve, esclamó uno levantando los pedazos de alfombra.

Don Catalino se alzó con el vestido desordenado i tiznado como estaba de piés a cabeza. El miedo que tenia pintado en su semblante, daba a aquel hombre una espresion singular.

—Jesus María! esclamaron retrocediendo los que vieron por primera vez aquel fantasma carbonizado.

La esclamacion fué oida por los de afuera, i en el momento se llenó la pieza de curiosos.

—El diablo! dijo uno.

—El diablo! el diablo! repitieron en coro los demas haciéndole la cruz.

—Pero, hombre! si no revienta ni por esas!

—Este diablo es a prueba de cruces, dijo riendo un chulo.

La risa de éste reanimó a los demas, quienes pudieron ya prestar oido a las palabras de Gacetilla.

—Nó, amigos mios; yo no soi el diablo, les decia.

—Entónces es por lo ménos el hereje, interrumpió un guaso, lanzándose sobre él.

—Eso es! que se dé a preso el escomulgado!

—¿Yo hereje? yo descomulgado? gritaba Gacetilla arrinconándose en una esquina del cuarto i armándose de unas astillas como un gato que se dispone a arañar a su perseguidor cuando no puede huir. Para que vean que no soi hereje, prosiguió, voi a rezarles un Padrenuestro, i una Salve, i un Credo i un....

—Que rece! Veremos si revienta o no, gritó una mujer.

—Creo en Dios Padre, Todopoderoso....Dios te salve Reina i Madre!...decia Gacetilla tartamudeando.

—Qué hacen, hombres de Dios! entró diciendo uno de los solda-

dos de Turra, que en vez de acompañar a sus compañeros, habia preferido quedarse. ¿No ven que es nuestro comandante?

—Ah! se me habia olvidado que era el jefe! esclamó don Catalino. Ustedes me tomaban por el hereje cuando yo soi uno de sus perseguidores!

—Sí!

—El comandante de la partida!

—¿De veras?

—Hemos tenido una refriega espantosa....Ya ven ustedes cómo he quedado!

—Es cierto. Está como si lo hubieran arrastrado por la calle.

—Esos pícaros, no contentos con barrer el suelo conmigo, han querido asesinarme.... Pero así les ha ido a los malditos! No les hemos dejado estaca en la pared.... La victoria ha sido completa....

—Sí, demasiado completa, dijo tristemente un guaso; no nos han dejado nada qué hacer a nosotros!

—¡Se lo han llevado todo!

—I yo, agregó don Catalino, he quedado por muerto entre estos escombros.

—¡Viva el comandante! gritaron algunos.

—Viva! viva!

—¡Qué lástima que se haya escapado el estranjero!

En aquel momento acertó don Catalino a mirar por entre las rejas de la ventana, i vió en la acera de enfrente a un hombre que montaba a caballo miéntras otro le sostenia el estribo.

—¿No es Motiloni? murmuró entre dientes.

En efecto, aquel hombre era don Pablo, que, despues de sus palabras con frai Prudencio, habia resuelto ir a hablar al momento con el guardian de San Francisco; pero no habia creido prudente salir del convento, sino cuando vió que la batalla cesaba i los tumultos se deshacian. El sacristan le habia tenido oculto su caballo i le ayudaba a montar.

——:o:——

CAPITULO XXVI.

MOTILONI SE HIERE CON SUS PROPIAS ARMAS.

«¿Qué se hizo? Adónde está?
Era acaso una alma en pena?
Se la llevó Satanas?
O se la tragó la tierra?»

(ANTIGUOS VERSOS POPULARES.)

A don Catalino se le ocurrió en aquel momento una idea diabólica.

—Qué casualidad! esclamó: Mirad, amigos, cómo Dios lo pone en vuestras manos!

—¿A quién?

—Al hereje, al gringo de esta casa, contestó Gacetilla mostrando con el dedo a Motiloni que se acomodaba ya en su montura para marcharse.

—¿Dónde está?

—Allí, allí...¿No veis aquel hombre alto, rubio, con anteojos, que acaba de montar a caballo?

—Sí! tiene cara de estranjero.

—¿Pues no ha de tenerla?...¡si es el gringo en persona!

—Pues vámonos sobre él! dijeron algunos montando en sus caballos.

—Lo pillaremos vivito!...

—O muerto, no importa: la cuestion está en que no se escape.

—Pero si tiene pacto con el diablo es imposible pillarlo.

—Aun cuando fuera el mismo Lucifer, no se escaparia de mi lazo, interrumpió uno, haciendo su armada i dirijiendo su caballo hácia Motiloni.

—Comandante! gritó otro dirijiéndose a Gacetilla. Usted debe marchar a la cabeza de nosotros!

—Lo haria; pero como he quedado tan fatigado con esta refriega, no puedo!

—Nó, nó! es preciso que usted nos acompañe, señor comandante!

—Pero, amigos mios, no tengo caballo! esclamó don Catalino con suplicante voz.

—Eso nunca falta: aquí hai caballo!

Nuestro comandante tuvo que resignarse a montar en un caballo que le presentaban, miéntras el peloton de guasos se dirijia al galope hácia el punto endonde estaba Motiloni. Este, comprendiendo al momento de lo que se trataba, en vista de las amenazas que oía contra él, quiso refujiarse en el convento; pero ya el sacristan habia cerrado i atrancado las puertas, i no contestaba a los recios golpes de don Pablo.

—Ese lugar es sagrado i no te corresponde, pícaro escomulgado! le gritó el guaso de la armada.

I luego agregó dirijiéndose a los que venian atras:

—*Manguéenmelo* por esa orilla i verán si se me escapa! Prometo enlazarlo con caballo i todo.

Don Pablo sacó entónces del bolsillo una gran navaja i aplicó fuertemente las espuelas a su caballo que partió a escape por el centro de la calle. En seguida el hombre del lazo dió a los rollos dos o tres vueltas sobre su cabeza, i lanzó aquella especie de madeja sobre el fujitivo. Los rollos volaron por el aire; la cuerda se estiró como una espiral que se convierte en línea recta, i la armada fué a caer con exacta precision sobre el fujitivo, envolviéndose como una serpiente en torno de él i de su caballo espantado.

—Ya está cazado! esclamaron algunas voces.

—¡Qué costalada va a dar el hereje!

Pero nada de esto sucedió, i todos vieron con la mayor estrañeza,

que Motiloni pasaba adelante, enteramente desembarazado del lazo.

—Milagro! milagro! gritó uno.

—Nó, compadre, le interrumpió otro: ese no es milagro sino arte diabólica. ¡Santito es el escomulgado para que haga milagros!

—¿No les decia yo, que si tenia pacto con el diablo no lo habríamos de pillar?

—Me ha cortado el lazo este condenado! esclamó el guaso de la armada.

En efecto, tal era la esplicacion del milagro! Motiloni habia abierto su navaja, i en cuanto se vió envuelto con la cuerda, la cortó i pasó adelante. Los guasos lo seguian de cerca; pero el caballo del italiano, que era mui bueno, lo libraba cada vez que lo querian atajar. Metido por la primera callejuela que encontró al paso, se dirijió al puente de cal i canto i de allí a su casa. Sus perseguidores iban tan cerca, que algunos alcanzaban a darle de latigazos por las espaldas. Pero el jeneroso caballo parecia redoblar a cada rato sus esfuerzos con los latigazos que su dueño recibia i con los desaforados gritos de:

—Al hereje! al escomulgado!

Don Catalino, montado en su arrogante Bucéfalo, iba tambien entre los perseguidores. Parecia un Fierabras, todo teñido i desmelenado, siendo de notar que esta vez no llevaba miedo. Gritaba como el que mas, i aun hubo momentos en que se creyó capaz de cualquiera arriesgada empresa en lo sucesivo. Al ver que Motiloni entraba por la calle que conducia a su casa, dijo a los suyos:

—El hereje va a entrar en aquella casa de puerta verde con mojinete caido! Córtenle la retirada! Cárguese la jente al lado derecho! Atájenlo!

—Ya llega el condenado a su madriguera! Atajen! Atajen!

Pero a pesar de las órdenes del señor comandante, don Pablo logró entrar por el zaguan de su casa dando una recia topada a la puerta, que se abrió de par en par. Sus perseguidores entraron detras; pero él, saltando de su caballo al suelo, se fué derecho a un cuarto, metió la llave en la cerradura i entró a tiempo de que ya uno de los guasos le habia echado el guante. Pero éste se quedó teniendo en la mano un pedazo del vestido de Motiloni, el cual cerró i atrancó la puerta por dentro.

—El pájaro se voló! dijo el guaso. Solo me han quedado las plumas en la mano!

—Pero es preciso pillarlo, repuso otro.

—Fuego a la casa! dijeron algunas voces. Démosle un humazo al condenado para que desde luego sepa cómo ha de ser tratado en el infierno.

—Nó! nó! interrumpió Gacetilla. ¿No veis que se pueden quemar las casas de los cristianos vecinos?

—Tiene razon nuestro comandante, agregaron otros. ¡Seria lástima que por este maldito se fuera a quemar un cristiano de Dios!

—Bueno! no lo quememos por ahora. El diablo lo hará cuando le llegue su turno; pero es preciso atraparlo.

—Echémosle la puerta abajo, i santas pascuas.

—Eso es! Hacha con la puerta!

—Vengan piedras!

La puerta del cuarto era fuerte; pero en ménos de cinco minutos vino al suelo, bajo los golpes de las grandes piedras que sobre ella lanzaron. Los asaltantes estaban furiosos, i en cuanto cayó la puerta se lanzaron dentro del cuarto; pero retrocedieron espantados al ver de pié, en medio de la pieza, a un sacerdote con un crucifijo en las manos.

—¡El padre Hipocreitía! esclamaron algunos.

—El padre! milagro patente!

—¿Qué quereis? desalmados, sin relijion ni temor de Dios! preguntó el fraile con voz de trueno. ¿Venis a matarme?

—Nó, reverendo padre! contestaron. ¿Cómo habíamos de atrevernos a eso? Somos jentes relijiosas!

—Pues si venis a asesinarme, aquí estoi, interrumpió el padre; pero preparaos a que el rayo del cielo caiga sobre vuestras cabezas!... Aquí teneis a Jesucristo en la cruz, que os está mirando!...

—Perdon! perdon! contestaron algunos, inclinando humildemente la cabeza.

—Pero el hecho es, observó otro, que por esa puerta ha entrado el hereje....

—¿Qué hereje?

—El estranjero a quien veníamos persiguiendo.

—En resumidas cuentas, la cosa no es con su paternidad sino con el otro.

—Aquí no ha entrado nadie, contestó el padre. Buscad i veréis.... El diablo os ha engañado, hijos mios.

Dos o tres individuos entraron en el cuarto i salieron haciéndose cruces.

—No hai nadie! dijeron a los demas.

—Se habrá salido por otra puerta, replicaron.

—El cuarto no tiene otra puerta que esta, i hemos rejistrado hasta por debajo del catre, respondieron los otros.

—El diablo os ha equivocado, dijo el padre, i os ha traido aquí para que insulteis a un ministro del Señor. Yo conozco sus arterías. Retiraos, prosiguió con voz sonora. ¡Os lo mando en nombre de nuestro Señor Jesucristo que veis aquí. ¡El que no me obedezca queda escomulgado!

Al oir este anatema, la mayor parte de los circunstantes evacuaron el patio.

Don Catalino lo observaba lleno de asombro, i murmuraba:

—Es un hecho! Motiloni i el padre son una misma cosa. ¡I qué yo no lo hubiera descubierto ántes! No se lo puedo perdonar.

I a medida que recordaba varias circunstancias anteriores, convencíase mas i mas de su idea.

—¿Quién es aquel hombre? preguntó el padre mostrando con el dedo a don Catalino.

—Es nuestro comandante, contestaron.

Don Catalino, al verse designado, se ocultó detras de los suyos por temor de ser conocido por el fraile.

—Ved cómo se esconde! dijo éste. Ya sé quién eres.... Tienes miedo de encontrarte enfrente de un crucifijo! Mirad, prosiguió, dirijiéndose a la turba. ¡Ahí teneis al diablo: sacadlo de aquí!

—No habíamos caido en ello! Este sí que es el diablo, dijo uno.

—O por lo ménos un hereje. ¡Qué cara!

—Parece recien salido del infierno!

—Agarrémoslo, ya que se nos ha escapado el otro.

—Nó, nó! replicaron algunos, no permitiremos que se toque a nuestro comandante!

Trabóse entre la turba una disputa que auguraba malos resultados, i a favor de la cual logró don Catalino llegar hasta el cuarto del padre endonde entró.

—Señor don Pablo, dijo al fraile: estoi enterado de todo, i si usted no me defiende de estos diablos, canto aquí la cosa clarito! Ya usted me entiende!

—Don Catalino, usted está loco, contestó el fraile.

—Ya verá usted si estoi loco, replicó éste, lanzándose sobre una peluca i unos anteojos que estaban en el suelo. ¡Aquí veo los anteojos de Motiloni! Estos son sus mismos cabellos!

El padre palideció i dijo a don Catalino:

—Oculte esos objetos i lo salvaré a usted.

En seguida dijo a la turba que habia vuelto a invadir el patio:

—Retiraos, amigos mios. Dejadme aquí al hereje que ya está arrepentido. Voi a catequizarlo i a convertirlo a nuestra santa relijion.

Los circunstantes se retiraron, dispersándose por las calles de la ciudad.

—Vaya, don Pablo! esclamó don Catalino, que se ha escapado usted de una i buena!

—¿I usted? observó Motiloni.

—Lo que son estas jentes! esclamó Gacetilla. En este dia he aprendido mas que en cuarenta años de mi vida. He pasado de ciudadano pacífico a hombre de guerra, de jefe de una banda de asesinos a fujitivo oculto, de aquí a perseguidor de herejes, i de perseguidor a perseguido para llegar a ser catequizado por usted! ¡Lo que son las cosas!

El padre no contestó una palabra.

—I despues de todas estas peripecias, prosiguió don Catalino, quien se mostraba mas locuaz miéntras ménos miedo tenia: ¿no es cosa milagrosa que no me haya tocado ni un rasguño? He sido en jeneral afortunado. Sin embargo, no volveré a meterme en otra. Es malo jugar con pólvora. Nunca habia comprendido como hoi, la facilidad con que estas jentes se convierte en instrumento con solo pronunciar la palabra «*relijion*»... Si uno quiere deshacerse de un enemigo, no hai mas que decirles: ¡al hereje! i mostrarle al hombre con el dedo para que se lancen sobre él como perros rabiosos... Pero tambien he visto que se suele cambiar la tortilla, envolviéndose el mismo atizador en los lazos que ha armado. ¿No es verdad, padre mio?

—Estoi mui fatigado, contestó el padre, i quisiera que usted me dejara solo, amigo mio.

—Me retiro, contestó Gacetilla viendo que podia llegar sin peligro a su casa, pues la calle estaba despejada. Déjeme su paternidad lavarme i quitarme este polvo de carbon que me convierte en un verdadero demonio. Respecto de su secreto (prosiguió, miéntras se lavaba la cara) no debe usted tener cuidado alguno, mi señor don Pablo!... Adios: yo estoi resuelto a dejar la carrera que hoi habia comenzado.

—Adios, dijo tétricamente el fraile. No olvide que usted está tan interesado como yo en silenciar este negocio.

—No tenga cuidado su paternidad. Ya sé que no me conviene el que se sepa que yo he sido el jefe de la jornada contra el cónsul francés.

Don Catalino pudo retirarse a su casa sin que le sucediera ningun percance, pues ya se habia restablecido el órden en las calles de la ciudad, especialmente en las centrales. Tupper, enviado por Lastra, habia ya limpiado de malhechores las calles, obligando al populacho a retirarse hácia la Cañada i a la ribera norte del Mapocho.

——:o:——

CAPITULO XXVII.

¿QUÉ ES DE DON MARCELINO?

«I cuando yo no pensaba
Volver a darme porrazos,
Como otra vez me los daba,
Alzo los ojos i... esclava
Mi alma se queda en tus brazos.
¡Pues es bonita cancion!
De mozo dejé el pellejo,
I ahora despues de viejo...
¡Maldito mi corazon!

(José A. Torres.)

En cuanto doña Estrella supo el desenlace del matrimonio de Lucinda, no esperó consultar a don Cándido para ir al convento de la Recoleta Francisca i traer a su amiga a su casa. Don Cándido tuvo que conformarse por de pronto con vivir bajo un mismo techo con un hereje como Anselmo, que habia tenido el atrevimiento de contrariar los proyectos del santo padre Hipocreitía ajando tan escandalosamente la autoridad paternal.

Aunque doña Estrella deseaba que Lucinda se reconciliase con

don Marcelino, i por mas que la niña ardia en deseos de ir a arrojarse a los piés de su airado padre, no habian podido conseguir ver a éste en las repetidas visitas que las señoras habian hecho a la casa con tan plausible objeto. No deseaba ménos don Cándido el arreglo de este negocio, pues así se deshacia de aquella braza de fuego, como llamaba a Anselmo. Este por su parte, conociendo la mala voluntad del señor de la Rueda, habia vuelto a tomar su alojamiento en casa de Andres, i aun habia querido llevar allí a su esposa, lo cual de ningun modo lo permitió doña Estrella.

Miéntras tanto, se trabajaba por ver a don Marcelino, cuya casa ocupada por criaturas del reverendo Hipocreitía, permanecia cerrada. El señor de Rójas habia caido a la cama desde la muerte de su mujer, i nadie podia verlo, segun prohibicion espresa del médico. Esceptuábase sus dos íntimos amigos, el padre Hipocreitía i don Meliton, de quienes no era posible obtener permiso para entrar en el cuarto del enfermo. No dejaba de comentarse este hecho de un modo poco favorable al astuto jesuita; pero éste se reía de los dimes i diretes del público, agregando que, «en cumpliendo él con la obligacion de prestar hasta el fin sus amistosos servicios, no importaba que el mundo hablase o callase.»

Pero ¿qué cosa puede permanecer oculta por mucho tiempo en este mundo? Una criada que salió disgustada de la casa, contó a sus amigas, i éstas a otras, que don Marcelino daba muestras de estar loco. No queria que nadie, ni los criados, entrasen a su cuarto, i no recibia ninguna clase de servicios, sino de parte de sus jesuitas amigos. El padre pasaba las noches a la cabecera de la cama, i desde afuera se solia oir sus consoladoras exhortaciones. Don Meliton preparaba los remedios; i aunque viejo i achacoso, solia trasnochar, cuando lo pedia la necesidad. Mas de una vez se habia oido llantos i gritos en el cuarto del enfermo; i los criados que todo lo atisban i escudriñan, vieron que en cierta noche don Marcelino andaba desnudo fuera de su cuarto, llamando a voces a Lucinda.

Pero sus enfermeros habian conseguido volverlo a la cama, diciendo:

—Qué lastima! Está loco!

Pronto corrió por la ciudad la noticia de tan tremenda desgracia, noticia que se iba abultando i echando ramas como un pólipo, con los repetidos comentarios que cada dia le agregaban una nueva circunstancia.

—Dicen que es manía.

—Nó: es locura verdadera.

—Habrá perdonado a Lucinda?

—Sí!

—Nó!

—Estaba decidido a desheredarla.

—¡Es imposible que haga esa barbaridad! ¿No ven ustedes que está dirijido por ese santo relijioso?

—¿I por qué ese misterio?

—El médico dice que no se puede hablar todavía con él.

—¿I si muere sin haber perdonado a su hija?

—Peor para ella!

—Peor para él!

—Dicen que no ha hecho testamento.

—Sin embargo, se corre que ha estado varias veces en la casa del escribano Uñeta.

—Yo conozco a don Tragalon Uñeta i nada me ha dicho.

—El testamento está todavía secreto.

—¿Si se habrá confesado?

A juzgar por lo que decia el reverendo, mui poca verdad habia en todo aquello que se corria entre las jentes. Verdad que don Marcelino estaba atacado de cierta monomanía, razon por la cual debia permanecer separado de todo trato, pero habia mucha esperanza de que sanase. En cuanto a su reconciliacion con Lucinda, era preciso esperar la mejoría. Una impresion fuerte en aquellas circunstancias podia ser mui peligrosa; si! mui peligrosa.

Sin embargo, doña Estrella i Anselmo habian resuelto hacer el último esfuerzo para hablar con don Marcelino, i se resolvieron a ir un dia, sin dar parte a Lucinda a quien llevarian despues, segun fuese el estado en que encontrasen al enfermo.

La pobre niña habia escrito dos veces a su padre pidiéndole el permiso de ir a solicitar su perdon; pero la carta habia sido devuelta por órden del médico.

En una pieza que ántes servia de sala de recibo a doña Trinidad, i endonde entónces tenia su cama don Meliton, hablaba éste con su reverendo amigo sobre un asunto que le importaba sin duda mantener oculto, pues la conversacion era a media voz.

—Pero háblememe francamente su paternidad, decia don Meliton: ¿no cree Vd. que el matrimonio podrá anularse? Los cánones dicen...

—Digan lo que quieran los cánones, contestó el fraile, el hecho

es que están casados. El padre Alvarez tenia facultad para casarlos.

—Maldito fraile! Dios me perdone! Ave María Purísima! interrumpió don Meliton santiguándose dos veces. La verdad es, padre mio, que..... vaya! seré franco.....

—¿Qué?

—Soi hombre ¿qué quiere su paternidad? hombre débil..... Yo queria a la muchacha... i a pesar de lo que habia pasado, concebia esperanza.....

—¿A su edad?

—Sí, padre de mi alma, a mi edad. Lo confieso para vergüenza mia.

—Déjese de niñerías, señor.

—Es verdad que no soi un niño, i a veces creo que el diablo ha puesto este tropezon ante mí para que caiga, quiero decir, para que mi corazon caiga en la red.

—¿Qué dice Ud? por las llagas de San Francisco! esclamó el padre.

—Que a pesar de mis años, soi un hombre de carne i hueso..... ¿Quién lo habia de pensar? Aunque a decir verdad, no son tantos mis años para que nos admiremos de... Aguarde su paternidad: yo tenia treinta i nueve años ocho meses cuando el pronunciamento de.....

—Ya sé que en España se clasifican las épocas por pronunciamientos; pero le repito a Ud., que perdiendo hemos ganado.

—Ganado! Ah! lo que son las niñas!... ¡Lo que es el *sí* de las niñas, lo dan solo con la boca... ¡Sí, señor, nada mas que con la boca!

—Sí, amigo mio, a la vejez; pero a la juventud no se lo dan con la boca. Desengáñese usted: pierda toda esperanza a este respecto, observó el reverendo.

—No puedo resignarme!... Lo que es el *sí* de las muchachas del dia!... En mi tiempo era otra cosa, pues.....

—Todos los tiempos son iguales, interrumpió el jesuita, aunque nuestro amor propio nos haga decir que el nuestro fué mejor. Le repito que no piense en esto; primero, porque es cuestion perdida...

—Ah!

—Segundo, porque si Ud. no obtiene la heredera, logra la dote o parte de ella. Esto es lo principal.

—¿I tercero?

—¿Quiere Ud. mas razones? Sin embargo, podria decirle que aun-

que Lucinda pudiera i quisiera casarse con usted, encontraríamos oposicion de parte de su imbécil padre.

—Es verdad que he notado cierta antipatía desde aquella horrible noche de la boda. Sin embargo, lo he amanzado a fuerza de mansedumbre siguiendo las instrucciones de su paternidad.

—Es lo que importa. Con la mansedumbre i la paciencia se gana no solo los bienes del cielo, sino tambien los de la tierra.

—No puede su paternidad quejarse de mí.

—De ningun modo: Ud. se porta como un verdadero hombre fuerte. Por fortuna, el viejo ha caido en ese ensimismamiento...

—Yo a lo que le temo es a esa manía que ha tomado de llamar a su hija. Esta mañana la llamaba a gritos.... ¡Le aseguro que me dió compasion, padre mio!

—No olvide Ud. que es un loco. Ha odiado a Lucinda, i quién sabe si no es el odio lo que le hace hablar!

—No lo crea su paternidad. Me parece que era impulsado por el amor paternal.

—A veces; pero ¿no se ha fijado en que hai dias que amanece furioso contra la muchacha?

—Es cierto.

—Entónces, dijo el padre, nosotros no debemos dejar que se junten porque seríamos responsables de lo que pudiera suceder despues.

—Tiene razon su paternidad, contestó el viejo con supino candor.

—Afortunadamente hemos concluido ya la cuestion del testamento... Pero ¿quién viene?

En aquel instante se abrió la puerta de calle, i entraban al patio don Cándido con su esposa.

—Son *ellos!* dijo el padre, saliendo a recibirlos al corredor.

—Amigos mios! les dijo, poniéndose el dedo en la boca; por favor: chitt! chitt! el médico ha encargado mucho silencio!.....

—¿Cómo está su paternidad? preguntó don Cándido, sin cuidarse de bajar la voz a pesar de las advertencias del enfermero... ¿I usted, amigo don Meliton?

—Aquí vamos pasando como Dios quiere.

—¿I no seria posible hablar con mi compadre? preguntó don Cándido.

—¿Está usted loco? interrumpió el fraile.

—Su debilidad es suma, agregó don Meliton.

—Sin embargo, dijo la señora, yo creo.....

—Imposible, señora mia: la prohibicion del médico es espresa, hoi principalmente. Estamos en los dias de crísis. Ya usted ve ¡la crísis!

—Eso es, dijo don Meliton; i miéntras la crísis no pase.....

—Claro es que el enfermo permanece en la crísis, dijo don Cándido arreglándose la valonilla de su camisa.

—Pues nosotros veníamos a ver si Lucinda podia hablar con él.

—Entrevista con la niña! ¿I en este caso? Seria matarlo... Pobre amigo! Nó, nó! dijo el fraile, limpiándose un ojo con la manga de su hábito.

—¿No te lo decia Estelita? dijo don Cándido, sin comprender las señas que le hacia la señora para que callara i no fuera a decir un disparate. ¿No te lo decia? Pero tú, que no siempre atiendes a lo que yo te aconsejo, me repetias esta mañana: nó! nó! es preciso que Lucinda hable con su padre, a pesar de todo... Ya ves que el médico mismo opina al contrario.

La señora que estaba en ascuas, interrumpió a su marido, diciendo:

—Lo que yo creo es que el reverendo padre ha de encontrar razonable que Lucinda desee reconciliarse.....

—¿Querrá reconciliarse con el autor de su existencia... ¿no es esto? Pues estos son mis propios sentimientos, señora, i hasta he trabajado... Pero.....

—¿I qué?

—El hombre persiste... Es preciso esperar... El golpe ha sido mui recio... Son cosas que el tiempo cura...

—Soi de su mismo parecer, dijo don Cándido. El tiempo! el tiempo!

—¡Pero dejar morir a un padre sin que perdone a su hija! esclamó doña Estrella.

—Sin que le eche la bendicion! agregó don Cándido. Yo tambien creo como Estelita que.....

—Imposible, por ahora, interrumpió el padre. Es preciso que el médico decida. La cosa es grave. Don Marcelino se halla en un estado de irritabilidad suma.

—Pero haciéndole ver la razon poco a poco, observó la señora, ¿no podríamos conseguir que escuchase?

—Eso es, poco a poco, dijo don Cándido. ¡Nada, nada de repente!

—Ya les he dicho que he trabajado i trabajo sin descansar en

este sentido. Pero solo el nombre de su hija lo exaspera hasta el estremo de volverlo loco. Ayer me decia:-«no la perdono! nó, no la perdonaré jamas!»

—Mentira! gritó en aquel momento una voz estenuada, detras de la puerta que comunicaba con las piezas pordonde se iba al cuarto de don Marcelino.

Todos volvieron la cara i lanzaron un grito de horror al ver que la puerta se abria de repente, apareciendo en ella el mismo don Marcelino. Venia casi desnudo. Su cuerpo flaco i seco, el rostro pálido i desencajado, los ojos hundidos i entelados, su respiracion torpe i forzada; todo anunciaba el fin de aquella existencia. Parecia un cadáver que se moviera mecánicamente.

—Compadre! esclamó asustado don Cándido.

—Señor don Marcelino, dijo el fraile ¿qué ha hecho Ud.?

—Venir a oir lo que hablaban, contestó el viejo, tratando de deshacerse de los brazos del padre que queria volverlo a la cama. Pero no me han contestado, prosiguió ¿quién ha dicho que un padre, ántes de morir, no desea hablar con su hija?

—No hemos dicho eso, contestó el padre temblando. Vamos, señor, a su cuarto.

—Pues yo lo he oido aquí, aquí, detrás de esta puerta, replicó don Marcelino, cuyos dientes chocaban con un movimiento convulsivo.

—Vamos, compadre, déjese Ud. llevar, dijo don Cándido ayudando al reverendo.

—¿I tambien Ud. me quiere llevar a la prision? preguntó don Marcelino a su compadre.

—Nó, señor, le dijo doña Estrella: solo queremos librarlo del peligro que corre. Somos amigos suyos los que estamos aquí.... Yo soi su comadre Estrella.

—Ah! ¿cómo está, comadre? Sí! la madrina de la boda, eh! dijo don Marcelino dando una gran carcajada. ¿I don Meliton?

—Aquí estoi, amigo mio....

—Pues bien! Estése Ud. ahí.... No venga para acá, prosiguió el enfermo, dejándose conducir sin oponer resistencia alguna.... No venga Ud. Estoi con mis amigos.... Sí! mis amigos.... ¿No es Ud., compadre Cándido?

—Sí, compadre, yo soi....

—Mui bien: ahora dígame ¿cuánto tiempo hacia que no nos veíamos?... Desde aquella noche que... já! já! já! Los tres amarra-

dos.... Sí.... I la pobre Trinidad.... Ella no vió a su hija, así como yo.... Pero.... ¡quién sabe ahora si Lucinda.... ¿La conocen ustedes? Oh! es un ánjel.... ¡Mi hija!

Don Marcelino, rendido de fatiga, cayó como un cuerpo muerto sobre su cama.

—Está aletargado, dijo el padre: voi a buscar al médico.... ¿I la cuidadora? Dónde está esa vieja imbécil que lo ha dejado salir?

—Aquí estoi, contestó una mujer desde un rincon endonde dormitaba con el mate en la mano.

—Yo cuidaré al enfermo miéntras tanto, dijo doña Estrella al padre. Vaya su paternidad a buscar al médico.

Sacó el padre a don Cándido del cuarto; i cuando se disponia a salir a la calle, vió con gran disgusto que entraban, el padre Alvarez con Anselmo. No fué menor la rabia de don Meliton al ver a su afortunado rival; i apretando los puños se dirijió a él, diciéndole:

—¿Con qué derecho se atreve Ud. a venir aquí?

—Con el que un hijo tiene de entrar a la casa de su padre....

—Oh! señor Guzman, le interrumpió el jesuita.... siéntese Ud.... Padre Alvarez, bienvenido sea. Aquí tiene asiento su paternidad.... I Ud., don Meliton, atienda a estos señores miéntras voi a buscar al médico.

Antes de salir a la calle, el jesuita se acercó a don Meliton i le dijo a media voz:

—Sea Ud. prudente!

—Estoi en un suplicio! contestó el viejo.

—Si Ud. no sabe conducirse, todo es perdido! El deber!

—Ruegue por mí, padre de mi alma!

—El deber! el deber! respondió el fraile, saliendo al trote con el sombrero en una mano i su baston en la otra.

——:o:——

CAPITULO XXVIII

LA DISPUTA.

«Ahora ¡voto va! no hai Tierra Santa;
Ni escudo, ni blazones, ¡tontería!
Ante la heróica edad que se levanta.
Para que valgan con razon hoi dia
Los hombres, caro Andres, i al mundo entero
Den la lei, con soberbia gallardía,
Dinero es necesario; sí, dinero....»

(David Campusano.)

—¿Ha venido la señora?

—¡Ha visto usted a don Marcelino! Tales fueron las preguntas que el padre Alvarez i Anselmo hicieron a don Cándido, sin acordarse para nada del enfermero, don Meliton.

—Estelita está adentro con mi compadre, contestó don Cándido. ¡Pobre compadre de mi alma! Lo acabo de ver...

—¿En su cama?

—Nó, aquí en este cuarto...

—Entónces ¿está en pié?

—Fué para mí una especie de encanto verlo de pié ahora poco rato aquí. Parecia un esqueleto andante.

—Esplíquese usted, por Dios!

—Me esplico... Estábamos aquí hablando sobre la enfermedad... Mi Estela deseaba ver a mi compadre; pero este caballero i el reverendo Hipocreitía se oponian, diciendo que era matar al hombre el obligarlo a ver a un amigo, i sobre todo a hablar con su hija... cuando ¡gran Dios! se nos aparece ahí en esa puerta, cadavérico, medio desnudo i diciendo con voz hueca... ¿qué fué lo que dijo? ¿Se acuerda usted, mi don Meliton?

—Este hombre es un asno, murmuró el señor de Rójas.

I luego dijo en voz alta:

—Me voi, quédense ustedes con Dios!

—¿Se va usted i nos deja solos? Ah! es esta la cortesía que se usa en España? preguntó don Cándido. Nó, señor, siéntese usted. Ahora nosotros somos las visitas i usted el dueño de casa, encargado del cuidado de nuestro inmejorable amigo... ¡Seria una inhumanidad irse i... Eso es, prosiguió, viendo que don Meliton volvia a sentarse: ocupe usted su asiento... Ah! ya me acuerdo! Mi compadre interrumpió nuestra conversacion con estas palabras: «¿I quién ha dicho que un padre no desea ver a su hija ántes de morir?»

—Ah! esclamó Anselmo, ¿i cómo decian que él no queria perdonar a su hija?

El padre Alvarez miró fijamente a don Meliton, cuyos ojitos lanzaban chispas de cólera.

—Es verdad, dijo éste, que a pesar de los consejos del reverendo Hipocreitía, nuestro buen amigo estaba resuelto a no perdonar la falta de su hija miéntras no la viera entrar por sí misma en el camino del deber; pero...

—¿I por qué no dice usted, señor mio, siguiendo los consejos del reverendo, en vez de decir a pesar de eso?

—¿Qué significan esas palabras?

—Que su santo amigo ha convertido en un instrumento de su codiciosa ambicion al dueño de esta casa.

—Oh! eso es ya demasiado!

—Todo Santiago es de la misma opinion.

—Me rio de su Santiago! esclamó con desprecio don Meliton,

¿Cómo se atreve usted a hablar así de un hombre tan evanjélico, tan santo, tan cristiano?

—Sí! se necesita mucho espíritu evanjélico para introducir la discordia en una familia! ¿Qué mayor santidad que la de ponerse entre dos esposos, soplando el odio? El evanjelio dice: «amaos los unos a los otros»; pero hai hombres evanjélicos que dicen: «¡aborreceos los unos a los otros, en nombre de Dios!»

—Jesus! esclamó don Meliton, esto no se puede oir! Por la Vírjen de Atocha!

—Sí; yo sé que quienes entienden de cierto modo el evanjelio no pueden oir la verdad. Lo primero que hacen es malquistarse con ella i hacerla antipática a la multitud, a quien pretenden dirijir. Quieren convertir al mundo en instrumento, i las mas veces ellos son los instrumentos...Pero volvamos a nuestro objeto. ¿Le parece a Vd. mui grande la santidad de un hombre que trabaja por separar a dos personas que se aman? preguntó Anselmo.

—Pero observe Vd., jóven insensato, que ese hombre es un sacerdote!

—Sacerdote que convierte en pobre oficio su santa mision de unir a los hombres, estrechando los vínculos del amor i dando ejemplo de caridad. Porque respeto tanto la mision del sacerdote sobre la tierra, es por lo que no puedo mirar a sangre fria a ningun mal sacerdote.

—¡Qué manera de hablar en esta tierra!

—Es preciso contentarse con los usos, interrumpió don Cándido riendo. A la tierra que fueres haz como vieres.

—Yo deseaba una ocasion para hablar con Vd. i con su reverendo amigo sobre esta materia, prosiguió Anselmo. Ahora, dígame Vd. ¿Le parece a Vd. buen modo de evanjelizar a un hombre el introducir en su pecho el odio contra sus hijos i contrariar a la naturaleza en lo que tiene de mas sagrado?

—Calle Vd!

—¡Que calle! cuando veo que por intereses mundanos se calumnia a mi padre!

—Su padre! esclamó don Meliton.

—¡Cuando veo que se prepara a un hombre para aparecer ante Dios con el corazon ardiendo en el fuego de un odio contra la naturaleza!

—Su padre! su padre! murmuraba sordamente el viejo.

—¡I qué todo esto se haga en nombre de la relijion de un Dios

que dijo: «¡amaos los unos a los otros!» ¿Por acaso, apegándose a los bienes terrestres es cómo un sacerdote cumple con su celeste mision? ¡Hé ahí a lo que ustedes llaman cristiandad!

—Pues, amigo, no habia caido en ello, interrumpió don Cándido. Talvez será un bellísimo medio de obligarlo a uno a mirar al cielo, el desposeerlo así o asá de los bienes de la tierra...Por lo demas, no entiendo una jota de lo que ha dicho Anselmo, i no sé a qué viene todo eso.

—Anselmo, hijo mio, cálmate, por Dios! dijo el padre Alvarez.

—Su padre! su padre! decia don Meliton meneando la cabeza.

—Es el esposo de Lucinda, dijo don Cándido.

—¡I con qué atrevimiento habla delante de mí! ¿no sabe Vd. quién soi?

—Un digno amigo del padre Hipocreitía, contestó Anselmo. Vd. no quiso creerme cuando en dias pasados fuí a convencerlo a su propia casa de que no debia aspirar a la mano de Lucinda.

—Mano que me habia ofrecido su propio padre!

—¿A virtud de qué méritos? preguntóle Anselmo.

—Mis antecedentes, la nobleza de mi sangre...¿No sabe Vd. que soi un español noble de la casa de Sandoval i Rójas que ha dado ministros a España...?

—Ah! sí! dijo don Cándido, ministros, casi reyes! inquisidores! De todo! de todo como en botica...!

—Pero Vd. que habla de méritos, preguntó colérico don Meliton: ¿cuáles podria presentar un criollo, sin antecedente alguno, digno de compararse con los mios?

—En primer lugar, contestó Anselmo con calma, tengo sobre Vd. el mérito de ser amado, que, en tratándose de estos negocios, es el mérito principal, con perdon sea dicho, de todos los pergaminos i...

—Eso no mas faltaba! ¡Qué Vd. venga a reirse en mis barbas de una cosa tan sagrada como son los antecedentes de familia!

—Cosas de estas repúblicas, amigo mio, le interrumpió don Cándido. Es verdad que en España se estima en mucho eso de los pergaminos...

—¿I por acaso aquí...?

—Aquí se ha arreglado las cosas de otro modo. No hai mas antecedentes que la plata.

—Válgame la Vírjen del Pilar! esclamó don Meliton.

—No se admire, hombre de Dios, interrumpió don Cándido, i

convénzase de que la riqueza vale mas que un apellido ilustre. Es cosa que nosotros hemos descubierto.

—I aun cuando así fuese, dijo don Meliton dirijiéndose a Anselmo, ¿podria Vd alegar ese mérito de la riqueza?

—Nó, señor, respondió el jóven; pero tengo el de amar...

—¡Vaya con los méritos! esclamó don Meliton fuera de sí... ¡Ser amado! amar!

—Ya le digo, que en tratándose de matrimonio....

—Cosas de esta tierra, interrumpió riendo don Cándido. Aquí se usa así, porque como no estamos en España.... No se enoje Ud., amigo mio, prosiguió, golpeando el hombro de don Meliton que se revolvia en su silla; no se enoje Ud., i siga el proverbio de: a la tierra que fueres, haz lo que vieres. Así lo enseña la filosofía, i Ud. es un latino excelente para no comprender que en los asuntos de matrimonio es preciso que lo quieran a uno para.... Ya Ud. me entiende... así lo han dispuesto las mujeres en estas Américas.

—Entónces ¿aquí se tiene en nada la voluntad del padre de una niña? preguntó don Meliton poniéndose de pié.

—Oh! esclamó don Cándido, casi arrepentido de lo que habia dicho. La autoridad paterna es una cosa sagrada; i yo que tambien soi padre, quiero decir, que no he tenido hijos porque Estelita.... Pero. ¿Qué es lo que digo? Ah! por fortuna ella no me oye.... La autoridad paterna! Yo estoi por ella!

—Pero la voluntad del padre favorece mis derechos, esclamó fuera de sí, don Meliton. El compromiso de don Marcelino es serio: la muchacha no ha cumplido aun su menor edad para que se haya atrevido a amar sin consultar a su padre; ese matrimonio es nulo; i juro a Ud. que yo sabré hacer respetar mi derecho, si es que en este país hai leyes justas i razonables.

—Todavía nó, le contestó Anselmo, porque estamos bajo la férula de las leyes españolas; pero un tiempo vendrá en que leyes dictadas por la naturaleza i la humanidad, suplanten ese inmundo fárrago. En cuanto al derecho, prosiguió, dirijiéndose a don Meliton (que lo miraba con ojos espantados) en cuanto al derecho, bien sabe Ud. cuánto hemos peleado por verlo imperar en estas rejiones.

—Rejiones de demonios! murmuró don Meliton, paseándose ajitadamente por el cuarto. Ustedes verán si ese matrimonio no se anula! El mismo señor Obispo me ha prometido....

—Permítame Ud., señor, que le diga, le interrumpió el padre

Alvarez, que ese matrimonio es legal i verdadero.... Yo mismo he sido quien los ha casado.

—Veremos, dijo don Meliton, veremos si Ud. ha tenido la autoridad suficiente para casarlos.

—Vea Ud. que es el padre Alvarez, le interrumpió al oido don Cándido.

—Qué me importa a mí el padre Alvarez! respondió con nueva cólera el viejo.

—Un sacerdote que.....

—Sacerdote que no sabe su obligacion.....

—¿I Ud. era, le interrumpió frai Prudencio, el que ahora poco le echaba en cara a Anselmo su atrevimiento por hablar de los sacerdotes?

—Vaya! dijo don Meliton ¡qué tierras estas! No conocer la diferencia que hai entre un sacerdote español i un fraile criollo! Lo que a mí me admira, prosiguió, es que llevando Ud. sobre sus hombros el santo hábito del Seráfico Padre, se haya estraviado hasta el estremo de predicar el error, como sé que lo ha hecho, poniéndose de parte de los pipiolos.

—Señor! interrumpió con gravedad frai Prudencio, basta de locuras!

—¿Qué dice Ud.?

—¡Que no permitiré jamas a nadie que aje mi dignidad con insultos groseros!

—Mire, amigo mio, que es el reverendo Alvarez, repitió don Cándido a don Meliton.

—¡Digno hijo de San Francisco! esclamó don Meliton, riendo de rabia. Jamas he visto un hábito mas bien puesto: basta la humildad con que habla el frailecito! Já! já! já!

—¿I cree usted, le contestó el padre, que yo he cargado este hábito para envilecer mi naturaleza de hombre?

—¡Qué virtud la de estos sacerdotes!

—¿Le parece a usted que la virtud consiste en aceptar ideas erróneas, en protejer las preocupaciones i en servir de estorbo a la marcha de una sociedad?

—Pero ¡qué ideas, Dios mio!

—No es este el sitio, señor, para ponerme a disputar con usted sobre esta materia; pero le diré, cumpliendo con mi mision de sacerdote (cual es la de ilustrar a sus hermanos cada vez que la ocasion se presente), que la humildad no consiste en el envilecimien-

to; que la fe no debe estar basada en la ignorancia; i que la virtud ha de ir acompañada de la conciencia de sí misma, de la ilustracion en la verdad para que produzca en un país los buenos frutos que los amigos de la libertad desean.

—¡Los amigos de la libertad! Al oir esas orgullosas ideas en un siervo de nuestro padre San Francisco, no estrañaré ya mas que estos reinos estén plagados de revoltosos, trastornadores del órden establecido desde siglos há por el poder de Dios mismo.

—No profane usted ese Santo nombre, le interrumpió el padre, ni llame revoltosos a los que han luchado contra la tiranía para cimentar el derecho en su propia patria. El trastorno no es un mal por solo el hecho de ser trastorno, pues para establecer el bien, se ha menester derrocar el mal. La sangre que se derrame caerá solo sobre la cabeza de los que se opusieron al desarrollo de la verdad. ¿Qué hizo Cristo sino trastornar las sociedades romanas cuyos vicios habian prendido como un cáncer por todo el mundo? Hé ahí al gran Trastornador, cuyo ejemplo debemos imitar.

—¿I su mision de paz i de caridad cristiana, le preguntó don Meliton, le manda a su paternidad gritar: guerra! guerra! fuego! fuego?

—Sí, contestó el padre con ojos mas animados. Miéntras conserve un átomo de vida, cumpliré con mi deber gritando: ¡guerra! fuego! pero no contra los hombres, sino contra el vicio i el error. Gritaré siempre; guerra contra los absurdos sistemas, contra todo órden de cosas que sea contrario a la naturaleza i que desfigure la obra de Dios. Hé aquí, prosiguió frai Prudencio, lo que han hecho estos que ustedes llaman revoltosos. Han conquistado su independencia política desterrando un poder injusto....

—El del rei nuestro señor!

—Será señor de usted, pero nó de los americanos, contestó Anselmo.

—La independencia política nos llevará a la social, dijo el padre, cuando nos deshagamos de las preocupaciones que atan nuestro espíritu, i de aquí a la independencia relijiosa no hai mas que un paso.....

—¡Independencia relijiosa! Inaudita herejía dicha por un fraile! i qué esto se tolere!! Entónces ¿piensan estas Américas deshacerse de la autoridad del Pontífice romano i meterse de rondon en el protestantismo?

—No me entiende usted, i juzga en seguida con demasiada prontitud...

—Bueno para juez! esclamó don Cándido; acortaria los pleitos en los cuales es tan necesaria la prontitud. Dígalo yo, que hace ya tres años que estoi peleando sobre el callejon entre mi casa i la de mi vecino, por cuya tenacidad se me ha humedecido mi dormitorio. Sí! el pleito lo ganaré al fin, segun dice mi sabio abogado; pero ello será cuando yo haya muerto de reumatismo.

——:o:——

CAPITULO XXIX.

EL ENFERMO.

«¿Qué importa la riqueza,
La pompa i la grandeza,
Mísera escoria que el orgullo viste,
Cuando nada resiste
De airada muerte la fatal herida?»

(Rosendo Carrasco.)

En esos momentos entraba el jesuita trayendo de la mano al doctor Matatias.

Hizo el doctor una vénia a los que se hallaban en el corredor de la casa, miéntras el jesuita decia a don Meliton:

—¿Qué tiene Ud., amigo? Qué significa esa cara avinagrada?

—Me voi, me voi de este maldito país! contestó el señor de Sandoval con reconcentrada cólera.

—Bueno. Pero ántes de irse es necesario cumplir con su deber...

—A España, a España! interrumpió don Meliton.... Un hombre de mis principios, de mi temple, de mis antecedentes no puede vivir entre estos malditos criollos.....

—¿Está Ud. loco, hombre de Dios? Venga Ud. acá, que hai todavía tiempo de pensar en ese viaje.

—¡Decirme incrédulo, impío i *ateo* en mis propias barbas!... Nó, nó: a España, a España.....

—Tenemos dos locos en vez de uno, murmuró el jesuita, dejando a don Meliton para seguir al médico que se dirijia al cuarto del enfermo.

—Esperemos, dijo el padre Alvarez a Anselmo, el resultado de la visita: el doctor Matatias nos dirá despues si hai o no inconveniente para que yo hable con don Marcelino.

Don Cándido no hizo esta reflexion sino que, siguiendo al médico, entró tras de él en el cuarto del paciente.

—¿Cómo está el enfermo? preguntó el médico, tosiendo doctoralmente.

—¡Gracias a Dios que ya está Ud. aquí, doctor! esclamó doña Estrella, quien con otras mujeres se hallaba ocupada en confeccionar algunas bebidas caseras. Gracias a Dios!

—*Deo Gratias!* contestó como un eco don Cándido entrando en aquel momento.

—Hace mas de media hora que duerme i no ha sido posible despertarlo, dijo doña Estrella.

—I ¿para qué despertarlo? la interrumpió el doctor medio enfadado. El sueño es una reparacion necesaria.

—Ah! sí, interrumpió don Cándido, ¡mui necesaria!

El doctor miró de una manera particular a don Cándido, a quien no conocia, i prosiguió preguntando a doña Estrella sobre el estado del enfermo miéntras tenia en la mano el brazo de don Marcelino, cuyo pulso examinaba atentamente.

—Hemos querido despertarlo, dijo doña Estrella, porque há tenido un sueño tan intranquilo que daba lástima. ¿Qué cree Ud. de esta pesadez de sueño?

—Esto significa que aún no ha acabado de dormir, contestó gravemente el doctor.

—Pero es que se ha llevado hablando palabras desacordes...Ha llamado a sus amigos, a su hija.....

—¡Oh, las manías no duermen, interrumpió el doctor. Aunque el pulso indica una completa paralizacion en los miembros del cuerpo...

—¿En los miembros del cuerpo? observó don Cándido, sin echar de ver la acre mirada que le volvió a lanzar el médico.

—No obstante, prosiguió éste, los espíritus vitales, desalojados de todo el sistema inferior, se han elevado a las rejiones del cerebro, i combinando su accion con la somnolencia jeneral, que en casos como este, envuelve todo el sistema nervioso, produce esas imájenes en la medio aletargada memoria de la persona dormida, esto es, del sujeto a medio dormir, o mas bien dicho, del sér que se halla atacado del dormir imperfecto. Este casi dormir, segun la famosa teoría de Platon....

—Por Dios! interrumpió doña Estrella con su acostumbrada vivacidad, deje usted en paz, doctor, al pobre Platon i vea lo que conviene hacer con el enfermo!

—Tiene razon Estelita, agregó don Cándido mirando al doctor. ¡Mire Ud cómo mi compadre se revuelve en la cama!

En efecto, don Marcelino se volvia de un lado a otro i movia los brazos como queriendo arrojar léjos de sí las ropas de la cama, pero las fuerzas no le ayudaban. El médico tomó entónces un frasquito de álcali, i lo aplicó a las narices del enfermo. Este abrió los ojos; quiso incorporarse en la cama, pero volvió a caer desfallecido sobre la almohada.

—Oh! qué cosa tan horrible! esclamó entre dientes. Qué terrible cosa es sentir las ánsias de la muerte, cuando uno quisiera tener vida para...¡Dios mio! ¿Por qué no mueren los deseos mundanos i las vanas esperanzas ántes que nuestros cuerpos? Sí!...Este es Satanas que me persigue hasta el borde de la sepultura...¡Ave María!...¡Léjos de mí, espíritu maligno!...¡Señor, Dios mio! yo pequé... tened misericordia de mí!

Don Marcelino calló, pero sus labios se movian como si rezara. Despues de un corto rato empezó a balbucear:

—¿I para esto he juntado riquezas?...Sí, riquezas que hoi de nada me sirven...Aunque hubiera conseguido ser un grande de España...¿de qué me aprovecharia hoi?...Oh! nó! nó! yo quiero salvarme... *Vade retro Satanas!* yo quiero salvarme...¡Perdóname, esposa mia!...Pobre Trinidad!...¿Ha muerto mi hija?

—Nó, compadre! le contestó doña Estrella acercándose. Lucinda vive i lo ama a Vd. como siempre...Está en mi casa, i cada dia son mayores sus deseos de verlo...Oh! voi a buscarla!

Diciendo esto, la señora se echó sobre los hombres su pañuelo i salió sin atender a las palabras del reverendo padre que, siguiéndola, le decia:

—Señora, mire Vd. lo que hace! ¡La vista de la niña puede ser fatal a nuestro pobre amigo!

—¿Se puede entrar? preguntó el padre Alvarez a doña Estrella.

—Sí! contestó ésta sin detenerse. ¡Pobre hombre! es preciso que muera sin ese peso que parece aflijirlo!

Anselmo siguió a doña Estrella; i miéntras tanto, frai Prudencio se dirijia al cuarto del enfermo, endonde entró a pesar de las observaciones del jesuita. Don Marcelino habia despertado completamente i no cesaba de hablar miéntras las enfermeras que lo asistian, cumpliendo con las prescripciones del doctor, se empeñaban en envolverle las piernas con bayetas calientes, aplicándole ladrillos ardiendo a las plantas de los piés.

—Es estraño lo que me pasa ahora, decia con voz entera...Nunca habia visto tantas personas en mi cuarto...¿Es Vd., compadre Cándido?

—Sí, contestó éste: yo soi, compadre!

—¿Quién es Vd, padre? preguntó, dirijiéndose a frai Prudencio.

—Frai Prudencio Alvarez, su amigo, contestó éste, su amigo que viene a visitarlo.

—Ah! el confesor de la...pobre Trinidad! ¿Me habrá perdonado, padre?

—Sí, amigo mio, contestó frai Prudencio. ¡Deseche usted esas ideas!

—Es que la engañé muchas veces..!...Padre Hipocreitía, prosiguió ¿Se acuerda cuando le finjíamos cartas de Lucinda?...

—Está atacado de su manía, dijo el jesuita: seria bueno despejar el cuarto.

—¡I la pobre Trinidad! lloraba i me pedia por favor ver a su hija, nuestra hija Lucinda! ¿Dónde está?... Pero el padre no queria! Es cierto que no era conciencia dejar que ese mozo hereje se casase con mi hija...¡Nó! nó! no quiero qué se case! gritó de repente, volviendo a quedar exánime.

—Doctor, dijo el padre Hipocreitía ¿por qué no manda evacuar el cuarto?

—¿I don Meliton?... Dónde está que no lo veo? preguntó el enfermo.

—Aquí estoi, señor, contestó don Meliton.

—Ah! esclamó el enfermo ¡qué jugarreta tan pesada nos hizo ese maldito muchacho.!

—Señor, le interrumpió el padre Alvarez: vuelva en sí; tranquilícese; prepárese a recibir a su hija.

—¿Dónde esta Lucinda?

—Luego llegará.

—¡Pero no alcanzaré a verla porque me siento morir! contestó don Marcelino con voz desfallecida.

En seguida empezó a hablar palabras inconexas i sin sentido. A veces parecia dominado por la cólera, otras por el arrepentimiento; i las mas, por cierto dolor vago que parecia haberse posesionado de todo su sér. Se quejaba, suspiraba, se reía, i pronto volvia a quedar exánime. En uno de estos paroxismos, dijo el médico que ya no habia esperanza. En efecto, la parálisis que con levantarse de la cama, habia adquirido poco ántes, le habia cojido hasta el tronco del cuerpo. Por último, habiendo permanecido aletargado durante unos veinte minutos, despertó; i con voz reposada aunque balbuciente, dijo:

—Padre Alvarez: necesito quedar solo con su paternidad.

—Aquí me tiene Vd, amigo mio, contestó el padre, sentándose a la cabecera miéntras los demas salian del cuarto.

—Déme la mano, padre mio! ¡Ayúdeme su paternidad a salvarme! He sido un gran pecador...Pero, Dios mio! He sufrido tanto! tanto! dijo el pobre viejo con voz apénas intelijible.

Frai Prudencio se apresuró a cumplir con su caritativo ministerio. Entre tanto las salas esteriores se iban llenando de jente, especialmente de señoras, que, sabiendo por doña Estrella que ya se podia ver al enfermo, venian, atraidas unas por el deseo de ser útil, i otras por la curiosidad. Entre los recien llegados estaba el siempre visible Gacetilla, quien, no contento con poner de manifiesto su persona, andaba preguntando aquí, allá i mas allá, las mas pequeñas circunstancias como si se tratara de un amigo íntimo. Todos iban i venian; todos hablaban a un tiempo formando la mas irrespetuosa algarabía i convirtiendo en un *pandemonium* aquella mansion endonde poco ántes reinaba la tranquilidad.

—¿Se habrá confesado? preguntaba una.

—¿Qué médico lo asiste? demandaba otra.

—Ya no es tiempo de médico ahora, decia una tercera.

—Sí! su salvacion ántes que todo! el confesor! el confesor!

—Si se está confesando, niña!

—¿I su testamento?

—Debe haberlo hecho ya.

—Dicen que no ha tenido tiempo.

—No es posible.

—¿I por qué no?

—¡Morir intestado!

—Hai a veces mucho descuido en esto, niña de mi alma!

—No importa: en componiéndose con Dios, lo demas es nada.

—Es cierto.

—Pero no está demas dejar arreglados sus negocios, en este mundo, dijo don Catalino.

—Tiene razon el señor: esto de morir intestado un hombre, es para que quede un semillero de pleitos.

—Yo lo sé eso por experiencia, niña. Todavía están siguiendo los juicios de la testamentaría de mi finado.

—Nó, nó! En cuanto a eso, yo le he dicho a mi marido: hijo, el testamento es lo primero!

—Sí, pues, nadie tiene la vida comprada.

—Pero como los hombres son tan incrédulos, les parece que nunca se han de morir; i cuando uno ménos lo piensa,. cae al hoyo!

En aquel instante frai Prudencio llamó al doctor.

—Se muere! se muere! esclamaron muchas voces.

A tiempo que el doctor entraba en el cuarto del moribundo, Lucinda llegaba a la casa acompañada de Anselmo i de doña Estrella.

—¿Cómo está el enfermo? preguntaron algunas señoras al padre Alvarez.

—Encomiéndenlo a Dios! contestó éste.

—Jesus! pobre niña! esclamaron las señoras, viendo entrar a Lucinda.

Esta conoció su desgracia en los semblantes de los concurrentes, i corrió llorando al cuarto de su padre. No es posible decir si éste alcanzó a oir los sollozos de su hija que lo abrazaba anegada en llanto. Pronto tuvieron que sacar de allí a Lucinda desmayada, i llevarla a otro cuarto para suministrarle los socorros necesarios.

—Hé aquí su obra! padre Hipocreitía, dijo frai Prudencio al jesuita, quien se retiró sin dar muestra de haber oido una palabra.

—Está muerto! dijo el médico saliendo de la casa. Me voi.

—Hace bien el doctor en irse, dijo Gacetilla. Desde que está muerto el enfermo, su mision está cumplida. Buen viaje!

——:o:——

CAPITULO XXX.

EL TESTAMENTO.

«Cual ánjel en el cielo, a Dios saluda:
Que ahora con la muerte,
Su espíritu escapó del anatema
De la materia inerte,
I en la mansion suprema;
Luce en su sien de arcánjel la diadema.»
.....

(B. Carabantes)

Idos que fueron muchos de los concurrentes, i no quedando sino los amigos mas íntimos en la casa mortuoria, empezóse a tratar mas sériamente la importante cuestion de si el difunto habria hecho o nó su testamento. A todas estas demostraciones de interes; a todas estas razones, dudas, cavilaciones i preguntas, respondió el padre Hipocreitía diciendo:

—Ya ven ustedes, señores mios, que nuestro inolvidable amigo ha muerto como un verdadero cristiano...Si su vida ejemplar ha sido envidiable, no es ménos digna de envidiar su muerte. ¿Cómo un hombre tan honrado, piadoso i timorato, cual lo fué don Marcelino, habia de haber descuidado sus sagradas obligaciones? Les aseguro bajo mi palabra, que ha hecho su testamento como un verdadero cristiano: i creo, añadió, enterneciéndose a medida que hablaba, creo en mi conciencia, que sus últimas disposiciones pondrán de manifiesto ante todo el mundo, no solo la piedad sino tambien la jenerosidad i espíritu evanjélico que animaba la bella alma de nuestro buen amigo, a quien Dios habrá dado ya su galardon!

—El testamento debe ser corto, dijo a esta sazon Gacetilla que en todo se habia de meter. Sí, debe ser de dos o tres items...No tiene mas que un heredero i esto acorta los testamentos.

—En cuanto a eso, contestó el padre mirando de reojo a don Catalino, bien poco sé, porque no me agrada mucho averiguar vidas ajenas, mayormente en lo que toca a intereses...Solo sé que don Marcelino ha dejado una gran parte de su caudal para beneficio de su alma, segun me lo ha asegurado don Meliton de Rójas, a quien, como uno de sus mas queridos parientes, ha dejado de albacea nuestro don Marcelino.

—¿Pariente? dijo don Catalino. Yo no sé cómo podrá ser eso, cuando el mismo don Meliton me ha asegurado bajo su palabra, que no habia venido a estas Américas ninguna persona de su noble familia.

—A eso podría contestar don Meliton, si estuviese aquí, dijo el padre suspirando. No tengo mi ánimo para pensar en familias i parentescos.

—¿I dónde se halla el señor albacea? preguntó don Catalino, recalcando la voz en la palabra *albacea*.

—Fué a buscar al escribano, don Tragalon Uñeta, en cuyo poder está el testamento para que dicho señor lo lea en público hoi mismo.

—¿Por qué?

—Porque tal es la voluntad del testador, respondió el jesuita. Varias veces le oí yo mismo que decia a don Meliton: «amigo mio, no quiero que nadie sepa mi última voluntad miéntras yo viva; pero en cuanto cierre los ojos, le encargo que haga leer por el escribano mi testamento delante de todas las personas que quieran oirlo.»

—Cosas de don Marcelino, refunfuñó Gacetilla sonriendo. Era

así el hombre tan... !Pobrecito! agregó medio arrepentido, no te ofendan mis palabras...! Dios lo tenga en la gloria!...

—Amen, contestó el jesuita.

El testamento de una persona rica es cosa que todos quieren oir leer, desde los herederos beneficiados hasta los que no tienen la mas mínima esperanza de ser legatarios. Este placer se parece mucho al que reciben ciertos individuos con tocar o ver contar el dinero ajeno. Así fué, que muchos de los circunstantes se quedaron hasta apurar las últimas peripecias de aquellas lúgubres escenas.

Un cuarto de hora despues, llegó don Meliton con el honorable don Tragalon Uñeta, antiguo escribano de corte en tiempo de Fernando VII, i que se habia pasado al servicio de la república sin dejar sus costumbres del tiempo del coloniaje, como muchos otros.

—Señores, dijo el escribano, sentándose junto a una mesa en torno de la cual se habia allegado una multitud de curiosos. Voi a leer la postrimera voluntad del señor don Marcelino de Rójas, en cumplimiento del solemne encargo que me hizo cuando vivia...

—Claro es, dijo Gacetilla, que debió hablarle en vida, porque despues de muerto...

—Chit! callen! dijeron algunos.

—«En el nombre de Dios (leyó el escribano) Padre, Hijo i Espíritu Santo, tres personas distintas i un solo Dios verdadero!... Sepan todos cuantos vieren esta carta de mi última voluntad, como yo don Marcelino de Rójas...

—Hai jentes que ni al morir dejan el *don*, murmuró Gacetilla... Pobrecito!... Dios lo haya perdonado!

—«Don Marcelino de Rójas, prosiguió el escribano, natural de esta ciudad de Santiago de Nuestra Señora del Socorro i capital de este reino de Chile...

—Se le olvidó a don Tragalon que estamos en república, interrumpió don Catalino.

—Es verdad, dijeron otros.

—¿Qué importa que diga reino o república? preguntó una vieja. Siga no mas, señor Uñeta, que todo eso está mui cristiano!

—«Hallándome, por la gracia de Dios, en mi entero i cabal juicio...

—¿No decian que estaba loco? volvió a interrumpir don Catalino.

—Qué trabajo! esclamó el escribano. Con estas interrupciones no acabamos nunca. Cuando se hizo el testamento estaba en su

juicio cabal, i bastaba que yo lo afirmara, yo, el escribano, para que se tuviera por cierto. ¡Soi el escribano público!

—No es nada: siga, señor.

El escribano prosiguió leyendo, i en breve llegó a lo siguiente:

—«Primeramente, lego i mando mi cuerpo a la tierra de que fué formado, etc.»

—Cuando yo me muera, dijo Gacetilla, no he de legar mi cuerpo a la tierra: veremos qué hacen con él los vivos!

—«En segundo lugar, (prosiguió don Tragalon): «doi i encomiendo mi alma a Dios que la redimió, etc.»

—Buena cosa! Primer legatario, la tierra; segundo, Dios! Yo me espero a otros *ítems*, volvió a interrumpir el incansable don Catalino... Pobrecito!... Dios lo haya perdonado!...

El escribano habia leido ya un buen trozo, cuando Gacetilla volvia a seguir escuchando.

—«Item—Declaro por universal heredera a mi hija doña Lucinda de Rójas, a condicion de que no verifique su matrimonio con Anselmo Guzman; pero en caso de que, despreciando las razones antedichas, se casare con él, la dicha mi hija solo será dueña, por esta mi última voluntad, de aquella parte de mi hacienda que estrictamente le corresponde por la lei. Declárolo así para que conste.....

Todos se miraron las caras sin pronunciar una palabra. El escribano prosiguió:

—«Item—En caso de verificarse el matrimonio antedicho, mi albacea, el ante nombrado señor don Meliton Sandoval i Rójas, etc dispondrá de toda aquella parte de mis bienes de que por la lei esté yo autorizado a legar especialmente bajo la siguiente forma i manera: se hará de ellos cuatro partes iguales. La primera se empleará en misas a beneficio de mi alma, i bajo la direccion de mi amigo i confesor, el reverendo padre Hipocreitía.—La segunda, la empleará mi albacea en la construccion de una casa para un colejio relijioso, o seminario particular, con el fin de educar a aquellos jóvenes pobres que quisiesen seguir la carrera eclesiástica. Nombro de patronos de este establecimiento a mi albacea i a mi antedicho confesor, pudiendo ellos encargar su direccion a las personas que crean mas idóneas i capaces. Con la tercera parte, se fundará una

capellanía de legos a favor de mi albacea, miéntras viviera, quedando despues de sus dias a favor del director del establecimiento antedicho. Por último, la cuarta parte se repartirá como limosna entre clérigos pobres, a juicio de mi confesor. Declárolo así para que conste....

Dejóse oir entre los circunstantes un murmullo que no era posible distinguir si era de aprobacion o reprobacion.

«Item,—prosiguió el escribano....

—No siga usted, le interrumpió el padre Alvarez... Señor Uñeta, ese testamento es nulo....

—Reverendo padre! contestó don Tragalon. ¿Cómo ha de ser nulo, cuando está en regla, firmado por los testigos de la lei, i ademas autorizado por mí?

—¿Nulo? preguntó temblando de coraje don Meliton.

—Aquí tengo yo un documento que lo anula, contestó frai Prudencio, sacando un papel de la capilla de su hábito.

—¿Qué documento es ese?

El padre leyó en alta voz:

—«En el último trance de la muerte; pero en mi cabal i entero juicio, por la gracia de Dios, ante cuya presencia voi a comparecer, declaro por único i universal heredero de todos mis bienes, i sin condicion alguna, a mi hija doña Lucinda de Rójas, a quien nombro mi albacea testamentario. En consecuencia, será de ningun valor todo otro testamento o codicilio de fecha anterior a la presente que apareciese con mi firma. Lo declaro así para que conste, hoi veinte de enero de 1830, ante los testigos abajo firmados, doctor Matatías i don Cándido de la Rueda.—*Marcelino de Rójas*—Testigo, *Dr Matatías*—Testigo, *Cándido de la Rueda.*

—Pues este testamento me gusta mas: es mas corto, dijo Gacetilla, miéntras los demas daban muestras de atenerse unos al primer testamento, i otros al codicilio.

—I ¿qué escribano ha autorizado ese papel? preguntó Uñeta.

—Ninguno.

—Ustedes han hecho firmar al pobre loco lo que han querido, interrumpió don Meliton.

—No entraremos en disputas inútiles, contestó frai Prudencio. Los tribunales decidirán.

—Nos atendremos a ellos, dijo el jesuita. Se verá de parte de quién está la justicia.

En seguida se retiraron todos, quedando solamente en la casa mortuoria las personas necesarias para prestar los últimos servicios al cadáver de don Marcelino.

En cuanto a Lucinda, fué llevada por doña Estrella a su casa con el fin de seguirle suministrando aquellos tiernos consuelos que sus tristes circunstancias requerian.

——:o:——

CAPITULO XXXI.

TRAICION SOBRE TRAICION.

«Del todo ciego, i confiando en la buena fe de sus falsos amigos, el jeneral Freire se entregó de esta manera, sin defensa, a las maquinaciones indignas de los que solo querian anularlo i quitarlo del medio para que no fuese un obstáculo a sus planes traditorios.»

(F. Errázuriz.—*Chile bajo el imperio de la Constitucion de* 1828, *Cap. VI, X.*)

Despues de todo, don Cándido estaba gozosísimo viendo el color que habian tomado los asuntos de su ahijada, porque el pobre hombre miraba mui en poco el dolor que ésta sufria por la muerte de su padre, i solo se acordaba de verla casada i poseedora de una rica herencia. El mismo se daba el parabien de haber sido (como decia a sus amigos) el autor principal del matrimonio de los jóvenes, i creía de buena fe, que, a faltar su poderosísimo apoyo, no se habrian vencido jamas los inconvenientes a tal union. A don Cándido le pasaba igual cosa todos los dias, i no se verificaba ningun

hecho importante a su alrededor, sin que él creyese que el buen éxito era debido a las influencias de su personalidad i de sus relaciones.

—Al fin ya hemos conseguido su union, decia a su mujer: ahora nos resta, Estelita, hacer que el testamento del escribano Uñeta no tenga efecto. He hablado con el padre Alvarez sobre el particular.

—Me han dicho que don Meliton está resuelto a echarse sobre todo i a sostener el juicio, dijo la señora. ¡Pobre Lucinda!

—No te dé cuidado, hijita, mi ahijada ganará la partida: haremos valer nuestras influencias. Yo tengo amigos en las dos Cortes de justicia... amigos de pro, ¿entiendes?

Pero la satisfaccion de don Cándido no era completa. Si bien es cierto que le interesaba la suerte de su ahijada, no podia dejar de mirar con cierta distancia a Anselmo. Ademas, los últimos acontecimientos políticos le hacian mirar como peligrosas sus relaciones con el jóven, i don Cándido era un hombre demasiado prudente para esponerse a pasar por enemigo del gobierno, cultivando la amistad de un mozo mirado entre ojos por las autoridades.

Estraños parecerán al lector los temores de don Cándido, pues, ¿qué podia temer Anselmo de parte de las autoridades siendo jefe de la Junta de gobierno, el mismo jeneral Freire, su protector?

Sin embargo, los temores del señor de la Rueda eran fundados. Para esplicar su embarazosa situacion, permítasenos volver algunos dias atras.

Dos dias despues de la batalla de Ochagavía, es decir, el diezi-seis de diciembre, se firmó por los dos partidos un tratado de paz, en el cual se estipulaba, entre otras cosas: «que Prieto i Lastra de-«jarian el mando de sus respectivas divisiones; que se pondria todo «el ejército bajo las órdenes del jeneral Freire; que habria completa «amnistía por una i otra parte; i que se nombraria una Junta pro-«visoria de gobierno, bajo la direccion del jeneral Freire.» La Junta se instaló, compuesta de los señores don José Tomás Ovalle, don Isidoro Errázuriz, i don José María Guzman, teniendo por secretario a nuestro conocido, el prebístero Franco, quien, ayudado por el padre Hipocreitía, habia llegado al fin a poner los piés dentro de los umbrales del gobierno, objeto único de las aspiraciones de aquel ambicioso clérigo.

El carácter i los principios de los miembros de esta Junta, halagaban las codiciosas esperanzas de los reaccionarios; miéntras los

liberales, por su parte, lo esperaban todo de Freire, puesto a la cabeza del ejército.

Veinticuatro horas despues de firmados los tratados, el jeneral Lastra les dió cumplimiento, en la parte que le tocaba, poniendo en manos de Freire las fuerzas de su mando. La honradez de este viejo soldado de la patria, contrastaba notablemente con la descarada deslealtad de Prieto, quién defirió el cumplimiento de su deber. Miéntras tanto, los reaccionarios estudiaban las intenciones de Freire; i viendo que este jeneral estaba dispuesto a defender la Constitucion, formaron el plan de debilitar sus fuerzas, haciendo al mismo tiempo que Prieto conservase las suyas. Incapaz el jeneral Freire de sospechar ocultas miras en las operaciones de la Junta de gobierno, se dejó gobernar por ella; i creyendo que nada habia que temer de parte de los revolucionarios, dispersó las tropas constitucionales que guarnecian a la capital, enviándolas a diversos puntos de las provincias. La Junta, entónces, empezó a tomar activas medidas para dar el golpe de mano que los pelucones tenian premeditado.

El 25 de diciembre destituyó en masa al cabildo de Santiago, nombrando en su lugar otro, compuesto de sus partidarios; i diez dias despues, decretó la destitucion de todos aquellos jueces letrados de las provincias que podian ser contrarios a sus proyectos. Con dichas operaciones, la Junta infrinjia abiertamente la Constitucion que estaba obligada a defender.

No solo fué esto: la Junta provisoria se atrevió aún a ordenar al jeneral de las fuerzas constitucionales, que separase de sus destinos en el ejército a algunos de sus subalternos. Freire abrió por fin los ojos; pero ya era tarde. El 17 de enero de 1830, ofició a Prieto, demandando el cumplimiento de los tratados, a lo cual se negó redondamente el jeneral revolucionario, i puso en movimiento sus tropas para entrar en la indefensa capital. El golpe estaba dado: principió por una traicion i concluyó por otra. Dos dias despues, la Junta de gobierno deponia a Freire, i nombraba en su lugar al jeneral Prieto. La noticia corrió por toda la república, i dispuso los ánimos a la guerra civil, comenzada por el partido reaccionario para posesionarse del mando, i alimentada en lo sucesivo por su mal sistema de gobierno, cuya base fundamental fué siempre la persecucion de todo hombre que abrigase ideas liberales. Fueron dados de baja, no solo los principales jefes del partido republicano, entre los cuales se veía viejos soldados de la independencia (cuyas virtudes i cuyos laureles no supieron ni apreciar ni respetar los

enemigos de la libertad), sino tambien algunos subalternos, víctimas de su leal amor a la república.

Huyendo de las venganzas de aquellos que poco ántes lo llamaran su amigo, salió el jeneral Freire de Santiago el 18 de enero, i se dirijió a Valparaiso con el fin de reunir allí las tropas fieles a la Constitucion. Bien pronto estuvieron bajo las órdenes de su antiguo jefe, el *Chacabuco*, el *Concepcion* i el *Pudeto;* i una semana despues, zarpaba de aquel puerto la pequeña expedicion con rumbo al norte, valiéndose para ello de los buques de la escuadra, anclados en la bahía, i llevándose consigo todos los pertrechos de guerra que pudieron embarcar. La lucha, pues, no habia concluido, i debia aun derramarse mas lágrimas i mas sangre.

Entre los dados de baja estaba tambien Anselmo, cuya decision por el partido constitucional era tan conocida. Aun mas: se susurraba de que el gobierno tenia mui serios informes en contra del jóven, razon por la cual le aconsejaban sus amigos a éste que huyese prontamente de la capital. Pero el jóven, hallándose bajo el imperio de las circunstancias narradas en los capítulos anteriores, no podia resolverse a abandonar a su esposa, ni a dejar sus intereses a merced de sus ávidos enemigos.

Don Cándido era uno de los mas interesados en que Anselmo dejase a Santiago, pues no podia permanecer tranquilo miéntras frecuentase su casa un individuo sospechoso al gobierno, i mas todavía, protejido por el desgraciado jeneral Freire. Desde que éste asumió el mando del ejército, el señor de la Rueda fué el primero en manifestar ardientemente su adhesion al popular jefe, llevando su amor al partido constitucional hasta el estremo de predicar la persecucion, sin cuartel, contra los enemigos de las santas instituciones, como él decia. Sin duda queria hacerse perdonar todo lo que ántes hubiera hablado a favor de los reaccionarios, pues no cesaba de pregonar el apoyo que él habia prestado i que estaba decidido a prestar en lo susesivo al partido liberal. Pero en cuanto vió que este partido caía, cambió de ideas, con la misma facilidad con que una veleta jira a impulsos del viento sobre la aguja de un campanario. Las visitas de Anselmo fueron desde entónces para él una verdadera pesadilla. ¿Cómo habia él de permitir que el gobierno dudase de su lealtad? ¿Cómo seguir teniendo relaciones con un mozo tildado de hereje i perseguido por las autoridades?

——:o:——

CAPITULO XXXII.

LUCINDA EN SU CASA

«La decepcion fué dolorosa. Aquel lecho estaba vacío; i en lugar de las sonrisas del amor, debia encontrar la nada, la realidad fria que iba a herir su corazon. Cayó de rodillas al pié del lecho; i estrechando con mano convulsa los cobertores de la cama, miró al cielo con dolor infinito, miéntras con voz desesperada esclamaba: ¡Dios mio! ¿qué te hacia ella para que la alejaras de mí? ¿Qué te hacia yo para que me privaras de su amor?»

(R. Pacheco.—*El Puñal i la Sotana.*)

Los acontecimientos subsiguientes vinieron a satisfacer los deseos de don Cándido.

Lucinda, cuerdamente aconsejada por doña Estrella, trató de tomar posesion de su casa, de la cual habia querido adueñarse don Meliton, fundado en las disposiciones testamentarias de don Marcelino. Despues de vencer algunas dificultades, consiguió la hija de doña Trinidad posesionarse del hogar de sus padres, que no le fué

posible volver a ver sin derramar amargas lágrimas. Al pisar los umbrales de su casa, al recorrer los cuartos, al ver los muebles i otros objetos que recordaban su infancia, parecíale a la pobre niña como que volviera de un largo viaje o de un prolongado letargo.

Uno de los primeros cuartos endonde entró, fué el de su padre. Allí estaban el bracero, la tetera i el mate de don Marcelino. Lucinda miró con tierno interes estos objetos, i se acercó a la silla de vaqueta en que su padre se sentaba. Del respaldo de la silla colgaba un gran rosario i un escapulario del Cármen: ella los tomó; i acercándolos respetuosamente a sus labios, oró por el autor de su existencia. Salió de allí con el corazon oprimido de penosos recuerdos, i prosiguió su escursion por toda la casa. En un momento lo recorrió todo con ansiedad febril i como buscando algo que le hiciera falta. Dos veces pasó por enfrente del dormitorio de doña Trinidad, i no se atrevió a entrar. Al fin entró, i corriendo hácia el lecho, con los brazos abiertos, como si tratase de abrazar a su querida madre, dió un grito i cayó de rodillas junto al borde de la cama.

—¡Madre mia! esclamó; mi corazon te buscaba, i ha sido necesario el que yo vea desierto tu lecho para convencerme de que ya no te veré mas!

Doña Estrella i Anselmo que la acompañaban, respetando en silencio su dolor, apénas se habian atrevido a dirijirle algunas palabras de consuelo. Pero viendo la necesidad de distraerla, sacáronla de allí i la llevaron al jardin. La vista i el aroma de las flores que ella habia cultivado, hicieron mas que las tiernas palabras de sus amigos, pues los grandes dolores no saben escuchar, i solo el cambio de escenas puede a veces mitigarlos algun tanto.

Apesar de esto, Lucinda escuchaba agradecida las amistosas palabras de doña Estrella; i sentia aumentarse su amor por Anselmo al tocar con la mano la realidad de los hechos que a cada paso le advertian que no tenia mas apoyo que su marido.

—Ah! querido mio! solia esclamar al oido de Anselmo; ¡qué seria de mí, si no fuera por tu amor!

I luego agregaba en voz alta, dirijiéndose a doña Estrella:

—¿En qué consistirá, amiga mia, esto de parecerme que hace muchos años que me hallaba separada de mi casa?

¡Pobre niña! no echaba de ver que los dias dolorosos porque acababa de pasar, eran para ella como muchos años de vida!

——:o:——

CAPITULO XXXIII.

LEALTAD.

«La mejor i principal garantía del órden es la libertad. Si un gobierno concede a los ciudadanos la libertad de ejercer sus derechos, sin amenazas ni presion, el órden está asegurado por sí mismo, i reposa en bases mas indestructibles que las que podria prestarle el mas aguerrido i numeroso ejército.»

(V. Reyes.—*Discurso en las Cámaras Lejislativas. Sesion de 6 de junio de* 1871.)

La dicha de Anselmo, como toda dicha de este mundo, no era completa. Aunque se hallaba poseedor del inapreciable tesoro por el cual habia suspirado durante años enteros, bastábale ver en desgracia a su antiguo jefe, a su protector i amigo, para no ser completamente feliz. Casi se echaba en cara su propia dicha al acordarse de la mala fortuna de su querido jeneral, i cada dia se afirmaba mas en la idea de reunirse con él i con sus demas compañeros para poner su espada al servicio de la causa constitucional, que aun no se creía perdida del todo.

Pero nadie sabia el objeto de Freire al dirijirse con sus fuerzas hácia Coquimbo, i todos sus partidarios sentian que el jeneral hubiese tomado una determinacion tan inconducente, pues no era hácia el norte, sino hácia el sur de la república, adonde debia haberse dirijido, en atencion a que solo allí podia encontrar puntos de apoyo para obrar contra las fuerzas reaccionarias. I era tanto mas estraña la determinacion del jefe constitucional, cuanto que al mismo tiempo de zarpar su pequeña escuadra hácia el norte, una parte de la division, bajo las órdenes de los coroneles Viel i Tupper, habia puesto proa hácia el sur, con intencion de alcanzar hasta Talcahuano, en cuya bahía fondearon en los primeros dias de febrero de 1830. Allí supieron que la provincia de Concepcion les era favorable, pues los habitantes de la capital se habian pronunciado por la causa liberal, deponiendo a las autoridades peluconas, i poniendo al mando de la provincia al jeneral Rivera. Este mandatario se condujo con sus enemigos políticos con toda la hidalguía i jenerosidad características de los defensores de las ideas democráticas; i los hechos volvieron a evidenciar que los liberales no abrigaban odio contra las personas, i que solamente habian tomado las armas para defender sus queridas instituciones.

En efecto, apénas se restableció el órden interrumpido, cuando el jefe de la provincia mandó sacar de sus prisiones a todos los reos políticos, bajo palabra de no hacer armas contra el gobierno provincial, i de que ninguno de ellos saliese de su respectiva casa hasta nueva órden. Pero esta jenerosidad no podía ser dignamente apreciada por un partido sin ideas, animado por el odio mas implacable contra las instituciones republicanas, lleno de ambiciones personales, i que despues elevó el fraude i el engaño al rango de elementos de gobierno.

Así fué que el coronel don José María de la Cruz (a cuyo cargo habia puesto el gobierno pelucon las fuerzas de la provincia) no tuvo el menor escrúpulo de faltar a su palabra, fugándose a Chillan endonde pudo reunir unos setecientos hombres con los cuales se fué sobre Concepcion.

No parecia sino que los hombres del partido reaccionario hubiesen pactado secretamente entre sí, el faltar a su palabra para convertir a los liberales en víctimas de su jenerosidad.

Concepcion estaba indefensa; i tan pronto como vieron los soldados de la pequeña guarnicion, que su antiguo jefe estaba con un ejército a las puertas de la ciudad, empezaron a desertar pasándo-

se a los sitiadores. Los pocos soldados que permanecieron fieles a la causa de la Constitucion, desalojaron la ciudad; i el coronel Cruz pudo entrar triunfalmente en ella, sin encontrar otra resistencia que la pasiva de los consternados habitantes, cuya jeneralidad se habia decidido por la Constitucion.

Nada de esto se sabia positivamente en Santiago. Corrian de boca en boca las noticias mas contradictorias, que cada cual comentaba a su placer, enjendrando aquí i allí la esperanza o la intranquilidad. El gobierno mismo no estaba mas adelantado, i tenia escasa noticia sobre el cambio que en las opiniones se habia operado en el sur de la república. Para oponerse a esta reaccion, habia dispuesto la Junta de gobierno, que el jeneral Prieto marchase hácia el sur a la cabeza de un ejército de mas de dos mil hombres que él iba engrosando a su paso por las provincias.

Anselmo desorientado, como todo el mundo, sin saber en dónde se hallaba Freire, i detenido ademas por la dulce cadena del amor, estaba indeciso sobre el punto hácia adónde se dirijiria, cuando una circunstancia imprevista vino a decidirlo.

Despues de mil conjeturas sobre la expedicion de Freire al norte, se supo en Santiago que este jeneral volvia de Coquimbo con intencion de desembarcar sus tropas en el sur de la república. Los amigos de Freire, i especialmente Anselmo, se alegraron, pues la reaccion operada en el sur en favor de la Constitucion, debia ser alentada i protejida oportunamente. Pero la buena noticia habia llegado junta con otra mala: la escuadra liberal habia perdido dos buques i algunos hombres.

——:o:——

CAPITULO XXXIV.

POLÍTICA DE LOS VENCEDORES.

«¡Oh, libertad! despues te profanaron,
I en un siglo de luz para matarte
Tus altares de víctimas mancharon,
I alcanzaron al fin a esclavizarte!
Asesinos tu nombre proclamaron
Del crímen i el terror hicieron arte».....

(C. W. Martínez)

Rejía en esos dias la República, don Francisco Ruiz Tagle, el cual habia recibido (aunque no aceptado) formales instigaciones de parte del padre Hipocreitía para que aprisionase al peligrosísimo enemigo, Anselmo Guzman, que a su cualidad de ardiente pipiolo, reunia la de ser amigo i protejido del jeneral Freire.

Pero esta última circunstancia fué la que libró a Anselmo de ser aprisionado (como a otros muchos pipiolos, por la única razon de serlo), pues Ruiz Tagle apreciaba las buenas cualidades de Freire,

de quien habia sido amigo, i naturalmente le repugnaba obrar, sin motivos serios, contra un pariente cercano del jeneral enemigo. Por otra parte, el presidente conocia los motivos que hacian obrar al jesuita, pues no ignoraba nada de lo últimamente ocurrido en la familia del finado don Marcelino de Rójas, i esto era otra razon mas para que Ruiz Tagle dejase tranquilo en su casa al jóven Guzman. Desgraciadamente para éste, a las hipócritas insinuaciones del jesuita, se unian los imperiosos consejos del clérigo Franco que desempeñaba dos ministerios, el del Interior i el de Relaciones Esteriores; i por último, se agregaba a todo esto, varias cartas dirijidas al Presidente i a su Ministro Franco, en las cuales se les advertia que Anselmo era un espía de Freire i un enemigo del partido del órden (ya comenzaba a tomar este nombre, despues de haber desordenado a todo el país) tanto mas peligroso cuanto mas rica era la herencia que esperaba por su matrimonio con Lucinda. El presidente, mas bien por no contrariar de frente al rencoroso clérigo, que por dar crédito a sus palabras o a las cartas recibidas, mandó llamar un dia a Anselmo. Presentóse éste en el palacio, i tuvo allí que sufrir un vergonzoso interrogatorio que el mismo Ruiz Tagle le hizo sobre sus relaciones con el enemigo. Contestó el jóven de una manera que pareció satisfacer al presidente; i ya éste le habia ordenado retirarse, cuando se dejó oir fuera un ruido como de jentes que se acercaban. No tuvo el presidente tiempo para preguntar la causa de aquel ruido porque la puerta de la sala del despacho se abrió, i al mismo tiempo se oyeron estas palabras dichas con una voz ronca i ajitada:

—Señor *Tresidente! Tictoria, tictoria!*

—¿Qué hai, señor Franco? Qué significa esto? preguntó el Presidente a su Ministro, miéntras los que lo acompañaban habian quedado en la antesala.

—Yo se lo diré a Vuesencia, respondió don Cándido de la Rueda con ajitada voz i adelantándose de entre los acompañantes. El caso es, señor Presidente, que la relijion va triunfando, i que ese perro de Tupper ha muerto en Talcahuano.

—Aquí traigo las comunicaciones que relatan todo el hecho, agregó el Ministro, mostrando a Ruiz Tagle unos papeles que llevaba en la mano.

—Señor Franco, le interrumpió el presidente con tono severo: ruego a Ud. que haga despejar la antesala; pero ántes de esto (prosiguió en voz alta) seria bueno que Ud. hiciese ver a esos caballerso,

que es poco digno, poco humano, el manifestar de ese modo su adhesion al gobierno!

Franco salió de la sala refunfuñando, a tiempo que el padre Hipocreitía entraba i decia confidencialmente a Ruiz Tagle:

—Tiene mucha razon Vuesencia. No es de hombres que se dicen cristianos el alegrarse de la muerte de los enemigos, aun cuando éstos sean herejes. ¡Qué Dios lo haya mirado en caridad!

Ruiz Tagle no contestó al jesuita por estar embebido en la lectura de las comunicaciones que su ministro acababa de entregarle.

Por lo que toca a Anselmo, que habia sido testigo de aquella vergonzosa escena, sintió hervir la sangre en sus venas al oir la fatal noticia. Habia muerto su querido jefe! i esta noticia habia llenado de especial regocijo a sus crueles enemigos! Sin querer saber mas, bajó precipitadamente las escaleras del palacio, i al salir a la plaza vió con indignacion que un grupo de jente del pueblo corria gritando:

—¡Gracias a Dios que murió el maldito hereje!

—¡Viva la relijion!

—¡Mueran los estranjeros descomulgados!

Anselmo se dirijió apresuradamente a su casa.

—¿Qué tienes, Anselmo? le preguntó Lucinda en cuanto lo vió entrar. ¡Tú estás pálido! ¿qué te ha sucedido?

—Lucinda! respondió él, abrazando a su solícita esposa: ¡traigo el alma destrozada!

En seguida le relató en breves palabras las escenas de que habia sido testigo, agregando:

—Yo no podia creer a mis ojos, pues entre aquellas jentes que se alegraban por la muerte de un hombre tan digno de mejor suerte, venian caballeros que se dicen respetables i que se tienen por cristianos. ¡Si hubieras visto al clérigo Franco con su manteo terciado, su sombrero echado atras, capitaneando a aquellos fanáticos! Ménos que un sacerdote, parecia un capitan de bandidos vestido de sotanas! ¡Ah! Lucinda mia! ¡Qué tenga yo que dejarte!

—Qué dices! le interrumpió ella. ¿Por qué te has de separar de mí?

—Porque mi deber me llama a otra parte, querida mia.

—Ah! nó! Eso no puede ser! esclamó Lucinda estrechando a su marido entre sus brazos. ¡Es imposible que tú pienses formalmente en dejar sola a tu esposa que te ama tanto, que ha sufrido tanto

por tí, i que te prometeria, Anselmo mio, amarte mas, si me fuera posible amarte mas de lo que te amo!

Estas últimas palabras fueron moduladas cerca del oido de Anselmo, con tal acento de ternura, que le fué a éste imposible contrariar con su contestacion a su amante esposa. Ella habia cesado de hablar; pero seguia hablando mas elocuentemente aún con sus ojos preñados de lágrimas. Miróla Anselmo, i viendo en aquella mirada el apasionado corazon de su mujer, inclinóse sobre ella cual si tratase de respirar el aroma de un manojo de flores que tuviera entre sus brazos. Sus alientos se confundieron, i un doble beso resonó en el espacio.

Al mismo tiempo se dejó oir afuera un ruido de voces que despertó a los amantes esposos de sus sueños de oro. Quiso Anselmo abrir la ventana que caía a la calle para ver la causa de aquellas voces que parecian de carácter amenazador, pero se detuvo al sentir varias pedradas que chocaron en las rejas de las ventanas.

—¡Dios mio! esclamó Lucinda; i así me querias dejar! Parece cómo que atacaran la casa! ¿Qué significará esto?

—Yo te esplicaré lo que esto significa, respondió Anselmo; o mas bien, los asaltantes lo esplicarán. Oye lo que dicen, pero no tengas miedo.

I miéntras él salia apresuradamente a hacer que se atrancase la puerta de calle, Lucinda, temblando, se puso a escuchar el vocerío que habia aumentado considerablemente.

—¡Muera Freire! gritaban. ¡Viva la relijon!

—¡Ya ha muerto el condenado Tupper, i así irán muriendo poco a poco todos los malditos herejes i pipiolos!

—¡Bala fria, muchachos! Bala fria contra el pipiolo Guzman!

—:o:—

CAPITULO XXXV.

EL DEBER I LAS CIRCUNSTANCIAS.

«¿Merecen nuestros gobiernos el nombre de republicanos? En vez de gobernar con el pueblo, por el pueblo i para el pueblo, han gobernado con el partido, por el partido i para el partido.»

(Justo Arteaga A.—*Discurso, Agosto* 4 *de* 1870.)

«Bajo la influencia de una mala política se pervierten los mejores talentos i los mejores caractéres: desaparece la dignidad de la intelijencia, i la probidad del corazon».

(Domingo Arteaga A.—*Discurso.—Octubre* 14 *de* 1871.)

Lucinda se habia hincado a rezar en un ángulo de la pieza: las pedradas continuaban resonando en las puertas de las ventanas, cuyos vidrios caían hechos trizas.

—Ya ves, querida Lucinda, dijo Anselmo entrando de nuevo; ya ves la suerte que me espera si me quedo en Santiago.

—Pues nos retiraremos a vivir léjos de aquí, en uná de nuestras haciendas.

—Ah! querida mia! Todavía no podemos saber qué cosa de tu herencia nos pertenezca miéntras el padre Hipocreitía i don Meliton tengan en su poder esa arma contra nosotros....

—¿El primer testamento de mi padre?

—Sí, hijita; pero tranquilízate, esto pasará.

—Estoi tranquila... Pero, díme: ¿no está anulado ese primer testamento por el segundo?

—Es cuestion de tribunales, Lucinda; i ya echarás tú de ver si estando el poder en manos de nuestros encarnizados enemigos, podremos tener fe en los juzgados que ellos han empezado ya a corromper. Nó, hijita, es preciso que yo salga pronto de aquí....

—Bien! interrumpió Lucinda con exaltacion... ¡Está bien! Salgamos: yo te acompañaré....

—Pero, advierte que yo tengo que ir a....

—No te detengas; concluye: ¿a la guerra quieres decir?

—Es verdad, respondió tristemente el jóven.

—Pues yo no tengo miedo en acompañarte cualquiera que sea el lugar adonde quieras ir. ¿No soi tu mujer?

Anselmo por toda contestacion abrazó a su idolatrada esposa, diciendola:

—Lucinda: ¡eres el ánjel de mi dicha! No puedo esplicarte lo que siento al tener que separarme de tí; pero un deber sagrado me llama cerca de mi jeneral, de nuestro amigo, i mas que todo eso, Lucinda mia, del protector de nuestros amores. ¿Te acuerdas cuándo sus palabras nos alentaban dándonos esperanzas sobre nuestra union, que a veces nos parecia imposible? Ahora, él se encuentra en el campo de batalla, i yo debo correr a su lado. La patria reclama mis servicios, i es preciso que desenvaine esta espada en defensa de nuestras instituciones i nuestra libertad, la mas preciosa herencia que podemos dejar a nuestros hijos. ¡Oye las voces de esos hombres feroces que quisieran beber mi sangre porque he dado la mia por darles libertad a ellos mismos! Ellos no saben lo que dicen ni lo que hacen, pero han sido azuzados por los jefes de un partido sanguinario, que, a nombre de la relijon, predica la matanza i trabaja por implantar en Chile el despotismo i todos los vicios que de él se derivan. ¿Cómo permanecer a sangre fria, viendo que los enemigos de la democracia se han adueñado del gobierno? ¡Perdóname, Lucinda, que te hable así, pronto nos volveremos a ver!...

Tú te quedarás con doña Estrella, quien ya me ha ofrecido su casa.

Lucinda callaba miéntras tanto; pero se conocia la violencia que tenia que hacerse para no contrariar a Anselmo. Ya la bulla habia cesado en la calle, i los grupos se habian deshecho, yéndose a alborotar otras calles i apedrear otras casas de pipiolos.

Anselmo llamó a su asistente que le servia de portero, i de cuya fidelidad tenia repetidas pruebas.

—Pedro, le dijo: yo tengo que salir mañana de aquí: prepara los caballos.

—¿Nos vamos al sur, mi capitan? preguntó Pedro.

—Me iré yo, respondió Anselmo.

—I yo?

—Tú te quedarás aquí.

—Pero.....

—Calla. ¿No dices que me quieres?

—Mas que a mi vida, i por eso me admira de que me ordene quedarme.

—Porque quedándote me darás una prueba de tu fidelidad i cariño por mí. Te encargo a Lucinda: si algo le sucede por tu descuido...

—Ya entiendo, mi capitan. La señora tendrá en mí un perro dispuesto, no solo a ladrar sino a morder al que trate de hacerla el menor daño.

—Está bien. Ahora, búscame un buen baqueano que me acompañe a Talca por el camino de la costa. Será bien pagado.

Pedro saludó militarmente i se retiró a cumplir su comision.

——:o:——

CAPITULO XXXVI.

ANSELMO SE DESPIDE DE ANDRES.

«Así perece la infancia
I la blanca juventud,
Del patricio la arrogancia,
Del patriota la constancia,
I la voz de la virtud.»

(Domingo Arteaga A.)

Habiendo tomado su resolucion, Anselmo se fué a casa de doña Estrella; i despues de haber hablado con ésta, se dirijió a la morada de su amigo, el capitan Andres Muñoz, a quien le comunicó su proyecto, creyendo que su antiguo compañero seguiria su ejemplo.

Andres dejó hablar a su amigo, i cuando hubo concluido, le dijo con tristeza:

—Te acompañaria, Anselmo; pero mi mala suerte me lo impide.

—¿Por qué?

—He dado mi palabra de honor al gobierno actual de no hacer armas contra él.

—¿Tú, uno de los soldados que mas han peleado por el sosten de nuestras instituciones?

—Es cierto, Anselmo, que he derramado mi sangre por esa causa, porque la creo santa. Estaria dispuesto a dar mi vida por ella. ¿Qué es la vida de un hombre, i mas cuando ese hombre es un soldado? Una puñalada, un sablazo, una bala tirada al acaso, pueden cortarla en un momento... Pero cuando de esa vida depende la de otros seres queridos e inocentes... Mira...

Andres no concluyó su espresion; pero mostró con el dedo a su amigo las ventanas de una pieza que estaba enfrente del cuarto endonde hablaban. Miró el jóven, i al traves de las rejas vió a Cecilia sentada con un niño en los brazos, miéntras otros dos mayores se entretenian en jugar alegremente al rededor de su cariñosa madre. Este cuadro, digno del pincel de Rembrandt, oprimió el corazon de Anselmo porque le trajo a la memoria su separacion de Lucinda, cuyas últimas palabras resonaban aún temblorosas en sus oidos.

Pero haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, dijo a su amigo:

—Te comprendo, Andres!

—No tengo, dijo éste, a quien encargar el cuidado de mi familia... Tú sabes que este gobierno, no solo persigue a sus enemigos, sino tambien a las mujeres i a los niños... ¿qué seria de ellos si yo los dejase aquí abandonados a merced de hombres irritados i rencorosos.? ¡Ah! yo tambien quise acompañar a Picarte para reunirme con Freire en Valparaiso; pero me pusieron entre la espada i la pared, i juré no hacer jamas armas contra estos traidores!

—Comprendo tu posicion i te compadezco, respondió Anselmo.

—En cuanto a tí, prosiguió el capitan, alabo la determinacion que has tomado... Vete a reunir con Freire i dile... Nó! no pronuncies mi nombre ante mis antiguos compañeros! Solo te digo que pueden estar seguros de mi amistad, i tú mas que todos ellos!

—Lo creo, amigo mio, dijo tristemente el jóven. ¡Adios!

—Adios! Anselmo ¡qué la victoria te acompañe siempre!

—Dime, Andres, esclamó de repente Anselmo: ¿no podrias... Pero nó... es preciso que cumplas tu palabra empeñada... Adios! otra vez... Despídete por mí de tu esposa, i dile...

—Así lo haré, interrumpió precipitadamente Muñoz. ¡Pobre Cecilia! prosiguió, mirando tristemente hácia la ventana endonde se divisaba su familia reunida. Mejor es que no vayas a despedirte de

ella... Evitémosle un mal rato... ¡Ha tenido que sufrir tanto, amigo mio!

Al decir esto, se abrazaron; i con las lágrimas en los ojos, se separaron estos dos antiguos compañeros a quienes talvez estaba reservado el encontrarse bien pronto el uno enfrente del otro en el campo de batalla.

—¡Maldita sea la lucha que así divide a los hijos de un mismo país i que obliga a la patria a destrozarse las entrañas con sus propias armas! esclamó Andres cayendo sobre una silla.

En seguida se puso de pié como por un movimiento febril, i empezó a pasearse a lo largo del cuarto con una ajitacion que revelaba bien claro la intranquilidad de su alma.

—¡Ah! decia, como si su amigo pudiera oir sus entrecortadas espresiones: tienes razon, Anselmo! Tienes razon en compadecerme por haber tenido que renegar de mi bandera... ¡I quién sabe si debiera yo decir: *¡por haber traicionado!*... Porque aquí, en mi conciencia, siento que es algo como una traicion esto de quebrar su espada cuando podria esgrimirla contra los enemigos de mi causa!... ¡Fatalidad de mi suerte! ¿Por qué no me mató una bala en el campo de Ochagavía? Pero nó! Soi un insensato!... Gracias, Dios mio! por haberme conservado esta vida, que es la vida de mi pobre mujer i de mis hijos! Sí! prosiguió, apretando la empuñadura de su sable: ¡he jurado no hacer armas contra esos miserables traidores; pero tambien juro ahora no pelear a su lado contra los amigos de la república!

En aquel momento entró al cuarto, Julia, la hijita mayor de Andres.

—Papá! esclamó la niña, con las lágrimas en los ojos, al notar la tristeza de su padre.

—¿Qué tienes? le preguntó éste acariciándola. ¿Por qué lloras?

—I Ud. ¿por qué está triste?

—Yo no estoi triste, hija mia!

—I entónces yo tampoco lloro, contestó la niña sonriendo miéntras se limpiaba los ojos.

Abrazóla Andres; i al besarla en la frente, una lágrima que rodó por las tostadas mejillas del soldado, cayó como el bautismo de la desgracia sobre los ensortijados cabellos de la niña.

——:o:——

CAPITULO XXXVII.

LA BARRA DE CONSTITUCION.

> «Es una torpeza en un hombre de estado cerrar la puerta para toda conciliacion, i poner a sus adversarios en la alternativa de perecer o combatir.»
>
> (M. L. Amunátegui.—*Dictadura de O'Higgins, capítulo XI.*)

> «Cuando un pueblo se divide en vencedores i vencidos, en verdugos i víctimas; cuando el gobierno jamas perdona, sino que persigue sin tregua a sus adversarios rendidos..... en tal caso, es buena i útil, justa i santa la reaccion que se intente para restablecer el equilibrio perdido.»
>
> (Marcial González.—*Los proscritos i las letras.)*

Pero Tupper no habia muerto; i hé aquí el orijen de esta falsa noticia, que tan de buen humor habia puesto al belicoso clérigo Franco.

Segun hemos dicho en el capítulo anterior, Tupper i Viel habian llegado a Talcahuano en el bergantin *Constituyente* poco despues de

la sublevacion de Concepcion a favor de la causa liberal. Veinticuatro horas despues de haber fondeado ellos en el puerto antedicho, llegaba a la isla *Quiriquina*, situada en la boca de la estensa bahía, el bergantin *Aquiles*, de la escuadra pelucona, que habia seguido la pista al *Constituyente*. Tupper concibió el proyecto de tomarse al *Aquiles*, atacándolo al abordaje por medio de lanchas que solo le habian de servir para conducir sus soldados. Una sola tarde le bastó para formar el proyecto i preparar su jente, que hizo embarcar en ocho lanchas en cuanto las sombras de la noche cubrieron la bahía. La noche era oscura i el mar estaba en calma. Los asaltantes alcanzaron a rodear el bergantin, i habrian acertado su atrevido golpe de manos, si no hubiesen sido descubiertos a tiempo de abordar el buque. El combate fué corto, pero terrible. Se peleaba cuerpo a cuerpo. El mismo Tupper, herido en un brazo, cayó al agua i se le creyó muerto, por amigos i enemigos, lo cual decidió la victoria en favor de los asaltados. Los asaltantes fueron rechazados; pero tuvieron la felicidad de salvar la vida a su valiente jefe, que habia conseguido permanecer a flote i a quien recojieron casi exánime.

Por manera que el placer del ambicioso i feroz clérigo, se tornó en rabia cuando se supo despues en Santiago que el bravo coronel, léjos de haber muerto, habia tomado por asalto, en union con Viel, la plaza de Chillan defendida por el coronel don José María de la Cruz, cuyas fuerzas eran el doble de la de los sitiadores.

Poco despues de estos sucesos, es decir, a fines del mes de marzo, llegó Freire al puerto de Constitucion con solo dos buques: el bergantin *Aquiles*, endonde iba él i la mayor parte de los oficiales, i la goleta *Diligente*. A estos dos buques habia quedado reducida la escuadra liberal, compuesta de seis embarcaciones al salir de Coquimbo. Dos de éstas, la balandra *Juana Pastora* i el bergantin *Dos Hermanos*, habian sido capturadas casi en las aguas del puerto antedicho por la goleta contraria *Colocolo*. Los otros dos bergantines (*Railef* i *Olifante*), habian navegado en convoi hasta la costa de la Navidad, endonde, combatidos por una tormenta, estuvieron a punto de perderse con mas de trescientos soldados del *Concepcion* i del *Chacabuco* que conducian, al mando de sus respectivos jefes, el coronel Rondizzoni i el teniente coronel Castillo. Hubo que desembarcar la tropa, despues de lo cual se fué a pique el *Olifante*. I habiendo determinado los antedichos jefes conducir sus soldados por tierra hácia Constitucion, volvióse el *Railef* a Valparaiso.

Nada de esto sabia Freire, así es que esperaba ver llegar de un momento a otro los buques atrasados. La tropa estaba en tierra; pero el jeneral no habia querido desembarcarse, manteniéndose en observacion con su bergantin listo para prestar auxilio a sus otros buques en caso necesario. Mas habiendo tenido noticias de que Rondizzoni, i Castillo se acercaban por tierra; i sospechando lo sucedido, determinó desembarcar al momento. Aunque los conocedores le hicieron ver los peligros que ofrecia la poca agua de la barra de aquel puerto, famosa en siniestros, a lo cual se agregaba el mucho calado del *Aquiles*, no desistió de su idea i ordenó entrar en el puerto. Los temores se realizaron, i el bergantin encalló en un banco de arena, abriéndose por la proa. Un grito de horror fué lanzado por la multitud de jentes que desde la playa presenciaban la terrible escena, i al momento se prepararon varios botes i lanchas para socorrer a los naúfragos.

El buque, combatido por las marejadas del sur, que cual ariete inmenso golpeaban su costado de babor, se iba abriendo cada vez mas i hundiéndose por la popa. Cada marejada arrastraba una parte de la obra muerta, llevándose ya un marinero, ya un soldado de los que habian quedado abordo. El golpe de las olas sobre el casco, el silbido del viento por entre la arboladura, el chasquido de las cuerdas que se cortaban, i el crujimiento seco de los mástiles sacudidos en su base, formaban un ruido aterrador.

Los botes se habian echado al agua, i embarcádose ya en ellos una gran parte de la tripulacion.

El jeneral, de pié, cerca de la proa i asido fuertemente a una parte de la obra muerta, parecia empeñado en no bajar a la lancha que lo aguardaba, hasta que no desembarcase el último hombre. Habiase atado a la borda el estremo de una escala de cuerda que descendia hasta la lancha, i por ella acababa de bajar don Nicolas Freire, sobrino del jeneral, quien gritaba a su tio que descendiese pronto.

El buque seguia crujiendo horriblemente, i amenazaba hundirse de un momento a otro cuando el jeneral bajó a la lancha. Desgraciadamente el mar estaba ajitado, i las corrientes del sur impelian la lancha hácia la playa de Quivolgo, en cuyos bancos de arena se han perdido tantas embarcaciones. De las demas lanchas i botes, unos habian quedado atras, i otros iban entrando por la boca del rio, i solo una lancha se habia perdido enfrente de las jigantescas rocas llamadas las «Ventanas.»

Por en medio de estas rocas el mar parecia vomitar olas que atravesaban el canal de entrada, dificultando el paso hácia el interior del puerto. Al pasar por el punto antedicho, la lancha del jeneral sufrió, de costado, el choque terrible de una marejada que hizo volver su proa hácia el norte, poniéndola en inminente peligro de perderse, pues el timon se habia quebrado; i no pudiendo virar, una segunda marejada la llenó casi de agua.

La tripulacion hacia grandes esfuerzos por enfilar la corriente del rio; pero la falta del timon les impedia maniobrar en este sentido. Ya creían su pérdida segura, cuando vieron venir hácia afuera tres lanchas i un bote, impulsados no solo por los remos, sino por la corriente del reflujo. El bote i una de las lanchas venian adelante; las otras dos lanchas se habian quedado atras como temerosas de arrostrar el peligro. Este, en efecto, era considerable en atencion a que, para llegar a la lancha amenazada, se debia virar hácia el noroeste, lo que esponia a recibir por el costado las repetidas marejadas de las «Ventanas.»

Al enfrentar a estas rocas, el bote se adelantó rápidamente, i el jeneral Freire pudo ver que el oficial que allí venia con dos marineros, era Anselmo Guzman.

—Anselmo! gritó Freire, no te espongas a una muerte segura! Mira que es imposible que esta embarcacion tan débil pueda resistir el golpe de la ola!

Pero Anselmo, saludando con la mano a su jeneral, dirijió la palabra a los dos marineros i requirió el timon.

El bote volvió con la prontitud de un lijero corcel i se lanzó como una flecha hácia la lancha, a la cual le era imposible salir de un remolino formado por las encontradas corrientes. En balde quisieron los bogadores neutralizar con los remos el empuje de la marejada, a fin de evitar un peligroso choque contra la lancha: el bote chocó contra la proa de ésta, haciéndola virar hácia el sur i pasando unas diez o doce brazas adelante. Con el cambio de posicion, la lancha, ya en mui mal estado, recibió por la popa un terrible golpe de ola que acabó de abrirla, llenándola de agua. Afortunadamente uno de los marineros del bote habia lanzado al pasar un cabo que otro marinero de la lancha pudo cojer en el aire; i hé aquí porque aquella embarcacion, a pesar de la velocidad que traia, no se habia alejado de la lancha sino el largo de la cuerda. Tomados de ésta, pudieron atraer hácia ellos el bote, a tiempo que la desencuadernada lancha se hundia bajo de las olas.

Solo quedaron flotando los que sabian nadar. En aquel momento supremo fué cuando don Nicolás Freire, viendo que su tio luchaba en vano contra la corriente, se lanzó hácia él; i tomándolo de un brazo, pudo llevarlo a nado hácia el bote en el cual solo se veían los dos marineros de su tripulacion, otros dos de la lancha i un oficial que llegó despues nadando.

—¿I Anselmo? preguntó el jeneral. ¡Ha muerto! esclamó viéndolo exánime en el fondo del bote.

—Nó, señor, respondió uno de los marineros que se ocupaba de atar con un pañuelo la cabeza del jóven.

—Respira! dijo con alegría el jeneral examinando de cerca al que amaba como si fuera su propio hijo... ¡Pronto a tierra! gritó. Pronto! pronto!

Miéntras el bote se dirijia hácia el desembarcadero, le contaron que, al dar éste contra la lancha, le habia sido imposible a Anselmo evitar que su cabeza chocase con la proa por debajo de la cual habia pasado el lijero bote con estrema velocidad.

El golpe le habia roto la frente cerca del ojo izquierdo, dejándolo aturdido instantáneamente; pero pronto empezó á dar señales de vida. Sin embargo, no hablaba i parecia atacado por una fiebre que algunos momentos despues se hizo violenta.

Llegados a tierra, pusiéronlo sobre una camilla improvisada, i cuatro soldados lo llevaron al alojamiento del jeneral. Este, que lo atendia con el mayor interes, ordenó que lo acostaran en su propia cama, sentándose él mismo a la cabecera del enfermo.

El cirujano habia examinado i curado la herida, declarando peligrosa la fiebre que se habia producido. El enfermo empezó a delirar:

—¡Pobre Lucinda! esclamó con palabras entrecortadas. Ven, mi querida esposa; acércate!..... ¡Mas todavía, porque apénas tengo fuerzas para hablar!... El corazon no te engañaba cuando me decias llorando que yo habia de venir a morir aquí!... ¡Que yo iba a dejarte para siempre!... ¡Pero, perdóname, alma mia...! ¿Cómo no habia yo de venir a compartir la suerte de mis compañeros de armas?... ¡Tú sabes cuánto me costó separarme de tus brazos!... Ah! era tan dulce aquel lazo que me detenia!... Pero, ¿cómo dejar que mi querido jefe, mi protector... sufriese solo las fatigas de la guerra... sin volar a su lado para pelear contra los malvados que lo han engañado tan miserablemente?... Oyes Lucinda?... ¡El amor me manda quedarme junto a tí... pero el deber me ordena poner al

servicio de la república esta espada que el mismo jeneral Freire me regaló!... Adios, Lucinda! Adios!...

El febrítico, haciendo un esfuerzo como para levantarse, volvió a caer exánime sobre la almohada. El jeneral, que se habia alzado de su asiento, lo miraba lleno de emocion; i no bien hubo concluido de hablar el enfermo, cuando él, volviendo la cara, entró en la pieza inmediata. No queria que sus oficiales allí presentes lo viesen llorar.

—:o:—

CAPITULO XXXVIII.

EL CONSEJO.

«Meneses sentia una gran repugnancia por toda innovacion, i estaba mui distante de poner su voluntad o su brazo al servicio de una política que no hubiese recibido el aliento de su propia inspiracion.»

(R. Sotomayor Valdez.—*El Ministro Portales.*)

La pobre Lucinda habia quedado desolada en la capital, i seguia siendo víctima de la mas cruel zozobra, pues desde que Anselmo le dió el último abrazo de despedida, no habia tenido noticias de él. Por fortuna la pobre niña habia encontrado en Andres Muñoz i en Cecilia (para quienes Anselmo dejó una larga carta encargándoles a su querida esposa), habia encontrado, decimos, en los dignos amigos de su marido, un consuelo que le hacia mas soportable la soledad de su corazon. Tener cerca de sí una persona con quien hablar íntimamente de su esposo, era para ella una verdadera ne-

cesidad; así fué que, habiéndole rogado Cecilia que se fuese a vivir a su casa, miéntras volvia Anselmo, Lucinda aceptó con gratitud la oferta de su buena amiga, i se trasladó a casa de Andres.

Pero esto no bastaba para tranquilizar el combatido espíritu de la hija de don Marcelino, para la cual los dias eran cada vez mas largos. Acostábase todas las noches con la esperanza de que al dia siguiente llegarian noticias del sur; pero amanecia el dia siguiente, i las noticas no llegaban; i si llegaban, eran tan contradictorias que mas servian para desorientarla que para conocer la verdad.

El gobierno mismo no estaba mas adelantado sobre el particular; i tanto a él como al partido pipiolo les sucedia lo que a todo interesado en la realizacion de un hecho cualquiera: cada cual comentaba a su modo las contradictorias noticias llegadas a la capital; i despreciando las adversas, daban acojida solamente a las que estaban acordes con sus mas ardientes deseos.

Por fin llegó a saberse, de una manera fidedigna, el desembarco de Freire en Constitucion; i las conjeturas i chismes cesaron para dar lugar a chismes i conjeturas de otra especie. No faltaba quien asegurase que Freire habia muerto ahogado; pero otros mostraban cartas de puño i letra del jeneral, escritas desde Constitucion. Habia quienes miraban como una locura el querer derrocar un gobierno como el de la *Junta*, tan sólidamente establecido ya; miéntras que otros, perdonándole al jefe pipiolo su anterior estravío, lo miraban como al redentor de las libertades públicas, i lo esperaban todo de su heroismo, con una fe ciega en el prestijio de su antigua gloria.

Por su parte, el gobierno se habia reunido en consejo para resolver sobre las medidas que convendria adoptar. ¿Debia esperarse a Freire en Santiago o salirle al encuentro en su marcha hácia la capital? Hé aquí una cuestion de suma trascendencia que requeria una solucion tanto mas pronta i enérjica cuanto que, en casos como el presente, el éxito depende las mas veces de la prontitud i de la enerjía en las operaciones. Pero era menester oir la opinion de los prohombres del partido; i en consecuencia, fueron llamados al Consejo los amigos mas íntimos, entre los cuales se distinguian nuestros antiguos conocidos don Víctor Dorriga i el incansable jesuita, quien ya no hacia misterio de su adhesion a los relijiosos pelucones, i hablaba de las ideas anticristianas de los pipiolos, no solamente dentro del palacio del gobierno, sino tambien delante de los amigos de su antiguo confesado, el jeneral Pinto.

—¡Señores! dijo el ardiente clérigo Franco, arrebatando, mas bien que tomando la palabra: ya sabemos el arribo del revoltoso Freire a la Nueva Bilbao....

—Constitucion, señor, le interrumpió don Francisco Ruiz Tagle.

—Constitucion o Nueva Bilbao, poco importa por ahora el nombre, replicó, terciándose el manteo el antiguo realista, que no podia avenirse aún con dar a los lugares los nombres dados por los republicanos. Lo que importa es saber, como ya lo sabemos de positivo, que el revoltoso enemigo del órden ha desembarcado en aquel puerto. Mas, por gracia de la Divina Providencia, que tan evidentemente está favoreciendo nuestra santa causa, no ha podido Freire desembarcar allí sino con mui pocos soldados. Siendo como es un iluso, no es extraño que pretenda venir a arrebatarnos el poder que Dios ha puesto en nuestras manos, i que la relijion misma nos ordena i manda defender a todo trance, muriendo, si es preciso, ántes que entregarlo a los que tan mal uso saben hacer de él. Esas pretensiones del cándido Freire las vemos reflejarse aquí en el semblante de sus crédulos adeptos, que llenan esta capital, i de los cuales debemos defendernos i librarnos, ántes que de su ya desprestijiado jeneral. Tenemos, pues, al enemigo en casa; por manera que no me parece prudente dejar indefensa esta ciudad, enviándo nuestras fuerzas a combatir contra un enemigo casi reducido ya a la impotencia, i que la Divina misericordia acabará de....

—Sí! aténgase a la Vírjen i no corra! interrumpió Aldeano sonriendo.

—¿Qué decia Ud., señor don Rodrigo? preguntó Franco con mirada chispeante.

—Decia, respondió el interpelado, que, cuando se divisa un inconveniente a nuestra marcha, es preciso ir pronto hácia él, para quitarlo del camino, i no esperar que ese estorbo ruede hácia nosotros, porque puede llegarnos mui crecido!

—Pues yo creo al contrario que ese inconveniente, léjos de crecer disminuirá, porque llegará hecho pedazos a nosotros.

—¿Por virtud del Altísimo? preguntó Aldeano.

—Nó, sino por su propia virtud, respondió Franco, moviendo su brazo como quien juega al sable.

—Pues yo soi del parecer del señor Aldeano, dijo el padre Hipocreitía. Mas fácil es pasar el curso de un rio en su nacimiento que mas adelante....

—En cuanto a mí, interrumpió Franco, hallo mas fácil pasar

la corriente del rio, cuando parte de sus aguas se han consumido en el camino.

—I ¿si han sido aumentados con ricos afluentes? replicó el jesuita.

—Oh! esclamó don Diego Portales, que estaba sentado cerca del presidente: hablen de modo que se entienda, por el amor de Dios! Don José Tomás me acaba de decir que no ha comprendido palabra de lo que han dicho ustedes!

—Yo no he dicho eso, replicó el presidente mirando de reojo a Portales. Lo que he dicho es que aquí hemos venido a ver si conviene o nó enviar tropas al sur. ¿Qué le parece a Ud., señor Dorriga?

—Yo creo que debieran ya estar nuestros soldados a orillas del Maule, respondió con voz clara don Víctor. Verdad es que Freire tiene ahora pocos soldados; mas por lo mismo debemos impedir que aumente sus fuerzas, lo cual conseguirá, si llega a Talca i pasa prontamente a Colchagua, cuyos habitantes son, en su mayor parte, pipiolos. Es menester que no nos engañemos: Freire tiene muchos partidarios entre el Maule i el Cachapoal; por consiguiente, no debemos dejarlo poner el pié en esos centros de poblacion, endonde puede formar i equipar un ejército. Es preciso, pues, irnos en derechura al Maule, i ojalá no sea demasiado tarde para impedir el paso a los soldados de Rondizoni i de Castillo, que harán por reunirse cuanto ántes con su jeneral.

Prevaleciendo el parecer de Dorriga, dióse órden a Prieto de que alistase su ejército para ponerse prontamente en marcha hácia el sur.

La Junta nombró auditor de guerra al mismo don Víctor, i los sucesos posteriores probaron el acierto de este nombramiento.

Junto con las noticias que tanto preocupaban a los pelucones, habia llegado la del siniestro acaecido en la barra de Constitucion. Lucinda oyó, mas muerta que viva, la relacion de un acontecimiento que tan cruelmente la heria en el corazon; i como no faltaba quien dijera haber visto cartas de Constitucion en que se hablaba de la segura muerte de Anselmo, la pobre niña se resolvió a ir ella en persona, a prestar los indispensables servicios a su esposo; i rogaba a Dios que si habia de morir el hombre que tanto amaba, lo conservase siquiera el tiempo necesario para ir a recibir su último aliento. En vano le hicieron ver, Andres i Cecilia, los peligros a que se esponia con un viaje tan largo, por caminos intransita-

bles, plagados de salteadores, i teniendo que atravesar un territorio conmovido por la guerra civil. Ella, no escuchando mas que a su corazon, allanaba todas las dificultades que Muñoz trataba de pintarle con los mas vivos colores; i siendo el amor tan injenioso para concebir un proyecto, como activo i enérjico para llevarlo a cabo, en ménos de veinticuatro horas, ya Lucinda habia preparado su pequeño equipaje de viajero, agregando a él un vestido completo de hombre, que Pedro le aconsejó llevar.

Viendo Andres que nada podia disuadir a Lucinda de su pensamiento, resolvió acompañarla; pero por desgracia, en esos mismos dias, recibió el capitan Muñoz la perentoria órden de no salir de la ciudad, miéntras el gobierno no dispusiera otra cosa, advirtiéndosele que tendria que desempeñar, en pocos dias mas, una comision importante en Valparaiso.

Bien conoció Andres que no se tenia confianza en su lealtad al nuevo gobierno, i que solo se buscaba un pretesto para separarlo del ejército que pronto debia batirse con los liberales. Léjos de resentirse por esto, agradeció que se le tuviera por leal a las ideas a que siempre habia servido; pero sintió grandemente el no poder acompañar a Lucinda, la cual se dirijió al sur por el camimo de Melipilla, que era la vía de ménos inconvenientes, en aquellas circunstancias.

Vestida como una pobre mujer del pueblo, i acompañada solamente por Pedro, para evitar sospechas, emprendió su peligrosísimo viaje, confiando en que llegaria a su término sin ser conocida.

Al mismo tiempo que Lucinda se dirijia al sur, por el camino de la costa, (mui conocido por su fiel asistente,) el jeneral Prieto conducia su ejército hácia Talca, por el camino llamado entónces *de la Concepcion*, que divide lonjitudinalmente el gran valle central de Chile. Constaba el ejército pelucon de mil trescientos infantes, mas de ochocientos hombres de caballería, i doce piezas de artillería bien montadas. Aunque, segun el parecer del consejero Dorriga (cuya opinion respetaba grandemente el jeneral Prieto,) debia andarse en marchas forzadas para llegar a tiempo, no era posible conducir con mayor prontitud un ejército por una vía mala de suyo, i que las primeras lluvias habian hecho casi intransitable. Mas, a pesar de tales dificultades, una semana despues de dada la órden de marcha por la Junta de Gobierno, es decir, el 2 de abril, el ejército habia atravesado el rio Tinguiririca, i su vanguardia se hallaba ya acampada sobre la márjen izquierda del Chimbarongo. Allí se supo

que las fuerzas constitucionales no habian atravesado aún el Maule, i que Freire se ocupaba en reorganizar su ejército, al cual ya se habia incorporado Viel i Tupper, quienes habian traido del sur algunos veteranos de caballería, con los cuales venian como auxiliares, unos ciento cincuenta a doscientos indios bien montados.

Esta noticia puso de buen humor al hábil Dorriga, que a todo trance queria pasar los rios Lontué i Claro, ántes de que el enemigo se enseñorease del ondulado llano que se estiende hácia el sur, atravesado por una multitud de quebradas i esteros, cada uno de los cuales presentaban un punto de apoyo i de defensa al ejército allí acampado, mayormente si ese ejército carecia de cañones bien montados i de una robusta caballería, que era precisamente lo que se verificaba en el ejército constitucional. Por el contrario, don Víctor lo esperaba todo de su caballería, i deseaba encontrarse con el enemigo en un lugar endonde ésta pudiese obrar ventajosa i libremente.

Otra idea preocupaba ademas al sagaz consejero. Nadie habia podido decirle con certeza si Rondizoni i Castillo habian atravesado el Mataquito, con su jente desembarcada en la Navidad. Si los antedichos jefes conseguian reunirse con Freire, éste adquiriria un refuerzo de cerca de cuatrocientos soldados pertenecientes a los aguerridos batallones *Chacabuco* i *Concepcion*. Era, pues necesario impedirles el paso; i el lugar mas apropósito para ello, era el valle pordonde el rio Mataquito, (formado por el Lontué i el Teno), se dirije hácia el mar. I como en tal incertidumbre, la prudencia aconsejaba por una parte, no perder tiempo, i por la otra no dividir las fuerzas hasta no saber si Castillo i Rondizoni estaban al norte del Mataquito, don Víctor hizo despachar un emisario secreto para inquirir este importantísimo dato. El emisario debia partir a matacaballos hácia la costa, i allí se cercioraria de la verdad de los hechos. En seguida, atravesando el antedicho rio, se dirijiria por el costado sur hácia la estancia de las Quechereguas endonde se uniria al ejército.

Cúpole el desempeño de esta comision a nuestro antiguo conocido Juan Diablo, quien, deseando ganar *por dos lados* (como él decia), habia dejado a su intelijente esposa vendiendo aguardiente aguado en la calle de San Pablo, mi éntras él, enrolado en las filas del *órden*, no solamente ganaba su sueldo de sarjento, sino que tambien hacia su negocio de proveedor de los soldados, por medio

del intelijente Vizco, que podia apostárselas a la mas experta vivandera.

Aquí conviene advertir al curioso lector, que, solo a condicion de hacerse soldado del *órden*, habia conseguido Juan Diablo que el gobierno le perdonase al Vizco aquella travesura que costó la vida al verdugo Catana, i que dió tanto que hablar a la ciudad de Santiago.

——:o:——

CAPITULO XXXIX.

LA EXPEDICION.

Para viajar, prudencia; i para mentir, memoria.

(Dicho popular).

Montados en mui buenos caballos, con los bolsillos repletos de dinero i disfrazados de paisanos, Juan Diablo i el soldado que lo acompañaba, dejaron el ejército, sin que nadie lo echase de ver, i se dirijieron rectamente hácia la costa.

Todavía era de noche cuando comenzaron a subir la montaña occidental; i aunque estos cerros estaban plagados de salteadores, nada temian, pues el asistente del bodegonero era un digno soldado de la Partida del Alba, gran conocedor de aquellas cerranías, así como de las prácticas, usos i costumbres de los salteadores que las habitaban.

Amanecióles sobre el portezuelo de la Higuera; i ya habia salido el sol cuando comenzaron a galopar, atravesando diagonalmente el estenso i feraz valle de Santa Cruz. De cuando en cuando se paraban o andaban al paso; pero era solo el tiempo necesario para refres-

car sus cabalgaduras medio fatigadas, o bien, para «hacer la mañana» con largos tragos de aguardiente, i *abrigar el estómago con un causeito.* Mas no porque mascaban perdian tiempo, pues, a una con meterle el diente a los fiambres que llevaban en las alforjas, metíanles las espuelas a sus caballos: por manera que, aún no eran las siete i media de la mañana, cuando ya ellos se habian alejado mas de once leguas del ejército.

En todo el camino hecho, no habian encontrado ni una sola persona a quien preguntarle nada; i como deseaban dar con álguien a quien interrogar, paráronse cerca de una vía trillada que atravesaba el abierto llano, i allí les quitaron el freno a sus caballos para refrescarlos un rato, esperanzados en que bien pronto habia de pasar algun sér viviente por aquel camino, que parecia mui traficado.

Los transeuntes no se hicieron esperar mucho rato. El digno bodegonero fué quien primeramente vió, por entre los espinos del gran llano, dos bultos que venian del lado del norte, los cuales no eran sino dos hombres de a caballo, que marchaban, el uno al lado del otro, ya al trote, ya al paso.

El previsor Juan Diablo ordenó entónces a su compañero que pusiera prontamente el freno al caballo, i lo mismo hizo él con el suyo, pues aquellos hombres que se acercaban podian mui bien ser *mala jente;* pero habiéndose acercado mas los transeuntes, conocieron nuestros hombres que nada tenian que temer de ellos, en atencion a que el uno parecia ser fraile franciscano (por el hábito que vestia), i el otro era sin duda su mozo de servicio, segun lo indicaba la maleta que traia sobre las ancas de su caballo.

Traia el fraile la cabeza i parte de la cara atadas con un gran pañuelo de seda; la capilla, a medio calar, le cubria la nuca, i un gran sombrero de paja de Italia le sombreaba el rostro, que, a pesar de sus regulares facciones, parecia un poco desfigurado por ciertas manchas rojo-negruscas (vestijios tal vez de alguna antigua enfermedad) que presentaban sus redondos carrillos.

Juan Diablo no pudo ver el color de sus ojos, pues el devoto sacerdote los tenia fijos sobre las cuentas de un gran rosario que llevaba en las manos; i tan embebido parecia ir en su rezo, que apénas contestó con un lijero movimiento de cabeza al saludo que se le dirijiera.

Acercóse entónces el bodegonero al criado, quien, a diferencia de su patron, no habia despegado de Juan i de su compañero, el único

ojo que le quedaba libre, pues llevaba el otro cubierto con un gran parche de trapo azul.

—¿Para dónde bueno, amigazo? preguntó el bodegonero, despues del saludo de cortesía.

—Vamos *aquí luego*, señor, respondió el del parche, poniendo la mano (distraidamente al parecer) sobre el laboreado mango de la catana que llevaba en la cabeza de la enjalma, i cuya aguda punta alcanzaba a pasar una pulgada mas abajo de los pellones de su montura.

—¿Cómo dice usted que va *aquí luego*, observó el compañero de Juan, i lleva esa gran maleta que no se usa sino para los viajes largos?

—Ménos averigua Dios i perdona, respondió el del parche, mirando de reojo al que lo interpelaba, i acariciando de nuevo su catana.

Al oir esta contestacion, el fraile volvió la cara i miró a su mozo, que pareció arrepentirse de haber hablado con demasiada acritud, porque dirijiéndose a Juan, le dijo con la voz mas suave:

—Es cierto, señor, que no vamos *aquí mui lueguito*, i por eso dije: *aquí luego* solamente. Mi patron es un padrecito que recien ha cantado misa en San Fernando, i ahora va mui enfermo de las muelas, i no puede hablar palabra. ¿Se le ha pasado el dolor, señorcito? preguntó, acercándose a su patron, el cual respondió con voz baja, algunas palabras que los otros no pudieron oir. Dice que se le ha pasado algo, prosiguió el del parche, volviéndose a Juan; pero siempre va punzándole la cara esta muela condenada, ¡Dios me libre! ¿Para qué diablos le mandará Dios estos dolores a un santo como es él, que no se lo pasa sino reza que reza?

—Pero, despues de tanto hablar, no nos ha dicho para a dónde marcha? preguntó el bodegonero sonriéndose.

—Ah! creia habérselo dicho a usted! esclamó el del parche, con cierto movimiento de disgusto. El hecho es que vamos a un convento de San Francisco que hai en San Pedro de Alcántara, endonde el padrecito tiene que cantar misa pasado mañana.

—Pero ¿no me dijo usted que ya habia cantado misa en San Fernando?

—Ah! es verdad, respondió mui contrariado el del parche. Esto quiere decir que va a cantar misa otra vez en San Pedro de Alcántara. Porque ha de saber usted, mi señor, prosiguió, bajando la voz con cierto misterio, que este padrecito no es de esos padres

que bota la ola, sino que el mismo Santo Papa, segun dicen, mandó desde allá de Roma las órdenes que lleva encima, con una multitud de induljencias i bendiciones, porque es herejía el número de induljencias que vinieron con las órdenes, i todas ellas mas grandes, por supuesto, que las que puede dar el señor Obispo de Santiago. I al mismo tiempo envió a decir el Santo Papa de Roma, que el que tocase a este siervo de Dios, o lo moslestase lo negro de la uña, caeria lisiado al momento, i moriria de mala muerte: todo lo cual ya ha comenzado a verificarse.

—¿Cómo así? preguntó Juan Diablo abriendo tamaños ojos.

—Ha de saber usted, que anoche tuvo mi patron con el provincial de San Francisco no sé qué dimes i diretes, cuando, sin saber cómo ni cuándo, cayó el pobre provincial al suelo, con un mal de hora que daba compasion. ¿No ha oido usted decir...?

—No he oido nada de esto, pues no soi de este lugar, respondió Juan mirando fijamente al sacerdote que marchaba adelante pasando unas tras otras las cuentas de su rosario.

—Pues si esto hace Dios con los sacerdotes que le dicen una mala palabra a mi patron ¿qué hará con los demas cristianos? Pregunteselo usted a todos los del convento de San Fernando i verá lo que le responden. En solo dos noches que allí estuvo, hizo como tres milagros, fuera de lo del padre provincial. Para que vea usted! Pero... esto es nada comparado con....

—¿Todavía mas? preguntó Juan Diablo con marcado interes.

—Mire usted! respondió el del parche, con ese tono animado de quien ha producido efecto. Mírelo que parece que no quiebra un huevo; pero ahí donde usted lo ve, es capaz de cantárselas al mas pintado, i no le tiene miedo a alma nacida, sobre todo cuando va como ahora con su pistola de virtud....

—¿Qué dice usted?

—Una pistolita de virtud, pues, señor, que mi patron tiene, la que jamas yerra tiro....

—¿I tambien se la mandó el santo Papa? preguntó Juan con cierta sonrisa.

—*No le sabré decir*, respondió el del parche; pero de todos modos la pistola es bendita, porque segun dicen, la cacha es hecha del mismo palo de la Santa Cruz, i aquel a quien se le apunta con ella, cae redondito al tiro...¡Jesus...! Dios me libre!

—Mire, *ño* Diab... *ño* Juan, dijo a esta sazon el asistente del bodegonero; mire que ya se va haciendo tarde!

—Ah! esclamó Juan; se me habia olvidado! Dígame, amigo, i perdone ¿no ha oido usted decir si han marchado o no para el sur los soldados enemigos del gobierno, que han desembarcado *por aquí por estos medios*?

—Nada sé de eso, respondió el del parche, porque yo no soi de este *partido*.

—Pues yo necesito apurar la marcha para llegar hoi mismo al Mataquito, dijo Juan despidiéndose de su interlocutor.

—Adios, señor, i que le vaya bien, murmuró éste, viendo con gran gusto que los otros dos echaban a andar a buen galope.

Una o dos cuadras se habria separado Juan con su compañero, cuando éste le dijo:

—¿Sabe en lo que estaba pensando, *ño* Diablo?

—¿Cómo lo he de saber, si no me lo has dicho? respondió el otro.

—Pues voi a decírselo. Yo creo que conozco a este tuerto del parche.

—Bien puede ser.

—Aunque cuando lo conocí, no estaba tuerto.

—Tambien puede ser así.

—I así es. No estaba tuerto, i era un diablo, no agraviando a lo presente. Se llamaba Pedro Cáceres, i peleamos juntos en Chiloé. Me acuerdo como si fuera ahora.....

—I ¿qué nos importa todo eso?

—Voi a decírselo, *ño* Diablo. Este Pedro Cáceres era un embusterazo, i nadie le creia ni lo que rezaba, por lo cual lo llamábamos don Costal de Mentiras. Como se lo cuento, *ño* Diablo: este hombre las inventaba en un santiamen,i las echaba al vuelo que era horror! A mí nadie me quita de la cabeza que éste es el mismo don Costal, i que todo lo que le ha encajado a usted no es mas que una cáfila de mentiras. Ni pestañaba el hombre cuando las echaba *rabiataditas* por la boca.

—Nada nos importa eso, dijo el bodegonero. Ahora no debemos pensar sino en picar fuerte!

Calló el otro; pero un poco mas allá volvió a decir:

—¿Sabe en lo que estaba pensando, *ño* Juan? Yo creo que seria una cosa mui acertada.

—¿Qué cosa es esa? preguntó Juan Diablo sin dejar de galopar.

—La cosa es que el caballo de don Costal me ha gustado mucho, i a usted le debe haber parecido bien el del padrecito. Son unos preciosos animales, que, segun parece, van mui cuidados i marchan

con un paso que da gusto.... ¿No es verdad que son dos buenas piezas....? I como los nuestros van aflojando algo i tenemos que andar tanto todavía.....

—¿Quieres que volvamos a quitarle los caballos al padre? preguntó Juan, mirando fijamente a su compañero.

—Oh! esclamó éste, bien *haiga* quien tiene potencias i entiende las cosas al momento!... Usted me lo ha comprendido todo, como si se lo hubiera dicho! ¿Quiere que volvamos a trocar nuestros caballos por esos otros?

—Badulaque! esclamó el honradísimo bodegonero ¿cómo te atreves a proponerle tal cosa a un hombre como yo?

—Pero, *ño* Diablo, replicó el otro ¿por qué encuentra la cosa tan mala? Dígame usted: ellos van *aquí luego*, como dicen, i nosotros *tenímos* que andar como un descosido para llegar mañana en la noche a las Quechereguas; ¿será, pues, conciencia que ellos vayan en buenas bestias i que nosotros tengamos que hacer tan largo viaje en estos animales medio gastados? ¡Mire que todavía es tiempo, *ño* Diablo!

—Te prohibo que me vuelvas a hablar de esto! esclamó enérjicamente el bodegonero.

—Pues si no le gusta, lo deja, refunfuñó el soldado, picando de nuevo su caballo. Ya se ve! prosiguió: mas adelante encontraremos remuda en los potreros de algun rico. ¡Para eso le vamos sirviendo al gobierno i a la relijion!

Ya en esto habian llegado al pié de la cadena de montañas que cierra por el sudoeste el gran valle de Santa Cruz. Un camino trillado los condujo a la cuesta llamada *de la Lajuela*, que aunque no presentaba como ahora una carretera de fácil tránsito, era el único punto pordonde podia trasmontarse aquellos cerros, sin grave peligro de estraviarse, o de caer con caballo i todo, en alguna profunda quebrada. Emprendieron, pues, la subida por la tortuosa i estrecha senda, endonde apénas cabia la uña del caballo, al cual era necesario que el jinete se entregara a discrecion. Las rocas que a veces interceptaban la vía, invadiéndola con sus puntas salientes, parecian querer empujar a los viajeros hácia los precipicios; i los gruesos árboles, estendiendo sus ramas sobre el camino, ayudaban a las rocas, como si allí los hubiese plantado el dios del *Statu quo* para impedir el paso a los transeuntes.

Solo el que haya tenido que atravesar nuestras montañas de la costa (que, a pesar de la necesidad de cortarlas por buenos caminos,

habrian seguido en el mismo estado, durante diez o veinte siglos mas de la dominacion española) solo ellos, decimos, podrán apreciar los peligros que el transeunte corria, teniendo que pasar, ya por sobre una roca resbaladiza entre un peñon tajado a pico i un oscuro precipicio, en el cual amenazaba el peñasco hundirse con viajero i todo, ya por debajo de troncos de árboles, de cuyas ramas solian quedar pendientes el sombrero o los jirones del vestido del pobre transeunte.

En tales casos, era menester abandonarse a la sagacidad i destreza de su caballo; i léjos de pretender dirijirlo, el jinete debia cuidar solamente de sí mismo, i estar atento, para no caer a los movimientos del noble animal, cuando ladereaba, inclinando lijeramente su cuerpo hácia el cerro; cuando subia arañando la tierra, o afirmando sus cascos en las puntas de las rocas; i por fin, cuando bajaba, resbalando, sentado sobre sus cuartos traceros.

Llegados a la cumbre del portezuelo, nuestros hombres se apearon con el doble fin de dar descanso a sus caballos fatigados, i de hacer medio dia con lo que llevaban en las alforjas.

En seguida bajaron, así como habian subido, es decir, caracoleando o saltando de grada en grada, hasta llegar al pié occidental de la cuesta, endonde la vía comenzaba a ser ménos áspera, corriendo a lo largo de los estrechos i montuosos valles de Nerquihue i Caillihue.

Una vez salidos de estos oscuros i entretejidos bosques de espinos seculares, se encontraron en la sábana despejada i blanquisca, conocida con el nombre de *valle de Lolol*. Ninguno de los pobres transeuntes que encontraron habian sabido darle la menor noticia sobre las tropas de Rondizoni.

Cabizbajo i sediento marchaba Juan Diablo seguido de su compañero, no ménos sediento que él, cuando al dar vuelta una puntilla, se encontraron de repente con un hombre que venia montado en un macho, i arreaba una yegua cargada con un par de *chiguas* que servian de base a un voluminosísimo sobornal elevado como una torre sobre el lomo de la yegua.

Juan miró al hombre de arriba abajo, i en el momento conoció que era costino, pues así lo revelaba su puntiagudo bonete azul, su chupa de bayeta negra, su calzon corto de cordoncillo, i sus calcetas de lana cortadas en los piés, que el hombre traia desnudos, nó, sin duda, por carecer de calzado, pues llevaba los zapatos colgando

hácia uno i otro lado de la cabeza de la enjalma para ponérselos en cuanto llegase a poblado.

—Buenos dias, amigo, le dijo Juan. Oigame una palabrita!

—Buenas tardes, señor, respondió el pescador: aquí me tiene, mi su merced, al su mandar.

—Dígame ¿viene usted de la costa?

—Sí, mi señor; yo soi de la boca de Llico; i esta mañana salí de allá, al canto de los gallos, con esta carguita de pescado i de *luche*, para irla a vender a San Fernando, adonde llegaré esta noche, al venir el dia, con el favor de Dios. Voi atrasado, porque, con perdon de su merced, esta mañosa (i miró a la yegua) se ha venido *mañereando* por todo el camino; así es que.....

—Bueno, bueno, le interrumpió Juan: ahora, dígame ¿Sabe si han pasado las tropas pipiolas para el sur?

—No le daré razon, respondió el hombre de la carga.

—I ¿por qué no me dará razon?

—Porque... porque no le sabré decir a su merced. Yo me lo paso ocupado en mi pesca, i nada mas, porque con esto me mantengo, gracias a Dios, pues en algo se ha de ocupar el pobre para ganar la vida; i yo no soi hombre para estar mano sobre mano, no lo habia de decir yo: ahí está todo el lugar que me conoce.....

—Con mil diablos! esclamó Juan ¿Qué me importa a mí todo eso que me está diciendo? Lo que le preguntó es ¿si han pasado el Mataquito los soldados que desembarcaron ahora poco en la Navidad?

—Sí, mi señor, en la Navidad, eso es! Allí fué donde se quebró un barco lleno con los soldados de los señores pipiolos que gobiernan en la *ciudá*.

—Ya no gobiernan los pipiolos, sino nosotros los pelucones! esclamó Juan, mirando con altivez al pescador.

—Asi será, pues, señor, respondió el costino: nosotros los pobres no sabemos esas cosas de gobiernos, que son hechos para los ricos.

—Pero, en fin ¿me dará usted las noticias que le pido?

—Vaya, pues, mi su merced, le diré como si me fuera a confesar, que esa quebradura del barco ha metido mucha bulla por todos estos *medios*.

—¿I los soldados?

—Hai ciertos runrunes sobre la soldadesca, porque unos cristianos dicen que ya pasaron para el sur; otros dicen que no han pasado; otros aseguran que ya pasaron, miéntras otros juran que no

han podido pasar. Pero otros dicen que los han visto atravesar el rio, i otros no creen tal cosa, porque.....

—I a usted ¿qué le parece?

—A mí me parece que ya pasaron; pero tambien me parece que nó, porque no es bueno arriesgar la verdad, i las cosas se han decir como son.

—Es decir ¿qué usted no sabe nada?

—Así es, mi señor ¡para qué es decir una cosa por otra! No sé palabra de si pasaron o no han pasado; i, con perdon de su merced, mentiria, si le dijera que algo sé de cierto sobre los runrunes que corren.

—Pues, buenas noticias nos da el amigo, despues de tanto hablar! exclamó Juan soltando una carcajada.

—Cada cual da las noticias que sabe, observó el pescador mirando de traves al bodegonero.

—Ahora, dígame, preguntó éste ¿cuál es el camino que va derecho a la costa?

—Mire, su merced, respondió el costino, apuntando con el dedo a medida que hablaba. No tiene usted mas que irse por aquí, estero abajo; i cuando llegue a aquella puntilla *redondona* con tres espinitos en la coronilla, pasa el estero, i lo va orillando por el lado del sur, hasta unos cardones quemados que hai en la barranca del estero; i luego allí pasa el estero para el norte, i mas allá vuelve a pasar el estero, en una puerta de tranqueros, i vuelve a orillarlo por entre un *renovalito* de espinos; i cuando llegue a la estancia de don Choño el rico, vuelve a pasar el estero.....

—¡Hasta cuándo diablos me hace pasar el estero! esclamó Juan desesperado.

—Pues, mi señor, replicó flemáticamente el pescador, si no pasa otra vez el estero, no llega nunca al camino de Llico, i se quedará embolsado en la estancia de don Choño. No hai remedio pues! Es preciso que éntre otra vez a la caja del estero, i entónces se va, caja adentro, hasta llegar al bebedero que el rico tiene en otra puerta de trancas; i allí agarra el camino real que atraviesa derecho como una vela, el valle de Nilagüe, subiendo por la cuesta que llaman de.....

—Bueno, bueno, amigo: hasta otro dia! interrumpió Juan, picando su caballo.

—Queriendo Dios! mi señor, respondió el pescador, dando al mismo tiempo un recio latigazo sobre la cargada yegua.

CAPITULO XL.

RESULTADOS DE LA EXPEDICION.

«Si no principia el chicote
A hacerles operacion,
No quedará monigote
Que no haga revolucion»

JUAN DE LA VIÑAS.

Merced a las circunstanciadas señas del pescador, pudieron, Juan Diablo i su compañero, llegar al camino que debia conducirlos a las costas de Llico. Habiendo salido del despoblado valle de Lolol, se internaron en el de Nilagüe, uno de los mas importantes de nuestras costas, que, comenzando en el elevado monte de Ránguil, se estiende mas de catorce leguas, entre dos risueñas cadenas de cerros que van separándose i estrechándose, formando entre sus lomajes cuchillas morros i puntillas salientes, caprichosas ramificaciones del mismo valle, hasta llegar a la playa de Cahuil, endonde se encuentran las mas ricas salinas de Chile.

Un estero caudaloso, corriendo medio escondido por entre un tupido bosque de altos espinos, divide al valle lonjitudinalmente; i

despues de recibir el agua de muchos esterillos tributarios que bajan por los cajones de los cerros laterales, desemboca en el mar con todo el aspecto de un gran rio. Las márjenes de este estero, cubiertas de chacarerías de *rulo*, sembradas anualmente desde tiempo inmemorial, demuestran la feracidad del valle (que ya en aquel tiempo se veia dividido en estancias), entrecortado por las cercas de los potreros i sembrados de habitaciones i arboledas.

Nuestros viandantes respiraron con satisfaccion al llegar a la habitada comarca, despues de haber atravesado una cerranía i un bosque casi salvajes. La sabana despoblada, seca, pulverulenta i desnuda de vejetacion que acababan de dejar, formaba contraste con aquel campo cubierto de rastrojos hasta mas allá de la média falda, i endonde el bramido de las vacas, el ladrido de los perros i el chirrido de las carretas de algunos chacareros atrasados, hicieron concebir a Juan Diablo ardientes deseos de acercarse a pedir hospitalidad en algunos de los simpáticos humos que se elevaban aquí i allá sobre los techos de algunas habitaciones.

El soldado acompañante fué del mismo parecer; i habiendo encontrado a un hombre que iba a pié descalzo, con una hacha sobre el hombro, i colgando del hacha un par de *ojotas chacareras*, le preguntaron dónde vivia el juez prefectó, que era como se llamaba entónces a los señores subdelegados de hoi.

—Don *Chuma*, el Guapo, es mi patron, respondió el chacarero. Vive detras de aquella puntillita baja, sobre la cual se ve aquel corral de piedra, que es donde duermen las ovejas i las cabras de mi patron. Sigánme no mas, caballeros, que yo los *indilgaré por lo mas corto*.

Echaron a andar detras del chacarero; i cuando llegaron a casa de don Tomás (o don Chuma, como aquel decia), ya el sol se habia escondido detras de los cerros de la costa, i sus mortecinos rayos daban el último adios al valle, dorando pálidamente las orientales cumbres de granito.

El oficioso guia, despues de hacer entrar a los recien venidos dentro de una especie de corral, formado por un gran pajar a la derecha, un largo rancho de totora enfrente, i una gruesa estacada de espino en lo demas del circuito, señaló con el dedo hácia el pajar, i dijo:

—Allí está el patron don Chuma.

Salió éste del pajar, con un gran *harnero* lleno de paja en la mano, haciendo resonar sobre el desigual i pedroso pavimento las

claveteadas suelas de sus zapatones. Aquel hombre, con una capa de polvo, i paja menuda sobre el cuerpo, barbas i cabellos revueltos, chaqueta i chaleco desabotonados, i abierto de par en par el cuello de la camisa, como para mostrar la fortaleza de un bien formado pecho, miró a los recien llegados con cara de pocos amigos (como suele decirse), i les preguntó entre hablando i gruñendo:

—¿Qué se les ofrecia a ustedes, caballeros?

El tono áspero i la mirada escudriñadora con que el señor prefecto acompañó su pregunta, eran para intimidar a otro que no fuera Juan Diablo. Apeóse éste sin contestar; i acercándose al montaraz dueño de casa, lo impuso en voz baja, de la comision que el jeneral Prieto le habia encargado. Al oir el relato, frunció don Tomás el entrecejo; pero cambiando repentinamente de fisonomía, llegó casi a sonreirse, i convidó cortésmente a sus huéspedes para que se fueran a sentar en el gran banco de roble puesto debajo del corredor de la casa.

En seguida, entregando el harnero a un peon, para que concluyese de cribar la paja que habia de cenar su caballo favorito, ordenó que se preparase pronto una buena merienda para el señor sarjento.

Miéntras llegaba la merienda, pusiéronse a hablar sobre los últimos sucesos. Cada nueva noticia que el señor prefecto ignoraba (que eran las mas) lo hacia esclamar:

—Oh! ¿quién lo habia de creer? bueno! Cúmplase la voluntad de Dios!

—Sí, señor, decia Juan; la voluntad de Dios se ha cumplido, pues no podia Dios permitir que el gobierno siguiese permaneciendo en manos de los herejes que tanto han perseguido a los ministros del Señor. Ahora es otra cosa; i si conseguimos no dejar uno, verá usted cómo la relijion cunde por todo el país, pues es bien sabido que nosotros somos hombres de cristiandad i de temor de Dios; razon por la cual ,nosotros los pelucones que ahora gobernamos, hemos prometido apretarle las medidas al pipiolaje. Porque es menester convencerse (agregó) que si no se les va a la mano, no nos dejarán quietos jamas en el gobierno, por ser ya cosa sabida que ellos nacieron para hacer revoluciones i aspirar a subir al mando, como si los herejes supieran lo que es gobernar cristianos que tienen un Dios i una relijion.

Don Tomás no contestó una palabra, sino que miró de arriba abajo a su interlocutor.

Despues de un corto instante, dijo:

—Yo tambien, señor, soi hombre de relijion como el que mas, i mui devoto de la Vírjen. Todas las noches, a esta hora, se reza en esta casa el santo rosario; i ahora espero que ustedes nos acompañarán miéntras llega la merienda.

—Ah! esclamó Juan dando un bostezo: venimos tan cansados, que yo preferiria comenzar por la cena. Prometo rezar mañana dos rosarios por uno.

—Vaya, pues, que así sea! respondió el dueño de casa, sonriéndose imperceptiblemente.

En seguida mandó servir la merienda; hizo acostar en buenas camas a sus huéspedes, i se fué a un cuartito que habia en un estremo del corredor. Encendió luz, cerró i trancó la puerta; i cortando una hoja de papel del cuaderno endonde hacia sus apuntes, escribió, o mas bien, dibujó temblorosamente estas palabras:

«Crean en un todo cuanto les diga el portador.

«I con esto se despide su afectísimo Q. B. S. M. Rajen el papel.

Tomás Espina:

Posdata.

«No se les olvide rajar el papel, porque ya saben lo vengativos «que son estos diablos. I no les digo mas, por falta de tiempo. El «portador es carta viva. Rájenlo i échenlo al fuego.

Vale.»

Una vez escrita la esquela, le echó un poco de tierra que recojió del suelo; i doblando cuidadosamente el papel, salió del cuarto i se acercó al corredor del pajar. Allí dormia un hombre, que, al sentir pasos cerca de sí, despertó i alzó la cabeza.

—Narciso! dijo el patron en voz baja.

—Aquí estoi, señor, respondió Narciso, poniéndose de pié al momento.

—¿Estás bien despierto?

—Sí, señor! He despuntado bien el sueño.

—Entónces, oye lo que voi a decirte. Ensilla mi caballo rosillo al momento, i dale un refregon, sin descansar hasta Naicura.

—Sí, mui bien, señor.

—Es preciso que este papel llegue a manos de Rondizoni o de Castillo, o bien de alguno de los oficiales patriotas. Si todavía no han acabado de pasar los soldados, diles que pasen luego i que sigan sin parar hasta que se junten con Freire, porque el ejército de Prieto ya está en Quechereguas i tienen intencion de atajarlos. ¿Te acordarás bien de todo?

—Sí, señor, no me diga mas, respondió Narciso calándose su poncho.

Aunque Juan Diablo i su compañero se levantaron mui temprano al dia siguiente, encontraron a don Tomás en pié i tomando mate bajo el corredor de la casa.

—Mala noticia tenemos, señor sarjento! esclamó el señor prefecto al ver a su huésped.

—¿Cómo así, señor? preguntó éste, ¿qué mala noticia es esa?

—Que ya los soldados pipiolos deben estar mui cerca del Maule, porque segun lo que me envia a decir un amigo de Licanten, han pasado el Mataquito, hace dos o tres dias.

—Se nos han escapado! exclamó Juan.

—Pero no se escaparán del jeneral Prieto, dijo don Chuma soltando una carcajada; así como no se escaparán de nuestros dientes unos pasteles que acabo de mandar hacer para festejarlos a ustedes, señor sarjento.

—Muchas gracias, señor, respondió Juan: prometo conducirme valerosamente con los pasteles, ya que no es posible pillar a los pipiolos.

—No esperaba ménos de su patriotismo, señor mio; i le advierto que los pasteles serán remojados con una chichita que tengo ahí, para cuando repican fuerte.

—Viva la patria! esclamó Juan Diablo, sobándose las manos con satisfaccion.

Las diez de la mañana serian, cuando Juan i su digno asistente, despues de haber hecho honor a los pasteles, i mas que honor a la añeja chicha, se despidieron del señor prefecto, alegres como unas pascuas, i tomaron el camino de Quechereguas, por parecerles inútil proseguir su excursion hasta la costa.

Precedíalos un guia que don Chuma el Guapo les habia suministrado, i al cual le habia dicho a solas ántes de salir:

—Oye, Cayetano: es preciso que lleves a estos caballeros por caminos extraviados, para que no se encuentren con personas que puedan darles noticias ciertas sobre el paso de los pipiolos para el

sur. Ellos no conocen estos caminos, i tú puedes llevarlos por donde se te antoje. Vete de manera que cuando bajen a los planes del Mataquito, se haya entrado el sol, para que hagan de noche todo ese atravieso. Ya me entiendes. I cuenta con hablar nada, fuera de lo necesario! En boca cerrada no entran moscas; por callar, nadie perdió palabra, i por hablar, muchos han quedado mudos.

Sonrióse Cayetano, sin decir esta boca es mia; pero el jesto de intelijencia con que respondió a su patron, manifestó que comprendia mui bien el encargo que se le habia hecho.

En efecto, miéntras anduvieron por el valle de Nilagüe, no se separaron ni un ápice de la vía recta que conduce al sureste; pero, no bien hubieron entrado en la escabrosa faja de cerros que separa al interior del valle pordonde serpentea el Mataquito, cuando empezó el guia a dar vueltas i rodeos, pretestando que habia en el camino real varios trechos intransitables, o peligrosos por lo ménos.

Cayetano, despues de andar unas pocas cuadras hácia el sur, torció al poniente, llevando a los viajeros por el fondo de uno de esos vallecitos estrechos i profundos, llamados *cajones*. En seguida los encaminó sobre un alto cordon de cerros, para hacerlos descender mas allá a otro cajon tan profundo i solitario como el anterior.

De esta manera fué como el buen baqueano consiguió llegar a los planes de la márjen derecha del Mataquito, cuando ya comenzaba a oscurecerse, sin que los comisionados del gobierno hubiesen *atravesado* (como él dijo despues a su patron) una sola palabra con cristiano nacido.

Como los caballos estaban fatigados, Cayetano se dirijió al rancho de su compadre, endonde, si bien no podian las personas encontrar en qué dormir ni qué cenar, hallarian siquiera un poco de paja para sus cabalgaduras.

El hambriento Juan Diablo i su compañero, no ménos hambriento, tuvieron que contentarse con el charque machucado de sus alforjas, humedecido una i otra vez con aguardiente; i acordándose de los pasteles del almuerzo, se acostaron sobre los pellones de sus monturas hasta el primer canto de los gallos, que fué cuando los despertó el baqueano, pues queria hacerlos pasar de noche todo aquel valle.

Desgraciadamente para el guia, no podian galopar, pues el camino estaba entrecortado por quebradas i zanjones de peligroso atravieso. Cuando comenzó a alborear el dia, se encontraron cerca de una ranchería de miserable aspecto.

—Estamos en el pueblo de Indios de la Huerta, dijo el baqueano. Allí enfrente de aquel *culenar* tupido, hai un vado; pero con este Mataquito no se juega *naide*; i se llama así, segun dicen, porque *mata* i *quita* cristianos por docenas todos los años.

—Me habian dicho que por aquí encontraríamos lanchas para pasar este rio, dijo Juan Diablo.

—La lancha está enfrente de aquella puntilla que llaman *del Barco* (respondió el baqueano, mostrando con el dedo un cerro redondo i pedregoso, coronado de *qüiscas*, que se divisaba hácia el sur por entre la blanquesina niebla del valle); pero yo le tengo mas miedo a la lancha que al vado. En fin, sus mercedes sabrán lo que han de hacer; pero si por mí fuera, iríamos a pasar el rio a Peteroa, pues allí está mancito como una oveja, i *de llegar i entrar*.

Miéntras Juan hablaba con el baqueano, el asistente se habia separado de ellos, i acercádose a un rancho endonde se veia dos caballos ensillados.

Luego volvió diciendo a Juan con aire misterioso:

—¿Sabe, *ño* Diablo, que he hecho una buena *pillada*?

—¿A quién? preguntó Juan.

—Al padrecito del llano de Santa Cruz, o mas bien dicho, a don Costal de Mentiras que va con él. ¿No se lo decia yo? ¡Si este cristiano ha de mentir hasta despues de muerto! Le dijo a usted que iban para San Pedro de Alcántara, i la verdad es que van para el Maule. Ahora me acuerdo que este don Costal era mui apipiolado. ¿No le parece que pueden ser espías o propios que los pipiolos de Santiago le envian a Freire, con papeles i qué se yo qué mas?

—Todo puede ser, respondió Juan, reflexionando. Vamos a hablar con ellos.

—Yo me adelantaré, dijo el otro, para hacer una prueba.

I picando su caballo, se acercó al rancho a tiempo que salia de allí el padre de los milagros, seguido de su tuerto sirviente para montar a caballo.

—Buenos dias, Don Costal! gritó con voz clara i sonora, dirijiéndose al tuerto.

Volvió éste rápidamente la cara, i se puso pálido al encontrarse de manos a boca con Juan i su compañero; pero bien pronto se rehizo, i contestó:

—Yo no me llamo don Costal, señor mio!

—Ah! esclamó el otro: usted no me engaña a mí! Lo he conoci-

do al momento de verlo; i apuesto a que ese parche que lleva sobre el ojo zurdo, es para engañar a la jente.

No contestó el del parche, sino que volviéndose hácia su patron (que sin hablar palabra, parecia estar temblando de miedo) le habló algo en voz baja, i lo empujó hácia el interior del rancho.

En seguida, dirijiéndose mas bien a Juan que al asistente, les dijo:

—Caballeros, todo el mundo sabe que no es bueno meterse en vidas ajenas. Sigan ustedes su camino, que nosotros seguiremos el nuestro, como Dios manda.

—Es que tambien manda Dios que las jentes digan la verdad, replicó Juan, terciando en la cuestion. Usted nos dijo que se dirijia a San Pedro de Alcántara, i....

—Hemos mudado ahora de parecer, interrumpió el del parche.

—Así será ello; pero yo creo que en todo esto hai gato encerrado, replicó Juan; i para descubrirlo, es preciso que usted i su patroncito nos sigan hasta las Quechereguas, endonde está el jeneral Prieto con su ejército.

—Nosotros nada tenemos qué hacer con el señor jeneral Prieto, repuso el del parche con visible exaltacion.

—Pero el jeneral tiene qué hacer con ustedes! esclamó Juan, picando su caballo. Sí, amiguito: nosotros los del gobierno tenemos qué hacer (i mucho) con los revoltosos, porque no somos como los pipiolos que gobernaron *a la buena de Dios es grande*, sino que hemos jurado ponerle las peras a cuarto a todo pipiolo que quiera alzar el gallo. Con que, no perdamos tiempo, dígale a su patroncito que salga, para que nos acompañe a Quechereguas.

—¿Piensan ustedes llevarnos presos? preguntó el del parche, sacando rápidamente la catana que llevaba en la cabeza de la enjalma, i poniéndose contra la quincha del rancho. Yo quisiera saber ¿con qué derecho se nos quiere capturar?

—Aquí tiene usted el derecho i el reves, respondió Juan, sacando del bolsillo una órden que facultaba al bodegonero para tomar preso a cualquier individuo que le pareciese sospechoso.

—Esos no son mas que papeles! esclamó el del parche, rojo de cólera. Ahora lo que vale es el puño; i si alguno de ustedes se atreve, o bien sea los dos juntos, aquí los espero!... *crúcenle no mas...*

—Bravo es el sacristan del padrecito! esclamó Juan Diablo riéndose; pero veamos si puede barajar esta bala con su catana!

—Cobarde! exclamó el hombre del parche, rujiendo como un leon acosado por los perros. ¡Contra esa bala, tengo estas dos!!!

I con una rapidez inconcebible, arrojó al suelo la catana; i metiendo ambas manos en su ancha faja de lana lacre, sacólas armadas de sendas pistolas, que apuntó, una a Juan, i otra a su compañero.

—Acuérdate, esclamó, dirijiéndose a este último; acuérdate, ladron sempiterno, de que con estas manos te pasé el santo en....

La cara de aquel hombre, roja con la sangre que habia afluido a su cabeza, se puso de repente pálida como el mármol, al oir por entre la quincha un agudo jemido en el interior del rancho. Las palabras murieron en sus labios, que temblaron de emocion, i una lágrima apareció en el ojo chispeante que tenia clavado sobre sus enemigos.

—Señor! dijo a Juan, lanzando un suspiro que se asemejaba a un rujido: me doi a preso con una condicion....

—Baje sus pistolas i hablemos, respondió Juan.

—I usted tambien la suya, dijo el del parche.

Las tres pistolas se inclinaron a un mismo tiempo, dejando su posicion amenazante.

—Diga usted ¿con qué condicion se da a preso? preguntó el sarjento.

—La de que usted no le hará ningun daño a mi patron, respondió el del parche, con voz conmovida. Mátenme, descuartícenme a mí, si quieren; pero ¡por lo que usted mas estime i ame, señorito! (prosiguió con voz suplicante i acercándose al bodegonero), no le haga ningun daño, porque le juro por mi salvacion, que él es incapaz de hacerle mal a nadie! ¿Me lo promete usted?

—No tenemos intencion de hacer mal a cristiano nacido, repondió Juan, con tal que no se resista a las órdenes que traemos.

—Pero, señor, ya ve usted que no nos resistimos, repuso el del parche, con voz temblorosa, poniéndose de mil colores.

—Entónces, vamos andando! El padrecito debe tambien acompañarnos.

—Aquí estoi, dijo el sacerdote, saliendo del rancho con cierta entereza que ántes no se habia notado en él.

Miéntras se verificaba esta rápida escena, el baqueano se habia acercado a varios de los vecinos ranchos, cuyos moradores, cerrando sus puertas, atisbaban por entre las quinchas.

Montados a caballo, dijo a Juan Diablo, su compañero:

—Vea, *ño* Diablo ¿cómo permite que esa maleta vaya a las ancas de don Costal? Ahí debe estar todo *el gato*.

—Dices bien, respondió Juan: quita de ahí la maleta i llévala tú mismo.

La órden no fué dada a un sordo, porque, en pocos segundos, la maleta pasó a manos del ájil compañero de Juan, a pesar de las observaciones de sus dueños. I no parece sino que las manos de aquel hombre estuviesen acostumbradas a abrir i rejistrar todo cuanto se ponia a su alcance, pues la maleta se abrió como por encanto.

—¿Qué has hecho, badulaque? esclamó Juan, alzando sobre su compañero el ramal de sus riendas.

—Ah! *ño* Diablo! respondió cínicamente el otro. Yo creia que era necesario ver si aquí venia el gato encerrado! *Vei no, pués!* prosiguió, sacando de dicha maleta un gran paquete de cartas. Aquí está el gato, *ño* Juan! Córtenme las dos orejas, si estas cartitas no son para los pipiolos!

—Señor! esclamó el padre con dolorida voz, deme esos papeles, que a nadie importan sino a mí, i llévese la maleta con todo lo que contiene!

—No es nuestra intencion robarle a usted nada, respondió el bodegonero; i en cuanto a estas cartas, quedarán como ántes en la maleta, para que nuestro jeneral haga de ellas el uso que crea conveniente.

El honorable bodegonero puso el paquete en su lugar; i notando que su asistente guardaba algo debajo del poncho, le preguntó:

—¿Qué otra cosa has sacado de la maleta?

—Nada, *ño* Juan! respondió el otro.

—Nada? quien no te conoce que te compre!

—Ya le digo; *ño* Diablo, que no he sacado mas que las cartas. Nadita mas! como si me fuera a confesar!

—¿I eso que tienes debajo del poncho?

—Qué es lo que tengo, pues! *Trasbúsqueme*, si quiere!

Diciendo esto, el bellaco alzó ambas manos i presentó su pecho como para que Juan lo rejistrase; pero este, sin examinar los bolsillos de su compañero, le tomó súbitamente la mano izquierda que tenia en el aire medio abierta con el poncho; i abriéndosela, vió que el ladron tenia empuñada una gran bolsa de seda llena de onzas i escudos de oro.

—Ah! bribon! esclamó Juan ¿con que este era el gato tras de que ibas?

—Es que siempre conserva su antigua costumbre, observó el del parche.

—Mire, *ño* Juan! replicó el cínico ladron: le juro, como si me fuera a confesar, que no me habia fijado en la bolsa platera! Ello fué que, cuando saqué las cartas, salió tambien enredada esta bolsa; i como usted agarró solamente los papeles....

—Bueno, bueno, interrumpió Juan. Despues darás tus disculpas a quien te las crea. Ahora es preciso que nos pongamos luego en camino. Lleva tú la maleta, que yo llevaré la bolsa, pues esto es lo mas prudente.

Miéntras así hablaba el prudentísimo Juan Diablo metió el dinero en sus bolsillos, i ordenó que el convoi se pusiese en camino, en direccion del cercano vado. I aunque el baqueano le volvió a hablar de los peligros que allí ofrecia el rio, Juan repitió la órden con aire de autoridad, i fué obedecido.

Poco ántes de llegar a la orilla del rio, el asistente de Juan dijo a éste:

—Si no amarramos a don Costal, se nos cae del caballo i se nos pierde. Yo lo conozco mucho!

—Atalo con tu lazo, le dijo entónces Juan Diablo.

Apeóse el otro; sacó su lazo, i ató los piés del hombre del parche por debajo de la barriga de su caballo. El hombre, conteniendo con dificultad la cólera que aparecia en sus ojos, se dejó atar; pero no sin decir en voz baja a su verdugo:

—Pícaro ladron! Véngate ahora de la tunda de porrazos que te dí en San Carlos! Pero ya llegará la mia i me la pagarás!

—Mire, señor don Costal, respondió el bribon con burlezca sonrisa; sepa que es usted el que va a pagar todas las hechas i por hacer.

—Pues yo hablaré con el señor jeneral Prieto, i le diré quién eres! esclamó en alta voz el del parche.

—Mire, *ño* Juan! dijo entónces el otro: mire cómo de picadito saca versos! ¡Sabe Dios cuántas mentiras no estará inventando este don Costal en contra mia, para irlas a vaciar al ejército!

——:o:——

CAPITULO XLI.

LA LOCA.

«Aquella niña está desmayada o aletargada; el conjunto de sus facciones es tan perfecto i seductor, que mas bien parece una de aquellas fantasías trasladadas al lienzo por un hábil pintor que la creatura condenada como las demas a las penalidades i exijencias de la vida.»

(Ramon Pacheco.—*El Puñal i la Sotana.*)

Miéntras los demas hablaban i cuestionaban, el baqueano iba adelante con la cabeza baja, mui contrariado al parecer con la determinacion de atravesar por allí el rio. Su patron le habia dicho que las personas que conducia no debian hablar con los transeuntes que encontrasen, i la márjen izquierda del Mataquito era sumamente poblada. ¿Cómo evitar que el sarjento no obtuviese noti-

cias ciertas sobre el paradero de los soldados liberales, que casi habian naufragado pocos dias ántes, en las costas de la Navidad?

Habiendo atravesado el Mataquito, sin grandes dificultades, nuestro baqueano tomó la huella trazada por el tráfico de las jentes sobre el pedregal del rio. I como esta se perdia a veces, borrándose por completo, le fué fácil al guia el separarse del camino recto i conducir el convoi por veredas mas o ménos torcidas. Pero tanto fué lo que abusó de sus ventajas de baqueano, que al fin le preguntó Juan:

—Dígame, amigazo ¿es este el camino real?

—Aquí no hai camino real, contestó el guia, pues el rio borra las huellas todos los años, i tenemos que ir *rumbeando* hasta llegar al llano alto, endonde tenemos el camino carretero.

—Pero, hombre! esclamó el bodegonero, no convencido todavía: por aquí vamos cayendo i levantando por esta *pedrazon* que solo el diablo ha podido atravesar ántes que nosotros. Dígame ¿no es el camino aquella faja ancha i blanquisca que se ve por entre aquellos *chilcales*?

—Ya le digo, señor, que aquí todo es camino, respondió el guia.

—Pues si aquí todo es camino, repuso Juan, tomemos aquel que debe ser mejor que éste, pues veo venir por él a algunas personas. ¡Cuarto de convercion sobre la izquierda! gritó con voz sonora. Acerquémonos a aquellos hombres que allí vienen, para preguntarles si saben algo sobre estos diablos de pipiolos! Casi estoi arrepentido de no haber llegado hasta la costa.

No era posible eludir esta órden; i el baqueano tuvo que torcer, sin chistar, hácia el camino real pordonde venian unos cinco hombres de a caballo. Mas, no por eso desmayó el buen servidor de don Chuma, sino que, acercándose a Juan, le dijo:

—¿Su merced quiere saber noticias de aquellos hombres? Pues entónces, voi a salirles por aquí al encuentro para no perder tiempo i preguntarles si saben algo de los pipiolos.

I diciendo i haciendo, echó a correr por lo mas derecho, saltando mas bien que galopando sobre el pedregal.

Llegado que hubo al grupo de transeuntes, les dijo frunciendo el entrecejo:

—¡Alto ahí!

—¿Qué significa esto? preguntó uno de los hombres. ¿Quién es usted para hacernos parar en medio del camino?

—Quién soi? un soldado del gobierno. Allí viene mi jefe quien les manda decir a ustedes que lo esperen aquí.

—¿Con qué objeto?

—Con el de llevarlos al ejército del jeneral Prieto, porque nosotros somos reclutadores de jente.

Los tres hombres abrieron tamaños ojos, sin decir una palabra.

—¡I cuenta con resistirse! prosiguió el baqueano, porque mi jefe es de malas pulgas, i no aguanta pellejo en el lomo. En Licanten le dió un balazo a uno porque no quiso seguirnos.

—Pero, ¿dónde está la jente reclutada? preguntó otro, dudando todavía.

—Está descansando un rato en el pueblo de la Huerta. Nosotros nos hemos adelantado para reclutar algunos en estos ranchos del camino.

Apénas el guia hubo dicho estas palabras, cuando dos de los transeuntes volvieron rápidamente sus caballos, i echaron a correr hácia atras, gritando al pasar por enfrente de los ranchos que habia sobre el camino:

—La recluta! Viene la recluta de Prieto! Dicen que no perdonan ni a los chiquillos!

En cuanto al tercero, parecia aún dudar sobre lo que haria; i habiéndole preguntado nuestro baqueano si era casado, él contestó:

—Sí, señor, i tengo mucha familia menuda.

—Pues, entónces, lo perdono por ser padre de familia; pero arranque luego, porque mi sarjento no perdona a nadie.

Al oir esto el hombre torció la rienda hácia el rio, i se perdió entre los matorrales a tiempo que llegaba Juan Diablo.

—¿Por qué se han arrancado esos hombres? preguntó con voz ágria.

—Yo no sé qué les ha dado a estos cristianos, respondió el guia. No han querido responder palabra.

—Mas adelante hallaremos quien nos conteste, dijo Juan picando su caballo.

Pero, aun cuando mas allá encontraron muchos ranchos i casitas de agricultores, no les fué posible dar con ningun hombre. Todas las puertas estaban cerradas; i muchos ranchos habian sido abandonados repentinamente, segun lo indicaba el fuego de las cocinas.

Juan notó que de algunas casitas salian mujeres medio desgreñadas con atados en la cabeza i llevando sus hijos de la mano; i de otros ranchos se alejaban hombres a caballo con mujeres en ancas

i niños en los brazos, internándose todos en los potreros para meterse en los primeros bosques que encontraban.

Era que el grito terrible de *¡la recluta!* llevado en alas del viento, habia derramado la alarma por toda la pacífica comarca.

Marchaba el baqueano contentísimo por haber conseguido su objeto. Sin embargo, no daba la menor muestra de la satisfaccion que experimentaba, i seguia su camino sin desplegar los labios.

Al avistar el valle de Curicó, acercóse a Juan i preguntóle:

—Dígame, señor, i perdone ¿tiene *horero?*

—No le entiendo, amigo, respondió Juan. ¿Qué cosa es *horero?*

—Esos *redondones* que llevan los ricos en la cartera para ver la hora.

—Ah! reloj! esclamó el bodegonero soltando una carcajada. No lo llevo ahora porque se me quedó olvidado en casa; pero yo creo que serán como las diez.

—Nosotros los pobres no tenemos mas *horero* que el sol, respondió el guia; i cuando el dia está nublado como ahora, tenemos que escucharle al estómago. A mí me parece que ya deben ser las doce i *un poco*, segun es la hambre que llevo. ¿No cree usted mui justo que pasemos a hacer medio dia a un bodegoncito que hai al fin de este callejon?

—Así lo haremos, respondió el bodegonero, mirando de reojo al hombre del parche, que platicaba en voz baja con su patron.

Llegados al punto indicado por el guia, se apearon i comieron i bebieron a discrecion.

El padrecito estaba cada vez mas triste i taciturno, apénas comió algunos bocados; i como al parecer iba enfermo, nadie se admiraba de que permaneciese callado i con la cara medio envuelta en dos grandes pañuelos.

Acabada la comida, Juan pagó jenerosamente por todos, i entónces el guia le dijo:

—Comida hecha i amistad deshecha, señor mio.

—¿Qué quiere usted decir? le preguntó Juan.

—Que hasta aquí dura mi mala *compaña* porque yo tengo que volverme luego a casa de mi patron, i su merced ya no me necesita para nada. Este camino va derecho a la estancia de las Quechereguas, i su merced no podrá perderse porque, como dice mi patron: «quien boca tiene a Roma llega.» I ahora que me acuerdo (agregó), mi patron me encargó mucho que no le recibiera a su merced ni un cuartillo, aún cuando quisiera su merced pagarme algo por este

viaje que he hecho en mi propia bestia, pues la hacienda no da bestias para estos mandados, i yo soi un pobre que.....

—Bueno, bueno, interrumpió Juan pasando al baqueano cuatro reales que éste recibió i guardó en su bolsillo, diciendo:

—Vaya pues, ya que su merced se empeña, le admitiré. Dios se lo pague! i hasta otro dia, patroncito.

Miéntras el sirviente del señor prefecto apellidado el Guapo, se volvia a su lugar, Juan i sus compañeros de viaje proseguian su marcha hácia el oriente. Cuando llegaron a Quechereguas, ya la vanguardia del ejército habia partido en la mañana, i la retaguardia estaba a punto de ponerse en marcha.

Juan Diablo se fué al momento a hablar con Dorriga para darle cuenta de su comision.

—Señor, dijo a don Víctor, ya los pipiolos pasaron el Mataquito; pero hemos hecho una buena presa. Es un padre franciscano que marcha para el sur, acompañado de un hombre de mala cara, al cual le quitamos una maleta con unos papeles, que segun parece, son cartas de los pipiolos de Santiago, escritas a los del Maule.

—¿Dónde están esas cartas? preguntó Dorriga.

—En la mismas maleta endonde venian.

Don Víctor, sin decir una palabra, tocó un pito i se presentó al momento un oficialito pequeño, delgado, de accitunado semblante i de ruin aspecto; pero que en sus ojos vivos i penetrantes, revelaba cierta sagacidad i perspicacia, miéntras vagaba en sus delgados i pálidos labios la indefinible sonrisa con que la solapada malicia suele cubrir sus intenciones.

—Garduño, dijo don Víctor, dirijiéndose al oficial; haga usted conducir aquí a esos dos individuos que ha traido presos este sarjento; i usted, prosiguió, dirijiéndose a Juan, tráigame la maleta con todo lo que contiene.

Salió Garduño seguido del bodegonero, i a poco rato volvió éste trayendo en sus brazos la maleta de los presos. Detras venia el oficial conduciendo al fraile i a su criado. Don Víctor, ansioso de saber lo que el paquete contenia, abrió él mismo la maleta; i ya habia sacado una de las cartas, cuando el fraile entró precipitadamente a la pieza; i adelantando éste sus manos como para impedir que Dorriga leyese la carta que ya tenia estendida, le dijo con voz entera:

—Si usted es un caballero, no ponga los ojos sobre esas cartas, señor don Víctor!

Miró éste al relijioso; i disgustado de su actitud al mismo tiempo que sorprendido de su juventud i de su belleza (pues parecia un adolescente), le preguntó:

—¿Quién es usted?

—Se lo diré al señor jeneral, respondió el jóven fraile. ¿Dónde está el señor Prieto? Quiero hablar con él!

—El jeneral está ocupado en hacer marchar al ejército: puede usted hablar conmigo.

—No puedo hacerlo delante de estas personas, repuso el fraile. Si usted manda despejar esta pieza, le diré quien soi.

En aquel momento entró, por una puerta que comunicaba a la pieza con otra vecina, un sacerdote vestido de viaje, con hábito o sotanas arremangadas i calzadas las espuelas.

Era el padre Hipocreitia, que todo esos dias anteriores habia estado dando unos *ejercicios públicos* en Molina, endonde habia predicado el evanjelio contra los pipiolos.

Al ver al jóven fraile, se puso pálido; pero luego se rehizo; i dando dos pasos hácia él, le dijo con cierta emocion que apénas pudo ocultar:

—Usted no es lo que parece, amigo mio!

—I usted trata de parecer lo que no es ni podrá ser jamas! respondió el interpelado, mirando fijamente al jesuita.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que usted trata de desempeñar el rol del hombre de bien en esta comedia, contestó el jóven fraile.

Púsose el jesuita de mil colores, i se acercó a don Víctor, quien, habiendo visto solamente la firma de la carta, dijo entre dientes:

—Esta carta viene firmada por Anselmo Guzman.

—No puede ser eso, observó Garduño, pues Anselmo está en el Maule.

—I ademas, acabamos de saber que ha muerto, agregó el jesuita con voz sorda.

—¿Ha muerto? Decís que Anselmo Guzman ha muerto? esclamó, *sin poderse contener, el jóven fraile dando dos pasos hácia el* jesuita.

Este, mirando de arriba abajo al mozo, respondió con esta sola palabra:

—Sí.

Ese *sí*, agudo i rápido como un dardo, pareció atravesar el pecho del pobre fraile, pues, pálido como un cadáver, permaneció unos cuantos segundos como clavado en el suelo i sin pronunciar una

sola palabra. Sus labios se pusieron lívidos; i sus ojos extraordinariamente abiertos, i sin pestañar, estaban fijos sobre el jesuita que en aquel momento abria su caja de rapé.

De repente, la cara del fraile se coloreó como iluminada por la rojiza luz de un incendio; e irguiendo la cabeza, arrancóse el pañuelo que ocultaba a médias su fisonomía.

Con el rápido movimiento, la capilla del hábito cayó hácia atras, i una gran madeja de cabellos negros se esparció sobre sus espaldas.

Todos los circunstantes lanzaron un grito de sorpresa, ménos don Víctor que habia ya descubierto el secreto, leyendo la carta de Anselmo, i el jesuita, que habia conocido a Lucinda en el momento de verla, a pesar de lo bien disfrazada que venia.

El oficial Garduño miraba a la preciosa niña sin ocultar la impresion que su belleza le causara.

—Lucinda! esclamó el jesuita, manifestando gran admiracion i adelantándose a tomarla de la mano ¿Por qué veo aquí a la hija de mi inolvidable amigo, i en un traje tan ajeno de su sexo?

—Porque vosotros me habeis obligado a ello, i especialmente vos, padre Hipocreitía! esclamó Lucinda, dando un paso atras como si viera acercarse una culebra. No me toqueis, vil ladron, miserable asesino, que no contento con desposeerme del amor de mi padre para arrebatarme una pobre herencia, matásteis de dolor a mi madre, i fuísteis el verdugo del desgraciado autor de mis dias!

—Ah! con que es una mujer! se oyó decir a una voz en la puerta exterior de la pieza.

—Sí, jeneral! respondió Lucinda, volviéndose rápidamente hácia Prieto, que en aquel momento entraba al cuarto: Soi la esposa, o mejor dicho, soi la viuda de Anselmo Guzman, asesinado por ustedes!

—¿Por nosotros? ¡Señora!

—Sí, por ustedes, sobre cuya cabeza caerá la sangre que se ha derramado i que seguirá derramándose en el país! Por ustedes, que despues de haber dado el ejemplo de la mas escandalosa guerra civil, han perseguido a hombres indefensos como mi esposo, hasta el punto de mandarlos insultar cobardemente en su propia casa!

—Pero, señora.....

—Ah! prosiguió Lucinda con vehemencia: Ustedes dirán que no le han dado órden al populacho para que fuera a apedrear nuestras ventanas. Solamente dejaron que las apedrearan i que nos insultasen soezmente, obligando así a mi esposo a que dejase su hogar, i...

—Cálmese usted, señora, interrumpió don Víctor acercándosele.

—I advierta, agregó Prieto, que léjos de perseguir a Guzman, el gobierno lo ha considerado mas de lo que convenia al órden público, a pesar de tenerse conocimiento de sus traidoras intenciones.

—Orden público! esclamó Lucinda moviendo la cabeza de arriba abajo i con los ojos medio extraviados.... ¡ Orden público! Bien está esa palabra en boca de los que han sembrado i cultivado el desórden en el país! Esperad la cosecha! Pero mas me admira, jeneral, el que usted pueda pronunciar la palabra traidor con la misma boca con que mandó a sus soldados que volviesen contra la república las armas que ella habia puesto en sus manos para su defensa; con los mismos labios con que convidó al jeneral Lastra a entrar en las casas de Ochagavía para traicionarlo un momento despues!

—Oh! Esa es una calumnia infame! esclamó el jeneral fuera de sí...¡Joaquin Prieto no ha sido ni será jamas un traidor!

—Tiene usted razon, repuso Lucinda con irónico acento. Joaquin Prieto no ha sido ni será jamas un traidor: solo ha sido i será el instrumento de miserables traidores.

I al decir esto, lanzó una carcajada seca que se asemejaba a un quejido de dolor. El jeneral Prieto, exaltadísimo, quiso hablar; pero Dorriga acercándose a él, le dijo:

—Cálmese, jeneral, i acuérdese de que es una mujer.

—I ademas loca! agregó el jesuita ¡Pobre niña!

—En este momento no soi una mujer, dijo ella, dando un paso hácia la puerta: soi la verdad que habla i que algun dia será escuchada en Chile. En cuanto al padre Hipocreitía (prosiguió, mostrando al jesuita con el dedo, pero sin mirarlo) como él es mui cuerdo, no dice nunca la verdad.

En seguida salió de la pieza con cierta ajitacion febril.

Uno de los soldados que habia en la puerta, quiso oponerse a su paso; pero ella, sin decirle una palabra i aun sin mirarlo, le ordenó con un movimiento de la mano, que se hiciese a un lado, i él la dejó pasar libremente.

Los que estaban en la habitacion la siguieron conmovidos, especialmente Garduño que no habia separado los ojos de ella. Cuando estuvo en el corredor, llamó a su sirviente, el cual, con una barra de grillos en los piés, se mantenia afirmado a un pilar i estiraba sus brazos como para socorrer a su señora.

—Pedro! dijo ésta con dolorida voz: tu patron ha muerto! El co-

razon no me engañaba. Prepara pronto los caballos porque es preciso que vea siquiera su sepultura!

Pedro quiso andar, pero no pudo, i echó a llorar como un niño. Entónces ella, viendo a su criado que apénas podia tenerse de pié, pareció como que despertaba de una atroz pesadilla; dió un grito terrible, i cayó sobre el suelo como un cadáver.

Al ver caer a su señora, Pedro lanzó un rujido i se arrastró hácia ella, dando una bofetada a un soldado que lo sujetaba.

Todos los circunstantes manifestaron la compasion que la desgraciada esposa de Anselmo les inspiraba; pero el primero que llegó corriendo hácia ella, fué el padre Hipocreitía.

—Loca! loca! decia el jesuita ¡qué desgracia! Pobre amigo mio! Ruega al Señor por tu hija, a la cual te prometí servirle en cuanto mis débiles fuerzas alcanzasen.

Miéntras así hablaba, trataba de alzar del suelo a Lucinda, que apénas daba señales de vida; i ayudado por Garduño i otros, la condujo a un cuarto endonde había una cama. Vinieron en seguida dos o tres mujeres que le empezaron a hacer algunos remedios caseros; pero el jesuita dijo al jeneral:

—Señor, esta pobre niña no puede quedar aquí. Yo fuí amigo de su padre, i tengo que cumplir con un deber de amistad i de conciencia. Ruego a Usía que me dé permiso para hacerla trasladar a casa de unas amigas mias que residen en Molina, endonde será tratada con toda la caridad i cristiandad que caracterizan a esas santas señoras.

Concedióle Prieto el permiso que se le pedia; i Garduño, por indicacion de Dorriga, se quedó con cinco soldados de caballería para servir de escolta a la enferma.

——:o:——

CAPITULO XLII.

PRIETO ! DORRIGA.

«En el estado en que se encuentra el país, el gobierno ha estimado necesario i prudente ver correr alguna sangre chilena....»

(*Nota del ministro Portales al jeneral Aldunate.*—25 *de mayo de* 1830.)

La retaguardia del ejército se habia ya puesto en camino, con intencion de ir hacer noche en el Camarico, endonde lo esperaba la vanguardia. Bien pronto emprendió la marcha el estado mayor, escoltado por una parte de la caballería, tras de la cual iba Pedro atado sobre el lomo de un macho que un soldado llevaba tirando. Llegado el convoi a la estancia de Itagüe, atravesaron el rio Claro, enfrente de la vega del Camarico, endonde encontraron acampado el ejército.

Apénas Dorriga se hubo desmontado del caballo, cuando pidió a un sarjento una maletita que éste le llevaba; i metiéndose en un

cuartito del rancho, endonde habia de dormir el jeneral, encendió una vela de sebo, i se puso a leer unos papelitos de diversos tamaños i colores que llevaba en la maleta. Habia papelitos blancos, amarillosos, azules, i hasta los habia sucios i ajados. Unos eran de algodon, otros de hilo, i otros de seda. La letra de cada papel era tambien distinta de la de los demas; pero todos concluian con una firma i una rúbrica mas o ménos llena de rasgos, cruces i comillas. En seguida plegó i cerró todas estas esquelas (algunas de las cuales tenian pretensiones de cartas); i pegando, la mayor parte de éstas, con sendas obleas, i solo dos o tres con pan mascado, hizo de todas un buen paquete. A ese tiempo entró el jeneral en jefe, quien le dirijió la palabra en estos términos:

—Señor don Víctor; estoi perplejo ¿qué le parece a usted conveniente hacer con ese hombre?

—¿Qué hombre?

—El sirviente de Lucinda. Me han dicho que es un *empecinado* pipiolo, i de mucho arrojo. Si por casualidad se escapa, puede hacernos mucho, daño con solo ir a poner en conocimiento del enemigo las interioridades de nuestro ejército: ¿cree usted conveniente que lo hagamos fusilar?

—¿Para qué? ¿En qué aparece culpable ese hombre? Si se ha resistido cuando se le quiso tomar preso, ha sido por defender a su señora, i cumplir mejor con su deber. Una accion como esa no merece cuatro balazos, jeneral!

—Convengo en ello; pero yo hablaba de hacerlo fusilar *por política*, pues ya usted sabe lo que dice Portales a este respecto. Su opinion es *que conviene a veces derramar un poco de sangre chilena*, pues de otro modo no se pone a raya el loco atrevimiento de nuestros enemigos. Con esos cuatro balazos nos desharemos de un enemigo....

—I nos haremos de cien enemigos mas, interrumpió Dorriga. Créame, señor jeneral, la crueldad inútil perjudica siempre al que la emplea. El rigor, aún en la guerra misma, es como ciertos venenos que suele hacerse entrar en la composicion de las medicinas. Usados con cordura, pueden sanar al enfermo; pero el abuso de ellos, produce necesariamente la muerte. Al contrario, yo creo que podemos sacar partido de la huida de ese hombre al campamento enemigo.

—¿Cómo puede ser eso?

—Sirviéndonos de él como de un emisario seguro, para enviar estas cartitas.

—Ah! esclamó Prieto ¿todavía está usted con esa idea? Los pipiolos son inocentes; pero no tanto para que traguen ese anzuelo! I ademas, prosiguió sonriéndose ¡les hemos hecho ya tragar tantos!

—Pues yo tengo seguridad de que estas esquelitas, firmadas por algunos de nuestros oficiales mas *apipiolados*, han de producir un magnífico resultado. Todas ellas hablan del deseo que sus autores tienen de pasarse al enemigo, unos por evitar la efusion de sangre, otros porque sus antiguas convicciones los arrastran al bando opuesto, i algunos por consideraciones personales de amor i respeto hácia Freire.

—¿Creé usted que este jeneral no se llene de satisfaccion al leer estos papeles, i no se descuide, por consiguiente, confiando mas en una mentida popularidad que en las fuerzas de su ejército?

—Haga usted lo que le parezca, dijo el jeneral; pero yo solo tengo fe en nuestros cañones i en nuestra caballería.

—Trazas quiere la guerra, señor jeneral, repuso don Víctor; i usted se convencerá mas tarde, de que mas hace la maña que la fuerza, i que cada uno de estos papelillos vale por diez balas de cañon.

Un ruido de caballos que se oyó en el exterior del rancho, cortó la conversacion.

El jeneral salió del cuartejo, i poco despues entró Garduño.

—¿Cómo queda esa niña? preguntó don Víctor.

—Ha vuelto en sí, respondió el oficial; pero no ha sido posible conseguir que se despoje del hábito franciscano que tiene puesto. Dice que ya no quiere pertenecer a este mundo, i que aquel traje que lleva es el que mas le conviene, por ser el de la sepultura.

Dorriga se conmovió al oir la relacion del oficial, pues tenia un corazon humano; i, aunque lleno de preocupaciones contra los pipiolos, e incapaz de comprender las ideas que éstos defendian, no alcanzaba su odio hasta las mujeres i los niños, como sucedia con muchos otros defensores del sistema colonial vestido a la republicana. Su contraido semblante revelaba una profunda impresion; i con voz apagada, murmuró;

—Pobre muchacha! Ojalá no sea cierta la muerte de su marido!

En seguida, haciendo un movimiento con la cabeza como para desechar una triste idea, dijo:

—Bueno! Vamos a otra cosa. Ya sabe usted, Garduño, lo que tiene que hacer con ese hombre. Nada tengo que repetirle. Tome usted las cartas.

—Obraré en todo como usted me ha ordenado, respondió el oficial recibiendo el paquete i saliendo del cuarto.

——:o:——

CAPITULO XLIII.

GARDUÑO I PEDRO.

> «Acompañaba a Prieto en las campañas el español don V... tan famoso por su fecundidad en la invencion de ardides i estratajemas de todo jénero. Este se valió de diversos oficiales i sarjentos, a quienes hacia que escribiesen a Freire, o lo verificaba él mismo tomando el nombre de aquellos, protestando su adhesion a este jeneral i asegurándole, con todo el misterio necesario, que estaban dispuestos a pasarse a sus filas.»
>
> (F. Errázuriz).

Garduño se dirijió en seguida al lugar endonde tenian preso a Pedro. Este se hallaba rodeado de cuatro soldados, con una gruesa barra de grillos en los piés, i atado de las manos al tronco de un *maiten*.

—Señor oficial! dijo en cuanto conoció a Garduño; hágalo por lo que mas quiere en esta vida, dígame si la señorita vive o muere?

—Está viva, respondió Garduño.

—Gracias a Dios!...Ahora le suplico que se empeñe usted con los jefes para que la traten bien i no la hagan sufrir. ¡Harto ha sufrido ya!...I ahora, hágame el bien de decirme, *si le nace de corazon*: ¿es cierto que mi patron ha muerto?

—Esa es la noticia que aquí ha llegado, respondió Garduño con voz lúgubre.

Pedro no habló mas, pues su entrecortada respiracion indicaba el nuevo dolor que le habia causado la certeza de la fatal noticia.

—I ¿para usted no pide nada? preguntó Garduño.

—¿I qué quiere que pida para mí, cuando se me trata de esta manera? esclamó Pedro con mal reprimida cólera: Se me tiene atado a este árbol, como si fuera un animal i como si pudiera huir con esta pesada barra de grillos. ¿Qué he hecho, señor, para que me castiguen de este modo?

—Usted se ha resistido i ha amenazado a los que querian tomarlo preso.

—No he hecho mas que defenderme de dos ladrones que me atacaban i que, por mas señas, me robaron todo el dinero que traíamos.

—Non eran ladrones, repuso el oficial, sino comisionados por la autoridad lejítima para.....

—En eso de ser comisionados por la autoridad, no me meto, interrumpió vivamente Pedro; pero sí sostendré siempre, que son ladrones como el mismo Judas. ¡Los conozco hace mucho tiempo!

—De todos modos, usted ha hecho armas contra la autoridad, i el consejo de guerra lo ha condenado a muerte.

—¿Me han condenado a muerte? I por qué? I entónces ¿para qué me preguntaba usted si yo tenia algo que pedir?

Garduño no respondió, sino que, volviéndose a uno de los soldados, le dijo:

—Desate usted a ese hombre.

Miéntras el soldado cumplia con la órden, Pedro decia al oficial:

—Muchas gracias, señor: prefiero cuatro balas, a seguir aquí amarrado como un facineroso.

El oficial, sin responder una palabra, dió dos silbidos con un pito que sacó de sus bolsillos; i luego aparecieron seis soldados a caballo con sus tercerolas a la espalda. Otros dos soldados mas, traian

dos caballos ensillados; i montando Garduño en uno de éstos, ordenó a Pedro que lo hiciera en el otro, despues que le hubieron sacado los grillos.

—Ya sé lo que esto significa, murmuró Pedro, montando en su caballo i poniéndose en marcha rodeado de los soldados.

—Prepárese usted, le dijo el oficial.

—Ya estoi preparado, respondió Pedro.

Por toda precaucion, habíanle atado los piés al preso por debajo de la barriga del caballo. El convoi marchaba dando mil i mil vueltas por entre los matorrales que cubrian la márjen izquierda del Rio Claro.

La noche estaba oscura; espesos nubarrones cubrian la atmósfera; nadie hablaba una palabra, i solo se oia el ruido de las patas de los caballos, medio apagado por el sordo murmullo del rio.

Habiéndose separado del campamento unas diez o doce cuadras, hicieron alto debajo de unos árboles, i Garduño mandó desmontarse a los soldados. Bajaron al preso de su caballo; i habiéndolo atado al tronco de un árbol, se retiraron a regular distancia.

—*Buen dar!* esclamó Pedro, con triste acento ¡El pago de Chile! Morir como un ladron, despues de haber peleado por la patria sin haber recibido ni el sueldo siquiera!

—¿Tiene usted miedo? le preguntó Garduño.

—*No le sabré decir* si tengo o no tengo miedo, respondió Pedro, porque no puedo mentir ahora: pero lo que sé mui bien, es que tengo rabia, mucha rabia, señor, al ver que se me va a asesinar aquí como a un perro, por mano de mis mismos compañeros con los cuales hemos peleado juntos contra los godos ¡Denme un fusil, prosiguió con exaltacion, i verán si tengo miedo!

—Pues bien! respondióle Garduño; usted tendrá un fusil i vivirá si me promete una cosa.

—¿Qué cosa?

—Enrolarse en nuestras filas.

—Calle la boca, señor, por Dios, i no me proponga eso!

En seguida, haciendo un esfuerzo, prosiguió:

—Por el amor de Dios! señor oficial, no me esté matando *a pocos*! Despácheme luego, porque ya tengo *el ánimo hecho*!

I se puso a rezar un Credo en alta voz.

Garduño dió a sus soldados la órden de prepararse, i se dispuso a mandar el fuego. Pero ántes tuvo la crueldad de decir al preso:

—Ah! es usted mui *freirista!*

—Porque soi un hombre leal, respondió Pedro exasperado, poniéndose en seguida a gritar:

—Viva Freire! Viva la Constitucion! Creo en Dios padre, Todopoderoso, Criador del cielo i de la tierra.....

—Fuego!! gritó Garduño.

Oyóse una sola detonacion, compuesta de los seis tiros que sonaron a un tiempo, i todo quedó en silencio.

Garduño se acercó a Pedro; i habiéndolo tocado, dijo:

—Esta muerto. ¡A caballo!

Montaron todos; uno de los soldados tomó las riendas del caballo en que se habia conducido al preso, i partieron al trote hácia el campamento.

Cuando Pedro volvió en sí, apénas se oía el ruido de los caballos que se alejaban: Pero él no se preocupaba de ruido alguno, sino que, admiradísimo de no sentir el mas pequeño dolor en todo su cuerpo, se hizo maquinalmente estas dos preguntas:

—¿Estaré vivo? ¿Estaré muerto?

En seguida se puso a respirar con fuerza. Su cabeza se habia debilitado notablemente por la emocion sufrida, i tenia los miembros como engarrotados por las ligaduras i el frio de la noche. Quiso moverse i no pudo; pretendió tocarse el cuerpo, i sus manos no obedecieron a su voluntad. Su cuello estaba tieso; i su cabeza, pegada contra el tronco del árbol, parecia carecer de movimiento.

—Qué será esto! exclamaba el pobre hombre lleno de pavor. ¿Si estaré entre la vida i la muerte, i aún no habré llegado al otro mundo por no haberme acabado de matar? Pero si he muerto, i estoi en el otro mundo, no hai duda de que los dos mundos se parecen mucho. La misma oscuridad, los mismos árboles, el mismo aire, el mismo ruido del rio...I ¿cómo dicen *que la muerte duele tanto?* Pero nó! no puede ser! ¡Estoi en este mundo! esclamó respirando con mayor fuerza i con la conviccion de su propia existencia.

—Silencio! le dijo a ese tiempo una voz cerca de sus oidos.

—Ah! ¿es usted, señor Garduño? preguntó Pedro ¿Viene usted a acabar de matarme? Concluya usted pronto porque todavía estoi vivo.

—A mí me debe usted la vida de que goza, repuso Garduño. Óigame usted, i no hable. Yo mismo extraje las balas de las tercero las que hice dar a los soldados, i por esto es que usted no está herido. Ellos están en el campamento, creyendo haberlo muerto a usted; i

miéntras tanto, yo he vuelto a librarlo de sus ligaduras; pero con una condicion....

—Cuál es? diga usted, señor!

—La de que lleve usted este paquete al campamento enemigo i lo ponga en las propias manos de Freire.

Pedro creyó no haber oido bien, i esclamó:

—Qué? El jeneral Freire? ¿Usted?...Yo? ¿Qué me ha dicho?

—Que usted debe llevar a don Ramon este paquetito con el mayor sijilo posible. Son cartas que algunos de los oficiales de Prieto le escribimos a Freire, advirtiéndole que estamos descontentos de nuestro jeneral, i queremos pasarnos a la division de los liberales porque nosotros hemos sido solamente pelucones de circunstancias. Yo quise ver hasta dónde llegaba la lealtad de usted; i por eso le hice denantes todas esas preguntas. Ahora sé que puedo contar con su fidelidad.

—Me comeré esos papeles ántes de entregarlos, i moriré si es necesario! esclamó Pedro. Démelos usted, señor Garduño, i partiré al momento. Ah! pero estoi atado i no puedo moverme!

—Yo lo desataré, respondió el oficial, poniendo por obra lo que decia.

Al verse libre, Pedro dió dos o tres saltos en el aire, como para cerciorarse de que estaba vivo i libre.

En seguida dijo:

—Pero ¿no le parece a usted, señor, que debo hacer este viaje a caballo?

—Aquí tiene usted el mio.

—¿I usted?

—Yo me volveré de a pié al campamento; i allí diré que mi caballo se ha arrancado. Tome usted el paquete, i ¡cuenta con que nadie sepa una palabra de todo lo que hemos hablado!

—No le dé a usted ningun cuidado. Mas hablará un muerto que yo! Vaya! lo que es la vida! ¿Creerá, señor Garduño, que casi habia yo creido que estaba muerto?

En seguida tomó el paquete; lo metió en sus bolsillos, i montó a caballo.

—En ese atadito que cuelga del arzon de la silla encontrará usted que comer, le dijo Garduño.

—Dios se lo pague, señor! Ahora quisiera pedirle una gracia.

—Diga usted.

—Quisiera tener noticias de la señorita. ¿Podria usted escribirme...?

—Prometo hacerlo, respondió el oficial; i si no le escribo, crea usted en todo i por todo lo que la persona, que al saludarlo le diga al oido: «*Lucinda i Garduño.*»

Pedro miró al oficial meneando en seguida la cabeza, como para desechar una idea insensata.

Luego contestó:

—Mui bien, señor, así lo haré. Adios.

—Que tenga feliz viaje, respondió Garduño, volviéndose al campamento.

A poco andar, el oficial encontró a un soldado que lo esperaba entre unos matorrales con un caballo de la rienda. Montó de un salto, i se dirijió con su asistente al rancho endonde debia pasar el resto de la noche.

Antes de llegar, dijo al soldado:

—Si algun curioso pregunta por el cadáver, dile que entre los dos lo hemos echado al rio.

—Sí, señor, respondió el soldado, i ademas con una piedra atada al pescuezo.

Garduño hizo un jesto de aprobacion, sin contestar una palabra. Llegado al alojamiento se apeó; i vestido como estaba, tendióse sobre una cama de pellejos que el soldado le tenia preparada. Pero miéntras éste empezó luego a roncar, tendido sobre su poncho i con un tronco por cabecera, el pobre Santiago no pudo pegar los ojos, *como si su espíritu fuera presa de algunos de esos terribles pensamientos*, cuya ejecucion espanta al mismo que desea realizarlos.

Poco despues se levantó; despertó al soldado, i le ordenó ensillar de nuevo los caballos. Miéntras tanto él escribia, a la luz de un candil, un papelito que encargó a otro soldado entregar a Dorriga. Por último, montando a caballo atravesó el rio, i galopó hácia Molina, seguido de su soñoliento asistente.

—Oh! murmuraba Santiago, con ajitacion febril; esta no es una mujer sino un ánjel... ¡Qué dulzura, al mismo tiempo ¡qué majestad en aquella fisonomía radiante...! ¡Con cuánto placer no le consagraria mi vida entera...! I su marido ¿vive? ¿ha muerto...? Pero puede morir en la refriega, i entónces....

——:o:——

CAPITULO XLIV.

A ORILLAS DEL MAULE.

«Se sabe cuán propensos son los bandos políticos a forjarse ideas halagüeñas, sobre todo, cuando están caidos.»

(M. L. Amunátegui.—*Dictadura de O'Higgins: cap. XIII.*)

Volvamos ahora la vista al ejército constitucional.

Poco despues del desembarco de las tropas de Freire en Constitucion, llegaron los jefes Rondizzoni i Castillo, con sus soldados desembarcados en la Navidad, a los cuales se habian agregado algunos reclutas de las costas de Colchagua i de Talca. Freire esperaba con impaciencia a los coroneles Viel i Tupper, ocupados en esos dias en sitiar a Chillan, defendido por el coronel Cruz (que tan arrepentido se mostró despues de haber sostenido la causa pelucona). Sabedor el jeneral de que Viel i Tupper habian abandonado el sitio de Chillan, i se dirijian hácia el norte, puso en movimien-

to sus tropas i se dirijió hácia Talca por la ribera izquierda del rio Maule. Algunos dias despues, es decir, el 29 de marzo, todo el ejército liberal estaba reunido a orillas del antedicho rio; i entónces Freire no pensó sino en llegar cuanto ántes a la ciudad de Talca, posicion estratéjica de la mayor importancia, i cuyos habitantes eran adictos a la causa constitucional.

Se nos olvidaba decir que Anselmo no habia podido marchar con sus compañeros de armas, pues, aunque lo intentó varias veces por creerse ya restablecido de su enfermedad, no quiso consentirlo el jeneral; i el jóven tuvo que moderar su impaciencia i quedarse en Constitucion siguiendo las órdenes de su jefe, de acuerdo con las prescripciones del primer cirujano del ejército.

Ese mismo dia en que las tropas liberales se disponian a pasar el rio, al oriente del puentecito de Perales, miéntras los soldados comian las reses que se les acababa de matar con este objeto, Freire i Tupper hablaban acaloradamente debajo de una ramada, sobre la orilla del rio.

—Ya le digo a usted, coronel, decia Freire, que aún cuándo su plan sea mui bueno, me es imposible aceptarlo, pues tengo la seguridad de vencer a ese traidor, sin haber para qué descargar un fusil. La mayor parte de los oficiales han peleado a mis órdenes, i están arrepentidos de haber abrazado tan mala causa. Esté usted seguro de que, en cuanto nos vean, se pasarán con sus soldados a nuestras filas. ¿Para qué derramar sangre entónces, si tenemos la victoria segura?

Tupper no respondió, i solo meneó la cabeza con aire de duda. En aquel momento se presentó un oficial seguido de un hombre que traia un caballo de la rienda, i del cual, segun parecia, acababa de apearse.

—Señor, dijo el oficial dirijiéndose a Freire; aquí viene un hombre que se dice portador de una noticia importante.

El jeneral ordenó a aquel que se acercase; i apénas hubo éste hablado, cuando a una con Tupper, esclamó:

—¿No eres Pedro...? ¿qué es de Lucinda?

—La he dejado enferma en Quechereguas, respondió tristemente el buen servidor.

En seguida les refirió el viaje que con su señora habia hecho desde Santiago, concluyendo por imponerlos de todo cuanto les habia sucedido, omitiendo solamente las últimas circunstancias de su fusilamiento i del modo cómo habia escapado con vida, pues no po-

dia de otro modo conservar el secreto de las esquelas de que era portador.

—Pues no te habia conocido, dijo el jeneral. Pobre niña! Es preciso despacharle un propio para hacerle saber que Anselmo vive.

—Acabo de saber aquí esa buena noticia, observó Pedro, i estoi pronto a llevársela.

—I tú ¿cómo pudiste escapar del enemigo?

—He tenido que disfrazarme para llegar aquí, dijo Pedro, sin responder directamente a la pregunta del jeneral. Nadie me ha conocido; i así disfrazado, puedo llegar hasta Quechereguas. En cuanto al modo cómo escapé de los ocho balazos que mandaron tirarme, solo puedo decírselo a su merced.

Al oir esto, retírose el oficial, i Tupper se fué a hablar con Viel, que no léjos estaba, comiendo un trozo de carne asada, debajo de un ruinoso rancho.

Pedro refirió entónces al jeneral la manera cómo fué librado por Garduño; i concluyó por entregarle el paquete de cartas traidoras, que Freire abrió al momento i leyó con avidez.

En seguida, habiendo hecho repetir a Pedro la última parte de su relato, murmuró:

—El triunfo es seguro. El traidor tiene la traicion en casa.

I luego ordenó a Pedro partir para Quechereguas, con encargo de traer noticias ciertas de Lucinda, i al mismo tiempo pensó en enviar a llamar a Anselmo. Pero como no sabia si el restablecimiento del jóven le permitiria ponerse desde luego en camino, creyó prudente enviar un oficial a Constitucion con el encargo de volverse con Anselmo, solamente en caso de hallarse éste en estado de montar a caballo sin peligro alguno.

El oficial que recibió esta comision fué Pepe Tronera, quien, despues de haber combatido valientemente en el sur, a las órdenes de Tupper, se habia venido con su jefe al campamento de Freire.

Miéntras éste daba las órdenes antedichas, Tupper decia a Viel:

—No sé a qué atribuir la ceguera del jeneral. Ha rechazado el plan que le propuse de pasar el rio esta noche con quinientos hombres i sorprender a Prieto en su campamento de Lircai. Por nuestros espías sabemos la situacion que ocupa su ejército; ¿no cree usted, coronel, que un buen golpe de mano nos podia dar la victoria?

—Mui bien podria ser, respondió Viel; pero ¿cómo desenfrascar a Freire de la creencia que tan preocupado lo tiene? A él le parece que con solo presentarse, se pasará el enemigo a nuestras filas.

—Así me lo ha dicho; i no hai modo de hacerlo convenir en lo absurdo de esa idea. A él se le figura que todavía goza de su antigua popularidad en el ejército.

—Pues yo tengo otro proyecto, que, a mi juicio, nos daria la victoria sin necesidad de batalla alguna, dijo Viel.

—¿Puede usted decirme ese proyecto? preguntó vivamente Tupper.

—Por ahora no tenemos tiempo de hablar sobre ésto, respondió el otro, pues debemos ponernos en marcha al instante. Mire usted cómo ya los soldados comienzan a pasar el rio!

Así era en efecto. Valiéndose de dos balsas que se habia construido de palos cruzados i de algunas lanchas i botes llevados desde Perales, el ejército atravesaba el rio Maule, miéntras la caballería habia ido a vadearlo por otro punto.

La operacion fué larga; pero ejecutada sin mayores inconvenientes i con toda la presteza que podia esperarse, atendidos los escasos recursos con que se contaba.

Las cuatro de la tarde serian, cuando el ejército liberal se encontraba solo a dos leguas de la ciudad de Talca. Ya Pedro habia llegado a esta ciudad, pues, deseoso de alcanzar a Quechereguas esa misma tarde, se habia puesto en camino en el momento de recibir las órdenes del jeneral. Su objeto, al pasar por Talca, era hablar con un carnicero, antiguo amigo suyo, i preguntarle qué camino le convendria seguir para no encontrarse con las tropas del gobierno. Al pasar por enfrente de la quinta llamada *El Palacio* (antigua residencia del liberal Obispo Cienfuegos, situada hácia el sudoeste de la ciudad), Pedro fué detenido en su marcha por un mendigo, que, estirando la mano, decia con lastimera voz:

—¡Por los clavos de Cristo! por María Santísima! una limosnita, señor, para un pobre baldado; hágalo por el amor de Dios! por lo que mas quiere! por Nuestra Señora del Cármen! por... ¡Dios se lo pague, señorcito, prosiguió, recojiendo la pequeña moneda que Pedro dejó caer. ¡En el cielo hallará la *caridá*; i Dios quiera que le florezca la suerte en todo cuanto ponga mano!

Pedro notó que dentro de la pequeña *ruca* o cobertizo de fajina dedonde el mendigo habia salido a encontrarlo, se veia otro mendigo, que, por entre las ramas de la *quincha*, miraba con marcada atencion al transeunte. Este, sin parar gran cosa la atencion en tal circunstancia, picó de nuevo su caballo; i a poco mas andar, entró en la ciudad con direccion a la Recova, endonde esperaba encon-

trar a su amigo el carnicero. Pero no fué así, pues solamente dió con la mujer del vendedor de carne, la cual le dijo que su marido volveria pronto de una dilijencia que habia ido a hacer al *centro*. I como Pedro deseaba guardar el incógnito, no quiso descubrirse ante la esposa de su amigo; i solo dijo que lo aguardaria hasta que llegase, para proponerle la compra de cinco bueyes gordos que su patron vendia, *poco ménos que de balde*.

En seguida compró, en medio real i se puso a comer, una colosal empanada, con el fin de matar el tiempo, como él decia; i tambien (preciso es decirlo), para matar el hambre que llevaba: con lo cual conseguia el buen hombre matar dos pájaros de una sola pedrada.

Con la rienda de su caballo sobre el brazo izquierdo, i sin dejar de mirar a lo largo de la calle, para ver si su amigo venia, abrió Pedro su empanada, destapándola, como quien abre un estuche de joyas. I a la verdad que allí dentro encontró algo, para él mas precioso que las mismas perlas i diamantes, pues el pequeño baul de dorada masa no estaba lleno de aire (como la industria moderna lo practica actualmente), sino de carne de vaca esquisitamente preparada con presitas de pollo, aceitunas, huevo picado i frescas pasas del Huasco, cuya mezcla prometia ser tan sabrosa como era agradable e incitante el olor que exhalaba.

Luego hizo pedazos la cóncava tapa de aquella sabrosa caja; i, sirviéndose de los trozos como de cuchara, empezó a echar unos bocados sobre otros, mascándolos i tragándolos a veces con cuchara i todo; i acabando al fin por comerse el plato mismo, así como se habia comido las cucharas.

Cuando se sacudia las manos i se limpiaba la boca con una *esquina* de su poncho, vió que por la calle venia, no el amigo a quien aguardaba, sino el mendigo que por entre las ramas de la quincha lo habia observado poco ántes.

Pedro se acercó instintivamente a su caballo, i se afirmó en la silla con aparente indolencia, silbando al mismo tiempo una tonada popular. Aunque no miraba al mendigo, pudo notar que éste se dirijia rectamente hácia a él; i cuando se halló a dos pasos de distancia, oyó que le dijo:

—¡Dios se lo pague, mi señor!

—¿A qué viene ese *Dios se lo pague?* preguntó Pedro, ya medio sobresaltado por la asiduidad con que el mendigo lo miraba.

—Le doi las gracias, respondió éste, por la limosna que le dió a

mi compañero allá enfrente del *Palacio*, pues los dos hemos hecho compañía para *trabajar*.

—Pues, amigo, dijo entónces Pedro, buen provecho le haga, como a mí la empanada que me acabo de comer.

—Muchas gracias, señor don Pedro, contestó el mendigo con voz clara aunque mas baja, dando un paso mas hácia su interlocutor.

Al oir su nombre, Pedro no pudo dejar de manifestar su sorpresa; pero rehaciéndose bien pronto, repuso:

—Yo no me llamo Pedro; usted me ha tomado sin duda por otro.

—I sin embargo, murmuró el hombre harapiento, yo no puedo equivocarme.

I acercándose aún mas hácia Pedro, pronunció en voz mui baja estas dos palabras:

—«*Lucinda i Garduño.*»

—¿Quién es usted? preguntó Pedro, mirando fijamente al otro.

—¡Silencio! respondió rápidamente el mendigo. No alce usted la voz, i sígame si quiere saber noticias de la señorita Lucinda. Aquí en la calle no podremos hablar.

Diciendo esto, echó a andar por la misma calle; i Pedro lo siguió aguijoneado por la curiosidad que en él se habia despertado, i mas aún, por el vehemente deseo de saber noticias de su señora.

El mendigo andaba sin volver la cara; i al llegar (unas dos cuadras mas adelante), a un rancho de miserable aspecto, tocó una puerta de mal clavadas tablas, la cual se abrió dejando ver en el interior del triste cuarto tres o cuatro mendigos mas, sentados en el suelo i ocupados en jugar a los naipes.

—Entre usted pronto, dijo a Pedro el misterioso guia.

—¿I mi caballo, cómo lo dejo solo en la calle? preguntó Pedro, dudando sobre si entraria o nó.

—Entre con caballo i todo, respondió prontamente el otro, porque adentro tenemos un buen sitio endonde puede estar el caballo miéntras platicamos. No tenga miedo.

—Yo no tengo miedo, dijo Pedro, llevando su bestia de la rienda hácia el interior del sitio, miéntras los otros mendigos proseguian su juego sin poner, al parecer, atencion a lo que pasaba junto a ellos.

Llegados al interior del sitio (que estaba completamente solo i rodeado de ruinosas tapias), el compañero de Pedro dijo a éste:

—Puede usted tener entera confianza en mí, porque soi liberal i amigo de don Santiago.

—¿Quién es don Santiago?

—Don Santiago Garduño, que con otros oficiales de Prieto han resuelto pasarse a las filas del jeneral Freire.

—¿I en qué me ha conocido usted?

—¡Vaya! esclamó el otro, sonriendo. Usted ha mudado de caballo, pero no ha cambiado la silla, ¡i quiere que no lo conozcan! Yo sabia que usted andaba en la misma silla de don Santiago.

—Es verdad! dijo Pedro dándose una palmada en la frente ¡qué chambonada he hecho, sin pensarlo! Pero despues de todo: ¿qué me dice usted de mi patrona?

—Está buena, respondió el mendigo, como lo verá usted por esta carta.

I sacando un papelito doblado lo pasó a Pedro.

—No sé leer, amigo, dijo éste, encojiéndose de hombros.

—Pues yo se lo leeré, repuso el otro, desdoblando el papel, el cual decia:

«Señor don Pedro:

La señorita Lucinda está mui buena de salud, aunque algo triste. Creále en todo i por todo al dador de esta, que es liberal i mui *freirista*; i dígale si entregó en mano propia las esquelitas que remití con usted.

SANTIAGO GARDUÑO.»

—Ah! se las entregué al señor jeneral en propia mano, dijo Pedro. ¡Pobre señora mia! qué gusto no va a tener cuando le diga que mi patron vive!

—¿Cómo vive? ¿Quién es su patron? preguntó el mendigo vivamente.

—Mi capitan Guzman, pues, el esposo de la señorita.

—¿No ha muerto?

—Nó, gracias a Dios: está en Constitucion bueno i sano... Pero, ¿qué tiene usted que se ha puesto tan pálido de repente! exclamó Pedro. ¿Está enfermo?

—Sí, tengo una fatiga de estómago, respondió el mendigo, tratando de reponerse de la impresion que parecia haber sufrido con saber que Anselmo vivia.

En seguida, diciendo que iba a beber un trago de aguardiente,

entró al rancho, dedonde salió poco rato despues, trayendo un vaso de licor que ofreció a Pedro. Bebió éste, de un sorbo, casi todo el contenido del vaso, i luego dijo:

—Dios se lo pague! amigazo: esto vale mas que la lismosna que les dí a ustedes en el callejon. Ahora puede usted decirle a don Garduño que cumplí con el encargo que me hizo, i que...

—Entónces puede usted entregar estas otras cartas, interrumpió el pordiosero sacando un paquete de entre sus andrajos.

—Me es imposible por ahora

—¿Por qué?

—Porque debo ponerme al momento en camino para Quechereguas.

—¿I cómo piensa usted atravesar de dia el ejército enemigo?

—Espero a un compadre carnicero que tengo aquí, el cual me dará consejo sobre el camino que debo tomar para que no me atajen.

—Pues yo le aconsejo que aguarde la noche para ponerse en marcha. Yo soi mui conocedor de estos campos, i prometo indicarle un caminito seguro, si usted entrega a Freire estas cartas.... ¿No dicen que hoi estará el ejército en Talca?

—Llegará esta tarde.

—Entónces tiene usted tiempo para hacerme este favor; i en cerrándose la noche, puede ponerse en camino; porque, ya le digo, sería una imprudencia hacerlo de dia. Todos los pasos del rio están bien custodiados; pero yo conozco un punto pordonde puede usted pasar sin peligro alguno.

—Dice usted bien; esperaré la noche. Deme las cartas para irme luego a la recova, que, de todos modos, bueno es que hable tambien con mi compadre el carnicero.

—¿Qué compadre es ese?... Cómo se llama?

—Cucho Espinosa, respondió Pedro.

—Ah! Espinosa, el carnicero! Lo conozco mucho. Desconfíe usted de ese hombre porque es un espía de Prieto, i será capaz de venderlo a usted, como Júdas vendió a Cristo.

—Imposible! replicó Pedro. Cucho es mui *freirista*; i yo sé que no me traicionará.

—Pues yo le digo que Cucho Espinosa se ha pasado a los pelucones; i aunque representa mui bien el papel de *freirista*, sepa usted que es un espía de Prieto. Esta mañana estuvo en el ejérci-

to, i, segun supe, habló con el jeneral en persona, el cual, por mas señas, le regaló una onza de oro.

—Todo puede ser, observó Pedro, dudando ya de la fidelidad de su amigo; i como lo mejor de los dados es no jugarlos, nada pierdo con no ver al cumpa *Cucho*.

—Miéntras tanto, platicaremos aquí un ratito, agregó el mendigo. Dígame, señor, ¿cómo viene el ejército? ¿Mucha caballada traen? ¿Son buenos los caballos?

—No ví la caballería, respondió Pedro, porque anduve perdido varios dias en la montaña; i cuando llegué al paso del Barco, me encontré solo con la infantería.

—Pues la caballería de Prieto no vale nada, dijo el mendigo sonriendo. Yo no sé cómo quiere salir victorioso con aquellos *cuatro pingos de mala muerte*.

—Usted se engaña, replicó Pedro. Yo he visto la caballada del gobierno, *i es mui lucida*.

—Ah! entónces ¿usted no sabe la jugarreta que nosotros, quiero decir, que los de nuestro partido le han hecho al gobierno? preguntó el pordiosero.

—¿Qué diablura es esa?

—Voi a decírsela. En la noche que durmieron en el Camarico, un oficial, ayudado de un sarjento mui freirista, se fueron al corral, endonde tenian los caballos i le dieron a los mejores un buen tajo en el lagarto...

—¿Qué me dice usted?

—Lo que oye. De modo que al otro dia se encontraron con los mejores caballos todos rengos.

—Qué tiro! exclamó Pedro. Se lo he de decir a mi jeneral, para que se anime mas, porque aquí para entre los dos, le diré que nuestra caballería es poca i mal montada. Me dijeron que el coronel Viel habia traido del sur unos cien indios; pero estos diablos (Dios me perdone) no sirven mas que para la primera embestida, i si la yerran, adios, compadre, porque se dejan charquear de lo lindo; i mas es lo que estorban, a veces, que lo que hacen entre una caballería bien disciplinada; razon por la cual solo sirven para echarlos adelante, como si dijéramos *de carnaza*, aunque entónces se corre el peligro de desordenar las propias filas, en caso de ser ellos rechazados, pues, en arrancando uno, siguen todos los demas; i no los hará volver cara ni la misma madre que los parió!

—¿I la infantería? volvió a preguntar el otro ¿viene bien equipada? Temo mucho que no traigan bastantes pertrechos.

—Algo *escasones* vienen, respondió Pedro suspirando; pero si faltan municiones, sobra el valor i el patriotismo.

—Así me gusta oirlo hablar, respuso el pordiosero. Tengo muchos deseos de que los dos ejércitos se vean luego las caras.... I dígame: ¿cuántos cañones traen?

—Vienen tres piezas bien montadas, con diez artilleros cada una, a las órdenes del jefe Amunátegui.

—¿I no supo usted, poco mas o ménos, el número de los soldados?

—Yo creo que han de venir *de mil hombres para arriba*, respondió Pedro.

—Con ochocientos que vengan basta i sobra, dijo el mendigo con tono de complacencia.

Cada vez que el pordiosero hablaba, Pedro no despegaba de él los ojos, como si algun recuerdo le asaltara i quisiese hallar en la fisonomía de aquel hombre la contestacion a una pregunta que ya él se habia hecho varias veces en su interior.

Al llegar a este punto de su conversacion, le dijo:

—Mire, amigo, porque no me tuviera por demasiado curioso, no le habia hecho una pregunta.

—¿Qué pregunta es esa?

—Dígame ¿por qué se parece tanto su habla a la de don Garduño?

Turbóse algo el pordiosero; pero luego respondió:

—Eso será, sin duda, porque (le diré la verdad) somos *medio parientes* con don Santiago: quiero decir, que yo soi pariente de esos que llaman de contrabando.....

—Ya entiendo: ahora caigo en la cuenta de la semejanza. Solo que usted es mui trigueño, i él es blanco.....

—Qué quiere usted? El lo pasa debajo de sombra, i yo, pidiendo limosna al sol. Mas no por esto quiero mal a mi primo, sino que lo sirvo en todo lo que puedo.

—Es un buen caballero, agregó Pedro. Yo le estoi mui agradecido, pues le debo nada ménos que la vida.

—¿Cómo es eso? preguntó el pordiosero, manifestando una gran curiosidad. Cuéntemelo usted, si no tiene inconveniente.

—Ninguno, respondió Pedro, comenzando en seguida a relatarle la lugúbre escena del Camarico que ya conoce el lector.

CAPITULO XLV.

EL EJÉRCITO LIBERAL LLEGA A TALCA.

> «Como insistiesen Viel i Tupper, en las ventajas de su plan, tratando de vencer la resistencia que les oponia Freire, llegó éste a incomodarse; i sacando de los bolsillos puñados de papeles, los colocó sobre la mesa, diciéndoles: «lean ustedes!»
>
> (F. Errázuriz.)

Ann no habia concluido Pedro su relato, cuando se oyó en la calle cierta ajitacion que fué creciendo por momentos.

Salió el mendigo a ver lo que pasaba, i luego volvió diciendo:

—Acaba de llegar la caballería de nuestro ejército, i pronto estará aquí el jeneral Freire con toda la infantería. Monte a caballo,

don Pedro, i trate de entregar luego las cartas. Yo lo esperaré aquí ahora, en cuanto comience a teñir la noche, con un buen asado de vaca.

—No le desecho sus favores, respondió Pedro; i tome usted para que le agregue al asado una buena *cazuela* i un poco de mosto, porque tengo que correr toda la noche.

Diciendo esto, pasó al mendigo un peso, que éste recibió despues de alguna hesitacion. En seguida, se puso el paquete en los bolsillos; montó a caballo i se dirijió a la plaza.

Las calles estaban llenas de curiosos viendo pasar las tropas, parte de las cuales se acuarteló en el convento de Santo Domingo, miéntras el resto permaneció al sur de la ciudad, endonde no podia ser atacado por el enemigo, cuya principal fuerza era la caballería. Las jentes iban i venian, manifestando el mayor alborozo en sus semblantes; i los jefes constitucionales tuvieron la satisfaccion de ver que podian contar con las simpatías de los liberales hijos de Talca.

Poco despues de haber llegado Pedro a la plaza, vió entrar en ella al jeneral, rodeado de la mayor parte de sus oficiales, entre los que venia una multitud de caballeros que habian salido a encontrarlo.

Siéndole imposible al leal servidor llegar hasta donde su jefe se encontraba, contentóse con seguir de atras el numeroso convoi. Detúvose éste enfrente de la casa que se habia destinado para que alojara el estado mayor; i echando todos pié a tierra, reunióse al momento el consejo de guerra en que debia tratarse sobre las medidas que convenia tomar.

La plaza se fué despejando poco a poco; los curiosos comenzaron a retirarse; pero Pedro, apeándose de su caballo, se puso a esperar que el jeneral se desocupase para hablar con él.

Concluido el consejo, quedó Freire en la pieza acompañado de los coroneles Viel i Tupper.

—Señor, le dijo el primero, ya hemos hablado largamente con nuestro valiente amigo que nos oye, sobre una idea que, puesta en práctica con decision i prontitud, puede, i no solo puede darnos, sino que nos dará precisamente la victoria, sin tirar un solo tiro.

—Veamos, qué idea es esa, dijo Freire sonriendo con incredulidad.

—Es mui sencilla, prosiguió Viel. Dejamos descanzar hoi i mañana a nuestros soldados, miéntras se hacen los preparativos nece-

sarios. Mañana en la tarde pasamos el rio Claro, en el punto llamado *Guapí*, i nos dirijimos a marchas forzadas hácia la capital, que a la fecha está indefensa.....

—I entónces le será mui difícil a Prieto volver a adueñarse de Santiago, concluyó Tupper.

—Encuentro una dificultad, dijo Freire; i es que nosotros no podemos marchar con la rapidez que puede hacerlo Prieto, quien, teniendo tan buenos caballos, puede hacernos mucho mal por la retaguardia.

—Pero observe usted, jeneral, replicó Viel, que, tomando nosotros el camino que corre por el pié de las montañas del poniente, entre éstas i el rio Claro, nada tenemos que temer de la caballería enemiga.

—Un camino quebrado! esclamó el jeneral medio impacientado. ¿No echan de ver ustedes que, si tomamos ese mal camino, Prieto puede llegar mucho ántes que nosotros a Curicó, i cortarnos la marcha?

—Eso no es posible, señor, desde que nosotros podemos tomar caballos en las haciendas pordonde hemos de pasar.

—Pues yo sé que Prieto ha dejado las haciendas exhaustas, pues ha tomado a su paso los mejores caballos, respondió Freire. ¿Quieren ustedes que nos separemos de esta ciudad endonde contamos con tantas adhesiones i recursos de todo jénero? Por otra parte, agregó, exaltándose mas; ya les he dicho la conviccion que tengo de que la mayor parte del ejército de Prieto viene descontenta de él; i si sus oficiales i soldados desean que llegue el momento de la batalla, es para pasarse a nuestras filas.

—¿I puede usted creer eso, jeneral?

—Tengo mis razones para creerlo así, respondió Freire levantándose del asiento con marcado disgusto. ¡Yo no soi un niño para abrigar una idea, o tomar una resolucion séria sin motivo alguno!

En aquel momento, por una ventana entreabierta que caia a la calle, el jeneral vió a Pedro, de pié en la vereda, con su caballo de la rienda.

Admirado de verlo allí, cuando lo creia cerca de Quechereguas, llamólo al instante.

—¿Cómo es eso, bribon? le preguntó exasperado ¿Así cumples con las órdenes de tu jefe?

—Por cumplir mejor con ellas, me he quedado en la ciudad, respondió Pedro, saludando militarmente. Aquí he encontrado a uno

de los nuestros que ha prometido llevarme esta noche por cierta senda en la cual no tropezaré con el enemigo, que tiene tomados todos los pasos del Lircai. Ademas, prosiguió, bajando la voz; ese mismo individuo me ha encargado decir a mi jeneral que la caballería enemiga viene mui mala i que los oficiales están (con perdon de su merced) renegando contra su jefe. Por último, me dió estas cartitas para que se las trajese.

El jeneral tomó el paquetillo que Pedro le pasó con aire misterioso; i no bien hubo reconocido a la lijera algunas de las esquelas enviadas por Garduño, cuando se dirijió apresuradamente hácia el rincon endonde Viel i Tupper observaban lo que pasaba sin hablar palabra.

—Aquí tienen, les dijo, la razon por qué no quiero seguir ninguno de los planes que se me ha propuesto. Lean ustedes estas cartas, prosiguió, pasándoselas; i se convencerán de que no soi víctima de una ilusion. I adviertan que esas no son las únicas que he recibido. Hé aquí tambien otras que dicen lo mismo.

I sacando de sus bolsillos un puñado de papelitos doblados, los arrojó sobre la mesa i salió a largos pasos de la sala.

—:o:—

CAPITULO XLVI.

LA MERIENDA.

«En este pícaro mundo
El que ménos corre, vuela;
El diablo parece santo,
I el mas amigo la pega».

(Versos populares)

Pedro, una vez cumplida su comision, se habia vuelto al rancho del mendigo, pues se acercaba la hora en que debia ponerse en marcha. Llegado al rancho, se encontró solamente con los otros pordioseros, los cuales le dijeron que su compañero les habia encargado darle de merendar a su merced, i llevarlo en seguida a cierto punto endonde el otro mendigo estaria esperándolos cuando hubiera anochecido por completo.

Pedro puso su caballo a comer dentro del sitio, endonde habia yerba en abundancia, i en seguida se vino a merendar con los otros pordioseros, que lo trataron a él i se trataron ellos mismos como si no fueran lo que parecian.

Despachó con buen apetito su racion de *cazuela*; hizo grandes elo-

jios al charquican, que remojó con un cacho lleno de mosto que manaba por la manizuela de un cuero, puesto sobre dos adobes que servian de mesa; i por último, le sobró gana para arremeterle al asado, el cual, ensartado en una larga varilla de *coligüe*, tenia uno de los mendigos *al amorcito del fuego*, miéntras los demas, armados de sendos cuchillos, le daban (como decia Pedro despues) una carga cerrada a la bayoneta, que no habia mas que ver. I a cada tajada que tragaban, acudian al cacho que pasaba de mano en mano i de boca en boca, miéntras otros (por estar el cacho ocupado) agarraban el cuero a dos manos, i haciéndole cariñitos, chupaban la manizuela con tanto ahinco, que si los que miraban no se las quitaban de la boca, se habrian quedado allí dormidos, mamando como el niño pegado al pecho de la madre.

Pedro estaba encantado, i decia que en cuanto dejara de ser soldado, habia de tomar el oficio de limosnero, por ser, como parecia, tan lucrativo, mayormente en estos tiempos (agregaba) en que no se le paga a uno ni el sueldo.

—Mui bien pensado! le respondió uno de los alegres compañeros. Cuando le vaya a usted mal por esos mundos, no tiene mas que venirse con nosotros, i verá como lo pasa bien i con la barriga llena.

—Pero es el caso que yo no soi baldado, dijo Pedro riendo.

—*Eso es lo de ménos*, replicó otro. Para pedir limosna no hai necesidad de estar lisiado, porque nada cuesta hacerse una grande hinchazon en una pierna, con trapos i un poco de afrecho; o si usted quiere, no tiene mas que aprender a andar todo descoyuntado, i cayéndose al suelo de cuando en cuando, que es mui bonita manera de pedir limosna, por lo bien que así se ablandan los corazones. Véngase no mas, amigo, a trabajar con nosotros, que aquí le enseñaremos a andar a lo patuleco, a hacerse ciego, a levantarse unas buenas potras en la barriga, a figurar mui preciosas hinchazones de cara, con ataditos de estopas metidos en la boca; i por fin, a hablar con voz lastimosa i triste, que es lo mejor para *limosnear*. Yo que tengo experiencia se lo digo. Los ricos son así: bien pueden ver a un hombre enfermo de veras i muriéndose de hambre, sin que ellos le digan *por allí te pudres*. Pero en cuanto lo oyen a uno hablar con tono triste i quejumbroso, se les ablandan las entrañas... Vaya, pues! esclamó, mirando de repente al que tenia la manizuela en la boca: ¡no te lo *chupís* todo, Ñico!

I al decír esto, arrancó de un tiron la manizuela que el otro tenia entre los dientes, agregando:

—Vaya que este Ñico tira mas que el buei negro!

—Bebo porque me ha costado mi bueno, dijo Ñico, pues todo el santo dia lo he pasado trajinando por esas calles, con esta joroba de lana que me ha retostado los lomos.

—Calle la boca, Ñico, replicó el otro, disponiéndose a beber; no vengas a echarnos en cara lo que has trabajado hoi, pues si no fuera por la plata que nos dió el caballero...

—¿Qué caballero? interrumpió Pedro.

—No les haga caso, cumpita, le respondió al oido el que habia tenido el asador, miéntras los demas cortaban i comian: no les haga caso a estos borrachos.

—Yo no estoi borracho! esclamó Ñico sentándose en el suelo, endonde poco ántes estaba echado de barriga. Digo que me ha costado mi sudor i mi trabajo, porque es así, miéntras que éste (i señaló con el dedo al que poco ántes hablaba con Pedro) no sabe sino estarse aquí en el rancho *camastreando*; i solo tiene habilidad para echarla de sabido i dar lecciones, cuando no es capaz de hacer ni siquiera una potra bien hecha!

—¡Qué no sé hacer ni una potra! esclamó el otro, herido en su amor propio.

—¿I quién fué, badulaque, quien te enseñó a andar con la joroba?

—*Vos no sos* capaz de enseñarme a mí, replicó Ñico con orgullo. Yo aprendí solo; i tambien le aprendí a un limosnero de Rancagua, que sabia mas que Catete; ¡ese sí que era hombre! prosiguió, dirijiéndose a Pedro. Si usted quiere, amigo, venirse con nosotros, yo le enseñaré todas las argucias de que aquel cristiano se valia para sacarle plata a todo el mundo. Vaya pues! dijo a su interlocutor, si *sos* tan hábil, te apuesto dos reales ¿a qué no *hacís* un tullido como yo?

Diciendo ésto, quiso levantarse del suelo para manifestar su destreza; pero el estado en que se hallaba se lo impidió, o mas bien dicho, el vino que habia bebido lo hizo representar tan bien su papel de tullido, que, doblándosele las piernas, cayó de bruces sobre el suelo.

—Es verdad que ni un tullido verdadero podria hacerlo mejor, dijo Pedro riendo.

En esto se acercó a Pedro el que habia tenido el asador (que no habia bebido sino unos pocos tragos), i le dijo al oido:

—Ya es hora, cumpita, de ir a donde el compañero nos está esperando.

—I se me habia olvidado! esclamó Pedro. ¡Lo que es el diablo!

—I el mostito, agregó el otro sonriendo.

Pedro montó a caballo i siguió al mendigo que iba a pié, adelante, sirviéndole de guia. Este echó andar hácia el norte por la calle Tres, oriente; i al llegar a la Dos, norte, torció sobre su izquierda i empezó a trotar, diciendo a Pedro que apurase el paso.

La noche estaba tan oscura, que el guia creyó necesario advertir a Pedro que se fuese por la vereda de la derecha, para que no cayese en el profundo estero de Baeza, que corria a lo largo de la acera izquierda.

En poco rato llegaron a la pequeña colina, endonde hoi se encuentra situado el Seminario, i que en aquel tiempo se hallaba coronada por el cementerio de la ciudad.

—¿Para a dónde diablos me lleva, amigazo? preguntó Pedro. Yo creo que estamos sobre el *pantion*.

—Así es, dijo el guia, i por eso es que usted no debe pronunciar esa mala palabra.

—¿Qué palabra?

—El *Diacho*. Mire que estamos cerca de lugar sagrado!

—¿I qué venimos a hacer aquí?

—Aquí es donde nos está esperando el compañero. ¿No ve esa tapia negra? Es la del campo santo. ¿No divisa allá, al fin de la tapia, unos dos bultos que se mueven?

—No veo ni palabra, respondió Pedro.

—Pues ellos son, quiero decir, que debe ser él, que habrá venido con otro para que lo acompañe, porque no es nada bueno andar solo su alma por estos lugares.

Pedro no respondió, sino que, habiéndose santiguado, empezó a rezar un Padrenuestro.

En aquel momento tocaban la hora de ánimas en la torre del convento de San Agustin (patron de la ciudad) situado entónces en la calle Dos, poniente, i en el mismo lugar que hoi ocupa la Penitenciaría.

El guia entónces, poniéndose en cuatro piés, empezó a ladrar, concluyendo con un lastimero ahullido, tan bien imitado, que Pedro estuvo casi por creer que su compañero se habia convertido en perro. I habiéndose dejado oir un ahullido igual en el otro estremo de la tapia, alzóse el hombre del suelo i dijo:

—El es; no hai duda.

—Vaya! ¿con que ustedes saben hasta la lengua de los perros? preguntó Pedro con aire zumbon.

—De todo es preciso saber en este mundo, respondió sentenciosamente el guia; i mi abuela, que era una médica que curaba a lo divino, i era mui buscada, porque estaba bienquista con los brujos, i tenia unas manos de ánjel para curar el mal de daño, de manera que no habia enfermedad que le aguantase mas de un dia i una noche... digo, pues, que mi abuela decia siempre que dos cosas no estaban nunca demas; i eran: el tener i el saber, aunque no fuera mas que tener achaques i saber rebuznar.

—Pues yo le habria preguntado a su abuela (¡Dios la tenga en buen lugar!), ¿de qué le sirve al cristiano tener achaques? dijo Pedro riendo, como para distraerse de las ideas lúgubres que le ocasionaba la proximidad del cementerio.

—Mi abuela está enterrada detras de esa tapia, dijo el guia; i si ella pudiese hablar, como allá en su tiempo, que no habia nadie que la dejara callada, le responderia que los achaques le sirven al cristiano para entretenerse con ellos, pues no hai mayor gusto para un enfermo que hablar i volver hablar de sus enfermedades. ¡Mire si sirven todas las cosas que Dios ha hecho! i en cuanto a lo de saber, le diré, que andando una noche por las montañas de Curillinque, me libré de las garras de un leon (despues de Dios), solo porque sabia ladrar. Para que vea si sirve a veces saber la lengua de los perros!... Pero ya hemos llegado, i aquí está nuestro compañero.

—¿Quién vive? preguntó Pedro, al ver en medio de la oscuridad un hombre que se acercaba a su guia sin hablar una palabra.

—Jente de paz! respondió el hombre, por cuya voz reconoció Pedro al mendigo de la tarde.

—Ah! es usted, amigazo, le dijo ¿cómo se halla para indicarme el camino que debo seguir?

—Estoi pronto. Dígame ántes si usted cumplió con mi encargo?

—Como bala i pinta, respondió Pedro. Yo mismo puse las cartas en manos del jeneral.

—Entónces vamos andando, dijo el otro. Sígame usted, i tenga cuidado de hacer el menor ruido posible, para que los centinelas no nos sientan, porque vamos a pasar mui cerca de ellos. Ahora se me ocurre una cosa.

—¿Qué cosa?

—Que usted debe quitarse las espuelas, para que los centinelas no oigan el *tilinteo* de las rodajas; i tambien seria bueno desenfrenar el caballo que va metiendo mucha bulla con el *rodajon*.

Pareciéndole bien a Pedro uno i otro consejo, los siguió al pié de la letra; i echando a la boca del caballo el bozal llamado *riendero*, montó de un salto, despues de haber dado a su primer guia una peseta, con la cual se santiguó aquel, deseándole un buen viaje.

En seguida, nuestro viajero echó a andar, paso a paso tras de su segundo guia, el cual, despues de un corto trecho, le dijo con lastimera voz:

—Don Pedrito, voi con un pié lastimado: ¿podria hacerme la gracia de llevarme en ancas? Ya estamos cerca del rio: ¿no oye sonar la corriente del agua?

—Como aquella noche en que me llevaban para fusilarme a la orilla de este mismo rio, respondió Pedro con voz lúgubre. Monte usted.

Montó el mendigo a la grupa, i dijo a Pedro:

—¿No divisa aquella mancha negruzca?

—Sí, la veo, respondió este.

—Es el Carrisal de Guapi. Dirija su caballo a la punta del norte, que por allí hemos de pasar.

Pedro taloneó su cabalgadura dirijiéndola al punto que se le indicaba, cuando en ese mismo instante se oyó un silbido.

—Jesus! qué miedo! exclamó el mendigo, rodeando con sus brazos a Pedro.

—Suélteme usted, con mil diablos! exclamó éste, tratando de desasirse de aquellos brazos que lo aprisionaban.

Pero el mendigo, en vez de soltar, apretó mas fuerte i contestó al silbido con otro igual. Entónces se oyó un tropel de caballos que se acercaba. El pobre Pedro quiso echar a correr a la ventura; pero estaba sin espuelas, con el caballo desenfrenado, i mas que todo, preso entre aquellos brazos de fierro que no lo soltaban. Empezó al instante a pedir socorro, lo cual sirvió para que los asaltantes diesen mas presto con él, guiados por los gritos que daba.

Pocos momentos despues, se vió rodeado de un piquete de caballería, cuyo oficial, mostrando con el dedo a nuestro viajero, gritó imperiosamente.

—Amarren al momento a ese hombre!!... I tambien al otro! (agregó despues).

Pedro vió que era inútil hacer resistencia, preso como estaba en-

tre los robustos brazos de su guia, así fué que se dejó maniatar i amarrar los piés por debajo de la barriga de su caballo, al mismo tiempo que montaban en otro a su compañero, sin tomar ninguna precaucion para que el reo se escapara.

Miéntras lo ataban, nuestro viajero quiso preguntar por qué lo capturaban; pero, en vez de contestarle, le pusieron en la boca un pañuelo retorcido, atado fuertemente sobre la nuca.

En seguida, los soldados empezaron a desfilar por la orilla izquierda del rio hácia el oriente, llevando del diestro el caballo de Pedro, quien, no pudiendo hablar, pensaba en su interior:

—No hai duda que he vuelto a caer entre los *prietistas*... De esta sí que no me escapo... Si no hubiera sido porque mi baqueano me hizo sacarle el freno al caballo i a mí las espuelas, no me habrian pillado... I luego este hombre de Dios, que me abrazó de modo que no pude moverme...! Pero ¿no podria ser este baqueano el mismo que me ha vendido? A mí me amarran i a él lo dejan suelto sobre su caballo... I ahora que me acuerdo: aquel silbido que dió, contestando al otro de estos pícaros... No hai duda, este diablo se venia haciendo el santito, i me ha hecho caer en el *guachí*... Pero yo tengo la culpa sabiendo como sé que, en estos tiempos, el mas amigo la pega... Eso me pasa por confiado ¡Dejarme engañar como un *leso*! Qué le diré a mi jeneral cuando me pregunte... Pero ¡qué diablos he de poder decir nada a nadie, cuando luego me han de meter cuatro balas en la caja del cuerpo! Sí, señor, ya se acabó todo, porque ahora sí que no me fusilarán *de por ver*, como allá en el Camarico.

——:o:——

CAPITULO XLVII.

LUCINDA ENCUENTRA AMIGOS.

> «Triste destino del hombre! Por mas que su razon se esfuerce; por mas que trate de elevarlo sobre las miserias de la vida, el corazon lo arrastrará siempre al fuego de la desgracia, i lo hundirá mas cada dia en el abismo tenebroso de los deseos insaciables.».
>
> (Víctor Torres A.—«*La Loca.*»)

El órden de la narracion nos obliga a dejar al buen Pedro otra vez preso en el campamento de Prieto, a orillas del rio Lircai, i trasladarnos a Quechereguas, para dar cuenta al lector del estado en que se hallaba la triste Lucinda.

En la misma noche en que Santiago Garduño tuvo la crueldad de hacer sufrir a Pedro todas las angustias de un verdadero fusilamiento, miéntras el fiel servidor marchaba hácia el sur llevando el paquete de las traidoras esquelas, el oficial, principal instrumento i autor en parte de aquellas farsas, se dirijia a todo galope a

la estancia de Quechereguas, con el fin de ver cuanto ántes a Lucinda, cuyo tenaz recuerdo no lo habia dejado dormir.

Al amanecer, atravesó corriendo la villa de Molina, i diez minutos despues, se apeaba en la estancia de Quechereguas.

Apénas se hubo apeado cuando el caballo, rendido de fatiga, cayó al suelo; pero Garduño, a pesar del cariño que tenia a su corcel, no hizo mas que mostrárselo con el dedo a su soñoliento asistente, para que le aflojase las cinchas, miéntras él se encaminaba a las piezas que ocupaba Lucinda.

La primera persona que encontró, fué el padre Hipocreitía que, debajo del corredor, estaba paseándose con aire meditabundo.

—Mucho ha madrugado su paternidad, dijo Garduño despues de saludar al jesuita. ¿Cómo está la enferma?

—No he podido informarme de su salud, porque aún no se han levantado en la casa, respondió el padre; pero, a juzgar por lo que ha sufrido en la noche, creo que no podemos llevarla hoi a la villa.

—Sin embargo, repuso el oficial, seria bien que la llevásemos cuanto ántes. En la villa estará mejor atendida que aquí. Allí hai un italiano que, si no es médico, lo parece siquiera. Ademas, en la misma plaza vive uña tia mia mui intelijente en medicina i en cuya casa puede estar Lucinda con toda comodidad.

—Parece que usted se interesa verdaderamente por esta pobre muchacha, dijo el padre, clavando en Garduño la punzante mirada de sus ojitos grices.

—No puedo negarlo, respondió Garduño con un lijero temblor en la voz. La desgracia de esta niña me ha afectado grandemente; i el deseo de saber de su salud me ha hecho venir ahora, a pesar de mi trasnochada.

—Agradezco a usted el interes que toma por ella, dijo el jesuita sacando su caja de rapé. Yo fuí mui amigo de su señor padre.....

—Don Marcelino de Rójas: siempre oí hablar bien de ese caballero, interrumpió Garduño.

—Era un hombre de pro, a quien Dios tenga en su santa gloria! Yo le debí mucha amistad i confianza; i no puedo ménos de pagar esos favores, amparando a esta pobre niña: fuera de que, agregó el jesuita, a ello me obligan la caridad cristiana i el ministerio que ejerzo.

—Pues aquí me tiene a su disposicion, para ayudarle en todo cuanto su paternidad reverenda crea conveniente hacer en favor de

esta desgraciada niña. Le repito, que en casa de mi buena tia puede ella.....

—Yo sé bien, interrumpió vivamente el padre, que Lucinda no tendria nada que desear en casa de la tia de usted, doña Manuelita. Conozco mucho a esa santa señora: es mi confesada. Pero ya he hablado con esas santas mujeres, en cuya casa tengo establecida la mision.... .

—Ah! Las Peñalozas!

—Sí. Ellas me han prometido atender a Lucinda como si fuese una hija de la casa.

—¿I le ha hablado su paternidad a Lucinda sobre llevarla a casa de las beatas.... quiero decir, de las niñas Peñalozas?

El padre miró a Garduño de una manera particular, i luego dijo:

—No comprendo su pregunta, amigo mio:

—Yo decia eso, prosiguó el oficial con cierta hesitacion, porque, como Lucinda es una niña tan principal, quién sabe si ella tendria a bien el que se le ofreciese aquel alojamiento.....

El jesuita sin hablar una palabra, interrogó a su interlocutor con una mirada escudriñadora.

—Verdad es que las niñas Peñalozas son *mui españolitas*, prosiguió Garduño, es decir, algo *ajentadas*.....

—Son unas santas esas señoras, interrumpió el jesuita.

—Yo no digo lo contrario, reverendo padre, prosiguió Garduño. Cada cual es señor i rei en su casa; pero por mas santas que sean las niñas Peñalozas, ya sabe su paternidad que no son *mui trigo limpio*, quiero decir, de mui buena sangre; i no seria bien visto llevar allí a una señorita de alcurnia como Lucinda.

El oficial cortó aquí su majadero razonamiento, i miró al padre, que no contestó sino con una sonrisa despreciativa, miéntras decia en su interior:

—¡I estos son los republicanos que han peleado i pelean por la libertad! Pues son tan republicanos como mi abuela.

—¿Qué le parece lo que le digo? preguntó Garduño.

—A mí me parece que Lucinda es dueña de elejir lo que ella crea por mas conveniente.

—Es cierto.... Sí.... pero, ahora que se me ocurre ¿i si elije volverse a Santiago, que tal vez seria lo mas acertado... ¿No podria su paternidad aconsejárselo, si es que ella puede hacer el viaje? Yo me ofrezco a llevarla con el mayor cuidado!

—Cómo! exclamó el jesuita: ¿i abandonaria usted sus banderas cuando la patria reclama sus servicios?

—No es mi ánimo desertarme, dijo riendo el oficial. Decia eso solamente, porque me parece que es lo que Lucinda debe hacer. Yo creo que don Víctor Dorriga desea que ella se vuelva a la capital, i, por lo que hemos hablado sobre esto, me parece que don Víctor no llevaria a mal el que yo escoltase, con tres o cuatro soldados, a esta desgraciada niña.... Usted podria escribir al jeneral, pidiéndole que yo.....

—¿Tanto desea usted separarse del campo de batalla? preguntó el fraile con sarcástico tono. ¿Tiene usted miedo de encontrarse con los pipiolos?

—Padre! esclamó Garduño, poniendo la mano sobre el pomo de su espada; mui mal sientan en la boca de un Ministro del Señor las palabras injuriosas, puesto que su hábito nos impide dar la contestacion que ellas merecen!

—Buen empleo encontraria su espada en un pobre viejo como yo, dijo Hipocreitía sonriendo melosamente.

—No tengo tan cobarde intencion, repuso Garduño; pero ya sabe su paternidad, que palabras sacan palabras.

—I ¿cree usted que yo he tenido ánimo de ofenderlo?

—No lo creo; pero ningun soldado de honor puede oir impasiblemente que lo llamen cobarde. En fin, dejemos esto, i dígame si le parece conveniente escribir al jeneral.....

—Es inútil, amigo mio, interrumpió el jesuita. Lucinda no volverá a Santiago hasta que no se convenza de que Anselmo.....

—Ah! sí! de que Anselmo ha muerto! esclamó Garduño con cierto temblor en la voz, que no se escapó a la penetrante observacion del fraile.

—Eso es lo que iba a decir, i me lo quitó usted de la boca, agregó éste. Pero despues de todo ¿qué ha sabido usted sobre la muerte de ese moro?

—No he encontrado noticias ciertas; pero luego las tendremos, respondió el oficial con voz sorda i sin mirar a su interlocutor.

Este tenia la vista fija sobre el oficial; i tanto en el temblor de la voz, como en los cambios de color i contracciones del semblante de Garduño, habia, el astuto jesuita, llegado a descubrir la verdad que poco ántes sospechaba solamente.

De repente, pareció que Garduño tomaba una resolucion definitiva. Separóse bruscamente del padre; i llamando a su asistente, le

ordenó que fuese al momento a dejar a su tia una pequeña hoja de papel, endonde él puso con el lápiz unas pocas palabras a la lijera.

En seguida se puso a arreglar, él mismo en persona, ayudado de dos soldados, una silla de vaqueta con el objeto de convertirla en silla de manos, atándole dos palos uno en cada costado.

Veíalo obrar el jesuita, observándolo hasta en sus menores movimientos, sin que el oficial pareciese apercibirse de aquella tenaz i asídua observacion.

Por último, atados los palos i tapisada la silla con pellones i ponchos, Garduño dijo al padre, mostrando con el dedo su obra:

—¿No le parece a su reverencia que aquí puede ir la enferma con toda comodidad?

—Todavía no sabemos si ella permite ser conducida de ese modo o de otro, respondió el padre meneando la cabeza; pero creo que ya se puede hablar con ella.....

—Es verdad, interrumpió el oficial mirando hácia los cuartos que ocupaba Lucinda. Se han abierto las puertas i ventanas, i ella debe estar en pié. Dios lo permita! De todos modos, conviene hablar con ella para consultar su parecer, pues don Víctor me ha encargado tratarla con todos los miramientos i atenciones a que es acreedora, tanto por su alcurnia como por su desgracia.

Nada dijo el padre; i aunque algo hubiera dicho, es mui probable que Garduño no se hubiera quedado escuchándole, pues parecia dudoso de llegar a las piezas de Lucinda, hácia adonde se dirijió.

Serian las nueve de la mañana, i en aquel momento salia del cuarto una vieja que parecia ocupada en servir el desayuno a la hija de don Marcelino. Preguntó Garduño a la vieja, si la señora estaba en pié; i habiendo contestado aquella que Lucinda *se habia levantado de una vez alentada, despues de haber pasado una noche no tan peor*, él envió a solicitar de la niña el permiso de hablar con ella, de parte del señor don Víctor Dorriga.

Poco despues volvió la vieja, diciendo que Lucinda esperaba en su cuarto al oficial.

No se hizo aguardar mucho el enamorado Garduño; i sin reparar en que el jesuita estaba a su lado, siguió a la vieja, con el contento pintado en el semblante.

El padre echó a andar tras él, murmurando entre dientes:

—Veamos en lo que va a parar todo esto para obrar en consecuencia. La lójica es tan necesaria para entender los hechos, como para hacer producir buenos resultados a los hechos mas ilójicos.

El padre i Garduño entraron a las piezas de Lucinda, quien los recibió con cierta reserva, al traves de la cual se echaba de ver la ansiedad por obtener las noticias que deseaba.

La pobre niña tenia el dolor pintado en su pálido i bello semblante, a pesar del esfuerzo que hacia por dominar la exaltacion de su ajitado espíritu. Olvidándose, al parecer, del padre Hipocreitía, fijó marcadamente su atencion en Garduño, quien la miraba de hito en hito, como deseoso de no perder un solo instante de verla.

—Señor oficial, le dijo con triste sonrisa; ya que usted viene de parte del señor Dorriga, podria decirme si estoi aquí presa o soi dueña de mis acciones?

—Enteramente dueña, señorita, respondió Garduño, inclinándose cortésmente.

—¿I esos soldados que veo pasearse por el corredor?

—Esos soldados son servidores de usted, como lo es el jefe que tiene el honor de dirijirle la palabra en este momento, i que tendria el placer de servirla en lo que usted ordenase.

—Mil gracias, respondió ella con voz conmovida.

—Todo eso lo habria sabido usted anoche, hija mia, dijo el jesuita con melosísima voz, si hubiera querido oirme.

Al oir estas palabras, Lucinda miró fijamente al padre; sus ojos se abrieron extraordinariamente; sus labios temblaron, i varias manchas rojas aparecieron en su frente i en sus mejillas, para volver a quedar mas pálidas que ántes.

En seguida, hizo un movimiento como para rehacerse, i dijo al jesuita:

—No he querido oir a su paternidad, porque... Vaya! no me obligue su paternidad a decir el por qué.

—No comprendo, hija mia, el proceder de usted con un viejo amigo de su señor padre, a quien Dios tenga en gloria, dijo el jesuita acercándose lentamente hácia Lucinda.

—Vaya, pues, replicó ésta; ya que su paternidad me obliga a ello, le diré una vez por todas, que no le creo; que no está en mis facultades el creer una sola palabra de lo que su paternidad habla, i hé aquí la razon porqué no he querido escucharlo.

Garduño, que no cesaba de mirar a Lucinda, hizo un movimiento en la silla, endonde se encontraba, i el padre tocó i sacó su caja de rapé, sin que su semblante revelase la menor intranquilidad.

En seguida dijo con melosa voz; pero con el aire de la amistad herida en sus mas vivos sentimientos:

—Jamas habria creido yo que la hija de mi inolvidable amigo, don Marcelino de Rójas, me tratase de una manera que tan poco merezco; pero el recuerdo de mi amigo me haria olvidarlo todo, si de esto necesitase un hombre como yo, cuya relijion le manda perdonar las ofensas, mayormente cuando ellas vienen de parte de una persona como usted, a quien no me es posible dejar de amar, i compadecer en su desgracia:

Lucinda, no prestando atencion a las palabras del jesuita, dijo a Garduño:

—Pero, señor oficial, si yo no estoi presa ¿por qué no se me entrega lo que me pertenece?

—Por acaso no se le ha entregado a usted su equipaje, exclamó Garduño alzándose de su asiento. ¿Qué le falta usted, señorita?

—El dinero que traia en mi maleta, respondió ella. Lo necesito porque debo pagar a estas pobres mujeres los cuidados con que me han favorecido.

—Nada tiene usted que pagar, hija mia, interrumpió el jesuita. Esas mujeres las sirven a usted por encargo mio.

—Gracias, padre; pero....

—Tranquilícese usted...

—No puedo estar tranquila miéntras me crea como en una guarida de ladrones. Se me ha arrebatado a mi sirviente; me han robado mi dinero, i luego se me dice que soi dueña de mis acciones... ¿no es esto, señor oficial, lo que usted me venia a decir de parte del señor Dorriga? Qué es de mi fiel servidor?

—Señorita, respondió Garduño con voz temblorosa, desgraciadamente nada puedo yo decirle acerca de la suerte de su sirviente. Marchó con el ejército; i nada mas sé por ahora, pero bien pronto podré darle noticias ciertas. Miéntras tanto, le repito que tengo encargo de servirla, como usted merece ser servida. No se preocupe usted por la falta de ese dinero, cuya desaparicion yo ignoraba. Dígame si usted desea volverse a Santiago...?

—Nó! nó! interrumpió vivamente Lucinda. No me volveré hasta no saber la suerte de mi esposo...!

Al decir esto, fuéle imposible dejar de romper en llanto. Sus interlocutores trataron de consolarla: al fin Garduño dijo:

—De todos modos, señorita, necesita usted un alojamiento cómodo i seguro...

—Yo tambien creo lo mismo, dijo el jesuita, i por esto he mandado preparar en Molina una habitacion endonde...

—No prosiga su paternidad, dijo vivamente Lucinda. Prefiero quedarme aquí miéntras veo lo que debo hacer en seguida.

—Pues yo me atrevo a ofrecer a usted la casa de una tia mia, a quien miro como a mi propia madre, dijo a su vez Garduño. Le aseguro a usted, señorita, que mi buena tia tendrá a mucha honra el que usted se digne aceptar. No sé por qué he tenido la presuposicion de creer que usted no despreciaria mi pobre oferta, i aún habia ya preparado la silla de manos en que pensaba trasladarla, en caso de que no pudiese hacer este camino de otra manera.....

—Ah! esclamó Lucinda ¿para mí habia usted preparado esa silla que me habia hecho creer que existia otro enfermo en casa?

—Sí, señorita: Ya le digo que yo temia el que usted no pudiese.....

—Mil gracias, señor, por haber pensado en esta desgraciada, interrumpió ella.

—Nada tiene usted que agradecerme, señorita. Afortunadamente, usted puede andar a caballo la legua corta que nos separa de Molina. Ah! i me olvidaba!... Con el permiso de usted, señorita!

Garduño, saludando a Lucinda, salió con cierta precipitacion de las piezas, i se dirijió al patio exterior de la casa. Su exclamacion habia sido producida por la vista de un gran carreton con toldo de madera pintado de verde, que en aquel momento se dirijia hácia la casa, tirado por una robusta yunta de bueyes overos, tan cuidados i límpios como el carreton. Llegado éste al patio, paráronse los bueyes, i Garduño se adelantó a recibir a una señora que salió por una de las puertas de aquel castillo ambulante.

—¡Mi querida tia! esclamó Garduño ¡cuánto le agradezco que usted se haya dignado venir en persona! Yo solo le habia enviado a decir que me mandase el carreton.

—I ¿por qué no habia de venir yo? dijo la señora. Aun cuando tú no te hubieses empeñado, me habria bastado saber la desgracia de esta pobre niña, para que yo la hubiera venido a buscar. ¿En dónde está?

—En las piezas del rincon.

—Pues vamos andando, Santiago, porque la caridad perezosa es caridad a médias.

La buena señora echó a andar con mas ajilidad de lo que sus cincuenta años parecian permitirle. Garduño se adelantó a anunciarla, i Lucinda salió a recibirla.

Apénas la señora hubo visto a ésta, cuando corrió hácia ella i la estrechó entre sus brazos, diciéndola:

—No he necesitado sino verte, hijita, para quererte. Sí, niña. Sé que eres desgraciada, i esto aumenta mi cariño. Al momento de recibir la esquelita de mi sobrino Santiago, mandé que me enyugasen los bueyes i colgasen el carreton, para venirte a buscar. Nada tienes que decirme, (prosiguió, viendo que Lucinda, medio confundida con la franca cordialidad de la señora tia, trataba de manifestarle su agradecimiento); no me digas nada, porque en el mundo estamos para ayudarnos i no para estorbarnos los unos a los otros, como dice el adajio: «hoi por tí i mañana mí.» Te ofrezco mi casita i todos mis posibles para que dispongas de ellos.

—Dios le pagará a usted esta obra de caridad que hace, le dijo Lucinda, correspondiendo al tercer abrazo de la afectuosa tia de Garduño.

—Déjate de eso, mi alma; no hablemos sino de ponernos luego en camino. Es preciso que me trates como a una antigua amiga. Yo no puedo ver los cumplimientos; i las etiquetas me dan jaqueca. Ya mi sobrino te habrá dicho que yo me llamo Manuela Villagran: este es mi nombre para servirte, mi vida. Ah! reverendísimo padre! esclamó, viendo al jesuita que se hallaba a pocos pasos de distancia; dichosos los ojos que merecen ver a su paternidad! ¿cómo lo pasa de salud?

—Estoi bueno, señora, gacias a Dios, respondió el padre. Voi a llamar a álguien que venga a poner el equipaje de Lucinda en el carreton.

Salió el jesuita, i en la puerta se encontró con Garduño que ya venia con dos soldados al efecto. Miéntras se arreglaba en el carreton el corto equipaje de Lucinda, no cesaba doña Manuela de prodigar su afecto a la hija de don Marcelino la cual le correspondia en la misma moneda: por manera que, aún no se habian puesto en camino, i ya las dos mujeres se trataban con la cordial franqueza de dos antiguas amigas.

——:o:——

CAPITULO XLVIII.

LOS CONSEJOS DE LA TIA.

«La mala intencion
Siempre es tropezon»

(Dicho popular).

Bien pronto se puso el carreton en movimiento, seguido de Garduño a la cabeza de cuatro soldados. El oficial iba con el gozo pintado en el semblante; i el jesuita (que marchaba a su lado) parecia tan contento como él, pues aun cuando sentia grandemente que Lucinda no hubiese aceptado el hospedaje en casa de las beatas Peñalozas, no por eso dejaba de manifestar la mayor satisfaccion.

El padre sabia ocultar su despecho mucho mas que su alegría, i tenia por máxima el mostrarle siempre buena cara a los acontecimientos. Jamas se daba por vencido; i a pesar de lo que habia oido de boca de Lucinda, no abandonaba la esperanza de reconciliarse con ella, en beneficio de sus ambiciosas miras.

Durante el viaje, Lucinda contó su historia a doña Manuela,

quien se mostraba cada vez mas interesada en favor de la desgraciada niña.

Llegado el convoi a la casa, doña Manuela renovó sus afectuosos ofrecimientos, i Lucinda respiró con esa satisfaccion que se experimenta al sentirse (especialmente la mujer) bajo el techo de un hogar amigo.

El padre Hipocreitía se habia despedido de sus compañeros de viaje, e ídose a su casa.

Doña Manuela instalando a Lucinda en la cuadra, sentóla sobre su gran cojin, el cual ocupaba una buena parte de la tarima de su estrado, endonde los piés profanos apénas osaban pisar. En seguida llamó aparte a su sobrino; i con voz de autoridad, le dijo:

—Santiago, es preciso hacer el bien por entero; i ya sabes que no me gustan las cosas a médias... Acuérdate de lo que decia tu abuela.....

—Pero, tia, ¿de qué se trata ahora?

—Tu abuela, esto es mi madre (que Dios tenga en gloria), decia que ser bueno a médias, era ser malo casi siempre. Se trata de obtener noticias del marido de esta pobrecita... Se llama... se llama... ya se me olvidó! Tengo una memoria de perro!

—Se llama Anselmo Guzman, dijo Garduño.

—Ese es el nombre! lo tenia en la punta de la lengua; pero... I ahora que me acuerdo ¿no es *freirista?*

—Sí, tia: pelea en las filas contrarias.

—Entónces me has de prometer que si se encuentran... quiero decir, en la pelea (lo que Dios no permita!), tú habrás de protejerlo en vez de herirlo, porque, hijo, el hacer bien nunca es perdido aun cuando sea a nuestro mayor enemigo, tanto mas al marido de esta pobrecita, a quien ya he comenzado a querer, por lo que ella me ha dicho... Porque has de saber, sobrino, que ella lo quiere a morir. ¡Vaya! a mí me encantan los matrimonios de dos que se quieren así. Con que ¿me lo prometes?

—No es posible prometer eso, tia, dijo Garduño con voz sorda.

—Bendito sea Dios! esclamó doña Manuela. ¿I por qué no puedes prometer eso?

—Porque ya echará de ver usted, tia, que en medio de la refriega, nadie conoce a nadie.

—¡Vírjen purísima! ¿Entónces en esas guerras pelean como perros rabiosos, i cierran los ojos i se embisten sin acordarse de que

Dios hizo a los unos i tambien a los otros? ¡qué herejía, por las llagas benditas.....!

—Tia, replicó Garduño, no hablemos mas de esto. Yo no puedo responder de mí, si en medio de la batalla.....

—Santiago! interrumpió la exaltada señora. ¡Vaya que tú tienes unas ocurrencias lo mismo que tu padre! Pobrecito: ¡no te ofendan mis palabras! pero era así, que a veces andaba con el alma al reves, como parece que tú la tienes ahora, Dios me perdone! ¿Cómo me dices en tu esquela de hoi que te interesas tanto por la suerte de esta pobrecita?

—Ah! yo... pero, tia.....

—¿I cómo si te interesas por su bien, no me prometes que protejerás a su marido a quien ella quiere tanto? Que me corten las dos orejas, si entiendo esto!

Garduño habia guardado silencio durante el largo razonamiento de su tia, i parecia sumamente contrariado; pero tomando al fin una resolucion, dijo:

—Concluyamos, tia, por Dios! Le prometo que haré todo lo que esté a mis alcances por que no le suceda ningun daño al marido de Lucinda.

—Dios te guie por buen camino, hijo, repuso la señora; i ten seguro que así lo hará si tienes sana intencion; pero de lo contrario, será el *Malo* quien te guie (no lo permita Dios). I ya sabes que tu santa abuela decia: «que nosotros vemos las acciones i el Señor las intenciones». Ahora sí que quedo contenta, aunque sintiendo los peligros a que te vas a esponer. Malditas guerras! ¿Por qué no tratarán estos cristianos de vivir en paz... que no parece sino que Dios los echara al mundo como echan los gallos en la rueda... Pero las ánimas benditas del purgatorio (a las cuales les rezo todas las noches su novena para que hagan por que esto acabe buenamente) habrán de alcanzar de su divina Majestad que no se verifique esta última pelea, que nos tiene a todos con el Credo en la boca. Sin embargo, bueno es, por sí o por nó, estar preparado, pues solo Dios sabe lo que será. Quiero hablarte, sobrino, del *cocací* para el otro mundo. Dime ¿te has confesado?

—Sí, tia, respondió riendo el oficial. Tengo arregladas mis cuentas.

—No te rias, Santiago, replicó la señora, acentuando sus palabras con el dedo índice. Mira que nadie tiene la vida comprada; ni hai aquí abajo hora segura, porque para la muerte, que no respetó

ni a Cristo, lo mismo es de noche que de dia, i tanto trabaja en invierno como en verano, i es tan traicionera que se parece al perro bravo, pues si a veces ladra, en mil ocasiones muerde sin ladrar; i cuando ménos se piensa se corta la cuerda, i hombre al hoyo! Así lo decia siemprecito mi madre (que del reino de Dios esté gozando). A los mozos de hoi les parece (Bendito Dios!) que solamente los viejos se mueren; pero mira, Santiago, no te olvides de que tan pronto se va el cordero como el carnero; i muchas veces sucede que un viento apaga la vela i el candil ardiendo queda: mayormente en estos calamitosos tiempos tan llenos de trompezones i peligros, que el que no cae resbala; así es que las pobres mujeres que han quedado aquí solas, lo pasan con el Credo en la boca, pues sus maridos i parientes están como quien dice: «con un pié en la sepultura i el otro en una concha de jabon»...

—Bueno, tia, tendré presente sus advertencias, interrumpió Garduño, tratando de huir de la letanía de refranes con que su buena tia acostumbraba *catequizarlo*, como ella decia. Es preciso que me ponga pronto en camino, i voi a despedirme de Lucinda.

—Vamos, dijo la tia encaminándose hácia las piezas endonde Lucinda habia quedado. Miéntras tú andas por allá, nosotras te encomendaremos a Dios i a la Virjen i a las Animas benditas del purgatorio, que son de las que se agarraba mi buena madre siempre, en todos sus apuros. Pero, despues de todo, prosiguió la prudente señora, aun no hemos hecho medio dia; i tú, por mas apurado que estés, no puedes irte sin hacer ántes algo por la vida. No es caridad matarse de hambre aunque sea por la patria; i si Dios manda cuidar el alma, tambien nos manda cuidar el cuerpo, porque de carne i hueso somos hechos, i es preciso tener fuerzas para servir a la patria, pues no habiendo fuerzas, de nada sirve la buena voluntad i, tripas llevan piernas.....

Diciendo esto, se fué doña Manuela a preparar el almuerzo para su sobrino, miéntras éste entraba en la cuadra endonde se hallaba Lucinda.

—Dispense Ud, señorita a mi tia, le dijo. Es sola i no puede atenderla a Ud. como ella quisiera.

—Léjos de eso, respondió la niña sonriendo,... su señora tia me tiene avergonzada con sus demostraciones de afecto que yo...

—Que Ud. merece por mas de un motivo, interrumpió el oficial. Lo que yo siento es que Ud. no encuentre en esta su casa las comodidades que nosotros quisiéramos proporcionarle; i siento mas toda-

vía, que mis deberes me impidan quedarme aquí para servirla, como ardientemente lo deseo.

—Mucho tengo que agradecer a Ud. i a su bondadosa tia, dijo Lucinda; i si yo no temiese ser importuna, le rogaría a Ud. que me comunicase las noticias que sobre la suerte de mi esposo pudiese obtener; i por último, que hiciera valer su influencia cerca de los jefes del ejército, para que se me devuelva a mi sirviente.

—Prometo hacerlo todo tal como usted me lo ordena, respondió Garduño.

—¡Santiago! Santiago! gritó desde afuera doña Manuela. Ven que ya el almuerzo se enfria; i el que come frio, mal sabe abrigar su estómago, como decia mi madre. Camina luego, prosiguió, entrando a la pieza, que bastante necesidad tienes de fuerzas; i ya sabes que en estos tiempos de revueltas, el prudente soldado debe andar con una comida adelantada, como decia tu padre, aunque él agregaba siempre: «*i con dos bebidas*».

I echó a reir con la mejor gana del mundo, diciendo a Lucinda cuando Santiago hubo salido:

—Perdóname, hijita, por no poder hacerte la corte como yo quisiera; pero las dueñas de casa somos esclavas, i no siempre puede una repicar i andar en la prosecion. Yo no sé cómo tengo fuerzas para reirme ahora (prosiguió la señora con voz triste), viendo a este muchacho que se va quizá para no volver a verlo. Pero ese es mi jenio; i jenio i figura hasta la sepultura. Te aseguro que cuando me acuerdo de estas guerras, me dan ganas de llorar. Vaya! no está en mí dejar de pensar en esto; i si a veces me rio, es solo por hacer pecho ancho. Pero las Animas benditas me lo han de traer sano i salvo. Es un buen muchacho; de mui buenas partidas, i lo quiero como si fuera mi hijo: lo he criado en mis brazos, i al fin i postre, vendrá a ser el dueño de estos cuatro trapos, cuando Dios me eche la tierra encima.

Aun hablaba la impresionable doña Manuela, cuando entró de nuevo su sobrino para despedirse.

—Dios se lo pague, tia, le dijo; el almuerzo ha estado magnífico.

—Eso es! esclamó ella. A barriga llena, corazon contento. Ahora no te olvides de mis encargos, prosiguió riendo, para que no se diga: a comida hecha amistad deshecha. En cuanto tengas noticias de don Anselmo, me despachas un mozo que yo lo pagaré aquí. Yo misma te he puesto en las alforjas un poco de charque machu-

cado, i al asistente le entregué dos botellas de aguardiente *de sustancia*, que eso conforta. I cuenta con andarte metiendo mui adentro en la refriga, porque una sola vez no mas se muere el cristiano; i mas vale que digan aquí arrancó el falso, que aquí murió el guapo. Eso de morir por la patria es cosa para dicha en versos. Sí, Santiago, bueno es ser patriota; pero tambien es bueno cuidar el número uno, como Dios manda. Con que, adios! hijo, que yo quedaré aquí rogando a las benditas Animas... I ahora, dime: ¿tienes el escapulario del Cármen que te dí?

—Sí, tia; lo llevo al cuello como usted me lo encargó.

—Bien hecho: mira que ese escapulario me lo dieron las Capuchinas, i tiene una reliquia. No dejes de llevarlo: mira que han sucedido mil casos en que un relicario ha librado de las balas al que lo cargaba con devocion. I adios otra vez, querido sobrino.

Ido Santiago, la señora entró en la sala llorando a mares, miéntras Lucinda trataba de consolarla con las mas afectuosas espresiones.

—Tienes razon, hijita, dijo al fin doña Manuela. No debemos llorar sino por nuestros pecados; i alma que se amilana es alma de lana. Vámonos a hacer medio dia, que ya es hora.

Cinco minutos despues, doña Manuela hacia los honores de la mesa, con la cara mas risueña del mundo.

——:o:——

CAPITULO XLIX.

QUE SIRVE DE ESPLICACION A OTRO CAPITULO ANTERIOR.

«El demonio se revestia de la astucia, i avanzaba en la prosecucion de sus propósitos.»

(V. Murillo.—*Una víctima del honor*).

Solo la obligacion que Garduño tenia de volver al campamento, habia podido hacerlo separarse de Lucinda; i sintiéndose cada vez mas dominado por la fatal pasion que ella sin pensarlo le inspirara, maldecia sus deberes de soldado, que lo obligaban a alejarse del objeto de su loco amor. I era tal la locura que se habia apoderado del jóven oficial, que, a pesar de los encargos, consejos i refranes de su bonísima tia, habia ya comenzado a aborrecer a Anselmo, como se aborrece a un afortunado rival.

Al mismo tiempo que envidiaba su dicha, deseaba que fuese cierta la noticia de su muerte; i cual si Guzman le hubiese hecho algun agravio, el sobrino de doña Manuela ardia en deseos de vengarse.

Bien habia echado de ver el jesuita lo que pasaba en el interior del fogoso oficial; pero no estando aún seguro, i temiendo dar un

paso en falso, aguardaba que las circunstancias se aclarasen lo suficiente, para obrar con esperanzas de éxito seguro.

Habíase separado Garduño unas dos cuadras de la plaza i poco mas de la casa de su tia, cuando se encontró de repente con el jesuita, que parecia haber estado esperándolo en una boca calle.

—Sabia que usted habia de pasar por aquí, dijo el fraile, i he estado aguardándolo para rogarle que le lleve a mi señor don Víctor una carta.

—Con mucho gusto, respondió el oficial. Démela su paternidad.

—La tengo en mi cuarto, dijo el jesuita; i no he querido ir a buscarla por temor de que usted se me fuese sin verlo. Podemos ir allá; i miéntras tanto aprovecharemos el tiempo hablando del mismo asunto de la carta, pues se me ha ocurrido que conviene mucho que usted lo sepa.

—¿Qué asunto es ese? preguntó Santiago volviendo su caballo en direccion del alojamiento del padre, despues de ordenar a su asistente i demas soldados que lo acompañaban, que lo esperasen a la salida del pueblo.

—Se trata, amigo, de un proyecto que he comunicado ya al señor Dorriga, respondió el fraile bajando la voz. ¿No le parece a usted que es mui conveniente conocer bien la opinion de los habitantes de Talca, respecto de la lucha que hemos emprendido contra el pipiolismo?

—Eso es evidente, padre mio, pues aquella ciudad ha de ser el punto de apoyo de uno u otro bando, segun sean las ideas de sus principales habitantes. Para llegar a saber cuáles son esas ideas, ha preparado don Víctor.....

—Los espías que yo le aconsejé, concluyó el fraile. Aun hice mas: le dí un hombre mui ladino para esta clase de negocios; i yo creo que desempeñará a las mil maravillas la mas ardua comision que se le encargue. ¿Conoce usted a Nicolás Peñaloza?

—¿No es el hermano de las niñas.....?

—El mismo.

—Solo lo conozco de vista.

—Trate usted de sacar partido de él. Parece tonto; pero en eso consiste su mayor habilidad, porque no es lo que parece ser. Para espía no tiene precio, porque, sobre ser astuto i poco hablador, conoce a todo el pueblo de Talca, endonde ha nacido i vivido muchos años. No hace mucho tiempo que me descubrió el paradero de una muchacha que se robaron en San Fernando, la cual estaba destina-

da a ser monja Clara; i aun ya se habia reunido entre sus tios la dote necesaria, cuando desapareció de repente. Espliquéle el caso a Nicolás, díle las señas, i él empezó a calcorrear por aquí i por allá, hasta que llegó a Talca, i allí, vestido de mendigo (papel que hace divinamente) vino a dar con la muchacha, que estaba viviendo con su amante en una solitaria calle. Haciendo yo memoria de este suceso, he creido que Nicolás, vestido de mendigo, puede entrar en todas las principales casas de la ciudad i escuchar lo que se hable, sin que nadie ponga atencion en ello, pues de un mendigo nadie se recata.

—Comprendo mui bien, interrumpió Garduño; i aun podria yo dar otros compañeros a Nicolás. No ha echado su paternidad en saco roto esta advertencia, i le prometo sacar de ella todo el partido posible.

Si el lector recuerda las excenas aquellas en que los mendigos hicieron caer en el garlito al servidor de Lucinda, verá bien, cómo Garduño supo cumplir su promesa. Solamente debemos advertir aquí (i es una circunstancia esencial de esta historia) que aquel mendigo que sirvió de conductor a Pedro por las calles de Talca hasta el cementerio, i que tan bien sabia ladrar como perro, no era otro que el mismo Nicolas Peñaloza en persona, que mas tarde tendrá ocasion de conocer el mismo lector.

—Ya creo que siembro en buena tierra, prosiguió el astuto fraile; i estoi seguro de que usted realizará mi idea, en caso de que don Víctor haga poco caso de ella. Nicolas conoce a todos los pordioseros de Talca, endonde (sea dicho entre parentésis) los hai de todas clases, no siendo mui pequeña la clase que podemos llamar de mendigos fraudulentos, por estar llenos de granos, quebraduras, potras i lobanillos postizos. Por consiguiente, aun dado caso de que sorprendan a uno de nuestros mendigos, cuando mas, será mirado como pordiosero fraudulento, mas nó como espía. Pero ya hemos llegado. Desmóntese un momento, que tiene tiempo de sobra para alcanzar el ejército.

Desmontáronse enfrente de una casa situada a tres cuartos de cuadra de la plaza hácia el sur en la calle que entónces se llamaba del Estado, i hoi de Quechereguas, i que era i es todavía la calle principal de Molina.

Allí era donde habia establecido su mision el jesuita, quien, entre otros privilejios, tenia el dar sus misiones en el lugar que mejor le acomodara, con notable perjuicio de los intereses de muchos párro-

cos, que nunca miraban con buenos ojos que otro viniese a cultivar i cosechar aquel pedazo de Viña del Señor que se habia puesto a su cuidado.

Apeáronse, pues, como queda dicho; i entrando por un zaguan tejado a teja vana i cerrado exteriormente por una gran puerta de mal acepilladas tablas de roble, se encontraron en un gran patio cuadrado, cubierto con una estensa ramada de fajina i sostenida por horcones de espino.

Era aquel el cuerpo de la iglesia de la mision, cuyas naves estaban formadas por las cuatro filas de horcones, i cuyo *santa-santorum* se hallaba en un cuarto, llamado el *Oratorio*, i situado en el frente del patio. El costado sur de éste, cerrábalo un edificio de vetusto aspecto, ocupado por las *Niñas*, o como muchos decian, las beatas Peñalozas, i hácia el costado norte, se estendia una arboleda de frutales plantados en desórden. Por último, el edificio que cerraba el patio por el lado de la calle, en no mejor estado que lo anterior, era el que las beatas Niñas habian aderezado para habitaciones del padre i de su ayudante, el clérigo O*, al cual conoce ya de nombre el memorioso lector, por ser el mismo que sirvió de confesor de Lucinda durante su forzada permanencia en el monasterio de las Capuchinas.

Cuando el jesuita i Garduño entraron al patio, o mejor dicho, a la ramada, notaron cierto movimiento i ajitacion interior que hizo fruncir las cejss del padre, i admirarse grandemente a Garduño. Varias mujeres salian corriendo de las piezas de las Niñas; i miéntras unas se santiguaban i rezaban en alta voz i otras corrian desgreñadas hácia la arboleda, una se dirijió al oratorio; i sacando el lebrillo de greda que servia de pila para el agua bendita, empezó a regar con ella el pavimento, pronunciando en alta voz: *¡Vade retro! vade retro, Satanas!*

—Mala visita tenemos! exclamó el padre, poniendo el oido con direccion a las habitaciones de las Niñas, dedonde se oía salir jemidos i sollozos, que bien pronto se cambiaron en gritos descompasados i aullidos que nada tenian de humano.

Iba Garduño a preguntar lo que aquello significaba, cuando vió venir corriendo (otro diria rodando) por entre los horcones de la ramada, a un cleriguito retaco, rechoncho i casi redondo, con la sotana rasgada de arriba abajo, el bonete pastoral echado atras, un hisopo en la mano derecha, un santo Cristo en la izquierda, i sobre las sotanas, un roquete hecho jirones.

—¿Qué sucede, señor presbítero O*...? preguntó el jesuita.

—Qué ha de suceder, reverendo padre, respondió jadeando el otro, sino que tenemos al diablo en casa!

—Ah! lo presumia; i bien se echa de ver que usted ha tenido una buena lucha con Lucifer.

—Así es la verdad, contestó el clérigo O*, echando una mirada de compasion sobre sus rasgadas vestiduras. Lucifer no respeta ni lo mas santo; i no solamente me ha insultado, como indigno ministro i gran pecador que soi, sino que me ha arañado con sus uñas, i me ha hecho pedazos las sotanas i todo. Jamás habia visto al Demonio tan resistente como hoi: se ha reido del agua bendita, ha escupido el hisopo, i se mofado del crucifijo.

—Pero, hombre, por la Vírjen Santa! exclamó el padre escandalizado. ¡Usted ha olvidado la estola!

—Tiene razon su paternidad! exclamó el clérigo. Con la precipitacion me olvidé de ponerme al cuello la estola. Voi a buscarla, i veremos si el diablo se resiste ahora!

—Oiga, señor presbítero, dijo el jesuita: prepáreme a mí tambien mis vestiduras.

Miéntras el presbítero O*... rodaba hácia el oratorio, Garduño miraba al jesuita como interrogándolo con los ojos, sin atreverse a hacerlo con la lengua. Comprendiólo el padre i le dijo:

—Si usted ve esto por la primera vez, amigo mio, debe causarle mucha admiracion.

—Es cierto, respondió el oficial. Varias veces he oido hablar de esta niña mal espirituada, así como de sus otras dos hermanas...

—No son hermanas las tres, le interrumpió el padre, sino solamente dos de ellas: la mal espirituada, a quien llaman la *Sierva de Dios* (i con mucha razon), i la paralítica, que es la mayor...

—¿A quien llaman la *Médica Santa*?

—Sí, mi amigo, i le aseguro a usted que es una verdadera Santa. Yo la confieso. Por lo que respecta a sus conocimientos en medicina, yo la he visto hacer prodijios (por no decir milagros). Por último, la tercera niña es sobrinita de las primeras, e hija única de Nicolás Peñaloza.

—Ah! ¿Es la que llaman *Beatita* en el pueblo?

—La misma. Esta muchacha es un dechado de virtud. A pesar de ser jóven i bien parecida, ha rehusado varias propuestas de matrimonio por dedicarse al servicio del Señor.

—¿Piensa ser monja?

—En el convento de las Claras, para lo cual sus otras dos hermanas han reunido ya la dote.

—Ah! yo creia que eran pobres.

—No son ricas, dijo el jesuita; pero Dios las ha protejido i las proteje. La médica con sus curaciones, i la Sierva de Dios con las limosnas que recibe, han conseguido reunir algo; i como viven con gran economía... Pero es menester que me prepare a la batalla. Sírvase usted aguardarme un momento, i será testigo de verdaderos prodijios.

——:o:——

CAPITULO L.

QUE ENSEÑARÁ AL LECTOR LO QUE ERAN LAS NIÑAS PEÑALOZAS.

«Una india estaba enferma, i el diablo la perseguia mucho, incitándola a que se ahorcase... mas no lo consiguió el Maligno, disuadida ella de los consejos del padre..—Llevando la extremauncion a una india enferma, un padre de casa, al entrar el padre en el rancho, le dijo la india: así que entraste aquí, se fueron muchos demonios.—Yendo otro padre a confesar otra, que estaba en mal estado, la avisó el padre que debia dejar aquella mala ocasion. Respondió a que con todas veras prometia la enmienda; i en este punto le parecia al padre que salia de ella un bulto entre una niebla, como puerco....»

(El P. Olivares.—*Historia de los Jesuitas en Chile.*)

Quedóse Garduño debajo de la ramada miéntras el padre entraba al oratorio, endonde el presbítero O*. lo esperaba con las vestiduras preparadas sobre la mesa del altar. Hincóse el jesuita al pié de un crucifijo i se puso a hacer oracion, despues de haber or-

denado al clérigo O*, que no se moviese de allí.

Garduño lo observaba todo desde afuera; i detenido allí por la curiosidad, olvidó sus deberes de soldado, i no se atrevia a ponerse en camino hasta no ver en lo que iban a parar aquellos preparativos. Repetidas veces habia oido hablar de las tres Niñas Peñalozas, a quienes el pueblo daba los nombres de *Médica Santa*, *Sierva de Dios i Beatita*; pero jamás habia creido ni la décima parte de lo que se decia. Sin embargo, celebraba que la casualidad le hubiese presentado la ocasion de ver por sus ojos a una mujer con el diablo dentro del cuerpo, cosa que allá en lo antiguo se veia a cada paso.

Por fin salió el padre Hipocreitía revestido de sobrepelliz i estola, llevando en las manos el viejo libro que le servia para exorcizar. Seguiálo el presbítero O*, ya mas animado contra Lucifer, por la estola que colgaba de su cuello, i tambien (sea dicho sin agraviar la fe del presbítero) por la compañía del santo jesuita, que lo confortaba mucho mas que la estola i que la caldereta de agua bendita que llevaba en las manos.

Al ver salir a los sacerdotes, todos los curiosos que habian entrado al patio, atraidos por la bulla, se prosternaron devotamente i se encaminaron en convoi hácia las piezas endonde seguia sintiéndose el gritar i aullar del Demonio. Garduño se acercó a los sacerdotes que encabezaban el convoi, pues queria satisfacer cuanto ántes su aguijoneada curiosidad, i, despojado al parecer de su incredulidad, se santiguaba i rezaba en voz alta (oh, poder del ejemplo!) ni mas ni ménos, como la mas crédula de las viejas que asistian a la ceremonia.

Llegados a la pieza, el oficial miró ávidamente hácia el interior. Las blanqueadas paredes del cuarto estaban cubiertas de estampas de santos, i varias efijies de madera o de otro material se veian aquí, allí o mas allá, sostenidas por pequeñas repisas, o metidas en nichos dentro de la pared. Habia otras en urnas de hoja de lata, colocadas sobre mesas que mas se parecian a la mesa de un altar, que a las de una habitacion humana.

En un rincon del cuarto habia una cama encortinada con angaripola de dibujos lacres en fondo blanco, i en el otro estremo, una alta tarima sobre la cual se veia un altarcito con un Niño Dios dentro de una grandísima urna adornada de flores de esmalte i de papel.

En la cama yacia una mujer al parecer enferma, i al pié del altar

de la tarima, se hallaba hincada una jóven como de quince años i de una fisonomía tan simpática, que era imposible mirarla sin sentirse conmovido.

Vestía la niña una especie de hábito negro, i sobre su cabeza tenia unas tocas blancas que daban cierto aire de candidez a su bello semblante.

Embebida en su oracion, i con los ojos fijos en el Niño Dios, parecia no haberse apercibido de la llegada de los sacerdotes.

El presbítero O*, despues de recorrer con la vista todo el cuarto, abrió los brazos en señal de asombro, i esclamó:

—Dios mio! Si se la habrá llevado el Diablo!

Sonrióse el jesuita, sin quererlo, i dijo:

—En efecto, no se la ve en ninguna parte. ¿Cómo me dijo Ud. que estaba aquí?

—Aquí la dejé yo, respondió el otro; i estoi seguro de que no ha salido, pues no he dejado de tener los ojos fijos en la puerta del cuarto. Preguntemos...

—No pregunte Ud., le interrumpió el padre. ¡Espíritu infernal! gritó con voz de trueno ¿en dónde estás? ¡contéstame!

—No quiero! respondió una voz chillona que parecia venir del techo del cuarto.

Todos alzaron los ojos i quedaron mudos de sorpresa, al ver que sobre una de las descubiertas vigas del enmaderado habia una mujer acurrucada como un gato que huye de sus perseguidores. Con el semblante contraido, las manos crispadas sobre la viga, la boca llena de espuma blanca i los ojos sanguinolentos, miraba la mujer a los circunstantes, i se recojia mas i mas en el rincon, adonde se habia subido como para escaparse de sus enemigos.

—Baja de ahí! espíritu inmundo! gritaron a un tiempo los dos sacerdotes.

—No quiero bajar! respondió enérjicamente la endemoniada.

—Hermanita! esclamó entónces la enferma de la cama, medio incorporándose con gran trabajo: bájese, por Dios!

—Yo no soi hermana tuya, respondieron de arriba.

—Hágalo por nuestro Señor Jesucristo! esclamó la niña con una voz dulcísima, desde el otro estremo del cuarto.

—Yo no tengo nada que ver con tu Señor Jesucristo, volvieron a contestar.

—Pues habrás de obedecer a él, mal que te pese! dijo valerosa-

mente el presbítero O*, mostrando a la mujer la estola que él llevaba al cuello.

Esta vez la mujer dió una gran carcajada, i esclamó:

—Ah! ¿Es el clerigo Bola el que habla? Já! já! já! ¿Piensas tú vencerme a mí, monigote redondo? A mí, que tengo el poder suficiente de echarte a rodar hasta los mismos infiernos? Pues es divertido el tono de autoridad con que viene a mandarme! Estos monigotes creen que les basta meterse en una sotana, para que yo les obedezca! Es para morirse de risa! Pero, ten entendido (prosiguió, amenazando con los puños cerrados al presbítero O*), que aun cuando te hayas embolsicado en esa sotana i en esa sobrepelliz, siempre te has quedado tan redondo como ántes, i mas todavía, porque ahora comes i bebes mas que cuando eras seglar. Sigue comiendo i bebiendo hasta quedar como bola hecha a torno, que es lo que yo estoi esperando para echarte a rodar hasta las calderas de plomo derretido. Já! já! já! jaá!

Todos manifestaron el terror i la admiracion que los poseia; i muchos huyeron de aquel endiablado lugar, miéntras el padre Hipocreitía acercaba sus labios al oido de su compañero, i le decia en voz baja:

—Mire, señor presbítero, como yo tenia razon, cuando le aconsejaba que no se entregara demasiado a los placeres de la mesa.

El presbítero bajó los ojos sin contestar una palabra, miéntras Garduño miraba aquello sin saber lo que le pasaba.

—Por la última vez te mando que bajes de ahí! gritó el padre Hipocreitía.

—Me bajaré, respondió la mujer; pero a condicion de que el clérigo redondo se vaya. Su vista me hace reir, i yo no estoi ahora para reirme.

—Que me vaya! esclamó el presbítero O*, mirando rencorosamente a la endemoniada e interrogando con los ojos al jesuita.

—Es necesario, respondió éste, haciéndole una señal para que saliese.

—Pero, reverendísimo padre ¿será bueno hacerle su gusto al diablo? ¿Cómo hemos de permitir que se ria de un sacerdote?

—Dios permite estas cosas, amigo mio, respondió el jesuita, para edificacion de las almas; i aun, en mil ocasiones, es necesario hacerle su gusto al diablo, para encaminar a los hombres por la vía del cielo. Sálgase Ud.

Salió el presbítero refunfuñando, al mismo tiempo que la mujer decia desde las vigas:

—Padre Hipocreitía! Voi a bajar; pero no porque tú me lo mandas, sino por eso que traes en la mano!

Diciendo esto, saltó de viga en viga, como lo habria hecho un saltimbanquis; i llegando a un rincon dedonde pendia una soga que nadie habia visto, bajóse por ésta como un gato, i cayó sobre la tarima cerca del altarcito endonde su sobrina estaba incada.

La niña, léjos de huir, echó sus brazos sobre los hombros de su tia, rogándole que se estuviese quieta; pero ésta, separando bruscamente a la niña, esclamó:

—Vete de aquí! Te aborrezco porque tú no me quieres!

—Sí la quiero mucho, tia! decia llorando la pobre niña.

—Ah! esclamó la poseida, con ojos amenazantes: si me quisieras, no pensarias en irte al monasterio.... ¡Déjame!

I diciendo esto, saltó de la tarima i se encaminó a la cama de su hermana, con ánimo al parecer de maltratarla.

Varios de los concurrentes quisieron sujetarla, interponiéndose entre ella i la cama de la enferma; pero ninguno se atrevió a tocarla.

—Déjenme rasguñar a esta pícara! (gritaba), a esta pícara embustera que se hace enferma, para que le den limosnas i quiere hacer creer que es médica!

A este tiempo la puerta se habia despejado un tanto; i aprovechando esta circunstancia, la endiablada saltó fuera del cuarto atropellando al padre, que no cesaba de dirijirle la palabra, i a cuantos quisieron oponerse a su salida.

En seguida empezó a saltar i a correr como una bestia feroz, por debajo de la ramada, dándose golpes contra los horcones i aullando terriblemente.

Bien pronto fué ella el centro de un círculo formado por los circunstantes, círculo movible que variaba de posicion ensanchándose o estrechándose, con el fin de encaminarla al oratorio, que era adonde los sacerdotes querian llevarla sin poderlo conseguir.

Ella, entre los insultos que dirijia al clérigo O* i al jesuita, no cesaba de repetir que no entraria jamas en el oratorio.

Viendo el padre que era menester emplear la fuerza, dijo:

—Los que sean capaces de llevarla al oratorio, sin hacerle mal, ganarán cuarenta dias de induljencia.

Al oir esto, varios se avalanzaron hácia la mujer, la cual supo defenderse tan bien con sus puños i con un palo de que se habia armado, que los mas animosos renunciaron de la empresa.

—Déjenmela a mí! esclamó entónces un guaso que acababa de llegar. Esas induljencitas me las voi a ganar en un santiamen.

Dicho esto, se sacó el poncho; i lanzándolo diestramente sobre la cabeza de la espirituada, tomóla entre sus robustos brazos i la condujo al oratorio. I como la mujer pataleaba i trataba de morderlo, pugnando por desasirse de él, decia el guaso:

—Menéate no mas, diablito, que al fin habias de dar con la horma de tu zapato!

Llegado al oratorio, depositó su carga sobre la tarima del altar mayor, i preguntó cándidamente al padre Hipocreitía:

—Dígame, señor cura, ¿he ganado o nó bien mis induljencias?

No contestó el padre porque estaba ocupado en hacer que cuatro o seis individuos sujetasen de piés i manos a la poseida.

La pobre mujer habia caido como desmayada sobre la tarima; i solo con la respiracion daba muestras de vida.

—Sujétenla bien, decia el guaso a los que la sostenian. Yo sé lo que es el diablo cuando se le mete a una mujer en la caja del cuerpo: se hace muerto para que lo velen; i en cuanto uno se descuida *¡cataplum!* No hai que confiarse mucho en esos desmayos. ¿No ven que hace mas de doce años que soi casado?

La mujer habia vuelto en sí, i hacia esfuerzos por levantarse; pero los diez o doce brazos que la sujetaban, la tenian como clavada sobre la tarima.

El clérigo O* le puso la estola sobre el pecho, miéntras el jesuita pronunciaba las palabras del exorsismo. Pero Satanas permanecia en aquel cuerpo sin querer dejarlo, a pesar de los *vade retro* i de las aspersiones.

Por no mirar la estola o tal vez por no ver al presbítero O*, la mujer habia cerrado los ojos i no queria responder a lo que se le preguntaba.

El jesuita hizo entónces despejar el oratorio, dentro del cual solo quedó Garduño con tres personas mas, fuera de los que sujetaban a la mujer.

En seguida se acercó a ésta; i aplicándole la boca al oido, pronunció algunas palabras que nadie oyó.

La poseida empezó poco a poco a calmarse; pero no daba señales de haber vuelto a su estado normal cuando, lanzando un suspiro, exclamó:

—¡Quítenme a ese hombre de delante!

—¿A quién? le preguntó el jesuita.

—No lo puedo nombrar porque no me es permitido; pero lo estoi viendo con los ojos cerrados.

—¿Es el señor presbítero O*?

—No es él, sino otro que anda en malos pasos, i tiene su pensamiento fijo en una mujer casada, i desea lá muerte del marido, i aún ha concebido el proyecto de matarlo...

—Calla, espíritu infernal...! esclamó el presbítero O*, poniendo la estola sobre la boca de la mujer.

Esta se calló, miéntras el jesuita se daba vuelta hácia los circunstantes para rogarles que salieran del oratorio; pero su verdadero objeto habia sido ver qué efecto producian en Garduño las palabras de la *Sierva de Dios*.

El oficial se habia puesto pálido como los manteles del altar; pero el jesuita, sin darse por apercibido de ello, hizo evacuar el oratorio, diciendo que ya la mujer estaba libre, pues se le oia rezar el Credo.

—Sí! esclamó el presbítero O*, con acento de triunfo. No hai que dudarlo; el demonio ha tocado retirada, i podemos cantar el *Te Deum* de la victoria. No era posible que el padre de la mentira tuviera fuerzas para resistir a los golpes de estola, mayormente cuando han sido dados en nombre de las tres Marías; i yo juraria que al tercer golpe fué cuando salió, pues ví pasar algo como un relámpago por entre los labios de esta infeliz.

Despues de pocos momentos salió el padre del oratorio; i, sin mirar a nadie, se dirijió a su cuarto endonde entró dejando entornada la puerta.

Garduño entró en seguida i sin mas preámbulo, díjole:

—Padre mio! Yo soi ese hombre...! Yo!

—¿Qué hombre? preguntó el jesuita, afectando una gran sorpresa. No le entiendo, amigo mio. Esplíquese usted.

—Ni yo tampoco entiendo lo que pasa! esclamó el oficial confundido. Pero el hecho es que esa mujer, o ese demonio, ha dicho la verdad.

—Ha dicho tantas cosas que no tengo memoria para acordarme de todas, dijo flemáticamente el jesuita.

—Me refiero a lo que dijo sobre ese hombre que habia puesto sus pensamientos en una mujer casada, i que...

—Ah! hizo el reverendo.

—¡I que deseaba la muerte del marido...! Verdad es, padre, que yo no sabré decir si deseo positivamente la muerte de Anselmo; pero...

—Pero si se muriera, usted no lo sentiria grandemente, concluyó el padre. Ah! ahora caigo en todo. Usted es esa persona a quien la *Sierva de Dios* se referia. Cada dia me convenzo mas de que esta bienaventurada tiene el don de adivinacion, i talvez el de profecía. Siéntese Ud, amigo mio... Por lo visto, Ud. ama a Lucinda?

—Padre mio! esclamóGarduño; la amo a pesar mio i sin poderlo remediar. Pero mi amor es honesto...

—Es decir, que usted se casaria con Lucinda si ella fuera libre?

—Sí, padre.

—Eso nada tiene de reprehensible, desde que usted solo desea obtener una cosa marchando por las vías lejítimas. De lo contrario Ud. seria culpable, mui culpable!

—Bien puede ser que haya deseado la muerte de Anselmo, prosiguió Garduño, dominado por la escudriñadora mirada del fraile; pero en cuanto a lo de querer asesinarlo... creo no haber tenido jamás tal pensamiento. Sin embargo, padre, yo quisiera hacerle una pregunta como se la haria a mi confesor.

—Pues le contestará el confesor i el amigo, respondió el jesuita.

—El caso es, prosiguió el oficial, que bien pronto nos hemos de ver en el campo de batalla, i yo quisiera saber a qué atenerme para obrar como corresponde a un hombre de bien. En este momento me hallo en tal estado de ajitacion, que no sabria distinguir lo malo de lo bueno, i espero que su paternidad me indique lo que debo hacer si las peripecias del combate me llegan a poner enfrente de Anselmo Guzman... ¿Debo cargar sobre él, o permanecer siempre a la defensiva? Porque ya ve, su paternidad, que el honor me impediria huir de él.

—Oiga Ud., dijo el jesuita con voz solemne: si Ud. se encuentra con el marido de Lucinda, debe tratarlo como trataria a cualquier otro de los enemigos. El pelea en las filas contrarias, i Ud. defiende una causa justa: sus deberes de soldado leal le enseñarán el resto.

—Ya sé lo que debo hacer, respondió Garduño alzándose de la silla. Su paternidad me descarga de un gran peso.

—I ahora, dígame Ud., preguntó a su vez el padre: Si el hado le fuese a Ud. favorable, quiero decir, no el Hado, porque éste es un dios pagano, sino en caso de que Dios permitiese la viudez de Lucinda, i Ud. llegase a obtener su mano i sus grandes riquezas ¿cuál seria el uso que Ud. haria de estas?

—No he pensado en las riquezas sino en el corazon de Lucinda, respondió Garduño con entusiasmo.

—Ya! ya! dijo el fraile; pero usted debe tener entendido que el Señor nos encamina al logro de nuestros deseos, segun sea la santidad de nuestras miras. Yo no digo que usted haya pensado en las riquezas; pero el poseedor de Lucinda lo será tambien de su fortuna; i no es lo mismo, por ejemplo, pensar en obtener dinero para gastarlo en placeres mundanos, que desear una riqueza para emplear una parte de ellas en servicio de Dios.

—Ah! dijo Garduño con vehemencia ¡si Dios me da la dicha de poseer lícitamente a Lucinda, juro por mi salvacion eterna, emplear una buena parte de la fortuna que obtenga, en obras piadosas, segun los sabios consejos de su paternidad!

—*Amen*, respondió el padre, sacudiendo amigablemente la mano de Garduño que se despidió de él i salió al patio, descargado de un *grave peso*, como él decia.

El patio estaba lleno de jentes que habian acudido, unas a escuchar la plática del presbítero O*... i otras a consultar a la *Médica Santa* sobre sus enfermedades i dolencias.

Garduño se acercó al cuarto de la médica, por cuya puerta entraban i salian personas de uno i otro sexo i de diversas edades i condiciones. Habia consultas en alta voz i en voz baja. Unas se hacian allí mismo los remedios, que consistian, ya en sobarse la parte enferma con la llavecita de la urna del Niño Dios, ya en recibir las aspersiones de agua bendita prodigadas por la *Beatita* que servia de ayudante a su tia, la *Médica Santa*. Otros llevaban consigo las bebidas para tomar tres tragos por la mañana, tres al medio dia i tres al acostarse, todo a nombre de las tres Marías. Lo mismo eran los *sorbetorios* para repetirlos de tres en tres veces, o de cinco en cinco, en nombre de los cinco mandamientos de la Iglesia; i habia muchos que salian contentísimos, despues de haber dejado en la bandeja del Niño Dios, la indispensable limosna, en cambio de la receta de «sobarse (un lobanillo u otro tumor) con *saliva en ayunas*, todos los dias por la mañana, rezando un Credo con fe.» En faltando la fe, la saliva no hacia efecto.

—Ai! comadre! decia, al salir de la pieza, una mujer a una amiga suya: ¡milagro mas patente no lo he visto en todos los dias de mi vida! Ya usted conocia a mi marido *que no la oreaba;* i no se contentaba con *hacer San Lúnes*, porque solia pasar bebiendo (Dios me favorezca!) hasta los mártes. Pero, con haberle echado en la chicha los polvitos de la médica santa, he conseguido que solo se emborrache los domigos i demas dias de guarda.

—Qué me ha de decir a mí, respondió la otra, cuando ya hace mas de cuatro años que estoi viendo los prodijios de esta médica. I lo mejor es que no cura con botica.....

—¡I qué necesidad tiene de boticas, que ojalá pudiera yo prenderles fuego (interrumpió una tercera), cuando sabe curar a lo divino que es bendicion! ¡Mire usted, *ña Petita;* yo sufria el año pasado de un *emboticamiento*, a causa de unos polvos blancos que me dió un boticario de Curicó. No hice mas que tomar aquellos malditos polvos, cuando se me plantó un dolor *entre pecho i espalda*, que se me bajaba al costado izquierdo, i me corria por todo esto, a modo de mal flato. I luego aquella hinchazon de vientre, *ña* Petita, que me daba vergüenza salir a la calle, porque nadie es real de carita para que los otros piensen siempre bien de una. Hasta que un dia, una prima hermana mia, que es así medio *aplicadona* a curar por encanto, me dijo que yo estaba *emboticada*, i me prometió que me *desemboticaria*. Hizo la cruz de Salomon, *pronunció las palabras*, i todo; pero *fué para lo mismo*, porque quedé tan hinchada como ántes. Yo creo que mi prima no ha aprendido bien el *arte* todavía; pero ella me echaba la culpa a mí, diciéndome que yo no tenia fe. Entónces fué cuando se me ocurrió hacerle una manda a la *Sierva de Dios* i otra al Niño, i me vine a Molina. La *Médica Santa* se enojó mucho con el boticario, judío hereje, de Curicó, porque conoció al momento de donde venia el *daño;* i ese mismo dia me dió la bebida de los *tres palos* que (¡válgame Dios!) casi me hizo echar las tripas, i en la noche me sobó nueve veces con la llavecita de la urna del Niño Dios, con lo cual se me pasó la dolencia como con la mano.

Garduño habia oido, sin pretenderlo, la conversacion anterior así como otros relatos análogos de los milagros de la Médica. Su cabeza se habia despejado i su espíritu se habia deshecho de las pasadas impresiones; por manera que aún cuando el incrédulo oficial (es menester decirlo), se habia dirijido allí con el objeto de hacerles un regalo a aquellas santas mujeres, a trueque de que rogaran porque él alcanzase sus deseos, fué tan grande el número de disparates que oyó, que volvió atras medio avergonzado de su idea. I acordándose de que debia encontrarse pronto en el campamento, corrió hácia la huerta endonde estaba su caballo, montó apresuradamente i partió a escape por el camino del sur.

——:o:——

CAPITULO LI.

EN DONDE EL CURIOSO LECTOR CONOCERÁ MEJOR A DOÑA MANUELA.

> Los males del país llegaron al exceso durante las vicisitudes ocurridas desde el pronunciamiento de Concepcion i del ejército del sur, hasta el combate de Lircai. La fuerza pública, ocupada en los combates civiles, dejó sin seguridad a muchos pueblos; i el robo i el salteo a mano armada, el asesinato i los ataques contra la seguridad, se multiplicaron extraordinariamente.
>
> (Sotomayor Valdés.—*Historia de los cuarenta años. cap. I.)*

Merced a lo solícitos cuidados de la buena tia de Santiago Garduño, habia logrado Lucinda tranquilizar algun tanto su ajitado espíritu. Doña Manuela era mui querida i respetada entre las jentes del pueblo, cuyas simpatías habia sabido conquistarse por la

natural franqueza de su bondadoso carácter, i por su espíritu de beneficencia para con los pobres, quienes encontraban en ella el sosten de su miseria i el alivio de sus dolores. Ningun necesitado acudia a la buena señora sin que se separase bendiciéndola con mil *Dios se lo pague*, que ella estimaba grandemente, pues decia: «mas vale un Dios se lo pague que un almud de plata.»

Lucinda la queria cada vez mas, i, estimulada por la alegría i la viveza de la ájil señora, ayudábala en sus quehaceres domésticos, encontrando en ellos no solamente distraccion para su preocupado espíritu, sino tambien ese placer natural que la mujer siente con el ejercicio de las ocupaciones propias de su sexo.

Dos o tres dias se habian pasado sin recibir noticias ciertas del sur, lo cual no era extraño en aquellos tiempos en que, a la carencia de caminos i a la falta de toda especie de movimientos, social i comercial, se unian los peligros ofrecidos por la guerra civil. Lucinda habia pensado i deseado con ardor enviar al campamento de Freire un baqueano, que internándose por la montaña de la costa, pasase el Maule por alguno de los puntos intermedios entre Perales i Constitucion, cuando le llegó un propio enviado por Garduño con una carta, en la cual el oficial le decia que solo podia darle noticias dudosas sobre lo que tanto le interesaba a ella, pues aún no habia llegado al campamento un soldado de confianza que él habia enviado al puerto de Constitucion; pero que, en cuanto aquél llegase, le comunicaria las noticias que el propio trajese. «De todos modos (concluia la carta), cualesquiera que sean esas noticias, ya favorables o adversas, puede usted, señorita, contar con la decision de este su fiel servidor, para el cual no hai sacrificio alguno que no esté dispuesto a hacer en obsequio de usted.»

La lectura de esta carta, en la cual un espíritu frio i despreocupado habria echado de ver el fuego de una pasion contrariada, así como las insensatas esperanzas alimentadas por la misma pasion, cautivó, al contrario, la inocente alma de Lucinda, haciéndola tomar por jenerosidad lo que no era sino el efecto del mas refinado egoismo.

Combatida constantemente por una cruel intranquilidad, i preocupada por su dolor, cual sucede a toda alma ardiente i sensible, la inexperta niña encontró mui natural i justo el interes que sus desgracias habian sabido inspirar al noble corazon del oficial. I como ella, en un caso análogo, habria obrado de la misma manera, léjos de encontrar exajeracion o inconveniencia en las ardorosas fra-

ses de Garduño, solo vió en ellas el anhelo de ser útil, anhelo que, animando a toda alma bien puesta, da a las mas insignificantes acciones, los colores de la simpatía i el perfume de la benevolencia.

No es estraño, pues, que la hija del que fué don Marcelino de Rójas, contestara alsobrino de su protectora i amiga, manifestándole su gratitud, i dándose los parabienes de haber encontrado en su desgracia, amigos tan nobles i desinteresados... «Jamás olvidaré (concluia Lucinda) los servicios con que Ud. se ha dignado favorecerme, i siempre recordaré con satisfactoria gratitud, las cariñosas i delicadas atenciones con que cada dia sigue distinguiéndome la tia de Ud.» Por último, en una posdata, le recordaba la promesa que él le hiciera al partir, de devolverle a su sirviente Pedro, en caso de poder hacerlo.

Todas las amigas de doña Manuela se habian apresurado a visitar a Lucinda, atraidas, unas por el cariño, i aun podria decirse, por el respeto con que miraban a la señora, i llevadas otras por el deseo de conocer a la *santiaguina*, para ver por sus ojos cómo hablaba i cómo venia vestida i tocada, sobre todo lo cual se hacia en el pueblo los mas serios comentarios, fundados en las noticias mas extrañas i contradictorias. Miéntras una decia haber visto a la niña de la capital con un vestido *de altranco*, hecho de rica i brillante lana, otra aseguraba que el camison era de angaripola, tan ancho como una pollera de barragan; i una tercera juraba que no era ni lo uno ni lo otro, pues el vestido era de Pequin, i todavía mas angosto que los de *altranco*, pues apénas la dejaba dar paso.

La misma contradiccion de noticias habia respecto del calzado, pretendiendo unas que los zapatos eran *cuchuchos*, otras que eran *gabuchas recortadas*, con média de seda *calada i de cuchilla*, i con atacados hasta mas allá de la media pierna.

Entre los hombres, casi todos estaban acordes en que la santiaguina era niña de *mucho garbo* i de mui preciosos *bajos*, no faltando quien asegurase haberle visto la pierna (por mas señas, que los atacados eran verdes i de cinta de seda doble), cuando Lucinda habia pasado a saltitos por sobre las piedras i palos que servian para atravesar un gran barrial de la Plaza de Armas. Pero si los hombres convenian de algo, las mujeres no querian convenir en nada; i dos matronas respetables tuvieron que ser separadas por sus propios maridos, pues llegaron al estremo de irse a las manos, porque una decia que el peinado de Lucinda era de tres castañas i *moño de trueno*, miéntras la otra queria probarle, a puñadas i rasguñones, que

no habia tal moño de trueno, por haberse pasado la moda, ántes que Pinto dejase la presidencia, sino que ella sabia mui bien que el peinado de la santiaguina era de *raton dormido.*

Por último, i para que se vea la curiosidad que en aquellos tiempos despertaba en provincia la llegada de una persona de Santiago, solo agregaremos que, al decir de varios cronistas de esa época, una orgullosa señora, enemistada desde años atras con doña Manuela (a la cual habia jurado no visitar miéntras ésta conservase el honroso privilejio solicitado ardientemente por la otra, de atender al servicio i limpieza del altar del Cármen de la iglesia parroquial), olvidando tan serios motivos de devoto encono, fué en persona a casa de su enemiga i la abrazó i charló con ella, solo por conocer a Lucinda, para que nadie le contase cuentos sobre el particular.

Olvidábasenos decir (i es una circunstancia por demas esencial en esta historia), que casi todas esas visitas eran precedidas de regalitos o presentes, que consistian en pavos mechados, chanchitos en adobo, frascos i botellas con mistelas, calabazas de aloja, frutas, flores, dulces en almíbar, masas delicadas, u otras golosinas juzgadas allá en lo antiguo mui a propósito para coservar viejas amistades, asi como para dar sólido cimiento a las nuevas, o reanudar los lazos rotos por algun choque casero.

Las sociedades humanas han conservado siempre esas costumbres bíblicas que brillaron allá en los tiempos de Isaac i de Jacob, i de las cuales se deshacen los pueblos al pasar a ese grado de refinamiento social, en que los amistosos vínculos que unen a las familias se convierten en amanerada i engañadora cortesía.

No sucedia así en la época a que nos referimos: nuestros padres creian que la amistad era algo como los árboles, que debia cultivarse, abonándole el terreno con presentes, no tan ricos que fuesen a herir el amor propio del que los recibia, ni tan escasos que manifestasen la mezquindad o mala voluntad del que los ofrecia.

Doña Manuela estaba contentísima i (por qué no decirlo?) orgullosa, viendo las pruebas de afecto que en esos dias habia recibido, no solamente de sus amigas íntimas, sino tambien de otras cuyas amistosas relaciones estaban rotas o enfriadas (que a veces suelen ser peores que rotas). Por esto, decia a Lucinda, despues de despachar a la criada que habia traido un azafate de hojuelas, una bandeja de coronillas o una reverenda torta *de gradas:*

—Mira, mi vida, así me gustan las amigas. Mira qué torta me ha mandado mi comadre Pascualita. Sus hijas tienen unas manos

de ánjeles para toda clase de dulces rellenos; i auuque no necesitaba mi comadre hacerme este regalo, para que yo siguiese creyendo en su eterna amistad, sin embargo, como decia mi madre (que Dios tenga en el cielo!), somos de carne i hueso, i nunca dejan de ser útiles estos *recorderis*, pues, como dijo el otro:—fuego endonde no se echa leña, pronto se convierte en ceniza, i solo con aceite arde la lámpara. No me den a mí esas amistades de sombrero o de puros abrazos i cortesías, porque yo diré siempre como decia mi madre: obras son amores i no buenas razones. ¿No te parece así, mi alma?

Lucinda se apresuraba a aprobar todo cuanto decia la injenua señora, quien sin esperar ni oir la contestacion de la niña, proseguia alegremente:

—Sí, pues! obras son amores... i no lo que sucede cuando se juntan dos de esas amigas *por encima*. Es de ver los abrazos i apretones de manos, las cortesías, risas, gritos i alharacas con que parece que se estuviesen engañando (Dios me perdone!); i una vez que se separan, si te he visto no me acuerdo. I lo peor es, que si se acuerdan a veces, suele ser para mal: no lo digo por hacer malos juicios de nadie, sino por haber visto muchos cristianos, que son como mi madre decia: amigos en presencia i cuchillos en ausencia. Nó, hijita, no estoi ni estaré jamas con esa moda que ha comenzado en la capital endonde, segun yo misma he visto i palpado, se visitan i se despiden con tarjetas, i se dan pésames con esas tarjetas que llaman de luto, i tambien la felicitan a una en el dia de su santo con una tarjeta pelada, sin que venga un ramito de flores ni un dulcesito, ni nada que demuestre que su amiga ha estado pensando en una. I luego con mandarnos su nombre escrito en un pedazo de carton blanco, les parece que nos han visitado i cumplimentado, o que han venido a consolarnos en nuestra desgracia! Esto es lo que yo llamo visitas en el nombre, parabienes en el nombre, i pésames en el nombre; razon por la cual las personas que así obran, solo merecen el nombre de amigos en el nombre. Já! já! já! I ojalá ese nombre lo hubieran puesto ellas mismas, porque algo seria siquiera; i en vista de la dichosa tarjeta, vendríamos en cuenta de que quien nos la envia se acordó de nosotros ese ratito que ocupó en escribir su nombre de su puño i letra: pero nó, señor, sino que las tales tarjetas las escriben en las imprentas, o qué se yo, i luego las empaquetan a modo de naipes para repartirlas como si fueran de algun provecho, fuera del provecho que saca el comerciante que las vende! Já! já! Casi les agradeceria yo mas

que mandasen una carta de la baraja con que en las largas noches de invierno solemos todos, cual mas cual ménos, entretenernos jugando al *comercio*, al *tenderete* o a la básiga, porque así, já! já! já! nos regalaríamos mutuamente objetos de nuestro uso particular, que ademas tendrian el mérito de haber sido testigo de nuestros placeres i sinsabores en el juego. Já! jáá! ¡Si es para la risa!

I la señora se reia con toda la fuerza de sus pulmones, logrando hacer que Lucinda la acompañase en su hilaridad.

En seguida, acercándose doña Manuela a un gran canasto de biscochos, i dando sobre él unas cuantas palmaditas de satisfaccion, dijo con la cara llena de risa:

—Esta sí que es tarjeta, Lucinda! Esta sí que es tarjeta!

I luego se acercó vivamente a la niña; i abrazándola con muestra de gran cariño, le dijo:

—Perdóname, hijita, son arranques de mi jenio. Quién sabe cuántas barbaridades he dicho; pero no ha sido por hablar mal de la capital, endonde están todos los tuyos, sino solo por entretenerte i hacerte reir ¡Me hace tanto daño el verte triste!

Lucinda contestó echando los brazos al cuello de la buena señora, quien viéndose cubierta de las mas tiernas caricias, murmuró:

—Dios mio! Cuán grande es sin duda la felicidad de tener una hija que nos ame!

La pobre señora ignoraba, en su candidez, que la mujer nace madre i que lo es, por su corazon, de todos los que sufren.

Permanecian aun abrazadas ambas mujeres, cuando aparecieron en la puerta de la sala dos criadas trayendo en sus manos, sendas bandejas, cada una de las cuales contenia una figura de dulce que hoi pareceria extraña, pero que nada tenia de chocante en aquella época en que hasta la relijion misma se deformaba con la devocion si el amor a las formas, ántes que a las ideas relijiosas. Una de la bandejas estaba ocupada con un gran monte-calvario de alfeñique, coronado por tres cruces de azúcar, al pié de las cuales se veia sentada a la Vírjen María, toda hecha de pasta de almendras, así como tambien el cuerpo de su sacratísimo Hijo, que tenia en los brazos. El cerro, cubierto de rocas figuradas por almendras i cocos confitados, se abria en varias grietas, por las cuales parecia haber vomitado de su seno, mil i mil cadáveres informes de chocolate, canillas i otros huesos de azúcar, i una multitud de calaveras de almendra rellenas de manjar blanco, *huevo-molle* i otras sustancias

mas o ménos a propósito para figurar los sesos. Por último, en la falda del cerro se veia, enarbolada en un mástil de alambre, la bandera chilena, hecha de papel.

La otra mujer, que era lo que todavía se llama en nuestros hogares, una criada *de respeto*, traia una bandeja cubierta con un gran paño de manos lleno de caladuras, miñaques, puntas, recortes, ojetillos i bordaduras de realce.

Adelantándose hácia doña Manuela que la miraba con aire interrogativo, habló de esta manera:

—Mui buenos dias, mi *siá* Manuelita: dice mi *ñorita* que cómo ha amanecido; que tenga su merced mui buenos dias: que aquí le manda este *engañito*, para que vea que se acuerda de su merced i para que lo tome con la otra señorita; i tambien me dijo, que sentia mucho que el presente no fuera mucho mejor; pero aunque no es como la persona lo merece, le servirá para *diferenciar*; i que ella la está encomendando mucho a Dios todos los dias que amanece: i me dijo tambien que le dijera (prosiguió bajando la voz), que me entregase el *pañomanito*, para tapar este monte-Calvario que mi *ñorita* le manda al señor cura, que hoi es dia de su santo.

Doña Manuela, recibiendo la bandeja, depositóla sobre la mesa i alzó el paño que la cubria

—Bendito sea Dios! exclamó con admiracion al ver una preciosa cuna de alfeñique, dentro de la cual venia un albo Niño Jesus de almendras. ¡Qué manos de ánjel son la de esta *Sierva de Dios!* ¡Miren cómo parece que se sonrie...! i con las *manitas* puestas como para enseñar a rezar a los cristianos, i sus ojitos azules tan humilditos, como si él no fuera el dueño de cielos i tierra, i su linda boquita de clavel, que solo hablar le falta!

I besando devotamente al Niño, sacó de su bolsillo medio real de carita i lo entregó con el paño a la criada.

—Tome, *ña* Pechoñita, le dijo, para que compre flores. ¿I cómo están de salud aquellas santas niñas?

—Dios se lo pague, señorita, respondió la criada. Ahí lo pasan como el Señor lo quiere; la *Médica Santa*, que ni se hace ni se deshace, tendida en su camita, que es bendicion ver las curas i milagros que hace todos los dias; la *Sierva de Dios*, ya bien repuesta de su último ataque, que no parece sino que el *calchilla* no tuviera otra cosa que hacer (Dios me libre!) sino llevarse *de punta* con ella, pues cuando ménos una lo piensa ¡tras! se le mete en la caja del cuerpo, que es compasion ver a la pobre Siervecita como salta por so-

bre las vigas i se da contra los palos; pero no se mata, porque todo es permision de Dios (bendito sea!).

—Amen, respondió doña Manuela. ¿I la *Beatita*?

—Ahí está mas *virtuosa* que nunca, i *reuta* en que ha de ser monja. Dios la guarde!

—Oh! en cuanto a eso, esclamó vivamente doña Manuela, no me parece bien... quiero decir, no es justo... Pero yo no debo meterme en tales negocios, pues mas sabe el loco en su casa, que el cuerdo en la ajena: cada cual sabe su cuento, i Dios el de todos, i acabóse. I ahora, *ña Pechoñita*, dígale a su señorita: que es mi hijita, que no tiene por que andarse molestando para que yo me acuerde de ella; que la tengo siempre en mi corazon; que le agradezco infinito su regalo, que está mui precioso, como de mano de monja, i que siga encomendándome en sus santas oraciones.

—Así se lo diré, mi *siá* Manuelita: hasta otro dia, dijo la vieja sirviente retirándose con su compañera.

Idas las criadas, dijo doña Manuela a Lucinda, que habia presenciado la escena sin desplegar los labios:

—Mira, hijita, lo que son los presentes, o como dijo *ña Pechoñita*, los *engañitos*, que es como aquí los llaman. I tienen razon, porque verdaderamente se engaña con ellos a las personas, pues dádivas quebrantan peñas, como suele decirse, i a un *toma, toma*, no hai quien no se amanse. ¿Querrás creer que yo estaba mal con las beatas Peñalozas, i ahora con su Niño Dios *me han vuelto otra*? No digo que estaba enteramente mal con ellas, prosiguió la locuaz señora, sino así así, *medio medio;* pues te sabré decir, mi vida, que a mí me gusta mui poco la jente beata, porque como mi madre repetia siempre: «de dia beatas, de noche gatas»: lo cual no quiere decir, ni por pienso, que las Niñas Peñalozas dejan de ser unas santas. Pero, con santidad i todo, suelen decir cosas que a mí me hacen reir (Dios me perdone!); razon por la que se han enojado mucho conmigo, i se han atrevido a asegurar que mi sobrino Santiago es un hereje, que está condenado a penas eternas; i le han negado la entrada al cielo, como si ellas tuvieran las llaves de San Pedro. Pero esto, ni me calienta ni me enfria, porque yo sé que solo Dios es dueño del cielo, i nadie sabe lo que será hasta que no sea, que todo es hablar por hablar. Lo que me calienta i me retuesta la sangre, es la creencia de estas pobres mujeres en que la una ¡es médica santa o adivina, i la otra, *malespirituada*. Porque si la médica santa, fuera médica, ya se habria curado de la enfermedad que

la tiene en cama há mas de veinticinco años; aunque ella dirá tambien que: en casa del herrero, el cuchillo mangorrero. Nada digo de la otra, a la cual se le ha puesto en la cabeza (¡Dios me perdone el mal juicio, si lo fuere!), que el diablo la persigue i repersigue, i que cada mes se le mete dentro del cuerpo, como si el Malo hubiera necesitado meterse dentro de nuestra madre Eva, para tentarla i hacerla comer de aquella maldita manzana (el Señor nos libre i nos proteja!). Pero callemos, concluyó en voz baja la señora, viendo entrar a una criada:—En boca cerrada no entran moscas, i nadie se arrepintió jamas de haber callado.

Al mismo tiempo, acercando su boca al oido de Lucinda, dijo:

—Yo les tengo, mi alma, mucho miedo a estas *cholas*, porque son siempre candil de la calle i oscuridad de su casa.

Avisóles la criada que ya estaba la fuente en la mesa, noticia que hizo esclamar a doña Manuela:

—¡Santa palabra! Vamos, hijita, a hacer medio dia; i ten confianza en la Vírjen, pues las noticias que nos ha enviado mi sobrino no son para desanimarnos. Ya le tengo hecha una manda a mi señora del Cármen, (que está en mi altar de la parroquia) porque libre de las balas a tu marido i a mi sobrino. ¡Cuándo se acabarán estas guerras!

Pasadas a la pieza siguiente, que hacia de comedor, sentáronse a la mesa. Lucinda habia logrado deshacerse algun tanto de sus lugúbres ideas, por la locuacidad de doña Manuela, quien aprovechando los ratos en que la sirviente las dejaba solas, proseguia:

—Sí, hijita, no está en mí: yo no puedo perdonarles a estas mujeres lo que hacen con su sobrina, que es una muchacha mui *española*, nada fea i tan *bien hablada*, tan recatada i hacendosa, que ya habria encontrado un buen marido, si las tias... Mira, muchacha, llévate esos platos i traelos lavados... Se le ha puesto en la cabeza a estas mujeres que la chiquilla no se ha de casar, a pesar de que yo sé que andan ya mui buenos mocitos por ahí, a las vueltas. Yo he tanteado a la muchacha, i tiene el ojo vivo. ¿Te parece que así podrá ser buena monja?

—Imposible, respondió Lucinda sonriendo i suspirando al mismo tiempo.

—Lo mismo digo yo; pero dale con que la han de meter entre las cuatro paredes de un convento.....

La llegada del padre Hipocreitía interrumpió la conversacion. Traia el jesuita la intranquilidad pintada en el semblante; i des-

pues de saludar cortés i afablemente a las señoras, no admitió el asiento que le ofrecieron, diciendo que solo habia pasado a hacerles una advertencia.

—Qué hai? qué sucede? le preguntaron. ¿Ha sabido noticias del sur?

—Nada sabemos de positivo, respondió el padre. Las noticias son algo contradictorias, i no es fácil saber la verdad, pues el camino está interceptado por varias partidas de malhechores que han querido aprovecharse del estado actual de cosas. Pero no se asusten ustedes, pues hemos estado tomando algunas medidas, para que el pueblo no sea invadido por los facinerosos.

—Ave María Purísima! esclamó doña Manuela. ¿I cree su paternidad que.....

—Yo no creo que se atrevan a invadirnos; pero bueno es estar prevenidos, i por esto he venido a avisarles, para que en cuanto tiña la noche cierren ustedes sus puertas.

En aquel momento entraba por la puerta de calle un mendigo que con mirada escudriñadora examinó todo el patio; i oyendo hablar en el comedor, se fué acercando allí con pasos que nadie podria decir si eran indolentes o temerosos.

Al divisar desde afuera al padre Hipocreitía, el mendigo volvió sobre sus pasos i dió muestras de querer retirarse; pero doña Manuela alcanzó a verlo, i dijo saliendo a la puerta:

—Aquí anda un limosnero que parece no atreverse a pedir. Razon demas para darle. ¡Pobrecito! El hacer bien nunca es perdido, sino que es hacer escalera para subir al cielo, como decia mi madre. ¡No te vayas, hijo, que esta no es casa de moros para que salga de ella un pobre con las manos vacías! Espérate por ahí, miéntras voi a buscarte algo. I su paternidad me perdonará que lo deje un momento, prosiguió, dirijiéndose al padre, pues ya sabe su paternidad que si Dios nos da es para que demos, i la necesidad no espera, razon por la que tengo para mí:—que dar a tiempo es como dar dos veces.

Doña Manuela se dirijió a la despensa sin cortar su letanía de dichos i refranes, segun su inveterada costumbre, i luego volvió trayendo un pedazo de charque, dos panes i una fuente llena de trigo que vació en el poncho del pordiosero.

Este parecia querer dirijirle la palabra; pero las miradas recelosas que lanzaba hácia el comedor, endonde estaba el fraile, indicaban bien claro que la presencia del reverendo hacia callar al pobre.

—Toma, hijo mio, decia la buena señora: llena la barriga i agradécele a Dios, no a mí, que solo El es el dador de todo. Pero te pido reces por mí tres Salves a la Santa Vírjen del Carmelo, que yo sé bien que la oracion del pobre, siempre el Señor la oye. I vete en paz, i sufre con paciencia los rigores de la pobreza, que el pobre que no sabe ser pobre es pobre dos veces; i el que anda bien su camino, bien llegará a su destino.

En seguida entró en el comedor, diciendo:

—Dios se lo pague, padre mio, por las advertencias que nos hace. Estaremos prevenidos, porque hombre prevenido nunca fué vencido.... I a propósito de salteadores... yo no sé por qué me ha saltado el corazon al ver este limosnero; i el corazon nunca engaña. Yo conozco a todos los limosneros de Molina, i nunca he visto esta cara. ¿No podria ser alguno de los salteadores vestido de pordiosero que venia a tantear el pueblo, para dar el golpe con mas seguridad? Pero no debemos pensar mal de nadie sin haber dado motivo para ello ni el no conocerlo es razon para no darle, pues Dios dice: has bien, i no sepas a quien... I si el tal hombre quiere pagar con un mal el bien recibido, no me arrepiento de lo hecho, porque hai un Dios en el cielo que ve los corazones i cuida de las criaturas. Pero, despues de todo. ¿Sabe su paternidad en dónde se halla a esta hora el ejército del gobierno?

—Sobre las márjenes del Lircai, respondió el padre.

—I Freire? preguntó tímidamente Lucinda.

—Se presume que haya entrado a Talca; porque ya les digo a ustedes que no es posible saber nada de positivo. En cuanto al esposo de usted, Lucinda, hai razones para creer que haya sanado de su herida, segun los informes que he recibido de don Santiago Garduño.....

—¿No te lo decia? interrumpió palmoteando las manos doña Manuela, miéntras que la niña, olvidándolo todo, daba sinceramente las gracias al padre por tan grata noticia. Ya ves tú, mi vida, cómo mi buen sobrino no olvida lo que una vez promete. ¡I dicen que es hereje!

—Eso no puede decirse de un caballero tan cumplido como él, dijo el jesuita. Mas como quiera que sea, bueno es vivir prevenido contra la desgracia, i no olvidar que Dios es dueño de la vida de los hombres, i que en este mundo estamos como el viajero en la posada.

Dicho esto, el jesuita se despidió i salió, volviendo en seguida desde la calle para decir a doña Manuela:

—Señora, olvidaba indicar a usted que puede disponer de la casa de la mision, así como todas las personas a quienes he hecho la misma oferta para que se refujien en ella, pues creo que, aun cuando el pueblo sea invadido por los facinerosos, de que tengo noticias, la mision será respetada como lugar sagrado.

Ambas le dieron las gracias, prometiéndole acudir a aquel sagrado refujio, en caso necesario, i él volvió a salir murmurando un *pater noster*.

—Dormiria una siestecita con alma i vida! esclamó doña Manuela (que jamás dejaba de hacerlo, segun la jeneral costumbre de la época); pero ¿quién podrá pegar los ojos con estos sustos? Vamos, niña, vamos a rezar el santo rosario, para que la Vírjen nos ampare. Madre i Señora mia del Cármen! hago promesa solemne de vestirme un año entero con tu santo hábito por que este muchacho salga sano i salvo de esta guerra de mis pecados.

Cinco minutos despues, toda la familia rezaba en alta voz el rosario, que doña Manuela tenia costumbre de alargar con Salves, Credos i Padrenuestros aplicados a mil diversas necesidades. Pero esta vez la señora se olvidó de agregar muchas oraciones, pues obligada por el sueño de la siesta, dejó para despues las últimas rogativas, i se fué a la cama *a echar una pestañadita*, segun dijo a Lucinda.

Serian las dos de la tarde cuando doña Manuela despertó, i ya Lucinda le tenia preparado el mate que la señora acostumbraba tomar despues de la siesta.

—Ai! esclamó, chupando la bombilla ¡qué sueño tan horrible he tenido! Te lo cuento, niña, para que no salga cierto. He visto a mi sobrino Santiago, al hijo de mi hermana, herido de un balazo i tendido sobre el santo suelo en un charco de sangre ¡Ave María! Me dan calofríos de solo acordarme; pero todo es mentira, gracias a Dios!... Está mui bueno tu mate, hijita; pero no le pongas tanta azúcar. Dame ahora *una agüita* para quitar el dulce de la boca. ¡Tienes unas manos de ánjel para *cebar* mate, mi vida!

Diciendo esto, miraba hácia afuera por entre las rejas de la ventana que daba a la calle; i como viera por segunda vez al mismo mendigo a que le habia dado limosna, esclamó.

—¿Qué significa esto? Ahí anda a las vueltas el mismo limosnero, i nunca acostumbran estos venir dos veces al dia. Tal vez se usa-

rá así allá en su tierra, porque apostaría yo una oreja a que este hombre no es de Molina. Pero mal uso es ese de pedir dos veces al dia en una misma casa, pues con una basta para ejercer la caridad, que todo exceso es malo, como decia mi madre, hasta en la virtud misma. Sí, pues, amiguito! prosiguió (viendo que el mendigo habia llegado hasta la puerta de la pieza); acuérdese de que ya le dí una buena *causa* de charque, con dos panes i su racion de trigo. Bueno es el cilantro, pero no tanto, i sepa que al amigo i al caballo no hai que cansarlo, mayormente ahora que estamos en los *meses azules* del año, i ya no se merece un poroto partido por la mitad.

—Señorita, respondió el hombre con tono humilde, perdóneme su merced, que tengo que hablar con...

Al oir esta voz, Lucinda se habia alzado repentinamente de su asiento i corriendo hácia el mendigo, lo abrazó con muestras de la mayor alegría.

Doña Manuela admirada, no sabia qué creer de lo que veia, i dijo:

—Si será don Anselmo!

—No es Anselmo, sino Pedro, mi fiel criado, respondió Lucinda arrastrando de un brazo al finjido mendigo hasta sentarlo junto a ella.

—Bendito sea Dios! esclamó doña Manuela, haciendo resonar el mate con el último chupeton. Cuéntenos ahora las noticias que trae.

—Eso mismo le iba a decir yo, agregó Lucinda. Dime Pedro si has visto a Anselmo.

—Nó, señorita, respondió aquel; pero sé que está en Constitucion, ya mui mejorado de sus heridas.

Lucinda elevó los ojos al cielo en señal de gratitud, i se dispuso a escuchar la relacion de Pedro, quien era interrumpido a cada rato por las esclamaciones i preguntas de doña Manuela.

—Quién lo habia de haber creido! ¿Con que mi sobrino fué comisionado para hacerlo *baliar* a usted?

—Sí, señorita.

—I cómo es que estás vivo, por Dios!

—Va su merced a oirlo, respondió el asistente, relatando la escena en que Garduño lo librara de la muerte.

—Loado sea Dios! esclamó doña Manuela juntando las manos. Casi se me ha cortado la respiracion, porque ya me parecia que

usted iba a caer muerto al pié de aquel árbol. ¿No te lo decia, niña? prosiguió, dando un salto de gusto: ¿no te decia que mi sobrino es todo un hombre de palabra i bueno al remate.? Vengan ahora las beatas Peñalozas a decirme que el hijo de mi hermana es un hereje, sin temor de Dios! I usted, amigo, ¿qué hizo despues?

Pedro relató entónces su viaje al Maule, i su vuelta a Talca, con la entrada del ejército liberal en esta ciudad, sin olvidar las escenas con los mendigos, hasta el momento en que fué capturado por los soldados del gobierno, sobre la márjen izquierda del Lircai.

—La noche estaba tan oscura que no se veia ni las manos, prosiguió el leal asistente, i yo habia perdido ya toda esperanza, por mas señas, que empecé a rezar una estacion mayor...

—I dicen que los pipiolos no tienen relijion! interrumpió doña Manuela.

—Iba, pues, mas muerto que vivo, prosiguió injenuamente Pedro, cuando sentimos un tropel de caballos por la retaguardia, i luego nos alcanzaron tres jinetes, los cuales a nuestro «¿quién vive?» despondieron «Prieto i relijion!» Yo conocí al momento la voz de don Santiago Garduño en el que habia contestado; pero me quedé como en misa, pues por ir amordazado no podia hablar una sola palabra. Oiga usted! dijo don Garduño al jefe de los soldados que me llevaban: «rodee con su jente por el lado de la Chimba, hasta dar con alguna persona que le diga en dónde tiene su caballada el enemigo... Pero llevamos aquí un preso para el campamento, dijo el otro. Haga como le ordeno, repitió don Santiago, i déjeme a mí el preso, que yo lo conduciré con mis dos hombres. El otro se fué, i yo quedé con don Garduño, el cual, acercándose a mí, me dijo que ya sabia que me habian pillado i que venia a librarme, para enviarme a esta villa con la condicion de que me disfrazara bien, pues corria peligro su vida si llegasen a conocerme. En seguida me desataron la boca i me dieron este vestido de limosnero i el mejor de los caballos. Me puse estas tirillas, monté a caballo, i aquí me tiene su merced.

—I mi sobrino ¿qué contestará al jeneral cuando le pregunte por el preso?

—Le dirá que me hizo ahorcar, arrojándome despues al rio. ¡Ah! se me olvidaba decir que don Garduño habia estado ese dia en Constitucion, segun me dijo, i allí habló con mi patron...

—¿I no escribió Anselmo? preguntó Lucinda.

—Eso mismo le pregunté yo tambien a don Garduño; pero me

respondió que no habia escrito, porque las cartas en estos tiempos son peligrosas; pero que habia dicho *de boca*, que no tuviese su merced cuidado alguno; que ya estaba casi sano, i que don Garduño era ya mui su amigo, como él mismo me lo dijo anoche en el rio Lircai, i que le diera muchos recaditos a doña Manuela, tambien me dijo don Santiago.

Aquí llegaban de la conversacion cuando oyeron un ruido como de caballos al galope, i grandes voces en la calle.

—Ellos son! Los salteadores! exclamó doña Manuela. ¡Me lo estaba diciendo el corazon!

Pedro salió corriendo de la pieza, al mismo tiempo que tres hombres a caballo entraban de rondon al patio de la casa. El resto de la partida (a juzgar por los gritos de la jente i los ladridos de los perros que se dejaban sentir en varios puntos) se habia dividido en grupos para atacar a un tiempo varias casas. Uno de los tres hombres que habian entrado, saltó de su caballo i se fué derecho hácia Pedro, i echándole ambas manos sobre el cuello, le dijo con feroz alegría:

—Ahora sí que no se escapará el señor don Costal de Mentiras!

—Tú eres el que las vas a pagar todas! exclamó Pedro dando un salto atras, i descargando sobre la cabeza del bandido el grueso palo que llevaba en las manos.

Cayó el agresor al suelo, dando un rujido de dolor, pero al mismo tiempo los otros dos atacaron a Pedro por la espalda; i tomándolo entre ambos, lo ataron con sus lazos, i lo arrastraron hácia la puerta de calle. Ya el caido se habia alzado del suelo, i ciego de furor habia sacado un cuchillo para herir a su indefenso enemigo.

—Eso sí que nó! gritó con voz de trueno uno de los otros; cuidado con tocarle un pelo, porque yo entónces te acomodo a tí la persona.

—Pero *ño* Turra, con mil *rejiones!* cómo quiere que yo me quede con el garrotazo que me acaba de dar este pícaro! Deme siquiera licencia para aplicarle unos planazos.

—No me opongo, respondió Miguel Turra (que no era otro el que parecia mandar en jefe); pero dale con lástima, porque hemos prometido llevarlo sano i salvo, i de otra manera no nos pagan.

Doña Manuela i Lucinda, casi muertas de susto, lo miraban todo desde el interior de la pieza, por la endija de una puerta entreabierta. Pero, por grande que fuera su temor, no pudo la jóven contenerse, al ver que el miserable asesino descargaba furiosos golpes

sobre Pedro que no podia defenderse, i salió a rogar a los bandidos que no maltrataran a su sirviente. Doña Manuela al verse sola, salió por otra puerta que daba al huerto o patio interior plantado de árboles, endonde encontró a la cocinera i a la criada llorando i metidas dentro del horno. A pocos pasos estaba *el Corbata*, ladrando furiosamente i amenazando cortar el tramojo. Al ver a su gran perro (al cual la señora solia dar el nombre de *dueño de casa*) tuvo una inspiracion que se resolvió a poner en práctica al momento. Hizo salir del horno a las mujeres, que por lo encenizadas se asemejaban a las brujas de Walter Scott, i les ordenó que soltaran a Corbata. Ya a este tiempo los bandidos habian resuelto llevarse a Pedro, a quien tenian atado con sus lazos a los *pehuales* de sus monturas, cuando Turra, que se habia quedado algo atras, oyó los gritos i súplicas de Lucinda, a quien conoció al momento. I dejando que sus compañeros se llevasen la presa, cerró la puerta de calle, la atrancó i corrió hácia a donde estaba la niña.

—Qué suerte la mia! dijo Miguel riendo. No pensaba yo que la habia de encontrar aquí solita. Pero esta vez sí que hemos de ser amigos, i no como allá en Santiago endonde usted me despreció i se fué con aquel mocito, que algun dia me las pagará todas juntas.

No bien comprendió Lucinda las intenciones del bandido, cuando lanzando un grito de horror, quiso entrar a las piezas. Pero Miguel le impidió el paso, diciéndola:

—Vaya pues! no sea esquiva, i deme por bien lo que puedo obtener por mal!

—Si usted se acerca, creo que Dios me dará fuerzas para matarlo! exclamó enérjicamente Lucinda, arrimándose a un rincon del corredor i enarbolando el palo de Pedro que habia recojido con resolucion de defenderse hasta la muerte.

—Ya que usted prefiere pelear, dijo Miguel sacando su catana de la cintura, pelearemos, para tener el gusto de hacer despues las paces.

I sin cuidarse de lo que pasaba a sus espaldas, el bandido se acercó resueltamente a la víctima. Lucinda, con las fuerzas de la desesperacion le asestó un garrotazo en la mano derecha, haciendo saltar léjos el afilado puñal del bandido.

A ese tiempo doña Manuela abrió la puerta que comunicaba los dos patios, i echó por ahí al perro, el cual se lanzó furioso sobre las espaldas del bandido, hincándole sus colmillos en un hombro, i trayéndolo al suelo en un instante. Lucinda huyó despavorida, lle-

vando en sus manos el garrote, que doña Manuela le quitó al pasar, para irle a ayudar a Corbata.

Este i el bandido se revolcaban en el suelo, como dos bestias en feroz i terrible lucha; i al mismo tiempo que la alentada señora azuzaba a su perro, con el *túmele, túmele, Corbata!* descargaba pausados, pero fuertes garrotazos sobre los puntos del enemigo que Corbata dejaba libre. Miguel, rujiendo de dolor i de cólera, pedia que le quitaran de encima aquel demonio de animal que lo hacia pedazos; pero doña Manuela, sin dejar de apalear, le respondia:

—Todavía no es tiempo, picaronazo, hasta que quedes imposibilitado para hacernos daño, porque en toda lei de conciencia, la defensa es permitida, i el mismo Dios dice: ayudate, que yo te ayudaré. ¿O pensabas que, porque somos mujeres, podias tú venir aquí con tus manos límpias a hacer de las tuyas? Sí! buena es la hija de mi madre para quedarse mano sobre mano, viendo que un pelagatos como tú, viene a faltarle al respeto en su propia casa, como si todo fuera decir i hacer! Nó, amiguito! porque hai un refran que dice: a Dios rogando i con el mazo dando. Toma! *túmele* Corbata, que todavía no es tiempo de dejar en paz al que paz no quiere. Para que veas que a cada puerco le llega al fin su San Martin! Juana! Juana! Mulata! ¿A dónde se han ido éstas, que no vienen a ayudarme?

—Aquí vamos, señora! respondieron las criadas llevando en sus manos, la una el brasero lleno de fuego, i la otra el tacho con agua caliente.

—Nó! nó! esclamó la buena señora: no sean *herejes!* ¿Quieren asar vivo a este cristiano?

—Este no es cristiano! esclamó la cocinera, vaciando el brasero sobre el herido cuerpo del miserable.

—Que me quemo! Socorro! gritaba Miguel, mirando con ojos espantados a las encenizadas fantasmas. O son brujas éstas, o diablos del infierno! Jesus, María i José!

—Apaguen, apaguen! gritaba la señora. ¿No ven que ya dijo Jesus?

—Pues allá va el agua para apagar las brasas, dijo Juana derramando el tacho sobre el cuerpo de Miguel, quien ya no tenia ánimos para defenderse del perro.

—Basta! ya es tiempo! dijo la señora separando al perro que no queria dejar su presa.

—Nadie debe querer la muerte del pecador, sino que se arrepienta i viva, i acordémonos de que tambien el malo, hijo de Dios es.

Quitado el perro, levantaron al herido que apénas podia marchar por sus piés. I llevándolo a un cuarto, endonde le hicieron una cama con los pellones de su montura, acostáronlo i le curaron las heridas i quemaduras como mejor pudieron. Miéntras tanto, Miguel no decia una sola palabra, i solo se echaba de ver que vivia por la trabajosa respiracion i por los gritos de dolor que le arrancaban las llagas de que su cuerpo estaba cubierto.

—Mira, hijo, le decia doña Manuela miéntras, ayudada de Lucinda i de sus criadas, preparaba los paños i cataplasmas: nada te habria sucedido si te hubieras estado en tu casa cumpliendo tus obligaciones como hombre de bien, en vez de andar de Seca en Meca, metiéndote en las casas ajenas sin decir:—aquí me entro que llueve. Tu mala cabeza te hace andar en malos pasos; i el que anda en malos pasos, cuando no cae rezbala. Porque, como dice el adajio: el que obra mal no espere bien, i yo siempre le oia decir a mi madre que: quien en sus fuerzas se fía, al cielo desafía. No eches en saco roto lo que te digo, porque estas desgracias son advertencias del cielo. ¿No has oido decir que la letra con sangre entra? Pues lo propio sucede con el juicio. Hai cristianos a los cuales no les entra sino a mazo, i por eso se dice mui bien: que a golpes se labran santos. Déjame ponerte este paño con clara de huevo, que es santo remedio para las quemaduras. I tú, muchacha, no le tires tan fuerte la camisa que tiene pegada sobre las espaldas. ¡Es preciso hacer las cosas con su señor modo! Eso es, hijo; quéjate; no tengas vergüenza, que el cristiano solo debe avergonzarse de haber hecho el mal, o de haber dejado de hacer el bien, pudiendo. Por eso te repito que tengas siempre en la memoria: que estos polvos traen estos lodos, para que no presumas de bravo, pues es bien sabido que donde hai unos, hai otros, o como suele decirse: donde las dan las toman, i cuando uno ménos lo pienza, se encuentra con la horma de su zapato, razon por la que estamos viendo a cada vuelta de esquina, que uno va por lana i vuelve trasquilado; asi es que...

—Señora! esclamó Miguel colérico ¿quiere que le pida un favor?

—Pide, hijo, pide, que ahora que necesitas de mí, estoi pronta a servirte.

—Pues entónces, hágame la gracia de no decirme mas refranes por el amor de Jesucristo! Prefiero que me eche su perro encima para que me mate luego i me coma a pedazos! esclamó el bandido rujiendo de cólera.

——:o:——

CAPITULO LII.

EN DONDE EL SAGAZ LECTOR ECHARÁ DE VER QUE SANTIAGO GARDUÑO ESTABA DECIDIDO.

—«Es una equivocacion...
—Está bien. La discrecion es una virtud.....; pero entre nosotros es inútil en este caso.»

(J. M. Torres A.—*Los Mártires del deber.*)

Miéntras en casa de doña Manuela se verificaban los sucesos que acabamos de narrar, los compañeros de Miguel Turra se habian desparramado por la villa como una partida de zorros hambrientos en un corral de gallinas, echando abajo las puertas de las casas i robando i maltratando a los indefensos habitantes. Una partida de cuatro o seis bandidos se habia presentado a las puertas de la mision, i pretendian nada ménos que adueñarse de la custodia i vasos sagrados del oratorio, así como de los demas objetos preciosos que poseyesen las Niñas Peñalozas, cuya fama de ricas corria parejas

con la de santas que el pueblo les daba. Pero al querer entrar, encontráronse los facinerosos con el padre Hipocreitía, de pié en medio del zaguan, vestido de sobrepelliz i estola, i con un crucifijo en las manos. Acompañábalo el presbítero O*, quien, a las armas sagradas, habia creido prudente agregar una pistola de dos cañones que ostentaba en su mano derecha, miéntras con la izquierda alzaba el santo cristo. Por último, la Sierva de Dios habia traido la urna del Niño Jesus; i colocándola en medio de la entrada, decia a gritos:

—Yo veré si se atreven ahora a pasar estos desalmados por sobre el mismo Dios en persona!

Pero su confianza en Dios no impidió a la prudentísima Sierva el pensar en medios de defensa mas mundanos, i corriendo a la huerta, desató un par de perros bravos que allí habia, i los trajo al zaguan.

No nos seria dable decir cuál fuera la causa que impidió a los bandidos penetrar en el sagrado recinto de la mision; i lo único que como concienzudos historiadores podemos afirmar, es que los asaltantes no se atrevieron a entrar, a pesar de estar abierta la puerta, i huyeron a todo correr, con gran admiracion de cuantos presenciaron el hecho que luego tuvieron por milagro patente. Sin embargo, no todos creyeron que la repentina huida de aquellos malvados fuera un hecho sobrenatural, i sobre esto hubo en aquel entónces mil pareceres, suscitándose disputas, algunas de las cuales pararon en verdaderas riñas. Porque unos atribuian el hecho al temor de Dios, que el padre Hipocreitía habia sabido despertar en aquellos endurecidos corazones, i otros al miedo del diablo i de las excomuniones con que el presbítero O* los amenazaba. Habia quien pretendia probar que no era el diablo sino la pistola i los perros lo que habia hecho huir aquella canalla; i por último, los devotos (que estaban en notable mayoría) juraban que la victoria se debia a los crucifijos i al Niño Jesus.

En cuanto a lo que a nosotros atañe, no nos decidimos por ninguna opinion, i dejamos que el sagaz lector adopte lo que mejor cuadre a su entendimiento, en vista de los hechos que minuciosa i fielmente vamos relatando. Pero sí diremos, porque de ello estamos seguros, que la opinion mas jeneralmente admitada en la villa, fué la que atribuia a milagro del Niño Dios aquella repentina huida de los malhechores. I hacemos notar esta circunstancia porque ella esplica la nueva fama adquirida por el milagroso Niño, i

en consecuencia el aumento de mandas hechas por los devotos habitantes.

En el año siguiente, las Niñas, aconsejadas por el padre Hipocreitía, emplearon el dinero recojido en la compra de una casa en Santiago i de un fundo cerca del rio Maipo, todo lo cual admiraba a unos i edificaba a la mayor parte de las jentes, que decian: «así paga el Señor de cielos i tierra a quien bien le sirve.»

Pero sigamos el hilo de nuestra historia. Bien pronto los bandidos no tuvieron nada que hacer en la villa, i se retiraron siguiendo diferentes direcciones, pero con el fin de reunirse en un punto fijado por su jefe Miguel Turra. Nadie sabia que éste habia quedado herido en casa de doña Manuela, i en cuanto esta noticia llegó a oidos del jesuita, se fué volando a casa de la señora, i manifestó deseos de hablar con el enfermo para prestarle los auxilios de la relijion, solicitud que nada tenia de extraño en un espíritu tan evanjélico i propagandista como el del reverendo Hipocreitía.

Miéntras éste cumplia con sus deberes de sacerdote (mal o bien que esto no hemos podido jamas averiguarlo) cerca del lecho del dolor, doña Manuela habia salido a la puerta de calle con el fin de «pillar las noticias al vuelo.» como ella decia. Instalada allí, empezó a preguntar cuanto se le ocurria a todos los que pasaban, i aun llamaba a las personas que, reunidas en grupos, habia en la plaza, para que viniesen a relatarle los principales sucesos del dia, especialmente lo ocurrido en la mision, que, si no es milagro (decia ella) *le pasa raspando.* Pero tuvo la desgracia de no encontrar dos personas que le relataran los hechos de la misma manera. Unos referian el suceso, esplicándolo natural i sencillamente; otros venian despues i le agregaban tan crecido número de circunstancias mas o ménos sobrenaturales, que lo desfiguraban por completo o lo convertian en un verdadero milagro; i por fin, llegaban algunos mas atrevidos que contradecian todos los relatos anteriores i juraban contarlo todo tal como pasó. I lo peor era que cada cual decia haber visto o sabido de buena tinta los sucesos. Por manera que doña Manuela, deseosa de conocer la verdad, se vió envuelta i confundida entre mil i mil noticias extraordinarias e increibles, llenas de circunstancias contradictorias que la desorientaron por completo.

—Bendito seas, tan gran Señor! exclamó, dando una gran carcajada. ¡Lo que son las noticias! Ahora que me las han contado todas,

estoi ménos enterada que ántes. Bien dice el adajio: que la verdad solo Dios la sabe.

Diciendo esto, quiso cerrar la puerta de calle para irse a sentar tranquila en su cojin, cuando vió pasar por la vereda a un hombre de buen parecer. I como la curiosidad jamas se cansa de inquirir, aun despues de mil engaños i desengaños, preguntóle al hombre si conocia los sucesos de la mision.

—Yo no los he visto del todo, señora, respondió gravemente el interpelado, porque llegué al fin; pero me los acaba de referir un amigo de mucha verdad, en cuya casa estoi alojado, pues yo no soi de Molina, i ni aun sé cómo se llama la calle endonde está la mision.

En seguida refirió el acontecimiento de tal modo, que doña Manuela creyó haber dado con la pura verdad.

—Dios se lo pague! amigo, dijo la señora contentísima. Ahora sí que puedo decir que sé lo que ha pasado.

—Pero eso es nada, prosiguió el hombre, comparado con lo que ha pasado en casa de una señora rica de aquí de la plaza, segun me contó tambien mi buen amigo, que lo vió todo.

—¿I qué le contó su amigo? preguntó doña Manuela, pensando naturalmente que su interlocutor se referia a lo que acababa de suceder en su propia casa.

—Mi amigo me dijo (prosiguió inocentemente el hombre) que los salteadores se dirijieron, en primer lugar, a casa de esa señora, que por mas señas, es mui guapa i tiene fama de sabida i refranera, pues sabe mas adajios que Catete, i a cada tranco que da se le andan cayendo de la boca como cuando llueve. Su merced debe conocerla.

—Sí, amigo, respondió la señora sonriendo. La conozco algo; pero no es tan bravo el toro como lo ponderan. I ahora, cuénteme lo que le dijo su amigo, sin meterse en vidas ajenas ni separarse del camino real, pues quien se aparta del camino, tarde o mal, llega a su destino. Ya le oigo.

—Es pues el caso, prosiguió el hombre, que esa santa señora, en cuanto vió entrar a los facinerosos, agarró un baston de virtud que tiene, i, acompañada de un perro bravaso, se echó sobre la cuadrilla, i a punta de palo los hizo correr a todos hasta la calle.

—¿De veras?

—Sí, señora, i lo mejor fué que el perro agarró del poncho al jefe de los salteadores i lo tiró para adentro, a tiempo que la patro-

na cerraba la puerta. De modo que el perro aquel, casi hizo pedazos al dicho jefe, llamado Miguel Turra, i quién sabe si lo mató (Dios lo haya perdonado!). Esto es todo lo que yo sé.

—Pues si así es todo lo que su amigo le ha contado, enterados quedamos! esclamó doña Manuela, riendo con tantas ganas, que el hombre se retiró mohino i con pocos deseos de repetir su relato a nadie.

Rióse la buena señora durante dos largos minutos; pero como no podia estar mucho tiempo sin hablar, aun cuando fuese consigo misma (lo cual le sucedia amenudo), cortó al fin su risa para decir:

—Pues no sabia yo que tenia fama de refranera! Bien dicen que nadie se conoce, i que los ojos de la cara, con estar casi juntos como están, no se ven el uno al otro, ni tampoco así mismos, si no se miran en el espejo. I ahora caigo en que este espejo en el cual nos debemos mirar para conocernos, son los demas cristianos, pues en ese hombre he venido a ver que yo soi refranera. I tal vez será así, porque mi santa madre era amiguísima de los adajios; i de tal padre tal hijo, por lo cual se dice: hijo de gato, caza ratones, i quien lo herada no lo hurta. En fin, sea como se fuere, no creo hacer mal a nadie con esta costumbre (si es que la tengo); i quien a nadie hace daño, no pasará mal año. Pero, despues de todo, yo me he quedado en ayunas de lo que venia a saber, despues de haber oido mas cuentos i opiniones que pelos tengo en la cabeza. Es mucha cosa esta. ¡I qué haya cristianos que pretendan escribir historias de lo que pasó allá en aquellos siglos remotos cuando andaban las culebras paradas! No será la hija de mi madre la que crea en tales historias, cuando hoi mismo, contándome hechos sucedidos aquí a cuatro trancos, i aun en mi presencia, me han llenado la cabeza de mentiras. Pero ¿quiénes son aquellas? prosiguió, poniéndose la mano sobre los ojos para ver si conocia a tres mujeres que por la misma vereda venian a un cuarto de cuadra de distancia. ¿No son las Beatas? Que me corten una oreja si no son! Pues ellas me lo han de contar todo como bala i pinta.

Doña Manuela no se habia equivocado. Por la misma vereda venian la Sierva de Dios i su sobrina la Beatita, seguidas de la *señá* Pechoña.

No bien hubieron llegado a pocos pasos de la señora, que las esperaba con la curiosidad elevada a la quinta potencia, cuando la Sierva de Dios esclamó:

—Mi *siá* Manuelita! Gracias a Dios i al Niño que tengo el gusto de verla! Dios me la guarde!

La señora corrrespondió amablemente al saludo de la tia i acarició a la sobrina, sin olvidarse de dirijir la palabra a la criada, con risueña benevolencia.

—Mi *siá* Manuelita ¿es cierto lo que cuentan? preguntó a media voz la vieja criada.

—¿I qué es lo que cuentan? dijo la señora sonriéndose.

—Que su merced, con un palo de virtud que tiene.....

Una carcajada de doña Manuela cortó la palabra en boca de la *señá* Pechoñita.

—Entónces ¿no es verdad? preguntó cándidamente la Sierva de Dios.

—Nó, hijita, respondió la señora. De dineros i bondades, la mitad de las mitades. Es verdad que ha habido palo, perro i salteador.

En seguida contó el hecho tal como habia sucedido, i convidó a la Sierva a que entrase un momento a descansar. Siguió ésta con sus compañeras a la señora, quien la llevó a la cuadra endonde se hallaba Lucinda.

La hija de don Marcelino no pudo ménos de fijarse en la meticulosa gasmoñería de la llamada Sierva de Dios, quedando al mismo tiempo sumamente prendada de la simpática fisonomía de la sobrina.

Era tal el contraste que presentaban entrambas, que costaria trabajo creer que fuesen parientes o que vivian en familia, si no sucediese amenudo ver en el mismo hogar diversas fisonomías i caractéres diametralmente opuestos.

Miéntras la tia, con su cara enflaquecida i escuálida, los ojos fijos en el suelo, i casi sin movimiento en todo su cuerpo, parecia un palo vestido, la sobrina con su faz risueña, sus miradas chispeantes, su voz graciosa i atrayente i sus movimientos llenos de vida, se asemejaba a la lozana flor de mil colores, mecida por el zéfiro primaveral.

Encantada Lucinda por aquella injenuidad de semblante, no pudo resistir a los espontáneos impulsos de su corazon, i abrazándola cordialmente, la dijo:

—Antes de conocerla, ya era amiga de usted por lo que me habia dicho mi *sía* Manuelita.

—I yo tambien la queria a usted mucho, respondió sencillamen-

te la niña, pues el padre Hipocreítia nos habia contado su historia, i desde entónces tuve grandísimos deseos de conocer a usted.

La tia, que en aquel momento contaba a doña Manuela el milagro del Niño Dios; pero que no por eso dejaba de fijarse en lo que hablaba su sobrina, dijo, sin mirar a Lucinda:

—El santo padre Hipocreítia la ama a usted mucho, en el Señor; así es que nosotras no podemos dejar de quererla.

—Yo trataré de merecer ese afecto, que agradezco de corazon, correspondiendo a él del mismo modo, respondió Lucinda.

—¿Cómo no ha de merecer usted el afecto de todas las personas que oigan hablar de sus desgracias! esclamó la sobrina con adorable candidez. Seria preciso no tener corazon para...

—Nuestro corazon debe ser solamente de Dios, interrumpió sentenciosamente la tia.

—Déjela usted hablar; mire que me gusta mucho oirla, dijo Doña Manuela a la severa tia.

—Decia yo eso, prosiguió tímidamente la sobrina, porque apénas supe que la señorita se habia venido de Santiago siguiendo a su marido...

Al llegar aquí, la niña se interrumpió por un movimiento brusco que su tía hizo en la silla. En seguida continuó:

—Apénas supe eso, cuando empecé a quererla a usted como si fuese mi hermana. I cuando me dijeron que el caballero andaba en la guerra i lo habian herido, i usted no sabia si estaba vivo o muerto, entónces se me rodaron las lágrimas, sin quererlo, i me puse a llorar i a rezar por que el caballero volviese sano i salvo.

Lucinda, sin decir una palabra, abrazó a la cándida niña i la besó en la frente, miéntras la tia hacia mil movimientos de impaciencia sobre su silla.

—Nada tiene usted que agradecerme, prosiguió en voz mas baja la sobrina, porque ¿quién podrá mirar con indiferencia el dolor que usted sufre sin duda, al encontrarse aquí como atada i sin poder ir a prestarle a su esposo los cuidados que usted quisiera? Debe ser cosa mui dolorosa esto de verse una mujer así, de repente, separada de su marido...

—¿I quién te mete a tí hablar de esposos i de maridos i de cuidados i de amores mundanos? interrumpió la tia con irritado tono. No parece sino que hablaras por experiencia.

—Yo no hablo por experiencia, tia, sino por lo que me parece; i si hago mal, me callaré.

—No te calles, hijita, replicó doña Manuela. Sigue hablando, porque lo que dices es el evanjelio...

—Señora, interrumpió la tia; el Evanjelio es una cosa sagrada, i lo que está diciendo esta chiquilla.....

—Es tambien sagrado porque es la pura verdad, interrumpió vivamente la señora. Deje Ud. que la niña hable la verdad como ahora, para que sepa conducirse con su marido cuando se case.....

—Mi *sia* Manuelita, por Dios! esclamó la tia en voz baja ¿cómo se atreve Ud. a decir eso delante de oidos castos?

—Yo creia que no era pecado decir la palabra «casamiento» delante de una muchacha que, tarde o temprano.....

—Eso será respecto de las niñas del siglo; pero no de ésta que hemos criado para Dios.

—¿I acaso porque Ud. se la da a un buen marido, se la entrega a *calchilla?* preguntó doña Manuela en alta voz.

—Allá se va lo uno por lo otro, respondió la tia, no de mui buen humor.

Doña Manuela soltó una estrepitosa carcajada.

—Ah señora! esclamó la beata con solemne tono; si Ud. hubiera leido la Santa Bíblia, no se reiria!

—I ¿cree Ud., replicó doña Manuela, que yo necesito haber leido la Bíblia para decirle a Ud. la bíblia? Sí! buena era mi madre para que me dejara leer libros prohibidos! Dios sabe cómo me dió licencia para que aprendiese a leer i a firmarme, que es todo lo que sé, para servir a Ud. Pero volviendo a lo que hablábamos, le diré que yo no le entiendo a Ud. ni jota, pues no parece sino que Ud. no hubiera sido mujer jamás, en razon a que ignora que el gran negocio de toda mujer en este mundo es hallar un buen esposo; i por eso dice aquel refran, a modo de oracion: Dios mio, dame lo que te pido: -plata i un buen marido.....

—¿I quiere comparar Ud., señora, los maridos de la tierra con el Esposo celestial?

—El Señor dió a nuestra madre Eva un marido de la tierra, respondió riendo doña Manuela, i por eso es que todos nos inclinamos, cual mas cual ménos, a los maridos terrestres, que miéntras estemos en el mundo, dos llevan mejor la carga que uno solo, sin dejar por esto de amar a Dios, pues Dios no pide imposibles i se le puede servir en todos los estados, ménos aquel en el cual una mujer no está contenta; razon por la cual no me gusta que a una niña la forcen a tomar un estado para el cual no ha nacido, porque eso es ha-

cer morir de risa al diablo, como sucederia, por ejemplo, si obligasen a una chiquilla a meterse entre las cuatro paredes de un convento.

—Esa es la puerta del cielo, i la Bíblia dice.....

—Muchas puertas tiene entónces el cielo, i yo no sé cómo nos salvaremos las mujeres aquí en Molina, no teniendo ninguna puerta para entrar en el cielo.....

—Pero la Bíblia dice que el estado de castidad es el mas santo.

—Yo no digo lo contrario; pero contésteme ¿qué quiere Ud. que hagan los hombres, si todas las mujeres nos metemos en los monasterios para irnos al cielo? No les queda a los pobres otro recurso que meterse a frailes. ¡Mire qué mundo tan lindo no seria ese lleno de frailes i monjas! Nó, mi amiga, convénzase Ud. de que no todas las mujeres son nacidas para el monasterio; i yo sé mui bien que casi a todas ellas les gusta mas *de a dos en celda*, como dicen. ¿O le parece que yo no he sido muchacha para que me venga a contar cuentos? Mucho sabrá Ud., amiguita, en asuntos de salvacion; pero en los mundanos, creo que la gano a borneo de chicote.

—Entónces ¿Ud. no cree que hai vocaciones?

—A la muchacha que tenga vocacion verdadera, yo le echaré mi bendicion, i le diré que vaya a servir a Dios a donde Dios la llama; pero la que no tenga, que se quede en el mundo aun cuando ello sea para vestir santos, que vistiendo santos tambien se sirve al Señor; i si no, dígalo yo que tengo mi altar del Cármen en la parroquia, el cual no trocara por el mas puntiparado de la capital (no lo habia de decir yo). I aquí donde Ud. me ve, no crea que por mi gusto me he quedado para el oficio, sino que hasta ganas tuve de casarme, i bastante se empeñó mi madre; i si no se verificó, fué porque: -estado i mortaja, del cielo baja... I nó porque me faltaran pretendientes... pues a nadie le falta Dios en este mundo, sino porque los tales pretendientes eran tales, que yo dije: mas vale sola que mal acompañada, i el buei suelto, bien se lame.

No pudo dejar de reirse Lucinda al ver los aspavientos de la tia cuando escuchaba las palabras de la señora.

En aquel momento salió el padre Hipocreitía del cuarto del enfermo; i entrando en la cuadra, dijo a doña Manuela:

—Señora, el hombre está herido de gravedad i será menester llevarlo a la mision para curarlo.

—Pero ¿es caridad mover a ese pobre en el estado en que se ha-

lla? preguntó la señora. Aquí lo podemos curar, i aun puede venir el médico italiano, que yo lo pagaré.....

—Aquí se le puede curar de la enfermedad del cuerpo; pero nó de la del alma, interrumpió gravemente el jesuita. Es un pecador endurecido, i ahora está delirando.....

—Entónces debe habérsele metido el Malo dentro del cuerpo, dijo temblando la Sierva de Dios. Yo lo sé por experiencia.

—Jesus María! I quieren llevar a la casa otro *calchilla!* murmuró la *señá* Pechoñita, sentada en un estremo de la tarima de honor de doña Manuela... *Contimas* que ya no sabemos qué hacernos con el *calchilla* de mi *ñorita!*

—Vamos a verlo, dijo doña Manuela alzándose de su cojin.

—Nó, mi señora, nó! interrumpió el jesuita poniendo sus dos manos delante de la señora como para sujetarla. No vaya usted porque se espone a oir cosas horrendas de boca de aquel endurecido pecador.

—Ave María! esclamó la Sierva, santiguándose i levantándose para irse. Entónces ya debe estar condenado a penas eternas...

—Jesus! No diga usted eso! interrumpió vivamente doña Manuela.

—¡Qué no diga eso, cuando es de fe.....

A una seña del jesuita, calló la obediente Sierva como si le hubieran tapado la boca. Miéntras tanto doña Manuela decia:

—Cada cual con su fe, i Dios obre. Pero yo tengo para mí que es cosa dura esto de condenar a un cristiano a velas apagadas, por quita allá esas pajas. No parece sino que Dios nos hubiera echado al mundo para que nos condenásemos los unos a los otros.

Habria proseguido la señora si el padre no le hubiera cortado la palabra diciendo:

—De todos modos, señora, conviene llevarlo pronto. Está delirando, o tal vez es el demonio quien habla por su boca. Figúrense ustedes que se le ha metido en la cabeza que si ha venido con su jente a Molina, ha sido por mandanto de don Santiago Garduño!

—Jesus! esclamó doña Manuela. ¡Mi sobrino! ¿I puede creer su paternidad que el hijo de mi hermana.....

—Pero si yo no creo nada de eso, señora! interrumpió el jesuita. Se lo digo para que vea cómo estará su cabeza.

—I su alma tambien, agregó la Sierva de Dios.

—Tiene razon su paternidad, dijo doña Manuela. Lléveselo a la

mision para que lo curen allá, que miéntras el alma está en el cuerpo, no hai que perder la esperanza.

Salió el padre a dilijenciar la conduccion del enfermo, i la Sierva de Dios pensó en despedirse.

—Vamos, dijo a su sobrina, que ya se acerca la hora de arreglar el altar del Niño, para la distribucion de la novena cantada que le estamos siguiendo, a fin de que consiga con su Eterno Padre que dé fuerzas al gobierno para que venza i estirpe a la herejía. Adios, pues, mi *siá* Manuelita; que el Señor me la guarde muchos años. Ayúdenos a rogar por la causa del gobierno, que es la de Dios.

—No me meto yo en si Dios es gobiernista u opositor, dijo jovialmente doña Manuela, i solo deseo que se cumpla su santa voluntad.

—Pero su voluntad ha de ser el triunfo de la relijion i el vencimiento de los herejes, como dice el reverendo Hipocreitía...

—Mui santo será el padre, amiga mia; pero yo me estoi en lo dicho, pues solo el Señor sabe lo que es bueno, que nosotros, miserables gusanos, apénas podemos distinguir lo blanco de lo negro, i no siempre...

—Ah! señora! señora! esclamó la beata, herida en sus mas caras afecciones. ¿Cree usted que el padre puede engañarse? Acuérdese de esa falta de fe en la primera confesion que haga. I para que usted lo vea bien claro, yo le traeré la Sagrada Escritura esta noche, i leeremos el pasaje de la guerra de los judíos, que era el pueblo de Dios, con los Filisteos, pueblo de Satanas. Allí verá como la voluntad de Dios era que los Filisteos muriesen, i por eso envió a Sanson...

—¿I dónde está aquí Sanson i los Filisteos? preguntó doña Manuela, creyendo que la otra se habia vuelto loca.

—¿Pero no lo ve usted claro? Sanson es el jeneral Prieto; los Filisteos son los pipiolos herejes...

—¿Entónces los judios son los pelucones?

—Eso no se pregunta.

—Pues entónces, dijo la señora riendo a carcajadas, yo soi del partido de los Filisteos, pues no estoi ni estaré jamas con los que azotaron a Cristo. Adios, mi vida, prosiguió, correspondiendo al abrazo de despedida de la Beatita. Dios te me guarde, que no pierdo la esperanza de verte convertida en una dueña de casa hecha i derecha.

Miéntras tanto la Sierva de Dios, abrazando a Lucinda, decíale al oido:

—Tenga mucha fe, hijita, en los ministros del Señor, i verá como le va bien; yo me acordaré de usted en mi oracion mental de esta noche, que, aunque pecadora, tambien suele oirme su Divina Majestad, no agraviando lo presente.

Fuéronse las visitas; i al pasar la Sierva de Dios por enfrente del cuarto del enfermo, presentó el rosario que llevaba en la mano, como para parar los golpes que Satanas pudiera lanzarle desde adentro.

Pocos minutos despues, llegó el padre Hipocritía con dos ganapanes que llevaban una litera, en la cual metieron, mal de su grado, a Miguel Turra i se lo llevaron a la mision.

Iba el bandido rujiendo de dolor; i habria hablado a gritos, si el reverendo padre no le hubiera hecho la caritativa advertencia de que a la menor palabra que dijese, se le aplicaria una docena de disciplinazos en medio de la calle, para hacer callar al hablador i porfiado demonio que tenia dentro del cuerpo.

Doña Manuela, que habia oido la amenazante advertencia i visto como calló el bandido rechinando los dientes de cólera, dijo a Lucinda:

—Vaya, hijita ¡que hasta el mismo Satanas es prudente ante el látigo i sabe apearse en los malos pasos... Bien dicen que el miedo es cosa viva, i que el loco por la pena es cuerdo.

Tal vez se preguntará el curioso lector ¿por qué se empeñaba tanto el padre Hipocreitía en llevarse al enfermo? Hé aquí una cuestion importantísima que no hemos podido resolver a pesar de nuestros esfuerzos por encontrar los motivos que esplicaran el hecho. Pero es el caso, que el jesuita no era de los que dejan rastro, por los cuales se venga despues en cuenta, así de los motivos como de los fines de sus operaciones; i bien sabe Dios cuánto hemos tenido que rejistrar i revolver para esplicar lo que hasta aquí hemos relatado, i lo que (Dios mediante) contaremos hasta el fin de esta historia.

El discreto lector sabrá perdonarnos cuando le digamos francamente que, a fuer de concienzudos historiadores, mas bien queremos confesar nuestra ignorancia, que inventar causas, motivos i fines para fraguar esplicaciones antojadizas con notable detrimento de la verdad.

Hecha esta necesaria advertencia, proseguimos diciendo que, así

que hubo llegado el padre a la mision, hizo acostar al enfermo en la cama que se habia preparado en un cuarto retirado de la casa, i allí lo dejó con el presbítero O*, para que le suministrase las medicinas espirituales i corporales que necesitaba.

En seguida se fué al confesonario, endonde estuvo mas de dos horas ejerciendo su ministerio, i por fin, subió al púlpito para tronar contra los herejes i los impíos, concluyendo por pedir una estacion mayor por la victoria de la causa de la relijion, es decir, del gobierno de Santiago i de sus partidarios.

Concluida la distribucion, se fué a su cuarto. Ya era mui entrada la noche, i pidió su cena, que inmediatamente le fué servida. Cenó con apetito; i habiendo dicho el alabado i el responso a las ánimas, el incansable fraile se puso a escribir una larga carta para Garduño. Estaba ésta al terminarse, cuando sintió dos golpecitos en la puerta, con estas palabras dichas a media voz:

—*Deo gratias*!

—Por siempre! respondió el padre, levantándose i quitando la gruesa tranca con que aseguraba siempre la puerta cuando se ponia a trabajar en su cuarto.

—Amigo don Santiago, dijo, volviendo a trancar la puerta; si usted hubiese llegado ántes, me habria ahorrado el escribir esta larga carta.

—Es para mí? preguntó Garduño tomando la carta en sus manos.

—Para usted, respondió el padre; i ya que ha llegado a tiempo (pues me ha ahorrado siquiera el trabajo de cerrarla) pase la vista por ella, miéntras que yo pongo en órden estas notas.

Al mismo tiempo que hablaba, hojeaba un librito de memorias que tenia en las manos.

Garduño leyó:

Mi querido amigo:

Permítame decirle cuán imprudente ha sido usted en comisionar a un hombre como Miguel Turra.....

—Ah! esclamó Garduño palideciendo, ¿por acaso ese bribon ha venido a decir aquí, que yo.....

—Siga leyendo, respondió el fraile con voz glacial, sin dejar de hojear en su librito de memorias.

Garduño, dominándose un tanto, prosiguió:

....Como Miguel Turra para capturar al sirviente de Lucinda...

—Pero, padre, por Dios! volvió a decir Garduño, dígame ¿qué es

lo que ha sucedido? Yo acabo de llegar, i no sé si Miguel Turra u otro de su laya habrá venido a calumniarme.....

—Hablemos claro, amigo mio, le interrumpió el jesuita clavando en él sus ojitos grices. Entre jentes como nosotros debe hablarse la verdad: lo demas es perder el tiempo, i el tiempo vale plata. ¿Por qué no me impuso usted de su proyecto?

—Pero ¿qué proyecto, señor? preguntó Santiago, manifestando la mayor admiracion.

—Este hombre seria capaz de engañarme si yo no fuese un jesuita, refunfuñó el fraile. Vale la pena el tratar con él. Oigame, amigo mio, prosiguió en voz alta.... Usted ha querido separar a Lucinda de su sirviente ¿por qué no me consultó su idea?

—¿I la habria aprobado su paternidad?

—Sí, pero con tal de no inferir ningun daño a la hija de mi antiguo amigo.

—Estoi mui léjos de eso, padre mio; i si mandé prender a Pedro despues de haberle dado libertad en el Lircai, fué porque temí que Lucinda, viéndose con su valiente i fiel criado, quisiera marcharse a la capital. No puedo ocultarle mis deseos de que ella permanezca en casa de mi tia.

—Eso nada tiene de malo, con tal que los fines de usted sean honestos respecto de Lucinda.

El oficial relató entónces la manera como habia atrapado a Pedro, valiéndose de mendigos reales i ficticios, entre los cuales se habia metido él en persona. Al mismo tiempo dijo que, por medio de los pordioseros, habia obtenido noticias importantísimas sobre el estado de los negocios en Talca.

Oíalo el padre con notable atencion, i mas de una vez se le vino al pensamiento de que el oficial habia nacido para jesuita.

—Mi objeto al dar libertad a Pedro, prosiguió Garduño, fué hacer ver a Lucinda mis deseos de serla útil. Pero al mismo tiempo, temiendo que Pedro la arrastrase a Santiago, comisioné a Miguel Turra para que con seis u ocho de los suyos, viniese a tomarlo preso. A esta hora deben tenerlo guardado en el rancho de un antiguo sirviente de mi tia.....

—Así debe ser, interrumpió el padre, porque los facinerosos se llevaron a Pedro; pero el jefe ha quedado aquí.

—Miguel? Cómo lo sabe su paternidad?

El padre contestó a esta pregunta, narrando todos los sucesos de la tarde. A cada cosa que decia el jesuita, interrumpia el oficial:

—Pícaro! Cuando le encargué tanto que diese el golpe con la mayor prudencia!

—La prudencia es jénero raro entre los hombres, dijo sentenciosamente el fraile.

—Por fortuna, agregó al fin Garduño, ni Lucinda ni mi tia han sufrido; i por lo que su paternidad me cuenta, han respetado la mision.

—Ahora necesito que usted me diga ¿qué es lo que piensa hacer con el asistente del marido de Lucinda?

—Voi a decírselo a su paternidad, respondió Garduño bajando la voz.

Pero lo que en seguida dijo el enamorado oficial, no ha podido aún descubrirse por los biógrafos; i esta es otra laguna que en esta historia quedará hasta que historiadores mas felices que nosotros, no den con la verdad sobre tan delicadísima materia.

——:o:——

CAPITULO LIII.

ANGUSTIAS.

«Cuando ya Tuppper habia entregado su espada, llegó un oficial de innoble memoria, i dió a los soldados la voz brutal de: «*Hachen, muchachos!*» señalando a los prisioneros; i como los soldados hirieran a Amunátegui, gritóles el asesino: «*A ese nó: al gringo!*»

B. V. Mackenna. *(Biog. de Tupper.)*

El dia siguiente al de los sucesos referidos, fué de gran ajitacion en la Villa de Molina.

Un caballero llegado en la mañana, que parecia venir huyendo de la temida catástrofe, aseguraba que el jeneral Prieto habia movido sus tropas para empeñar de una vez la batalla, i que, si Freire no tenia miedo i dejaba sus ventajosas posiciones, en pocas horas mas se haria el desenlace de la jornada.

Esta noticia exaltó los ánimos de todos los moradores, a muchos de los cuales se habia hecho creer que Freire tenia en su ejército una gran partida de Araucanos, i que si salia vencedor, derrama-

ria sus Indios por aquellas indefensas comarcas, entregándolas al pillaje i a la devastacion.

El miedo a los *malones*, profetizados varias veces, habia reunido en la Villa un gran número de habitantes campestres, lo cual, dejando indefensas muchas habitaciones rurales, multiplicó los robos i salteos, haciendo al mismo tiempo encarecer los artículos mas necesarios para la vida. A tales causas de comun intranquilidad, se agregaba la angustia particular de cien madres, esposas, hermanas e hijas que temblaban por la suerte de sus deudos, en la fratricida lucha.

A cada rato llegaban noticias del sur, tanto mas creidas por unos u otros de los diversos partidos cuanto mas contradictorias eran; i esto, léjos de tranquilizar, exaltaba e irritaba los ánimos, ahondando mas i mas el abismo que se habia abierto entre ambos partidos. Los unos a nombre de la Constitucion que defendian, i los otros a nombre de la constitucion i de la relijion que aparentaban defender, se echaban mutuamente en cara los actuales sufrimientos de la patria.

Tal era el estado de los espíritus en la Villa (que no por ser pequeña dejaba de contener jentes animadas de los mismos afectos, pasiones, deseos i aspiraciones que suelen fermentar en las grandes ciudades), cuando amaneció el dia 17 de Abril de 1830.

Aquella mañana estaba nublada; pero bien pronto apareció el sol, que deshaciendo las nubes que lo entoldaban, se alzó radiante sobre el horizonte, inundando de luz los campos pordonde corre el Lircai, ántes de echar sus aguas en el Rio Claro, campos que habian de ser por segunda vez tan fatales a la causa de la democracia chilena.

Veintidos años ántes, se habian encontrado allí dos ejércitos: representantes, el uno de la monarquía i el otro de la república; i hoi estaban a punto de venir a las manos otros dos ejércitos, que sostenian tambien sendos principios; el uno en contra i el otro a favor de la lei i de la libertad. Verdad que el tiempo se ha encargado de demostrar durante cuarenta años de experiencia i de ruda enseñanza.

En aquel entónces, el triúnfo fué de la monarquía; i ahora lo habia de ser tambien de los representantes de la idea monárquica, disfrazada bajo el manto republicano.

Un descuido de San Martin dió la victoria a los Españoles que supieron aprovecharse de la sorpresa del ejército patriota; i la des-

medida confianza de Freire iba a dar la victoria al español Dorriga, quien, despues de alimentar esa confianza, supo aprovecharse tan bien de ella. Ossorio i Ordoñes vinieron a librar a Chile del terrible azote de los insurjentes: Prieto i Dorriga iban a librar a Chile del terrible azote de los pipiolos. Tan facinerosos fueron los patriotas para los españoles i sus amigos, como llegaron a serlo los liberales para los pelucones i sus partidarios. Los españoles de entónces pugnaron por su rei, a nombre de Dios i de la relijion; los pelucones luchaban por su partido, a nombre de Dios i de la relijion. Los pelucones, así como los españoles de antaño, se decian tambien animados por el mas acendrado patriotismo, i llamaban a sus enemigos los enemigos de la patria. Unos i otros persiguieron sin compasion a sus contrarios como a eternos perturbadores del órden social: porque, tanto los españoles realistas como los pelucones monarquistas, hacian consistir el órden social en su dominacion, i la tranquilidad pública en el anonadamiento del pueblo. El rei de España gobernó sin acordarse para nada del pueblo chileno; el partido pelucon ha gobernado como haciendo abstraccion de la voluntad del país. I sin embargo, éste i aquél se han decretado coronas cívicas. El gobierno del rei era tan personal, que alcanzó a serlo mas (pero solo un poco mas) que el del partido reaccionario. La voluntad del rei era la lei, allá en lo antiguo: acá, los pelucones dictaron una constitucion para imponer siempre su voluntad. I los chilenos llegaron a ser tan sumisos como los españoles de la colonia. Todos los que no eran del rei estaban fuera de la lei para los españoles: todos los que no eran del partido, llegaron a estar fuera de la lei para los pelucones. El clero español lanzó terribles anatemas contra los patriotas, i el clero pelucon tronó sin cesar contra los liberales. Las puertas del cielo se han visto cerradas para insurjentes i pipiolos.

Perdónenos el benigno lector este paralelo en gracia de que, pudiendo alargarlo cuatro veces mas, no lo hacemos, i solo apuntaremos, por último, la circunstancia notable de que, ocupando Freire sus posiciones del sur, cerca de la ciudad, i Prieto las del norte, cerca del rio, vino a empeñarse la batalla despues de un completo cambio de posiciones entre ambos ejércitos, hallándose los pelucones hácia el mismo viento que los realistas de 1818, i los liberales hácia el viento contrario, ocupado por los insurjentes de San Martin.

Nuestros amigos de Molina esperaban de un momento a otro noticias sobre el encuentro de ambos ejércitos.

A cada instante llegaban diversas jentes del sur, cuyas exajeradas, i a veces contradictorias aseveraciones, aumentaban la intranquilidad de la villa. Lucinda habia recibido en la mañana la siguiente carta:

Adorada mia:

Sé que estás en Molina. Mi buen amigo G*, (el que tú sabes) me lo ha contado todo. Gracias, vida mia!... Ya que no puedo correr a abrazarte, te escribo para decirte que estoi bueno. Ambos ejércitos están para venir a las manos. Si la suerte me es adversa, moriré siquiera sin el gran desconsuelo de dejarte sola en una ciudad extraña, i espuesta a sufrir quién sabe qué clase de insultos de parte de esos malvados. Nuestro amigo G*, (que a pesar de estar aparentemente con ellos, es de los nuestros) me ha prometido servirte...

Aquí la carta tenia casi renglon i medio borrados; i luego concluia:

No puedo estenderme mas por ahora. El tiempo urje, i están tocando llamada.

Tu esposo

—Esta carta no es de Anselmo! esclamó Lucinda. Mi corazon me lo dice.

En seguida, llamando al hombre que habia traido la esquela, preguntóle:

—¿Quién le entregó a usted esta carta para que la trajese aquí?

—Un oficial, señorita, respondió el interpelado; i por mas señas, que me pagó mui bien, haciéndome jurar que no le cobraria nada a su merced. Pero me dijo que entregase la carta en mano propia de doña Lucinda de Rójas, i ademas me dijo que le advirtiera a su merced, que la carta no venia escrita de su puño i letra de él, ni se nombraba en ella a ninguna persona, porque los tiempos están mui peligrosos.

Lucinda quedó sumamente perpleja con esta contestacion, pues, atendiendo al estilo de la carta, no podia creer que Anselmo la hubiese escrito. Sin embargo, se resolvió a esperar el resultado de los

acontecimientos, poniendo su corazon i su confianza en Dios, apoyo necesario de la debilidad humana en las tribulaciones de la vida.

Durante media hora permaneció sentada en el estrado de doña Manuela, que andaba ocupada en sus quehaceres cotidianos.

Serian cerca de las diez de la mañana, cuando, sintiendo bulla en la calle, se asomó por la ventana que daba a la plaza, i vió que las jentes iban i venian con inusitada animacion. Iba a salir para inquirir la causa de aquel movimiento, cuando entró doña Manuela diciendo con gran exaltacion:

—Ya están! hijita! Ya están peleando! Animas benditas del purgatorio!

—¿Quién ha traido la noticia? preguntó Lucinda palideciendo.

—El viento sur, respondió doña Manuela. La noticia ha llegado traida por el viento sur. ¿No oyes los cañonazos?... Mira cómo está la plaza llena de jente!

Dicho esto, salió a la plaza, i siguióla Lucinda sin saber lo que hacia. Allí encontraron diversos grupos de jentes que hablaban, disputaban o callaban, poniendo el oido como para percibir algun ruido lejano.

Lucinda se puso tambien a escuchar, i sintió como los demas, el sordo ruido del cañon que la hizo estremecer.

—¡Cuántos habrán muerto, hijita! esclamaba doña Manuela. ¡Animas benditas del purgatorio!

Los cañonazos siguieron sintiéndose a intérvalos; i aunque mui apagados por la distancia, resonaban lo suficiente para ajitar dolorosamente el corazon de Lucinda, quien, con las lágrimas en los ojos, nada decia i solo miraba al cielo.

—Vámonos de aquí, hijita, le dijo doña Manuela: vámonos a rezar para las benditas ánimas.... Válgame Dios! ¡Cuántos no habrá allí en pecado mortal! Si se confesaría Santiago ántes de entrar en la pelea? Harto se lo dije, porque yo sé lo que son los mozos del dia, que tan en poco miran el asunto de la salvacion, cuando es cierto que solo se gana el cielo miéntras dura el resuello, i que una vez no mas se muere el cristiano. Madre i Señora mia del Cármen! Acuérdate de que yo, con estas manos con que cuido i limpio tu altar todos los miércoles, le puse al cuello tu santo escapulario para que lo librases de las balas! Juana! Mulata! prosiguió, llamando a sus criadas: dejen todo eso como está, i vengan a rezar, que despues haremos medio dia como podamos.

I en seguida la señora púsose con su familia a rezar el trisajio,

al cual le agregó una corona o rosario completo de quince casas; i luego siguieron los dolores i gozos de la Vírjen, los de San José, la novena de las ánimas, las *llagas* de San Francisco, una estacion mayor, tres Credos, média docena de Salves, i una multitud de oraciones mas o ménos largas.

Concluido el rezo, se fueron a la mesa; pero apénas habian principiado a comer, cuando les llamó la atencion un canto relijioso que se dejaba sentir en la calle.

—Concluyamos de comer pronto, dijo doña Manuela, para ir a ver qué es eso. Parecen letanías cantadas. Juana, prosiguió, dirijiéndose a su criada; dile a la Mulata i al Chino que masquen i traguen pronto, para que salgamos a acompañar la procesion, pues esto debe ser i no otra cosa; i en asuntos relijiosos, nadie debe andar moroso. Eso es, i pronto han de pasar por enfrente de la ventana... ¡Animas benditas de mi corazon!... Hinquémonos, Lucinda, porque como dicen: a Dios en oyendo, i al rei en viendo.

Arrodillóse la señora, i se puso a murmurar Padrenuestros i Avemarías, interrumpiéndose a cada rato para entremezclar sus oraciones con los dichos i refranes que ella acostumbraba, cualesquiera que fueren las circunstancias en que se encontrase. Por fin, vinieron las criadas; i saliendo todos a la plaza, incorporáronse en la procesion.

Era ésta, en efecto, una rogativa a los santos para que intercediesen con el Dios de los ejércitos, a fin de que el cielo concediera la victoria a las armas del gobierno, armas defensoras de la relijion i del órden.

Precedia la ceremonia el padre Hipocreitía, con el presbítero O.* a su derecha, i el cura párroco a su izquierda. En pos de ellos, marchaban en dos filas los principales caballeros de la Villa, con sendas velas en las manos, i luego seguia el pueblo formando una cola de hombres i mujeres revueltos, que se estendia mas de tres cuadras.

La procesion dió vuelta por el contorno de la plaza, i entró en la iglesia parroquial, endonde se dirijió una plegaria a Nuestra Señora del Cármen, patrona de las armas chilenas (pues al hacernos independientes de la España, era natural i justo que elijiéramos en la corte celestial otro santo que el Señor Santiago, para que tomase cartas en nuestras disensiones con moros i cristianos); i concluida que fué la devotísima plegaria, encaminóse todo el convoi hácia la mision, punto dedonde habia salido. Allí hubo Credos, Padre-

nuestros i Salves, i luego oracion mental, con la divina Majestad expuesta i el altar iluminado. Por último, el presbítero O.* subió al púlpito; i en un sermon dividido en siete puntos (fuera de la peroracion, del exordio i de la salutacion a la Vírjen), probó, con grandísima cantidad de testos latinos, qué los chilenos eran católicos, pues provenian de un país tan católico como la España; que fuera del catolicismo no habia salvacion posible; que el gobierno de los pipiolos habia puesto en peligro la relijion, protejiendo a los estranjeros i quitando sus bienes a la Santa Iglesia, para emplearlos en objetos mundanos; i que, en consecuencia de lo dicho, i segun el parecer de los Santos Padres, todos los chilenos estaban obligados, bajo pena de pecado mortal, a combatir por todos los medios posibles a los pipiolos, hasta estirpar el pipiolismo en Chile.

Concluida la distribucion, acercóse la *Sierva de Dios* a doña Manuela; i saludándola afablemente, así como a Lucinda, convidólas a descanzar. Aceptaron las invitadas, pues bien lo habian menester; i siguiendo a la *Sierva*, entraron a un cuarto contíguo al de la *Médica Santa*, cuyas paredes estaban cubiertas de estampas benditas. En seguida entró la beatita, que fué mui bien recibida por doña Manuela i Lucinda, i todas cuatro se pusieron a platicar sobre los sucesos que las preocupaban, concluyendo la Sierva de Dios con decir que en la noche anterior habia tenido, en sueños, una revelacion por la cual podia asegurarse el triunfo de Dios i de la relijion, en los llanos del Lircai.

En esto estaban, cuando sintieron que álguien entraba con espuelas al patio de la casa, i salieron a ver quién venia.

—¡Es Pedro! esclamó Lucinda, reconociendo a su leal sirviente. ¡Ya estás libre!

—Sí, señorita, respondió Pedro, marchando aceleradamente hácia su señora.

—¡Gracias a Dios! esclamó doña Manuela.

—Diga tambien «i a la Vírjen», le apuntó en voz baja la Sierva de Dios.

—Calla la boca! (esclamó medio enfadada doña Manuela), que sin Dios no habria Vírjen; i estando bien con Dios, los Santos son inquilinos!

I despues volvió en sí, como arrepentida, i murmuró:

—Madre i Señora mia del Cármen! Perdóname si he dicho una herejía; pero esta Sierva de Dios es capaz de hacerme decir barbaridades con sus cosas que tiene!

—¿I cómo te libraste de ellos? preguntaba Lucinda a Pedro: Dime ¿qué sabes de Talca?

—En primer lugar, respondió Pedro, me libré de los salteadores por permision de Dios...

—I de la Vírjen, interrumpió la Sierva.

—Eso es, prosiguió Pedro, i de la Vírjen de Mercedes, de quien soi tan devoto!... Me llevaron maniatado a donde llaman la Rinconada de los Gutierres...

—Es decir, de los *ladrones*, interrumpió doña Manuela, pues allí saben robar hasta los niños de pecho.

—Así debe ser, prosiguió Pedro, pues los salteadores encontraron allí muchos conocidos i amigos. Metiéronme en un rancho, i en él estuve hasta esta mañana al venir el dia, hora en que una patrulla de veteranos, mandada por don Santisgo Garduño, me libertó como por milagro...

—I dicen que mi sobrino es hereje! esclamó doña Manuela, dando una palmada de gozo... ¿I después?

—Despues me hizo llevar don Garduño a la casita de un hombre que vive al otro lado del portezuelo de Pulmudon.

—¿Se llama Ambrosio Cornejo, ese hombre? preguntó doña Manuela.

—No le sabré decir, respondió Pedro, porque el hombre no estaba allí ni he averiguado cómo se llama.

—Pues ese debe ser, repuso la señora. ¿I por qué no lo envió aquí?

—Me dijo que era preciso que me quedase allá, i yo le obedecí, pues me habia librado de la muerte por tercera vez. Ahora soi capaz de dejarme fusilar por él. Yo no ví mas a don Garduño, porque se fué para Talca; pero esta tarde, al entrarse el sol, llegó a la casita con el caballo bañado en sudor, i me dijo ántes de apearse:—Pedro, ya sabes que te he librado la vida tres veces. Ahora es menester que hagas lo que te digo.... Mande, señor, i obedeceré, le respondí yo.... El me dijo entónces: Yo vengo huyendo, pues ha vencido Prieto i han descubierto mi traicion...

—Jesus! esclamó doña Manuela ¿qué traicion es esa?

—I Anselmo? preguntó Lucinda.

—Loado sea Dios! esclamó la Sierva. Mi revelacion ha salido cierta.

—Mi capitan está vivo, señorita, prosiguió Pedro, porque don Garduño me dijo: Vengo con Anselmo Guzman, el cual no ha po-

dido llegar conmigo, porque viene herido... No se asuste, señorita, por Dios, que la herida no es nada. En fin, don Garduño me dijo despues: es preciso que vayas al momento a Molina, i le digas a Lucinda que Anselmo quiere verla ántes de morir, porque viene mal herido...

—I no me lo decias! interrumpió Lucinda. Un caballo, Pedro! un caballo! Vamos al momento!

En vano le hicieron presente a Lucinda los peligros a que se esponia, porque a pesar de todo, quiso ponerse en camino en el mismo instante.

Afortunadamente la noche estaba clara; i Pedro habia venido acompañado de tres soldados, que podian servir de custodia. Ademas habian traido, por encargo de Garduño, un caballo mui manso para Lucinda: así fué que habiéndose pedido prestado un sillon de montar, pudo la esposa de Anselmo ponerse en camino, ántes de tres cuartos de hora, i cuando la luna se habia elevado sobre el horizonte.

—Dios te guie por buen camino! esclamó doña Manuela, al despedirse de ella. Si yo pudiera marchar tan lijero como tú habrás de irte, te acompañaría, porque a mí me gustan mucho las mujeres que quieren a sus maridos... Mire usted! prosiguió, dirijiéndose a la Sierva de Dios i señalando a Lucinda, que partia azotando enérjicamente a su caballo: mire usted, amigaza! Eso es lo que se llama servir a Dios!

La Sierva, al oir esto, se cubrió los ojos con ambas manos i ordenó a la Beatita que se retirase de allí.

Iba a retirarse doña Manuela, pues ya era hora de cenar, cuando fué detenida por la llegada de otra persona. Era Nicolás Peñaloza, el hermano de las Niñas i padre de la Beatita, que venia del campo de batalla. Habia corrido mas de doce leguas sin descansar, por poder decir, ántes que otro alguno: *regocijaos; hemos vencido*! Pero mas feliz que el griego (que cayó muerto al pronunciar estas palabras), Nicolás Peñaloza pidió que le dieran de comer i de beber, pues juraba que jamás habia tenido una hambre i una sed como aquellas. Trajéronle de lo uno i de lo otro; i miéntras comia, contaba el caso de la batalla al padre Hipocreítia, a doña Manuela i a varias otras personas que habian ocurrido a saber noticias.

—Chambonada mas grande que la que Freire ha hecho hoi, no la ha cometido alma nacida, dijo Nicolás, echándose una tajada de

carne asada a la boca. No parece sino que se hubiera vuelto loco para darnos la victoria...

—Todo eso sucede por permision de Dios, interrumpió la *Sierva*, pues su Divina Majestad, para castigar a los enemigos de la relijion, les quita el juicio, como lo hizo con Nabucodonosor...

—Déjate de Nabucodonosor, hermana; i dáme de aquella chichita de las damajuanas, porque la sed que ahora traigo es de chicha, i no de mosto, dijo Nicolás. Figúrense ustedes, prosiguió, que Freire, no trayendo caballería, i sabiendo que nosotros teníamos buenos escuadrones, tuvo la ocurrencia de dejar el campo quebrado cerca de la ciudad que lo favorecia, para venir a torearnos al llano de Cancha Rayada, endonde nuestra bien equipada caballería podia hacer de las suyas. Prieto dijo entónces: «aquí es la mia»; i echando de sopeton sus escuadrones entre la cuidad i los pipiolos, les cortó la retirada. Los pipiolos herejes tuvieron que sufrir dos ataques a un tiempo, el de nuestra infantería que los atacó de frente, i el de nuestra caballería que les dió una carga por el flanco derecho. Eran como las once de la mañana; i a las doce, se habia ya enredado la pita de tal modo, que no la desenredaria el mismo diablo...

—Nicolás! interrumpió la Sierva de Dios, con acento de reproche.

—Vaya pues! exclamó Nicolás, no diré diablo, aunque un soldado tiene derecho para decir eso i mucho mas. Lo cierto del caso fué que en aquel momento no quedó títere con cabeza. Ellos se defendian desesperadamente; pero el Señor de los ejércitos (como dice mi hermana) estaba de nuestra parte. A la tercera carga de nuestros escuadrones, la caballería enemiga fué puesta en desórden por los mismos indios (que una vez que vuelven las espaldas no los sujeta el mismo *Dia...cho*), i tuvo que replegarse sobre el rio, en el bajo de las Pulgas.... Miéntras tanto, las dos infanterías cruzaban sus fuegos un poco mas al oriente; i allí me encontraba yo, con mi jefe Garduño. Qué hombre! Ha hecho prodijios de valor; pero despues contaré esto... No se puede negar tampoco que los pipiolos se han portado valerosamente; i hubo un instante en que el maldito Tupper casi nos arrolló; pero en esos momentos, Freire, con su caballería, se echaba dentro del rio Lircai, i huia a todo escape, lo cual permitió a una parte de nuestros escuadrones atacar la infantería enemiga. Nosotros nos rehicimos, i cargamos a la bayoneta sobre el flanco derecho del enemigo, miéntras nuestra artillería hacia

pedazos su flanco izquierdo. ¡Aquí sí que fué lo bueno! Su caballería estaba derrotada, su artillería apénas podia moverse, pues llevaban las cureñas tiradas por bueyes, i su infantería se encontró entre dos fuegos. ¡Qué diablos nos habian de resistir...! ¡Ya fuí a decir diablo otra vez...! Desde entónces, el campo fué nuestro; i como a las tres de la tarde, ya no habia mas que hacer sino *dar hacha i hacha!* por manera que cayeron pipiolos como moscas. Yo habia perdido de vista a mi capitan Garduño; i empecé a buscarlo, cuando me encontré con cuatro hombres que llevaban preso al hereje Tupper con otro mas. Entónces ví aparecer de repente a mi capitan acompañado de diez soldados gritando: al hereje! al gringo! Los soldados se echaron sobre el otro; pero yo, que conocia a Tupper, fuí el primero en darle un hachazo en la cabeza. Los demas compañeros acabaron la *santa obra* de matar al condenado, pues yo tuve que obedecer a la voz de mi capitan que me ordenó seguirlo, con otros tres soldados mas. Era que mi capitan queria atrapar a un oficialito que iba arrancando por la orilla del rio abajo. ¡Es un hereje descomulgado! nos dijo don Santiago; i el que lo mate gana cuarenta dias de induljencias, i una onza de yapa. Lo alcanzamos en el pedregal del rio, i en un dos por tres lo trajimos a tierra. Despues supe que el oficial se llamaba Anselmo Guzman.

—Jesus, María i José! exclamó doña Manuela. ¿Está usted seguro de lo que dice?

—¿Pues no he de estarlo, señora? El filisteo (como dice mi hermana) iba en un caballo rosillo-moro, que era la seña que le habian dado a mi capitan para encontrarlo. Yo mismo me apeé, no solo para cerciorarme de si estaba muerto, sino para quitarle al cadáver un cinturon con seis onzas, de las cuales, tres he dejado para mí i estas otras tres se las ofrecí al momento al Niño Dios de mi hermana, como su devoto que soi.

I al mismo tiempo que así hablaba, sacaba del bolsillo tres onzas de oro, que entregó a la Sierva de Dios, diciéndole:

—Toma, hermana mia, i pónsela en su urnita al bendito Niño para pagarle el milagro de librarme de las balas piopiolas, que hoi ha hecho conmigo.

Doña Manuela no tuvo paciencia para seguir oyendo a Nicolás todas las peripecias del combate. Despidióse friamente de los circunstantes, i se retiró a su casa.

—No es posible! (repetia en el camino) no puede ser eso! mi so-

brino es incapaz de cometer tal crímen, matando a la misma persona que llevaba encargo de protejer.

La pobre señora se puso a llorar en cuanto llegó a su casa. Por una parte, la falta de Lucinda, i por otra, la narracion de Nicolás Peñaloza, habíanla afectado lo bastante para no poder cenar a gusto.

Despues de cenar se puso a rezar con sus criadas, hasta que éstas, rendidas de fatiga, cayeron dormidas sobre el suelo.

Admirada doña Manuela de la poca caridad de aquellas mujeres, que se dormian, habiendo muerto tantos cristianos ese dia en Lircai, se fué a la cama, endonde su intranquilidad apénas la dejó dormir unos pocos momentos.

Al amanecer despertó sobresaltada, oyendo en el patio ruido de caballos i de espuelas. Vistióse apresuradamente, i, saliendo a ver lo que pasaba, encontróse con un oficial de desembarazado continente, que le preguntó:

—¿Es la señora doña Manuela Villagran a quien tengo el honor de hablar?

—Una servidora de usted, caballero, ¿qué se le ofrecia a usted?

—Ruégole a usted que me dispense el haberla venido a molestar tan temprano; pero hai mil ocasiones en que la necesidad.....

—Sí, ya sé, interrumpió la señora, que la necesidad tiene siempre cara de hereje. I ¿para qué me necesita usted?

—Necesito hablar con Lucinda de Rójas, que segun me han dicho, se encuentra en esta casa, respondió el oficial.

—Ah! esclamó doña Manuela; ahora no está aquí Lucinda.... Pero ¿quién es usted?

—Mi nombre es José; pero me llaman Pepe Tronera, respondió el otro. Soi íntimo amigo del marido de Lucinda.

—¿Vive don Anselmo? preguntó la señora.

—Sí vive, respondió Pepe; i me ha encargado traerle esta carta a Lucinda.....

—Gracias a Dios! esclamó la señora, respirando con mas descanso. Pero es el caso que Lucinda se ha separado anoche de nosotras.

En seguida contó a Pepe todos los sucesos que tenian relacion con la intempestiva ida de Lucinda, agregando lo que habia dicho Nicolás sobre la muerte de Anselmo, i concluyendo con decir que daba gracias a Dios de que todo aquello fuera mentira.

—Desgraciadamente, dijo Pepe, hai algo de verdad en todo eso, pues.....

—Mui bien puede ser, interrumpió la señora, porque siempre la mentira es hija de algo.

—Ahora es menester que yo hable cuanto ántes con Lucinda, prosiguió Tronera. ¿Podria usted proporcionarme un baqueano? Yo no puedo dejarme ver mucho, porque soi liberal.

—Pero cuénteme usted.....

—No podemos perder tiempo, señora. Sepa solamente que Lucinda corre gran peligro; i si el que le ha tendido ese lazo (que ahora comprendo), no fuera un pariente de usted, diria yo que ese hombre es el mayor bribon que pisa la tierra.

—Quién? Mi sobrino? Entónces usted cree.....

—Creo lo que he visto, señora, i adivino el resto. No me desdigo de lo dicho; i para que vea que tengo razon, le diré que don Santiago Garduño ha mandado asesinar a Anselmo...

—Ah! esclamó la señora, ¡con que es verdad!... ¡Vírjen del Carmelo!

—Por fortuna Anselmo se escapó, por no haber alojado en el rancho endonde pensábamos hacer noche cuando nos vinimos de Constitucion. Yo no me separé de Anselmo en toda la batalla. Cuando cada cual huia por su lado, me mataron mi caballo de un balazo. Mi amigo me convidó entónces a montar en las ancas del suyo; pero viendo yo que el caballo no podia correr con los dos, le dije que huyese solo, i yo me metí por entre un tupido *chilcal*. Entónces Anselmo se apeó, i dejó ir su caballo a la ventura, diciéndome que preferia correr mi misma suerte.

—Tan jeneroso i bueno como Lucinda! esclamó doña Manuela. Bien haya quien a lo suyo se parece! I despues?

En seguida vimos por entre las *chilcas* que otro oficial, montado en el caballo de Anselmo, era perseguido de cerca por tres o cuatro enemigos. Es el mismo! gritaba Garduño (que iba a la cabeza de los perseguidores) *¡hachen*, muchachos, sin misericordia! Lo conozco por el caballo rosillo-moro!

—No me diga usted mas, interrumpió doña Manuela llorando. Ahora lo comprendo todo. ¡El hijo de mi buena hermana! Bien dicen que la gallina negra pone huevos blancos, i que ni los dedos de las manos son iguales!

—Por consiguiente, agregó Tronera, Pedro ha sido engañado; i temo mucho que su sobrino no se haya valido de él como de un anzuelo para arrancar a Lucinda del lado de usted.

La señora no contestó una sola palabra; i con el dedo índice sobre

la frente i la mirada vaga en el espacio, parecia reflexionar. Estaba pálida; pero enrojeciéndose repentinamente su semblante, i dando una patada en el suelo, exclamó:

—Es menester que yo vaya! Quien no se arriesga no pasa el rio.

—¿Qué dice usted?

—Que yo seré el baqueano que habrá de llevarlo a usted al lugar endonde está Lucinda. Conozco la casa: es de un antiguo sirviente del padre de mi sobrino. Yo, aunque vieja, puedo andar a caballo. Ojalá lleguemos a tiempo. Dios mio! El hijo de mi hermana, a quien he criado en mis brazos! Pero, ai! de él, si es verdad lo que usted me ha contado! Mas valiera no haber nacido, porque yo le aseguro a usted que nos han de oir los sordos!

——:o:——

CAPITULO LIV.

LUCINDA I GARDUÑO.

«Se hallaba a merced de un hombre, en un sitio apartado... La vehemencia de su pasion la habia conducido ahí, sin calcular los peligros a que podia esponerse.

(V. MURILLO.—*Una víctima del honor.*)

Como hemos dicho anteriormente, Lucinda, acompañada de su fiel asistente i de cuatro o cinco soldados de caballería, salió de Molina cuando ya habia entrado la noche, circunstancia que habria puesto temor en otro espíritu que en el de una mujer apasionada como ella. Nada intimidaba a la valerosa niña, i marchaba sin acordarse de los peligros que el camino ofrecia, como si en su espíritu, lleno de esperanzas i de deseos de ver al objeto de su cariño, no pudiese tener cabida ningun sentimiento indigno de su amor.

La comitiva, precedida un baqueano (que los accidentes del terreno hacian indispensable), se dirijió hácia el poniente, cortando el pantanoso valle, situado entre la Villa de Molina i las primeras cadenas de cerros de la costa. Despues de dos horas de penosa marcha, llegaron al portezuelo de Pulmudon, el cual trasmontaron sin el menor inconveniente, merced a la claridad de la luna; i apénas hubieron llegado a la base occidental del cerro, cuando el baqueano dijo:

—Ya estamos cerca de la casa. Ahora es menester que nos dirijamos al norte.

—Dígame, amigo, le preguntó Lucinda ¿podremos acelerar mas la marcha?

—Sí, señorita, respondió el guia, porque el camino es como la palma de la mano.

Lucinda, al oir esto, dió un azote a su caballo, apurando el paso todo cuanto lo permitian las asperezas del terreno. Pocos minutos despues, divisaron un rancho de totora, iluminado por una fogata, i oyeron los ladridos de diez o doce perros.

—Aquella es la casa? preguntó Lucinda, con emocion.

—Sí, señorita, respondió el baqueano. Pero tenga cuidado, por Dios! esclamó, viendo que la niña ponia su caballo al galope, en direccion de la fogata. Mire, señorita, que poco ántes de llegar al rancho, hai un zanjon de mal paso! Al lado del mar está la posada! Al lado del mar...! Pero en fin, ya pasó! qué señora tan varonil.! Vaya! yo no me tengo por tan *cutama* que digamos; i sin embargo, me habria temblado la barba al atravesar el zanjon pordonde ella acaba de pasar.

En efecto, la destreza del caballo de Lucinda la habia librado de un gran peligro. Pedro, que seguia de cerca a su señora, lanzó un grito al ver el precipicio pordonde el caballo bajó, i luego volvió a subir sin que Lucinda hubiese abandonado su recta posicion sobre la silla.

El baqueano i los soldados, encantados de tan valiente ajilidad, no cesaban de alabar a la jóven; pero ella, sin curarse de tales alabanzas, prosiguió al galope hácia el rancho, endonde fué recibida por la cuadrilla de perros de que todo rancho chileno está siempre provisto.

Dos mujeres desgreñadas que habia cerca del fuego, salieron armadas de sendos palos; i despues de algun trabajo, consiguieron ahuyentar a los *quiltros* i perros mayores, saludando al mismo

tiempo, con mucha cortesía a los recien llegados, a quienes parecian esperar, segun lo indicaban dos o tres ollas que hervian, i un gran asado que se *doraba al amorcito del fuego.*

Apeóse Lucinda en brazos de su asistente, i luego preguntó por Anselmo.

—Señorita, respondió en voz baja la mas vieja de las mujeres; el caballerito está durmiendo como un tronco, i la médica ha dicho que no lo despierten ni por pienso.

—Ah! esclamó Lucinda; ¡cómo me olvidé de traer un médico!!

—Mas vale así que no *haiga* venido, respondió la otra mujer, pues la *méica* que aquí *tenimos* sabe mas que todos los *méicos* juntos, cura a lo divino i a lo humano que es bendicion, sin necesidad de boticas ni cosa que se le parezca.

—No obstante, replicó Lucinda, alarmada sin saber porqué; yo querria ver por mis ojos al enfermo.

—Hablemos primero con la médica, i ella nos dirá lo que conviene hacer, dijo la que habia hablado primero. Miéntras tanto, venga su merced a sentarse, pues debe venir mui cansada.

Diciendo esto, condujo a Lucinda al cuarto principal de la casa, endonde habia una cama, i una mesa cubierta con manteles límpios.

Las paredes del cuarto eran de *quincha* embarrada, i colgaban de ella varias estampas, un mal labrado crucifijo i muchas cruces de palma bendita. En un rincon, pendia de una estaca de *coligüe,* una guitarra, i en el centro del pavimento habia un hoyo endonde se echaba las brasas que calentaban la pieza. El hoyo, o mejor dicho, el brasero, estaba rodeado de bancos de diversos tamaños i formas, i junto al catre, se veia un espacio del suelo cubierto con pieles de carnero. A este lugar fué adonde la dueña de la casa llevó a Lucinda, quien, sintiéndose fatigada, se sentó sobre los pellejos, no sin hacer mil preguntas sobre las heridas de Anselmo, rogando a la mujer que fuese a buscar a la médica, para saber de ella noticias positivas.

Salió la que parecia dueña de casa, i entónces fué cuando Lucinda se acordó de Garduño. ¿Por qué no se habia presentado el oficial, que tan solícito se habia mostrado en servirla? Quiso llamar a Pedro para preguntarle por Santiago; pero a ese tiempo, entró la médica, la cual era tan vieja, que, a juzgar el saber por los años, mereceria el título de doctora en todas las Universidades de Italia i Alemania.

Saludó a Lucinda, haciendo una mueca de contento, i le dijo que no tuviese cuidado por el herido, pues, merced a los emplastos, ca-

taplasmas, *sorbetorios*, bebidas, labatorios i enjuagatorios con agua *agarrada en el corazon de la* corriente, habria de sanar, no mas, con el favor de Dios; i que al presente se encontraba durmiendo con gran tranquilidad, para lo cual le habia puesto a la cabecera de la cama la cruz de Salomon, hecha con varillas de *palqui* pasadas por el rescoldo, que era santo remedio para no tener malos sueños; i que por fin, le tenia los piés envueltos en su mismo refajo de castilla lacre, sahumado con palma bendita, *pronunciando las palabras* al tiempo de quemar la palma: lo cual *era un primor para tirar la calor para abajo.*

Lucinda no hallaba qué pensar de lo que estaba oyendo; i, sobresaltada sériamente, esclamó:

—Yo quiero ver a mi marido! ¿En dónde está don Santiago Garduño?

—Los soldados se fueron, respondió la dueña de casa.

—I mi sirviente?

—Tambien se fué con ellos al monte a buscar a don Garduño, que se ha ido a esconder, porque... ¿no sabe su merced que agora está mal con el gobierno?

—Dios mio! esclamó la pobre niña llena de susto ¿Si me habrán engañado?

—Aquí no hai engaño, señorita, dijo la mujer, con todas las apariencias de la buena fe. Don Santiago vendrá pronto; pero es preciso que su merced cene alguna cosa.

—Esto es lo principal, agregó la médica; i créame a mí, que tengo esperiencia, pues si el enfermo que come no se muere ¿qué será con los sanos que comen?

—Esto parece una burla o un engaño atroz! esclamó Lucinda aterrorizada.

I abriéndose paso por entre las mujeres, salió de la miserable cobacha, llamando a Pedro, a grandes voces. Pero Pedro no contestó; i en vez de él, respondió Garduño, que parecia haberse desmontado recientemente del caballo.

—Señorita! dijo, cálmese usted, por Dios!

—Ah! es usted, señor don Santiago? esclamó Lucinda en tono de reproche. Esplíqueme usted ¿por qué razon no se me deja ver a Anselmo?

—Todavía nó, señorita, porque...

—Antes de todo ¿está aquí mi esposo?

—Entre a la pieza i hablaremos, respondió Garduño. Yo le esplicaré todo lo que ha sucedido.

Lucinda, temblando de emocion entró al cuarto, i tras ella, Santiago, despues de haber ordenado que sirvieran la cena.

—Dígame, por Dios, lo que hai! volvió a esclamar Lucinda con tono suplicante... Ud. no ha contestado a mi pregunta.

—Por no sobresaltarla demasiado. Cálmese usted, señorita: voi a contestarle. El caso es que mi buen amigo Anselmo no está aquí...

—I ¿cómo me dijo Pedro que lo habia visto traer en hombros de cuatro soldados?

—Era otro oficial enfermo, del cual debe haberle hablado la médica.

—Ah! entónces he sido víctima de un engaño! I Pedro?

—No está aquí... serénese usted... Lo he enviado a buscar a Anselmo.

—¿En dónde está?

—A média legua de distancia, oculto en un bosque.

—Ah! ¿Será verdad? I la herida...?

—No es de gravedad. Pronto lo veremos llegar. Ahora es menester que usted tome algun alimento, prosiguió Garduño, con voz insinuante.

A ese tiempo las mujeres habian entrado con dos fuentes, una de *cazuela* i la otra de carne asada.

Lucinda hizo un esfuerzo, i comió algo, no sin abrumar a preguntas a Garduño, cuyas contestaciones evasivas la intranquilizaban mas i mas. Por último, viendo que ya habian pasado mas de dos horas i aun no llegaba Pedro, dijo a Santiago, mirándolo fijamente:

—Señor Garduño, usted me está engañando.

—Señorita, respondió Santiago, con voz temblorosa, es cierto que me he visto precisado a decirle la verdad a médias, pues el afecto que siento por usted...

—¿Siente usted afecto por mí, i me engaña...?

—Es que a veces la verdad es demasiado cruel, señorita.

—Lo que hai aquí cruel, es usted! esclamó Lucinda fuera de sí. Está viendo cuánto sufro! i me tiene en tan gran incertidumbre...!

—Vaya, pues, le diré la verdad, a mi pesar. Yo queria preparar su ánimo para que recibiera la fatal noticia de...

—La muerte de mi marido? interrumpió Lucinda.

Garduño no respondió sino con una seña afirmativa.

—¡I para esto me ha traido usted a este sitio! esclamó la pobre jóven llorando i cayendo desfallecida sobre un banco. ¡Entre qué jentes estoi, Dios mio!

—Está entre amigos, señorita, repuso Garduño, tratando de hacerse oir de Lucinda. La he hecho venir a usted por encargo del mismo Anselmo. Juntos hemos peleado en la batalla, pues yo me pasé al enemigo, razon por la cual se me debe andar buscando para fusilarme. Lucinda, créame que siento entrañablemente el tener que decirle esto. Cuando Anselmo cayó herido, lo hice salir del campo, dándole dos soldados que lo atendiesen; i al ver derrotada la caballería liberal, yo busqué a mi amigo... Preguntéle si tenia fuerzas para montar a caballo, i me contestó que sí, i que deseaba seguir a los suyos. Juntos emprendimos la retirada trayendo con nosotros ocho soldados. Como no era posible que nos dirijiéramos a Molina, yo le propuse venirnos por este camino estraviado, i él aceptó. Como a dos leguas de aquí, encontramos a Pedro, i presintiendo mi pobre amigo, su cercano fin, envió a llamarla a usted. Pedro partió con cuatro soldados para Molina, i yo traté de conducir a Anselmo a este rancho, cuyo dueño es un antiguo sirviente de mi padre; pero mi desgraciado amigo no alcanzó a llegar. Antes de morir, me hizo jurar que la serviria a usted, i que la conduciria a Santiago, defendiéndola i protejiéndola como lo habria hecho él mismo. ¡Pobre amigo mio! prosiguió el miserable, poniéndose el pañuelo en los ojos: yo juré servirla a usted de criado, si necesario fuere; él, habiéndome dado su reloj para que se lo entregase a usted, me apretó la mano, i...

El hipócrita empezó a sollozar, al mismo tiempo que mostraba a Lucinda un reloj que habia sacado de sus bolsillos.

La pobre niña tomó el reloj, cubriéndolo de besos con ajitacion febril, i sin cesar de llorar, llamábase así misma la mas desgraciada de las mujeres. Pero habiendo echado una mirada sobre aquella prenda que ella creia de su esposo, exclamó:

—Este no es el reloj de Anselmo!

Garduño se puso pálido de emocion i murmuró:

—¡Si me habré equivocado!

—Caballero! dijo Lucinda, con repentina enerjía, es menester que yo vuelva al momento a Molina!

—Es imposible, señorita. Ya usted conoce el camino, i a estas horas de la noche...

—Pues entónces me iré mañana, interrumpió Lucinda, con voz seca. Por ahora le ruego a usted que me deje llorar sola.

I habiendo hecho una seña a Garduño para que se retirara, fué al momento obedecida.

En seguida, llamó a la dueña de la casa, i le ofreció recompensarla mui bien si le servia con lealtad.

La mujer prometió velar toda la noche, «miéntras la señorita dormia en la cama limpiecita que ella misma habia hecho ese dia por órden de don Garduño»I el decir esto la solícita mujer cerró la puerta i la afirmó con dos trancas.

—Con estas trancas, dijo, no le tengo miedo ni a los mismos Pincheiras!

Lucinda se metió en el lecho, pero no pudo dormir tranquila un solo instante. Rendida de fatiga, apénas se quedaba dormida un momento, cuando despertaba llorando a gritos, aflijida por las sangrientas i espantosas imájenes que la asaltaban en sus sueños. Hubo instantes en que creyó haber perdido el juicio, hasta que la llegada del dia, hizo desaparecer los fantasmas de muerte que rodeaban su lecho.

Vistióse i oró, rogando al Señor que fuera mentira todo aquello, que aun no podia hallar cabida en su mente.

En seguida hizo llamar a Garduño, i le manifestó imperiosamente sus deseos de volverse a Molina.

—Señorita, le respondió Santiago, con mentida tristeza: yo mismo en persona la conduciría a casa de mi tia; pero advierta usted que ando prófugo, i que al presente debe estar la Villa ocupada por una parte de las tropas de Prieto. Por la misma razon no puede usted ser conducida por soldados que son tambien de los pasados al enemigo. Nada seria que a mí me capturasen i me hicieran fusilar, pues con gusto haria el sacrificio de mi vida por satisfacer el menor de sus deseos; pero ¿cómo habria yo de esponerla a usted a sufrir insultos de una soldadezca desenfrenada, despues de la victoria?

En fin, fué tanto lo que el hipócrita habló, con tan lastimero tono, que Lucinda se decidió a esperar. Verdad es que no podia hacer otra cosa. Entónces fué cuando Santiago le propuso formalmente llevarla desde allí a la capital, diciéndole que podia hacerlo sin peligro alguno, por un camino mui conocido de los ocho hombres que les servirian de escolta. Pero Lucinda rechazó tenazmente la idea, i preguntó por su sirviente; a lo cual respondió Santiago, que ha-

bia enviado a Pedro a Molina, para saber noticias de su tia, cuya casa habria sido necesariamente asaltada, pues los vencedores creerian que él se encontraba allí refujiado.

Acabada esta conversacion, Garduño montó a caballo i se separó del rancho. Dos o tres horas despues, volvió acompañado de un soldado, el cual dijo que Pedro habia caido en manos de los prietistas, i relató el cuento con tantos detalles, que no dejó lugar a ninguna duda.

Aflijióse i lloró de nuevo Lucinda, a pesar de que parecia que ya no le quedaban lágrimas que derramar: pero para poder soportar sin sucumbir, esta vida de dolores, Dios quiso que la fuente de nuestras lágrimas fuese inagotable.

No obstante el desamparo en que Lucinda se veia, supo resistir enérjicamente a las nuevas instancias de Garduño, que pretendia ponerse con ella en marcha ese mismo dia, con direccion a la capital. Por fin, viendo el sobrino de doña Manuela que no le seria posible vencer la resistencia de su víctima, quiso tentar la suerte; i, solicitando de Lucinda que le oyese algunas palabras a solas, cometió la locura de hablarle de esta manera:

—Lucinda: una fuerza imperiosa i a la cual no me es dable resistir, me obliga a manifestarle el profundo afecto que siento por usted.

Lucinda miró al oficial, como preguntándole qué significaban sus palabras.

—Este afecto, prosiguió Garduño, dando un paso hácia el banco endonde estaba sentada la jóven: este cariño que usted me ha inspirado desde el primer momento que la ví...

—No comprendo el objeto de sus palabras, dijo vivamente la jóven, alzándose del banco.

—Mi objeto es manifestarle a usted cuán grande es ese cariño, cuánto la amo a usted, Lucinda! esclamó Santiago con el acento de la pasion verdadera.

—Ahora lo comprendo todo! esclamó ella, mirando a Garduño con tan alto desprecio, que éste bajó los ojos ante aquella mirada llena de reconvenciones.

—Tiene usted razon hasta para odiarme, prosiguó Santiago con humilde tono. Comprendo que no son éstas las circunstancias oportunas para hablarle a usted de esta manera; pero es tal la vehemencia de mi amor, que yo mismo no sé lo que hago. La amé desde que la ví, i lo que no podia decirle ayer, se lo digo hoi...

—Ni hoi ni nunca debiera usted haber dicho eso, interrumpió Lucinda, con severa voz; i si usted no fuera el sobrino de una señora a quien yo debo tanto, habria contestado como lo merecen, a sus atrevidas, i, podria decir, crueles palabras.

—Lucinda! repuso Garduño; sepa usted que mi amor es tan respetuoso como verdadero, i que...

—En lo que usted ha hecho conmigo, conozco el respeto que le debo! esclamó Lucinda sonriendo amargamente. Señor Garduño, le ruego a usted que me deje sola. Ahora veo que debo irme hoi mismo a la Villa, aun cuando sea a pié... Pues entónces saldré yo, prosiguió, viendo que Santiago no se moviá; i ya que usted no puede facilitarme elementos para irme, sin comprometer su seguridad....

—Nó! no saldrá usted! esclamó Santiago fuera de sí, e interponiéndose entre ella i la puerta, cuyas trancas puso en un momento. No saldrá sin haberme dado esperanzas siquiera de...

—Socorro! socorro! gritó Lucinda al notar en la mirada de su verdugo que nada podia esperar de él.

—No llame usted en balde, le dijo Garduño tratando de apoderarse de una de sus manos, que ella retiró vivamente. Nadie oirá sus gritos, porque estamos solos.

—Solos, nó!... esclamó Lucinda. No estamos solos, porque Dios está presente! El oye mis voces!

I empezó de nuevo a pedir socorro con todas sus fuerzas.

En aquel momento se oyó un ruido de caballos en el patio, i luego un fuerte empellon a la puerta, la cual saltó de su quicio cayendo al suelo con trancas i todo.

Garduño lanzó un rujido de cólera, como la pantera sorprendida dentro de su cueva; i dando vuelta sobre sus talones, quedó allí plantado como si hubiera visto la misma cabeza de Meduza. Era su tia en persona, quien, acompañada de Pepe Tronera i un sirviente, acababa de llegar de la Villa.

—¡Gracias a Dios que te encuentro! esclamó doña Manuela abranzando a Lucinda. No me digas nada! prosiguió: todo lo sé; todo, todo, todo!

En seguida miró a su sobrino con irritadísimo semblante, i quiso hablar; pero las palabras parecian atropellarse en su boca: por manera que hubo un momento en que la exaltada señora, deseosa de decir mucho, no dijo nada. Garduño, sin poder resistir aquella mirada de fuego, que estaba acostumbrado a respetar, quiso salir;

pero Tronera, de pié en medio de la puerta, dijo, sacando su espada:

—Oiga usted a su señora tia! i despues saldrá.

—Sí! es preciso que me oigas! rompió por fin doña Manuela. Desleal, atrevido, ingrato, embustero, mal hijo, desvergonzado, sin conciencia, ni relijion, ni temor de Dios! Todo lo sé! todo! todo! I asesino tambien.....

—Tia, balbuceó el pobre Santiago, óigame usted...

—Yo no soi tu tia! interrumpió doña Manuela. No quiero ser tia de un pícaro sin vergüenza, que no ha respetado mis canas. ¿Son éstos los consejos que yo te he dado? ¿Es esta la doctrina que yo te he enseñado?... mocoso deshonesto, que no habias de ver mas sino que yo te crié, desde que dejaste la teta, aquí sobre mis rodillas! ¡Ah! cria cuervos i te sacarán los ojos! I te enseñé a rezar, i te dotriné yo misma; i para qué? para sacar tanto en una mano como en la otra, pues, por mal de mis pecados, veo ahora que toda mi enseñanza cayó en saco roto! ¡Cuántas veces no te he dicho que quien obra mal no espere bien, pues Dios da la vida a condicion de ser buenos! Dime que miento, i déjame aquí fea, delante de la jente. Para que veas, picaronazo, que no hai plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague; i agradécele a Dios el tener que pagarlas aquí, en vez de ir a lastarlas en el otro mundo. ¿O pensabas poder ocultarme tus picardías i engañarme para siempre? Nó, hijito, que el que en malos pasos anda, tarde o temprano resbala, i la basura aparece al fin en la espuma. Bien dicen las Beatas Peñalozas que eres un hereje sin relijion; i no será tu tia la que te defienda en lo sucesivo. Tia! tia! Bien dicen que a quien Dios no le da hijos, el diablo le da sobrinos! Pero, lo que es desde hoi, renuncio del *tiazgo*, i tú puedes irte a donde te *lamba* un buei, que no es la hija de mi madre para querer a *malos agradecidos*. I ahora te digo que, si no me he casado, ha sido por dejártelo todo a tí, a puertas cerradas; pero mándenme sacar una letra, si tal hago!

Miéntras la señora hablaba, Lucinda se habia acercado a Tronera, el cual le refirió el modo como Anselmo habia escapado de la batalla, sin lesion alguna, i tenido que seguir a Viel. Este coronel habia conseguido organizar la retirada de una gran partida de caballería, con la cual se dirijió hácia el norte, por el camino de la costa. Al mismo tiempo, Tronera dió a Lucinda una esquela escrita de puño i letra de Anselmo, en la cual éste le decia que hiciese lo que Pepe le dijera de viva voz.

Por fin, doña Manuela, cansada ya de reprender a su sobrino, puso los ojos en Lucinda; i mirándola con más atencion, quedó admiradísima de los estragos que en el semblante de la jóven habian hecho aquellas pocas horas de dolor contínuo.

—Alma mia! la dijo, abrazándola i llorando al mismo tiempo; ¡cuánto has sufrido! Canas! prosiguió, diciendo con balbuciente voz, i palpando i mirando de cerca la cabeza de Lucinda. Mira, infame! mira, para que te arrepientas ¡cómo le has hecho salir canas a esta pobrecita, en solo veinticuatro horas!

Garduño puso los ojos sobre los cabellos de Lucinda, i en efecto, vió que en varios puntos habian comenzado a blanquear prematuramente. Algo debió pasar por la mente de aquel hombre, porque se estremeció de piés a cabeza, i sin decir una palabra salió del cuarto.

Tronera preguntó entónces a Lucinda si podria ponerse en marcha desde luego; i habiendo contestado ella que sí, salió Pepe a buscar las jentes de la casa (que parecian haberse perdido), para preguntarles por el sillon de Lucinda. Al fin encontró a las mujeres metidas en un rincon de la cocina, las cuales le dieron noticias de los arreos de montar. La dueña de casa salió llorando a lágrima viva, i fué a pedir perdon a doña Manuela, por la participacion que habia tenido en aquel asunto.

—Que te perdone Dios, que te crió, que de mí estás perdonada, Agustina, díjole la señora; i déjate de *lloriqueos*, que de nada sirven los ayes, despues de clavado el pié. Levántate de ahí, i arrepiéntete de lo que has hecho, pues Dios no pide rodillas sino corazones, i mas vale un buen propósito que mil golpes de pecho.

En ese momento se oyó un estallido detras del rancho; i en seguida apareció la médica, gritando pavorosamente:

—Señor, por Dios! don Santiago se ha *baliado* él mismo!

—Jesus, María i José! esclamó doña Manuela. Yo tengo la culpa por haberlo reprendido tan duramente. El hijo de mi pobre hermana, que me lo encargó tanto al morir, muerto por su propia mano! En dónde estás, Santiago! prosiguió, llorando i encaminándose al sitio de la catástrofe. Tu tia te perdona! Animas benditas del purgatorio!...Que siquiera haya quedado con vida, para que se confiese, pues su salvacion es lo primero...¡Madre i Señora mia del Cármen! Para qué iria yo a ser tan dura con él! Este jenio que tengo, Dios mio!

CAPITULO LV.

DIOS DISPONE.

> «Era la primera vez que se sentia turbada en presencia de un hombre. Pudor precioso, que es la prueba mas convincente de la virjinidad del corazon i el primer preludio de un amor que se despierta.»
>
> (Víctor Torres A.—*La Loca.*)

Pepe Tronera habia sido el primero en llegar a donde estaba Garduño, nó tendido en el suelo como todos lo esperaban, sino afirmado en la quincha del rancho, con la mano izquierda sobre el corazon, dedonde manaba un chorro de sangre, i teniendo aun en la derecha la homicida pistola. Doña Manuela tuvo un rayo de esperanza al ver de pié a su sobrino, i volvió a invocar por la vijésima vez a las benditas ánimas del purgatorio. Miéntras tanto, Pepe, examinando con atencion la herida, notó que no era de muerte, noticia que llenó de gozo a la aflijida tia.

Garduño, pálido como un cadáver, sin hablar una sola palabra i

con los ojos medio cerrados, como si no quisiera ver a nadie, se dejó conducir hasta la cama, endonde lo acostaron para hacerle las primeras curaciones. Ni hablaba, ni se quejaba, ni prestaba la menor resistencia a lo que se queria hacer con él. Parecia un cadáver que aun no ha adquirido la rijidez de la muerte; pero, tanto por la regularidad de la respiracion, como por los acordes aunque precipitados latidos del corazon, aseguraba Pepe a doña Manuela que su sobrino viviria.

En efecto, la bala, entrando casi enfrente del corazon, habia dado vuelta en torno de las costillas i salido un poco mas abajo del homoplato izquierdo.

La médica, miéntras le lavaba i curaba la herida, dijo que estaba acostumbrada a curar cuchilladas *entre cuero i carne*, i que no tuviesen temor alguno, pues lo mismo debia ser con los balazos que no penetraban en la caja del cuerpo. Por fin, el enfermo se quedó dormido, i todos creyeron conveniente dejarlo descansar i recuperar por medio del sueño, algo de las fuerzas perdidas con la sangre.

Despues de comer, por ser llegada ya la hora de medio dia, determinaron ponerse marcha para la Villa.

Doña Manuela, que no se habia separado de la cabecera del enfermo, resolvió quedarse para cuidarlo miéntras podia llevárselo a la Villa, o traer de allí al italiano que se daba los títulos de doctor i gozaba de los fueros de tal. Pero habiendo despertado Santiago, despues de una hora de sueño, i manifestado que se sentia mejor, doña Manuela se decidió a marchar esa misma tarde con Lucinda. Eso sí que no partió la bondadosa tia, sino despues de haber encargado a las mujeres el cuidado de su sobrino, i visto por sus propios ojos que habia una buena provision de carne i de huevos. Al mismo tiempo hizo recojer i entregó a Pepe las pistolas i demas armas que se pudo encontrar en el rancho.

Cuando andaba en esto, seguida de su sirviente, sintió que de un rincon, que servia de pajar, salia una especie de quejido humano; i habiéndose asomado, vió moverse entre la paja a un hombre maniatado, que hacia esfuerzos por gritar, sin poder consiguirlo. Dió voces al momento, i luego vino Tronera, quien, ayudado del sirviente, desenterró i desató al hombre, quitándole de la boca un pañuelo retorcido, que le impedia hablar i gritar.

Todos reconocieron en el momento a Pedro, el cual les dijo que estaba allí por órden de Garduño, agregando que habia oido los

gritos de su señora i que habia sufrido grandemente por no poder socorrerla.

—¿I los soldados que nos acompañaron? preguntó Lucinda, contentísima con el hallazgo de su leal sirviente.

—Dos de ellos, respondió éste, se fueron de aquí anoche, i otros dos quedaron custodiándome; pero, segun ciertas palabras que les oí esta mañana, creo que deben haberse ido a beber a un rancho que hai junto al camino que va para el norte.

Doña Manuela decidió llevar a Pedro en lugar de su sirviente, i dejar a éste para que acompañase al herido.

Al tiempo de montar a caballo, vió a Lucinda, que, rendida por el cansancio i las emociones del dia, se habia sentado sobre una piedra de moler, i afablemente le dijo:

—Quítate de ahí, hijita; mira que quien en piedra se sentó, no preguntes de qué murió; i no te amilanes, porque: a grandes trabajos, gran corazon. Es preciso hacer de tripas *guatas* i de la necesidad virtud, que mañana será otro dia, i Dios dirá lo que será, porque no todos los tiempos son unos, ni todos los dias se parecen. I ahora, vamos andando, pues el sol se ha ladeado bástante, i lo que se ha de hacer tarde que se haga temprano, i el mal camino andarlo luego; i el que deja de andar, atras se queda.

Miéntras así hablaba la señora, montaban todos a caballo. Doña Manuela iba llena de satisfaccion, Pedro riéndose de gusto, i Lucinda con esa alegría al traves de la cual se echa de ver el dolor pasado; porque, si bien el dolor borra hasta los recuerdos de la anterior alegría, ésta suele ser siempre impotente para borrar de nuestro semblante el sello del sufrimiento.

Pepe Tronera no iba ménos contento que doña Manuela, con la cual le gustaba platicar, pues decia haber conjeniado grandemente con ella.

—Pues lo mismo me pasa a mí, don Pepito, contestaba doña Manuela riendo. Me gustan los hombres como usted, que encuentran las cosas hechas i no amarran el mundo en un trapito. Si no estuviera tan vieja como estoi, creo que haríamos mui buen casamiento.

I la alegre señora se echaba a reir, con lo cual hacia reir a Lucinda, que era lo que ella queria.

—Pues aquí me tiene Ud. a su disposicion, señora mia, contestaba Pepe, en el mismo tono.

—Nó! no! decia ella: ya está viejo Pedro para cabrero; aunque nadie puede decir «de esta agua no beberé, por turbia que esté».

—Eso mismo digo yo, le replicó Pepe; i cada vez que la oigo hablar, me admira el que usted no se haya casado.

—Es que: estado i mortaja, del cielo baja, don Pepito: ademas de que no me aflije el haberme quedado soltera, pues de todo ha de haber en la Viña de Cristo, i ya sabe usted que el buei suelto... i no digo mas, que Dios me entiende. I mire usted lo que es el mundo: de dos hermanas que fuímos, se casó la otra que era mas fea que yo. Pero la suerte de la fea la bonita la desea, con lo cual no quiero decir, ni por pienso, que yo fuera bonita, sino así, así. Con todo, aquí donde usted me ve, tambien me pretendieron, porque a nadie le falta Dios, i no hai mujer que no haya tenido su *peores nada*, pues si no hubiese malos gustos no se venderian los jéneros; i como dice el refran...

—No tiene usted necesidad de decirme otro refran para que yo le crea, interrumpió riendo Pepe, pues hai de sobra con los que acaba de decir.

—Já! já! já!! Me gusta su franqueza! exclamó la señora; i con jentes así *me entierren*, pues quien la verdad te dirá no te traicionará. I ya que a usted no le gustan los refranes, no los diré, pues, como decia mi madre: para vivir con los vivos, obrar como ellos. Pero ¿qué quiere usted, don Pepito de mi alma? Mi madre era un libro de adajios, i ya usted sabe que quien lo hereda no lo hurta, i como dicen: bien haya quien a lo suyo se parece.

—I dice que no echará mas refranes! exclamó Pepe, soltando una gran carcajada.

—Ah! es cierto, don Pepito; pero ya sabe usted que una cosa es prometer i otra es hacer, pues la cabra tira siempre al monte, i la maña vieja, tarde, mal i nunca se deja. Este es mi jenio; i jenio i figura hasta la sepultura, como decia mi madre, que el Señor tenga en el cielo... Ríete, Lucinda. Eso es, hijita! Así me gusta verte.

Platicando de este modo, atravesaron el camino sin sentir, i llegaron al vallecito que se estiende entre los cerros de Pulmudon i la villa. Cuando estuvieron a poca distancia del término del viaje, se encontraron con el padre Hipocreitía que venia montado en una lustrosa mula i acompañado de un mozo. Mostróse el reverendo mui complacido de aquel encuentro, i dijo a doña Manuela que, habiendo sabido su repentina partida de Molina, habia resuelto ir él en persona al lugar endonde creia encontrarla, por presumir que algo de

grave debia pasar allí cuando ella se habia puesto en marcha con tanta precipitacion.

Agradeció doña Manuela la solicitud del jesuita, i en seguida, sin dejar a nadie la palabra ni aun al mismo Pepe, que reventaba por hablar, contó lo sucedido,con todos sus detalles, agregando que esperaba de su paternidad el favor de que iria a auxiliar espiritual i corporalmente a su sobrino. Prometiólo así el padre; i despidiéndose de sus interlocutores, picó su mula i prosiguió su interrumpida marcha.

Nuestros amigos siguieron tambien la suya, i en poco rato mas llegaron a casa de doña Manuela, a quien, (segun ella misma decia) la habian oido las ánimas del purgatrio, en todo i por todo, pues ya no dudaba de que su sobrino comenzaria desde entónces una nueva vida, merced a la confesion jeneral que ella le habia encargado hacer, i que sin duda haria en cuanto viese al reverendo padre.

En seguida se trató de lo que le convendria hacer a Lucinda; i despues de mil proyectos, se resolvió que la esposa de Anselmo descansase algunos dias mas en casa de doña Manuela, ántes de ponerse en viaje para Santiago con el alegre Pepe Tronera.

Esta determinacion parecia ademas mui prudente, en atencion a que el estado político del país hacia por demas peligroso un viaje, mayormente si se trataba de conducir señoras a tan larga distancia. I como Lucinda deseaba tener noticias de su marido, i dárselas de ella, despachó a Pedro para el norte, con una larga carta para Anselmo, a la cual Tronera agregó una posdata, diciendo en ella a su amigo que se reservaba para contarle de viva voz todo lo acontecido.

Al mismo tiempo, la dilijente doña Manuela habia hecho que, en la tarde de su llegada a Molina, fuera, el que se decia médico italiano, a ver a su sobrino.

En la noche volvió aquel diciendo que ya no habia nada que temer por la vida del enfermo, i que en dos semanas mas estaria completamente curado de su herida. Del mismo parecer fué el padre Hipocreitía, quien estuvo de vuelta al dia siguiente.

—Señora, dijo a doña Manuela, su sobrino me ha dejado edificado, i debo decir a usted que se prepare para recibir una agradabilísima sorpresa.

—¿Trae usted alguna noticia nueva? preguntó la señora.

—Es menester que usted lo sepa ántes que todos, respondió el

jesuita. Don Santiago está desengañado de la vida del siglo, i desea dejar el mundo; mas, para ponerse el santo hábito, me ha enviado a pedir el consentimiento de usted.

—De mil amores! esclamó la señora contentísima. ¿Quiere meterse fraile? Pues que se cumpla la voluntad de Dios! i si tiene vocacion.....

—Es una vocacion verdadera.

—I ¿a qué convento le tira.....?

—Quiere entrar en nuestra órden; i como yo tengo facultades para iniciar a los hermanos, voi a enviarle un hábito con el presbítero O.*

—Miel sobre buñuelos, padre mio! repuso doña Manuela, palmoteando de gozo. Pero se me ocurre una cosa, i es que, como no existe en este país la Orden de Jesus, yo creia que no pudiesen aquí ordenar jesuitas.

—No tenga usted temor por eso, respondió el padre. A los jesuitas no se les destierra de un país, con un decreto ni con una real órden. Precisamente ahora que ha vencido en Chile el partido católico, es cuando ménos tenemos que temer los hijos de nuestro bendito padre San Ignacio

—Ojalá sea un santo relijioso, padre mio; i ahora veo que las ánimas benditas del purgatorio me han oido por completo. Yo habia querido que se casara, para que le entrara el juicio, i por eso habia pensado dejarle todo lo que tengo, a puerta cerrada.....

—El que su sobrino se meta fraile no es un impedimento para que usted le legue sus bienes, interrumpió el jesuita. Al contrario, con ello hace usted ahora, no solamente una obra de caridad con su pariente, sino tambien mil i mil obras de beneficencia pública, pues en eso se habrá de emplear despues todo su haber.

—Si eso es así, nadie será mi heredero sino frai Santiago Garduño. Dígaselo así de mi parte, i agréguele que le mando mi bendicion, i que espero verlo aquí vestido con el santo hábito.

Dos o tres dias despues, vió doña Manuela cumplidos sus deseos, i casi se volvió loca de gusto al abrazar a su sobrino convertido en un casi padre jesuita, cuyo papel hacia maravillosamente. El nombre de frai Santiago Garduño corrió de boca en boca por toda la villa, i todos querian ver al antiguo oficial que, despreciando el mundo i sus vanidades, habia cambiado la casaca por los hábitos.

La Sierva de Dios estaba contentísima; aseguraba a doña Ma-

nuela que ella no estrañaba esta trasformacion, pues le habia sido revelada en la semana anterior.

Preciso es decir como fieles historiadores que el cambio de Santiago Garduño parecia ser completo. De alegre i comunicativo, se habia convertido en taciturno i reservado; i al meterse dentro del hábito, se habia revestido ademas de toda aquella gravedad que tan bien cuadra al continente de un sacerdote. Sus conversaciones eran sérias i edificantes, i desde luego se entregó al estudio i a la lectura de los libros que el padre Hipocreitía puso en sus manos. Pasaba horas enteras con el reverendo padre, en conversaciones útiles e instructivas; i no salia de la mision, sino para dar por la calle algunos paseos, tal cual lo reclamaba el restablecimiento de su salud; i eso solamente cuando así se lo ordenaba el padre Hipocreitía, bajo de santa obediencia. Todos los dias ayudaba a misa i llevaba el coro en el rosario de la noche, con grandísima complacencia de la Sierva de Dios, quien alababa mucho la buena voz de frai Santiago para rezar el rosario. La Beatita solia quedarse mirando, durante largo rato, al candidato para jesuita; i mas de una vez, se habria podido sospechar en el movimiento de su bien contorneado pecho, un suspiro apagado.

El presbítero O* notó con secreto disguto, el ascendiente que el ex-oficial, iba alcanzando en el ánimo de las santas mujeres. La Médica Santa recetaba los emplastos que se debia aplicar a la herida del *convertido a Dios*, como ella lo llamaba. La Beatita corria a la huerta a arrancar por sus manos las yerbas necesarias para los remedios, i la Sierva de Dios confeccionaba las cataplasmas, i aún hubo veces que la necesidad la obligó a aplicarlas ella misma sobre la herida (eso sí cerrando los ojos, i rezando tres Avemarías contra las tentaciones). Cierto es que Santiago pagaba con usura éstos i otros servicios, leyéndoles la vida i milagros de todos los santos, en el Año Cristiano del presbítero O*, obra que componia toda la biblioteca del buen clérigo.

Las devotas Niñas no hallaban a veces qué cosa era mas digna de admiracion, si los milagros portentosos que el libro relataba, o el portentoso milagro del militar hereje convertido en oficioso lector del Año Cristiano. Habia vidas que no se terminaban sino allá cerca de la media noche, i tan interesantes eran, que, durante la lectura, no separaba la Beatita los ojos del lector, concluyendo al fin con suspirar, ya fuera por el interes que le inspirara el santo protagonista, ya por el conmovido tono de frai Santiago, i por el

sentimiento que sabia darle a todo lo que leía. Nicolás solia acompañarlos en las veladas, aunque ello era siempre para dar escándalo, pues, cinco minutos despues de comenzada la lectura, ya estaba bostezando, cuando no roncando diabólicamente, como decia la Sierva de Dios, que se tenia por mui entendida en todo cuanto atañía i tocaba a las malas *mañas del Demonio*. Pero ella sabia espantarle el diablo del sueño a su indevoto hermano, aplicándole, en cada punto acápite, un pellizco en las pantorrillas, que lo hacia saltar sobre el asiento.

El presbítero O* se sentaba siempre cerca de la Sierva de Dios, para resolverle todas las dificultades i dudas que solian ocurrírsele, pues es cosa averiguada ya por los historiadores que ella hacia mui buenas migas con el clérigo, i que solo parecia aborrecerlo, cuando tenia metido a Satanas dentro del cuerpo.

Una noche en que frai Santiago leia la vida de Santa Teresa de Jesus, la Sierva llamó la atencion del presbítero O* sobre su sobrina, la cual miraba sin pestañear al lector, i lo escuchaba con manifiesta i grata emocion.

—Mírela usted, señor, dijo en voz baja, la Sierva al presbítero: vea con qué devocion oye leer. Tiene la gracia de Dios pintada en los ojos, i el fuego del divino amor se nota en sus suspiros. ¿No es verdad que parece una santita? Dios quiera que no me echen la tierra encima, hasta no verla en las Claras, lograda i convertida en monja de velo blanco!

Miéntras la Sierva hablaba de esta manera, el presbítero miraba a hurtadillas a la linda Beatita, cuya emocion daba nuevos atractivos a su candoroso semblante. Miraba a Garduño con un abandono anjelical, i no parecia sino que tuviera el alma en los ojos: tal era la brillantez de su mirada, medio humedecida por las lágrimas de la emocion. De repente Garduño cesó de leer, i alzando la vista, alcanzó a recojer algunos destellos de la mirada de la niña, que al verse observada, bajó los ojos i se ruborizó. Garduño se estremeció; i ahogando un suspiro, prosiguió su lectura con temblorosa voz. La linda Beatita no volvió a mirar a Santiago en toda la noche; i sin atender ya a la lectura, pareció haberse preocupado de repente de los flecos de su pañoleta, que pasaba i repasaba entre sus dedos.

Ya la mision o mejor dicho, las misiones del padre Hipocreitía habian concluido; i el jesuita pensaba ponerse en camino para la capital, llevándose a Garduño, i con él, las esperanzas de obtener los bienes de doña Manuela Villagran, para emplearlos en el servicio

de Dios i de la relijion, cuando una circunstancia, que nadie habia previsto, vino a cruzar los planes del jesuita.

Despues de la escena que acabamos de narrar, notó la Sierva de Dios que su sobrina fué acometida de cierta tristeza, que aquella creyó al momento ser obra del diablo. Así era que, hablando a solas i apretando los puños como si amenazara a Satanas, decia:

—A tí se te ha puesto en la cabeza, picaronazo enemigo de las almas, que me has de sujetar en el mundo a este anjelito que he criado i dotrinado para Dios; pero no lo conseguirás, aunque eches la lengua por esa boca. Ella será monja, i, queriendo Dios, hasta abadesa de las Claras.

Los temores de la Sierva de Dios se hicieron mayores desde un dia en que vió a su sobrina en la huerta, sentada precisamente debajo de un gran nogal, endonde solia frai Santiago ponerse a leer los libros que el padre Hipocreitía le facilitaba.

La Beatita, medio oculta por el tronco del árbol, se entretenia en arreglarse los cabellos, enredando en ellos unas flores de siempreviva que acababa de cortar en su jardincito.

Su tia, sobresaltada con aquella diabólica accion, iba a llamarla para hacerle ver cuán mal sentaban los adornos mundanos en una niña prometida al Señor, cuando le vino el pensamiento de espiarla, i se puso en observacion.

La Beatita, despues de haberse paseado unos diez minutos, no léjos del nogal, agachándose de cuando en cuando como si estuviese ocupada en limpiar los arbustos i quitar la maleza de entre las plantas, parecia mui contrariada; i arrojando por última vez una mirada escudriñadora entre los árboles, salió de la huerta i se fué al oratorio.

—Es el diablo que anda en su persecucion, decia la tia, oculta detras de un gran rosal. Bien se echa de ver por el aire de intranquilidad que manifiesta. Es preciso saber a dónde va.

Dicho esto, se encaminó hácia una puertecilla que comunicaba el oratorio con la huerta; i entrando cautelosamente por allí, escondióse detras del altar.

Afortunadamente para ella, no podia ser vista, pues la pequeña puerta estaba en un ángulo cubierto por el gran retablo que hacia de altar mayor. Por entre el calado de los manteles de la sagrada mesa, vió la Sierva a su sobrina, hincada delante de la urna de un San Antonio quiteño, colocado en una de las paredes laterales i cerca de la puerta principal del oratorio.

La Beatita rezó unos pocos minutos, i luego, como animada por una repentina idea, se puso de pié, abrió la urna i separó del San Antonio al Niño Dios que éste tenia en los brazos.

La Sierva, al observar esto, fué todo ojos; i entónces vió que su sobrina, colocando al Santo Niño sobre la mesa de la urna, cubriólo con un pañuelo i empezó a rezar de nuevo con mayor fervor.

—Ya sé lo que eso significa! murmuró la Sierva. Lo que es el Diablo! ¡Miren no mas cómo ha conseguido el *Cachudazo* que esta chiquilla, *gusto a la leche*, inocente como es, le venga a pedir novio a San Antonio! Ya veo la necesidad de llevarla pronto a la Casa de Dios; i hoi mismo he de hablar sobre esto con el reverendo Hipocreitía.

En seguida salió por donde mismo habia entrado, i se fué al cuarto de su sobrina, la cual seguia aún rezándole a San Antonio.

La dilijente Sierva rejistró en un momento, i revolvió de arriba abajo todo el cuarto, pronunciando al mismo tiempo ciertas jaculatorias para que el demonio la dejase obrar libremente. A fin de no ser sorprendida, echó llave por dentro a la puerta del cuarto.

No fueron sin resultado sus pesquisas, i su celo inquisitorio fué premiado con tres hallazgos. El primero consistia en un envoltorio de trapos que sacó de una gran cueva de ratones. Deshaciendo el atado, con ajitacion febril, encontró una pequeña imájen de un San Antonio mui milagroso, que, segun se contaba, habia hecho muchos casamientos en la Villa. El segundo hallazgo fué una estampita del mismo Santo, doblada de manera que éste no viese a su querido Niño. Por último, el tercero fué un ramo de siemprevivas, atado con una cinta verde i envuelto en un papel lleno de caladuras, en cuyo centro se veía, dibujado a pluma, un corazon atravesado con una flecha.

Esto puso el colmo al piadoso mal humor de la Sierva; i saliendo del cuarto, con el cuerpo del delito en el seno, dirijióse apresuradamente a las habitaciones del jesuita.

Hallábase éste platicando con frai Santiago sobre las excelencias, prerogativas, virtudes i poderío de la Santa Orden de Jesus, cuando entró la Sierva, que, sin reparar en Garduño, exclamó:

—Padre! padre mio de mi alma! el diablo trata de impedir nuestra santa obra!

—¿Qué sucede? preguntó el jesuita alzándose de su silla. Hable usted, prosiguió, viendo que aquella parecia embarazada por la presencia de Santiago; hable usted, pues el hermano Garduño es hombre de secreto.

—El caso es, prosiguió la Sierva, que mi sobrina, incitada por Lucifer, se ha vuelto tan devota de San Antonio, que ya raya en escándalo.

En seguida contó todo lo que habia visto, i concluyó por mostrar los objetos encontrados.

—Mire su paternidad, decia... ¡mire cómo esta chiquilla, *gusto a leche*, ha comenzado ya a darle martirio al Santo, para hallar novio. Como San Antonio es así, que solo entiende por mal.... pero no lo conseguirá, estando yo de por medio. Ha de ser monja! Para eso me he sacrificado en juntar el dinero necesario, a fin de dársela a Dios. ¡I qué venga ahora el diablo, con sus manos límpias, a llevársela! ¿No le parece a su paternidad que seria bueno que me fuese a la capital con ella, para metarla pronto al convento?

—Me parece bien, respondió el padre. Haremos el viaje juntos, pues yo tambien deseo llegar pronto a la capital. Miéntras tanto, el hermano Santiago se quedará aquí con el presbítero O*, a fin de empaquetar nuestras ropas i ornamentos.

Frai Santiago oyó las palabras del jesuita aparentando humildad; pero no pudo reprimir un lijero jesto de disgusto.

En seguida salió del cuarto, a tiempo que el reverendo preguntaba a la Sierva, en tono confidencial:

—Dígame ahora: ¿i usted ha reunido ya la cantidad que se ha menester para que la niña sea admitida en el monasterio?

—Sí, padre, respondió ella sonriendo con orgulloza satisfaccion. Tengo enterrados tres cantaritos debajo de la tarima del altar mayor. Uno está lleno de pesos fuertes i onzas *narigonas*, hasta el gollete; otro está ya hasta mas de la mitad de la *guatita*, con las medias onzas, los cuartos i los escuditos; i en el tercero, que es mayor, tengo toda la plata de cruz.

Miéntras la Sierva hablaba con el fraile, Garduño habia enviado a decir a su tia que la necesitaba urjentemente, i que, no pudiendo ir él a su casa, pues habia jurado no ver mas a Lucinda, esperaba que ella vendria a la mision.

En seguida, viendo entreabierta la puerta del oratorio, entró en él i encontró allí a la Beatita, que aún permanecia hincada a los piés de San Antonio.

Sobresaltada ella, quiso huir, pero se contuvo al oir que Garduño le decia:

—Escúcheme usted; mire que está sucediendo algo de mui grave en esta casa!

—¿Qué sucede? preguntó la niña, poniéndose colorada como una amapola.

—Que su tia la ha espiado a usted, i que ha encontrado el ramito de siemprevivas que yo le dí a usted en la semana pasada...

—¿Sí?... Por Dios! Mi tia me va a matar!

—No se aflija usted, que todo tiene remedio. Ya nuestro amor no puede permanecer oculto...

—Nuestro amor! esclamó la jóven asustadísima. No pronuncie, por Dios, esa palabra aquí en lugar sagrado.

—¿I qué lugar mas a propósito que éste, para hablar de una cosa tan santa como el amor que usted me inspira?

—Oh! calle usted!... Si mi tia lo supiera! Ah!... Mire! no vaya ella a venir, por la Vírjen Santísima!... Salga usted, porque...

—No saldré hasta que usted no me diga...

—Vaya! qué trabajo! ¿Cómo quiere que le diga eso aquí delante de Cristo crucificado?... Nó, nó; ahora en la huerta se lo diré todo... Me he llevado esperándolo hoi, concluyó la Beatita con aire de reproche.

—He tenido que estar con el padre Hipocreitía.....

—Pues yo creia que usted se habia arrepentido.

—¿Arrepentirme yo de amarla a usted?

Iba a hablar la Beatita, cuando se oyó sonar la puerta del cuarto del padre, que estaba casi enfrente de la del oratorio; i como ésta se hallaba a medio cerrar, la niña pudo ver, sin ser vista, que el jesuita i su tia se dirijian hácia a donde ella estaba.

—Aquí vienen! esclamó, empujando a Garduño hácia el altar mayor. Salga por la puertecita que cae a la huerta!

Frai Santiago corrió en direccion a dicha salida; pero encontrándola con llave, metióse como un gato debajo de la mesa del altar, a tiempo que entraba el padre seguido de tres o cuatro mujeres, con sus *rebozos* de lana sobre la cabeza.

El jesuita dirijió los ojos hácia el altar, i vió que la Beatita oraba a los piés del Cristo crucificado.

En seguida se puso a confesar a las mujeres que habian rodeado ya el confesonario, así como a las que poco a poco fueron entrando despues. Miéntras tanto, la aflijida Beatita prosiguió su rezo pidiendo, sin duda, a la Vírjen que no fuese oida la sofocada respiracion del pobre frai Santiago, que permanecia acurrucado aun en el sitio que hemos dicho. Por último, la jóven se levantó i salió al

patio, endonde la esperaba su tia paseándose debajo de la ramada.

No bien hubo visto la Sierva a su sobrina, cuando le preguntó:

—¿A quién le estabas rezando?

—¿Yo, tia...? respondió la niña con notable turbacion.

—Sí! tú, buena alhaja! Rezándole a San Antonio, eh? Mui bien! I quitándole el Niño, para martirizarlo... i luego... envolviéndolo en trapos, para meterlo en las cuevas de los ratones... ¿Quién te ha enseñado a tratar así a un Santo como ese? Dime que no te tengo adivinadas las intenciones!

—Yo... tia... nó; pero...

—¿Piensas engañarme a mí? interrumpió la Sierva, con los ojos inyectados de sangre. Muéstrame el San Antonio que llevas al cuello!

Al decir esto, abrió la pañoleta de su sobrina; i metiéndole bruscamente la mano en el seno, sacóla llena de escapularios, cruces i medallas que pendian de rosarios, cintas i cordones de diversos colores i formas. Entre las medallas encontró una de San Antonio; i su enojo no reconoció límites, cuando vió que el pobre Santo, en lugar de estar pendiente de la cabeza, estaba colgado de los piés, i, por consiguiente, con la cabeza para abajo.

—Picaronaza! esclamó: ven acá a decirme ¿quién es ese novio por el cual estás martirizando a este pobre Santo de mi corazon?

—Yo no tengo novio, tia, respondió la niña temblando.

—Ah! bien decia yo que todo eso no es mas que instigaciones de Satanas. Dime, como si te fueras a confesar: ¿quién te dió estas siemprevivas?

Al ver las flores que su tia le mostraba, la jóven soltó el llanto, sin poder responder. Pero la Sierva, que deseaba una pronta contestacion, repitió la pregunta, acentuándola con un par de recios pellizcos, que hicieron lanzar a la sobrina un agudo quejido de dolor.

Este quejido llegó hasta mas allá de los oidos, es decir, hasta el corazon de Santiago, que aun no abandonaba su escondite.

—Ven acá a mi cuarto, i allí te haré contestar a disciplinazos, prosiguió la Sierva, arrastrando de un brazo a su sobrina.

Pero ésta, que tan bien conocia a su tia, en lo que ménos pensaba era en seguirla a su pieza: así fué que, tratando de desasirse de aquellas manos de acero, empezó a rogar a la Médica Santa (enfrente de cuya pieza estaban) que la librara de la disciplina.

La resistencia hizo producir nuevos esfuerzos, i éstos aumentaron la resistencia, hasta convertirse aquello en una tenaz porfía,

que pronto se resolvió en pellizcos por parte de la Sierva i en llanto por la de su sobrina.

El presbítero O*, que en ese momento estaba estudiando la plática de despedida que debia pronunciar esa noche, salió corriendo de su cuarto a defender a la Beatita; pero al ir a poner en práctica su caritativa intencion, recibió de la Sierva de Dios una feroz puñada que lo hizo rodar al suelo. La Médica Santa llamaba al órden, intertanto a su irritada hermana; pero ésta hacia tanto caso de aquella, como del padre Hipocreitía, que habia salido a poner paz entre el verdugo i la víctima.

Al sentir Garduño los gritos de la atormentada niña, no fué ya dueño de sí, i salió corriendo del sitio endonde estaba oculto, llevándose por delante a las devotas que llenaban el oratorio. I como Santiago no habia tenido tiempo de limpiarse la cabeza, llena de las telarañas que habia recojido debajo del altar, ni de arreglarse el hábito, todo empolvado, su aparicion hizo apoderarse tal miedo de los ánimos de los concurrentes, que las mujeres huyeron despavoridas i pidiendo a gritos misericordia contra el diablo, pues por tal tuvieron a Garduño. Este, sin curarse de tal circunstancia, se fué derecho hácia la Sierva de Dios i le arrancó la presa de entre las uñas.

—*Vade retro*! gritó la Sierva haciendo la cruz a frai Santiago.

—Se equivoca! respondió Garduño... El diablo es usted!

—Frai Santiago! esclamó el presbítero O*, que a duras penas habia conseguido ponerse de pié.

—Sí! yo soi, señor presbítero, respondió Garduño. ¡Ayúdeme a sujetar a esta mujer, pues ya me faltan las fuerzas!

En efecto, Garduño hacia por sujetar entre sus brazos a la furiosa Sierva de Dios, cuyas contorsiones i saltos casi habian traido al suelo al ex-oficial. En cuanto al presbítero O*, no hacia mas que rodear el ajitado grupo, manteniéndose a respetuosa distancia, por temor a la lluvia de puntapiés que lanzaba la Sierva.

—Está con el diablo adentro! dijo el presbítero; i yo no me le atrevo, en tal estado, pues me hallo sin armas. Sosténgala usted, hermano Garduño, miéntras voi a buscar mi estola.

El padre Hipocreitía se habia acercado i dirijia la palabra a la Sierva; pero sin conseguir que ésta contestase, sino con insultos, razon por la que ya no quedó duda de que se hallaba en aquel momento poseida del mal espíritu.

En aquel instante entraba al patio doña Manuela Villagran, quien, al ver tal desórden, preguntó la causa.

—Es que la Sierva le estaba pegando a la Beatita, contestóle una mujer.

—¿I por qué? preguntó la señora con viveza.

—Dicen que ha sido porque la Sierva ha descubierto que su sobrina quiere casarse.....

—¿I por eso le pegaba? ¿En dónde está la Beatita? Venga para acá, hijita, dijo a la niña, haciéndole señas con la mano. Dígame: ¿es verdad que su tia la estaba maltrando porque.....?

—Señora, le interrumpió el padre Hipocreitía, en voz baja: acuérdese de que la prudencia aconseja.....

—Es cierto, padre mio, replicó la ya exaltada señora: es verdad que no es bueno meterse en vidas ajenas, pero a veces falla la regla, pues no hai regla sin escepcion; i casos hai en que el entrometido es el prudente. Así dice el adajio:—ni mui adentro que te quemes, ni mui afuera que te hieles. Todo estremo es vicio; i perdóneme, su paternidad, si le digo que a mí se me ha puesto en la cabeza que quieren sacrificar a esta pobrecita, metiéndola entre cuatro paredes, para lo cual no ha nacido ella.

—I eso ¿qué le importa a usted? preguntó colérica la Sierva de Dios, que, en estremo cansada, se habia echado sobre un banco, sostenida por tres o cuatro mujeres.

—Vaya si me importa! esclamó doña Manuela exaltándose mas i mas. Dime, niña, prosiguió, dirijéndose en voz baja a la Beatita: ¿es verdad que quieres casarte, en lugar de ir al monasterio?

—Conteste usted la verdad, dijo Garduño al oido de su amante.

—Ah! Santiago! esclamó la señora. ¡No te habia visto! ¿Por qué te hallas en tal estado de desarreglo? Para qué me enviaste a llamar? Mira que a mí no me gustan esos frailes que hacen consistir la virtud en andar como unos estropajos!

—Está así, porque me ha querido defender, dijo la Beatita.

—Eso es bueno! agregó la señora; pero usted, hijita, no me ha contestado.

—Es cierto... eso que usted dice, respondió la niña en voz baja.

—Pues lo decia yo! esclamó la señora. Ahora dime: ¿vale la pena el novio? Quién es? Si es bueno, te prometo ser la madrina.

La beatita soltó el llanto i se colgó al cuello de la señora. Nadie oyó lo que ella dijo a doña Manuela, quien hizo un movimiento de sorpresa; pero sobreponiéndose, esclamó:

—Dios dispone! I a quien Dios se la dió, San Pedro se la bendiga.

—No se casará, miéntras yo viva! gritó la Sierva, pidiendo que le acercaran a su sobrina. Yo no doi mi consentimiento!

—Nadie se lo pedirá a usted sino al padre de la niña, respondió doña Manuela. ¿Dónde está Nicolas Peñaloza?

—En la fonda de la esquina, respondió un hombre que acababa de llegar.

—Mire, amiguito, le dijo doña Manuela: si quiere ganar dos reales de carita, vaya a decirle a Nicolas que quiero hablar con él, al momento.

Salió corriendo el hombre, miéntras la Sierva proseguia diciendo:

—Aquí no hai mas padre que yo!

Doña Manuela, sin hacer gran caso de las palabras de la Sierva de Dios, estrechó contra su cuerpo a la Beatita, con aire de la mas decidida proteccion. I como toda la Villa estaba acostumbrada a respetar a la señora, nadie se admiraba de que ella quisiera mandar allí en jefe. El padre Hipocreitía observaba la escena a pocos pasos de distancia, como si no hallara qué partido tomar, i junto a él estaba el presbítero O.* mirándolo todo, con la boca abierta; con la estola al cuello, el Santo Cristo en una mano i el hisopo del agua bendita en la otra. Habiéndole dicho el jesuita algunas palabras al oido, acercóse el presbítero a doña Manuela, i le dijo:

—Mire usted, señora, lo que hace; que eso de protejer la sublevacion de esta muchacha contra su tia, es cosa contraria al derecho natural, al derecho canónico, al derecho.....

—¿Cuántos derechos hai? interrumpió la señora. Yo no conozco mas que un derecho i un reves; i para mí tengo que el derecho es lo bueno, i el reves es lo malo, i santas pascuas. Todo lo demas es puro velorio i palabrería, señor presbítero. ¿O le parece cosa mui al derecho esto de sacrificar a una pobre niña, en la flor de su edad? ¡Cómo si la lei de Dios pidiese imposibles! Déjeme usted obrar, interrumpió de nuevo la señora, sin dejar hablar al presbítero O.* Déjeme, i verá si sé hacer las cosas al derecho. Mire que no siempre está el huevo donde cacarea la gallina; i yo que conozco tanto las uvas de mi majuelo, sé mui bien en donde me aprieta el zapato.... ¡Gracias a Dios que llegaste, Nicolas! esclamó, viendo que el padre de su protejida se aproximaba al grupo... Acércate, que quiero hacerte un par de preguntas.

—Pregunte usted lo que quiera, señora, dijo Nicolas.

—No le oigas, hermano mio! interrumpió la Sierva: mira que esta señora tiene al diablo en el cuerpo.

—Eso sí que nó, hijita! contestó vivamente la señora, porque yo no he sido nunca beata. Ahora dime en conciencia si te parece mal lo que he hecho, prosiguió, dirijiéndose a Nicolas. Al entrar aquí, he oido los llantos de tu hija, maltratada por su propia tia; i yo he tomado a la niña bajo mi proteccion, miéntras llegaba su padre para entregársela. Aquí tienes a tu hija. Dime si he hecho mal.....?

—No! señora, nó: Dios se lo pague! respondió Nicolas, enternecido, aunque no siempre se acordaba de que tenia una hija.

Los circunstantes callaban, sin saber en lo que iria a parar todo aquello. La señora prosiguió:

—Como yo conozco las uvas de mi majuelo, i sé donde el diablo tiene las uñas, puedo asegurarte que, miéntras siga viviendo aquí tu hija, seguirán maltratándola todos los dias, a fin de hacer que ella tome el hábito, para lo cual no ha nacido. Dime, pues, (i esta es la otra pregunta) ¿quieres darme a tu hija para esposa de mi sobrino Santiago Garduño?

Nicolas abrió tamaños ojos, sin responder una palabra; i todos lanzaron una esclamacion de sorpresa.

—No se admiren ustedes, repuso la señora: que no es señor quien señor nace, sino el que lo sabe ser; i esta niña sabrá ser señora, como la mas pintada... Pero, ¿en dónde está mi sobrino?

Todos buscaban con la vista a frai Santiago, el cual habia repentinamente desaparecido, cuando lo vieron salir de su cuarto, vestido, nó con el hábito sino con su casaca de militar. Esta nueva trasformacion de Garduño produjo una admiracion jeneral. La Sierva de Dios se cubrió los ojos: el presbítero O.* temió caerse de espaldas, i el padre Hipocreitía sacó su caja de rapé de la cual tomó una narigada con los tres dedos.

—Espero tu contestacion, Nicolas, insistió doña Manuela.

Iba éste a responder, cuando la Sierva dijo:

—Pues yo no doi mi consentimiento; i si mi sobrina se casa sin mi gusto, no le daré ni un cuartillo partido por la mitad.

—Nada importa eso, repuso doña Manuela, porque yo me obligo a dotar a la niña con la mitad de lo que tengo, i prometo aquí solemnemente legarle despues de mis dias la otra mitad a mi sobrino.

Los circunstantes acojieron las palabras de la señora, con las mayores muestras de contento, miéntras Nicolas respondia:

—Si mi capitan me hace el honor de casarse con mi hija i ella lo quiere, yo doi mi consentimiento, con el mayor gusto.

—Ella lo quiere, i él tambien la quiere, respondió doña Manuela. Uno i otro me lo acaban de decir, pues han tenido tiempo de arreglar este negocio en estas tres semanas.

—Jesus, María! esclamó la Sierva. ¡I todo lo han hecho aquí en nuestras barbas, durante la mision, i sin que nosotros lo echáramos de ver!

—Mire, amigo mio, dijo el jesuita en voz baja, tocando a Garduño sobre el hombro: yo siento mucho no haber hecho de usted un sacerdote de la Orden; pero el que usted se case, no impide que siga siendo nuestro hermano.

—De ningun modo, respondió Santiago, apretando la mano del padre. Ustedes pueden contar siempre conmigo.

—Ya te digo i te repito, decia la Sierva a su hermano. Llévate a tu hija! No quiero verla mas, ni tendrá de mi parte ni un solo cuartillo!

—Hija mia, le dijo el jesuita acercándose: no diga usted eso. La niña es su sobrina; i ya que ha encontrado esta suerte, ella no ha podido ni debido despreciarla. Deseche esas ideas de odio, i perdónela.

La beatita se habia aproximado poco a poco a su irritada tia; i echándose a sus piés, empezó a llorar como una Magdalena. La naturaleza hizo su oficio, como dicen, i la tia perdonó i abrazó a su sobrina, desdiciéndose en cuanto a lo de no darle nada.

Dos dias despues de los sucesos que acabamos de contar, Griselda Peñaloza (que así se llamaba la Beatita) dió la mano de esposa a Santiago Garduño, en la misma puerta de la iglesia parroquial, delante de una gran muchedumbre, que, de lo mas apartado de aquella comarca, vino a ver el nunca visto prodijio de que una señora de tan alta alcurnia como doña Manuela Villagran i Santelices, hubiese hecho por que su sobrino se casara con una jóven de tan humilde condicion.

Las jentes en jeneral alababan el desprendimiento i llaneza de la señora; no así algunas de sus aristocráticas amigas, que nunca pudieron perdonarle el haber olvidado el lustre de su apellido, hasta el punto de querer mezclar su sangre azul con la sangre roja de los Peñalozas.

Este matrimonio no impidió la traslacion de las Niñas a Santiago, endonde, como queda indicado ántes, compraron una chacra, de

cuyo cultivo se encargó Garduño. Allí siguió la Médica Santa admirando a la capital con sus milagrosas curaciones; pero nada dicen las crónicas sobre si la Sierva de Dios seguiria siendo perseguida por Satanas.

No concluiremos este capítulo sin dar a conocer la suerte de Miguel Turra. Completamente curado de sus heridas, el bandido se habia quedado en la casa, esperando que el padre Hipocreitía se pusiera en camino para la capital con el fin de servirle de compañía. En cambio, el jesuita le habia prometido una colocacion; i sin tener que empeñarse grandemente, obtuvo para este buen servidor del sistema pelucon, el destino de *perseguidor de ladrones*, en el partido de Colchagua.

——:o:——

CAPITULO LVI.

LOS TRATADOS DE CUZCUZ.

«Así se inauguraba la política pelucona desde un principio falsa, odiosa e inmoral.»

(F. Errázuriz).

Tres o cuatro dias ántes de celebrarse el matrimonio de Santiago Garduño, Lucinda habia recibido por conducto de Pedro, una carta de Anselmo, en la que éste contaba detalladamente a su esposa todo cuanto le habia acontecido desde su separacion en Santiago hasta la batalla de Lircai. Respecto de los acontecimientos posteriores, la carta decia de esta manera:

«*Mayo* 19 *de* 1830.

«Ya nuestro buen amigo Tronera te habrá dicho que yo tuve que seguir al coronel Viel, despues del desastre de Lircai, con el fin de ayudarle a este jefe a reorganizar nuestra caballería. Pero ademas de este motivo, habia otro que Tronera no sabe. Viel me pidió que lo acompañase i le ayudase a influir sobre el ánimo del jeneral para tentar de nuevo la suerte de las armas, dirijiéndonos con nuestra

caballería hácia la capital. Yo no pude negarme, i fuí con el coronel a encontrar a Freire, a quien hallamos sumamente abatido. No sé cómo espresarte, alma mia, el dolor que me causó ver a un hombre a quien debo i quiero tanto, sentado sobre el tronco de un árbol caido, i con la cabeza entre las manos. Rodeábanlo unos pocos oficiales.—Señor, le dijo Viel: aun no está todo perdido, i todavía podemos tentar la suerte. Nos queda la mayor parte de nuestra caballería: ¿por qué no nos dirijimos rápidamente sobre la capital, que a la fecha se halla indefensa?—Nó, coronel, respondió Freire moviendo a uno i otro lado la cabeza: ya esto no tiene remedio; i con esta nueva tentativa, no conseguiríamos otra cosa que derramar inútilmente sangre de chilenos.—Pues yo estoi resuelto a conducir mis escuadrones al norte, repuso Viel, llevándolos por el camino de la costa.—Hágalo así, dijo Freire, que yo me iré derechamente a Santiago, con los oficiales que quieran acompañarme. —Estamos prontos a compartir la suerte de nuestro jeneral, respondieron los oficiales allí presentes.—Freire les dió las gracias, con una mirada de reconocimiento, i me preguntó qué pensaba hacer yo.—¿Quiere usted permitirme que lo acompañe? le dije.—Nó, amigo, me respondió, nó: vete con Viel. A él le quedan esperanzas, que yo no quiero destruir, esperanzas que en mí han muerto ya del todo.—Pero ¿por qué se ha de esponer usted a caer prisionero en Santiago? le pregunté entónces.—Allí es donde puedo permanecer oculto, mejor que en ninguna otra parte, me contestó; i si me descubren, no se atreverán a aprisionarme. A pesar de su abatimiento, no podia aun persuadirse de que se le dejara de respetar. Ah! querida mia! no contaba él con el espíritu de odio i de venganza que anima al partido reaccionario!»

«Mayo 20.

«Separámonos al momento: él para dirijirse directamente a Santiago, como un prófugo, i nosotros para tomar con la caballería el camino de la costa, con direccion al norte. Pasamos ese dia el Lontué, i proseguimos nuestra retirada, acosados por el teniente coro-

nel Lezaeta, quien nos picaba la retaguardia con un rejimiento de cívicos. La indisciplina de la caballería de Lezaeta nos permitió dispersarla con dos o tres cargas que le dimos; i al dia siguiente llegamos al rio Maipo, que atravesamos bajo el fuego de los cívicos que defendian a Melipilla. Pero los milicianos huyeron bien pronto, i pocas horas despues, pudieron entrar en esta ciudad, en donde no encontramos enemigos, sino una buena cantidad de fusiles i de municiones que trajimos con nosotros.»

«Mayo 21.

«Antes de dejar a Melipilla habia escrito Viel a nuestro jeneral dándole cuenta del estado de las cosas, i proponiéndole el plan de echarnos sobre la capital. Teníamos sobrado fundamento para creer en el éxito de este plan, pues la capital no estaba defendida sino por unos pocos milicianos. Proseguimos, pues, nuestra marcha; i al llegar a San Francisco del Monte, nos encontramos con la contestacion de Freire, que estaba aún oculto en Santiago. Esta contestacion nos causó una agradable i reanimadora sorpresa. Por ella supimos que la provincia de Coquimbo se habia revolucionado contra el gobierno pelucon, i que don Pedro Uriarte, jefe de aquel levantamiento, marchaba hácia la capital, con una division de mas de cuatrocientos hombres entre infantería i caballería. Concluia el jeneral con ordenar a Viel que se dirijiese hácia el norte, hasta encontrarse con la division coquimbana. Al mismo tiempo, nos prometia dejar inmediatamente a Santiago, para ir a reunirse con nosotros. Viel obedeció la órden, sin pérdida de tiempo; i siete dias despues, nos encontramos con la division de Uriarte, como a unas tres leguas hácia el sur de la Villa de Ovalle. El ejército entero, a las órdenes de Viel, siguió entónces su marcha hácia Santiago, de donde recibíamos todos los dias noticias tan contradictorias, que nos tenian desorientados.

«Nuestras fuerzas alcanzaban a mas de seiscientos hombres, de los cuales, cuatrocientos eran de caballería, perfectamente montada, teniendo ademas caballos, hasta para montar la infantería, lo

que nos daba la ventaja de poder movilizar nuestra tropa sin fatigarla. Llevábamos dos cañones, con quince artilleros cada uno, i como sabíamos que el gobierno no podia disponer de fuerzas veteranas, miéntras no llegaran las del sur, tratamos de acelerar nuestra marcha.

«Durante muchos dias esperamos inútilmente la llegada de Freire. Nada sabíamos de nuestro jeneral, i llegamos a temer, con mucha razon, que hubiese caido prisionero al salir de Santiago, para ir a encontrarnos, como nos lo habia prometido. Ah! querida mia! Cuánto tuve yo que sufrir durante esos dias de incertidumbre!.....

.....

«Mayo 22.

(*En la noche*)

«Mi querida: ya que no me ha sido posible dedicarte ni un momento, en todo el dia, prosigo mi carta ahora en la noche, cuyo silencio i tranquilidad animan mi abatido espíritu de las mas dulces ilusiones, pues me parece que tú me oyes al vaciar mis pensamientos sobre el papel.

«Como te decia ayer, todos estábamos intranquilos, sin saber a qué atribuir la demora de nuestro querido jeneral en ir a tomar el mando de la division.

«Al llegar a Yllapel, tuvimos noticia de lo sucedido: allí supimos que don Ramon habia rodado, con caballo i todo, por una escarpada cuesta, al atravesar las cerranías de Panquehue, para dirijirse hácia nosotros, i aun se nos dijo que habia muerto. Esta fatal noticia, que aflijió profundamente a los verdaderos amigos del jeneral, desanimó a una gran parte de nuestra jente.

«Al mismo tiempo tuvimos conocimiento de las fuerzas que el gobierno enviaba para impedir nuestra entrada en la provincia de Aconcagua, lo cual se temia, en razon al prestijio de que goza Freire en dicha provincia. El ejército pelucon constaba de unos cuatrocientos hombres, mitad caballería i mitad infantería, a las órdenes

del jeneral don Santiago Aldunate, antiguo amigo de mi padre, i al cual quiero i respeto como su natural bondad i su hidalguía lo merecen. Si ha hecho algo de bueno Portales, es la eleccion de Aldunate para pacificar el norte de la República. Pero ¡ai, querida mia! Lo que son los hombres sin principios! Esa misma eleccion ha sido hecha estudiadamente, con el fin de cometer una nueva infamia, no solo contra nosotros sino contra el mismo Aldunate, que tan bien acaba de servir al país. Eso tienen los hombres sin principios, sin honradez ni moralidad política: hasta sus propios amigos suelen ser sacrificados en los lazos que su felonía tiende a los enemigos.

«Perdóname, alma mia, que te hable en un estilo tan contrario a los dulces sentimientos que tu anjelical bondad sabe siempre inspirarme. Pero ¿qué quieres? No es posible dejar de indignarse, al considerar este tejido de traiciones de que el peluconismo se vanagloria.

«Mira, no mas, lo que ha pasado:

«Estábamos en Yllapel, cuando nuestro jefe recibió una carta del jeneral Aldunate, en la cual le hablaba éste de las recíprocas ventajas de un avenimiento, para evitar la efusion de sangre. Encontrándose Viel sin el apoyo del jeneral, cuyo prestijio nos era tan necesario, pensó en capitular, a condicion de garantírsenos nuestro honor militar i nuestra seguridad. En este sentido escribió a Aldunate una carta, que yo entregué a este jeneral, en su campamento de las Cañas.

«Aldunate me recibió con los brazos abiertos, pues yo le he debido siempre mucho cariño. Díjome que, careciendo de instrucciones de parte del gobierno, estaba perplejo sobre lo que habia de hacer; pero que su horror a la efusion de sangre lo impelia a tratar. Agregóme que, despues de haber pedido una i otra vez al gobierno las instrucciones que necesitaba, no habia recibido mas que la promesa de dárselas por escrito; promesa que el gobierno no supo cumplir. Por último, concluyó con decirme que habia manifestado a Portales, nó solamente sus tendencias al empleo de medios pacíficos,

para la conclusion de la guerra civil, sino tambien su formal resolucion de *no tomar el mando de la division, si el gobierno no concedia garantías a los individuos que continuaban en el norte haciendo la guerra.*

«Tales fueron las palabras del noble Aldunate, que tan vilmente habia de ser sacrificado, pocos dias despues, en aras de los mal entendidos intereses de un partido que parece haber iniciado en Chile la política del dolo i de la deslealtad. Porque has de saber, querida mia, que despues de haberse firmado i ratificado en la aldea de Cuzcuz, el dia 17 de mayo, los tratados habidos entre Viel i Aldunate, han sido altamente desaprobados por el gobierno, es decir, por el ministro Portales. I sin embargo, el mismo Portales que conocía las pacíficas intenciones de Aldunate, i que nunca contradijo sus opiniones a este respecto, fué el mas empeñado en hacer que aquel jeneral se hiciera cargo de la division. Al no darle instrucciones contrarias, es evidente que el gobierno, esto es, Portales, se conformaba tácitamente con la manera de pensar del jeneral. Si no se conformaba con ella, debió haberlo espresado, en instrucciones claras i terminantes, o haber empleado otro instrumento mas digno de sus miras anti-patrióticas. Pero no lo ha hecho así, i Portales ha llevado aun su cinismo hasta querer hacer cómplice de esta nueva felonía al mismo Aldunate, a quien le ha escrito diciéndole: «que no habia sido dueño de la palabra empeñada, i que por lo mismo no le ligaba.» ¡Qué jentes estas en cuyas manos ha caido nuestro desgraciado país! No parece sino que desde la traicion de Ochagavía se creyesen ya dispensados de cumplir toda palabra solemnemente empeñada. ¡A esto llaman política los pelucones!

«Tan indecoroso proceder (que ha indignado a muchos de los mismos amigos del gobierno), pone en evidencia, por una parte, que se ha querido anular a un hombre honrado que no aprueba la conducta del gobierno, i por la otra, que éste necesita de un pretesto para proseguir su sistema de inútiles i odiosas venganzas. Tú considerarás, alma mia, lo que tenemos que esperar de Portales, cuando te

diga que en la misma carta antedicha, agrega: «*que el gobierno ha encontrado prudente ver correr alguna sangre chilena.*» I esto lo dice, despues que los enemigos del gobierno han depuesto las armas!»

«Yo sé mui bien que Portales es un espíritu irritable i hasta estrafalario; varias veces he notado su completa ignorancia de los principios republicanos; pero jamas habria creido que su crueldad llegara hasta el estremo del descaro. Creo firmemente que si don Diego Portales sigue ensangrentando al país con su atrabiliario sistema de gobierno, es imposible que muera en su cama.

«No tengo para qué decirte, Lucinda mia, que esto no es un deseo de mi corazon, que tú conoces sin duda mas que yo mismo. Dios es el único dueño de la suerte de los hombres; i me estimo lo suficiente para no acordarme de los dolores que esa fatal política me ha hecho sufrir, cuando estoi hablando de los dolores de mi patria. Te estimo demasiado, alma mia, para decirte una mentira; i seria mentirte el tomar como un pretesto los sufrimientos presentes i futuros del país, para hablarte de mis propios dolores. Nó, mi querida Lucinda, nó... Tú me conoces, i sabes que soi incapaz de darte como patriotismo lo que no seria mas que un egoismo refinado de mi parte. No necesito hacerme violencia para perdonarle a los reaccionarios, o mejor dicho, a Portales, los dolores que por su causa he sufrido; pero no me es posible dejar de indignarme, al considerar los males que han hecho i que harán sufrir a la nacion.

«Son las dos i media de la mañana.—Hasta luego, amor mio.»

«Mayo 23.

(*Por la mañana.*)

«Ratificados los tratados i disuelto nuestro ejército, el coronel Viel pasó a Valparaiso, endonde ha tenido que ponerse bajo el amparo de la bandera francesa, para librarse del rencor de Portales. Yo me vine a la provincia de Aconcagua, con el fin de obtener noticias del jeneral, i ver si podia serle útil en su desgracia. Despues

de algunas pesquisas, supe que se hallaba aun enfermo, en la estancia de un amigo de confianza, cerca de San Felipe. Al momento me dirijí allí, endonde encontré al jeneral ya en pié, pero no completamente restablecido.

«Aquí me hallo con él al presente; i desde este mismo lugar te escribo, esperando enviarte esta carta a Molina, en cuanto pueda encontrar un hombre que me inspire confianza.

«Tenemos el proyecto de irnos secretamente a Santiago, tan pronto como el jeneral pueda montar a caballo. Este se quedará allí oculto, i yo me pondré en camino para Molina.

«Tengo tantas ganas de verte i de hablar contigo, que ya que no puedo conseguirlo, me contento con escribirte esta carta, tanto mas larga cuanto mayor sea el número de dias que me demore en encontrar con quien mandártela, sin peligro de que se estravie.

«La desaprobacion de los tratados nos hace pasar aquí temiendo ser descubiertos. Los traidores, ya dueños absolutos del poder, están desplegando tal actividad en perseguir a sus indefensos enemigos, que hacen recordar los tiempos de Ossorio i de Marcó. ¿I qué mucho, cuando vemos en el gobierno de la República a un antiguo asesor de este último? Ayer no mas firmaba decretos contra los insurjentes de Chile, i hoi ocupa uno de los primeros puestos creados por esos mismos insurjentes. ¡I tiene la desvergüenza de llamarse un patriota! Pero ya se ve! Va siendo de moda el llamar patriotas a los liberticidas, a los que echan de ménos el réjimen colonial i a los que, como don Diego Portales, no se habian acordado hasta hoi de que tenian patria!

CAPITULO LVII.

CONCLUYE LA CARTA DE ANSELMO.

«Hai quienes pretenden someter a inventario las obras de este estadista, i preguntan: ¿qué hizo al fin Portales? ¿Qué nos dejó Portales?—¿Qué hizo?—*Sacó del caos la República*—¿Qué nos dejó?—*Nos dejó la República*...

R. Sotomayor. V. (*El Ministro Portales.*)

«En el fondo, nuestro gobierno no es republicano sino monárquico electivo, en que el rei gobierna por cinco años i tiene de hecho la facultad de designar a su sucesor i de nombrar a las mayorías de ambas Cámaras.

Z. Rodríguez. (*Independiente*–Junio 23 de 1876.)

«Mayo 23.

(*Por la noche*)

«A mí no me admira, Lucinda mia, que el viejo espíritu monárquico haya aparecido hoi en Chile bajo una nueva forma. Se ha reaccionado contra la república, desde que se dió en América el grito de independencia. Aun este mismo no fué un gritó espontáneo

de libertad sino de simple emancipacion política, tendencia cuyo oríjen debe, a mi juicio, buscarse allá en la natural audacia que produjo el descubrimiento i la conquista del Nuevo Mundo. Los conquistadores tuvieron desde luego que formar como una sociedad aparte, cuyos intereses estaban casi siempre en contradiccion con los de la Metrópoli, que desde un principio fué, no la madre sino la madrastra de sus colonias. Nuetros padres heredaron de sus abuelos la gloria de mil hechos heróicos i memorables; i junto con esas gloriosas tradiciones, el espíritu de insubordinacion i turbulencia que caracterizaba a los primeros conquistadores, así como el odio sordo contra la Metrópoli, cuya manera de gobernar injusta i atrabiliaria era la ménos a propósito para mantener contentas a las colonias. I obrando a una todos estos elementos reunidos, debian producir, tarde o temprano, el deseo de la emancipacion; deseo que iba siendo tanto mas profundo i ardiente, cuanto mas se relajaban los vínculos nacionales, con la separacion de la madre patria, i cuanto mas se cortaban las relaciones de familia, con la formacion de nuevas casas en América.

«Pero este amor a la independencia política, que solamente podia existir en las aristocracias americanas, estaba mui léjos de ser el amor a la libertad. El primero era mui natural, pues para ello no se habia menester mas que descontento i un poco de ánimo. No así el segundo, para lo cual necesitaban aquellas aristocracias, no solamente conocer la libertad, sino tambien poseer bastante jenerosidad i desprendimiento para deshacerse de sus fueros i privilejios en favor del pueblo, al cual miraban como a una raza inferior.

«Así pues, si la América deseaba emanciparse, desde mui antiguo, eran mui contados los americanos que tenian ideas netas sobre la libertad; i nadie desea o ama lo que no conoce. Aclimatados en una patria nueva, habian dejado de amar a la antigua, que no conocian ya sino de nombre; pero seguian adorando los fueros i privilejios, las costumbres, usos i preocupaciones que les legaran sus mayores. Por consiguiente, todas las aristocracias de las colo-

nias acariciaban mas o ménos la idea de formar acá en América estados independientes, gobernados por un monarca. No querian un cambio radical en la manera de ser social i política, sino un cambio de rei, que conciliase su odio i su egoismo con sus costumbres i sus preocupaciones.

«En los Estados Unidos del norte, los prohombres de la independencia ofrecieron a Washington una corona, que él rechazó con indignacion, porque éste ha sido sin disputa, el hombre que mejor comprendiera el objeto de la revolucion americana. En la América latina, procedente de una Metrópoli mas corrompida que la inglesa, sucedió lo contrario, pues fueron los libertadores Bolivar i San Martin los autores de la peregrina idea de convertir a las colonias en monarquías. Méjico, despues de haber peleado valerosamente por su independencia i proclamado la repúbiica, colocó sobre las sienes de su Libertador Iturbide la diadema de emperador. El doctor Francia fué el Libertador, para convertirse en seguida en el dictador brutal del Paraguai. Posteriormente hemos visto aparecer en las demas repúblicas esas encarnaciones del despotismo monárquico, bajo el disfraz republicano. No quiero molestarte con mas ejemplos de traicion a la libertad; i concluiré con traer a tu memoria solamente otro caso, por haber sucedido en Chile... El glorioso vencedor de Chacabuco, precisamente despues de asegurada la independencia de su país, por la batalla de Maipo, se convierte en el supremo Dictador de la República. Tanto valdria decir *rei de la República chilena.*

«Pero si el antiguo espíritu monárquico habia encontrado en O'Higgins un digno representante de sus tradiciones i un instrumento de sus miras liberticidas, tambien es verdad que el pueblo chileno supo conservar la dignidad de la república, obligando a O'Higgins a entregar la banda tricolor i el sable republicano, convertidos ya, aquella en látigo i éste en puñal. Esta vez la victoria fué de la idea republicana: mas no por eso se dieron por vencidas las ideas monárquicas; i despues de haber rujido sordamente mas de siete años, han logrado encarnar hoi en don Diego Porta-

les. Así tambien allá en el otro lado de los Andes, el absolutismo ha encontrado su representante en don Juan Manuel Rosas.

«I no porque don Juan Manuel sea mas brutal que don Diego; no porque Iturbide fuera mas condecorado que Francia, dejarán todos ellos de ser una misma cosa: caricatura de estadistas. ¿I por qué? Porque en todas partes han obrado (unas veces de buena i otras de mala fe) contra las mismas ideas que aparentaban defender .....

.....

«Pero me dirás tú: ¿I dónde están entónces los verdaderos defensores de las ideas republicanas? A lo cual yo te contestaré: están en el pueblo. Porque como solamente los que sufren son los que suelen mirar al cielo, es allí, entre los desheredados de la fortuna, endonde encontramos algunos individuos privilejiados que aman de veras a la libertad.

«Perdóname, Lucinda mia, esta digresion con la cual he querido poner ante tus ojos la imájen de esa antigua lucha del espíritu republicano, que hace por conquistar sus derechos, contra el monárquico usurpador, que no quiere abandonar su presa, o trabaja por empuñar hoi lo que ayer se le fué de las manos.

«Por lo que acabo de decirte, bien echarás tú de ver, querida mia, que en estas nacientes repúblicas, sin grandes tradiciones, ni antecedentes históricos, no puede haber sino dos partidos: el uno progresista i el otro retrógrado. Todos los demas partidos no pasan de ser fracciones i maticcs de los dos colores antedichos.

«Don Diego, puesto entre esas dos entidades sociales, la una representante del sistema antiguo; i la otra, de la era moderna, no dudó en tomar el partido de aquella, pues este hombre no tiene idea de lo que son los principios republicanos. Tan ignorante es a este respecto, que achaca a dichos principios las faltas de los hombres que dicen profesarlos. Un dia se lo dije, estando en una tertulia. Acababa de leer el «*Hambriento*» ¿Deja de ser excelente (le dije) el sistema democrático, porque algunos necios o malvados se dan el nombre de demócratas? El se rió

a carcajadas; i pasándole la vihuela a una niña de la casa, rogóle que tocase una *zamacueca*, para bailarla él mismo. Ni me admira tampoco que desee derramar sangre chilena el que se entrega a los mismos que ayer no mas eran los verdugos de los patriotas chilenos.

«Siempre hallaré mui natural i lójico el que se declare enemigo de la Constitucion i de la República, desde que supo permanecer indiferente durante la guerra de nuestra Independencia. Miéntras peleábamos por la libertad los pipiolos (cuya sangre él desea ver correr, *para bien de la patria*): ¿qué hacia Portales en bien de la patria? Especulaba con el monopolio del tabaco, monopolio legado por los españoles; hacia consistir la base de su fortuna personal en una institucion contraria al progreso de su país. ¡I nos llama enemigos de Chile, a nosotros que peleábamos por el porvenir de Chile, cuando él traficaba a la sombra del pasado! Cuando especulaba con uno de los viciosos legados del coloniaje! Cuando ni aun siquiera se acordaba de la libertad de su país! En cambio, se ha venido a acordar ahora, cuando Chile comenzaba a respirar la atmósfera de la libertad. ¿I para qué? Para poner sus talentos al servicio de los reaccionarios; para servir de tropezon a la marcha democrática de la República, que él es incapaz de comprender; para ensangrentar a la nacion con la atroz guerra civil, que los chilenos no conocíamos, ántes de que los reaccionarios la hubieran creado i fomentado; para emplear, en fin, toda su enerjía en satisfacer odios personales, en ejercer estúpidas venganzas, i en convertir a nuestros gobiernos hácia las antiguas i feroces prácticas del coloniaje, persiguiendo cruelmente a los mismos que hemos derramado nuestra sangre por la libertad de la patria. ¡Esto se llama hoi patriotismo! Hé aquí lo que me admira: el atrevimiento para bautizar a un crímen con el nombre de una virtud.

«Perdóname, alma mia, que te hable de esta manera... No sé qué seria de mí, si no encontrara en tí otro corazon, al cual acercar el mio hecho pedazos!... Si tú no estuvieras en el mundo, yo quisiera morir, para no ver los males de mi patria; para no oir

el llanto de mis conciudadanos; para no ser testigo del envilecimiento en que habrá de caer este país, tan digno de mejor suerte.

«Te hablo de esta manera, mi Lucinda, porque al prever los males que habrán de aflijir a Chile, no puedo permanecer indiferente ante las imájenes sangrientas, ante los cuadros dolorosos que veo dibujarse allá en el porvenir. Ojalá fueran fantasmas de mi imajinacion; pero mi razon me muestra con tal evidencia los fundamentos de mis temores, que mi corazon se conmueve, al considerar cuánto no tendrán que sufrir nuestros hijos, bajo el sistema de dolo, de falsía, de traicion, de espionaje, de injusticias, de persecuciones i de venganzas, iniciado por don Diego Portales.....

.....

«Mayo 24.

(A las 5 de la mañana)

«Yo conozco mui de cerca a don Diego Portales, i siempre he admirado en él las raras dotes con que la naturaleza ha adornado su espíritu. Cultivado éste, habria producido una abundante cosecha de virtudes, que se han convertido, por la falta de cultura, en afectos bastardos, en vicios i en preocupaciones de todo jénero. Lo que he oido referir de su niñez i de su primera juventud, coincide en todo con su modo de ser actual. El niño travieso, voluntarioso, indócil, díscolo i desobediente, del colejio, llegó a ser un mozo atrevido, irrespetuoso, caprichudo, insubordinado; i es hoi un hombre testarudo, orgulloso, intolerante, irascible i altanero hasta la insolencia. Perezoso e indolente a veces, sabe desplegar una asombrosa actividad i una enerjía a toda prueba, cuando ha tomado un partido. De pasiones vehementes, no sabe ni amar ni odiar a médias; pero sabe mas odiar que amar. Algo envidioso (él cree no serlo, porque: ¿a quién envidiaria un hombre que se cree digno del primer rango?), es profundamente rencoroso i vengativo hasta la crueldad. Es un gran carácter, enardecido por el odio; un talento natural, deslumbrado por las preocupaoiones; una poderosa voluntad, dirijida por su amor propio i templada en el espíritu de partido.

De aquí las persecuciones futuras que yo temo, i que anegarán a la república en un mar de sangre.

«Valiente hasta la temeridad, sobre todo, cuando encuentra resistencias; no parece sino que las dificultades triplicaran sus fuerzas físicas i alumbraran su entendimiento, para encontrar espedientes, aun en medio de los mismos peligros que lo amenazan. Sus miras estrechas i a veces mezquinas, están mui léjos de hallarse a la altura de su talento para alcanzar sus fines. Es enemigo de los términos medios, i le gusta siempre jugar el todo por el todo. Animado por sus rencores, i en posesion del poder, preferirá siempre tomar la línea recta para llegar hasta su enemigo. Sin embargo, suele no desdeñar la intriga; i sabe esperar los resultados... El tigre suele a veces ser gato... De una organizacion delicada i sensible, la vehemencia de sus pasiones, jamas contenidas, lo hace tomar resoluciones súbitas, que no por ser prontas dejan de ser duraderas. Pronto en concebir una idea i de admirable fecundidad para encontrar los elementos de su realizacion, posee una voluntad de fierro para ejecutar lo que se ha propuesto. No retrocede ante los inconvenientes i marcha derecho hácia sus fines, con una persistencia, que a veces es la tenacidad vulgar del amor propio, i en muchas otras, la constancia de las almas nobles i fuertes que persiguen un propósito elevado.

«No parece ambicioso, porque no lo es como el comun de las jentes. Su espíritu, elevado por naturaleza, desprecia el brillo i la pompa; i si aspira a los puestos públicos, es para influir en los destinos del país. Carece de la ambicion de honores i de riquezas, tan comun en las almas vulgares, i solo ambiciona el mando. Un puesto público es pues para él un lugar poco codiciable, i endonde le gusta ver a sus amigos. En cuanto al poder, ya es otra cosa; i tratará de obtenerlo, adueñándose del ánimo del mandatario o imponiéndole la lei de su férrea voluntad. Su pasion es mandar por mano de otro; i ántes que ser Presidente de la República, preferirá ser el ministro de un presidente necio.

«Portales posee el sentimiento de la justicia; pero cegado por sus rencores obra como si careciese de ideas, sobre la equidad. Todo

lo ve al traves de sus odios. En presencia de sus enemigos, su criterio se ofusca hasta no concederles ninguna clase de virtudes. Entre un pipiolo i un pelucon, él ya tiene de antemano pronunciada la sentencia. Siempre es justo el no serlo con los liberales. Estos no merecen que un pelucon honorable les cumpla su palabra empeñada. Ser desleal con ellos es ser leal con el país; engañarlos es ser un hábil político; no escuchar sus reclamaciones es ser un buen mandatario; perseguirlos sin necesidad; martirizarlos inútilmente i confiscar sus bienes, es ser un gran estadista. Estoi por creer que si don Diego ama el gobierno restrictivo i despótico, es solo porque los pipiolos aman la libertad, la igualdad i la fraternidad.

Nuestro poderoso ministro cree llegar por el rumbo opuesto a la tranquilidad de la república... Desea, con loable ardor, el progreso de su país, sin comprender netamente en lo que consiste el progreso, ni saber cuáles son los medios mas adecuados para alcanzarlo. Para él no hai medio que produzca mas adelantos sociales que la paz i tranquilidad públicas; i tiene mucha razon: pero ignora, u obra como si ignorara que no hai tranquilidad durable, si ella no sirve de base a la felicidad pública, lo cual sucederá solamente cuando los ciudadanos gocen de la paz, utilizándola en el libre ejercicio de sus derechos i de sus deberes. Entónces la paz, léjos de ser perturbada, encuentra sus defensores mas ardientes en la sociedad misma, interesada en su conservacion.

«No es ésta la tranquilidad apetecida por el ciego estadista, sino la que resulta de la presion; tranquilidad amenazada siempre de muerte por la sociedad misma, pues ésta no puede estar interesada en conservarse en un estado contrario a su naturaleza. Los gobiernos no podrán dar jamas la tranquilidad a los pueblos cuyas aspiraciones no satisfacen, porque la paz no se impone como se impone el silencio.

Nuestro estadista aborrece la anarquía popular, que es el despotismo del pueblo; i yo le ayudo con gusto a aborrecerla; pero su odio egoista no nace del amor al órden público sino del amor al despotismo aristocrático, que es la anarquía de las clases elevadas.

«Con medianos conocimientos siquiera en las ciencias sociales, don Diego habria llegado a ser un estadista de primer órden: así lo hacen presumir la sagacidad i perspicacia de su talento, junto con la actividad, enerjía i constancia de su carácter... Pero su ignorancia de los principios mas conocidos sobre los derechos i los deberes del hombre, su desprecio por el pueblo, su horror a la libertad, sus preocupaciones contra la sociedad en jeneral, su ninguna fe en el buen sentido público, su confianza excesiva en la propia superioridad, su desconocimiento de la equidad i de la justicia, su excesiva sed de influencia i de dominio, su tendencia al empleo de la intriga de mala lei, del fraude i del engaño, combinados con la presion i el terror, para dominar absolutamente, sus estrechas miras de círculo, i hasta su sensualidad misma, i sus instintos feroces, convertidos en pasiones, por su falta de educacion, le impiden elevarse a concepciones de un rango superior. Pero si le falta elevacion de miras, en cambio le sobra arrogancia i atrevimiento para no reconocer igual. El niño altanero, que en el colejio no respetaba a sus maestros i miraba de alto abajo a los condicíspulos que sabian mas que él, obra hoi de una manera análoga, aunque en otra escala mas elevada.

«Su espíritu es altivo, dominante i atrabiliario. A veces busca la lucha, por el placer de vencer en la discusion. Espresa sus opiniones, aún las mas absurdas, con un aplomo i seguridad que fascinan, no siendo estraño que muchas veces, su perspicacia adivine lo que no sabe. De todos modos, su palabra tiene siempre el tono de *ultimatum*. Es menester creer lo que él dice i aprobar lo que él hace, so pena de ser un necio, un díscolo, un malvado o un enemigo del país. El tono de su voz, acentuada siempre por la pasion, la mirada penetrante de sus ojos, la franqueza de su espresion clara i terminante, que revela una voluntad decidida e imperiosa, el perfil severo de su rostro simpático, el aire desembarazado de su persona i hasta la sonrisa temible de sus labios provocativos, comunican a su palabra esos atractivos de la elocuencia que arrastran i seducen. En mas de una ocasion lo he visto apropiarse las ideas ajenas, i presentarlas como suyas, con tal sagacidad, que el autor mismo

del pensamiento queda encantado de haber pensado conforme pensaba el señor don Diego. Su inflexibilidad es admirable para no darse nunca por vencido; i es tal su pasion a este respecto, que cuando no domina por completo en una discusion cualquiera, entónces se calla o exhala su bílis en sarcasmos punzantes. Lo he visto contestar con una carcajada a un argumento concluyente contra sus doctrinas. ¡Pero qué carcajada aquella!...

«Por esto huye de encontrarse con cualquiera superioridad. El talento ajeno lo abruma; las verdaderas gracias caidas de la boca de otro, le hastian; i encuentra un placer especial en rodearse de necios. Esto hace recordar su antigua pasion de colejial, cuando se entretenia horas enteras en perseguir cruelmente con sus burlas a alguno de sus condiscípulos. No parece sino que su espíritu sarcástico i burlon gozara, al palpar la inferioridad de los demas. Cuando éramos amigos, lo veía pasar horas enteras, entretenido con los disparates de cualquier mentecato.

«Sus burlas punzantes no perdonan ni aun a sus propios amigos políticos, en los cuales solo ve personajes secundarios que forman el fondo de los cuadros en que él figura en primer término. Parece que agradeciera la altura a que lo ponen las necedades i ridiculeces ajenas. Esta cualidad que, en medio de un partido homojéneo i unido por miras nobles i elevadas, le concitaria enemigos, ha formado, al contrario, en torno de su persona, un círculo de pelucones divididos por aspiraciones diversas que los hacen odiarse mutuamente. Cada uno de ellos agradece a su jefe las puyas i sarcasmos que éste lanza sobre el vecino enemigo.

«No solamente carece Portales de una educacion medianamente republicana, sino que posee las mas absurdas ideas sobre el sistema democrático, cuyas instituciones odia, sin comprenderlas. Si las comprendiera, i siguiera odiándolas, no mereceria compasion; pero lo cierto es que las desprecia porque no ha pensado jamas sobre ellas; i el rencor que les guarda no es mas que el reflejo del odio que profesa a los liberales. Verdad es tambien que nunca ha pensado sériamente sobre ningun sistema de gobierno; i así como cuan-

do colejial se jactaba ante sus condiscípulos de no haber estudiado sus lecciones, hoi hace gala de no haber estudiado nunca nada, ni leido con gusto mas que el Quijote i otro libro mas, que no recuerdo. I ojalá hubiera leido con atencion aquel libro extraordinario, pues así, su mente se habria enriquecido de ideas verdaderas sobre el corazon humano i sobre la equidad, la justicia i el fin social de los pueblos.

«En vez de esas ideas, tiene la mente llena de preocupaciones, nacidas de su propia ignorancia i de la atmósfera social en que se crió. Alejado de los campos de batalla, endonde se vivia odiando al rei i peleando por la libertad, miraba con indiferencia i desde léjos la contienda de nuestra Independencia; i entregado, miéntras tanto, a los placeres de una vida licenciosa, que alternaban con sus elucubraciones comerciales, no podia su espíritu impregnarse de las ideas republicanas, ni encenderse su corazon en el fuego del patriotismo.

«Esto no es decir, querida mia, que Portales no ama a su patria. Nó... La ama de corazon; pero su patriotismo está mui léjos de ser ilustrado i desinteresado. Es patriotismo egoista que ha dado oríjen a una política absorbente, injusta, esclusivista e intolerante. Para el ministro, no hai mas patria que el círculo que rodea a su persona; i de aquí es que su administracion ha comenzado i seguirá siendo eminentemente personal. Todos los que no aprueban su atrabiliario gobierno son i serán enemigos del país, i tratados como a tales. Su desmedido orgullo lo hace rechazar toda indicacion que venga de sus contrarios, a quienes negará el derecho de interesarse por el país. Los que secunden ciegamente sus miras, serán ciudadanos chilenos; los que nó, merecerán su odio, en castigo de su traicion a los intereses de la patria, es decir, a los intereses del partido, cuya encarnacion es Portales. I el odio de éste significará la persecucion, el insulto, la muerte, el destierro i la confiscacion de los bienes de los enemigos de la patria; es decir, de los que no aprueban la administracion del vengativo ministro.

«En todo esto, obra él de buena fe, pues obra con la conciencia de su infalibilidad política. El cree que así restablecerá en Chile la

tranquilidad que una libertad exajerada le ha quitado; i que de este modo morijerará la administracion, ya corrompida por los liberales. De manera que, en su fanastismo por el sistema restrictivo, creerá sacrificar a los pipiolos en aras del bien público, cuando lo que hace es sacrificar los principios republicanos en el altar de sus preocupaciones, de sus odios i de sus rencores patriótico-personales.

«Hé aquí, Lucinda mia, porqué te digo que este hombre, elevado por fatales circunstancias a director de la República, sin comprender el verdadero objeto de la revolucion contra el rei de España, implantará en Chile el viejo sistema del coloniaje, que tan bien cuadra con su carácter i con su educacion imperfecta. I no atreviéndose ese retrógrado sistema a presentarse en su atroz desnudez, ha tenido que hacerlo ataviado a la republicana. Uno de los rasgos característicos de esta i de las futuras administraciones peluconas será la falaz hipocresía. La administracion, republicana en las palabras i monárquica en el fondo, no será desde hoi mas que una copia (modificada segun las circunstancias actuales) de los gobiernos de la colonia. Es todo lo que Portales sabe de la ciencia de la administracion pública.....

.....

«I sin embargo, este hombre aspira a la perfeccion administrativa. Su alma elevada ha sufrido indudablemente, al ver el descamino i tropiezos de nuestras anteriores administraciones, i anhela por la honra i decoro del gobierno, i por la paz i tranquilidad de la nacion. Solo que se ha engañado en la eleccion de los medios para conseguir tan loable objeto. De aquí la serie de contradicciones que presentan el carácter i la vida política de Portales. No parece sino que en él hai dos espíritus: el uno que lo empuja a los deseos nobles i elevados, i el otro que lo pone al nivel de los hombres mas vulgares. Es que su alma, levantada i digna por naturaleza, cae en el fango de sus preocupaciones, de su ignorancia i de sus instintos bastardos, cuando trata de dar un paso en el camino de la práctica. Basta observarlo despreocupadamente, para notar las contradicciones de este carácter elevado i rastrero, atrevido i cobar-

de, jeneroso i mezquino, abnegado i egoista, desinteresado i ambicioso, compasivo i cruel, agrio i truhan, severo i burlon al mismo tiempo. Ha pugnado por defender la constitucion dictada por los liberales, i será su mas cruel verdugo. Ama a su patria, i se ha puesto al servicio de los enemigos de la república. Odia a todos los revolucionarios del mundo, i se olvida de que ha contribuido a echar por tierra el réjimen legal, sin que para ello hubiera otra razon que el odio de los pelucones a la libertad, i su propio odio a los liberales. Se indigna contra los que no respetan las leyes, i él es el primero en faltar a ellas. Desea la tranquilidad pública, i tiene al país en una constante intranquilidad, con sus persecuciones antipolíticas, que habrán de provocar disturbios a cada paso. Aborrece a los malvados, i él cria malvados i los apoya, premiando el espionaje, la delacion i la calumnia, i perdonando verdaderos crímenes, en cambio de adhesiones. Se ríe de los aduladores, respondiendo a veces a una alabanza con una burla o un sarcasmo; i no obstante, su sistema represivo i tirante es el mas a propósito para crear aduladores i envilecer el espíritu del pueblo. Tan pundonoroso como celoso de su honra, es al mismo tiempo mui poco escrupuloso en la eleccion de los medios para llegar a los fines que se propone. Con sus ojos fijos allá en el bien hácia donde él pretende ir, no ve ninguno de los males que hace en el camino. Jamás ha cesado de echar en cara sus vicios i sus malas costumbres a los liberales, con una acrimonía que sentaria mejor en otro hombre de costumbres ménos licenciosas e inmorales que las suyas; i luego vemos que no hai pillo, por vicioso que sea, que no encuentre apoyo, con tal de servir de cuña en su partido. Es un hombre honrado que se ríe a carcajadas de la necedad de los liberales, en haber tomado siempre a lo serio la palabra empeñada de los pelucones. Su veracidad es tan grande, que solo miente en política. Quiere que los puestos públicos sean servidos dignamente; i los provee de jentes viles, que no pueden servir sino de instrumentos de círculo. Ha consagrado el respeto ciego a los mandatarios, como el principal elemento de órden público; i es mui capaz de ridiculizar a su amigo el presidente,

delante del portero de palacio. Trabaja por introducir en la administracion pública la moralidad que, a juicio de los pelucones, faltaba al gobierno de los liberales; i sin embargo ¿qué administracion mas inmoral que la suya? Despues de haber debido ayer su existencia a una serie de traiciones i al derramamiento de sangre chilena, busca hoi su afianzamiento en odiosas persecuciones; i concluirá por elevar mañana el fraude i el engaño al rango de indispensables espedientes políticos. No puede ver a los malos jueces; i luego los obliga a dictar sus fallos i providencias, nó conforme a los principios de justicia, sino mirando los intereses del partido dominante. Le agrada oirse llamár el justiciero; i todavía no hemos visto que haya hecho justicia a sus contrarios.... Pero seria nunca acabar el seguir hablándote de los defectos i contradicciones de este hombre tan poco a propósito para rejir un país que comienza su aprendizaje democrático..

«Mayo 24.

(A las 3 de la tarde)

«En cambio, ninguno mas adecuado para servir de tropezon a la marcha republicana del país, i ayudar a los pelucones a llevar a cabo sus liberticidas miras.

«No creo que en la historia de las repúblicas hispano-americanas se encuentre un hombre que represente las ideas i tendencias de un partido, con mayor exactitud que la que el carácter, la educacion i los antecedentes de don Diego Portales representan el modo de ser i las tendencias del partido pelucon. Este hombre, verdaderamente estraordinario, bajo mas de un punto de vista, i que por su pésima educacion raya casi siempre en la mas comun vulgaridad, es algo como la encarnacion de las prácticas, usos, costumbres, vicios, preocupaciones i tendencias de los reaccionarios.

«Tal para cual. Sin un hombre de las cualidades i defectos que constituyen el carácter de Portales, no habrian podido los pelucones triunfar del elemento republicano, arraigado ya en todo el país; i sin los reaccionarios, todo el talento del ministro dictador i toda

su enerjía, habrian sido impotentes para llevar a cabo sus miras liberticidas. La misma diversidad de miras de los retrógrados, divididos en facciones que se observan con ojeriza, ha sido un elemento del cual ha sabido aprovecharse Portales, para dominarlos; i ellos se han dejado dominar, en cambio de que él sojuzgue i despotice al país en favor de ellos. Así es que este hombre ha venido a complementar a un partido que, por su diversidad de miras personales, no podia obrar de consuno sin un jefe absoluto que supliera las ideas, que le faltan, i que son el único elemento de union duradera entre los hombres.

«Cada faccion pelucona ha trabajado por ejercer un dominio mas o ménos exclusivo; i Portales, ayudado de la casualidad, ha podido halagar i fomentar las esperanzas de todas ellas. La faccion O'higginista creyó i aun cree que el glorioso vencedor de Chacabuco, convertido despues en miserable dictador de Chile, vendrá a sentarse en la silla presidencial. Los clericales esperan la devolucion de los bienes quitados a los conventos de regulares; i los conservadores en jeneral ven en su hombre de estado el mas poderoso apoyo de los usos, abusos, costumbres i vicios de la colonia. No están ménos contentos los temerosos i pacatos, pues encuentran en el gobierno restrictivo i cruel de Portales, la mas segura garantía de órden público. Los *estanqueros* andan con el placer pintado en la fisonomía; i hasta los que no son nada, han llegado a ser acérrimos partidarios de la administracion, pues durante los gobiernos despóticos, pocos son los que tienen el valor de no batir palmas. Por último, te hablaré, querida mia, de los monarquistas i de los secretos realistas. Estos no pueden ménos que simpatizar con un hombre que llevó su relijion i prudente cordura hasta no herir ni de palabras a los que defendian la Santa causa de Su Majestad; i aquellos aguardan de él la realizacion de una república monárquica, en la cual el presidente será un rei, centro de todos los poderes públicos i gran elector de senadores, diputados, cabildantes, jueces etc. Unos i otros echaban de ménos los buenos tiempos de Su Majestad; pero hoi están contentos, pues que Portales gobernará a lo rei.

«Ahora, si a todas esas cualidades, que tan del gusto son de los reaccionarios, pues que ellas concurren a formar un carácter despótico, agregas la circunstancia de llevar Portales un ilustre apellido, verás, mi querida Lucinda, como cada una de las facciones peluconas habrá de encontrar en don Diego algo que satisfaga sus deseos o esté acorde con sus preocupaciones. Ahora bien, no siendo posible que ninguna de ellas alcance a lograr el dominio a que aspira, sin que se lo impida la ambicion de su vecino, todas prefieren entónces entregarse en manos de un hombre que, sobre no contrariar sus preocupaciones, da pábulo a sus mas bajos instintos i fomenta sus esperanzas de recuperar algo de lo perdido. Por otra parte, los pelucones, a pesar de su discordancia en aspiraciones, codicias i miras de detalles, están acordes en el punto capital de odiar las instituciones republicanas i perseguir sin descanso a los liberales. I como nada hai que una tanto a los espíritus de bajas miras como el odio a un enemigo comun, el rencoroso i vengativo político será el natural vínculo de union entre los elementos heterojéneos que forman el partido reaccionario.

«Aun mas: ese mismo espíritu de intolerancia, de persecuciones hasta la crueldad, de que tantas pruebas ha dado el ministro, forma, con su insolente altanería, una aureola de grandeza para los reaccionarios, educados bajo el réjimen colonial i acostumbrados a la férula monárquica. Su ideal de gobierno es el absoluto, i Portales realiza ese ideal. Unos temen i otros aborrecen la libertad, i Portales parece temerla i aborrecerla al mismo tiempo. Hasta los mas perezosos de entre los pelucones serán capaces de desplegar una gran actividad i enerjía por oponerse a una innovacion, i ¿quién mas activo i enérjico para oponerse al desarrollo de las ideas republicanas que ese mismo Portales, tan perezoso ayer para servir a la independencia de su patria? Los reaccionarios son esclusivistas; su patriotismo es un egoismo disfrazado; ellos se creen la patria, i desprecian al pueblo hasta el punto de negarle toda iniciativa: pues bien, pocos caractéres mas esclusivos que el del intolerante i absoluto ministro, cuyo patrimonio no es mas que *partidarismo*

(perdóname, hijita, esta nueva palabra), i cuyo desprecio por el pueblo es ya proverbial. Acostumbrados los reaccionarios a ver allá en lo antiguo como era despreciada la lei por los gobiernos i como era ademas dictada, con el fin de esclavizar a los gobernados, admiran la noble arrogancia con que su hombre se sobrepone a las leyes, o las manda hacer, para atar las manos a la nacion. ¡Esto es grande!

«Hé aquí como los enemigos de la república entienden el principio de autoridad, el cual será consagrado como un dogma político bajo la administracion del caprichudo i voluntarioso ministro. Este ha dejado entrever que empleará el sistema del favor para premiar adhesiones, como en tiempos del rei; que no buscará talentos especiales para que sirvan a la patria en los destinos públicos, sino amigos ciegos que sirvan al partido; que pondrá la espada de la justicia en manos de los instrumentos de su torpe política; que tratará de arrebatar el derecho de sufrajio a los pueblos, convirtiendo al gobierno en gran elector; i que no retrocederá ante el dolo, el fraude, el espionaje, la injusticia i la crueldad, para mantenerse en su puesto contra la voluntad nacional. I ¿qué cosa mas del gusto de los pelucones que todo eso? Una política intrigante, falaz, engañosa, traidora, abusiva, i al mismo tiempo intolerante, represiva, perseguidora, injusta i cruel, tal como se inicia la política de Portales, es el ideal del peluconismo. I hé aquí como Portales, valiéndose de tantos instrumentos, viene a ser el gran instrumento de los reaccionarios, que han sabido i sabrán aprovecharse, así de las altas cualidades como de las bajas pasiones de su hombre, para realizar sus liberticidas miras.

Mayo 25.

(*A la una i media de la tarde.*)

«No seré yo, alma mia, quien niegue que en las administraciones pipiolas se ha cometido desaciertos; pero ¡cuán infinitamente mayor no es el número de adelantos que el país les debe! Lo que negaré siempre es que todos los errores cometidos por los liberales

no han podido autorizar razonablemente una revolucion. Porque, aún suponiendo que los liberales hubieran cometido grandes desaciertos ¿por qué no concurrian a enmendarlos, la cordura i el saber de los pelucones? Las administraciones pipiolas no tuvieron nada de esclusivistas; i con un espíritu de fraternidad que las honra, proveian los destinos públicos, sin distincion de colores políticos.

«Jamás han obrado de otra manera los verdaderos amigos de la república; i los pipiolos han probado prácticamente que quien ama a la libertad no aborrece a los hombres. Nunca olvidaré la noble conducta del ejército con que Freire venció a los realistas en Chiloé: no bien depusieron las armas, cuando les apretamos cordialmente la mano. Pero ¿a qué ir a buscar lejanos ejemplos? ¿No se acuerdan los traidores de que ayer no mas, despues de vencerlos en Ochagavía, los abrazamos fraternalmente?

«Los liberales sabian ver en el enemigo al ciudadano, al compatriota, i estaban dispuestos a escuchar las advertencias i consejos dictados por el amor a la patria. Bajo la última administracion se han verificado las elecciones mas libres, i sin fraudes ni engaños oficiales, que yo espero ver en Chile, miéntras sea rejido segun el sistema iniciado por el gran ministro. Ahora bien; siendo esto así, como es notorio, ¿por qué los señores pelucones, en lugar de ensangrentar atrozmente la república, no se valieron de las influencias que les proporcionaban sus riquezas, sus antecedentes sociales i los mismos puestos públicos que ocupaban en el gobierno, para hacer que éste dejara el mal camino? Pero nó: los que hoi se llaman amigos del órden, prefirieron establecer en Chile el precedente de las revoluciones sangrientas que, andando el tiempo, seguirá dando frutos de lágrimas, de desmoralizacion social i de atraso público.....

.....

«Fácil es prever, Lucinda mia, los resultados prácticos de tan fatal sistema de gobierno, atendidos el carácter de los hombres que lo ponen en práctica, i el estado social de un país sin experiencia, recien salido de una vida de envilecimiento; que se encuentra

en una época de transicion, i al cual es mui fácil corromper, i por consiguiente, dominar.

«Un país así, que salta de repente de la monarquía a la república, ha menester de un gobierno que le enseñe a ser republicano, presentándole cotidianos ejemplos de moralidad pública, de probidad política, de respeto a la lei, de patriotismo desinteresado i de amor al progreso. ¿Podremos esperar algo de esto de la administracion pelucona? Lo que estamos palpando dice que nó. ¿Qué buena fe política puede esperarse de los que no solo han faltado prácticamente a su palabra, sino que tratan de elevar la falsía al rango de teoría política, que ya va formando escuela? ¡Con decirte que los señores pelucones nos tachan de crédulos, ilusos e inocentes hasta la necedad, solo porque hemos cometido la mui grande de fiarnos en su palabra de honor! Ellos se han levantado en nombre de nuestra constitucion con el objeto ostensible de defenderla; pero como hacen gala de decir una cosa i hacer lo contrario, yo creo que borrarán la lei fundamental para hacer otra a su manera. I bien se echa de ver qué clase de constitucion dictarán los enemigos de la libertad! Ya andan diciendo que *el pueblo no está preparado para ser rejido por la constitucion pipiola.* Este es su principal estribillo, que se repite, creyendo haber dicho una gran cosa, porque no saben que son ellos los que no están *preparados* para rejir los destinos de un pueblo libre.

«Esta es la verdad; i si así no fuera, nuestros padres habrian sido unos imprudentes en dar el grito de libertad tan prematuramente. Porque ¿estaban los pueblos, en 1810, mejor preparados que hoi para la república? ¿Por qué no esperaron con patriótica paciencia, que los españoles acabaran su tarea de *preparar* a las colonias, para la vida democrática? Ah! Lucinda mia! Si yo tuviera la certidumbre de vivir a tu lado hasta ese dia en que las opresoras aristocracias encuentren ya *preparados* a los pueblos para ejercer sus derechos, te juro por nuestro amor que me creeria en posesion de la felicidad eterna.

«Sí, mi alma, son los usurpadores los que no acabarán jamás de *prepararse* para entregar lo que no les pertenece. Será preciso que

el pueblo les arranque a estirones los derechos i libertades que ha menester para adelantar en la via del progreso, que hoi entreve. Ai! alma mia! esos estirones harán correr rios de sangre.....

.....

«Así pues, don Diego Portales no será sino en el nombre, el ministro de un gobierno republicano. Es algo (si cabe) mas repugnante que un monarca, porque es un rei disfrazado; i bajo el pérfido disfraz republicano, cometerá los mayores crímenes contra la República. A nombre de la libertad nacional, esclavizará a la nacion. Habrá venganzas de todo jénero, i se mandará a los jueces dictar sentencias inícuas contra los enemigos de la administracion.

«Todo esto lo hará Portales, sin necesidad de ser un gran jenio (como ya comienzan a decirlo los necios i los aduladores que especulan con su propia vileza). Bástale favorecer con su activa enerjía las tendencias de los reaccionarios; tendencias acordes con su propio carácter. El jenio crea, inventa; i Portales no necesita crear ni inventar nada para gobernar a lo Virei.

Este hombre, no solamente dominará al partido que lo ha elevado al rango de oráculo infalible, sino que imprimirá a ésta i a las futuras administraciones el sello sangriento de una política de esterminio: sello que jamás habian presentado ántes los gobiernos republicanos en Chile; i voi a darte, mi Lucinda, las razones en que me fundo para pensar así.

«Pongo en primer lugar (aunque no es la primera razon) el talento, la enerjía i la constancia desplegadas por el ministro para hacer imperar su voluntad; a lo cual se agrega su espíritu vengativo, cruel i atrabiliario, que tan del gusto es de los pelucones. En segundo lugar, están la falta de ideas, (de los reaccionarios), su ignorancia de los principios democráticos i su miedo a la libertad: ignorancia i miedo que los harán entregarse a ojos cerrados en manos de su hombre. Ya ántes te he hablado de las analojías entre el carácter de Portales, i la manera de ser de los pelucones. Ahora te haré presente que, siendo los pelucones un partido eminentemente egoista, absorbente, esclusivista i codicioso del po-

der, ayudará al ministro, con todos los elementos que le proporcionen sus influencias personales i sus riquezas, a fin de que Portales los haga para siempre señores absolutos del país. Por último, adueñados del poder, nadie pondrá en duda que habrán de proseguir despues monarquizando la república. I gobernarán, cruel i despóticamente, no tanto porque el absoluto ministro haya impreso a la administracion el sello de la crueldad i del despotismo, cuanto porque esta manera de gobernar es esencialmente española, o lo que es lo mismo, reaccionaria, pelucona. Por consiguiente, los enemigos de la libertad chilena no han menester que Portales, ni nadie, venga a enseñarles a llamarse ellos mismos *la nacion;* a repartirse entre sí todos los puestos públicos; a escluir a sus contrarios de toda participacion en los destinos del país; a negarles sus derechos a los pueblos; a no hallarlos jamas preparados para darles lo que les pertenece; a valerse del poder para enriquecer a sus amigos, i para perseguir a sangre i fuego a sus enemigos; a calumniar a la libertad, echándole en cara todos los males ocasionados por el despotismo; a llamar órden al *statu-quo;* a conservar todo lo existente, sea malo o bueno, i rechazar sistemáticamente toda idea, sea buena o mala; a apropiarse de los adelantos realizados por las mismas ideas que poco há despreciaban, decretándose coronas cívicas por los progresos que el país ha alcanzado, a pesar de ellos mismos... Todo esto lo sabian ya los pelucones mucho tiempo ántes que Portales lo pusiera en práctica. Lo que necesitaban era un hombre que les ayudara a escalar los puestos públicos, i diera a la administracion el tono conveniente.....

.....

«Mayo 25.
(A las 9 de la noche.)

«Que el país progresará relativamente bajo las administraciones peluconas, eso es indudable; pero ello será, no porque los gobiernos sigan la política iniciada hoi por don Diego Portales, sino a pesar de esa política. Chile es un país sesudo, industrioso, traba-

jador i eminentemente comercial; i aunque el carácter pacífico de sus habitantes los aleja de toda clase de revueltas, no estarán jamás tranquilos miéntras no recuperen el uso de la libertad, que necesitan para hacer progresar su industria i su comercio. Por manera que cuantos pasos dé el país en la vía de los adelantos, serán debidos a la noble constancia del pueblo. Los gobiernos se ocuparán en oponerse sistemáticamente a la marcha progresiva de la nacion; en conservar prácticas abusivas, absurdas e inmorales, para conservarse ellos a todo trance, en sus puestos, i en esperar el dia del juicio, es decir, el dia aquel en que el pueblo adquirirá el juicio que (segun los pelucones) há menester para hacer uso de lo que le pertenece.

«Hé ahí, querida mia, la tarea de los pelucones: apénas les quedará tiempo para escribir la historia de los adelantos que la república les debe.....

.....

«Considera ahora cuál no será la corrupcion de un pueblo sin esperiencia, que al comenzar a abrir los ojos, ve en su propio gobierno los mas perniciosos ejemplos de dolo, fraude, traicion i engaños de todo jénero.

«Una de dos: o el país vive en una constante irritacion contra un gobierno así corrompido, o se envilecerá hasta el punto de amar esos mismos vicios consagrados por el ejemplo del poder. Lo primero producirá los levantamientos cotidianos i la constante anarquía; lo segundo corromperá las costumbres políticas, i de aquí pasará la corrupcion al hogar doméstico. No es posible decir cuál será el último grado de envilecimiento a que puede llegar el pueblo por este fatal camino.

«I no será este el mayor mal que don Diego Portales haga a la república, sino que con su fatal sistema de gobierno, desacreditará las instituciones republicanas; pues muchos espíritus lijeros achacarán a estas instituciones los disturbios, desórdenes, absurdos, torpezas, dolores i lágrimas que el país deberá solamente al espíritu monárquico encarnado en el sistema de Portales i disfrazado bajo el manto republicano.

«Mas a pesar de las despóticas dotes del gran estadista, a pesar de toda la riqueza de los pelucones, i por mas esfuerzos que hagan para esclavizar al pueblo, no alcanzarán jamás a apagar el amor a la libertad. Chile ha comenzado a saborear los efectos de este precioso don del cielo, i aspirará siempre a gozarlo por completo. Mui bien puede tropezar i aun caer; pero bien pronto querrá arrancar de manos del gobierno, los derechos i libertades que le usurpara.

«Por su parte, los pelucones harán consistir el decoro del gobierno en despreciar la voz de la nacion, en no escuchar las reclamaciones de los pueblos i en ahogar toda idea que de estos nazca. Hé aquí su gran principio de autoridad. Ellos carecen del espíritu de iniciativa, i tratarán de sofocar ese espíritu en el pueblo. De aquí la division entre gobernantes i gobernados; de aquí la guerra civil, guerra eterna i sin cuartel, que no cesará sino cuando el sistema absurdo, iniciado hoi por Portales, deje de ser practicado por nuestras futuras administraciones.

«Pero miéntras llegan esos tiempos ¡ai, querida mia! cuánta no será la sangre chilena que se derrame! Casi no puedo seguir escribiendo: la pluma tiembla en mis manos. Mas, por otra parte, tampoco me es dado dejar de seguir comunicándote mis ideas, a tí que eres la mitad de mi sér. Amor mio! al enviarte mis pensamientos, me parece que ellos han estado tambien en tu mente; i es tan dulce esta ilusion, que sigo figurándome que nuestras almas piensan a un mismo tiempo las mismas cosas. ¿I qué estraño seria que nuestras almas se unieran, a pesar de la distancia que nos separa? Mira, mi Lucinda, en este momento te siento aquí, junto a mí, sujetando tu respiracion, i con los ojos fijos en estas líneas que para tí escribo. En ellas te digo que yo amo todo lo que es bello i noble, i tú debes creerme desde que te amo a tí. Yo sé que tu amor tiene ese mismo objeto, i por eso aspiro a ennoblecer mas i mas mi espíritu, para hacerme digno de tu corazon. Así mi mente se confundirá con la tuya, cuando ambas tengan idénticos pensamientos; así nuestros corazones permanecerán siempre unidos, cuando ardan en el mismo amor de lo bueno i de lo bello.

«I para mí, no hai espectáculo mas bello que el que presenta un pueblo jóven i lleno de vida, que marcha sin separarse de la senda de la libertad, para hacerse digno de gozar este don de Dios. Hé aquí, alma mia, la verdadera grandeza, mui diferente de la grandeza ficticia de una nacion llena de brillo i de riquezas, pero postrada a los piés de un hombre. Porque la senda de la libertad es el aprendizaje de las ciencias i de las artes, el ejercicio del trabajo, el cultivo del amor i de la fraternidad universal, el fomento de todas las aspiraciones nobles, la realizacion de todas las ideas elevadas i la práctica de todas las virtudes que honran a la humanidad. El pueblo que sigue este camino no se postrará ante un hombre, porque no reconoce otro Dios que Dios; pero doblará la rodilla ante la lei, porque en una nacion así, la lei es la espresion de la verdad, la voluntad de Dios, manifestada por la voz de un pueblo libre.

«¿Encuentras tú, Lucinda mia, algo que sea mas bello, aquí en la tierra que la realizacion de este ideal? Yo sé mui bien la contestacion que me dará tu alma jenerosa, cuyo principal goce es recrearse en la felicidad de los demas. El deseo que tengo de que tu tierno corazon palpite por quien tanto te ama, me hace recordarte mis sacrificios por ese bello ideal. Ese fué el punto de mira de los héroes de nuestra independencia, i hácia él marchaban los buenos hijos de Chile, cuando la democracia ha caido de nuevo en los lazos del viejo espíritu monárquico.....

.....

Mayo 26.

(*Por la mañana.*)

«Acaba de llegar Pedro, que me ha entregado tu carta; i lo he abrazado dos veces, para pagarle el tesoro que me trae. Gracias, mil gracias, adorada mia! Me pides que te devuelva a Pedro prontamente, i así lo haré. Este leal servidor, a quien estimo como a un buen amigo, ha llorado, contándome... pero, olvidemos esto, i demos gracias a la Providencia que sabe velar por los que tienen fe, i hasta por los que no creen en ella.

«Miéntras Pedro encuentra donde comprar un caballo para volverse a Molina (pues el suyo ha caido muerto poco ántes de llegar aquí), yo voi a contestarte.

«Para esto tengo que hacer un esfuerzo sobre mí mismo, pues los ojos se me van sobre tu preciosa carta; i casi no me deja escribir, el deseo de volver a releer tus lindos párrafos, endonde veo trasparentada la ternura de tu corazon. Pero es preciso que concluya esta contestacion.

«El jeneral, ya algo restablecido, está mui contento por la manera como has escapado de tantos peligros; i me encarga manifestarte su gratitud por las cariñosas espresiones que para él vienen en tu carta.

«Dile a mi excelente amigo Tronera que su valeroso i abnegado comportamiento ha merecido mil alabanzas de parte del jeneral; i de la mia, agrégale que no le dices nada, porque no hallo cómo espresarle mis sentimientos de gratitud i cordialidad. A la bonísima señora, en cuya casa te has hospedado, le dirás que la quiero con toda mi alma; i que en cuanto las circunstancias me lo permitan, iré a Molina a satisfacer los deseos que tengo de conocerla i abrazarla.

«Tenemos fundadas razones para creer que nuestro escondite ha sido descubierto por los ajentes del gobierno, i pensamos ponernos en camino esta misma noche para Santiago, endonde podremos permanecer ocultos con ménos probabilidad de ser descubiertos que en cualquier lugar de provincia.

«Ah! querida de mi corazon! Es menester que huyamos del gobierno todos los que amamos la libertad i el progreso de Chile. Somos estranjeros en nuestra propia patria, i no nos es dado esperar misericordia ni benevolencia de parte de quienes están dispuestos a no concedernos aun el uso de nuestros derechos. Chile no es ya de los chilenos, sino de los antiguos amigos de España. Los que aun tenemos amor a la libertad i fe en la república, debemos ir a ocultar ese amor i esa fe, como se oculta un crímen. Sí, alma mia, nos alejaremos de aquí, porque no quiero que mis hijos abran los ojos,

viendo entronizada la injusticia, i elevados, el fraude i el engaño, al rango de virtudes.

Si algun dia la patria me ha menester, volveré a darle lo poco de vida que me quede; pero miéntras tanto, vivirémos allá, en aquel lugarcito de costa, de que ya otras veces te he hablado. Te acuerdas? Es una ensenada de cerros coronados de robles seculares i cubiertas sus faldas de *quillayes*, *peumos*, *litres* i avellanos. En la mitad de la falda hai una meseta, endonde parece que la mano de un jenio benéfico hubiera reunido los árboles mas hermosos. Mil matices del verde, alternan en el unido follaje de los árboles, desde el ceniciento de los *ulmos* i el brillante acerado de los corpulentos *quillayes*, hasta el oscuro del *boldo*, con sus granos de oro, i el lustroso de las pataguas salpicadas de flores olorosas i blancas como el azahar. Desde aquella meseta se divisa el mar, que rompe sus olas en la pedregosa base de la montaña. A la derecha i a la espalda se elevan los jigantescos cerros, i a la izquierda se despeña un torrente bullicioso, cuya corriente ha cavado en las faldas del monte una quebrada que desemboca en el océano. Solo se oye el ruido de la cascada en la cumbre del cerro, el golpe de la ola allá abajo, i el murmullo de la corriente que se desliza por debajo de los árboles que bordan la quebrada, ocultando a médias el abismo con los lazos, festones i cortinajes de *boqui*, de *coileras* i *copihues*, i de otras mil enredaderas. Allí en la meseta haremos una casita, medio oculta entre el precioso grupo de *boldos*, *litres*, *peumos* i arrayanes. Sobre el abismo de la quebrada, habrá un balconcito, que será nuestro lugar predilecto, porque allí platicarémos juntos: desde allí admirarémos todas las tardes la majestad del sol poniente, al hundirse en las aguas del mar, i gozarémos del canto de los pájaros que buscan sus dormitorios entre el follaje de los árboles.

«Me parece que te veo, alma mia, embelleciendo con tu presencia ese quequeño, pero dulce hogar. Me figuro verte allí adorada, no solo por mí, i por nuestros hijos, herederos de la bondad i dulzura de su madre, sino tambien por todas las jentes del lugarcito, a quienes

tú harás tantos beneficios, que llegarán a mirarte como su ánjel tutelar.

«Adios, vida de mi alma! ruega al cielo que se realicen estos sueños; que yo estoi seguro de que Dios oirá los ruegos de un ánjel.»

Lucinda habia leido esta larga carta, no sin que las lágrimas hubiesen venido varias veces a sus ojos. Cuando hubo concluido, lanzó un suspiro, que fué de dolor i de placer al mismo tiempo. Pero bien pronto no quedaron en su mente, sino las imájenes producidas por los últimos párrafos de la carta; i dando gracias a Dios, que le conservaba a su querido esposo, elevó sus ojos al cielo, i murmuró con ese acento que solo se encuentra en las palabras de una mujer:

—Dios mio! Sin duda que el amor es un precioso don, emanado de vuestra bondad infinita, cuando tan dulce es amar i ser amada de esta manera!

——:o:——

CAPITULO LVIII.

EL DESTERRADO.

«El pago de Chile!»

(Dicho popular.)

La carta anterior era seguida de una posdata que decia:

«Ultimamente habia pensado irme con Pedro, a Molina; pero se han confirmado las noticias que nos dieron esta mañana, de haber sido descubierto nuestro escondite. ¿Cómo dejar al jeneral solo en el estado en que se halla? Prefiero quedarme por ahora, i enviarte a Pedro. En cuanto deje a don Ramon en lugar seguro, me pondré en marcha para esa Villa, disfrazado de arriero. No obstante, si tú insistes en venirte, no dejes de hacerlo por el camino de la costa, sobre lo cual escribo largamente a Pepe. Yo tomaré esa misma via; por manera que si ustedes se vienen ántes de una semana, tengo por cierto de que nos habremos de encontrar en el camino. Pedro, que va bien advertido sobre el particular, conoce el disfraz que llevaré. De todos modos sigue las indicaciones de Tronera, en cuya prudencia i valor tengo plena confianza.—Adios otra vez, alma mia.»

Tronera, despues de leer su carta, pasó rápidamente la vista por la de Lucinda; i aunque manifestó cierta tristeza i desagrado durante esta última lectura, bien pronto volvió a su natural alegría. Preguntó a Lucinda si estaba dispuesta a ponerse en marcha al siguiente dia, i habiendo ésta contestado afirmativamente, empezó Pepe a disponer todo lo necesario. Ya habia comprado dos buenos caballos con este objeto, así como un sillon cómodo para Lucinda; pero con los últimos gastos, se le agotó el dinero, i tuvo que recurrir a la bolsa de doña Manuela.

La jenerosa señora puso a disposicion de Lucinda, no solamente el dinero que necesitaban, sino todo cuanto ella tenia, rogándo a Pepe que elijiese en su fundo los mejores caballos i mulas para el viaje; pero Lucinda solo aceptó el dinero, prometiendo devolverlo a su llegada a Santiago, i concluyendo con decir a doña Manuela, que jamas podria pagar los hospitalarios beneficios con que la habia favorecido. A esto la buena señora contestó, con las lágrimas en los ojos:

—¿I te parece poco pago, hijita, el placer que me has dado con tu sabrosa compañía? Bien sabido es aquello de que: quien bien te acompaña, te engorda; i yo creo que tú me has hecho engordar mas de dos dedos, a pesar de los sustos que hemos tenido que sufrir: que no hai paciencia para aguantar estos tiempos como están. Pero a lo hecho pecho, i lo pasado, pasado, i cúmplase la voluntad de Dios, quien nos manda sufrir con paciencia las adversidades i flaquezas de nuestros prójimos. Y el que no tiene paciencia no gana esperiencia; así como al que no aguanta, nadie lo aguanta, pues, como dijo el otro: hombre poco sufrido, siempre mal avenido; i el que no sabe llevar la carga, ántes se carga que no se descarga. Yo quisiera, mi alma, irme a vivir a la capital, solo por tener el gusto de verte todos los dias; pero no puedo, i los cortos medios son rigorosos jueces. Quien mas vive mas sabe; i ahora vengo yo a saber, por esperiencia, aquello de que no es bueno hacerse con lo que no ha de durar. Pero no digo esto para que te aflijas, prosiguió, viendo que Lucinda se entristecia. Eso sí que nó; mírame como yo estoi alegre, porque todavía te veo, pues tambien es preciso gozar del sol miéntras dura, i mas vale una hora de alegría, que cien años de tristeza, la cual dicen que es cosa inventada por el diablo, i solo sirve para matar al cristiano, como con cuchillo de palo; miéntras que la alegría es cosa de Dios. I ahora, espérame aquí sentadita en mi cojin, miéntras yo voi a la cocina a ver si se han cocido ya los pollos para el *cocaví* que has de llevar.

Diciendo esto, la señora salió tarareando una tonadilla; pero en cuanto estuvo fuera de la pieza, calló i se limpió los ojos con la falda de su camizon de angaripola.

Aun no habia amanecido el dia siguiente, cuando ya Tronera i Pedro tenian preparadas las cabalgaduras i cargadas dos mulas; la una con un almofrej, endonde llevaban las camas, i la otra con el *cocaví*, compuesto de una multitud de atados i canastos llenos de municiones de boca.

La carabana se puso en marcha, despues de haberse despedido de doña Manuela, quien, habiendo hecho persignarse a Lucinda al tiempo de montar a caballo, prometió quedarse rezando un rosario a la Vírjen, para que librase a los viajeros de todo peligro.

Lucinda, entre Tronera i Pedro, formaban la vanguardia; i las dos mulas, arreadas por dos inquilinos del fundo de doña Manuela, constituian la retaguardia. Estos iban armados solamente de sus catanas, pues no habian querido recibir las pistolas que Pedro les ofreciera, en razon a que ninguno de ellos sabia manejarlas.

En cuanto a Pedro, ademas del machete de que siempre estaba provista la cabeza de la enjalma de su montura, llevaba dos pares de pistolas en la faja que rodeaba su cintura: i Tronera, a sus pistolas de cuatro cañones, habia agregado su espada, que tan bien sabia manejar. Pepe, con el aire de un hacendado campesino, llevaba pantalones de barragan, grandes espuelas, chaqueta de paño azul con alamares negros, chaleco de cotonía amarilla, faja de seda, cuyas flecaduras le llegaban casi a las rodillas, poncho de lana *cari* con guardas lacres, i gran sombrero de pita, sujeto con el fiador por debajo de la barba, desde donde pendia una borla que le llegaba al estómago. A fin de evitar sospechas, llevaba su cortante espada envuelta en un atado de pasto seco, que habia acomodado sobre el almofrej.

Afortunadamente nuestros viajeros no tuvieron que hacer uso de sus armas, en los cuatro dias que duró la marcha, pues, gracias a las medidas tomadas por Pepe Tronera, cuya prudencia desmintió esta vez el apellido que llevaba, nada les sucedió que merezca ser narrado. Tan precavido fué entónces el amigo de Anselmo, que, a pesar de las largas patillas postizas i del polvo de carbon con que habia desfigurado su rostro, determinó entrar a la capital, cuando ya habia oscurecido. Eso sí que tuvo cuidado de enviar adelante a los mozos con las mulas, dándoles las señas de la casa de Andres

Muñoz: por lo que, cuando él llegó con Lucinda i Pedro, ya Cecilia los esperaba con la mayor impaciencia.

Abrazó Lucinda a su amiga, con muestras del mayor regocijo, i poco despues llegó Anselmo acompañado de Andres, quien habia ido a poner en conocimiento de aquél la feliz llegada de su esposa.

Renunciamos a pintar el contento de Anselmo i de Lucinda al estrecharse mutuamente entre sus brazos. Hablaban i reian a un tiempo; se hacian mutuas preguntas, que quedaban sin contestacion, i volvian a abrazarse, para quedar en seguida mirándose sin hablar una palabra. Restablecida algun tanto la tranquilidad de los espíritus, pudieron Lucinda i Pepe informarse del estado de las cosas en Santiago.

Hé aquí lo que Andres i Anselmo contaron a los recien llegados. El escondite del jeneral Freire habia sido descubierto por don Catalino Gacetilla, quien, deseando obtener una administracion de estanco, se habia convertido en declarado gobiernista. En ese mismo dia, Freire habia sido tomado preso, i permanecia aun en la prision, sin saber nadie lo que el gobierno pensaba hacer de él. Temíase que Portales lo hiciera juzgar i sentenciar a muerte, pues el gobierno, despues de su victoria en Lircai, habia desplegado un verdadero lujo de crueldad contra los vencidos.

Freire, con todos los jefes, oficiales i soldados que pelearon a sus órdenes en Lircai, habian sido dados de baja por un decreto, al cual se le puso una fecha mui anterior a la de su promulgacion, con el traidor fin de convertirlo en una arma arrojadiza contra enemigos indefensos. I no era esto solo; pues, a pesar de esceptuarse por dicho decreto «todos aquellos que depusieren voluntariamente las armas», hubo muchos a quienes no les valió su actitud pasiva para dejar de ser cruelmente perseguidos.

Portales queria pacificar el país i restituir la tranquilidad a los ánimos, persiguiendo sin cuartel a los pipiolos. No importaba que éstos fuesen jentes pacíficas, que no hubieran tomado parte activa en la revolucion. Sus simples opiniones políticas bastaban para condenarlos a prision, a destierro, a muerte, o a confiscacion de sus bienes. I habia llegado a tal punto el odio de Portales contra el pipiolismo, que el gobierno creia de su deber insultar a las mujeres de los pipiolos.

—A buen tiempo hemos llegado! esclamó Pepe Tronera, oyendo la relacion anterior hecha por Andres. Cualquiera diria que hemos retrocedido a la colonia.

—I diria la verdad, agregó Anselmo, pues Portales, a pesar de ser un hombre de talento, no tiene el suficiente, ni tampoco la instruccion que se necesita para conocer que a la fecha no es mas que un instrumento de los reaccionarios.

Conversando de esta manera estaban, cuando oyeron en el patio esterior la voz siempre elevada i clara de don Catalino Gacetilla, que preguntaba a álguien:

—Ah! ¿Eres Pedro? Bien disfrazado vienes: pero responde, hijo, porque no tienes para qué ocultarte de mí. ¿Sabes algo de Anselmo? Ah! estas mulas me indican que Lucinda ha llegado. Animal! En vez de responder, se echa sobre mí... Si estará borracho! Ay! ¡I me hace tortilla este pié, con sus bototos de puente de cal i canto!

—Don Catalino! esclamó Andres... Pepe! ponte tus patillas; i tú, Anselmo, sepárate de Lucinda. Acuérdense de que ha vendido a Freire!

Por fortuna, Anselmo conservaba su disfraz de hombre del pueblo, que se habia visto en la necesidad de usar para escapar a las pesquisas, i que consistia en unos pantalones de cordoncillo, un poncho listado i un bonete azul. Miéntras Andres hablaba, Tronera se habia puesto las patillas, diciendo en voz baja:

—Yo soi un guaso que vengo a comprar un par de caballos al amigo Muñoz; i tú, Anselmo, eres mi sirviente de confianza.

No tuvo tiempo de decir mas, porque Gacetilla entró. Lucinda i Cecilia se habian retirado a un rincon poco alumbrado. Pepe i Andres aparentaban tratar mano a mano su negocio, i Anselmo se habia sentado respetuosamente en una silla retirada, endonde permanecia sin hablar palabra i con su bonete en las manos.

—Mi señor don Andres, dijo Gacetilla al entrar: ¿cómo está usted?... I usted, mi *siá* Cecilia, cómo lo pasa? En cuanto a mí, no lo paso mui bien en este momento, pues un maldito guaso que encontré ahí fuera, me acaba de dar un pisoton en un callo que tengo mui sensible... Mui buenas noches, señor, prosiguió, dirijiéndose a Pepe, quien solo contestó con una inclinacion de cabeza i tocando el ala de su *guarapon*. Vaya, mi *siá* Cecilia: como se lo digo, ese guaso me ha hecho ver estrellas.

—No me gusta la bulla, dijo Pepe, con voz ronca; i si le parece a usted, señor Muñoz, podemos ir a tratar de nuestro negocio en otra parte.

—¡Qué guaso tan bruto! murmuró don Catalino. Apostaria mi

cabeza a que es de Colchagua. ¿Conque el señor es negociante? preguntó en voz alta, dirijiéndose a Muñoz.

—Sí, amigo mio, respondió éste. Ha venido a comprarme mi pareja de caballos tordillos; pero los encuentra caros por ciento sesenta pesos que le pido.

—Oh! esclamó el entrometido hablador; mui poca plata es esa por unos caballos tan buenos, i sobre todo, tan parecidos, *que son ver al uno, ver al otro.* Créame a mí, prosiguió, dirijiéndose familiarmente a Pepe: yo no conozco unos animales mas bien arreglados, *de mejor boca i mas atentos* que esos. Son como regalados, por esa plata!

—Acabemos, dijo Tronera, sin hacer caso de la palabrería del hablantin. ¿Me da o nó los caballos por ocho onzas de oro?

—Mañana le contestaré, respondió Muñoz, como dudando. Ahora le ruego que se aloje aquí.

—Le acepto, dijo Tronera; pero no se incomoden ustedes por mí en arreglarme cuarto para dormir, pues yo viajo siempre con cama i petacas. Mira, prosiguió, dirijiéndose a Anselmo. Desensilla los caballos, i ten cuidado de no desaparejar las mulas hasta que se enfrien. ¿Entiendes? Abre el almofrej, i hazme luego mi cama en un rincon del corredor, porque a mí me gusta dormir a todo campo. I mueve los piés, pues ya me va viniendo el sueño.

Miéntras Pepe decia esto a media voz, se habia acercado a Anselmo, a quien empujó hácia afuera, con el objeto de hacerle algunas advertencias en voz baja.

En seguida volvió a entrar, a tiempo que Gacetilla decia, clavando en Lucinda su escudriñadora mirada:

—Pues yo creí al principio que esos caballos i esas mulas eran de Lucinda, que acabaria de llegar, pues el reverendo Hipocreitía me escribió encargándome mucho el secreto (pero aquí hablo entre amigos): me escribió diciéndome que Lucinda estaba en Molina, i que pronto se pondria en marcha con destino a esta capital, acompañada de Pepe Tronera.

Diciendo esto, dirijió la vista hácia Pepe, quien sacó su pañuelo i se lo pasó por la cara. Poco despues, don Catalino volvió a mirar a Lucinda; i como viera que la jóven tenia la cara atada i cubierta la cabeza con su pañuelo de rebozo, le preguntó:

—¿Está usted enferma de las muelas, señorita?

—Sí, señor, respondió prontamente Cecilia; pero mi pobre amiga no ha podido contestarle, porque es sorda como una tapia.

—Qué desgracia! esclamó el novelero. Pues ya le digo, mi *siá* Cecilia: si Lucinda no ha llegado, llegará bien pronto; *i* yo he buscado mucho a Anselmo, para darle esta noticia... Pero, a propósito de noticias: ¿no sabe lo que hai, señor Muñoz? Ya el gobierno no piensa en hacer fusilar a Freire.....

Una esclamacion de Lucinda interrumpió a don Catalino.

—¿I qué piensa hacer? preguntó Andres, tratando de dominar su emocion.

—Desterrarlo al Perú, respondió Gacetilla. Lo sé de buena tinta. Mañana saldrá de aquí, bien escoltado, para el puerto de Valparaíso. ¡Pobre jeneral! tan bueno, tan patriota i tan valiente! ¿No es lástima que se destierre a un jeneral tan benémerito, que ha peleado tan bien por nuestra Independencia? Pero ya se ve! Este es el pago de Chile!

—Pues a mí me da lo mismo que lo destierren al Perú o la gran China, dijo Andres.

—I a mí tambien, agregó Pepe con voz sorda, i mirando de reojo a Gacetilla.

—Pues yo no puedo dejar de sentirlo, repuso éste, porque (no puedo negarlo) quiero verdaderamente al jeneral, i sé estimar sus méritos. Oh! el pago de Chile!

Al oir hablar de este modo al mismo que acababa de vender a don Ramon Freire, no pudo Tronera dejar de hacer un brusco movimiento de indignacion, con el cual tuvo la desgracia de cortar uno de los cordones que sujetaban por detras de las orejas sus postizas patillas. Estas cayeron por un lado, quedando en descubierto una parte de su rostro: i viendo esto el impávido Gacetilla, comenzó a reir sarcásticamente. Pero se le heló la risa en los labios, al notar que Pepe, alzándose rápidamente de su asiento, sacó la espada que llevaba debajo del poncho, i saltó hácia el imprudente parlanchin. Este vió relampaguear la espada sobre su cabeza, i quiso gritar; pero dos o tres golpes asentados con mano firme sobre sus espaldas, lo echaron al suelo.

—Si usted da el menor grito lo mato aquí como a un perro, le dijo Tronera.

—¿I qué he hecho yo para merecer este mal tratamiento? preguntó humildemente don Catalino.

—Usted ha vendido a nuestro jeneral.....

—¿Yo vender a un hombre tan benemérito, i a quien amo i respeto tanto?

—Calle el miserable! esclamó Pepe, quitándose el sombrero i arrancándose la barba postiza. Míreme usted! Yo soi Pepe Tronera, i se lo digo porque estoi seguro de que no me ha de ir a denunciar.

—¿Yo denunciarlo a usted, señor Tronera? dijo Gacetilla, alzándose del suelo i tomando su sombrero como para retirarse. Nó! jamás! Yo soi un hombre honrado e incapaz de delatar a nadie.

—Pues con gobiernos como el que tenemos, los hombres mas honrados se convierten en delatores, repuso Tronera con amenazante voz. Dígaselo usted así al gran Portales, cuando vaya a hacerse cargo del estanco que le han ofrecido a usted por su deslealtad. I adviértale al estupendo político que, dando los destinos lucrativos en cambio de infamias como la que usted ha cometido, convierte la delacion en un oficio provechoso. Dígale de mi parte que siga sacrificando el decoro nacional en aras de la traicion, pues a esta diosa le deben ellos la victoria; que no perdonen a nuestra constitucion, a la cual, aparentando defenderla, le han dado el beso de Júdas: que la pisoteen i que dicten otra contraria a los principios republicanos. Agréguele usted a ese portentoso político que siga traicionando estos principios con la promulgacion de leyes torpes i restrictivas, en lo cual se obrará lójicamente, pues un gobierno endonde impera la voz de los antiguos perseguidores de los patriotas, debe dictar leyes contra la República chilena... No se le olvide decirle al profundo estadista i eminente patriota que emplee todos sus talentos en convertir a Chile en la caricatura de una república, i toda su enerjía i patriotismo, en vengarse de sus enemigos i en perseguir a sangre i fuego a los pipiolos, para que el país se tranquilice i permanezca quieto, así como está usted ahora, porque ve la penca sobre su cabeza. Y por último, adviértale usted al traidor a la libertad de su patria, que se cuide de los traidores!

Tronera habia llegado al último grado de exaltacion; i temiendo Andres que se dejase llevar de su arrebato, le dijo:

—Basta, amigo mio. Baja tu espada, pues no hai necesidad de amenazas, para que don Catalino guarde silencio.

—Yo no sé cómo no mato a este bribon! dijo sordamente Tronera, a tiempo que Cecilia i Lucinda salian del cuarto.

—No lo harás! observó entónces Anselmo, que entraba en ese momento. Dáme tu espada! Tu amigo te la pide.

—Tómala! contestó Pepe entregándosela, porque si la sigo te-

niendo en mi mano, no respondo de mí mismo. La vista de este traidor me revuelve las entrañas.

Don Catalino, que habia permanecido mordiéndose la lengua miéntras estaba amenazado de muerte, rompió a hablar, en cuanto cesó el peligro.

—Anselmo, amigo mio! dijo, abrazando al jóven. Líbrame, por tu vida! Mira que soi inocente... Yo te juro que nadie sabrá nada por mi boca....

—No necesita usted jurarlo, repuso Tronera: usted no nos denunciará, porque no saldrá de esta casa.

—¿I qué piensan ustedes hacer conmigo?

—Deberíamos cortarle la lengua, respondió Tronera, pero nos contentarémos con encerrarlo.

Diciendo esto, llamó a Pedro; i atando con unos cordeles al pobre don Catalino, lleváronlo a un pajar de la casa, endonde lo dejaron enterrado en la paja, hasta el pescuezo, i con un pañuelo retorcido en la boca, para que no gritase.

Miéntras se ejecutaba esta operacion, Andres i Anselmo decian al preso que se prestase buenamente a todo, i que en cuanto Tronera se marcharse, ellos vendrian a librarlo de su prision.

Nuestros amigos cenaron en seguida, i luego se acostaron a dormir tranquilos, sin temor de ser descubiertos.

Al dia siguiente, Andres fué, acompañado de Lucinda, a casa de doña Estrella Clavijo, la cual abrazó a su amiga con grandes muestras de contento. Afortunadamente no estaba allí el señor don Cándido de la Rueda, pues, a estar en casa, habria recibido con no poco disgusto a la esposa de un pipiolo cruelmente perseguido. El buen señor se habia metido de lleno con los pelucones, i pretendia nada ménos que ser Senador. Era pues, un furioso partidario del gobierno de Portales; así es que ya no podia mantener relaciones, ni aun indirectas, con nada que oliera a pipiolismo.

Lucinda rogó a doña Estrella que, valiéndose de su influjo con Portales, le consiguiese el permiso de ver a Freire en su prision: a lo que contestó la esposa de don Cándido que esto era imposible, pues esa misma mañana se habian llevado al jeneral, bien escoltado, para Valparaiso, donde debia embarcarse, con rumbo al Callao.

Habiéndose despedido de su amiga, volvióse prontamente Lucinda a su alojamiento, endonde habló con Anselmo para manifestarle la necesidad de trasladarse en seguida a Valparaíso. El jóven fué

de la misma opinion, i Andres se encargó de buscar un birlocho para el cual tenia buenos caballos.

Antes de medio dia, ya estaba todo preparado para el viaje. Lucinda ocuparia el birlocho; Anselmo haria de postillon, i Pepe Tronera, acompañado de Pedro, serian los que arreaban los caballos de remuda.

Dos dias despues, el muelle de Valparaiso estaba cubierto de curiosos, diseminados en diversos grupos, que parecian esperar algo. Varios botes i lanchas cruzaban el embarcadero o permanecian amarrados a las estacas de roble plantadas en la orilla. Al pié del muelle se veia un bote blanco, con cuatro bogadores por banda, que tenian sus remos alzados en alto. De repente, un movimiento se hizo notar entre las jentes del muelle, i todos los ojos se dirijieron a un grupo compuesto de ocho o diez personas, en cuyo centro venia un caballero vestido de paisano; pero cuyo aire marcial i apuesto continente, revelaban al jefe acostumbrado a vencer en los campos de batalla.

Era don Ramon Freire, que venia entre dos oficiales. Rodeábanlo varios caballeros que habian tenido la valentía de ir a decirle el último adios. Detras de ellos marchaba acompasadamente un piquete de infantería. Al pasar por enfrente de los grupos que cubrian el borde de la playa, muchas personas se tocaron el sombrero; saludo mudo pero espresivo, al cual contestó el jeneral, con muestras de verdadera satisfaccion.

Al llegar al bote, don Ramon dió el último adios a sus amigos, i se sentó en el banco de popa, entre los dos oficiales que lo custodiaban. Uno tomó la caña del timon i dió la voz de mando. Los remos cayeron a un tiempo en las chumaceras i empezaron a moverse como las aletas de un pescado. El bote viró i nadó velozmente hácia un bergantin que se columpiaba en la bahía, i cuyas blancas velas comenzaban a desplegarse como las alas del cisne próximo a emprender el vuelo.

Subidos sobre cubierta, los oficiales pusieron al prisionero a disposicion del capitan del buque, a quien entregaron, al mismo tiempo, un pliego de instrucciones firmado por el ministro Portales. Segun ellas, el bergantin debia zarpar al momento, i darse a la vela, con rumbo al Callao, endonde el capitan haria desembarcar al exjeneral Freire.

Cumplida su comision, los oficiales se despidieron de su antiguo jefe, deseándole un buen viaje, i se volvieron a tierra. Don Ramon

los divisaba alejarse, con marcadas muestras de tristeza, cuando acertó a ver que otro bote acababa de atracar al pié de la escala del bergantin, i que una mujer le hacia señas desde abajo con un pañuelo blanco. Inclinóse sobre la borda, i, con gran admiracion, reconoció a Lucinda que llegaba sin mas compañía que los remeros. Uno de estos, que parecia mas ájil i esforzado que sus compañeros, saltó sobre la escala i ayudó a subir a la jóven, a quien Freire recibió con los brazos abiertos.

—Lucinda! le dijo en voz baja: algo de estraordinario sucede cuando te has atrevido a venir sola.

—No vengo sola, respondió ella: ese marinero que me ha ayudado a subir, es Pepe Tronera, disfrazado.

El jeneral dirijió la vista hácia Tronera, que, a pocos pasos de distancia, parecia no apercibirse de la conversacion de que era objeto.

—Es un bravo muchacho, dijo Freire. ¿I Anselmo?

—Véalo usted, respondió Lucinda, mirando de reojo a un marinero que, con la mayor naturalidad, subia por una escala de cuerda.

—Ah! Parece un hombre de mar.... pero ya me acuerdo de que en Chiloé tuvo que ejercitarse en este oficio. Ahora esplícame: ¿qué significa todo esto?

—Esto significa, respondió Lucinda, que al verlo salir a usted del país, hemos resuelto acompañarlo i correr su misma suerte. Anselmo se contrató aquí de marinero, con la esperanza de que yo podria conseguir del capitan un camarote, aun cuando fuese pagando el doble.

—¡Cuánto te agradezco a tí, hija mia! i a ese pobre muchacho, con el cual he sido una vez injusto! Pero.....

—No hablemos de esto, señor. Yo deseo con toda mi alma salir de Chile con mi esposo. Dígame: ¿podria conseguirse del capitan.....?

—Aguárdame aquí un momento, dijo Freire. Ahora me acuerdo de que, en años atras, yo hice un buen servicio al capitan de este buque. Voi a hablar con él.

Dicho esto, se dirijió al camarote del capitan, i luego volvió diciendo:

—He conseguido para tí un buen camarote; pero es preciso que vayas pronto a encerrarte en él. Yo te llevaré, prosiguió, tomando a Lucinda de la mano i bajando una escalera. Acabo de recordar a ese hombre que lo he librado una vez de la muerte, i le he dicho

que tú eres una sobrina mia, sin mas apoyo que yo, i que deseas irte al Callao, endonde te espera tu esposo.

Lucinda entró en el camarote que Freire le indicó, i éste volvió a subir la escalera. Sobre la cubierta estaba Pepe observándolo todo, pero sin que nadie lo echase de ver. Al pasar junto a él, Freire le dió con el codo, pronunciando al mismo tiempo estas palabras en voz baja:

—Gracias, amigo. Vete.

Tronera se sacó el sombrero, sin mirar al jeneral (en cuyos movimientos nadie se habia fijado, ocupados como estaban en los arreglos de la partida); i bajando rápidamente la escala, saltó al bote, el cual se alejó del buque, impelido por los cuatro remos.

En ese momento se elevaban los últimos fardos del equipaje del jeneral, i solo quedaba una lancha al costado del buque. Poco despues no habia ninguna. Rechinó la cadena, envolviéndose en torno del cabrestante: arrancóse de raiz el ancla, i el barco, puesto en libertad, bamboleó indolentemente, i luego empezó a virar, obedeciendo a la accion combinada del timon i de las velas. Enhuecáronse al fin éstas, impelidas por una lijera brisa del sur-este, que susurraba por entre las jarcias, tendidas como las cuerdas de una harpa; i el bergantin, lijero como una gaviota, se lanzó mar afuera, resbalando sobre la líquida llanura.

Miéntras los marineros obedecian la voz de su jefe, el desterrado jeneral, de pié en la popa del buque, tenia los ojos fijos en el puerto, cuyos cerros, hogares i humos hospitalarios se iban poco a poco alejando. A medida que se ensanchaba el horizonte, los cerros se hacian mas pequeños i oscuros. El proscrito, sin separar de ellos sus ojos humedecidos, se aferraba de la borda del buque. Bien pronto no vió mas que una ancha faja verdinegra, al traves de un diáfano velo de vapor. En seguida vió descollar sobre aquella faja la nevada cresta de los Andes, matizada de mil colores por los últimos rayos del sol, que comenzaban a hundirse en el mar. El triste proscripto elevó su corazon a los ojos para mirar por la última vez esa gran montaña, que iba descubriéndose i alzándose poco a poco, hasta presentarse en todo su esplendor i majestad.

Al pié de ella se estendia un riquísimo valle, teatro de tantas proezas; allí quedaba esa patria que tanto habia amado; allí estaban los hogares de sus conciudadanos, que él habia defendido con su espada; allí estaba el hogar de su esposa i de sus hijos, hogar que ya no era el suyo i que tal vez no volveria a ver jamas. Una lá-

grima ardiente rodó por su mejilla, i suspiró. La montaña habia comenzado a descender; sus colores se apagaban a medida que el sol se ocultaba detras de la inmensidad de las aguas; i la alta cumbre se confundió con la línea de la costa, que al fin desapareció del horizonte. Mas no por esto dejó el desterrado de seguirla viendo en su imajinacion, exaltada por la tristeza. Podian desterrarlo de su país, pero no quitarle de su corazon el amor a la patria, que él habia ayudado a formar i a enaltecer.

FIN.

INDICE DEL TOMO SEGUNDO.

PAJ.

CAP. I.—Manera espedita i graciosa de elejir un presidente, descubierta i puesta en práctica por el partido pelucon..... 5

CAP. II.—Miguel Turra se retira del mundo i don Policarpo de Santiago..... 8

CAP. III.—Detras del placer está el dolor..... 14

CAP. IV.—Anselmo i Anjelina..... 19

CAP. V.—La intentona frustrada..... 23

CAP. VI.—Anselmo se encuentra entre la espada i la pared. 27

CAP. VII.—A desesperado mal, desesperado remedio..... 32

CAP. VIII.—¡Vivan novios i padrinos!..... 38

CAP. IX.—La sorpresa..... 43

CAP. X.—Tronera..... 48

CAP. XI.—El último pensamiento de una madre..... 53

CAP. XII.—El padre sigue rastreando..... 59

CAP. XIII.—Gacetilla se enreda de la lengua i cae a la cárcel..... 64

CAP. XIV.—Esfuerzos del gobierno para obtener la paz..... 69

CAP. XV.—Hipocreitía i Franco..... 75

CAP. XVI.—A nuevos esfuerzos, nuevas resistencias..... 83

CAP. XVII.—En vísperas de la batalla..... 89

CAP. XVIII.—Don Catalino visita, sin quererlo, el campamento enemigo..... 95

CAP. XIX.—La batalla..... 105

CAP. XX.—La traicion..... 111

CAP. XXI.—Sospechas realizadas..... 117

CAP. XXII.—¡Viva la relijion! Mueran los herejes!..... 121

CAP. XXIII.—Gacetilla asciende a comandante, sin pretenderlo..... 127

Cap. xxiv.—El matrimonio inesperado 133
Cap. xxv.—De como don Catalino estuvo en peligro de pasar por hereje 139
Cap. xxvi.—Motiloni se hiere con sus propias armas 145
Cap. xxvii.—¿Qué es de don Marcelino? 153
Cap. xxviii.—La disputa 161
Cap. xxix.—[illegible]fermo 169
Cap. xxx.—[illegible] testamento 177
Cap. xxxi.—Traicion sobre traicion 183
Cap. xxxii.—Lucinda en su casa 187
Cap. xxxiii.—Lealtad 189
Cap. xxxiv.—Política de los vencedores 193
Cap. xxxv.—El deber i las circunstancias 197
Cap. xxxvi.—Anselmo se despide de Andres 201
Cap. xxxvii.—La barra de Constitucion 205
Cap. xxxviii.—El Consejo 211
Cap. xxxix.—La expedicion 219
Cap. xl.—Resultados de la expedicion 229
Cap. xli.—La loca 241
Cap. xlii.—Prieto i Dorriga 251
Cap. xliii.—Garduño i Pedro 255
Cap. xliv.—A orillas del Maule 261
Cap. xlv.—El ejército liberal llega a Talca 271
Cap. xlvi.—La merienda 275
Cap. xlvii.—Lucinda encuentra amigos 283
Cap. xlviii.—Los consejos de la tia 293
Cap. xlix.—Que sirve de esplicacion a otro capítulo anterior 299
Cap. l.—Que enseñará al lector lo que eran las niñas Peñalozas 305
Cap. li.—En donde el curioso lector conocerá mejor a doña Manuela 315
Cap. lii.—En donde el sagaz lector echará de ver que Santiago Garduño estaba decidido 335
Cap. liii.—Angustias 351
Cap. liv.—Lucinda i Garduño 365
Cap. lv.—Dios dispone 377
Cap. lvi.—Los tratados de Cuzcuz 397
Cap. lvii.—Concluye la carta de Anselmo 405
Cap. lviii.—El desterrado 433